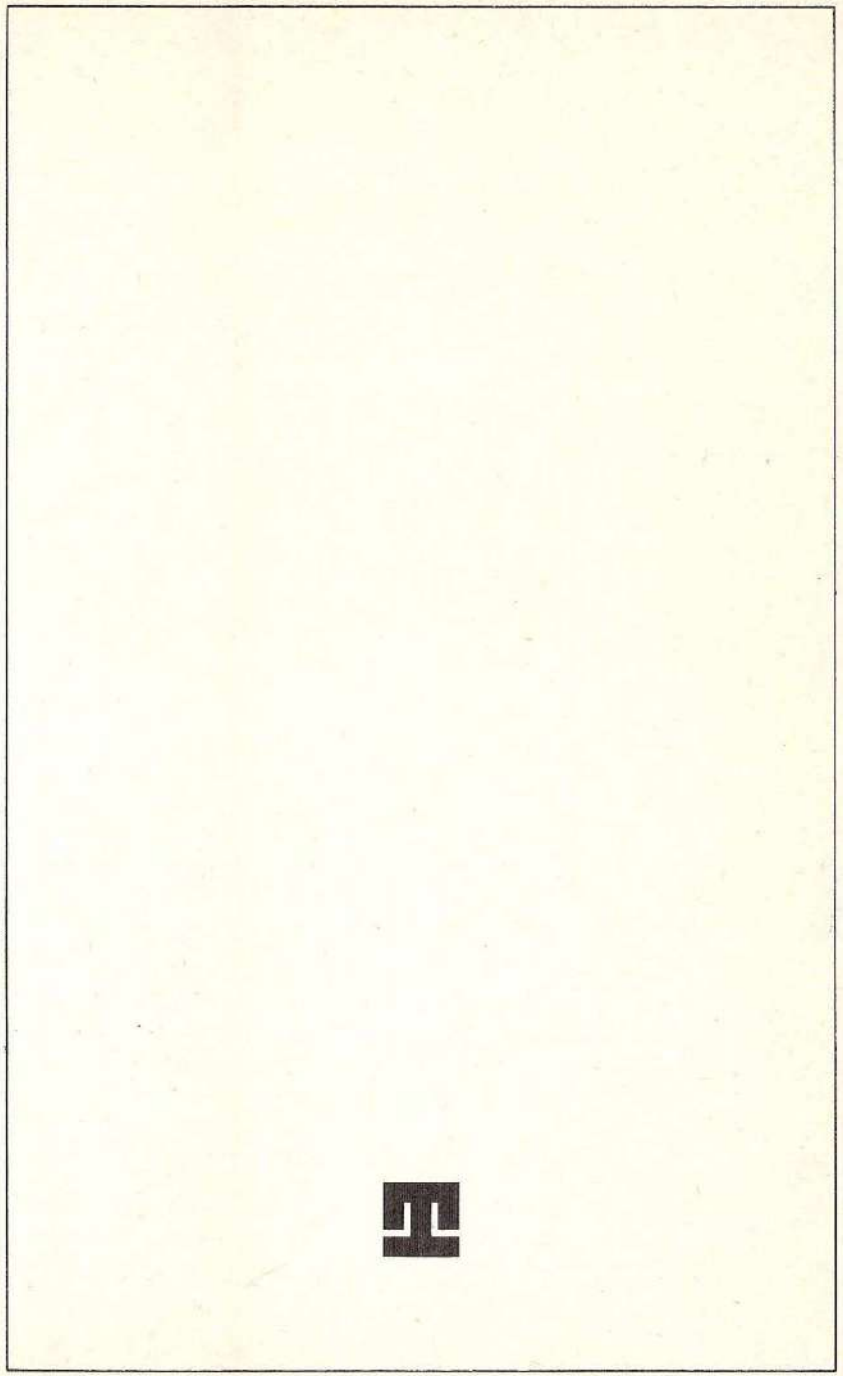
testimonios

Memorias

Gonzalo N. Santos

grijalbo



MEMORIAS

MEMORIAS

GONZALO N. SANTOS

testimonios

grijalbo

MÉXICO BARCELONA BUENOS AIRES

MEMORIAS

© 1984, Gastón Santos

D.R. © 1986 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A.
Calz. San Bartolo Naucalpan Nº 282
Col. Argentina Poniente 11230
Miguel Hidalgo, México, D.F.

TERCERA EDICIÓN

Este libro no puede ser reproducido
total o parcialmente,
sin autorización escrita del editor.

ISBN 968-419-593-1

IMPRESO EN MÉXICO

Indice

Carta a mi hijo Gastón 9
Mis ancestros 13
Mis ancestros paternos 13
Mis ancestros maternos: los Rivera 14

Infancia y porfiriato 17

¡Viva Madero! 1910-1912 31
La aparente derrota 38
El primer "quebrado" 41
Los primeros triunfos 43
San Luis Potosí 46
El primer chanchullo 58

En la raya... 1913-1922 63
Primer levantamiento que me falló 65
La segunda intentona 67
Otro asalto con fuegos artificiales 73
Hacia Tamaulipas 76
Tampico 91
En la capital de la República 99
Marcha hacia el Istmo de Tehuantepec 107
Convención de Aguascalientes 113
Dispersión constitucionalista 129
La toma de Ebano 155
La campaña de Nuevo León 162
La campaña del norte 172
Contra la sombra de Carranza 192
Un receso: mi época de agente aduanal 199
Rebelión obregonista 216
Mi primera diputación 230

Con Obregón hasta el último cartucho 243
Indio, gachupín o gringo, al que se atraviese lo chingo. 243
Presidente de la Legislatura de San Luis Potosí 253
Rebelión delahuertista 261
En la Cámara de Diputados 279

El general Calles llega al poder 283
Presidente de la Gran Cámara 286
Campaña reeleccionista de Obregón 320

El Maximato. Emilio Portes Gil, presidente interino 329
Un presidente sin silla 336
La convención de Querétaro 354
Rebelión escobarista. Campaña contra los cristeros 375
Las casualidades de la "bola" 385

El Maximato. Un cuatrienio compartido 389
Vasconcelos contra Ortiz Rubio 397
El presidente que no aguantó 442
Líder de la Cámara de Senadores 451
Un líder camaral sin diputados 492
El general Abelardo L. Rodríguez al relevo 498
Segunda convención de Aguascalientes 502
¡Ay, qué tiempos, señor don Simón! 506

Mi aventura diplomática en Europa 513
Convención de Querétaro. Candidatura de Cárdenas 515
Primera estancia: Bélgica 523
Visita intempestiva a México 546
Segunda estancia: Dinamarca 549

El Alazán Tostado engrosa la caballada 571
Reingreso al Senado 576
Calles vuelve por la revancha 589
La expropiación petrolera 594
Rebelión cedillista 599
Entre compadres anda el "bueno" 643
Campaña electoral de Avila Camacho 655

Derrota del almazanismo. Presidencia de Avila Camacho .. 685
Prosigue la campaña 688
El general Roberto Cruz 693

La campaña allende las fronteras 698
Elecciones sangrientas en la capital 707
Ministro sin cartera 729
El presidente de la república anda prófugo de la justicia 760

Un poco de tormento a la Constitución 765

El primer gobernador sexenal 803

"Picando piedra" con el licenciado Alemán 819
Los generales al servicio del Partido 836

Desde mi prebostazgo 867
El paso más difícil de un gobernante 874
Retrato hablado de Ruiz Cortines 882
Presidencia del tío Coba 892
Un servicio bien cobrado 901
Más sabe el Tigre por viejo... 908

Postscriptum 919
Indice de fotos 931
Indice onomástico 945

Rancho Gargaleote, Tamuín, S.L.P., diciembre de 1959

Sr. Gastón Santos
Presente.

Muy querido hijo Gastón:

Por fin tengo la satisfacción de venir a cumplirte lo que tanto me has pedido y yo te he ofrecido, pero que había venido aplazando hasta ahora por circunstancias especiales: mis Memorias.

Este día voy a empezar a relatarte toda la historia de mi existencia, a la que titularé:

La vida de un luchador

En mi largo y tormentoso batallar hay muchas cosas que los hombres faltos de temple no se atreverían a contar, mucho menos a escribir. Ya te he relatado mucho de mi vida, pero ahora la voy a escribir y a firmar para que tú hagas el uso que mejor te parezca de este documento.

Quise empezar a escribir mis Memorias aquí en Gargaleote, rancho que yo fundé conquistando la selva y dominando a las fieras, no siempre de cuatro patas, porque mi vida ha estado muy ligada a Gargaleote, que nos sirvió de refugio a los míos y a mí en épocas muy aciagas de la Revolución. Las comenzaré en la Covacha del Puma, primera casa habitación que hice en el rancho.

Hace un año y medio exactamente que salí de aquí, de Gargaleote, primero a los Estados Unidos y después a Europa, y llevaba el firme presentimiento cuando me fui de que iba a dilatar mucho tiempo en regresar, porque sentía que la deslealtad, la traición y la cobardía me rodeaban. También llevaba no sólo el presentimiento sino la seguridad de volver cuando la jauría se cansara de ladrar, sabiendo yo, como lo sabe todo buen ranchero, que los perros entre más corrientes y más ladradores, menos muerden. Y aquí me tienes, hijo, traigo las mismas botas que me llevé puestas cuando salí, y los canes ni siquiera me las

han arañado; traigo el mismo sombrero ancho que tú y toda la región conocen característico en mí y no he tenido que dar un sombrerazo, ni siquiera agitarlo, para ahuyentar a los falderillos de basurero.

Bueno, Gastón: ahora voy a empezar a contarte mi vida azarosa, novelesca, tormentosa y, como decía don Pancho Villa, "muy llena de navegar".

Un abrazo, un beso y todo mi cariño para ti.

"A LA RAYA Y A PROBAR"

Manes de la revolución

¡Oh, mis manes! Voy a empezar a relatar mi vida.

Reitero aquí mi lealtad a la Revolución, a los principios que en ella encarnaron, y envío un abrazo a todos los caídos en la lucha sangrienta, penosa y larga que tuvimos que sostener, para cambiar un país de parias en un país de ciudadanos.

Mis ancestros paternos

Por línea paterna, o sea, por los Santos, soy tataranieto de don Joan de los Santos, que vino a la Nueva España como comandante de la cuarta compañía del Batallón de Asturias y sargento mayor de dicho Batallón El grado de sargento mayor no sé a qué podría equivaler en la actualidad. En ese mismo Batallón, en la cuarta compañía, venían, a las órdenes de don Joan, sus hijos los tenientes José Trinidad y Francisco, el alférez Pedro Antonio de los Santos (mi bisabuelo) y el menor, de 12 años de edad, que era tambor. A éste lo secuestraron los indios huastecos y lo mataron, por lo que el muy piadoso don Joan de los Santos decretó que a todo indio huasteco que fuera capturado, de 12 años para arriba, se le degollara, como lo hicieron los indios con su hijo.

En Tamazunchale, hoy en el estado de San Luis Potosí, fue sorprendido el sargento mayor don Joan de los Santos cuando se bañaba en el río con casi toda su compañía y sus hijos José Trinidad y Francisco. Casi todos fueron muertos por los indios huastecos, habiendo escapado de esta matanza el alférez Pedro Antonio de los Santos, quien con 25 soldados andaba expedicionando por Chiconameli, Veracruz.

Así pues, soy bisnieto del único Santos sobreviviente del Batallón de Asturias, el tantas veces mencionado alférez Pedro Antonio de los Santos, quien al consumarse la Independencia de México se retiró de las armas con el grado de capitán en el pueblo de Tampamolón. Ahí fincó su familia don Pedro Antonio y tuvo dos hijos: don José Antonio de los Santos, mi abuelo, y don Francisco de los Santos, mi tío abuelo.

Mi abuelo procreó siete hijos: don José María, don Rafael, don Pedro Antonio (mi padre), don José Trinidad y don Francisco, doña Joana y doña Epigmenia de los Santos. Esto del apellido De los Santos o Santos es un poco confuso, porque mi abuelo estaba casado con una señora que se llamaba doña Josefa Santos. Yo no sé si este apellido era original o lo recortaron ellos por resultar tan largo "De los Santos de De los Santos", pero el caso es que hasta mi padre usó el De los Santos y no-

sotros los hijos ya no. Sin embargo, a Pedro Antonio y a Samuel casi siempre les llamaban De los Santos, no obstante que ellos firmaban con el apellido Santos, como yo.

En resumen, mis ancestros por la línea paterna quedan de esta manera: mi tatarabuelo, don Joan de los Santos; mi bisabuelo, don Pedro Antonio de los Santos; mi abuelo, don José Antonio de los Santos, y mi padre, don Pedro Antonio de los Santos.

Mi abuelo, don José Antonio, nació en la Huasteca. Aunque entonces era español, cuando la Independencia se convirtió en mexicano y algo más: en liberal, republicano y masón. De entonces para acá, esta familia ha estado ligada a todas las luchas libertarias con el partido republicano, con el liberal y, naturalmente, con la Revolución Mexicana, de la que mis hermanos y yo somos iniciadores.

Mis ancestros maternos: los Rivera

De esta línea genealógica sólo referiré la de mi bisabuelo para acá. Este era el capitán don Antonio Rivera, de las fuerzas reales de Calleja, desde que don Félix era coronel en San Luis Potosí.

Mi bisabuelo don Antonio se retiró de las armas reales a las que servía, en Huejutla, hoy Huasteca hidalguense, con el grado de capitán. Se distanció de su amigo, don Agustín de Iturbide, a quien no quiso seguir en su falso gesto de insurgente, pues mi bisabuelo era realista, reaccionario y ultracatólico. En Huejutla fundó su familia casándose con una señora de apellido Careta.

Mi abuelo materno fue el licenciado don Miguel Rivera, nacido ya en San Martín Chalchicuautla, quien se casó con una señora llamada doña Tula Romero.

Mi abuelo era tan reaccionario y tan católico como mi bisabuelo y tuvo por hijos a don Antonio, don Guadalupe, don Epigmenio, José y Miguel, quienes no alcanzaron el don porque los conocí jóvenes; y a mis tías doña Concha y doña María, así como a mi madre, doña Isabel.

Don Antonio, tío carnal mío, no completamente reaccionario, pero más mocho que su abuelo y su padre, católico ultramontano, sirvió en las fuerzas federales en Chihuahua, durante el tiempo de don Porfirio Díaz.

Se levantó en armas, en 1910, a las órdenes de mis hermanos Pedro Antonio y Samuel. Perdió un hijo en la Revolución (mi primo Miguel Rivera Hernández), pero cuando vio que los revolucionarios la traíamos muy en serio contra el clero, que acampábamos en las iglesias y nos poníamos a nuestros tocayos (los santos) de almohada y a Cristo de cobija, se separó. Esto aconteció al comenzar la Revolución Constitucionalista y no volvió a mezclarse en ninguna actividad revolucionaria.

Como dato curioso debo dejar sentado aquí que mis abuelos, don José Antonio de los Santos y el licenciado Miguel Rivera, que eran compadres y después fueron consuegros por el casamiento de mi padre con mi madre, combatieron en bandos opuestos; don José Antonio era juarista e hizo prisionero en Tantoyuca, después de un combate, al coronel reaccionario imperialista, de los de Maximiliano, a mi abuelo el licenciado Miguel Rivera.

Así pues, llevo sangre de las dos facciones más encarnizadamente enemigas que ha habido en México. Pero en los Santos siempre hirvió la idea liberal y, naturalmente, después, la revolucionaria. Hubo algunos otros Rivera que fueron con nosotros a la Revolución y murieron en ella luchando con las armas en la mano. Mi primo, el valiente coronel Inocente Rivera, falleció en los alrededores de Chihuahua, en el año de 1916, peleando contra Francisco Villa. Su hermano, el capitán Andrés Rivera, murió en el mismo sitio y en la misma fecha, y mi primo hermano el capitán Miguel Rivera, hijo del arrepentido don Antonio, quien murió en La Enramada, peleando también contra Villa.

Estos primos Rivera no eran de San Martín Chalchicuautla. Inocente Rivera (Chente) y su hermano Andrés nacieron en Tampamolón Corona; Miguel Rivera Hernández era nativo de Zaragoza, Chihuahua. El cual también murió en los campos de Chihuahua, peleando contra Villa. Otro primo mío, que fue el precursor de los radiotelegrafistas en México, trabajó, en tiempo del señor Madero, en la inalámbrica de Chapultepec, y después montó una estación de radiotelegrafía a las órdenes del general Francisco Murguía, a cuya división perteneció, habiendo muerto en campaña, como ya lo dije, peleando contra el villismo. En su oportunidad daré una lista de la contribución de sangre que dio a la Revolución mi familia (Santos, Rivera, Acosta, etcétera). Hasta aquí los antecedentes y la historia de mis ancestros.

Por lo que respecta a mis antecedentes, son punto y aparte, y de mis hechos voy a responder ante la historia. Soy hijo legítimo de la Revolución, de la que obtuve mis ideas más radicales y las seguí y sigo sosteniendo, sin llegar al fango comunista que ahora nos quieren "encasquetar" los que actualmente se llaman revolucionarios progresistas.

Quiero dejar asentado que desde mis abuelos para acá, tanto paternos como maternos, liberales o reaccionarios, todos en mi familia fueron mexicanos, nacidos en México.

Infancia y porfiriato

Nací en el pueblo de Tampamolón Corona, el día 10 de enero de 1897, a las diez de la mañana. Mi padre, don Pedro Antonio Santos, y mis hermanos mayores me contaban que tan luego nací, por iniciativa suya llevó a celebrar el acontecimiento fuera del aposento con el grupo de indios huastecos, llamados los mecos, quienes fueron los últimos guerreros de la tribu huasteca, que de generación en generación vienen, hasta la fecha, representando con sus danzas guerreras a los que no se rindieron a los conquistadores españoles.

Cuando yo tenía cuatro años de edad murió mi madre, doña Isabel Rivera de Santos, a quien decían doña Chabela y que era muy bonita. Mi padre no quiso vivir un día más en la casa y nos llevó al rancho de Santa Ana, que era de su propiedad y en donde estuvimos viviendo tres años más o menos. Mis hermanos mayores (Samuel, Pedro Antonio y Miguel) se hallaban en el Colegio de San Luis Potosí. Mi hermana Concha estaba en la escuela de San Martín Chalchicuautla, tierra nativa de mi madre, en donde teníamos muchos tíos y tías. Mi hermana Tula, que apenas contaba dos años de edad, se quedó con mi tía doña Epigmenia Santos de Santos, hermana de mi padre. Así pues yo, de cuatro años de edad, ya no tuve nanas sino "nanos", que lo eran los caporales y vaqueros de nuestros ranchos. De Santa Ana se fue mi padre y me llevó con él a otro rancho llamado Barrón (actual propiedad de mi hermana Tula, lo mismo que Santa Ana), pertenecientes a la antigua hacienda de Tantuité, propiedad de él y de sus hermanos. Aprendí a decir maldiciones antes que las dos o tres palabras de rezo que alguna tía me enseñó alguna vez, y aprendí a hablar el huasteco al mismo tiempo que el español.

Me crié en plena jungla, a veces a las orillas del río Moctezuma en Barrón o en la sierrita de Cuayojohs, entre vaqueros e indios huastecos. Usaba arco de flecha y me metía a los bosques, acompañado o solo; muchas veces estuve a punto de morir a causa de las víboras que, si ahora abundan, ya se imaginarán en aquel tiempo cómo serían los bosques de la Huasteca.

Del pueblo de Tampamolón, donde nací, tengo muy malos recuerdos por razones fáciles de comprender. Mi vida hasta los 13 años estuvo

acompañada por cierta hostilidad y algunas vicisitudes: fue más o menos parecida a la de un muchacho judío en Alemania, cuando Hitler y los nazis tomaron el poder. Como se entenderá, no era precisamente un privilegiado con 33 años de dominio porfirista encarnizado en contra de mi familia; sólo que yo tenía a mi favor la ventaja de una carabina, una pistola, un buen caballo, una buena reata de lazar y la selva, y, desde luego, el aliento y apoyo que a los míos y a mí nos daban los rancheros e indios huastecos. Por eso y por otras cosas más, al que considero mi verdadero pueblo es a Tamuín.

Mi padre y mis tíos don José María, don Rafael, don Trinidad y don Francisco, combatieron al porfirismo cuando se levantó en armas don Porfirio Díaz contra don Benito Juárez (Plan de la Noria). Después, cuando don Benito Juárez murió y don Sebastián Lerdo de Tejada era presidente, don Porfirio Díaz volvió a levantarse en armas, como es sabido por la historia; entonces mi padre y sus hermanos se levantaron contra don Sebastián Lerdo de Tejada, bajo las banderas del Plan de Tuxtepec. Mi padre y sus hermanos tomaron el mando político y carabinero de la región, pero llegó a Tampamolón un señor llamado don Jesús Martell, hijo de franceses nacido en Monterrey, según decía él, pero quizá haya sido hijo de uno de los invasores que vinieron con Maximiliano desde Francia, porque nunca se supo a ciencia cierta su verdadero origen.

Este Martell fue imperialista, y, por tanto, cuando se trató de combatir al señor Juárez se unió al porfirismo en forma activa en el aspecto político, pero nunca tomó las armas.

Al triunfo de Tuxtepec, se unió a los Santos y al partido santista que dominaba la Huasteca, pero muy pronto se dedicó a hacer viajes a la Ciudad de México y a intrigar. Dada la incomunicación de aquellos tiempos y la inexperiencia política de los Santos, logró el apoyo de don Porfirio Díaz (a quien hizo su padrino de casamiento) para desplazar a mi padre y a mis tíos, dominando la situación con el apoyo de fuerzas federales. Al principio, los Santos se levantaron en armas en un movimiento local, y echaron fuera a Martell y al grupo de rurales que lo apoyaban, pero pronto llegaron refuerzos de tropas de línea, y tuvieron que someterse. Este movimiento les costó a los nuestros perder la hacienda de la Pitahaya, que es el actual pueblo de Tanquián Escobedo. Los caciques de la época, representados por un señor que era mi tío en segundo grado por parte materna, don José Vega (visitador político del estado), ejercieron toda clase de presiones para hacerle la vida imposible a mi padre y a mis tíos, poniendo como condición para dejarlos relativamente en paz que les "vendieran" (*sic*) la hacienda de la Pitahaya. Mi tío Rafael, con agudo sentido de la realidad, dominó la rebeldía de sus hermanos y llegó a un acuerdo simulando la venta. En

todo este enjuague, don Jesús Martell fue motor y cerebro para quebrantar a los Santos política y económicamente.

Les quedó a mi padre y a mis tíos la hacienda de Tantuité, que disfrutaron en común mucho tiempo, repartiéndosela después armoniosamente.

Mi padre era muy trabajador, muy serio, muy enérgico y muy honorable. Puso en magníficas condiciones los ranchos que le correspondieron: Barrón para ganado de engorda, Santa Ana para ganado de cría, y adquirió una finca de café, también en el municipio de Tampamolón, limitando con Coxcatlán, finca que además de café tenía mangos y mameyes. Este cafetal, aunque relativamente chico, le producía muy buen dinero.

Una vez en posesión del mando político, los Martell (porque además de don Jesús había un don Crisóforo, hijo del primero) dominaron treinta y tres años de los treinta y cinco que duró don Porfirio Díaz en el mando supremo de la nación. Cuando se ausentaba el destacamento de rurales que había en el pueblo para ayudar a los Martell, los santistas, unas veces dirigidos, otras veces incitados por mi papá, otras espontáneamente, con cualquier pretexto, fuera una pelea de gallos, una carrera de caballos o alguna trifulca que provocara algún sobrino de la familia Santos, armaban las grandes peloteras y los Martell salían huyendo, dejando en cada una de estas reyertas algunos muertos, pero volvía la Federación y la represión era muy severa.

En tantos años de mando, los Martell llegaron a dominar a la opinión pública de la nueva generación del pueblo de Tampamolón, y adquirieron bienes que no tenían (entre otros, la hacienda de Miraflores, don Jesús Martell, y los ranchos de Chiquinteco, Flor de María y Tudural, don Crisóforo Martell). Con todo, económica y "carabineramente" siguieron siendo más fuertes los Santos y lograron mandar de diputado, valiéndose de influencias compradas en San Luis, a mi tío Rafael, pero a condición de que el distrito que supuestamente representaba no fuera ninguno de la Huasteca. Así pues, sólo sirvió el lograr que mi tío Rafael fuera diputado y después jefe político de algún distrito del estado o de otras regiones de la República, para que sus hermanos y sobrinos tuvieran relativas garantías.

En cambio, don Jesús Martell logró que le reconocieran el grado de coronel, sin haber tomado nunca las armas (de estos casos vi muchos después), mismo que ostentaba mi tío Rafael, y que don Porfirio Díaz le concediera. Diputado por el distrito de Tancanhuitz, ahora Ciudad Santos, al que pertenece Tampamolón; logró también que a su hijo don Crisóforo se le otorgara a perpetuidad la presidencia municipal de Tampamolón.

El cacicazgo de los Martell fue tan largo que implantó, entre otras cosas, la enseñanza antisantista en las escuelas, en el curato y en la igle-

sia del pueblo, pero nunca pudieron dominar, ni siquiera con una sombra de autoridad, en los ranchos de la hacienda de Tantuité, propiedad de mi padre y sus hermanos; Tanchumaque, de mis primos los Romero (Pablo, Gabriel, Braulio y Gudelia, hoy propiedad de Gudelia Romero y Merced Camargo); Nixpishol, de unos primos hermanos de mi padre que se llamaban don Juan Santos, padre de mis primos Manuel Santos y Santos, Fulgencio, el valiente Mencho Santos, Francisco (Panchito) y don Francisco Santos (este último no confundirlo con el hermano menor de mi padre que se llamaba igual y a quien llamábamos tío Quico); los ranchos de mis primos Ramón, Malaquías y Manuel Acosta; Inocente Rivera, Odón y Zenón Sánchez, así como los de nuestros parientes Eraclio, Pedro, Benito y Wulfrano Sánchez, que abrazaron la causa maderista a las órdenes de Pedro Antonio y de Samuel, después estos últimos traicionaron a la Revolución, pasándose al huertismo. En su oportunidad, relataré el feroz ataque que mis primos Fulgencio, Francisco, Inocente Rivera, Braulio, Gabriel Romero y yo hicimos contra estos parientes traidores en su rancho a las márgenes del río Moctezuma (la cuña, para que apriete, debe ser del propio palo).

En mis correrías antes de la Revolución, me hacía acompañar de un indito al que llamábamos Culás (Nicolás, tal vez), que hablaba unas cuantas palabras de español. Este indio, que tenía la misma edad que yo, hablaba tanto el huasteco como el mexicano, pues era hijo de una india mexicana, huérfano de padre y criado en Santa Ana, entre la tribu de los indios huastecos.

Mi papá lo puso de compañero mío para que anduviésemos por las selvas, pero no será difícil comprender que el mismo día "que me lo entregó", me le impuse y hacía de él lo que quería y me venía en gana. Culás, como yo, cargaba arco de flechas y muchas veces, cuando en el bosque avistábamos un jacal de algún indio que vivía aislado con guajolotes, perros y gallinas, lo convencía de que los guajolotes eran monteses y la emprendíamos a flechazos contra ellos. Generalmente, hacíamos estos actos de vandalismo cuando los indios mayores andaban en sus trabajos y estaban en el jacal sólo los muchachos y las mujeres; pero no faltó la ocasión en que nos equivocáramos, y, entonces, los flechazos nos zumbaban a nosotros cuando se daban cuenta de nuestras fechorías. De estos agarrones tuvimos más de tres y cierta ocasión a Culás le metieron un flechazo en un chamorro y a mí uno en el hombro, pero con flechas de carrizo y no con las de chilillo que usan los indios para matar venados y animales mayores, ya que seguramente se concretaban a defender lo suyo y a ahuyentar a los intrusos.

Cuando mi padre descubría alguna fechoría de esta índole, se ponía furioso, y como yo no tenía mamá que me defendiera y mis hermanos estaban a más de cien leguas de distancia, que entonces quería decir más lejos que lo que es ahora de aquí a Japón y más lejos también que

de la Tierra a la Luna, mi defensa era fugarme "en pelo" en lo primero que podía, caballo o burro, o correr a pie si no tenía tiempo para más, y perderme en los bosques; de ahí no salía hasta que oía a mi papá tocar el cuerno en señal de perdón. Sus amnistías siempre me las cumplió al pie de la letra.

Culás era cacarizo, picado de viruela. Una vez lo llevé a recorrer el pueblo de Tampamolón; era Semana Santa y al llegar nosotros daban el último repique, antes de que las campanas enmudecieran y fueran sustituidas por matracas. Culás se maravilló al oír el sonido, pues lo más que había escuchado era algún cencerro en el pescuezo de una vaca. Me llevé a Culás hasta la iglesia, subimos a la torre y le enseñé las campanas, las palpó e hizo lo mismo con los badajos, y entonces yo, con toda malicia, le dije que jalara los badajos fuertemente a uno y otro lado y que las campanas iban a sonar muy bonito. Culás los jaló con fuerza y entusiasmo; en ese momento vi a lo lejos al comandante de Policía, un tal Donaciano Ramírez, con una barba imponente, canosa; él también era un tipo imponente, pues era muy alto y reposado sin llegar a gordo, Culás siguió repicando, yo emprendí la carrera brincando los pretiles.

Cuando Culás vio que yo corría y al hombretón de la barba, con pistola al cinto, corrió como venado, cuando yo estaba muy lejos. El policía persiguió a Culás, pero no logró darle alcance, pues brincaba como chivo en los pretiles, y se perdió en el monte, que estaba cerca. Al cabo de una hora vino a dar Culás a la casa por la entrada de atrás, donde estaban las caballerizas, cuando lo vi no aguanté la risa. Me gritó: "Cabrón-sísimo, desgraciado-sísimo", y apuñando las manos con fuerza me gritaba una y otra vez: "Cabrón-sísimo, desgaciado-sísimo, cabrón-sísimo, desgraciado-sísimo".

Culás le contó a mi papá la burla que yo le había hecho, y mi papá le dijo: "Pélate para Santa Ana." Naturalmente se lo dijo en huasteco, pues Culás apenas empezaba a hablar el español, dividido en dos partes.

Papá me preguntó: "¿Por qué hiciste eso con el pobre Culás? ¿No ves que es un sacrilegio muy grande, y las viejas mochas y los martellistas se te van a echar encima por haber inducido a Culás a repicar las campanas el día en que empieza el luto por la muerte de Cristo?"

Y no se hizo esperar el ventarrón, pues en la noche viejas beatas a voz en cuello gritaban: "¡Qué se puede esperar del hijo de un excomulgado!" (pues a mi papá lo habían excomulgado por haber cintareado a un cura que le faltó al respeto a mi madre, y aunque el cura murió un año después por borracho, nuestros enemigos decían que la muerte fue a consecuencia no tanto de los cintarazos que mi papá le pegó, sino por la vergüenza de que no hubiera respetado sus hábitos). Pero volvamos a lo que estoy relatando.

Las viejas gritaban: "¡Este muchacho (refiriéndose a mí) va a quemar el pueblo!" Las que más chillaban eran mi madrina Tula y una panadera gorda llamada doña Antonieta Odriozola.

Años después el destino hizo que se cumpliera la profecía de estas mujeres, pues si no quemé todo el pueblo fue porque los huertistas habían incendiado la cuarta parte. Lo que quedaba del villorrio sí lo incendié personalmente, secundado por mis primos Fulgencio M. Santos y Chente Rivera (muertos los dos como coroneles en la Revolución) y, naturalmente, por toda la tropa que nos seguía.

Culás murió en la Revolución. Al principio de la lucha contra Huerta traía escopeta, después lo armé de un 30-30. Era muy buen peleador y ya entonces hablaba bastante bien el español. Murió en los primeros ataques que hicimos contra Tampico, en mayo de 1914.

Le dedico un recuerdo y mi respeto a este compañero de mis primeros años, porque Culás es para mí el prototipo del héroe anónimo de la Revolución.

Ya comenté que con los treinta y tantos años de dictadura porfirista y el apoyo que ésta les brindaba a los Martell, la opinión pública en el casco del pueblo nos era adversa en no menos de 90 por ciento, pero no así en las rancherías y haciendas, pues los Santos y los santistas representaban 90 por ciento de la propiedad rural del municipio. En los otros pueblos, como por ejemplo en Axtla (hoy Villa Terrazas), Huehuetlán y Tanquián Escobedo, el prestigio de mi padre y de los demás Santos y santistas era muy sólido. Cuando por alguna borrachera u otra causa mayor los policías del pueblo perseguían a cualquier trabajador, fuera caporal, vaquero o peón de cualquier rancho de los Santos, nunca se atrevieron a cruzar el Arroyo Chiquito en Santa Anita, ni el Arroyo Grande en el Capadero, límites del fundo legal del pueblo con la hacienda de Tantuité.

En nuestros ranchos siempre había armas, mucha decisión para no dejarse atropellar y magníficas posiciones estratégicas en el camino para emboscadas defensivas. Entonces se comprenderá por qué después de los cuatro años, edad en que me llevaron al rancho, cuando asistí a la escuela, siempre supe que había amigos y enemigos, leales y traidores, valientes y cobardes. Así nací, así crecí y así se empezó a templar mi carácter. Mi padre decía que sólo la Llorona lloraba, que los hombres nunca debían "pandearse" aunque se vieran con las tripas en la mano, y como jugábamos peleas de gallos, aprendí a amarrar y a soltar en las peleas desde que tenía siete años; aprendí también el ejemplo de los gallos valientes, de los que ya muriéndose matan a su contrario y de los que nunca corren. Y no tan sólo eso, desde entonces pude observar que cuando en una pelea uno de los gallos corre, el dueño se siente tan avergonzado como si el cobarde fuera él y no el animal que está peleando. Lo mismo me pasa cuando alguno de mis hombres de

confianza se engarruña, se le arruga el cuero y de plano se acobarda. siento como si *el cobarde fuera yo*.

Como dije, el ambiente oficial en el pueblo era hostil a mi familia. Los profesores tenían la consigna de tratarme mal, y la cumplían al pie de la letra. Por consiguiente, los veía como enemigos, evitaba ir a la escuela o procuraba asistir lo menos posible, y no faltaba semana en que no me fuera para el rancho (ya dije que mis hermanos mayores estaban en San Luis Potosí y yo me fajaba solo). Me estoy refiriendo a las pocas veces que, en aquella época, asistía a la escuela (1905-1909). Así llegué hasta los doce años de edad. Ya para entonces era un buen lazador, un vaquerito muy regular, muy arriesgado y usaba bajo la pierna una carabina 32-20 de ocho cartuchos y balas de plomo. Por fin, mi padre me mandó al pueblo, a la casa de mi tío Juan, primo hermano de mi padre, casado con una hermana de papá, doña Epigmenia Santos de Santos, a quien llamábamos tía China y que era muy buena conmigo. Los hijos de mi tío Juan y tía Epigmenia, Manuel, Fulgencio y Francisco, tenían un medio hermano, llamado Nemesio. Los cuatro fueron muy valientes y tres de ellos murieron en la Revolución (Nemesio, Fulgencio y Francisco); Manuel murió de tuberculosis a consecuencia de las campañas. Mis hermanos y yo nos queríamos con ellos como si hubiésemos sido todos verdaderos hermanos. De estos valientes el más distinguido fue Fulgencio, a quien llamábamos Mencho. Era un hombre muy simpático, valiente, atractivo, muy de a caballo y resultó un gran guerrillero. Murió peleando él solo en Tanquián Escobedo, cuando era coronel y estaba próximo a ascender a general.

Los años que asistí a la escuela los pasé batallando con los hijos de los porfiristas, pues era verdadera fobia la que las autoridades tenían por mis familiares, y ésta se reflejaba en los hijos de uno y otro bando. En la escuela había muy pocos santistas, posiblemente de los casi cien alumnos que la componían, ocho o diez eran de nuestro bando. Muchos de los alumnos, naturalmente, eran mayores y más fuertes que yo, y como no podía llevar la carabina ni la pistola a la escuela, me vi precisado a portar siempre dos navajas, una en la bolsa y otra escondida bajo la camisa o en el zapato, para que cuando me denunciaran y el maestro me quitara una, siempre quedara armado. Fue así como me hice respetar de toda esa gente y, sobre todo, de Macedonio García, hijo de Cristóbal García, un chamaco cacarizo (picado de viruela) al que apodábamos Pepitoria. Era el gallo que más me chillaban para que peleara conmigo. Cierta ocasión, en un día de campo de la escuela, íbamos en fila hacia un riachuelo que hay en Tampamolón, llamado el Arroyo Grande, cuando el Pepitoria, sin motivo alguno, en la forma más traicionera, por la espalda, me pegó un terrible cañazo en el cerebro que me hizo rodar y perder el sentido unos momentos. Es la única vez en la vida que me he desmayado. Cuando desperté pregunté

quién me había atacado a traición. Nadie dijo una palabra, pero me dirigí al Pepitoria y le dije: "Fuiste tú y no se te olvide, porque a mí nunca se me va a olvidar". Intervino el maestro y siguió la formación.

Años después, en plena Revolución, cuando lo encontré en Tehuantepec, Oaxaca, siendo él huertista y yo capitán constitucionalista, le di tal "desmayada" que nunca más volvió a comer tortilla. Esa desmayada se la di con una pistola 44-40 de balas expansivas, sucedió cinco años después del cañazo que me dio a traición. Yo, en cambio, lo maté de frente en plena plaza de armas de Tehuantepec, como a las diez de la mañana; él traía una carabina en la mano, pues los huertistas todavía no se habían rendido e ignoraban que estuvieran los santistas ahí en Tehuantepec. Después relataré cómo cayeron en nuestras manos y qué hicimos con ellos.

Dije antes que mis hermanos se estaban educando en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí. Quiero ahora aclarar que los que estaban estudiando en dicho Insituto eran Samuel y Pedro Antonio, pues Miguel hacía sus estudios, en esa época, en el Seminario Conciliar de la misma ciudad, y se le había metido en la cabeza ser cura. Después, por las burlas de mis hermanos mayores, de mis primos rancheros acá en la Huasteca y de las mías no muy académicas, Miguel desistió, muy a su pesar, de seguir estudiando para clérigo por lo que ingresó también en el Instituto, pero siguió siendo mocho. Cuando mis hermanos venían, generalmente llegaban el primero de noviembre. Viajaban en tren desde la ciudad de San Luis Potosí hasta Valles, que era entonces un pequeño villorrio con ciertas pretensiones, porque estaba comunicado por ferrocarril. De Valles seguían a caballo hasta Tampamolón, donde mi padre y yo los recibíamos.

Como en los días uno y dos de noviembre se celebra el día de muertos, la costumbre en la Huasteca era disparar cohetes y balazos. En mi casa había, desde los tiempos de las anteriores revoluciones y reyertas locales, un depósito de no menos de sesenta armas largas entre las que se contaban fusiles *Remington* de caballería, calibre 50, y de infantería, del mismo calibre, con una larga bayoneta calada, algunas carabinas 44 de doce tiros y mi carabina 32-20, la cual usé desde los nueve años de edad y con la que mataba conejos y uno que otro venado. Nos reuníamos mis primos Santos, Romero y Chente Rivera, todos ellos mayores que yo cuando menos diez años, los vaqueros de los ranchos y algunos mozos. Mi padre nos ponía parapetados en los pretiles y portales de la casa de Tampamolón, que era conocida como "La casa grande", porque efectivamente era la más grande del pueblo. Cuando se avistaba a mis hermanos y a los asistentes que los acompañaban, mi papá gritaba: "Fuego", y todos empezábamos a disparar balas y balones, desde luego que todo al aire. Mis hermanos echaban mano a sus pistolas y también las descar-

gaban, aventando sus caballos rumbo a la casa. A veces éstos les reparaban y se cintareaban.

Con pena, pero con amor a la verdad, debo confesar que en estos simulacros mi hermano Miguel jalaba lo más que podía su caballo y no se acercaba a la casa hasta que el tiroteo había cesado. Miguel criticaba mucho a mi papá por esto, pues desde su punto de vista eso era una simulación sin objeto, sólo por regocijo, y a la cual tildaba de salvaje. Pero mi padre, que era muy zorro y muy astuto, hacía este recibimiento a sus hijos no sólo por emoción o por euforia, que también la tenía, sino porque al lado de nuestra casa, a unos cincuenta metros de distancia, estaba enclavada la casa de don Jesús Martell, ya para entonces fallecido, y un poco más allá, la de don Crisóforo Martell, que había quedado cacique heredero político de su padre, pero sin la fuerza ni la inteligencia del desaparecido francés. Con estas balaceras mi papá demostraba a sus enemigos que sus hijos iban creciendo, y que se estaban preparando tanto culturalmente como para la acción, y que aun el más pequeño, que era yo, sabía disparar una carabina. A mí, papá me consentía mucho, pero a su modo. Cuando hacía algo grave, me castigaba pegándome con lo primero que encontraba, ya fuera un freno o el "camote" de la cuarta y algunas veces hasta con las espuelas. Mi hermano Pedro Antonio, en cambio, jamás me tocó con la mano. Me castigaba con regaños razonados y me avergonzaba con sus palabras cuando me hacía comprender que había cometido algo indebido, lo cual, por cierto, sucedía con frecuencia. Recuerdo que en una ocasión me robé un pollo crestón "punta brava" de unas señoritas viejas las cuales vivían al lado y se apellidaban Jonguitud. Una de ellas, Tula, era mi madrina de bautizo. Descubierto el robo, mi papá me quería matar. Me pegó con el freno, la reata de lazar, las espuelas y el cuerno, y me dijo que en su raza nunca había habido un ladrón. Pedro Antonio me rescató de la furia paterna, me encerró en un cuarto y me sermoneó durante más de una hora. Me puso de castigo que aprendiera a peinarme, a comer con cubiertos, y, en una palabra, que supiera comportarme delante de la gente. Por último, me hizo llorar, cosa que hasta entonces sólo había hecho de coraje, nunca de sentimiento. Pedro Antonio me llamaba Huajutz, que en huasteco quiere decir "tecolote del brujo". Este robo lo descubrieron porque el tostón que el gallero me dio por el pollón lo jugué al mismo, y como el gallo ganó, doblé mi capital a un peso. Esto fue por la mañana, pues en aquellos tiempos sólo de día se jugaban gallos. Por la tarde, mi hermano Samuel y mi primo Mencho (Fulgencio) cazaron una carrera de caballos. Samuel y Mencho jugaron un caballo de Benito Sánchez, pariente nuestro (maderista y después traidor). Este caballo no estaba bien cuidado para carreras, se encontraba muy trajinado y su dueño había venido montándolo desde su rancho. Era un caballo tordillo, y la carrera fue contra un caballo gi-

gante, también tordillo, muy bien comido, pero pasado de gordo, propiedad de un árabe que se llamaba Nazario Abraham que junto con su hermano traía una ancheta (tienda ambulante que tenía toda clase de mercancías y telas apropiadas para la región).

En la carrera jugué mi peso. Como el caballo que llamábamos nuestro era la "chica", yo jugué contra doce reales. El caballo lo corrió Mencho, en pelo y sin pretal, y le ganó al del árabe con un gran claro. La carrera la jugaban Samuel y Mencho con cincuenta formidables pesos porfiristas. Yo gané veinte reales (en total, dos pesos cincuenta centavos). En la noche me fui a brillarla a la plaza, donde no había precisamente feria, pero era viernes y había mucho movimiento. Fui con doña Galdina, la puestera que mejor hacía las enchiladas de baile en la Huasteca, y me fajé un plato doble que me costó nada menos que una peseta; ese platillo sólo se lo permitía la gente con dinero, pues el plato sencillo valía un real. Empecé a llamar la atención con este lujo. Después me fui a jugar al carcamán, a la mochitanga y a los chiles (así se les decía a los albures cuando se echaban sobre un petate o una cobija con limitado "monte").

Entre los muchachos y la gente grande se comentó que yo traía mucho dinero y que andaba jugando valientemente (quiero decir, para completar este relato, que traía encajada en la cintura una pistola *Merwin* calibre 44 que era de mi padre y que saqué a escondidas). Todo este boato de ganar al gallo, en las carreras y de apostar en los juegos de azar, en los que perdí mi capital, se comentó mucho y llegó a oídos de mi madrina Tula Jonguitud. Ella fue con el chisme a mi papá y entonces ardió Troya.

Después, con el tiempo, con la edad y con la experiencia, he deducido que es muy poco inteligente hacer alarde de lo robado, pues trátese de un gallo pollón o de los contratos de un ministro, se descubren; pero mi suerte fue distinta a los afortunados que han ocupado puestos en los gabinetes, pues ellos se llevan lo suficiente para acallar a la prensa, los murmuradores y hasta algunos enemigos, y les alcanza con lo que han garbeado para terminar siendo llamados altruistas. (Quiero dejar asentado que fue la última vez que me pegó mi padre).

Mi padre era un hombre muy liberal, pero creyente, aunque poco observante de la religión católica. Yo, a mi vez, también soy más o menos creyente, pero librepensador. Mis creencias se reducen a Dios y al gran respeto que tengo por la Virgen de Guadalupe, por lo que ella significa para nosotros los mexicanos, pero jamás voy a ninguna iglesia si no es con fines turísticos, cuando viajo por el extranjero, para admirar algunos templos, joyas arquitectónicas. Aquí mismo, en nuestro país, cuando voy a Oaxaca, gusto de visitar la iglesia de Santo Domingo, que es una maravilla.

Mis hermanos Samuel y Pedro Antonio eran también librepensadores, aunque Samuel más bien siempre fue ateo. Samuel era once años mayor que yo, muy alegre, jugador de gallos y de baraja y muy buen lazador en el campo; empezó a entenderse con los ranchos desde 1907, y con él andaba siempre, como su sombra, mi primo Braulio M. Romero, que con sus hermanos Gabriel, Pablo, Ignacio y Gudelia eran codueños de la hacienda de Tanchumaque. A Gabriel y a Braulio les llamaban los Quiles (periquitos salvajes), por hablantines y andariegos, pues andaban de feria en feria por toda la Huasteca, siguiendo a mi hermano Samuel, a quien respetaban como jefe.

Samuel no me hacía ningún caso, por la diferencia de edades seguramente, pero mi primo Braulio se llevaba conmigo desde entonces, a pesar de ser diez años mayor que yo, como si hubiéramos nacido el mismo día, y así seguimos durante la Revolución y después de ésta. Lo mismo acontecía con mi primo Mencho. Braulio siempre me siguió, y creo que es el hombre que más me ha conocido en la vida. Era un ranchero muy agudo y sin cultura, pero autodidacta. Aprendió a leer en la cárcel, cuando lo pusieron preso por maderista. Después fue un estudioso de la historia de México. Era muy inteligente, sumamente cruel con sus enemigos, leal a sus amigos, a su grupo, a su partido y muy especialmente a mí.

Mi primo Fulgencio (Mencho) era diez años mayor que yo, es decir, un año menor que Samuel, de quien era compadre y a quien seguía por todas partes, pero me quería mucho y yo lo dominaba, a tal grado que siempre hacía lo que yo decía. Cuando él era coronel y yo capitán primero, la última opinión era la mía.

Pedro Antonio me trataba muy bien, como a un hijo y amigo y no como a un hermano menor; era diez años mayor que yo, y más adelante relataré muchas conversaciones que tuvimos, los consejos que me daba y lo que tenía pensado hacer conmigo. ¡ERA UN HOMBRE SUPERIOR!

Mi hermano Miguel era seis años mayor que yo, pero desde chico me le impuse. Cuando venía de vacaciones estaba hecho un "curro" de la ciudad, que había estudiado en el seminario de los curas, y yo era un perfecto montaraz. Me lo llevaba por los bosques, que de tan cerrados que estaban entonces, se tenía que caminar a gatas. Yo siempre iba adelante, con el machete en la mano, que sabía manejar a la perfección y él no; lo llevaba a descubrir nidos de zorras debajo de la tierra. Tuve otro hermano que se llamó Teodoro, nueve años mayor que yo, muy guapo y muy inteligente, pero desgraciadamente quedó ciego; más bien dicho, lo dejaron ciego las tías y comadres que le "curaban" un mal de ojos (pues ya he dicho que éramos huérfanos de madre) con hierbas y sangre de pluma tierna de guajolote. Este muchacho hubiera llegado a ser algo de gran valía de no haber perdido la vista, pues además de las cualidades que dejo apuntadas, era muy valiente. Murió de pulmonía fulminante y tal vez haya sido mejor.

Cierta ocasión, en Santa Ana, después de una larga campeada que duró tres días, los vaqueros trajeron una manada de yeguas y potros en estado enteramente salvaje, de los llamados ladinos, que nunca habían visto gente. Estando mi papá en el corral con los vaqueros, llegamos mi hermano y yo, y papá nos dijo: "Escoja cada quien un potro". Mi hermano Miguel escogió uno de color cebruno, y yo escogí un potro "flor de caña". Debo haber tenido a lo sumo ocho años y mi hermano catorce. Le dije a mi papá: "A ese potro yo le monto", y me dijo: "Bueno, que te lo ensillen luego".

Lo lazaron los vaqueros, le pusieron el tapaojos y el bozal de cerda que entonces se empleaba para montar por primera vez a un potro bruto, lo potrearon un poco dentro del corral, es decir, lo hicieron retozar para que reparara con la silla, y el tal "flor de caña" parecía un diablo. Miguel empezó a decir que mi papá no debería dejar que yo lo montara. En eso llegó mi primo hermano Ramón Acosta, hombre casado, dueño del rancho de San Miguel, como de unos 25 ó 30 años de edad. Era un ranchero clásico y hablaba el castellano viejo: "truje, quero, puédamos, téngamos, etcétera", y le dijo a mi papá: "Tío, Chalo (así me decían de chico) es muy bueno para montar caballos mansos y hasta para jinetear burros broncos y becerros de año, pero este potro son palabras mayores y usted no debe darle licencia para que lo monte". Todos los vaqueros estaban expectantes. Entonces mi padre dijo: "Yo no le dije que lo montara; él fue quien dijo que a ese potro se subía, y yo no voy a enseñar a mis hijos a que falten a su palabra. Una vez que él ha dicho lo monta, lo debe montar. ¡A ver, Urbano! (le dijo a uno de los vaqueros), amadrínalo; que abran las trancas y que se le suba Chalo". Amadrinar quiere decir que mientras un jinete le monta a un potro cerrero, otro lo sujeta de la punta del cabestro que pende del bozal para, en todo caso, no dejar que el animal cerrero se desboque.

Luego de que dijo esto mi padre, al potro le bajaron el tapojo (tapaojos), achicaron el cabestro, me agarré de la crin y lo monté. Por lo pronto el animal no podía reparar mientras iba caminando hacia la salida del corral, porque lo llevaba Urbano muy corto a vuelta de cabeza de silla, pero una vez que salimos a la plaza del rancho me entregó el cabestro, le levantó el tapojo y echó un grito: "¡¡Agárrate!!, y aquello fue reparar y no de broma. Mi papá gritaba: "No te aflojes, no te aflojes, no te aflojes", hasta que el potro se cansó. Lo rodearon los vaqueros para que no huyera conmigo arriba, lo agarraron del bozal y entramos otra vez al corral. En aquel tiempo nadie aplaudía por ningún motivo en los ranchos de la Huasteca y me parece que tampoco en los pueblos; pero a su modo, cada quién mostró su admiración. Mi papá me decía que me bajara pero yo engolosinado con mi triunfo metí a talonazos al "flor de caña", ya que le jineteé sin espuelas.

En otra ocasión, en Barrón, yendo con mi papá a dar agua a los ca-

ballos al estero del jagüey, salió una manada de yeguas con su garañón respectivo, y entre la manada venía un potro pinto que me llamó la atención. Mi papá me dijo: "Agárralo, Chalo". Yo no llevaba reata de lazar y tomé en serio aquella broma de mi padre, metí espuelas y seguí al potro pinto a carrera tendida. Mi papá empezó a gritarme que regresara, pero no hice caso y seguí desaforadamente a la manada, siempre tras el potro pinto, hasta que me perdí, primero en los agostaderos y después en el monte cerrado. Cuando la manada se me adelantó quise regresar, pero estaba extraviado y así anduve toda la noche en aquellos agostaderos y llanos, hasta que al amanecer fui a dar al rancho de El Baral, de mi primo Malaquías Acosta, padre de Maximino Acosta (Chimino), en donde los vaqueros me reconocieron y le fueron a hablar a mi primo, que estaba dirigiendo su ordeña en el corral. Al verme, me preguntó qué andaba haciendo, y le conté lo del potro pinto. Entonces me dijo: "Vamos a desayunar; luego te llevaré con mi tío, que ha de estar muerto de pesar". Así lo hicimos, y cuando regresamos a Barrón mi padre no estaba en casa, pues andaba con los vaqueros batiendo el monte en mi busca , pero no tardaron en localizarlo y le dio mucho gusto al verme. Tanto es así, que no me castigó. Sólo me dijo: "La verdad es que yo tuve la culpa, por decirte de broma que agarraras al potro pinto, pero el pesar y el sufrimiento que he tenido toda la noche me lo repongo viendo que eres de muy buena ley".

En Barrón, cuando el río crecía, mi padre me llevaba con los vaqueros a agarrar peces con la mano, pues en aquel tiempo, en cada creciente el río Moctezuma y los otros ríos se envenenaban con el "palo de leche" al salirse las aguas de madre. Los peces quedaban ciegos por el efecto de la leche de este arbusto y salían a la superficie. En aquel tiempo eran miles y miles los peces envenenados por esta causa en cada creciente, y concurría al río, en romería, gente de todos los ranchos para agarrar cuantos quisieran con las manos. Los indios traían toconales para ahumarlos y llevarlos a vender a los pueblos. En una de estas crecientes vi por primera vez un lagarto, caimán muy grande, pinto de amarillo y, según decían ahí todos los rancheros, muy encarnizado. Mi padre y muchos de mis primos y mis hermanos siempre procuraban darle caza, pero las balas no le entraban, pues era de cuero muy duro y las armas que se empleaban entonces eran de balas de plomo. Nunca pudieron matarlo. Ya siendo diputado, todavía de vez en cuando me informaban que aquel lagarto seguía saliendo en las crecientes.

Narro todo esto para que se comprenda el medio en que crecí y me crié. Creo que me sirvió mucho, después, en las duras luchas que sostuve tanto en las armas como en la política.

¡Viva Madero! 1910-1912

Llegó el año de 1910, y se hizo cargo de la escuela de Tampamolón un profesor joven y liberal. Creo que fue el primer maestro titulado, en la historia de Tampamolón, que se hacía cargo de la escuela. Desde un principio me trató muy bien. Era melenudo, como todos los profesores normalistas de aquella época, y usaba un cuello "parado" y corbata de moño. Se llamaba Manuel Tello, pero nada tenía que ver ni en paisanaje ni en parentesco con don Manuel Tello, que ya en los años del banquete de la Revolución fue ministro de Relaciones y embajador en Washington, y a quien el gobierno de la República le obsequió un escaño de senador por Zacatecas.

Mi hermano Samuel, desde 1907, había dejado el Instituto y Miguel también dejó el seminario, desistiendo de la carrera eclesiástica. Samuel se hizo cargo de los ranchos de ganado Santa Ana y Barrón y Miguel se encargaba más o menos de la finca llamada Dos Piedras, que ya he dicho que era de café y en donde había indios mexicanos. Esto lo hago notar porque todos los indios huastecos se adhirieron a la Revolución con Martín Angel a la cabeza, a quien mi padre conquistó para la causa maderista y en cambio los mexicanos, con excepción de los del municipio de Tampacán, que fueron revolucionarios, fueron todos porfiristas y después huertistas.

El profesor Tello reunió a todos los escolares y nos habló en términos muy amables y cariñosos. Dijo que él sabía que en el pueblo había odios tan profundos que hasta los niños participaban en la división de los bandos martellistas y santistas, pero que él sólo era partidario de la patria y de la enseñanza, y que a todos nos iba a ver y a tratar como a sus hijos. El profesor Tello era muy simpático, y desde entonces me entregué al estudio con mucho empeño, como nunca antes lo había hecho. Ese año 1910, presenté con gran éxito el cuarto año de instrucción primaria en los primeros seis meses, pasando a quinto, el que terminé en el mes de noviembre, días antes de que estallara la Revolución.

Sabía que el señor don Francisco I. Madero estaba preso en la

penitenciaría de San Luis Potosí y que mi hermano Pedro Antonio era su defensor, no obstante ser solamente pasante en derecho, porque ningún abogado en la ciudad de San Luis Potosí, ni en la República, tuvo el valor de hacerse cargo de la defensa del señor Madero. Todos los licenciados de San Luis Potosí eran porfiristas. Llegó el mes de noviembre, pero en esta ocasión mi padre no ordenó el simulacro de recibimiento a Pedro Antonio como en años anteriores, y cuando pregunté por qué no hacíamos la misma balacera de costumbre, cintareo y caracoleo de caballos, me dijo que porque mi hermano Pedro Antonio venía solo; ya Miguel y Samuel no venían con él; Pedro Antonio era un hombre muy serio y no quería comprometerlo con estos ruidos.

Yo comprendí que mi padre no me decía toda la verdad. Ni siquiera salimos a encontrarlo. Llegó Pedro Antonio con dos vaqueros que le servían de asistentes, y después de los abrazos de rigor y la reunión de familia (ya mis hermanas vivían con nosotros), se apartaron Pedro Antonio, mi padre y Samuel y se encerraron en conferencia que duró mucho tiempo. Lo que realmente sucedía y supe después, fue que Pedro Antonio salió en fuga de la ciudad de San Luis Potosí después de haber planeado, protegido y ayudado a la fuga de don Francisco I. Madero junto con el doctor Rafael Cepeda. Madero salió disfrazado para los Estados Unidos, el doctor Cepeda a refugiarse en la sierra de Arteaga del estado de Coahuila y Pedro Antonio a Tampamolón.

Como llegaban y salían correos misteriosos todas las noches de nuestra casa, me di cuenta (ya iba a cumplir 14 años y me había criado como he dicho entre gente de mucha malicia) de que algo "gordo" se estaba preparando, aunque ignoraba por completo cómo y cuándo iba a estallar aquello y mucho menos me daba cuenta, como me di después, de que Pedro Antonio llevaba, en el forro de un sombrero tejano que portaba, el Plan de San Luis, del cual fue coautor. Los días siguientes a la llegada de Pedro Antonio, que no recuerdo si fue el uno o el dos de noviembre de 1910, hubo un inusitado movimiento de amigos de mi padre y de mis hermanos, que yo conocía de todos los pueblos de la Huasteca, pero llegaban no por el frente de la casa, sino por atrás, por el fondo del solar, donde se entraba y salía mediante una puerta de golpe.

Ahí estuvieron viniendo a platicar con Pedro Antonio, Samuel y mi papá (los menciono en este orden porque Pedro Antonio era el jefe y Samuel el segundo. Mi papá no podía incorporarse desde luego, pues padecía una grave enfermedad de fiebre tifoidea y estaba postrado, pero les servía a sus hijos con sus muy sabios consejos, su prestigio y experiencia personales). Por ahí estuvieron desfilando Alfredo M. Terrazas, quien murió heroicamente, el 13 de mayo de 1913, frente a las trincheras de la Escuela de Monte cuando atacábamos a los huertistas en Tampico (yo era ayudante de Alfredo e iba estribo con estribo con él cuando lo hirieron), Manuel C. Lárraga, que llegó a general, Leopoldo

Lárraga, que murió siendo coronel, don Pedro Montoya, entonces administrador de la hacienda Mirasol, propiedad de los Jonguitud, que eran porfiristas, Policarpo Sánchez, joven ricachón de la sierra de San Francisco Tamazunchale, San Luis Potosí, mis tíos maternos don Antonio Rivera y don Guadalupe Rivera, muy católicos y buenos maderistas; el primero, de una gran barba y una calvicie total y más beato que los papas que hayan existido, y don Guadalupe, también muy católico pero no al extremo de mi tío Antonio. Vinieron en esos días a ver a Pedro Antonio, Vicente C. Salazar, originario de Tepemiche, San Luis Potosí, pero radicado en la Huasteca Veracruzana y sin domicilio fijo, pues tenía algunas dificultades con la justicia por abigeo; Francisco de P. Mariel y su hermano Nicolás, de Huejutla, Hidalgo, jóvenes ricos y maderistas acérrimos; los dos Mariel, muy simpáticos cada quien a su modo, Nicolás íntimo amigo de Baco y Birján, Pancho muy tenorio, bueno para tocar la guitarra y cantar. Pancho Mariel, después de muerto Pedro Antonio, fue mi jefe en la Revolución, pertenecí a su Estado Mayor, al que se nos incorporó ya triunfante el movimiento, habiendo ocupado la Ciudad de México, el joven Adolfo Ruiz Cortines, con carácter civil de pagador auxiliar, quien llegó a ser Presidente de la República.

Venía a conferenciar con Pedro Antonio, pero siempre de noche, un hombre de edad madura, indio pame originario de Tula, Tamaulipas, hombre misterioso, que se llamaba don Ponciano Navarro. Este Navarro era íntimo amigo y paisano de los hermanos Vázquez Gómez, del doctor Francisco y del licenciado Emilio.

El doctor Francisco Vázquez Gómez era el candidato del Partido Antirreeleccionista a vicepresidente de la República, en la planilla en que Madero era candidato a la presidencia.

Como en este libro presento mis memorias y no la historia de la Revolución, no me extiendo en más consideraciones, para llegar a los hechos de los cuales fui testigo, y participé con todo entusiasmo.

Ya para esas fechas don Crisóforo Martell, cacique de Tampamolón, se había ido con su familia a radicar a la Ciudad de México, quizá presintiendo los acontecimientos , y dejó de cacique en la presidencia municipal a un individuo muy rastrero y muy odiado en el pueblo, que se llamaba Ranulfo Castro.

El 19 de noviembre de 1910, como a las dos de la mañana, me despertó mi hermano Miguel, diciéndome: "Te habla Toño" (así le decíamos a Pedro Antonio). Hacía frío, pues de seguro había pegado algún norte. Me levanté rápidamente (no usaba calcetines ni camiseta y mis zapatos eran de jalón, tampoco usaba saco) y fui a la sala donde estaban Samuel, Pedro Antonio y Miguel. Vi luz en la recámara de mi papá, que como dije antes estaba muy grave, pero era un hombre muy terco y no permitía que nadie se quedara con él. Nos sentamos, y Pedro Antonio nos dijo: "Tú, Mito (así le llamaban a Miguel en diminutivo del di-

minutivo de Miguelito), anda a ver a Mencho (Fulgencio), a Panchito y a Manuel (se refería a nuestros primos los Santos y Santos y no los mencionaba por edades, sino por categorías). Diles que vengan con sus caballos, que los dejen en casa de Chano, (Luciano Santos, primo hermano de nosotros que nunca tomó las armas, pero siempre estuvo ayudando a la Revolución y a quien Pedro Antonio había reconciliado con mi hermano Samuel de un pleito a muerte) y que vengan a pie por la puerta de 'golpe'; y tú, Huajutz —me dijo— vete a ver a Braulio (nuestro primo Braulio M. Romero) y dile que venga luego, porque nos vamos a la Revolución que en estos momentos va a estallar". Antes de salir, me dijo Pedro Antonio: "Dile a papá a dónde te estoy mandando y si te permite ir". Entré a la recámara de mi padre; éste estaba postrado y ardía en fiebre. Como no tenía puestos los gruesos anteojos que usaba, se le veían los ojos hundidos como una calavera; su rostro lo tenía completamente amarillo y su barba y bigotes, lacios y caídos. Semiincorporado, me agarró de la mano (respétese mi gramática), y me dijo: "Chalo, ha llegado el momento solemne de tumbar la dictadura de Porfirio Díaz o de morir; nosotros los viejos lo aguantamos 35 años; ustedes los jóvenes no tienen por qué soportarlo; ve a llamar a Braulio y cuando regreses agarra tu carabina y vete al pretil de la barda fuera de la casa y cuando los rurales porfiristas que están ahí afuera junto con los 'lambuscos' martellistas se echen encima de la casa y traten de acabar con tus hermanos y con tus primos, tú también tírales". Me quedé estupefacto. Me dijo: "Andale, ve a llamar al Quile". Salí como de rayo por la puerta de "golpe" de la que tanto he hablado y repetido que estaba atrás del solar. Llegué a casa de Braulio Romero, que estaba habitada única y exclusivamente por él, todas sus puertas cerradas y en el portal un catre de lona, él enteramente vestido y despierto, la pistola fajada la tenía volteada encima de la barriga, la cartuchera completamente repleta de tiros 38 especial, al lado una corta carabina 44; seguramente nada más tenía su carga de 12 cartuchos, pues no había ni cartuchera ni carrillera. "Excelente, —me dijo, pues él me llamaba de diferentes modos, pero cuando era chico solía llamarme 'excelente primo' y luego por la abreviatura 'excelente'; después, en la Revolución, me llamaba 'Pablo' o 'Pablito' con ironía, pues me comparaba con un tal Pablo Ulloa, famoso bandido que hubo antes en la Huasteca— ¿qué andas haciendo a estas horas?" Deben haber sido las 2:30 de la mañana, aproximadamente. "Dice Toño —le dije apresuradamente— que te vayas de inmediato, porque ya va a estallar la Revolución y los rurales y los 'lambuscos' están frente a la casa, en la plaza", es decir, como a diez metros de donde estaba Pedro Antonio. Se incorporó rápidamente y le quitó el morral a su caballo que estaba comiendo maíz, le puso el freno, le apretó el cincho y me dijo: "Dile a Toño que ya no tiene caso que me meta a la casa grande; que lo espero en la Loma Alta; que

me voy por la Noria y nadie me va a sentir; que allá lo espero". Entonces le dije que Mencho y los muchachos Santos iban a venir por la casa de Chano, y me dijo: "Está bien, pero ésas son otras calles y a mí me tienen que ver y sentir; me van a echar mucha bala a mí solo y a boca de jarro". "Bueno, —le dije— entonces ahí los esperas".

Años después, comentando con Braulio este pasaje de nuestras vidas, hacía yo burla de él, diciendo que no hubo necesidad de ningún largo discurso para convencerlo de que se fuera a la Revolución; que él estaba vestido y tenía el caballo ensillado, que todo lo que tuvo que hacer fue cambiarle el morral por el freno, montar y. . . ¡Viva la libertad! El se reía de estos comentarios míos.

Regresé con Pedro Antonio. Ya para entonces estaban nuestros primos y como seis o siete hombres más entre caballerangos y mozos, tres o cuatro amigos de los ranchos, entre ellos Valente Salazar. Hay que hacer notar que el levantamiento era para el día 20, y que Pedro Antonio iba a salir de día para el rancho de Santa Ana, donde se estaban concentrando los maderistas de la Huasteca, para de ahí volver a Tampamolón y ser la primera plaza en tomar, pero el tal Castro dio aviso de la llegada a Tampamolón de Pedro Antonio al jefe político, Federico Medina, éste lo comunicó a San Luis Potosí y de allá mandaron cien rurales del séptimo cuerpo, que fueron los mismos que asesinaron después a don Francisco I. Madero y a don José María Pino Suárez. De estos rurales quedaron setenta y cinco en Tancanhuitz (ahora Ciudad Santos) a la expectativa y veinticinco al mando del teniente Llerena avanzaron a Tampamolón a capturar, si les era posible, a Pedro Antonio, a Samuel y a los demás comprometidos.

Debo aclarar que el primero en sentir la presencia de los rurales en la plaza, que estaba empedrada, fue mi padre, pues como estaba tan grave se encontraba despierto sin poder dormir, agregando a su estado de salud seguramente la preocupación de que sus hijos se iban a jugar la vida el día 20. El sabía que los acontecimientos se iban a precipitar.

Regresé a la casa grande y le di cuenta a Pedro Antonio de mi comisión. Sonrió con benevolencia y me dijo: "Este Quile es muy matrero y hace bien; ya lo han perseguido mucho los rurales y está muy ladino, pero ahí lo encontraremos. . .", y lo encontramos.

La Loma Alta estaba sólo a quinientos metros de la plaza. Como a las cuatro de la mañana entraron mis hermanos a despedirse de mi padre, quien les dio la bendición. Ninguno de los dos se hincó; Samuel lo besó y salieron Pedro Antonio, Samuel, Mencho y los demás, aproximadamente en número de catorce o quince, sin hacer ruido, y quedamos parapetados en los pretiles de piedra: Manuel Santos y Santos; Panchito, quien murió con grado de coronel y resultó en la Revolución muy valiente y cruel, más bien dicho feroz; Valente Salazar, muerto con grado de mayor, y algunos vaqueros armados. Mi hermano Miguel y yo al ex-

tremo derecho del pretil, como a veinticinco metros de ellos, todos en la oscurana.

Mis hermanos y sus seguidores salieron a la calle y bajaron rumbo al arroyo de los arrieros, pero voltearon mucho antes de llegar buscando la Loma Alta, que era diametralmente opuesta. Los rurales sintieron este movimiento y siguieron velozmente el ruido de los caballos de Pedro Antonio y su escolta, pero se fueron de paso hasta Santa Anita, tiempo en que mis hermanos y su gente habían dado a la vez vuelta, pasando cerca de la plaza, en donde estaban los porfiristas del pueblo; y cuando no lo esperaban, recibieron una descarga graneada, que nosotros desde los pretiles secundamos también. Se oyó claramente a Samuel M. Santos, que gritó con voz sonora y estentórea; "¡Viva Francisco I. Madero!". A lo que todos contestaron: "¡Viva!" "¡Muera Porfirio Díaz!" "¡Muera!" El tiroteo siguió y luego Pedro Antonio, con voz también grave y estentórea gritó: "¡Abajo el mal gobierno!" También se escuchó la voz alegre y cantarina de Fulgencio M. Santos: "¡Que pitó el toro! Huuuy, huyyy, huuuy. ¡Se va el toro y no lo mochan!"

Mis hermanos emprendieron veloz carrera. Los porfiristas se dispersaron, quedando en la plaza seis o siete heridos, entre ellos uno herido por Pedro Antonio, que se llamaba Porfirio Ramírez, alias Porfirio el Chínguere. Digo que fue herido por Pedro Antonio, porque la herida la recibió en un brazo, el cual le quedó chueco toda su vida; fue con bala expansiva y como el único que llevaba un 30-30 de balas expansivas era Pedro Antonio, nunca nos cupo duda a este respecto.

Mi primo Manuel Santos Alonso, hijo de tío Rafael, hombre muy callado y valiente, estaba comprometido con Pedro Antonio para lanzarse a la Revolución. La casa de tío Rafael, donde él vivía, estaba pared de por medio con la casa de nosotros, y cuando mi tío se dio cuenta del movimiento y que Manuel iba a incorporarse con Pedro Antonio, con Samuel y con Mencho, lo encerró con llave en un cuarto y no lo dejó salir, por lo que en esa ocasión no pudo participar en la contienda. Manuel después se lanzó a la Revolución, en la que militó hasta que murió, peleando contra los federales huertistas, el día 1 de enero de 1914, frente a Laredo, Tamaulipas, bajo las órdenes de mi hermano Samuel en la Brigada Lucio Blanco.

En la Loma Alta estaba Braulio esperándolos. Parece que no tiró porque las balas de su carabina no alcanzaban a llegar, y, además, porque en tropel hacia donde él estaba iban mis hermanos y mis primos, y podía herirlos; pero tal como dijo, ahí se les incorporó.

Yo me presenté a mi padre y le dije: "Nada más cuatro tiros usé de los ocho que tenía mi carabina." A lo que me contestó: "Sácale los cuatro que te quedan, lávale bien el cañón con agua, y recárgalo en esta esquina para que cuando entren los porfiristas la vean; los cuatro

cartuchos que te quedan échalos debajo de la sal que comen las vacas de ordeña."

En lugar de cumplir las órdenes de mi padre, monté mi caballo, llamado el Pincel, y a galope tendido los alcancé en la Loma Alta, en donde me les incorporé. Cuando entré a ver a mi padre, aparte de las instrucciones que me dio, me dijo: "Pedro Antonio dejó los gemelos de campaña; a ver con quién se los mandas". Ese fue mi gran pretexto para irme con mis hermanos, pues cuando los alcancé Pedro Antonio preguntó con alarma y sorpresa: "¿Qué le pasa a papá?" "Nada, absolutamente nada", le contesté. "Hombre, qué bueno que viniste —me dijo—, pues yo tenía esa gran preocupación." Le dije: "Nada le pasa y aquí te manda los anteojos de larga vista" (que así llamábamos entonces a los gemelos de campaña). Los recibió, se los colgó y me dijo: "¿Te vieron los porfiristas?" "Sí, sí me vieron —le dije— y me persiguieron (cosa que era mentira). Yo me quedo contigo y me voy a la Revolución, porque si regreso me cuelgan." Samuel le dijo: "Tú no lo conoces; éste es capaz de tirarle un flechazo a Porfirio Díaz en el mismo Palacio Nacional con tal de no ir a la escuela." Yo le insistí a Pedro Antonio y me llevó a Tepemiche, pero de ahí me regresó a Santa Ana y me dijo: "Vete al pueblo con papá." Pedro Antonio fue muy diplomático conmigo. Para no lastimarme me dijo: "Quédate en la casa y cuando la Revolución tome más fuerza te nos incorporas". Yo, como siempre, le obedecí.

Panchito y Valente Salazar dijeron al amanecer que no se quedaban; que se iban a incorporar con Pedro Antonio y se fueron. Los demás se dispersaron. Mi hermano Miguel quedó al lado de mi padre, quien ordenó prender todas las luces de la casa, que eran quinqués de petróleo, y mandó a mis hermanas a la casa de nuestros primos, que ya también habían perdido a su madre (la tía China) y a su padre (mi tío Juan). Estaban entonces las puras primas, pues los hombres se habían ido a la Revolución una hora antes.

A los pocos valientes que quedaron con él, les dijo mi papá: "No tardarán en entrar los porfiristas a la casa. No quiero actos de valentía. Que hagan lo que quieran". Los federales llegaron, desmontaron y arrastrando en tono beligerante las espuelas en las piedras de la plaza hicieron semicírculo frente a la casa, pero nadie entró. Se dijo que por desconfianza a bombas de dinamita, pero también se comentó con muchos visos de veracidad, y yo a esto me inclino, que Ranulfo Castro, el presidente municipal, no los dejó entrar, alegando que si los jóvenes se habían ido no tenía caso ir a atacar al padre, que estaba moribundo. Castro mismo dijo después que él se valió de mil argucias para que no entraran, pues sabía que los federales se irían y él se quedaría, y que la venganza, si algo grave le acontecía a mi padre, sería contra él y contra su familia. Esto es lo más probable, y creo que esto es lo que sucedió.

A Tepemiche llegaron por el lado de San Martín una columna que mandaba el mayor Ferreiro, jefe político de Tamazunchale, con unos cincuenta hombres muy bien armados y pertrechados, y Modesto Pozos, cacique de Axtla (hoy Villa Terrazas) como con cincuenta hombres voluntarios más, entre los que iba Tito Ferrer y Tovar, de Xilitla, que después, en 1920, se coló con el grado de general sin haber mandado nunca a un soldado o disparado un tiro en favor de la Revolución. El capitán Alvarez, con sus cien rurales y otros cien voluntarios más, a marchas forzadas avanzó también sobre Tepemiche, contramarchando de Tancanhuitz por Tampamolón y Tanquián.

En Tepemiche estuvo Pedro Antonio tres días, y para entonces ya se habían rajado casi todos los comprometidos en la Huasteca, menos los jefes que se dispersaron en pequeños grupos. Un día antes de empezar el combate les llegaron las noticias de que la Revolución había fracasado en Puebla, que habían matado a Aquiles Serdán y que don Francisco I. Madero no había pasado el río Bravo como lo tenía prometido. Entonces, casi sin combatir, habiéndose apenas dirigido las avanzadas, se les dispersó la gente a mis hermanos, quedando sólo lo más granado entre primos y vaqueros; además les llegó un correo de mi papá, confirmando todas estas noticias y diciéndole a Pedro Antonio que no sacrificara lo mejor de su gente, que esperara mejores tiempos y que se fuera a esconder a Barrón. Le decía también que Urbano Cruz lo llevaría a un bosque en donde no lo encotrarían ni las águilas. Todos desmoralizados y casi sin gente se fueron retirando cada quien a su rumbo, esperando un nuevo aviso.

La aparente derrota

Mi hermano Pedro Antonio permaneció algún tiempo escondido en lo más espeso de los bosques de Barrón. Me han dicho que por ahí está todavía un árbol en cuya corteza escribió él con su navaja.

Los revolucionarios en la Huasteca estaban muy desmoralizados. Muy de tiempo en tiempo, pues había correo en Tampamolón una sola vez por semana y en mula, llegaban noticias en los periódicos, todas muy desfavorables al maderismo. Mucho había de verdad en esto, ya que con la muerte de Aquiles Serdán y con la prisión de Cosío Robelo, Robles Domínguez y demás complotistas de la capital de la República y la ausencia del señor Madero, había cundido el desaliento, pero además, las noticias de los periódicos iban perfectamente censuradas y controladas por el gobierno porfirista.

Pedro Antonio decidió trasladarse a Estados Unidos. Lo hizo saliendo de Barrón a caballo, acompañado de nuestro primo Crisóstomo Nájera, hombre muy valiente que llegó a coronel del ejército constitucionalista. Caminaron solamente de noche hasta llegar al puerto de Tampico, en donde Pedro Antonio visitó al jefe del Partido en ese puerto, señor doctor Manuel de León, exdiputado al Congreso de la Unión, quien se había distanciado del porfirismo. Pedro Antonio llegó a la casa del señor De León en la noche, y como tuvo oportunidad de entrar sin anunciarse, cuando don Manuel acordó ya estaba en la sala. Al verlo don Manuel se sorprendió mucho, pues él sabía que andaba levantado en armas. Pedro Antonio le dijo que el señor Madero, al salir de San Luis Potosí disfrazado, le indicó que se pusiera en contacto con don Manuel de León y le comunicara que lo había designado gobernador revolucionario para el estado de Tamaulipas.

Don Manuel, sin siquiera invitar a Pedro Antonio a sentarse, le dijo: "Pancho (refiriéndose al señor Madero) está loco; no sabe en lo que se ha metido. Usted póngase a salvo luego, pero, por favor, no me vuelva a comprometer". Pedro Antonio le dijo: "Ya cumplí con la orden que me dio el señor Madero; lo que haga yo es cosa mía y no debe preocuparle a usted. Buenas noches". Salió mi hermano con Crisóstomo Nájera hasta una casita cercana a la laguna del Carpintero, donde habían dejado los caballos, y siguieron su marcha a Arbol Grande, que entonces era un barrio de Tampico, y que ahora pertenece a Ciudad Madero. Ahí arreglaron su viaje, comunicándose con amigos de mi padre y del propio Crisóstomo Nájera, pues éste había vivido algunos años en Tampico y conocía muy bien el puerto. Consiguieron que, al día siguiente, Pedro Antonio se embarcara en el vapor norteamericano *Morrow Castle*, usando el nombre de Guillermo Nésbit (en aquella época no se necesitaba pasaporte para viajar a cualquier parte del mundo, excepto a Rusia). Crisóstomo le aconsejaba rasurarse la barba, pero Pedro Antonio era muy orgulloso y no le hizo caso. Como quiera, se embarcó sin novedad.

En Veracruz, subió al mismo vapor *Morrow Castle* el doctor don Francisco Vázquez Gómez, nada menos que candidato a la vicepresidencia de la República (fórmula Madero-Vázquez Gómez) contra don Porfirio Díaz. Llegaron a La Habana sin novedad. De ahí Pedro Antonio siguió para Estados Unidos hasta llegar a San Antonio, Texas, donde se incorporó al señor Madero, a quien le pidió elementos de guerra para volver a introducirse en el país por Matamoros. El señor Madero le dio unas cuantas armas. pero al llegar a Brownsville, Pedro Antonio se enfermó de fiebre tifoidea, que en aquellos tiempos era muy grave, y ahí estuvo perdiendo tiempo muy precioso.

Mientras tanto, en Tampamolón estaba agonizando una tía de nosotros que se llamaba doña Bruna Jonguitud de Santos, esposa de mi tío don José María Santos (tío Chema), hermano mayor de mi padre. Tía Bruna era madrina de pila de mi hermano Samuel y de mis primos Braulio Romero y Fulgencio (Mencho) Santos. Estos, que permanecían

ocultos en los montes, recibieron el recado de su madrina de que fueran a verla morir, pues quería reconciliarlos con su hijo Luciano, con quien habían tenido un profundo distanciamiento por cuestiones baladíes.

Mi padre les mandó decir que vinieran cierta noche, pues mucho se lo había suplicado su hermano, el tío Chema. Se reunieron los tres (Samuel, Braulio y Mencho) y los dos primeros acordaron ir a ver a su madrina y reconciliarse con su primo en presencia de ella, pero Mencho se negó a ir. Como era el más ranchero, era el más intuitivo y fue el que a la postre tuvo razón. Llegaron casi a la entrada del pueblo de Tampamolón, en donde dejaron los caballos, encaminándose a la casa de su madrina y tía, quien al recibirlos les dijo que solamente tenía fuerzas para vivir porque los estaba esperando. Los reunió con Chano, hizo que se abrazaran y le juraran que serían primos queridos y amigos para siempre.

La señora murió esa misma noche. Cuando ya estaba amaneciendo, Samuel y Braulio intentaron salir para remontarse otra vez, pero se encontraron con un doble anillo de rurales de la Federación y voluntarios que cercaban la casa. Se aprestaron a vender caras sus vidas, que era todo lo que podían hacer, pero mi tío Rafael, que estaba presente, no lo permitió. Se entrevistó con el jefe de los federales, el cuál resultó ser el feroz mayor Arturo Alvarez, antiguo conocido de mi tío, quien le prometió que no les aplicaría "ley fuga" si se entregaban sin pelear y que no entraría a la casa, donde estaban velando a la difunta. Todo lo tenía que garantizar mi tío Rafael bajo su palabra de honor. Una vez que mi tío se entrevistó con mi hermano y mi primo, con el consentimiento de mi padre aceptaron entregarse. Alvarez se fue hasta la salida del pueblo, y le dijo a mi tío Rafael: "Mi coronel (pues era coronel retirado), llevo prisionera su palabra de honor y allá en la orilla del pueblo, por el lado de la salida para Tancanhuitz, espero regresársela llevándome a sus sobrinos prisioneros". Todo se cumplió al pie de la letra. Llegaron Samuel y Braulio acompañados de mi tío Rafael. A ninguno de los dos les permitieron usar sus propios caballos. Les dieron dos flacos jamelgos. A Braulio lo amarraron de pies y manos arriba de la cabalgadura; a Samuel, no. A Braulio se lo llevaron por el camino de San Antonio, que era una vereda por la pura sierra hasta Tancanhuitz. A Samuel se lo llevó personalmente el mayor Alvarez con una fuerte escolta, por el camino directo de Tampamolón a Valles. Esta saña con Braulio seguramente obedeció a los perversos deseos de Ranulfo Castro, presidente municipal de Tampamolón, quien había recibido muchas burlas de Braulio, y, sin duda, intrigó con el jefe federal.

Por cierto que el tal Castro (alias el Moco) no se presentó en el lugar de los hechos, y a los dos o tres días se hizo el encontradizo con mi padre, a quien le dijo lamentar lo acontecido, y que él ni siquiera sabía

que estaban cerca los federales. A Braulio lo dejaron preso en Tancanhuitz (hoy Ciudad Santos). Ahí Braulio aprendió a leer y a escribir mal; con el tiempo perfeccionó su lectura; la letra, no. A Samuel se lo llevaron hasta Ciudad Valles, donde fue puesto en la cárcel; un cuartucho que dejaba muy atrás a las tinajas de San Juan de Ulúa, pues cuando mucho tendría dos metros y medio de largo y tal vez dos de ancho, lleno de ciempiés, alacranes y otras alimañas malignas que tanto abundaban en aquel tiempo en que no se conocían los insecticidas. Las paredes eran de piedra azul de la que hay por esta región y le llaman de "cara", que se calienta con el sol tanto o más que un fierro a la lumbre. Esa cárcel la mandé demoler cuando fui gobernador del estado, y ordené construir la moderna que actualmente existe.

Aunque éstas son mis memorias y no las de mis familiares, mi vida está ligada a muchos hechos en que ellos tomaron parte, algunas veces encabezándolos, y por eso esta digresión.

El primer "quebrado"

Una vez que Pedro Antonio ya se encontraba en Estados Unidos preparando su nuevo movimiento, y Samuel, que fungía como su segundo, estaba en la cárcel de Valles, la Revolución en la Huasteca parecía haber terminado. Mi padre, sin embargo, tenía fe ciega en que triunfaría y nos decía constantemente: "Por allá en Chihuahua quedó una llamita, y ésa se va a ir haciendo grande, muy grande, hasta que todo el país sea un solo incendio", pero lo cierto es que en la Huasteca, así como en muchas partes del país, se creía que todo había fracasado.

Estaba mi papá convaleciente de la grave tifoidea que, como ya dije, lo había atacado, muy flaco y de muy mal color. Un día me dijo: "Vete a ver a Aniano Lopéz (que era el principal carnicero del pueblo, casi el único, pues mataba dos reses por semana y los demás carniceros eran pobres y lo hacían de vez en cuando), y dile que hoy me llegó del rancho una vaca muy gorda, que lo menos vale treinta y cinco pesos; pero mientras viene a verla y tratar conmigo, que te dé diez pesos que necesito. No platiques con ninguno del pueblo, porque hay federales y 'lambuscos' y son las autoridades del pueblo. No nos vayan a dar un susto contigo". Aniano vivía a un costado de la iglesia, cerca de la plaza. Su casa se situaba en la única calle que en Tampamolón estaba empedrada. Monté mi caballo el Pincel, pues ya en ese tiempo no soltaba el caballo por aquello de las dudas, y me fui a ver a Aniano López para cumplir el encargo de mi padre. Hablé con Aniano, sacó diez pesos fuertes, del cuño porfirista, me los entregó, y me dijo: "Dile a don Toño que si quiere veinte, treinta o cincuenta, me los pagará con vacas o novillos cuando él quiera". Le di las gracias, le dije que le daría su recado

a mi padre y me eché los diez pesos a la bolsa. De mi casa a la de Aniano no era mucha la distancia, pero me bajé del caballo porque así estábamos enseñados en aquel tiempo por cuestiones de respeto. Regresaba a toda la andadura del Pincel y resonaban los cascos en la calle, cuando un grupo de "lambuscos" porfiristas del pueblo me empezaron a dirigir chifletas y burlas. Adelante de ellos estaba un hombre muy alto que se llamaba Darío Tavera, que había sido, según él mismo proclamaba con orgullo, soldado de don Tomás Mejía y que había estado en el sitio de Querétaro, y siempre que se emborrachaba (por cierto, con mucha frecuencia) hacía "simulacros" imitando cargas de bayoneta, de fuego graneado, etcétera.

Este Tavera era empleado de la presidencia municipal, más bien dicho, empedrador de la plaza y de la calle, y lo estaban incitando los léperos porfiristas para que se me echara encima. Se atravesó en mi camino, blandiendo un enorme bordón, y diciéndome: "A ese dragoncito yo me lo como sin chile y sin epazote". Los 'lambuscos' le empezaron a hacer coro y a gritarme majaderías. Entre otras cosas me decían: "Dile a tus valientes hermanos que te vengan a defender". Me distraje por un momento, para contestarles en el lenguaje florido que también hablaba y aún no he olvidado, lo que aprovechó Tavera para propinarme un bordonazo en el estómago que por nada me desmaya. Metí espuelas y Tavera, engallotado, me siguió, tratando de darme otro garrotazo, pero ya para entonces se me estaba pasando el dolor. Volví a meter espuelas para alcanzar más distancia y los pelados martellistas y porfiristas celebraban aquello con risotadas, dirigiéndome insultos. Eché mano a la reata de lazar, que era de las llamadas pintas de Tampamolón, abrí gaza, lacé a Tavera, quien seguía desafiándome, puse vueltas, metí espuelas con muchas ganas y arranqué al Pincel. Le di dos o tres cuartazos más a mi cuaco y otros dos espuelazos y me llevé arrastrando a Tavera por el empedrado que él mismo había puesto, hasta llegar a la plaza, a suficiente distancia de los pelados, con tiempo para quitarle la gaza, enrollar la reata y emprender veloz carrera. Llegué a la casa grande, y lo que nunca hacíamos aunque lloviera, me metí a caballo al corredor y le grité a mi papá, que salió un poco asustado y me dijo: "¿Qué te pasó?" "No puedo contarte mucho —le dije—, porque vienen los pelados detrás de mí. Aquí están los diez pesos. Dice Aniano que lo que necesites". "¿Pero qué pasó?" —me gritó mi papá, ya más alarmado—. "¡Tavera me pegó con un bordón, azuzado por los pelados, y me mentó la madre gritándome ¡Viva Porfirio Díaz!, (lo de la madre lo agregué yo y lo de Porfirio Díaz también, para disculparme con papá). Yo lo lacé y lo arrastré hasta la plaza". "¿Qué le pasó a Tavera?", me preguntó mi papá. "No lo sé. Ahora mismo me voy a Santa Ana". "¡No —me dijo—, vete hasta el jagüey y escóndete en casa de mi compadre Remigio! (quien era el caporal). Si hay algún ruido pasa el río y vete al Coyolar (que era el rancho de los Sánchez, Heraclio y Pedro) y no vengas hasta que yo te mande decir" (los Sánchez eran parientes nuestros, primero fueron maderistas y después traidores huertistas).

Luego supe, ese mismo día por la tarde, que estaban velando a Tavera en la casa de una vieja martellista-porfirista, quien era muy buena panadera. Se llamaba doña Antonieta Odriozola y le decían doña Antoñita (esta vieja, desde el repique de Culás, vociferaba a gritos: "Ese muchacho va a quemar el pueblo", refiriéndose a mí por lo de Tavera, pero cuando quemé su casa y quemamos el pueblo, la vieja no estaba y se me frustraron las intenciones que llevaba de tusarle el cabello). Ahí en el velorio echaron muchos ajos de mí, y dijeron: "Si este muchacho hace estas cosas a esa edad, seguramente tiene adentro el diablo, un día va a quemar el pueblo, si no lo mandan pronto al batallón" (así decían cuando mandaban de castigo en la leva a las filas del ejército federal). Mi papá me mandó decir que estos tiempos ya no eran para escuela, en la que por cierto desde noviembre yo no había vuelto a pararme.

Los primeros triunfos

Mientras esto sucedía, Samuel se fugó de Valles tres meses después de haber caído preso, pero que parecieron diez años, pues de ahí salió reumático, y Braulio se fugó de Tancanhuitz unos cuantos días después. Para entonces, la Revolución ya había avanzado mucho, y estalló en San Ciro, del estado de San Luis Potosí, un movimiento que Pedro Antonio había planeado desde San Antonio, Texas, de donde envió al joven Miguel M. Acosta, de 18 años de edad, con contraseñas para que se levantaran don Pedro Montoya, Alfredo M. Terrazas, Isauro Verástegui, don Victoriano Torres y Santana Mendoza (cuñado de Montoya, que aún vive en San Ciro y actualmente tiene 105 años de edad). Alfredo M. Terrazas, hijo de don Jesús Terrazas, quien fue íntimo amigo de mi padre, se veía con mis hermanos, con algunos de mis primos y conmigo como hermano. Verástegui era un charro, pequeño propietario de San Ciro, muy valiente. De estos hombres hablaré después. Ahora sólo quiero adelantar que en el ataque a Tampico, en 1913, ya muerto mi hermano Pedro Antonio, era yo ayudante de Alfredo (coronel), cuando lo atravesaron de un balazo en los momentos en que tomábamos una trinchera federal en la Escuela de Monte, que así se llamaba la parte atrincherada que los federales tenían en Tampico. Con Miguel M. Acosta (que llegó a ser uno de los divisionarios más notables de la Revolución, uno de los mejores jefes de caballería y ministro de Comunicaciones), llegamos también a querernos como hermanos. Milité en

muchas ocasiones con él, e hicimos vida muy íntima hasta el día que murió. Al mismo tiempo que Acosta, Montoya, Terrazas y demás se levantaban en San Ciro, mi hermano Samuel se relevantaba en Tampamolón. Entró al pueblo al frente de 50 hombres, casi todos parientes. Para entonces ya estaba yo en Tampamolón hacía como ocho días, pues las autoridades, que algo habían intuido se ausentaron y mi papá me mandó decir que regresara a la casa. Entraron los maderistas, encabezados por Samuel, como una tromba, a caballo pero sin disparar un tiro, sólo gritando, con mi hermano a la cabeza, con voz muy fuerte y sonora: "¡Viva don Francisco I. Madero! ¡Muera Porfirio Díaz! ¡Abajo el mal gobierno! ¡Viva la Revolución!"

Todos los que venían en la cabalgata contestaron de acuerdo con los gritos, vítores y mueras de Samuel. Entraron en la casa consistorial (presidencia municipal) e inmediatamente mi padre, mi primo Ramón Acosta y yo llegamos también a la presidencia a saludar a Samuel. Mi primo Ramón Acosta con una carabina 44 de doce tiros, mi padre sólo con su pistola fajada, y yo con mi 32-20. Samuel cortó con un cuchillo el cable telefónico; mi padre recogió todos los archivos del juzgado, que personalmente quemó, y como yo le preguntara a qué se debía ese incendio, me dijo: "Con esos papeles se quemó el juicio que te hicieron por la muerte de Tavera".

Mi hermano Samuel impuso a un comerciante que se llamaba Ricardo Alarcón, originario de Tianguistengo, Hidalgo, adicto al porfirismo, un préstamo de diez pesos y se fue con su gente rumbo a Axtla, quedándonos en el pueblo Ramón Acosta, nombrado presidente municipal maderista, mi papá y yo, y dos presos que echamos fuera de la cárcel; uno consignado por homicidio, Eufrasio Pérez, alias el Diablo, y el otro, Enrique Ahumada, alias el Chuzo, que estaba preso por haber herido al primer marido de doña Aurelia Ocejo, con la cual Ahumada tenía quereres. Doña Aurelia después fue muy conocida como fondera en Tamuín. Además, organizó mi papá un grupo de diez voluntarios, armados todos de fusiles *Remington* calibre 50 de la época de la Reforma.

Los de San Ciro avanzaron por Xilitla, y Samuel avanzó por Axtla (hoy Villa Terrazas), en donde se encontraron los dos núcleos. De ahí salieron a Tamazunchale, San Martín Chalchicuautla, Tempoal, Veracruz, y Tantoyuca, Veracruz, donde se les incorporó el jefe maderista Francisco de P. Mariel, originario de Huejutla, Hidalgo. Cuando ya tuvieron un núcleo de mil setecientos hombres, dispuestos a avanzar sobre Tampico, recibieron la noticia de que había un armisticio en Ciudad Juárez y que estaba a punto de firmarse la paz, por lo que contramarcharon a la Huasteca Potosina. Al llegar a Tampamolón, nos incorporamos mi padre, mi primo Ramón Acosta, Manuel Santos y Santos y yo, con un grupo de veinticinco hombres que habíamos quedado en el pueblo bajo las órdenes de mi padre y de Ramón Acosta.

De ahí continuamos sobre Tancanhuitz, de donde huyó el jefe político y se rindieron veinticinco rurales, pero no de los de la Federación, sino de los que mandaba el jefe político, don Federico Medina, y se nos incorporaron los hijos de don Salomón Morales, Ignacio y Othón, y su nieto Agustín, con cincuenta hombres muy bien armados y regularmente montados. Casi todos ellos vivían en Huehuetlán.

Seguimos sobre Valles, de donde también huyeron el jefe político, Santos Pérez (padre de mi actual amigo Santos Pérez), y las demás autoridades, y donde se rindieron unos treinta voluntarios. Ya para entonces Samuel, Acosta y Montoya Pérez con toda la columna habían entrado en Valles. En Valles, se incorporó Pedro Antonio, que traía grandes huellas de su reciente enfermedad, y asumió el mando de los revolucionarios huastecos. Tomamos trenes, embarcamos la caballada y avanzamos hasta Cerritos, cuya plaza no quería entregar el jefe político porfirista, don Adolfo Flores, quien estaba parapetado en la iglesia y en las azoteas con unos veinticinco soldados de línea del décimo batallón, cien rurales del estado y un grupo de voluntarios porfiristas. Iba toda la columna a las órdenes de Pedro Antonio, de Samuel Santos, Miguel M. Acosta y Pedro Montoya. No obstante haber sido designado coronel don Pedro Montoya, los tres últimos, de igual categoría, se llamaban solamente jefes, y hasta llegar a la ciudad de San Luis Potosí designaron a Pedro Antonio general y jefe del estado. En Cerritos se abrió el fuego, pero antes de media hora de combate y cuando había apenas unos cinco heridos y un muerto por parte nuestra y unos tres o cuatro heridos por la de ellos, pues tenían muy buenas posiciones, pusieron bandera blanca y se rindieron. Este tal Adolfo Flores era hombre de pelo en pecho, franco reaccionario y porfirista a carta cabal, así como jugador de gallos. Pedro Antonio lo perdonó.

Como dije, en Valles nos alcanzó Pedro Antonio, que venía del norte después de haber sufrido su retraso, motivado por la fiebre tifoidea, y se puso al frente de todos los revolucionarios del estado de San Luis Potosí y de las Huastecas. Al verme, como único saludo me dijo: "¡Huajutz!" Lo aclamaron hasta el delirio al entrar en San Luis Potosí.

A Pedro Antonio lo acompañaba un grupo de oficiales, entre ellos un huasteco muy simpático que había sido abigeo antes de la Revolución y que se llamaba Ranulfo Cruz, originario de Santa Isabel, fracción de Tancolol. Era un güero muy buen tipo, sanguinario y valiente que murió siendo general al lado de Villa en el Paso del Púlpito, cuando el Centauro venía derrotado de Sonora hacia Chihuahua, en el año de 1915.

En Cerritos, Pedro Antonio nombró jefe político a don Rafael Nieto, quien después llegó a ministro de Hacienda, diputado del Bloque Renovador durante el régimen del señor Madero y a gobernador de San Luis Potosí, apoyado por Samuel y por los Santos durante el régimen obregonista.

Como mencioné anteriormente, Pedro Antonio iba al frente de las fuerzas maderistas de la Huasteca de Hidalgo, que comandaba el coronel Francisco de P. Mariel, jefe del Cuerpo Galeana y de las fuerzas de la Huasteca Potosina, que en número de mil setecientos mandaban los jefes Samuel Santos, Pedro Montoya, Miguel M. Acosta, Alfredo M. Terrazas y Policarpo Sánchez. Pedro Antonio traía, entre oficiales y soldados, unos cincuenta hombres y doscientos cincuenta rifles *Savage* 30-30; ahí me cambió personalmente mi carabina 32-20 que usaba desde niño por un *Savage* 30-30 y me regaló una pistola de cañón corto, con cachas de verdadero nácar, no del plástico nacarado que ahora usan. Me sentí un Napoleón cuando recibí este rifle y mis dos cananas, que me crucé al pecho repletas de cartuchos expansivos. De ahí seguimos la marcha a Cerritos, donde tuvimos el tiroteo que no llegó a combate formal con el jefe político Adolfo Flores, y en el cual no tuve oportunidad de estrenar mi 30-30.

Una vez tomada la plaza de Cerritos, se nos incorporaron Adalberto de Avila, su padre don Florencio que venía a las órdenes de él y su hermano Alejandrito, también subordinado. Se nos incorporaron los civiles don Rafael Nieto y su padre don Pascual, comerciantes de la localidad, quienes tenían una tienda de abarrotes en la plaza principal del pueblo. Don Rafael Nieto fue quien junto con don Luis Cabrera manejó las finanzas de la Revolución Constitucionalista. En mi concepto, él fue el verdadero ministro de Hacienda de don Venustiano Carranza durante todo el periodo preconstitucional y parte del constitucional, hasta que se lanzó como candidato al gobierno de San Luis Potosí con el apoyo de mi hermano Samuel y mío. Digo que en mi concepto fue el verdadero ministro de Hacienda, porque don Luis Cabrera se pasaba años en el extranjero en comisiones políticas, y quien estaba al frente, encargado de los asuntos de Hacienda, era don Rafael. Además, el gran don Luis Cabrera fue un formidable dialéctico y político de excepcional categoría pero no era propiamente un hacendista. Con don Rafael Nieto tuve mucho que ver en política más tarde, unas veces como amigo y otras, las menos, como adversario. Siendo yo gobernador del estado y él ya muerto, hice erigir una escuela con su nombre en el poblado de San Felipe, municipio de Valles, San Luis Potosí, y otra escuela en El Abra con el nombre de don Luis Cabrera, quien asistió a la inauguración acompañado de toda su familia.

San Luis Potosí

Entramos en la ciudad de San Luis Potosí el día primero de junio de 1911. Aquello fue el delirio; campanas al vuelo y el pueblo por las calles, gritando vivas a Madero y a Pedro Antonio Santos, a quien tanto

conocían en la ciudad desde sus tiempos de estudiante, cuando defendió al señor Madero y logró su libertad bajo fianza.

Unos días antes, había entrado en la ciudad de San Luis Potosí un jefe revolucionario que se llamaba Cándido Navarro, exmaestro de escuela que se levantó por el rumbo de San Felipe Torres Mochas, Guanajuato. Como estaba tan cerca de la ciudad cuando los tratados de Ciudad Juárez, no tuvo dificultad en entrar, pues los federales no le opusieron resistencia, pero tampoco lo tomaron en serio. Era magonista y llevaba muy poca gente.

Pedro Antonio puso como gobernador interino en San Luis Potosí a un señor muy altruista, muy rico y muy querido en la ciudad, don Encarnación I. Piña. Nunca había tomado parte en la política y la medida de Pedro Antonio fue muy acertada porque los primeros días no había dinero y don Encarnación I. Piña lo dio de su peculio, sin recibo y sin nada. Sesenta mil de aquellos pesos gigantescos y duros del tiempo de la dictadura porfirista, con lo que solventó los primeros compromisos y dio haberes a la gente.

Nos instalamos en el hotel Sáenz, en donde Pedro Antonio estableció su cuartel general. Estaba frente a la plaza y ahora me parece que se llama hotel Tampico. Entonces era el de postín en la ciudad.

Ahora ya va siendo tiempo de que hable de mí. En Ciudad Valles conocí el tren. Nunca lo había visto, y me subí a él. Fue en pullman la primera noche hasta que llegamos a la estación de Cerritos; de ahí para San Luis me fui arriba de una jaula de caballos junto con la tropa y los oficiales. Cuando llegamos a San Luis Potosí, después de la euforia del triunfo maderista, Pedro Antonio me presentó con un señor ingeniero que se llamaba don Santos Hernández Guevara, persona de elevada cultura, liberal y muy prestigiado en la ciudad, propietario y director del Instituto Morelos, en donde me puso a estudiar desde los primeros días del mes de julio. Los muchachos del colegio, sobre todo los del sexto año en el que ingresé, me veían con una mezcla de admiración y terror, pues eran hijos de familias de la ciudad. Apenas conocerían alguna que otra vaca de ordeña de los establos de las orillas, pero que no sabían nada de caballos, de armas, de gallos de pelea y menos de guerrilleros y canciones obscenas como las que yo había escuchado y cantado desde que entramos en Tancanhuitz. Eran curritos.

Debo agregar que asistí a la liberación de presos que fuimos echando fuera de las cárceles de Tancanhuitz, Ciudad Valles y Cerritos; galeotes que se incorporaron a las filas del ejército libertador, con muchos de los cuales hice amistad y de los que tomé muy buenas y provechosas lecciones. Una vez en el Instituto Morelos, instalado como interno y habiendo dejado mis armas en la casa de Pedro Antonio, en la calle de Fuente, número 10, don Santos (que así llamábamos al ingeniero Hernández Guevara) me presentó con el profesor Simón Rodríguez, origi-

nario de Santa María del Río, jacobino, muy inteligente y partidario de la Revolución. Este don Simón fue mi gran amigo y es el único, de los maestros que tuve, al que recuerdo con estimación y cariño.

Cuando entré en conocimiento con don Simón, me dijo: "Faltan solamente seis meses para que termine este año, pero te voy a dar clases extraordinarias, para que el general Pedro Antonio tenga la satisfacción de que en seis meses concluyas el año que muchos de los que tengo aquí no van a lograr en todo el curso". Me picó el amor propio y me entregué de lleno al estudio, pero de interno sólo aguanté un mes. Un día me le presenté a Pedro Antonio, y le dije: "Yo no puedo estar enjaulado, comer esa comida y ver que se persignen en la mesa a la hora de comer" (pues la madre de don Santos, que dirigía la cocina, todos los días al mediodía venía, se echaba un rezo en la mesa, hacía que los muchachos la acompañaran en su letanía y ahí empezaron las dificultades). Pedro Antonio hizo una especie de consejo de guerra. Vivían en su casa teóricamente Samuel, que tenía recámara pero vivía por allá afuera con una Elena producto del triunfo revolucionario, Alfredo M. Terrazas, Miguel M. Acosta, Fulgencio M. Santos, Braulio Romero y el licenciado Rafael Santos Alonso, mayor que mis hermanos, pero todavía soltero, hombre muy dado a las formas y a las fórmulas y muy de la ciudad, pues aunque nacido en la Huasteca, salió de allá desde los ocho años y nunca más había vuelto, ni tomó parte en la Revolución, aunque sí cosechó el triunfo, pues Pedro Antonio lo hizo diputado del Congreso por Tancanhuitz. Se abrió el debate, y dijo Pedro Antonio: "Aquí tienen al Huajutz, que es el primero que se nos rebela. No quiere estar de interno. ¿Qué opinan ustedes?". El primero en hablar fue Rafael Santos Alonso, quien era abogado titulado y había sido juez de letras en el régimen porfirista con cabecera judicial en Cerritos y opinó que yo debía ser internado en el colegio. Defendió su punto de vista con una especie de discurso; habló de disciplina, de instrucción, de moral y no sé de cuántas otras zarandajas que lejos de convencerme me excitaron. El punto de vista que sostenía era que un joven de mi edad, 14 años, sólo debería salir el domingo, recibir su *ídem*, dar una vuelta en la serenata y regresar a dormir al colegio. Pero yo había vivido siempre libre y nada menos que en la Huasteca, así que planteé mi asunto resuelto a no ceder. Después habló Alfredo M. Terrazas, quien a Samuel y a mí nos llamaba "cuñados", no así a Pedro Antonio, a quien respetaba mucho, y dijo más o menos: "Mi cuñado Gonzalo ha dejado la carabina, el caballo, la pistola y los compañeros. Justo es que siquiera le queden estos últimos. Que venga a vivir aquí con nosotros y que vaya al colegio". Habló Samuel, y dijo: "Yo no le puedo poner ningún ejemplo a este respecto, porque yo me fui del colegio precisamente para no estar interno". Miguel Acosta dijo: "No te vayas de aquí, y si te quieren obligar a rezar, pégales un balazo". Mencho y Braulio todo lo

que hicieron fue desternillarse de risa, y Braulio dijo así: "Confórmate, Pedro Antonio, con que no se pele pa' la Huasteca". Entonces mi hermano, que era muy bondadoso, en tono paternal me dijo: "Huajutz, quédate aquí y yo lo arreglo con don Santos, pero mañana quiero platicar contigo a solas".

Al día siguiente, como habíamos convenido nos encerramos Pedro Antonio y yo en la sala de la casa, que estaba en el piso de arriba, cerró las puertas, y frente a un reloj de bronce, que tenía dos espadachines del tiempo de los mosqueteros, uno frente al otro, acero en mano, que se robaron de nuestra casa y después de treinta años de perdido me fue obsequiado por el licenciado Arturo V. de la Garza y su esposa en su casa de Monterrey, me habló en estos o parecidos términos: "Sin mengua del cariño y el respeto que le debemos a nuestro papá, yo soy tu padre más que tu hermano; soy tu jefe, y más que padre, hermano y jefe, soy tu amigo. Ya vi con qué ímpetu entraste en la Revolución a militar en las filas gloriosas del maderismo. Muchos hombres maduros y bien preparados intelectualmente hubieran querido ocupar tu sitio y no lo hicieron por falta de valor, y otros, los más, por falta de oportunidad, pues esta revolución fue breve, pero todavía no ha terminado y quién sabe cuál vaya a ser el fin. Lo que sí te aseguro es que la Revolución seguirá su marcha y al final triunfará. Quiero que seas soldado para que la defiendas, pues tienes madera y vocación para militar, pero quiero que seas un soldado preparado y no como Ranulfo Cruz, quien es valiente pero ignorante. Acabas tu instrucción primaria, luego te voy a poner unos profesores especiales, que serán don Santos y Simón Rodríguez, para que te prepares y puedas ingresar en el Colegio Militar de Chapultepec. La próxima semana llegará aquí el señor Madero, a visitar la ciudad donde lanzamos el Plan que sirvió de bandera a la Revolución, y a cosechar laureles en donde estuvo en la cárcel. Vendrá aquí a la casa a tomar un refresco mientras nosotros nos tomamos una copa con él, pues es abstemio". Yo le pregunté a Pedro Antonio qué cosa era abstemio, y me lo explicó añadiendo: "Pero tú no lo eres, y te echas un trago de coñac con nosotros. Le voy a hablar al señor Madero de lo que te estoy diciendo, y él mismo te va a apadrinar para que entres en el Colegio Militar. Y cuando termines tu carrera de ingeniero militar, te voy a mandar a Alemania, para que te perfecciones y regreses a México hecho un oficial de Estado Mayor especializado. Mañana no vayas al internado, solamente asiste a clases y yo arreglaré en la mañana con don Santos para que seas externo. Pero eso sí, a la plaza de gallos solamente irás sábados y domingos". Pedro Antonio era el único de la familia Santos, además de Rafael Santos Alonso y mi hermano Miguel, que no jugaban ni gustaban de esta fiesta que me apasionó desde mi infancia y que tanto gustó y gusta a todos los míos, excepción hecha en la actualidad de mi hijo Gastón, a quien en cambio le apasionan los toros.

Al día siguiente era yo un externo, es decir, un hombre libre, y en la tarde cuando regresé de mis clases, vi en la banqueta de la casa un perrito chihuahueño negro, muy bonito y muy fino, pues en aquella época eran auténticos los que había; yo no los conocía; no había visto nunca uno, pero tan luego lo vi me apoderé de él, lo llevé a mi recámara y allí lo encerré hasta que vino Pedro Antonio y se lo mostré. Me dijo: "Es un perro chihuahueño muy fino. ¿Cómo lo adquiriste?" Le dije: "No me vayas a hacer lo que me hiciste cuando me robé el gallo. Este perrito voluntariamente se presentó, yo lo agarré y lo metí en el cuarto. Además, a estas fechas ya hemos ensillado muchos caballos ajenos y matado y comido numerosas vacas y novillos". Se rió y me dijo: "Tienes razón. Los tiempos han cambiado. Este perrito debe ser de las hijas de don José María Espinosa y Cuevas, que como tú sabes era el gobernador porfirista que tumbamos a la entrada en San Luis, el cual vive en la casa de enfrente. Guárdalo y ahora que venga el señor Madero regálaselo. Yo le explicaré que es botín de guerra, quitado al enemigo".

En la casa de Fuente número 10, no vivía más mujer que la cocinera, era muy gorda y cuyo nombre no recuerdo. He dicho que ahí habitábamos Pedro Antonio, Samuel, Fulgencio Santos, Braulio Romero, Rafael Santos Alonso, Alfredo M. Terrazas y yo. Después llegó de la Huasteca Celedonio E. Terrazas, hermano de Alfredo, que iba a estudiar en el Instituto. Celedonio para entonces todavía no entraba en la Revolución, aunque era mayor que yo. En cambio, Severino, el hermano más chico, que era unos meses menor que yo, sí se incorporó en Axtla, junto con su padre don Jesús, a la columna maderista cuando entraron ahí Montoya, Samuel, Miguel Acosta, el propio Alfredo M. Terrazas y todos los demás cabecillas, Verástegui, don Antonio Torres, mi tío materno don Antonio Rivera, etcétera.

La víspera de la llegada del señor Madero a San Luis Potosí, salí de parranda con el cabo segundo teniente Porfirio Maldonado, de los maderistas del 36 cuerpo rural, organizado por Pedro Antonio, y mandado por Montoya. Maldonado era originario de Axtla. Nos acompañó un charro de Lagunillas, San Luis Potosí, que se llamaba Nicolás Zarazúa. Este Zarazúa en tiempo de De la Barra se había levantado contra el maderismo, sin bandera ninguna, pues había sido rural municipal, abigeo y porfirista en Rayón, San Luis Potosí, porque alguien de la reacción lo movió. Fue batido pronto por Fulgencio M. Santos (mi primo Mencho), y se amnistió. Pedro Antonio lo perdonó, como perdonó al jefe político de Tancanhuitz, don Federico Medina, y a todos los que se iban rindiendo conforme la Revolución iba avanzando. Esa noche me fui con Zarazúa y con Porfirio Maldonado a un baile por el barrio de Tlaxcala, donde predominaban mariposillas de tercera clase y gatas de cierta categoría. La luz que alumbraba el patio donde la fiesta se celebraba era de petróleo, y se bebía mezcal. Yo al parejo de los dos charros y de

tres oficiales. Los rurales usaban un uniforme gris con botones metálicos; y mis compañeros, traje de charro y sombrero galoneado con sus galones plateados correspondientes al grado que tenían. No sé ni recuerdo la razón por la que Porfirio y Nicolás empezaron a discutir y a disgustarse, pero creo que fue por la llegada del señor Madero al día siguiente, por el mezcal que ingerimos, que era del llamado "el mecate" (el más fuerte), y además porque Porfirio era maderista y Nicolás antimaderista. Ninguno de los dos traía arma de fuego. Después que se hicieron de razones y cambiaron palabras gruesas, se desafiaron mutuamente a pelear fuéra del baile, y ambos me nombraron testigo único y padrino del duelo. Yo había oído hablar de los duelos, pero muy borrosamente. Lo que sí entendía a la perfección eran las peleas de gallos, yo me imaginé que sería algo más o menos igual.

Una vez que estuvimos en un terreno baldío, lleno de polvo, sin ninguna planta y alumbrados únicamente por la luna, cada uno de ellos sacó su arma: Porfirio Maldonado su sable de caballería y Nicolás Zarazúa, de un bastón, sacó un largo verduguillo. Hice las rayas como se hacen en el palenque, las rayas de adentro y las rayas de afuera, paré a cada uno de los dos en la raya de afuera, y en lugar de decirles, como se dice en las peleas de navaja redonda, que entonces yo no conocía: "¡listos!, ¡suelten! —les dije— ¡adentro!" se arrancaron uno frente al otro, pero como ninguno de los dos sabía esgrima y andaban muy borrachos, tras breves momentos Zarazúa le metió el verdugillo a Porfirio abajo de la espalda, le salió en la punta de la nalga y ahí le dejó el arma. Maldonado cayó berreando maldiciones, y gritaba: "Hijo de la rechingada, me has atravesado las tripas". Zarazúa se quedó parado, sin moverse. Yo me acerqué a Porfirio, y le saqué el verduguillo. Afortunadamente la herida, aunque muy larga, había sido entre cuero y carne. Zarazúa me ayudó a levantar a Porfirio, que no acababa de mentarle la madre y decirle toda clase de injurias; lo cargamos hasta cerca del baile, yo conseguí una botella de mezcal para echarle en la herida. Cuando regresé con el mezcal Porfirio no se dejó curar, sino que pidió la botella y se echó cinco o seis tragos gordos al hilo. Zarazúa hizo lo mismo y yo me eché dos o tres. Conseguí un coche de bandera colorada, que costaba quince centavos el viaje, y ya dentro del coche seguía Porfirio maldiciendo. Tomamos un cuarto en un hotelucho, llamado La Sensitiva, situado en un costado de la plaza de San Juan de Dios, y cerca también de donde estaban los portales, y pagué cincuenta centavos. Como ya se acercaban las cinco de la mañana, hora en que llegaba el tren en que venía el carro especial del señor Madero, me fui para la estación. Pude pasar entre la multitud hasta donde estaba Pedro Antonio, pues tan pronto como llegué a los andenes uno de los ayudantes de mi hermano, que se apellidaba Benavente, oriundo de San Felipe Torres Mochas, me llevó hasta él, y Pedro Antonio me preguntó: "¿Qué te habías

hecho, Huajutz?". Brevemente le conté en lo que había andado y con quiénes. El se rió, y me dijo: "Ya que se vaya el señor Madero me cuentas todo".

A los pocos instantes pitó el tren, y la enorme muchedumbre, la más espontánea que haya visto nunca, se echó encima de la vía a tal grado de entusiasmo, que avistado el tren del señor Madero tuvo que aminorar la marcha y los garroteros se bajaron protegiendo el tren a vuelta de rueda, para que no hubiera desgracias. Ahí venía Madero, el Apóstol, a quien yo veía por primera vez; sonriendo feliz y saludando con su bombín a la multitud y poniéndose la otra mano en el corazón, dirigiéndose al pueblo. Cuando paró el tren, un grupo de rurales del séptimo cuerpo, los mismos que habían atacado nuestra casa el día 19 de noviembre del año anterior, 1910, dieron escolta al automóvil del señor Madero. Estos mismos rurales del séptimo cuerpo que le dieron escolta e hicieron valla, fueron los que asesinaron al señor Madero y a Pino Suárez. Este acompañamiento que le hicieron nos repugnó a todos, pero por el momento nadie dijo nada. Bajó Madero, al primero que abrazó fue a Pedro Antonio y luego al doctor Cepeda; después, a Acosta, Terrazas, Montoya y Samuel. En el remolino de gente yo no alcancé a saludarlo, ni mis primos Braulio Romero y Mencho Santos.

Madero, después de ser llevado por la multitud hasta el automóvil que le esperaba adornado con banderas, subió a Pedro Antonio y al doctor Cepeda; luego, a vuelta de rueda, el carro empezó a avanzar escoltado por un grueso destacamento de los mismos rurales porfiristas del séptimo cuerpo. Aquella manifestación fue la primera que yo vi en mi vida. Era el delirio. Braulio, Fulgencio, algunos otros oficiales de Pedro Antonio y yo nos fuimos, recibiendo y dando empellones entre la multitud, hasta llegar a la altura de nuestra casa. Madero siguió hasta la quinta de San José, propiedad de los señores Muriel, ricos aristócratas de lo menos falsificado de la aristocracia mexicana, bellísimas personas, pero porfiristas. Ahí fue el banquete. Ni pensar en que un muchacho de mi edad concurriera en aquel tiempo a un acto de éstos, pero también, fuera de Pedro Antonio y del doctor Cepeda, ningún otro maderista fue invitado.

En la plaza de San Luis Potosí había cerca de tres mil maderistas armados; dos mil y pico de las fuerzas de Pedro Antonio y el resto del doctor Cepeda, que comandaba directamente el coronel maderista don José Ignacio Azcárate.

Nosotros, los maderistas, éramos fanáticos, con eso está dicho todo; pero entre los nuestros, especialmente entre los oficiales de baja graduación, se empezó a murmurar y dar muestras de descontento y desolación. Yo oía todo, pero como Pedro Antonio veía en Madero un poco más que a un Dios, los que no pensábamos sino por su cerebro teníamos que verle lo mismo que él. No hubo ningún discurso en la manifes-

tación, en el banquete sí. La comida la ofreció uno de los reaccionarios porfiristas más destacados. En la tarde, regresó Pedro Antonio a la casa, ya junto con Terrazas, Acosta, Montoya, Samuel y otros civiles maderistas que la frecuentaban, como el sabio oculista de fama mundial doctor Antonio F. Alonso y un sastre, que había sido también muy maderista desde que se fundó el Partido Antirreeleccionista, apellidado Monsiváis. Oí los comentarios del ágape. El doctor Cepeda y Pedro Antonio fueron sentados a cierta distancia del señor Madero a la derecha, en la izquierda y en todos los demás sitios, puros reaccionarios distinguidos y porfiristas. Se comentó ahí, alrededor de Pedro Antonio, que el discurso de bienvenida lo había dicho uno de los Muriel, que el tono giró sobre la conveniencia de olvidar el pasado, y que todo seguiría bajo el imperio de la ley y del orden, con muchos elogios para el ejército federal. Según los mismos comentarios, se dijo que el señor Madero dio las gracias atacando algo a don Porfirio Díaz; de los dos ejércitos, el maderista y el federal, dijo que no había vencedores ni vencidos, que todos eran hermanos, y terminó su discurso diciendo precisamente esta frase: "PAZ, HERMANOS".

Pedro Antonio regresó de la granja del Sagrado Corazón, donde estaba alojado el señor Madero, nos dijo que esperáramos en casa todos como a las seis de la tarde, pues iría el señor Madero. Ahí estábamos, en aquella casa que era chica, mi hermano Samuel, ya coronel maderista; Miguel M. Acosta, don Pedro Montoya, coroneles también; mi tío materno don Antonio Rivera, mayor; Alfredo M. Terrazas, mayor; los capitanes primeros Pedro R. García e Isauro Verástegui; uno de los ayudantes civiles de Pedro Antonio, Benavente, cuyo nombre no recuerdo; Braulio M. Romero, Fulgencio M. Santos, tenientes; el licenciado Rafael Santos Alonso (mi primo y padrino de confirmación) y yo; también, listo para dar servicio un mozo que teníamos, que se llamaba Felipe Esparza, quien después, pasados los años, fue superintendente de los Ferrocarriles Nacionales de México, en la división de Guadalajara. En broma, los compañeros viejos y jóvenes, con excepción de Pedro Antonio, que me llamaba Huajutz, me decían Licenciado, porque ellos habían conservado sus armas y ahora tenían sus grados, y yo había sido licenciado de las filas. Así, de pronto como entré, me licenciaron.

A las seis en punto de la tarde llegó el señor Madero con Pedro Antonio, el doctor Alonso y Elías de los Ríos, secretario privado del señor Madero. Cuando entró don Pancho (como le decía Pedro Antonio y como le decíamos todos nosotros, aun los que no habíamos hablado con él), nos paramos emocionados. No, emocionados no; *emocionadísimos*. Sólo abrazó a don Pedro Montoya. A los demás nos saludó de mano, a mí al último, pues estaba más distante, respetando costumbres de la época y porque así se me había ordenado. Cuando Terrazas le dio la mano al señor Madero, se la sacudió dos o tres veces y le dijo: "Señor, no me la-

varé la mano en un mes, por este honor tan grande que he tenido". Madero rió, y dijo: "Va usted a tener que comer con guantes". Luego que llegó mi turno, me presentó Pedro Antonio con el señor Madero. Se conoce que Pedro Antonio le había hablado por lo menos una vez de mí, pues cuando me estrechó la mano me la sacudió, me puso la otra mano en el hombro, y me dijo: "Conque éste es nuestro cadete del Colegio Militar". Pedro Antonio le dijo: "Sí; éste es el futuro prusiano". Yo me sentí en aquel momento más grande que si me hubieran nombrado virrey de Nueva España. A todos me les quedé viendo, como diciéndoles: "Miren lo que dice el señor Madero de mí".

Charló un poco con todos sin sentarse, en el despacho de Pedro Antonio, en la planta baja; luego, Pedro Antonio lo invitó a subir. La sala, el comedor y las recámaras estaban arriba. Pasamos a la sala, pues ya para entonces Pedro Antonio me había cogido del brazo e impulsado a subir detrás de él. Se sentó el señor Madero, pidió las copas Pedro Antonio y un refresco de tamarindo, que fue preparado para el señor Madero, y me dijo mi hermano: "Tráele a Fifí a don Pancho". Inmediatamente saqué al perrito y se lo entregué, diciéndole con mucho desplante: "Señor Madero, esto es botín de guerra. Este era un perrito porfirista y tengo el gusto de regalárselo a usted". El señor Madero se rió y dijo: "A ver, Pedro Antonio, explícame esto". Mientras Pedro Antonio le contaba, dijo: "Baja y dile al coronel Montoya que suba con todos". Cumplí mi misión.

En aquel tiempo, nadie se atropellaba por ir adelante. Unos a otros se decían: "Usted primero" o "Pase usted", y así fueron subiendo la escalera uno por uno. Hasta estar todos reunidos, cogió cada quien su copa. Yo me achiqué un poco, Pedro Antonio me dijo: "¡Dos pasos al frente! Ya te dije que a ti no te voy a prohibir nada. Sólo te daré consejos cuando los necesites. El señor Madero (esta vez sí le llamó señor Madero) no es don Porfirio Díaz. El sabe comprender que un muchacho que ha tomado las armas en contra de la dictadura, tiene derecho a tomar una copa cuando quiera". El señor Madero sonrió, dijo a todos "salud", sin chocar su vaso de refresco con nadie. Pedro Antonio chocó su copa con el doctor Alonso, y le dijo al señor Madero: "Brindo por la Revolución, porque acabe de triunfar y por su glorioso caudillo que nos está haciendo el honor de acompañarnos". Madero contestó diciendo: "Brindo por la patria, por la Revolución y por la paz". Nadie se sentó durante el brindis, ni antes ni después. A una seña de Pedro Antonio salimos todos y se quedaron Madero y Pedro Antonio solos; platicaron unos quince minutos, después bajaron y se fueron el señor Madero, Pedro Antonio, el doctor Alonso y Elías de los Ríos.

Cuando nos quedamos solos hubo una breve plática en desorden. Salió a relucir lo de los rurales porfiristas que escoltaron a Madero. Los más viejos, como mi tío don Antonio Rivera y el mayor don Concepción Solano, a quien no había mencionado por olvido (compadre de mi

padre), decían que no tenía importancia aquello; que seguramente el gobierno lo había hecho para demostrar que el ejército federal había aceptado la Revolución y que, a la vez, el caudillo tenía confianza en los federales. Montoya, Acosta, Terrazas y Samuel no estaban conformes, pero Miguel Acosta fue más allá en sus comentarios, y dijo entre otras cosas: "Como sigamos así, pronto estarán otra vez Espinosa y Cuevas en el gobierno del estado y Limantour de ministro de Hacienda". Algunos de los presentes creyeron que Acosta había dicho una herejía y se le echaron encima, pues ya para entonces todos sabíamos más o menos quién era Limantour. Se dispersó la reunión y Pedro Antonio llegó muy noche, después de que el señor Madero había regresado a México. Ninguno de nosotros fue a la despedida porque ya nos habíamos dado por satisfechos de haber conocido al jefe de la Revolución.

Al día siguiente, Pedro Antonio me llamó temprano, era domingo y no había clases, y me dijo: "Anda, búscate a todos los compañeros; tú sabes mejor que yo dónde encontrarlos. Samuel ha de estar con su Piscapocha. No quiero que entres allí, no por nada, sino para que no te familiarices con gentuza. A él que lo llamen Mencho o Braulio, a los demás búscalos tú". Para mediodía ya había localizado a todos; a Pedro Montoya y a mi tío don Antonio Rivera en el cuartel de la Huerta Colorada donde tenían su gente; a Terrazas en casa de un árabe que estaba casado con una mujer muy bella, mexicana, pero el árabe andaba por Torreón; a Mencho y a Braulio también los encontré en el cuartel; a Acosta en el hotel Sáenz también acompañado de una "falena". Pedro Antonio había ordenado que pusieran la mesa para todos, pues ahí comía cada quien cuando quería y cuando no, no. Me dijo: "Este se llama Tule Sánchez, y es muy valiente". El otro se sonrió y me dio un abrazo, diciendo: "Yo soy Gertrudis Sánchez para servirte". Acababa de llegar a San Luis Potosí, sus fuerzas las había convertido en el 28 cuerpo rural con orden del señor Madero de marchar a Morelos. Tenía sus fuerzas en un tren en la estación. Había venido a saludar a Pedro Antonio, quien lo invitó a comer, y por eso se detuvo. Estaba con él una señora joven, muy bella, que presentó con nosotros como su esposa; estaban recién casados. Luego entró un hombre joven y corpulento, muy chapeado y de cara muy bondadosa. Le gritó Pedro Antonio: "¡Eulalio, hermano querido!, más vale tarde que nunca. Ayer te estuvimos esperando para que saludaras al señor Madero, ¿por qué llegaste tarde?" El aludido se adelantó, se abrazó con Pedro Antonio, y le dijo: "Porque tuve una dificultad muy grave con los 'pelones' y estuvimos a punto de agarrarnos ayer en Concepción del Oro". Pedro Antonio dijo: "Aquí les presento a mi gran amigo y compañero de la convención antirreaccionista del Tívoli, el mayor Eulalio Gutiérrez, jefe político maderista de Concepción del Oro, Zacatecas". Después de tupidas copas entre ellos (a mí Pedro Antonio me indicaba que no tomara nunca más

de dos, aunque él no se medía. Seguramente lo hacía por mi edad), se quedaron a comer Eulalio Gutiérrez y Gertrudis Sánchez. La señora de Gertrudis se fue a comer a un hotel. Se dejaron venir encima los comentarios de la llegada del señor Madero. Eulalio Gutiérrez nos contó que cuando él estaba a punto de venir a San Luis a saludar al caudillo, los federales rodearon su cuartel de la jefatura política, tratando de desarmar a su gente, creyendo que ya había salido él, pues desde unos días antes sabían del viaje. Eulalio, que permanecía en Concepción del Oro, se puso al frente de su gente, se parapetó arriba de las azoteas y estuvieron todo el día viéndose unos a otros. Los federales no se atrevieron a disparar, entonces Eulalio, según nos contó, se dirigió a don Venustiano Carranza, gobernador de Coahuila, para que influyera con el objeto de que esa fuerza federal saliera de Concepción del Oro y que de no hacerlo en veinticuatro horas más, rompería el fuego contra ellos. El telégrafo funcionó veloz; las órdenes de México llegaron y los federales salieron. Por eso llegaba Eulalio Gutiérrez retrasado, pero muy desconfiado de la situación.

Pedro Antonio, que era aclamado como jefe de la Revolución en el estado y aclamado como futuro gobernador constitucional, nos dio la sorpresa de la vida: "Los he reunido a ustedes, y qué bueno que están aquí dos compañeros como Tule Sánchez y Eulalio Gutiérrez, que además de compañeros son fraternales amigos míos, para que sepan que mañana lanzo un manifiesto declinando mi candidatura para el gobierno del estado, porque la Constitución exige treinta años como edad mínima y yo no he cumplido tadavía los veinticuatro. Si nosotros nos levantamos para defender la ley y la Constitución, no somos nosotros quienes la vamos a violar". ¿Se lo indicaría el señor Madero? Miguel Acosta, que cuando se enojaba se volvía completamente tartamudo, se paró como disparado por un cañón. Acosta a Pedro Antonio lo respetaba mucho y nunca lo llamó de tú. Empezó Miguel, diciendo: "Mi-mi-mi gene-ne-ral (en tono completamente tartamudo), ese asunto ya está arreglado; nosotros tenemos perfectamente controlado el Congreso del estado; más bien dicho, usted es quien lo tiene controlado, pero nosotros lo tenemos aconsejado y mañana mismo habrá sesión extraordinaria y ahí se leerá un proyecto elaborado por el doctor Alonso y se reformará la Constitución para que usted pueda ser gobernador del estado y los tres mil rifles maderistas, que están aquí a las órdenes de usted, respaldarán al pueblo que lo aclama".

Pedro Antonio dijo: "Yo les ruego que no hagan eso. Mi manifiesto está escrito y ya está en la imprenta; es una decisión que he tomado, mañana empieza el licenciamiento de nuestras fuerzas. Samuel irá a licenciar a Policarpo Sánchez y a Pancho Mariel a Villa Guerrero (ahora Tamuín). Aquí, don Pedro Montoya se encargará de licenciar a los demás; yo comenzaré a preparar mi tesis para recibirme de abogado,

pues ustedes saben que mi carrera está terminada, y por la Revolución no he obtenido todavía el título, y le debo a mi padre esta ofrenda. Además, mañana elegirá la Legislatura gobernador provisional al doctor Cepeda, yo seré su secretario general de gobierno. Ustedes saben que Cepeda y yo somos la misma persona". Todos se pararon al mismo tiempo hablando en desorden, Gertrudis Sánchez dijo: "Qué bueno, Pedro Antonio, que estoy aquí con mi tropa bien pertrechada, bien montada y bien dispuesta a rifarnos para llevarte al palacio de gobierno y ponerte de gobernador, porque si tú que fuiste el defensor del señor Madero y el que lo echó fuera de la cárcel bajo fianza y el que tanto lo animó para que se lanzara a la Revolución quedas fuera, ¿qué nos espera a los demás?". Eulalio Gutiérrez, muy sereno, le dijo: "No, Pedro Antonio, no retires tu candidatura. Si hay alguna fuerza mayor que te obligue a ello, vamos peleando contra esa fuerza mayor". Pedro Antonio volvió a alegar que él no permitiría que se reformara la Constitución por una razón personal, *pero en el ánimo de todos quedó que el señor Madero le había dicho que hiciera eso, y como era tan ciegamente partidario de Madero, apechugó.* Pedro Antonio nunca dijo que Madero hubiera hecho esa indicación, *pero es indudable que así sucedió.* ¿Por qué? Madero tenía para gobernador de Coahuila al doctor Rafael Cepeda, a quien quería meter de cuña a don Venustiano Carranza, para que éste no llegara a gobernador de Coahuila. A Madero lo apoyaban en esto algunos de sus hermanos, quienes no querían a Carranza. El mismo le tenía prevención, pues Carranza indudablemente, desde que se inició la Revolución, veía chiquito a Madero. En aquella comida que se convirtió en un mitin airado, Acosta se quitó la espada y la tiró al suelo, diciendo: "Este chaparro ya claudicó". Pidió su baja ahí mismo y por más que Pedro Antonio lo quiso convencer nunca lo logró. Al poco tiempo se dio de baja él mismo. Después, volvió a las fuerzas irregulares de Coahuila con Carranza, con el grado de capitán primero.

A los pocos días, salió el manifiesto de Pedro Antonio. Para entonces, ya Cepeda había sido nombrado gobernador interino, y él, a su vez, nombró secretario de gobierno a Pedro Antonio. Pedro Antonio se vistió otra vez de bombín, agarró los libros y se puso a machetear, para presentar su examen. Insisto en que lo que voy a escribir son mis memorias y no las de mi hermano, pero es imposible que separe mi nombre del de él hasta el día de su muerte porque, como dijo: era mi padre, mi jefe y mi amigo y, además, algo que él no dijo: en mis principios de vida revolucionaria fue mi maestro en la Revolución, pues en todo lo demás yo fui mi propio maestro y fui testigo presencial de todo lo que estoy relatando.

El primer chanchullo

Cierto día, llegó mi padre de la Huasteca y después de conferenciar con Pedro Antonio y con Samuel se quedó unos días en la capital del estado. Me dijo que al día siguiente saldría para Tancanhuitz, que lo iba a acompañar Rafael Santos Alonso, quien era el candidato, pues iban a celebrarse las elecciones de diputados locales, pero como Fallito no sabía montar a caballo ni conocía las veredas, ni ninguna clase de fatigas, sería bueno que yo lo acompañara. Mi primo y padrino no era santo de mi devoción, yo, con tal de ir a la Huasteca aunque fuera por unos días y cargarme la carabina debajo de la pierna y la pistola en el cinto, no puse ningún reparo, sólo requerí la autorización de Pedro Antonio, quien me dijo: "Sí, Huajutz, va a haber elecciones y por Tancanhuitz son candidatos Rafael, por parte de nuestro partido liberal progresista y por el partido católico, que son los contrarios, jugará el licenciado Blas Rodríguez del grupo de los 'científicos' del estado", pues en San Luis y en las cabeceras de los distritos aún había grupos que se titulaban "científicos", y que eran los porfiristas más destacados de cada lugar.

Pues bien, al día siguiente tomamos el tren para Valles. Ahí nos esperaban caballos de los nuestros, pues mi padre no quería montar de los que después, durante la Revolución Constitucionalista, llamábamos "avanzados", ni que ninguno de nosotros montara un caballo ajeno. Todavía esperamos la escolta de maderistas ya licenciados, pero bien armados; unos veinticinco de caballería con don Jesús Terrazas al frente y mi primo Manuel Santos y Santos como uno de los oficiales. Seguían ostentando sus grados entre su propia gente, pero sin sueldo ni pertenecer al gobierno. ¡ESE SI ERA IDEALISMO!

Una vez sobre los caballos, la emprendimos hacia el pueblo llamado entonces impropiamente Ciudad Valles, pues era un horrible villorrio de no más de dos mil habitantes. En Valles, almorzamos al estilo huasteco, hacía tiempo que no gustaba yo de esos placeres. Inmediatamente después, la emprendimos sobre Tancanhuitz, Rafael, quiso, que no quiso, se aguantó la jornada. Llegamos a Tancanhuitz, nos recibió mi tío Rafael, padre del candidato, que también era el jefe político maderista y jefe de las armas, dependiente de la misma jefatura. Había una escolta de quince hombres, todos armados con *Remington*, calibre 7 milímetros, de los quitados a los rurales porfiristas. A una voz del jefe político, el oficial que mandaba la tropa ordenó fuego e hicieron una descarga al aire en honor del candidato, que era su hijo. Los caballos se alborotaron y el candidato por poco se sale por el pescuezo de su cabalgadura. Don Jesús Terrazas, que siempre traía dentro por lo menos media estocada de puritita caña huasteca, metió espuelas a su caballo, que era negro y se llamaba el Mono, lo echó encima del jefe político, lo

rayó en las piedras de la plaza, a unos cuantos centímetros de él, y le dijo: "Mi coronel, sin novedad en el piquete", esto con su sable en la mano. Tío Rafael le contestó: "¡¡Carajo, por nada y me llevas de un caballazo, qué respeto me van a tener mis hombres con estas cosas!!", y se atusó la rubia y bien cuidada barba. Mi papá se rió y le dijo: "Cálmate, Rafael, todo entra en los honores que se le están rindiendo al candidato".

Al día siguiente hubo una reunión en el palacio, donde estaba instalada la jefatura política, que, por cierto, para ser de pueblo era muy bonita. La plaza de Tancanhuitz en aquel tiempo era bella, llena de laureles y todo el pueblo lleno de flores, pues precisamente en huasteco *Tan-Can-Huitz* quiere decir "lugar de flores". En esta reunión, vi a viejos contemporáneos de mi padre y muchos jóvenes contemporáneos de mis hermanos. Mi primo Manuel y yo concurrimos en calidad de mirones. Me explicaron que los señores ahí reunidos iban a ser el colegio electoral los cuales mandaban de los municipios, en donde los habían comisionado los ciudadanos para hacer la elección de diputados, y se llamaban electores. Así se hacía entonces, después ya vino el voto directo.

Empezó la reunión y comenzaron por nombrar a mi padre, don Pedro Antonio Santos, presidente del colegio electoral y a los secretarios, a un señor, Eleno Aguilar, de Xilitla y al otro, don Julián Alvarez, de Coxcatlán, que quiere decir "gargantilla de agua", por estar rodeado el pueblo de agua. Levantaron actas, las leyeron, presentaron una ánfora (una cajita de cedro como alcancía, cuadrada y con una ranura que me dijeron que así se llamaba), repartieron boletas con la fórmula del partido liberal progresista y al muchacho que andaba repartiéndolas, que era un mozo del palacio, Manuel y yo le pedimos una boleta cada uno. Mi padre echó una alocución y dijo que el voto era secreto y fueron pasando el ánfora por todo el lugar, como hacen los curas por toda la iglesia para recoger el óbolo. Al pasar frente a nosotros depositamos Manuel y yo nuestras boletas en favor del candidato. Para entonces, yo había cumplido quince años y mi voto lo di sin ánimo de violación, lo mismo que Manuel, que aunque ya era ciudadano no era elector, sólo por travesura. La cuestión es que en la euforia del triunfo nadie se fijó en que eran más votos que electores, y levantaron las actas. El otro candidato ni se presentó ni mandó representante, así pues, la elección fue unánime en favor de Rafael como propietario y de mi padre como suplente. Aquí no creo que haya habido nepotismo. A pesar de que los Santos estaban barajándose solos en la cuestión electoral, y aunque Rafael no tenía ningún mérito revolucionario ni era maderista, pues había ocupado un puesto de juez durante el porfirismo. Entre los nuestros había muy pocos letrados, y lo nombraron diputado por Santos y por abogado; error muy grave, porque cuando Madero y Pino Suárez fueron asesinados, la actitud de Rafael en el Congreso del estado fue un poco menos que pasiva; tolerante con el cuartelazo, si-

guió disfrutando de su curul hasta que el huertismo lo corrió a su casa lo mismo que al doctor Cepeda, gobernador que traicionó a la Revolución, quien reconoció a Victoriano Huerta.

Terminada la elección del colegio electoral pedí permiso a mi padre para irme a bañar a la poza El Copal, en Tampamolón, que está en las afueras del pueblo. Obtuve la autorización a condición de que saliera a las cinco de la mañana, pues a las cinco de la tarde a más tardar íbamos a regresar a Valles, para tomar el tren hacia San Luis Potosí. De Tampamolón a Tancanhuitz (ahora Ciudad Santos en honor de Pedro Antonio), se hacía entonces, en buenos caballos, cuando menos cinco horas para el recorrido de cinco leguas, pues la sierra era muy dura, la vereda muy estrecha y todo era al borde de precipicios y voladeros hasta llegar a las goteras de Tampamolón, donde empieza el lomerío suave. Antes de las cinco emprendí la marcha para irme a zambullir a la profunda y deliciosa poza de agua fría que, repito, se llama El Copal, en las afueras del pueblo. Me acompañó, además de un asistente, mi primo Anselmo Santos, hombre muy trabajador desde chico y pacífico. Llevábamos muy buen itacate de gallinas, carne seca y enchiladas vaqueras para comer todo el día. Llegando a El Copal, el asistente se llevó los caballos al pueblo para darles un pienso y maíz antes de nuestro regreso, y también con el fin de que me dejara solo con mi primo para que éste me platicara todos los chismes del rumbo. Después de haber echado muchos clavados desde arriba de un enorme y corpulento sabino que entonces había en la orilla de esa poza, salimos en "traje de Adán" a descansar un rato y a calentar el desayuno. En esas estábamos cuando me dijo mi primo Anselmo: "Ahí viene Evodio Castro (hijo de Ranulfo Castro El Moco, cacique porfirista de Tampamolón, derrocado en la Revolución). Lo dejé llegar, pero luego que nos vio, más bien, luego que me vio se paró en seco, yo me puse de pie con mi elegante traje paradisiaco por adorno, y le dije: "Los porfiristas se van a bañar en casa de su chingadísima madre, pero no donde nos bañamos los maderistas, pues has de saber que yo soy como los ladrones, no me junto con cabrones". "Eso que estás diciendo tú lo serás", me contestó, y metió la mano al pantalón para sacar la navaja; yo reaccioné inmediatamente y agarré la pistola (ya para esas fechas una 44-40 de balas expansivas que mi padre me había prestado para la expedición, pues aún no me la quería regalar porque decía que era demasiado grande y pesada para mí). Rápido como el viento tiré del gatillo del carramplón tres plomazos, el muchacho cayó como herido por un rayo, yo le dije a Anselmo: "Este cabrón no vuelve a comer tortilla", le estaba sacando los tres casquillos quemados al cilindro de la pistola cuando el tal Evodio, al que en la escuela le decíamos el Zocohuite, por cabezón, se paró y no digo corrió, sino voló, más aprisa que un tulinche. ¡No le di ni siquiera un rozón!

Antes de las cinco de la tarde estaba de regreso en Tancanhuitz y me callé el incidente. Una vez obtenida la credencial, el candidato, Rafael Santos, y nosotros regresamos a San Luis, donde mi papá y Rafael le rindieron parte a Pedro Antonio del resultado. La credencial de Rafael se puso a discusión en el Congreso local. Como, en aquel tiempo, los que resolvían los casos electorales eran los de la Comisión Permanente del Congreso anterior, y éstos eran porfiristas, fue objetada pues alegaban que había habido fraude en la elección ya que había dos votos más de los que correspondían al número de los electores. El licenciado Margáin, quien era diputado porfirista, pero que se había colado con Pedro Antonio y había salido reelecto apoyado por él, defendió el caso diciendo que eso no tenía importancia, que en los pueblos son muy noveleros y quizá algunos bobos se habían colado de intrusos depositando algunas boletas que seguramente agarraron en algún descuido del colegio electoral. Luego de este incidente fue aprobada la credencial, pero Pedro Antonio y toda la plana mayor revolucionaria supieron lo que había sucedido y celebraron mucho el caso diciéndole a Rafael que yo estuve a punto de derrotarlo más que su contrincante, el licenciado Blas Rodríguez. Pero no pararon ahí las consecuencias que para mí tuvo esa expedición. Ranulfo Castro se trasladó a San Luis, pero antes le puso a mi hermano Samuel un telegrama, diciéndole que para tratarle un asunto grave y urgente emprendía el viaje a fin de entrevistarse con él. Llegó el Moco Castro a San Luis y habló con mi hermano Samuel, contándole a su modo lo de los balazos a su hijo Evodio. Samuel se encerró conmigo, me empezó a maltratar en forma bien fea, diciéndome que ellos habían perdonado a los enemigos, les habían dado toda clase de garantías y que era inconcebible que el más chico de todos cometiera actos que él no vacilaba en llamar de bandidaje. Yo le contesté a Samuel también en forma airada (pues no le respetaba como a Pedro Antonio) y llegó la discusión a acalorarse tanto que le dije: "Yo no dependo de ti, ni quiero que te vuelvas a meter conmigo para nada, yo sólo dependo de Pedro Antonio. Tú ni me sostienes, ni me haces caso, ni nada que me obligue a obedecerte. Yo quería matar a este cabrón, y cuantas veces me encuentre un cabrón de estos en caminos y veredas, les cobraré todo el trato que me dieron en el tiempo de los martellistas y porfiristas". Samuel me dijo que en lo sucesivo sólo nos dijéramos "buenos días", "buenas tardes" y "buenas noches". Así quedaron las cosas. No sé si le contó a Pedro Antonio o no, pues él nunca me dijo nada en relación con este asunto y si mi papá lo supo, también se hizo disimulado, sólo que después de esta plática con Samuel me recogió el carramplón, pero me quedé con una 32 *Smith & Wesson* con cachas de concha muy bonita, muy portable en la ciudad, la que me encajaba cada vez que iba a la plaza de gallos.

En la raya. . . 1913-1922

En los últimos días de noviembre de 1912, terminé mi instrucción primaria en el Instituto Morelos que, como anteriormente dije, dirigía el ingeniero don Santos Hernández Guevara y, a la vez, terminé el curso especial que se requería como preparación para ingresar como alumno del Colegio Militar de Chapultepec. Esta clase me la daba el profesor Simón Rodríguez, maestro de sexto año. Este Simón era un indio de Santa María del Río. Liberal, jacobino, muy influido por la Revolución Francesa, maderista de hueso colorado y gran admirador de Pedro Antonio. Más que mi maestro, fue mi amigo; me enseñó con mucho empeño y logró prepararme muy bien en todo lo que necesitaba para mi ingreso en el Colegio Militar de Chapultepec, pero le fallé en álgebra. Simón, como mi amigo, ibamos juntos al burdel de la calle de la Loza, que regenteaba una mujer joven que se llamaba Esther. A esa casa acompañaba también a Acosta, Terrazas, Braulio y Mencho.

En los primeros días de diciembre de ese año de 1912, Pedro Antonio me llevó a México en un carro pullman. Ahí traté personalmente a un viejo muy simpático que ya conocía de vista, pues vivía muy cerca de la casa de nosotros, en la calle de Fuente. Se llamaba este señor el licenciado don Antonio Villalobos, abuelo de la que después fue notable artista de cine, la mexicana Lupe Vélez, quien realmente se llamaba Guadalupe Villalobos.

Ya en México, instalados en el Paseo de la Reforma número 77, un edificio de apartamentos de la señora doña Adelita Gutiérrez viuda de Carrillo, suegra del capitán Jacinto Blas Treviño, en donde Pedro Antonio tenía su departamento, me puso como profesores para los últimos tiempos de mi admisión al Colegio Militar a los capitanes Gustavo Garmendia y Luis Margáin, ambos diputados al Congreso de la Unión del Bloque Renovador, del cual eran líderes los diputados don Gustavo Madero, licenciado Luis Cabrera y Pedro Antonio Santos. Estos oficiales pertenecían al Estado Mayor del presidente Madero, y además eran ingenieros militares. Garmendia era un hombrazo, maestro de armas que dejó escrito su nombre en la historia, después, cuando el atentado

al presidente y vicepresidente de la República, Madero y Pino Suárez, como el prototipo del soldado leal.

Dos o tres días después de nuestra llegada a México me llevó Pedro Antonio al Castillo de Chapultepec y entramos por el elevador que perfora el cerro. Excuso decir que yo no conocía Chapultepec, pues era la primera vez que iba a conocer la capital de la República, aunque cualquier niño sabe lo que significa históricamente Chapultepec. Entró Pedro Antonio en el despacho del señor Sánchez Azcona, que era secretario particular del señor Madero, y después de media hora salió por la puerta del despacho del presidente de la República a la sala donde yo estaba, y me hizo pasar. Como ya dije antes, el señor Madero me conocía desde su visita a San Luis Potosí, al verme me tendió la mano y me dijo que estaba yo obligado a ser un ingeniero militar que honrara a la patria, pues contaba con todo su apoyo y su simpatía. Yo me cuadré ante el señor Madero más o menos a la revolucionaria, y le contesté sin que se me trabara la lengua: "Pondré todo mi esfuerzo, señor presidente, en honrar su recomendación y en honrar a mi hermano Pedro Antonio". Pedro Antonio dijo: "Y en honrar a la Revolución y en honrarte a ti mismo". Después de esto me salí y Pedro Antonio se quedó hablando con Madero. Al salir subimos al automóvil de Pedro Antonio, y me fue a dejar a Reforma 77. Empezaron las clases, Garmendia en la mañana y Margáin en la tarde, a todo vapor. El general Beltrán era director del Colegio. Me sometieron a examen tres profesores, uno de ellos de apellido Cicero, civil y fue el único que me trató bien; los otros dos, militares, me trataron con dureza desde el principio. Uno de ellos le dijo al otro: "Este es uno de los futuros Napoleones que manda aquí Madero". Yo no contesté nada, aunque me dio rabia la alusión.

El dictamen que rindieron del examen a que me sometieron fue aprobatorio en todo, con sobresalientes en geografía y en historia, pero reprobado en una sola materia, en álgebra. Sometido este dictamen al general Beltrán, quien por cierto me trató muy bien, acordaron los profesores y Beltrán que se me daría un mes de gracia, para que me preparara bien en álgebra y presentara examen el diez de febrero. Una vez que Pedro Antonio conoció el resultado, me dijo: "No te desanimes, Huajutz, estos federales te la están poniendo difícil porque eres de origen revolucionario y maderista, pero mañana mismo te vas para San Luis con el licenciado Villalobos, que regresa, y llevas una carta a don Santos para que personalmente te afile. El nueve de febrero en la noche tomas el pullman en San Luis; yo te espero en la estación y nos vamos directos al Colegio Militar a que presentes el examen de álgebra y estoy seguro de que te lo vas a echar. Ya viste que en los demás ya saliste aprobado". Así fue. Regresé a San Luis Potosí. Don Santos me animó y me dijo: "El álgebra y los números nunca serán tu fuerte, pero

esto hay que pasarlo por amor propio, y porque la patria un día te va a necesitar".

Dominé el cuestionario, estaba completamente listo para salir el día nueve en la noche ya con los boletos del ferrocarril apartados, cuando ese mismo día nueve, muy de mañana, supimos por una extra, que había estallado el cuartelazo de la Ciudadela de Félix Díaz y Mondragón, el ataque a Palacio y la muerte de Reyes. Entonces, como a las once, se recibió un telegrama de Pedro Antonio, diciendo que suspendiera mi viaje; con aquello no habría exámenes ni habría nada. La historia iba a cambiar, y yo permanecí en San Luis Potosí, esperando órdenes de Pedro Antonio.

Lo demás ya se sabe, Huerta traicionó a las Instituciones y al señor Madero, puso presos al presidente y vicepresidente de la República, los asesinó, y yo no fui al Colegio Militar. Mis hermanos Pedro Antonio y Samuel se fueron a la Revolución, primero Pedro Antonio y Samuel a los pocos días para no llamar la atención, pues ambos eran diputados al Congreso de la Unión y Pedro Antonio muy significado. Se fueron vía Veracruz, La Habana, Florida, Piedras Negras en donde conferenciaron con el señor Carranza; después a Reynosa, Tamaulipas, en donde se incorporaron a Lucio Blanco.

Como en el mes de marzo, llegó a San Luis Potosí el diputado Enrique Bordes Mangel, como con veinticinco o treinta ejemplares del Plan de Guadalupe. A Bordes yo no lo conocía personalmente, aunque sí de vista, pues había asistido a las galerías de la Cámara de Diputados en dos o tres ocasiones, cuando mis hermanos pertenecían al Bloque Renovador y Alfredo M. Terrazas, quien me acompañaba a las galerías, me señaló a los más destacados diputados maderistas: licenciado Luis Cabrera, don Gustavo Madero, a quien yo ya conocía, Palavicini, licenciado Luis Manuel Rojas, Enrique Bordes Mangel, etcétera, y todas las figuras se me quedaron muy bien grabadas.

Bordes Mangel habló largamente con mi padre y conmigo esa misma noche en San Luis Potosí, y anduvimos repartiendo los ejemplares del Plan de Guadalupe. Primero que a nadie al coronel Pedro Montoya (maderista), otro le llevamos al coronel José Ignacio Azcárate (reyista colado al maderismo) que nos recibió muy frío y nos dijo que él no era personalista, que era gobiernista, otro le llevamos a un jefe político de Salinas, San Luis Potosí, Alejandro Salas (hechura de mi papá), quien nos dijo que muerto Madero todo compromiso de él había terminado. Montoya no, Montoya muy hombre, muy entero.

Primer levantamiento que me falló

A los pocos días, don Pedro Montoya, que había adquirido una terrible

enfermedad en la vista, empezó a tener entrevistas con mi papá todas las noches. Entre él y mi padre reunieron unas diecisiete armas, entre ellas una tercerola de 8 milímetros, austriaca, que don Gustavo Madero le había regalado a mi hermano Pedro Antonio. A fines de marzo, sin que yo recuerde qué día, don Pedro Montoya nos citó a todos en un corral en el cercano pueblo a la ciudad de San Luis, que se llama Soledad Díez Gutiérrez (antes Soledad de los Ranchos). Mi papá entendió que yo sólo era ayudador a la expedición de don Pedro, pero éste y yo estábamos de acuerdo en que sin previo aviso a mi papá me iba a ir con él y con un teniente rural maderista de nombre Otoniel Oyarvide (nativo de Tampamolón, en la Huasteca), que iba como segundo de Pedro Montoya. Es seguro que este hombre hubiera hecho una gran carrera si no lo hubieran matado, pues era muy valiente, muy simpático, muy buen tipo y muy vivo. Siendo yo gobernador del estado, le puse su nombre a un poblado perteneciente a Ciudad Santos, y en el lugar donde nos reunimos con él para irnos a la Revolución, hice una escuela con el nombre de Montoya y al pueblo y municipio que antes se llamaban Lagunillas le puse el de Pedro Montoya.

Acudieron diecisiete hombres a la cita (don Pedro y los otros dieciséis), puntualmente entre siete y nueve de la noche, todos armados. Yo me había puesto unas botas federicas de Pedro Antonio que me quedaban a la perfección y llevaba una 30-30 ochavada. En mi casa notaron mi desaparición. Mi papá no dijo que me fuera ni que no me fuera, seguramente iba a hacerse disimulado, pero mi tío Rafael Santos y mi hermano Miguel fueron con el chisme y cuando ya estábamos al pie de los caballos para montar al día siguiente a las cinco de la mañana y listos para salir, llegaron mi tío Rafael y mi hermano Miguel y esto fue discutir y discutir conmigo, con don Pedro y con Otoniel, pues ellos sostenían que yo era un hombre hecho y derecho, cabal y que si ya había entrado en la revolución de más chico, con mayor razón ahora que tenía dieciséis años; pero mi tío Rafael materialmente me agarró del brazo y mi hermano Miguel agarró las riendas del caballo y le dijeron a don Pedro que él sería responsable de lo que pudiera pasarme y él les contestó que se hacía responsable hasta de la guerra de Texas, pero que no nos entretuvieran porque iba a aclarar el día y los rurales se iban a dar cuenta y nos iban a atacar. Por fin emprendieron camino; don Pedro volteó y me dijo: "Haz lo que quieras, Gonzalo". Yo, encorajinado, le falté al respeto a mi tío y a mi hermano, ni se diga, le dije hasta la despedida: "Coyón, seminarista, mocho, tal por cual. . ." y a mi tío le dije: "Jefe político porfirista, enemigo de la Revolución, reaccionario, etcétera". Pero mientras ellos salieron del corral, a mí ya me habían bajado del caballo, que por cierto se lo devolvieron a la dueña, señora Margarita Chavarri viuda de Salas, a quien yo se lo había pedido prestado para pasear y ella ingenuamente me lo había prestado con todo y silla.

Encorajinado primero y avergonzado después, volví a mi casa escoltado por Miguel y tío Rafael; mi papá no dijo nada. La primer jornada llegó a la hora de la comida a la hacienda de Santa Catarina, municipio de Río Verde y propiedad del reaccionario Arturo Martí. Esta hacienda tenía teléfono a la ciudad de San Luis Potosí y el administrador, un tal Pérez, padre de uno que después fue gobernador de San Luis Potosí, general Reynaldo Pérez Gallardo, le dio aviso telefónico a Martí de que había llegado don Pedro Montoya con dieciséis hombres más levantados en armas. Martí le dijo que los invitara a comer y los entretuviera en alguna forma y que llamara al comandante de los rurales en Cerritos, un tal Zúñiga que estaba por ahí cerca con cincuenta hombres, que hiciera lo posible porque ninguno saliera vivo. El tal Pérez desempeñó más que bien su papel de Judas Iscariote. Le dijo a don Pedro que esperara porque había mandado traer mil pesos a Río Verde para ayudar a la causa, así como veinticinco armas; que iba a mandar llamar a un buen número de hombres que quisieran incorporarse y también le iba a dar unos caballos magníficos; además, que ahí le iba a entregar diez vaqueros que iban a salir ya incorporados a él.

"Durmió" a don Pedro tan bien este canalla inspirado y dirigido por su patrón, que tanto don Pedro como sus dieciséis compañeros dejaron sus armas en el momento en que les servían la comida y estaban comiendo cuando llegó Zúñiga con sus cincuenta rurales a la hacienda y sin disparar ni un tiro los hicieron a todos prisioneros y a todos los asesinaron.

Era tal mi rabia revolucionaria que ni este acontecimiento, que me hubiera costado la vida, me hizo declarar mi agradecimiento ni a mi hermano Miguel ni a mi tío Rafael.

La segunda intentona

El día 31 de julio de ese mismo año llegó la noticia a San Luis Potosí de que mi hermano Pedro Antonio, después de haber sostenido varios y cruentos combates con las fuerzas federales de Huerta, se había extraviado, había sido hecho prisionero y fusilado en el pueblo de Tampamolón. La captura de Pedro Antonio se debió a la traición y delación de un antiguo martellista, ya antes mencionado, Ranulfo Castro, El Moco, que había vuelto a ser autoridad en Tampamolón con Huerta, después del derrocamiento del señor Madero (el muy perdonado por Samuel). Entonces, lleno de rabia, coraje, rencor y deseos de venganza, resolví salir por tren a incorporarme al primer revolucionario que encontrara, siempre con rumbo hacia la Huasteca potosina. Tomé pasaje en segunda clase de ferrocarril que me costó cinco pesos en San Luis Potosí a lo que entonces se llamaba Villa Guerrero (hoy Tamuín).

enfermedad en la vista, empezó a tener entrevistas con mi papá todas las noches. Entre él y mi padre reunieron unas diecisiete armas, entre ellas una tercerola de 8 milímetros, austriaca, que don Gustavo Madero le había regalado a mi hermano Pedro Antonio. A fines de marzo, sin que yo recuerde qué día, don Pedro Montoya nos citó a todos en un corral en el cercano pueblo a la ciudad de San Luis, que se llama Soledad Díez Gutiérrez (antes Soledad de los Ranchos). Mi papá entendió que yo sólo era ayudador a la expedición de don Pedro, pero éste y yo estábamos de acuerdo en que sin previo aviso a mi papá me iba a ir con él y con un teniente rural maderista de nombre Otoniel Oyarvide (nativo de Tampamolón, en la Huasteca), que iba como segundo de Pedro Montoya. Es seguro que este hombre hubiera hecho una gran carrera si no lo hubieran matado, pues era muy valiente, muy simpático, muy buen tipo y muy vivo. Siendo yo gobernador del estado, le puse su nombre a un poblado perteneciente a Ciudad Santos, y en el lugar donde nos reunimos con él para irnos a la Revolución, hice una escuela con el nombre de Montoya y al pueblo y municipio que antes se llamaban Lagunillas le puse el de Pedro Montoya.

Acudieron diecisiete hombres a la cita (don Pedro y los otros dieciséis), puntualmente entre siete y nueve de la noche, todos armados. Yo me había puesto unas botas federicas de Pedro Antonio que me quedaban a la perfección y llevaba una 30-30 ochavada. En mi casa notaron mi desaparición. Mi papá no dijo que me fuera ni que no me fuera, seguramente iba a hacerse disimulado, pero mi tío Rafael Santos y mi hermano Miguel fueron con el chisme y cuando ya estábamos al pie de los caballos para montar al día siguiente a las cinco de la mañana y listos para salir, llegaron mi tío Rafael y mi hermano Miguel y esto fue discutir y discutir conmigo, con don Pedro y con Otoniel, pues ellos sostenían que yo era un hombre hecho y derecho, cabal y que si ya había entrado en la revolución de más chico, con mayor razón ahora que tenía dieciséis años; pero mi tío Rafael materialmente me agarró del brazo y mi hermano Miguel agarró las riendas del caballo y le dijeron a don Pedro que él sería responsable de lo que pudiera pasarme y él les contestó que se hacía responsable hasta de la guerra de Texas, pero que no nos entretuvieran porque iba a aclarar el día y los rurales se iban a dar cuenta y nos iban a atacar. Por fin emprendieron camino; don Pedro volteó y me dijo: "Haz lo que quieras, Gonzalo". Yo, encorajinado, le falté al respeto a mi tío y a mi hermano, ni se diga, le dije hasta la despedida: "Coyón, seminarista, mocho, tal por cual. . ." y a mi tío le dije: "Jefe político porfirista, enemigo de la Revolución, reaccionario, etcétera". Pero mientras ellos salieron del corral, a mí ya me habían bajado del caballo, que por cierto se lo devolvieron a la dueña, señora Margarita Chavarri viuda de Salas, a quien yo se lo había pedido prestado para pasear y ella ingenuamente me lo había prestado con todo y silla.

Encorajinado primero y avergonzado después, volví a mi casa escoltado por Miguel y tío Rafael; mi papá no dijo nada. La primer jornada llegó a la hora de la comida a la hacienda de Santa Catarina, municipio de Río Verde y propiedad del reaccionario Arturo Martí. Esta hacienda tenía teléfono a la ciudad de San Luis Potosí y el administrador, un tal Pérez, padre de uno que después fue gobernador de San Luis Potosí, general Reynaldo Pérez Gallardo, le dio aviso telefónico a Martí de que había llegado don Pedro Montoya con dieciséis hombres más levantados en armas. Martí le dijo que los invitara a comer y los entretuviera en alguna forma y que llamara al comandante de los rurales en Cerritos, un tal Zúñiga que estaba por ahí cerca con cincuenta hombres, que hiciera lo posible porque ninguno saliera vivo. El tal Pérez desempeñó más que bien su papel de Judas Iscariote. Le dijo a don Pedro que esperara porque había mandado traer mil pesos a Río Verde para ayudar a la causa, así como veinticinco armas; que iba a mandar llamar a un buen número de hombres que quisieran incorporarse y también le iba a dar unos caballos magníficos; además, que ahí le iba a entregar diez vaqueros que iban a salir ya incorporados a él.

"Durmió" a don Pedro tan bien este canalla inspirado y dirigido por su patrón, que tanto don Pedro como sus dieciséis compañeros dejaron sus armas en el momento en que les servían la comida y estaban comiendo cuando llegó Zúñiga con sus cincuenta rurales a la hacienda y sin disparar ni un tiro los hicieron a todos prisioneros y a todos los asesinaron.

Era tal mi rabia revolucionaria que ni este acontecimiento, que me hubiera costado la vida, me hizo declarar mi agradecimiento ni a mi hermano Miguel ni a mi tío Rafael.

La segunda intentona

El día 31 de julio de ese mismo año llegó la noticia a San Luis Potosí de que mi hermano Pedro Antonio, después de haber sostenido varios y cruentos combates con las fuerzas federales de Huerta, se había extraviado, había sido hecho prisionero y fusilado en el pueblo de Tampamolón. La captura de Pedro Antonio se debió a la traición y delación de un antiguo martellista, ya antes mencionado, Ranulfo Castro, El Moco, que había vuelto a ser autoridad en Tampamolón con Huerta, después del derrocamiento del señor Madero (el muy perdonado por Samuel). Entonces, lleno de rabia, coraje, rencor y deseos de venganza, resolví salir por tren a incorporarme al primer revolucionario que encontrara, siempre con rumbo hacia la Huasteca potosina. Tomé pasaje en segunda clase de ferrocarril que me costó cinco pesos en San Luis Potosí a lo que entonces se llamaba Villa Guerrero (hoy Tamuín).

En el camino, ya casi para llegar a la estación de Tablas, el tren de pasajeros se detuvo porque según se dijo estaba ardiendo una alcantarilla en la vía. Bajó la escolta que era como de cien hombres, federales del 20 batallón, al mando del capitán Balboa. Al poco rato oímos un ligero tiroteo. Era gente revolucionaria de Magdaleno Cedillo, pero a los primeros tiros se dieron a la fuga. Como los federales no cogieron a ninguno de ellos porque todos corrieron inmediatamente, cuando llegamos a Tablas cercaron a todos los hombres, chicos y grandes, que andaban en la estación: dulceros, taqueros, etcétera, y los metieron al carro de la escolta y se los llevaron de leva a servir a las filas de Huerta. Recuerdo que una mujer lloraba y se abrazaba a las piernas de Balboa diciendo: "Deje a mi hijo, por el señor del Saucito" y Balboa le respondió con despótica arrogancia: "Yo no soy el señor del Saucito, soy capitán primero del 20 brillador". Este Balboa fue fusilado, siendo general, por el general revolucionario Vicente Salazar en 1915.

Para salir de San Luis a la Revolución, había yo empeñado mi reloj y mi abrigo, que entonces se le llamaba sobretodo. De ambas prendas reuní cuarenta pesos y, como dije, llevaba cinco gastados en el pasaje. Venían en el tren dos muchachas, una que se llamaba Juanita Ponce, hermana de dos revolucionarios que andaban con mi primo Mencho, un profesor llamado Fulgencio Zúñiga y otra muchacha cuyo nombre no recuerdo, pero que se apellidaba Rivera de San Vicente. Los tres sabían a qué iba yo y los tres me iban ayudando a pasarme como hermano de Juanita Ponce, por si se ofrecía aclarar.

Después de dos o tres interrupciones más, el tren llegó a la estación Rodríguez (así se llamaba entonces la actual estación Tamuín). Ahí bajamos y tomamos un trenecito muy bonito que parecía de miniatura, que quemaba leña. Llegamos a Villa Guerrero (ahora Tamuín), a la casa del señor Celso Robledo, amigo de mi padre y quien desde luego sabía quién era yo y a lo que iba. El me orientó. Me dijo que podía conseguir caballo rentado con el señor Marciano Cequera, pero que no fuera a decir quién era yo ni a dónde iba ni a lo que iba, porque no me rentaría nada por temor a comprometerse. Como llegamos de mañana a lo que ahora es el pueblo de Tamuín, después de un magnífico desayuno huasteco, pues en todo el camino no habíamos comido nada, me trasladé a ver al señor Cequera y le dije que quería ir al ingenio de Ganal a donde iba a empezar a trabajar, pero que como no tenía en qué ir, le suplicaba que me rentara un caballo. En aquel tiempo todavía no había tanta desconfianza como ahora y el bueno de don Marciano se creyó y me dijo: "le cuesta a usted tres pesos el alquiler del caballo si me lo manda usted de allá con alguno que venga a la plaza, y si le mando un mozo con usted para que lo regrese, le cuesta cinco pesos". Yo no quería compañero ni iba a Ganal sino para San Vicente y le dije que yo se lo regresaría con alguno que viniera a la plaza. Me dijo que los tres

pesos debería dárselos por adelantado lo que verifiqué inmediatamente. Quise salir ese mismo día pero me dijo que no podía darme ningún caballo sino hasta el otro día, porque muchos de ellos estaban rentados y los pocos que había estaban muy cansados. Aunque no quería, tuve que aceptar.

En la noche salí a dar una vuelta por la plaza del pueblo, que entonces no conocía, acompañado de las muchachas de San Vicente. La plaza estaba sin luz, pero estaba claro todavía pues era, como decimos los huastecos, "entre oscuro y claro" y no había dado la vuelta completa cuando se paró en seco un joven como de unos veintidós años que venía acompañado de un oficial federal, espada al cinto e insignias de subteniente. El civil se paró frente a mí y me dijo: "Tú eres Gonzalo Santos". Yo, luego que lo vi, después de la sorpresa lo reconocí, era Joel Salvador, hijo de don Rómulo Salvador, presidente municipal del pueblo y cacique vitalicio, al menos durante el tiempo en que había sido presidente el señor Madero ya que fue de los caídos. Entonces vi que era inútil negar quién era yo y le dije: "Sí, yo soy Gonzalo Santos". El tal Joel Salvador me conocía bien pues era estudiante de leyes en la ciudad de San Luis Potosí y los huastecos allá en el país de las tunas, siempre se ven con frecuencia. Me presentó al oficial y dijo: "El subteniente Lemus, jefe de la guarnición de la plaza". Me tendió su mano y yo le di mi nombre y me dijo Salvador con toda mala intención: "¿Qué andas haciendo por aquí, a dónde vas?"; y le contesté: "Pues como los ranchos andan ahora tan mal, me salió un empleo en Ganal y tengo que ir a trabajar". Salvador volvió a decirme: "No, tú no vas a trabajar, tú vas a la Revolución". Yo le contesté: "Si fuera a la Revolución no vendría por aquí ni me andaría paseando por la plaza". No insistió y me dijo: "¿Por qué dejaste los estudios?" "Ya te dije —le contesté— que tengo necesidad de trabajar". El Oficial no dijo ni una palabra, me despedí de Salvador y también del subteniente. "A sus órdenes" —me dijo— "y yo a las de usted, señor" —le contesté. Las muchachas dijeron cuando no habíamos caminado tres pasos: "Maldito hijo de perra, este cabrón quería que de ahí mismo te llevaran, vámonos pasando el río". Yo les dije: "No, yo no puedo pasarme el río esta noche porque no tengo caballo y nos pueden alcanzar los federales". Juanita me contestó: "Pero si los federales no pasan el río por miedo a las balas de los revolucionarios que andan del otro lado". Yo le dije: "De todas maneras, yo soy gente de a caballo y a pie no me siento seguro, me voy a dormir a la orilla del río y ustedes llegan ahí al embarcadero en la boca del estero (durante el día habíamos paseado por la orilla del río y ya sabía por dónde teníamos que salir); ahí en el embarcadero las espero a las cinco de la mañana, vámonos de una vez y ahí nos vemos a las cinco" (ellas también iban para San Vicente).

Antes de las cinco de la mañana estaba yo en casa del señor Ce-

quera, quien me dio un caballo bastante regular con una buena silla. Lo monté y me fui al embarcadero. Ahí estaban las dos muchachas, Juanita Ponce y la Rivera; desensillé rápido, eché la silla y los demás "avíos" de la cabalgadura al bote, jalé el caballo, que por cierto era tordillo (color que no era de mi agrado porque reza el refrán ranchero, "a los caballos tordillos y a los pendejos se les conoce desde lejos"), y cuando ya nos estábamos subiendo las muchachas y yo al cayuco, jalando el caballo del mecate, llegó un hijo de Cequera a decirme que ahí me mandaba su papá los tres pesos y que el caballo no me lo podía alquilar porque yo no iba para Ganal y porque yo no era el nombre que le había dado, que yo era Gonzalo Santos y que iba para la Revolución. Como no traía ningún arma no podía obligar al del bote a remar ni al muchacho a retirarse por lo que tuve que tirar freno y silla a la orilla.

"Este fue el hijo de puta de Joel —les dije a las muchachas—, un día me la va a pagar" y se arrancó el bote. Llegamos a la otra orilla. Ahí estaba un caballo flaco que habían mandado para Juanita Ponce y en el que ella de antemano había invitado a su amiga para que se enancara. Montó Juanita en su caballo flaco y ya iba a caminar cuando llegó un pelotón de tres soldados federales a la orilla que acabábamos de abandonar. Uno de ellos, que tal vez era cabo o sargento, levantó la mano gritando: "¿Quién va ahí?". Las dos muchachas, muy mujeres, Juanita primero se bajó del caballo flaco, lo jaló del mecate y me cubrió el cuerpo y la otra hizo lo mismo. Volvieron a gritar "¡alto!", y las dos muchachas me dijeron: "Vámonos corriendo los tres", pero qué habíamos de poder correr en el arenal jalando aquella sardina. Así avanzamos por la playa de la Ceiba, que así se llama la que está frente al embarcadero de Tamuín. Los federales no tiraron seguramente por no matar a las mujeres, pues todavía no había la ferocidad que después se desató en la Revolución. Agarramos camino a San Vicente, yo a pie y las muchachas a caballo. Las muchachas bajaron un rato del caballo para que yo lo montara, pero estaba tan flaco y tan cansado que preferí volverme a bajar y seguir a pie. Esto sucedió el cinco de agosto de 1913 y por lo tanto en plena canícula, terribles soles, charcos y lodo por donde quiera así como nubes de zancudos y allá voy yo de catrín.

Como a los veinticinco kilómetros de andar a pata y además al paso lento que llevaba el caballo flaco de las muchachas, de entre el monte salió como exhalación un grupo de siete jinetes arma en mano y gritando: "¡Arriba las manos!" Yo no levanté nada de manos pues comprendí que eran revolucionarios. Me dije: "Aquí me entiendo con estos luego luego".

Juanita le gritó: "es Santos, de los meros revolucionarios". Uno de ellos se adelantó y me preguntó: "¿Quién es usted?" "Yo soy Gonzalo Santos que vengo a la Revolución, hermano de Pedro Antonio y de Samuel". Entonces él me dijo: "Mi general Pedro Antonio ha sido hecho

prisionero y fusilado". Yo le contesté: "Ya lo sé y quiero vengar su muerte". El me dijo: "Aquí anda por los pueblos y montes el mayor Mencho Santos, que nos persigue". Todo descontrolado le dije yo: "¿Por qué los persigue si ustedes también son revolucionarios?" "Dizque porque somos bandidos". Entonces le dije yo: "Pues bandidos o no bandidos yo me voy con ustedes". El me explicó que era de los de don José Rodríguez Cavo, un rico revolucionario de la región cuya partida revolucionaria se había convertido en pequeñas partidas, que les decían (y que lo eran) bandidos sin control, que se habían dispersado por que Rodríguez Cavo era muy duro con la gente, pero que él quería arreglarse con Mencho. Yo le dije: "Eso es lo más fácil, déjamelo a mí; nada más dame un caballo y un arma". Entonces me dio una carabina 44 chapas amarillas del tiempo tuxtepecano y tres cartuchos, bajó a uno de sus hombres y me regaló un caballo bastante regular. Me despedí de las muchachas, encargándoles que si ellas tenían oportunidad de avisar a Mencho, le dijeran todo lo ocurrido y yo los alcanzaría en algún lugar y me interné con mis nuevos compañeros en plena selva, cuesta arriba hacia la sierra de Cuayalab el viejo. En Cuayalab hasta la fecha viven puros indios huastecos. Había una placeta y arriba una casa de otates techada de palma y enjarrada de lodo con zacate. No tiene Cuayalab más que una sola entrada por el pueblo de San Vicente y una salida por el lado de San Nicolás. Estas entradas eran veredas casi inaccesibles y con cinco hombres bien armados se podía defender cualquiera de las dos posiciones contra mucha gente. Allá arriba Nicho Obregón, que así se llamaba el jefe de la partida, mandó llamar a los indios y les dijo que yo era Santos, hermano de Mencho, (pues los indios conocían a Mencho más que a todos los demás jefes) y también les pidió que me llevaran algo de comer. Los indios llevaron gallinas y tortillas. Ahí no se podía matar ninguna vaca pues todas eran de los indios y hubieran surgido dificultades si les hubieran hecho algún daño a sus propiedades. Pasamos ahí tres días y yo mandé un comisionado con ayuda de Nicho a buscar a Mencho, mi primo. Al fin me trajeron informes después de unos días. Que andaba por la Huasteca de Hidalgo y que estaban atacando Huejutla. Entonces Nicho Obregón me invitó a que atacáramos San Nicolás, congregación huertista que aunque no tenía soldados todos los condueños del poblado eran considerados, y con mucha razón, enemigos pues todos eran huertistas. El objeto era traer algo de ganado. Nos hicimos acompañar de unos cien indios con ondas, flechas y cuernos; nosotros éramos ocho "de razón" en total. El más bien armado era Nicho y dos de sus secuaces, que llevaban 30-30 y como unos veinte cartuchos por plaza. Los demás llevábamos carabinas 44 y fusiles *Remington* de 7 milímetros de un tiro, de las que habían usado hasta 1910 los rurales porfiristas.

Caímos de noche en San Nicolás, los indios pitando cuernos, tirando

flechas y piedras y nosotros disparando las armas a las casas de donde contestaron tres o cuatro tiros y huyeron todos los habitantes. Entramos a la ranchería, recogimos dos o tres pistolas que estaban por ahí en las casitas, arriamos unas quince o veinte vacas que había en el corral y le prendimos fuego a todas las casas. El primero en usar el cerillo fue Nicho, cuyo ejemplo inmediatamente seguí. Una vez quemada la ranchería regresamos a Cuayalab. Las vacas, como todas eran paridas, se las dimos a los indios con la condición de que nos dieran leche y de vez en cuando un becerro. Matamos una solamente para cecina con la que sobró para avituallar a "tan importante columna". Un día llegó un correo ya en la tarde con una carta de Mencho diciéndome que había llegado a San Vicente, que le dijera a Nicho Obregón que se presentara con él acompañándome, sin excusa ni pretexto, de lo contrario quedaría "fuera de la ley". Nicho primero tenía miedo, pero yo le dije: "No te voy a pagar mal la buena acción que hiciste conmigo de darme acogida en tus filas". El abigeo todavía con alguna desconfianza aceptó; para entonces ya lo dominaba yo completamente y esa misma noche salimos para San Vicente Tancuayalab (ya me había hecho cambiar la carabina 44 por una 30-30). Al llegar, después de pegarnos el "quién vive" y las identificaciones del caso, todos celebraron mi llegada pues eran muy raros los revolucionarios que andaban con Mencho que no me conocían, acaso algunos de Hidalgo y de Veracruz que no habían andado en el maderismo y algunos nuevos que no me conocían. Me llevaron con Mencho que estaba en el billar (en el tal billar estaba la "partida" y se jugaba en grande). Ahí Mencho me abrazó y me dijo: "Ya te estaba esperando, sabía que no habías de dilatar en venir". Ahí estaban Hilario Rivera, Macario y Benjamín Balderas, Simón Sánchez, Leopoldo Lárraga y muchos otros. Nicho estaba todo cohibido y cabizbajo, entonces Mencho le dijo: "Si tú te incorporas a nosotros y te portas como un revolucionario honrado y no como bandido, te nombro subteniente y quedas a las órdenes inmediatas de Gonzalo". Entonces Nicho contestó: "Yo prefiero retirarme a la vida de pacífico, lo que quiero es que usted me dé 'facilidades'". (Facilidades quería decir en ese entonces que él serviría para arrear ganado para los revolucionarios, tomaría vacas y novillos de los enemigos y a cambio de eso haría exploración y espionaje y daría alguna contribución voluntaria para la causa). Mencho le ofreció las "facilidades". Entonces él entregó a sus seis hombres, que quedaron incorporados y a mí me regaló su caballo, buen caballo y buena silla; después se quitó las espuelas y también me las dio. Yo le dije: "¿Cómo te quedas en esas condiciones, a pie y sin equipo?" Mencho me dijo: "No tengas cuidado, verás que para pasado mañana tiene todo mejor".

Después hablé con Mencho. Le dije que no creía justo que me diera ningún grado sin pelear, que eso no iba a caer bien entre los compañe-

ros, pues ellos se habían batido mucho y una cosa así no iba a gustarles aunque lo aparentaran. Me dijo Mencho: "Pues tienes razón, quedas como compañero". Y así anduve una temporada, haciendo a veces servicio de centinela como soldado raso, a veces como oficial mandando gente en las emboscadas y en la vanguardia y a veces como segundo de Mencho. Se me ha pasado decir que Chente Rivera no estaba allí cuando yo llegué porque fue a estar presente en la muerte y sepelio de su señora en el rancho de su propiedad, que hasta la fecha se llama El Naranjal. Después llegó Chente.

Otro asalto con fuegos artificiales

Un día estábamos en Tanquián Escobedo y acababa de regresar Chente Rivera de sepultar a su señora. Venía muy triste y le dije: "Primo, el mejor consuelo que te podemos dar es ir a atacar Tampamolón, pueblo donde asesinaron a nuestro jefe Pedro Antonio y donde se ha formado un cuerpo de huertistas voluntarios que debemos acabar". Chente volteó y me dijo: "Tienes mucha razón; vamos Mencho". Mencho dijo: "No se me había ocurrido esto antes porque ese cuerpo de voluntarios casi nunca está ahí y el chiste es agarrarlos en la ratonera y no ir a tomar el puro pueblo, pero precisamente acaba de llegar un correo de Martín Angel (jefe de los indios huastecos) en que me dice que acaba de llegar Gregorio Morán con setenta y cinco huertistas, de los cuales una parte son los de Tampamolón y otros los de Tancanhuitz". El tal Gregorio Morán era efectivamente el jefe de los voluntarios huertistas en aquel distrito. Mencho mandó llamar a Martín Angel, que se encontraba entre Santa Ana y la Loma Alta con mil indios, pero que más servían de estorbo en un movimiento rápido pues unos tenían hondas, otros flechas y otros carabinas "chachalaqueras" (de las que se cargaban por el cañón). Le dijo Mencho: "Escoge a los mejores flecheros y 'chachalaqueros' que no pasen de trescientos, te vas por entre el monte con ellos y te posesionas de la salida de Tampamolón, entre la laguna y el camposanto, y no tienes que hacer más que, a los que vayan corriendo, desde las emboscadas les avientan flechas y les disparan las 'chachalaqueras'; no quiero que salga ni uno vivo de Tampamolón".

Reunimos nuestra gente, que serían unos ciento cincuenta hombres, y avanzamos en la noche. De Tanquián a Tampamolón son cinco leguas. Llegamos sin ser sentidos hasta el Paso de los arrieros, que es la salida del pueblo de Tampamolón. Ahí todos muy conocedores del terreno nos abrimos en dos alas por los potreros. Mencho dispuso el ataque diciendo: "Fulano y perengano atacan por la casa de zutano, fulano por la casa de zutana, etcétera" sin faltar detalle, pues como ya dije todos eran originarios del lugar y hombres de campo, muy conocedo-

res, como Mencho, que también era nativo del pueblo. La señal del ataque era una hoguera que los indios prenderían en el cerro del Tiptzén, lugar en donde habían agarrado a Pedro Antonio un mes antes. Cuando todo estaba dispuesto, los alambres de los potreros cortados y llegada la hora señalada, que era las doce en punto de la noche, se prendió la hoguera y nos aventamos como avalancha. No íbamos a un combate, íbamos a una venganza. Como no quedaba ningún revolucionario en Tampamolón pues era un campo huertista, la consigna la dio Mencho: "A todo habitante macho de catorce años para arriba, sin siquiera preguntarle cómo se llama, le pegan dos balazos, no sea que el primero no lo vaya a matar: uno en la cabeza y el otro en el pecho".

Como dije antes, nos aventamos como tromba y les caímos de sorpresa. Los huertistas tenían la caballada desensillada y andaban dispersos pues de los setenta y cinco no menos de cincuenta eran nativos del pueblo y los otros de Tancanhuitz. Fue un combate con tiroteo cerrado desde la media noche hasta como la una y media o dos de la mañana en que entramos Mencho, Chente y yo a caballo a la casa consistorial (presidencia municipal) y donde saqué un cerillo y le prendí lumbre a aquella casa y como nos diéramos cuenta de que nuestras casas habían sido quemadas por los huertistas, prendimos fuego a todo el pueblo, habiéndose salvado únicamente la iglesia y el curato a petición de los indios, que no quisieron que se quemara; además la iglesia era de piedra y el techo de lámina y sólo hubieran ardido mis tocayos los santos, aunque se salvaron por las creencias religiosas de los indios (lo que no obstó para que los arrancáramos de sus nichos y los pusiéramos en el suelo para en la noche utilizarlos como almohada.

Cuando estaba prendiendo fuego a la casa consistorial me ayudaron, con palmas flamígeras en la mano, Fulgencio Santos, Inocente Rivera, Fortunado Argüelles (el Cuacho nato) y cuando el fuego agarró toda su fuerza en la consistorial a Chente Rivera que era muy valiente, se le arrasaron los ojos y le empezaron a lagrimear, entonces yo arrimé mi caballo al de él y estribo con estribo le palmeé la espalda y le dije: "Primo, retírate un poco de la lumbre porque el humo te está haciendo daño en los ojos". El comprendió mi ironía y nos dijo: "Yo nací en mi rancho El Naranjal, no nací en este pueblo, ustedes nacieron aquí (menos el Cuacho Argüelles de Chiconamal, Veracruz); no sé cómo están festejando esta quemazón que teníamos que hacer". Entonces el Cuacho arrimó su caballo al caballo de Chente y al mío, palmeó cariñosamente a Chente en la espalda y dijo "El Hombre-Niño" y luego me palmeó a mí y dijo: "El Niño-Hombre".

Este Cuacho Argüelles era rubio, de ojos azules y pelo rojo con bastante más gordura que Mencho, Chente y yo juntos, pero más malo que Chente y que Mencho.

Mientras observábamos la quemazón, yo dije: "Miren ustedes, lo úni-

co que siento es que no se nos ocurrió sacar la sal de las tiendas antes de quemarlas, pues a mí me hubiera gustado regar toda la sal en este cabrón pueblo, pero no me acordé".

De los defensores sólo se salvó un tal Porfirio el Chínguere, el mismo que salió herido el diecinueve de noviembre de 1910 y al que después, ya siendo yo gobernador del estado, me encontré en Tampamolón ya viejo y a quien auxilié con dinero pues estaba en la miseria.

Gregorio Morán había escapado en un caballo a pelo e iba a toda carrera cuando cayó herido por las municiones de "las chachalaqueras" de los indios y luego con las flechas, dejaron tanto a él como a su caballo echos unos san Sebastianes. En Tampamolón cogimos algunos prisioneros, entre ellos un viejo llamado Narciso Roque, como de unos cincuenta y seis o cincuenta y ocho años de edad, y nueve indios de los que agarraron prisionero a Pedro Antonio. Mandé que soltaran a los indios en la plaza y les hicimos un cuadro incompleto, dejándoles un lado libre por donde pudieran escapar, si lo lograban, pero estaban tan acobardados que ni uno se me fue.

Nosotros tuvimos once heridos y ni un solo muerto, entre nuestros heridos y muy grave estaba Pedro el Pando, que era un bandidazo muy valiente al que le atravesó el pecho una bala expansiva. Fue conducido en un catre de lona de tijeras por los indios para Tanquián. Narciso Roque y otros cuyo nombre no recuerdo formaban la fila de prisioneros que se adelantó hasta donde llevaban herido a Pedro el Pando y éste, desde el catre en que lo llevaban cargado los indios dijo: "A estos hijos de puta para qué los llevan a padecer" y mató a seis, uno con cada tiro de su pistola. Narciso Roque fue fusilado por los indios en Santa Ana con puras "chachalaqueras", pero no se murió, se levantó ya que nosotros nos habíamos perdido de vista y regresó al campo huertista. Cuando los indios lo supieron fueron a vernos y nos dijeron que ese hombre seguramente tenía brujería. Mi primo Gabriel Romero le dijo a Martín Angel que, como ya dije, era el jefe de los indios: "Efectivamente, muchos de estos huertistas tienen el diablo y son brujos, lo mejor es que cuando agarren ustedes un prisionero y lo fusilen, después le machaquen bien la cabeza con una piedra para que no reviva". Todos los indios estuvieron de acuerdo en que era una magnífica medida y que así les había ordenado yo que lo hicieran con Morán y aseguraron que no dejarían de hacerlo en lo sucesivo. Así se usaba entonces, no había misericordia. Ni del enemigo para con nosotros ni de nosotros para con el enemigo.

Arrasado Tampamolón, a iniciativa de Chente nos regresamos a Tanquián dando un gran rodeo por la hacienda de Miraflores y el rancho de Chiquinteco, propiedades de los Martell. En Chiquinteco había diez hombres armados, también huertistas; los aniquilamos y quemamos el rancho. En Miraflores sólo encontramos un vaquero pa-

cífico que no fue molestado y que hicimos que nos agarrara no menos de veinte pavos reales que adornaban la finca y ahí mismo los mandamos hacer tamales y mole y las plumas las utilizamos para los sombreros. Después, en el transcurso de la Revolución y en todas partes de la República, era muy común ver a los revolucionarios con el sombrero adornado con plumas de pavo.

Cuando llegamos a Tanquián descubrimos que los indios habían agarrado prisioneros a algunos dispersos de los huertistas de Tampamolón, entre ellos un tal Margarito Enríquez (alias el Mudo), porfirista y martellista furibundo y a quien utilizaban en las postrimerías del porfirismo para que, borracho, gritara en la plaza vivas a los Martell y, cuando ya estaba lejos de la plaza, mueras a los Santos. También cayó prisionero un tipo de apellido Lárraga al que le decían el Patán, pero cuyo nombre no recuerdo, y otro muy malvado al que le decían el Sapo. A estos tres individuos los llevamos Benjamín Balderas y yo al panteón de Tanquián y con las pistolas los ejecutamos. Por cierto que Benjamín y yo tuvimos alguna desavenencia porque en un ceñidor de trapo, muy bien disimulado, el Patán traía un billete de banco de veinte pesos y los dos nos creíamos con derecho a éste, para nosotros, gran botín de guerra. Al fin llegó Mencho, que era el jefe, y resolvió "salomónicamente" que ni para uno ni para otro era el tal billete, que lo gastáramos en cervezas y las consumiera la oficialidad.

Hacia Tamaulipas

Después de la acción de Tampamolón en que derrotamos y aniquilamos a ese odiado grupo de huertistas, resolvimos irnos a incorporar a mi hermano Samuel, que peleaba en el estado de Tamaulipas con el grado de coronel, trayendo como segundos al también coronel Alfredo M. Terrazas y al mayor, mi primo, Braulio M. Romero; todos a las órdenes del general Luis Caballero, gobernador y comandante militar de aquel estado y jefe de la brigada Caballero. Para entonces todo Tamaulipas estaba dominado por la Revolución, menos el puerto de Tampico y un tramo de vía a Esteros. Después de algún descanso a la gente y a la caballada en Tanquián, resolvimos antes de presentarnos en Tamaulipas hacer algún daño en la vía férrea de San Luis a Tampico y nos dividimos en dos grupos. Chente pasaría por la estación del Coco, abajo de Tamuín y Mencho por Taninul para hacer daño en el túnel del ferrocarril y de ser posible en el puente.

No teníamos dinamita y sólo íbamos atenidos a lo que pudiéramos hacer con las mismas barras de uña que agarráramos en esas estaciones. A mí me tocó irme con Mencho por Taninul. Llegamos a la vía sin ser sentidos, agarramos una cuadrilla de trabajadores del ferro-

carril que venían en un motor de vía, después agarramos un tren de carga. Los mismos ferrocarrileros que venían en el motor de vía nos ayudaron a levantar un riel en un tramo bastante grande, esto con cadena; despues metimos el tren al túnel y recuerdo que Panchito, mi primo, le prendió fuego al tren ya dentro del túnel. Tiempo más tarde nos contaban que durante mucho tiempo hubo grandes cantidades de cal que se hizo de la piedra del cerro y la lumbre del tren.

Cuando terminamos esa labor ya era de noche. Pitó un tren y se prendieron unos enormes reflectores que nunca habíamos visto alumbrándonos y oímos un tableteo de ametralladoras y de fuego de artillería que tampoco habíamos escuchado nunca y aquello no fue correr, sino volar. Era el general federal Corona que traía un tren de artillería con un batallón de juchitecos y ametralladoras. Nos dispersamos y corrimos hasta parar en la cueva de Taninul (donde está ahora el hotel), pero a nadie se le ocurrió bañarse, apenas si "capamos" algunos panales de abejas para comer miel pues en todo el día no habíamos probado bocado. Otros se pararon en la Cuaya, una molienda que había de unos americanos que se llamaban Cathron, en la orilla del río Tamuín y los otros fueron saliendo del monte, incorporándose a uno y otro grupo. Nosotros comprendimos que los federales no nos iban a seguir porque andaban en tren, pero el pánico que causaron los reflectores y la artillería no le dio tiempo a nuestra gente para pensar.

A Chente no le fue mejor en el Coco pues se encontró con otro tren que traía el teniente coronel Genaro B. Frías, también con artillería, ametralladoras y juchitecos. Llevaba Chente unas mulas cargadas de cecina y ahí quedaron para regalo de los pelones, pero logró cruzar la vía y avanzó hasta un rancho que se llamaba La Ceiba, cerca del río Tantuán, límite de San Luis Potosí y Tamaulipas. Nosotros pasamos el río Tamuín en la Cuaya e hicimos un rodeo hasta Tanquián. De Tanquián seguimos a San Vicente Tancuayalab donde encontramos a los coroneles Francisco de P. Mariel, Vicente C. Salazar, Miguel Sánchez Medina y el capitán Josué Benignos. Con Mariel venían también su hermano Nicolás y su medio hermano Blas Mariel, el mayor don José Rivera, hombre de más de sesenta años, pelo blanco, muy valiente y a quien todos llamábamos tío Chemita, y mío lo era efectivamente. Hace poco que murió de ciento cinco años de edad, coronel retirado, en San Felipe Orizatlán, estado de Hidalgo. Venía con Mariel y fungía como su segundo el entonces teniente coronel Daniel Espinosa, clásico tipo criollo de la Huasteca, el Negro Marroquín, un primo de Mariel que se llamaba Pancho Careta y como trescientos hombres de caballería, además de unos quinientos indios mexicanos de a pie, armados en su mayoría con flechas y escopetas, "chachalaqueras". Con el coronel Vicente C. Salazar venía su cuñado Carmen Bautista, hombre muy bravo en la pelea y exabigeo (como también lo había sido Vicente), su hermano el

mayor Chano Salazar que posiblemente se llamaba Luciano, muy bravo y muy modesto, los hermanos Gilberto, Pablo y Jesús Guerrero. Todos ellos habían militado en 1910 a las órdenes de Pedro Antonio y volvieron a militar después de que Salazar se fue al villismo, con nosotros, Gilberto y Jesús, pues a Pablo lo mataron en uno de los ataques a Huejutla. Estos muchachos Guerrero eran de las mejores familias de Tantoyuca, Veracruz, muy bravos y muy simpáticos. También andaban con Salazar dos bandidazos de espanto, uno llamado Carpóforo Argüelles y a quien compañeros y tropa llamábamos Bandidóforo y otro llamado Daniel Lubián, a quien llamábamos Liviano.

Mandaba Salazar una selecta caballería de los más bravos huastecos de todos los tiempos, casi todos, con algunas cuantas excepciones, compañeros de correrías de Salazar antes de la Revolución, en el abigeato. Encontramos también en San Vicente a mi pariente el coronel Miguel Sánchez Medina, de origen maderista y quien quedó sordo en un combate persiguiendo en 1911 a uno de los primeros que se levantaron contra el señor Madero. Me estoy refiriendo a mi amigo el actual general Emilio N. Acosta y la sordera se la produjo a Sánchez Medina una bomba de dinamita que estalló muy cerca de él. Traía muy poca gente pues se estaba empezando a organizar ayudado por Vicente Salazar, que había sido su subordinado en 1910. También se incorporó a la plaza un oficial chaparrito que no traía grado y que traía una guerrilla de veinticinco hombres (el ahora general de división Josué Benignos). Andaba con la gente de Salazar Chico Pérez (el indio del Tecomate) y que desde antes de la Revolución tenía fama de "adivino" y como era tan famoso en las Huastecas y la gente creía en sus "adivinanzas" le daba mucho prestigio a Salazar pues todos decían: "Para que Chico Pérez, el adivino del Tecomate, ande en la Revolución, es que ésta va a triunfar y el andar a las órdenes de Vicente Salazar quiere decir que éste va a llegar muy alto". Vicente le sacaba todo el partido que podía a este asunto.

Y nosotros, como dije, llegamos a San Vicente Tancuayalab con Mencho como jefe pues ya Chente había pasado la vía como con unos cien hombres y se había ido a incorporar a Samuel, Terrazas y Braulio Romero a Ciudad Victoria donde también estaba ya para esas fechas el coronel Higinio Olivo, perteneciente a nuestras fuerzas, pues mandaba el segundo regimiento "Pedro Antonio Santos" ya que el primero, el que le pertenecía, lo mandaba Fulgencio.

Estando en San Vicente organizándonos para avanzar al norte en busca de armamentos y pertrechos, se recibió un propio del general Cándido Aguilar, que se encontraba en Tepemiche, y en el que haciendo memorias de su amigo y compañero el general Pedro Antonio Santos, al cual habíamos pertenecido todas las fuerzas acampadas en la plaza, nos invitaba, más bien dicho, invitaba a los jefes a ir a Tepe-

miche a conferenciar con él, pues de mí ni siquiera tenía noticias que existiera y allá en Tepemiche tuve el gusto de conocerlo y desde entonces hicimos una gran amistad y tuve la ocasión más tarde de prestarle algún servicio muy señalado, lo que hice con todo gusto, con cariño y con bondad, no digo con gratitud porque siempre lo consideré un gran hombre de la Revolución, al que cualquier servicio que se le prestara era deber de todo revolucionario, más tarde también, fuimos compañeros en la Cámara de Senadores durante el gobierno del general Cárdenas.

Salimos para Tepemiche los coroneles Vicente C. Salazar, Francisco de P. Mariel, Mencho, que era mayor, los ayudantes respectivos de cada jefe y yo, que iba como sombra inseparable de Mencho (aun cuando no creo pecar de inmodestia si digo que también de consejero, aunque yo con estos jefes andaba indistintamente pues todos me querían y me veían como el hermano menor de su malogrado jefe Pedro Antonio).

Una vez que arribamos a Tepemiche y nos presentamos al general Aguilar, él a su vez nos presentó a los oficiales que lo seguían: el capitán primero Guadalupe Sánchez, actualmente general de división retirado y que fue gran figura en la rebelión delahuertista, el mayor Tomás Millán, muerto en Algives acompañando a don Venustiano Carranza con el grado de General de brigada y gobernador del Estado de México; los generales Antonio Portas y Palacios, actualmente generales de división también retirados, y el mayor Heriberto Jara, diputado maderista y diputado constituyente del Bloque Renovador, compañero de mis hermanos Pedro Antonio y Samuel, actualmente también general de división retirado, exgobernador de Veracruz, jefe de operaciones en muchos estados de la República, presidente del Partido de la Revolución Mexicana en tiempo del general Lázaro Cárdenas y ministro de Marina en el gobierno del general Avila Camacho.

El general Aguilar estuvo muy cordial con nosotros. A mí luego me distinguió con su amistad y fino trato y a cada rato hacía recuerdos de Pedro Antonio. Después nos invitó a seguirlo. Que él iba nombrado por el señor Carranza como jefe de la Revolución al estado de Veracruz y que nos trataría como gente que habíamos sido de Pedro Antonio, a quien quería mucho. Vicente Salazar le ofreció que al regreso de Matamoros se le incorporaría y lo seguiría y se lo cumplió. Mariel y Mencho le dijeron que ya tenían cita en Matamoros para recibir armas y parque y que al regreso le resolverían de acuerdo con Samuel y Terrazas. Pasamos el día con el general Aguilar y nos despedimos de él de la mejor manera y deseándole mucho éxito. Regresamos a San Vicente y nos encontramos con que ya no cabía ni un hombre ni un caballo en aquel pueblo tan chico, pues habían llegado los Azuara, Amado, Antonio y Jesús, jefes revolucionarios del estado de Hidalgo. Los tres llegaron después a ser generales y gobernadores de ese estado.

Ya la columna ascendía a mil quinientos o mil seiscientos hombres de caballería, sin contar a los indios a pie y sin armas a quienes Mariel llevó encandilados pues hablaba muy bien el mexicano y a cada rato les gritaba en su idioma que los llevaba a ver y a saludar a don Venustiano Carranza y que los estaba esperando para darles muchas y buenas tierras así como armas para que las defendieran.

Cuando se estaban concentrando las fuerzas de los diferentes jefes en San Vicente, se acordó mandar un enviado al jefe revolucionario Manuel C. Lárraga para que se incorporara y marchara junto con la columna que iba a mandar Salazar hacia el Norte y mientras se esperaba la llegada de este jefe con sus cincuenta o sesenta hombres que traía a salto de mata y que jamás habían entrado ni siquiera en una pequeña acción de guerra, los mayores Fulgencio Santos e Inocente Rivera, a solicitud de ellos, fueron a atacar a un grupo de voluntarios que estaban en la congregación de Coyolar, municipio de Tampamolón, al mando de Eraclio, Benito y Wulfrano Sánchez, primos del primero. Estos tres Sánchez, Eraclio, Benito y Wulfrano, eran parientes nuestros, primos en segundo o tercer grado. Habían sido maderistas y traicionaron al maderismo haciéndose orozquistas y después huertistas. Eran muy valientes y conocedores de la región, pues allí en el Coyolar habían nacido y eran terrenos en común de la propiedad de todos ellos. Eraclio estuvo en la muerte de Pedro Antonio y esta expedición encabezada por los mayores Fulgencio Santos e Inocente Rivera (Mencho y Chente) era verdaderamente punitiva, pues se trataba de castigar a estos parientes traidores y, como se dice en la Huasteca, "entre ellos y nosotros ya había sangre de por medio" por la muerte de Pedro Antonio y esto entre nosotros no se perdona.

Tendrían los Sánchez como unos cincuenta hombres, todos voluntarios de la región y bien armados y parqueados y nosotros seríamos cien hombres en las mismas condiciones, solamente que nosotros mucho mejor montados y tan bien armados y parqueados y tan conocedores de la región como ellos. Pero no es lo mismo ir a cobrar una ofensa que pagarla y por lo tanto nosotros llevábamos un coraje que ellos no podían sentir. Caímos sobre el Coyolar cuando ya el día había amanecido y estaban ordeñando las vacas propiedad de los Sánchez. Ellos mismos estaban en los corrales un poco descuidados. Les caímos como avalancha, pero ellos también, una vez que les pasó la sorpresa, se parapetaron en gruesos árboles y en las casas. Como nosotros llevábamos diez indios flecheros, con yescas encendidas y empapadas de petróleo amarradas a las flechas, les ordenamos que flecharan los techos, que en aquellos tiempos en la Huasteca eran de palma o de zacate. El tiroteo arreció de una y otra parte con furia, como sólo se ve cuando pelean parientes y sobre todo cuando estos parientes antes habíamos defendido una misma causa y nosotros los considerábamos traidores

por haber traicionado esa causa y así los seguiré considerando siempre.

El papá de Eraclio Sánchez se llamaba don Rafael Sánchez y Sánchez y la señora se llamaba doña Lola Sánchez Rojas. Mi tío don Rafael era sordo como una tapia, era hijo del coronel don Platón Sánchez, presidente del consejo de guerra que sentenció a muerte a Maximiliano en Querétaro y en cuyo honor hay en la Huasteca veracruzana un pueblo que lleva su nombre. Pues bien, cuando la casa de mis tíos don Rafael y doña Lola empezó a arder, tío Rafael que repito, era sordo como una piedra, tomó del brazo a doña Lola tratando de obligarla a que saliera pues la casa estaba en llamas y ella se resistía y le señalaba las paredes. Don Rafael la jalaba y le decía: "Vámonos, mujer, que nos vamos a hacer chicharrón" y doña Lola, señalando las imágenes de todos los santos que había en las paredes, le decía en voz alta: "Los santos, los santos, los santitos". Don Rafael la seguía jalando, tratando de obligarla a salir, y le decía: "Estás loca, ¿quieres quedarte aquí?" y la señora levantando cuanto pudo la voz le gritó al oído: "Los santos, los santos" y él le contestó: "Son los que nos están chingando" (refiriéndose a nosotros y no a los milagrosos de tía Lola).

Por fin salieron entre la balacera. Los viejos no tenían nada que ver en el asunto, aunque naturalmente tenían justa razón en temer en aquel tiempo en que las pasiones andaban tan desatadas, pues alguno podía haberlos hecho víctimas a ellos también. El combate terminó en menos de una hora. De los cincuenta hombres que defendían el Coyolar quedaron muertos veintidós y muchos se fueron heridos, entre ellos los tres Sánchez y sólo hicimos un prisionero del que no sé el nombre pero que hasta la fecha vive.

Chente Rivera ordenó a don Pedro Capilla (que había sido gañán de mi padre), que montara un potro cerrero, lazara al prisionero del pescuezo y lo colgara de la horqueta de un orejón. El voluntario, que era amigo de mi primo Gabriel Romero, se dirigió a él para que intercediera por su vida y Gabriel accedió y empezó a discutir con Fulgencio, Inocente y conmigo. Para esto, ya don Pedro Capilla había lazado del pescuezo al voluntario, había tirado la reata por la horqueta del orejón, le había dado vueltas al fuste y estaba esperando si había contraorden o no para la ejecución. Entonces yo le hice una seña a don Pedro de que metiera espuelas y se arrancó. Don Pedro se quitó el sombrero, se persignó y dijo en voz alta: "En el nombre sea de Dios" y metió espuelas como digo y arrancó. Queriendo parar la ejecución Gabriel levantando un brazo le empezó a gritar: "don Pedro, don Pedro", pero don Pedro no hizo caso, siguió a toda carrera hasta que su potro dio el estirón y el voluntario pasó por la horqueta y cayó al otro lado del árbol. Entonces don Pedro se paró, volteó a ver a Gabriel, se quitó el

sombrero y le dijo: "Mande usted, señor", a lo que Gabriel le contestó: "Mande usted, señor; ahora para qué chingados, ¡es usted muy bruto!"

Como el voluntario se había pasado por la horqueta del árbol y estaba tirado en el suelo, Chente se bajó del caballo, se acercó a él pistola en mano, le puso el cañón en la sien y le iba a disparar, cuando el otro quedamente le dijo: "Chente, déjame morir a gusto" a lo que éste accedió, enfundó su pistola y ahí lo dejamos.

En octubre de 1962, en el rancho Gargaleote, mi viejo compañero de la Revolución Macario Balderas me informó que el voluntario vive en Tamuín y que me mandaba saludos.

En junta de jefes acordaron por unanimidad nombrar comandante en jefe de la columna durante la expedición al Norte al coronel Vicente Salazar, quien me designó su ayudante persona durante la marcha hacia Tamaulipas. El día que salimos de San Vicente avanzamos y acampamos en Ganal que, como se sabe, en aquel tiempo era un ingenio azucarero perteneciente a la razón social "Ganal y Bomman", ambos ingleses. En Ganal se nos incorporó el mayor Federico Silva que venía procedente de Matamoros y que era segundo jefe del estado mayor de don Pablo González y traía documentos en blanco para legalizar los grados. A mí, después de ofrecerme uno de teniente me extendió uno de subteniente, pues le dije que en eso había quedado con Fulgencio por respeto y consideración a muchos tenientes que andaban con nosotros de mucha más edad que yo y de más campañas, cosa que el actual general de división y amigo mío, el repetido Federico Silva, seguramente debe recordar. Yo estaba muy conforme con ser la sombra de Chente y debo decir que la vanguardia de San Vicente a Ganal la llevábamos mi primo el capitán primero Francisco Santos y yo. Este primo a quien todos llamábamos Panchito era muy valiente, pero con perdón a su memoria no tenía ninguna inteligencia, era muy afecto a bailar y muy matón y cualquier alusión a su pequeñísima estatura le podía costar la vida a quien se la hiciera, como sucedió en varias ocasiones.

Llegamos a Ganal unas siete horas antes que la columna para mandar preparar comida y allí supimos que frente al Oyul, al otro lado del río Tamuín, o sea, en el Porvenir, se encontraba Julián Arteaga, un hombre que había sido asistente de don José Rodríguez Cavo y que como toda la gente de este jefe, se le había desertado por los malos tratos. Este Julián se había dedicado a violar muchachas y mujeres en general, a robar y a asesinar despiadadamente y era muy temido y odiado por la gente pacífica de las rancherías del rumbo. Se me ocurrió una idea y se la comuniqué a Panchito, quien desde luego la aprobó como todo lo que yo decía. Mi iniciativa consistía en emboscarnos Panchito y yo con sólo seis hombres, perfectamente ocultos dentro del Camalote de la Vega, que es un zacate que crece muy grande y se encuentra en esta región; mandar un empleado de escasa categoría del ingenio de

Ganal a que cruzara el río en un cayuco chiquito en el que sólo cabían el remero y el empleado y que le fuera a comunicar a Julián Arteaga que acababa de llegar el barco de Tamboyoche, cosa por demás cierta, que traía treinta mil pesos de oro para las rayas, también esto rigurosamente cierto, y que ese dinero no estaba en la caja fuerte del ingenio sino depositado en la casa del mayordomo de campo, en un baúl, también cierto; que él iba a comunicárselo para que pasara con su gente en aquellos momentos en que el ingenio estaba solo, es decir, que no había tropas y que él pedía por sus servicios y por acompañarlo al asalto, ya que después de verificado éste se tenía que ir, cinco mil pesos y que Julián se quedara con veinticinco mil y que los repartiera como mejor le conviniera.

Arteaga estaba en esos momentos emborrachándose, según nos platicó después el empleado, y tenía a dos muchachitas a las que pronto iba a hacer víctimas de sus apetitos, pero se entusiasmó tanto con el proyecto que le dijo al empleado: "Vámonos luego luego" y cuando llegaron a la orilla del río vieron que no había más bote que aquel pequeño cayuco, pues los otros los habíamos mandado retirar y ocultar oportunamente. El primero en embarcarse fue el empleado quien llegó y nos comunicó que el botero iba a regresar por sus pasajeros y creo que sale sobrando decir que el botero era uno de los asistentes de Panchito, de mucha confianza y comprobado valor apellidado Guerrero. Y fueron pasando uno a uno los hombres de la gavilla y uno a uno fueron cayendo en nuestras manos, les llenábamos la boca con zacate y los amarramos con las propias correas que usaban de cinto; así hasta que el último en pasar fue el, según él, "coronel Arteaga", a quien tanto Panchito como yo dimos terribles culatazos en la cabeza con nuestros rifles. Ya todos amarrados y a pie los conducimos a Ganal y cuando llegó Salazar con la columna lo encontraron bailando de la horqueta de uno de los orejones que adornan la hoy estancia ganadera de Ganal perteneciente al rancho Gargaleote y cuando fui gobernador de este estado, mandé a hacer con la madera del orejón, de una sola pieza, una efigie de Santiago Matamoros montado en un caballo, con espada en la mano, una bella escultura que entregué personalmente en una ceremonia pública en la plaza de Tampamolón Corona a la tribu huasteca encabezada por sus gobernadores y en presencia del cura y de una representación del obispo de aquel entonces que se llamaba don Gerardo Anaya y Diez de Bonilla. A esta ceremonia concurrió casi toda la gente de la Huasteca, no menos de veinticinco danzas de indios huastecos y mexicanos y la gente recibió el santo más que contenta, eufórica, pues el "patrón" de Tampamolón Corona, es precisamente Santiago y el santo que tenía antes de la Revolución ya no existía y nunca en la Huasteca habían visto un jinete celestial tan bien hecho como este Santiago, en el que entregó en otro tiempo su alma pecadora Julián Arteaga.

Y efectivamente, la gente piensa que este santo ha resultado más milagroso que el anterior, pues el otro protegía a las gentes porfiristas y reaccionarias y éste parece que se lleva mejor con las gentes del pueblo y con los indios.

Debo aclarar que esto del santo tiene otro detalle más en lo relativo a Julián Arteaga, pues este malhechor fue ahorcado con una reata pinta hecha por un indio que toda la Huasteca conocía y que a esto se dedicaba y, aunque parezca coincidencia, a él también le decían "Manos pintas".

De Ganal pasamos el río sin novedad, nos metimos entre el monte, que era muy cerrado, abriendo una vereda a punta de machete. Llevábamos como guía a un exabigeo muy conocedor de ese terreno y que se llamaba el Negro Cecilio. Nos reunimos con Chente en La Bonita, en el mismo río Tantuán, y seguimos rumbo a Xicoténcatl, estado de Tamaulipas. Ya por allá no había enemigo pues todo estaba dominado por la Revolución.

De Xicoténcatl avanzamos a Ciudad Victoria, donde nos encontramos con mi hermano Samuel, Alfredo M. Terrazas y Braulio M. Romero, que traían como doscientos hombres más y con los doscientos que nosotros llevábamos se formó el primer regimiento "Pedro Antonio Santos". Se incorporó también el coronel Higinio Olivo, muerto general contra el villismo, y quien llevaba trescientos hombres, con lo que se organizó el segundo regimiento "Pedro Antonio Santos". Samuel me recibió no con cariño sino con ternura, lloró mucho porque no nos habíamos visto desde antes de que mataran a Pedro Antonio y el trato que me dio de entonces en lo sucesivo ya no fue de hermano mayor ni de jefe sino de compañero y amigo.

Me dijo: "Tú traes muchas ganas de pelear y aquí te vas a llenar porque en esa vía para Tampico hay un enemigo muy peleador que es el general huertista Higinio Aguilar" (no confundirlo con el gran revolucionario Cándido Aguilar). Yo le dije: "Efectivamente, traigo muchas ganas de combatir nada más que nos emparejen el armamento" y él me dijo: "Por eso ando por acá, mañana nos entregan en Ciudad Victoria puro armamento nuevo, carabinas 30-30 ochavadas, muy bonitas que yo ya vi y que nos pasa un amigo de Pedro Antonio y mío, méxico-texano, que vive en Brownsville y que se llama Macedonio García; las paga Vicente Segura de su propio peculio. (Este Segura ahora era coronel y antes fue torero, muy rico; después fue general de división y gobernador del estado de Hidalgo). Para los oficiales envía puros rifles *Savage* de modo que vas a tener otro *Savage* como el que te dio Pedro Antonio en Valles en 1911". Como el armamento de Olivo no había llegado fuimos Samuel, Braulio, él y yo a Matamoros a recogerlo pues a Olivo no lo conocían. Entonces crucé la frontera por primera vez, lo hicimos en una lancha llamada La Bonita. El pasaje costaba entonces veinticinco

centavos americanos, pues el puente en aquellos tiempos no estaba en servicio o no existía.

Debo aclarar que aquel rifle que me dio Pedro Antonio cuando los maderistas permaneció virgen, pues de ahí a San Luis el único encuentro que hubo fue en Cerritos y a mí no me tocó disparar a los porfiristas pues ya dije que se rindieron muy pronto y todos creíamos en nuestra inexperiencia que el *Savage* era un gran rifle de guerra y resultó que a los veinte o veinticinco cartuchos disparados se calentaba este rifle de cacería y tuvimos que cambiarlos pronto por los ochavados que usaba "la raza" (así se llamaba en Tamaulipas a los soldados revolucionarios). Pues bien, de Ciudad Victoria regresamos ya bien armados y parqueados a Xicoténcatl. Nos dieron un pantalón y una chaqueta muy apretada de un género que casi era lana, de procedencia americana; nuestra caballada descansó en Xicoténcatl y se puso Samuel al frente del regimiento "Pedro Antonio Santos" así como Terrazas, pues aunque este último reconocía a Samuel como jefe, nosotros a los dos reconocíamos como hermanos y jefes. Allá conocí al general Caballero, quien desde entonces me cayó muy simpático y del cual fui muy amigo. Era ayudante del general Caballero el más chico de los Terrazas; se llamaba Severino y murió general en Ciudad Juárez jugando polo en tiempos del gobierno del general Abelardo Rodríguez. De no haber muerto Severino, hubiera llegado muy alto, pues era del mismo grado del entonces general brigadier Manuel Avila Camacho y muy amigos y compañeros.

Con nosotros, de acá de la Huasteca, iban el padre de Alfredo que se llamaba don Jesús, a quien todos llamábamos tío Chuy y Celedonio Terrazas, que actualmente es un próspero ganadero y vive en Ciudad Valles, S.L.P. Iba también el entonces capitán Crisóstomo Nájera, casado con una prima de nosotros y que fue quien acompañó a Pedro Antonio a embarcarse de incógnito (desde Tampamolón hasta Tampico) en 1910. En Xicoténcatl nos reunimos muchas fuerzas revolucionarias, las que mandaban Vicente Salazar, el coronel Pancho Mariel (quién me quería como hermano y que después fue mi jefe), Miguel Sánchez Medina, Daniel Cerecedo Estrada, del estado de Hidalgo, y Josué Benignos de Veracruz. Pero todas estas fuerzas huastecas se regresaron a su tierra y los únicos que nos quedamos por allá a cooperar en el ataque a Tampico fuimos los del regimiento "Pedro Antonio Santos", al mando de Samuel y de Terrazas, que después de la toma de Tampico se convertiría en la brigada "Santos".

De Xicoténcatl avanzamos a Esteros a las órdenes del general Caballero. Iba también el coronel Emiliano P. Nafarrate, el mayor Eugenio López, tipo muy valiente que mandaba otra columna, el mayor Franciso González, el mayor Juan N. Guerra y otros jefes más. Entonces no había muchos generales ni coroneles. Componíamos la columna

de ataque que avanzaba hacia Tampico, unos dos mil ochocientos hombres con unas cuantas ametralladoras y el primer encuentro fue en Esteros con el general García Lugo que traía unos mil quinientos hombres, pero muchas ametralladoras. Lo atacamos de noche y lo derrotamos completamente. Este fue mi primer combate verdadero, dos mil ochocientos hombres contra mil quinientos (López de Lara, que traía ochocientos hombres llegó después del combate y ya traíamos casi todas las ametralladoras). Al caerles de sorpresa, García Lugo dejó hasta su catre de campaña con perillas doradas, muy elegante y no he vuelto a ver un catre como ése, quién sabe dónde lo adquiriría pues entonces llegaban muchos barcos a Tampico trayendo mercancías de todo el continente europeo.

Tomando la estación de Esteros, Nafarrate siguió con el grueso de la columna avanzando para Tampico y nosotros, los del regimiento "Santos", con Samuel y Terrazas a la cabeza, avanzamos para el río Tamesí. Nuestro primer objetivo era pasar la margen Norte de dicho río y luego atacar las bombas que surtían de agua el campo petrolero de Ebano. Ahí volvimos a tener otro combate con el general Higinio Aguilar, que traía unos trescientos hombres contra nosotros, que éramos como cuatrocientos. Ni nosotros lo derrotamos ni él a nosotros. Peleamos de lado a lado del río, que aunque angosto es muy hondo, y hubo bajas por ambas partes. Nosotros tuvimos veintidós heridos y ocho muertos y los federales no sabemos cuántos, pero tuvieron más o menos el mismo castigo. El general Aguilar se retiró y al día siguiente cruzamos el río y pusimos avanzadas rumbo a Ebano, pero la mayor parte de la gente se quedó del lado Norte. De ahí, por órdenes del general Caballero y siguiendo su plan, continuamos adelante.

A mí me tocó ir con Mencho y peleamos contra juchitecos, unos dieciocho que estaban parapetados en un corral de rieles en la estación Velasco. Nosotros teníamos unos cincuenta hombres y los juchitecos se defendieron con un valor que nos dejó impresionados. Llegamos frente a ellos como a las cinco de la mañana y no nos sintieron. Los asaltamos y en poco tiempo nos revolvimos con ellos, pero ninguno de los juchitecos quiso soltar su máuser aunque los tuviéramos encañonados y les ordenáramos entregarlos pero contestaban: "No, arma no poder soltarte, se enoja la capitana". Exterminamos a este grupo de valientes, pero como todos los bravos imponen aun siendo derrotados, nos retiramos sintiendo admiración por ellos. No sé si impresionado por este hecho, años después tuve como ayudantes a muchos juchitecos, quienes siempre me fueron muy leales.

Les quitamos cinco o seis mujeres que nos llevamos para nuestro campamento en las márgenes del río Tamesí y que todos en forma más o menos socialista hicimos que nos "prestaran sus servicios". Entonces no conocía yo el discurso de las armas y de las letras del gran *Don Quijote* en que hace referencia a los tiempos dorados en que no existían las palabras "tuyo" y "mío".

En uno de los ataques a la vía, nos desertó un tal capitán Verástegui de Río Verde que tenía un hermano en Tampico sirviéndole a Huerta. Nunca más ninguno de nosotros volvió a saber cuál fue el fin de este capitán. Después de estar algún tiempo en las orillas del río Tamesí, partimos en potros que tuvimos tiempo de amansar y que todos tenían muy buena sangre pues pertenecían a la caballada gonzaleña, propiedad de los herederos del famoso Manco González.

Muy bien montados, como ya dije, avanzamos a atacar las bombas de Camalote, que surtían de agua la ciudad de Tampico, Tamaulipas, con órdenes de apoderarnos de ellas e interrumpir el suministro de agua al puerto. Atacamos por sorpresa y tomamos Camalote e interrumpimos el suministro de agua; más adelante había otras bombas que, aunque deficientemente, surtían del precioso líquido al puerto.

La noche del 24 de marzo de 1914 acampamos en unos potreros de zacate guinea que había entre la entonces "Doña Cecilia" y la Barra de Tampico. Este villorrio de "Doña Cecilia", que ahora es la próspera Ciudad Madero con más de 500 mil habitantes, en aquella época tenía unas cuantas casas pero todas deshabitadas, pues la gente había huido por temor a los próximos combates ya que no tenían manera de guarecerse, pues todas las casitas eran de las llamadas "camillas" de madera. Toda la noche del 24 la pasamos en aquel potrero sin probar bocado ni un trago de agua, quitamos los frenos de nuestros caballos, que comieron a sus anchas, pues ya dije que estábamos acampados en un potrero de zacate guinea. Ahí escuché por primera vez en mi vida los rugidos del mar y los primeros cañonazos de la artillería pesada de los barcos de guerra, anclados en el puerto, y que los federales estuvieron disparando toda la noche sin ton ni son al sentir que nos aproximábamos a sus líneas. Vi también con espanto la luz de los reflectores que los federales tenían instalados en las torres del templo y las luces del faro de Tampico que constantemente giraban. Al preguntarle al capitán Jesús Galván (hombre como de cincuenta años; yo en ese entonces tenía dieciséis) y a quien todos llamábamos Compadre, porque él invariablemente así se dirigía a los demás, que qué eran esas luces me contestó: "Compadre, son las luces que ha comprado el Gobierno para vernos bien aunque andemos metidos en lo más espeso de la breña". Confieso que con estos preparativos sicológicos no dormí un solo instante y creo que muy pocos de mis compañeros han de haber dormido. Como a las cuatro de la mañana se presentaron a levantarnos personalmente los coroneles Samuel M. Santos y Alfredo M. Terrazas. Aquel movimiento lo hicimos sin tardanza pues los caballos estaban ensillados y sólo hubo que ponerles el freno y montar en ellos. En seguida emprendimos la marcha para lo que iba a ser muy pronto la línea de fuego.

Nafarrate, con el grueso de la columna, comenzó el ataque como a las cinco de la mañana por nuestro flanco derecho, o sea, por la Es-

cuela del Monte en donde ahora se encuentran ubicadas las colonias Las Flores, América y El Aguila de Tampico; y nosotros los huastecos al mando de Samuel, de Terrazas y como segundos Fulgencio M. Santos, mayor Agustín Maciel (después general, director del Colegio Militar y gobernador de Campeche), mayor Juan N. Guerra, mayor Francisco González (después divisionario), etcétera. Avanzamos sobre Arbol Grande donde encontramos la primera avanzada federal y que muy pronto la hicimos retroceder hasta el puente Iturbide, ya en las orillas de Tampico y frente a las primeras casas. Conforme nosotros íbamos avanzando antes de entrar en combate, oíamos el cañoneo, el tableteo de las ametralladoras y el nutrido fuego de la fusilería que Nafarrate sostenía con los federales, y como ésta era la primera acción formal de guerra en la que iba yo a entrar y como el fresco de la mañana por la brisa del mar era frío y como indudablemente empecé a sentir miedo, para animarme le hablé al ya aguerrido y sumamente valiente, entonces capitán, Crisóstomo Nájera, primo mío, y le pregunté que si no llevaba algún trago a lo que me contestó: "Pa'qué quieres más trago que el que vamos a echarnos ahorita con los pelones". Cerca de nosotros iba Gabriel Romero, también primo mío, y subteniente como yo, quien siempre se distinguió por su lealtad, pero nunca por su valor, y aunque íbamos caminando despacio en los caballos, le empezaron a sonar las espuelas como si se tratara de sonajas y le pregunté irónicamente: "¿Por qué suenas tanto las espuelas, tienes frío?" y me contestó: "No, no es frío lo que tengo, lo que tengo es miedo" (Gabriel era catorce años mayor que yo). Como Nájera empezó a reír y a quererse burlar de Gabriel por su estado de ánimo, éste le dijo: "Sí, es miedo lo que tengo y por lo tanto soy más hombre que tú, porque tú vas a este combate como siempre has ido a otros, con mucho valor porque eres valiente, yo en cambio voy al mismo combate y a los mismos peligros que tú con mucho miedo". Mencho que nos escuchaba acabó con toda clase de bromas dándole la razón a Gabriel. "Sí, dijo, Quile tiene razón, tienen más méritos los que traen miedo y no se rajan, que los valientes".

Como a las seis de la mañana ya habíamos entrado en combate y a los cuantos minutos creo que a todos se nos había quitado el miedo. Le entramos con muchas ganas, tomamos el puente Iturbide durante el día tres veces y entramos en las primeras calles de Tampico; para ser más exactos, entramos hasta la calle del Sol, pero los pelones venían con refuerzos, artillería y ametralladoras y nos volvían a echar. Comandaba ese sector el general Higinio Aguilar, jefe huertista y Procopio Meráz, alias el Coco, antiguo abigeo de Tanquián Escobedo, con sus voluntarios los valientes huertistas al mando del mayor Careta que era primo hermano de Mariel y hermano de Pancho Careta, que andaba con nosotros.

No voy a narrar todos los detalles de los cuarenta y ocho días que combatimos unos dos mil ochocientos revolucionarios contra cuatro mil federales que había en la plaza y que tenían barcos de guerra y muy buena artillería, reflectores, artillería de tierra, muy buen armamento de fusilería y muy buenas posiciones, porque sería una narración interminable, pero después de los primeros quince días de estar combatiendo nosotros por el lado de Arbol Grande y sobre el puente Iturbide, nos mandó relevar el general Caballero que tenía su cuartel general en el kilómetro once, pero no para descansar sino para avanzar a reforzar a Nafarrate por la Escuela del Monte. Allá los combates eran muy duros y entonces quedé a las órdenes directas del coronel Alfredo M. Terrazas, quien como ya dije se veía con nosotros como hermano. Tanto él como sus hermanos Severino y Celedonio, que también estaban combatiendo en diferentes lugares de la línea de fuego y su padre, a quien mis hermanos y yo veíamos con respeto, porque era contemporáneo y fraternal amigo de mi padre, también se encontraba presente aquella vez y en la acción de armas, no obstante sus sesenta y tantos años y de haber sido oficial en la tuxtepecana.

Después de muchos combates diarios, de altas y bajas, el cuatro de mayo los federales hicieron una salida general y se trabó un combate muy sangriento y en toda la línea, con muchos muertos y heridos por ambas partes. Ese día una granada, naturalmente federal pues nosotros no teníamos cañones, hizo blanco en un tanque de chapopote y como yo estaba muy cerca me bañó el aceite negro completamente lo mismo que a la yegua que montaba y que se llamaba la Capulina. La yegua pegó un reparo tan desesperado que cayó al suelo echa un ovillo conmigo arriba. Aunque cojeando de la pierna derecha y con mi propia espuela hiriéndome en la otra, me levanté maltrecho y pareciendo que había salido de una visita a Lucifer por el chapopote que me cubría de cabeza a pies. La yegua se paró y violentamente emprendió desesperada carrera. Mi primo Fulgencio que estaba cerca y se dio cuenta, velozmente acercó su caballo a mí y me dijo: "Súbete pronto, Cuacucho" (así me decía él por la forma de mi nariz), y como pude le trepé a las ancas de su caballo cuando ya los federales nos venían disparando a distancia no mayor de veinte metros. Emprendimos veloz carrera, pero Fulgencio que era muy valiente, paraba de tramo en tramo el caballo, "pitaba el toro", y disparaba el rifle; yo no lo podía hacer pues mi 30-30 la llevaba en bandolera, es decir, terciada en el cuerpo y con las manos apenas me podía agarrar de la teja del fuste de Fulgencio, pues apenas lo tocaba me decía: "Si me vuelves a agarrar, te dejo con los pelones, Cuacucho", pues todo contacto lo lastimaba por estar lleno de llagas.

Al fin, Samuel y Terrazas se impusieron por un lado y Nafarrate y Sil-

vino M. García por el otro; los cuatro eran coroneles, pues entonces los grados no los repartían las golondrinas.

Se siguió combatiendo con altas y bajas del cinco al once de mayo, fecha en que llegó al campamento el general don Pablo González, jefe de la División del Noreste con no menos de cinco mil hombres muy aguerridos, con bastante artillería, muchas ametralladoras y con la moral muy alta, pues acababan de triunfar tomando la ciudad de Monterrey, y también con jefes valientísimos y muy fogueados como los generales Francisco Murguía, Cesáreo y Agustín Castro, los coroneles Sánchez Herrera, Ernesto Santos Coy, Andrés Saucedo, etcétera, y mi hermano Samuel con los bravísimos hombres y muy fogueados revolucionarios del "21", que venían al mando de oficiales inferiores que después llegaron a divisionarios, como Juan Jiménez Méndez, Blas Corral, etcétera pues su jefe, el coronel Miguel M. Navarrete, acababa de morir en un combate librado en la estación de Rodríguez, que así se llamaba entonces la estación actual de Tamuín. El mismo once por la noche entraron todos los refuerzos en la batalla, siguiendo naturalmente a los que ya teníamos posiciones desde hacía más de cuarenta días frente al enemigo y así combatimos esa noche y todo el día doce de mayo. Cuando ya habíamos roto las líneas federales y estábamos en sus propias trincheras, mi jefe y amigo Alfredo M. Terrazas, recibió un balazo en los pulmones, cayendo de un macho negro que montaba. Lo levantamos y lo montamos en un caballo mandándolo para el kilómetro once; no teníamos ni médicos, ni enfermeros ni nada; andaba con nosotros un señor que se decía doctor, pero lo ha de haber sido en ciencias, pues de medicina no sabía nada. Era muy buen orador y fue quien nos arengó cuando tomamos la plaza y puerto de Tampico. Se llamaba Krum Heller y era alemán. Le dijimos al doctor Krum Heller que el coronel Terrazas estaba atravesado de los pulmones, que lo fuera a curar y no se negó, pero sólo le dio hielo pues no tenía otra cosa que darle y además le dio un discurso diciéndole: "Los hombres como tú no se mueren; si desapareces de esta vida entras en la inmortalidad". Terrazas murió muy hombre. A su lado estábamos su padre, don Jesús, y su hermano Celedonio, que todavía vive, mi primo, el entonces capitán Braulio M. Romero, un asistente de mi hermano Samuel, que se llamaba Eladio Miranda y que había sido famoso abigeo antes de la Revolución y que prestó muy buenos servicios, y yo. Terrazas después de escuchar a Krum Heller preguntó a los presentes: "A cuántos estamos hoy". Le contestaron que a doce de mayo. "Mañana me muero yo —dijo—, pues cumple años de muerta mi mamacita". Y el día trece de mayo, fecha en que había muerto su madre, como él lo había predicho, murió este valiente.

Tampico

Era Tampico una bella ciudad y puerto. Después de tantas penas y sufrimientos, al ocupar la plaza nos sentimos en la gloria.

Para esto debo decir que mientras se sucedían los combates de Tampico, tuve tiempo de ir con mis compañeros desde las líneas de fuego a caballo a conocer el mar. Metimos nuestras cabalgaduras al agua y las hicimos beber agua salada, la que tampoco nuestras bestias conocían y las olas les causaban espanto, pero a punta de espuela y cuarta las hicimos entrar un poco. Y decían los huastecos: "Si nos matan, cuando menos ya conocimos el mar".

En Tampico ascendí a teniente. Después, y sin esperar a descansar pues entonces tenía dieciséis años y a esa edad ningún joven tiene derecho a cansarse y mucho menos un guerrillero, me dediqué con mis compañeros a disfrutar de las delicias del puerto y a conocer todos los rincones del paradisiaco e inigualable barrio de la Unión, habitado por "nereidas" de todo el mundo, especialmente francesas, pues en aquel tiempo las autoridades migratorias, si es que existían, no tenían más oficio que cobrar sus sueldos respectivos pues ya he dicho que en aquella época no se necesitaba pasaporte para viajar a ninguna parte del mundo, excepto a Rusia. Los pasaportes empezaron a ser exigidos en Rusia durante la Primera Guerra Mundial, 1914-1918, y seguramente después se extendió esta exigencia legal a los países beligerantes y más tarde a Estados Unidos y mucho más tarde a nuestro país. Parece que en Guatemala durante la tiranía de Manuel Estrada Cabrera sí había que llenar muchas exigencias para entrar en el país.

El día trece de mayo de 1914 en que, como dije, tomamos la plaza, el general don Pablo González ni siquiera se ocupó de perseguir a los derrotados federales, que en su mayor parte se componían de infantería y que podíamos haber capturado íntegros y seguramente también a la artillería, pues la brigada "Santos" era sumamente conocedora de la región. Pero don Pablo argumentó, cuando Samuel y los del segundo regimiento "Santos" le pedían que los dejara ir en persecución de los "mochos", que no, que al enemigo que huye puente de plata. Argumento muy estúpido en aquellas circunstancias. El día catorce de mayo el general Caballero, que era gobernador y comandante militar del estado, me ordenó que con una escolta hiciese comparecer ante él a los señores don Bartolo Rodríguez, apodado el Tigre, hombre muy rico y además concesionario de la "partida", o sea, el juego de baraja, de gallos, de ruleta, etcétera concesión de que disfrutaba en sociedad con Fiacro Betancourt, Amado Arachandieta, también rico del puerto y el teniente coronel de irregulares, jefe de estado mayor de Morelos Zaragoza y, mi después gran amigo, don Ramón Sottil. Bueno, después todos fueron excelentes, íntimos y magníficos amigos de todos nosotros

y Arachandieta y Samuel fueron compadres y se llegaron a querer mucho. Pues bien, fui con la escolta a arrear a don Bartolo y a Amado, a quien también le decían "don". Los conduje en coches de caballos de alquiler pues en Tampico todavía no habíamos "avanzado" automóviles y la consigna fue entrar con mucho orden porque el puerto más parecía una dependencia de Estados Unidos que un puerto mexicano. Había mucho capital extranjero, especialmente norteamericano, francés, holandés, español y alemán y los jefes dispusieron que ahí no nos "mandáramos". Llevé a don Amado y a don Bartolo a la presencia del general Caballero, de los coroneles Emiliano P. Nafarrate, Samuel M. Santos y César López de Lara y además estaba presente un mayor Guerra, jefe de estado mayor del general Caballero, anarquista español muy tirano y a quien los jefes encargaron para que les sacara el "préstamo forzoso" que estoy describiendo. Una vez en presencia del general Caballero y los demás jefes que he mencionado, don Bartolo y don Amado se pusieron a sus órdenes y acto seguido don Bartolo Rodríguez sacó de su bolsillo un reloj de repetición del que sólo usaban los ricos de entonces y en la tapa de atrás llevaba una inscripción en brillantes que decía: "Al invicto general Luis Caballero". Teníamos un día de haber tomado la plaza y ese trabajo hasta la fecha no hay quien lo haga en Tampico, menos entonces, y donde quiera que lo hagan debe llevarse por lo menos, quedándome bien corto, un mes de trabajo. Así, cuando sosteníamos reñidos combates para tomar Tampico y al entregárselo al general Caballero le dijo: "Como podrá ver, mi general, yo soy un leal partidario de la Revolución y admirador de usted, pues este reloj lo mandé hacer cuando a ustedes les llamaban bandidos y robavacas". Entonces el general Caballero le dijo: "Guarde ese reloj y no me lo entregue sino hasta que tenga una leontina y un dije igual al que usted regaló al general Morelos Zaragoza". Sin inmutarse Don Bartolo le contestó con la voz nasal que él acostumbraba: "Mi general, hoy mismo lo tendrá usted, pues toca la casualidad que en la partida hay muchos dijes y leontinas de mejor calidad a los que usted se refiere". Luego le tocó su turno a Amado L. Arachandieta. "¿Y usted qué me dice?" le dijo el general Caballero. Arachandieta se quitó un enorme brillante que llevaba en el dedo y le dijo: "Esto es lo que puedo decir para el hombre que admiro y que ha sacado a Tamaulipas de las garras de los traidores". Entonces el general Caballero le pidió a Guerra que leyera los telegramas dirigidos a Victoriano Huerta, uno firmado por don Bartolo en que le decía que estaría con él hasta el último momento y otro de Arachandieta en que le decía textualmente: "Lo que tengo y lo que valgo está a su disposición". Intervino el coronel Samuel M. Santos y dirigiéndose a los dos les dijo: "¿Qué dicen ustedes de estos telegramas?". Don Bartolo le contestó usando su voz nasal: "Hijos de mi vida, yo le cumplí a ese borracho de Huerta pues estuve con él hasta el

último momento, pero ese último momento consideré que había llegado desde que mi general Caballero y ustedes tomaron el puerto de Tampico". Todos nos reímos y Arachandieta a su vez dijo que él había obrado engañado, pues Huerta le había hecho creer a una enorme multitud de mexicanos de buena fe que luchaba por la patria contra los estadounidenses. La verdad es que el recién muerto coronel Terrazas era muy amigo de estos hombres y les había hablado mucho de ellos a Caballero, a Samuel, a López de Lara y a Nafarrate, se los había pintado tal cual era, unos grandes tiburones, muy útiles, pero siempre apegados al que manda y, como dije, acabamos todos por tener gran amistad con estos hombres, menos con Betancourt, quien no se quedó en Tampico y huyó al extranjero cuando se fue Huerta. Con don Ramón Sottil fue con quien más amistad personal hice yo, amistad que para mí han heredado sus hijos y sus hijas, y con alguno de ellos he emparentado espiritualmente.

Excuso decir que la partida y los juegos todos siguieron abiertos, manejados por don Bartolo y Amado y con beneficio de nosotros, pues nos ayudaron a vestir a nuestra gente y no habrá que negar alguno que otro "embute" recibido bien del caballo de espadas, de la sota de bastos o del 7 de espadas.

De Tampico avanzamos primeramente por tierra rumbo a San Luis, pasando Ebano, donde hicimos alto y permanecimos algunos días en Villa Guerrero, hoy Tamuín. Nos reforzamos con nuevas altas que se incorporaron a nuestro paso por esos lugares de la Huasteca potosina, pues en Tampico sólo se nos unieron Genovevo Rivas Guillén, de Rayón, San Luis Potosí, con el grado de capitán segundo y que después de gobernador de San Luis, comandante militar, general de división y héroe del Carrizal, fue quien sostuvo el combate con los estadounidenses; Samuel Kelly, originario del puerto de Veracruz y que era alijador de los muelles de Tampico, también llegó a general y no sé si vive en la actualidad; un muchacho que se apellidaba Villarreal, boticario cuyo nombre no recuerdo y que murió en Miñaca, estado de Chihuahua, peleando contra Villa junto con el coronel Inocente Rivera y Gustavo González, a quien yo conocía desde la ciudad de San Luis Potosí y era nativo de Ciudad Valles, que ingresó como sargento segundo y murió también peleando contra Villa con el grado de capitán; los cuatro fueron muy valientes y sólo Rivas Guillén no murió en combate, pues pereció en un accidente originado por un tractor que manejaba en su rancho de la Huasteca potosina, muchos años después.

De Villa Guerrero, hoy Tamuín, ordenó el coronel Samuel M. Santos al teniente coronel Fulgencio M. Santos que con cuatrocientos hombres hicieran una expedición por la Huasteca "peinando" San Vicente Tancuayalab, Tanquián Escobedo, Tampamolón Corona y que atacáramos Tancanhuitz, hoy Ciudad Santos, donde todavía había huertistas

voluntarios. Que después de tomado Tancanhuitz, continuáramos nuestra marcha por Paso Real y nos incorporáramos a Valles para continuar la marcha rumbo a San Luis.

Salimos a esta expedición en los primeros días de junio de 1914, llevando yo la vanguardia al mando de setenta hombres. En San Vicente y Tanquián se nos incorporaron nuevos contingentes, pero como no teníamos armas los mandamos a Ebano a que se incorporaran con el coronel Samuel M. Santos. Al pasar por Tampamolón, comisionamos al subteniente Tito Acosta para que le diera una "requemada" a lo que fue el pueblo, comisión que cumplió celosamente, habiendo rendido el siguiente parte al teniente coronel Fulgencio M. Santos: "Tengo el honor, mi teniente coronel, de haber avanzado en los ranchos de Chiquinteco, Tonatico, Miraflores y Flor de María, treinta y ocho caballos y doce yeguas y de paso requemé Tampamolón". Después de haber pasado una noche en Tampamolón, Fulgencio ordenó que me dieran doble dotación de cartuchos y que tomara la vanguardia y al llegar al Puente (rancho de unos norteamericanos), hiciera alto y lo esperara para darme instrucciones antes del ataque a Tancanhuitz. Rompí marcha al mando de la vanguardia antes de las cinco de la mañana y en el camino, ya para llegar al Puente, venían unos indios con sus mujeres por arriba del cerro y como viera que uno de ellos llevaba un machete nuevo en su cubierta también nueva le grité en huasteco: "Alá Tejé", lo que quiere decir "ven acá". El indio se resbaló pues estaba lloviznando y el cerro estaba resbaloso, pero hizo intento de correr y entonces le apunté con mi carabina y le dije: "Si no vienes, te mato". Algo le dijo la indita que lo acompañaba y el indio obedeció y se dirigió hacia donde yo estaba. En esto, por el rumbo de Tampamolón, llegó el padre Cuéllar, de quien ya he hablado y que era amigo de mi padre, y me dijo: "¿Qué vas a hacer a este indito?" y yo le contesté: "Nada, sólo le voy a quitar el machete". El padre me dijo: "¿Qué hacen la guerra peleando a machetazos?" "Hasta con piedras —le contesté—, pero éste no es el caso; el machete es para el indio huasteco parte de su vida, con él trabaja, con él se defiende y con él mata víboras y animales dañinos, pero yo se lo quito porque lo necesito, pues usted ha de saber que la Huasteca está llena de cercas de alambre y una vez que combatimos contra el general Corona y sus indios juchitecos en Taninul, cuando empezaron a disparar las ametralladoras contra nosotros, huimos como codornices y llegando a una cerca de alambre nos andábamos matando unos con otros porque nadie traía machete con qué cortar la cerca y la noche estaba muy obscura. En las campañas —le seguí diciendo al padre Cuéllar—, los machetes nos son indispensables y, además, ¡en tiempos de Revolución no hay misericordia". El padre pareció convencido de mi argumento y se despidió cordialmente de mí. En el puente hice alto como me lo había ordenado Fulgencio y esperé su llegada; las

instrucciones que me dio fueron que encadenara mi caballada antes de llegar a las primeras casas de Tancanhuitz y que iniciara mi ataque muy despacio y calmadamente, que entretuviera a los huertistas mientras él llegaba con el grueso de la fuerza; pero sucedió que al llegar a las primeras casas del pueblo, nos encontramos a boca de jarro con una exploración de los huertistas que venían a caballo y nos dimos el agarrón luego luego y ellos corrieron a rienda suelta y nosotros nos lanzamos en su persecución por lo que no hubo tiempo de dispositivos de combate y de encadenar caballada y cuando acordamos ya estábamos en la plaza del pueblo y había tianguis por ser domingo y ahí andaban los huertistas descuidados y los íbamos "quemando" impunemente y los que pudieron, unos a pie y otros a caballo, corrieron como venados y prácticamente sin combatir. Llegamos hasta palacio en nuestros caballos y tomamos la plaza. Lo primero que hice fue entrar en la Tesorería donde estaban cobrando las alcabalas y pisos de plaza y me encontré un amigo y compañero de escuela del Instituto Morelos en San Luis, llamado Manuel Portilla que iba a devolver una medida para medir sal que el Ayuntamiento les rentaba a los comerciantes ambulantes. Este Manuel Portilla era de familia acomodada de San Vicente Tancuayalab, pero por las circunstancias de la Revolución se vio obligado a llevar a los pueblos burros cargados de sal para la venta. Luego que nos reconocimos le dije: "¿Qué chingados andas haciendo aquí en esta oficina huertista?" Me contestó: "Vengo a pagar mi contribución por la venta de la sal y a devolver este cuartillo (que así se llamaba la medida). ¿Y tú qué haces?", me preguntó. "Ya ves —le contesté—, andamos haciendo la Revolución".

Recogí todo el dinero que había en la tesorería municipal, que no llegaba a cuatrocientos pesos, me despedí de Manuel Portilla, a quien le pregunté si algo se le ofrecía y me contestó que por el momento nada. Nos dimos un abrazo, monté otra vez mi caballo y seguimos por el rumbo de Chacaná a perseguir a los huertistas, quienes nos dejaron en su huida once muertos y se llevaron numerosos heridos. Entonces no había prisioneros, se contaban entre los muertos.

En la plaza de Tancanhuitz el enemigo tenía un efectivo de doscientos hombres. El regimiento que iba mandado por Fulgencio era el primer regimiento "Pedro Antonio Santos" y contaba con cuatrocientos hombres.

El enemigo, al huir de Tancanhuitz por Chacaná, salió rumbo a Valles, pero como las fuerzas constitucionalistas ya habían avanzado de Ebano y Tampico, ocupaban esa plaza; el enemigo llegó a Aquismón y se internó en la sierra. Entre los huertistas que huían iba un hijo de la gran puta que se llamaba Cristobal Jonguitud (padre del traidor Leobardo Jonguitud) y que era padrino de bautizo mío; me quedé con

las ganas de haberlo agarrado, pero después el general Tomás Urbina, cuando atacaba Ebano, lo fusiló junto con otros dieciséis huertistas.

En esto oí un tiroteo por el rumbo de Chacaná y a carrera tendida me fui a alcanzar al teniente Tito Acosta, que seguramente estaba peleando con el enemigo y al llegar a la plazoleta Chollosa de Chacaná (barrio de Tancanhuitz) vi sentado en el suelo, echando bocanadas de sangre, al maldito huertista jefe de los voluntarios de Tancanhuitz alias el Pame, quien junto con los también huertistas Benigno Mazo y Benito Sánchez, habían asesinado al principio de la Revolución, a sangre fría, a cien pobres indios huastecos en la ranchería el Coyolar cuando los indígenas estaban reunidos para comenzar el desmonte de una milpa colectiva. Entonces, repito, como el relámpago apreció que el Pame estaba agonizante y a su lado en el suelo tenía tirada la carabina, en un cuarto de segundo resolví echarle el caballo encima y de un caballazo lo derribé y sin bajarme del caballo, con el 30-30, le metí un balazo expansivo en la cabeza que le sacó los sesos.

Comentando inmediatamente después con mis compañeros lo sucedido les dije: "Este cabrón estaba moribundo pero me conoció muy bien, pues tenía los ojos abiertos y tenía la carabina al lado" y pensé: Como en los palenques ha sucedido tantas veces, un gallo moribundo le da un venazo al contrario y lo deja muerto y además aclaro *que no lo hice por compasión para que no sufriera, lo remate, además, por pasión revolucionaria.*

Regresé del barrio de Chacaná al centro del pueblo donde ya estaba Fulgencio con el grueso de la tropa y me dijo: "¿Por qué te mandaste, no te dije que los entretuvieras?" Yo le contesté las circunstancias que nos obligaron a meternos a la plaza de "un jalón y sin permiso".

Los huertistas estaban para entonces muy desmoralizados en todas partes, sobre todo tratándose de voluntarios, los que nunca alcanzaban perdón. MI "HAZAÑA", aunque fue muy elogiada por Fulgencio y todos los demás compañeros, venía montada en los triunfos de Tampico.

Antes de marchar para Valles sacamos todos los libros y archivos de la biblioteca del ultrarreaccionario licenciado Blas E. Rodríguez, que había huido a Estados Unidos y les prendimos fuego en la plaza, pues no quemamos la casa donde estaba la biblioteca porque no era de él. Después que pasaron los años. Don Blas E. Rodríguez y yo fuimos muy buenos amigos y nos llegamos a tener gran estimación.

A las cuatro de la mañana tocaron botasilla y a las cinco diana y marcha y la emprendimos para Valles, a donde llegamos en una sola jornada. Le rindió parte el teniente coronel Fulgencio M. Santos al coronel Samuel M. Santos de toda nuestra expedición por la Huasteca y Samuel nos llevó a presentar con nuestro nuevo jefe, el general don Jesús Carranza, nombrado por su hermano, el primer jefe don Venus-

tiano Carranza, jefe de la División del Centro, a la que quedamos incorporados.

El general don Jesús Carranza era para nosotros un paternal amigo, muy bondadoso y, a diferencia de don Venustiano, muy alegre y bailador; le gustaban mucho las "enfermeras" y cargaba un piano en su carro especial, el que sabía tocar muy bien, y sabiendo el coronel Adalberto de Avila, jefe de armas de Cerritos, esta afición musical de nuestro jefe, un día por la mañana que llegó a saludarlo y a rendirle parte de novedades, le llevó como absequio ocho pianos que se había "avanzado" en la región. En Valles sucedió algo especial, don Jesús Carranza dio el acuerdo para que fuera ascendido yo a capitán segundo por la acción de Tancanhuitz.

La ciudad de Cerritos, como dije, la ocupaba el valiente coronel Adalberto de Avila y se encontraba sin enemigos. De Avila había sido de la gente de mi hermano Pedro Antonio y más adelante estaba ocupada por las numerosas y desorganizadas fuerzas del general don Alberto Carrera Torres, quien tenía por segundos, terceros, cuartos y quintos a sus múltiples hermanos. Me tocó acompañar al jefe de nuestra División del Centro, general don Jesús Carranza, hermano de don Venustiano, a la entrevista que dicho jefe tuvo con Carrera Torres.

Mi hermano Samuel hizo las presentaciones. Carrera Torres nos recibió en su campamento al aire libre, sin un jacal y sin ninguna tienda de campaña, en un cerro en la vuelta de la Herradura, frente a la estación de Villar. Don Alberto presentó a sus hermanos y demás jefes "carreristas" con don Jesús, con Samuel y con todos los que íbamos con el general Carranza y a don Jésus le dijo: "mi general, dispénseme que no le ofrezca en donde sentarse, pero nada más porque no hay dónde", a lo que don Jesús contestó: "Gracias". Se sentó en el suelo y todos le imitamos. Acto seguido, se entabló el siguiente diálogo entre los generales Carranza y Carrera Torres, interrumpido de vez en cuando por mi hermano Samuel, que todos los que lo conocieron saben que tenía muy buen humor: "¿Cuántos soldados tiene usted, mi general?", preguntó el general Carranza a Carrera Torres y éste contestó: "De ocho a veinte mil hombres, mi general don Jesús". Volteó a vernos a todos y mi hermano Samuel intervino: "Ocho mil cuando se trata de pelear y veinte mil cuando se trata de saquear". Luego le dijo Samuel al general Carranza: "Mi general, vámonos parando porque están molestando mucho los zancudos" y el general Carrera contestó: "Aquí no hay zancudos, mi coronel". "Sí señor, sí hay, solamente que aquí no pican, aquí muerden", y sacudiéndose las piernas con el fuete dijo: "Mire usted, estos son los zancudos del campamento de Carrera Torres". Se trataba de hormigas gigantes de las llamadas arrieras, que pican muy fuerte. Risa general. Preguntó el general Carranza que si había algo de comer y el general Carrera que indudablemente estaba algo escamado, le con-

testó: "No, mi general, dispense que no lo invite a comer, pero nada más porque no hay qué". Le hizo dos o tres preguntas más don Jesús y le ordenó que emprendieran la marcha sobre San Luis a la vanguardia y nosotros continuamos la misma marcha con don Jesús lo que hicimos por tierra, de Cerritos a San Luis Potosí, en jornada y media. Cuando ya Carrera Torres había entrado en San Luis y había puesto de gobernador a su hermano don Pancho de veintiún años, el que duró en el poder el tiempo que don Jesús dilató en entrar en la ciudad. Ese mismo día entró por el Norte en la capital potosina el general Pablo González con el grueso de las fuerzas de varias divisiones y su primera medida fue poner como gobernador del estado y comandante militar al valiente general Eulalio Gutiérrez, quién después fuera presidente de la República, nombrado por la convención revolucionaria de Aguascalientes. En San Luis Potosí el general don Pablo González recibió y todos recibimos con gusto la noticia de su ascenso a general de división y jefe del cuerpo de ejército del Noreste; y el general Alvaro Obregón también fue ascendido a general de división en la misma fecha y nombrado jefe del cuerpo de ejército del Noroeste. Esa vez el general Francisco Villa no recibió el honor del ascenso por su reciente insubordinación de Torreón.

En San Luis estuve unos días con mi padre y mis hermanas, quienes me recibieron con una mezcla de tristeza y de alegría, pues la muerte de mi hermano Pedro Antonio a todos nos tenía muy adoloridos y por otra parte gusto por haber vuelto a ver mi padre a sus hijos Samuel y a mí y a los sobrinos que quedaban vivos. A los pocos días llegó don Venustiano Carranza, ya cuando don Pablo y don Jesús habían salido, a los que iba incorporada la ya brigada "Santos" al mando de Samuel, todavía coronel. Yo me quedé unos días con mi padre y mis hermanas y me tocó estar junto al general Eulalio Gutiérrez, al que desde chico hablé de tú no obstante la diferencia de edades y de grados, por su intimidad con mis hermanos Pedro Antonio y Samuel y cuando alguna persona se extrañaba de que un joven capitán, que todavía no cumplía diecisiete años, le hablara de tú al gobernador, comandante militar y general de brigada, yo les decía en presencia de él: "Nos hablamos de tú porque desde hace mucho tiempo los dos andamos tratando con los mismos cadáveres", explicación que mucho agradaba a Eulalio y siempre la festejaba.

Se comprenderá lo cerca que pude ver a don Venustiano pues yo estaba con el general Gutiérrez, hombre de las confianzas y estimación del señor Carranza y, a la hora del desfile me tocó hacerlo montado en un hermoso y enorme caballo alazán que a nuestra entrada en San Luis me regaló la viuda de Alejandro Salas, que fue maderista y jefe político, nombrado por Pedro Antonio, del distrito de Salinas, S.L.P. La viuda de don Alejandro no sabía qué hacer con el caballo y seguramente, como ella me dijo, alguno se lo iba a robar, por lo que prefería regalármelo a mí. Además me regaló la silla de don Alejandro, muy bordada y muy plateada. Como yo desde chico fui muy de a caballo y me sabía sentar y, a decir verdad, aunque habíamos muchos tipos criollos en la Revolución no éramos los más, don Venustiano se fijó, tal vez por el caballo y por el ajuar e hizo un ademán hacia Eulalio y luego me señaló a mí. Yo comprendí que preguntaba quién era y me puse en actitud de "parada" o como ahora se dice, de "robar cámara". Ya cerca de Carranza, el viejo puso cara adusta y en verdad que desde entonces no me cayó bien ni me fue simpático y las diez o doce veces que hablé con él en su vida, aunque me trató con toda atención y cortesía, nunca lo vi sonreír, con excepción de una ocasión, en una fiesta en honor de él que se celebró en Linares, Nuevo León, en la que el general Luis Caballero y yo bailamos un huapango.

En la capital de la República

Como las fuerzas de la brigada y de la división a que yo pertenecía ya iban muy adelante, rumbo a México, marché con una sección de diecisiete soldados bajo mis órdenes y el subteniente Tito Acosta, también pariente mío, incorporándome de "soco en soco" como diría un soldado constitucionalista que después anduvo militando en Marruecos y del cual a su tiempo hablaré: "hay nomás de soco en soco". Alcancé a las fuerzas del general Agustín Castro. Todos me conocían y con ellos marché incorporado; después a las del teniente coronel Eugenio López, más tarde general y que era el segundo de Nafarrate, y con ellos llegué a la plaza de Tlalnepantla, Estado de México, donde ya estaban reunidas las fuerzas de los cuerpos de ejércitos del Noroeste y el Noreste, a las órdenes de los generales Alvaro Obregón y Pablo González, pero todos bajo el solo y unico mando del general Obregón.

Aquel era un mundo de tropas. Discurrían por las calles de Tlalnepantla numerosos grupos de oficiales, como entonces acostumbrábamos, carabina en mano; y habiéndome encontrado allí a un oficial yaqui que montaba un enorme caballo retinto le pregunté: "¿De qué gente eres?" y me contestó: "De mi general Hill". "Bien —le dije—, ¿tú no sabes dónde está acampada la División del Centro del general Jesús Carranza?" Me contestó: "Esos ya están en México" y siguió su camino. "Bueno —le dije al subteniente Tito Acosta—, vamos a preguntar cuál es la entrada de México para llegar a Chapultepec y yo de ahí para el centro ya conozco". Así lo hicimos y salimos al bosque y del bosque me dirigí hacia el Paseo de la Reforma que bien conocía hasta la estatua de Colón, frente a la cual estaba el edificio de apartamentos con el número

77, donde había vivido mi hermano Pedro Antonio, algunas veces con mi hermano Samuel y donde también estuve yo con Pedro Antonio cuando me llevó al Colegio Militar, por lo que toda la familia Carrillo (dueña del edificio) me conocía.

Un poco antes de llegar a Reforma 77, en un cuartel se formó una guardia al grito de ¡guardia, tropa armada! Nosotros pasamos y saludamos militarmente y le dije a Tito: "Son pelones", y seguimos nuestra marcha. Después supe que se trataba de los bomberos que Huerta había militarizado. En la casa de la familia Carrillo, que era la propietaria, como dije anteriormente, había una especie de colonia revolucionaria. Ahí vivían la viuda y los hijos del vicepresidente José Ma. Pino Suárez, don Santiago González Casanova, hermano del gobernador de Chihuahua, don Abraham González, asesinado por Huerta, la familia del ingeniero don Manuel Bonilla, ministro de Comunicaciones del señor Madero, una de cuyas hijas, muy bella por cierto, Rosario, a quien todos llamaban Chayo, fue mi novia como a las dos horas de haberla conocido, y otras familias de revolucionarios. La misma familia Carrillo toda era maderista, circunstancia que seguramente influyó mucho, si no que todo, para que el capitán federal Jacinto Blas Treviño, que era yerno de doña Adelita, la cabeza de la familia, haya aceptado ir a la Revolución, pues ya que él se había casado pobre y por interés con mujer rica y aristócrata, no podía nunca librarse de ese complejo, pues ideas revolucionarias este señor Treviño no tenía, porque tenerlas ni las tuvo nunca. Ya me ocuparé extenso de este señor que por azares de la Revolución, tuve el desagrado de tener de jefe durante algún tiempo y que con el apoyo de mi compadre y gran amigo el presidente, general don Manuel Avila Camacho, sacamos del basurero cuando estaba dado de baja por indigno.

Todas estas familias revolucionarias o de revolucionarios me recibieron con cariño, casi me bajaron del caballo, me hicieron mil preguntas. El más formal de todos era don Santiago González, quien, como ya dije era hermano de don Abraham. Iba yo adornado con dos cananas repletas de cartuchos cruzadas al pecho, una pistola calibre 44-40 marca *Colt* del caballito y, como adorno, una larga daga en una de las botas, que eran mineras, como las usaban casi todos los jefes y oficiales revolucionarios de la época. Me dijeron que el ejército constitucionalista no había entrado todavía en la capital, que la noticia que me dio el oficial, de que les platiqué en Tlalnepantla, era errónea, que entrarían al día siguiente, pero que yo me quedara, que ya no había ningún peligro de que me pasara nada con los federales dentro, y así lo hice. Ese mismo día por la noche, conocí ahí a un joven moreno que andaba paseando por la banqueta, de bigotito, de ojos grandes y negros, de cejas muy pobladas, muy catrín, de voz ronca, pausada y agradable y que me presentaron las señoritas Piedad Vázquez Tagle y Rosario Bonilla y me dijeron que era novio, o cuando menos pretendiente, de Lucía

Carrillo, la menor de las hijas de doña Adelita. Al darnos la mano dijo: "Yo fui amigo de Pedro Antonio y soy amigo de Samuel", y yo le contesté hablándole inmediatamente de tú: "Por fuerza de la costumbre también serás amigo mío y yo lo soy tuyo"; nos dimos la mano y un abrazo. Este joven entonces lo conocí solamente con el nombre de Adolfo Ruiz y después fue don Adolfo Ruiz Cortines, que, como se sabe, llegó a ocupar la presidencia de la República.

Al día siguiente entraron las tropas, o por lo menos una parte de ellas, en la capital, bajo el comando supremo del general Obregón. Las fuerzas de la brigada Santos quedaron en Tlalnepantla para seguir su avance hacia el sur, rumbo a Puebla, según órdenes que tenían, pero los jefes, con mi hermano Samuel a la cabeza, vinieron a la capital a pasar unos días, y cuál no sería su sorpresa cuando se encontraron conmigo que ya estaba ahí, contándoles las circunstancias en que había llegado. "Bien —les dije en son de broma—, yo solo tomé la plaza".

Al entrar en la capital, por órdenes del señor Carranza, fuimos ascendidos los jefes y oficiales de la brigada Santos. Por lo tanto, cuando yo todavía no cumplía diecisiete años ya era capitán del ejército constitucionalista. En México, nos reunimos muchos amigos de la Revolución. Miguel M. Acosta, quien venía con el general Obregón; Lucio Blanco, que era el jefe de las caballerías, y cariñosamente me llamaba Chalo; el general Francisco de P. Mariel, subordinado de Pedro Antonio en la revolución maderista, Vicente Salazar, los Azuara, etcétera, etcétera. Conocí a muchos jefes que no había conocido antes, entre ellos al general Obregón del cual quedé tan impresionado desde el primer momento que hablé con él, que nunca dudé desde entonces que yo siempre sería obregonista. ¡Qué hombre tan simpático, qué amable y dicharachero, y qué don de gentes para tratar a los oficiales subalternos! Cuando menos, yo me sentí distinguido desde las primeras palabras que crucé con él. Don Pablo nunca me entró, ni le entró a ninguno de los de mi familia que andaban en la Revolución, sólo las circunstancias nos obligaron a andar bajo sus órdenes, pero nunca le tuvimos fe, ni confianza, ni estimación, ni, mucho menos, cariño. Si el jefe del Noreste hubiera sido don Jesús Carranza otra cosa hubiera sido, pues éste era un hombre más bueno que el pan, muy alegre, muy sencillo y muy campechano para tratar a todos. A Lucio Blanco lo queríamos, lo admirábamos, lo respetábamos, pero el señor Carranza lo quitó del Noreste, lo mandó al Noroeste, y designó a don Pablo González, cuyo nombramiento cayó muy mal.

A los pocos días de nuestra entrada triunfal en la Ciudad de México se celebró la primera convención de jefes revolucionarios, de la cual fue presidente el general Antonio I. Villareal, vicepresidente el general Luis Caballero, y primer secretario mi hermano Samuel. Ahí tuve ocasión de conocer a todos los jefes del Noroeste que no conocía, pues

todos los jefes del Noreste me eran familiares, en su mayoría, desde el maderismo. Conocí al general Buelna, que apenas había cumplido dieciocho años de edad, que tanto se distinguió por su valor; al entonces teniente coronel Francisco L. Serrano (Pancho); al general Salvador Alvarado, que me trató muy bien; al general Benjamín G. Hill, quien también me cayó bien desde entonces, por su vocabulario digno de un sargento en estado de grifa. Este léxico lo usaba, no obstante ser el general Hill un hombre muy culto. En fin, conocí a todos, o casi todos, los jefes del Noroeste.

Aquí voy a abrir un paréntesis. Después de nuestra entrada en el puerto de Tampico, se nos incorporó el jefe huertista Apolonio Treviño con un grupo como de cincuenta voluntarios. Apolonio había sido maderista de la gente de Pedro Antonio, a quien quería mucho. A la muerte del señor Madero salió de la cárcel de Belem, donde estaba recluido después de haber caído prisionero en manos de Samuel, en esa escaramuza que Samuel tuvo contra los orozquistas en el pueblo de Tanlajas de la Huasteca potosina. Samuel entonces intentó fusilar a Apolonio, pero lo salvó Pedro Antonio, y creo que no hizo mal, porque Apolonio era un hombre sin convicción de ninguna especie y cambiaba de partido con más facilidad que cambiar de ropa, era el clásico chaquetero, muy simpático, muy alegre y muy bueno para correr al oír los primeros tiros. No obstante que estaba preso por antimaderista, a la caída del Apóstol, tan luego lo pusieron libre los felicistas, se presentó con Pedro Antonio y con Samuel ofreciéndoles levantarse en armas tan luego lo hicieran mis hermanos. Pedro Antonio aceptó la oferta, pero Samuel la desvirtuó, porque le tenía desconfianza a Apolonio y creía que era un espía, pero no era así, pues repito que Apolonio Treviño era muy chaquetero, y le encantaba el argüende y la "bola". No tenía ninguna convicción, ni ideología. Pues bien, como dije, Apolonio se nos incorporó después de la toma de Tampico. Al llegar a México nos prometió a Samuel, a Braulio Romero, a Mencho Santos y a mí, poner en "suerte" al exgeneral federal Arnaldo Vargas Huerta, jefe de las fuerzas federales que habían capturado y asesinado a Pedro Antonio, y, en efecto, dos o tres días después de la promesa que nos hiciera, nos fue a ver una mañana a Reforma 77, nos dijo que a las doce en punto de ese día estaba citado con Vargas Huerta y otros jefes federales en el Quiosco de las Flores, que así se llamaba el sitio principal que en aquel tiempo servía de mercado de las flores en México, el cual estaba ubicado a un costado de la catedral. Apolonio nos dijo que a todos los jefes los iba a saludar militarmente o tal vez de mano, pero que al que él abrazara (igual que Judas Iscariote) ése sería Vargas Huerta, y nosotros le echaríamos mano.

A distancia, íbamos Braulio y yo. Braulio llevaba una escuadra 38 de las que eran reglamentarias en esa época en el ejército federal, que se había "avanzado" en Ciudad Victoria, Tamaulipas (entonces eran pisto-

las muy grandes), y yo llevaba una enorme 44-40 marca *Colt* del caballito, de balas expansivas, que me había regalado mi padre.

Efectivamente, llegó Apolonio al Quiosco de las Flores donde había un grupo de individuos, todos vestidos de paisanos. Apolonio iba uniformado al estilo de la época entre los constitucionalistas, con sombrero texano, luciendo tres estrellas de coronel. Braulio y yo también íbamos uniformados y tocados con sombreros texanos, guardando una distancia como de veinticinco a treinta metros detrás de Treviño. Llegó Apolonio hasta el grupo. Algunos lo conocían y otros seguramente era la primera vez que se veían con él y los fue saludando como nos había dicho, a unos cuadrándose militarmente, diciendo palabras que nosotros no escuchábamos, pero que seguramente eran de presentación, a otros los saludó con más euforia de mano y a un tipo alto, blanco de bigote que debió haber sido rubio pero que ya era gris y de pelo del mismo color y portando al cuello una bufanda de lana, no obstante ser el mes de agosto, lo abrazó efusivamente por dos veces consecutivas. Braulio y yo avanzamos con toda violencia y también seguramente con toda furia, "arrancamos" rápidamente las pistolas y se las pusimos pegadas al cuerpo y ya preparadas, le dijimos: "Ríndase, traidor". Acto seguido le metí la mano a la cintura para desarmarlo, pero no llevaba ningún arma, y le dije: "¿Qué armas porta?", y me contestó: "Tal vez usted considere arma una navaja que traigo en la bolsa para pelar fruta", yo le dije: "Entréguemela". Metió la mano al pantalón y sacó una larga navaja bien filosa de la que me apoderé. Nadie chistó una palabra. Apolonio también guardó silencio. Sólo Vargas Huerta dirigiéndose a Braulio, que lucía estrella de mayor y, por lo tanto, era mi superior jerárquico, pues yo era capitán, y él como buen oficial, tenía el concepto de los conductos debidos, le interrogó diciéndole: "¿Por órdenes de quién me pone usted preso?". Yo le contesté: "Por órdenes de Pedro Antonio Santos a quien ustedes asesinaron, hijo de la chingada; yo soy su hermano menor y si es usted buen católico récele al chivo pascual". Luego le dije: "A caminar y a callar". Y nos lo llevamos, lo subimos al automóvil de Samuel, que era rojo y abierto, y lo condujimos a la Inspección General de Policía, a cargo del general Francisco Cosío Robelo, que era segundo de Pedro Antonio cuando lo mataron y que era inspector general de Policía en México, nombrado por Carranza. Le dijimos que por órdenes de Samuel habíamos capturado a Vargas Huerta y le dio mucho gusto, pero me dijo que nosotros no lo podíamos matar, que él le diría al Primer Jefe para que ordenara lo que procediera, ya que seguramente sería castigado como se merecía, pero que no podíamos matar a ningún jefe federal porque se acababan de rendir incondicionalmente por los tratados de Teleoyucan, y si empezábamos a matar pelones sin formación de causa, unos se iban a ir con Villa y otros con Zapata, y que no podíamos hacerlo por nuestra propia cuenta. Yo

le dije a Pancho Cosío Robelo que estaba bien, que hay se lo encargaba, sólo que no permitiera que se fugara, lo cual prometió solemnemente, y cumplió. Después Samuel habló con el Primer Jefe y don Venustiano le dijo que lo mandara a San Luis Potosí debidamente escoltado, pero con gente que no fuera de la brigada Santos porque seguramente que lo iban a matar y aunque él, don Venustiano, no tenía interés en salvarle la vida a ningún traidor de los que estaban comprendidos en la Ley del veinticinco de enero de 1862, los cuales se habían rendido incondicionalmente y no tenían derecho a reclamar ni siquiera garantías para su vida, que en los casos de los generales huertistas era conveniente que antes de ser ejecutados siempre se les sujetara a proceso.

Samuel, cumpliendo las instrucciones del señor Carranza, envió a Vargas Huerta custodiado por un grupo de oficiales pertenecientes a la división que comandaba el general Eulalio Gutiérrez, quien como ya he dicho era a la sazón gobernador y comandante militar del estado de San Luis Potosí. Allá quedó preso Vargas Huerta, mientras nosotros avanzábamos hacia el Istmo de Tehuantepec, y, a su debido tiempo, relataré el desenlace de este asunto.

Mientras estuvimos en la campaña de Tamaulipas, aunque sufrimos muchas penalidades siempre estuvimos contentos, porque tuvimos como jefe al general Luis Caballero, que era un tipazo en todo el sentido de la palabra, muy apuesto, muy simpático, cantador y bailador de huapangos, muy amigo de los huastecos, región en la que había andado antes de la Revolución, vendiendo potros, jugando baraja y gallos, echándose la partida o apuntándose en los albures. Lo considerábamos, no obstante ser de Tamaulipas, un huasteco como nosotros, con todas las cualidades de los huastecos, y no hablo de defectos porque no hay huasteco que crea que los tiene. Este ameritado revolucionario era padre político del hoy general de división Raúl Gárate, compañero de mi hermano Samuel y mío durante la Revolución en las campañas de Tamaulipas.

En la capital, cual más cual menos se "avanzó" un automóvil. A mí el ya general Cosío Robelo, que fue nombrado por don Venustiano Carranza, como ya dije anteriormente, inspector de Policía a la toma de la capital, perteneció al 12o. de Pedro Antonio y que andaba con él cuando lo mataron, me dio una orden para ir a recoger el automóvil a un señor senador, más bien dicho exsenador, pues como se sabe, las Cámaras huertistas fueron desconocidas por el señor Carranza.

Llegué a la residencia del "patricio", el cual era un viejo de bigote blanco y estaba recostado en la cama. No me querían dejar entrar los "ujieres", pero, mediante un cañonazo con la 44 en la quijada, hice irrupción hasta la alcoba del legislador. Le presenté la orden escrita y firmada por el general Cosío Robelo y el hombre que se estaba haciendo el "enfermo", al ver un muchacho tan joven como yo, con mis tres

barras de capitán en el hombro, pues galones no usabamos, se me quedó viendo como animal raro, y seguramente no me tomó en serio, y me preguntó: "¿Qué este señor general Cosío Robelo, jefe de la Policía (dijo esto último con mucha sorna) viene a dar garantías a la sociedad o viene a robar, o por lo menos a mandar a robar?" A lo que contesté: "Mire, viejo huertista hijo de la rechingada, usted personalmente me va a entregar ese automóvil sin hacerle ninguna trampa, para que no camine, o le saco los sesos de un pistoletazo, y me unto las botas con ellos". Diciéndole esto lo agarré de los bigotes, saqué la 44, y le di un trompazo con el cañón de la pistola al pie de la oreja, pero con bastante fuerza; acto seguido los soldados que iban conmigo cortaron cartucho, y me dijeron: "Déjanos quemar a este cabrón", pues entonces había muchos soldados que trataban de tú a sus oficiales y aun a sus jefes, por haberse conocido de siempre. El viejo se salió de las cobijas, traía un camisón como esos que usaban los locos en ese tiempo, se hincó y nos empezó a decir que por favor no lo matáramos. Entonces le dije: "Párese y entrégueme el automóvil". El viejo sonó un timbre, vino una mujer muy azorada, y le entregó las llaves del carro. Le dijo a la mujer que le ordenara al chofer que lo echara a andar, lo que hizo con *cran*, pues entonces no se conocían las marchas automáticas. Le puse dos centinelas de vista al chofer, porque ninguno de nosotros sabía manejar, para que se fuera con nosotros con todo y "mueble". A los demás soldados de la escolta les cerré un ojo, y les dije: "Métanse a las demás piezas, a ver si hay caballos, parque, armas o documentos comprometedores". Ellos me entendieron muy bien, y al poco rato habían hecho un pequeño saqueo, del cual lo único útil que llevaban era una pistola, un rifle de salón y un portamonedas que se encontraron en la cocina, seguramente con el gasto, pues se trataba de treinta y dos pesos fuertes de plata del cuño porfirista. El chofer lo confisqué. Los demás oficiales y hasta mis jefes me envidiaban el formidable *Renault* francés de siete asientos que ahora parecería un cajón de muerto, en que me di a "boulevardear" por las calles de México, siempre con compañeros, pues nosotros no teníamos amigos civiles sino una que otra rara excepción. Desde entonces, yo que, "inmodestia" aparte, siempre fui bueno para poner motes y apodos, llamé al general Francisco Cosío Robelo, mi general Róbelo, apodo que hizo fortuna en las filas de los revolucionarios del noreste.

Un día nos llamó mi hermano, el coronel Samuel M. Santos, a mi primo el mayor Braulio M. Romero y a mí, y nos dijo: "En Tlalnepantla dejé una partida de doscientas mulas en unos corrales, quiero que ustedes dos se encarguen de venderlas, y yo los llevo en un diez por ciento a cada uno". Acto seguido, nos trasladamos Braulio y yo a recibir las mulas que eran cuidadas por un sargento Mendoza, abigeo de siempre del rumbo del Corozal, en la Huasteca veracruzana. Ya que recibimos

las mulas, nos dijo Mendoza que ahí al lado en otros corrales había una partida de mulas que, por lo menos, ascendía a tres mil cabezas, que eran de la 21 brigada del general Jesús Agustín Castro. El sargento Mendoza, que era más ladrón que Gestas, nos sugirió que a la hora en que sacaran las mulas de Castro a pastorear, sacáramos las nuestras, hiciéramos que se revolvieran y en cada revoltura llevarnos diez o doce mulas de las del 21.

Así lo comenzamos a hacer desde el día siguiente, y empezamos a vender Braulio y yo la mulas que íbamos adquiriendo tan "honradamente" como antes las había adquirido el general Castro, sólo que nosotros con un poco más de habilidad y, también, con un poco más de peligro, pues si él se percataba, no la íbamos a pasar bien. Después de estar "vaquereando" todos los días en esta forma, le dije a Braulio: "Lo mejor es que Mendoza se haga amigo de los sargentos y soldados que cuidan las mulas y que los convide a una chicharronada con el gachupín Monteagudo, que era quien nos compraba las mulas chuecas, y el Parientito Ismael Salazar que es el que servía de intermediario entre nosotros y el gachupín Monteagudo. A este gachupín lo conocíamos desde la Huasteca, donde siempre se había ocupado de comprar y vender ganado orejano o, como se dice ahora, ganado "chueco" en gran escala. Braulio aceptó inmediatamente la idea. Llevamos a cabo la chicharronada, rociada con muy buenos coñacs y mucha cerveza y unas cuantas "cariñosas" que conducía el Parientito Salazar (él así las llamaba), pues éste vivía en México y conocía muy bien elementos y costumbres. A la hora del convivio se presentaron un teniente y dos sargentos que eran los comandantes de la "vaciada mular". En un santiamén nos identificamos como hermanos de lucha, de armas y de "ideales". Mis barras de capitán y la estrella de mayor de Braulio y la presencia de aquellos dos "pacíficos" (como se les llamaba entonces a los paisanos), que iban muy bien vestidos, impusieron subordinación y respeto al teniente y sus dos sargentos, máxime que con ellos iba como sabedor (ahora 5a. columna) nuestro sargento Mendoza. Nosotros éramos más dúctiles y más comprensivos que los que ahora pierden su tiempo en discusiones bizantinas en la Liga de las Naciones, y llegamos a un acuerdo, consistente en que la revoltura de mulas iba a continuar hasta que nosotros o ellos marcháramos para el sur, pero que había que cuadruplicar o quintuplicar el número de mulas incorporadas a la Brigada Santos, mediante el recorte respectivo para el teniente y los dos sargentos de la brigada 21; en cuanto a Mendoza, nos dijo a Braulio y a mí, que él se conformaba con lo que Dios y nosotros lo quisiéramos proteger. Diariamente, iba Monteagudo a recibir las mulas que nos pagaba a treinta y cinco pesos el muy bribón, cuando en el mercado legal valían sesenta pesos. Braulio y yo, ya ni siquiera íbamos a Tlalnepantla, nos la pasábamos en México, alternando con los generales y je-

fes espléndidos, sin que nunca hubiésemos rehuido ninguna cuenta en la casa de alguna Eva Pérez o de alguna María Luisa o de cierta Rosario, que a pesar de ser joven y bella ya era propietaria y directora de una prestigiada casa que había por la colonia de los Doctores, que fue la que me graduó en esas lides. Cuando ya supimos que íbamos a continuar la marcha para el sur, o sea, para los estados de Puebla y Veracruz para llegar al Istmo de Tehuántepec le hicimos a Samuel partícipe de nuestro superávit. Vendimos las doscientas mulas de Samuel, y le entregamos el dinero religiosamente, diciéndole que renunciábamos al diez por ciento que nos había ofrecido. El nos contestó lleno de risa y de buen humor parodiando el conocido adagio de "ladrón que roba a ladrón", y nos dijo: "Ladrón que roba a bandido, merece ser ascendido", pero no nos ascendió.

Marcha hacia el Istmo de Tehuantepec

A fines de agosto, emprendimos la marcha por tierra de Tlalnepantla todos a las órdenes del general en jefe don Jesús Carranza. Iban en la columna las brigadas Coss a las órdenes de su jefe, el general Francisco Coss, a quien llamábamos Pancho Patada; Alberto Carrera Torres, a quien llamábamos Torres a la Carrera, con sus hordas de unos cuatro mil hombres de caballería más o menos; la brigada 21, a las órdenes del general Jesús Agustín Castro; y el coronel César López de Lara, al frente de una brigada de infantería; la Brigada Santos al mando de su jefe, a quien ya el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, le había notificado su ascenso a general, pero aún no recibía su nombramiento, y otras fuerzas más. Como dije, avanzamos por tierra las caballerías, pero las infanterías iban en trenes, y al llegar a Panzacola, en el estado de Puebla, se encontraron estas tropas, que llegaron antes que nosotros los de caballería, con los puentes quemados y la vía destruida, obra de los huertistas Juan Andrew Almazán, Higinio Aguilar y Benjamín Argumedo. Estos cabecillas, que estaban sentenciados a muerte por la Revolución y por la Ley del veinticinco de enero de 1862, no tuvieron más remedio que remontarse y rebelarse contra el ejército constitucionalista.

Dos hermanos del licenciado don Luis Cabrera, uno de ellos de nombre Ramón y el otro cuyo nombre no recuerdo, pero me parece que era Rafael, que eran mayores de nuestras fuerzas, llegaron confiados a Puebla, creyendo que con la rendición del ejército federal en la ciudad de México la lucha había terminado. Almazán y socios se apoderaron de estos dos jóvenes, y los asesinaron vilmente. Este Almazán es el individuo que la reacción mexicana escogió en las elecciones presidenciales del año de 1940 para enfrentarlo con el candidato de la Revolución, ge-

neral Manuel Avila Camacho, en un vano intento de restauración reaccionaria.

Debo aclarar que a nuestra brigada iba incorporado el teniente coronel Leopoldo Lárraga, muy buen revolucionario de convicciones, y maderista de 1910. Leopoldo no tomó las armas en el maderismo porque fue capturado y preso muy pronto, y enviado con Macario Balderas y otros revolucionarios a la penitenciaría de San Luis Potosí. Los echó fuera de la cárcel mi hermano Pedro Antonio personalmente a nuestra entrada en San Luis Potosí.

Este Leopoldo era muy diferente de su hermano Manuel que también estaba comprometido con el maderismo, pero se concretó, cuando la persecución a Pedro Antonio y la prisión de su hermano Leopoldo, a irse a esconder al rancho de un señor don Nicanor Piña, en Ocampo, Tamaulipas, que en esa época era porfirista y después se incorporó a la Revolución, en 1913, con doscientos hombres muy bien montados y armados, poniéndose a las órdenes del general Agustín Castro, jefe de la 21 brigada.

Leopoldo Lárraga nunca fue un gran combatiente, pero tenía valor civil sobre todo, y cuando la candidatura del señor Madero fue uno de los pocos que ganaron una casilla electoral en Ciudad Valles. Le costó, como dije, esta actitud valiente ser huésped de la penitenciaría de San Luis durante todos los seis meses de la Revolución maderista. Manuel, su hermano, por el contrario, aunque llegó a general nunca combatió, siempre anduvo a salto de mata, robando vacas, asesinando y secuestrando gente pacífica, y cuando le tocó, muy a su pesar, estar encerrado en la defensa de Ebano, a los pocos días desertó para la Huasteca con su gente, pretextando que iba a flanquear a los villistas. A su debido tiempo hablaré más extensamente de este Manuel Lárraga, funesto para la Huasteca.

Continuando con Almazán diré que fue jefe político de Victoriano Huerta en la ciudad de San Luis Potosí, donde mandó muchos inocentes, sobre todo de las clases humildes de "leva", es decir, forzados a pelear contra los revolucionarios del Norte. En mala hora este tipo y otros de su calaña se colaron en las filas revolucionarias del año de 1920 en que nos levantamos en armas los obregonistas, para impedir la imposición que don Venustiano Carranza trataba de hacer, poniendo en la presidencia de la República al ingeniero Ignacio Bonillas, hombre muy poco conocido y de una nacionalidad muy dudosa, pues había sido *sheriff* en Arizona, Estados Unidos.

Entramos en Puebla, y quedó nombrado gobernador y comandante militar de ese estado el general Francisco Coss (Pancho Patada), cuyo primer acto de gobernador fue entrar a caballo en la catedral, la que según los fanáticos fue hecha nada menos que por los mismos ángeles en una sola noche. Hecha o no por los ángeles, Coss entró a caballo

hasta el altar mayor, mandó recoger todos los confesionarios y personalmente les prendió lumbre.

Continuamos la marcha hacia el sur con el general don Jesús Carranza, y fuimos desarmando las fuerzas federales que íbamos encontrando en nuestro avance sin que ninguna opusiera resistencia, y así llegamos a Puerto México, que así se llamaba en esa época Coatzacoalcos, y después a Salina Cruz. Llegamos a Tehuantepec, en donde nos concentramos y en donde sucedieron algunos acontecimientos que voy a narrar con toda franqueza, sin importarme que por decir toda la verdad se me juzgue como se me quiera juzgar.

Íbamos a Tehuantepec el teniente coronel Fulgencio Santos, mayor Crisóstomo Nájera, el mayor Agustín Millán, yo y algunos cuantos soldados que no recuerdo quiénes serían, atravesando la plaza principal de la ciudad, cuando de buenas a primeras nos encontramos con un grupo de uniforme diferente al de los federales y diferente de los nuestros, pues no usaban kepí, pero tampoco traían sombreros texanos como nosotros, casi todos venían tocados con sombreros de palma. Estaba ya oscureciendo, y en el quiosco de la plaza estaba tocando una música regional de las llamadas "de viento", compuesta por puros indios zapotecas. En el grupo de que estoy hablando nadie traía carabina en mano aunque traían cananas terciadas, lo que quería decir que las armas largas las habían dejado en su cuartel, pero traían pistolas como nosotros aunque no tan buenas. De repente, Mencho dijo: "Son los huertistas de Tampamolón que van huyendo hasta el último rincón de la República a ver si se nos escapan". Inmediatamente después que Mencho dijo estas palabras reconocí a un sujeto que había sido mi compañero de escuela y que se llamaba Lino Escudero y junto a él venía nada menos que el Pepitoria. Tan luego lo reconocí arranqué la 44 y Mencho y todos los demás hicieron lo mismo con sus pistolas. "Hijos de la rechingada —les dije—, ¡aquí se van a morir todos, y no de cólico", e inmediatamente le vacié la pistola al Pepitoria. Los demás levantaron los brazos en alto.

Con tanta derrota que habían sufrido a lo largo de la República iban muy acobardados, se entregaron prisioneros y nos regresamos con ellos a nuestro cuartel. La gente que estaba en la serenata no corrió ni la música dejó de tocar. Agarramos prisioneros como a ocho huertistas aparte del Pepitoria, que quedó "barbeado en el suelo". Se reunió pronto una gran multitud casi de puros indios tehuanos y muchos soldados y oficiales de nuestras fuerzas. Alguno de ellos preguntó: "¿Qué pasó aquí?", y yo le contesté: "Son huertistas que acabamos de pescar". "Quémenlos", dijo una voz de entre los nuestros. Arriamos con estos huertistas que eran más o menos como ocho y al Pepitoria ahí lo dejamos tirado y ninguno de nosotros se ocupó de saber si lo enterraron o lo tiraron al río o quién sabe lo que pasaría con él.

Este grupo de huertistas fueron de los que persiguieron y capturaron a mi hermano Pedro Antonio. Este Pepitoria es aquel que me pegó con una caña de azúcar en la nuca a traición, cuando, en 1909, regresábamos de un día de campo al Arroyo Grande sin haber motivo y sin haber mediado una palabra entre él y yo, y al que le dije en aquella ocasión cuando me repuse de mi breve desmayo que un día me la iba a pagar pero bien completa, y bien completa me la pagó.

Ya ni a cenar fuimos. Regresamos al cuartel, que estaba en la estación, y le llevamos los presos a Samuel, que estaba departiendo alegremente con una tehuana que después se la trajo hasta México. "Que se haga cargo de los prisioneros el mayor Millán", dijo Samuel, a lo que Mencho protestó, y dijo: "No, estos prisioneros quedan a cargo de Gonzalo". "Bueno, compadre", le dijo Samuel a Mencho, pues en el servicio se trataban con sus grados respectivos y de usted, pero en la intimidad se hablaban de tú y se llamaban compadres, como lo habían hecho siempre antes de la Revolución.

Ya en mi poder estos ocho huertistas de Tampamolón, de los cuales sólo recuerdo el nombre de Lino Escudero, les puse una guardia en un carro-caja del ferrocarril con instrucciones de no perderlos de vista un segundo y con las carabinas de los centinelas con cartucho cortado.

A los dos o tres días, y después de haber disfrutado de los "baños dobles" en Tehuantepec, que querían decir en aquella época que el hombre se podía bañar con una o más muchachas, y si no conocía a ninguna, el administrador de los baños se encargaba de proveer la gentil mercancía. Como se comprenderá, nosotros, militares revolucionarios, jóvenes y vencedores, no teníamos ninguna dificultad para que junto con el jabón se nos llevara una o dos bellas tehuanas. Repito, después de unos días de solaz en Tehuantepec, recibimos orden de marchar a Salina Cruz.

Quedamos instalados en nuestro tren militar, esperando solamente la orden de Samuel para que el conductor arrancara el tren. Mi hermano y los jefes iban en un carro especial. Samuel llevaba su tehuana, los demás iban célibes. Yo me instalé en el techo de uno de los carros-jaula donde iba nuestra caballada y también las sillas de montar, como entonces se acostumbraba. Hice subir a los huertistas, cuya custodia se me había encomendado. Naturalmente, éstos iban debidamente rodeados por nuestros soldados, un grupo escogido por mí, de los de mayor confianza. El tren arrancó, y todos íbamos sentados en el techo; los ocho huertistas, muy espantados. Los hice que me relataran cómo estuvo la muerte de Pedro Antonio, el más cínico fue el tal Lino Escudero pues me llegó a decir que todos creían que con la muerte de Pedro Antonio todos sus hermanos, primos y subordinados nos íbamos a rendir al gobierno, y que con eso se iba a acabar la Revolución en la Huasteca. Yo los hice hablar y les saqué todo lo que pude, y cuando me contaron que a Pedro Antonio lo habían amarrado de las manos cuando lo tomaron prisionero para conducirlo al cuartel de Vargas Huerta, ya no pude contenerme, y al pasar un puente de un río que debe ser el de Tehuantepec, saqué la 44-40 de que tantas veces he hablado y "regalé" dos expansivas a Lino Escudero y dos a cada uno de sus compañeros. A este Lino Escudero lo odiaban todos los revolucionaros de Tampamolón, porque su padre, que era santista, fue mandado asesinar en pleno día por Martell durante el régimen porfirista en el mismo pueblo con la policía y los rurales municipales, sólo porque borracho gritó que era santista; al hijo, o sea Lino, lo recogió mi tío Trinidad Santos, hermano de mi padre, que era padrino de Lino, lo crió y lo puso en la escuela. Después este traidor se hizo huertista, y junto con los voluntarios de Tampamolón estuvo en la muerte de Pedro Antonio. Fue por esto que no alcanzó perdón, aunque a decir verdad ningún otro huertista que cayó en nuestras manos obtuvo clemencia de nosotros, pues reitero, entonces la lucha era muy encarnizada y a muerte.

Conforme los huertistas iban cayendo en el techo de la jaula, mis compañeros los iban empujando con el tren corriendo. Unos cayeron al río y los otros en el terraplén de la vía, pero el tren no se paró. A los dos que quedaban vivos los mató el teniente Tito Acosta con su 30-30 de balas expansivas. Subió como gato por las escaleras de fierro de la jaula el entonces capitán Valente C. Salazar, y me dijo: "Dice mi coronel Santos (se refería a Samuel) que qué fueron unos tiros que se oyeron". Yo le dije: "Dile a Samuel que ya chingué a los cabrones de Tampamolón, pero que no se le olvide que nos faltan muchos, y sobre todo, los principales".

Al llegar a Salina Cruz bajé, y por los rigurosos conductos de ordenanza, me le cuadré al mayor Crisóstomo Nájera, primo y compadre de mi hermano Pedro Antonio, y le dije: "Con la novedad, mi mayor, de que empezamos a hacer justicia, sólo Dios sabe cuándo terminaremos". Crisóstomo se cuadró a su vez a Mencho, que era teniente coronel: "Con la novedad, mi teniente coronel, que usted ha escuchado del capitán Santos", le dijo, y Mencho se cuadró a Samuel y le dijo: "Mi coronel, ya Gonzalo chingó a esos cabrones". Samuel contestó: "Hizo bien". No volvimos a comentar el asunto delante de Samuel, pero después me decía Mencho: "Pero qué suerte tienes; cómo te encontraste y te comiste al Pepitoria tan lejos, y es un cabrón dulce que nunca me ha gustado." Cuando Mencho me tocaba este punto, yo le contestaba: "Espérate a los chicharrones, apenas vamos empezando".

Nos acuartelamos en Salina Cruz, y fuimos a ver al general don Jesús Carranza en su carro especial. Ahí conocí al general exfederal don Antonio Tracy Hubert, que si bien es cierto reconoció el gobierno de Huerta como todos los federales, no fue sanguinario y jamás se ensañó con ningún revolucionario, por lo que Huerta pronto le quitó el mando.

Tracy Hubert había sido jefe de don Jesús Carranza en la campaña contra los orozquistas en tiempos del señor Madero, y don Jesús le tenía mucha y muy merecida consideración. Ahí, en el carro del general Carranza, conocí también a Agustín Santibáñez, un individuo que cuando llegamos a Tehuantepec vendía pianos. En un santiamén juntó quinientos indios juchitecos y formó un batallón, se le presentó a don Jesús como general sin haber andado un solo día en la Revolución, y don Jesús le reconoció el grado de buenas a primeras con el disgusto de todos los jefes y oficiales de la columna. Este Santibáñez, cuando vino la división entre Villa y Carranza, fue el que traicionó a don Jesús, lo agarró prisionero junto con su Estado Mayor, entre los que estaba un hijo de don Chucho que era capitán y que se llamaba Abelardo, y los asesinó vilmente. Después de saludar a nuestro general Carranza, él se puso a tocar el piano, que por cierto le había regalado el tal Santibáñez y que tenía en el carro especial; llamó a unas muchachas que él llamaba "enfermeras". Don Jesús tocó el piano, por cierto lo ejecutaba muy bien, y nos hizo bailar a los oficiales; mi hermano Samuel que, como ya he dicho y todos los que lo conocieron lo saben, era de muy buen humor, a estas "enfermeras" las llamaba "enfermadoras". Después de este rato de esparcimiento que nos brindó nuestro jefe, uno de los ayudantes del cuartel general nos fue a enseñar nuestro cuartel.

Al día siguiente se tendieron todas las fuerzas por órdenes del general Carranza en la orilla de los muelles. Esperamos la llegada de los barcos que traían las fuerzas federales, que venían a rendirse, procedentes de Sonora al mando todos del general Joaquín Téllez. Este desarme lo dirigían los generales Jesús Agustín Castro, Samuel M. Santos y César López de Lara, acompañados de sus estados mayores. Ya he dicho, pero no está por demás repetirlo, que los revolucionarios constitucionalistas en sus sectores, también los villistas y los zapatistas, teníamos odio por los federales, pero este odio era más marcado en aquellos que habíamos perdido miembros de nuestra familia asesinados por los pelones, y en nosotros, los de la brigada Santos en la cual militábamos una enorme mayoría de parientes de Pedro Antonio, tan cruel y vilmente asesinado, el odio era más marcado y, si se quiere, feroz.

Es por ello seguramente que estando desarmando a un grupo de oficiales federales, al tocarle su turno a un coronel de bigote y pelo rubio, como de veinticinco o veintiséis años, al recogerle la pistola que era cuadrada y reglamentaria 38 de las que usaba el ejército federal, me dijo que él entendía que a los jefes y oficiales se les iban a dejar sus armas por "motivo de decoro", a lo que yo le contesté que los que habían asesinado al presidente y vicepresidente de la República, señores Madero y Pino Suárez, no tenían decoro, se puso rojo y me entregó la pistola. Luego le exigí la espada y me dijo: "¿También la espada?", y le dije: "Sí, también la espada. Usted para qué la quiere". El coronel volteó a ver a

un grupo de oficiales que lo rodeaban, y les dijo: "Tiene razón este señor capitán". En lo de capitán puso un énfasis muy irónico (pues yo tenía diecisiete años), y dijo: "Efectivamente, nosotros ya no necesitamos las espadas, tómela usted", y me adelantó la espada con todo y su funda metálica, la que yo le arranqué del cinturón con todo y cadena. Relato este hecho del cual me he arrepentido muchas veces. Después, en el transcurso de las luchas militares y peleas políticas, que tan larga y encarnizadamente he sostenido en mi vida, me he dado cuenta de que aquel acto mío fue de la más legítima cobardía, que si bien es cierto que el furor y el odio así como el deseo de venganza me dictaron aquel acto, no pude o no supe ser caballero con un hombre que venía a rendirse, que aunque lo hizo con nuestra causa, se había batido en los campos de batalla de Sonora y Sinaloa, nada menos que contra las aguerridas huestes del general Alvaro Obregón, y que este coronel, seguramente en aquella época, era más hombre que yo. Afortunadamente, no supe el nombre completo de este coronel que era de muy buena presencia, sólo supe que se apellidaba Peña o De la Peña, y nunca más, por fortuna, me lo volví a encontrar.

Ya cuando yo había cumplido veintidós o veintitrés años empecé a recapacitar de mi acto bochornoso y del cual, repito, me avergüenzo. Estoy escribiendo mi vida, no la voy a idealizar, y reitero que diré en cada caso toda la verdad. Quiero agregar que puse en mi acto todo lujo de crueldad, pues no se puede disculpar ni siquiera con la vanidad de un joven militar que quería portar espada al cinto pues ya en Tampico, cuando tomamos la plaza, todos los oficiales de la Brigada Santos ceñíamos espadas, quitadas en muy buena lid a los federales. Después de desarmar a los federales recibió órdenes el general Carranza, la Brigada Santos y la Brigada López de Lara, de ir a guarnecer las plazas de Juchitán, Rincón Antonio y todo el Istmo de Tehuantepec. El cuartel de la Brigada Santos estuvo primero en Rincón Antonio que ahora se llama Matías Romero, después en San Jerónimo, que ahora se llama Ixtepec. En Puerto México, mi hermano Samuel recibió nombramiento telegráfico del Primer Jefe don Venustiano Carranza como gobernador y comandante militar del territorio de Quintana Roo, y, a los pocos días, fue convocada la Convención revolucionaria de Aguascalientes. Mi hermano tuvo que ir como delegado y regresamos de Puerto México (ahora Coatzacoalcos) a la capital de la República, para ir a la Convención.

Convención de Aguascalientes

Yo asistí a casi todas las sesiones de la Convención como ayudante personal del general Samuel M. Santos, que era el primer secretario de la

Convención, el único de los delegados que tenía experiencia parlamentaria, pues había sido diputado por el Congreso de la Unión, perteneciente al Bloque Renovador, en tiempos del señor Madero, y ahí tuvo muy buena experiencia parlamentaria. Como desde la primera sesión en Aguascalientes la asamblea acordó adoptar el reglamento de la Cámara de Diputados y del Congreso, Samuel llevó el tejemaneje de la asamblea, es por esta circunstancia que yo ocupaba lugar muy cercano al estrado, y me rozaba con todos los grandes jefes. Ahí me tocó tratar con los generales Alvaro Obregón, Pánfilo Natera, Antonio I. Villarreal, y de convivir con muchos de mis antiguos jefes que tanto me distinguían y me honraban con su amistad y su cariño, como el general don Luis Caballero, Francisco de P. Mariel (para nosotros los huastecos Pancho Mariel), Vicente C. Salazar, viejo soldado de Pedro Antonio y paisano de la Huasteca. Ahí conocí también aunque solamente de saludo por dos veces al general Francisco Villa, a Rodolfo Fierro, a Tomás Urbina, al general Chao, al general Eugenio Aguirre Benavides, al general Raúl Madero, a José Isabel Robles, etcétera, todos éstos de la División del Norte. Diariamente saludaba y platicaba muchas veces con el general Eulalio Gutiérrez que, como ya he dicho antes, conocí en casa de Pedro Antonio en San Luis Potosí y al triunfo del maderismo. Ahí en la Convención de Aguascalientes me hice obregonista de "hueso colorado". Obregón no sólo trataba con los grandes jefes, sabía cómo tratar a los oficiales y a mí me subyugó desde la primera vez que hablé con él a la entrada en la Ciudad de México. Después de las asambleas, cuando se terminaban las sesiones ya bien entrada la noche, acompañábamos al general Obregón hasta su domicilio del hotel Siglo 20, Samuel, el general Mariel y yo que estábamos alojados en el mismo hotel y ya habíamos hecho costumbre de regresar juntos. En una ocasión, pasando el general Obregón cerca de la partida donde se jugaba muy fuerte, se desprendió un grupo de jefes y oficiales villistas enteramente borrachos, que habían reconocido al general Obregón y quisieron hacerle objeto de burlas, a lo que Samuel, Mariel y yo nos opusimos con actitud si bien expectante, un tanto beligerante. Querían que el general Obregón gritara ¡viva Villa!, y él con mucho ingenio los toreó, siguiendo adelante.

Un día de tantos, me dijo Samuel: "Te voy a presentar un hermano de luchas, el coronel (después general, gobernador de Tamaulipas y diputado), Rafael Cárdenas, tamaulipeco que anduvo con Pedro Antonio cuando lo mataron y logró salvarse" (no confundir a este Rafael Cárdenas con el huertista del mismo nombre que asesinó al señor Madero). Cárdenas y yo nos estrechamos la mano y nos hablamos de tú de inmediato. Samuel siguió diciendo: "Nuestro compañero Cárdenas te va a explicar de lo que se trata". Entonces el coronel Cárdenas dijo que él estaba en Teziutlán, Puebla, al mando de cuatrocientos hombres, que

ahí bajo el amparo del general Antonio Medina (también tamaulipeco que se había conquistado al patriarca de la sierra de Zacapoaxtla, héroe de la intervención francesa y que tenía tres mil hombres armados) se habían ido a cobijar nada menos que sus medios hermanos Federico y Antonio Medina, huertistas; Federico, jefe político de Tancanhuitz, y Antonio, jefe de voluntarios.

Este Federico Medina fue el más significado civil de los que asesinaron a Pedro Antonio, pues el militar era el general Arnoldo Vargas Huerta. Que ahí en Teziutlán, siguió explicando Cárdenas, bajo el mismo amparo estaban Leobardo Jonguitud, jefe político de Tamazunchale y el que fue quien más se empeñó para que se fusilara a Pedro Antonio. Este traidor fue perdonado por Pedro Antonio cuando en una borrachera se levantó contra el señor Madero y lo echó a correr mi padre con dos o tres haraganes que lo seguían. Lo persiguió Fulgencio, pero Pedro Antonio ordenó que no lo persiguieran, que se presentara él a San Luis Potosí y así lo hizo el tal Jonguitud, pero exigió que lo fuera yo a recoger en un coche a una casa en la que estaba escondido, totalmente acobardado y en condiciones más lamentables que esos cónsules que secuestran actualmente.

Esta exigencia de este maldito traidor se debía a que yo era ahijado de bautizo del padre de él, un tal Gabriel Jonguitud que junto con su hijo estuvo en el sacrificio de mi hermano. Yo recogí al tal Leobardo que ya me besaba las manos, y lo llevé con Pedro Antonio, quien lo mandó con una carta al doctor Miguel Silva en Michoacán, en donde le dieron empleo de aviador; mi hermano también le dio ropa y dinero.

Seguimos adelante con Rafael Cárdenas. Nos dijo que eran diecisiete los huertistas de la Huasteca potosina que ahí estaban refugiados, que los tenían bien escondidos, esperando que se rompieran las hostilidades para incorporarse a Villa, pero que él no les daría oportunidad, ya que los iba a fusilar a todos menos a Federico, que era hermano de Antonio, y, como ya dije, el general Medina tenía tres mil hombres con él.

Les pregunté a Samuel y a Cárdenas si no creían conveniente que me fuera con él disfrazado para lo que le pudiera servir, y Cárdenas dijo que no, que sería una imprudencia, que los podría poner broncos si me reconocían. "Entonces en eso quedamos —dijo Samuel—, al romperse las hostilidades matas a los traidores, y de los dos Medinas nos ocuparemos nosotros con el tiempo".

Después de darle un abrazo sincero y efusivo al coronel Cárdenas, le dije: "Sólo te voy a pedir un favor muy grande, y si me lo concedes, nunca se me olvidará en la vida". "¿Cuál es?", preguntó. "Que mates a todos con armas de fuego, pero que a Leobardo Jonguitud lo maten a puras puñaladas". El me lo ofreció y cumplió mis deseos, tal como yo se lo había pedido.

Volviendo a la Convención, lo que ahí pasó ya lo saben todos

aquellos que hayan leído los relatos de la época, y yo sólo me concretaré a seguir escribiendo mi lucha y mi vida.

Al romperse las hostilidades entre Carranza y Villa, la mayor parte de la Brigada Santos estaba en la Huasteca potosina, al mando del coronel Inocente Rivera (Chente). Un regimiento estaba en la ciudad de San Luis Potosí al mando de Fulgencio M. Santos, y de estas fuerzas yo mandaba el primer escuadrón, y era a la vez ayudante del general jefe de la brigada, Samuel M. Santos. Eulalio Gutiérrez resultó presidente de la República, designado por la Convención y ordenó a mi hermano Samuel que este regimiento de las fuerzas de la Brigada Santos marchara a Aguascalientes, pues Eulalio se hacía la ilusión de que iba a dominar a Villa y quería ponerle fuerzas a retaguardia, pero Villa sintió esto, e inmediatamente ordenó que retrocediéramos a San Luis, nosotros y otras fuerzas de Eulalio que a esa ciudad se habían movilizado. Llegamos a la ciudad de San Luis Potosí. Fulgencio le dijo a Samuel que era muy conveniente que él mismo se fuera con su regimiento a la Huasteca pues allá estaba gran parte de nuestras fuerzas, allá estábamos en nuestro territorio y pegados a las fuerzas del general Luis Caballero que había sido nuestro jefe. Samuel accedió, pero dejó una escolta de cien hombres a mis órdenes inmediatas con dos ametralladoras, y al mayor Crisóstomo Nájera con unos sesenta hombres de infantería. A los pocos días la confusión en el país era muy grande. Había tres gobiernos: el que encabezaba don Venustiano Carranza y que tenía su asiento en Veracruz, puerto que él había declarado capital de la República; el inestable gobierno de Eulalio Gutiérrez, nombrado por la Convención; y el de Francisco Villa, que mandaba algo así como cincuenta mil desalmados que no obedecían más que a él; pero qué digo tres, eran cuatro los gobiernos, puesto que también Emiliano Zapata con su Plan de Ayala, sus quince o dieciocho mil calzonudos, mal armados y peor parqueados, y con una disciplina digna de los comanches que mandaba el indio Jerónimo en los años setenta, pero sin su poder combativo, también eran gobierno.

A la plaza de San Luis Potosí se incorporaron reconociendo la Convención, cuyo presidente Gutiérrez estaba instalado en México, en Palacio Nacional, los generales Eugenio Aguirre Benavides con cuatro mil hombres de la Brigada Zaragoza. Aguirre Benavides era subsecretario de Guerra del gobierno que presidía don Eulalio; el general Miguel M. Acosta con cuatro mil hombres de la División Lucio Blanco, quien no reconocía ni a Villa ni a Carranza sino a la Convención; y Acosta, a su vez, no reconocía ni a la Convención ni a Lucio Blanco ni menos a Villa, lo que quería era salir rumbo a campo constitucionalista; los generales Jesús y Gonzalo Novoa con cuatro mil hombres entre los dos; el general Fortunato Zuazua con tres mil hombres sin reconocer a nadie y también buscando salida al campo carrancista; mi hermano Samuel que, como dije, sólo tenía una escolta de cien hombres que yo mandaba y sesenta infantes a las órdenes del mayor Crisóstomo Nájera; un general huasteco que se llamaba José Hernández Camargo, originario de Tampacán, cuyas fuerzas estaban íntegramente en la Huasteca y a él sólo lo acompañaba en calidad de amigo el licenciado Antonino M. García y cuatro civiles y algunos jefes menores hasta completar unos dieciocho mil hombres.

Un día se reunieron los jefes en el hotel Sáenz, que ahora se llama Tampico, y que está situado en la plaza principal de la ciudad de San Luis Potosí. Ahí aguardaron a que fuera mi hermano Samuel en un cabuz jalado por una máquina especial, que por cierto era la número 515, se trasladara al campo carrancista en Tampico a hablar con los jefes generales Pablo González, Luis Caballero, Francisco de P. Mariel, Emiliano P. Nafarrate, César López de Lara y otros de menor personalidad, para tratar sobre la enfocación de todos contra Villa. Sólo había estas pequeñas dificultades, que Aguirre Benavides quería que los jefes de Tampico se sometieran a la Convención, que Acosta reconociera a don Venustiano Carranza sin condición ninguna, pero que él no se incorporaría a ninguna fuerza comandada por el general don Pablo González (pues eran enemigos personales), etcétera, etcétera, etcétera. Mi hermano Samuel me dijo después de la junta: "Tú me acompañas a Tampico, si es que no tienes miedo, porque es una misión muy peligrosa y en la vía están tendidos los hermanos Cedillo que son francamente villistas y quién sabe cómo nos vaya con ellos". Yo le dije: "Con mucho gusto te acompaño, y sobre todo con mucho gusto me quedaré allá con mis compañeros, y creo que tú también". Samuel me contestó: "Bueno, eso vamos a ver". La cosa es que esa misma noche nos arrancamos en un cabuz con un conductor que por apodo le llamaban Betlenitas, y cuyo nombre no recuerdo y que habíamos conocido desde Ciudad Victoria, pues él fue quien condujo los trenes hasta la estación de Esteros cuando íbamos a atacar Tampico (de la infantería de don Luis Caballero, pues sólo la caballería íbamos por tierra). Saliendo de San Luis nos paró, digamos el tren (pues sólo era un cabuz y una máquina), un general con dos carrilleras terciadas repletas de tiros en el pecho, con sombrero texano con el águila de oro, bajo de estatura, grueso, bigotón y de fuerte complexión. Era el general don Mariano López Ortiz, segundo en jefe de la Brigada Zaragoza, primo de Madero y que mandaba el general Eugenio Aguirre Benavides. No nos dejaba seguir adelante. Le dijimos que íbamos nada menos que a cumplir una misión de todos los jefes revolucionarios acantonados en San Luis Potosí y encabezados por su jefe directo el general Aguirre Benavides; después de algunas explicaciones nos dejó seguir. Al llegar a la estación de Tablas, ya en la madrugada, vino el conductor a decirnos que el tren no podía continuar por orden del general Magdaleno Cedillo. Mi hermano Samuel, que iba

semivestido, se incorporó de la banca en que iba acostado y empezó a lanzar injurias e improperios contra Magdaleno, arrojó todo un volcán de tales por cuales y jijos de la tal por cual. De un carro express que estaba frente a nosotros se oyó una voz que dijo: "Ya lo estoy oyendo, compañero, vamos a ver si así de valiente se porta frente al pelotón", a lo que mi hermano contestó otra sarta de insultos.

Ya vestidos, recibimos la visita de un mayor que lucía una barba larga y negra, joven, no sé de cuántos años, pues a los barbones en aquel tiempo era muy difícil calcularles la edad, hombre muy educado. Le dijo a Samuel: "Mi general, con todo respeto le suplico que se calme usted y que me haga favor de acompañarme a conferenciar con mis jefes, los generales Magdaleno y Saturnino Cedillo". "Vamos y cálmate", le dije yo a Samuel. Nos presentamos en el carro de los generales Cedillo. A Saturnino ya lo conocía yo desde que iba a visitar a Miguel M. Acosta cuando estaba preso en la penitenciaría de San Luis Potosí, al principio del gobierno de Victoriano Huerta y de donde después escapó Acosta. Cedillo estaba preso por antimaderista, es decir, por vazquista, pero Huerta lo siguió teniendo preso por presión que hicieron los reaccionarios de San Luis para que no lo soltara. Magdaleno era cacarizo y muy mal encarado. Saturnino era de cara jovial y de cutis terso, aunque más moreno que Magdaleno, casi negro. Los dos eran indios pames, buenos ejemplares de esa raza ya casi desaparecida. Magdaleno empezó a hablar en forma atropellada, y lo mismo hizo Samuel; que si por qué pasan por mi territorio sin avisarme, decía Magdaleno; que quién es usted para evitármelo, decía Samuel, a lo que Magdaleno contestó con una verdad del tamaño del mundo: "Yo soy —le dijo— el jefe revolucionario que está apoderado de la vía del ferrocarril, desde Platanitos en la Huasteca hasta Corcovada que está cerca de San Luis y tengo tres mil hombres y catorce ametralladoras y usted es un general que viene sin fusil; éste es mi territorio y aquí nadie entra ni sale sin mi conocimiento y sin mis órdenes". Terció el general Saturnino Cedillo en forma amable y dijo: "No se trata de eso, hermano, estamos entre compañeros y queremos saber qué se trae por aquí mi general Santos". Como para esto ya había amanecido, Saturnino ordenó que nos prepararan un buen almuerzo con carne de "esos novillos que nos trajeron de Micos y que aquí los compañeros Santos van a saber apreciar porque son buenos huastecos". Magdaleno calmó los ánimos. Samuel le explicó a su modo a lo que íbamos pues no le dijo que tratábamos de unificarnos con los carrancistas, sino que los jefes que estaban en San Luis y que contaban con unos veinte mil hombres aproximadamente, querían convencer a los jefes de Tampico para que se unieran a la Convención que presidía don Eulalio Gutiérrez. Los Cedillo reconocían a la Convención que presidía don Eulalio Gutiérrez y al mismo don Eulalio, aunque después de todo eran francamente villistas. Después del almuerzo,

ya con los ánimos bien calmados y que Magdaleno le dio de comer tacos con la mano a un tigre que tenía en el carro y que habían agarrado sus soldados desde chico, nos dejó pasar, y le dijo a Samuel: "Cuando vuelvan usted y su hermano, compañero, espero que ya no hable tan feo de mí como cuando llegó de San Luis, y que traiga buenas noticias". Samuel le contestó alguna cosa amable también y seguimos nuestra marcha.

A la altura de la estación de San Dieguito vimos una partida de caballería que al ver lo que ellos creían un tren y que solamente era una máquina y un cabuz, emprendieron veloz carrera disparando sus rifles sobre el cabuz. Yo le dije a Betlenitas, el conductor, que fuera parando el tren poco a poco. Mientras tanto, yo me quité la camisa que era blanca y la empecé a tremolar en el aire y el tren a vuelta de rueda se fue deteniendo hasta que paró. Pocos minutos después, con toda desconfianza se fueron acercando los del grupo de caballería, y, por fin, se acercó un capitán. Mi hermano se identificó como el general Santos, y le dijo que nuestras fuerzas estaban tendidas en la Huasteca y que íbamos a conferencia con los generales Caballero y González en una misión muy importante de los jefes de San Luis. El capitán dijo que iba a avisar por telégrafo de la estación de San Dieguito, y que continuaríamos después con toda clase de precauciones, pues la vía estaba destruida en la curva de Micos. Así lo hicimos, pero llegando a Micos nuestra máquina y nuestro cabuz fueron a dar a un voladero, pues Manuel Lárraga que estaba en Valles y que se enteró por los telegramas del oficial de que íbamos ahí, mandó poner los rieles en su lugar y los unió con pedazos de madera a guisa de clavos con el fin de que nos matáramos. Nuestra máquina y nuestro cabuz descarrilaron en una pequeña barranca, llegó el teniente coronel Arnulfo Cárdenas de las fuerzas del coronel José Cavazos de la 10° brigada y, aunque nosotros salimos ilesos tuvimos que seguir en armón hasta Micos. Arnulfo, que era nuestro amigo y compañero de la Revolución, nos informó que le parecía aquello muy raro, pues cuando el oficial le avisó de nuestro avance y de nuestra misión, él se puso en comunicación de Micos a Ciudad Valles con Manuel Lárraga diciéndole a lo que íbamos Samuel y yo y que pusiera banderas protectoras a un kilómetro de donde estaban levantados los rieles y que ahí estuviera listo un armón para que siguiéramos nuestro viaje, pues ésas eran las órdenes que tenía de los generales González y Caballero. Lárraga no le contestó el telégrafo para no comprometerse ni dejar huella sino que en la misma comunicación le mandó decir que no tuviera cuidado, que él ya había puesto toda clase de precauciones para que nosotros siguiéramos con nuestro viaje sin novedad. Pero no paró ahí todo, llegando a la estación de Valles, el general Pablo A. de la Garza, que era un hombre muy cobarde y que no hizo más que correr en la Revolución toda su vida, pues era un licenciado

que ni siquiera sabía montar a caballo, ni conocía nada de armas y al que su tocayo don Pablo González había hecho general como hacía con muchos, nos puso presos en su carro especial donde tenía su cuartel general y nos dijo que nos preparáramos porque tenía orden del Primer Jefe que todo enviado del enemigo que llegara a cualquier campamento constitucionalista, sería pasado por las armas pues el día anterior había sido traicionado y asesinado por Santibáñez en el Istmo de Tehuantepec, el general Jesús Carranza, hermano del Primer Jefe. Samuel y yo sentimos la noticia pues queríamos mucho a don Jesús y así se lo hicimos saber a don Pablo A. de la Garza, pero él repitió que nos preparáramos a morir.

Me preguntó Samuel que si tenía miedo y le contesté: "Qué no te acuerdas que soy hermano de Pedro Antonio. Déjame matar ahora a este cabrón panzón y nos brincamos tú y yo matando al centinela, que es todo lo que hay aquí, y nos tiramos al monte, que al fin y al cabo estamos en la Huasteca". Samuel me dijo: "No, nosotros traemos una misión y la tenemos que cumplir". Yo le dije: "Cuando me fui a la Revolución fue siguiendo a Madero, que resultó un Cristo, pero en esta Revolución nos rifamos siguiendo a Carranza, que no anda rodeado de apóstoles ni se cree hijo de Dios, y la misión que traemos no es la de mártires sino de revolucionarios". Samuel me convenció y me estuvo calmando. Por cierto, que ni él ni yo estábamos sin pistolas, pues no nos las habían quitado. Fueron más generosos que lo que yo había sido con aquel coronel federal Peña o De la Peña, en Salina Cruz, cuando el desarme de los pelones.

Al poco tiempo, llegaron Manuel Lárraga y un lejano pariente nuestro que se decía doctor y que casi lo era, pues aunque no tenía el título, había acabado su carrera; se llamaba Nicasio Sánchez Salazar. Nos saludaron con todo afecto, es decir, con toda hipocresía. Lárraga se puso a platicar con Samuel, y yo aparte con Nicasio. Semblanteé a este pariente, quien me dio el consuelo de que si éramos fusilados él se lo avisaría "a mi tío Toño", dijo refiriéndose a mi papá. Yo le dije: "No te molestes, que las malas noticias sobra quién las comunique". Lárraga, que llevaba en lugar de sombrero una ridícula cachucha, como las que usaban los agentes viajeros con un águila bordada por alguna maestra de escuela no menos ridícula, vestido de paisano se despidió de nosotros, y se encerraron con don Pablo de la Garza, según supimos después a insistirle que nos fusilaran. En eso estaban cuando De la Garza recibió telegrama del general Luis Caballero, diciéndole que a él lo hacía personal y directamente responsable de nuestras vidas, que nos pusiera un carro especial y que nos dejara vía libre a Tampico. De la Garza obedeció y ya para entonces había llegado el coronel Federico Montes, y el teniente coronel y doctor don José Siourob, después generales y gobernadores de Guanajuato, Querétaro y Guanajuato, al-

ternativa y sucesivamente. Nos trataron en forma amable y nos acompañaron espontáneamente hasta Ebano, donde subieron al carro los generales César López y Lara y Francisco de P. Mariel, quienes nos trataron como verdaderos amigos y compañeros.

En Tampico nos entrevistamos con don Pablo González y con el general Caballero. Los dos le dijeron a Samuel que regresara a San Luis, que ya no era tiempo de tratar, que sólo era tiempo de resolver quién estaba con Carranza y quién con Villa, que Eulalio Gutiérrez era un pobre hombre que estaba haciendo el mismo papel que hizo Comonfort con Zuloaga y que después hizo Zuloaga con Miramón (eso que después de muchos años, en tiempos de la presidencia de Ortiz Rubio, se llamaron "nopalitos"). Le dieron instrucciones a Samuel para que se llevara al campo constitucionalista el mayor número de gente posible, y que desconociera a todos los jefes que estaban en San Luis, adictos a la Convención. Yo le dije a Samuel: "Ya no aceptes esta comisión, pues el paso por el sector de los Cedillo es casi una muerte segura". El se empeñó y me dijo que tenía yo miedo, sabiendo que no lo tenía, pero para obligarme a acompañarlo. Le dije: "Déjame a mí aquí que no compongo nada en estos tratados". Me dijo: "Juntos salimos y juntos debemos regresar o clavamos cornamenta en el camino". Yo obedecí, pero francamente ya muy decepcionado de mi hermano, pues nací con malicia y Samuel no la tuvo nunca. Regresamos en la misma máquina y en el mismo cabuz y nos volvieron a tumbar el tren en la misma curva y en la misma forma. Entonces ya sabíamos que descaradamente Lárraga había dirigido la maniobra, pues ahora le pesaba mucho que volviéramos al campo constitucionalista del cual sólo estábamos separados momentáneamente y por órdenes superiores. Con todo gusto nos volvió a ayudar el teniente coronel Arnulfo Cárdenas, que era el jefe del sector, a levantar el tren y seguimos nuestra marcha para llegar a Tablas. Ya no hubo maldiciones ni de Samuel a Magdaleno ni de éste a Samuel. Cedillo ordenó que nos pusieran presos en su propio carro, eso sí con fuerte escolta, alguien le dijo que si nos desarmaba y dijo que no, que iba a hablar con el general Santos de hombre a hombre y le dijo más o menos en presencia de Saturnino: "Qué se trae usted, compañero, va a Tampico enviado por los de San Luis y los de Tampico no se vienen a someter a la Convención y usted se viene tranquilamente, ¿quiere explicarme esto?" Samuel le dijo que se trataba de varias divisiones del ejército constitucionalista que no tenía objeto que se movieran para San Luis; que al contrario, los de San Luis debían moverse para Tampico y los de Tampico iban después a reconocer a la Convención (cosa que sólo era argucia de mi hermano). Después de muchas dudas y de amenazas muy poco veladas de Magdaleno para fusilarnos volvió a intervenir Saturnino, que dominaba a su hermano, y le dijo: "No, hermano, no tenemos que mancharnos las manos con sangre de compañeros

que son enviados de paz, como quiera que sea. Ya nos las mancharemos en la guerra contra Carranza, que es un viejo reaccionario y que como le dijo al general don Alberto Carrera Torres: 'que él en el Plan de Guadalupe no había prometido tierras a pesar de haberlo hecho'." A esto Magdaleno se exaltó, y dijo después de una perorata con voz tonante: "Yo soy agrarista, peleo por las tierras y no peleo por ningún presidente; mientras yo viva, sostendré el reparto de tierras y si quedo solo arriba de un árbol ahí estaré con mi carabina hasta morir peleando por el reparto de tierras" (y lo cumplió, murió peleando por su ideal). Esta vez, Samuel estuvo prudente y le dijo a Magdaleno que no tuviera cuidado, que su labor era de unificación y que cuando ya no pudiera más y que se rompieran las hostilidades (ya se habían roto en Puebla; Villa y Zapata ya habían entrado en México y Eulalio Gutiérrez sólo ocupaba el Palacio Nacional), y desgraciadamente no hubiera ningún arreglo entre compañeros, que tomaría con toda lealtad el lugar que le correspondiera; a lo que Magdaleno contestó: "Yo pelearé por las tierras y seguiré a don Alberto Carrera Torres".

Nos dejaron salir después de habernos dado otra vez de almorzar. Esta vez afiancé mi amistad con Saturnino Cedillo, a quien creo que le debemos el haber salvado la vida mi hermano Samuel y yo, y seguimos para San Luis Potosí. Aquí debo decir que Magdaleno Cedillo murió peleando antes que dejarse hacer prisionero por las fuerzas constitucionalistas y que Saturnino Cedillo fue un buen revolucionario que claudicó después, y se convirtió en tránsfuga de la Revolución, influido por los mochos de San Luis Potosí y los reaccionarios de la capital de la República. Tuvo muy buena época, pero por desgracia y por ambición, su reblandecimiento en la capital de la República, siendo ministro de Agricultura y Ganadería, fue tanto, que se dedicó a toda clase de fechorías y murió con su historia de revolucionario manchada.

Nosotros regresamos a la ciudad tunera, nos reunimos con el general Eugenio Aguirre Benavides, que era subsecretario de Guerra de la Convención y, por lo tanto, había asumido el mando de todas las fuerzas en San Luis, y con el general Miguel M. Acosta que como ya he dicho se veía como hermano con Samuel y conmigo, y se consideraba hijo de Pedro Antonio, más bien dicho un discípulo reverente. Acosta siempre me hizo mucho más caso a mí que a Samuel, a pesar de la diferencia de edades y de grados entre mi hermano y yo, y, por lo tanto, no me soltó en toda la junta, pues quería oír mis impresiones además de las de Samuel. En esa junta estuvieron el general Fortunato Zuazua, también los dos generales Novoa, Gonzalo y Jesús, y excluyeron al gobernador y comandante militar del estado, general Herminio Alvarez por ser incondicional adicto del presidente provisional, general Eulalio Gutiérrez. Acosta no quiso que estuviera porque ya tenía meditado y tramado con nosotros irse a incorporar a las fuerzas constitucionalis-

tas. Se celebró la reunión en el hotel Sáenz frente a la plaza principal, que entonces se llamaba plaza de armas y ahora de Hidalgo. Dio cuenta mi hermano Samuel de nuestra misión, diciéndoles que todo lo que aceptaban los constitucionalistas encabezados por el general don Pablo González y don Luis Caballero, era que todas las fuerzas acantonadas en San Luis se movieran para Tampico y se incorporaran al constitucionalismo, para lo que habían puesto un plazo que no excediera de quince días. Aguirre Benavides rechazó la proposición, Acosta, Zuazua, los dos Novoa y Samuel quedamos de acuerdo en seguir en su movimiento a Aguirre Benavides, al mando del general Agustín Estrada (no confundirlo con Enrique, que era constitucionalista) y lograr una batalla todos juntos. Después de esta acción, decirle a Aguirre Benavides que o nos seguían o se separaban con sus fuerzas y tomara la actitud que mejor le pareciera, que no podía ser otra que la de la Convención con Eulalio Gutiérrez, pues él era miembro de su gabinete. Se acordó que todas las tropas se embarcaran en trenes y que salieran rumbo al Sur, haciendo jornada en San Felipe Torres Mochas. Este movimiento debería hacerse el nueve de enero de 1915, y la junta de que estoy hablando se celebró el día ocho de enero de ese mismo año, es decir, un día antes. Al terminar la reunión nos fuimos Acosta, Samuel y yo juntos, y luego les planteé el asunto de que había que fusilar a Vargas Huerta antes de salir, a lo que Acosta agregó que había que fusilar también al general Agustín Hernández y Hernández. El primero, Vargas Huerta, el jefe de las fuerzas que asesinaron a Pedro Antonio por orden expresa de él con la connivencia y complicidad de los jefes políticos de Tancanhuitz y de Tamazunchale, Leobardo Jonguitud, y de todos sus seguidores voluntarios huertistas que Vargas Huerta comandaba en jefe, además de un regimiento federal.

Me comisionaron Acosta y Samuel para que me entrevistara con el general Herminio Alvarez, de quien ya he dicho que era gobernador más que de San Luis de la ciudad de San Luis, de la policía y de su cuartel, que era lo único que estaba en nuestro poder, pues la Huasteca estaba en poder de los constitucionalistas, entre cuyas tropas estaban dos regimientos de la Brigada Santos, uno al mando de Fulgencio M. Santos y el otro a las órdenes del coronel Inocente Rivera.

Monté a caballo y me fui, seguido de mi asistente, a buscar a Herminio al Palacio de Gobierno. Lo encontré en la calle casi a la puerta de entrada del edificio e iba a pie enteramente solo y vestido a la usanza revolucionaria pero sin uniforme (traje cazadora y sombrero tejano). Le dije: "Traigo una comisión para ti, pero me parece correcto que desmonte y que te entreviste en tu despacho de palacio". Me contestó: "Mi palacio de gobierno es mi sombrero tejano, de modo es que trátame aquí lo relativo a la comisión que te hayan dado". Le dije: "Permíteme desmontar pues aunque somos muy amigos tú eres el gobernador y mi

general y traigo una comisión oficial". Herminio me contestó: "Déjate de formalidades y recibe un consejo mío que aprendí de mi padre: la plata —me aconsejó el autor de mis días— hay que cargarla en la bolsa y no en otra parte". Esto me lo decía Herminio porque iba yo vestido de charro con botonadura de plata y una silla de montar también muy bordada y plateada. Yo le contesté: "Pero la plata que se usa en la bolsa hace mucho que no le da el aire y menos en la mía". "Bueno, qué traes", me dijo (debo aclarar que Herminio estaba un poco sentido porque no lo habían invitado a la junta de generales premeditadamente por las razones que ya expresé). Yo le contesté a Herminio que en la junta de generales, cosa que no era verdad, habían acordado salir a encontrar al presidente Eulalio Gutiérrez y ponerse a sus órdenes, y que a él no lo habían invitado porque consideraban los jefes reunidos que como él era elemento de la división del general Guitiérrez, no tenían que convencerlo y que se trataba de ponerse de acuerdo los jefes que pensaban de distinta manera. No se tragó mi versión porque era un hombre muy inteligente, a pesar de ser muy borracho, era también muy valiente; pero era de esos borrachos que nunca pierden el sentido ni del cerebro ni de la proporción del equilibrio, era muy activo y muy valiente. En campaña fue a él a quien le aprendí la frase que después tanto usé en mi vida: "AGUA QUE SE ESTANCA SE CORROMPE". Esta frase la usaba Herminio constantemente, pero sobre todo quería decir con ello que en campaña no había que descansar nunca, como efectivamente no descansaba, pues no tenía horas para marchar sobre el enemigo o para esquivarlo, según le conviniera. Le dije además a Herminio que llevaba la comisión de todos los generales, cosa también inexacta, de que me entregara a los exgenerales federales Arnoldo Vargas Huerta y Agustín Hernández y Hernández que fue el primer gobernador y comandante militar impuesto por Victoriano Huerta cuando los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez. Esto pasaba en plena calle frente al Palacio de Gobierno, como ya dije, yo a caballo y Herminio a pie. "Viejito —me dijo el general Alvarez—, yo no puedo entregar a estos generales porque tengo órdenes del presidente Eulalio Gutiérrez de que se les juzgue en un consejo de guerra, diles a tus jefes que se reúnan en consejo, todos ellos son generales, y que los sentencien a muerte, los sentencien a vida o a quemarlos vivos y entonces se los entrego, menos no". Yo le dije que para eso los querían, para juzgarlos, y me contestó: "Tienes el espolón muy tierno, viejito, yo ya lo tengo muy macizo y los quieren para echárselos al plato, cosa que me tiene sin cuidado, pero no los entregaré hasta que se cumpla con el requisito que te digo: consejo de guerra". Yo le dije: "Voy a dar cuenta de lo que me has dicho". "Date prisa —me dijo— porque ya mi caballada está siendo ensillada pues yo me salgo de la ciudad de San Luis rumbo al norte a destruir la vía porque mañana rompe el general Eulalio Gu-

tiérrez con el villismo y tengo órdenes de destruir la vía entre Matehuala y Saltillo. Le pregunté dónde podía encontrarlo para traerle la respuesta y me dijo: "En mi cuartel o de lo contrario camino de Matehuala". "¿Y los prisioneros?", le pregunté. "Pues si no los juzgan en consejo de guerra, me los llevo hasta recibir órdenes del presidente Gutiérrez qué es lo que debo hacer con ellos". Debo aclarar que una hija de Vargas Huerta, de una belleza muy pocas veces vista, acompañada de una dama de edad que según supe era sólo su amiga, andaba en un coche de caballos de sitio, de los que entonces se usaban, y que había ido a mi casa a ver a mi padre, para pedirle que influyera con sus hijos y no fusilaran a su padre. Mi papá la recibió sin saber qué quería ni quién era, y le dijo que él desde que murió su hijo Pedro Antonio no se metía absolutamente en nada, pero que si supiera que con la muerte de su padre su hijo Pedro Antonio iba a resucitar, pediría su fusilamiento, pero que sabía que su hijo no resucitaría. No pedía nada, pero tampoco hablaría de esto con sus hijos, y, efectivamente, no nos habló en ningún sentido. Esta bellísima mujer habló después con Herminio Alvarez, que además del coñac gustaba mucho de las mujeres y yo, hijo de la malicia, me supuse que un guerrillero como Herminio, que le importa un pito y tres flautas de uno, de dos o de mil exfederales el que se apegara tanto a sus dizque deberes militares era que había sido influido por esos ojos tan bellos, por ese pelo tan negro y por ese cuerpo escultural, belleza que resaltaba más porque iba totalmente vestida de negro y con un velo también negro.

Fui a dar cuenta a Miguel Acosta y a Samuel al hotel del Progreso donde estaba alojado Miguel, y acto seguido les dije: "Si no nos apresuramos, a estos cabrones se los lleva Herminio y por lo menos Vargas Huerta se salva. Autorícenme para ir con mi escuadrón (que eran cien hombres muy bien armados, parqueados y montados y los sesenta infantes del mayor Crisóstomo Nájera) a sacarlos de la penitenciaría a huevo y si ahí la escolta de 'carnitas' (fuerzas del estado) no me los quiere entregar, los ataco y acabo con ellos, pues no pasan de ser unos sesenta hombres". Eso sí, si se hubieran parapetado en la penitenciaría, me hubiera sido muy difícil pues es de pura cantera y con muchas claraboyas hechas exprofeso para defenderla de un ataque.

Entonces, Acosta y Samuel me dijeron: "Procede velozmente, pues si los "carnitas" te sienten, no tomamos la penitenciería ni con quinientos hombres combatiendo un día". La caballada estaba lista y ensillada, pues como ya dije estábamos en vísperas de salir de San Luis y la infantería la moví a pie desde el cuartel de la Estacada, donde ahora se encuentra la biblioteca de la Universidad, hasta la penitenciaría del estado que no pasan de ser unos dos kilómetros. Antes de llegar me adelanté acompañado del capitán Tito Acosta y de nuestros asistentes y hablé con el jefe del retén. Le dije que iba comisionado por el subsecre-

tario de Guerra, general Eugenio Aguirre Benavides (esto para reforzarlo con el título) pues teníamos noticias de que la ciudad iba a ser atacada por los villistas que ya habían sido desconocidos por el presidente Gutiérrez y por los veinte mil hombres que estaban en San Luis y que el general Benavides y el general Acosta me habían comisionado para que junto con él y nuestras fuerzas respectivas cuidáramos que no se fuera a fugar nadie de la prisión. El "carnita", que era un mayor que nunca había salido de la plaza de San Luis, y que sólo se había ocupado de cuidar criminales y presos políticos, se tragó mi balido. Además, le dije que iba a ponerme a sus órdenes, pues él era mi mayor y yo era capitán, lo cual lo puso muy ufano. "Ahí viene atrás mi caballería y más atrás una infantería", le dije. Ya para esto el capitán Tito Acosta y yo, y nuestros asistentes, perfectamente de acuerdo los cuatro lo teníamos rodeado aunque sin demostrarle nuestras intenciones, y de acuerdo le dijimos que al primer movimiento lo quemábamos. Llegó nuestra tropa y se metió en rondón hasta el patio de la penitenciaría y acto seguido Crisóstomo Nájera con sus infantes, se echó sobre el banco de armas de los "carnitas" y los desarmamos. Al mayor lo desarmamos también y nos suplicó que no lo matáramos, a lo que accedimos, y solamente lo obligamos a que nos entregara a los exgenerales federales Arnoldo Vargas Huerta y Agustín Hernández y Hernández. Saqué a los dos de sus celdas. Ya Vargas Huerta me conocía desde el día que lo aprehendimos en el Quiosco de las Flores, después del abrazo judaico que le dio Apolonio Treviño. A Hernández lo conocía yo de vista de cuando él era jefe de la zona militar en San Luis, pero él nunca me había visto a mí. Los mandé esculcar por aquello de las dudas, como debe hacerse con todo prisionero, sobre todo en tiempos de guerra. No tenían ninguna arma y los metí a filas de la caballería para llegar más pronto. Pasé por el hotel del Progreso en donde una banda de guerra, de las que habían pertenecido a los federales y que andaba incorporada a la columna del general Miguel M. Acosta, estaba tocando aires revolucionarios. Entré con los dos exgenerales hastá el pie del hotel y les dije a Miguel y a Samuel: "Aquí tengo a Hernández y Hernández y a Vargas Huerta; el reparto debe ser equitativo, aquí te dejo —le dije a Miguel— a Hernández y Hernández que te toca a ti, y yo me llevo a Vargas Huerta.

Samuel conocía desde tiempos del señor Madero a Vargas Huerta quien había sido ascendido por el Apóstol a coronel por gestiones que en su favor hizo Pedro Antonio, y le dije: "Sal y echa una mirada porque este cabrón no vuelve a comer tortilla". Samuel se negó a salir, y sólo me dijo: "Procede". Acosta me dijo: "Entrégale a Hernández y Hernández al mayor Vidaurri, que era primo hermano de Acosta. Así lo hice y seguí con Vargas Huerta entre filas; pasé frente a Palacio pero ya en ese edificio no había nadie, seguramente Herminio Alvarez ya

iba en camino y en su borrachera, según me contó después, no se acordó de los exfederales y no previó lo que yo iba a hacer ni tomó ninguna medida ni dio ninguna orden; sólo se le olvidaron. Llegamos al cuartel de la Estacada, hoy biblioteca de la Universidad de San Luis Potosí, y en el frontispicio tenía un águila vieja pintada del escudo nacional de entonces, el águila vieja de la Constitución de 57, y semicirculando el escudo un letrero que decía: "BRIGADA SANTOS PRIMER REGIMIENTO PEDRO ANTONIO SANTOS". Ordené hacer alto a la escolta y le ordené a Vargas Huerta que leyera el letrero, lo que hizo sin pronunciar palabra; entramos en el cuartel y acto seguido busqué una pared que daba frente a lo que entonces se llamaba Instituto Científico y Literario de San Luis y que ahora se denomina Universidad.

El movimiento de tropa conduciendo por la calle a un prisionero que de lejos se veía era de categoría, por su apostura y su paso marcial, hizo que los estudiantes que había dentro del Instituto treparan a la azotea para ver lo que iba a pasar, y su curiosidad fue satisfecha en unos cuantos minutos. Mandé que se le formara cuadro y lo formó el mayor Francisco Pozos, originario de San Antonio, San Luis Potosí, saqué la espada y sin bajarme del caballo ordené... ¡firmes! ¡descansen armas! "Puede usted hablar", le dije. Entonces Arnoldo Vargas Huerta, dirigiéndose a los soldados revolucionarios que mal formaban el cuadro, todos con un uniforme amarillo de procedencia americana y con sombreros tejanos de ala corta les dijo: "Soldados, muero por haber cumplido con mi deber. ¡Viva la Patria!", y se puso la mano en el pecho sin decir nada más. Arnoldo era originario de Zacatecas. Entonces yo volví a ordenar: "¡Preparen!, ¡apunten!, ¡¡FUEGO!!" y cayó aquel hombre que había asesinado al defensor de don Francisco I. Madero, al que echó fuera de la cárcel al Apóstol de la democracia, al que coadyuvó a formar el Plan de San Luis para darle libertad y dignidad al pueblo mexicano, a quien ostentaba su cargo de diputado del Congreso de la Unión por el segundo distrito del estado de San Luis Potosí y que, por lo tanto, gozaba de fuero, y quien fue vilmente asesinado sin previo desafuero. ¿Por qué nosotros teníamos que esperar un dudoso y escandaloso consejo de guerra para tomar venganza? Y digo dudoso porque hubiera sido una farsa, pues todos lo hubieran sentenciado a muerte y Vargas Huerta en mi concepto no merecía el honor de una causa más o menos formal. Entre los estudiantes que subieron a la azotea estaba el ahora doctor Ignacio Morones Prieto, quien llegó a ser director del Instituto Mexicano del Seguro Social, subsecretario y secretario de Salubridad, gobernador de Nuevo León, embajador en Francia y precandidato a la presidencia de la República, y el ahora también doctor Jesús Noyola, quien fue regidor del Ayuntamiento de la capital, diputado al Congreso de la Unión y senador de la República por San Luis.

Eché mi caballo (que con los disparos se había alborotado) hacia el

muerto, pues no le concedo el honor de llamarlo cadáver, y sin sosegar al penco me bajé de un brinco con la habilidad de un huasteco que al día siguiente, diez de enero, cumplía dieciocho años de edad. Saqué la pistola 44-40 de balas expansivas que me había regalado mi padre, lo agarré de los cabellos grises y en el centro de la frente le pegué el tiro de gracia, más por satisfacción que por necesitarlo, pues Vargas Huerta había sido fusilado con puras balas expansivas calibre 30-30. Algunas de estas balas le atravesaron el cuerpo, y los soldados las recogieron y yo las envolví en un pañuelo con un poco de sangre, me las eché a la bolsa, salí a la calle, y, al llegar a la puerta del cuartel, se paraba un coche con dos damas completamente vestidas de negro, una señora de edad madura y otra muy bella como ya he dicho, pero excesivamente bella que no sé si me conocería o no, pero al verme se desmayó en el coche o tal vez porque ya iba llegando cuando fusilamos a Vargas Huerta y escuchó los disparos. Yo no hablé con ella ni me le acerqué, tomé el automóvil de la brigada y me fui a mi casa de la calle de Fuente y le dije a mi padre, que estaba encerrado, llorando: "Don Pedro Antonio, aquí le manda su hijo Pedro Antonio este regalo", y le entregué las balas. Mi padre lloró más. Me contó que lo había abordado sorpresivamente la hija de Vargas Huerta, de la que se dolió mucho, y me dijo: "Pobre criatura, qué culpa tiene —y repitió a mí lo que a ella le había dicho—. Si mi hijo resucitara con su venganza, bienvenida la venganza, pero mi hijo no va a resucitar". Yo le di un abrazo y un beso en la frente y le dije: "Ya nos vamos hacia el Sur a combatir contra los villistas". Me dio la bendición, cosa que nunca había hecho antes, porque a la Revolución me fui sin avisarle y me dijo: "Mañana cumples dieciocho años, Dios quiera y la patria y la Revolución que dures mucho, cuídate pues eres muy valiente, fogoso y muy joven". Mis hermanas Concha y Tula también me abrazaron y lloraron ambas, y me dijeron: "Muy bien hecho lo que hiciste; las balas que le trajiste a nuestro papá las voy a guardar yo", dijo Concha, pero según supe después con el tiempo se le perdieron o, tal vez, mi papá se las hizo perdedizas.

Regresé al hotel del Progreso, donde la banda de guerra seguía tocando *La Adelita, La Cucaracha, La Valentina* y demás piezas revolucionarias. Acosta, Samuel y sus acompañantes habían vaciado algunas botellas de coñac. Me cuadré militarmente a Samuel y luego a Miguel, y les dije: "Carne fresca a las órdenes de ustedes. ¿Y tu puerquito ya lo hiciste chicharrón?", le dije a Acosta, y me dijo: "No, hombre, este cabrón se hincó y lloró y me pidió perdón mientras Vidaurri, el Chueco Zamora y Zataray lo jalaban para llevárserlo, y en eso llegó mi mamá que, como tú sabes, es de la religión protestante, muy fanática y traía un Cristo en la mano, y mi madre se me hincó y yo la levanté, y le dije: Mamá no haga eso, ¿qué quiere? "¡Que no mates a este hombre que

es muy viejo ya, y que si te hizo prisionero traicioneramente, no te llevó a fusilar como te amenazaba y siquiera porque peleó contra los franceses perdónale la vida!" y me ablandó mi madre y solté a este jijo de la chingada." "Bueno —le dije—, Samuel y yo ya estamos como en las peleas de gallos, cobrados y pagados y no hay quien reclame, abran la puerta". Me dijeron Acosta y Samuel que sólo nos esperaban para salir y marcharnos hacia la estación.

Dispersión constitucionalista

Al llegar a San Felipe, Acosta nos dijo a Samuel y a mí que se le habían incorporado en San Luis dos exhuertistas que tenían ganas de luchar al lado de él y prestar sus servicios a la Revolución, aunque antes habían combatido por error, pero que francamente temían que el general Samuel M. Santos les fuera hostil, y que prefirieron aclarar este punto. Samuel le preguntó de quiénes se trataba y le dijo: "Ahora te los traigo, son dos prietos y se apellidan Sánchez". "Que avancen", dijo Samuel. Luego se presentaron ante nosotros dos individuos muy melenudos y bigotudos, los dos prietos, pero uno de ellos más. Samuel conoció al más negro, pero yo no conocía a ninguno de los dos. "Acérquense —les dijo Samuel—, me está diciendo Miguel (se refería a Acosta) que se han incorporado a nuestras fuerzas a las órdenes inmediatas de él. Los felicito pues no es tarde reconocer la buena causa". Luego el más negro de ellos, hablando con voz ronca y reservada, le dijo a Samuel, hablándole de tú: "Sí, mi general, nosotros combatimos al gobierno del señor Madero porque yo tenía amistad con Modesto Pozos, que era el presidente municipal de Axtla (cacique porfirista) y cuando yo estaba de director de la escuela de Axtla me ayudó mucho y me sentía obligado con él; después las cosas se vinieron enlazando, me hice orozquista y luego cuando acordé ya estaba yo amnistiado por el gobierno del señor Madero. Vino lo de Huerta y me encaminé con el cuerpo de voluntarios de Río Verde, pero a ti te consta y a toda tu familia que nunca he cometido un asesinato, y que cuando entramos en Tampamolón (que por cierto estaba desguarnecido) al grito de ¡Viva Orozco! algunos de los compañeros cometieron desmanes, pero yo no era el jefe sino Nicolás Zarazúa. Sin embargo, tanto Zarazúa como yo nos opusimos a que se llevaran preso a tu hermano Miguel, que era un joven pacífico y no se metía en nada, y también esto te lo pueden decir los de Tampamolón, me opuse a que quemaran la casa de ustedes". Samuel me presentó con ellos dos y dijo: "Este es mi hermano Gonzalo y estos son los profesores Graciano Sánchez, a quien conozco desde antes de la Revolución, y su hermano Eusebio Sánchez, a quien conocía de nombre y que hasta ahora conozco personalmente". Samuel les dijo que no tu-

vieran cuidado, que no teníamos nosotros por qué tener rencor con él y menos con su hermano, que hasta ahora iba a tomar parte en la lucha armada, que militaran con Acosta y que le fueran leales. "Tú ya sabes —le dijo Samuel— que Acosta es todo un hombre". Graciano, que era el que llevaba la palabra, aseguró que serían leales y subordinados del general Acosta, y que lo seguirían hasta el fin. Volvió a hablar Graciano Sánchez y le dijo a Samuel: "Yo de ti no tengo desconfianza porque eres todo un caballero, y has demostrado ser un jefe noble, pero si es que vamos para la Huasteca, desconfío mucho de Lárraga, que es muy asesino y, aunque yo no le he hecho nada a él, le gusta hacer méritos, haciéndose pasar por más papista que el papa". Fue ésta la primera vez en mi vida que oía esta expresión que por cierto capté luego, no se podía esperar una expresión menos rimbombante de un maestro de escuela. Nos estrechamos las manos mi hermano Samuel y yo con los dos Sánchez, Graciano y Eusebio; después se despidieron respetuosamente de Acosta, a quien trataba de tú Graciano.

Una vez que se retiraron, me dijo Samuel: "Pues a estos hombres no hay porqué tenerles rencor ni coraje. Son maestros de escuela que se criaron en el hambre, y entraron en la Revolución en el bando que les fue más fácil. A este Graciano yo lo conocí en Axtla, ganando treinta y cinco pesos al mes de director de la escuela, en los últimos días del porfirismo, y no le hablé para que se fuera con nosotros a la Revolución porque era achichincle de Modesto Pozos y no le tuve confianza y el tiempo me dio la razón, pero efectivamente lo que él dice es cierto, andaba de correlón orozquista en la Huasteca, primero con Apolonio Treviño y después con Nicolás Zarazúa, tu amigo —me dijo—, a cuya amistad se debe que no se hayan llevado preso a nuestro hermano Miguel cuando los orozquistas entraron en Tampamolón, según el propio Zarazúa lo hizo constar en presencia de Miguel y nuestro tío José María y de nuestro tío Trinidad; por cierto —continuó Samuel—, que Pedro Antonio y yo y el propio Miguel quedamos admirados que tú fueras tan amigo de un bandido tan significado como era Nicolás Zarazúa (ya para entonces Zarazúa había muerto general, combatiendo contra Huerta) y además siendo tú Santos y él antimaderista". "Lo mismo que tú dices de los Sánchez te digo yo de Zarazúa —le dije a Samuel—; Graciano entró en la Revolución y se adhirió al bando que le quedó más cerca. Zarazúa era bandido desde el vientre de su madre y me parece que fue de su abuelo de quien sacó esas características, según él mismo me lo contó, y después lo confirmé en la historia en donde hablan del general Leonardo Márquez, del sitio de Querétaro. Esta amistad entre Zarazúa y yo la hicimos en la plaza de gallos de La Lagunilla en San Luis Potosí y, como tú sabes, los galleros todos somos una hermandad, ahí no hay edades, ni categorías, ni clases sociales ni credos religiosos, ni grados militares, ni diferencias de partido ni ninguna clase

de escrúpulos, para ser amigos los unos de los otros y sentirnos todos hermanos de la pluma". Samuel se rió y luego, me dijo: "Bueno, a estos Sánchez hay que tratarlos bien porque ya ves que tienen miedo de Lárraga cuando lleguemos a la Huasteca y tienen razón, porque Lárraga es muy felón". Ahí terminó aquella conversación.

En San Felipe, más bien dicho, en la estación del ferrocarril y los alrededores, estaban acampadas las tropas teóricamente a las órdenes del general Eugenio Aguirre Benavides y también teóricamente convencionistas. Como a Aguirre Benavides nadie le hacía caso, pues todos llevábamos como ya he dicho color constitucionalista para manifestarlo en la primera oportunidad que ya se estaba acercando, y las fuerzas de la Brigada Zaragoza que directamente mandaba el general Aguirre Benavides eran villistas y él era convencionista, aquello era un mare mágnum, y, entonces Acosta, y el general Gustavo Elizondo, con un total como de cuatro mil hombres pues había habido muchas deserciones, resolvieron hacer frente al enemigo que estaba muy cerca de nosotros hacia el sur. El general Gustavo Elizondo nos alcanzó, señalándonos con el dedo para donde iba remontando en la sierra su brigada ya rumbo al oriente, o sea, hacia Tamaulipas, campo constitucionalista, y les dijo a Acosta y a Samuel: "Yo ya desconocí a Gutiérrez, a la Convención, a Villa y a todos estos hijos de la tal por cual, pero aquí me quedo con mi escolta (que serían como doscientos hombres), y los voy a acompañar a ustedes en este combate, después alcanzo a mis fuerzas".

Por su parte, el general Aguirre Benavides, que no sabía mandar, ni era militar ni tenía cualidades de guerrillero, aunque era una bellísima persona, un revolucionario muy honesto, hombre culto, muy decente y primo hermano del apóstol don Francisco I. Madero, ordenó por su lado, y sin ser necesario, que el coronel Carlos Prieto, hombre también muy distinguido y culto y que hubiera llegado muy lejos si no lo hubieran matado ese día al frente de un cuerpo de treinta ametralladoras y sin escolta alguna, se echara encima de los villistas que se veían muy cerca en unas hondonadas por el flanco derecho. Antes que nosotros tomáramos contacto con el enemigo que estaba al frente, a las órdenes del general de división villista Agustín Estrada (no confundirlo, nuevas generaciones, con el general Enrique Estrada, que era constitucionalista).

El coronel Carlos Prieto cayó en una emboscada que le tendió, al verlo avanzar, el general villista Francisco Carrera Torres, que con mil hombres estaba posesionado de aquellas hondonadas. En menos de media hora acabó Carrera Torres con el coronel Carlos Prieto, dándole muerte a él y a todos los ametralladoristas, que sólo la ingenuidad del general Aguirre Benavides pudo haber enviado a la muerte en forma tan absurda. Nosotros oímos el fuego cuando ya estábamos a la vista del enemigo, frente a frente a menos de ochocientos metros. Más bien oímos las descargas con las que los de Carrera Torres mataron impune-

mente a los nuestros, y nos dejaron sin esa fuerza de ametralladoras que hubiera sido decisiva.

Se me ha pasado decir que la escolta de sesenta infantes de la Brigada Santos, que llevaba Crisóstomo Nájera, portaba dos ametralladoras, una *Hopkins* inglesa y la otra *Colt* americana.

Una vez que nos encontramos con los villistas en una planicie sin una hierba, pues el terreno además de ser muy plano estaba perfectamente barbechado, nos echamos encima los unos de los otros. Esto pasaba el once de enero de 1915, como a las diez de la mañana. El choque fue brutal, pronto nos revolvimos. Los villistas eran más o menos en número igual que nosotros unos cuatro mil hombres por cada bando; pero ellos traían la moral muy elevada y gran pasión por su caudillo y jefe, y en sus filas sólo se oía un grito, ¡¡viva Villa!!, y nosotros no podíamos gritar ni viva Gutiérrez, ni viva la Convención, ni siquiera viva Carranza, porque apenas unos cuantos sabíamos que desde ese momento ya éramos constitucionalistas otra vez, más bien dicho, que nos declarábamos francamente por nuestro antiguo bando, pues nunca habíamos dejado de serlo y solamente el estar en territorio enemigo, dominado por los villistas, nos había hecho pasar por una serie de simulaciones. Este combate se libró en terrenos de la hacienda de La Quemada, perteneciente al municipio de San Felipe, Guanajuato, y creo que fue sin paralelo en toda la Revolución. En pocos minutos nos habíamos revuelto constitucionalistas (revalidados) y villistas, y en el fragor de la revoltura del combate agarraron los villistas prisionero al general Gustavo Elizondo, y lo trajeron escoltado en paños menores pues los villistas le habían quitado el uniforme, a entregarlo nada menos como prisionero enemigo, a los generales Miguel M. Acosta y Samuel M. Santos, sin saber los villistas quiénes eran y confundiéndolos con sus jefes; llegó un coronel chaparrito, montando un magnífico caballo alazán, y bajándose ante Miguel Acosta le dijo: "Mi general, aquí traigo este carrancista prisionero que andaba vestido de general". Elizondo nos vio y no chistó ni una palabra y ni Samuel ni yo hablamos. Acosta dirigiéndose al coronel le dijo: "Muchas gracias, mi coronel, aquí vamos a arreglar a este bandido —dijo esto meneando la cabeza en sentido afirmativo y mirando muy fijo al general Gustavo Elizondo, que era su primo hermano—; este cabrón —continuó Acosta— no sé quién será, pero tiene cara de bandido y de traidor, vaya y dígale a mi general Estrada que yo le arreglaré las cuentas en unos minutos más, solamente quiero confesarlo a ver qué nos desembucha". Aquel coronel se cuadró ante Acosta, saludó también militarmente a Samuel y dio media vuelta, arrancando su caballo muy despacio. Antes de que le metiera espuelas a su penco, ya Acosta le estaba vaciando su pistola por el espinazo. El coronel cayó como de rayo, el caballo huyó y yo lo agarré; entonces Acosta le dijo a Samuel: "Te regalo ese caballo", y a

mí me dijo: "Te regalo la silla", y a su primo hermano, el general Elizondo le dijo: "Ya oíste, cabrón, lo traidor y lo bandido se te conoce hasta encuerado, hijo de la chingada, pues te apellidas Elizondo y lo malo es que yo también soy Elizondo por parte de mi madre", y le dio un abrazo. Elizondo era un hombre, tipo fronterizo clásico, alto y colorado a quien le decíamos el Gaucho y había peleado en la guerra de Cuba contra los españoles a las órdenes de Theodore Roosevelt, sólo por espíritu aventurero.

Y siguió aquel combate, más bien dicho aquella terrible revoltura. El caballo que Acosta le regaló a Samuel resultó ser el Alfor, un finísimo semental que trajo don Francisco I. Madero siendo presidente de la República para la Escuela Nacional de Agricultura, que entonces estaba en San Jacinto (esto lo averiguamos después).

Las espuelas del coronel que mató Acosta se las apropió, o como decíamos entonces, se las "avanzó", el capitán Vidaurri que ya he dicho que era primo hermano y ayudante de Acosta. La pistola se la "avanzó" el capitán Tirso Hernández, también oficial de Acosta, exfederal procedente del Colegio Militar y que abrazó la causa de la Revolución como otros muchos de sus compañeros, siendo oficial subalterno y se llegó a identificar con nuestra causa a la que comprende y ama. Es tío carnal de la gran artista Amalia Hernández, y actualmente Tirso es general de división y ha ocupado muy honrosos puestos militares. Desde oficial era hombre muy serio, honorable, cumplido y valiente y Acosta lo distinguía mucho; hasta la fecha llevo con él, así como con sus hermanos Lamberto, que es civil y que fue jefe del Departamento Central del Distrito Federal en tiempos de Ortiz Rubio, y Arnulfo, que en aquel tiempo todavía no se incorporaba a la Revolución y que actualmente es general de brigada, una muy buena amistad. Este Arnulfo, a quien cariñosamente llamamos sus amigos el Bizco, andando el tiempo me tocó en suerte influir para que fuera como diputado al Congreso de la Unión por San Luis, por su tierra natal, Río Verde, y no hizo mal papel; llegó a ser de las confianzas del general Saturnino Cedillo.

Seguimos con el combate de La Quemada. El general Fortunato Zuazua se despidió de Acosta, de Samuel y de mí antes de empezar el combate y se remontó hacia el oriente, es decir hacia Tampico, con su columna casi completa pues él no había sufrido deserciones y nos dijo que no se empeñaría en este combate porque seguramente, aunque nosotros decíamos que íbamos a pelear por el constitucionalismo, que Carranza ni nadie lo tendría en cuenta ya que estábamos en territorio convencionista o villista.

Después de cuatro horas de revoltura, encontronazos y carnicería por ambas partes, los villistas se retiraron en grupos que no eran ordenados, pero tampoco en derrota, y nosotros quedamos dueños del campo, aunque quedamos dueños de nada, de barbechos pelones pues

ni una ametralladora ni armamento de fusilería capturamos, pues los villistas se llevaron las pertenecientes a sus muertos a quienes recogían sus fusiles conforme iban cayendo. Total, esto fue un empate, solamente que nosotros nos retiramos al último hacia la estación de San Felipe Torres Mochas y cuando íbamos llegando a la estación, no a la ciudad de San Felipe, bien distante, empezamos a oír terribles explosiones como nunca antes las había yo escuchado y a ver volar trenes. Se trataba de la Brigada Zaragoza que se le había insubordinado a su jefe, el general Eugenio Aguirre Benavides, y se declararon villistas, francamente desobedeciéndolo, quedando con él solamente su Estado Mayor, entre los que se encontraban el general Perches, a quien llamábamos el Güero y que después fue *attaché* militar de México en París cuando yo era embajador en Bélgica, los mayores José y Neftalí González. José se decía doctor sin llegar ni a curandero y lo que sí era un magnífico tahúr que se daba poker de ases, de reyes o de sotas, según le conviniera, y a todos los demás nos daba lo que a bien tenía, eso sí siempre grandes juegos para hacernos caer en sus garras. Neftalí era un buen soldado que murió con el grado de general antes que José; este último murió en San Antonio, Texas, hace poco tiempo siendo ciudadano norteamericano.

Con Aguirre Benavides ya no hubo tiempo ni siquiera de despedirnos, pues él tomó rumbo al norte con sus ayudantes y sus asistentes y algunos otros generales que no traían ni un soldado, pues habían perdido su gente en tantas confusiones, entre ellos el valiente Andrés Saucedo que cayó en poder de los villistas en el camino hacia el norte y lo fusilaron. Aguirre Benavides fue cruelmente sacrificado por el general Emiliano P. Nafarrate, constitucionalista de las fuerzas del general Luis Caballero, de quien era segundo. Nafarrate era muy valiente, muy soldado pero muy asesino. Acosta reunió sus fuerzas, más bien dicho lo que quedaba de ellas y esa misma tarde, cansados y muy fatigados después del esfuerzo de La Quemada, la emprendimos también hacia el oriente. Todos advertimos que los capitanes Graciano y Eusebio Sánchez no iban con nosotros, pero fue el teniente José Zataray el primero en advertirlo y le ordenó Acosta a Zataray que los fuera a buscar entre las fuerzas de Lugo y entre las demás fuerzas de la columna, y Zataray vino con la noticia de que se habían pasado al enemigo los dos, absolutamente solos, sin siquiera llevarse un asistente, no sé si porque no los quisieron seguir o porque no los tendrían. Dejo aquí establecido que Graciano Sánchez, a quien los neorrevolucionarios llaman apóstol del agrarismo fue porfirista, fue orozquista con las armas en la mano contra el señor Madero y fue huertista contra el ejército constitucionalista y al final fue villista a las órdenes del general revolucionario potosino Miguel Rueda Quijano cuando el villismo y el zapatismo se habían convertido en refugio de todos los reaccionarios despechados de la Re-

volución. Que cada quien quede en su lugar. Graciano Sánchez nunca fue zapatista y se hizo agrarista durante el gobierno de Portes Gil, en Tamaulipas, a quien le fue muy útil, pues era un hombre muy activo, tenaz y valiente, le ayudaban mucho sus bigotes, su cabellera de indio chichimeca, aunque él era pame, y su fingido mal español, pues era un maestro de escuela titulado de la Normal de San Luis Potosí. En estas mismas memorias voy a publicar las pruebas (telegramas) de que Graciano fue porfirista y huertista. También le ayudaba mucho lo mal y sucio que se vestía, sus zapatos viejos y trompudos, su color casi negro y su don de agitador y de demagogo. Fue también manriquista, y se le desertó a Manríquez cuando Cedillo y yo lo tumbamos del gobierno de San Luis Potosí.

Ya dije que a Portes Gil le fue muy útil, le hacía mucha falta en Tamaulipas un hombre de la talla de Graciano, pues todos los que tenía junto a él carecían de calidad de líderes, y con Graciano se reforzó y se completó en Tamaulipas, donde era políticamente muy fuerte.

Después, con el tiempo, me encontré en muchos trances con Graciano Sánchez, de los cuales oportunamente hablaré, entre otros el haberlo salvado de la cárcel cuando mató a un diputado en Ciudad Victoria, Tamaulipas, haberlo alojado en mi rancho Gargaleote, haberlo amnistiado con el general Cedillo, de quien estaba profundamente distanciado, y haberlo hecho diputado al Congreso de la Unión para que tuviera fuero y vida política. Graciano me llegó a traicionar estos favores, no abiertamente, pero sí solapadamente en varias ocasiones.

Cuando ya estaba oscureciendo, pasábamos por el Mineral del Cubo, en el mismo estado de Guanajuato, y descubrí antes que nadie, pues si ahora tengo buena vista, de joven la tenía tan buena que no envidiaba a un águila ni a un gavilán, muchas cabezas con sombreros grandes en el filo de la sierra por donde teníamos que pasar y le dije a Acosta y a Samuel señalándoles con el dedo: "¡Ese es enemigo!, pues los nuestros que se han ido rumbo al Oriente van de marcha y sólo pueden ser villistas". Acosta hizo alto y me dijo: "Comunícale al coronel Lugo que avance con su regimiento y tú incorpórate con tu escuadrón a él, pónganse a las órdenes de Samuel, y que Samuel suba por ese puerto —y nos señaló una hondonada— a proteger el paso de nuestra columna".

Avanzó Lugo, con quien nos incorporamos, el Chueco Zamora, Zataray, ayudante de Acosta, y yo con mi escuadrón que sólo contaba con diecisiete hombres para entonces y yo dieciocho. Acosta se quedó a la expectativa, esperando el resultado de nuestra exploración. Aparte de Lugo, que traería como trescientos hombres, deben haber sido setecientos u ochocientos más, pues en La Quemada perdimos más de mil hombres y los villistas deben haber sufrido igual número de bajas.

Avanzamos Samuel y yo con nuestros dos asistentes adelante de la columna de Lugo, y, cuando ya estábamos próximos al enemigo le dije, a

Samuel: "Son villistas" y me contestó: "Modera tu miedo, vamos a desengañarnos y no estés haciendo profecías". Me dio mucho coraje que Samuel me llamara miedoso, pues siempre había demostrado lo contrario y él no sé si lo hizo sinceramente o por herirme mi amor propio, o porque sentía el complejo de que no veía bien con un ojo que tenía casi perdido, sin ser completamente tuerto, el caso es que seguimos avanzando en plena sierra, y, a los pocos minutos, una descarga sobre nosotros confirmó lo que yo les venía diciendo a Acosta y a Samuel desde que descubrí los sombrerotes en la lejanía de la sierra, y tras la descarga un tiroteo cerrado sobre nosotros. Lugo, que venía a buena distancia con su tropa, se regresó a tomar posiciones, lo que hizo perfectamente bien, y nosotros, mi hermano y yo con nuestros dos asistentes, caímos en una emboscada como los más ingenuos primerizos, como si no hubiéramos tenido tantas experiencias en la Revolución y tan buenos caballos, y como si no nos hubieran servido de nada las lecciones sufridas con la muerte del coronel Montoya, que cayó en una celada, y después con la muerte de Pedro Antonio, que se extravió también por falta de malicia y de conocimiento de los montes. El choque fue tan rápido y tan cercano que los villistas tuvieron que suspender momentáneamente el tiroteo para no matarse unos con otros, pues habíamos caído en medio de ellos. Rápidamente volteé riendas y le dije a Samuel: "Pica la espuela y cuarta o nos lleva la chingada". Al dar vuelta Samuel, nos dieron otra descarga y le pegaron un balazo en el águila de general del sombrero tejano que portaba, paró su caballo, ya para entonces el Alfor que venía estrenando de La Quemada, y me dijo: "Voy a levantar mi sombrero", y yo le contesté: "Lo que vas a levantar son tus tripas cuando bien te vaya", y le pegué dos o tres cuartazos a su caballo y le dije: "Vámonos", y a mi asistente que más que corría volaba, y que llevaba todas mis pertenencias en su maleta, entre éstas mi traje charro consentido que el general Herminio Alvarez me había criticado, y le dije en plena carrera: "Si sueltas la maleta, te mato". Y no la soltó.

Cuando llegamos abajo, Lugo nos dijo, más bien dijo dirigiéndose a Samuel: "Ah qué mi general tan valiente o tan pendejo, pues cómo se metió con Gonzalo a la boca del lobo y cómo nos iba a meter a nosotros también", y como lo vio sin sombrero le dijo: "Dése de santos que no perdió más que el sombrero y no la cabeza". Para esto, con la violencia del caso y en aquellos apuros, Samuel se acercó a caballo a un oficial que estaba a pie y le quitó su sombrero militar y se lo puso. Después de que Lugo había desplegado sus fuerzas y estaba protegiendo el paso a Acosta por el desfiladero, alcanzamos a un coronel que se llamaba Bailón y Samuel le ordenó que hiciera alto y que regresáramos a proteger la retirada de Lugo. El coronel le contestó a Samuel que él recibía órdenes de jefes superiores a él, pero no de él que era un

pinche oficial, y Samuel le dijo: "Soy su general, cabrón", encañonándolo con su pistola que la traía en la mano y yo también la mía y antes de que las cosas siguieran adelante les aclaré yo que los dos tenían razón, pues el coronel no debería recibir órdenes de un inferior y Samuel me dijo: "Cómo inferior, ¿tú también?", y yo le dije: "Pues sí, porque el sombrero que llevas puesto tiene tres barras, de capitán". Se lo quitó Samuel, vio el sombrero, se rió y dijo: "Dispénseme, mi coronel", y este Bailón, tomó las cosas muy socarronamente y le dijo: "Fue una reacción de amor propio, mi general, la que yo tuve; ahora mismo contramarcho para proteger a Lugo".

Lugo regresó con su regimiento. Nosotros seguimos avanzando para alcanzar a Acosta. En esto nos alcanzó el capitán Tito Acosta, que era primo nuestro y que no tenía ningún parentesco con Miguel, pues este Tito era hijo de nuestro ya finado tío don Lorenzo Acosta y acercándose a mí, me dijo: "Mataron a Manuela". Se me había pasado referir que de San Luis se había venido conmigo una muchacha que se llamaba Manuela que era la señorita que atendía a las personas que visitaban el consultorio del doctor Manuel Izaguirre Bustamante. Este doctor había sido compañero de mis hermanos Samuel y Pedro Antonio en el Instituto y cuando entramos en la ciudad de San Luis Potosí yo venía padeciendo de fuertes fiebres a consecuencia de las malas aguas que había bebido cuando atacamos Tampico, y al ir al consultorio del doctor Izaguirre Bustamente, a quien con el tiempo apodé el Ciruja, conocí a una muchacha muy agraciada y muy joven y la empecé a cortejar, y ya cuando íbamos a abandonar la plaza de San Luis le propuse que se fuera conmigo a lo que accedió ella desde luego, pues ya habíamos tenido tratos amorosos, además me "avancé" de las caballerizas de Izaguirre un coche de los que se llamaban entonces *Vogue*, de origen francés, y un caballo con la cola mocha que era magnífico para tirar el *Vogue*. En este *Vogue* iba Manuela acompañada por una muchacha que se decía enfermera y que era la soldadera de Tito Acosta. Le pregunté a Tito Acosta que dónde estaba el cuerpo de Manuela y me dijo que había quedado como a un kilómetro atrás y que el caballo del *Vogue* había huido y que la muchacha de él se había quedado a recoger el cuerpo y darle sepultura (el caballo llegó a San Luis Potosí a la casa del doctor Izaguirre Bustamante, según me refirió después el doctor).

Como a las dos horas se nos incorporó Lugo, diciéndonos que se había encontrado con el coronel Bailón, quien lo invitaba a defeccionar y que se incorporaran al villismo donde serían generales en el mismo instante de incorporarse. Lugo se negó y siguió adelante, pero como eran amigos y compañeros no se atacaron el uno al otro, sobre todo Lugo tenía prisa por incoporarse y salir de la encrucijada y Bailón también tenía prisa en alejarse de nosotros y de incorporarse con los villistas. Marchamos toda esa noche, más bien gateamos por una sierra

muy empinada que no tenía caminos, ni veredas ni nada, y al amanecer, después de un breve descanso, seguimos subiendo y bajando sierras. Al amanecer, el día doce de enero de 1915, Acosta y Samuel se rieron al verme y por más que buscaron un espejo para que yo me viera la cara no lo pudieron encontrar, pues ya para entonces no iba ninguna soldadera con nosotros, a las que Acosta había dado órdenes de regresar para que se fueran a sus casas o a incorporarse a los villistas o con otra brigada, pero que "él —textual— en la sierra no quería viejas putas". Le preguntaba yo por qué se reían de mí y entonces Samuel me dijo: "El susto que nos metieron ayer los villistas cuando caímos en la emboscada te hizo más efecto a ti que a mí, pues tienes un terrible derrame de bilis, tienes un color completamente amarillo en la cara y en los ojos, ¿qué no te has visto las manos?" Y entonces me vi las manos y efectivamente las tenía un poco amarillas. Después en el camino alguien me prestó un pequeño espejo redondo de bolsillo y me vi la cara y los ojos, efectivamente, estaba tan amarillo como nunca he visto ni antes ni después a otra persona. El susto me había hecho un efecto terrible en la vesícula biliar, pero los nervios andaban bien.

Acosta llevaba un prisionero que tenía el grado de mayor, vestía de charro y era de los que habíamos agarrado en La Quemada en la revoltura. Pertenecía a las fuerzas de Carrera Torres, y, para su desgracia, nos dijo que conocía el terreno; entonces, Acosta le dijo: "Hasta donde usted conozca, mi mayor, nos sirve de guía y sacándonos de esta situación lo vamos a ascender a teniente coronel". Me lo encargó a mí, y me dijo muy en secreto: "Hasta donde este cabrón conozca vamos a aprovechar sus conocimientos del terreno y donde ya no conozca, lo matas instantáneamente". Yo le dije: "Si nos va a prestar servicios por qué le hemos de pagar matándolo". "Porque Carrera Torres, como ustedes los Santos, trae en sus fuerzas a toda la familia, y el que no es pariente es compadre o por lo menos paisano de su mismo pueblo, y éstos no se voltean como a ustedes no se les han volteado nunca". Yo le dije que me dejara tantearlo en conversaciones durante el camino, a lo que Acosta me dio autorización. Amanecimos siempre siguiendo la salida del sol que eran las órdenes de Acosta, es decir, hacia el oriente y por equívoco una noche retrocedimos tanto, pues no teníamos sol que nos guiara, que llegamos al pueblo de Tierra Nueva en el estado de San Luis Potosí, cerca de Santa María del Río y no lejos de la capital de San Luis. Ahí en Tierra Nueva pasó un caso chusco que voy a relatar: la tropa empezó a "avanzarse" gallinas, gallos, chivos, etcétera, y nosotros, es decir, Acosta, Samuel y los del Estado Mayor nos "adueñamos" de un hermoso puerco, el que matamos con ayuda de su dueño y pusimos al propietario a hacer los chicharrones y las carnitas. Acosta empezó a platicar más o menos amable con el dueño del puerco, quien no había puesto ningún reparo ni manifestaba ningún disgusto porque nos

íbamos a comer su animal, al que él mismo estaba condimentando y en la conversación le preguntó al pacífico dueño del puerco que qué gente había guarneciendo la ciudad de San Luis Potosí. El hombre aquel de la mejor buena fe del mundo le contestó que era Federación, y Acosta, dirigiéndose a Samuel y a mí en voz baja, nos dijo: "A qué le llamará federación este cabrón", y yo le dije: "Pues ha de ser a las fuerzas de Urbina, o tal vez a las de Angeles que vienen muy bien organizados y su gente bien uniformada, y entre las que vienen muchos jefes y oficiales exfederales". Lo volvió a interrogar Acosta, y le dijo: "Bueno, cómo andan uniformados". El hombre aquel le contestó: "Los oficiales usan galones en las mangas muy dorados y en los hombros barras también doradas y otros, estrellas"." ¿Y la tropa?", le preguntó Acosta ya muy escamado. "La tropa —le dijo— trae un chaco de cuero, una bola como de estambre en la punta del chaco y un número diez". Acosta que era muy vivo le dijo: "¿Cuándo fue la última vez que estuviste en San Luis?" "En las fiestas del Centenario de 1910", contestó el hombre, para entonces estábamos en enero de 1915. Acosta con mucha rabia le pegó una patada, tirando la paila donde estaban friéndose los chicharrones y los tiró al suelo, sacó la pistola y dijo: "Ahora voy a matar a este cabrón, pues tal vez me está desorientando con toda mala intención". Samuel que tenía mucho de humanitario se interpuso, y le dijo: "Es un ignorante que no sabe ni lo que está diciendo, no lo mates", y yo que poco tenía de tierno, le dije: "Mata a este cabrón, pero después de que haya acabado de freír los chicharrones", y me di a la tarea de recogerlos del suelo, junto con Zataray, Vidaurri y el Chueco Zamora y demás compañeros. Quedó en eso todo, Samuel le dijo al hombre que si no había tratado con ningún militar, más bien para que el hombre hablara sus ingenuidades y Acosta se calmara. El individuo aquel dijo que no, sólo los veía de lejos y les tenía miedo, tanto a los que había conocido con espada, como a nosotros que nos conocía con rifles en la mano.

Después de los chicharrones que nos comimos más o menos fritos, le seguimos para Río Verde pues ya habíamos perdido el camino y a las puertas de esta ciudad, Acosta nos dijo que él no seguiría para la Huasteca, porque allá estaban don Pablo González, con el cual se odiaba mortalmente y Jacinto Treviño, al que mucho despreciaba (y con razón), que como era alcahuete de don Venustiano, no tenía más méritos que desde que era gobernador el señor Carranza de Coahuila, le llevaba en Saltillo muchachas. Que él prefería seguir al Norte cualquiera que fuera su suerte. A ruegos de Samuel, Acosta siguió con nosotros al que nombramos nuestro jefe, pues dijo que se aventaría tres o cuatro días más en la ruta a la Huasteca, a ver si alcanzábamos por ahí a Zarazúa o a Elizondo y algunas fuerzas del Norte con quienes hacerse compañía para salir hasta la frontera.

Seguimos con mi "poderosa" columna de diecisiete hombres y los infantes que se habían salvado a las órdenes de Crisóstomo Nájera que ya llegaban a cincuenta, porque el combate de La Quemada fue entre puras caballerías. Seguimos la ruta que nos había trazado Miguel, señalada por el sol. La columna de Miguel Acosta todavía era como de seiscientos hombres. Debo decir que después de los chicharrones no volvimos a probar bocado ni Acosta, ni Samuel, ni los oficiales ni la tropa, sino hasta los cinco días en que llegamos a San Juan de la Noria, otra vez estado de Guanajuato. De Río Verde a San Juan de la Noria durante cuatro días no tomamos ni una gota de agua y sólo engañábamos la sed chupando biznagas que cortábamos en los cerros pelones hasta llegar a un rancho que se llamaba Corral Quemado, que estaba quemado no tan sólo el corral sino hasta las piedras, pero había una "fonja" o zanja con bastante agua estancada de la cual bebimos caballos y gente. Al día siguiente, entre diez y once de la mañana, después de haber salido de Corral Quemado a las cuatro de la madrugada, llegamos a San Juan de la Noria donde comimos a manteles largos, como luego relataré.

En San Juan de la Noria, que era propiedad de los entonces muy jóvenes herederos Carlos Obregón Santacilia y su hermano, el hoy famoso ingeniero-arquitecto, Javier Obregón Santacilia, nada menos que descendientes del Benemérito de las Américas, don Benito Juárez, en donde se encontraba acampada mucha gente, Acosta nos ordenó haciendo alto en una loma como a cuatro kilómetros, que nos adelantáramos Vidaurri y yo a reconocer de qué gente se trataba. No había avanzadas, ni servicio de vigilancia, ni rondines ni nada, se veía transitar mucha gente a caballo y a pie por los callejones de la hacienda, que era muy grande. Al primer soldado que nos encontramos, le preguntamos qué gente era la que estaba ahí, y nos contestó: "Es el presidente de la República, don Eulalio Gutiérrez, y el ministro de Guerra, don Isabel Robles (se trataba del general José Isabel Robles, ministro de Guerra de la Convención) y de muchos representantes de la recámara de Diputados". Le pregunté al soldado que él a qué fuerzas pertenecía directamente, y me dijo: "A las del general Robles".

Con estos datos, regresamos Vidaurri y yo, primero al paso, después al trote, luego a galope y luego a carrera tendida. Acosta y Samuel, que nos vieron regresar a toda carrera, creyeron que nos venían siguiendo y tendieron una línea de tiradores en la altura. Rendimos parte de todo lo que estoy relatando, entonces Acosta le dijo a Samuel: "Estos vienen muy jodidos (refiriéndose al general Gutiérrez), nosotros también, pero nuestras condiciones son mucho mejores que ellos que traen puros políticos que vienen huyendo y mucha impedimenta, vamos a darles un albazo y agarramos a Eulalio y lo matamos, luego les quitamos el dinero, que han de traer mucho". Samuel le dijo: "No conviene hacer eso; o

nos seguimos de paso, cosa que no podemos hacer porque tanto la tropa como nosotros venimos muertos de hambre y aunque ellos no vienen en condiciones de perseguir ni a un conejo, nuestra tropa se desmoralizaría mucho y se regresaría la mayor parte a buscar refugio y comida con ellos, y darles un albazo sería algo que se parecería mucho a una traición, pues hace muy poco que reconocíamos a la Convención, por lo que haya sido, pero la reconocíamos, y a Eulalio como presidente; además, fue un buen maderista. Lo más conveniente —prosiguió Samuel, quien casi siempre convencía a Acosta— es llegar con Eulalio y su "gabinete de circo", engañarlos y hacernos la gatita mansa, sacarles dinero y seguir a incorporarnos al constitucionalismo". A Miguel le pareció muy buena la idea aunque dijo que después de estar junto a ellos veríamos la actitud que más nos conviniera seguir y avanzamos al frente de la columna que, como he dicho antes, sería como de setecientos hombres de Acosta y unos sesenta y ocho de Samuel. Les informamos Vidaurri y yo a nuestros generales que no había ni siquiera necesidad de mandar una avanzada a darles aviso, que aquella gente andaba completamente desorganizada y como gitanos húngaros, y avanzamos carabina en guardia hasta llegar a la casa de la hacienda sin que nadie nos pegara el quién vive ni nos preguntara seña ni contraseña, ni nos marcaran el alto. Ahí echamos pie a tierra los dos generales y los ayudantes y pronto nos informaron en qué cuarto se encontraba el "presidente", pero antes de encontrarlo nos topamos con el señor licenciado don José Vasconcelos, que se decía ministro de Instrucción Pública del gabinete de Eulalio, y él nos condujo al cuarto del "presidente", que estaba acompañado del general José Isabel Robles y de un tal Vito Alessio Robles, exfederal huertista de origen italiano y que se decía subsecretario no sé de qué cosa y sobre todo, esto era lo más importante y lo mejor, el señor don Felícitos Villarreal, que se decía ministro de Hacienda. Eulalio nos recibió con mucho cariño y el general Robles con mucho afecto, los demás muy sonrientes, pues creían que les llevábamos gran refuerzo de hombres. Acosta y Samuel, después de hablar con Eulalio y el general Robles, nos ordenaron a los ayudantes que acampáramos la tropa rodeando la casa de la hacienda. Lo primero que hicimos fue pedir comida y el "presidente" ordenó que se nos sirviera en un gran comedor cuya mesa presidió él con los "miembros de su gabinete" y otras personas, entre las que se encontraba la señora Elena Arizmendi, a quien Vasconcelos después en sus novelas llamaba Adriana y que era amante de él y lo iba acompañando. Esta señora era muy bella y había estado casada con el señor Carreto, que después fue diputado, por el estado de Guerrero en el grupo que yo jefaturaba en la Cámara de Diputados. La señora se había enamorado de Vasconcelos después de que asesinaron a don Gustavo Madero, de quien, decían, era amante, y también había sido presidenta de la

Cruz Blanca que en tiempos de la Revolución maderista prestó muy buenos servicios a la causa.

Comimos opíparamente y nos acompañó parado, dando sus disposiciones el hermano mayor de los herederos Obregón Santacilia, que como ya he dicho se llamaba Carlos. Este y yo después fuimos muy buenos amigos, y jugamos gallos en muchas partes de la República. La mesa la servían sirvientes rancheros encabezados y guiados por el heredero menor, Javier Obregón Santacilia, que ahora es arquitecto de fama mundial. Este joven, que tendría unos quince o dieciséis años, personalmente y con toda gentileza, nos iba pasando los platones.

Durante la comida les platicamos todos los pormenores de la batalla en el choque que sostuvimos en La Quemada, el día once, y tanto Eulalio como el general Robles nos dijeron que ellos estaban próximos a llegar a La Quemada y que vieron el combate, pero no supieron si era entre carrancistas y villistas o villistas contra convencionistas o contra alguna otra de las dos facciones, y estuvieron contemplando la batalla a retaguardia de los villistas. Según ahora nos damos cuenta les podríamos haber hecho garras por la sorpresa, y sí era cierto, porque aunque el actual refuerzo sólo llevaba quinientos hombres útiles, los demás era impedimenta y "vaciada", era tropa muy buena la Brigada Robles. Robles era muy valiente y tenía mucho don de mando, pero el caso es que sólo contemplaron la batalla y no se acercaron.

Después de la comida se encerraron el "presidente", general Eulalio Gutiérrez, el ministro de la Guerra, general José Isabel Robles, Acosta y Samuel a conferenciar. Después de la conferencia me llamaron a mí los generales Acosta y Santos y me dijeron: "Por órdenes del 'presidente' vas a recibir tú del ministro de Hacienda, que está presente —me señalaron con la mano a don Felícitos Villarreal— dinero para haberes y gastos de campaña que te va a entregar para las dos brigadas y también fondos para el general José Hernández Camargo". Este general José Hernández Camargo era un revolucionario originario del pueblo de Tampacán que había dejado a su gente en la Huasteca y él sí creía en la "Presidencia de don Eulalio Gutiérrez" como en Dios, e iba agregado con nosotros sin ningún mando, sólo en calidad de compañero y amigo y a su vez a él sólo lo acompañaban el licenciando Antonino M. García y dos o tres pacíficos.

Después Acosta me dio un recibo por trescientos mil pesos, hecho con lápiz en un pedazo de papel que escribió sobre las mitasas (unas polainas muy altas que usábamos casi todos los jefes y oficiales revolucionarios, pero que Samuel nunca las llegó a usar). Samuel me dio un recibo con pluma fuente y tinta roja por doscientos mil pesos y Hernández Camargo hizo su recibo por cien mil pesos, que él cobró personalmente. Me fui con don Felícitas Villarreal, el "ministro de Hacienda", a un corral en donde tenía el "ministerio", o más bien dicho, nos dijo él,

la "tesorería" pero yo antes de llegar me aparté, y el recibo de Acosta por trescientos mil pesos lo alteré también con lápiz y le puse quinientos mil, borrándole el tres por el cinco, al de Samuel nada pude hacerle porque, como ya dije, iba con tinta roja y Samuel tenía muy buena letra y Acosta la tenía mala como la mía. No quise cobrar delante de Hernández y le dije a don Felícitos que sólo dejara la orden al pagador, a quien él daba el tratamiento de señor tesorero, "porque una cantidad tan grande —le argumenté— no me la quiero llevar solo, habiendo tanta tropa suelta y estando a la orden del día las deserciones y traiciones", a lo que el bueno de don Felícitos accedió. Yo estaba dando tiempo para que se hiciera un poco tarde pues comprendía que en el corral sólo se iban a alumbrar con velas y cuando mucho con alguna linterna de hoja de lata, cargada con petróleo. Dos veces me mandaron decir Acosta y Samuel con el entonces teniente José Zataray, que me diera prisa con los haberes, porque en la madrugada "íbamos a salir a combatir a los carrancistas a la Huasteca". Yo sabía muy bien de lo que se trataba y les mandé contestar con Zataray que me dejaran libre, porque estaba tomando "orejas" de muchas cosas que nos iban a servir en el camino.

Cuando empezó a oscurecer me presenté con el que se titulaba "tesorero", y le dije: "Mi pagaré —así llamábamos los revolucionarios a los pagadores—, estoy presente por el chivo (haberes) de las brigadas Santos y Acosta", y le presenté los dos recibos juntos. El "tesorero" o "pagador" o "pagaré", auxiliado por otros dos ayudantes empezó a contar paquetes de infalsificables de a cien nuevecitos, yo llevaba dos morrales y les dije: "En éste póngame lo de la brigada Acosta y en éste otro el dinero de la brigada Santos". Contaron por paquetes y no por billetes, y me preguntaron si yo quería contar detalladamente; a lo que les dije que no, que todo ese chivo era del mismo corral (quería decirles yo que era dinero que pertenecía a la Revolución). Ellos se rieron y me despidieron amablemente.

Como a las ocho de la noche puse los morrales en la cabeza de silla de mi caballo, vigilado por el capitán Tito Acosta y cuatro o cinco soldados de los de más confianza, oriundos todos de la hacienda de Tantuité que, como he dicho antes, era de nuestra propiedad, es decir, de la familia Santos; y en aquellos hombres se podía confiar hasta la vida. Regresé a la casa de la hacienda o "presidencia", donde cenamos otra vez con el presidente y los ministros. Don Eulalio estaba siempre muy amable conmigo, ya he dicho que le hablaba de tú ante la admiración de sus generales, de sus ministros y lambiscones que ni aun en la desgracia ni en el monte faltan cuando hay dinero de por medio. Luego me enteré de que nosotros saldríamos en la madrugada y oí las instrucciones que Eulalio le daba a Acosta, a Samuel y a Hernández. Les decía: "Lleguen a la Huasteca y traten de convencer a los carrancistas de que esta Revolución no es por personas, que es por la causa

sagrada del pueblo, y que estamos obligados a combatir a Villa unidos, carrancistas y nosotros, bajo la bandera de la Convención". De pronto, se me ocurrió preguntarle: "Oye, mi presidente, ¿mi general Obregón está con nosotros?". Y él sin titubear me contestó: "Creo que sí, le mandé a Rodríguez Cavo de enviado para que avanzara sobre México, y creo que está combatiendo en Puebla". Nosotros al salir de San Luis Potosí sabíamos ya que el general Obregón había tomado la ciudad de Puebla, echando fuera a los zapatistas y que venía avanzando sosteniendo la causa constitucionalista a las órdenes del señor Carranza. Yo me quedé callado y Samuel y Acosta se vieron uno al otro.

El pobre Hernández no tenía voz ni voto ni criterio, y aunque en la Huasteca tenía regular número de gente, ya no había vuelto a tener contacto con ellos; y para entonces ya la había absorbido en sus brigadas Manuel Lárraga.

Después de la cena, con el permiso del señor "presidente" y del "ministro de Guerra", nos paramos para irnos a nuestro cuartel despidiéndonos todos desde ahí de Eulalio, del licenciado Vasconcelos, de don Felícitos Villarreal, a quien le di yo un abrazo de "agradecimiento por el chivo que me traje de su tesorería", y de los demás "convencionistas" que venían con don Eulalio, entre ellos el italiano exhuertista Vito Alessio, que desde entonces me gustó para puro "semillón", como lo pude comprobar más tarde en la campaña presidencial contra Vasconcelos, en que muchas veces lo hice correr como a un gamo, sosteniendo yo la candidatura del ingeniero don Pascual Ortiz Rubio.

Nos retiramos a nuestro vivac, más bien dicho a nuestro cuartel, pues estábamos acampados con toda intención rodeando la casa de la hacienda para evitar cualquier sorpresa. A las tres de la mañana y sin tocar botacilla fuimos despertando a los jefes, oficiales y a la tropa para ponernos en marcha rumbo al oriente, habiendo comenzado a desfilar a las cuatro en punto de la mañana. Cuando ya había bien amanecido como a las siete de la mañana, hicimos alto Samuel, Acosta y yo y les conté lo de la alteración del vale de Miguel, agregándole doscientos mil pesos más. Acosta, que en aquel tiempo era muy generoso y después murió muy rico y muy avaro, con todo humor y contento me dijo: "Gonzalo, por tu talento y tu honradez —cosa que sí era cierta, pues yo podía haberme "avanzado" los doscientos mil pesos sin que Acosta lo supiera— te regalo un tostón de premio (quería decir esto cincuenta mil) y a mi cuñado Samuel nada, porque él nada tuvo que ver en esto", a lo que Samuel contestó: "Cómo que nada tuve que ver , si yo fui el que planeó venir a engañar y a robar a estos bandidos, y te he quitado una mancha muy grande antes de que te la echaras, pues querías asesinarlos y después la historia iba a averiguar que eres descendiente de Elizondo y de Vidaurri (bisnieto y nieto, respectivamente, que traicionaron a Hidalgo

y a Juárez, respectivamente) e ibas a pasar como traidor para tu vida y las generaciones venideras, entonces yo reclamo otros cincuenta mil pesos y tú quédate con los cien mil que Gonzalo sacó de más". Acosta se rió y le dijo a Samuel: "Todavía es tiempo de regresar y asaltar a estos pendejos pues lo mero bueno, o sea, el oro ni siquiera lo hemos visto". A lo que Samuel dijo: "Como todo lo hemos de jugar a la baraja o regalárselo a las mujeres, cuando lleguemos a donde las haya, da lo mismo oro que *bilimbique*; ya confórmate y vámonos".

El pobre de don Eulalio Gutiérrez, más tarde y más adelante de San Juan de la Noria, en Tula, Tamaulipas, cayó en una celada que le tendió el cojo general Alberto Carrera Torres, quien después de haberle protestado lealtad y sumisión lo atacó y lo agarró prisionero herido de una pierna y a todos sus acompañantes. Por cierto, el general Francisco Carrera Torres, hermano de Alberto y segundo en jefe de sus fuerzas, más tarde que hicimos mucha amistad y que fue de los que me apoyaron para llegar a gobernador del estado de San Luis Potosí, me contaba que el italiano aquel de los bigotes muy arriscados, que había servido a Victoriano Huerta y que tantas ínfulas se traía en San Juan de la Noria (que tan mal nos cayó a Acosta, a Samuel y a mí y que se decía subsecretario de no sé qué cosa), cuando cayeron prisioneros de los Carrera Torres en Tula, Tamaulipas, el tal Alessio se le hincaba a don Francisco Carrera Torres y se abrazaba de sus piernas y le pedía que por favor y por el amor de Dios interviniera con su hermano, el general don Alberto, para que no lo matara, pues era casado y tenía hijos pequeños y que su esposa estaba embarazada y que cuando don Alberto, hermano de don Francisco, le comunicó que no matarían a nadie, que todo lo que querían eran las armas y el dinero (don Eulalio y su comitiva llevaban mucho) al comunicárselo al tal Vito Alessio Robles y que su vida no corría peligro, se le volvió a hincar y le besó las manos y los pies. Esto me lo contó muchas veces el general Francisco Carrera Torres, con quien sostuve más de treinta años de amistad estrecha y cercana, pues él fue comandante militar de la zona de San Luis Potosí durante toda la época de dominación política y militar del estado de San Luis Potosí por el general Saturnino Cedillo, siendo yo jefe de la política nacional y líder de las Cámaras del Congreso de la Unión, de la de Senadores y de la de Diputados. Este italiano, Alessio Robles, como oportunamente lo relataré, siguió cometiendo vilezas, traiciones y cobardías. Tenía además bien ganada fama de maricón, en todos los sentidos que esta palabra abarca.

Entre doce y una hicimos alto en una ranchería en la que había pastura y agua. Paramos a que descansaran la tropa y nuestros caballos, y ahí Acosta dijo que él tomaría por los montes hasta encontrar camino; que de ahí se iba para el Norte. Por más que le rogamos que siguiera con nosotros a la Huasteca, donde lo reconoceríamos todos los revolu-

cionarios como jefe, Acosta no quiso por su enemistad con don Pablo González y su desprecio para Jacinto Blas Treviño. Como ya había recibido el encargo de tantear al mayor carrerista que llevábamos de guía forzado, y cuyo nombre no he podido recordar completo, pues sólo recuerdo que se llamaba Amado, aunque el apellido lo he olvidado, le di cuenta a mi general, que el mayor decía que regresando se iba a dedicar a la "vida privada", cosa que no era creíble en aquel tiempo, pues quien había tomado las armas una vez y había llegado al grado de mayor, que en aquel tiempo no había muchos, seguramente que regresaría a incorporarse con sus jefes y con sus compañeros. Yo le propuse a Acosta que lo llevara hasta el fin, es decir, hasta la frontera y que allá lo soltara o que nosotros nos lo lleváramos hasta Tampico, donde también lo podríamos poner en libertar sin que nos pudiera ocasionar ningún daño, pues ya en "frío" era un poco feo "quebrarlo". Acosta me dijo: "Tú no tienes madera de franciscano ni de miembro de la Cruz Roja, tú eres revolucionario desde muy chico y sería muy malo que te empezaras a descomponer teniendo lástima del enemigo en algunas circunstancias, pero para quitar cualquier escrúpulo que pudieras tener mañana o pasado, cosa que no creo, tráelo aquí a mi presencia y yo arreglaré esto como se deben arreglar estas cosas". Mandé comparecer al mayor con el teniente Zataray, y Acosta le dijo: "Conque usted quiere regresar para sus terrenos". "Sí, mi general", le contestó el charro cuadrándose y Acosta le dijo: "Lo voy a despachar de aquí, pero no para sus terrenos; se va a ir usted mucho más lejos. Se va a ir al cielo y allá saluda de mi parte al cabrón de San Pedro". Diciendo esto, Acosta sacó la pistola y le fajó rápidamente dos balazos, uno en la cabeza y otro en el pecho. Entonces le pregunté a Acosta que si no creía que había sido un poco cruel, y me contestó: "Un poco no, mucho, pero esto era indispensable; figúrate tú que este hombre al regresar se encuentra fuerzas de los Cedillo, que conocen muy bien estos terrenos, o de los de Carrera Torres, a los que pertenecía, o cualquier columna villista, que sabiendo que andamos jodidos y derrotados y con dinero nos quieran perseguir y echársenos encima y les hubiera dado santo y seña y hubieran venido sobre nosotros, pero con mucho gusto y la hubiéramos pasado muy mal". Terció Samuel y dijo: "Miguel tiene razón". Entonces le dije a Acosta: "Créeme que nunca se me olvidarán tus lecciones, que las llevo bien aprendidas, que mucho me han enseñado y mucho me servirán". Ahí nos separamos viendo desfilar primero la columna de Acosta, nos abrazamos como lo hacían los verdaderos hermanos, que en muchas ocasiones lo son más los de armas que los mismos de sangre. Aquí dejo seguir a Acosta su camino y me ocuparé sólo de nosotros.

Seguimos nuestra marcha por puros cerros y como a los dos días de caminar ya estábamos bien orientados, pues habíamos pasado por el

municipio de Rayón, San Luis Potosí, y ahí habíamos "levantado" un par de guías más o menos voluntarios, con la condición de que ellos nos guiarían sólo hasta la entrada a la sierra de Tanchachín, con lo que estuvimos de acuerdo. Llegamos a las estribaciones de la sierra de Tanchachín, a un punto que se llama Tanlacú, a la orilla del riachuelo de su nombre, que es muy bonito, con muchas corrientes y agua cristalina. Ahí vi por primera y última vez un "molino de agua" y Samuel y Crisóstomo Nájera me explicaron lo que era. A aquellos dos guías de Rayón les dimos buenas gratificaciones pues ya no teníamos temor de que alguien nos alcanzara. Entre Rayón y Tanlacú, cuando íbamos a bajar a una hondonada, vimos arder en la planicie una ranchería y oímos tiros de rifles y carreras desbocadas de caballos. Hicimos alto y nos pusimos detrás de una cerca de piedra en un lugar donde ya la vegetación era huasteca. Samuel y yo con nuestros dos asistentes rifles en mano, pues como traíamos muy buenos caballos (él el Alfor y yo el Camarón) en los que nos habíamos salvado en la emboscada del Cubo, la tropa venía muy atrás. Por cierto que ahí le recordé a Samuel el consejo que tanto nos había dado nuestro padre, de que "nunca nos cortáramos" de la tropa y que tan caro le había costado a Pedro Antonio. Samuel me dijo: "Pues ahora ya lo hicimos y aquí los cuatro (se refería a él, a mí y a los dos asistentes) podemos ver si viene o no viene enemigo y procederemos en consecuencia, esperando aquí a nuestra gente o dando media vuelta para incorporarnos con ellos".

No acababa de hablar Samuel, cuando vimos un jinete caracolear en la vereda; venía corriendo a todo lo que daba su cabalgadura y traía el rifle en la mano. Cuando vimos que venía solo lo dejamos avanzar y llegando a la cerca de piedra donde estábamos nosotros bien ocultos y parapetados, lo obligamos a que se rindiera e inmediatamente entregó el arma y lo hicimos seguir por la vereda en su mismo caballo, pues forzosamente se iba a encontrar con nuestra gente, que seguramente ya venía cerca y lo agarrarían prisionero. Así vinieron corriendo de a uno y de a dos jinetes de la ranchería que ardía en llamas, hasta completar siete, y procedimos con ellos en la misma forma que con al primero; pero al segundo ya lo habíamos interrogado y nos había dicho que eran de la gente del coronel Isauro Verástegui, aquel charro de Río Verde, tan valiente como un león, que fue capitán maderista a las órdenes de Pedro Antonio, de Samuel, de Terrazas, de Acosta y de Montoya, en 1910. Se había declarado villista y a esa ranchería había ido a cometer tropelías, le había dado muerte a balazos a su propia mujer. Luego de muerta la mujer, Verastegui se agarró a tiros con dos hijos, matando a los dos y siendo él muerto por ellos y en la trifulca habían quemado el rancho. Muy poco tiempo después, como a los veinte minutos o media hora, se unieron a nosotros el mayor Nájera con su infantería y los diecisiete de caballería a las órdenes del capitán Tito

Acosta, y traían a los siete prisioneros que nosotros habíamos desarmado y dejado pasar hacia adelante. Les dijimos a los prisioneros que si nos habían engañado y había más fuerzas en aquella ranchería los íbamos a matar y todos nos aseguraron que habían dicho la verdad, pues estos hombres venían todos borrachos. Bajamos con nuestra pequeña columna hasta aquella desolada ranchería, cuyo nombre no recuerdo encontramos los cuatro cadáveres, el del charro Verástegui, el de su mujer y los de sus hijos, cada quien en un charco de sangre y ya empezando a quemarse. Verástegui estaba vestido de charro, pero sin las botonadura de plata que habitualmente usaba y con sombrero también charro; y no tenía tampoco nada de elegante, eso sí como siempre los usaba él, muy grande. Samuel se quitó el sombrero y dijo: "Pobre compañero nuestro, Pedro Antonio lo quería mucho y Terrazas, Acosta y Montoya también, era valiente como un león, pero con la muerte de Pedro Antonio mucha gente se descompuso y a este Isauro se le despertaron malos instintos, sobre todo cuando andaba borracho. Vamos dejándolos tanto a él como a la señora y a sus hijos dentro de este jacal para que se incineren sus cuerpos, pues es preferible que así sea y no que se los coman los coyotes".

Así lo hicimos, y empezamos a remontar cerros llenos de vegetación y después de haber caminado todo un día sin comer, pero sin carecer de agua, que había en abundancia, oímos los cánticos de unos gallos. Samuel y yo, con nuestros asistentes, empezamos a bajar para ver si hallábamos algo que comer. La tropa siguió su camino bajo el mando del mayor Crisóstomo Nájera. Se me ha pasado decir que iba con nosotros, pero sin mando alguno y sólo como compañero, el teniente coronel don Jesús Terrazas, padre de los generales Alfredo y Severino del mismo apellido y también de Celedonio, que andaba militando en nuestra brigada por allá en la Huasteca, bajo las órdenes de Fulgencio. Don Jesús había sido compañero de mi padre y mi tío Rafael en la guerra de intervención francesa, a las órdenes inmediatas de mi abuelo, don José Antonio de los Santos, de quien a su vez era jefe el guerrillero general don Pedro José Méndez, jefe de los liberales en Tamaulipas y las Huastecas. Bajamos Samuel y yo, como dije, con los asistentes, por la gran montaña muy llena de vegetación, no estoy seguro a qué municipio pertenecía aquella región, pero me supongo que a Rayón. Después de mucho bajar por veredas empinadas llegamos a una casita donde encontramos a un hombre vestido con camisa de manta y calzoncillos también de manta, de esos que los antiguos se amarraban en el tobillo con un cordón de la misma tela, y también a un jovencito como de unos once años. El hombre se presentaba muy limpio, tenía barba corta y escasa y todavía tenía algunos pelos negros en la cabellera, lo mismo que en el bigote. Le dijimos que éramos revolucionarios constitucionalistas sin decirle nuestros nombres ni nuestros grados y

que queríamos comer. El hombre aquel se puso desde luego a asar carne de tasajo, mató un pollo y los frijoles ya los tenía listos. Entonces, por primera y última vez en mi vida, vi a un hombre moliendo nixtamal y haciendo tortillas. El muchacho, que era su hijo, le ayudaba en todo. Comimos opíparamente y resultó que era un hombre culto que estuvo a punto de ordenarse sacerdote en el Seminario Conciliar de San Luis Potosí y que rompió sus votos antes de ser cura por razones que ni nos contó ni le preguntamos. Este hombre fue en el Seminario compañero del eminente literato, viril, incorruptible y valiente periodista, enemigo de la dictadura de don Porfirio Díaz, e historiador académico de la lengua castellana, aunque muy mocho, don Primo Feliciano Velázquez. Lo que también nos contó fue que era viudo y que vivía solo con su hijo en aquella montaña, y que a veces mandaba a comprar comestibles al pueblo, pero no recuerdo si se trataba de Rayón o de San Ciro. Como Samuel se sabía algunos "latinajos" que aprendió cuando era pasante de Leyes en el Instituto de San Luis y estudiaba raíces griegas y latinas, le echó tres o cuatro al hombre aquel durante la comida; pero según Samuel mismo confesó luego, él no le servía ni para el arranque, pues aquel hombre hablaba perfecto el latín. Ni Samuel ni yo llegamos nunca a saber si se trataba de algún hombre decepcionado o que tendría algunos "puentes quemados", de lo que sí estoy seguro es de que era un filósofo y por eso vivía tan solitario. Tenía algunas vacas, sembraban chile él y su hijo, maíz y tenían muchos guajolotes y gallinas, de esas serranas muy grandes que tienen el pescuezo pelón y a las que don Bernal Díaz del Castillo llama en su historia "gallinas de la tierra". Al parecer aquel hombre vivía feliz en soledad con su hijo. Aquel hombre no nos quiso recibir ni un solo centavo por su hospitalidad y nos despedimos de él muy agradecidos; nos llevamos dos gallinas asadas que nos regaló y cuando alcanzamos a nuestra gente una se la dimos a Crisóstomo Nájera y la otra a don Jesús Terrazas, a quien cariñosamente llamábamos en la brigada tío Chuy.

En Tanlacú empezamos a trepar la sierra de Tanchachín, que en aquel tiempo era muy bella, llena de bosques de árboles gigantescos de maderas preciosas, gardenias y orquídeas, con lunares de llanos cubiertos de verde pasto. La sierra de Tanchachín estaba llena en aquel tiempo de monos y changos, los que veíamos columpiarse en los árboles a cada rato; cuando nos veían estos monos empezaban a dar chillidos, las madres agarraban a sus críos, se columpiaban y huían. Samuel prohibió que se les tirara, pues entonces no llevábamos hambre ni sed. Atravesamos la sierra de Tanchachín sin novedad, solamente que en algunas de las mesetas con que topábamos, de tiempo en tiempo encontrábamos manadas de potros brutos y yeguas cerreras, entre las cuales Samuel, que era muy buen lazador, lazó un potro moro que me regaló, y que yo llamé desde entonces el Marroquí. Así seguimos y

atravesamos la sierra sin incidentes, bajamos al pueblo de Aquismón ya en plena Huasteca potosina. Nos alojamos Samuel y yo con toda la tropa sin discriminación en la presidencia municipal. Samuel y yo fuimos invitados a cenar, a desayunar y a comer al día siguiente a la casa de don Brígido y don Romualdo del Campo, dos hermanos españoles. Más bien dicho, creo que el agasajo nos los dio don Brígido, que era muy espléndido y muy buen hombre, y fue el primer gachupín que conocí en mi vida en Tampamolón y su hijo Juan de Dios del Campo, que llegó muy chico, fue mi compañero de escuela y después en la vida siguió siendo mi leal amigo. Este estuvo en la guerra de España como republicano y regresó no como refugiado precisamente, sino a la patria donde se había criado y que él más amaba, México. Digo que creo que el agasajo fue de don Brígido, porque don Romualdo era muy miserable y muy avaro y don Brígido ya no digo espléndido sino manirroto y pródigo. Don Brígido entonces tenía una cocinera de Tampamolón que se llamaba Toribia, ésta sabía cocinar muy bien al estilo huasteco y me conocía desde chico. Con el tiempo, don Brígido se casó con esta india. Por lo que se puede ver, los españoles son inmigrantes muy deseables entre nosotros, pues o bien se casan por interés con una vieja rica, aunque sea fea y gorda, o con su cocinera porque les hace buena comida; pero de todas maneras, sus hijos, unos buenos, otros malos y otros peores ya son mexicanos. Estos bastardos de don Brígido viven en Valles, y salieron de los peores.

De Aquismón, después de haber descansado bien, continuamos nuestra marcha a Tancanhuitz, pero ya para entonces habíamos mandado correos al coronel Rivera a Tanquián Escobedo y al coronel Fulgencio M. Santos a Axtla, hoy Villa Terrazas.

Entramos en Tancanhuitz y ahí esperamos las contestaciones de los coroneles Santos y Rivera. En el curso de ese día se nos incorporó, con gran contento de Samuel y mío, nuestro primo y muy querido compañero, el mayor Braulio M. Romero, quien venía en un caballo alazán muy flaco, en una de esas sillas sin cabeza que usaban entonces en el ejército americano, y que también ya usaban nuestros soldados rasos constitucionalistas. Braulio, que era muy exigente en cuestión de caballo y arneses de montar, se veía ridículo cuando llegó. El no sabía que estábamos ahí, ni nosotros nos imaginábamos que lo íbamos a encontrar, pues no sabíamos qué suerte había corrido. Samuel lo había mandado de San Luis Potosí a México en una comisión con Eulalio Gutiérrez, cuando éste ocupaba la "presidencia de la República" y le tocó ver, según nos contó después, la entrada de Villa y de Zapata en la metrópoli, la que nos platicó con toda clase de detalles. También estaba en la casa del "presidente Gutiérrez" cuando Urbina, Villa y Fierro llegaron a querer asesinar al "presidente Gutiérrez" después lo quisieron tomar preso, lo llenaron de insultos. Finalmente, según Braulio nos

contó y la historia ha confirmado y el mismo "presidente Gutiérrez" nos había relatado en San Juan de la Noria, se le impuso a Villa con gran serenidad. Braulio estaba en Palacio en el banquete que dio Eulalio Gutiérrez cuando Villa, Zapata, Vasconcelos y Urbina se sentaron, el primero al lado de Villa y el segundo con Zapata. En esa vez, Villa, como de costumbre en estos casos, se puso a llorar como un niño cuando Eulalio le dijo: "Asesíneme, pues es lo único que le falta para ser un Victoriano Huerta"; entonces fue cuando Villa rompió a llorar y lo dejó libre.

Samuel y yo nos queríamos mucho con Braulio. El era diez años mayor que yo y un año menor que Samuel, y antes de la Revolución había sido inseparable compañero de Samuel, más bien dicho su sombra hasta 1913; y de 1913 en adelante fue más compañero mío que de Samuel hasta su muerte, a pesar de la diferencia de edades. Cuando lo enterramos en Villa Guerrero, hoy Tamuín, el único que habló en el sepelio fui yo, que era gobernador constitucional del estado de San Luis, y Samuel estuvo al lado mío. Pero sigamos con nuestra historia. Llegaron correos de los coroneles Santos y Rivera, ya ellos de acuerdo entre sí para que todos nos reuniéramos en Axtla. Habían perdido mucha gente por la confusión de las facciones, y Lárraga aprovechó que estaban sin su jefe, que era Samuel, e hizo mucha labor de intriga acusándolo de convencionista y de villista, presentándonos como sospechosos, y mucha de nuestra gente se fue a sus casas, porque eso sí, en aquel tiempo los huastecos consideraban que cambiar de jefe era una traición, y Lárraga no pudo atraer a sus filas a ninguno de nuestros elementos, aunque sí minó mucho la brigada. Lárraga también estaba en Axtla con su gente, que no pasaba de cuatrocientos hombres, pues a él sí se le habían desertado en grandes grupos y se habían ido al villismo encabezados por un mayor que se llamaba Liborio Zavala, antiguo tahúr que tenía por alias el Bolero, muy buen guerrillero, tuerto, muy de a caballo y lo de el Bolero era porque en su niñez había sido bolero (limpiabotas) en el ingenio de El Higo, Veracruz.

Samuel y Lárraga se entrevistaron más bien por formulismo, pero yo no le dirigí ni un saludo al Gacho, pues ése fue el apodo con que lo bauticé a este robavacas, y el cual ya nunca en la vida se le borró.

El día que llegamos a Axtla procedentes del estado de Guanajuato me dijo Mencho (coronel Santos): "Cuacucho (así me llamaba por mi nariz parecida a cierta ave de la Huasteca), si hubieras llegado ayer te hubiera obsequiado un regalo". "Todavía es tiempo", le contesté. "Bueno —me dijo—, por aquí cayó solito y sin trampa Joel Salvador". Se trataba de aquel que me denunció con el teniente federal Lemus cuando iba yo para la Revolución en Villa Guerrero, hoy Tamuín, y que por poco ocasiona que me detengan como prisionero con las consecuencias que eso traía en tiempos de Victoriano Huerta. "El tal Joel

—continuó Fulgencio— llegó sin saber qué fuerzas ocupábamos la plaza, él creía que se trataba de los villistas a las órdenes de Conrado Hernández (de quien después hablaré), que había desconocido al constitucionalismo y al señor Carranza, y se había convertido en villista. Cuando Joel reconoció su error era tarde, lo pusimos prisionero, y después de una breve plática que tuve con el Gacho, convenimos los dos en fusilarlo, pues todos sabíamos lo que te había hecho. Claro que a Lárraga no le importaba nada si te hubieran matado a ti, pero no tenía por qué defender a un huertista, y ayer al amanecer lo quebramos". "Bueno —le dije—, muchas gracias, es lo que Joel Salvador quería que me hicieran a mí los federales sin haberle hecho yo nunca nada". Este Joel Salvador era el hijo mayor de don Rómulo Salvador, presidente municipal y cacique eterno de Villa Guerrero. También volvió don Rómulo a ejercer el poder político en ese municipio, durante la época de Victoriano Huerta. Don Rómulo Salvador, que de secretario del Ayuntamiento de Villa Guerrero se convirtió en millonario de entonces, cuando los pesos porfirianos valían mucho, por haberse casado con la única hermana que tenían don José y don Rómulo Rodríguez Cavo, herederos los tres. Los Rodríguez Cavo y la señora de Salvador, de la hacienda de Limón, latifundio de trescientas cincuenta mil hectáreas, se concretaba a explotar económicamente a todos los pobres del municipio, a quienes no permitía ni siquiera acarrear a sus pobres chozas una brazada de leña. Así pues, Joel Salvador pagó aquella fea acción, aunque yo no estaba presente cuando los nuestros le ajustaron las cuentas. De don Rómulo Salvador, con el tiempo, fui amigo personal, y le ayudé para que volviera del destierro y pudiera vivir en su rancho La Reforma, que actualmente es ejido. También don Rómulo se la pasaba en su rancho Españita, que ahora pertenece a su hijo Carlos Salvador, quien fue mi compañero de escuela en San Luis, y quien desde que yo asumí el mando en la Huasteca potosina, en 1920, ha gozado de plenas garantías.

Pasaré por alto una serie de detalles pues, de otra manera, estas memorias se volverán interminables. Ya para entonces, y después de haber más bien gozado que sufrido las burlas de mis compañeros por mi color amarillo, debido, como ya dije, al derrame de bilis que me ocasionó el susto de la emboscada villista en el Cubo, estaba ya, si no de mi color normal, mucho menos amarillo. Tal vez debido al ambiente, a las comidas huastecas, a los huapangos y a las muchachas que tan bien nos recibían en todas partes de la Huasteca, pero especialmente en Axtla, donde había bailes durante la Revolución que duraban diez o doce días. Lo que ocasionó más de un romance, del cual yo no escapé con una Esperancita Rivera.

De Axtla seguimos, los de la Brigada Santos, a Tanquián Escobedo. Lárraga por separado se fue hacia San Vicente Tancuayalab. Ambas columnas con rumbo a Ebano, pues fue en lo único que se pusieron de acuerdo Samuel y el Gacho. En Tanquián Escobedo nos comisionó Samuel a Braulio y a mí para que nos quedáramos a ver a cuántos soldados de los que se habían ido a sus casas convencíamos para que volvieran a filas, y él siguió la marcha con los coroneles Santos y Rivera y la tropa respectiva, como ya dije, para Ebano, donde quedaron acampadas, y él siguió para Tampico a ponerse a las órdenes del general Caballero; pero don Pablo le ordenó que quedara a sus órdenes inmediatas directas, lo que tuvo que acatar. Braulio (mayor Romero) y yo empezamos a mandar sonsacar a nuestros antiguos soldados y a reclutar nuevos, auxiliados por los tenientes Benjamín Balderas y Gabriel Romero. Un día, estando en lo que entonces se llamaba una parranda, y que se reducía a beber cerveza caliente y a contar chistes y anécdotas de la campaña, resolvimos que Gabriel Romero y Benjamín Balderas (los tenientes) fueran a traer una vaca para pagar la cuenta de nuestro eufórico convivio y Gabriel y Benjamín salieron a caballo, pero lo raro del caso fue que a los veinte minutos ya estaban de regreso con la vaca "avanzada" y como nosotros les preguntáramos que cómo era posible que hubieran regresado tan pronto trayendo la res, nos contaron que llegando al camposanto, que estaba en las orillas del pueblo, lo que quiere decir muy cerca de la consistorial (presidencia municipal), se encontraron esa vaca y la lazó Benjamín y la venía arreando Gabriel. Como Tanquián Escobedo sólo tiene una calle y en ella vivía el propietario de la vaca, donde ésta tenía su cría, pues estaba en ordeña, la vaca al pasar frente a su "arrejo se atanchó" y entonces Benjamín metía espuelas al caballo y jalaba la vaca a cabeza de silla, mientras Gabriel le pegaba y le gritaba la palabra sacramental en estos casos: "¡Utza, utza vaca!", pero el animal no caminaba ni un paso. A esto, salió al corredor de su casa, precisamente enfrente, a una distancia de unos tres metros de donde los "vaqueros soldados" estaban batallando con la res, el propietario, que se llamaba Jesús Ahumada, que era de los llamados pacíficos, es decir, de los que no eran ni simpatizadores ni hostiles a ninguna facción. Era joven y usaba una barba muy larga, muy ancha y muy negra y a las voces de Gabriel, instando para que la vaca obedeciera los "tirones" que la reata le daba, Ahumada empezó a gritar con voz estentórea: "A la salud de Ahumada, a la salud de Ahumada", y entonces Gabriel más apurado le empezó a pegar a la vaca en los cuartos traseros, a castigarla con la rodaja de su espuela como se hace con los animales "tanchos" y a gritar desaforadamente: "¡Utza, utza, puta!", y el barbón continuaba gritando: "¡A la salud de Ahumada! ¡A la salud de Ahumada!". Para esto Benjamín sacó la carabina que llevaba bajo la pierna y dirigiéndose al "expropiado" (entonces se decía intervenido) le dijo: "Mira, hijo de la chingada, si no te callas la boca te voy a fajar una bala expansiva en las tripas", pero el barbón no se arredró, y con un valor civil que sólo lo inspiran las grandes causas o al ver que en su cara le quitaban lo suyo siguió gritando,

"¡A la salud de Ahumada! ¡A la salud de Ahumada!" Grabriel convenció a Benjamín de que metiera la carabina a la funda, a su vez le "enmendó" con su reata a la vaca de la cabeza y como dice el refrán que "a dos reatas no hay toro bravo", ahí se comprobó que a dos reatas no hay vaca "tancha" y a rastras se la llevaron. Nosotros como estábamos muy cerca del lugar del incidente, a unos cincuenta metros a lo más, nos asomamos por curiosidad hasta cerca de la casa de aquel involuntario contribuyente a nuestra causa y lo vimos todavía por cuatro o cinco minutos en una actitud no menos airada que la que debe haber asumido Moisés en el Sinaí, gritando a voz en cuello y levantando los brazos en actitud declamatoria: "¡A la salud de Ahumada! ¡A la salud de Ahumada!".

Es muy explicable que no señale yo fechas exactas, pues nunca he llevado un diario de mi vida y entonces ni por asomo pensaba, ya no digo que algún día escribiría estas memorias, pues ni siquiera sospechaba salir con vida de la Revolución.

Al día siguiente, salimos Braulio y yo con los oficiales Gabriel Romero y Benjamín Balderas y ciento veinticuatro hombres de tropa que habíamos logrado reunir, la mayoría desarmados, pero íbamos a incorporarnos a Ebano.

De los cincuenta mil pesos que me tocaron de la dizque "soberana convención", ya habían volado treinta mil entre Aquismón, Ciudad Santos, Axtla y Tanquián Escobedo, entre albures y demás euforias. Hago notar que en esa época de la Revolución nadie jugaba gallos en campaña, pues este juego lleva tiempo y entretiene mucho. Eso sí, le entrábamos al conquián, al paco, al poker y, sobre todo, a los albures. Los veinte mil pesos que me quedaban apenas alcanzaron para repartirlos entre la tropa reclutada, para que dejaran dinero a sus familias, pagar deudas atrasadas de comidas y tiendas de las fuerzas de los coroneles Santos y Rivera; y lo que quedó se lo entregué al subteniente Enrique Ahumada, que ningún parentesco tenía con el barbón de la vaca, pues este Ahumada era revolucionario originario de Tampamolón y fue fiel a la Brigada Santos hasta el último día de campaña.

Al amanecer del día siguiente. como ya he dicho, rompimos marcha rumbo a San Vicente y con destino final a Ebano (quiero aclarar que el dinero entregado a Ahumada fue para que lo repartiera ente las viudas de nuestros soldados en la Huasteca).

Por todas las rancherías del municipio de Tanquián y de San Vicente que atravesábamos, fuimos respetando las propiedades que entonces consistían única y exclusivamente en ganado vacuno y caballar, pues la gente de esa región, toda nos era adicta y, por lo tanto, amigos; pero al atravesar los ranchos La Bolsa, La Secreta y El Chote, que eran propiedad de norteamericanos ausentes y cuyos vaqueros no eran adictos a los revolucionarios huastecos, fuimos arreando el ganado que en-

contrábamos a los lados del camino sin apartarnos para nada en nuestra marcha. Ese día pasamos el río Tamuín, en el Oyul, y acampamos en el rancho Española, donde había mucho que comer y pastura y agua para la caballada, como abunda en todas partes de la Huasteca.

Volvimos a romper marcha al siguiente día al amanecer y Braulio y yo acordamos dividirnos en dos "columnas", una bajo nuestro mando directo con ciento y pico de soldados, y la otra al mando de los tenientes Benjamín Balderas y Gabriel Romero, con cinco o seis soldados "arreando" y que se dirigirían directamente a Tampico sin pasar por Ebano, rodeando por Chijol con instrucciones de pasar ese ganado por el río Tamesí en un punto llamado Tancol, que todos nosotros conocíamos muy bien; dejar el ganado pastoreando (ya ascendía como a cien cabezas) y con instrucciones estrictas, los oficiales Romero y Balderas, de no "avanzar" en el camino ni una cabeza más, para no llamar la atención ni dar motivo a quejas, pues el cuartel general de don Pablo González estaba muy cerca, y a ese señor no le gustaban los "avances chicos" y menos que los hicieran otros.

La toma de Ebano

Ese mismo día llegamos a Ebano. Estoy hablando todavía de los últimos días del mes de enero de 1915, o tal vez principios de febrero. Nos incorporamos con Samuel, que ya estaba en Ebano, campo petrolero donde se estaban concentrando todas las fuerzas constitucionalistas que había en la región. Don Pablo González designó jefe de estas fuerzas al general Jacinto Blas Treviño, hombre muy impopular entre los revolucionarios. Muchos de ellos le profesaban verdadero odio por su carácter despótico y sus aires de suficiencia; pero mi hermano Samuel, hombre culto y de tacto político, los fue suavizando, incluyendo al Gacho, Manuel Lárraga, quien amenazaba con desertar con sus fuerzas si no les ponían otro jefe. Treviño, que tenía una gran ambición y la ha seguido teniendo hasta su chochez, no se dio por aludido y nombró a Samuel jefe de su Estado Mayor, con el fin de utilizarlo, pues ya había visto que era hombre capaz y muy convincente. Ahí en Ebano, a petición de mi querido amigo el general Francisco de P. Mariel, me incorporé a su estado mayor, pues ya he dicho que entre los jefes que había a las órdenes de mi hermano Pedro Antonio militaba yo indistintamente. Entonces resolví quedarme ya en otras fuerzas que no fueran la brigada Santos, porque había muchos parientes en ella, y como yo era el único hermano de Samuel que andaba militando en la Revolución, y en la brigada se prestaba a celos y además yo quería mucho a Mariel, y Mariel me quería mucho a mí, tomé esa decisión. Ese día me dijo el general Mariel que me alistara (él me llamaba Chalito) porque al día si-

guiente saldríamos para Tampico a tomar un barco para Veracruz a traer parque y armamento para la defensa de Ebano. Esto lo acordaron Mariel, Samuel, Lárraga y el entonces coronel Manuel García Vigil, jefe de la artillería, y nos comisionaron para traer armas y parque de Veracruz. Todos los acuerdos se tomaban en consejo de jefes en ausencia de Jacinto Blas Treviño, que todavía no se hacía cargo, de hecho, de las fuerzas que estaban acampadas en Ebano, pues convivía con su esposa en la Barra de Tampico, en su chalet y dando recepciones a la *high life* de Tampico. Tan luego llegamos a Tampico, se entrevistó Mariel con el general don Pablo González y le dijo lo que los jefes habían acordado con respecto a los pertrechos. Don Pablo aceptó el acuerdo, le puso un mensaje inalámbrico al Primer Jefe, señor Carranza, diciéndole de la comisión de Mariel y puso a la disposición de éste un barco de la Armada Nacional llamado el *Melchor Ocampo*. Mariel me dijo que él nunca había navegado en el mar y yo le dije que tampoco. El comandante de este barco después figuró mucho en la Marina de Guerra Nacional, entonces era capitán de corbeta y se llamaba Calcáneo Díaz, después llegó a ser comodoro.

Tan luego empezamos a navegar en alta mar, Mariel se encerró en un camarote donde permaneció en calidad de fardo, completamente mareado hasta llegar a Veracruz. Yo hice mucha plática y amistad con el capitán del barco. Calcáneo Díaz era un tipazo en todo el sentido de la palabra, aún en el físico y nuestra amistad fue perdurable hasta su muerte.

Una vez en Veracruz y después de habernos instalado en el hotel Diligencias, nos trasladamos a Faros a entrevistar al Primer Jefe, el señor Carranza, quien hizo pasar luego a Mariel por conducto de un ayudante muy relamido, que a las claras se veía que jamás había andado en campaña, y que tal vez nunca había siquiera montado un caballo. Se llamaba capitán Fábregas. Yo esperaba en la antesala hasta que terminara la entrevista de Mariel con el Primer Jefe; Mariel se asomó a la antesala y me dijo: "Chalito, avanza". Ya que estaba junto a él me cuadré y me dijo: "Pasa, vas a saludar al Primer Jefe pues vas a jugarte la vida en Ebano y es justo que tengas este honor". La puerta estaba abierta y don Venustiano Carranza estaba escuchando lo que Mariel me decía. Estaba de pie. Avancé y me cuadré frente al Primer Jefe y le dije: "Es un alto honor para mí", y el señor Carranza me tendió la mano sin invitarme a que me sentara, cosa muy explicable y muy justificada dadas las grandes tareas que él tenía que desempeñar. Me trató con afabilidad, aunque muy serio, y me dijo: "Estoy seguro de que todos ustedes los revolucionarios que van a defender Ebano lo van a hacer con la conciencia plena de que están contribuyendo al triunfo definitivo de la Revolución, que será el triunfo de México". Nada más habló el señor Carranza. Me volví a cuadrar y le dije: "Mi Primer Jefe, en Ebano y en cualquier parte donde nos toque combatir, sabremos cumplir con

nuestro deber con todo entusiasmo pues amamos a la Revolución y no nos importa morir por ella". Me cuadré nuevamente y ya iba a dar media vuelta cuando el señor Carranza me tendió la mano y estrechó la mía sin decir una palabra más. Salí a la antesala y Mariel me dijo: "Espérame ahí mientras yo me despido del Primer Jefe", y no tardó ya ni cinco minutos y salió muy contento y me dijo: "Chalito, llevaremos mañana el barco *Tamaulipas*, que es cuatro veces más grande que el *Melchor Ocampo*, hasta los topes de parque armas y granadas". Llegamos al Diligencias, compró ahí dos sombreros panameños de los finos y se puso él uno y el otro me lo regaló, luego sacó quinientos pesos que me obsequió y dijo: "Vete a pasear, Chalito, yo te envidio, pero tengo que pasarme todo el día arreglando este asunto de los pertrechos hasta que estén embarcados en el *Tamaulipas*". No me hice sordo, me cambié luego el uniforme por un traje de los llamados cazadora que era de revolucionario pero no estrictamente militar y en lugar del sombrero tejano me puse mi panameño nuevo, me eché los quinientos pesos a la bolsa y otros mil que yo tenía, remanente del ganado que tan "honradamente" nos comprara don Amado Arachandieta a veinte pesos cabeza, y me fui a buscar uno de los muchos lugares que a todas horas del día y de la noche había abiertos entonces, en aquel maravilloso Veracruz y acompañado de una Bertha, que era cubana y que usaba dos patillas arriscadas en forma de colas de alacrán, en un coche de caballos de bandera azul. Nos "reventamos" cada danzón que temblaba San Juan de Ulúa. Después de no dormir ni una fracción de minuto, me incorporé con mi geneal Mariel en su cuarto del Diligencias. El ya para entonces estaba vestido, siempre usaba uniforme militar y su respectiva águila de oro en la gorra o en el sombrero. Mariel estaba desayunando y lo acompañaba su ayudante, el teniente Mario Cuenca, un hombre como unos diez años mayor que yo, originario de Tancanhuitz. También había sido de la gente de Pedro Antonio, pero no había ascendido porque en la Revolución contra Huerta no tomó las armas. Mariel me dijo después de regañarme cariñosamente por mi "noche toledana": "Vete con Cuenca a ver si ya está todo embarcado y me alcanzas aquí abajo en el portal del Diligencias o en el otro portal de la esquina", que me parece se llamaba Imperial. Me fui con Cuenca al muelle y ya para entonces estaban terminando de embarcar los pertrechos. Acto seguido, regresamos a darle cuenta a nuestro general de que el capitán del barco decía que estaba todo listo y que sólo a él esperaba para levar anclas. Bajaron los escasos equipajes que llevábamos y nos dirigimos los tres al *Tamaulipas*, embarcando inmediatamente. Mariel volvió a acostarse y a encerrarse en su camarote y no volvimos a hablar con él hasta llegar a Tampico. Ya con el barco atracado al muelle se levantó muy mareado todavía, a pesar del trecho de río que habíamos navegado de la barra a los muelles de Tampico. Abajo ya había gente de la brigada "Santos" y de la brigada Mariel esperando los pertrechos, que se encargaron de embar-

car en ferrocarril para Ebano. Mariel se fue a darle parte al general Pablo González, pero ahí no lo acompañé. Ese mismo día ya muy tarde acabamos de desembarcar los pertrechos y por la noche ya estaban en Ebano. Jacinto Blas Treviño fue a Ebano y ordenó cómo se distribuyeran los pertrechos, y dónde quedaran las reservas almacenadas. Visitó a pie lo que iba a ser el frente de batalla y el ala izquierda, pero no fue a visitar la futura ala derecha que tendría, según él y los demás jefes acordaron, su centro en la estación del ferrocarril, pues hasta ahí había dos kilómetros y el sol estaba muy fuerte en esos momentos, pero le dio sus disposiciones a García Vigil para que distribuyera la artillería en el centro y las dos alas, quedando la mayoría de los cañones en el ala derecha, con centro en la estación del ferrocarril y a las órdenes directas del entonces coronel Manuel García Vigil y de los mayores Fernando Dávila, hoy general de división, y Silva Sánchez (muerto en Chihuahua en noviembre de 1916). Jacinto Blas Treviño exigió que se le hicieran los honores de general de división, siendo brigadier recién ascendido y no habiendo estado nunca antes en ninguna batalla formal, y regresó a Tampico en un carro especial del ferrocarril número 3506. De estos preparativos al rompimiento de hostilidades en Ebano, es decir, hasta el día veintiuno de marzo de 1915, que fue cuando el general Manuel Chao con cinco mil hombres empezó el ataque a las seis de la mañana, pasaron más de veinte días. Yo acompañé a Mariel dos o tres veces a Tampico que sólo distaba una hora en ferrocarril, siempre en un carro de caja con su respectivo cabuz y una máquina especial. Todo "manumilitari" pues entonces no había trenes de pasajeros. En uno de estos viajes invité a una señorita que se llamaba Piedad Cervantes, sobrina del entonces coronel y jefe del cuerpo médico del Ejército del Noreste, don Cervantes, a las órdenes de don Pablo González, y que ya había tenido ciertas relaciones conmigo sin llegar "la sangre al río", a que me acompañara a Ebano a lo que ella gustosísima accedió y después de una breve "luna de miel " en un carro caja del ferrocarril, de los que nos servían de cuartel para la tropa de la brigada Mariel, y sabiendo que pronto habría combates, la convencí para que se regresara a su casa. Estuvo muy oportuno el momento, pues el coronel Fulgencio Santos de la brigada Santos y el coronel Arturo Careta, de la brigada Mariel y el coronel León Martínez de la brigada Lárraga, recibieron órdenes por contacto de sus jefes, del general don Pablo González, de a marchas forzadas ir a tumbar el puente del Nacimiento, para retardar el avance de los trenes villistas. Estas tropas fueron escogidas por ser todos muy conocedores de la región, de la gente y de los lugares, menos los de la brigada Mariel que procedían de Hidalgo, por lo que el general Mariel me comisionó a mí como conocedor de la Huasteca potosina, para que fuera como ayudante de campo y representante del general Mariel a las órdenes del coronel Careta, que era primo hermano de Mariel, hombre muy valiente y que no sé

qué razones había tenido para servir a Huerta y peleó contra nosotros en el ataque a Tampico, pero era hombre que nunca había cometido ningún crimen, que traía un hermano, Francisco, militando en las filas de la Revolución en la brigada Mariel desde el principio y que pronto se captó las simpatías de todos. Después llegó un aviso, diciendo que Lárraga se haría cargo de estas tropas, que a lo sumo ascenderían a unos mil doscientos hombres, pero Lárraga nunca llegó ni nos alcanzó en ninguna parte. Se conformó con andar haciendo peleas de gallos y huapangos por San Vicente, Tanquián y su rancho San José del Tinto y nosotros llegamos a Taninul antes que los villistas salieran de Tamazopo, por lo que los tres coroneles, Santos, Careta y Martínez, acordaron que Careta saliera a encontrar a los villistas y en su avance quemara las alcantarillas del ferrocarril y levantara algunos rieles, que se viniera batiendo en retirada con el fin de entretenerlos. Nosotros, Fulgencio, León Martínez, el teniente coronel Francisco Santos y yo en representación del general Mariel, personalmente dirigimos la colocación de las cargas de dinamita en las cabezas del puente de Nacimiento. A mí me tocó en suerte hacer estallar la carga del lado poniente, o sea, del rumbo al Abra y a Fulgencio y a León Martínez les tocó hacer estallar la del lado oriente, o sea, la del lado de Palmas. El puente voló y cayó en pedazos en el mero nacimiento del río Choy, en donde brota la cascada y donde hasta la fecha se encuentra. Careta avanzó, como era lo convenido, por la vía del ferrocarril adelante de Micos, en la estación de San Dieguito. El al frente de su regimiento chocó con la vanguardia villista de Chao, que comandaba el general Adalberto de Avila, que también había pertenecido en el maderismo a las fuerzas de Pedro Antonio y en el constitucionalismo a las de Samuel y que se había declarado villista. Estos dos jefes de igual arrojo se trabaron en singular combate hasta llegar a encontrarse ellos dos mismos frente a frente, vaciarse las pistolas y quedar ambos muertos en el combate. Las dos fuerzas, la villista que venía mandando Adalberto de Avila y la constitucionalista que iba comandada por Arturo Careta, muertos sus jefes se retiraron cada cual por su rumbo respectivo. Las dos sufrieron muchas bajas, entre muertos y heridos, pero no hubo prisioneros, pues el combate se "entabló". Las fuerzas de Careta llegaron a Valles. Por el telégrafo del ferrocarril nos comunicaron a Taninul lo que había pasado, y entonces Fulgencio asumió el mando de todas las fuerzas y ordenó que nos abriéramos de la vía, que nos retiráramos al Bañito, con el fin de atacar la retaguardia de Chao, si él avanzaba rumbo a Ebano dejándonos atrás. Pero Chao al llegar a Valles y saber por los partidarios del villismo todo lo que había sucedido, envió una fuerte columna de dos mil hombres a las órdenes del general Bañuelos, llevando como segundo al coronel Ranulfo Cruz que también había sido maderista; ayudante de Pedro Antonio y originario del rancho de Santa Isabel, municipio de Tancanhuitz, antiguo abigeo, muy valiente, simpático y conocedor

de la región. Este Ranulfo Cruz, a quien llamábamos todos Reenulfo y que Villa lo llamaba Crucito, murió en el Paso del Púlpito, entre Sonora y Chihuahua, cuando Villa venía derrotado de Sonora, y fue el verdadero jefe de los villistas en estos combates del Bañito", pues, como digo, era muy conocedor del terreno.

Resistimos a los villistas durante tres días de combate durísimo. Nos pudimos defender gracias a lo cerrado de la selva en ese tiempo y al mucho pinolillo y zancudo que entonces había en la Huasteca, plagas que a nosotros ningún daño ni molestia nos causaban, pero que en cambio a los villistas, gente del norte, los agobiaba. De todas maneras, tuvimos que retirarnos y lo hicimos a Villa Guerrero, hoy Tamuín, por el Pujal. Al levantar el campo en El Bañito, antes de retirarnos hicimos un ataque contra los villistas con todas nuestras fuerzas. Ahí quedó muerto el capitán huasteco que venía con el enemigo. Era de San Martín Chalchicuautla, pariente de nosotros y se llamaba Rafael Rivera Zavala (le decían Rafael Tecuicha, por su nariz chata). Yo no le conocí en vida, lo conocí cadáver y le quité un cuerno de pitar muy labrado que traía, en el cual, con un trabajo de navaja, él había hecho muchas figuras que sintetizaban su vida: cazador, soldado, charro, etcétera, etcétera. Este cuerno se conserva en Gargaleote. A Rafael Zavala lo ingresó Pedro Antonio en las guardias presidenciales junto con Tomás Olivares. Los dos se quedaron en el huertismo, pero Olivares cuando entramos en México se nos incorporó; Rivera Zavala se fue con los villistas.

Ahí en el Pujal encontramos tres mil indios, a las órdenes del indio Martín Angel, que no hablaban español y que habían estado oyendo el combate los tres días a menos de seis kilómetros, pero nunca asomaron un dedo. Ya para entonces los indios andaban bien armados y parqueados, y cuando le reclamamos a Martín Angel que por qué no había avanzado, después de haberle mandado Fulgencio más de diez correos contestó: "*Cual an ca quel*", que en huasteco quiere decir: "Tengo calentura", pero esto nos lo decía cuando se estaba comiendo unos tamales y un cerro de tortillas. De Pujal retrocedimos a Villa Guerrero sin hacer caso de los indios que ya nunca volvimos a ver en la campaña, pues se remontaron a sus cerros respectivos, Hichimal, Tampamolón, Tancuayalab, Tanlajás, etcétera. Al llegar a Tamuín nos encontramos a Lárraga montado a caballo, y todos le dieron la mano, yo le saludé sin dársela y él también me contestó así.

Después de oír todos los detalles de los combates, se puso a dictarle al capitán Eladio Martínez, que la hacía de su secretario, un telegrama para el general don Pablo González dándole cuenta de todas las acciones y de la muerte de Careta. Lo cierto es que Lárraga no escuchó ni un tiro de estos combates, pues en Villa Guerrero fue lo más cerca que estuvo de la línea de fuego.

Regresamos a Ebano y me encontré con la novedad de que había orden de aprehensión contra mí, dictada por el general Pablo González, acusándoseme de estupro, apoyando la acusación el ya entonces general doctor Cervantes, jefe del cuerpo médico del Noreste pues se trataba de una sobrina de él. Decía don Pablo en su orden, y estaba dirigida al general Mariel, que si yo me casaba con la muchacha todo quedaría en regla. Mariel me preguntó si estaba dispuesto a casarme y yo le contesté que primero me iba con los villistas que casarme, que ahí cerca venía a la vanguardia el coronel Crucito, Reenulfo, y que parecía mentira que un jefe como don Pablo se anduviera metiendo en pendejadas, que él traía el carro lleno de putas y que si no quería que los oficiales nos buscáramos la vida por nuestra propia cuenta, nos prestara algunas de las de él. Mariel me calmó y me dijo: "Tú nunca serás villista". "Pues sí —le dije—, pero si don Pablo me va a fusilar prefiero irme con el diablo". Samuel no se metió en nada, y Mariel me dijo: "Déjame ir a hablar a Tampico", y ya nadie se metió conmigo, pero por las dudas yo me había salido de Ebano y estuve de incógnito en Tamós (disfrazado de árabe y usando su lenguaje) unos días. Una vez que Mariel regresó tomamos nuestras posiciones en nuestras líneas respectivas, y esperamos el ataque villista, que se verificó, como dije, el día veintiuno de marzo de 1915 a las seis de la mañana.

El día veinte llegó Jacinto Blas con algunos ayudantes. Samuel le dio parte de novedades como jefe de Estado Mayor. Se acampó en un chalet del gerente de la compañía Huasteca Petroleum Co., *mister* Green y recorrió a caballo, seguido de Mariel y Samuel con sus estados mayores respectivos, toda la futura línea de batalla y luego que la gente a las órdenes del teniente coronel Vizcaíno se ocuparon toda la noche de poner alambradas, pues ya las loberas estaban hechas desde mucho tiempo atrás, desde el combate en que defendió Ebano el coronel César López de Lara contra los villistas a las órdenes del inexperto y torpe jefe Cleofas Cedillo. Los combates en Ebano duraron setenta y dos días (a mí no me toca hacer relación de toda esta batalla, pues yo sólo era un oficial de estado mayor) y como unos veinte días antes de terminar, en pleno campo de batalla, Jacinto Blas me dijo. "Es usted un oficial arrojado, desde estos momentos queda incorporado a mi estado mayor". Mariel y yo nos quedamos mirando uno al otro. Aquello me cayó como bomba pues el tipo me repugnaba, yo esperaba que Mariel dijera algo, pero al ver que no decía nada le dije a Jacinto Blas: "Mi general, mi hermano Samuel es jefe de su Estado Mayor y yo me incorporé con mi general Mariel precisamente por no andar a las órdenes de mi hermano ni de otros jefes militares míos y así voy a quedar otra vez a sus órdenes". Blas Treviño me dijo: "Toda orden del superior debe cumplirse, sobre todo frente al enemigo y en el campo de batalla". Seguimos caminando y yo me quedé atrás con Mariel y le dije: "De modo que después de haber

combatido a don Porfirio Díaz y a Victoriano Huerta, voy a quedar a las órdenes de este hijo de la chingada que es un pelón federal y de los peores". "Chalito —me contestó—, siento más que tú que te vayas de mi lado, nunca vas a congeniar con Treviño, pero ni modo, tú ves que no hablé nada porque cualquier cosa que yo dijera en contrario era más grave que lo que tú dijiste, pues yo como general tengo más responsabilidad de acatar órdenes de Treviño.

La defensa de Ebano la llevó Treviñó a cabo muy bien. Son mentiras que nosotros hayamos sido cuatro mil hombres y el enemigo veinte mil, pues lo más que llegó a tener Urbina, que fue el jefe que sustituyó a Chao después de los primeros quince días de combates, fueron diez mil hombres, como lo pueden atestiguar villistas que estuvieron en aquella acción y que aún viven, como el licenciado Juan José González Bustamante, que entonces era capitán del grupo de Urbina, y otros muchos con quienes hemos platicado compañeros míos y yo. Nosotros los constitucionalistas a las órdenes de Treviño empezamos como con cuatro mil hombres y terminamos con seis mil quinientos y bastante artillería, magníficas posiciones y la mayor parte de las tropas de la región y otras de Tabasco, que también eran de tierra caliente, y donde había todos los insectos que en Ebano agobiaban a los villistas y que a nosotros no nos hacían nada. Sin embargo, el mérito de la defensa no se le debe quitar a Treviño ni regatear, pues la hizo magnífica y valerosamente, máxime que de las tropas que defendieron el campo atrincherado de Ebano sólo pertenecían él y su asistente Pancho Espinosa, su hermano, el capitán Federico Treviño, el coronel Francisco Bórquez y el capitán Alatorre, así como el ayudante de pagador Adolfo Ruiz, quien después usó el apellido de Cortines y quien nunca estuvo en Ebano, pues permaneció siempre en Tampico.

La campaña de Nuevo León

El día treinta y uno de mayo, terminaron los combates. A mí me tocó en suerte tomar la alcantarilla del ferrocarril a las once de la mañana, unido con el capitán de Estado Mayor y hermano de Treviño, Federico R. Treviño, hombre muy valiente, muy buen amigo y que después fuimos compadres, muy diferente, completamente distinto del arrogante Jacinto Blas Treviño. Después de los combates de Ebano nos concentramos en Tampico y emprendimos con toda la división a las órdenes de Treviño y algunas fuerzas de Tamaulipas, de las del general Luis Caballero, a las órdenes de los generales Nafarrate y Francisco González, la campaña de Nuevo León, cuyos combates, solamente en Icamole, duraron más de tres meses contra el enemigo villista, comandado por los generales Rosalío Hernández y Raúl Madero. Curiosos son

los azares de la Revolución, mi jefe Treviño y yo no nos profesábamos ningún afecto y el general Raúl Madero, jefe de los villistas con los que estábamos combatiendo, y yo nos queríamos y nos seguimos queriendo como hermanos.

De tiempo en tiempo, Jacinto Blas y, naturalmente, nosotros los miembros de su Estado Mayor, dejábamos la línea de fuego para ir a Monterrey a asistir a días de campo, bailes en la quinta Calderón y pachangas que organizaba la señora doña María Carrillo de Treviño en honor del "héroe de Ebano".

En uno de nuestros viajes a recibir honores y a apadrinar bodas mientras los soldados se batían en Icamole contra los villistas, el general Raúl Madero hizo un movimiento de flanco y derrotó a los generales Nafarrate y Ozuna capturando un batallón entero con todo y su jefe, el entonces coronel Carlos Avidal quien fue puesto en libertad por la generosidad del general Raúl Madero, que nunca fusiló a ningún prisionero.

Más tarde Treviño culpó a Nafarrate y Ozuna de este desastre, pero el único responsable fue "el héroe de Ebano" que ya para entonces había ascendido a general de brigada, y que ya se soñaba futuro dictador de México. La señora Treviño todos los días y en todas partes decía, aun en presencia de él, que Jacinto sería el que gobernara al terminar la Revolución, pues sería el nuevo Napoleón porque él sí era originario del Colegio Militar de Chapultepec, y que era una pena que hubiera tantos generales de división que sólo eran "pelados" y decía: como Jesús Agustín Castro, que sólo había sido motorista de tranvía entre Torreón y Lerdo; como el general Cesáreo Castro, que había sido carretonero en Cuatro Ciénegas, Coahuila; como el general Francisco Murguía, que había sido fotógrafo de pueblo en Monclova, Coahuila; como el general Salvador Alvarado, que había sido sombrerero (vendedor de sombreros) en Guaymas, Sonora. Todo esto era cierto, eran los verdaderos revolucionarios. Yo tenía la intención de pedirle a Treviño que me dejara volver con Mariel, pero, en esto, recibimos órdenes todos los miembros del estado mayor para alistarnos y marchar a campaña.

Volvimos a Icamole y Jacinto Blas ordenó un movimiento general para ocupar nuestras antiguas posiciones, que tuvo éxito. Yo fui comisionado como ayudante de Estado Mayor del ya para entonces cuerpo de Ejército del Noreste a las órdenes de Treviño, para llevar a posesionar un contingente de nuestras fuerzas por el flanco derecho, a la artillería al mando del general Manuel García Vigil.

Ibamos a fuerte galope, casi a carrera tendida, cuando los villistas posesionados del cerro de Icamole nos empezaron a hacer nutrido fuego de fusilería y ametralladoras. El que iba contestando el sostén que a mis órdenes llevaba la artillería y ya como a unos trescientos metros del

cerro, cuando los villistas empezaron a ceder, mataron a mi caballo el Camarón, y me cayó encima. Resulté herido en una espinilla, porque varios balines de nuestra propia artilleria me dieron, ya que los villistas no tenían cañones. Los carros de la artillería, tirados por las mulas, casi me pasaron encima, pues veía las patas de la mulada al pasar muy cerca de mi cara, pero la artillería siguió hasta tomar el cerro, protegida por su sostén de caballería. Nadie había hecho caso de mí entonces, pues me creían muerto. Pasó un largo rato, tal vez una media hora, en que yo me pude zafar poco a poco del caballo muerto. No me desmayé y sentía dolores por todo el cuerpo, sobre todo en la espinilla.

Después de este combate, tuvimos otra vez festejos para el "héroe de Ebano" en Monterrey por su señora y la camarilla de damas de las que ahora llaman *popof* y que entonces sólo llamábamos reaccionarias. Yo pasé a disfrutar de "vacaciones" al hospital militar Bruno Gloria, que estaba a cargo de una monja (madre Sara) más o menos retirada, que me trató muy bien.

Después de estos combates y de mi restablecimiento, fuimos comisionados por el general Jacinto Blas Treviño, mi hermano, el general Samuel M. Santos y yo como potosinos, para ir a recibir al general Obregón a la ciudad de San Luis Potosí, Samuel con la representación de Treviño porque era su jefe de estado mayor. Marchamos por la vía Tampico, ya que los villistas ocupaban la ciudad de Saltillo y llegamos a San Luis Potosí. Después de visitar a nuestro padre y hermanas, Samuel se fue a ver a su esposa, pues quince días antes de salir de San Luis se había casado con una joven muy bonita y muy agraciada que se llamaba Limbania Fernández, la cual se quedó con su familia, sin esperanzas de volver a ver a su marido. Este casamiento fue contra la voluntad de mi padre, pues juzgaba una locura que un hombre en plena guerra se casara ya que él pensaba, y creo que tenía razón, que en esas condiciones o se abandona la campaña o se abandona la mujer y Samuel hizo lo segundo. La pobre muchacha estaba embarazada y lloró mucho, pues ya le habían dicho que Samuel se había casado con ella sólo en plan de campaña, pero lo cierto es que se casó enamorado, y que cada día lo estuvo más.

Ese mismo día, llegó mi general Obregón procedente de Aguascalientes y nos reunimos con él y con el general Gabriel Gavira, quien había sido nombrado gobernador y comandante militar de San Luis por el mismo general Obregón.

Samuel y yo dimos las gracias al general Gavira por haberle puesto el nombre, a una de las calles de San Luis, de nuestro hermano y jefe el general y licenciado Pedro Antonio Santos, nombre que después le quitaron los reaccionarios sinarquistas "curros" de San Luis Potosí, que llegaron a tomar el poder militar con un tal doctor Nava a la cabeza, acto que fue consentido por Francisco Martínez de la Vega, nombrado

gobernador por el licenciado Adolfo López Mateos, a la sazón presidente de la República. Hasta la fecha, a pesar de las protestas de los revolucionarios y de las clases trabajadoras, esa calle no ha recuperado su nombre, el de Pedro Antonio Santos, defensor del señor Madero hasta ponerlo en libertad bajo fianza y organizador de la fuga del Apóstol, y el mismo Pedro Antonio, mártir de la Revolución, pues don Gustavo Madero y él fueron los dos primeros diputados de la 26 Legislatura que asesinó Victoriano Huerta. Esta responsabilidad caerá sobre el licenciado Adolfo López Mateos quien no sabe ni está obligado de ninguna manera a respetar los principios de la Revolución Mexicana, por la cual no puede sentir ningún cariño y con la cual no le puede ligar ningún sentimiento, pues sus primeros pininos políticos los hizo adherido a la candidatura contrarrevolucionaria del licenciado José Vasconcelos y, después de la derrota del vasconcelismo, abandonó a su jefe y a sus compañeros de ese partido, y no tuvo empacho en adherirse como amanuense al callista más incondicional de don Plutarco, mi amigo Carlos Riva Palacio. El señor licenciado López Mateos es sólo, pues, un logrero de la Revolución, un buen orador del paraninfo y un declamador profesional. López Mateos es uno de los primeros presidentes de la República que se sentó a la mesa puesta de la Revolución, sin haberle costado ningún trabajo llegar a tan alto puesto y sin que lo postularan ni una docena de ciudadanos mexicanos, y sólo por un traicionero dedazo que dio Adolfo Ruiz Cortines, también gran logrero, pero simulador de la Revolución.

Pues bien, pido disculpas por esta digresión pues quise explicar en ella que la calle Pedro Antonio Santos no llevaba su nombre porque se lo hubiera impuesto mi hermano el general Samuel M. Santos, cuando tuvo el poder militar y político de San Luis Potosí ni mucho menos por mí que llegué al mando del estado mucho después, y que fue un acto de justicia revolucionaria del muy revolucionario general Gabriel Gaviora con la anuencia y presencia del general Alvaro Obregón.

Continúo con mi narración. Samuel le dio cuenta al general Obregón del estado de la campaña en Icamole. El general dispuso que saliéramos al día siguiente para darse cuenta él mismo de esa situación militar en Icamole, y para darle órdenes personales a Jacinto Blas Treviño para la continuación de la campaña. El general Gavira dio cuenta al general Obregón de un joven estudiante reaccionario simpatizador de Huerta que iba a ser fusilado esa noche, lo que el general Obregón aprobó inmediatamente. Como nosotros somos potosinos quisimos enterarnos de quién iba a ser el "quebrado" y el general Gavira nos leyó una lista entre los que estaba Jesús Silva Herzog y cuatro o cinco más y en eso estábamos cuando llegó una comisión de caballeros todos vestidos de oscuro, y muy formales, casi todos llevaban bastón, cuellos altos y duros, de los que usaban en aquel tiempo los hombres del altiplano que

tenían posibilidades. Iban encabezados por un súbdito español de ideas liberales que se llamaba don Ismael Salas (padre de Ismael Salas, que después fue gobernador de San Luis Potosí). Fueron introducidos estos señores en el carro Siquisiva, residencia ambulante en campaña del general Obregón. El Manco los recibió de pie. El general Gavira, Samuel y los demás nos pusimos también de pie. "¿Qué se les ofrece, señores?", dijo el general Obregón carraspeando, pues esa costumbre tenía cuando le salía lo felino a la piel. Esto lo dijo sin invitar a nadie a sentarse. El español don Ismael Salas habló primero y le dijo al general Obregón que, aunque español, era antimonárquico en España y liberal y, por lo tanto, simpatizador de la Revolución Mexicana, que ostentaba el grado 33 de la masonería mexicana, y que iba en nombre de ésta a pedir que no se fusilara a esos jóvenes. El general Obregón, antes de contestar, leyó varias notas que no sé quién le habría dado con los antecedentes de todos y cada uno de los sentenciados, y luego dijo: "Todos estos, con una sola excepción, son unos pobres muertos de hambre y van a quedar libres mañana mismo por las gestiones de la honorable masonería que usted encabeza, pero ese sujeto que se llama Jesús Silva Herzog también mañana mismo será fusilado; aquí sus antecedentes, y Obregón leyó: "Jesús Silva Herzog, estudiante muy aventajado del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, encabezador de los estudiantes felicistas en la manifestación que en esta ciudad se celebró por la reacción y encabezada por los curros de la Lonja y el clero, para festejar los asesinatos de Madero y Pino Suárez. Después fue huertista furibundo, y recibía ayuda económica del exgeneral federal Francisco Romero, que fue gobernador y comandante militar en este estado, es hijo de un ferrocarrilero y, por lo tanto, estaba obligado a identificarse con las clases trabajadoras, pero desgraciadamente también es hijo de una judía austriaca, la señora Herzog, adoradora de Porfirio Díaz y denigradora de la Revolución". Samuel y yo nos miramos sorprendidos pues conocíamos a Silva Herzog y a su mamá que nos parecía buena mujer y nos quedamos admirados de que Obregón supiera todos aquellos detalles de un individuo que, si era conocido en la ciudad de San Luis Potosí, de todas maneras lo conceptuábamos insignificante. "Mi general, sus órdenes serán cumplidas, pero no estrictamente cumplidas sino cumplidas con mucho gusto —dijo el general Gavira— pues estos curros siempre han llevado la de ganar y cuando les toca perder, se valen ellos y sus familiares de mil argucias para no sufrir el castigo que el pueblo les tiene reservado desde hace muchos años". Salas, el español, y los demás no se arredraron y discutieron con el general Obregón. El Manco, que ya tenía lo suyo, les dijo: "Bueno, pues son ustedes los causantes de que no se haga justicia en este curro reaccionario, pero sólo lo hago por el gran respeto que me merece la masonería y los verdaderos y sinceros masones". Así se salvó la vida de este señor

Silva Herzog, que ahora resulta más revolucionario que Aquiles Serdán.

Al día siguiente salimos rumbo a Tampico, acompañando al general Obregón, quien, como dije ya, venía con el brazo derecho amputado y en el camino nos fue contando con todos sus pormenores las batallas que había sostenido contra Villa, y a cada kilómetro que el tren militar avanzaba me iba yo haciendo más y más y más obregonista. Llegamos a Tamazopo, donde había fuerzas de la brigada Santos a las órdenes del coronel Inocente Rivera en aquella campaña. Al llegar a Tamazopo y ver nuestra gente al general Obregón se lanzaron hacia él a saludarlo y a vitorearlo. Un mayor indígena llamado Marciano C. Salazar, originario de Tampacán (en la Huasteca potosina), en algo que quiso decir como discurso de bienvenida le dijo: "Aquí lo recibimos con gusto, mi general, y sólo sintemos que le haigan cortado el brazo", a lo que Obregón contestó, desde la plataforma del carro: "Muchas gracias, compañero, pero peor hubiera sido que me hubieran cortado la verga". Aquella frase arrancó estruendosas y alegres carcajadas de toda la tropa y con ella Obregón se los echó a todos a la bolsa, dispuestos a seguirlo a cualquier parte, ¡pues ése sí era uno de los nuestros, pues ése sí hablaba como nosotros! Ese sí tenía que ser nuestro jefe y nuestro caudillo y, efectivamente, siempre lo seguimos hasta su muerte. Yo le he permanecido fiel después de muerto, y siempre permaneceré fiel a su memoria.

Llegamos a Tampico, que entonces era un emporio de riqueza por el auge petrolero, ocasionado por la Primera Guerra Mundial. En el puerto jaibo el general Obregón fue recibido por una multitud imponente. La gente ganaba mucho dinero entonces en Tampico, corrían los dólares en forma nunca más vista en ninguna parte. Al frente de aquella entusiasta multitud estaba el general Luis Caballero, de arrogante y apuesta figura, gobernador y comandante militar de Tampico y jefe de la V División del Noreste, rodeado de militares de su División. Ya he dicho que el general Caballero fue nuestro jefe en Tamaulipas en la campaña contra Huerta, y nos quería mucho. Con el general Obregón se hablaba de tú. Todos aquellos jefes abrazaron efusivamente al general Obregón, al que por primera vez veían con un solo brazo, pues el otro se lo había arrebatado la "gloria" en Trinidad, Celaya. El pueblo rugió como tormenta y se echó encima, delirante, gritando todas las gargantas ¡VIVA OBREGÓN! ¡VIVA EL VENCEDOR DE VILLA! Cuando pudimos llegar a la aduana marítima, y desde uno de los balcones que daban frente al río Tamesí, que entonces corría dentro de la ciudad de Tampico. Obregón se dirigió al pueblo, comenzando así su discurso: "Pueblo de Tamaulipas. . ." estentórea aclamación y rugido del pueblo, y repitió: "Pueblo de Tamaulipas, pueblo de Tampico, vengo a darles un abrazo, más bien dicho, medio abrazo", e hizo el ademán con el único brazo que le quedaba de abrazar al pueblo. Aquello fue el descojonamiento y

el delirio, apenas si el pueblo dejó seguir hablando a Obregón. Después de aquel delirio popular en que quedó sellado para siempre que Tampico era estruendosamente obregonista, pasamos a la aduana, donde el general Obregón charló con los generales Caballero, Eugenio López, Juan N. Guerra. Samuel y yo les dejamos a todos el lugar, pues veníamos acompañando al caudillo en todo el trayecto, y creímos prudente dejar que los demás se acercaran.

Continuamos ese mismo día por la vía del Golfo hacia Monterrey, a donde llegamos al otro día bien temprano. Jacinto Blas Treviño con los generales Vicente Dávila, José E. Santos, Manuel García Vigil, Juan Pablo Marrero, Matías Ramos, Carlos Ozuna, Ignacio Ramos, Félix U. Gómez (el verdadero héroe del Carrizal), Emiliano P. Nafarrate, José Cavazos y todos los jefes y oficiales de las brigadas de la línea de fuego de Icamole frente al enemigo, estaban esperando al general Obregón. La recepción popular en Monterrey no fue tan calurosa ni tan entusiasta ni tan numerosa como la de Tampico. Había que considerar que en Monterrey se oían los cañonazos que se estaban disparando en Icamole, en Santa Catarina y en Villa García. Se me ha pasado decir que en nuestro viaje entre San Luis Potosí y Tampico el general Obregón nos fue preguntando a Samuel y a mí por muchos generales y jefes que había dejado de ver, pues militaban en el Noreste mientras él hacía las campañas del Bajío contra Villa. Durante la charla preguntó: "Bueno, ¿y aquel muchacho de pelo chino, muy buen orador y muy valiente que se significó tanto en la Convención?" Entonces Samuel, que era de pésima memoria, le empezó a dar uno y otro nombre sin atinar y yo le dije: "Mi general ese muchacho a quien usted ha aludido era en la Convención el teniente coronel Manuel García Vigil y es ahora el general Manuel García Vigil y fue él quien combatió en la defensa de Ebano, y es en la actualidad el jefe de la artillería del cuerpo de Ejército del Noreste y seguramente que lo va usted a ver en la estación de Monterrey". Y así fue, ahí estaba García Vigil.

El general Obregón era de una gran memoria y, sin embargo, eran tantas y tantas las cosas que traía en la cabeza, las preocupaciones y las responsabilidades, que había olvidado el nombre de García Vigil, aun cuando en la Convención, como dije, si bien se significó mucho como orador, no tenía todavía el grado de general. Lo curioso es que yo solamente era un capitán y a la Convención asistí como ayudante de mi hermano, el general Santos, y el general Obregón nunca olvidó mi nombre y me distinguió en forma muy marcada.

Volviendo a la llegada a Monterrey del general Obregón, salió la comitiva de los generales, jefes y oficiales en automóviles y coches de caballos rumbo al centro de la ciudad reynera, hasta llegar al hotel Iturbide. Ahí ya estaba congregada la multitud, en los balcones inmediatos y en las esquinas había muchos reaccionarios de Monterrey y muchas damas de

todas las edades. El general Obregón se dirigió al pueblo y al aludir a Villa lo llamó "Doroteo Arango", y continuando su discurso dijo al referirse al general Felipe Angeles: "Angeles es traidor por antonomasia. Traicionó a Huerta, que lo envió a París con una cononjía espléndidamente pagada. Traicionó a Carranza, que lo trajo de París con espléndida paga, no obstante la penuria por la que entonces atravesaba el ejército constitucionalista. Después traicionará a Villa, huyendo al extranjero y al final traicionará, ¡a la madre que lo parió!" Esta frase lastimó mucho los oídos de las damas regiomontanas y ofendió mucho a los reacciofenicios neoleoneses, quienes se fueron retirando fríamente, pero el pueblo y la oficialidad presente aplaudió a rabiar, lanzando vítores al general Obregón.

De ahí marchamos al cuartel general, donde Jacinto Blas le presentó un plano de campaña al general Obregón, señalando los sitios que ocupaban los villistas y las posiciones que nosotros ocupábamos en Icamole. El general Obregón aprobó el plan de Treviño, y le dio órdenes para que, como se dice ahora, tomara la ofensiva el día X, dando tiempo a que el general Obregón avanzara de San Luis a Saltillo con el ejército de operaciones, que estaba a su mando. Ese día, yo que fungía como ayudante del general Obregón, comisionado por el cuerpo de ejército del Noreste, lo acompañé en automóvil por la ciudad, la que él no conocía y que le gustó mucho. Ya se entiende que Monterrey era muy diferente de lo que es ahora, pero ya era una ciudad muy importante y tenía su sello. En uno de los paseos, me dijo: "Llévame a una peluquería". Lo llevé a la mejor que entonces había. Ahí el Manco se sentó en el sillón, y mientras el fígaro lo rasuraba los demás peluqueros habían suspendido sus labores con sus clientes para saludarlo, admirarlo y hacerle preguntas. El Manco estuvo platicando a su barbero los combates de Silao, León, Trinidad, Aguascalientes y demás acciones de guerra en las que él con su espada victoriosa le había dado el triunfo a la Revolución contra la reacción, encabezada por Villa y por Angeles, como si se tratara de estar platicando con un general de su misma categoría. ¡ESE ERA OBREGON!

Después, cuando la campaña política de su candidatura contra el régimen del señor Carranza, siendo nosotros los oposicionistas perseguidos y espoleados, en Monterrey como en toda la República nos recibieron ríos de gente, y aquel peluquero se abrió paso entre la multitud y le dio un abrazo al general Obregón, diciéndole: "Mi general, yo soy aquel peluquero que lo afeitó a usted cuando vino a Monterrey recién mochado su brazo, estoy con usted; los compañeros del gremio y toda esta multitud del pueblo que ve usted aquí, estamos dispuestos a dar la vida por usted". Obregón le contestó delante de la multitud: "Me acuerdo perfectamente y con cariño quién eres, y yo estoy dispuesto a dar mi vida junto con ustedes por la Revolución". Otra vez el descojona-

miento y el delirio. Al día siguiente regresamos a San Luis Potosí por la vía del Golfo, pasando Ciudad Victoria y Tampico, pero ya sin hacerse sentir el general Obregón, pues llevaba mucha urgencia de ponerse al frente del ejército de operaciones que él mandaba, y avanzó de San Luis rumbo al norte. Mucho platicamos Samuel y yo con el general Obregón en este viaje y ya para entonces me había podido dar cuenta que había un abismo entre el señor Carranza y él, sobre todo con don Pablo González, al que despreciaba y sólo lo llamaba González.

En estos días de intimidad con el glorioso Manco, pues todo su estado mayor había quedado en San Luis, y sólo Samuel y yo lo acompañábamos, le informamos de todos los jefes que le eran adictos a Don Pablo en el Noreste, más bien dicho, le informamos de los pocos que le éramos adictos a él. El general Luis Caballero con su división, la brigada Santos y algunos jefes y oficiales aisladamente, pues todos los demás, empezando por Jacinto Blas eran carranza-pablistas, unos solamente carrancistas y otros pablistas, pero hablamos de muchos jefes de todas las regiones del país, y sin hacer un balance sobre papel se lo hicimos en nuestra imaginación.

En San Luis nos despedimos del general Obregón, y después de haber visitado otra vez a nuestro padre y hermanas Concha y Tula, Samuel fue por su atribulada y abandonada esposa cuyo estado de gravidez se encontraba ya muy avanzado y en un carro especial agregado a algunos carros de tropa de la escolta, regresamos a Monterrey otra vez vía Tampico.

Nuestro padre se molestó mucho, pues dijo que "gallo engallinado no pelea", y que el soldado nunca debe andar en cuidado de familia, pero Samuel no le hizo caso pues estaba muy enamorado de su mujercita y cuando llegamos a Monterrey, la instaló en un bello chalet, que entonces se les llamaba a estas residencias en Monterrey "quinta", naturalmente de las "intervenidas" por la Revolución. Frente a la quinta que ocupó Samuel se alojaba Jacinto Blas en otra doblemente grande, también "intervenida" por la Revolución, con su señora María Carrillo y con sus hijos; este Jacinto Blas más "engallinado" que Samuel, y, además, lleno de pollitos. Caso curioso, yo apenas me hablaba con mi jefe, pero después de la comisión que nos dio a Samuel y a mí, para acompañar de San Luis a Monterrey y de Monterrey a San Luis, haciendo un rodeo tan grande por Tampico, al general Obregón, todos los días quería platicar conmigo, y me preguntaba las impresiones del Manco y como yo no le soltaba prenda se enfurecía, y me decía: "Yo creo que usted, comandante (pues así nos llamaba a todos los revolucionarios, fuera general de división o subteniente), ya se nos pasó al sonorismo", y yo le contestaba invariablemente: "Yo no me he pasado al sonorismo ni soy sonorista, soy obregonista de hueso colorado y con ese hombre, con Obregón, soy capaz de ser un pípila".-Treviño se reía, pero se fue

haciendo cada día más frío conmigo. Llegó el día X y tomamos la ofensiva, el general Obregón del lado de Saltillo y con el cuerpo de ejército del Noreste, al mando de Jacinto Blas. Tomamos todos de Monterrey sobre Icamole y Paredón, La derrota de los villistas fue completa y nosotros, los del Noreste, nos adelantamos al ejército de operaciones del general Obregón y recobramos Paredón. Otra vez muchos prisioneros y muchos trenes en nuestro poder y ahí tuve el honor de ser el "jefe de día" en el campamento del cuerpo de Ejército del Noreste sin tener el grado que la ordenanza prescribe para esta comisión.

Al día siguiente, en Paredón, después de los combates de Icamole, tuve una seria dificultad con Jacinto Blas Treviño porque a un coronel exfederal, que venía agregado al cuartel general, sin que Jacinto Blas se atreviera a darle mando alguno por haber estado en la Ciudadela cuando Félix Díaz (habían sido amigos del Colegio Militar y lo traía de íntimo consejero), le dijo que yo constantemente elogiaba al general Obregón a tal grado que no me recataba para decir que en un futuro no muy lejano sustituiría en el mando a don Venustiano Carranza por la buena o por la mala (cosa que seguramente era verdad, pues yo no ocultaba mi obregonismo acérrimo). Como Jacinto Blas era pablista, es decir, partidario del general don Pablo González, sin siquiera tomarse la molestia de interrogarme, me empezó a reprochar mi conducta y tuve un fuerte altercado con él y le dije entre otras cosas que yo era un revolucionario de convicciones y de "sangre" y que mientras yo cumpliera con mi deber en la campaña, nadie tenía que echarme en cara mis convicciones muy personales. Le dije a Jacinto Blas que no pedía mi traslado a otro cuerpo de ejército porque me parecería vergonzoso hacerlo en plena campaña y abandonar a mis compañeros (y así era en verdad), pues el general Francisco de P. Mariel, que me quería como a un hermano menor, constantemente me estaba mandando decir que me fuera a su estado mayor, donde sería ascendido el mismo día que yo llegara.

Otro día, durante las marchas entre Paredón y Viesca en que las infanterías iban por trenes y con cinco mil hombres de caballería que íbamos por tierra a las órdenes directas de Jacinto Blas, durante un alto Treviño organizó un grupo de tiradores al blanco entre los que recuerdo a los generales Ignacio Ramos, don Pablo Marrero y José Cavazos (este último tío de mi esposa doña Leola Pue Cavazos de Santos). Durante el tiro al blanco, cada quien, según lo dispuso Treviño, dispararía cinco tiros con un máuser de infantería, incluyéndose él mismo entre los tiradores, me tocó la suerte de obtener el primer lugar no obstante que era la primera vez en mi vida que yo disparaba un máuser de infantería.

Todos celebraron mi triunfo alegremente, y el general José Cavazos (no confundirlo con Marcial, que entonces era sólo mayor) propuso ha-

cer una colecta para premiarme, iniciándola él mismo con un billete de cincuenta pesos de los llamados infalsificables, y cada uno de aquellos jefes fue sacando su "tostón" de a cincuenta "cañas"; al último, Jacinto Blas sacó uno de a diez pesos y me lo regaló. Yo hice notar su "esplendidez" a los demás generales, con quienes me tuteaba y trataba como compañeros, y esta vez, cosa muy rara, Treviño se puso de muy buen humor y dijo que su billete más que dinero equivalía a un galardón. Acto seguido me echó el brazo encima del hombro, y sacándome aparte me dijo: "Comandante, hay que olvidar lo del otro día, usted no se va con Mariel ni con nadie que juntos terminaremos la campaña contra Villa. Sí le suplico que no ande hablando de cosas futuras, y eso de Obregón medítelo mucho, pues no conoce a los sonorenses".

La campaña del norte

En Chihuahua se nos rindieron aproximadamente quince mil villistas, en partidas que llegaban constantemente a deponer las armas. Entre los amnistiados conocí y me hice amigo del general Eulogio Ortiz, con quien pasado el tiempo tuve un grave incidente que a su tiempo relataré.

Terminada la rendición de los villistas, esto fue bailes y festejos. A poco de haber tomado Chihuahua, avanzamos a Ciudad Juárez, pero cuando llegamos ya había tomado la ciudad el general Gabriel Gavira, que venía procedente de Sonora, de las fuerzas del cuerpo de ejército del Noroeste del general Obregón. Ahí en Juárez se "incorporó" con Jacinto Blas su señora María Carrillo de Treviño, que era nativa de Chihuahua, de las familias reaccionarias, hijas del exgobernador Lauro Carrillo en el tiempo de don Porfirio Díaz, y a quien don Luis Terrazas mandó después de senador por Chihuahua a México. Esta señora que sabía de mi obregonismo me hostilizaba constantemente delante de la oficialidad y de los jefes, pues ella me decía: "Usted debe seguir siempre al lado de Jacinto pues él será el dictador de México, Jacinto será el Napoleón, ¿que no ve usted que Obregón, Murguía, Cesáreo Castro, Alvarado Diéguez y todos o casi todos, con muy raras excepciones, los generales revolucionarios 'son pelados' y gañanes, vaqueros, sastres y fotógrafos? y Jacinto es ingeniero militar del Colegio de Chapultepec". Era tan constante aquella hostilidad que a veces me la recitaba hasta cuando estábamos comiendo en presencia de Treviño. Yo le contestaba poco, pero siempre en mi lugar, eso sí, aunque Treviño la dejaba hablar todo lo que ella quería y por ponerlo por las nubes él no hablaba. A los pocos días en Chihuahua se supo que Villa, Francisco Villa el aniquilado, al mando de siete hombres había asaltado el tren de pasajeros de Chihuahua a Ciudad Juárez. En Villa Ahuma-

da subió al tren, y, en el carro de primera, reconoció al general Borunda, que era su compadre y de los que se habían rendido con nosotros en Chihuahua, y tan luego lo vio Villa, que ya llevaba la pistola en la mano y preparada, le dijo, según nos contaron los pasajeros: "Compadre, con que va a pasarse usted la vida tranquila al Paso, Texas. Yo le voy a dar un salvoconducto para que no se detenga ahí, y se vaya a hacer su vida mucho más tranquila en lugar de al otro lado del río Bravo al otro lado del infierno", y terminando de decir estas palabras le vació la 44 *Colt* de balas expansivas a su compadre. Después de esta acción, Villa se dedicó personalmente con sus siete forajidos a apoderarse del dinero que llevaban en sus bolsas de mano las señoras y los relojes y el dinero a los hombres y les dijo en una especie de alocución, dirigiéndose a los pasajeros: "Vayan y díganle a los carrancistas que aquí Pancho Villa está vivo, y que no va a dejar pasar mucho tiempo en que sigan teniendo noticias de él". Dicho esto, brincó del tren y antes les dijo: "Bueno, siñores, con su licencia".

De Chihuahua, Jacinto Blas decidió que nos trasladáramos en un tren triunfal con el estado mayor, su señora y la escolta, para hacer un recorrido el "héroe de Ebano" por Torreón, Saltillo y Piedras Negras hasta llegar a su pueblo natal, que antes se llamó Río Grande y hoy se llama Guerrero, y presentarse a sus paisanos, según él y según la señora Carrillo de Treviño, como quien le había dado el triunfo al constitucionalismo y que lo de Celaya, León, Trinidad y Aguascalientes y todas las demás batallas en que triunfó el general Obregón sólo eran consecuencias del hombre que había sabido salvar la región petrolera, y, con ello, paralizar los trenes del villismo.

En Torreón la gente era villista. El baile en el casino de La Laguna entre puros reaccionarios fue espléndido, pues nos dieron aquellos ricos mexicanos y extranjeros mucha champaña. En Saltillo, de donde procedían más de cien generales revolucionarios auténticos, nadie le hizo caso a Treviño; en Piedras Negras, donde los Treviño se habían criado, el baile fue muy desairado y ahí me di cuenta que ni aún los parientes de Treviño lo querían. Por ejemplo, el general Alejo G. González, ameritado revolucionario y muy valiente, primo hermano de Treviño que hizo toda la campaña del Bajío contra el villismo, a las órdenes del general Obregón, hablaba con desprecio de Treviño y no se paró en ninguno de los festejos que la señora le mal organizaba. A la señora Treviño tampoco le querían (ni siquiera los familiares de Treviño), pues la consideraban aristócrata de México, y así era aunque procediera de Chihuahua, y el colmo en el pueblo natal de Treviño, al que no había regresado en veinte años, en donde ni sus parientes lo conocían, nadie le hizo el menor caso.

Regresamos a Piedras Negras, y la emprendimos para Querétaro a donde Jacinto Blas iba a dar las gracias al señor Carranza por los dos

ascensos que en tan poco tiempo le había dado, el de general de brigada y general de división. Antes pasamos por Monterrey, donde el matrimonio Treviño sí tenía vara alta entre las familias ricas de la capital reynera. Ahí los bailes en la quinta Calderón y los días de campo al Mirador sí eran muy lucidos y espontáneos. Yo había conquistado una novia en Torreón, dos en Chihuahua, una bellísima gringa de Eagle Pass en Piedras Negras y también dos en Monterrey, una de la clase alta y otra de la clase media. En San Luis Potosí sólo estuvimos un día, y aproveché para visitar a mi padre y a mis hermanas. El gobernador y comandante militar del estado general Vicente Dávila, no le hizo ningún caso a Treviño ni a su segundo el general Federico, por lo que Jacinto Blas permaneció en su carro, llamado *Ebano*, en la estación, esperando comisiones que fueran a saludarlo y que nunca llegaron. Me preguntó que si nosotros los Santos no teníamos influencia o ascendencia en San Luis Potosí, a lo que le contesté que el único que tuvo ascendiente e influencia en la opinión pública de San Luis y de todo el estado fue Pedro Antonio, mi hermano, que, como él sabía, había muerto. Samuel tenía muchos amigos entre los que fueron sus compañeros del colegio, que hoy son profesionistas y andan regados por toda la República buscándose la vida y que apenas si me conocían unos cuantos jóvenes de mi edad, y que ninguno había tomado las armas. Muy entufado Treviño ordenó que el tren de los "laureles" continuara su marcha triunfal. Llegamos a Querétaro, donde estaba don Venustiano Carranza, a quien fue a saludar solo, sin llevar a nadie de su Estado Mayor, tal era su egoísmo; pero el señor Carranza tuvo a bien devolverle la visita a su tren y ahí nos saludó estrechándonos la mano a todos y cada uno de los jefes y oficiales del Estado Mayor.

Días después continuamos a Guadalajara, donde el general Diéguez no le hizo ningún caso a Treviño, y donde éste no conocía a nadie y nosotros, los miembros del estado mayor, menos. Ahí recibió Treviño un telegrama diciéndole que Villa había mandado organizar un baile en Miñaca, cerca de Guerrero, en la sierra de Chihuahua, dizque de agasajo al coronel Vicente Rivera (primo hermano mío, cosa que fue un cuatro), así como a sus oficiales. Estando en pleno baile, Villa le cayó a mi primo, más bien dicho a mis primos, pues ahí murieron seis de mis primos. Los derrotó habiendo hecho completamente pedazos el regimiento de cuatrocientos hombres, contando Villa solamente con doscientos y la colaboración y cooperación de todo el pueblo de Miñaca y de los alrededores, tanto hombres como mujeres. A Treviño aquello le importó un bledo y seguimos para la Ciudad de México, donde en reunión de familia, con su suegra y sus cuñadas entre las que se contaba mi buena amiga, la entonces señora Lucía Carrillo de Ruiz (después de Ruiz Cortines), recibieron a Jacinto Blas en triunfo, y lo declararon el Napoleón de México y futuro dictador de la República. El sólo me

veía a mí fijamente cuando se producían estas euforias, nada me decía y yo tampoco nada comentaba.

En México se recibió otro telegrama procedente de Chihuahua, diciéndole a Treviño que Villa con cuatrocientos hombres había hecho pedazos al general José Cavazos, jefe de la décima brigada que había tomado el pueblo de Guerrero, y que Villa había salido herido de una pierna, cosa que fue cierta, ya que estuvo apachurrado por su caballo durante más de una hora. Los carrancistas dispersos pasaron casi rozando su caballo muerto sobre el cuerpo de él, que se hacía el difunto y sin reconocerlo.

Treviño tampoco hizo gran caso de esta noticia. Me fui a ver al general Francisco de P. Mariel y le conté lo de la derrota y muerte de mi primo Chente Rivera y de mis primos Lorenzo Acosta, Lorenzo Acosta Zanata, Nemesio Santos, Andrés Rivera y Tito Acosta. Mariel los conocía a todos y quería mucho a Chente. Mandó parar la banda, y me pidió que lo acompañara a la comandancia militar. En su automóvil me reiteró a gritos, muy disgustado, que me incorporara con él y dejara a Treviño y yo le dije: "El destino no ha querido que lo haga, mi general Pancho, tú comprendes que sería signo de indignidad y de cobardía si después de estos sucesos me quedara yo en la Ciudad de México, tengo que volver con Treviño y en la primera oportunidad me vengo contigo". El señor Carranza le ordenó a Jacinto Blas que regresara a Chihuahua, lo que hicimos lo más rápidamente posible. Cuando llegamos a Chihuahua, Villa había desaparecido sin dejar huella; fue el tiempo que se estuvo curando de la herida que recibió en Guerrero, cuando acabó de derrotar a los huastecos de Chente, que ya para entonces mandaba el general José Cavazos. Como éstas eran las únicas tropas que Cavazos mandaba, seguramente quien hirió a Villa fue un huasteco anónimo.

Continuaron los bailes en el teatro de los Héroes, los saraos en que Jacinto Blas era muy experto para bailar cuadrillas, lanceros y hacer genuflexiones. Durante el baile bailaba con cuanta muchacha bonita encontraba, pero, eso sí, muy bien vigilado de cerca por su mujer, la señora María Carrillo, que siempre lo gobernó y lo mandó.

Me he apartado un poco de mi narración para pintar a un tipo que no dejó de tener su valía dentro de la Revolución, a la que se incorporó por puro azar del destino y no por convicción, pues él era federal. Estando en Saltillo comisionado con el gobernador del estado de Coahuila, don Venustiano Carranza, vinieron los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez. Treviño a la hora del levantamiento de Carranza no tuvo más que "jalar", pero nunca sintió la causa del pueblo ni ahora en su chochez la siente. En Monterrey, le fueron a plantear una situación de salarios en cierta ocasión unos líderes ferrocarrileros, y

como contestación los mandó a la penitenciaría del estado con una fuerte escolta de soldados.

Villa siguió creciendo. Asaltó el tren de Santa Isabel y mató a diecisiete americanos, a los que Jacinto Blas aseguró que podían ir a trabajar la mina, que Villa ya no existía (uno de ellos seguramente iba leyendo cuando lo mataron, pues tenía a su lado un libro ensangrentado y atravesado de un balazo). Los miembros de su estado mayor, la escolta y el asesor militar del cuerpo de ejército licenciado Mauricio González, cuñado de Treviño, fuimos a levantar, además de los diecisiete cadáveres de los americanos, un perro fino, muerto también a balazos por los villistas.

Villa se volvió a hacer sentir y derrotó al general Ignacio Ramos (Nacho Ramos) en Jiménez, al que capturó, fusiló y echó en un pozo después de haberle quitado los dientes de oro. Volvió a derrotar al general José Cavazos, derrotó al valiente general Carlos Ozuna, derrotó al coronel Francisco Bórquez y al general Eulogio Ortiz, que, no obstante su grado superior, iba subordinado a las órdenes de Bórquez, porque nadie tenía confianza en él por su procedencia villista. Treviño se había dedicado a hacer gimnasia sueca y a obligarnos, a los oficiales y al estado mayor, a hacerla también. Ahí volví a tener otra seria dificultad con él una vez que me puso a hacer gimnasia, y le dije que yo no andaba estudiando para cirquero en la Revolución y tras decirme que era yo un ignorante, me ordenó que me presentara arrestado al cuartel general.

Vino el ataque a Columbus, y Villa creció más y más y el dieciséis de septiembre de 1916, estando yo arrestado por no haber querido hacer gimnasia en el cuartel general, y teniendo la visita de una rubia auténtica, no obstante que era mexicana legítima y que llamábamos la Platino, a las dos de la mañana se oyó por el rumbo de la penitenciaría un nutrido tiroteo. Yo no esperé más, me puse el pantalón de montar y los botines de "jalón", me puse mi pelerina sobre la camiseta sin darme tiempo de ponerme camisa, agarré mi pistola que estaba en el banco de armas de la guardia, me calé el sombrero tejano y un máuser de caballería, y violentamente salí y capturé un coche de caballos de sitio, y le ordené con el máuser en las costillas al cochero que volara para la quinta Ahumada, donde vivía Treviño. Durante el treyecto el tiroteo se oía cada vez más cerca e iba yo pasando en medio de los palacios federal y de gobierno de Chihuahua, cuando como tromba aproximadamente unos cien hombres entraron por la plaza Hidalgo, todos de caballería, gritando ¡Viva Villa! Apenas si tuve tiempo de pasar sin que me vieran. Llegué a la quinta Ahumada. Treviño ya estaba levantado, lo había despertado el ayudante de guardia, que se llama Horacio Hernández y vive en la sierra de Puebla, y que entonces era subteniente (a lo que sé, este oficial es primo hermano de la que ahora es espo-

sa del licenciado Donato Miranda Fonseca). Treviño estaba junto al telegrafista de guardia, que era de Tamaulipas y que se apellidaba Villanueva, quien yo apodaba el Chile en vinagre, porque según yo, estaba curtido de tanto tequila que ingería. Treviño me vio llegar, y me interrogó: "¿Qué sucede?", y yo le dije: "Los villistas en el palacio de gobierno". "¿Quién se lo dijo?", me preguntó con toda tranquilidad. "Yo los oí entrar, no los vi porque pasé en este coche que ve usted ahí, entre el palacio federal y el palacio de gobierno. Ellos entraron como tromba por frente al palacio de gobierno que da a la plaza Hidalgo". El tiroteo continuaba muy duro ahora por varias partes de la ciudad de Chihuahua, entonces Treviño me dijo: "Vaya a la escolta (cuyo cuartel estaba a media cuadra a un costado de la quinta Ahumada), dígale a mi hermano Federico que le dé cincuenta hombres, y vaya a reconocer los palacios; ¿por qué no despacha a ese cochero?", me preguntó, a lo que respondí: "Porque no soy tan pendejo; a este cochero debía yo matarlo ahora, pero lo más que puedo hacer es entregarlo a la escolta, para que lo deje dentro del cuartel con todo y coche y caballos, para que no vaya a decir dónde está usted sólo acompañado de dos oficiales". El no contestó y me dejó hacer (esta lección la aprendí del general Miguel M. Acosta en la sierra de Guanajuato). En media hora iba yo camino sobre palacio con toda clase de precauciones, pues sabía muy bien que aquello era cosa seria aunque Treviño me había dicho que pensaba que se trataba de mítines de la plebe; llegué hasta una fotografía que había en la esquina de los palacios con sólo una calle de por medio, me pegaron el "quién vive" y yo contesté: "Carranza" (naturalmente bien protegido y enfilado con la gente que llevaba en la banqueta y repegado a las casas); un ¡Viva Villa! y una descarga cerrada me contestó, por lo que opté por retirarme rápidamente, pues yo con cincuenta hombres no iba a tomar esos fuertes de cantera.

Al regreso me encontré, en la estatua de Talamantes, un villista que portaba una bandera mexicana (esto era como a las tres de la mañana), equivocado se me acercó, preguntándome por su general Martín López, a lo que yo contesté vaciándole la pistola, quitándole la carabina, el caballo y la bandera y con estas pruebas regresé a donde Treviño. Ya habían llegado varios oficiales del Estado Mayor, entre otros el jefe de la escolta, el valiente capitán Federico Treviño, hermano de Jacinto y, como ya dije, muy diferente a éste. Nos ordenó Treviño a Federico y a mí que fuéramos con toda la escolta a estar tiroteando a los villistas en las filas, y a mí, en especial, que después de posesionar a Federico me siguiera Matías Ramos, y que fuera al cuartel de artillería, que comandaba el coronel José Silva Sánchez, y que artillería y brigada Rayo (que era la de Matías) avanzaran hacia la quinta Calderón. Villa había mandado apagar todas las luces de Chihuahua, la ciudad estaba a oscuras, pero cumplí con mi cometido y regresé con la artillería de Silva

Sánchez y la brigada Rayo al mando del general Ramos; ya para entonces Treviño estaba con su caballo al lado y todos los oficiales tenían también los suyos listos. Montó Treviño y ordenó que marcháramos con la brigada Ramos y la artillería al cerro de Santa Rosa. Para entonces ya había amanecido. Llegamos al cerro de Santa Rosa y no voy a dar detallles de todos estos combates porque no acabaría nunca. Treviño ordenó a la artillería cañoneara sin piedad el palacio, y que el batallón Huejutla, de la brigada Mariel del teniente coronel Salustio Lima, hombre muy valiente que desde Ebano se había llevado Treviño, avanzara a tomar el palacio, protegido por la artillería. Los artilleros eran muy buenos y el blanco era muy fácil, pues se trataba de edificios que fueron cañoneados sin piedad. Cuando los villistas salían de los palacios, el teniente coronel Lima con sus infanterías y el coronel Cadena con sus caballerías, se les echaron encima haciéndoles grandes bajas y muchos prisioneros, entre ellos un periodista que se apellidaba Delgado, y que estaba herido en un cachete. Le dijo a Treviño que él sólo había ido para informar a su periódico en El Paso; Treviño no le creyó y ordenó inmediatamente su fusilamiento. Esto se lo ha tenido muy bien callado durante toda su vida, pues no le conviene que la prensa sepa que fusiló, sin formación de causa y sin aclarar si en verdad era culpable o no, a un periodista.

Estábamos viendo desde el cerro de Santa Rosa cómo Lima y Cadena batían a los villistas, cuando Matías Ramos le pidió permiso a Treviño para echarse sobre el cerrito de la Cruz, en las afueras de la ciudad donde estaba Villa. Treviño le ordenó que se estuviera sin moverse; en eso intempestivamente Villa se movió del cerrito de la Cruz y como tromba a matacaballo se aventó hecho un centauro, seguido de los suyos hasta las faldas de Santa Rosa (donde estábamos nosotros), seguramente había localizado a Treviño o, por lo menos, a un alto jefe rodeado de estado mayor, pues a matacaballo hicieron varias descargas, hiriendo a Treviño en un brazo.

Después que un veterinario compañero del estado mayor, el capitán Ricardo Díaz Monterrubio, que actualmente vive en Tampico, le amarró el brazo a Treviño para que no se desangrara, bajamos todos a caballo sobre los palacios, que ya estaban casi desalojados por los villistas y vimos cómo el primero en entrar a recuperar el palacio de gobierno y montado a caballo fue el coronel Porfirio Cadena con su caballería, luego lo seguía el teniente coronel Lima y en la calle, como si fueran en desfile, en línea desplegada y a tambor batiente la brigada Mariel. Treviño alegó que habíamos hecho pedazos a Villa y así fueron sus partes al señor Carranza. Lo cierto es que Villa se burló completamente de Treviño. Villa no dio el grito en palacio el dieciséis de septiembre, como tanto han dicho los folletineros, no retuvo la plaza ni entró en la ciudad a la que mandó a Martín López. El se conformó con tomar la peniten-

ciaría y echar fuera a los presos, todos o casi todos políticos, más bien dicho revolucionarios, entre ellos principalmente a mi amigo el general orozquista José Inés Salazar, que ofreció sus servicios a México en unión de otros desterrados orozquistas, como Caraveo y Hermosillo, cuando los americanos a nombre de Perkins entraron en territorio nacional. El señor Carranza aceptó sus servicios y yo fui comisionado por Treviño para recibirlos en la frontera, y conducirlos a Chihuhua. Jacinto Blas, como a los quince días de estar Salazar adherido al gobierno constitucionalista y esperando órdenes, lo mandó a la penitenciaría y al general Luis. M. Hermosillo, que era muy hábil para adular, lo incorporó a Marcelo Caraveo. Salazar se fue con Villa, quien lo nombró su segundo por breve tiempo y después, recordando que habían sido enemigos, lo mató. Hermosillo era muy simpático y muy vivo, procedía de los rurales porfiristas y me decía primo, porque yo tenía una novia en Chihuahua que tenía ese mismo apellido.

Después de este escándalo que produjo Villa y de este ridículo que sufrimos en Chihuahua, más bien dicho Treviño, que era el jefe, Villa volvió a derrotar a Ozuna en Camargo y a Isidro Treviño, hermano de Jacinto, y a todo el que se le paraba enfrente (pero Treviño había tratado de lucir mucho la "verbena" en Torreón, Monterrey, Piedras Negras, Querétaro, Guadalajara, etcétera, etcétera, arrastrando desproporcionadamente los "laureles de Ebano" y dejándose proclamar por su familia futuro dictador de la República.

Entonces se suspendieron los bailes. La señora Treviño salió en tren especial escoltado para Ciudad Juárez, donde cruzó la frontera para irse a México. Nosotros nos quedamos viviendo en la ciudad de Chihuahua, constantemente amenazada como en época de guerra, hasta que el día veintiséis de noviembre a las diez treinta de la mañana y por el rumbo del Santo Niño (no en la noche como el desmemoriado Treviño afirma), previo aviso telefónico, Villa nos atacó en la plaza contando la guarnición con diez piezas de artillería, muchas ametralladoras y con cuatro mil soldados. Los villistas con la moral muy alta no llegaban a tres mil hombres, todos de caballería y sin una sola ametralladora, eso sí, muy bien parqueados, cartuchos que no sé de dónde sacarían, pues la Punitiva ya tenía mucho tiempo de estar en el estado de Chihuahua.

Cuando Villa habló por teléfono a la quinta Ahumada, yo contesté el teléfono y le avisé a Treviño que Villa se quería comunicar con él. Me dijo con mucha arrogancia: "Dígale al bandolero que aquí lo espero". Villa insistió que quería hablar con Treviño y Jacinto me contestó: "Dígale que sólo hablo con él para recibir su rendición incondicionalmente". Yo sonreí y pensé: "Qué jefe tan pendejo tengo", pero en presencia de Treviño le trasmití a Villa fielmente su recado. Villa me contesto; "Dígale al bigotitos arriscados que está como en un sueño, y dígale a ese siñor que lástima de Colegio Militar, que es muy bruto. ¿Y

tú quién eres, muchachito?". "Yo soy el mayor Santos —le contesté, aunque todavía no me llegaba el ascenso por lo difícil de las comunicaciones, ya me lo había notificado de México el general Juan Barragán, jefe del Estado Mayor del señor Carranza— soy de la Huasteca potosina, hermano del general Pedro Antonio Santos, que usted conoció muy bien y del general Samuel Santos, que todavía vive". Villa me contestó: "Fue muy buen hombre revolucionario tu hermano Pedro Antonio y muy gran servidor del siñor Madero. Tu hermano Samuel también es hombre revolucionario, lástima que Obregón lo haya sonsacado para irse con Carranza, y a ti te prometo no cortarte las orejas, ahora que te agarre prisionero", y yo le contesté: "Ni usted ni nadie me va a agarrar vivo". Treviño me hizo un gesto y una seña enérgica que colgara inmediatamente, y me preguntó que qué más me había dicho Villa y le conté al pie de la letra todo, pues él sólo oía lo que yo le contestaba pero no lo que Villa me decía. Jacinto comentó: "Este Doroteo Arango es un taimado; ahora que viene lleno de soberbia porque ha derrotado algunos comandantes, viene a provocarme a mí, pero yo lo castigaré".

Al instante nos fuimos a recorrer las posiciones en lo que iba a ser la línea de fuego dentro de muy breve tiempo. Recorrimos la línea de infantería que estaba posesionada de los arcos del acueducto por la avenida Zarco, recorrimos las posiciones de artillería de Santa Rosa, recorrimos la línea de infantería que había posesionado Treviño en Loberas, imitando el estilo de defensa del general Obregón, y regresamos a Santa Rosa donde quedó establecido el cuartel general. Los villistas, que como dije eran pura caballería, se vinieron primero sobre la avenida Zarco, donde fueron rechazados por la infantería. Mientras tanto, los artilleros nuestros los empezaron a bombardear y como vimos muy bien con los gemelos de campaña un automóvil, muchos supusieron que ahí venía Villa y los artilleros le estuvieron disparando hasta que le atinaron con granadas. Jacinto Blas se puso muy contento, como niño que recibe una alcancía y nos dijo a los de su estado mayor: "Probablemente, con esas granadas terminó lo que iban a ser muy sangrientos combates". Yo le contesté: "Esté usted seguro, mi general, que Villa no atacó en automóvil. Cuando caigan muchos caballos probablemente alguno de los jinetes podría ser él". Nadie contestó nada. El ataque lo hicieron los villistas muy recio y decidido, pero fueron completamente rechazados, pues las posiciones nuestras eran muy buenas, estando la infantería colocada, como antes dije, detrás de los arcos de piedra.

Dejaron ese sector, y se cargaron todos los villistas sobre las líneas del panteón de la Regla y también fueron rechazados. Treviño, sin esperar a que el enemigo se quebrantara en otros ataques más, sacó la caballería fuera de las líneas, al mando de los generales Ozuna y Cardona y los echó sobre los de Villa, que los fueron rechazando hasta la sierrita de Palomas, y de ahí Villa se los trajo otra vez a los nuestros,

rechazándolos hasta llegar a protegerse con las líneas de infantería. Volvieron los nuestros a llevar a Villa para atrás y él volvía a traer a los nuestros retrocediendo. Así estuvieron peleando todo el día y nosotros contemplando el combate desde Santa Rosa a pie junto a nuestros caballos, como si se hubiera tratado de una corrida de toros o algo por el estilo, sin que nos zumbara una bala pues estábamos como a cuatro kilómetros de donde se combatía, y las infanterías rodeando la ciudad sin moverse ni un solo metro ni desesperar tampoco, pues cuando Villa hacía retroceder a los nuestros cerca de sus líneas, daba media vuelta. Los días siguientes sucedió lo mismo, con la única diferencia que durante las noches los villistas, los mismos que atacaban por la Regla seguramente en parte mínima, volvían a atacar por la avenida Zarco, seguramente para distraer a la guarnición y su inepto general en jefe. El quinto día de combate, en un momento que las caballerías nuestras llevaban a Villa para atrás, fuera del perímetro defendido, se le ocurrió a Treviño reunir escolta, dispuso que lo siguiéramos nosotros con esos refuerzos en los momentos en que Ozuna y Cardona llevaban a Villa para atrás, llegáramos en su auxilio y que así lo "levantábamos" de la sierrita de Palomas, y se lanzó por delante con nosotros los de Estado Mayor, la escolta y el resto entre los cuales iban su hermano Isidro, que no servía para nada, pues su batallón estaba en la línea de fuego y él andaba por acá en las orillas, y a su cuñado el licenciado Mauricio González, que era el asesor militar del cuerpo de ejército y aunque civil ya pasado de los cincuenta años, era hombre muy valiente.

A rienda suelta nos lanzamos para alcanzar a Ozuna y a Cardona, quienes llevaban para atrás a Villa, pero sucedió que cuando llegamos a lo mero rudo del combate, Villa traía para atrás a los nuestros, y había situado a su gente de tal manera que a los nuestros y a nosotros nos diera el sol en la cara y a él en la espalda, así que ni Treviño ni ninguno de nosotros se dio cuenta que cuando llegamos a chocar con los villistas, ya Ozuna y Cardona con su gente iban muy atrás y nos agarró solos. Nos revolvimos con los villistas y en esta revoltura que no tuvo sentido, murieron todos mis compañeros del estado mayor, con excepción del capitán Ricardo Díaz Monterrubio, Treviño y yo. En esta revoltura con villistas, uno de estos le puso un rifle a Treviño en el pescuezo y disparó, pero como su caballo se movió. el balazo se lo pegó entre cuero y carne y le atravesó la oreja. Treviño se bamboleó en el albardón y no sacó la pistola ni hizo más movimiento que agarrarse de la crin de su caballo, dando oportunidad a que el villista le siguiera zumbando (como los gallos cuando se acobardan y el enemigo les está pegando por los lomos). Para esto, le agarré su caballo al villista y me disparó un balazo, pegándome en un dedo cuando le metí la mano y le desvié el rifle. Este balazo me dejó con la pólvora incrustada en el dedo, una mancha azul para toda la vida. Al poco rato, quiza dos horas

después, por motivo de esta herida ligera pero aparatosa me habría de transformar de Gonzalo Santos en Gonzalo N. Santos. Con toda rapidez, yo llevaba el máuser de caballería en la mano, le pegué un tiro al villista, que cayó de su caballo e inmediatamente saqué la 44-40 marca El Caballito, que era igual a las que usaba Villa, y le sorrajé tres o cuatro balazos más, y le dije a Treviño: "Vámonos pronto, métale el acicate a su penco". Esta vez sí me hizo caso; era tan egoísta y lo seguirá siendo Jacinto Blas hasta el día que se muera, que en el trayecto no me dijo una palabra de agradecimiento, solamente me hizo un elogio: "Es usted un oficial muy arrojado". Yo le contesté: "Gracias". Llegamos a la quinta Ahumada; Treviño había sangrado mucho. Ahí lo curó el jefe de los servicios médicos del cuerpo de ejército, doctor y coronel Francisco Rivera, que procedía de la brigada Santos y era tío materno mío en segundo grado. Así seguimos los combates, pues Villa tuvo uno o dos ataques sobre la infantería del panteón de la Regla, y cuando vio que aquello estaba duro, no se comprometió más.

La noche del veinticinco de noviembre no se oían más que pequeños tiroteos aislados, pero como a aquello de las once de la noche atacaron los villistas la infantería que estaba colocada frente al panteón de la Regla, y al mismo tiempo unos doscientos hombres con rifles, pistolas y puñales al mando del joven coronel villista Samuel Rodríguez, a quien Villa llamaba Samuelito pues tendría a lo sumo veintidós años, subieron arrastrándose al cerro de Santa Rosa, y asaltaron a nuestra artillería matándolos a todos y quitándoles sus cañones, a excepción del teniente coronel Silva Sánchez, que viendo perdida su artillería se suicidó pegándose un tiro en la cabeza. Ahí murieron muy buenos artilleros, entre otros el mayor Barrañón. Sucedió que este general Treviño, procedente del Colegio Militar y titulado ingeniero técnico de estado mayor y de artillería, había puesto para protección de nuestra artillería unos sesenta soldados de los batallones nuevos que habían llegado procedentes de Orizaba y formados por obreros al mando de un capitán que ocupó ese grado por votación de los obreros. Una vez que nos fue quitada la artillería, Treviño mandó al general Carlos Ozuna que con caballería (léase bien), con caballería atacara el cerro en la noche, fuera a recuperar los cañones y me envió a mí, como miembro de estado mayor a que vigilara la operación la cual consistió en que como querían trepar nuestros pobres sardos por el escarpado cerro a caballo, así iban cayendo hasta que nos hicieron bola y echaron la arrancada para atrás. Ozuna, que vio al general Cardona le dijo que por qué daba media vuelta, a lo que Cardona le contestó que porque era obligación de un general alcanzar a su gente que iba de estampida y hacerlos volver al combate, pero Ozuna lleno de ira sacó la espada y le pegó al general Cardona. Yo intervine en medio de los dos a nombre del cuartel general y ordené que por lo pronto se quedaran así las cosas, pues cómo

se iban a matar dos generales y más en aquellas circunstancias tan difíciles.

La gente la reorganizamos abajo del cerro y les dije a Ozuna y a Cardona que fuéramos a darle parte a Treviño, y a pedir sus órdenes pues era una estupidez intentar tomar el cerro en la noche y con gente de a caballo, que lo que procedía era mover inmediatamente un batallón de los que estaban en la línea y seguir al batallón que comandaba el coronel González, que guarecía la penitenciaría pues era más urgente la artillería que cuidar a los presos, que ya se componían en esa época de puros delincuentes y no había ningún militar. Así lo hicimos, bajamos a la quinta Ahumada donde Treviño estaba esperando el resultado de la acción, acompañado de un general exfederal compañero de él, del Colegio Militar, muy cobarde y muy fantoche que se llamaba Gabriel González Cuéllar. Tan luego como dimos nuestro parte de que no podíamos tomar Santa Rosa y que en breve les iban a llegar refuerzos a los villistas, que se habían apoderado de los cañones en el cerro, y que era indispensable mover un batallón con toda rapidez, Treviño me ordenó que fuera a mover el batallón que estaba en la penitenciaría al mando de González, pero cuando ya me disponía a cumplir con lo ordenado, Treviño me llamó, y me dijo: "Espere un momento, dice el general González Cuéllar que todo está perdido, que si no nos vamos, de un momento a otro Villa nos agarra prisioneros y no es la vida lo que importa, sino que nos va a vejar antes de matarnos". González Cuéllar le insistió: "Vámonos pronto, Jacinto, tu gloria no depende de este combate, traes los "laureles de Ebano y de Icamole" y tú eres ya una gran figura que debemos cuidar" (yo pensé sobre los laureles de Ebano que ya estaban muy marchitos). Treviño me dijo: "¿Qué opina?". "Mi General —le dije—, yo no sé si la gloria de usted esté en peligro o se arruine en una derrota, pero estamos en condiciones de volver a tomar el cerro si obramos con toda rapidez, pues los villistas ahí no pasan de doscientos, pero en todo caso de perdida, podemos resistir hasta que llegue Murguía con refuerzos y Miguel Acosta con el parque, a los villistas sólo nos ha faltado contarlos, pues los hemos visto todos juntos diariamente y apenas si llegarían a dos mil ochocientos cuando empezaron los combates, pero para estas fechas tienen muchas bajas". González Cuéllar se puso histérico y le dijo a Treviño: "Andale, Jacinto, ahí afuera están ya los caballos, vámonos". Entonces Jacinto Blas ordenó que las infanterías se fueran levantando y tomaran los trenes y salieran para Ciudad Juárez, y nosotros fuéramos reuniendo la caballería y saliéramos con una parte de ella rumbo a Ojinaga y la otra parte fuera al mando de Ozuna custodiando los trenes. Villa andaba tan escaso de gente que ni siquiera interrumpió la vía para Juárez y los trenes pasaron fácilmente. En eso estábamos cuando un grupo de villistas bajó de Santa Rosa a donde habían recibido refuerzos, hasta cerca de la quinta

Ahumada y empezaron a rodearnos, sin decisión ni arrojo, muy desconfiadamente. Entonces entró el pánico que me alcanzó también a mí cuando vi a Treviño montando su famoso caballo Ebano para emprender la huida, y yo sin acordarme que hacía frío dejé un hermoso capote estilo ruso y sólo con una bufanda amarrada en el pescuezo le brinqué a mi caballo Carbonero, y dije para mí lo que el mayor Millán dijo una vez que atacamos a los federales en Tamuín y nos rechazaron (este Millán después fue general de brigada, gobernador y comandante militar del estado de México y murió en Algibes acompañando a don Venustiano Carranza): "El combate nos lo ganaron, pero la carrera se las vamos a ganar nosotros", y metí espuelas y la emprendimos rumbo a Tabaloapa, invadidos de miedo, más bien dicho de pánico, y creyendo que a cada instante nos alcanzaban los villistas, los que no entraron en la ciudad sino hasta otro día, y todavía pelearon dos días con el coronel González en la penitenciaría y los nuestros no se quisieron rendir, y al que Villa le echó un discurso llamándolo hermano de raza y hermano de sangre, prometiendo no fusilarlo cosa que cumplió cuando Villa capturó a González y a sus soldados.

Llegamos a la hacienda de Dolores ya en la mañana. El general Luis M. Hermosillo había hecho tortillas de harina y asado alguna carne de las reses que matamos, y nos pusimos a desayunar. Este Hermosillo empezó a contar chistes y ya Treviño, con los bigotes llenos de polvo y caídos y con la cabeza amarrada, bien vendada por la herida que había sufrido, empezó a dar señales de vida hasta hacerse más humano. De Dolores seguimos a Bachimba donde encontramos al general Murguía, tendido en la vía con su magníficamente organizada división con no menos de seis mil hombres y con alguna artillería, muchas ametralladoras y servicio de radiotelegrafía al mando de un primo mío que se llamaba Miguel Rivera Hernández. En esa división venía también otro primo hermano mío que había andado durante todo el huertismo y después hasta Ebano en la brigada Santos y se había pasado al Estado Mayor de un primo hermano materno de él que se llamaba Eduardo Hernández, segundo de Murguía. Murguía recibió con todo desprecio a Treviño, lo trató como a un perro y le ordenó que tomara el mando de algunos batallones de infantería, pues nosotros no llevábamos más que unos trescientos hombres a caballo, desmoralizados, más bien dicho, acobardados. Para entonces, ya Villa venía sobre Bachimba. El general Murguía le ordenó al coronel Jesús Valdez Leal (jefe de estado mayor de Treviño), que se incorporara con él a su Estado Mayor y a mí también, y mientras íbamos avanzando al encuentro de Villa y de José Inés Salazar, que venía como su segundo, Murguía nos iba haciendo preguntas. El coronel Valdez Leal le contestaba con monosílabos, pues casi todos los combates de Chihuahua los había pasado borracho fuera de la línea de fuego, y yo le iba contestando la verdad. Le conté el contra-

ataque al cerro en la noche dispuesto por Treviño con gente de a caballo, Murguía iba oyendo pero no dijo nada, ni una palabra. En Mápula y Horcasitas nos trabamos en combates con Villa, muy reñidos pues ya que había tomado la plaza de Chihuahua, se había reforzado; es cierto que nos faltaba parque de reservas a la gente de Treviño, pero teníamos parque para haber resistido tres o cuatro días más, reservándolo prudentemente. Tampoco Villa andaba ya para entonces muy sobrado de municiones. Se echó Villa encima de los trenes que Treviño defendió bien con la infantería. Murguía al frente de sus brigadas se arrojó por un flanco sobre Villa; además del coronel De León, que era subjefe del estado mayor de Murguía, lo acompañaban sus dos asistentes, el coronel Valdez Leal, el capitán Francisco de Valle Arizpe y yo. Como se sabe, Murguía era muy valiente y arrojado, después de sacar una botella de coñac y darle un largo trago se la pasó a Valdez Leal, que le gustaba beber desde agua miel hasta agua cola pues como dije antes era muy borracho, luego me pasó a mí la botella, que aunque no era ni soy borracho sí me gustaba y me gusta beber.

Se echó encima como furia Murguía y sus gentes. Villa detrás de una arboleda primero ahí en Mápula resistió y luego se echó encima de uno de nuestros flancos, al que hizo vacilar tanto que Murguía se vio obligado a actuar para que no nos flanqueara, de dar media vuelta a sus caballerías, mientras se organizaba el general Fabela, que había sido el rechazado. Una vez rehechas nuestras líneas, volvimos en cargas de caballería a atacar a Villa y ya a las cinco de la tarde Treviño había flanqueado a Villa, subimos por una sierrita que hay ahí y atacándolo por la izquierda, posición que Murguía aprovechó, nos lanzamos contra los villistas con todo ímpetu. Para esto, Murguía vio que el coronel Valdez Leal se quedó atrás habiendo bajado de su caballo y protegiéndose en unas piedras muy grandes. Dio media vuelta Murguía, apeándose también de su caballo, y le dijo a Valdez Leal: "Oígame, don hijo de la chingada, con un jefe de estado mayor como usted es natural que Villa se riera de su general Treviño y de todos ustedes. En este instante lo voy a mandar fusilar", cosa que yo creo que Murguía no tenía intenciones de hacer sino más bien para humillar a Treviño. Lo mandó preso a los trenes y si lo hubiera querido matar, ahí mismo lo mata personalmente como fue matando a varios oficiales villistas prisioneros, entre ellos un mayor que lo mandó colgar de los pies y él personalmente le pegó dos tiros en la cabeza.

Pasado el combate, me incorporé a Treviño. En la noche, éste me mandó decirle a Murguía que le permitiera ser él quien recuperara la plaza de Chihuahua, a lo que Murguía accedió. Una vez que regresé con la anuencia de Murguía, Treviño ordenó que esa misma noche saliéramos a marchas forzadas para Chihuahua, e iba tan herido en su amor propio que dejó atrás a la infantería, y, con los trescientos hombres de caballería,

emprendimos marchas forzadas para Chihuahua, en donde entramos entre nueve y diez de la noche sin ninguna resistencia, pues Villa ni siquiera había regresado a la ciudad, ya que había tomado el rumbo de sus agostaderos por la sierra del Noroeste. Esa fue una fuerte derrota para Villa, propinada por Murguía con el contingente de Treviño, con infantería prestada, pero el que dio la batalla y la ganó fue Murguía.

Una vez que entramos en Chihuahua durante la noche, me llamó Treviño y me ordenó que fuera a galope hasta donde encontrara al general Murguía, a decirle que la plaza había sido recuperada por él. Llegué a los trenes de Murguía, que ya estaban cerca de Chihuahua. Yo iba acompañado únicamente de un asistente esa noche, por entre muchos dispersos villistas, y creo que Treviño jugó con mi vida solamente por la vanidad de hacerle ver a Murguía que él había entrado primero en Chihuahua. Una vez que averigüé dónde estaba el carro del general Murguía, sin bajarme del caballo, le hablé a un individuo, que estaba en la plataforma del carro, que probablemente era el cocinero, y le dije que quería hablar con mi general Murguía, que llevaba un parte del general Treviño. Entonces el individuo aquel me dijo que no podía comunicarme con el general Murguía porque ya estaba dormido, y daba media vuelta en mi caballo cuando de una ventanilla del carro sacó la cabeza el general Murguía. Con su inconfundible voz atiplada me dijo: "¿Qué anda haciendo, mi mayor?" Yo espoleé mi caballo, y sin desmontarme y cuadrándome ante él, le dije: "Mi general, vengo de Chihuahua a dar parte a usted de mi general Treviño que la plaza de Chihuahua está recuperada". "¿Dónde está Treviño?", me preguntó Murguía. "En Chihuahua, mi general, en su casa la quinta Ahumada". "Bájese y véngase a echar un trago". Aquel hombre me imponía, a mí sólo dos hombres me han causado miedo en mi vida, sin que por cierto ninguno de ellos dos me haya dicho una mala palabra ni me haya dirigido una amenaza, pero me imponían miedo, Murguía y Tomás Urbina. Cuando conocí a Urbina en la Convención de Aguascalientes, se me enchinaba el cuerpo; a los demás, a ninguno he temido nunca, pero a esos dos sí. Me ofreció coñac en un vaso chico a medio llenar y otro se fajó él, me preguntó detalles de Chihuahua (esto era en la madrugada) y le dije que aquello era el descojonamiento y el delirio, ninguna casa de comercio tenía puertas ni aparadores, que había sido saqueada totalmente la ciudad, los alambres de la luz totalmente destruidos y de los postes del teléfono y la luz probablemente quedaba alguno parado. Era un espectáculo digno de verse, una ciudad en la noche oscura, oyéndose uno que otro disparo y con el vecindario aterrorizado. Me dijo Murguía que si no quería una escolta para regresar, y yo le dije que muchas gracias, que traía muy buen caballo, mi asistente también muy bien montado, que era bastante buen jinete y conocía el terreno y me era más fácil llegar solo que con escolta, pues llamaría la atención a alguna partida villista que me pudiera encontrar. "Tienes razón", me dijo y luego hablándome otra vez en tono

militar me paré, me cuadré y le pedí el permiso para retirarme; se paró, me dio un abrazo y me dijo, estando él en camiseta y calzón: "Si tu general Treviño tuviera tus huevos, no hubiera hecho un papel tan ridículo como el que acaba de hacer". Yo le contesté: "Gracias, mi general, con el permiso de usted".

Treviño me preguntó cómo había ido y regresado, cómo había encontrado a Murguía y qué me había dicho éste. Le conté todo al dedillo, menos la parte final. Al día siguiente entró Murguía en Chihuahua y, por quítame estas pajas, fusiló a un teniente de los nuestros enfrente de la casa de Treviño en pleno día, provocando a Jacinto para ver si reaccionaba en alguna forma valiente o, por lo menos, con alguna dignidad; pero Treviño oyó la descarga de su oficial fusilado sin decir una palabra. Se trataba de un teniente que había hecho algún pequeño hurto y ese mismo día Murguía, sin tomarse la molestia de decirle a Treviño que le entregara los restos de su gente, pues ya habían regresado los trenes de Chihuahua con las infanterías y salvando el conducto de Jacinto Treviño, le fue ordenando a cada jefe que se incorporara a la división de él.

Al día siguiente, salimos acompañando a Treviño para Ciudad Juárez y por Estados Unidos a Piedras Negras, cruzando la frontera en Eagle Pass *in-bond*, por lo tanto nos permitieron, tanto a Treviño como a los pocos miembros oficiales que lo acompañábamos, que lleváramos nuestras pistolas. En Ciudad Juárez estuvimos dos días. Voy a relatar un caso que me pasó en una taberna que se llamaba El Paso del Norte, en El Paso, Texas, donde había una barra muy grande, pues entonces no existía el "estado seco" en Texas ni en Estados Unidos. En aquella barra bailaba, exhibiendo las magníficas piernas y más de la mitad de la pechuga, una artista de cine de aquellos tiempos, se llamaba Clara Bow. Se sentó junto a mí en la barra, a beber cerveza y a gozar de aquel relajo, un gigante tejano con su sombrero clásico. Yo usaba uno igual, y como el tejano me oyera hablar en español, me dijo en su idioma pocho que ese sombrero tejano no era para los mexicanos bandidos, grasientos y villistas. Yo le contesté que yo sí era mexicano, pero que no era ni grasiento ni villista, que era de las fuerzas constitucionalistas que mandaba don Venustiano Carranza. El tejano se me aproximó más estando ambos sentados en los altos taburetes frente a la barra, y me dijo: "Cómo te atreves a contestarme, hijo de perra, si yo de un manazo te puedo apachurrar la cabeza; aquí no estás en tu tierra de ladrones". Debo decir que en aquel tiempo se nos odiaba mucho en Texas, pues Villa había asaltado Columbus, en el estado de Nuevo México y la expedición punitiva que mandaba el general Pershing estaba en el estado de Chihuahua. Por las dudas, yo agarré un palillo, pero no un palillo de dientes sino un palillo muy duro, largo y grueso, de esos que ponían en los bares tejanos en aquel tiempo para ensartar la botana y que estaban pintados de colores, eran de una madera muy dura y con una

punta muy aguda. Tanteé mientras tanto las puntas del palillo, más bien dicho del palito, y por más que quise doblarlo con la yema de mi dedo pulgar no lo logré, y comprendí que los tales palitos me podían servir en un momento dado de defensa contra el gigantón, si me portaba yo valiente y astutamente.

Siguió la música ruidosa y Clara Bow pasó frente a los dos, casi desnuda. Al pasar frente a mí, que era muy joven, me hizo una marcada coquetería, bastante obscena por cierto, y yo le acaricié un tobillo. El gigante tejano se volteó y me cogió del cuello, de la corbata pues yo portaba una traba semicivil que llamaban cazadora y con la cual se usaba corbata. Al tiempo de jalarme el tejano de la corbata hacia adelante y decirme: "Hijo de perra, chingado madru", yo como el mejor de los toreros cuando se lanza a volapié, con toda la fuerza de mi brazo le ensarté en el ojo izquierdo aquel punzón de madera. El tejano dio un alarido y cayó tan grande como era hacia atrás, y rápido como el viento me piré de la cantina, tomé un coche de caballos que mediante un tostón americano me cruzó la frontera para Ciudad Juárez. El viaje costaba una peseta, pero yo le prometí otra de propina si me llevaba rápido porque le dije que un hermano mío acababa de ser herido de gravedad. El cochero era medio tejano y tal vez de Ciudad Juárez, no recuerdo, pues indistintamente hacían servicios en ambos lados de la frontera estos vehículos con aurigas de Ciudad Juárez o de El Paso, Texas (todos hablaban español).

A nadie le conté lo que me acababa de suceder, pues al día siguiente tenía que volver a pasar por El Paso, Texas, a tomar el tren junto con Treviño y el mínimo resto del Estado Mayor que habíamos quedado vivos. Al general Pancho González, de Tamaulipas, amigo mío, que era jefe de la guarnición de la plaza de Ciudad Juárez sí le conté lo que me había sucedido, y le dije que me comprara mi caballo el Carbonero en el que venía haciendo la campaña desde La Quemada, Guanajuato, y que tantas veces me había salvado la vida y me había dado tantos honores en los juegos de cintas que entonces se acostumbraban entre los oficiales, apadrinados por las más bellas muchachas de cada pueblo o ciudad donde verificábamos estos eventos.

El general Pancho González, hombre generoso, muy distinto de Treviño, me dio seiscientos pesos oro por mi caballo, que bien los valía, y me regaló cinco aztecas más en oro reluciente que valían veinte pesos cada moneda.

Al día siguiente, cruzamos la frontera y nos fuimos directamente a la estación donde Treviño compró boletos de pullman para él, su hermano Isidro y su hermano Federico nada más. Los demás oficiales se fueron en primera sin que yo supiera si él les había pagado el boleto o mis pobres compañeros lo hicieron de su peculio, cosa muy probable. El caso es que yo compré mi boleto de El Paso hasta Eagle Pass en pullman y cama baja;

había en aquella época muy buenos carros comedores, servidos por negros, y con magnífica cocina. Llegaba el tren como a las ocho de la noche, venía procedente de Nueva Orleáns e iba para San Francisco, California; y sin que lo recuerde muy bien, se llamaba Interoceánico. Yo, mientras llegaba el tren, me separé del grupo de mis compañeros y me paseé por ahí en la oscuridad. Llegando el tren fui el último en subir, me fui directamente a los lavabos y ahí entré al sanitario. El tren se puso en marcha sin que nadie se ocupara de mí, pues yo a cada rato creía que veía llegar los *rangers* con sus rifles automáticos y aplicarme lo que le aplicaron a Pascual Orozco, que acá nosotros llamamos "ley fuga", pero el tren se arrancó y mis temores se fueron disipando poco a poco. Ya que el tren había caminado unos quince o veinte minutos, me fui buscando el carro comedor, entré a él y me instalé en un sillón, le pedí al negro una cerveza para "abrir brecha" y un coñac doble para tonificarme los nervios. Había terminado mi cerveza y estaba entregándole a mi estómago el coñac, cuando entraron al carro Treviño y el pagador general de lo que Jacinto llamaba cuerpo de ejército del Noreste, y que apenas ascendía a una división. Este pagador era muy buen amigo y se llamaba Alatorre, después con los años fue cónsul en Estocolmo cuando yo era embajador en Bélgica, y seguimos viéndonos de tiempo en tiempo, cultivando muy buena amistad. Ahí en el carro comedor seguramente que Alatorre iba a seguir siendo el "pagador", pues Treviño siempre ha sido muy miserable, muy avaro y muy tacaño. Al verme Treviño sentado, echándome mi coñac, me dijo: "¿Y usted qué anda haciendo en pullman?" "Tomando coñac y pagándolo de mi bolsa", le contesté. "Qué, ¿trae usted dinero?", me preguntó. "Lo suficiente para no pedirle nada a nadie". Soltó la risa, una risa despectiva y sarcástica, se sentó un poco lejos de mí, y me volvió a preguntar: "Qué, ¿trae usted dinero?" Saqué un puño de mis monedas, se las enseñé y le dije: "Para divertirme lo suficiente y viajar cómodamente, y no es robado. El general Francisco González puede informar a usted de dónde procede este dinero". Ya no me volvió a hablar ni yo a él hasta Piedras Negras, tierra de Jacinto Treviño, en donde al llegar y cruzar la frontera, le dije: "Hasta aquí lo acompañé a usted, ya no seré su subordinado ni un minuto más, sepa usted esto mientras pongo un telegrama al Primer Jefe solicitando mi baja; aquí ya no estamos frente al enemigo, y puedo obrar como mejor me parezca como ciudadano armado que soy". Treviño, muy calmado, me contestó: "Puede usted hacer su voluntad, pero quiero que mañana me acompañen todos los sobrevivientes de mi Estado Mayor al baile que me da la sociedad de Piedras Negras". "¿Y habrá gringas de Eagle Pass en el baile?", le pregunté, y me dijo: "Esto yo no lo sé porque el baile lo organiza el casino, pero quiero que antes de que usted se vaya me acompañe con los demás oficiales a este agasajo que dan en mi honor". "Muy bien —le

dije—, lo acompañaré a usted". Ese día noté que a Treviño sólo lo fueron a saludar su padre, el señor Francisco Z. Treviño que había sido celador de la aduana en tiempos de don Porfirio y después juez civil en Piedras Negras cuando don Venustiano Carranza era gobernador de Coahuila y que Treviño en sus memorias mentirosas le da el título de coronel de la guerra tuxtepecana, sin ser cierto; aunque sí lo es que don Porfirio Díaz, estando en Matamoros, mandó a don Francisco Z. Treviño, padre de Jacinto, a una comisión a Piedras Negras, y siendo el señor Z. Treviño celador de la aduana de Piedras Negras, lo mandó a sonsacar al jefe de la guarnición de la plaza, coronel Martínez, y le dio don Porfirio a Z. Treviño diez pesos para gastos. Esto consta en las memorias del general Porfirio Díaz y él mismo lo dice. Don Porfirio, es sabido de todos los mexicanos y no lo ignoramos nosotros los revolucionarios, fue un hombre muy agradecido con quien le hizo algún favor en alguna ocasión, aun cuando se hubiese tratado de un vaso de agua. Cuando llegó al poder, y a petición de don Francisco Z. Treviño, le mandó educar a sus hijos al Colegio Civil de Monterrey y a Jacinto, que parece que desde chico se sentía Napoleón, lo mando al Colegio Militar de Chapultepec.

Pero me he salido de mi relación, noté que a Treviño lo fueron a visitar como digo su padre y algunos familiares, entre ellos una hermana que se llamaba Valeriana Treviño de González, esposa del licenciado Mauricio González, que no obstante ser civil, estuvo en primera línea en todos los combates de Chihuahua.

Llegó la noche y fuimos al "gran agasajo" que la ciudad de Piedras Negras le daba al exhéroe de Ebano, y desde que llegamos uniformados de lo que podríamos llamar con mucho esfuerzo de voluntad "de gala", noté que el ambiente era frío, la concurrencia escasa. Se adelantó un grupo de caballeros, pero caballeros norteños que ya entonces no usaban chalecón, aunque uno que otro iba de cuello duro, unos le hablaron de tú y otros lo hicieron de usted a Treviño, y le dijeron que dispensara al presidente del casino, que se llamaba, según me parece, Chago García, el no estar presente, pues había tenido que salir a San Antonio. Total, el tal baile fue un fiasco. En la mañana Treviño estaba muy deprimido y pálido, y su esposa María Carrillo de Treviño muy violenta. Tuvo una fuerte disputa con su cuñado Federico, porque empezó ella a insultar a la gente de Piedras Negras y en general a toda la gente del Norte diciendo entre otras lindezas que eran "payos chiveros" indignos de acercársele a Jacinto.

Ese día me despedí de Treviño sin siquiera darnos la mano, y marché para México. En la capital, al primero que visité fue a mi general y fraternal amigo Francisco de P. Mariel, quien era comandante general de la plaza, pero con plenos poderes. Vivía Mariel en un palacete confiscado a un rico reaccionario. Abajo tocaba la banda de la comandancia militar de la plaza, más bien dicho de la brigada Mariel que dirigía el capitán Co-

rona, padre del hoy general de división licenciado Alfonso Corona del Rosal, mi cordial amigo. Mariel me felicitó por haber salido vivo de tantos trances, combates y tantas derrotas y me regañó por haberme ido de su brigada con Treviño, a lo que yo le contesté: "Mi general, qué querías que hiciera si él me lo ordenó en pleno campo de batalla, en Ebano, y siendo él general en jefe". Una desobediencia mía hubiera ocasionado una instrucción sumaria sin juicio previo, aunque la verdad es que yo quería participar en las campañas del norte, como participé desde Icamole hasta Chihuahua. Le dije a Mariel que me iba a dar de baja al día siguiente y, con lo que yo había oído y visto de política, dirigí un oficio solicitando mi retiro del ejército, en términos que se usaban en la Revolución Francesa más que de soldado, por lo que la contestación fue seca e inmediata y en ella se acepto mi retiro.

Mariel me decía que no lo hiciera, que él me ascendía ese mismo día a teniente coronel y me quedara con él. Nos queríamos mucho, pero en aquel tiempo la Ciudad de México a mí me repugnaba (ahora no me deleita). Habíamos aprendido de nuestros jefes que ahí habían traicionado y asesinado a don Francisco I. Madero y a Pino Suárez, que el pueblo de México fue el que llevó a Iturbide al poder, postergando al general Vicente Guerrero, que había aplaudido hasta el delirio a Félix Díaz después de la Ciudadela, proclamándolo héroe. En fin, las pasiones estaban encendidas y yo en la pasión revolucionaria había crecido, no hablaba con otra gente que no fueran revolucionarios ni conocíamos la palabra perdón ni la palabra piedad, ni para otorgarlo ni para pedirla para nosotros. Por lo tanto, me quedé con Mariel una pequeña temporada en calidad de huésped y amigo. Un día fui a ver al general Obregón, que era ministro de Guerra, que también me conocía y me distinguía desde la Convención de Aguascalientes y al que, antes he dicho, serví de ayudante en el recorrido San Luis, Tampico y Monterrey y Monterrey, Tampico y San Luis. Lo fui a saludar, y le dije que había pedido mi baja y en los términos en que lo había hecho, le enseñé la copia de la Secretaría de Guerra aceptándola. Por cierto que él ni conocimiento tenía, pues todo esto lo manejó el jefe del Departamento de Caballería, que ya para entonces debe haber sido algún exfederal de esos que se quedaron agazapados sirviendo en las oficinas. El general Obregón me dijo que estaba bien, que a qué me iba a dedicar y le dije que por lo pronto iba a acompañar a mi hermano Samuel que lanzaría su candidatura, de antemano derrotado, para gobernador de San Luis Potosí. El general Obregón me dijo: "¿Y quién lo va a derrotar? ¿Sarabia?" "No —le dije—, Sarabia no tiene partido más que en la ciudad de San Luis donde es muy popular entre los de la clase media. El que lo va a derrotar está aquí en Palacio". "¿Barragán?", volvió a preguntarme frunciendo el ceño, y le dije que tampoco. "¿Entonces quién?", me preguntó. "Carranza" —le dije yo—, que va a imponer a Barragán, y que el

único partido que tiene en San Luis Potosí son los miembros de La Lonja". Ya el general Obregón sabía quiénes eran los de La Lonja, pues cuando se encontraba en San Luis Potosí estuvo a punto de fusilar a Silva Herzog (reaccionario entonces y hoy comunista). El general Obregón volvió a fruncir el ceño, y me dijo: "Dile a Samuel que no se vaya a despechar, lo mismo le dije ya a Caballero (se refería al general Luis Caballero, caudillo de Tamaulipas que también lanzaba su candidatura contra el general López de Lara) y lo mismo dije a Luis Gutiérrez" (se refería al general Luis Gutiérrez, hermano de Eulalio, que lanzaba su candidatura por Coahuila contra el secretario particular de Carranza, el licenciado Gustavo Espinosa Mireles). Continuó Obregón: "Samuel seguramente va a hablar conmigo, pero tú que eres vivo hazle ver que no debe saltar las trancas aisladamente". "Así lo haré, mi general", le contesté. Después hablé con mi hermano Samuel, y le dije que yo no era partidario de que se lanzara porque la derrota era segura, no por el pueblo que nada tenía que ver en eso, sino por el autoritario régimen de don Venustiano Carranza. Samuel me dijo: "Voy a hablar con el Manco, pero eso que te dijo que no saltáramos las trancas aisladamente, ¿lo entiendes?", me dijo mi hermano, y yo le contesté: "Perfectamente, quiere decir que esperemos a que se lance él dentro de tres años para que la avalancha sea una sola, pues de otro modo lo vamos a debilitar a él, que no se va a comprometer por ninguna cosa aislada". "Bueno —me dijo Samuel—, yo voy a hablar con el general Obregón y no saltaré las trancas, yo sabré esperar, no respondo de Caballero ni de Luis Gutiérrez, pues ellos nunca han sido políticos, y yo sí".

Contra la sombra de Carranza

Nos fuimos a la ciudad de San Luis Potosí. El gobernador del estado era un hombre muy honrado, el general Federico Chapoy, gobernador y comandante militar, nombrado por don Venustiano Carranza, y había pertenecido a la División del Norte cuando se provocó la escisión entre carrancistas y villistas. El general Chapoy desconoció a Villa, uniéndose al general Maclovio Herrera, un hombre culto, profesor titulado antes de la Revolución y cuñado de nuestro fraternal amigo y compañero el general Miguel M. Acosta.

Habló Samuel con Chapoy, y yo me quedé en la antesala. Después de la entrevista, salió a acompañar a Samuel hasta la secretaría particular. Chapoy era de los que no se tuteaba con nadie, cosa muy rara en aquellos tiempos revolucionarios y, después de saludarme con toda atención y cordialidad, le dijo a Samuel al despedirse: "Buena suerte, compañero, y lo que le digo sepa usted que lo sabré cumplir". "Ya lo sé, compañero —le contestó Samuel—, no esperaba otra cosa de usted". Salimos

de palacio, y le pregunté a Samuel lo que pasó en la entrevista y lo que significaba lo último que le dijo Chapoy, y me contó que le había dicho que él antes de recibir consigna para imponer un candidato, primero renunciaría, que la sangre de Madero estaba muy fresca y la sangre de los revolucionarios también estaba muy fresca, y que ahí la elección para gobernador de San Luis Potosí iba a ser la primera después de la Revolución y de promulgada la Constitución de Querétaro. Samuel en aquel tiempo era de los hombres más preparados de la Revolución, intelectualmente, pues había estudiado hasta el tercer año de leyes en el Instituto Científico y Literario de San Luis, hoy universidad. En aquel colegio se estudiaba de veras y había catedráticos, señores catedráticos. Samuel había sido diputado a la 26 Legislatura en el grupo renovador (el maderista) que encabezaban don Gustavo Madero, el licenciado Luis Cabrera y nuestro hermano Pedro Antonio. Había sido también el primer secretario de la Convención en Aguascalientes, y quien llevó todo el teje y maneje de aquella Convención, y acababa de ser figura muy destacada en el Congreso Constituyente como diputado por el primer distrito de la ciudad de San Luis Potosí, esto quiere decir que siendo huasteco y teniendo en la Huasteca fuerza y prestigio, se lanzó por la capital para demostrar su ascendencia política en todo el estado y salió triunfante, sin contrincante durante el régimen preconstitucional de Carranza como Primer Jefe y el general Chapoy como gobernador y comandante militar del estado de San Luis Potosí.

Samuel y mi padre habían formado un partido que se llamaba Liberal Obrero y este partido lanzó la candidatura para gobernador del general Samuel M. Santos. Mi hermano fundó un periódico que se llamaba *La Raza* y que dirigía un señor escritor muy culto que se llamaba Gabriel Gámiz, oriundo de Durango. Después llegó Juan Sarabia y fundó un partido que se llamaba Liberal Reformista, al cual se adhirió la mayor parte de los profesores de San Luis Potosí y buena parte de la clase media, y se abrió la campaña política.

El entonces coronel Juan Barragán no se lanzaba aún a la palestra. La campaña entre santistas y sarabistas fue de lo más caballerosa que yo he visto en mi vida política, ni un ataque injurioso ni un insulto; todo era propaganda en favor de cada uno de los dos candidatos, y sus partidarios se concretaban a ensalzar sin denostar al otro candidato. Barragán no aparecía por el estado ni tenía periódico ni había registrado su candidatura. Era jefe de Estado Mayor del ya presidente constitucional de la República, don Venustiano Carranza. Tenía veintiséis años y la Constitución del estado exigía en aquel tiempo un mínimo de treinta años para poder ser gobernador, pero un buen día llegó la brigada Méndez al mando del general Cidronio Méndez, originario de Río Verde, San Luis Potosí, fuerte en ochocientos hombres. Todos los oficiales del general Méndez tenían una foto-botón de Juan Barragán, con uniforme princi-

pesco y ya con galones de general en el cuello. Después, llegó a la ciudad de San Luis la División Supremos Poderes, que mandaba el general Francisco L. Urquizo, que equivalía a lo que hoy es la Guardia Presidencial, sólo que disfrutaban de muchas más facultades y autoridad que en estos tiempos posee la división de guardias presidenciales. Otra "casualidad", todos los jefes y oficiales de la división Supremos Poderes traían una foto-botón sobre el uniforme del ya general Juan Barragán, ahora sí con uniforme de príncipe. Llegó el momento de registrar candidaturas, más bien dicho la candidatura de Barragán, pues ya Samuel y Sarabia se habían registrado, y nosotros con Samuel habíamos recorrido todos los distritos del norte, es decir, Matehuala con todos sus municipios y minerales que entonces estaban en auge y llenos de mineros, Venado y Salinas. En estos distritos, obrero el primero (Matehuala), campesino y minero los últimos, la candidatura de Samuel había cobrado mucha fuerza. Sarabia no salió nunca de la ciudad de San Luis Potosí, seguramente entre otras cosas porque asaltaban los trenes los cedillistas y los carreristas, y no era hombre avezado a los peligros de las armas.

Con Samuel andábamos solamente el licenciado Luis Castro López, que era un gran orador de aquella época, y que después se distinguió mucho en el Partido Liberal Constitucionalista en México y en el Congreso de la Unión; el licenciado Juan José González Bustamante, que me parece que todavía no se había recibido de abogado, y que había andado en las armas en favor del villismo (fue de los que atacaron Ebano, pero se había amnistiado), era amigo de Samuel y compañero de colegio; el profesor Gregorio Tello, diputado constituyente, y yo que andaba acompañando a mi hermano en calidad de ayudante, y tal vez de consejero en lo que a peligros se refería.

Llegó Barragán, repito, cuando ya había una concentración de más de cuatro mil soldados que venían a apoyarlo, más los mil y pico de hombres que tenía el general Chapoy regados en el estado a la defensiva de los ataques de los rebeldes, repito, cedillistas y carreristas.

Un buen día el general Chapoy llamó a Samuel y a Sarabia. Yo acompañé a mi hermano, pues no me despegaba de él ni un momento en esta aventura que yo sabía perdida de antemano. Esta vez, el general Chapoy no se cuidó ni siquiera de cerrar la puerta que comunicaba al despacho del gobernador con la secretaría particular. Su secretario era un coronel que se llamaba Félix González, y que era partidario de Samuel. Abrió la puerta y pasamos juntos Samuel, Sarabia, el coronel González y yo, y después de saludarnos con toda amabilidad, el general Chapoy, que era originario de Coahuila y que era muy reposado, dijo dirigiéndose al general Santos y a Sarabia, más o menos en estas palabras: "Señores candidatos, acabo de ser llamado por el señor Carranza, quien me ordenó que registrara la candidatura del general Juan Barragán para gobernador del estado, y yo le dije al señor presidente que, conforme a la Constitución del estado de San Luis Potosí, el general Juan Barragán no podía ser registrado porque sólo tenía veintiséis años de edad, y la misma Constitución exige treinta años (eso era entonces); el señor Carranza me dijo que no obstante eso registrara esa candidatura y yo le contesté que así lo haría, pues en última instancia él era el responsable ante la historia. El señor Carranza me contestó que él sabía sus responsabilidades, que no necesitaba que nadie se las recordara, y que me hacía a mí responsable directo de que el general Juan Barragán fuera declarado gobernador por bando solemne después de las elecciones, pasara lo que pasara, sin excusa ni pretexto —y siguió diciendo Chapoy—, le contesté al señor Carranza que yo era hijo del estado de Coahuila como él, que era gobernador y comandante militar del estado de San Luis Potosí porque él me había designado, que si yo hubiera sido gobernador por la voluntad del pueblo de San Luis Potosí, sabría defender la Constitución y no aceptaría ninguna consigna, pero en esas condiciones sólo me queda renunciar como gobernador y comandante militar del estado, entregar el gobierno a quien usted disponga y las fuerzas de la división Maclovio Herrera que yo comando (los restos), también a quien usted nombre, y me presentaré a la Secretaría de Guerra para que disponga de mi persona. El señor Carranza me dijo que me fuera a San Luis Potosí, y que si después de cuarenta y ocho horas no le ponía un telegrama diciéndole que sus órdenes serían acatadas, el nuevo gobernador y comandante militar del estado llegaría a recibir el mando, y como no voy a poner ese telegrama, señores candidatos, se los comunico a ustedes para que obren como mejor les parezca". Samuel dijo que seguiría de candidato cualquiera que fueran las consecuencias y cualquiera que fueran los actos del señor Carranza. Sarabia dijo que él estaba comprometido con el pueblo de San Luis Potosí desde 1904, que junto con don Ponciano Arriaga, Soto y Gama, los Flores Magón, Librado Rivera y otros fundaron el Partido Liberal Mexicano que hizo el primer intento de revolución en Las Vacas (ahora ciudad Acuña), y que también seguiría al frente de sus partidarios.

Dos días después, o sea, cuando faltaban quince días para las elecciones llegó la destitución del general Chapoy, y arribó el nuevo gobernador designado, que era nada menos que el general Alfredo Breceda, entonces secretario particular del señor presidente Carranza y uno de los firmantes del Plan de Guadalupe. Breceda llamó aisladamente a conferenciar a Sarabia, y a Samuel. Yo como de costumbre acompañé a mi hermano; Breceda le dijo a Samuel que debería retirarse a lo que no accedió Samuel. Sarabia según supimos después, también se negó a retirarse. Entonces Samuel y yo nos pusimos de acuerdo para salir al día siguiente rumbo a Cárdenas, a ponernos de acuerdo con los hermanos Cedillo, que andaban levantados en armas. Llegamos, y yo me es-

currí por ahí con un mayor retirado que había andado en la brigada Santos y se llamaba Genaro Sarabia Vega, que además había sido pagador de nuestra brigada y primo hermano de Juan Sarabia. Los santistas y los sarabistas éramos la misma cosa, solamente que a la hora de las elecciones cada quien iba a votar por su candidato. Encontré a Saturnino Cedillo en una altura que se llama el Cerro del Guajolote, entre Tablas y Palomas. En Tablas, un señor nos había prestado una carretelita de dos ruedas y un caballo. Cedillo me recibió con mucho afecto, andaba casi en garras y precisamente a estos hombres revolucionarios les llamaban los *garreros* por lo deshilachado de sus ropas. Le conté a Cedillo todo de pe a pa, y le dije que si no se respetaba el voto, como no se iba a respetar, nuestra propuesta era levantarnos en armas en la Huasteca, y que nos pondríamos en contacto inmediatamente con él para operar sobre la vía del ferrocarril de San Luis a Tampico e inutilizarla. Cedillo me dijo: "Dígale al compañero Santos que nosotros y la gente de don Pancho Carrera Torres, que también obran de acuerdo conmigo y bajo mi dirección, lo reconoceremos como gobernador".

Regresé ya en la noche a Cárdenas, y le di cuenta a Samuel de mi entrevista, en presencia de Genaro Sarabia, y mi hermano se mostró muy resuelto a irnos al monte después de que sufriéramos el seguro atropello que iba a cometer el gobierno en las elecciones de gobernador. El periódico *La Raza*, que era de Samuel y que le costó hasta el último centavo que tenía, hasta vender sus dos automóviles para meterlos en papel y letra de molde, se arrancó duro contra Barragán y duro contra Carranza mismo. No sufrimos ningún atropello, esto es en honor a la verdad. Sarabia sacaba un semanario muy chiquito que se llamaba *El Reformista* y atacaba, pero en tono periodístico sarcástico, no directo.

Llegaron las elecciones, y yo que nunca había votado ni tenía interés en votar, que sólo tenía veinte años de edad, pero era auténtico veterano de toda la Revolución, muy fogueado en los combates, llegué a la casilla número uno el día de las elecciones, que estaba en lo que se llamaba entonces la aduana y que ahora es la Tesorería General del Estado; esto fue a las seis de la mañana, yo iba con el licenciado Castro y López y algunos otros amigos. Esta casilla era la que según decían tenía mucha importancia, en eso un tal Palomo, catrín de La Lonja, llegó y dijo que llevaba un acta con los nombres de los que iban a manejar la casilla y se quisieron sentar con sillas que ya tenían preparadas alrededor de la mesa, cuando yo saqué una pavorosa pistola calibre 44-40 y se la puse cerca de la boca al tal Palomo, le quité los papeles y los rompí. El tal Palomo se fue gritando que yo era menor de edad, que no tenía derecho a mezclarme en asuntos electorales, esto era cierto y no sé cómo aquél tal por cual lo sabría, el caso es que yo lo perseguí pistola en mano y él huyó despavorido, aunque no le disparé ni un solo tiro. Castro y López me dijo: "Vámonos pronto porque no tardan en apare-

cer aquí las fuerzas federales; esto que has hecho es muy grave y va a acarrear muy serias consecuencias". Total, con Barragán sólo estuvieron los curros de La Lonja, el ejército que llevaba y el gobernador Breceda, originario de Durango, que nunca antes había parado en San Luis Potosí y en la Huasteca, y Lárraga con una fuerza de trescientos hombres. Barragán no hizo giras ni fue a ninguna parte, Sarabia tampoco salió de la ciudad, pero estuvo con él toda la clase media tunera y, sobre todo, los maestros de escuela; con Samuel estuvieron los mineros del estado, encabezados por su líder nacional de entonces, diputado constituyente por San Luis Potosí, Dionisio Zavala. Después vino la declaratoria por bando solemne encabezada nada menos que por el mismísimo gobernador y comandante militar, general Alfredo Breceda, y no por el presidente municipal como es de ley. Después de esto, le dije yo a Samuel: "Pues tenemos compromiso con Cedillo de reunirnos en el monte, vamos a levantarnos en armas". Samuel me dijo "Anda, mira a Sarabia y dile que si él se levanta nos levantamos y nos vamos juntos a defender la soberanía del estado". Fui y hablé con Sarabia, ahí conocí a Aurelio Manrique, un estudiante con un vestido muy raído y muy sucio, barbón, pantalón muy corto y desaliñado y unos zapatos chuecos, muy chuecos, muy viejos y muy sucios. Manrique era sarabista de hueso colorado seguramente por darle contra a don Venustiano Carranza, pues él, Aurelio Manrique, había sido huertista, más bien creo yo que iba más contra Carranza que en favor de Sarabia.

Hablé con Sarabia y le dí el recado de Samuel. Sarabia me contestó que él era hombre civil, no de armas tomar, que aun cuando había participado en la revolución magonista de 1904, sólo lo había hecho en forma civil, que había estado cinco años en las tinajas de San Juan de Ulúa, pero que él nunca iría al monte. Regresé con el recado para Samuel, y le dije: "Vámonos nosotros solos, para qué queremos pendejos que andar cuidando". Samuel me dijo: "No, Sarabia no nos sirve, pero su nombre sí"; entonces volví a hablar: "Qué, ¿tú crees que estos maestritos de escuela se van a ir al monte con nosotros por el hecho de que se vaya Sarabia?" Me contestó: "No, nunca irían, pero si Sarabia fuera sería un fuerte bofetón a Carranza por sus antecedentes de precursor de la Revolución y acuérdate —me dijo Samuel— que tendremos compromiso con Cedillo, pero primero tenemos compromiso con Obregón, y tenemos órdenes de él de no brincar las trancas aisladamente". En eso estábamos cuando llegó un ayudante del general Breceda a llamar a Samuel, para conferenciar en el hotel Sáenz. Acudimos a la cita y ahí estaba el gobernador electo, Juan Barragán, quien saludó a mi hermano por su apodo de colegio, que no me acuerdo cuál era, y le dio un abrazo, diciéndole: "No te enojes, felicita a Wilson" (se refería a las recientes elecciones en los Estados Unidos cuando Wilson venció en las elecciones a Mr. Huits y el vencido felicitó al vencedor, como acostumbran

los americanos). Se encerraron los tres, Samuel, Breceda y Barragán, y cuando salieron los vi muy cordiales y como Barragán me viera a mí muy hosco, me preguntó: "¿Estás enojado, tigrillo?", y le dije: "No mucho, ya nos veremos en 1920" (esto pasaba en 1917). Barragán no hizo caso de mis palabras ni en cuenta me tomó, pero el caso es que en 1920 le "tumbamos la corona" en el estado, al grito de "VIVA ALVARO OBREGÓN", y nunca la ha vuelto a recuperar.

Al regreso del hotel Sáenz, Samuel me contó que le había dicho Breceda que tenía que acompañarlo al día siguiente a entrevistarse en México, con don Venustiano Carranza. Yo acompañé a Samuel a México, pero no quise ir a Palacio Nacional. Después de la entrevista de Samuel con el señor Carranza, vino el nombramiento de administrador de aduana de Tampico, que entonces quería decir amo y señor de los campos petroleros por parte del gobierno, pues la zona estaba en poder de Peláez.

Nos fuimos a Tampico y Samuel, por lo pronto, puso al presidente municipal, y el designado fue el ingeniero Antonio Prieto Laurence, bellísima persona, hombre muy culto, potosino, hermano del malvado vendepatria Jorge Prieto Laurence, pero que en nada se le parecía. Luego llegó, nombrado por el señor Carranza, a Tamaulipas el gobernador del estado, general don Gregorio Ozuna, íntimo amigo de nosotros, y a los pocos días el comandante de la guarnición de la plaza de Tampico, mi compadre el general Carlos Ozuna, quien no debe ser confundido con Carlos Félix Ozuna, mi fraternal amigo, hijo del general don Gregorio, actualmente vicepresidente de la Compañía Mexicana de Aviación y hombre muy prominente en los negocios.

Samuel, que llevaba toda clase de facultades además de la capitanía del puerto a sus órdenes, me propuso que fuera yo primer comandante de la aduana de Tampico, a lo que yo me negué y le propuse que mejor me ayudara en otra forma fuera del gobierno, pues yo no quería servir al régimen de Carranza en ningún puesto. Samuel me dijo: "Precisamente te voy a presentar ahora a un hijo de don Goyo Ozuna que va a venir con él, ya que me lo trajo don Goyo para que lo ayudara en negocios". Ahí nos presentaron mi hermano Samuel y mi viejo amigo y respetado general don Gregorio Ozuna a su hijo Carlos Félix, a quien desde entonces llamé Félix, entre otras cosas para distinguirlo de mi compadre Carlos Ozuna, que ya antes mencioné. De acuerdo los cuatro, formamos Carlos y yo una compañía que se llamó C. Ruiz y Compañía, a cuyo frente pusimos al señor Celestino Ruiz, hombre maduro y muy experto en los negocios, mexicano pero que había vivido muchos años en Centroamérica. Fundamos con ese nombre de C. Ruiz y compañía una agencia aduanal de vapores, con la ayuda de Samuel y, en parte, de don Gregorio, que era el gobernador. Prosperó inmediatamente, pues bastaba en aquella época de locura y de dólares (recuérdese que

estoy hablando de 1917, durante la Primera Guerra Mundial) en que entraban y salían del puerto de Tampico nubes de barcos y cargamentos de petróleo, con toda clase de mercancías y cargamentos, y bastaba con que todos los asuntos que llevara a la aduana de la casa C. Ruíz y compañía, que éramos los primeros para que lo despachara el administrador de la aduana, o sea, mi hermano Samuel, con tres o cuatro horas de anticipación que cualquier otra agencia aduanal o de vapores, por lo que las grandes compañías nos preferían a nosotros y aquello fue hacer dinero, dólares y oro, usando nuestra influencia.

Un receso: mi época de agente aduanal

Como la agencia aduanal de la cual yo era jefe, y mi socio era Carlos Félix Ozuna, la manejaba prácticamente el señor Celestino Ruiz, empleado nuestro que aparecía como socio industrial, ni Ozuna ni yo nos ocupábamos de trabajo alguno en lo de la agencia, sino de recoger las grandes ganancias que en ella obteníamos. Dejé la agencia aduanal a cargo del señor Ruiz. Ya para entonces estaba yo construyendo una casa en la colonia Altavista, en la calle del Chairel, que fue la segunda que se construía en esa colonia, la primera la construyó mi amigo el ingeniero don Ramón Fusco, a quien no conocía entonces, y de quien tenía una mala impresión por haber sido teniente coronel de artillería del Ejército Federal.

Con el tiempo, Fusco y yo hicimos muy buena amistad, la cual conservamos hasta la fecha sin una nube en nuestras largas y casi fraternas relaciones. Yo me trasladé al pueblo de Villa Guerrero, hoy Tamuín, San Luis Potosí, en donde mandaba, como cacique político y militar, el general Manuel C. Lárraga, enemigo nuestro, hermano de Leopoldo del mismo apellido con el que teníamos Samuel y yo buena amistad. Leopoldo era afectuoso, y me preguntó que si venía a hacer política a lo que yo le contesté que no, que venía a engordar ganado. Renté un rancho que se llamaba Palo Verde, que tiene dos ríos y que ahora está fraccionado. Este rancho era de una viuda que se llamaba doña Margarita Ponce, y encerré en él cuatrocientas cabezas de novillos que me costaron veintiocho pesos por cabeza, y que a los seis meses vendí en ciento diez dólares por cabeza. Así eran los negocios cuando la Primera Guerra Mundial, sobre todo para los que teníamos influencia y buena posición, aunque la derrama de dólares era tan grande en Tampico y la Huasteca, que para todos alcanzaba. En este rancho, Palo Verde, por su margen derecha corre el río Coy y por la izquierda el Tampaón, así pues, como en muchos otros casos similares por el rumbo, lo llamaban La Puntilla.

En Villa Guerrero todos los días había huapango, peleas de gallos, albures, ruleta y toda clase de juegos que conocemos los mexicanos. El

palenque estaba en la plaza y los albures en el mercado, que casi no tenía puestos. Había mucho tráfico de maíz y de ganado, pues la ganadería se empezaba a recuperar después de la Revolución, que erróneamente muchos conceptuaban terminada por el hecho de que zapatistas y villistas ya casi no eran problema militar, aunque en mi concepto, el villismo no dejó de ser problema sino hasta el momento en que murió Francisco Villa, en Parral, en el año de 1923. Como quiera, divididos y todo, los Santos y los Lárraga procedíamos del ejército constitucionalista y a los alrededores los alzados en armas eran los pelaecistas, lo que casi quería decir felicistas, y, en último caso, reaccionarios y dependientes de los gerentes de las compañías petroleras, residentes en Tampico. Manuel Lárraga y yo nos encontrábamos todos los días en el palenque, en la banca y en los huapangos, nunca nos saludábamos y soltábamos gallos el uno contra el otro sin hablar más palabras que las rituales en los soltadores en la riña de gallos como: "Estoy sin navaja, estoy sin hilo, gané, a probar, perdí", etcétera.

Yo andaba en Villa Guerrero naturalmente bien armado, y me hacían grupo mis primos, el coronel Fulgencio M. Santos, el teniente coronel Francisco Santos y mi primo también Braulio M. Romero, a quien encargué, y lo mismo hizo mi hermano Samuel, los ranchos que habíamos rentado y el ganado que teníamos en engorda. La llamada Brigada Lárraga estaba completamente desorganizada, pues su jefe Manuel, nuestro acérrimo enemigo, sólo se ocupaba de amarrar y soltar gallos, bailar y cantar huapangos, que por cierto lo hacía muy bien, y proteger gavillas de abigeos de los cuales él era el jefe en la Huasteca potosina e hidalguense.

El coronel Leopoldo Lárraga, hermano de Manuel, todos los días me encontraba también, y platicábamos de la guerra europea. Los dos éramos germanófilos, más bien dicho antiyankis, pues a mí me tocó la campaña de Chihuahua cuando la fracasada expedición punitiva, que encabezó el general Pershing que nunca tuvo un ligero tiroteo con los villistas y los únicos que pelearon con los americanos fueron el general Félix Gómez y el teniente coronel Genovevo Rivas Guillén. El primero murió en Carrizal, Chihuahua, pero derrotaron a los americanos y enviaron diecisiete prisioneros yankis y negros a Chihuahua y un mexicano, profesor según dijo, oriundo de Guanajuato, y que venía con la punitiva como intérprete, a quien se le hizo consejo de guerra y que, por razones que desconozco, no fusiló el general en jefe de nuestra división, Jacinto Blas Treviño.

Yo iba y venía de Tampico a Villa Guerrero. Compré una camioneta de las que entonces llamaban Julias, marca *Ford*. Esta camioneta servía de pasajeros y para carga en el trecho entre Tamuín y Tanquián, caminando por los montes pues no había ni sombra de carretera, compré también un camión de los que entonces eran muy grandes, marca

Wichita, especial para carga. Fueron los dos primeros vehículos de gasolina y con llantas de hule que rodaron por la Huasteca potosina. Ambos los renté; por el de pasajeros me daban cien pesos diarios y por el camión me daban ciento cincuenta pesos al día, estoy hablando de pesos oro.

Pasó 1917 y entró 1918, tomó posesión como comandante militar de las tres Huastecas, con cuartel general en Tampico, nuestro casi hermano (de Samuel y mío), el general Miguel M. Acosta, que había estado postergado y que por influencias de don Rafael Nieto, ministro de Hacienda del señor Carranza, y de mi hermano Samuel, fue designado para tal cargo, y con ello se cerró el círculo de nuestro dominio en Tampico, Ciudad Victoria y la mayor parte de la Huasteca veracruzana, en los pueblos, pues los campos petroleros los dominaba Peláez con sus rebeldes. Acosta me dijo: "Acompáñame a la campaña contra Peláez", y yo le dije: "Ya no soy soldado, Miguel". "No serás soldado, pero eres revolucionario, y sobre todo me acompaña Panchito que sí está en servicio, aun cuando no tiene mando de fuerzas. Tú, Gonzalo —continuó diciendo el general Miguel M. Acosta—, después de que mataron a Pedro Antonio eres el Santos que más quiero y al que más porvenir le veo y sobre todo, cabrón, eres muy vivo, muy inteligente, me caes en gracia y te vas conmigo". "Bueno —le dije—, pues déjame juntar un grupo para irme contigo, pero con la condición de que dependo solamente de ti, y si sales de la región aquí me quedo". Aceptó mis condiciones y aceptó también que quitáramos a los "jefes de veladores" que tenían las compañías petroleras en los campos y refinerías. Buscamos puros oficiales retirados de los nuestros y muchos soldados que también se habían dado de baja por los magníficos sueldos que recibían los veladores de las compañías, y que quedaran todos estos hombres armados bajo las inmediatas y directas órdenes del que era el comandante militar en las Huastecas. Le pareció muy buena la idea, y me dijo: "Has dado en el puro clavo, pues estos cabrones veladores son todos pelaecistas desde el momento que dependen de las compañías, y si no les pegamos a Peláez y a ellos en esta forma, no contrarrestamos en gran parte muchos asaltos a los pagadores que en muchos casos hacen los mismos veladores" (a quienes después la prensa llamó Guardias Blancas, y que por lo general también estaban de acuerdo con los altos empleados de las compañías).

Andando yo con Acosta tuvimos dos o tres combates de poca monta con los pelaecistas. En uno de ellos, quedó muerto un joven general pelaecista que se apellidaba Valdiosera, muy valiente y de buena reputación en la región. Excuso decir que tanto Peláez como casi toda la totalidad de los jefes que lo seguían eran propietarios de ricos terrenos petroleros con algunas excepciones de aventureros y de excompañeros nuestros de la Revolución, que desertaron de la brigada Lárraga, pasándose al villismo y después se hicieron pelaecistas, entre ellos uno

que se llamaba Liborio Zavala, era tuerto y lo llamábamos el Bolero. Este Liborio Zavala, el Bolero, audazmente y al estilo Villa atacó un día Pueblo Viejo (hoy Villa Cuauhtémoc), que está frente a Tampico. Lo hizo tan de sorpresa, que tuvo que refugiarse en la laguna con el agua hasta el cuello el jefe de la guarnición, coronel Carlos T. Robinson, alias el Zaguarón, sonorense que había sido del estado mayor del general Obregón, y quedó batiéndose solamente con una fracción de soldados al mando del entonces capitán José Zataray. Acosta me llamó inmediatamente que llegó la noticia a Tampico de que estaban atacando Pueblo Viejo. "Vamos a organizar una fuerza y vamos a atacar a los pelaecistas a Pueblo Viejo", me dijo, y yo con toda rapidez reuní el resguardo de la aduana, del cual no quise ser comandante oficialmente, pero lo era de hecho, un grupo de exsoldados de la brigada "Santos" y que habíamos puesto de veladores de la Mexican Gulf en Moralillo, en las orillas de Tampico, unos sesenta soldados de que se pudo disponer y muchas cornetas y tambores.

Ya para entonces había hecho yo requisa de lanchas de lujo y no lujo, y como con unos ciento veinte hombres me le presenté en el muelle a Acosta y le dije: "Estamos listos, mi general". "Vámonos —me dijo— a pegarle a estos cabrones". En eso pasaba por ahí mi hermano Miguel, que era civil y alto empleado de una compañía petrolera. Acosta le dijo: "Vamos, Miguelito, súbete con nosotros". "No, tocayo —le contestó—, me estás confundiendo con Gonzalo, yo soy neutral de espíritu y de educación". "Cómo neutral, cabrón —le dijo Acosta—, ¿qué no eres Santos?" "Sí —le contestó mi hermano—, pero yo soy incapaz de darle muerte a un prójimo, pues estudié para sacerdote y no me recibí, porque mis hermanos se burlaron mucho de mí". Acosta se rió y acto seguido brincamos a una lancha que, por cierto, se llamaba *Rubby* era la que usaba el gerente de la Huasteca Petroleum Co., y nos arrancamos con nuestra flota lo más pronto que pudimos. Cuando llegamos a Pueblo Viejo, cuyos terrenos y cuyos rincones me son tan conocidos, pues ahí cazaba patos muy frecuentemente, y en la Revolución contra Huerta no había habido rancho ni potrero que no conociera de la región, le sugerí a Miguel Acosta que entráramos por el rumbo de Tampico Alto, es decir, atacarlos por retaguardia, y así lo hicimos lo más calladamente que pudimos. Se oía un fuerte tiroteo, y de una casa respondían el fuego débilmente. Acosta me dijo: "Ahí debe estar Robinson, defendiéndose", y entonces ordené yo que todas las cornetas y tambores tocaran fuego, y nos echamos sobre el enemigo en forma tan inesperada para el Bolero, que a muchos de los nuestros que eran huastecos les tocó verlo en la estampida a toda carrera montado en su caballo. Cuando nos acercamos a la casa donde estaban haciendo el débil fuego de resistencia, los defensores nos dispararon a nosotros también, pero comprendimos que eran nuestros y uno de los soldados dispersos de la guarnición, nos

dijo: "Es el capitán Zataray que todavía está resistiendo". "¿Y Robinson?", le preguntamos. "El coronel desapareció, quién sabe qué pasaría con él". Entonces nosotros empezamos a gritar: "Zataray, Zataray", y de adentro de las casitas nos seguían haciendo fuego, por último alguien enarboló una bandera blanca con una toalla, y tocó cese al fuego. Entonces Zataray salió con los dieciocho o veinte valientes que le quedaban. Acosta lo regañó diciéndole que porqué nos tiraban a nosotros, y que si no oía que le gritábamos "Zataray, Zataray", él contestó con el humor que le caracterizaba (actualmente está muy viejo y a las puertas de la muerte), y nos dijo: "Cómo querían que saliera si yo oía que me gritaban salte de ahí, salte de ahí". Agarramos muchos prisioneros, cerca de cuarenta, pues como digo los atacamos por sorpresa y por la retaguardia, dejándoles apenas un estrecho callejón por donde no pudieron salir, pues todo ese pueblo está rodeado de agua. Al recoger los prisioneros uno de los nuestros (creo que era de la brigada Santos) dijo: "Aquí traemos prisionero al Tres Calzones, éste se llamaba Viviano, y fue quien mató a nuestro querido amigo, compañero de mi padre, maderista constitucionalista que había andado en las guerras desde la tuxtepecana, el teniente coronel Jesús Terrazas, padre de los generales Alfredo M. Terrazas y Severino Terrazas. Siguiendo yo un criterio muy huasteco le conté a Acosta de aquello y Miguel, que adoraba a don Jesús, le dije: "A éste no lo vamos a matar, éste le pertenece matarlo a Terrazas, hijo de don Jesús, a quien Tres Calzones asesinó y que es el jefe de Migración en el puerto de Tampico". Acosta se mostró muy conforme, y cuando ya nos retirábamos nuestros soldados agarraron prisionero a un individuo que estaba dentro de la laguna y que agachaba la cabeza y se metía en el agua para ocultarse, era el jefe de la guarnición de la plaza, el ya mencionado coronel Carlos Robinson. Acosta quería echarle una lancha encima para ahogarlo por cobarde, pero ya cuando salió de ahí se justificó pues traía un balazo en una pierna. Lo que nunca pudo justificar es el haberse dejado sorprender por estar jugando baraja, pues era un empedernido jugador. Regresamos con la columna en las mismas lanchas que habíamos ido más los restos de la guarnición, y en Pueblo Viejo requisamos más lanchas. "La flota" la mandamos a Tampico y, naturalmente, a los heridos al hospital militar. Acosta, Zataray, el mayor Segura que iba con nosotros de Tampico y yo nos quedamos por mi iniciativa en el Paso del Humo, y mandamos una lancha a traer a Celedonio Terrazas. Vino Celedonio y dirigiéndome a él le pregunté: "¿Conoces a este cabrón?" "Sí —me contestó—, es el Tres Calzones" (este tal había sido huertista y cuando mató a don Jesús era pelaecista). Le dije: "¿Traes pistola?" "No —me dijo—, no cargo" (pues este Celedonio que como todos los Terrazas se llamaba cuñado con nosotros los Santos y con Acosta, costumbre muy huasteca entre amigos, era como mi hermano Miguel, nunca se enfrentó a ningún peligro ni participó en ningu-

na lucha, pero sí aprovechó el cariño que a su padre y hermano les teníamos Acosta, Samuel y yo, y obtuvo puestos públicos). Saqué la pistola, y le dije: "Pues aquí tienes la mía, suénale". Se negó rotundamente, y me dijo: "Yo no he matado nunca a nadie ni lo voy a hacer". Como no había caballos en aquella isleta, todos íbamos en lancha, amarré uno de los cables a una de las lanchas, le eché el nudo al cuello y le dije a Miguel Acosta y a los demás cómo ahorcar un cabrón. Jalándolo uno con los puros brazos sería mucho trabajo; hicimos un experimento; la otra punta del cable la amarré del fierro que traen las lanchas en la popa, la de lujo de *Mr.* Green, gerente de la Huasteca Petroleum Co., y como yo sabía muy bien dominar una lancha la puse en marcha y Tres Calzones ascendió hasta la horqueta del árbol y Celedonio no tuvo valor siquiera para verlo. "Aquí, quedas ascendido a teniente coronel", me dijo Miguel Acosta. "Muchas gracias —le dije—, pero mañana mismo pido otra vez mi baja". "¿Por qué?", me preguntó. "Por dos razones —le contesté—, una porque ya tú vas a dejar de ser jefe de la zona y te vas a operar a otra parte de la República, según tú mismo me has platicado, y la otra porque ya viene pronto por ahí el general Obregón". "¿Eres obregonista?", me preguntó nuevamente Acosta. "Sí, hasta los huesos", le contesté: "¿Y tú?" "Yo soy dieguista", me contestó. Se refería al general Manuel M. Diéguez, que entonces tenía el mando militar como en diez o doce estados de la República. Acosta, que no era político, creía que podía llegar a ser candidato a la presidencia, apoyado por don Venustiano, pues nadie pensaba que el Primer Jefe fuera a salir con la candidatura de Bonillas, que tan caro le costó.

Ya retirado nuevamente de las armas como teniente coronel, habiendo cumplido los veintiún años y habiendo hecho muy buena fortuna me casé por primera vez con una señorita de Tampico, de la que me divorcié nueve años después y con la cual tuve un hijo que es doctor en medicina y, se llama Gonzalo Santos Priggs, habla varios idiomas y está graduado en varias universidades.

Entró el año de 1919, yo libre de todo compromiso militar, pues no digo político, porque sólo había tomado parte en lo de San Luis por tratarse de mi hermano Samuel, con muy buena residencia propia y bastante dinero en oro, y queriendo hacer un rancho, pues mi padre aún vivía y era dueño de los suyos, me trasladé a la ciudad de San Luis Potosí. Por conducto del licenciado Antonino M. García, fiel compañero mío después en la política y muy amigo de mis hermanos Samuel y Pedro Antonio, solicité de mi tía doña María Lavín viuda de Vega, comprarle terrenos muy boscosos y muy estratégicos en la Revolución, pegados al ingenio Ganal, terrenos que les llamaban Tanleón y que no eran rancho ni hacienda, ni había una sola casa ni caminos, algo de ganado ladino, muchas flores, pura selva, muchas lagunas y los ríos Moctezuma y Tamuín. Ahora, este rancho se llama Gargaleote. De entonces para acá, desde que lo empecé a trabajar lo bauticé con el nombre de Gargaleote, que es corrupción de Galeote, que introdujo a la región un tal coronel Dupin, jefe de una legión de franceses, austriacos y traidores que tanto combatieron a la causa de la República, que encabezaba el señor Juárez y que derrotó en el rancho llamado Tantoyuquita de la hacienda de Tancosmeque, el gran republicano y gran guerrillero general don Pedro José Méndez, con el cual militaba como segundo mi abuelo paterno don José Antonio de los Santos, un rico ganadero, y por esta razón hago estas referencias.

Estos parajes, que ahora son Gargaleote, nos servían a Fulgencio, a Chente Rivera, a nuestros compañeros y a mí de refugio en las épocas duras de la Revolución y de ahí, como estábamos entre dos ríos, podíamos atacar los trenes que venían de Tampico a San Luis, bien fuera en el Coco, en Auza, en Velasco y hasta en Chijol y la vez que intentábamos un golpe que nos fallaba, cruzábamos el río Tamuín y nos guarecíamos en esa selva de Tanleón, hoy Gargaleote. En aquel tiempo yo no sabía de quién sería, después averigüé que era de la viuda de aquel tío mío don José Vega (los descendientes de este señor ahora se llaman De la Vega y casi todos son banqueros). Tía María no había tenido noticias de los terrenos, pues ni ella ni su marido los conocieron nunca. Me dijo que agarrara lo que yo quisiera de ellos cuando me entrevisté con ella. Yo no la conocía. Empezó por afearme que nunca la hubiera ido a saludar siendo mi tía, y le dije: "Al que me hubiera gustado conocer, y precisamente en aquellos terrenos, es a mi difunto tío que fue el que le quitó a mi padre y a mis tíos la hacienda de La Pitahaya". Ella comprendió lo irónico de mi contestación, y me dijo: "Eres mal cristiano". "Bueno —le dije—, no soy ni bueno ni malo, no me creo cristiano simplemente". Entonces me dijo: "Eres un hereje". "Más o menos eso soy —le contesté— pues hemos peleado mucho contra el clero". Ella lo tomó a broma, y me dijo: "Déjame dieciocho mil pesos (se trataba de oro) y toma lo que quieras". Yo le di los dieciocho mil pesos en presencia del notario señor licenciado don Vicente Gómez, quien certificó simplemente un recibo que doña María me extendió y "De escrituras después hablamos", me dijo, a lo que yo estuve de acuerdo, pues no tenía tiempo de andar en notarías y tenía que regresar a Tampico a mis negocios, y años después, en 1923, cuando fui a pedirle las escrituras diciéndole que las firmara me dijo que eso lo haría cuando le diera tres mil pesos oro más, pues sabía que yo estaba rico, lo que acepté sin discusión, solamente que los límites que primero había fijado los corrí un poco río arriba para compensarme de la jugarreta que me estaba haciendo mi tía. Ella tampoco puso obstáculo alguno a esta medida. Este rancho lo empecé a trabajar firmemente el año de 1923, pero como en ese año llegó la revolución delahuertista

tuve que tomar las armas otra vez en favor del gobierno del general Obregón, y dejé los trabajos para reanudarlos hasta fines de 1924.

En Tamaulipas hubo una lucha política muy sangrienta entre los generales Caballero y César López de Lara. El primero, Caballero, apoyado por todos los rancheros revolucionarios y tropas constitucionalistas que guarnecían el estado, con excepción de Tampico donde estaba ya para entonces el general Diéguez, quien iba a mover a López de Lara contra Caballero. López de Lara contaba con los gremios obreros de Tampico, encabezados por el todavía abogado, que según dicen había sido felicista, muy buen orador en las masas, de muy sonoro timbre en la voz, ademanes muy enérgicos cuando pronunciaba sus discursos y mucho valor civil; este entonces joven abogado, muy moreno, que hizo gran amistad conmigo, era Emilio Portes Gil, quien es sabido llegó a la presidencia de la República.

Los caballeristas me invitaban a que siguiera al viejo jefe que nos llevó a los combates de Tampico, los lopezlaristas me invitaban, empezando por el candidato general César López de Lara, con quien me tuteaba desde los primeros días de la Revolución y también por los dirigentes de su partido, sobre todo los licenciados Martínez Rojas, Juan Veytia y otros seguidores de López de Lara. Yo no me inmiscuí en esta lucha local para nada, mi hermano Samuel tampoco, pues queríamos tanto a Caballero como a López de Lara y no nos sentíamos obligados a meternos en la política de Tamaulipas. El caso fue que después de las elecciones se establecieron dos Congresos. Carranza no reconocía a ninguno. Caballero se levantó en armas, y fue tenaz y encarnizadamente perseguido por una columna especial que formó y que comandaba mi compadre el general Carlos Ozuna; fue derrotado en todas partes, y se remontó a esconderse en la sierra. Por el contrario, López de Lara poco tiempo después fue nombrado comandante militar de las Huastecas, con cuartel general en Tampico, con el fin de darle fuerza para que en una nueva elección llegara al gobierno de su estado.

En estos acontecimientos, repito, no tomé ninguna parte, pero sí hice muchos amigos, sobre todo con Portes Gil hice una amistad estrecha. El estaba dedicado a la lucha política en favor de López de Lara, en la que andaba organizando sindicatos en Tampico, sobre todo formó el gremio unido de alijadores, los conectó con la Casa del Obrero Mundial, organizó los sindicatos de las compañías petroleras, pusieron pliegos de peticiones con demandas de mejoría a las compañías en sus salarios y prestaciones, llevaron a cabo muchas y muy ruidosas manifestaciones hasta que culminó todo aquello en una huelga general de los obreros en Tampico, todo esto encabezado por Portes Gil, pues él aparecía como jefe del lopezlarismo en Tamaulipas, porque su jefe de propaganda era rebelde, y con este motivo López de Lara cayó de la gracia de Carranza.

Juzgó que López de Lara no tenía nada qué ver con la agitación que Portes Gil encabezaba aprovechando las circunstancias para fines posteriores (el obregonismo). Portes Gil fue remitido a prisión y enviado en un tren militar a Chihuahua a disposición del general Manuel M. Diéguez. Pasó un poco de tiempo después de que Portes Gil y sus compañeros de agitación obrera en Tampico los pusieran en libertad, y regresó al puerto. Estaba muy pobre y en su despacho, que era un cuarto en el que también despachaban los licenciados Martínez Rojas y Veytia, los visitaba yo, pero yo ya traía otra misión, ya había hablado con el general Alvaro Obregón, quien en Nogales, Sonora, me había nombrado de palabra, puesto que todavía no era candidato, delegado del obregonismo en Tamaulipas y San Luis Potosí.

Hablé con Portes Gil clara y francamente de esta cuestión y empezamos a trabajar juntos, él en el campo obrero y yo en el campo rebelde, pues fui muchas veces a ver, por orden de Obregón, a Cedillo, a Lucero y a otros rebeldes que andaban por ahí levantados en armas por la región, con bandera según ellos villista, pero realmente eran carrerocedillistas, es decir, seguidores de los generales Carrera Torres y Saturnino Cedillo. Empecé a trabajar en la guarnición de Tampico, que era muy escasa, cuyo número mayor eran los que pertenecían a la llamada Legión de Honor, que es donde se concentraban los oficiales de mala conducta y sin mando de tropas, que encabezaba y comandaba mi viejo compañero de los combates de Chihuahua, el entonces mayor José López Iglesias. Este mayor López Iglesias me dijo que él no me denunciaría, éramos compañeros y amigos, pero que él no se voltearía, porque era fiel a Murguía; en cambio, el mayor Ledezma, que era el que efectivamente tenía comando y mandaba a todos los elementos de la Legión de Honor, sí se puso de acuerdo conmigo para dar el golpe el día que yo le dijera. Había la Policía Militar Federal que estaba a las órdenes del jefe de la guarnición de la plaza y que era el general Carlos Orozco, un esbirro de procedencia federal.

Y llegó 1920. El general Obregón lanzó su famoso manifiesto en Nogales, declarándose candidato a la presidencia de la República y lanzándose él con todo vigor y con toda franqueza contra el gobierno de Carranza, al que llamó, entre otras "lindezas", inmoral.

En plan de completa, valiente y abierta oposición al gobierno federal y al presidente de la República, empezó a recorrer el país, arrastrando multitudes que lo aclamaban delirantes. Yo me fui a ver al general Benjamín Hill, que hasta entonces aparecía como segundo de Obregón y que era presidente del Comité Pro Obregón en la Ciudad de México, y secretario general el licenciado José Inés Novelo, yucateco, diputado maderista, intelectual y poeta de altos vuelos y mucho prestigio. Me presenté con los dos, el general Hill y el licenciado Novelo, ellos me conocían muy bien, sobre todo el general Hill, quien me entregó un

pliego, y me dijo: "Mira, mi teniente coronel, te conozco y sé de lo que eres capaz, vas como delegado general de la campaña obregonista en las tres Huastecas y las instrucciones salen sobrando, pues nosotros somos gente de acción y no de palabras. Contra la imposición y ¡Viva Obregón!" "Sí, mi general —le contesté—, sabré hacer honor a este nombramiento". Al licenciado don José Inés Novelo no lo había tratado, pero cuando supo que era hermano de Pedro Antonio me dijo que había sido su fraternal amigo y compañero en la Cámara maderista, que tenía mucho gusto en ver que seguía yo peleando contra las dictaduras, que el señor Carranza volvió a su primera edad, que su origen era porfirista y ahora iba a empezar a ver los resultados de lo que aprendió en los trece años de senador porfirista y se quería convertir en un don Porfirio, sólo que con mañas nuevas. Ese nombramiento que me dieron y el ímpetu de la Revolución que se venía, me hicieron volver a Tampico. Rápidamente hablé con mi socio, Carlos Ozuna, que para entonces era pablista y después tanto su papá, don Goyo Ozuna, como él se volvieron bonillistas, es decir, seguidores del señor Carranza, incondicionales, pues primero ellos y otros carrancistas creían que don Venustiano Carranza iba a apoyar a don Pablo González para la presidencia. Le dije a Ozuna que liquidáramos el negocio, y me dijo: "Bueno, así lo haremos", pero los acontecimientos no nos dieron tiempo, se vinieron tan rápidos que ya no pude hablar de agencias aduanales ni de vapores, además ya los tiempos de gran influencia habían pasado y no me interesaba perder mi tiempo.

Me avisó Portes Gil que el general Obregón en cuatro o cinco días más iba a llegar a Tampico, pues en esa época y en las circunstancias que nosotros atravesábamos, los acontecimientos similares se anunciaban sólo con un día de anticipación y no se acostumbraba acarrear gente, todo era espontáneo. Las fuerzas obreras organizadas de Tampico las movió Portes Gil con mucha rapidez. Aunque él no tenía un centavo nunca nos faltó, pues yo lo aporté como a él le consta. La poca música que llevamos a la recepción yo las pagué, los pocos carros que rentamos también los pagué yo, pues toda la multitud, que fue a esperar al general Obregón al puente Iturbide, salió como hormigas de todas partes, gritando con mucho calor y más convicción ¡Viva Obregón! Resulta que Obregón encontró en Tampico descontentos con el gobierno a los caballeristas; que habían echado al monte a los lopezlaristas; que les habían mandado presos a sus líderes a Chihuahua, Portes Gil a la cabeza, y a todos resentidos en una palabra con el nuevo ayuntamiento, impuesto por el general Rafael Cárdenas, que duró cinco días de gobernador. Este ayuntamiento impuesto brutalmente, era bonillista, y a esto hay que agregar para ser verídicos, que el ambiente pelaecista que reinaba en la región, no tan sólo era obregonista, sino que ya se había comprometido el general Manuel Peláez directamente

con el general Obregón por conducto del coronel Carlos Robinson, aquel que sacamos Acosta y yo de la laguna de Pueblo Viejo.

Llegó Obregón a Doña Cecilia (hoy Ciudad Madero), y pernoctó en casa de una señora que había sido cocinera mía y se llamaba Maclovia. Ahí estuvimos con él esa noche Portes Gil, los líderes obreros y yo. En la comitiva de Obregón venían Aurelio Manrique, el general Jesús M. Garza y el vendepatria Jorge Prieto Laurence. Al día siguiente, hicimos la entrada en el puerto como a las cuatro de la tarde, ya para entonces Obregón había dado mucha atención a los obreros y a todo aquel que quiso verlo en Doña Cecilia. Entramos por la calle de Altamira norte, y en cada esquina había un grupo de tropas federales con bayoneta calada, de esquina a esquina, se aparecía el general Murguía con el uniforme de general de división, espada al cinto como una estatua parada en su pedestal, sin saludar a nadie y rodeado de oficiales; en otras esquinas se aparecía el esbirro Carlos Orozco, general huertista exfederal, jefe de la primera policía militar de que yo tuviera conocimiento, pues esto fue muy anterior a la Gestapo de Hitler, ya que fue en 1920, pero estaba creada con la misma idea; inventada por el general Juan Barragán, jefe del estado mayor del presidente Carranza. El pueblo se enardecía en cada esquina que veía las tropas y *gritaba, pero en tono muy bronco*: "¡Viva Obregón!", y el general saludaba sonriente, aunque con esa sonrisa amenazadora que él tenía en los momentos peligrosos.

Gritaba también como cabra ¡vivas a Obregón!, el vendepatria Jorge Prieto Laurence, pero a la hora de la verdad, cuando las tropas y la policía militar se echaron encima de los acompañantes de Obregón, sobre de Manrique, a quien Orozco personalmente arrancó las barbas, y los soldados entraron a culatazo limpio sobre la masa y sobre los obreros, el tal Prieto Laurence desapareció y no se le volvió a ver. Llegamos a un viejo hotel de Tampico, que estaba en la Plaza de la Libertad de nombre el Continental, y desde los balcones del primer piso habló en primer lugar el licenciado Portes Gil, en tono valiente pero muy precavido. Recuerdo que empezó diciendo: "¡Mentira, mentira que el Partido Verde, o sea, los caballeristas encabezan esta imposición! ¡Mentira que el Partido Rojo (los lopezlaristas que él había encabezado) esté distanciado del Partido Verde, en los dos partidos, el Verde y el Rojo, palpita el espíritu de la Revolución y el de la no imposición", y terminó por peteneras ensalzando al general Obregón Murguía, que estaba a media cuadra viendo al general Obregón, a los oradores y a los que lo acompañábamos, con la mano en la espada y seguramente borracho porque todos los días bebía, seguro de que a Portes Gil le dio un "cinco", pues no hubo movimiento alguno en el numeroso grupo militar que lo rodeaba ni se vio cuchichear a nadie. Luego habló un miembro del Partido Verde, diciendo más o menos lo que dijo Portes Gil y que estaban unidos Verdes y Rojos al lado del general Obregón, no atacó a nadie y

seguramente Murguía debió haberle dado un "seis", pues nadie se movió alrededor de Pancho Beldaque (puñal), pues así le decíamos en la Revolución a Murguía porque siempre usó puñal. Luego habló Aurelio Manrique, a quien ya Orozco en una dizque elección de diputados federales en San Luis, en donde Manrique se presentó candidato, lo golpeó y le arrancó las barbas. Y entonces, como dije, habló Manrique que estaba muy resentido, y empezó gesticulando con los dedos de ambas manos abiertos y hacía su cara, con los ojos muy saltones como un "poseído" y empezó su discurso, diciendo: "Aunque nos arranquen las cuencas de nuestros ojos (y veía abajo al esbirro Orozco, seguramente recordando el atropello de San Luis), aunque se nos desgarre el tronco de la lengua, aunque se nos desgarren las entrañas, venimos aquí a acusar, ya no con índice sino con el brazo de fuego a *Carranza, el impositor* que quiere imponer de presidente de la República a un muñeco extranjerizado", y así siguió el discurso de Manrique, al parecer más de un Savonarola que de un líder político. Habló el diputado Manlio Favio Altamirano, quien tenía fuero y que de nada le sirvió, pues a él también se lo llevaron a la cárcel los soldados a culatazo limpio; en tono más o menos exaltado, pero sin mencionar a Carranza, habló el exdiputado constituyente Martínez Escobar, gran orador, pero su discurso siendo agresivo más bien fue lírico porque al hablar del general Obregón dijo: "Como las águilas, como los cóndores, como los gavilanes, así vino volando el caudillo que salvó la Revolución en Celaya y en León", pero tampoco atacó a Carranza; yo volteé a ver a Murguía y a Orozco y dije: "A éste no le dieron diez".

Para esto, repito, el tal Prieto Laurence, se volvió ojo de hormiga, y no lo volvimos a ver. Yo no tenía por qué hablar, pues no era orador ni había dicho discursos jamás en mi vida, ni andaba con Obregón para eso, yo andaba sencilla y simplemente conspirando. Luego habló el general Obregón, y dijo: "Nuestro mitin, nuestra gran manifestación popular donde abunda la clase obrera a la cual tengo el honor de pertenecer, pues sabido es de todos y de toda la república cuál es mi origen (efectivamente el general Obregón había sido obrero en Nabolato, Sinaloa) sólo se ve empañada por el círculo de tropas que de cuatro en fondo la rodea como queriendo amedrentarnos, sin saber que desde el día que nos lanzamos a la Revolución la mayor aspiración nuestra fue ofrendar nuestra vida en aras de esa causa". Murguía hizo un movimiento en su automóvil donde estaba parado, lo acompañaba personalmente el general Gregorio Ozuna, jefe de la guarnición de la plaza, y casi se dieron un tope en la cabeza por hablar al oído. Terminó el general Obregón su discurso, diciendo: "Estas tropas que veo aquí donde nada tienen que hacer, estos soldados que ahora contemplamos en un sitio al que nadie los ha llamado no los vi en los campos de batalla de Celaya y León, el cielo no lo quiera si vuelve a haber otra revolución

porque tampoco les volveremos a ver las caras". Descojonamiento y delirio del pueblo. Carga de infantería en masa cerrada hasta llegar al hotel donde estaba el general Obregón acompañado de nosotros y a quien no le dijeron nada, solamente que en su cara, y a menos de un metro de distancia, donde Orozco uniformado de general le arrancaba con todas sus fuerzas las barbas a Manrique y le llenaba de improperios. Manrique sólo decía: "Sois un esbirro", y más barbas le arrancaba Orozco. Entonces el general Jesús Garza puso mano a su pistola, otro que estaba ahí armado era yo, pero no tuve tiempo de saber qué hubiera hecho pues rápido como el rayo Obregón le agarró la mano a Garza y le dijo: "No seas estúpido, ¡qué no ves que quieren un pretexto para asesinarnos!" "¡Qué nos asesinen, pero a sangre fría y sin darles pretexto!". Orozco oyó aquello y no contestó, sólo arreó con Manrique, los soldados y con Manlio Favio Altamirano y Martínez Escobar, diputado todavía con fuero. Para entonces Portes Gil se había pelado pues estaba en su tierra, y conocía los escondrijos.

Obregón bajó entre la multitud que lo aclamaba, y le sugerí que nos fuéramos a la otra plaza, a la de armas, que estaba casi sola. Nos fuimos a la plaza de armas y empezamos a dar vueltas, y me dijo: "¿A dónde se los llevarían?" "No sé —le contesté—, pero si quiere lo voy a averiguar y mientras usted ¿con quién se queda?" "Con Garza", me dijo. "No, Garza en estos momentos, dado lo violento que es, es más peligroso que Orozco, mejor vamos a esperar un rato y al anochecer yo los encuentro". No terminaba de decir aquello a mi general Obregón cuando se presentó mi tocayo Gonzalo Montoya, hijo de un mártir de la revolución potosina, coronel Pedro Montoya, quien me dijo: "Tocayo, todos están en la cárcel". Como no había más que una, que estaba en el palacio municipal, fácil nos fue saber dónde estaban nuestros compañeros y me dijo el general Obregón: "No es conveniente que vayamos en estos momentos, pues lo menos que dirían es que tratamos de irlos a sacar". "Tiene usted razón —le dije—, ¿quiere que vayamos a mi casa?" "Sí —me dijo—, vamos a tu casa, ¿dónde está?" "Está en una colonia que empieza a ser fincada, está medio solo, tiene esa ventaja y a la vez desventaja de que por ahí nos puedan hacer una descarga, sin que nadie se dé cuenta de dónde vino". Entonces Garza, el valiente que ya se nos había reunido, nos dijo: "Ahora el prudente soy yo, mi general no sale del primer cuadro de la ciudad". Volvimos los tres a la plaza donde fueron los acontecimientos. Garza se fue a conferenciar no sé a dónde con unos ferrocarrileros y a mandar un enviado a Matamoros y otros a otras partes que no supe, pues se trataba de conductos militares. Ya solos el general Obregón y yo, dando la vuelta en la plaza le conté lo del mayor Juan Zumaya, aquel que estaba comprometido a levantarse en armas conmigo a la hora que fuera y que tenía como ciento veinte hombres y el resto de la guarnición no llegaba a doscientos,

por lo que estaba yo seguro que juntando elementos nos apoderaríamos del puerto. Se paró en seco, me vio y me dijo: "Todavía no es tiempo, ellos se están encargando de madurar la fruta, déjalos que la maduren completamente".

Seguimos dando la vuelta en la Plaza de la Libertad, y en sentido contrario venía un grupo de señoritas que al ver al general Obregón empezaron a gritar con mucha alegría: "¡Viva Obregón!" "Ya tú ves —me dijo— no estamos tan solos", y yo le dije: "Las dos que encabezan el grupo son primas hermanas mías y se llaman Tula y Lupe Rivera". "Con razón", me dijo, las saludó, y las muchachas le dijeron: "Abrácenos", y él les contestó con el sentido de humor que en ningún momento perdió: "Más bien las medio abrazo, así que abrácenme ustedes". Seguimos dando la vuelta, y ya cuando se iba a meter al hotel se paró, y me dijo: "Qué bonito, Gonzalo, cuando ya estén haciendo sus maletas", y se echó una risa de potrillo al que se le desapareció la yegua, una risa que sólo a él le he conocido y que para mí era casi una sentencia de muerte contra alguien o por lo menos una sentencia de venganza. Yo le contesté: "No, mi general, nada de maletas, no hay que darles tiempo a que las hagan, hay que matarlos antes". Se volvió a reír con aquella risa casi como carcajada que a mí me parecía mefistofélica, y me dijo: "Eres y serás siempre de los míos, ya te conocía, pero ahora te acabo de conocer, estoy muy satisfecho de contar contigo, y tú siempre contarás conmigo", y así fue, siempre contó conmigo y yo siempre conté con él.

El general Obregón siguió su gira rumbo a Victoria y a Matamoros, a mí me dejó encargado de que me comunicara con el general Luis Caballero que andaba levantado en armas, y que se rumoraba que pronto se iba a rendir. El general Obregón era ahijado de casamiento de mi antiguo jefe, el general Caballero, y lo quería mucho, y me dijo: "Procura hablar tú mismo a Caballero en el monte, y dile que por ningún motivo se rinda, que a don Venustiano le va a pasar lo que a aquel que llegó a su casa y encontró a su mujer cogiendo con otro, en esos mismos momentos empezó a incendiársele la casa, y luego las avispas se alborotaron con el fuego y le picaron los huevos". Me dio instrucciones de que no dejara de estar en contacto con Cedillo, con Lucero, con Olivo y otros rebeldes, y como yo le contesté que ya estaba en comunicación con el coronel Agapito Lastra, jefe del 16 batallón que tenía su cuartel en Pánuco, Veracruz, y que estaba éste cerca de Tampico, me dijo el general Obregón: "Ahí tenemos un hombre que es muy hombre, que es el subjefe de ese batallón, el teniente coronel Donato Segura, a ése háblale con franqueza, pero no se vayan a levantar en armas hasta que demos el grito, a ver si este viejo (se refería al señor Carranza) nos deja llegar a las elecciones".

Ese día salió el general Obregón acompañado del general Jesús M.

Garza y algunos otros, el licenciado Portes Gil no estuvo a despedirlo en la estación, y cuando yo regresaba por el centro de la ciudad, frente al hotel Imperial me encontré a Portes Gil que venía caminando muy aprisa, me paré e iba a empezar a hablar cuando casi corriendo, me dijo: "No me pares ni me hables". Me causó muy mala impresión su actitud, y ya retirado de mí sin haber dejado de caminar aprisa, me dijo: "Me vienen siguiendo". Entonces continué caminando como si nada, seguramente que los perseguidores de Portes Gil se han de haber despistado pues no logré verlos, busqué después a Portes Gil para tratar con él la misión de echar fuera a nuestros compañeros presos, Manlio Favio Altamirano, diputado del Congreso con fuero, Aurelio Manrique y el licenciado Rafael Martínez Escobar, pero luego supe que Portes Gil se había fugado para Estados Unidos, y de ahí continuaría a Sonora para unirse al general Calles, como efectivamente lo hizo. Entonces, como dos de los presos eran abogados, Manlio Fabio Altamirano y Martínez Escobar, ellos mismos hicieron un pliego pidiendo su libertad la que les fue concedida bajo fianza de quinientos pesos oro cada uno, mismos que yo deposité de mi peculio. Al triunfo del movimiento obregonista me devolvieron, de los mil quinientos pesos de la fianza, sólo mil correspondientes a las de Martínez Escobar y Manlio Favio Altamirano, pues me dijeron que los quinientos pesos de la fianza de Manrique él los había recogido, yo le pregunté a Manrique y me confirmó que efectivamente se los había clavado porque estaba muy pobre. A Manrique, mientras estaba preso, le di trajes de lino blanco ingleses que jamás se había puesto y zapatos decentes, pero Manrique fue muy mal agradecido. Años después, cuando regresó del destierro, diputado desaforado por valenzuelista y precisamente por el grupo que yo encabezaba en la Cámara, me mandó recado con el diputado León, de Chiapas, a pedirme dinero; le mandé mil pesos y un recado diciéndole que ahí le mandaba esa ayuda, aunque sabía que era muy mal agradecido. Efectivamente, me volvió a pagar con ingratitud. Cuando hicieron levantarse en armas al general Cedillo, Manrique creía que yo había caído, pero el general Lázaro Cárdenas, entonces presidente de la República, y mi compadre el general Manuel Avila Camacho, ministro de Guerra, me mandaron llamar a San Luis para que cooperara con el gobierno y evitar que nuestra gente de armas siguiera a Cedillo, cosa que logré en un noventa y nueve por ciento, pero Manrique ignorando estos antecedentes cuando me vio entrar en el Palacio de Gobierno de San Luis Potosí, después de cumplida y lograda mi misión, recorriendo el estado con tres aviones militares, al verme entrar y, repito, creyéndome en desfavor, cuando saludé a un grupo de amigos que estaban cerca de los generales Cárdenas y Avila Camacho, él, Manrique, volteó la espalda y no me contestó como afectuosamente lo hicieron todos los demás, lo que ocasionó que yo le lanzara una sonora mentada de madre que oyeron todos, incluso

el presidente de la República, general Lázaro Cárdenas y el ministro de Guerra, general Avila Camacho. Manrique se puso muy pálido, pues él tenía un valor muy especial, lo llamaremos civil, pero era muy calculador y muy teatral cuando comprendía que alguien no se tentaba el alma para arrojarle un balazo en la cabeza, como fue en ese instante. Conmigo no se enfrentaba; es verdad que no usaba arma ni era rijoso. Años después Manrique volvió a aparentar amistad conmigo y yo también se la aparenté a él, pero ni él era mi amigo ni yo era su amigo tampoco. Cuando murió no me alegré de su muerte.

Antes del levantamiento obregonista, y a los pocos días de haberse ido el general Obregón a Matamoros, cuando ya me preparaba para ir a buscar a Caballero al monte, recibí un recado de éste, muy secreto, por conducto de un viejo ranchero muy simpático que se llamaba Gustavo Rodríguez, diciéndome que el general Caballero me esperaba en el nuevo hotel Palacio en el cuarto número "X" allí en Tampico, a donde Rodríguez me acompañó. Ahí estaba el general Caballero, pálido y con los ojos hundidos y tristes, nos dimos un fuerte abrazo, y antes que le empezara a decir el recado del general Obregón de que no se rindiera me dijo: "Vengo a rendirme. Anda, mira al Manco y dile que no se vaya a levantar, que el monte está muy duro (textual), que este viejo está muy fuerte, que vamos dejándolo solo para que siga haciendo sus pendejadas hasta que solo se enrede". Le dije: "Mi general Caballero, las pendejadas de las que está hablando ya no las va a poder hacer don Venustiano, la consigna del general Obregón fue que esperáramos la grandota, y es en la que andamos ahora, pues a usted aislado le descargaron los peores golpes y lo hicieron trizas. ¿Ya tiene conocimiento Murguía de que está usted aquí?" "Sí, tiene conocimiento", me contestó y le dije: "Pues pélese, yo lo sigo, y no se rinda, si se rinde se va usted a nulificar", y me dijo: "No puedo, porque mi fiador es mi yerno el coronel (actual general de división) Raúl Gárate. Raúl es mi fiador y no puedo hacerlo quedar mal". Yo le dije: "Usted no va a quedar mal a nadie, es un rebelde que Raúl pretendía que se rindiera y que usted estuvo a punto de hacerlo, pero que sintió que no tendría garantías y se regresó al monte". El general Caballero me quitó la iniciativa de la plática y me estuvo diciendo que estos soldados constitucionalistas no eran los mismos federales que combatimos, y yo le dije: "¿No se acuerda que peleamos con los villistas y les pegamos en la madre?", pero Caballero no se pudo convencer, y mejor lo dejé. Después del triunfo me buscó el general Caballero, y me dijo: "¿Le diste mi recado al general Obregón?", y le contesté: "No se lo di porque usted me lo haya recomendado sino porque ya no lo volví a ver sino hasta el hotel San Francis, en México, después del triunfo". "Qué bueno que no se lo hayas dicho", me dijo, pero Obregón ya no le tuvo ninguna consideración a Caballero, y apenas lo nombró embajador en Guatemala, pero completamente desconceptuado en su ánimo. Obregón me dijo: "¿Le diste mi recado a Caballero de que no se rindiera?" Yo le mentí, le dije que no se lo pude dar porque cuando lo vi ya estaba rendido en la plaza de Tampico. "Cómo se equivoca uno con los hombres —me dijo el general Obregón—, tanto que quería yo a Caballero". Yo me fijé mucho en aquello de "tanto que lo quería".

Continúo mi relato de las vísperas del levantamiento obregonista. Cuando el general Obregón llegó a Matamoros, recibió un telegrama del subsecretario encargado del despacho de Guerra y Marina, que era el general Francisco L. Urquizo, pues de hecho el ministro era el propio don Venustiano. En este telegrama le decía al general Obregón que se presentara en México, a la brevedad posible, a responder de los cargos que contra él tenían de que estaba comprometido con los rebeldes felicistas por conducto del general Cejudo, exfederal que se acababa de amnistiar con don Venustiano y había recibido una buena suma de dinero por hacer esa denuncia. El señor Carranza lo que pretendía era que el general Obregón se sintiera muy próximo a entrar en la prisión militar de Santiago Tlatelolco y que pasara la frontera de Matamoros a Brownsville, se escapara y por ese hecho perdiera su derecho para seguir siendo candidato a la presidencia de la República, pues la Constitución previene que para ocupar la presidencia de la República se requiere que los candidatos no se hayan ausentado del país durante el año anterior al día de la elección. Pero el general Obregón, con el valor que lo caracterizaba, contestó que en el primer tren que saliera hacia el Sur saldría hacia la capital para responder a los cargos que le hacían, pero que si se trataba de asesinarlo se evitaran toda farsa y lo mandaran hacer en el camino. Al llegar el general Obregón a la Ciudad de México se presentó con un grupo de sus partidarios, entre ellos el licenciado Miguel Alessio Robles a declarar ante el juez militar, el licenciado López Portillo, potosino, nombrado por influencia directa del general Juan Barragán con instrucciones de que el general Obregón debería ser declarado preso. Paso por alto lo relativo al proceso del general Obregón, pues el Manco se fugó a los pocos días en el express del tren que iba a Iguala, protegido por el entonces conductor de los Ferrocarriles Nacionales de México, Margarito Ramírez, que era obregonista convencido. Este fue todo el mérito de Margarito Ramírez y toda su actuación en la Revolución, pero fue por ese hecho varias veces director general de los Ferrocarriles Nacionales de México, gobernador de Jalisco, gobernador de Quintana Roo, diputado muchos periodos y no sé cuántos puestos más. Aun después de muerto el general Obregón siguió Margarito explotando ese mérito, y parece que hasta la fecha tiene por ahí un puesto de gerente en alguna de esas fábricas que dependen de la Nacional Financiera. Del gobierno de Jalisco desaforamos a Margarito, en 1929, los miembros de la Comisión Permanente al

Congreso de la Unión que yo presidía, porque se le comprobó que secuestraba hombres ricos que si no eran cristeros declarados por lo menos eran amigos del movimiento clerical. La orden para desaforar a Margarito Ramírez me la dio personalmente el general Calles en la plataforma del tren presidencial, que entonces se llamaba tren *Olivo*, cuando íbamos un grupo de los principales políticos de la época a dejar al general Calles a la frontera, y otros lo acompañaron hasta Nueva York en el viaje que el general Calles emprendió para Europa dejándonos al general Pérez Treviño y a mí como responsables de las elecciones presidenciales que se avecinaban, en las cuales era nuestro candidato el general ingeniero Pascual Ortiz Rubio, y el de la oposición el licenciado José Vasconcelos. Más adelante hablaré de esta campaña y de mi actuación en ella.

Obregón en Iguala se presentó con el general Maicott; más bien dicho, Maicott fue a donde estaba el general Obregón, pues ya tenía conocimiento de su llegada, y le dijo: "Vengo a aprehenderlo". Obregón le dijo: "Estoy a sus órdenes", y Maicott le contestó: "No, el que está a las de usted soy yo". Luego llamaron al gobernador del estado, que era el general Rómulo Figueroa y unidos comandante militar y gobernador con el general Obregón dieron el grito de rebelión contra Carranza, un día después de que se habían rebelado los poderes constitucionales de Sonora, en donde dominaba el general Calles y era gobernador Adolfo de la Huerta, así como la legislatura y las tropas entre las que se encontraba el entonces coronel Abelardo L. Rodríguez, después presidente de la República. En el mismo momento en que salió en la prensa el Manifiesto del general Obregón firmado en Chilpancingo, desconociendo a Carranza y la noticia de la rebelión de los poderes de Sonora, encabezada por el general Plutarco Elías Calles y secundada por el gobernador del estado Adolfo de la Huerta, la legislatura y el tribunal en ese mismo momento, repito, me despedí de mi casa, empuñé mi carabina y me encaminé hacia el muelle fiscal a donde me acompañó mi amigo Felipe Doria, vista de la aduana, puesto por mi hermano Samuel, pero pablista y gonzalista, es decir, partidario de don Pablo González, tomé una lancha automóvil de la Mexican Gulf y me encaminé hacia Pánuco, Veracruz.

Rebelión obregonista

En esos momentos, como dije, me despedí de mi casa y me fui hacia el muelle a capturar unas lanchas automóvil de la Mexican Gulf, y entre ellas escogí la llamada *El Ruby*. Los dos lancheros me conocían y me tenían mucha estimación y respeto, y les dije: "Llévenme a Pánuco donde tengo un asunto muy importante". "¿Ya lo sabe *Mr.* Green?", me

preguntaron. "Claro que lo sabe —les mentí— pues es asunto de él al que voy". Cuando vieron que metí una carabina 30-30 y una canana llena de cartuchos, el patrón de la lancha, al que le decían Chory, que en inglés quiere decir chaparro, me dijo: "Jefe, con ese rifle no se matan patos", y yo le contesté: "Patos no, pero cabrones sí". Me acompañó hasta el muelle mi amigo Felipe Doria y aunque era pablista nunca me pasó por la mente que me fuera a delatar, pues le dije con toda claridad a dónde iba y a lo que iba, y le invité a que se uniera con nosotros, cosa que rehusó porque dijo que ellos (su hermano y él) estaban con don Pablo González, pero guardó discreción, y no habló una palabra con nadie de mi salida.

Llegando a Pánuco, me dirigí directamente al cuartel. No estaba el coronel Agapito Lastra, el Pato Lastra, jefe de batallón, pero me apersoné con el teniente coronel, de quien me había hablado el general Obregón y a quien yo no conocía, Donato Segura, y le dije a lo que iba. Me dijo: "Vamos a llamar al coronel, yo como quiera secundo el movimiento, pero él es el jefe y vamos a hablarle a lo hombre". Le pregunté a Segura que si no había hablado con Lastra con respecto a la cuestión obregonista, y me contestó que sí había hablado de obregonismo, pero que no le había hablado de levantamiento. "Bueno —le dije yo a Segura— y si Lastra se niega, ¿qué hacemos?" "El es el verdadero jefe de la tropa —me dijo—, pues yo aquí estoy recién llegado, y me mandaron comisionado a este batallón por obregonista, pues allá creen que Lastra es carrancista". Al poco rato llegó Lastra y le alargué el pliego que me acreditaba como delegado del Comité pro Alvaro Obregón en las tres Huastecas, y me dijo: "No necesito mirarlo, sé muy bien qué partido ama", me dijo (se me pasaba decir que Lastra y yo habíamos sido amigos y compañeros, y los dos pertenecíamos a las fuerzas que comandaba el general Luis Caballero cuando atacamos a los federales en Tampico, él andaba a las órdenes del entonces coronel López de Lara, yo indistintamente a las órdenes de mi hermano Samuel, del coronel Alfredo M. Terrazas, que murió en aquellos combates, y del coronel Emiliano P. Nafarrate, pues aunque yo pertenecía directamente a la brigada Santos, el general Caballero me mandaba indistintamente en comisiones durante los combates con estos tres jefes que menciono). "Y qué traes", me dijo Lastra. "Pues vengo a invitarte no precisamente a una boda, sino a levantarnos en armas contra el gobierno imposicionista del señor Carranza, y en favor del general Obregón". "Y si no te secundo —me preguntó—, ¿qué hacemos?" "Pues yo creo que como compañero y amigo lo que debes hacer es dejarme ir, pues me voy a levantar en Ebano, que está aquí cerca, con un grupo de veladores de la compañía, todos ex soldados de la brigada Santos". "¿Y a cuántos asciende tu grupo?", me preguntó Lastra. "Pues están comprometidos conmigo cuarenta, los encabeza un primo mío puesto ahí por Acosta, por Samuel y por mí, y yo

supongo que ninguno de ellos se rajará pues, como te digo, todos fueron ya soldados de la brigada Santos, menos el jefe, mi primo Juan de Dios, que es civil". "Bueno —me dijo Lastra— entonces ya somos cuatrocientos cuarenta hombres levantados en armas en favor del general Obregón". Nos dimos un abrazo Lastra, Segura y yo, mandé repicar las campanas y nos fuimos al palacio municipal, en donde iba a celebrar una rifa de alhajas mi gran amigo don Estuardo Herrera (quien portaba una pequeña valija llena de alhajas a la que llamaba "la niña"); abrió la petaquilla, puso las joyas que traía, los números preparados para echarlos en su sombrero cuando se le ocurrió preguntarme: "¿Y esos repiques a qué se deben?", y le dije yo: "A que estamos levantados en armas contra el señor Carranza y en favor del general Obregón, y esas joyas que tú ibas a rifar van a ser el primer contingente económico que se va a aportar en la Revolución en esta región". Don Estuardo, como todos le llamábamos, casi se desmayó, pero después Lastra, Segura y yo, riéndonos, le dijimos que no tuviera cuidado, que se fuera para Tampico inmediatamente, pues no respondíamos de lo que le pudiera suceder con otra gente. Ese mismo día recibimos noticias de que el general Arnulfo Gómez y el coronel Lázaro Cárdenas se habían levantado en Tuxpan, y estaban combatiendo con las fuerzas carrancistas que encabezaba el valiente general Herminio Alvarez, íntimo amigo mío y compañero de campañas en los combates de Icamole. Gómez tenía a sus órdenes en aquella columna, cuando el Manco se levantó, a los coroneles Paulino Navarro, Manuel Arenas y Manuel o Miguel Talamantes. Con Cárdenas andaba el mayor Manuel Avila Camacho (después presidente de la República). Se me pasaba decir que yo me salí de Tampico sin aprovechar la fuerza del mayor Juan Ledezma, porque un día antes había llegado un regimiento en alta fuerza con un contingente de seiscientos hombres, muy bien armados y pertrechados que mandaban de México precisamente a reforzar el importante puerto de Tampico, entonces mucho más importante que ahora militar, política y económicamente. Este regimiento lo comandaba el teniente coronel Lucas González y como segundo el mayor Rodolfo Sánchez Taboada. González era pablista, pero ni el señor Carranza ni su grupo pensaban que don Pablo González se fuera a levantar en armas. Entonces yo que vi que Orozco era tan fuertemente reforzado comprendí que hubiera sido una locura enfrentarnos con aquel grupo de oficiales, casi todos dados a la embriaguez y a la mariguana, que formaban la Legión de Honor, y, por eso, resolví jugármela en Pánuco. Ese mismo día, mandé tapar las calles, pues había mucha gente de los ranchos a caballo, y el mismo día el batallón lo convertimos en regimiento. Propuse a Lastra avanzar sobre Ebano donde entraríamos sin resistencia, pues no habría más fuerzas que los veladores con los que yo contaba y que encabezaba mi primo Juan de Dios. Después de Ebano atacar a Lárraga en Villa Guerrero (hoy Tamuín), que

también era pablista y contaba con una fuerza muy desorganizada que no llegaba a doscientos hombres. Una vez tomada Villa Guerrero, levantar la Huasteca potosina que estaba yo seguro se nos uniría en muy breves días, y comunicarnos con el general Arnulfo Gómez que estaba combatiendo en Tuxpan, proponiéndole que después de tomar Tuxpan avanzara sobre Tampico, que nos reuniríamos en Ebano, pasaríamos el río Tamesí en Rayón y atacaríamos Tampico por el único lado que con las armas de aquel tiempo se podía atacar, o sea, por la Escuela de Monte, pues todo lo demás en el puerto está rodeado de agua. Lastra y Segura aprobaron mi plan. Llegamos a Ebano y se nos unieron los cuarenta veladores, menos su jefe, mi primo Juan de Dios, que estaba comprometido conmigo y pelonamente se rajó, poniéndome en evidencia con los compañeros. Me dejó dicho que él tenía muy buen puesto en la compañía, que estaba próximo a casarse y que él no nos seguiría en esa aventura revolucionaria y, como si esto fuera poco, todavía me dejó dicho que yo no anduviera más en revoluciones, pues ya tenía yo intereses que cuidar y que estaba casado. No tuve manera de contestarle su consejo porque no volví a saber de él hasta después de muchos años en que me negué a recibirlo.

Estábamos esperando la contestación del general Arnulfo Gómez que nunca llegó, pues nuestro enviado que fue por Tampico para irse en lancha por la laguna de Tamiahua a ver al general Gómez, estando en Tampico, o sea, un día después que nosotros nos habíamos levantado en Pánuco, se sublevó el teniente coronel Lucas González, y fue preso por el esbirro general Carlos Orozco, pues tuvo noticias oportunas Orozco de que el general Pablo González se había levantado en armas en Texcoco, secundado por el inepto J. Blas Treviño y por mi hermano Samuel que no tuvo manera de incorporarse a nosotros y que estaba en la capital, comisionado precisamente por el general Obregón para convencer a don Pablo que se levantara en armas, lo que logró ayudado por Blas Treviño. A don Pablo, a Treviño y a mi hermano Samuel se les iba a incorporar el entonces expagador de las fuerzas de Mariel, Adolfo Ruiz Cortines, quien les llevaba ocho o diez rifles, pero en la estatua del Caballito (Carlos IV), lo capturó el entonces coronel (hoy general de división), mi antiguo compañero y siempre amigo, exgobernador de Tamaulipas, Raúl Gárate, que entonces era jefe de la policía en México, yerno del general Caballero. Capturó a Adolfo Ruiz Cortines, le quitó las carabinas y Adolfo le dijo a Raúl: "No me vaya usted a entregar con Murguía porque me fusila", pues Ruiz Cortines era concuño de Jacinto Blas Treviño y entre Murguía y Treviño había una profunda enemistad y odio rabioso. "Ah, no —le dijo Raúl (el general Gárate) a Ruiz Cortines—, no tenga cuidado, Fito, me lo voy a llevar a la Inspección General de Policía", que así se llamaba entonces la actual jefatura, y ahí lo encerró en su propio despacho. "No se mueva de aquí —le dijo Raúl a Ruiz Cortines— para que no me comprometa, pues nadie sabe dónde está y aunque tengo

órdenes de capturar a todos los obregonistas y a los pablistas como usted, yo no daré parte de que lo he capturado". Según me ha contado Raúl, y me consta a mí personalmente, Ruiz Cortines le pagó con puras ingratitudes a Raúl Gárate esa acción, como nos pagó a todos aquellos que le hemos hecho servicios. Ya de este hombre hablaré a su tiempo pues llegó a la presidencia de la República, y está bien que las actuales juventudes nos conozcan a todos los hombres que actuamos en la Revolución, aunque Ruiz Cortines siempre lo hizo de pagador o manejando la "fayuca" (comercio con la tropa) de la división de Jacinto Blas Treviño, su concuño.

Una vez, como dije, que el esbirro general Carlos Orozco, jefe de la guarnición de Tampico, supo que el general Pablo González se había levantado en armas, y que sabía perfectamente bien que el teniente coronel Lucas González era pablista de hueso colorado y naturalmente se iba a levantar, lo mandó llamar a la aduana. Lucas ingenuamente fue contra lo que le previno el segundo del regimiento que lo era el mayor Rodolfo Sánchez Taboada, después general de división y gobernador de la Baja California, presidente del Partido y murió cuando desempeñaba el cargo de ministro de Marina en el gobierno de Ruiz Cortines. Sánchez Taboada le decía a Lucas González que no tenía objeto que obedeciera a ese llamado, que si ya se iban a levantar en armas esa noche qué objeto tenía y Lucas, que era muy ingenuo aunque muy valiente, le dijo: "No, voy a ver qué quiere decirme, a lo mejor ya se quieren rendir". Llegando Lucas González al cuartel de la guarnición de la plaza, un grupo de ocho o diez oficiales le pusieron las pistolas en el pecho, y Orozco le dijo: "Dése usted por preso". Lucas no tuvo más remedio que rendirse, y fue conducido por Orozco y su grupo a la aduana marítima donde Orozco tenía concentrados a los celadores del resguardo, los marinos de un barco de guerra y el dinero de la aduana.

Sánchez Taboada dio el grito de rebelión, y se fue hacia la aduana con sus seiscientos hombres, pero antes había pasado a la casa de Orozco y puso presas a sus tres bellísimas hijas y se las llevó por delante encañonadas con carabinas. El mismo Sánchez Taboada portaba una 30-30 y se la ponía en la espalda a una de las muchachas. Así llegó frente a la aduana y le mandó un emisario a Orozco que se asomara a ver el cuadro. Orozco se asomó y cuando vio a sus hijas presas bajó de la aduana, mandó decir a Sánchez Taboada que bajara a medio puente del Tamesí (ya no existe ese puente) y avanzaron los dos cabecillas solos. Orozco pistola en mano, Sánchez Taboada 30-30 en ambos brazos y preparado, encañonándose ambos. Orozco le preguntó: "¿Qué actitud es la suya y qué es lo que quiere?". "Pues quiero —le contestó Sánchez Taboada— que mate inmediatamente a Lucas González para yo matar a sus hijas, o que lo ponga libre para poner yo libres a sus hijas". "Y qué garantías me da de que una vez que su jefe esté libre no me ataca con mis hijas en la aduana", volvió a preguntar Orozco. "Le

doy la garantía de que si sube usted inmediatamente al barco con sus hijas, leva anclas y sale del puerto no habrá dificultad". "Baje esa carabina", le dijo Orozco a Sánchez Taboada. Orozco bajó la pistola y le volvió a decir a Sánchez Taboada: "Baje la carabina". "Pues enfunde su pistola, porque yo la carabina no la puedo enfundar". Orozco obedeció y caminando hacia atrás tanto Orozco como Sánchez Taboada, después de haber convenido que una de las muchachas y Lucas se encontrarían en el puente, viniendo Lucas sin escolta y la muchacha también. Ambos cumplieron, llegó Lucas a ponerse al frente de sus tropas, las que ya estaban tendidas sobre la aduana en línea de tiradores y con Orozco se reunieron sus otras dos hijas. Orozco saqueó un millón de pesos oro que había en la aduana, se los robó limpiamente, le ordenó al capitán que levara anclas y se largó para Veracruz. Orozco nunca pagó sus crímenes pues el obregonismo triunfó y no fusiló a nadie, pues casi no se había combatido y los ánimos no estaban exacerbados. Después supe que Orozco fue a hincársele a Manrique y a pedirle perdón, y Manrique le volteó la espalda, diciéndole: "No os acongojéis, chiquitín, son azares del oficio". Orozco se clavó el millón, y nadie le exigió responsabilidades pues no sé a quién que estaba cerca de De la Huerta le dio una mordida, y con eso arregló todo, y a nombre de Obregón le ofrecí un ministerio, solamente que no le dije por cuánto tiempo.

Lastra, Segura y yo avanzamos para Tampico cuando ya la plaza estaba en poder del teniente coronel Lucas González. El general Gómez y los coroneles Cárdenas, Navarro, Arenas y un grupo pelaecista que se les había unido y que formaban una columna de más de mil setecientos hombres fueron rechazados en Tuxpan por el general Herminio Alvarez, que sólo contaba con cuatrocientos hombres, y a la caída de Carranza rompió el cerco y salió con sus tropas por tierra, pues ya Carranza había muerto. Este valiente general Herminio Alvarez es el mismo que era gobernador convencionista de San Luis Potosí, que se negó a entregarme al exgeneral federal Arnoldo Vargas Huerta.

Llegando a Tampico me encontré con un telegrama de mi hermano el general Samuel M. Santos, diciéndome que había sido yo ascendido a coronel por el general Pablo González. Yo le contesté diciéndole que le diera las gracias al general Pablo González por su bondad y atención, pero que ya había sido ascendido a coronel por el general Arnulfo Gómez, y que yo era obregonista y nada tenía que ver con don Pablo ni con el gonzalismo. Mi hermano también era obregonista, pero le tocó el difícil papel de ir a hacer pendejo a don Pablo por cuenta de Obregón, lo cual logró haciéndole que se levantara en armas, y después también lo convenció de que reconociera el Plan de Agua Prieta y lo reconoció (para esto mi hermano tuvo que "untarle" la boca con la ambición de Jacinto Blas Treviño, que administraba el cerebro a don Pablo González), pero el sonorismo venía muy fuerte, y el solo pretex-

to de que se levantó con don Pablo sirvió para que después lo intrigaran, aunque el general Obregón le siguió teniendo muchas consideraciones y lo mandó de comandante militar del estado de San Luis Potosí, a donde yo me trasladé a reunir una supuesta legislatura de los candidatos a diputados que habían sido partidarios de don Rafael Nieto, y que fueron reducidos a prisión en su mayoría, menos mi primo el licenciado José Santos Alonso, que logró escapar para Tampico.

En Tampico, al reunirnos con el teniente coronel Lucas González en la presidencia municipal, hice que el licenciado Rafael Martínez Escobar, que se reunió con nosotros, leyera mi nombramiento como delegado general de Alvaro Obregón en Tamaulipas, las tres Huastecas y el estado de San Luis Potosí. A la reunión asistieron el mayor Rafael Sánchez Taboada, el coronel Agapito Lastra y el teniente coronel Segura, los licenciados Juan L. Veyties y Federico Martínez Rojas, todos obregonistas, y se nos agregó un coronel revolucionario que era pablista y se llamaba Armando Garza Linares.

Tomé la palabra diciendo, después de felicitar al teniente coronel Lucas González y al mayor Sánchez Taboada, que el triunfo de la toma de Tampico sin derramamiento de sangre había sido un golpe de gran significación para la victoria obregonista, y después de alguna tirada lírica propuse en concreto como delegado general del caudillo del movimiento general Alvaro Obregón, que fueran ascendidos el teniente coronel Lucas González a general y el mayor Sánchez Taboada a coronel.

Todos los asistentes a la junta aprobaron mi proposición. Levantamos un acta, la firmamos, quedándose Lucas González con el original. Debo hacer notar que el mayor Sánchez Taboada declinó el ascenso a coronel, pues dijo que él se consideraba muy honrado en ascender al grado inmediato de teniente coronel, y así finalizó este acto. Al teniente coronel Lucas González el gobierno obregonista le reconoció su grado de general y al mayor Sánchez Taboada el de coronel; ambos murieron de divisionarios.

El teniente coronel Lucas González y el mayor Sánchez Taboada pertenecían al regimiento que, a las órdenes del coronel Jesús Guajardo, mató en Chinameca al general Emiliano Zapata. Lucas no estuvo en esa acción porque estaba herido en Cuautla, pero Sánchez Taboada sí estuvo, con grado de capitán. Nada menos que fue él el que mandó la guardia que le hizo los honores a Emiliano Zapata, y que luego le hizo fuego. Así ascendió Sánchez Taboada a mayor. Sánchez Taboada era un gran tipo, un hombre de mucho valer desde oficial y con cultura. Lucas González, su jefe, no le llegaba ni a un kilómetro; después entró el general Arnulfo R. Gómez al mando de su columna, en la que iban como segundos los coroneles Lázaro Cárdenas, Paulino Navarro, Talamantes, Manuel Arenas y como jefe de estado mayor del coronel Cárdenas el mayor Manuel Avila Camacho.

A las órdenes de Gómez entró también en Tampico el general rebelde Manuel Peláez como con unos dos mil quinientos hombres, reconociendo el Plan de Agua Prieta y al general Obregón. Para esto se me ha pasado decir que a Lucas lo trabajé y lo incorporé al obregonismo, ayudado en esta labor de convencimiento por el mayor Sánchez Taboada.

Antes de salir de Tampico para México, liquidé cuentas de la "partida" con don Bartolo Rodríguez, que era el dueño de la banca, la ruleta y demás utensilios necesarios para distraer sin discriminación alguna a extranjeros y nacionales. Por esos quince días de mi apoyo a don Bartolo, nos dio cien mil pesos amarillos (oro) a Lucas González y a mí, los cuales repartimos fraternalmente, y después ambos brindamos por el triunfo y por el general Obregón, pero en aquellos tiempos nadie se dedicaba a atesorar, estábamos muy lejos de estos tiempos de "altos funcionarios técnicos y honestos" y como no sabíamos cuándo íbamos a perder la vida, por lo pronto nos dedicábamos a disfrutar de ella, y contribuíamos al auge de las zonas que ocupábamos.

Quiero hacer un paréntesis aquí. El gobierno carrancista de mi gran amigo el general Francisco Cárdenas (no confundirlo con su homónimo, el asesino del señor Madero) había impuesto un ayuntamiento de gente llamada decente, que se componía de esos tipos que no dan color, oportunistas que nada arriesgan y que todo quieren aprovechar, encabezados como presidente municipal por el doctor Carlos Canseco, asesorados por el muy listo, muy bribón y muy desleal doctor José Manuel Puig Casauranc.

Saliendo de la reunión con el ya general Lucas González, me abordaron el mencionado doctor Puig y un regidor del ayuntamiento que se llamaba Elpidio Barrera, hijo de Atilano Barrera, revolucionario precursor que fue fusilado en Piedras Negras por órdenes de Carranza cuando la división convencionista. Por consideración a que era hijo de un revolucionario yo lo nombré cajero de la agencia aduanal de la que, como ya he dicho, era socio principal. Al venirse la campaña presidencial, éste se declaró también "gente decente" y se coló en el ayuntamiento impuesto por el carrancismo, declarándose bonillista, lo mismo que todos los componentes del ayuntamiento, pero como iba diciendo, me abordaron Puig y Elpidio diciéndome que llevaban una comisión del ayuntamiento que querían tratarme en privado.

Los invité a que subieran a mi automóvil, y nos dirigimos a mi casa que estaba situada en la avenida del Chairel en la colonia Altavista. Una vez en mi casa, les dije: "Estoy a sus órdenes". Empezó hablando Puig, que era muy untuoso, muy insinuante además de tener una gran cultura y mucha prestancia, diciéndome más o menos: "Mi querido Gonzalo, el ayuntamiento nos ha enviado a verlo a usted porque los obregonistas exaltados quieren su disolución; este ayuntamiento, como usted sabe, no es carrancista ni gonzalista ni obregonista, quere-

mos que usted hable con el señor general Arnulfo González, que se acaba de encargar del mando en Tampico, para que influya ante él con el objeto de que se respete el ayuntamiento. Nunca antes había habido en Tampico un cuerpo municipal tan selecto, distinguido y honorable y no se vería bien que fuera atropellado por los revolucionarios triunfantes". Terminó Puig, y comenzó a hablar Elpidio Barrera: "No voy a extenderme en grandes consideraciones, solamente voy a apoyar lo dicho por el doctor Puig, pero además traigo la comisión de entregarte de parte del ayuntamiento este obsequio que esperamos aceptes, pues tú andas arriesgando tu vida y prestando no tan sólo tus servicios al movimiento obregonista, sino que a mí me consta, porque soy tu tesorero en la Casa Ruiz, que desde el principio de la campaña te ha ocasionado fuertes gastos y es justo que cuando menos en una pequeña parte te sean resarcidos; acá te entregamos de parte del cabildo estos cinco mil pesos oro nacional", y puso la bolsa con las monedas en una mesita que estaba muy próxima a mí.

Me paré y les dije: "Perdónenme un momento". Me fui a mi recámara y saqué de un ropero los treinta mil pesos oro de los cien mil que un día antes me había dado don Bartolo por mis "alcances de mi partida", más diez mil dólares americanos que ascendían entre las dos cantidades a cincuenta mil pesos oro nacional. Los dólares me los eché a la bolsa y el oro lo tomé como estaba guardado en una cajita de rebozo. Al regresar a la sala de mi casa, Puig y Elpidio se pararon. "Siéntense —les dije—, he oído con toda calma todo lo que me vinieron a tratar, así como el 'amable obsequio' que por el 'digno conducto de ustedes' me envía el ayuntamiento. Quiero decirles a ustedes, para que lo sepan, si es que lo ignoran, que yo soy bandido y los bandidos no nos vendemos, se vende la gente honrada como ustedes, de modo es que búsquense a un honrado para que lo compren, pues les repito, yo soy bandido y no me vendo". Cuando dije: "Son ustedes dignos enviados de ese grupo de hipócritas y cobardes que se colaron en los últimos días del carrancismo, y que ahora se quieren colar en la nueva situación, señores, hemos terminado", acto seguido vacié en la alfombra la cajita rebocera con los treinta mil pesos oro y de la bolsa saqué los diez mil dólares, un fajo de billetes de a cien dólares y los tiré al piso diciéndoles: "Miren ustedes, este dinero es producto de mis tropelías, de mis peligros, de mis luchas, pero nadie me compró con ese dinero, lo adquirí por propio derecho y no se lo quité a nadie, pero no es producto celestial sino ganado y adquirido como ya les digo, con mi derecho de triunfador". Puig se paró y dijo: "Yo no traigo ninguna encomienda, es acá Elpidio Barrera como regidor quien la trajo, yo quiero disculparme con usted, Gonzalo, al verle justamente ofendido por lo que, lamentablemente tengo que confesar fue un intento de cohecho.

Estos individuos, el doctor José Manuel Puig Casauranc, pelaecista, huertista, gonzalista, etcétera y Elpidio Barrera, consejero y regidor, respectivamente, cuando cayó el ayuntamiento huyeron a la Ciudad de México y ¡agárrense de la cabeza del fuste! en las primeras elecciones al Congreso de la Unión, los dos resultaron diputados al Congreso de la Unión del Partido Cooperatista, apoyados por el vendepatrias Jorge Prieto Laurence. Así es la política mexicana.

En relación con el dinero que se me ofreció en Tampico, lo rehusé. ¿Por honradez? ¡No!, por arrogancia, pues yo mismo siempre me he proporcionado los "viáticos necesarios" y a veces un poco más, por eso nunca he necesitado de dádivas en dinero.

Este ayuntamiento hizo un último esfuerzo dándole un banquete al general Manuel Peláez en el hotel Imperial, al que nos invitaron a los principales obregonistas, pero nadie fue, con excepción de Manrique, que se presentó, parece ser, sin que fuera invitado y a la hora de los brindis, después que se habían derrochado mutuas alabanzas los miembros del cabildo, Cámara de Comercio, etcétera. Se paró Manrique, levantó una copa de champaña, y dijo más o menos en su brindis: "Señores fenicios (expectación), bueno —continuó Manrique—, señores fenicios y señores iscariotes, ustedes se han llenado de elogios mutuos; en sus discursos se han autonombrado a sí mismos honrados. ¿Son honrados ustedes que están ocupando puestos públicos populares sin obtener un solo voto público?", y por ahí siguió Manrique, y al terminar aventó su copa desde donde estaba hablando al lugar de honor donde se encontraban el general Peláez, el doctor Puig, el doctor Canseco y demás reaccionarios, y acompañando a su "detonación" de cristal y champaña dijo: "Me marcho asqueado de haber estado en vuestra vera", y con grandes zancadas se marchó el Barbón.

Uno de los puntos del levantamiento de Agua Prieta era protestar por las imposiciones en Guanajuato y San Luis Potosí del general Federico Montes y un tal ingeniero don Severino Martínez, que era de Aguascalientes, y que Juan Barragán impuso como gobernador en la forma más brutal, pues Nieto acababa de dejar el ministerio de Hacienda para lanzarse, apoyado por nosotros, al gobierno del estado. Nieto tenía mucha personalidad y mucho dinero, y lo sabía gastar en la campaña, entonces el tal don Severino llegó al palacio de Gobierno rodeado de bayonetas caladas y sin partidarios.

Samuel y yo nos comunicamos y me trasladé a México, me junté con Samuel, y le dije: "Vamos a ver al Manco", que tenía su cuartel general en el hotel Francis, pues el ocupante de palacio era Adolfo de la Huerta, dizque presidente de la República y que venía siendo la cuarta figura de aquel movimiento, pues el primero era el Manco. Los dos segundos se disputaban entre el general Benjamín Hill y Plutarco Elías Calles, así que De la Huerta era un hombre muy pusilánime, y lo habían hecho firmar el Plan de Agua Prieta entre el general Calles y la legislatura de Sonora, a chaleco.

Después lo siguieron utilizando como "presidente interino", nombrado por la Comisión Permanente, a las órdenes directas del general Alvaro Obregón, caudillo del movimiento.

Una vez frente al general Obregón nos dimos un abrazo los dos; ya Samuel se había visto con él con anterioridad. El Manco estaba muy contento, y me hizo que le relatara todo lo que había pasado en Tampico y en la Huasteca, lo que le conté hasta el último detalle, incluso lo de Lucas González con su ascenso a general y los líos de Orozco. "Pues ese cabrón esbirro de Orozco —me dijo el general Obregón— es hombre y también Sánchez Taboada; no conozco a Sánchez Taboada pues es de las fuerzas de don Pablo González, como tú sabes mejor, ni a Lucas tampoco, pero los quiero conocer". A mí me tocó el honor pocos días después de llevar a presentárselos. Le pedimos instrucciones Samuel y yo para San Luis, ya que íbamos a instalar una legislatura legítima, y nos dijo el general Obregón: "Háganlo inmediatamente y declaren gobernador a Nieto, pero primero sáquenle su licencia y ocupa el puesto tú", yo le recordé que habíamos sido los primeros en luchar políticamente contra la imposición de Carranza en la persona de Juan Barragán, y que Samuel era constituyente y que la Constitución del estado en ese tiempo prevenía que lo menos que se necesitaba, entre otros requisitos para ser gobernador, era tener treinta años ya cumplidos. El general Obregón me dijo: "Saca tu acta de nacimiento, escóndela y ocupa Palacio". "Así se hará, mi general", le dije yo, pero entonces Samuel se puso a necear, diciendo que yo era muy joven (tenía veintidós años), que era muy impulsivo, que más tarde que estuviera sereno podría llegar a ese puesto y a cualquier otro que el destino me deparara, que Nieto tenía mucho prestigio nacional y que los que íbamos a mandar éramos nosotros, pues ya a esa legislatura le quedaban muy pocos meses y en la otra iba a entrar yo como líder, y Samuel como comandante militar y viejo revolucionario, y como tales le respondía de la situación. El general Obregón no podía ver a Nieto ni en pintura y dijo: "Nombren otro entonces". Samuel le propuso al Gato Curiel, capitán Rafael Curiel de Ciudad Valles, y así se hizo. Nieto pidió licencia, y pusimos a Curiel en el gobierno del estado. Yo personalmente lo llevé al despacho de palacio e instalé la legislatura con mi primo José Santos Alonso al frente de ella. Consumada la caída de Carranza, el general Obregón me dijo que si no quería ser administrador de aduana en Tampico, y le dije que prefería irme a San Luis a reforzar a Samuel, que lo íbamos a lanzar al gobierno del estado tan luego que terminara el periodo dizque de Nieto, pues ya dije que el gobierno lo ocupaba Curiel. El general Obregón se mostró de acuerdo, me preguntó que si no quería un regimiento y le di las gracias, diciéndole que yo tomaba las armas sólo cuando había guerra y que creía que con nuestro triunfo la República iba a quedar en paz, pues se habían unificado al obregonismo todos los levantados en armas. "Bueno —me dijo—, aquí tienen el pica-

porte abierto y dondequiera que estés" (se refería a su próxima entrada en Palacio, y así fue).

Me trasladé a Tampico y liquidé mis negocios con Ozuna, dejándole a él la agencia aduanal. Para esto, en mi viaje a México, Carlos Félix Ozuna se me presentó diciendo que su padre era perseguido para que ingresara a la penitenciaría donde estaban los generales Murguía, Federico Montes, general Francisco de P. Mariel, Juan Barragán, Francisco L. Urquizo, etcétera, alojados todos ellos con el pseudo candidato Ignacio Bonillas, como huéspedes distinguidos. A Ignacio Bonillas lo conocí por haberle ido a hacer una visita a todos los militares que estaban presos, pues de todos era amigo, muy especialmente de mi viejo amigo y jefe Pancho Mariel. Le dije a Ozuna que se llevara a don Gregorio a mi cuarto al hotel Cosmos, que ahí nadie lo buscaría y yo lo seguiría al rato como efectivamente lo hice. Los Ozuna y los Santos somos amigos hasta la fecha y Carlos y yo hasta su muerte, pues los Ozuna revolucionarios murieron todos. Conocí, como digo, en la visita que hice a la penitenciaría a Bonillas, candidato de Carranza. Me lo presentó Mariel y me dio la impresión de ser un pobre diablo, quién sabe cómo se vería cuando era embajador en Washington, o cuando era candidato a la presidencia seguro de que Carranza lo iba a imponer, pero ahí me pareció una lombriz, lo mismo que el hijo, que también estaba en chirona. Al despedirme de los generales presos, el general Murguía me dio un abrazo y me dijo: "Siempre te tuve echado el ojo encima en Tampico, ¿pero viste cómo en aquello de Obregón y Orozco a ti te respetaron?" "Sí, mi general —le dije—, a mí ni una sola palabra me dijeron, mucho se lo agradezco". "Bueno —dijo—, en la cárcel y en la cama se conocen los amigos; tu actitud al venir a vernos es de hombres". Me despedí de ellos y Mariel vino a acompañarme hasta donde los guardias de la penitenciaría se lo permitían; en eso llegó mi hermano Samuel con los generales Francisco Serrano y Miguel M. Acosta, también a hacerles una visita. Me dio gusto ver ahí a Napo Serrano y a Acosta, pues a Samuel ya lo esperaba. Al despedirme de Mariel me sacó aparte y me dijo en secreto al oído: "Chalito (así me llamaba él de cariño), hablen ustedes con mi general Pablo González y díganle que las tropas de la plaza son en un noventa por ciento de él, que el Manco no ha tenido tiempo de traer las suyas".

Y siguió Mariel: "Dile a mi general Pablo González que estaremos con él unidos pablistas y carrancistas; que le dé un golpe al Manco, si no el Manco se lo va a dar a él muy pronto, y vamos a tener no menos de veinte años de dictadura obregonista". Yo le dije: "Mira, Pancho, escogiste muy mal conducto; nos queremos como hermanos pero yo soy obregonista de hueso colorado y soy más antipablista que anticarrancista, y si tú auguras que con la llegada al poder del general Obregón tendremos lo menos veinte años de dictadura obregonista, a mí se me hacen pocos, me gustarían cuarenta". "No vayas a decir nada de lo que

te dije, Chalito". "¿Qué quieres decir con eso, que te vaya yo a delatar?", le pregunté y me contestó: "Nada más ya no muevas el agua". "Tú sabes —le dije— que nos queremos como hermanos, yo no delato a nadie; si otro me dijera eso en la calle, le sacaría la pistola y me lo traería aquí a la penitenciaría, pero tú en primer lugar estás preso y en segundo yo no he oído lo que me dijiste". ¡Y nunca lo oí!

Una vez que recibimos Samuel y yo instrucciones del general Obregón de trasladarnos a San Luis Potosí y poner al ingeniero Rafael Curiel (el Gato Curiel) como gobernador interino, sustituto, porque el Manco no dejó entrar a don Rafael Nieto, juntamos a los candidatos a diputados que habían figurado en la planilla nietista, los reunimos en la legislatura y éstos, encabezados por mi primo el licenciado José Santos Alonso, declararon "formalmente" gobernador a Nieto de quien Samuel llevaba un pliego en el que pedía licencia por tiempo indefinido, y empezó a funcionar aquel gobierno obregonista-santista con Curiel como gobernador interino.

A los pocos días, el general Pablo González, a quien ya le había comido todo el mandado político y militar el general Obregón, volteándole a todos, o casi todos sus generales adeptos, se trasladó a Monterrey con las tropas de los generales Jesús M. Guajardo y un coronel Villarreal, muy valiente, con sus respectivos batallones. Ahí en Monterrey, se les incorporó el valiente entre los valientes, general Carlos Ozuna (no confundirlo con mi exsocio y amigo de la agencia aduanal y de vapores, Carlos Félix Ozuna, que nunca tomó las armas).

Don Pablo se levantó en armas contra el gobierno que oficialmente encabezaba De la Huerta, pero que realmente manejaba el general Obregón y atacó con Ozuna, Guajardo y Villarreal a las tropas leales al obregonismo que había en Monterrey, que por, cierto, eran en mucho menos número que los gonzalistas sublevados, y ya casi tenían dominada la plaza cuando llegó el general Arnulfo R. Gómez (que fue jefe de todos nosotros en el levantamiento obregonista en las tres Huastecas y en Tamaulipas); digo, llegó Gómez con dos batallones de yaquis, se echó encima de los sublevados por retaguardia, los cercó y agarró prisioneros a los generales Jesús Guajardo e Irineo Villarreal, habiéndose salvado el general Carlos Ozuna. Don Pablo había dirigido la sublevación desde su casa y cuando Arnulfo R. Gómez tenía totalmente dominada la situación, mandó buscar a don Pablo, y lo aprehendieron en el sótano de su casa, donde estaba escondido. Hasta para eso era pendejo don Pablo. Le formaron consejo de guerra y lo sentenciaron a muerte, pero el Manco en un rasgo despectivo y para acabar con don Pablo más que si lo hubiera fusilado, lo perdonó e hizo declaraciones, diciendo que ese señor exgeneral quedaba dado de baja por indigno y por cobarde, y que como no significaba ningún peligro quedaba en libertad. Don Pablo se fue para Estados Unidos, en donde puso una casa de cambio con el dinero que

tenía. Menciono estos hechos en los que yo no tuve ninguna participación, porque cuando estalló el levantamiento gonzalista se levantó en la Huasteca, en su rancho San José del Tinto con bandera gonzalista, nuestro acérrimo enemigo el general Manuel C. Lárraga (alias el Gacho) e inmediatamente nos trasladamos a las órdenes del general Samuel M. Santos, que era el comandante militar, a Villa Guerrero (hoy Tamuín), para batir a Lárraga. Las tropas que llevaba Samuel se componían de dos regimientos, uno al mando del general César Felipe Moya y el otro al mando del general Horacio Lucero. Moya llevaba de segundo a nuestro primo el coronel Francisco C. Santos, quien era muy valiente, conocía muy bien el terreno y odiaba a Lárraga.

Cuando llegamos a la entonces Villa Guerrero, la señora doña Manuela Orta viuda de Lárraga, madre de Manuel, mandó llamar a su casa a Samuel (quiero decir que antes de la Revolución nuestras familias eran amigas). Samuel, con todo respeto y atención, fue a ver a doña Manuelita que así la llamábamos, y se puso a sus órdenes. "¿Por qué van a batir al niño?" (así llamaba ella a su bandidazo hijo Manuel), y Samuel le contestó: "Porque se acaba de levantar en armas contra el gobierno, y yo soy el comandante militar del estado; si usted manda un correo diciéndole que se rinda pronto e incondicionalmente, no será batido, le disolveré sus fuerzas y a él me lo llevaré a México a presentar, sin que vaya en calidad de preso". Pero para esto, Braulio Romero nuestro primo que entonces era teniente coronel, retirado, muy conocedor de los hombres y de la región, y sobre todo de Lárraga, le aconsejó a Samuel que para no darle mucho tiempo a Lárraga a que preparara su defensa en San José del Tinto, pasáramos la caballada y la tropa primero por el estero que se deriva del río Choy, en las orillas del pueblo y después esa misma noche pasáramos el río Tamuín, un poco arriba de la puntilla de Moctezuma y así, aprobando todos el movimiento ideado por Braulio Romero, ejecutamos todo con éxito. Con el correo que le mandó doña Manuela a su hijo Manuel Lárraga iba también un pliego de Samuel en que le ofrecía garantías, y le participaba que el movimiento gonzalista en Monterrey había fracasado y don Pablo había caído prisionero. Yo iba fungiendo como jefe de Estado Mayor de Samuel aunque ya me había retirado del ejército.

Lárraga recibió el correo y lo contestó verbalmente, diciendo que no se rendiría, que el movimiento gonzalista estaba muy fuerte en toda la República, y que eso de que don Pablo había fracasado y estaba prisionero eran puras patrañas para hacerlo caer a él en una trampa.

Sin pérdida de tiempo, después de recibir esta contestación pasamos Samuel y yo con las fuerzas de Lucero y Braulio Romero, acompañados de oficiales y estado mayor, un destacamento del regimiento del general César Felipe Moya con su escolta que llevaba el coronel Francisco C. Santos (Panchito, como le llamábamos todos en la región). El plan de campaña era que primero atacara Moya y después nosotros con Lucero,

cuando el combate hubiera estado bien trabado y se hubiese peleado por lo menos una hora, y así lo hicimos. En el camino oímos el tiroteo del combate, pero el plan se siguió al pie de la letra y nosotros continuamos avanzando lentamente; pero sucedió que cuando llegamos a San José del Tinto ya no se disparaba ningún tiro. Lárraga huyó disperso en media hora de combate. Moya y Panchito Santos ya habían hecho prisioneros ciento sesenta hombres y los demás huyeron en completa dispersión. Lárraga, completamente solo y muy bueno para correr, pues ése fue siempre "su fuerte", no paró hasta esconderse en unos bosques en el municipio de San Vicente Tancuayalab que se llamaban Los Juques. Ahora, con el agrarismo, no sé qué nombre tendrá esa exselva.

En el botín de guerra que le agarramos a Lárraga, más bien dicho que le agarraron Moya y Panchito, figuraba una especie de archivo de Lárraga, comprendiendo según él a todos los comprometidos en el levantamiento, pero lo que no tuvo madre fueron dos cartas en papel blanco, por supuesto sin membrete, del gobernador Curiel, una de ellas contestación a una carta de Lárraga, y la otra dirigida a Lárraga por el mismo Curiel; en esta última carta Curiel le decía a Lárraga que no se rindiera, que derrotara a Samuel para que lo pusiera en evidencia y demostrara que valía más que él.

Mi primera diputación

Regresamos rápidamente a San Luis Potosí, y de ahí nos trasladamos a México Samuel y yo a ver al general Obregón. Le dije a Samuel, en México, a quien acompañé hasta el hotel Francis, donde tenía su cuartel general Obregón: "Yo no voy a ver al Manco, porque nos va a dar una putiza muy merecida, pues recordarás que él nombró a Curiel por insistencia tuya, pero él quería que el gobernador interino fuera yo y tú insististe mucho con Curiel hasta lograr el nombramiento de gobernador, y ahora lo menos que nos va a decir y con justa razón es que somos unos pendejos". Dijo Samuel que él iba a hablar con el general Obregón, se iba a echar la culpa por haber creído en Curiel, que el general Obregón revisara la historia y viera que siempre había habido traiciones y traidores. Lo cierto fue que Samuel era el aspirante único y fuerte al gobierno constitucional del estado y no quería que la gubernatura se la entregara su hermano. Yo creo que sólo en parte tenía razón, pues las épocas eran otras y la política mexicana, aunque ha evolucionado en la actualidad y sólo en apariencia, siempre ha sido de realidades y el que no se apegue a ellas perece.

El general Obregón le preguntó cómo había estado el combate con Lárraga y Samuel le rindió parte detallado; luego le preguntó por mí, y Samuel con toda franqueza le dijo: "Se negó a acompañarme a verlo a usted porque

nos iba a dar una gran putiza por pendejos". Obregón no le dijo nada, solamente le comentó: "Hay que cambiar a Curiel inmediatamente; más bien dicho, destituirlo". Entonces Samuel cometió la segunda pendejada: "Nosotros llevaremos a Nieto, que ahora será gobernador constitucional, y que a estas alturas ya no puede hacer más que lo que a nosotros nos convenga". El Manco, que había recibido de Samuel el enorme servicio de hacer que don Pablo González secundara el movimiento contra Carranza y sonsacar también en este movimiento al pedante y nulo general Jacinto Blas Treviño y convencerlos, después del triunfo del movimiento, para que se sometieran al Plan de Agua Prieta, el cual reconocieron por gestiones de Samuel, se sentía muy obligado con mi hermano y de mala gana accedió a que nos lleváramos a Nieto y protestara como gobernador constitucional para el resto del periodo, pero le dijo a Samuel: "Dile a Gonzalo que me venga a ver".

Esa misma tarde estábamos reunidos Nieto, Samuel y yo en el café Colón e íbamos a salir en el pullman para San Luis Potosí a las once de la noche. Me trasladé a ver al general Obregón al hotel Francis, y le dije: "Ya Samuel le habrá contado a usted todo". "Sí —me dijo—, de hoy en adelante no te despegues de Samuel y vigila a este cabrón de Nieto, que es un indio ladino y maligno, carrancista y traidor". Me despedí de mi general Obregón, y junto con Samuel y Nieto partimos para San Luis. Ahí, con un público que ascendía a unos doscientos trabajadores del Partido Liberal Obrero, que había formado Samuel en 1917, protestó Nieto ante la legislatura. Para esto, debo aclarar que en este Congreso "ratonero", como lo llamaban los barraganistas, hice que fueran declaradas nulas las elecciones por el distrito de Tancanhuitz (hoy Ciudad Santos). Me trasladé acompañado de Braulio M. Romero y un guatemalteco que se apellidaba Batres, el cual se me presentó de orador por cuenta y "soldada" del peculio de mi amigo Felipe Doria, vista de la aduana de Tampico puesto por mí cuando Samuel era el administrador de la aduana. Doria, en ese tiempo, estaba en la cárcel por un contrabando de seda que metieron H. H. Fleishman padre y H. H. Fleishman hijo, apoyados por mí. Como para entonces el administrador de la aduana de Tampico era un sonorense, llamado el Chivo Ramonet, no tenía conocimiento de que Doria era elemento mío y procedió enérgicamente contra el vista Felipe Doria, mientras yo llegué a Tampico e hice que los Fleishman le respetaran su "categoría" al nuevo administrador. Desde la cárcel donde Doria estuvo por breve tiempo, quiso darme una muestra de gratitud enviándome a Batres, que era orador y poeta, sin tener idea que entonces en la Huasteca para nada servían los oradores y tampoco los poetas si no sabían improvisar versos de huapango, también nos acompañaba un asistente que se llamaba Ciriaco Guzmán, ebrio consuetudinario y alcohólico perdido.

En Tancanhuitz, reuní a los presidentes municipales del distrito en un solo día, después de haberse nulificado las elecciones de ese distrito.

Ahí me esperaban a mi llegada el líder político del distrito, que era entonces Ismael Velarde; su hermano, el presidente municipal Arturo Velarde, compadre mío; mi amigo el doctor Abel Cano, a quien después de que tumbamos a Manrique puse de gobernador interino del estado; ocho o diez danzas de indios huastecos; "los principales vecinos" y el general Horacio Lucero, que procedía de Tanlajas, su pueblo natal.

Después de mi llegada organizaron mis amigos, encabezados por los Velarde, una "parranda". Esto quería decir entonces una reunión de amigos con el único fin de tomar copas, oír un poco de música y cantos de huapango, y después ya muy tarde entrarle a la comida huasteca.

Estábamos en plena "parranda" muy eufóricos cuando se presentó el señor Reyes Medellín, compañero de revolución tuxtepecana de mi tío Rafael Santos y de mi padre, don Pedro Antonio Santos. Tenía mucho tiempo que no veía yo a don Reyes, que le había hecho a la política en sus tiempos y que era tahúr profesional. Todos nos paramos a su llegada al salón de La Casa Colorada, donde estábamos celebrando nuestra báquica reunión. Don Reyes tenía 70 años de edad, mostraba unas concavidades muy profundas en lo ojos, como de calavera, la cara muy huesuda y completamente amarilla, caminaba con grandes dificultades y le colgaba una inmensa panza. Después del saludo, sin darle la mano a nadie, dijo: "No quiero interrumpir a ustedes, vine aquí con el único objeto de desafiar a muerte a Gonzalo Santos". Todos los presentes se rieron, yo con toda seriedad le dije: "¿Me quiere decir usted, don Reyes, el motivo por el que me viene usted a retar a duelo de muerte?". El, con voz muy cansada y trabándose al hablar por la rabia, me contestó: "Sí, porque es usted sobrino de Rafael Santos, y cuando él era jefe político maderista (en 1911) de aquí de Tancanhuitz, yo era teniente, jefe de la fuerza de la jefatura y por una dificultad de juego en que Rafael no tenía razón, me quitó el mando, me dio de baja de la milicia y se robó mis haberes". Todos nos quedamos viendo unos con otros, azorados, pero nadie tomó asiento; yo con toda calma le contesté: "Bueno, mi tío Rafael vive en San Luis Potosí, ¿por qué no va usted a buscarlo para que arregle cuentas con él? Como comprendo que está usted muy jodido de dinero yo le daré los gastos de ida y sin regreso, porque mi tío Rafael está todavía en condiciones de despacharlo". "No —me contestó don Reyes—, Rafael es viejo como yo y nada perdería muriéndose, yo quiero vengarme de él matándome con el más frondoso de sus parientes y que amenaza, con su presencia en la Huasteca, en apoderarse del mando de la región". Yo volví a decirle a don Reyes Medellín con mucha calma: "¿A usted qué le interesa quién domine la Huasteca si no le va a alcanzar vida para verlo?" Entonces don Reyes Medellín le dio un golpe con la mano a la pistola que llevaba fajada, que era una

chiquita de calibre 38. El general Lucero sacó su 45, y le dijo: "Mire, viejo cabrón, si usted vuelve a bajar la mano a su pistola, lo voy a clarear como un mayate". Entonces habló el doctor Cano, que la había hecho de coronel al lado del general Lucero entre los pelaecistas y que ya tenía tres cuartos de estoque adentro, y dijo: "Mire, don Reyes, ese duelo yo no lo permito aunque lo acepte Gonzalo pues los duelos deben de ser parejos y éste no lo sería: usted tiene 70 años, yo como médico le digo que está en el último grado de tuberculosis y de diabetes y lo más que puede durar usted padeciendo son tres meses de vida, no tiene usted ningún lugar en el mundo, mientras que Gonzalo tiene 23 años de edad, es un brillante coronel, jefe de la política en el estado de San Luis Potosí, amigo y allegado del presidente de la República, general Alvaro Obregón, por lo tanto, aconsejo a Gonzalo que aquí delante de todos nosotros le diga a usted: 'me rajo' y no acepte el duelo". Entonces yo, dirigiéndome a aquel anciano amargado le dije: "Me rajo, pero si le urge mucho morir a balazos ahí abajo está mi asistente, que se llama Ciriaco Guzmán; baje usted y miéntele la madre al pasar, y él le hará el favor que no le puedo hacer yo". Agarraron del brazo aquella "bolsa de bilis" y lo bajaron por la escalera donde efectivamente estaba Ciriaco Guzmán a quien le dijo Braulio Romero: "Este viejo dijo que tú eres un borracho hijo de la chingada y que te lo va a sostener en tu cara". Ciriaco, que ya tenía cuatro quintos de estoque adentro, se llevó la mano a la pistola y dijo: "¡Que le atore!". Don Reyes Medellín se fue sin decir palabra.

Este Reyes Medellín era padre de Telésforo Medellín, también tahúr profesional que era "marrón" (lo que ahora llaman caifán) de la gran Domitila, reina de las fonderas de la Huasteca; también era padre de otro Medellín, al que llamábamos el Mechudo, que era capitán y después militó a mis órdenes contra los delahuertistas y los cristeros. Los dos hermanos Medellín me fueron muy adictos toda su vida.

Quiero relatar aquí una repetida coincidencia en la Huasteca de aquellos tiempos. Todas las grandes fonderas tenían su "marrón". Domitila tenía al tahúr Telésforo Medellín; Cecilia, en San Vicente Tancuayalab, tenía al aristócrata de pueblo Federico Guerrero, que se hacía llamar don Federico y decía ser mi pariente; Lorenza (doña Lencha), también de San Vicente Tancuayalab, tenía un tal Luis que le amarraba el zacahuil, según ella misma decía para que no le saliera "pinto" y que por eso le era indispensable; Leonarda, de Axtla (hoy Villa Terrazas), tenía a Melesio, pero éste no era propiamente "marrón", pues era un valiente soldado revolucionario, peleador y muy borracho, que fue asistente del general Pedro Antonio Santos en la revolución maderista y que siguió combatiendo a nuestro lado en la revolución constitucionalista contra Victoriano Huerta, y digo que Melesio no era propiamente un "marrón" porque él "se ayudaba" lazando

toros ladinos con los que surtía su carnicería, pero no dejó nunca de disfrutar de la formidable cocina de Leonarda y de un lugar de descanso en casa de ésta. Además, Melesio estaba legalmente casado con Leonarda. Todas estas mujeres que he mencionado fueron cocineras de mi casa y Domitila y Lorenza mis compañeras de campaña, esta última hasta la guerra contra los cristeros en Guanajuato. Creo que mi buena salud y mi ánimo se deben en gran parte a los deliciosos guisos de la cocina huasteca, que estas grandes mujeres condimentaron para mí a lo largo de mi vida por lo que les rindo homenaje.

Terminada la "parranda" en La Casa Colorada, la tienda más importante, propiedad de mi amigo el comerciante Eugenio Morán, me fui acompañado del general Horacio Lucero, Braulio M. Romero, coronel Lucio Lárraga, doctor Abel Cano, los Velarde, Jesús Jonguitud (el de Palo de Rosa) y los demás amigos a disfrutar de una suculenta comida huasteca, servida como para unas cien personas y rociada con coñac y cerveza al tiempo, pues en aquella época, en Tancanhuitz, no había hielo. Concluida la comida, como no fui a descansar, me fui a visitar una a una las danzas de indios huastecos que ya estaban en la plaza, con los que platiqué y les dirigí bromas en su lengua, haciéndolos reír.

Por la noche se celebró en el palacio municipal un baile en mi honor al que concurrieron todas las familias de Tancanhuitz, excepción hecha de las emparentadas con el doctor Agustín Vidales, viejo huertista que el Partido Cooperatista, que encabezaba el vendepatrias Jorge Prieto Laurence, había impuesto como diputado al Congreso de la Unión sin haber obtenido ni un solo voto ni haberse parado en la Huasteca, atropellado el legítimo y unánime triunfo que en las elecciones había obtenido el licenciado Antonino M. García, sólo porque era santista y en México los delahuertistas, en ese tiempo, dominaban la Cámara.

Se celebró el baile en el cual el orador guatemalteco Batres dijo unas palabras propias para familias y recitó unos versos de su cosecha. Luego, a nombre del ayuntamiento habló el secretario municipal, un señor que se llamaba don Guadalupe Padilla, que es el lambiscón más simpático que he conocido en mi vida y su servilismo no tenía límites. Este don Guadalupe Padilla, en una especie de discurso calibre 16 de septiembre de aquellos tiempos, me llamó El arcángel de la Huasteca, frase que le fue muy aplaudida y que provocó la más estruendosa risa de Braulio M. Romero, al grado que se le salieron las lágrimas, pero no de emoción, sino de euforia por la entusiasta adulación que me dedicó el secretario Padilla.

Una vez que se rompió el baile, empecé a bailar, como era natural, con las muchachas más bonitas; pero luego me fijé en una dama que a leguas se veía que no era huasteca por su porte y su vestido (estoy hablando del año de 1920, no de ahora que hay tantas comunicaciones, y que en unas cuantas horas las huastecas están en Estados Uni-

dos). Pues bien, esta dama era muy guapa y tenía como 25 o 26 años, vestía un elegante traje largo de noche, muy escotado como desafiando al clima de la Huasteca, nos encontramos con la mirada, que los dos sostuvimos fijamente. Le pregunté a Ismael Velarde: "¿Quién es esta dama?" El me dijo: "Es mi comadre Ernestina, la esposa de mi compadre el licenciado Sánchez, juez de primera instancia del distrito". A este juez yo no lo conocía, y Velarde se apresuró a presentarme a los dos. A la señora ya la pinté, ahora voy a pintar al juez "letrado y consultor" como irónicamente lo llamó desde entonces Braulio M. Romero. El "justo juez" era bajo de estatura, sin llegar a chaparro, tendría unos 52 o 53 años, el pelo totalmente cano y bien peinado, era hombre blanco de ojos claros, casi azules, de piel sonrosada y con una diferencia de una pierna a la otra como de diez centímetros, por lo que naturalmente era completamente chueco, o como decimos en la Huasteca, "renco". Cuando yo iba a invitar a la señora a bailar, ella se me adelantó cogiéndome del brazo y me dijo: "Ya lo vi bailar, baila usted muy bien, me gustaría bailar con usted". Yo le dije: "Sólo esperaba platicar un poco más con el señor licenciado para invitarla a usted, vamos a bailar". Braulio M. Romero no me perdía de vista un segundo. Las piezas de música se sucedían unas a otras, yo les hacía señas a los músicos para que continuaran alargando la "tanda". Se sucedieron piezas y más piezas de baile, y yo solo bailé el resto de esa noche con la señora del juez. Nuestro baile se fue haciendo más atrevido, cada vez favorecidos por la mortecina luz de las lámparas de petróleo que, aunque numerosas, ayudaban poco pues entonces Tancanhuitz no contaba, no digo con luz eléctrica, ni siquiera con lámparas de gasolina. En un intermedio del baile, me acerqué a Braulio y al general Lucero. Braulio me dijo: "Te están criticando mucho porque habiendo tantas muchachas bonitas que vinieron a tu baile ya no has bailado con ninguna, y sólo lo estás haciendo con la mujer del juez". Yo le contesté: "Comprendo que me están criticando, pero mañana me van a criticar más, pues esta hermosa azuleja no me la devuelven viva al corral. Comprendan —les seguí diciendo a Braulio y a Lucero— que todas las muchachas que están en este baile son hijas de mis amigos, y nunca haré el daño al pie del corral como lo hacen los tlacuaches".

Se bebió en el baile el suficiente coñac y la suficiente cerveza. Yo ya me había puesto de acuerdo con la esposa del juez "letrado y consultor", con Ismael Velarde y su mujer. Al terminar el baile, Velarde y su señora le dijeron al honorable juez que se iban a llevar a su comadre Ernestina a dormir a su casa porque me iban a preparar un desayuno, y que sólo tenían una criada, por lo tanto, requerían de su ayuda. La señora Ernestina, sin consultarlo con el juez, dijo que con mucho gusto y el letrado dio su plena aprobación para que se fuera su esposa a dormir

con los Velarde (tal vez él creía que iba a dormir), y nos retiramos momentáneamente cada quien por su lado.

Yo me fui con Braulio M. Romero, el general Lucero y Jesús Jonguitud a nuestros aposentos que teníamos en un llamado hotel ubicado en una casa de piedra junto a la plaza, muy limpio por cierto. Braulio y yo estábamos alojados en el mismo cuarto, el general Lucero y Jesús Jonguitud también juntos en un cuarto, y Batres, el orador poeta, en la solera de la casa.

Braulio era muy mordaz, muy irónico y no cesaba de hacer comentarios del discurso de Padilla, de los versos de Batres y de mi modo de bailar, que él calificó de estilo "trapiche", con la esposa del juez.

Ya como a las dos de la mañana, le dije a Braulio: "Los espero a todos a desayunar en casa de Ismael Velarde, a las ocho de la mañana". Me fui solo a donde tenía que ir, a la casa de Velarde; ahí me recibieron con una vela, para no dar mucha luz con los quinqués de petróleo. La bella hidalguense, pues la señora era nativa de Pachuca, me dijo que había chismes de que iban a quitar a su marido de juez, yo le dije: "No hagas caso de cuentos, ven a darme tu confianza y recibe la mía".

Por la mañana, cuando ya teníamos ensillados los caballos para regresar a Valles y tomar el tren para la ciudad de San Luis Potosí, llegó mi compadre Arturo Velarde, que era el presidente municipal de Tancanhuitz y además era hermano de Ismael Velarde, el líder político en el distrito, con la noticia de que había llegado, procedente de la Ciudad de México, el diputado al Congreso de la Unión doctor Agustín Vidales.

A este doctor Agustín Vidales lo voy a "pintar" para que lo conozcan, era hijo del diputado porfirista Rómulo Vidales, muy déspota y muy engreído. Antes de la Revolución le mandaron poner una emboscada en el camino a Ciudad Valles, en un sitio llamado La Vuelta del Aguacate, don Salomón Morales, cacique de Huehuetlán, en complicidad con los hermanos Francisco, Luciano, Lidio, Elías y José María Medina, de Coxcatlán. La emboscada la comandó el principal sayón de don Salomón, que se llamaba Trinidad González. El escándalo fue muy grande en aquellos tiempos, y como don Salomón se las estaba viendo muy feas y los Medina fueron aprehendidos y presos en la cárcel de Coxcatlán, don Salomón optó por mandar matar a los cinco hermanos Medina en la cárcel, naturalmente con su sayón Trinidad González al frente de un grupo de jinetes enmascarados que entraron en la cárcel por la noche, gritando: "¡Viva don Francisco Morales!" Este don Francisco Morales era el único que se podía llamar enemigo de don Salomón Morales, pues era hombre de dinero y de valor, aunque no tanto como don Salomón, que era el más rico de la Huasteca, dueño de la hacienda de Hichihuayán (ahora pueblo), donde engordaba tres mil novillos; del rancho La Esperanza, donde engordaba mil; propietario de grandes ca-

fetales y de moliendas de caña. A los Medina, cómplices de la muerte del diputado Rómulo Vidales, los mandó matar don Salomón, naturalmente para que no "cantaran", pero algún tiempo después don Salomón le mandó amarrar una puerta de "golpe" a su enemigo don Pancho Morales, camino a su rancho y al agacharse don Pancho a desamarrar la puerta, Trinidad González, que estaba emboscado con los suyos, le descerrajó una descarga a "boca de jarro", muriendo don Pancho Morales en el acto.

Don Salomón y don Pancho Morales no eran parientes y corrió la voz de que a don Pancho Morales lo mandaron matar amigos de los finados Medina.

Estoy haciendo extenso este relato para poder "pintar" al diputado cooperatista, huertista doctor Agustín Vidales. Este tal se lanzó apoyado por el Partido Cooperatista, que encabezaba el vendepatria y espía de la embajada norteamericana Jorge Prieto Laurence. El doctor Vidales no se paró en el distrito ni tuvo votos en las elecciones, pero sí llenó, con sus retratos de propaganda, todo el camino de la parte de Valles a Tancanhuitz perteneciente a ese distrito, y mandó repartir cerillos y abanicos con su retrato, cosa que entonces era una novedad, todo esto financiado por Ignacio Morales, hijo de don Salomón Morales, el que mandó matar a su padre. En esa ocasión, se me presentó Ignacio Morales en la ciudad de San Luis Potosí, diciéndome que los votos de Huehuetlán iban a ser todos para mi candidato a diputado al Congreso de la Unión, que lo era mi amigo y primo político el licenciado Antonino M. García, pero que era cierto que Vidales lo fue a ver en México al hotel en que se alojaba, le pidió dinero para su campaña y en cambio le ofreció que olvidaría para siempre el asunto de La Vuelta del Aguacate, que no volvería a mencionar al ya finado don Salomón Morales, y que a él le ofreció su amistad. Me siguió contando Ignacio Morales (hijo predilecto de don Salomón Morales) que con todo gusto le dio al doctor Vidales el dinero que le fue a pedir, y hasta le ofreció recibirlo en su casa de Huehuetlán cuando fuera de gira por el distrito, para exhibirlo en la Huasteca, como un vil mercenario. Que comprendiera —siguió diciéndome— que era una oportunidad para demostrar que su padre don Salomón mandó matar a un tipo repugnante, como ahora lo era su hijo el doctor Agustín Vidales. Los dos cumplieron el trato: el doctor Agustín Vidales nunca más volvió a culpar al finado don Salomón por la muerte de su padre, "el muerto al pozo y el vivo al negocio".

Este doctor Vidales estudió para maestro de escuela en la Normal de San Luis Potosí, donde fue condiscípulo del precursor de la Revolución, después general, don Antonio I. Villarreal, ministro de Agricultura y Fomento en tiempo del general Alvaro Obregón y varias veces candidato fracasado a la presidencia de la República. El tal Vidales fue siempre porfirista, después huertista, jamás siguió a Villarreal en sus

aventuras revolucionarias, pero a la caída del señor Carranza no sé cómo se acercó a Adolfo de la Huerta, tal vez por conducto de don Rafael Nieto, a quien mi hermano Samuel hizo gobernador del estado de San Luis Potosí, y Vidales tenía amistad con él; bueno, todo un logrero.

Ya dejé bien retratado a este tal por cual. Ahora voy a relatar lo sucedido en Tancanhuitz: llegó el doctor Agustín Vidales, esta vez ya con fuero federal, con el exclusivo objeto de registrar la candidatura de su cuñado Manuel Horta, alias el Caracoles, para que jugara como diputado a la legislatura local del distrito de Tancanhuitz en contra de mi candidatura.

Faltaban dos días para que se cerrara el registro de candidatos y solamente la mía había sido registrada, por el Partido Liberal Obrero de San Luis Potosí; desde luego, tomé la determinación de aplazar mi regreso para ver qué pasos daba Vidales. Ya cerca del mediodía se presentó Vidales, acompañado de su cuñado Manuel Horta, con un oficio del Partido Cooperatista donde pedía el registro de Horta como diputado local. Vidales le entregó el oficio al presidente municipal Arturo Velarde; como suplente registraba el Cooperatista a un individuo que nadie en la Huasteca conocía, era un potosino de nacimiento, emigrado a México, llamado Melitón Uribe, oriundo de Xilitla y que había sido sacristán en la iglesia de un barrio de la ciudad de San Luis Potosí. Leído que fue el oficio por el secretario don Guadalupe Padilla, y antes que el presidente municipal dijera una palabra, el gran Padilla encarándose con Vidales le dijo: "Aquí no podemos registrar ningún candidato de ningún partido, pues ya está registrado el coronel Santos, que la Huasteca entera ha proclamado como su jefe, y si ustedes no están conformes ahora mismo vamos a mandarle decir a don Gonzalo (ya entonces algunos me decían don) qué órdenes tiene que darnos a este respecto". Vidales alegó sus razones, tratando de exigir que le dieran el registro, y en eso estaba cuando yo monté a caballo, acompañado de Braulio M. Romero, del general Lucero, de Jesús Jonguitud, de Lucio Lárraga, del doctor Abel Cano y de nuestros asistentes; es ocioso decir que todos portábamos pistolas y carabinas, y enfilamos rumbo a la presidencia municipal.

El presidente municipal Arturo Velarde, que nos vio venir, le dijo al diputado doctor Vidales: "Ahí viene mi jefe, con él puede usted arreglar este asunto". Vidales y su cuñado Manuel Horta me vieron cabalgar acompañado de mi grupo, como a cuatrocientos metros de distancia y sin ningún pudor se salieron por la puerta trasera del palacio municipal, dieron un rodeo por la cárcel y otros rodeos más, encaminándose a la casa de Manuel Horta, donde Vidales estaba alojado. Los míos y yo los vimos salir a pie y precipitadamente entramos a caballo hasta la puerta de la presidencia municipal, y llegamos a la oficina arrastrando las espuelas. "Aquí huele a mierda —les dije—, pues pare-

ce que estaba presente el cabrón de Agustín Vidales y su escudero el Caracoles". "Sí, —me dijo mi compadre Velarde— nomás los vieron venir a ustedes y ya ni hablaron, ni siquiera se acordaron del oficio que aquí dejaron en la mesa". Velarde tomó el pliego del Partido Cooperatista, y me lo entregó a mí, lo leí y luego les dije al presidente municipal Velarde y al secretario Padilla: "Si vuelven estos hijos de puta, les dicen que este pinche papel del Partido Cooperatista no me sirve ni para forrarme los huevos". Rompí el oficio en muchos pedazos, y lo arrojé fuera de la puerta.

Comimos en el hotel donde nos alojábamos, pues ya no había tiempo para agasajos en casa de Ismael Velarde con la dulce compañía de Ernestina. A mí me encantan las hijas de Eva, pero cuando estoy en lucha ni siquiera me acuerdo de ellas.

Mandé a un indio a la casa de Horta, donde Vidales se alojaba, disfrazado de vendedor de mangos para espiar cuáles eran sus movimientos. Regresó el indio, y en idioma huasteco me informó que Vidales y Horta estaban comiendo solos, que la mujer de Horta, que era hermana de Vidales, les había preparado la comida y estaba sirviendo la mesa, que él le dijo a Vidales a través de Horta, que hablaba bien el huasteco, que esos mangos se los llevaba de regalo al doctor, pues él era perseguido de las autoridades. Se tragaron la mentira y los mangos.

Después de la comida en la que estuvimos acompañados de muchos amigos, mandó Ismael Velarde, que he dicho que era el líder, a traer tres o cuatro danzas para que bailaran en mi honor en el hotel. Yo me puse uno de los gorros que los indios usan para bailar la *Danza de las Varitas* (esta danza representa, según la versión de los indios huastecos, la entrada de la infantería española en México), me puse los cascabeles respectivos en los tobillos, agarré la varita (estas varitas consisten en una imitación de lanza con muchos listones de colores), me "aprevine" de un "chinchín" (sonaja silvestre de "tima"), y pegando el grito que los indios lanzan al comenzar este baile guerrero, empecé a bailar junto con ellos formando el círculo humano que se hace en esta danza.

Después de haber bailado algunas horas y platicado con los indios en huasteco, invité a mis compañeros, los cuales ya he mencionado, que nos fuéramos a bañar al arroyo de los Carrizos, y la emprendimos montados en nuestros caballos para darnos un agradable refrescón. Cuando regresamos ya había oscurecido, y nos estaba esperando una música de huapango con la que después de haber mandado desensillar nuestros caballos y darles ojite (árbol silvestre forrajero), sacamos un "gallo" y fuimos a cantar a las casas de nuestros amigos. Eso sí, nuestros asistentes portaban sendas botellas de coñac, que es lo que en aquellos tiempos solíamos beber. Cuando ya habíamos recorrido la mayor parte de las casas de nuestros adictos, nos fuimos a iniciativa mía a la casa de Manuel Horta, donde ya dije que se alojaba Vidales. Se

"arrancaron" los músicos, que eran: el de guitarra Salustiano Domínguez, y no Rogaciano como lo llaman ahora los músicos "chilangos", que tanto daño han hecho a nuestra música vernácula, corrompiéndola y falsificándola y de violín Santiago Vidales (Chago), no emparentado con el doctor Agustín Vidales ni con su ralea. Después de cantar dos o tres sones, propuse yo, en voz baja, a mis compañeros, que descargáramos nuestras pistolas al techo de la casa que era de lámina de zinc, que nadie tirara más abajo y menos a la puerta o a las ventanas, porque ahí estaba la hermana de Vidales, que no se trataba de herir a nadie sino solamente de asustarlos, y que no se lanzaran gritos soeces por consideración a la mujer; todos estuvieron de acuerdo, y los primeros en descargar sus pistolas fueron el doctor Abel Cano y el coronel Lucio Lárraga, y después disparamos todos. El ruido de las armas era infernal pues todos portábamos pistolas de grueso calibre y las balas, al pegar en la lámina del techo, hacían un ruido ensordecedor. Después de descargar cada quien su pistola, mandé a los músicos tocar *Las Golondrinas* y cantarlas. De dentro de la casa no salió ni el menor ruido, nos retiramos al hotel, y nuestros amigos a sus casas democráticamente.

Al otro día, muy temprano cuando ya teníamos los caballos ensillados, mandé otro indio a la casa de Manuel Horta a ofrecer en venta, muy barato, un ayate de café. Manuel Horta, que era muy pendejo, le compró a precio de ganga el café al indio y el huasteco le dijo que su mujer estaba enferma, que si el *pailón* (jefe) *culandelo* (doctor) no le podía mandar unas medicinas que la *ushum* (mujer) *cual an caquel* (tenía fiebre). El Caracoles le dijo que el doctor se había ido al amanecer porque la *tene cab* (gente mala) santista lo quería matar y que él se iba dentro de un rato a pie y por veredas para San Antonio Cuayojohs, de donde él era nativo.

Ya que regresó el indio, llamé a los Velarde, a Lucio Lárraga y al doctor Cano para recomendarles que se hicieran de "la vista gorda" con Manuel Horta, que no lo siguieran ni le interrumpieran su fuga.

Montamos a caballo, nos despedimos de nuestros amigos y emprendimos la marcha para Ciudad Valles, donde Braulio M. Romero y yo tomamos el tren para San Luis Potosí. Los demás compañeros se fueron a sus pueblos, y nuestros asistentes se llevaron los caballos de "mano" para Villa Guerrero.

Después de las elecciones, que esta vez fueron extraordinarias, pues sólo se verificaron en el distrito de Tancanhuitz por haber declarado la legislatura local la nulidad de las elecciones anteriores. Presenté mi credencial al colegio electoral, la que inmediatamente fue aprobada por unanimidad de los 14 diputados que la componían e inmediatamente los diputados nos constituimos en bloque, del cual me nombraron presidente también por unanimidad y, al cambio de la mesa directiva del Congreso, resulté presidente de la legislatura, es decir, en mi carrera parlamentaria empecé de líder y líder fui durante toda mi vida parlamentaria, las nueve veces que fui diputado y las dos veces que fui senador de la República. También, cuando se constituyó el bloque de gobernadores, me tocó en suerte empezar de líder de los ejecutivos de los estados, y permanecí como presidente del bloque de gobernadores los seis años que duró mi mandato como gobernador del estado de San Luis Potosí. Fueron secretarios del bloque que yo presidí durante seis años, entre otros: don Isidro Fabela, gobernador del Estado de México, y Adolfo Ruiz Cortines, gobernador de Veracruz.

Convocó la legislatura local a elecciones de ayuntamiento en todo el estado, y fundé un partido que se llamó Liberal Republicano, pues el Partido Liberal Obrero, al cual pertenecíamos mi hermano el general Samuel M. Santos y yo, estaba constituido por obreros y alguno que otro profesionista, pero la clase obrera en San Luis Potosí en aquel tiempo era muy limitada. En el confesionario los curas hacían labor contra el sindicalismo y la gente estaba muy fanatizada, además yo podría ser un ranchero, un militar, un político, pero no un obrero, y me parecía mi posición falsa, por lo que formé el Partido Liberal Republicano, habiendo renunciado al Liberal Obrero en una sesión que para el caso se convocó, explicándoles que quien quisiera acusarme de poco sincero por mi situación política dentro del Partido, lo podía hacer con todo derecho, que el Partido que estaba formando, y que al fin formé, era de los que ahora se llaman sector popular. Estaban dentro del Partido todos los comerciantes mexicanos, los agricultores, los ganaderos y los pocos agraristas que había entonces en el estado, pues el Partido era de carácter estatal.

El gobernador Rafael Nieto lanzó una planilla municipal en la ciudad de San Luis Potosí de acuerdo con su programa con Manrique, apoyado de un partido que Nieto había formado con ridícula minoría, la que encabezaba la casi totalidad de los maestros de escuela de la ciudad, por lo que nuestro pueblo agudo bautizó con el nombre de "Partido de los Maistros".

Se realizaron las elecciones de ayuntamiento de los 56 municipios del estado, el Partido Liberal Republicano, que yo dirigía, ganó 53 municipios, pues en el municipio de Cerritos no presentamos planilla por cortesía al gobernador Rafael Nieto, con quien ya estábamos de pique, pero no habíamos quebrado relaciones, me refiero al municipio de Cerritos de donde Nieto era nativo; en el de Ciudad del Maíz, apoyamos al candidato del jefe del sector militar, general Saturnino Cedillo, con quien estaba yo políticamente aliado, y el tercer municipio de muy reciente creación, Vanegas, de donde Manrique controló para su planilla los 200 votos de los 200 ciudadanos que había en el lugar, pues

todavía en aquel tiempo México no disfrutaba de las "delicias del matriarcado".

El triunfo más redondo fue el de la capital, donde la candidatura de Urbano Pérez obtuvo cerca de los cinco mil votos y la planilla de los "Maistros" obtuvo alrededor de 250 votos. Todas las casillas las ganamos a la buena. Estas fueron verdaderas elecciones.

Yo fundé un periódico que se llamaba *El Monitor Republicano,* órgano del Partido Liberal Republicano, muy bien escrito y aunque el que aparecía como director del periódica era yo, porque así convenía a mi fuero de diputado, el verdadero director era el licenciado Book, un guanajuatense muy inteligente y muy dado a la "uva". En *El Monitor Republicano* colaboraba el muy inteligente licenciado y laureado poeta Luis Castro y López, potosino; el también guanajuatense, inteligentísimo licenciado Ernesto Martínez Macías, a quien después hice diputado al Congreso de la Unión por un distrito de Guanajuato y otras personas más, todas a título gratuito con excepción del licenciado Book, cuyo nombre siento no recordar, poseía muy pocos recursos y al que sí le fijamos un sueldo de mil pesos mensuales, que era bastante para los principios de los años veinte.

Con el Partido Liberal Obrero que siguió jefaturando mi hermano el general Samuel M. Santos, y con el flamante y victorioso Partido Liberal Republicano, del cual yo era presidente y jefe nato, consolidamos nuestras fuerzas políticas en el estado. En la capital de la República no habíamos hecho ligas con ninguno de los posibles sucesores del general Alvaro Obregón en la presidencia de la República, pues mientras Samuel simpatizaba con el general Antonio I. Villarreal, ministro de Agricultura y Fomento, yo me entendía directamente con el presidente Obregón a quien yo le vi claras intenciones de apoyar al general Plutarco Elías Calles, ministro de Gobernación, para que lo sucediera en la presidencia. El ministro de Hacienda, Adolfo de la Huerta, apoyaba, con toda su influencia y dinero a su disposición, al Partido Cooperatista que le era adicto y que encabezaba el tantas veces ya citado vendepatria, traidor, espía de la embajada norteamericana a sueldo, Jorge Prieto Laurence. Ese era el panorama.

El licenciado y diputado Antonio Díaz Soto y Gama en ese tiempo era callista furibundo y Aurelio Manrique, que tenía por seguidor al profesor Graciano Sánchez, de origen porfirista y huertista, muy desprestigiado políticamente en el estado, al frente de un corto grupo de maestros de escuela que se titulaba Partido Reformista Independiente. Manrique, que también era callista, como ya quedó dicho, contaba con el ayuntamiento del recientemente creado municipio de Vanegas, que daba en las urnas un contingente un poco mayor de 200 votos. Esta era la situación, cuando se acercó la renovación de la legislatura del estado y se abrió la campaña.

Con Obregón hasta el último cartucho

Indio, gachupín o gringo, al que se atraviese lo chingo

Eramos candidatos a la legislatura local: líder, diputado Gonzalo N. Santos; diputado José Santos Alonso; diputado licenciado Manuel Rodríguez Martínez; diputado Pío Mendoza; diputado Ciro P. Purata; diputado profesor Elfego Reyes: diputado teniente coronel Ermilo Carreño; diputado Gabriel Macías (periodista); diputado profesor Ciriaco Cruz; diputado Manuel Nava (no de la raza de los sinarquistas, sino obrero minero de Matehuala); diputado Cosme Rocha; diputado Manuel Fraga (representante del general Saturnino Cedillo); diputado Villanueva (ferrocarrilero); diputado Rosalío Bustamante (exmagonista precursor de la Revolución); diputado profesor Gabriel Martínez y diputado Felipe Gordoa.

Con excepción del diputado profesor Gabriel Martínez y Cosme Rocha que eran nietistas, y del periodista Gabriel Macías que era nietogonzalosantista (a quien después hice diputado al Congreso de la Unión por el distrito de Pinos, Zacatecas, de donde había salido niño y nunca había vuelto), todos los demás éramos declaradamente santistas; unos, la mayoría, miembros del Partido Liberal Republicano y otros del Partido Liberal Obrero, todos reconociendo mi liderato.

Me trasladé a la Huasteca y por segunda vez lancé mi candidatura en el distrito de Tancanhuitz, aunque ahora no empecé mi gira por Ciudad Valles, sino por Villa Guerrero, en donde me reuní con Braulio M. Romero, que era presidente municipal, el coronel Lucio Lárraga, Macario y Benjamín Balderas, los jefes de armas y política en San Vicente Tancuayalab, a quienes les encargué diversas comisiones. A Braulio lo mandé a Ebano, para que trajera a mi presencia a un ciudadano norteamericano, llamado *Mr.* Watts, que era el jefe del campo en Ebano, lo que quería decir de la hacienda El Tulillo que en cuanto a ganadería se refería y que pertenecía a la Huasteca Petroleum Company; el pueblo y los campos petroleros que pertenecían a la misma compañía, eran administrados por separado por *Mr.* Steve.

Mr. Watts me había ido a ver a la ciudad de San Luis Potosí para ha-

cer de mi conocimiento que un bandolero "gringo" de mucho fuste llamado Monty Mike, ya había mandado un propio para que le dijera a *Mr.* Watts que si para tal fecha no le entregaba treinta mil pesos oro, lo iba a matar.

Este Monty Mike alegaba haber perforado un pozo de petróleo en la Huasteca veracruzana que salió muy productivo, y que las compañías norteamericanas lo "sitiaron" perforando pozos alrededor del suyo, que se lo secaron. Sostenía que lo habían arruinado en forma ilícita, y se dio a la tarea de "vengarse", según él, secuestrando altos funcionarios de las compañías petroleras y exigiéndoles grandes rescates. Llevó a cabo Monty Mike más de siete de estos secuestros de puros norteamericanos, amagó en cierta ocasión de secuestro y rescate a mi amigo el licenciado William F. Buckley, padre del actual senador norteamericano por el estado de Nueva York, James Buckley. William lo citó a tomar una copa en el café La Parroquía en Tampico, por instrucciones mías y una vez que Monty Mike compareció a la cita de Buckley, me encontré yo presente, y le dije a Monty Mike: "¿Sabes quién soy yo?" El me contestó: "Sí, señor coronel diputado". "Bueno —le dije—, si tú sabes quién soy yo, yo te voy a decir quién eres tú: posible difunto si te metes con mi amigo Buckley". Ahí terminó nuestra conferencia.

La "visita" que le haría Monty Mike a *Mr.* Watts no se trataba de secuestro, sino de recoger los treinta mil pesos oro que exigía o le arrancaría la "zalea" a *Mr.* Watts. Ya en Villa Guerrero nos pusimos de acuerdo para que *Mr.* Watts citara a Monty Mike dentro de ocho días a partir del día siguiente de nuestro encuentro, mientras reunía el ganado y juntaba el dinero. Le ordené a Juan de Dios Santos, primo hermano mío, que era el jefe en Ebano de cuarenta veladores muy bien armados y bien montados (Juan de Dios fue nombrado para ese puesto por mi hermano el general Samuel M. Santos, desde que Samuel era administrador de la aduana y condestable del puerto de Tampico y entonces comandante militar del estado de San Luis Potosí. El Primer Jefe, don Venustiano Carranza, había ordenado desde Veracruz que los veladores de las compañías petroleras, llamadas después Guardias Blancas, fueran controlados por los comandantes militares, de acuerdo con sus jefes designados y con el general Samuel M. Santos) que de acuerdo con *Mr.* Watts pusiera dos emboscadas por el camino que iba a dar a la casa de éste en el campo de Ebano (no del pueblo). Le señalé a Juan de Dios dónde debería poner las emboscadas de 20 hombres cada una; la primera rumbo a Pánuco y la segunda rumbo a Ebano, a una distancia de un kilómetro una de la otra con el objeto de que Monty Mike y su partida de forajidos filibusteros entraran al "carril" teniendo una emboscada atrás y otra adelante, o como decía Domingo Arrieta: "dos manguardias"; y que de ser posible agarraran vivos a algunos de estos bandidos para justificar nuestra acción, pues las instrucciones eran de

semi exterminarlos a todos, incluyendo a Monty Mike. En eso quedamos *Mr.* Watts, Juan de Dios Santos y yo. Recomendé a Braulio M. Romero que estuviera pendiente de esta cuestión, y que yo regresaría a Villa Guerrero un día antes del plazo fijado a Monty Mike.

Mientras esto sucedía, mandé a Lucio M. Lárraga acompañado de Chico Zúñiga, un indio huasteco tartamudo dependiente mío; del "gringo" Carlos Oliver, un joven rico, huasteco, muy trabajador, hijo de norteamericano y mexicana; de Ezequiel Ahumada, exmayor villista, un verdadero líder campesino, y de su primo Marcial Lárraga y de los rurales de Villa Guerrero que el propio Lucio Lárraga comandaba y un numeroso grupo de indios a cuya cabeza iría Chico Zuñiga, a que se arrastraran como culebras por la selva de Malilijhá, municipio de Tanlajas, y con órdenes de que "peinaran" el monte hasta dar con el indio Agustín Manitas que andaba en armas y había puesto varias emboscadas a las fuerzas del gobierno. Este Agustín Manitas no hablaba ni una palabra en español y era larraguista de "hueso colorado". Les ordené que lo exterminaran junto con su gavilla de indios rebeldes.

Agustín Manitas junto con su núcleo de 40 o 50 indios huastecos era lo único que quedaba de larraguistas en armas en la Huasteca. Para entonces el bandolero Manuel C. Lárraga se encontraba desterrado en San Antonio, Texas.

Para evitar confusiones, aunque alargue un poco este relato, debo aclarar que el coronel Lucio Lárraga, santista hasta los huesos, y Manuel C. Lárraga, nuestro acérrimo y siempre vencido enemigo, eran primos hermanos y tan enemigos entre sí o tal vez más que de nosotros. A Manuel Lárraga lo siguieron muy contados Lárragas, a mí me siguieron hasta su muerte todos los demás Lárragas de la época, que eran la inmensa mayoría.

Planeado todo este movimiento, recomendé a Braulio M. Romero que también vigilara la expedición de Lucio Lárraga y de sus compañeros contra el indio Agustín Manitas y, acompañado de Macario y Benjamín Balderas y de mis asistentes, enfilamos para San Vicente Tancuayalab, Tanquián Escobedo, Tampamolón Corona, habiendo rendido jornada en Coxcatlán.

Aun cuando yo era candidato por el distrito de Tancanhuitz, mi expedición la hice partiendo de Villa Guerrero, que era distrito de Ciudad Valles, pues lo de diputado era para mí asunto secundario, de lo que se trataba era de consolidar nuestra posición bélico-política en la Huasteca, principalmente, y en todo el estado de San Luis Potosí.

De Coxcatlán regresé a los hermanos Balderas a San Vicente Tancuayalab, para que "taparan" cualquier salida que de Malilijhá intentara el indio Agustín Manitas. Malilijhá era una selva virgen muy intrincada, dentro de la cual nunca se veía el sol; ésa era la madriguera del indio Agustín Manitas.

Después de unas cuantas horas de alto en Coxcatlán, y de haber cenado en la casa de Manuel Alvarez, que era el presidente municipal y estaba casado con una sobrina mía llamada Carmelita Santos, sacudimos un poco las sillas de nuestros caballos y volvimos a montar, pero ahora iba yo acompañado del coronel José Castillo, jefe de las Defensas Rurales en aquella región y de una escolta de 25 hombres de caballería y de mi muy estimado y leal amigo Atanasio Jonguitud, que no tenía ningún puesto ni aspiraba a ninguno; en estos navegares me acompañaba en su calidad de amigo personal y muy adicto. Atanasio iba bien montado, bien armado, y con sus propios gastos en la bolsa. Ahora llevaba yo por asistente a un muchacho muy brioso de Nispishol o del Corosal, Veracruz, no estoy seguro, apodado el Tigrillo, pues mi viejo asistente Ciriaco Guzmán, que era propietario de un pequeño rancho en el antiguo Tamuín y de unas 50 o 60 cabeza de ganado, lo había curado un hierbero de su eterna borrachera, y cuando se volvió sobrio quedó hecho un ente abúlico que no servía para nada.

Nos dirigimos a Xilitla por los ranchos Comaca y El Cristiano, para trepar por Los Cajones a la sierra de La Silleta y llegar a Xilitla.

En Xilitla primero hicimos una reunión de esas que ahora se llaman convenciones, compuesta por los principales amigos de Xilitla, por todo el municipio y de los jefes de las Defensas Rurales de la sierra La Silleta, todas a las órdenes del coronel José Castillo. Al terminar la reunión se verificó un desfile de campesinos armados, pues los que no lo estaban no había para qué quitarlos de sus trabajos. Hicimos varias pláticas, sin llegar a discursos que no tenían objeto y que no se acostumbraban entonces en la Huasteca, ratifiqué mi apoyo al coronel José Castillo como jefe de toda la sierra La Silleta, y les hice un exhorto a todos los armados a que lo siguieran con obediencia y disciplina.

Por la noche hubo danzas en la plaza, de indios huastecos y mexicanos, baile no, pues en Xilitla las familias eran cerradas y el ambiente en ese terreno frío, un poco conventual. Las danzas bailaron *Las Chalecuas* (una danza que simboliza a los caballeros tigres y que ejecutan con cueros de fieras a la espalda, tigres, pumas, jabalíes, etcétera y cencerros en el pescuezo).

Por la mañana nos dedicamos a visitar algunos cafetales a caballo, entonces la sierra de Xilitla era muy bella, llena de gigantescos árboles, miles de magnolias, camelias silvestres, gigantescos helechos y múltiples cascadas por todos lados, ¡qué diferente era la Huasteca de entonces!

Acordamos, a iniciativa del coronel Castillo, jugar unas peleas de gallos en la salida del pueblo, antes de que me retirara de Xilitla y comiéramos en unas casitas de la salida, donde él mandó preparar la comida. Los amigos llevaron los gallos, las navajas, los hilos, las botanas y las cubiertas y nos "agarramos" en un mano a mano el doctor Samuel Vázquez y yo jugando varios "topetones". Mientras llegaba la hora de comer y cuando ya habíamos jugado varias peleas en las que los amarradores y soltadores éramos el inocente doctor Samuel Vázquez y yo, no necesitábamos de juez para entendernos, llegaron por una vereda al ranchito donde estábamos, en forma precipitada, el presidente municipal Brígido Meléndrez y el secretario del ayuntamiento Emilio G. Castro (originario de Tampamolón y puesto por mí en el ayuntamiento). Se notaban muy agitados: "¿Qué pasa?", les pregunté. "Gran novedad", me contestó Brígido Meléndrez. "¡Venga!", le contesté mientras quitaba los hilos de mi gallo que acababa de ganar. Meléndrez me contó: "Llegó al pueblo un tal general Gorozabe, pelaecista, de muy mala fama y con otros nueve hombres muy bien armados y montados que lo acompañan, casi todos extranjeros; entraron en el palacio municipal llevando preso a mi cuñado don Vicente Zorrilla; nosotros, Emilio y yo (refiriéndose al secretario del ayuntamiento), nos "pelamos" por la puerta de atrás y alcanzamos a ver cómo desarmaban al comandante de la policía; todos tenían muy mala catadura —siguió diciéndome Brígido—, seguramente que tú has de saber quién es este Gorozabe". "Sí —le contesté—, es un 'gachupín' muy asesino, pelaecista que la ha hecho de general en las filas de Manuel Peláez. ¿Qué más?", le pregunté. "No tuve tiempo de saber más —me contestó— y si no me doy prisa, no te lo estaría contando".

Se suspendió la pelea de gallos, y les dije a José Castillo, a Atanasio Jonguitud y al Tigrillo, que desde luego escondiéramos nuestros caballos en una ladera cercana, muy boscosa, y nosotros nos fuéramos a apostar a otro sitio lejos de los caballos; al coronel José Castillo le ordené que inmediatamente mandara gente del rancho donde estábamos por veredas a ver a su gente armada, y que se movilizaran conforme al plan que él creyera conveniente y José Castillo movilizó correos de a pie por las veredas. Yo le dije: "No esperes juntar toda tu gente, pues el tiempo pasaría y estos facinerosos se nos pelarían sin novedad, el asunto es obrar con rapidez".

Castillo se movió como el viento. En dos horas ya los segundos de Castillo le mandaron comunicar que habían reunido aproximadamente sesenta hombres, y que ya estaban movilizando "chorreados" (en diferentes filas) para tapar toda salida de la plaza, y que cuando estuvieran posesionados de los lugares convenientes, nos mandarían decir para que nosotros avanzáramos.

Tan luego llegó el correo de los lugartenientes de Castillo, avanzamos rumbo a la plaza, encaminándonos directamente a palacio municipal; para entonces serían como las cuatro de la tarde. Una vez que nos comunicamos por enlaces con los jefes de nuestra gente, les ordené que avanzaran al mismo tiempo, cuidando de no tirotearnos unos con otros, y que no dispararan sino hasta ver a los enemigos, y así lo hici-

mos. Cuando ya estábamos a la vista de los caballos de los bandidos, avanzamos desde todas direcciones, rápidamente José Castillo, Atanasio Jonguitud, Brígido Meléndrez, el presidente municipal, quedándose atrás únicamente el doctor Samuel Vázquez y el secretario del ayuntamiento, Emilio Castro.

Avanzamos por todos lados sobre la fortaleza de piedra que es la presidencia municipal de Xilitla, y cuando ya estábamos cerca, lancé mi viejo alarido de guerra y les grité: "¡Víboras chirreoneras, vengo a que me piquen! ¡A ellos!", y rompimos el fuego sobre los que estaban fuera de la presidencia municipal. Ellos nos contestaron con sus carabinas y Gorozabe salió rápidamente seguido de los que lo acompañaban rumbo a sus caballos, protegidos por el bloque de los que habían quedado afuera. Gorozabe y los suyos lograron montar, y, en carga desesperada, se echaron encima de nosotros pretendiendo romper el cerco, y dirigían sus fuegos principalmente a donde estaba yo acompañado de Castillo y de Atanasio.

Cuando el tiroteo estaba más fuerte, Atanasio Jonguitud se adelantó valientemente hasta quedar a unos cuantos metros de Gorozabe y le mató el caballo de un balazo en la frente, cayendo caballo y jinete en la calle empedrada.

Gorozabe hacía esfuerzos por sacar la carabina, pero no le dimos tiempo, pues el Tigrillo le pegó con todas sus fuerzas un culatazo, con su carabina, en la cabeza, Gorozabe que ya casi había logrado pararse, se dobló sin caer completamente, perdiendo su pistola que cayó lejos y entonces me acerqué yo acompañado de Castillo, Atanasio, el Tigrillo y otros dos soldados de la Defensa Rural, el coronel Castillo le descerrajó un cañonazo con su 45 en la cabeza y Gorozabe volvió a caer, pero sin perder el conocimiento, sacando rápidamente una jafa (larga navaja española), Castillo y Atanasio lo sujetaron fuertemente de la mano donde tenía la jafa, yo me acerqué y le pegué dos balazos en la otra mano con mi 45, haciéndosela pedazos; entonces quedó desarmado.

En la refriega, nosotros tuvimos tres miembros de la Defensa heridos, quedaron muertos cuatro bandidos y Gorozabe prisionero. Los demás se dispersaron, pero la gente de Castillo los acabó al día siguiente.

Yo tenía mucho interés en agarrar vivo a Gorozabe para saber qué conexiones tenía, y cuando ya lo teníamos dominado le dije al Tigrillo que se lo llevara a la casita donde estuvimos jugando gallos y dejamos la comida, pero al acercársele el Tigrillo y decirle: "Camine", Gorozabe, que andaba calzado con unas fuertes botas, le pegó una patada al Tigrillo en la espinilla que lo hizo dar alaridos de dolor; el Tigrillo, apuntándole con su pistola, le dijo: "Gachupín hijo de la chingada. Te voy a hacer un hayate a balazos". Yo le dije: "Te prohíbo estrictamente que le dispares, ni aquí ni en el camino. Con tu vida me respondes de la de él; llévatelo al rancho, y ahí me esperan". Antes de que se lo llevaran lo esculqué yo personalmente: le quité ciento ochenta dólares en billetes, los cuales me eché a la bolsa, la jafa y un reloj digno de un forajido, de oro de 18 kilates, de repetición, tres tapas, que en la maquinaria tenía dos diablos que al sonar las campanas pegaban martillazos uno de cada lado. Este reloj es una versión en miniatura del reloj de la catedral de San Marcos en Venecia, que muchos años después conocí (este reloj tan legalmente ganado ahora es propiedad de mi hijo Gastón). Recogieron la pistola de Gorozabe del suelo y sacaron la carabina de la funda de la que él no logró sacarla. Esculqué también las cantinas de la silla y encontré dos mil pesos oro; luego hice la repartición del botín. A Atanasio le di la pistola, y me dijo: "Muchas gracias". "¿Gracias por qué?" —le dije—, si te la ganaste a puros chingadazos". Al Tigrillo le di cien pesos oro, al doctor Vázquez, que curó a nuestros heridos, le regalé otros cien pesos oro; el resto íntegro se lo di a Castillo, diciéndole: "Toma de ahí tus gastos, y lo demás repártelo entre la gente". Castillo era muy "parejo" con los suyos, por eso tenía tanta gente; la carabina se la di al presidente municipal; el secretario Castro me dijo: "¿Y a mí qué me toca?" "A ti —le dije—, te regalo el caballo". "Pero si el caballo está muerto", me dijo. Yo le contesté: "Pues por eso te lo regalo, si estuviera vivo me quedaría yo con él".

Don Vicente Zorrilla, el rico ganadero y cafetalero secuestrado por Gorozabe, a los primeros balazos se "peló", y no le vimos ni el "polvo".

Regresamos al ranchito donde estuvimos jugando gallos antes de saber que Gorozabe estaba en la presidencia municipal de Xilitla, y ahí bajo un frondoso árbol de mamey le hice a Gorozabe su consejo de guerra, compuesto únicamente por mí; empecé a interrogarlo: "¿Qué partido amas, hijo de la chingada?", le pregunté. "Por el momento ninguno", me contestó. ¿"A qué has venido?, ¿para dónde ibas?", le seguí preguntando. El me contestó: "Iba para Agua Zarca, Querétaro, a conferenciar con el general Porfirio Rubio" (este Rubio era un viejo feroz, cacique de la sierra de Agua Zarca, estado de Querétaro, sustraído a la obediencia del gobierno, era enemigo de Castillo y después su asesino). "¿Qué ibas a tratar en esa conferencia?", le seguí preguntando a Gorozabe. Me contestó: "Iba a hablar con Porfirio y proponerle que me diera alojo en Agua Zarca y apoyo para asaltar el express del tren *Estrella* que corre de México a Laredo, pues en ese express siempre va mucho dinero; el Gobierno —siguió diciéndome— no me reconoce mi grado de general después de que los pelaecistas secundamos el movimiento obregonista". Yo le dije: "¿Y por qué andas revolucionando en México?, ¿por qué no te vas a revolucionar a España para tumbar al rey?" "Eso es otra cosa —me contestó—, estoy muy aclimatado en México". "¿Desde cuándo andas con las armas en la mano?", le pregunté. El me dijo: "Desde 1913 a las órdenes del coronel Querol" (Querol era un bandido muy asesino que tenía el grado de coronel en las filas de

Victoriano Huerta, y que fue de los que defendieron Tampico cuando nosotros atacábamos). Yo le dije: "De modo que empezaste de huertista, cabrón, ese solo hecho bastaría para fusilarte, como lo voy hacer". Entonces Gorozabe me contestó: "¿Con qué carácter me va usted a fusilar?" "Con el carácter de diputado —le contesté—, para algo me ha de servir el fuero, y dime cuál es tu última voluntad". "Que no me ahorquen", me contestó. "No serás ahorcado", le dije. Entonces el Tigrillo se me acercó, y me dijo: "Jefe, le pido por favor que no fusile a este cabrón, que me deje a mí vaciarle mi pistola, para curarme de la patada que me dio a 'traición'." Delante de Gorozabe le dije al Tigrillo: "Es tuyo, te lo regalo, llévatelo ahí, abajo del mamey, y quémalo". El Tigrillo no se hizo del rogar: "Vamos", le dijo a Gorozabe, que estaba muy golpeado y con la mano derecha hecha pedazos. Caminó muy erguido. "Vamos, hombre —le dijo al Tigrillo— tienes mucha prisa". "¿No quieres tomar algo antes de llegar al infierno?", le pregunté. "Sí —me dijo—, déme algo de aguardiente". Luego surgió una botella de aguardiente de caña de jobo de las que yo usaba en campaña, se la di a Gorozabe y de una sola empinada se tomó la mitad; después, dirigiéndose al Tigrillo, le dijo: "Anda, impaciente, vamos a terminar esto". Los dos caminaron hacia el mamey, que estaba a unos treinta metros de nosotros. Gorozabe se quitó su ancho sombrero texano, se lo entregó al Tigrillo y le dijo: "Ya que termines conmigo le llevas este sombrero a tu jefe, dile que lo guarde de recuerdo". El Tigrillo, que no había enfundado la pistola en toda la acción, le descargó todo el cilindro a Gorozabe y éste falleció y quedó cadáver yerto.

Después de la muerte de Gorozabe, dicté un telegrama para el general Samuel M. Santos, comandante militar del estado de San Luis Potosí. Este telegrama lo firmó el coronel José Castillo; en él le rendía parte al general Santos que habiéndose apoderado de la presidencia municipal el forajido español José Gorozabe al frente de un grupo de facinerosos filibusteros, habían muerto en la refriega Gorozabe y sus sicarios, habiendo tenido por nuestra parte tres heridos pertenecientes a la Defensa Rural, que el mismo Castillo comandaba. Así murió ese gachupín.

La comida que estaban haciendo mientras nosotros jugábamos gallos, ya estaba terminada, comimos y, escoltado por unos 25 jinetes de los de Castillo, nos despedimos Atanasio Jonguitud y yo de Castillo, de Brígido Meléndrez, de Castro, el secretario del ayuntamiento, y del doctor Vázquez.

Por El Cristiano nos fuimos para Axtla (hoy Villa Terrazas), ahí se despidió de mí mi gran amigo Atanasio Jonguitud que se fue para su rancho Palo de Rosa en el municipio de Coxcatlán.

Jesús y Atanasio Jonguitud siempre fueron mis grandes amigos y seguidores desinteresados, pues eran rancheros honrados, acomodados. Atanasio era de gigantesca estatura, ancho, sin ser gordo, muy bien

formado y muy bien parecido, era hombre serio. Jesús era alto, pero no tanto como su hermano, era valiente, pero no como Atanasio. Estos Jonguitud, de Palo de Rosa, aunque indudablemente eran del mismo origen vasco que los Jonguitud de Tampacán, no tenían parentesco con ellos y esto lo digo en honor de Atanasio y Jesús, pues ellos eran hombres leales, valientes y caballerosos, y los Jonguitud de Tampacán siempre fueron falsos y traidores. Los Jonguitud de Palo de Rosa, siempre fueron amigos leales de los Santos, y los Jonguitud de Tampacán fueron toda su vida reaccionarios, porfiristas, huertistas y clericales. Atanasio Jonguitud murió de una caída en su casa, como estaba diabético le vino un paro cardiaco. Jesús Jonguitud murió asesinado en su rancho Palo de Rosa por Rosendo González, hijo de don Braulio González, individuo que vivía exclusivamente de asesinar personas por paga. Yo mandé al coronel José Castillo a que persiguiera a Rosendo González, que vivía en los montes. Castillo lo capturó y lo fusiló inmediatamente, cumpliendo mis instrucciones. El hijo mayor de Atanasio Jonguitud el profesor y licenciado Carlos Jonguitud Barrios, es actualmente secretario general del Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza, lo que quiere decir líder máximo del profesorado mexicano y una de las fuertes columnas en que descansa nuestro Partido Revolucionario Institucional.

De Axtla (Villa Terrazas), continué para Tamuín, pasando por mi quemado pueblo Tampamolón Corona, Tanquián Escobedo, Cuayalab el Viejo, San José del Tinto, y rendí jornada en Tamuín. ¡Esos eran caballos!, ¡ésos éramos jinetes!

Una vez en Tamuín, regresé la escolta de Castillo, y me reuní con el coronel Lucio Lárraga, Chico Zúñiga (Francisco), Carlos Oliver y el mayor Ezequiel Ahumada, a quienes había encargado la persecución del indio rebelde Agustín Manitas. Ellos estaban muy contentos, me participaron que Macario y Benjamín Balderas le habían tapado la salida al indio Agustín Manitas por Cuayalab el Viejo, municipio de Tancuayalab y San Nicolás, municipio de Tanlajás, que esta maniobra les facilitó mucho la persecución de los indios rebeldes, a los que batieron en la selva de Malilijhá, habiendo caído prisionero el indio Agustín Manitas con una pierna quebrada por una bala expansiva que lo alcanzó, y para que no sufriera, Chico Zúñiga lo remató, y luego me dijo Chico: "Aquí le traigo un regalo, jefe", y me acercó un morral de esos de zapupe, de colores, de los que tejen los indios de Tampamolón. En el morral, envueltas en una hoja de papatla (platanillo silvestre), con mucha cal, traía dos manos, casi como de niño de tan chicas que eran. No necesité preguntar de qué se trataba pues inmediatamente adiviné que eran las manos de Agustín Manitas al que yo nunca conocí, pero sabía el motivo del apodo. Le pregunté a Chico: "¿Se las cortaste cuando estaba vivo?" "No, jefe —me contestó—, se las corté cuando ya estaba 'petateado'

para traerlas de prueba, y se las enseñé a los indios de Santa Martha para que vieran que Agustín Manitas ya no daría guerra". "Bueno —le dije a Chico Zúñiga—, tíralas a la laguna". Esas manos tan chiquitas del indio Agustín fueron las que mataron en una emboscada al coronel Galán. Así murió el indio.

Mi comunicación de Tamuín con Ebano-Tampico, además de los dos trenes que diariamente corrían, era un armón de vía de motor de gasolina. Este armón, que estaba a mi disposición, llegaba hasta Cárdenas, San Luis Potosí. Los jefes de estación respectiva pedían vía libre para mí, lo que quería decir que los trenes se paraban cuando yo iba en el armón, ocupando la vía; así pues, de Tamuín a Ebano sólo hacía 50 minutos.

Con mi armón listo esperé noticias de *Mr.* Watts, reiterando las órdenes que tenía dadas a mi primo Juan de Dios Santos.

Como a la una de la madrugada de esa noche, *Mr.* Watts me habló por telegrafómono (un aparato que se colgaba de los hilos del telégrafo, y por el cual se podía hablar), diciéndome que Monty Mike ya había estado en su casa, que Juan de Dios Santos y su cuerpo de veladores no cubrieron las emboscadas que yo les había ordenado (a mi primo se le "enfriaron las corvas" pues Monty Mike era "gallo de capote"), que Monty Mike llegó "limpiamente" a su casa, y le ordenó que saliera con las 30 "talegas" en oro, que *Mr.* Watts le dijo: "Acércate por ellas porque yo no salgo, te las entrego en la puerta de la casa"; que Monty Mike se acercó y *Mr.* Watts tenía dos escopetas calibre 12, una coalla (de dos cañones) y la otra *Remington* automática de 5 cartuchos; que *Mr.* Watts le entregó a su señora la escopeta automática, y le dijo: "Después que dispare la 'cuata' me entregas la automática" que *Mr.* Watts había prendido focos de luz eléctrica alrededor de su casa, y vio muy claramente cómo los bandidos de Monty Mike se quedaron en la orilla del bosque y él avanzó derecho a la puerta de la casa, gritándole en inglés a Watts: "Tírame las bolsas por la puerta". *Mr.* Watts le contestó: "Ahora mismo", apuntándole con su escopeta coalla, y le descerrajó dos chingadazos al mismo tiempo, dejándolo bien muerto. Y así murió ese gringo.

Mr. Watts me dijo: "Soy extranjero y me pueden venir serias complicaciones por esto". Yo le contesté:"No tengas cuidado, yo cargo con el muerto, ahí te mando mi armón con dos ayudantes que lo van a recoger". Acto seguido, mandé a mis ayudantes Celestino de Avila y teniente coronel Joaquín Canto (hombres que me sirvieron fielmente hasta su muerte; Canto murió después de haber cumplido los 80 años) y les di instrucciones: "Recogen el cadáver de un gringo que está en el campo de Ebano, ahí se los va a entregar *Mr.* Watts, lo tiran en el corredor del palacio municipal de Tampico". Aquello fue "Troya", el descojonamiento y el delirio. El periódico de gran escándalo de la época era *El*

Mundo, con letras muy grandes, de cachucha, en la portada y rojas, decía: *el famoso bandido norteamericano Monty Mike muerto*. No decían quién lo mató ni dónde murió. Como Tampico era entonces, sin hipérbole, una colonia norteamericana, aquello causó alegría en toda la gringada que se consideraba amenazada por Monty Mike, y en los mexicanos que vivían de los gringos.

Gorozabe no estaba comprendido en esta campeada, pero se atravesó en mi camino, y como en el juego de damas: me lo comí por bobo. Gorozabe era alto, muy esbelto, con el pecho hacia adelante, ojos zarcos, cara delgada y larga con tipo de ave de rapiña. Después de haber descrito esta lucha, sale sobrando decir que Gorozabe era hombre muy valiente, lo aventajamos en todo, pues no se trataba de una lucha caballeresca a florete en el siglo XVIII, sino de dominar y vencer a un gran bandido muy peligroso.

Presidente de la Legislatura de San Luis Potosí

Hice un parte telegráfico de esa acción al general Samuel M. Santos, comandante militar del estado, naturalmente firmado por el coronel Lucio Lárraga, jefe de los rurales de Tamuín, dándole cuenta que la partida rebelde del indio Agustín Manitas había quedado totalmente exterminada, incluyendo al propio Agustín, que perdió la vida en la acción. Con esto, quedó totalmente consolidado el dominio santista en la Huasteca, política y bélicamente, y la paz de la región establecida.

Fui electo diputado local a la 26 legislatura del estado. A caballo, pues entonces no había otro medio, en una sola jornada, que era de treinta leguas, me trasladé con el expediente a Ciudad Valles; ahí en la noche tomé el tren para San Luis Potosí, y al día siguiente protestaba como diputado, me nombraron presidente de la legislatura y líder indiscutido (tal vez me nombré yo mismo).

Yo no le aflojé la rienda a Nieto en todo este tiempo, es decir, los años de 1921, 1922 y parte de 1923. Constantemente me trasladaba a México a darle parte al general Obregón de todos los acontecimientos de San Luis Potosí, y Nieto no permanecía en el estado, frecuentemente hacía viajes a México. Mi general Obregón me decía: "Este indio cada vez que viene a la capital se ve con Luis Cabrera, de quien fue su subordinado durante todo el gobierno de Carranza, vigílalo mucho". Cuando Nieto salía a México con permiso, que siempre los pedía por quince días y era muy seguido, me quedaba yo como gobernador, algunas veces ponía a mi primo el licenciado José Santos Alonso y otras al diputado Ermilo Carreño, pero Nieto empezó a intrigar a Samuel con

De la Huerta de quien era muy amigo y recibía consejos hacendarios, pues en este ramo Nieto era muy competente y De la Huerta ignorante. Samuel nunca quiso acercarse al general Calles, como yo se lo aconsejaba, pues mi hermano tenía ligas políticas "románticas" con el general Antonio I. Villarreal, ministro de Agricultura y Fomento quien conspiraba desde esa Secretaría contra el general Obregón, pues quería llegar a la presidencia de la República. El general Antonio I. Villarreal, precursor de la Revolución, muy ameritado, que estuvo a punto de ser presidente de la República en la Convención de Aguascalientes, y que no llegó por una maniobra de Obregón, fue a la ciudad de San Luis Potosí, se entrevistó con Samuel y yo no asistí a la junta a la que me invitaron, y me permití el lujo de no recibir al ministro de Agricultura cuando acudió a mi casa pretendiendo entrevistarme. Samuel se sintió conmigo por mi actitud con Villarreal y me dijo: "Lo cortés no quita lo valiente". Le contesté: "Lo cortés no quita lo valiente, pero sí me puede quitar la confianza del general Obregón".

Pocos días después de que el general Obregón tomó posesión de la presidencia de la República, le quitó a Samuel el mando de la zona militar, para entonces yo ya estaba muy enredado en la política de San Luis.

En el año de 1922, se puso muy grave nuestro padre. Samuel y yo acordamos trasladarlo a la ciudad de México, venciendo su oposición, pues nos dijo un viejo adagio: "Enfermo que cambia de cama, morir quiere"; pero los doctores nos apremiaron para trasladarlo a la capital y hacer luchas desesperadas para salvarlo, ya que estaba muy enfermo de hepatitis, y no tuvimos fortuna, pues mi padre falleció, a pesar de estar atendido por los médicos más famosos que había en la capital.

Heredamos sus ranchos Barrón y Santa Ana y una finca cafetalera llamada Dos Piedras, en el municipio de Tampamolón. Los hermanos Samuel, Miguel, Concha, Tula y yo, ese mismo día trasladamos a nuestro padre a San Luis Potosí donde le dimos piadosa sepultura en el panteón del Saucito. Después, nos reunimos los hermanos en la casa de Samuel cuya residencia se llamaba la quinta del Sagrado Corazón, no porque él le hubiera puesto así, ya que era ateo, sino porque ese nombre le habían dado los dueños que se la rentaban, señores Muriel (misma quinta que, en 1911, la más dorada reacción de San Luis dio el banquete al señor Madero después de su aparente triunfo, convivio al que sólo fueron invitados de parte del maderismo el doctor Cepeda, gobernador del estado, y el general Pedro Antonio Santos, jefe de las fuerzas maderistas). Hecha esta pequeña digresión me voy a referir a nuestra reunión.

Mi hermano Miguel traía el plano con las propiedades, y ya había trazado los lotes que, según él, le correspondían a cada quien. En la reunión, después de mostrárnoslos, nos preguntó si todos estábamos conformes; todos dijeron que sí menos yo, pues dije: "La parte que a mí

me corresponde se la cedo a mis hermanas Conchita y Tulita". Miguel objetó que no, que eran tierras valiosas, muy buenas, y que yo tenía los mismos derechos que los demás hermanos, a lo que contesté que derecho sí tenía, pero obligación no, pues esos terrenos les hacían más falta a mis hermanas que a mí, que me bastaba como a D'Artagnan, mi capa y mi espada, y que para entonces ya era yo propietario de una selva intrincada a donde no podía llegarse ni a caballo, y que había adquirido legítimamente por compra a la tía María, que nomás me diera tiempo la carabina y la política en que hacía apenas dos años me acababa de iniciar, me dedicaría a convertir esa selva en un próspero rancho. Y ése es el latifundio que tanto han traído de arriba a abajo periódicos mercenarios, liderzuelos agitadores y trincadores, agrónomos mordelones (yo nunca me he dejado morder), ciertos elevados funcionarios por debajo puerta, pues hasta la fecha todo ha sido habladas de prensa.

Y volviendo a San Luis, el general Joaquín Amaro, quien era jefe de la región militar que comprendía los estados de Nuevo León, Coahuila y San Luis Potosí, denunció a Samuel ante Obregón de la visita del general Villarreal.

Se vinieron las elecciones de presidentes municipales, y de los quince diputados que formábamos la legislatura gané catorce distritos, y el otro, el decimoquinto, se lo concedí a Nieto como un favor, por tratarse de mi excelente amigo Gabriel Macías, que era propietario y director del periódico *Acción*. De los cincuenta y seis municipios que formaban entonces el estado, ganamos cincuenta y cinco, y no tuvimos interés en un nuevo ayuntamiento que se había creado a iniciativa de Aurelio Manrique, que se llama Vanegas, y que entonces pertenecía políticamente a Matehuala y era una estación. Ese municipio que no daba arriba de doscientos votos, naturalmente fue manriquista. Como no quiero hacer interminable este relato, voy a abreviarlo lo más que me sea posible.

Vinieron las elecciones o, mejor dicho, convocatoria para elecciones de gobernador, el año de 1923. En las elecciones municipales, que fueron verdaderamente democráticas y "pistolerísticas", Nieto, gobernador ya, había formado su pequeño grupo alrededor de la muy escasa burocracia y aliado con Manrique y Soto y Gama lanzó como candidato a la presidencia municipal de la capital a don Rosalió Bustamante, uno de los fundadores del Partido Liberal con los Flores Magón, Sarabia, don Canuto Arriaga, Soto y Gama, Librado Rivera y Antonio I. Villarreal, etcétera, en 1904, pero que nunca fue a ninguna revolución ni tomó jamás las armas. Nosotros formamos una planilla a base de clase media, algunos elementos obreros y para atraernos a los comerciantes que entonces en la ciudad de San Luis sólo eran conservadores y no reaccionarios como ahora, lanzamos la candidatura de Urbano Pérez en la capital.

En esta lucha, que fue verdaderamente democrática y pistoleril, repito, hubo dos encuentros, desalojé a balazos a Graciano Sánchez de la casilla de San Sebastían, naturalmente que ellos también dispararon, pero al fin huyeron. Tomé personalmente la casilla número uno, que era muy importante en aquel tiempo y en aquellos sistemas, porque el presidente de esa casilla debería ser el presidente de la junta computadora del colegio electoral. Gabriel Macías, el diputado nietista, desobedeció a su jefe y se incorporó conmigo, luché mano a mano en esas elecciones con Aurelio Manrique y Antonio Díaz Soto y Gama y, como ya dije, con Graciano Sánchez. Estas tres personas obraron de acuerdo con Nieto pues Nieto, ya nos había traicionado y en México contaba con el apoyo de De la Huerta, pero les ganamos en cincuenta y cinco municipios, incluyendo el de la capital. Por lo tanto, quedó bajo nuestro control la policía del estado. Así es, pues, que Nieto contaba con el secretario de gobierno, un profesor Silva, con el tesorero sin fondos, un señor Riaño, pero no contaba plenamente con su secretaria particular, la bella señorita Amézquita por sus constantes viajes a la capital. Esta guapa mujer, acostumbrada a servir a palacio de gobierno, se incorporó después con el general Saturnino Cedillo.

Y llegó el año de 1923, viniéndose la campaña para gobernador. Al principio, se lanzaron solamente Samuel y Manrique, excuso decir que los contingentes de Manrique eran ridículos, que nadie lo tomaba en cuenta, y todos lo conceptuaron como lo que efectivamente era, un loco, pero entonces un loco muy desharrapado, y Manrique y Soto y Gama estaban también con Villarreal futureando en México, pero al empezar la campaña para gobernador se le presentaron al general Calles y se declararon callistas, traicionando a Villarreal, naturalmente antes de que empezara la campaña presidencial. Entonces le dije yo a Samuel: "Vamos a ver al general Calles, a decirle que estos tipos no valen nada, que nosotros tenemos el dominio absoluto del estado y que estamos con él". Samuel se negó, y me dijo: "Yo no estoy con Calles". "¿Qué sueñas en que Villarreal pueda llegar a la presidencia de la República?", le pregunté. "No —me dijo—, yo me voy a poner de acuerdo con todos los miembros del Partido Liberal Constitucionalista a ver qué actitud tomamos".

Poco tiempo después, apareció Jorge Prieto Laurence, que era presidente municipal de la ciudad de México, líder de la Cámara de Diputados y se declaró abiertamente por De la Huerta. Entonces San Luis se volvió un pandemónium, pues De la Huerta tenía mucho poder y mucha fuerza, y engañaba a los generales Obregón y Calles, diciéndoles que él no sería candidato. El general Obregón le tenía dada carta blanca al principio. Prieto Laurence vino a San Luis y no lo recibieron arriba de sesenta ciudadanos, pero se dedicó a sus intereses con mucho dinero y con el apoyo del comandante militar, que era el general Juan José Méndez

(el Coche Méndez), sonorense que tenía instrucciones de De la Huerta de apoyar a Prieto. Calles por lo pronto se abstuvo, pues veía que Manrique no representaba nada, y que Samuel no se decidía por él. Entonces nos dimos un agarrón con Prieto, pues Manrique para esas fechas con nadie contaba, su grupo era muy insignificante, quince o veinte profesores y unos ciento cincuenta electricistas, entre los que figuraba León García. Manrique se adhirió al Partido Laborista que encabezaba Luis N. Morones, y recibió alguna pequeña ayuda económica, pues no tenía ni quinto. Nos agarramos pues, prietistas y santistas. Prieto escoltado por el 13 regimiento de Caballería al mando del general Manuel Arenas. Entonces, con esa escolta y la banda de música de la ciudad de México, avanzó Prieto Laurence hasta el pueblo de Xilitla. Yo salí de San Luis haciendo un gran rodeo por Villa Guerrero, levantando gente desde Guerrero, San Vicente Tancuayalab, Tampamolón Corona, Tanquián Escobedo, Coxcatlán y Villa Terrazas hasta encaramarme en la sierra La Silleta para llegar antes que Prieto, cosa que logré como con tres horas de anticipación. Allá lo esperaban los excarrancistas que encabezaba el doctor Samuel Vázquez, que había pertenecido a la brigada Santos y que nos traicionó, y un grupo de comerciantes de la ciudad. Con la gente que ya llevaba, y la que se me unió al mando del coronel José Castillo, formé una fuerza de más de doscientos hombres, armados todos con rifles y pistolas. Prieto llevaba dos defensas sociales, que hacían un total de setenta hombres armados, a las órdenes del general José Aguayo. Este general José Aguayo se levantó en armas después, cuando la rebelión delahuertista en Coxcatlán y lo mandé batir con el coronel José Castillo, quien lo derrotó, lo hizo prisionero y lo fusiló por órdenes mías en el mismo Coxcatlán.

Cuando llegó Prieto a la plaza de Xilitla, ya nosotros la rodeábamos en actitud de tiradores. Al ver aquello, Prieto empezó un discurso muy conciliador cuando me vio. Esto era como a las ocho de la noche y las luces de gasolina de la plaza estaban prendidas, y nos veíamos muy bien las caras. Al empezar a hablar Prieto grité yo: "¡Abajo el Cooperatista!", pues así se llamaba el partido que Prieto encabezaba. "¡Muera Prieto Laurence!", y de todas partes alrededor de la plaza contestaron los ¡mueras! y ¡vivas! a nuestro partido, a Samuel y a mí, y nos echamos encima, encabezando yo al grupo. Les grité a los nuestros: "A ellos", y ninguno de los de las defensas sociales de Prieto sacaron su arma, nosotros sí. Llevábamos empuñadas las nuestras, apuntándole a Prieto, y aparte llevaba una pistola rifle máuser calibre 7 mm. Lo conminé a que se retirara inmediatamente de la plaza, y se fuera a alojar a algún lugar, a lo que accedió. Agarré prisioneros a los de la banda de música que llevaba de México, y me la llevé a la casa del coronel Castillo donde la hice tocar hasta el amanecer, pero antes, como a las ocho de la noche asaltamos el palacio municipal, cuyo presidente era santis-

ta pero muy cobarde, y se retiró y desapareció del pueblo cuando vio entrar a Prieto con elementos de Defensas Sociales. Este presidente se llamaba Vicente Zorrilla, y era un rico cafetero.

La defensa social de Huehuetlán, encabezada por Ignacio Morales, se le desapareció a Prieto la misma noche, regresando a su pueblo; la otra, la de Xilitla, que se nos había volteado, estaba atrincherada en el palacio municipal, que es un viejo convento, una verdadera fortaleza y que con las armas de aquel tiempo era inexpugnable; pero el coronel Castillo que era un león, se echó encima con su gente hasta esta fortaleza por la puerta principal, y como saliera a encontrarlo el jefe de la defensa, que se nos había volteado, Castillo le pegó dos balazos y dos puñaladas, y tomamos la presidencia. Para cuando amaneció había yo, a nombre de la legislatura del estado, pues era el líder máximo de ella, nombrado un consejo municipal encabezado por el coronel José Castillo. Al día siguiente todavía vi a Prieto que iba con un grupo, encabezado por el doctor Samuel Vázquez, caminando a pie a desayunar. Le di instrucciones a Castillo de que volvieran al corazón de la sierra todos sus hombres y que esperaran acontecimientos, y con los amigos que me habían acompañado en mi recorrido hasta Xilitla, todos montados a caballo salimos a desayunar a una fonda por la que tenía que pasar Prieto Laurence. Por cierto que, al pasar frente a nosotros nos saludó con toda atención desde lejos y yo le contesté el saludo, solamente a Samuel Vázquez no le respondí sus "buenos días". Desayunamos y nos encaminamos hacia Valles, pero para ir por otro camino del que habíamos traído, y me fui con mi gente por Huichihuayan, cañón de Tocomón y Tancanhuitz.

Cuando entramos en la plaza de Tancanhuitz, nos salió al frente un grupo de prietistas (antiguos huertistas), encabezados por un tal Jesús Martell, que gritó: "¡Viva Prieto Laurence!" Le eché el caballo encima y le sorrajé cuatro o cinco balazos, pero sólo le atravesé un morral que llevaba en el hombro y recibió un raspón en las costillas (veinticinco años después, y siendo yo gobernador, en el balneario y hotel llamado El Bañito, del municipio de Valles, este Jesús Martell me entregó de regalo el morral que, en 1923, le atravesé con balas). El grupo se disolvió y entonces, ya dividida mi gente, unos se fueron para Tampamolón, otros para San Antonio Cueyojoch y otros tomamos el camino para Valles, pero rodeando y yéndonos por Santa Isabel. Como a las dos horas de haber salido de Tancanhuitz, llegó el general Arenas con su regimiento a perseguirme, pero ya no dio conmigo, Tomé en Valles el tren que pasaba de noche, llegué a San Luis Potosí en donde me hice cargo de la legislatura, y con el fuero que tenía nada podían hacer en mi contra; eso sí, escándalo de periódicos locales y nacionales que informaban que Prieto había escapado de ser asesinado por una banda que yo encabezaba.

En Tancanhuitz el pequeño grupo de prietistas exhuertistas que salió a nuestro encuentro cuando regresamos de Xilitla gritando vivas a Prieto, lo disolvió el coronel Lucio Lárraga, que radicaba en Tancanhuitz y que era, ha sido y en su ancianidad de más de noventa años de edad sigue siendo santista.

Nos trasladamos a México, cada quien con su versión, Samuel y yo, Prieto y sus cooperatistas que traía de fuera del estado y Manrique y Soto y Gama. Samuel y yo conferenciamos largamente y llegamos a la siguiente conclusión: nosotros teníamos de los cincuenta y seis municipios del estado cincuenta y cinco ayuntamientos, inclusive el de la capital, teníamos al Partido Liberal Obrero, que quería decir las pocas organizaciones obreras que entonces había, al Partido Liberal Republicano de las Cámaras de Comercio, grande y chica, locatarios del mercado y muchos profesionistas. Prieto Laurence contaba ya plenamente con la complicidad del gobernador Rafael Nieto, y por lo tanto, los burócratas, que eran muy pocos y muy pobres, los ayuntamientos en aquel entonces eran libres y el de la capital comandaba la policía, muchos revolucionarios recientemente retirados del ejército y con el general Saturnino Cedillo que dominaba el distrito de Ciudad del Maíz, que contaba con tres o cuatro colonias militares y no menos de cuatrocientos hombres armados. Aurelio Manrique contaba con el profesorado de la capital y la coba de don Rafael Nieto; con el ayuntamiento de Vanegas, que daba unos doscientos votos; con lo que ellos llamaban el Partido Laborista, que era un pequeño grupo de electricistas que dependían de la CROM en México, de la cual era líder Luis N. Morones, callista declarado.

Le dije a Samuel: "Vamos a ver al general Obregón, a plantearle la situación tal cual es, nosotros podemos desaforar a Nieto en unos cuantos minutos, poner un gobierno interino y esperar las elecciones con la seguridad de que no nos van a hacer chanchullo". Samuel estuvo de acuerdo.

Nos trasladamos a México, y quedamos que Samuel entrevistaría primero al general Obregón, lo que hizo en Palacio Nacional y le planteó la situación, pidiéndole autorización para que el Congreso desaforara a Nieto. El general Obregón evadió el tema, y le dijo que hablara con el general Calles, después me llamó ya que sabía que de hecho el jefe en el estado era yo, y me preguntó con toda franqueza cuál era el candidato de nosotros dos, de Samuel y mío y yo le contesté: "Mi candidato presidencial, mi general, es el que usted ordene". "¿Pero cuál te simpatiza?", me dijo. "Me simpatiza Calles", le contesté. "¿Y a Samuel?", me preguntó. "Créame, mi general, que no lo he podido saber, no es delahuertista porque ahí está Prieto como líder máximo, no es callista porque él alega que sería imposición y que el general Calles tiene ideas 'bolcheviques' (cosa que era cierta); yo más bien creo —le dije— que Samuel tiene contacto con el general Enrique Estrada (que había sido

ministro de Guerra y que ahora era comandante militar de Jalisco con García Vigil, que había sido del PLC de los principales líderes pelaecistas y que tampoco querían ni a Calles ni a De la Huerta) y con muchos militares y civiles que habían sido partidarios del general Benjamín Hill (que murió desempeñando el ministerio de Guerra), enemigo del general Calles, y también sentía que mi hermano tenía claros contactos con el general Antonio I. Villarreal, recientemente renunciado por usted como ministro de Agricultura y Fomento. Tal vez quieran hacer una tercera fuerza, pero no me lo ha dicho, él sabe que yo estoy con usted por sobre todas las cosas, *de acuerdo con mi hermano o contra mi hermano*". Se paró el Manco e hizo aquel movimiento nervioso que le era tan peculiar con el hombro del brazo mutilado, y me dijo: "Bueno, quedas autorizado a desaforar a Nieto; pongan un elemento de confianza, pero busca a Samuel y dile que esta misma tarde se presente a hablar con el general Calles y que se ponga a sus órdenes".

Regresé a nuestras habitaciones que teníamos en Reforma 77 frente a la glorieta Colón, donde ahora se encuentra ubicado un gran edificio de la Compañía de Seguros Latinoamericana; "¿Cómo te fue?", me preguntó Samuel, y le dije: "Yo creo que muy bien, ya llevo el ataúd para Nieto, y ahora sólo falta que te presentes al general Calles y te pongas a sus órdenes". Samuel me prometió hacerlo, y yo me fui a San Luis a preparar todo el movimiento en el estado para ponerme al frente de la legislatura que yo encabezaba e iba a desaforar a don Rafael Nieto como gobernador. A los dos días de que yo me había ido a San Luis Potosí, el general Obregón me mandó buscar por toda la Ciudad de México y no me encontraron, para decirme, según me explicó después, que no desaforáramos a Nieto porque Samuel no se le había presentado al general Calles. Yo ignorando la contraorden que me iba a dar el general Obregón y la actitud de Samuel, di el golpe en San Luis Potosí y la legislatura en pleno desaforó a don Rafael Nieto. Cincuenta y cinco municipios de los cincuenta y seis apoyaron al nuevo gobernador, y *por un grave error mío* fue designado el diputado Ermilo Carreño, enemigo personal del general Saturnino Cedillo. Primera consecuencia de mi error, el general Cedillo nos desconoció y se incorporó a Manrique y Soto y Gama y a Nieto. Ocho días dilató desaforado Nieto y ya había reforzado las guardias de Palacio al mando del teniente coronel Gertrudiz García, un expelaecista que se nos había incorporado, en 1920, al triunfo del movimiento de Agua Prieta. El gobierno de Carreño funcionaba, Nieto había perdido todo derecho constitucional de seguir siendo gobernador, porque de los quince días que tenía para estar fuera del estado se le habían pasado veintitrés sin presentarse, pero sucedió que una mañana como entre once y doce se presentó Nieto muy pálido y tembloroso, acompañado de Soto y Gama y de Manrique y del propio general Cedillo, que llevaba un grupo de gente armada. Con

ellos iba Graciano Sánchez. Entraron en Palacio como Pedro por su casa, pues el general Cedillo tenía ya comprado al teniente coronel Gertrudiz García, jefe de guardia, y al saber esto yo me trasladé a Palacio e instalé la legislatura en sesión permanente. Para esto, Cedillo, Soto y Gama, Manrique y Graciano Sánchez con unos doscientos porristas más estaban dentro y ambos grupos, el que yo encabezaba que era de los diputados (catorce) y unos diez o doce ayudantes míos de los muy "decididos" auténticos gargaleotes, nos introdujimos al despacho del gobernador. También Nieto entró rápido, muy pálido empujado por Cedillo y Manrique y éste gritaba: "¡Viva la legalidad!" Carreño permanecía en su puesto de gobernador. Cuando se vieron él y Cedillo se quisieron matar con los ojos, pero no pasó de ahí. Entonces se adelantó Graciano Sánchez, y apuntándome con el dedo, dijo a grito en cuello: "Este es el responsable de todo", y yo le contesté delante de todos, enfrente de todos y a la vista de todos: "¡Este es tu padre, hijo de la chingada, y yo soy el único responsable, huertista infecto!" Graciano palideció y puso mano a su pistola, yo saqué la mía y mis ayudantes también. Cedillo se metió en medio, apartó a cada uno de nosotros con un brazo, y dijo: "Conténganse, esto lo vamos a arreglar de otra manera". Graciano me quería comer con los ojos, y le dije otra vez en voz alta y delante de ambos grupos: "Está científicamente comprobado que nadie se ha muerto de la fiera mirada de un pendejo y más si éste es un huertista como tú".

Rebelión delahuertista

Así las cosas, convenimos Cedillo y yo que ambos grupos desalojarían Palacio, y que nos trasladaríamos al telégrafo y que llamaríamos primero al comandante militar, general don Juan José Méndez, a quien cariñosamente llamábamos el Coche Méndez, sonorense de las confianzas del general Obregón. Ya en el telégrafo nos comunicamos con el presidente Obregón, primero le comunicó los hechos el general Méndez, luego don Rafael Nieto como semigobenador y yo como presidente de la legislatura, cada quien su versión. Entonces el general Obregón nos contestó: "No se retiren del telégrafo, hablen con el general Calles a Gobernación (pues don Plutarco era el ministro de Gobernación, y ya casi candidato a la presidencia) y que el general Calles, o más bien dicho Gobernación, resuelva este conflicto". Pronto nos comunicaron con don Plutarco y su veredicto fue: "Aquí hay un amparo del juez de distrito de San Luis Potosí, amparando a Nieto como gobernador; por lo tanto, respétesele y désele posesión". Quiero aclarar que en materia política no hay amparo, pero los hechos así se consumaron y las fuerzas federales ocuparon Palacio, le dieron posesión a Nieto, y

yo llegué con la llave del Congreso del estado, lo cerré y le mandé poner un letrero que decía: clausurado.

Volvió Samuel después a México, nos entrevistamos en su casa y dijo que no había ido a ver a Calles porque francamente le repugnaba esa consigna, que él se había levantado al grito de SUFRAGIO EFECTIVO, NO REELECCIÓN y que lo de Calles era una imposición. Tuvimos una escena tan violenta que me tiró un balazo, no sé si como desahogo o con ganas de pegármelo. Yo no saqué mi pistola, estaba presente un ayudante mío y a la menor seña que yo le hubiera hecho hubiera cumplido con cualquier orden que le diera. Se llamaba Celestino Avila, era muy valiente, muy de armas y muy matón y me obedecía incondicionalmente, era originario de Donna, Texas. Estaba también presente nuestro primo Braulio Romero, que era adicto a los dos pero más a mí, sin embargo ninguno de los tres intentamos sacar el arma. Samuel salió como loco y lo mandé alcanzar al jardín, y le dije a Celestino: "Dile que no se vaya sin que me oiga unas cuantas palabras". Samuel regresó, y le dije: "Quiero que sepas que dejamos de ser amigos, y que nunca jamás te seguiré ni de aquí a la verja, jamás vuelvas a contar conmigo y todo eso que me has dicho de SUFRAGIO EFECTIVO, NO REELECCIÓN, en los tiempos que estamos viviendo es contradictorio y pendejo, pues a Carranza lo tumbamos con una revolución que él provocó, pero al fin y al cabo lo tumbamos con las armas". Volteó a ver a mi primo Braulio, y dijo: "Tú eres el que lo ha predispuesto". Braulio lo negó y yo también, y le dije: "Aquí no hay más predisposición que no obedeciste las órdenes del Manco y te llevó la chingada, y a mí todavía no me ha llevado, porque yo me la juego con Obregón aunque me cueste la vida". Sin darnos la mano nos volteamos las espaldas. Samuel, después del incidente conmigo, se retiró de candidato, dejando su fuerte partido al garete y yo tomé mi camino, no nos volvimos a ver hasta cerca de dos años después en que lo fui a rendir a Chilapa, estado de Guerrero, en donde derrotado y con un grupo de generales delahuertistas, hechos garras espiritual, moral, política y militarmente se me sometieron, llevando yo la representación del general Obregón y les salvé la vida.

La campaña de San Luis se enardeció entre manriquistas y prietistas. Prieto había crecido mucho, pues tenía el pleno apoyo de don Rafael Nieto, gobernador recalentado por las fuerzas federales y por su Partido Cooperatista que dominaban en México, más el ayuntamiento de la capital de la República del cual era el presidente a la vez que era presidente del Partido Cooperatista y jefe de la Cámara de Diputados. Yo me retiré a la expectativa, pues no tenía por quién tomar partido entre los dos, sin embargo Manrique me fue a ver un día, y le di las llaves de la legislatura para que cuando vinieran las elecciones se apoderara del local con sus nuevos y posibles presuntos diputados.

Manrique también creció y Cedillo se declaró resueltamente en su favor, recibiendo para ello consigna de antemano del general Calles. Los santistas, unos se fueron con Prieto y otros con Manrique.

Yo me fui a Tampico, no a refugiarme, como alguna vez dijo el vendepatrias Jorge Prieto Laurence, pues ahí tenía mi casa, otras propiedades y mi conexión con la Huasteca y también tenía a mi familia.

Arreglados mis asuntos en Tampico me trasladé a Villa Guerrero, organicé todas las fuerzas armadas de la Huasteca y reorganicé a las políticas. Sólo se declararon prietistas el grupo de excarrancistas de Xilitla y las autoridades de Ciudad Valles con un tal Adolfo Altamirano como presidente municipal, y el presidente municipal de Huehuetlán, Narciso Galván, bajo las órdenes de Ignacio Morales. En Villa Guerrero (hoy Tamuín), me quedé un día, recibí un telegrama del licenciado Portes Gil diciéndome: "Ordena el señor presidente Obregón que te presentes inmediatamente en esta capital".

En el primer tren me fui, vi a Portes Gil y antes de llevarme con el general Obregón me llevó con el general Calles, que ya había renunciado a la Secretaría de Gobernación, y era candidato a la presidencia de la República. De la Huerta todavía no se resolvía, seguía haciéndole al Iscariote y al traidor. Entonces Calles me dijo: "Poco nos hemos tratado (y eso era verdad), pero sé qué clase de hombre eres, a ver si influyes con tu hermano que está ahora como jefe de la Escuela Práctica Militar de Caballería de Guadalajara, para que no se deje enredar". Yo le contesté al general Calles: "No me hablo con mi hermano ni tengo que ver en lo político ni en lo personal con él, estoy a sus órdenes porque así se lo he prometido al general Obregón, pero si me da audiencia usted después de que vea al presidente, se lo vengo a confirmar o a retirar mi promesa". Me dijo: "Vete a ver al presidente, cuando llegues ya te estará esperando y de ahí te vienes para acá". El general Obregón me recibió muy amable, como siempre, pero un poco entristecido, y me dijo: "Ojalá Samuel no se vaya a enredar en Guadalajara, donde le he dado un nombramiento muy honroso y prominente, como jefe director de la Escuela Práctica Militar de Caballería". "Mire, mi general —le contesté a Obregón—, esta revolución es guerra de hermanos *y cada quien corre la suerte que Dios le dé*, yo vengo a decirle lo que siempre le he dicho y lo que usted siempre ha sabido, que estoy con usted hasta el último cartucho". "Bueno —me dijo—, regrésate a ver al general Calles y ponte definitivamente a sus órdenes".

Regresé a ver al general Calles. Ahí estaba Portes Gil, y el general Calles me ordenó enfrente de Portes Gil que me trasladara a la Huasteca, que dejara el pleito electoral entre Manrique y Prieto Laurence, que reuniera todas las fuerzas que habían militado con nosotros los Santos, que me pusiera en contacto con el general Cedillo y que me encargaba que De la Huerta no llegara a Tampico en la gira electoral que pretendía hacer, y yo le contesté: "Mi general, eso corre de mi cuenta; hay

en la vía de San Luis a Tampico una sierra muy escarpada que se llama El Espinazo del Diablo, si intenta ir a Tampico yo le ofrezco romperle el espinazo a De la Huerta en El Espinazo del Diablo". Sólo que De la Huerta nunca fue ni salió de gira a ninguna parte.

Regresé a la Huasteca, estaba ayudando a Manrique sin meterme a la vorágine de la lucha local, pues ya veía yo muy claro que el agarrón iba a ser nacional, para eso estaba organizando y acumulando fuerzas, única cosa a la que me dediqué. Organicé al general Bartolo Díaz al frente de su grupo que residía en su rancho en San Miguel, municipio de Ciudad Valles, y aunque era general y yo coronel, yo era su jefe y lo fui siempre, hasta hace poco que murió. Organicé al coronel José Castillo con su grupo muy bien armado en la sierra de La Silleta, municipio de Xilitla; al coronel Marciano C. Salazar que en Tampacán y su municipio contaba con más de quinientos indios de los cuales unos doscientos estaban armados; al coronel Lucio Lárraga, que residía en Tancanhuitz y que tenía un grupo como de ciento cincuenta hombres armados y unos trescientos más sin armas. Organicé a mi propia gente, los que habían pertenecido a la brigada Santos, en Tampamolón, Tanquián Escobedo, San Vicente Tancuayalab y las márgenes del río Tamuín, pues en el casco del pueblo mismo no había gente de armas tomar, a excepción de mi primo el entonces teniente coronel Braulio Romero. Tocante a la parte política, la Huasteca en 90% me seguía, 5% serían delahuertistas y 5% neutrales.

Me volví a trasladar a México a darle cuenta ya directamente al general Calles de mis actividades y él, don Plutarco me reiteró la orden de no dejar pasar el carro en que fuera De la Huerta de San Luis a Tampico, y yo le repetí que ojalá todo dependiera de eso, que De la Huerta no llegaría a pasar terrenos de la Huasteca y mucho menos llevando por líder a Prieto Laurence, ese traidor que después ha sido espía norteamericano, policía del FBI, espía de la embajada de Estados Unidos, agente a sueldo del clero reaccionario y que era muy odiado en la Huasteca. En la actualidad nadie lo recuerda.

Para entonces, la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión estaba dividida entre delahuertistas y callistas, los delahuertistas eran mayoría y los encabezaba el Iscariote traidor, vendepatrias, Jorge Prieto Laurence, y el de los callistas lo encabezaba el licenciado Emilio Portes Gil, hombre de mucha actividad, obregonista y jefe de la política callista; pero por una maniobra, con la que estuvieron de acuerdo el general Calles y Portes Gil, nombraron presidente del comité pro Calles a un reaccionario exfelicista, exhuertista y que por azares de la política y conveniencias del momento, había llegado a ser diputado; digo que ellos nombraron por conveniencia presidente del comité pro Calles en lugar de Portes Gil a quien le correspondía el puesto, para atraerse a un grupo de indecisos, y la maniobra dio buen resultado, pues con esto

se equilibraron las fuerzas en la Cámara antes de dar la batalla por la Comisión Permanente. Luego, civiles y militares callistas nos dedicamos a ver a los indecisos, prometiéndoles lo que en estos casos se ofrecía a los que se icorporaran a nosotros, y a mí me tocó, acompañando al general Fortunato Maicott, ver a un diputado, cuyo nombre no recuerdo ni había visto nunca ni conocía; para este fin, nos reunimos en lo que era entonces el Quiosco de las Flores en un costado de la catedral. Maicott y yo vivíamos por coincidencia en el hotel que estaba frente al Quiosco y que se llamaba Metropolitano. Al parecer, el diputado accedió acompañarnos y ya ahí, a la hora del desayuno y con Maicott, se dio cuenta de que no convencía a su amigo o conocido. Lo obligamos a que nos acompañara al cuarto de Maicott, donde éste lo dejó encerrado con llave y con un fusilero vigilándolo, mientras se celebraban las elecciones de la Permanente en la Cámara; parece que ya sólo faltaban dos o tres de convencer o de arreglar en alguna forma. La cuestión es que en la mañana siguiente que me presenté con el general Calles y con Portes Gil les conté la hazaña de Maicott. Se rieron, y me dijeron: "Eso ya no era necesario, ya teníamos la mayoría asegurada". Regresé y dije a Maicott que soltara a ese diputado, lo que hizo, y Maicott comprendió la orden del general Calles. Lo dejó salir después de cuatro o cinco horas de retenerlo y le dijo: "Amigo, usted me debe la vida, pues ustedes se van a levantar en armas en favor de De la Huerta, y nosotros los vamos hacer trizas". Cuál sería mi sorpresa poco tiempo después, cuando la nación entera se daba cuenta de que el general Fortunato Maicott se había levantado en armas siendo comandante militar en Oaxaca, unido al gobernador constitucional del estado, general García Vigil y en favor de De la Huerta. Y me pregunto: ¿Maicott estaría fingiendo en aquella comedia, o el hecho de que la mayor parte del ejército se volteara en favor de De la Huerta influyó en él? ¿El general García Vigil, hombre muy preparado y valiente, lo convenció? Son acciones que no está a mi alcance contestar; lo que sí, tiempo después Maicott fue derrotado, hecho prisionero y fusilado. Creo que toda la opinión del país y pienso que hasta los enemigos del obregonismo le dieron la razón al Manco.

De la Huerta salió escondido a Veracruz y convencido por el ambicioso, irresponsable y traidor Jorge Prieto Laurence contra su voluntad, pues De la Huerta *era hombre muy gallina y muy irresoluto*, y forzadamente lo embarcaron y se lo llevaron con el general Guadalupe Sánchez, que era jefe de las fuerzas militares, no tan sólo en el puerto de Veracruz sino en todo el estado, y ahí dieron el grito de rebelión a nombre de De la Huerta sin soltarlo. Lo tomaron por bandera, más bien dicho por pendejo. Hecho el movimiento delahuertista lo secundaron dos terceras partes del ejército, pero sólo de dientes para afuera, pues los militares de Jalisco, encabezados por el general Enrique Estra-

da, comandante militar de Occidente, con el cual se levantaron los generales Manuel M. Diéguez, mi hermano Samuel, Rafael Buelna así como los de Oaxaca, encabezados por García Vigil y Maicott, los de Guerrero, encabezados por Figueroa, y los de Puebla, encabezados por el general Antonio I. Villarreal, despreciaban a De la Huerta lo mismo que los que trataban de hacerse del poder y formar un directorio militar, pero mientras tanto se hicieron llamar delahuertistas. Si el movimiento delahuertista hubiera triunfado, lo primero que hubieran hecho los militares era colgar a De la Huerta.

El general Calles, nombrado por el general Obregón comandante militar del centro y norte de la República, salió para la ciudad de San Luis Potosí acompañado solamente de Samuel Yúdico, que era encargado del Departamento de Fabriles Militares, es decir, de las armas y pertrechos del ejército; del ingeniero Luis León, que yo creo que no llevaba ni pistola, y del doctor José Manuel Puig Casauranc, el exfelicista y exdelahuertista, de quien ya he hablado; de Conchita, su secretaria, y del licenciado Romeo Ortega, que según él iba vestido de campaña y llevaba puestas en las pantorrilas unas polainas de las llamadas tubos. Estas las llevaba colocadas al revés, la correspondiente a la pierna derecha en la izquierda y la izquierda en la derecha. También acompañaba al general Calles, en calidad de jefe de estado mayor, el entonces coronel José Alvarez, soldado auténtico, fogueado y que había sido jefe de Estado Mayor del general Joaquín Amaro, exconstituyente y muy culto. Fuerzas no traía el general Calles ninguna, pero sí muchos pertrechos y armas. Me le presenté yo que ya para entonces había llegado con un grupo de unos doscientos hombres armados, procedentes de la Huasteca. Se le presentó el general Saturnino Cedillo sin un soldado, pues su gente la tenía en Ciudad del Maíz. Se le presentó el general Francisco Carrera Torres también sin un soldado, pues sus tropas irregulares las tenía en las colonias militares de Tula, Tamaulipas, y algunas en Nuevo León. Llegaron también Manrique y Soto y Gama. Estableció el general Calles su cuartel general en un hotelito que se llamaba España, de un solo piso, propiedad de un español de apellido Cots, que le dio el cuarto número uno a mi general Calles, a mí me asignó el cuarto número dos y los demás fueron repartidos entre las personas que lo acompañaban y que ya mencioné. En la tarde, llegaron Manrique y Soto y Gama a pedirle que gestionara inmediatamente que la Secretaría de Gobernación reconociera a Manrique como gobernador del estado, a lo que Cedillo y yo, y naturalmente Soto y Gama, que era muy amigo de Manrique, accedimos.

Como Manrique no tenía partidarios y ya no se trataba de política sino de armas, solamente lo acompañaba su sombra, y su toma de posesión fue ridícula, pues sólo él y Soto y Gama y un grupo de elementos que él dijo que eran sus diputados electos fueron a la legislatura a la protesta.

Como Manrique fue farsante toda su vida, regresó a darle cuenta al general Calles de su toma de posesión con un máuser de infantería. Ahí el general Calles empezó a organizar fuerzas irregulares, las primeras las de Cedillo y las mías que ya estaban y que teníamos en la Huasteca, luego las de Carrera Torres, cuya conducta había sido vacilante, y lo convenció para que se decidiera por el callismo el general Cedillo. Yo sugerí al general Calles que llamara al general Matías Ramos, quien se encontraba en un pueblo del estado de Zacatecas. Matías, que era muy valiente, muy organizador y tenía mucho prestigio, estaba resentido porque había sido carrancista. Calles me autorizó para llamarlo y Matías se presentó a los pocos días llevando ante el general Calles seiscientos hombres, los que ahí fueron armados y pertrechados.

Cuando se rompieron las hostilidades en Jalisco llegó Celestino Avila de incógnito a San Luis Potosí, enviado por mi hermano Samuel a decirme que si no lo seguía en su movimiento revolucionario que me apartara, pues la caída del gobierno de Obregón era cosa de unos días. Celestino llegó a la casa de mi cuñado, el licenciado Leopoldino J. Ortiz, y me entregó el recado escrito de mi hermano Samuel delante de mi hermana Conchita. Yo leí el papel, lo rompí y le dije a Celestino: "Regrésate, y dile a Samuel que si me vuelve a mandar un enviado lo colgaré personalmente aunque seas tú". Mi hermana empezó a llorar, y me dijo: "¿Entonces quiere decir que en esta revolución uno de mis hermanos va a pelear contra el otro?" Y yo le contesté: "Sí, quiere decir que yo voy a pedirle al general Calles que me mande a un frente donde no esté Samuel para no tener la duda, si cae Samuel o si caigo yo, que una de las balas de nosotros mató al otro". Mi hermana Conchita siguió llorando un mucho inclinada a su hermano Samuel, pero le dije: "Consuélate", y le repetí lo que ya le había dicho al general Obregón: "¡Esta es guerra de hermanos, que cada quien corra la suerte que Dios le dé!" Me trasladé al hotel España, y le conté al general Calles todo lo sucedido y le pedí que me relevara de jefe de su escolta, pues con lo que le había pasado a Carranza me iban a ver con mucha desconfianza, dada la actitud de mi hermano y las circunstancias de que en San Luis había mucha pasión política, y me iban a intrigar. El general Calles me ratificó su confianza, y me dijo: "Te quedas conmigo". En esto, llegó Aurelio Manrique y me dijo delante del general Calles: "Vuestro hermano ha defeccionado". Ya lo sé —le contesté— pero yo no defeccionaré, porque yo soy hombre de honor, de convicciones y muy calado en las peleas y tú sólo eres un farsante, bufón, hijo de las circunstancias". El general Calles dijo a Manrique muy serio: "Yo le doy toda mi confianza a Gonzalo, y hágame favor de no andar con intrigas de campanario". En esto, llegó el diputado e ingeniero Luis L. León, se dio cuenta desde la puerta de todo lo hablado y dicho por los tres, y dirigiéndose al general Calles, le dijo:" *Mi general, Gonzalo no lo necesita, pero yo con mi vida*

respondo de su conducta: lo conozco de las luchas obregonistas contra Carranza y si él defecciona, usted me fusila a mí". Yo le di las gracias a León por su intervención, pero dirigiéndome al general Calles, le dije: "De todas maneras, le suplico que me releve del honroso puesto de jefe de su escolta y me mande a pelear mañana mismo a un frente donde no esté mi hermano; al que usted quiera, a Veracruz, a Puebla o donde guste, sí le suplico que no me mande a combatir con los infidentes de Estrada, donde mi hermano Samuel es de sus segundos". El general Calles me dijo: "Bueno, para que tú estés más tranquilo sales mañana para la Huasteca, pues tengo noticias de que Manuel Lárraga y el general Arellano avanzan de Tuxpan rumbo a la Huasteca Potosina, encárgate tú de ellos". Me cuadré y le dije a mi general Calles: "Señor, muchas gracias, haga usted de cuenta que al mandarme a esta campaña es como si le ofrecieran un panal a un oso, yo le ofrezco derrotar a Lárraga, y si entra echarlo fuera del estado en menos que canta un gallo".

El general Calles me dijo que el general Obregón por un telegrama en clave le había dicho que yo fuera como representante de él a incorporarme a Tampico con el general Luis Gutiérrez, al que le desconfiaba pues era hermano del expresidente Eulalio Gutiérrez, y Eulalio era el que encabezaba un pequeño bloque de diez senadores, incluido él, que se inclinaban ora a favor de los delahuertistas, ora a favor del grupo obregonista en el Senado. Que me incorporara a Luis Gutiérrez y que comandara la columna que iba a batir a los delahuertistas en la Huasteca veracruzana; que cuando llegara él tendría noticias de que iba como representante del general Obregón y, para no lastimar a Gutiérrez, le confirmara lo que el general Obregón le dijo por telégrafo, que iba con él por ser conocedor del terreno y de la gente de la región. Y siguió informándome el general Calles que las fuerzas que llevaba Luis Gutiérrez no eran de él, que en su mayoría eran tropas sonorenses que mandaba el general Juan Pablo Macías (quien fue después mi compadre y gobernador de Sinaloa) y que como jefe de la artillería iba el coronel Gabriel Leyva Velázquez (después también gobernador de Sinaloa, varias veces senador y jefe del Departamento Agrario).

Acepté también gustoso esta comisión, pues don Luis Gutiérrez era muy mi amigo. Le decíamos en Chihuahua Hormiga Arriera, pues era muy bueno para el "avance"; lo acompañé ya incorporado desde Tampico hasta los combates en La Curva de la Muerte, Chiconcillo, Tamiahua, Ojital, etcétera, todas estas acciones se celebraron del cinco al ocho de enero de 1923. Ahí conocí al general Juan Soto Lara después de haber tenido un triunfo, y nos hicimos amigos y compadres. Más tarde relataré estos hechos.

Terminando estas acciones regresé a Tampico, donde por órdenes del general Calles recogí un cargamento de cinco mil armas y pertre-

chos que mandó el cónsul de México en Nueva Orleáns, señor don Arturo Elías. De ese armamento tomé para mis fuerzas quinientos rifles y diez subametralladoras *Thompson*, con autorización del general Calles. Ese armamento y pertrechos los entregué en Cárdenas, San Luis Potosí, al coronel José Alvarez, jefe de Estado Mayor del general Plutarco Elías Calles. Yo me regresé a Tamazopo, donde tenía acantonada parte de mis fuerzas y el escuadrón de Cedillo que se me había incorporado, y marché para la Huasteca a la campaña contra Lárraga y Arellano.

No fue, por lo tanto, al día siguiente sino ocho o diez días después cuando con mis fuerzas de trescientos cincuenta hombres y otros cincuenta que me dio Cedillo, al mando del entonces teniente coronel Ildefonso Turrubiartes, embarqué caballada y tropa rumbo a la entonces Villa Guerrero, hoy Tamuín, donde desembarcamos de noche y pasamos por las orillas sin que nos sintieran, para irnos por veredas que yo conocía demasiado, pasar caballada y tropa a un rancho que hoy es ejido y que se llama El Palmar. En Tamuín se me incorporaron el resto de mis tropas y el entonces teniente coronel Francisco C. Santos, que estaba en servicio activo y el teniente coronel retirado y ya para entonces próspero ganadero Braulio M. Romero.

A "barba" pasamos la caballada de El Palmar a La Herradura, donde quedamos emboscados, pasando la tropa en botes de los llamados "cayucos". Nadie nos sintió del otro lado del río en La Herradura. Organizamos nuestras fuerzas que iban muy bien pertrechadas y además llevábamos las diez *Thompson* que por primera vez se conocían en México, y nos encaminamos rumbo al exingenio de Ganal, pasando por terrenos de Tanleón, que era una selva cerrada por puntos que ahora se llaman El Parapeto, Los Algodones, y lo que hoy es el casco de Gargaleote, La Gaviota y el Oyul, pertenecientes al rancho Gargaleote como también pertenece Ganal.

Acampamos en un punto que entonces pertenecía a los cañaverales de Ganal, y que se llama El Oyul. Ahí había mucha pastura para la caballada y, para la tropa, mucha carne, la que comimos sin tortillas pues no había quién las hiciera. Muy temprano, como a las cinco, y sin tocar diana levantamos a la tropa y mandamos ensillar los caballos; también sin siquiera nombrar servicios de vanguardia nos encaminamos rumbo a Ganal por un camino ancho perteneciente al ingenio, por donde transitaban carretas para acarrear la caña del ingenio. De buenas a primeras nos encontramos con una columna que tampoco traía vanguardia, pero al aclararse que se trataba de Lárraga y Arellano, pues muy a tiempo los nuestros conocieron a algunos larraguistas, nos echamos encima como tromba, nos revolvimos con ellos, que no esperaban el ataque, ni nosotros esperábamos encontrarlos, y les hicimos tal matazón en poco tiempo que los que quedaron huyeron desesperados y, según me platicaba después Carlos Arellano, en el encuentro se le desa-

pareció Lárraga. Inmediatamente mandé al teniente Feliciano Muñoz (Chano), nativo de Tanquián y, por tanto, muy conocedor del terreno que a matacaballo con cinco hombres se fuera por "travesías" a quemar los potreros de zacate guinea que estaban muy empastados (pues no tenían ganado), los potreros del Chote, La Bolsa y La Secreta, incendios que Chano Muñoz hizo muy a tiempo con lo que les cortó la retirada a los hombres de Lárraga. Nosotros correteamos a los dispersos y los íbamos agarrando a derecha e izquierda e hicimos alto en el pueblo de San Vicente Tancuayalab, es decir, los perseguimos como treinta y dos kilómetros y ya después comisioné al teniente coronel Francisco Santos (Panchito) a que los siguiera, lo que hizo hasta el pueblo de Tanquián. Pero Lárraga siguió corriendo hasta San Felipe Orizatlán, estado de Hidalgo, y ahí Lárraga se fue a remontar él solo las selvas de la Huasteca veracruzana, allá por Tempoal y en todo el movimiento delahuertista no volvió a dar la cara. Después supimos que con ayuda de algunos cómplices tomó un automóvil en Tampico y se fue para Matamoros, donde cruzó la línea divisoria junto con su cuñado, el coronel León Martínez, que era hombre peleador y valiente, al contrario de Lárraga que era muy cobarde y muy bueno para huir, eso sí, muy conocedor del terreno. Con este golpe, mi misión militar contra el delahuertismo en la Huasteca quedó terminada. Regresé a San Luis Potosí a dar parte, y el día que llegué, recibimos la noticia de que el general Alvaro Obregón había derrotado a Guadalupe Sánchez en Esperanza, Veracruz, y como por arte de magia el Manco se trasladó al frente occidental y derrotó completamente a los generales Enrique Estrada, Manuel M. Diéguez, Rafael Buelna y Samuel M. Santos, haciéndolos pedazos a costa de mucha sangre, pues estaban muy bien parapetados los estradistas detrás de la margen occidental del río Ocotlán, por lo que esta batalla se llamó de Ocotlán, tumba del delahuertismo, aunque ya en Esperanza, Veracruz, los habían quebrantado.

Me sustituyó, al frente de la escolta del general Plutarco Elías Calles, el coronel Matías Rodríguez, con una fuerza de quinientos voluntarios de infantería del estado de Hidalgo, de donde Matías fue gobernador constitucional al poco tiempo de asumir el general Calles el poder como presidente. Yo le pedí mi retiro al general Calles por no tener ya objeto mis servicios, él me dio una carta para el general Obregón, y me dijo que me trasladara a México a ver al C. Presidente, que éste resolvería el caso. El general Obregón me recibió muy ufano, me estrechó con su brazo y me felicitó por mi actitud y por mi lealtad; eso sí, echó pestes de mi hermano Samuel a quien llamó loco, extraviado e inconsecuente. Como venganza lo boletinó en sus partes de batallas en calidad de general asimilado, que para Samuel fue una humillación como lo hubiera sido para cualquier otro general. *Peor que la muerte.*

El general Obregón me preguntó: "¿Qué quieres ser? ¿A dónde

quieres ir?", y yo le dije: "Mi general, el único premio que le pido es que me conceda ir a alcanzar a los delahuertistas derrotados, que se hallan por el estado de Guerrero, y que a mi hermano le perdone la vida". El general Obregón me dio una locomotora, un cabuz y un carro de primera más una escolta de cincuenta hombres, para que fuera y me introdujera al estado de Guerrero, o hasta donde pudiera alcanzar a los delahuertistas que iban al mando del general Enrique Estrada. Me ordenó que si alcanzaba a Estrada le dijera que para él no había amnistía. "¿Y el general Diéguez?", le pregunté: "Diéguez que corra su suerte —me dijo—; si se rinden todos los demás tráetelos a Iguala, se los presentas a Roberto Cruz, y de ahí te trasladas a México con los prisioneros rendidos; Cruz que te dé las fuerzas para la escolta, porque vas a atravesar el estado de Morelos donde los zapatistas no van a querer respetar a los prisioneros del estado de Guerrero, ya que son mortales y viejos enemigos".

De los primeros que se rindieron fueron los generales don Rómulo Figueroa, que se levantó siendo comandante militar del estado de Guerrero, don Francisco Figueroa, gobernador del estado y el entonces gobernador interino Lavín. El general Miguel Acosta, que era el oficial mayor de la Secretaría de Guerra y Marina me dio un oficio muy amplio por acuerdo del presidente, aparte del que llevaba firmado por el general Obregón, para que recibiera yo ayuda y apoyo de todos los jefes militares en el trayecto. En Iguala me presente al general Roberto Cruz, que estaba en plenitud de su gloria, al mando de cinco mil hombres. Había combatido bravamente en Ocotlán, donde resultó herido; traía por jefe de estado mayor al entonces coronel, hoy general de división, Manuel Enríquez (no confundirlo con Miguel del mismo apellido). Los dos me trataron muy bien, me alojaron en su carro vagón especial y también me dieron una escolta de caballería de cincuenta hombres. Atravesé el trayecto por caminos y veredas en terrenos desconocidos para mí, llevando ocasionales guías según el lugar donde llegaba. Me encontré con las fuerzas irregulares que mandaba el coronel apodado el Cirgüelo que no me dejaba pasar hacia adelante, hasta que saqué los oficios del general Obregón y de Acosta y otro que me había dado el general Roberto Cruz; de todas maneras se quedó gruñendo, estaba borracho, era muy bandido y asesino, enemigo personal de los Figueroa, y el gobierno había aprovechado sus servicios para combatirlos. Me dijo en tono de amenaza: "Bueno, güerito, esa sierra y estos cañones de por acá del sur son muy peligrosos, tú sabes lo que haces". Yo, que ya era coronel y él que se las daba de lo mismo, le dije: "Compañero, estoy acostumbrado a comerme puercos gordos, 'cuantimás' un costillar; yo voy cumpliendo con mi deber y con órdenes del alto mando, preparado desde estos momentos para romperme la crisma en cualquier emboscada y también prevenido para cual-

quier traición". Nos despedimos sin darnos la mano, pero antes sacó una botella de mezcal y me ofreció un trago a pico de botella que yo acepté, y él de una sola absorción se bebió media botella.

Llegué a Chilapa donde estaban acampados los generales derrotados, Crisóforo Ocampo (guerrerense), Diéguez, Samuel y otros más hasta completar diecisiete generales. Cuando pregunté por el general Santos lo mandaron llamar, les dije que iba en nombre del gobierno a hablar con ellos. Vi venir un hombre blanco, sin barba ni bigote, con calzones anchos de manta de los que usan los surianos y botas cortas y lisas; tenía mochadas las puntas del calzón, un sombrero de paja muy arriscado y yo no reconocí que era mi hermano, sino hasta que estaba a un metro de distancia de mí, pues siempre lo había visto con bigote rubio y muy bien vestido, fuera de militar o de civil. Me abrazó y lloró. Me dijo más o menos: "Hermano, agradezco mucho esto que vienes a hacer por mí, pero realmente no lo merezco después de lo que te hice en San Luis". "Olvida todo esto —le dije— y constitúyete en mi prisionero". "Soy tu prisionero", me contestó. "Ahora —le dije—, llévame con todos los jefes a ver quiénes se quieren rendir incondicionalmente, según órdenes que traigo del señor presidente de la República, general Alvaro Obregón". Al punto me llevó con el general Manuel M. Diéguez quien siempre me había dispensado su amistad y quien fungía como jefe de todos ellos, pues ya Estrada se había fugado sin decirles adiós a los suyos. El general Diéguez me dijo: "Yo no me rindo no por falta de ganas sino porque cuando me hicieron prisionero, en 1920, con el golpe de Agua Prieta en Guadalajara, le prometí al general Obregón no tomar las armas en su contra, cosa que desgraciadamente las circunstancias me obligaron a no cumplir y el Manco no me perdonará" (textual). Después habló un general que se llamaba Crisóforo Ocampo, y según me dijo Samuel era muy valiente, nativo del estado de Guerrero. "Yo no me rindo —me dijo— porque soy enemigo personal del indio Castrejón", nativo también del estado de Guerrero, quien mandaba una columna que perseguía a los delahuertistas. Este Castrejón era picado de viruelas, indio, de origen zapatista y después había pasado por la academia militar que fundó don Venustiano Carranza, en donde se medio cultivó. Yo le dije: "Mi general, yo no puedo responder de estas cuestiones". Los generales Figueroa, Rómulo y don Francisco, así como el gobernador interino Lavín no pusieron objeción, y me dijeron: "Estamos a sus órdenes mi coronel, solamente que le vamos a dar un buen caballo porque el que trae usted está muy trasijado", lo que yo acepté y les agradecí. Se rindió también el general Velasco Ruz, de origen federal, temblando de miedo y suplicándome que hiciera todo lo posible para que no lo fusilaran, puesto que la rendición era incondicional, y otro grupo de generales cuyos nombres por ahora no recuerdo hasta completar los diecisiete que antes mencioné. Acampamos, pues, juntos en

Chilapa, y opiné que no saliéramos sino en la madrugada, pues temía una acechanza del Cirgüelo, aun cuando las tropas exdelahuertistas eran muy fogueadas y pasaban de los ochocientos hombres con algunas ametralladoras, venían muy desmoralizados y el Cirgüelo era muy conocedor del terreno, y nos podía hacer una mala jugada, máxime si se ponía de acuerdo con Castrejón, que traía más fuerzas y de mejor calidad. Así pues, la emprendimos para Iguala a las cuatro de la mañana de un día de junio, y después de una jornada de todo un día, desde la madrugada al anochecer en que caminamos más o menos veinticinco leguas, entramos en Iguala. Previo aviso que le envié al general Roberto Cruz con un teniente coronel de los de Samuel que andaban levantados, que se apellidaba Ramos y le decían el Chato.

Mandó el general Cruz al jefe de día con una escolta para que acuartelara a la tropa sometida, los generales y el exgobernador Lavín quedaron presos bajo su palabra de honor en la casa particular de un fotógrafo apellidado Romero, muy gentil y que tenía una madre muy bondadosa y los trató muy bien. Yo me fui a dar parte al general Cruz a su carro especial de ferrocarril. Me dijo que a mi hermano Samuel me lo llevara allá con él, y el entonces coronel Manuel Enríquez, jefe del estado mayor, le cedió su cama a mi hermano y se acostó en un sofá. Cenamos juntos Roberto Cruz, mi hermano Samuel, el coronel Enríquez y yo, como si todos hubiéramos estado defendiendo la misma causa. Cruz, que tenía y hasta la fecha tiene una leyenda negra, INJUSTA, se portó muy caballero, muy amigo y muy hombre con nosotros. Al día siguiente me dio una compañía de ciento y pico de soldados con dos ametralladoras para que custodiara hasta México a los generales rendidos, pues Genovevo de la O., comandante militar en el estado de Morelos, con cuartel general en Cuernavaca, se empeñaba en agarrarlos a nuestro paso y fusilarlos al llegar a la estación de Cuernavaca.

Me bajé y le dije al jefe de día, que fue a querer secuestrar a los prisioneros en Cuernavaca, que tendrían que agarrarse con la escolta que llevábamos antes que yo le entregara a ninguno, pero que me hiciera favor de leer los oficios que llevaba del general Obregón, presidente de la República, del general Miguel M. Acosta, oficial mayor de Guerra y Marina y del general Roberto Cruz, comandante militar de la Columna del Sur. El zapatista, que era un coronel ignorante pero reposado, miró los oficios, y me dijo: "Bueno, las órdenes que usted trae son unas y las que yo traigo son otras". "¿Y a quién obedece usted en último caso? —le dije— ¿al presidente de la República o al general Genovevo de la O?"; pero mientras tanto, había puesto yo las dos ametralladoras en los techos de los carros y la escolta con los fusiles con cartucho cortado. Ahí esperé como una hora y como el coronel no volvía, llamé al jefe de estación, le enseñé los oficios y le exigí que diera orden de que el tren saliera.

Llevaba mi tren vía libre para México, y en Mixcoac, última estación para llegar a la ciudad de México, ordené al conductor parar el tren. Ahí me estaba esperando en un automóvil el coronel delahuertista Celestino Avila, gente mía pero que había seguido a mi hermano Samuel en su aventura, pues le tocó el levantamiento estando a las órdenes de mi hermano en Guadalajara. Me había enviado a Celestino a San Luis Potosí, con la pretensión de que me pasara a las filas de ellos. Celestino, que era muy astuto y muy valiente, se había metido a la ciudad de México de antemano sin rendirse, era muy amigo y compañero de fechorías del jefe de las comisiones de seguridad, Valente Quintana, y del subjefe, el hoy coronel Alfonso Frías. De Valente era casi paisano, pues Valente era de Matamoros y Celestino era de Donna, Texas. El subjefe de la Policía de Seguridad, ahora llamada Comisión de Seguridad, se llamaba Alfonso Frías, con el tiempo resultó un gran detective y en la actualidad está retirado y rico. Ahí en Mixcoac bajé a mi hermano Samuel rápidamente del tren, y se lo entregué a Celestino para que se lo llevara a esconder a la casa de Alfonso Frías. Velasco Ruz se dio cuenta de que mi hermano se bajó y de que el tren siguió adelante rápidamente, se me aproximó el exgeneral federal, felicista, pelaecista y delahuertista y se me hincó llorando lágrimas del tamaño de un granizo, y diciéndome: "Chalito (super diminutivo de Gonzalo), por favor manda parar el tren y que me bajen a mí también, pues el que tú hayas dejado salir a Samuel quiere decir que a todos los demás nos van a fusilar". Yo le contesté: "Es indigno de un hijo del Colegio Militar de Chapultepec hincarse y llorar para defender la vida, además, no tengo la seguridad, pero tengo grandes presunciones de que ninguno de ustedes será fusilado, pues para esto último lo hubieran hecho en el estado de Guerrero, o entregándoselos a los zapatistas". Se puso de pie, enjugándose las lágrimas pero siguió llorando, me abrazó y me dijo: "No dejes que me fusilen, por favor". Los demás generales rendidos y el gobernador interino Lavín también se dieron cuenta de que bajé a mi hermano en Mixcoac, pero no dijeron nada, permanecieron serenos.

Al llegar a la estación Colonia de la ciudad de México, me esperaba un coronel jefe de día de la guarnición de la plaza, y me preguntó: "¿El coronel Gonzalo N. Santos?", haciendo el saludo militar; yo le contesté el saludo militar, cuadrándome también, y le dije: "Presente y a sus órdenes, mi coronel". "Aquí tengo la lista de unos prisioneros que me debe usted entregar", y me la leyó (la encabezaba el general de división don Rómulo Figueroa), pero los prisioneros que yo entregué resultaron dieciséis en lugar de diecisiete, pues faltaba el general Samuel M. Santos, lo que el coronel jefe de día me hizo notar, y me dijo: "Tengo órdenes de recibir diecisiete prisioneros y usted sólo me entrega dieciséis, ¿a qué se debe esto?". Le contesté: "Voy a hablarle sin rodeos, compañero"; le enseñé el oficio del señor presidente de la República, general

Obregón, y el del general de división Miguel M. Acosta, oficial mayor de la Secretaría de Guerra y Marina donde me facultaban a recibir la rendición incondicional de la columna delahuertista que operaba en el estado de Guerrero. Luego que leyó los oficios me dijo: "Bueno, y ¿qué sucedió con el que falta?, el general Samuel M. Santos que viene en esta lista", y yo le respondí: "El general Samuel M. Santos es mi hermano y si yo me interesé en esta comisión, con muy graves peligros para mi vida y para mi futuro, fue precisamente por ir a salvar la vida de mi hermano, y no sé qué habría usted hecho en mi caso, pero disponga usted lo que guste". Me dijo: "Bueno, yo no estoy facultado a aprehender a un coronel de mi mismo grado que porta oficio del señor presidente de la República y del oficial mayor de Guerra y Marina, pero sí estoy obligado a levantar un acta, y usted también tiene obligación de firmármela"; y así se hizo, ahí en la estación le dictó a un oficial la verdad de las cosas, que yo traía diecisiete generales prisioneros, que le había entregado dieciséis y que el único que faltaba era el general Samuel M. Santos; que cuando se me pidieron explicaciones yo contesté que lo había dejado escapar porque era mi hermano, que la superioridad juzgara. Sólo aclaré en el acta que no lo había dejado escapar, sino que yo le había protegido la fuga sin que él me lo solicitara. Al día siguiente me presenté con el fraternal amigo de Samuel y mío, Miguel M. Acosta, le entregué la copia del acta que había firmado, y me dijo: "Vente, vamos a ver a Pancho Manzo" (el general de división Francisco R. Manzo que era subsecretario de Guerra y Marina, muy allegado al presidente Obregón y al ministro de Guerra, general Francisco R. Serrano, era muy obeso y en aquel tiempo tenía fama de buen soldado y de valiente, después, cuando la rebelión escobarista demostró ser muy cobarde, pues muchos de estos hombres valían a la sombra de Obregón, pero solos resultaron nulidades, es decir, cuando el Manco faltó). Llegué apadrinado por Acosta a la subsecretaría de Guerra, me cuadré y le entregué el acta levantada en la estación entre el jefe de día y yo; ya para entonces Manzo tenía la misma acta que le había entregado el coronel jefe de día, y sin invitarme a que me sentara, me dijo: "O me entrega a ese hijo de la chingada o ahora mismo lo mando a Santiago Tlatelolco". Yo, cuadrándome, le contesté: "Mi general, lo de hijo de la chingada no se lo puedo contestar aquí en la subsecretaría de Guerra, pues esto se merecería para mí un juicio sumarísimo, sólo protesto ante usted con todo respeto por el trato que me está dando, bien sabe que se trata de mi hermano y que si usted entrega a un hermano por cobardía es cosa que yo no tengo que juzgar, yo estoy dispuesto a ir a Santiago Tlatelolco, pero no va usted a poder mandarme". "¿Por qué no lo puedo mandar?", dijo el general Manzo, parándose airado de su asiento. "Porque yo soy diputado y tengo fuero, y sólo he tomado las armas en este levantamiento contra los delahuertistas por mis convicciones revolucionarias y mi amistad y

adhesión al general Obregón y mi amistad y adhesión también al general Plutarco Elías Calles, de quien he sido jefe de su escolta en este movimiento; pero de la Cámara de Diputados no me puede usted sacar". Acosta se quedó petrificado ante tanta audacia y tanta mentira mía, pues yo no era diputado, aunque ya sabía que pronto lo iba a ser. Manzo se puso rojo de ira. "Entonces es usted un soldado doble ancho —me dijo—, cabrones —continuó—, cuando les conviene son soldados y cuando les conviene son políticos, retírese de mi presencia". "Con todo respeto y con todo gusto, mi general", le contesté y me retiré acompañado de Acosta, quien me dijo: "¿Y cómo tuviste los huevos y la audacia de decirle semejante mentira a Manzo?", y le dije: "Porque ya el Manco (refiriéndome a mi general Obregón) me dijo que me lanzara para diputado y, en último caso, eso es lo que hubiera hecho yo valer. Llévame con el Manco", le dije. Aquellos tiempos no eran como ahora que alguien trata de ver al señor presidente de la República y dilata cinco, seis o más meses, si es que lo recibe. El presidente nos recibió antes de cinco minutos, sabiendo que yo estaba presente y de la comisión que había desempeñado en el estado de Guerrero, nos recibió juntos a Acosta y a mí. Le conté primero todo lo de mi comisión, sin ahorrar ningún episodio: sobre el Cirgüelo, sobre Castrejón, Ocampo, lo que me dijo Diéguez, el trato caballeroso que nos dio el general Roberto Cruz, el incidente con los zapatistas, la escapatoria que le protegí a Santos en Mixcoac, que lo tenía escondido en casa de un amigo mío y, por último, la regañada que me dio Manzo y el "volido" con que yo salí del asunto. El Manco primero se rió de mi desplante, y luego se puso furioso contra Samuel, lo menos que me dijo fue: "Es un loco, es un extraviado, se fue con los rebeldes por miedo a que lo fusilaran, no tuvo los huevos suficientes como los tuvo el gobernador del estado, J. Guadalupe Zuno, de fugarse vestido de cura cuando el levantamiento de Estrada y Diéguez. ¿Y qué vas a hacer con él?", me dijo. Le contesté: "Sacarlo del país de contrabando, sin comprometer ni molestar a nadie". "Sácalo —me dijo— cuanto antes y que no vuelva aquí, sólo te serviría de estorbo y molestaría tu carrera, pues gentes malquerientes tuyas se servirían del pretexto de Samuel para tratar de opacar tu lealtad tan bien probada, tu prestigio y tu valor". "Muchas gracias por estos conceptos, mi general, yo estaré con usted hasta el último día que usted o yo desaparezcamos" (y se lo cumplí). "Además —me dijo—, estaría expuesto, muy expuesto a que cualquier día lo agarraran y lo tronaran". "Así lo haré, mi general, a la mayor brevedad posible". Luego, el general Obregón me confirmó lo que ya me había dicho con anterioridad: "Quiero que seas diputado al Congreso de la Unión". Yo le iba a decir que no tenía la edad, pero me acordé de la barbaridad que hizo mi hermano Pedro Antonio cuando no aceptó ser gobernador de San Luis Potosí en el maderismo, precisamente porque no tenía la edad

constitucional y lo mal que le fue con ello y la barbaridad que cometió Samuel, en 1920, cuando el general Obregón me quería hacer gobernador, y Samuel alegó la misma pincherada de la edad; además, yo tenía criterio muy diferente al de mi finado hermano, y le contesté: "Me voy a lanzar, mi general, y voy a traer el ciento por ciento de los votos de mi distrito, cuya cabecera es Ciudad Valles, y voy a lanzar a otro amigo, el licenciado Antonino M. García, a quien usted conoce bien, por los distritos de Tancanhuitz y Tamazunchale, también de la Huasteca, que yo controlo (el Manco lo conocía bien porque Antonino ya había sido diputado obregonista. Entonces los diputados se podían reelegir). Los dos vamos a luchar contra Manrique, que es el gobernador, pero Manrique no tiene fuerza en ninguna parte y menos en la Huasteca. A Manrique lo apoya el general Saturnino Cedillo, comandante militar del estado, pero a Cedillo nadie lo conoce en la Huasteca, y no tiene prestigio". Se paró el Manco, y me dijo: "¿Cómo andas de jolás?" (quería decir dinero). Yo andaba muy mal, pero preferí no decirle esto, y le contesté que no me sobraba, pero que tenía lo suficiente. Al salir le dije a Acosta: "Lo suficiente que tengo es que me regales tres mil pesos, pues aunque tengo mi agencia aduanal y de vapores en Tampico, ahora con la rebelión delahuertista anda patas arriba, y el cajero de la agencia, Diego Alonso Hinojosa, se ha echado encima de los dineros en mi ausencia y en la ausencia de mi otro socio, Carlos F. Ozuna (aunque la agencia ya estaba liquidada a mí no me habían pagado mis dividendos). Acosta, ya en la oficialía mayor de Guerra mandó llamar al pagador, que era el teniente coronel Luis Bobadilla, y le ordenó que me entregara tres mil pesos oro sin recibo, cargados a no sé qué partida, los que nunca me cobró ni le pagué.

A mi hermano Samuel le mandé a su escondite dos tubos de seda, de ésos que sirven para bordar, color lila con el propio Frías, subjefe de las comisiones de seguridad y propietario de la casa donde mi hermano estaba escondido, y le dije a Frías: "Dale este tubo a Samuel, fíjate en este que traigo yo, que tu señora se fije en el tubo de seda que le queda a Samuel y a quien toque la puerta que no le abra sino por el pequeño postigo, y no lo haga pasar si no le lleva este tubo de seda". Frías le llevó el tubo de seda a mi hermano Samuel, y yo me quedé con el otro. Arreglé mis asuntos para trasladarme a San Luis y ya había arreglado con un señor Paulino Almanza, exrico de la ciudad de San Luis Potosí, de muy buena familia venido a menos por la Revolución y muy amigo de todos nosotros, pero muy principalmente de Samuel de quien había sido compañero de colegio, y que a la sazón era conductor del pullman del tren de México a Laredo; arreglé con este Paulino Almanza que en Tlalnepantla recibiera a Samuel, le di el dinero para que comprara el gabinete y tres boletos de primera clase, que era requisito indispensable para ocupar un gabinete del pullman. Quedamos conve-

nidos hora y fecha en que le entregaría a mi hermano en Tlalnepantla, que era más o menos entre nueve y media y diez de la noche.

Me trasladé a ver a Samuel a su escondite, soné la puerta y vino la señora Frías, abrió el postigo, me vio y dijo: "Pase", y yo le dije: "No puedo pasar si no enseño este tubo, pues esas son las instrucciones que tienen de mí". Se rió y me pasó y cuál no sería mi sorpresa al ver a mi hermano en su cuarto acompañado de su novia, una señorita Campos de diecisiete años, hija de Pancho Campos, viejo amigo nuestro de la Huasteca hidalguense. Yo montado en cólera y sin poderme contener le dije: "Estas son chingaderas, no son momentos ni tiempo de andar recibiendo a la novia en su escondite, un individuo que tiene la cabeza pendiente de un hilo". Mi hermano se enfureció también, y me dijo que le podía retirar mi protección, y le contesté: "No, lo que voy a retirar de aquí es a tu novia que se va inmediatamente, echaré llave a la puerta y no abriré hasta que venga yo personalmente por ti a la noche". Samuel se quedó muy "amoscado" y la muchacha salió. Yo le dije a la señora Frías: "Esto de la llave fue 'volada' mía, téngala pero atranque usted y diga que yo me la llevé". En la noche regresé en un automóvil, y me llevé a Samuel a Tlalnepantla. El automóvil me lo proporcionó Frías con placas de la policía y acompañado de mi ayudante, Ernesto López, me llevé a Samuel a Tlalnepantla. Llegamos cuando el tren ya estaba por parar, bajó Almanza, el conductor del pullman, y me hizo tres señales con el cigarro prendido que era la contraseña que nos dimos; la noche estaba obscura y precipitadamente subí a Samuel, que llevaba la cara tapada con una bufanda, y yo también llevaba una enredada en el pescuezo. Ahí en los escalones del pullman le di seiscientos pesos en relucientes aztecas del cuño carrancista, y le dije: "No pares hasta Corpus Christi, no te quedes en Laredo y menos en San Antonio que es nido de despechados y de conspiradores, ya en Corpus comunícate con nuestro amigo Teófilo Crixel a Brownsville, para lo que te haga falta". Samuel me volvió a dar las gracias y como era medio lloricón se le salieron las lágrimas. Cumplió seis meses de destierro en Corpus, y luego se trasladó a Brownsville donde, en complicidad con el jefe de la guarnición de la plaza de Matamoros, nuestro viejo compañero de armas el entonces coronel, hoy general de división, Antonio Guerrero, exgobernador de Nuevo León, pasaba todas las noches al lado mexicano. Cuando lo supe le mandé hacer un extrañamiento por conducto del mismo Guerrero y la contestación de Samuel fue tomar el tren y venirse a Tampico, donde me ocasionó algunas dificultades con el jefe de la policía, un tal Juan Ibarra a quien llamaban el Negro Ibarra, elemento de Portes Gil, muy servil y muy arbitrario. Ya en estas circunstancias hablé con el general Lázaro Cárdenas, que era comandante militar de la Huasteca con cuartel general en Pueblo Viejo, hoy Villa Cuauhtémoc, y me dijo: "Dile al general Santos (le dio este tratamiento aunque

ya estaba dado de baja) que si quiere se venga a Pueblo Viejo, que aquí no le pasa nada, que tiene toda clase de garantías". Pero no hubo necesidad de usar de la generosa oferta de mi amigo Lázaro Cárdenas, quien había sido prisionero de Estrada, de Diéguez y de Samuel en Guadalajara, de los cuales había recibido muy buen trato.

En la Cámara de Diputados

Dejemos a Samuel aparte, y sigamos con mi vida de luchador. Lancé mi candidatura a diputado federal y la del licenciado Antonino García por un partido recientemente organizado por Portes Gil, que se llamaba Confederación de Partidos Revolucionarios de la República. El partido se organizó con fuerzas locales dispersas, y tendría un mes de nacido cuando fuimos a las elecciones. Antonino triunfó rotundamente contra un tal Agustín Vidales, exhuertista que no conocía la Huasteca porque tenía por lo menos treinta años de haber salido de allá. Yo, la víspera del día de las elecciones, acampé con cincuenta hombres armados de pistola y carabina en un potrerito enclavado en las orillas del pueblo de Ciudad Valles (ahora ya está dentro de la ciudad). El tal potrerito se llamaba Las Lomas y era propiedad de mi contrincante, el ingeniero Rafael Curiel, exgobernador que nos traicionó, exconstituyente y ex diputado, hombre que había sido de Pedro Antonio, que fue a la revolución maderista, pero que no fue a la revolución constitucionalista, fue de los que se quedaron en México a hacerla de héroes de penitenciaría, de los que reconocieron a Huerta y cobraron sus dietas seis meses del gobierno del usurpador, hasta que éste los metió a la cárcel. Pero este Curiel había sido obregonista en la campaña contra Carranza cuando quiso imponer a Bonillas, y tenía muchas ligas de amistad con el general Francisco Serrano, ministro de Guerra y Marina quien le dio su apoyo, pero el apoyo de Serrano consistía en una, dos, tres o media docena de botellas de coñac, y Curiel, aunque sí era nativo de Ciudad Valles, no tenía ninguna fuerza y además en el conflicto armado entre callismo y el delahuertismo no dio color. Mi acto de acampar en el potrero propiedad de mi contrincante fue de franco atropello, pues ahí permanecimos setenta y dos horas, donde los caballos comían muy bien. Nosotros nos íbamos a comer por turnos a la fonda de un tahúr que se llamaba Arturo Piña y para darle más sabor al caldo, por mis pistolas o más bien dicho por mis carabinas, le di permiso al tal Piña para que abriera la partida de juego en una cantina que regenteaba, y a donde a diario había broncas y peleas. A última hora resultó candidato un tipo que se llamaba José Carrillo, y que también tenía más de veinte años de no pararse en Valles, pero venía con dinero, pues era ex telegrafista y se había casado con un india de Pánuco a la que en su

terrenito le salió petróleo, y el tal Carrillo traía buen dinero. De acuerdo con un grupo de tahúres, que encabezaba el mismo Arturo Piña, otro que le llamaban el Jauja, otro que le nombraban el Siete, mandé embriagar a Carrillo fingiéndose todos ellos sus partidarios, ya borracho lo desplumaron en los albures, y luego los tahúres lo invitaron a seguir tomando para dejarlo inconsciente. Cuando me fueron a avisar que estaba tirado completamente inconsciente, ahogado de borracho, llegué con un fotógrafo, lo mandé desnudar y lo retrataron en todas formas y posiciones que se pueda imaginar. Ahí murió la candidatura de Carrillo, pues lo amenacé con exhibir al candidato al desnudo en el colegio electoral. Tocante a Curiel, no fue a las elecciones ni se paró en Valles. Se amedrentó mucho con el hecho de haber puesto mi campamento con mis cincuenta "electores" encarabinados en el potrerito de su propiedad, claro que sin pagarle ni un centavo de pastos, pero se fue a México a hacer labor de proselitismo en el colegio electoral. Yo llevaba la ventaja de que todos los diputados veteranos me creían un neófito, pues entonces no había ni teléfonos de larga distancia ni radio, ni menos televisión o aviones, y los políticos de la capital sólo conocían a los jefes nacionales muy discutidos, ignoraban por lo tanto que había sido jefe de la política borrascosa en San Luis Potosí durante casi cuatro años, conocía todas las artimañas de la política, aunque no los grandes misterios de la alta capitalina; iba muy fogueado, pues desde chico había peleado contra don Porfirio Díaz, contra Huerta y después contra Villa y el señor Carranza. Me acerqué a la comisión dictaminadora que presidía un diputado Alvarez, de Oaxaca, le entregué mi expediente que iba repleto de voto. Curiel no traía ningún papel que exhibir, pues su comité en Valles se le había volteado incorporándose a mi candidatura, mediante quinientos pesos oro que le di a González (alias el Kilómetro). Este Kilómetro y su comité me entregaron firmadas y selladas las constancias de que habían sido derrotados, pues a última hora hasta ellos se convencieron de que la candidatura conveniente era la mía, pero aun así en la comisión revisora me pusieron dificultades, yo no sé si por recomendaciones telefónicas del general Serrano o porque me veía con mucha desconfianza uno de los líderes de la Confederación, mi gran amigo después, compañero y seguidor el coronel Filiberto Gómez, que después fue gobernador del Estado de México, hermano del gobernador Abundio Gómez. Filiberto era en ese tiempo jefe de la muy fuerte y numerosa diputación del Estado de México, se juntó con las viejas diputaciones de Oaxaca que encabezaba el licenciado Genaro Vázquez, y la de Jalisco que encabezaba Alfredo Romo. Después de presentar mi expediente, y darme cuenta de que Filiberto Gómez era quien me obstaculizaba, secundado por un diputado Ricardo Covarrubias que había venido a la Cámara por la Baja California, me acerqué a ellos, y les dije: "Yo ya no quiero argumentarles que

prácticamente soy el candidato único, pues traigo todas las constancias de que triunfé y ésas ya las verán, pero además, ¿quieren ustedes tener de compañero a un hombre joven que viene a incorporarse a los grupos de ustedes, que ha luchado en la Revolución con las armas en la mano desde muy joven o prefieren tener por compañero a un hombre tibio y que además está enfermo de lepra" (Curiel iba enfermo de paludismo, a ninguna hora se quitaba el abrigo abotonado hasta el cuello, y tampoco se quitaba los guantes por los fríos palúdicos que le entraban). Y continué: "¿Qué no ven que no se quita los guantes para no enseñar su enfermedad o, por lo menos, para no contagiar a los demás?" Se vieron asombrados el coronel Filiberto Gómez y Ricardo Covarrubias, y dirigiéndose a Covarrubias, el Pelón Filiberto le dijo: "Este muchacho tiene narices de cabrón, no hay que perderlo de vista. Va para dentro compañerito —me dijo—, pero cuidado nos hace una chingadera, porque usted tiene narices y ojos de muy cabrón". Yo le aclaré que no había nacido así, que era un golpe que había recibido cuando andaba cortando ciruelas arriba de un árbol y me caí, cosa que por lo demás era más o menos cierta: de los ojos no le aclaré nada. Entré a la Cámara y presté mi protesta como diputado, pero ya para entonces habían entrado dos enemigos políticos potosinos, el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama y el profesor Camacho. Como al otro día se iba a nombrar la Gran Comisión, maniobré para que no entrara ninguno de los otros presuntos diputados manriquistas hasta que no aprobaron la credencial de Antonino M. García, y quedamos empatados dos diputados contra dos para la formación de la Gran Comisión que entonces era muy importante; quedaban cuatro presuntos diputados sin aprobar, entre ellos León García y el reglamento entonces prevenía, y tal vez ahora lo prevenga, que en caso de empate la suerte resolverá los conflictos en estos casos. Yo traía desde mis primeros años de joven dos pesos (aún acostumbro portarlos en las peleas de gallos), uno con dos águilas y el otro con dos soles.

Había empleado este sistema contra los tahúres más astutos, o cuando se trataba de emparejar las peleas de gallos, y entonces desde el estrado donde se iba a resolver el caso de quiénes formaban la Gran Comisión, si Soto y Gama o Camacho, si Gonzalo N. Santos o Antonino M. García, metí una mano a la bolsa derecha y agarré el peso de las águilas y la otra mano a la bolsa izquierda, agarré el peso de los soles y le grité a Soto y Gama que estaba en su curul: "Diga usted, señor licenciado, quiere águila o quiere sol", y me contestó: "Quiero sol porque usted es muy águila". Todos se rieron y yo saqué rápidamente el peso de la derecha con las dos águilas, lo tiré lo más alto posible y me fui muy disimuladamente con un grupo de diputados y al ver en el suelo que era águila un aplauso general se escuchó, y Filiberto Gómez dijo:

"No les dije que tenía narices de cabrón, ya ven que resultó águila". Soto y Gama desde su curul gritó: "Hasta la suerte lo favorece".

Gané el puesto de la Gran Comisión, y luego me dediqué a obstaculizar a los presuntos diputados de Manrique habiendo dejado entrar solamente a uno, el licenciado Enrique Jencho, de nacionalidad muy dudosa pues conocí a su hermana que era *Pue De luxe,* (puta de lujo), inglesa muy conocida en la capital en aquellos tiempos, a quien todos llamábamos la Güera Jencho. Enrique Jencho, que era agrónomo de la Escuela de Chapingo, seguramente que llegó muy chico a México y él aunque de padre y madre inglesa alegaba haber nacido en un barco en aguas territoriales, pero nunca supo demostrar qué bandera traía aquel barco ni si aquel hecho era cierto. Filiberto Gómez, jefe de la diputación del Estado de México, y el licenciado Genaro Vázquez, jefe de la diputación de Oaxaca, y Alfredo Romo, que no era titulado pero que era gran orador, permanecían unidos inclinando las votaciones con el apoyo de sus fuertes diputaciones; los presuntos diputados manriquistas protestaron ruidosamente por mi nombramiento en la Gran Comisión, y apoyado por Filiberto Gómez y demás acabé de apabullar a los manriquistas, y tuve un altercado con Jencho, precisamente arriba en el estrado junto a Filiberto Gómez, que era el presidente del colegio electoral. Jencho, con mucha violencia, me dijo: "Santos, si sigues así te mueres". "Y a poco tú estás forrado de bronce", le contesté metiendo mano a mi pistola, Jencho también puso mano a la de él y Filiberto, que era el presidente, se paró abriendo los brazos, y nos ordenó a los dos ocupar nuestras curules. Jencho me dijo: "Nos vemos a la salida", y yo le contesté: "Para qué esperar si esto no es una escuela en la que los alumnos tengan que salir del plantel cuando termine la clase, vámonos saliendo ahora mismo", y lo agarré del saco. Alguien dijo que nos calmáramos y el asunto quedó ahí; pero ya para entonces me había dado a conocer en toda la asamblea. Barrí con los presuntos manriquistas, quedando de los ocho sólo tres diputados: Soto y Gama, Camacho y Jencho y por mi lado, encabezados por mí, éramos cinco: Antonino García, Arnulfo Portales, Espinosa, Pedro Merla y yo. Pedro Merla, por arbitrariedad mía, fue nombrado por Matehuala, de donde era nativo, pero no había estado ahí desde hacía veinte años, ya que había vivido en Nueva York. Así estaban las cosas cuando regresó el general Calles de su viaje por Europa, entrando por Tampico. Tampico que era mis meros agostaderos, donde yo había tenido mi agencia aduanal y de vapores, pues la liquidé en 1923, con Carlos Ozuna ya que el otro Hinojosa lo había eliminado Ozuna por irregularidad en el manejo de los fondos; pero tenía yo en Tampico dos casas propias, muchos amigos y ya para entonces hacía tiempo que había comprado la primera fracción de Gargaleote sobre el río Tamuín, en donde tenía más o menos unas cien vacas de agostadero y rentaba el rancho llamado Palo Verde.

El general Calles llega al poder

Llegó el general Calles a Tampico en un barco norteamericano platanero, procedente de Europa, vía Nueva Orleans; el pueblo se desbordó. Luego hicimos el viaje a la Ciudad de México. A mí el coronel Alvarez, su jefe de Estado Mayor, y Chelita, su secretaria particular (señora Soledad González), me dieron cama en el carro especial del viejo Calles, por lo que tuve oportunidad de platicar con él mucho durante todo el trayecto, informarle cómo estaban las Cámaras, sobre todo la de diputados, que nos habíamos dividido en varios grupos, uno se llamaba Laborista y lo componía un grupo encabezado por Luis N. Morones, y el Agrarista, encabezado por el licenciado Soto y Gama y la diputación guanajuatense, que era muy fuerte, encabezada por el gran luchador y revolucionario Agustín Arroyo Ch., actual jefe de la PIPSA. Yo no llevaba amistad con Soto y Gama ni con Morones; con Soto y Gama había distanciamiento político, por haber sido él contrincante de mi hermano Pedro Antonio para diputado por el primer distrito de la capital de San Luis Potosí en las elecciones maderistas para la 26 legislatura. Mi hermano Pedro Antonio, postulado por el Partido Progresista que encabezaba don Gustavo Madero; y el licenciado Soto y Gama, postulado ¡admírense ustedes!, por el PARTIDO CATÓLICO NACIONAL, DE COLOR AZUL, algo mucho más ultramontano que el actual ACCIÓN NACIONAL. El partido católico al que Soto y Gama pertenecía, y por el que fue postulado, lo encabezaba don Francisco Helguero en la capital de la República y los mochos y curros de La Lonja de San Luis Potosí en la ciudad. Pedro Antonio arrolló en la votación, pues tenía mucho prestigio y mucha fuerza, y le tocó votar en la misma casilla que votó Soto y Gama en el atrio del templo de San Agustín, en la entonces calle de Fuente, después calle Pedro Antonio Santos, que ahora la reacción anarquista de San Luis le ha quitado la placa y el nombre y le han puesto la Avenida de la Universidad, *así andan las cosas.* Se saludaron cortésmente Soto y Gama y mi hermano al que yo acompañaba, yo no sé quién hizo esta división de las casillas de la ciudad de San Luis Potosí, pero el caso es que en esa casilla donde votaban los candidatos la reacción acordó ponerla en el atrio de la Iglesia de San Agustín, como ya dije, pero casi a la puerta del templo y en día domingo, donde los fieles católicos entraban y

salían, votaban y se persignaban o salían del templo persignándose y votaban por Soto y Gama, pero la clase media, los estudiantes con mayoría de edad, el pueblo, votó arrolladoramente por Pedro Antonio. Ya después, fue mi amigo el licenciado Soto y Gama hasta el día de su muerte, y no dejé de visitarlo ni de ayudarlo económicamente como les consta a sus hijas e hijos; pero cuando la Convención de Aguascalientes, Soto y Gama se había hecho ultrarradical, y, por último, cuando él y yo disputábamos la Gran Comisión de la Cámara de Diputados, le eché en cara sus antiguas ligas con el Partido Católico a lo que él contestó desde la tribuna con sofismas, con risa y dijo: "Yo lo que quería era ponerle un par de banderillas de fuego a mi paisano, porque sé que es toro bravo", y luego expresó: "Gachupín aclimatado en tierra caliente de padres a hijos que los toree el diablo", refiriéndose a mí, que soy nieto de abuelos mexicanos e hijo de padres mexicanos por nacimiento. Entonces, con lo de la Gran Comisión Soto y Gama todavía atacaba a Iturbide, después vio toda la nación como acabaron claudicando él y el pobre don Pepe Vasconcelos.

Recién llegado el general Calles a la Ciudad de México, invitó a un grupo de los amigos que lo acompañamos en San Luis durante el movimiento delahuertista, a una fiesta en una residencia que se llamaba quinta del Lago, que estaba rumbo a Tlalpan; nos pusimos gran papalina, y me preguntó directamente a mí delante de los demás: "¿Quién manda en la Cámara de Diputados?". "Pues mi general, el presidente, mi general Obregón, los ha dejado completamente libres, dice que esta legislatura le corresponde manejarla a usted, hay un grupo no muy numeroso pero muy preparado que encabeza Luis N. Morones, los laboristas (que entre paréntesis eran los preferidos de Calles); hay otro grupo que organizó Portes Gil, pero con la salida de él está dividido, pero encabezado por las fuertes diputaciones de Jalisco, Oaxaca, la mitad de Michoacán y la diputación de Yucatán que reconoce como jefe al finado Felipe Carrillo Puerto. El grupo agrarista que encabeza Soto y Gama y la diputación de Guanajuato que habiendo sido de nuestra Confederación se pasó al lado de Morones y Soto y Gama, no en una forma completa pero sí de hecho, y creo que si usted no mete la mano a tiempo ahí, va a haber grandes líos". "Bueno —me dijo—, vamos a dejar que se desarrollen los acontecimientos, a ver quién tiene más saliva".

Se me pasaba decir que la diputación de Puebla era muy fuerte y la encabezaba el general José María Sánchez (alias Chachapa y que todavía traía un brazo amarrado de un balazo que recibió en Ocotlán combatiendo contra los delahuertistas). Este general José María Sánchez, que había sido maquinista del ferrocarril cuando la Revolución, tenía muchas ambiciones, era muy agresivo y traía en su diputación casi puros militares, con algunas cuantas excepciones, entre ellas la de mi tocayo, el después muy querido amigo doctor Gonzalo Bautista. Este grupo de poblanos arremetía diario contra Morones, y Morones contra

ellos, y Soto y Gama también arremetía junto con Morones; lo cierto es que esta Cámara era muy parecida a una "carambola" de gallos.

Yo empecé a organizar mi grupo, empezando con los cinco potosinos y las diputaciones chicas a quienes fui halagando, por ejemplo: las dos de Aguascalientes, el de la Baja California, el de Quintana Roo no (capitán González Madrid, alias el Ronco) porque como era jaliscience y había sido del estado mayor del general Diéguez se agregó a la diputación de Jalisco, pero de todas maneras, cuando regresó de Europa el general Calles a la Ciudad de México yo tenía un grupo de no menos de veinticinco diputados, entre los que contaba los cuatro de Tamaulipas, a los que había mandado se incorporaran conmigo el licenciado Emilio Portes Gil. Había diputados como el licenciado Luis León, Carlos Riva Palacio, J.M. Puig Casauranc, su hermano Carlos Puig Casauranc, y algunos otros que no tomaban partido, pues no se querían comprometer porque esperaban gran puesto en el gobierno de Calles, lo que efectivamente obtuvieron.

Un día salí para Tampico, iba con el fin de hablar con Portes Gil, plantearle la situación como la veía yo, pero Portes Gil, que ya para entonces era el candidato único al gobierno de Tamaulipas, me mostró su simpatía, pero nada más; me mostró su antipatía por Morones y por Soto y Gama, especialmente por el primero, pero me dijo: "Vete con mucho cuidado, porque son muy truchas y con muchas mañas". Yo le dije: "Tú ya me conoces, ya me viste en la lucha obregonista contra Carranza y me viste muy cerca y en la lucha contra De la Huerta, les voy a dar pelea". En eso estábamos Portes Gil y yo cuando recibió un telegrama y salió una extra en un periódico de Tampico, que se llamaba *La Prensa*, anunciando una gran balacera en la Cámara de Diputados, todo muy exagerado, hablando de muchos muertos y heridos. Lo cierto es que a Morones le pegaron un balazo, este balazo se lo dio un general de apellido Nuncio, nativo de Coahuila, de origen maderista, diputado por Puebla y de los de José María Sánchez, con motivo de una disputa que tuvieron Sánchez y Morones; se armó la pelotera y hubo un diputado muerto de apellido Guerrero, precisamente de los que ya me había conquistado para mi grupo, y que era del estado de Zacatecas. Este diputado fue muerto en su curul, quién sabe por las balas de quién; a Morones lo cargaron los suyos herido de un brazo, pero hicieron el asunto muy grande.

El general Calles reaccionó contra la Confederación, y entonces me dijo que me pusiera de acuerdo con el diputado Carlos Riva Palacio para que pusiéramos el orden y formáramos un bloque sólido. Yo fuí a ver a Carlos Riva Palacio, pero ya también andaba echándole el ala al gobierno del Estado de México y no quiso ni concurrir a la Cámara, entonces yo convoqué en el Salón Verde de la Cámara de Diputados y reuní sesenta y cinco representantes que ninguno de los otros grupos

tenía, pues los agraristas serían quince, los laboristas serían veinte y las demás eran diputaciones que andaban viendo cómo se acomodaban; con eso, medio me conquisté a la diputación yucateca que eran cinco, encabezados por el diputado y profesor Luis Torregrosa, antiguo pastor protestante. Seguí trabajando y cuando ya tenía mayoría, bauticé el bloque con el nombre de Socialista Parlamentario. Organicé un banquete en el Tívoli del Elíseo, ya desaparecido, mismo sitio en que el señor Madero y Vázquez Gómez hicieron su Convención Antirreelecionista contra don Porfirio Díaz, donde salieron postulados para presidente de la República don Francisco I. Madero y para vicepresidente el doctor Francisco Vázquez Gómez. En esa Convención Antirreeleccionista de 1909, fueron primer vocal mi hermano Pedro Antonio Santos, segundo vocal Aquiles Serdán y otros. Entre los concurrentes estuvo presente como delegado, el entonces tenedor de libros de una fábrica en Río Blanco, y no obrero como se ha dicho posteriormente sin ser verdad, el después general Heriberto Jara, hombre muy ameritado bajo el punto de vista ideológico y revolucionario, muy obrerista, pero, repito, nunca fue obrero sino tenedor de libros de una fábrica. Como general jamás disparó un tiro, pero todo esto no le resta sus grandes virtudes, sus grandes méritos y su gran labor en el Congreso Constituyente de Querétaro.

Yo creo que psicológicamente me convino mucho haber escogido el Tívoli para la Convención, por el antecedente de la convención antirreeleccionista de 1909. Ahí consolidé el Bloque Socialista Parlamentario y se me nombró presidente del bloque.

Presidente de la Gran Cámara

Entonces, en la primera sesión cambiamos todas las comisiones de la Cámara, empezando por la de Administración que manejaba los dineros, la de Contaduría y Glosa que manejaba también dinero y empleados y las cuatro secretarías que, conforme al reglamento de entonces, manejaban a los empleados de la Cámara, la imprenta y la tesorería.

Formé porras, pero de hombres verdaderamente aguerridos, no chambistas. La diputación del Estado de México se me incorpororó después, pues el general Calles estaba muy disgustado con ellos, o por lo menos hacía el teatro, porque atribuía al coronel Filiberto Gómez haber empezado la disputa contra Morones; y Filiberto Gómez me dijo: "Ya lo ves, nuevito, cómo predije que a la larga nos ibas a chingar a todos, pues yo te vi desde un principio narices de cabrón", y yo le contesté: "Estás muy equivocado pelón, no te chingué a la larga, te chingué a la corta pues apenas llevo ocho meses en la Cámara de Diputados y ya soy el cabecilla" (para entonces nos hablábamos de tú).

De ahí para siempre estas diputaciones, estos grupos, estos líderes

me permanecieron muy leales en las buenas y en las malas. Al Bloque Socialista Parlamentario también se incorporó Melchor Ortega con unos cinco diputados de los dieciocho que entonces daba Michoacán, otro grupo de michoacanos también se incorporaron con un número más o menos igual al de Melchor, encabezados por el diputado Rafael Alvarez y Alvarez y otros sueltos, quedando unos cuantos fuera del Bloque.

Ya presidente del Bloque Socialista Parlamentario, me presenté al general Calles en su casa, en una calle de la colonia Juárez, cuyo número ahora no recuerdo. Le di cuenta de todo al jefe del estado mayor del general Calles, que era el ya general José Alvarez, y desde entonces Alvarez y yo reafirmamos nuestra buena amistad que comenzó en San Luis Potosí, cuando la campaña contra De la Huerta, y me dijo: "Ahí te mando a mi hermano Rafael, es muy culto y muy inteligente, aprovéchalo". Los Alvarez no querían a Melchor Ortega, a quien declaraban intruso por ser del pueblo de Chamacuero, hoy Escobedo, estado de Guanajuato, lo acosaban y el mismo Melchor me confesó ser cierto haber sido en su juventud miembro de la Defensa Social huertista de su pueblo, y lo acusaban también y esto era público y notorio, de que había tomado participación más o menos prominente en un levantamiento local contra el general Francisco J. Múgica que era gobernador de Michoacán. Ortega había actuado como consejero del cabecilla que se levantó contra Múgica, de color cristero y que se llamaba Guízar. Melchor era muy astuto, simpático y ya estábamos en otra época, sumando y no restando; además Ortega tenía bastante valor personal y civil, y supo que yo no quise oír a los demás contra él. Después Melchor Ortega progresó mucho en política y llegó a ser gobernador de Guanajuato, presidente provisional del partido y valido del general Calles, con quien jugaba todos los días poker, formando parte del grupo de la camarilla de don Plutarco. Creo que fue uno de los culpables de la caída del general Calles, pues intrigaba contra el general Cárdenas, quien nunca lo había querido en Michoacán porque le volteó al general Serratos, gobernador de Michoacán contra Cárdenas de quien era su hechura, usando de su ascendiente con el general Calles. También en un viaje que hicimos a Tampico juntos el general Cárdenas, el general Múgica, que estaba dado de baja por delahuertista y refugiado con Cárdenas en Pueblo Viejo, éstos en el camino me hablaron de Melchor, diciéndome que lo creían traidor reaccionario y que lo sacara del grupo, yo les dije: "No lo hago por dos razones, primera porque conmigo ha sido leal y segunda porque ya el general Calles no puede prescindir de ver diariamente y jugar poker con él, con Carlos Riva Palacio, con Juan Platt y Llantada, Nacho Gómez y Carlos Vega, etcétera". Platt y Llantada y Carlos Vega nada tenían que ver en la política; Juan Platt era tesorero general de los Ferrocarriles Nacionales de México y

acordaba directamente con el presidente Calles, entiendo que al director de los Ferrocarriles nunca lo tomaron en cuenta quienquiera que fuera; Llantada era el dueño de todos lo garitos de juego en toda la República, incluso en la ciudad de México. Después hubo en la Cámara, nombramiento de la Comisión Permanente en la cual, como se sabe, participan catorce senadores y quince diputados. Ya para entonces era muy numeroso el grupo de senadores afiliado al Bloque Socialista Parlamentario de las Cámaras y ya no de la Cámara de Diputados y los veintinueve miembros de la Comisión pertenecíamos al Bloque Socialista Parlamentario que yo presidía, ¡henos ahí de hecho, dominando las dos Cámaras! En la sesión que salí electo presidente de la Comisión Permanente, la diputación de Jalisco gritó estentóreamente, refiriéndose a mí: "¡Viva el Alazán Tostado, primero muerto que cansado!", pues había trabajado con mucho dinamismo y resolución hasta alcanzar el triunfo en las Cámaras, y de entonces en adelante el Bloque Socialista Parlamentario tomó mucha fuerza y decidí, de acuerdo con el general José Alvarez y con la anuencia del general Plutarco Elías Calles, presidente de la República, que se formara en la República un nuevo partido, que se hiciera una nueva convención en el Tívoli (iniciativa mía por las mismas razones e intereses), y recorrí con algunos otros diputados toda la República en pro de esta idea. Con la ayuda del general José Alvarez conseguí la anuencia del general Calles, que estaba muy escamado de los partidos fuertes mayoritarios y que prefería en aquel entonces que fueran los partidos locales los que se entendieran directamente con él, pero al fin me dio su anuencia. Era ya el jefe de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión y habíamos aumentado el presupuesto de ocho millones de pesos oro a catorce millones pesos oro. La Orquesta Típica de la Ciudad de México la cual dirigía el maestro Miguel Lerdo de Tejada, que gustaba tanto al pueblo, había sido cesada de una plumada por el general Calles del gobierno del Distrito que es donde cobraban, y yo sin consultar con Calles ni con nadie, volví a poner a la Típica, pagándoles sueldos de la Cámara, o sea, de aviadores. Fui y le expliqué al general Calles que íbamos a tener la formación de un buen partido, que necesitábamos algo que animara al pueblo, y me dio su anuencia, pero yo no lo había consultado antes.

Me fui en gira, primero por Yucatán y después por Tabasco y Campeche. A Yucatán me acompañaba el senador de aquel estado, Bartolome García Correa, líder heredero de las masas yucatecas de Felipe Carrillo Puerto, aun cuando no con el prestigio de aquél. Me acompañó toda la diputación yucateca. Esto ya era campaña para formar lo que se llamó después Alianza de Partidos Socialistas de la República, compuesto por todos los partidos revolucionarios que había diseminados en el país. Ahí proclamé la candidatura del doctor Torre Díaz que estaba recién llegado de Brasil donde era embajador, diplomático clásico, pero de los

simpáticos, no de los pedantes; esta proclamación la hice siguiendo instrucciones del general Calles. El Partido Socialista del Sureste, que encabezaban el profesor y senador Bartolomé García Correa, el gobernador Iturralde y el diputado Luis Torregrosa, se agregó a la Alianza de Partidos Socialistas de la República que traía como principio reconocer y respetar la autonomía de los partidos locales formando la Alianza con directiva en la capital.

Tomás Garrido Canaval, que era gobernador de Tabasco y se había fajado con las armas en la mano contra los soldados del ejército que fueron infidentes en Tabasco en favor de De la Huerta, tenía mucho prestigio y mucho valor. Desde el momento en que nos conocimos, nos dimos un abrazo y nos hablamos de tú, pues él ya sabía de mí y yo ya sabía de él. Incorporó su Partido Radical Revolucionario de Tabasco a la Alianza y regresamos a México. Me acompaño en esta gira Melchor Ortega, el diputado coronel Francisco Soto, del estado de Hidalgo. García Carranza, que era jefe de la diputación de Chihuahua y que después nos fue infidente. Entre los diputados yucatecos, el diputado Ariostos Castellanos y Zonito Ancona, cuyo nombre propio no recuerdo, también iba con nosotros un diputado tabasqueño, pero que representaba un distrito del Distrito Federal, Amílcar Centella Sánchez Mármol Zebadúa, al que hicimos blanco de nuestras sátiras pues yo le agregué a lo de Amílcar Centella Sánchez Mármol Zebadúa, "Conde de Doce Torres y de Doce Puentes del Ferrocarril Central" y como mi chunga le molestó, se desquitó con el coronel Soto, de Hidalgo, a quien retó a duelo en la cubierta del barco americano *Monterrey* en alta mar. Amílcar Centella, que era como le llamábamos simplemente en la Cámara, era un tipo muy pedante, pero a la vez simpático, muy desprendido y cuando todos lo creíamos un gallina resultó que en la cubierta del barco *Monterrey*, a las cinco de la mañana, para que la marinería no se diera cuenta, fuimos a pintarles las rayas con un gis los de la Comitiva y yo a dar las tres palmadas para que se hicieran fuego el uno al otro a diez metros de distancia. Mi coronel y diputado Soto se rajó, le pidió disculpas y Amílcar Centella fue tratado con más estimación, aunque siempre lo seguimos engañando ofreciéndole grandes comisiones, entre ellas su sueño dorado, la de la Contaduría Mayor de Hacienda y lo explotamos en monedas centenarias de oro y a fin de cuentas, siempre le salíamos con que nos había llegado consigna de lo alto en contrario. El general Calles estaba completamente enterado de estas bromas, las que le causaban mucha hilaridad. Después recorrí Coahuila acompañado sólo por el general y diputado Rafael Melgar, con el tiempo mi compadre, donde se incorporó a la Alianza el gobernador don Manuel Pérez Treviño; Monterrey, Nuevo León, donde se nos incorporó el grupo de don Aarón Sáenz, en el que había de todo, ricos, líderes, exhuertistas y villarrealistas, exdelahuertistas, y todos estos últimos los enca-

bezaba el general Jesús Santos Mendiola, continuamos a La Laguna, donde Pérez Treviño delegó a Nazario Ortiz Garza para que incorporara un grupo exlaborista que Nazario encabezaba en Coahuila. Continuamos a Durango, donde fuimos hostilizados por el gobernador Nájera a quien yo llevaba instrucciones secretas del general Obregón de hostilizar pues era un instrumento del general Jesús Agustín Castro, antiobregonista. En un abrir y cerrar de ojos reunimos la legislatura, hicimos una gran pachanga, y de ahí salimos al Congreso del estado, donde Nájera fue destituido como gobernador desaforado y pusimos como su sustituto a José Ramón Valdez. Este José Ramón Valdez tuve ocasión en tiempos de Miguel Alemán de volverlo a poner como gobernador sustituto, es decir, dos veces lo hice gobernador por lo que yo lo llamaba Tumbaburros.

Los grupos de Durango se incorporaron a la Alianza; continuamos a Chihuahua, donde era gobernador el coronel Jesús Almeida; su cerebro era el senador Luis Ester Estrada, hombre muy culto, muy vivo y muy rico, pero que había tenido que ver con el orozquismo, pero ya se sabe cómo es la política. Luis Ester mandaba a Almeida y también a Casimiro Almeida, hermano del gobernador, a quien desde aquel momento le prometí que iría como diputado, lo que le cumplí. Este grupo de Chihuahua nos sirvió mucho, pues de ahí era diputado y jefe de la diputación de Chihuahua el guanajuatense Francisco García Carranza, hombre de muy fácil palabra, culto, joven e inteligente, pues casi llegó a abogado. Delabarrista, felicista y huertista junto con el licenciado Ezequiel Padilla, pero se había incrustado en los grupos de la Revolución, y en mi gira por la República había tratado de hacerme un movimiento en el Bloque Socialista Parlamentario, el cual apachurraron en mi ausencia entre los diputados Melchor Ortega y el general y diputado Arturo Campillo Zeide, quienes me permanecieron leales. Lo de Sonora llegó solo, un soplo del Manco desde su rancho del Náinare, "aventó" a la capital al general Fausto Topete, que ya iba a ser gobernador y que traía la representación oficial del gobernador en funciones, Tomás Bey, y que venía acompañado de su hermano Ricardo, joven con muchas ambiciones y muy simpático que había sido teniente coronel del Estado Mayor del general Obregón; obregonista de hueso colorado.

La diputación de Sonora ya se me había incorporado desde antes, pero no así el Partido Revolucionario de Sonora. En Sinaloa encabezaba los grupos revolucionarios sonorenses, el ingeniero y diputado Juan de Dios Bátiz, exflorista. He de decir aquí que el general Angel Flores en la campaña presidencial para el general Calles se presentó como candidato a la presidencia de la República, apoyado por la Asociación de Agricultores de la República Mexicana, o sea, por los hacendados y latifundistas. No tuvo ningún éxito, pero Flores en Sinaloa, donde era go-

bernador y caudillo muy querido, ganó la elección contra el general Calles y los cinco diputados floristas entraron a la Cámara, fueron de los primeros que se incorporaron al Bloque Socialista Parlamentario, encabezados por Bátiz, que después fue mi compadre. Bátiz era de origen federal del Colegio Militar, pero bien visto por el obregonismo. De Jalisco ya se nos había incorporado toda la diputación que encabezaba el diputado Alfredo Romo, que tenía líderes muy fuertes, como Carlos Cuervo, Vidrio y otros, pero el grupo del gobernador J. Guadalupe Zuno no se nos incorporó, porque tenía como candidato para que lo sustituyera en el gobierno del estado a José María Cuéllar, a quien después hice gobernador interino cuando tumbamos a Margarito Ramírez del gobierno de aquel estado.

Entonces el pleito en Jalisco fue muy duro entre romistas y zunistas; Romo candidato de nuestro lado, Cuéllar candidato del gobernador Zuno, muy amigo del general Obregón. El general Calles azuzó el pleito, pues no quería a Cuéllar por su filiación zunista, ya que Zuno era enemigo acérrimo de la CROM y de Morones. Morones mandó a la CROM de Jalisco a incorporarse con Romo, pero sacando las castañas con la mano del gato, pues también querían apoderarse de Jalisco para su CROM y para él.

En Jalisco hubo más de dos meses de combates con ciudadelas, parapetos, encuentros directos, etcétera. Yo mandé las primeras ametralladoras *Thompson* que llegaron a la República a ayudar a Romo, y aquel pleito el general Calles lo declaró tablas por conducto de Gobernación. Me llamó el general Calles y me dijo: "Si llega Cuéllar a gobernador de Jalisco será un panteón, y si llega Romo será un burdel", y yo le contesté: "El que manda manda y si se equivoca vuelve a mandar".

Nosotros en la Cámara de Diputados le instruimos proceso de gran jurado al gobernador Zuno y lo tumbamos. Ahí fue donde el general Calles aprovechó y mandó a un elemento incoloro en política pero muy afín a Luis N. Morones, el licenciado Benítez, hombre culto, pero que no era ni fu ni fa; total, muchos muertos, muchos heridos y el general Calles nos jugó el dedo en la boca a todos, y Benítez quedó en el poder. El Congreso de la Unión constituido en gran jurado, influenciado por la diputación de Jalisco, por Morones y con la anuencia del general Calles, privó a J. Guadalupe Zuno de sus derechos de ciudadano por un plazo de cinco años, lo cual le sirvió a él para estudiar Leyes y hacerse abogado por no tener nada qué hacer en ese lustro.

Pasó el tiempo y, ¡oh, política mexicana!, cuando, en 1929, vino la rebelión de Escobar y hacía tiempo había estallado ya la rebelión de los cristeros, el general Calles mandó como gobernador interino a Margarito Ramírez, aquel exferrocarrilero que siendo conductor del tren de Iguala sacó escondido a Obregón cuando se levantó contra Carranza, único mérito que tuvo Margarito en la Revolución y que lo ha explotado, siendo gobernador de Jalisco, varias veces director de los Ferrocarriles

Nacionales de México, gobernador de Quintana Roo y actualmente tiene una chamba en la Nacional Financiera, muchas veces diputado, muy ignorante y muy pagado de sí mismo. Más adelante relataré bien estos hechos, por ahora diré que en su viaje por Europa del general Calles no soportando las quejas que de Margarito Ramírez se tenían, lo desaforamos como gobernador por Jalisco.

Terminada de organizar la Alianza de Partidos Socialistas de la República, y convocada a elecciones de la XXXII Legislatura Federal, obtuvimos un éxito rotundo en las elecciones en toda la República, y de doscientos setenta y tres diputados que éramos entonces, sólo traían credenciales triunfantes cuarenta y dos miembros de la Coalición de Partidos que era la opositora a la Alianza, a la cual encabezaban Agustín Arroyo Ch., hombre muy inteligente, valiente y revolucionario auténtico; le seguía un político muy medroso, muy inconsistente, el licenciado Federico Medrano, aunque de bastante talento y algún prestigio, voraz para el dinero y estaban también en este grupo el licenciado Ezequiel Padilla, antiguo huertista, miembro a veces de nuestros grupos y contrario en otras ocasiones. Este Padilla era el mejor orador de la época en la República Mexicana, y lo utilizábamos en calidad de "jilguero" para que dijera en la tribuna los discursos cuyas ideas nosotros le expresábamos.

El grupo de la Coalición lo protegía y lo encabezaba en la sombra el ministro de Hacienda, ingeniero Alberto J. Pani, que tenía pretensiones presidenciales, creyéndose ayudado por el general Calles; lo secundaba la banca, el comercio y la industria, que entonces no eran tan fuertes como ahora, y todos los reaccionarios de la ciudad de México, de Monterrey y también el grupo revolucionario que encabezaba Arroyo Ch. en Guanajuato, con el gobernador Colunga a la cabeza. Ahí ingresaron los disidentes del Bloque Socialista Parlamentario, Francisco García Carranza, Amílcar Centella y algunos otros. Las elecciones fueron algo duras en la capital y en los estados, salvo Guanajuato donde los arrollamos; en la ciudad de México, Pani les dio dinero y el grupo de la Coalición, que encabezaba Arroyo Ch., se refugió en la Secretaría de Hacienda declarándose Cámara de Diputados mientras que nosotros los de la Alianza ocupamos cuatro manzanas alrededor de la Cámara de Diputados, y nos metimos al recinto quince días antes del día que marca la ley, armados hasta los dientes y llenos de gargaleotes y porras que empezaban desde el Submarino, una cantina legendaria frente a la Cámara, ahí por las calles de Allende, que me parece que todavía existe.

Cuando la Coalición se acercó al teatro Iris, con la intención de entrar en la Cámara, brincando las bardas del teatro, una ráfaga de cinco *Thompson* y una bomba de dinamita fueron suficientes para que se retiraran, y no volvieran nunca más a aparecer. Dentro de la Cámara

teníamos nosotros tambores yaquis que tocaba el diputado Ricardo Topete, que sabe ejecutar este instrumento (el general exdiputado Ricardo Topete aún vive).

Para esto, el general Calles me había llamado y me había dicho que respetáramos al grupo laborista. Entonces entré en pláticas y tratos con el ministro de Industria y Comercio, Luis N. Morones, quien me recibió muy afable y muy complacido, y me dijo: "Compañero Santos, nuestra minoría del Partido Laborista se va a incorporar a la Alianza de Partidos Socialistas de la República y a su bloque", pues ya el Socialista Parlamentario había desaparecido absorbido por la Alianza. Morones nombró una comisión, encabezada por el licenciado Vicente Lombardo Toledano, Ricardo Treviño, Gonzalo González, Francisco López Cortés y algún otro que por el momento no recuerdo. Todos ellos pertenecían al grupo Acción de la CROM, los mismos a quienes se achaca el haber preparado el asesinato del general Obregón. Con Morones me veía muy poco, pues más bien trataba con su grupo encabezado siempre por Lombardo Toledano, que llevaba la voz cantante, y por Treviño, que llevaba la voz de la acción.

Quedamos convenidos en que se les darían a ellos quince diputados, pero como los de la Coalición que encabezaba Arroyo Ch. y Medrano no se presentaron con sus credenciales al colegio electoral de la Cámara de Diputados en el tiempo que marca la ley, echamos fuera a los cuarenta y dos, y esto me dio margen para hacer nuevos tratos con Morones y los laboristas.

Sucedió que entonces recibí un radio por inalámbrica del general Obregón con la clave de Fernando Torreblanca, que era yerno del general Calles y secretario particular. También había sido secretario particular del general Obregón, a quien le era muy adicto. El general Obregón en clave me decía (con un nombre supuesto), que me fuera a Estados Unidos, que entrara en Sonora por Nogales, que tal noche a las once en el tren de Nogales-Arizona que llegaba a Hermosillo, me estaría esperando el gobernador Tomás Bey con instrucciones para mí. Yo no conocía a Bey, pero él ya sabía que yo iba en el gabinete del pullman procedente de Nogales.

Al llegar a Hermosillo me asomé en la semioscuridad por la ventanilla y vi un hombre con una linterna color rojo de pilas, señalando hacia el gabinete del pullman. Me bajé y nos identificamos el gobernador Bey, disfrazado con overol, y yo inmediatamente. Me dijo: "Te está esperando un barco que se llama *Salvatierra* en Guaymas, síguete de frente". Me dio dos botellas de coñac *Hennessy* extra, nos dimos un abrazo y le dije: "A la vuelta nos veremos". Llegué al *Salvatierra*, y ahí me estaba esperando el socio de todos los negocios del general Obregón, que era un simpático hombre blanco de ojos azules y se llamaba Ignacio Gaxiola, a quien todos llamaban Nacho y lo considera-

ban mucho, pues como digo era socio del general Obregón. Me entregó el barco y levamos anclas rumbo al puerto de Yavaros. Esto del puerto de Yavaros lo había hecho el general Obregón a base de millones de esfuerzo, pues no es el tal puerto, sólo que está frente a su pueblo de Huatabampo, y por eso hizo aquella obra que no duró. Bajé en Yavaros con el agua a la cintura hasta que alcanzamos el pueblo Gaxiola y yo. Ya en tierra nos fuimos a la estación, que está muy cerca, y ahí estaba el llamado gerente del Ferrocarril del Yaqui esperándome con un carro especial. Pasamos por Huatabampo, llegamos a Navojoa y ahí terminaba el tal tren; bajamos y nos fuimos a la casa del general Obregón en donde estaba Mariquita, su esposa, esperándonos con un opíparo almuerzo estilo sonorense. Me dijo que si no quería cambiarme la ropa, y le dije que yo tenía por costumbre que la ropa mojada se me secara en el cuerpo, que me sentía muy a gusto en tierra caliente. Ahí me dieron un automóvil marca *Dodge* usado, pero muy fuerte, con un chofer medio mayo; ahí se quedó Nacho Gaxiola y me dijo Mariquita: "Lo está esperando en Cajeme" (que así se llamaba entonces la actual Ciudad Obregón). A Cajeme llegué a una casa colorada de un piso, grande y que tenía un enorme letrero que decía *Alvaro Obregón, arrocero*. De ahí salió Homobono Márquez, que era ayudante y chofer del general Obregón, y que algunos decían que sirvió en la punitiva a las órdenes del general Pershing, aunque esto no me consta. Homobono me conocía muy bien, seguimos en el mismo carro, y me dijo: "El general te está esperando en Náinare", que así se llama el rancho que era del general Obregón, y que ahora es de su familia. El Manco me recibió muy contento, subimos a un automóvil de él, que siguió manejando Homobono y después de darle algunas órdenes al entonces teniente coronel Benito Bernal, que era el jefe de su escolta, me dijo:" Vamos a pasear por los campos de arroz", y nos fuimos platicando el gran Manco y yo, él haciéndome preguntas y yo contándole todos los últimos acontecimientos de la capital, la destrucción de la llamada Coalición de Partidos en la que estaban el gobernador Ramírez de Michoacán, el gobernador Colunga de Guanajuato y, tal vez, algún otro que por el momento no recuerdo.

Para entonces, ya en San Luis Potosí habíamos tumbado a Manrique, el general me hizo que le contara con todos sus detalles el derrocamiento de Aurelio, le conté hasta lo de las maldiciones que le dijo al teniente coronel Rubio (primera y última vez que Manrique en su vida dijo maldiciones, pues le entró un ataque de locura) y cómo se agarraba como chango a las rejas de un balcón del piso inferior de palacio, gritando: "¡A mí, pueblo! Estos menguados están atropellando tu soberanía". El general Obregón se rió mucho, y me dijo: "Yo no tomo, pero sé que mis amigos te han venido proveyendo de coñac en el camino, el sol está muy fuerte y puedes echarte un trago". "Si usted me permite —le

contesté— me echaré tres de una sola vez para seguir platicando". "Toma lo que quieras", me contestó el Manco, que era muy humano. Tomó mucha atención en lo de Serrano, y me dijo: "¿Qué actitud viene asumiendo?", y le dije: "Serrano al llegar me mandó a buscar con nuestro amigo y casi hermano mío el general Miguel M. Acosta, director del Colegio Militar, los dos me invitaron al Colegio Militar y los acompañé a comer junto con los cadetes. Al salir del Colegio uno de los cadetes le presentó un dibujo de Serrano hecho muy rápidamente, sentado en la silla presidencial. Serrano le dio una palmada al cadete, se rió, le dio las gracias, nos enseñó el dibujo, y se lo guardó en la bolsa (por cierto en la bolsa trasera del pantalón). Acosta se me quedó viendo, y me dijo: '¿Qué opinas?', y yo le contesté enfrente de Serrano: 'Para ser aficionado no es malo el dibujante, sólo que a la silla que dibujó le sobró el águila'. Los dos se pusieron serios, y me invitaron una copa al club *Sonora-Sinaloa* que era en donde nos reuníamos los políticos y militares en privanza en aquella época. En el casino dominaba el elemento sonorense". Le conté al general Obregón que ahí en el *Sonora-Sinaloa*, Serrano me dijo que él ya no tomaba, que sólo bebía jugo de naranja con un poquito de coñac y, efectivamente, Acosta y yo empezamos a tomar coñac, que es lo que entonces se usaba, pues ningún revolucionario conocía el whisky, y Serrano seguía tomando jugo de naranja, pero en cada vasito de los llamados "caballitos" le iba echando cada vez más coñac hasta que el último ya se lo echó sin jugo. Todo esto le interesó mucho al general Obregón. "¿Y Morones?", me preguntó. "En mi concepto, Morones quiere hacer una fuerza, más bien dicho acrecentar la que ya tiene, durmiendo al general Calles para sacar muchas concesiones políticas, pero no creo que se sienta con piernas de jinete". "De Gómez ni te pregunto porque el pobre es un chafado". "Efectivamente —le conteste—, Gómez es muy payaso y no está en sus cabales, y se deja llevar por un grupo de tahúres a los que está protegiendo, y que lo hacen creer que él llegará a ser un dictador de México", "Bueno —me dijo—, ¿que has platicado últimamente con el general Calles?", y le contesté: "El general Calles se preocupó con la llegada de Serrano y me llamó por conducto del ingeniero Luis L. León, secretario de Agricultura y Fomento, y ya a solas el general Calles y yo me dijo: 'A Serrano hay que contenerlo, pero de buena manera, es nuestro y voy a ofrecerle el gobierno del Distrito para que se calme'. Yo le dije al general Calles: 'Si hace usted esto, será bueno que saque de la guarnición de la plaza al general de división Ignacio Martínez, que usted conoce mejor que yo, pues ha militado con usted desde 1912, y es muy adicto a Serrano, muy adicto a la copa, y ya desde ahora abrieron varios garitos donde se juega desde ruleta hasta carcamán". Después de escucharme, me dijo el general Obregón: "El nombramiento de Serrano no es mala maniobra del general Calles, yo no le recomendaría el nombramiento de ningún jefe militar ni de

ningún civil para cualquier puesto, pues tiene a su lado muchos cabrones como Riva Palacio (se refería a Carlos, a quien apodábamos la Concha, pues los otros dos, Manuel y Agustín no significaban nada), a Puig Casauranc que es un hijo de la chingada, intrigante y reaccionario y a un grupo del club Sonora-Sinaloa, que cuando les conviene son obregonistas y cuando no, son callistas y si yo empiezo a meterme con el general Calles ellos van a empezar a intrigar". Yo le dije: "Usted cuenta con el pueblo, con las dos Cámaras, con el ejército y con los gobernadores de San Luis Potosí, Veracruz y Tabasco; estoy en contacto directo con Cedillo". "Esto ya lo sé —me dijo—, vamos a tratarlo con cuidado". Me regresé del Náinare muy agasajado por el general Obregón, digo en aquel medio, pues entre otros de sus viejos amigos y compañeros de poker y paco, estaban don Luis Benvenutti, hombre de sus confianzas y don Francisco Salido, acérrimo obregonista, tío del general Obregón y de origen porfirista, pero ya para esas fechas era su inseparable.

Me mandó el Manco poner un catre de campaña al aire libre con una jaula de tela mosquitera contra el zancudo, pues aunque me daba un cuarto, yo preferí el patio polvoriento de la casita, pues el calor era muy seco y no había ventiladores. Después de dos días de estar con el general Obregón y recorrer los campos no solamente de su propiedad sino los *blockhouse* que estaban establecidos frente a los indios yaqui, noté cómo alrededor del Náinare estaba lleno de *blockhouse* de adobe con aspilleras y troneras arriba para las ametralladoras, y le dije: "¿Qué significa esto, mi general?". "La madre de De la Huerta —me dijo—, que como tú sabes está en destierro en Los Angeles y es india yaqui ha andado moviendo alguna cosa contra mí para el día de San Francisco, que es la fiesta de los yaquis y la vieja madre de De la Huerta tiene más huevos que él y tanta maldad, solamente que Adolfo se disfraza de hombre bondadoso, pero eso es farsa y tú comprenderas que yo no perdí este brazo bendiciendo a mis enemigos". Aquello me preocupó y por fin llegó el momento de regresarme. Me despedí del general Obregón y de los demás, y en un carro especial fui conducido de Navojoa hasta Hermosillo, donde me paró Tomas Bey, gobernador de Sonora, que se me pasaba decir era concuño del general Obregón, y me llevó a Guaymas a una comida casi reservada, pues no pasamos de ocho los comensales. De ahí, por consejo del general Obregón, le seguí a Los Angeles para despistar y para que conociera yo la ciudad. En aquel tiempo había muy pocas fotografías, poca luz en la ciudad de México y no era tan conocido como ahora, por lo que era muy fácil disfrazarse, ni quien soñara en la televisión, el radio o en esas epidemias actuales. La plaga de periodistas no se había extendido como langosta como ahora, y pasé inadvertido. En Los Angeles había un coronel dado de baja por delahuertista, pero que era muy amigo mío y me sirvió de guía pre-

sentándome con el conde Zaruba. Estábamos en plena prohibición, pero el conde Zaruba tenía en su casa lo mejor de todos los vinos y licores, tenía un Stradivarius que él tocaba y al cual yo no le entendía; su esposa, que era condesa austriaca, se pasaba todo el día dando números de canto para caridad, y entonces el conde Zaruba, el excoronel Velarde y yo, servidos por una negra, nos pasamos tres días de farra, además muy bien comidos y todo lo demás.

Debo decir que cuando le conté al general Obregón lo de Manrique se rió mucho, y me dijo: "Manrique es un pobre diablo, el que vale es Soto y Gama, llévale a Soto y Gama este memorándum para que se incorpore a tu partido, aunque no lo haga oficialmente, más bien dicho que se incorpore a ti".

El memorándum me lo dio el general Obregón con sobre y papel membretado: *Alvaro Obregón, agricultor, Náinare, Sonora*. Ahí le daba instrucciones a Soto y Gama para que se pusiera a mis ordenes, pero no lo firmó. "Manrique es un pobre diablo —me repitió— de él no te ocupes". Me dio la consigna el Manco de que en las próximas elecciones de diputados hiciera diputado a Soto y Gama, que aunque en la actualidad lo era, ya sabía que el general Calles no le iba a permitir ocupar una curul.

La emprendí para México, y lo primero que hice al llegar a la capital fue llamar a Soto y Gama a mi curul ahí en el Congreso, entregarle el memorándum y platicarle todo lo que me convino, y reservarme lo que no: "Pero eso sí —le dije—, de hoy en adelante, paisano —pues así nos tratábamos—, usted y yo vamos a hacer labor obregonista; yo al frente y a la brava y usted disimuladamente, porque traigo órdenes de hacerlo diputado de Xochimilco, ya que por San Luis no se puede" (Soto y Gama y Cedillo estaban distanciados). "Bueno —me dijo—, pero tiene que hacer esto, paisano, con la astucia que le caracteriza, pues de otro modo todo se echaría a perder. El Turco (se refería a don Plutarco Elías Calles) no me perdona ni me dejará llegar si no es por la acción y las mañas de usted". "Usted no diga nada a nadie —le contesté— y usted será diputado, no sé por dónde pero será. Estamos con el Manco, cartucheras al cañón quepan o no quepan". Después fui a visitar al general Calles, le di cuenta de que el general Obregón sentía alguna inquietud de los yaquis. "Mañana lo llamo —me dijo—, organiza a todos tus elementos (se refería a las Cámaras, a las porras y líderes de la Alianza de Partidos Socialistas) y le vamos a hacer una recepción a la estación. Ya no aguanto a Serrano y a Gómez —me dijo (no mencionó a Morones)—, están precipitando los acontecimientos, y esto no me deja gobernar".

A nadie más le di cuenta de mi viaje al Náinare, excepción hecha del ingeniero Luis León, ministro de Agricultura y Ganadería que estaba en el ajo obregonista conmigo y a Fernando Torreblanca, que estaba en el ajo con Obregón y con Calles y cuya clave tenía yo necesidad de usar.

Efectivamente, el general Calles llamó al general Obregón y éste llegó a la ciudad de México el 30 de marzo de 1927.

Le hicimos una recepción muy calurosa de pura gente de significación, sin masas. Después del abrazao que se dieron Obregón y Calles, volteó el general Calles hacia donde estaba yo, y señalándome con la mano derecha le dijo: "Aquí tienes a los nuestros". El general Obregón se echó toda una risa, y dijo: "Ya lo sé, y se trata de muy buenos gallos de estaca". Estábamos Luis N. Morones, ministro de Comercio y jefe del Partido Laborista y de la CROM, y yo.

De ahí seguimos al castillo de Chapultepec, donde el general Obregón se alojó en el mero castillo, como lo hacía don Porfirio Díaz y lo hizo el pobre don Pascual cuando fue presidente, el viejo Calles vivía abajo en la casa del intendente; después de algunos saludos, abrazos y apretones de manos, todos nos retiramos y dejamos al caudillo y al presidente solos.

Al día siguiente, de acuerdo con el general Calles, organicé una comida en San Angel en honor del general Obregón, ya para entonces había llamado yo a Cedillo y lo había incrustado en la alta política nacional. El banquete se celebró en uno de los pabellones de los hermosísimos jardines que entonces tenía San Angel Inn. El quiosco principal, o sea, la mesa de honor, estaba adornada con flores de Xochimilco con el nombre del general Obregón. No hubo ni un discurso, todo fue pura trama. El general Obregón me colocó a su derecha.

No invitamos a ningún laborista, o sea, a los moronistas. Esto sucedió el día dos de abril de 1927. La comida fue magnífica y la música la ejecutó la Típica de Lerdo de Tejada, que dependía de la Alianza de Partidos Socialistas de la República. Después de la comida nos apartamos el general Obregón y yo, hablamos de la formación de la futura legislatura. A esta comida asistió la totalidad de diputados y senadores de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, aunque no todos ocupaban el quiosco de honor, que era muy reducido.

Una vez solos, el general Obregón y yo hablamos francamente. Yo le dije: "Hoy es día dos de abril (recordando la batalla que libró Porfirio Díaz en Puebla), no sé si será buen o mal agüero". El general Obregón me contestó: "Díaz hizo lo suyo por la patria y por el Partido Liberal, lo que pasó es que se eternizó en el poder, y que nunca cambió elementos, nosotros no nos vamos a eternizar, sólo este periodo voy a aceptar porque sé que no es reelección ya que la Constitución en su Artículo 183 dice: 'El presidente de la República no podrá ser reelecto', pero no trae la palabra 'nunca', lo que quiere decir claramente que pasado un periodo puede volver a ocupar el puesto". "Bueno —le dije—, ése será nuestro primer argumento". Identifiqué perfectamente bien a Cedillo con Obregón, el que oscilaba entre el general Calles y el Manco, ahí quedó definido, completa y absolutamente ligado conmigo. Le dije al

general Obregón que al día siguiente salía yo con algunos diputados a hacer labor ya francamente obregonista para su nueva elección; "Empezaré por San Luis, luego seguiré con Pérez Treviño a Coahuila, con Portes Gil a Tamaulipas, y le seguiré por toda la República", y así lo hice.

De Nuevo León continuamos el diputado Melchor y yo nuestra gira para Tamaulipas, donde Portes Gil ya nos estaba esperando, pero sucedió que el día de nuestra llegada a Ciudad Victoria me recibieron en la estación, Portes Gil, que era gobernador constitucional del estado, el general Guillermo Nelson, comandante militar del estado, y una masa como de cinco mil agraristas montados en sus caballos. A mí me sorprendió aquella manifestación, porque andaba en gira de organización y no de agitación. Bajando del tren me dirigió un saludo muy caluroso Portes Gil en un discurso que ahí pronunció, diciéndoles a los campesinos que no tenía que presentarme a mí con ellos, pues todos me conocían desde los tiempos del obregonismo y después cuando yo le ayudé a formar el Partido Socialista Fronterizo del que Portes Gil fue siempre caudillo, pero agregó en su discurso, dirigiéndose a mí: "Tal vez, compañero Gonzalo, el que te está hablando no es el gobernador ya, sino el ciudadano Portes Gil, porque en estos momentos se encuentra la legislatura del estado en sesión permanente formándome proceso para desaforarme".

Sucedió que el jefe del sector de Tula, Tamaulipas, era el general de brigada Francisco Carrera Torres, aliado del general Saturnino Cedillo, que era comandante militar en San Luis Potosí. El general Guillermo Nelson estaba a la derecha de Portes Gil y los tres éramos amigos, aun cuando Nelson era el comandante militar, el jefe del regimiento que guarnecía Ciudad Victoria, es decir, el jefe directo de las tropas era el coronel Fausto Carrera Torres, hermano del general Francisco, enemigos acérrimos de Portes Gil, pues ellos habían sido lopezlaristas, y estos soldados estaban dándole protección a la legislatura en el movimiento político para tumbar a Portes Gil, que dirigía desde Tula el ya mencionado general Francisco Carrera Torres.

Yo contesté el discurso de Portes Gil desde arriba de un caballo que me prestó el líder agrarista, que después llegó a gobernador y senador, Magdaleno Aguilar, que era el líder agrario que encabezaba aquellas caballerías. Dije yo en mi discurso, dirigiéndome a Portes Gil y a los campesinos, más o menos: "El C. licenciado Emilio Portes Gil es gobernador constitucional del estado de Tamaulipas, es un gran luchador y un gran gobernador y no es posible y no permitiremos que un jefe militar de los unificados a la Revolución en 1920. . ." (pues Carrera Torres permaneció levantado en armas contra el constitucionalismo y contra la Constitución de Querétaro hasta el año de 1920, en que éste y otros elementos de diferentes facciones se unieron al obregonismo). Yo, continuando mi discurso, dije: "Vengo encabezando la formación de la

Alianza de Partidos Socialistas de la República e invito aquí al jefe del Partido Socialista Fronterizo a que con todo su partido se incorpore a nuestra Alianza en formación, y para no perder mucho tiempo ni gastar palabras inútiles, sígannos todos los campesinos, aquí presentes, al licenciado Portes Gil, al general Guillermo Nelson y a mí hacia la legislatura y vamos a ver quién puede más, si el pueblo o un grupo de intrigantes".

No llevaba yo en esta gira ninguno de mis ayudantes de armas tomar, pues no esperaba en Tamaulipas ninguna lucha, y junto con Portes Gil, Nelson, Magdaleno Aguilar y un grupo como de doscientos agraristas bien armados me introduje a la legislatura, que estaba en plena sesión y que presidía un coronel, también de los unificados en 1920, que se llamaba Jerjes Martínez, y que era chueco de ambas piernas; secundado por un coronel, también de los unificados, apellidado Castro y otros ocho diputados más de los once que formaban la legislatura (cinco francamente enemigos de Portes Gil, tres ambiguos y tres francamente partidarios de Portes Gil). Entre los tres que le quedaban a Portes Gil, aunque no recuerdo bien, me parece que estaba el llamado Chato Zamudio.

Entramos atropelladamente a la legislatura, como ya dije, y toda la masa de agraristas rodeó la casa de gobierno donde el Congreso estaba instalado, pues no llegaba a edificio, y mandé a uno de los agraristas que se habían metido con nosotros al Congreso a que los campesinos provocaran gran gritería, alharaca, amenazas y maldiciones, lo que fue muy fácil y cuando el ruido era ensordecedor, mandé llamar aparte al diputado Zamudio a que fuera a ver a Jerjes Martínez, presidente de la legislatura que estaba derrocando a Portes Gil, y a tres diputados más. Nos encerramos en una de las pequeñas oficinas del Congreso, ordené a los agraristas que nos acompañaban que cortaran cartucho y apuntaran a los diputados disidentes, y Portes Gil levantó un acta por sugerencia mía, tomando los diputados ahí secuestrados un acuerdo en que desaforaban a los otros tres diputados disidentes, y que llamaran a los suplentes. Dejamos encerrados a Jerjes Martínez, a Castro y demás compañeros y con otro pelotón de agraristas introduje en otra oficina a los tres diputados restantes, a quienes les ordenamos que junto con los suplentes, que se suponía que ya habían protestado como diputados, desaforaran a Jerjes, Castro y sus compañeros. Total, en menos de una hora, con tres diputados habíamos desaforado a ocho. Le dije a Portes Gil que mandara buscar por ahí a los suplentes y se presentaron dos o tres, pues todos estaban diseminados por el estado. Los dimos por presentes y otros firmaron el acta con el nombre de ellos. Ese mismo día mandó Portes Gil propios a todos los distritos, informándoles que no quedaba ningún diputado de la legislatura en contra de él.

A los diputados desaforados los echamos fuera con instrucciones a

los agraristas de amenazarlos con las reatas para lazarlos y colgarlos, y aunque nosotros estuvimos muy pendientes de que no pasara esto de amenazas, no faltó quien lazara a Jerjes Martínez que usaba dos muletas, y lo arrastró un pedazo hasta que intervine personalmente para que lo soltaran, pues se recordará que ya en esto de arrastrar a cabeza de silla a un cristiano yo tenía experiencia desde Tampamolón; eso sí, a todos los infidentes los agarraron a reatazos, les echaron los caballos encima y los dispersaron. Total, el milagro de los peces y de los panes llevado a cabo por Cristo parece que nos inspiró en nuestra acción de convertir la minoria legislativa no en mayoría sino en unanimidad.

Aquello me dio gran prestigio no nada más en Tamaulipas sino en toda la República, pues entonces como ya el presupuesto de la Cámara era mucho más grande y en oro de aquel tiempo que valía mucho más que el de ahora, yo tenía subvencionado al periódico *Excélsior,* más bien dicho en lo personal a su director, un señor Aguilar, y al jefe de redacción, Rodrigo del Llano, con cinco mil pesos oro mensuales a cada uno durante algunos años. Entonces *Excélsior* estaba quebrado y lo salvó el general Calles, a quien tan mal le pagaron después y a mí también. Estos diez mil pesos oro que salían de la Cámara, mejor dicho de la Comisión de Administración de la Cámara de Diputados, los entregaba yo a los dos señores que ya mencioné, siempre de noche y personalmente. Aquello de Tamaulipas, como digo, repercutió mucho. *Excélsior* llenó su periódico a grandes columnas diciendo naturalmente que llegué yo cuando pretendían desaforar a Portes Gil un grupo minoritario de diputados y que aquello se volteó pues los diputados fieles desaforaron a los infidentes. Excuso decir que así Ciudad Victoria se convirtió en una plaza tomada; hicimos barbacoa y festejamos el acontecimiento dos días. Portes Gil me fue a dejar al tren para que yo continuara a Tampico. Menciono poco a Melchor porque él jamás dijo un discurso y sólo iba de acompañante conmigo. Melchor después llegó a gobernador de Quintana Roo, a senador de la República y embajador de México en varios países de Europa.

Llegando a Tampico me recibió el presidente municipal, Alberto Cabezut, un hombre muy simpático, distinguido miembro de la sociedad (que entonces existía en Tampico) y sacándome aparte me dijo que tenía instrucciones de Portes Gil de entregarme cincuenta mil pesos, naturalmente de oro. Yo rehusé recibirlos.

Portes Gil vino a Tampico, donde se hizo un gran mitin con muchos miles de obreros, clase media y ricos, pues yo era muy querido en el puerto, donde había vivido tantos años. El ayuntamiento, en sesión solemne, me declaró hijo predilecto de Tampico, y la legislatura en Ciudad Victoria me declaró ciudadano de Tamaulipas. Portes Gil llegó a Tampico un día después que yo, insistió en lo de los cincuenta mil pesos, diciéndome: "Tú vienes haciendo muchos gastos", y yo le dije: "No

tantos, pero los que vengo haciendo son por cuenta de la Cámara". Siguió insistiendo hasta que le dije: "Para que no lo tomes a mal, regálale mil pesos al diputado Melchor, que él sí los necesita y, por favor, no me vuelvas a hablar del asunto, pues yo tengo más dinero que tú". El presupuesto actual de la Cámara, que como ya he dicho, lo aumenté a catorce millones de pesos oro, era en aquel tiempo mayor al presupuesto del estado de Tamaulipas. Portes Gil nunca olvidó esta acción mía.

Hemos sido amigos en todas las situaciones, y parece que únicamente él y yo no desertamos nunca del partido que formamos, el actual PRI cuya base fue la Alianza de Partidos Socialistas de la República y después le siguieron el PRM y el actual PRI. La Alianza precursora de este partido quedó opacada por una neblina que en la prensa mandó poner el general Calles durante largos años y, después, los demás gobiernos no se empeñaron en disipar.

Regresamos Melchor y yo a la ciudad de México. Inmediatamente me fui a ver al general Calles a su casa de Chapultepec, pero no en el castillo, pues él nunca lo habitó, sino en la casa del intendente, que era chica y modesta aunque bastante confortable. El viejo Calles no quiso ver la sombra de don Porfirio Díaz en el castillo. Mi general Obregón sí lo habitó y don Pascual también. Cárdenas después acabó con esto, arreglando la vieja casa de la exhacienda de la Hormiga que era donde tenía sus caballerizas el general Amaro, ministro de Guerra. Otros presidentes han reacondicionado aquella residencia, que ahora se llama Los Pinos, nombre que le puso el general Lázaro Cárdenas.

Como dije, me fui a ver al general Calles, le di cuenta del desafuero de Nájera en Durango, cuidándome mucho de no mencionar para nada al general Obregón y le dije la verdad, que Nájera era un instrumento del entonces senador y general J. Agustín Castro, enemigo de Calles y de Obregón. Don Plutarco aprobó muy complacido; le di cuenta de toda mi gira por el norte hasta llegar a lo de Tamaulipas, que le conté detalladamente, entonces me dijo: "Hay que sacar a Carrera Torres de Tamaulipas, a los dos, a Pancho, que es el jefe del sector de Tula, y a Fausto, que es el jefe del 18 regimiento de Ciudad Victoria", lo que inmediatamente ordenó. Pero el general Saturnino Cedillo le pidió que Pancho se fuera a las órdenes de él a San Luis Potosí, como jefe de la guarnición de la plaza, y Fausto con su regimiento a la Huasteca Potosina, nada menos que a mi pueblo de Tamuín. Yo aguanté el ramalazo porque tenía mucha fuerza tanto en la política nacional como en la local, pues ya para entonces había logrado yo dividir a Cedillo de Manrique y estábamos Cedillo y yo en tratos para unirnos, lo que no dilató en verificarse.

Vino Cedillo a México, lo hice que dejara su inmenso sombrero charro y sus pantalones ajustados, que se pusiera un traje de civil y un sombrero texano y le di una comida en el café Colón, con todos los líderes de la Cámara y algunos gobernadores, entre ellos el gobernador de Campeche, Angel Castillo Lanz, a quien llamábamos Angelito, muy buen orador y muy fiel compañero, ahí en las copas del café Colón, que Cedillo nunca había pisado, "amarramos" alianza; le di diez mil pesos para sus gastos.

Había en San Luis un partidillo que se llamaba Liberal Potosino; yo le dije que uniéramos todas nuestras fuerzas y organizáramos un partido que se llamara Partido Revolucionario del Centro, para poder extender nuestra influencia a los estados circunvecinos, y que se adhirieran inmediatamente a la Alianza de Partidos Socialistas de la República; ya para entonces entre Cedillo y yo contábamos con la mayoría de los diputados locales de San Luis Potosí, quedándole a Manrique solamente Graciano Sánchez y algún otro muy tibio. Quedamos de acuerdo Cedillo y yo en que el gobernador interino, más bien dicho el sustituto que íbamos a poner al tumbar a Manrique sería el diputado y doctor Abel Cano, representante de Ciudad Santos; como secretario de gobierno, el licenciado José Santos Alonso, primo hermano y cuñado mío, que no tenía puesto ninguno, que era muy amante de la política "electorera"; ya él había sido diputado local junto conmigo en las legislaturas que había encabezado yo como líder en tiempos de Nieto. Para entonces había dejado a Manrique, se había incorporado conmigo a la Alianza aquel diputado federal Jencho, que me amenazó de muerte. Total, a Manrique le quedaban dos diputados del Congreso de la Unión, de los ocho que formaban la diputación, o sea, Soto y Gama y Camacho y de los quince diputados de la legislatura local, le quedaban Graciano Sánchez y otro cuyo nombre no recuerdo. Nosotros contábamos con trece. Me fui a ver al general Calles, y le dije: "Mi general (pues entonces no les decíamos señor presidente), San Luis entero ya no aguanta a Manrique, no despacha, sólo llega al Palacio de Gobierno entre once y doce de la noche, recibe a los pocos que lo van a ver, juntos y de pie los regaña a todos y se sale con un libro en la mano a dar vueltas por la ciudad, se para bajo un poste de la luz y lee el libro hasta las cinco o seis de la mañana que se va a acostar, para levantarse entre cuatro y cinco de la tarde". Manrique vivía en un cuchitril de una casa de huéspedes de unas viejitas a las que nunca les pagó la renta ni la comida. Me dijo el general Calles: "Tienes tanta razón (ya he dicho que el general Calles a veces me hablaba de tú y a veces de usted) que ahorita lo vamos a comprobar", y llamó a Cholita: "Tráeme —le dijo— el último telegrama que se recibió de Manrique y el último telegrama que se recibió de Cedillo". El telegrama de Manrique decía más o menos al general Calles que había una conspiración para quitarlo del gobierno, que Cedillo estaba complicado y que pedía sacar a Cedillo de comandante militar del estado. El telegrama de Cedillo le decía más o menos al general Calles: "Ruégole a usted cambiarme de comisión a otro estado, pues ya me cansé de estar apuntalando al señor gobernador Manri-

que, quien es un hombre de muy buena fe, pero se cree del primer chisme que le llevan, y yo prefiero conservar su amistad a conservar el puesto tan honroso que usted me ha otorgado como comandante militar. Ruégole mandar en mi sustitución a un comandante militar que venga a apoyar y sostener al señor Manrique para que termine airosamente su periodo, al salir de San Luis daré instrucciones a mis amigos para que sostengan al señor Manrique", y firmaba general de brigada, comandante de la 28 zona militar, Saturnino Cedillo. "Bueno —me dijo Calles—, Manrique acusa abiertamente a Cedillo y Cedillo quiere ayudarlo, ¿no es esto de Manrique producto claro del cerebro de un loco?". "Sí, señor", le dije. "Pues lo mejor es que Manrique se vaya porque tengo quejas contra él de todos los sectores, de todas las clases sociales de toda índole. No cuenta con nadie y sólo es motivo de burla en el estado; llega a las tomas de posesión de los demás gobernadores con una cobija en el hombro por todo equipaje y en todas partes es motivo de hilaridad y de burlas". El general Calles continuó:" Procede desde luego, pero ponte de acuerdo con Cedillo ya que entiendo que están o estaban distanciados". "No, señor —le dije—, ya no estamos distanciados, pero no nos vemos para no echarle más leña a la hoguera de San Luis. Desde luego me comunicaré con el general Cedillo". Al salir hablé con el general Alvarez, y me dijo: "¿Quieres ir tú de gobernador?" "No —le dije—, qué barbaridad, aquello está en la ruina y gobernador interino, dejando la situación tan fuerte que tengo en las Cámaras y en vísperas de constituir la Alianza, más bien dicho, cuando ya la tengo constituida y nada más falta que se llegue la fecha para reunirnos y que quede legalmente constituida, ir a San Luis de gobernador sería el suicidio político para mí". "Pues pon a un cuate tuyo", me dijo. "Cualquiera que sea —le contesté—, tiene que ser mi amigo, pues en la legislatura cuento con enorme mayoría. Ese mismo día por la noche mandé al teniente coronel Rafael Prado, de aquellos que se me rindieron en Chilpancingo y que habían pertenecido a las fuerzas delahuertistas de Samuel y ya tenía como jefe un fuerte grupo de porristas en la Cámara, con un memorándum sin firma para el general Cedillo, diciéndole que se diera el golpe y se cumpliera lo convenido, de palabra le mandé decir al diputado y doctor Cano y a Santos Alonso que se le presentaran a Cedillo a recibir instrucciones. Ellos dos no sabían los puestos que les esperaban. Al otro día regresó Prado diciéndome que mandaba decir el general Cedillo que ese mismo día iba a dar el golpe.

La legislatura se reunió y desaforó a Manrique, quien salió al balcón a gritar: "Pueblo, las instituciones se están violando. Gonzalo N. Santos y Cedillo en contubernio tratan de atropellar tu soberanía. ¡¡A MÍ VALIENTES!!, y vamos a combatir a estos menguados que tratan de cometer una usurpación". La poca gente que pasaba por las calles de San Luis se reía y nadie le hacía caso. La legislatura desaforó a Manrique,

nombró gobernador al doctor Abel Cano, éste a su vez nombró secretario general de gobierno a mi primo y cuñado Santos Alonso, pero Manrique permanecía sentado en el sillón de gobernador, hasta que fue a arrancarlo de ahí con una escolta de soldados el entonces teniente coronel Isauro Rubio, jefe del estado mayor del general Cedillo (muerto general de división). Casi a rastras lo sacaron de palacio, pero se les zafó a los soldados y a Rubio y se encaramó como chango en una de las ventanas de fierro de palacio, siempre gritando: "Pueblo potosino, se atropella a tu gobernante", y volteando a ver a Rubio, le decía: "Rubio, vos sois un alcahuete que le lleváis putas a Cedillo (Manrique antes nunca había dicho una maldición), además vos sois un hijo de puta". Rubio se reía y en aquellos momentos se había vuelto más loco de lo que estaba. Por fin lo agarraron, lo pusieron en el tren con una escolta y lo bajaron en San Felipe Torres Mochas, estado de Guanajuato.

Como a los diez días de estos acontecimientos, me trasladé a San Luis Potosí a organizar la Alianza de Partidos Socialistas de la República y fui recibido en la estación por los generales Cedillo y Carrera Torres, por el nuevo y flamante gobernador doctor Abel Cano, por el secretario de gobierno, Santos Alonso, y por muchos comerciantes y obreros del antiguo Partido Liberal Obrero que había organizado mi hermano Samuel, en 1917, para enfrentarse a Juan Barragán.

San Luis estaba muy en la miseria, y tuve que darle dinero al gobernador para sus primeros gastos, al secretario de gobierno y de paso al general Cedillo como obsequio, porque estaba muy pobre (naturalmente, dinero de la tesorería de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión). Nos reunimos en el hotel España, hicimos una comida y me proclamaron jefe máximo de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, es decir, yo fui jefe máximo antes que don Plutarco, pues el diputado Melchor, que me acompañaba en estos casos a San Luis, no olvidó aquella frase de jefe máximo y aunque yo a mi vez proclamé en el banquete jefe máximo de la Revolución en el estado al general Saturnino Cedillo, lo mío y lo de Cedillo ahí quedó, pero lo de Calles no, pues cuando peleábamos contra Ortiz Rubio para acabarlo de socabar en su gobierno, cuando ya el general Calles no era presidente de la República, en su rancho Santa Bárbara en Texcoco, me comprobó Melchor que se había aprendido aquello de jefe máximo de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, Gonzalo N. Santos, y jefe máximo de la Revolución en el estado el general Saturnino Cedillo, pues cuando ya nos despedimos del viejo, y éste había hecho un brindis, dirigiéndose a mí, dijo don Plutarco: "El alma de la Revolución está en las Cámaras"; entonces el diputado Melchor lanzó un grito, diciendo: "Viva el general Plutarco Elías Calles, jefe máximo de la Revolución Mexicana", lo que todos aplaudimos entusiastamente, diputados, senadores, magistrados, comandantes militares, gobernadores, políticos lambiscones, el inge-

niero Juan de Dios Bojórquez, que era el organizador del banquete de menudo y carnitas para el general, etcétera, etcétera. El grito de Melchor en el rancho Santa Bárbara, y no en la casa de Anzures como ha dicho Luis León, causó el mismo efecto que el grito de Pío Marcha, proclamando emperador a Iturbide. Ya en la puerta de la hacienda y antes de abordar nuestros centenares de automóviles volvió a gritar Melchor: "Viva el general Plutarco Elías Calles, jefe máximo de la Revolución", y volteando hacia mí muy risueño, Melchor me dijo: "Compadre, no hice más que copiar lo de San Luis". "Pues estuvo muy bien —le dije—, porque en estas condiciones don Pascual quedó como jefe mínimo".

Se llegó la fecha de la convención del Tívoli del Elíseo y se discutió mucho; algunos querían un solo partido, sobre todo los de los estados del Centro, pero a ello se opusieron el Partido Socialista Fronterizo de Tamaulipas, el Partido Socialista del Sureste y el Partido Socialista del Trabajo del estado de México, yo me incliné decididamente en favor de que los partidos de los estados conservaran su autonomía, claro que dirigidos por el Comité Central de la Alianza de Partidos Socialistas de la República de la cual era presidente yo, como diputado, Gonzalo N. Santos de San Luis Potosí y vicepresidente Melchor Ortega de Michoacán. Entonces vino la convocatoria a elecciones para el próximo Congreso de la Unión, salió una declaración en los periódicos del general Plutarco Elías Calles, presidente de la República, elogiándonos a mí como jefe de la Alianza y a mi segundo de a bordo, que para entonces ya era presidente de la Comisión Permanente, general y diputado, Arturo Campillo Zeide. A mí me hizo muy marcados elogios por la organización que había llevado a cabo de los Partidos Socialistas de la República, y con aquello nuestro triunfo en las elecciones que se avecinaban quedó un poco más asegurado.

Volviendo sobre la plática que había tenido con el general Obregón sobre la labor que pensaba desarrollar francamente obregonista para su nueva elección, fui a dar cuenta al general Calles de mi plática con el Manco y el general Calles aprobó complacido todo lo convenido, me dijo: "Habla con Luis Morones y los laboristas, ponte de acuerdo con ellos para que aliados con ustedes lancen también la candidatura del general Obregón". Así lo hice, y Morones no puso ningún reparo, el que sí, en honor a la verdad se oponía, fue Lombardo Toledano (Vicente), quien me decía: "Si se trata de reelección y si vamos a hacer una reelección, vamos haciéndola franca y que siga el que está". Le dije a Chente: "Bájate de las nubes color de rosa en que andas cabalgando, pon los pies en la tierra y aquí no hay más cera que la que arde, el Manco vuelve a la presidencia y además con la complacencia del general Calles, no sólo con la complacencia sino con su completo acuerdo conmigo". Así quedaron las cosas, tuvimos una sesión en la que estuvieron

presentes los laboristas, y todos estuvimos de acuerdo en lanzar la candidatura del general Obregón, pues entonces no hablábamos de reelección sino de nueva elección, menos Vicente Lombardo Toledano y los callistas de camarilla, como los Riva Palacio que entraban y salían al recinto de la Cámara (esto pasaba en una reunión en la Cámara de Diputados extracámara), hasta que los obligué con fuerte voz a que se sentaran en sus curules y definieran su actitud, y votaron aprobando mi gira obregonista a través de la República. El general Calles no le hacía caso a ninguno de sus ministros, pero ni el menor caso, con las únicas excepciones del general Joaquín Amaro, ministro de Guerra y Marina, que era elemento de él, más inclinado a él que al general Obregón y el ingeniero Alberto J. Pani, que nadaba entre las dos aguas, Obregón y Calles, pero que pasaba en aquella época por un gran financiero, y efectivamente, si no era como se hacía aparecer él en su propaganda, sí era un hombre muy competente. A los demás ministros, el presidente Calles los tenía muy postergados tanto que al de gobernación, que lo era mi amigo y miembro de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, ingeniero y coronel Adalberto Tejeda, apenas si le concedía tres o cuatro diputados por el estado de Veracruz; los demás, todos le eran hostiles a Tejeda, aunque también eran miembros de la Alianza. En esos días se me presentó el general Miguel Alemán, padre del que fue después presidente de la República, del mismo nombre, y que era muy amigo mío y me caía muy bien. El general Alemán era muy simpático, revolucionario de los precursores, muy romántico, algo poeta y muy mujeriego, buen tipo. Al general Miguel Alemán yo lo había hecho diputado a la legislatura local de Veracruz, puesto que era tanto o más envidiado que los del Congreso de la Unión, pues dado que Veracruz tenía mucho petróleo y el gobierno del estado mucha participación directa de las compañías, eran mucho más bien pagados los representantes locales que los federales.

Se me presentó, digo, y me llevó a presentar al estudiante Miguel Alemán Valdés, hijo del propio general Alemán. Me lo recomendó mucho y le di una canonjía de $7.00 diarios, naturalmente en oro, que con el tiempo le llegué a subir a $20.00. El general Alemán era un decidido partidario de la Alianza de la que era miembro prominente en Veracruz, compañero de mi hermano Pedro Antonio en las lides maderistas y, como dije, nos habíamos hecho muy amigos. Me dijo que se iba a reelegir como diputado local; le propuse que se viniera de federal y me dijo que no, que él prefería ser diputado local para no perder contacto con la gente. Le di cuatro mil pesos oro y se regresó a Jalapa.

Emprendí mi gira el día tres de abril de acuerdo con los generales Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, para que el primero se lanzara para presidente de la República. En esos mismos días el general Obregón lanzó unas declaraciones en toda la prensa de la capital, diciendo

que él no se iba a reelegir puesto que la Constitución era clara y el Artículo 183 decía entonces: "El presidente de la República en funciones no podrá ser reelecto", pero repito y lo repitió el general Obregón, no decía "nunca", como lo dice ahora. El general Calles aprobó aquellas declaraciones alborozado. Por lo pronto apachurró a Gómez y a Serrano; Morones permaneció resbaloso y con la antipatía de todo el país, excepto de los que entonces se llamaban bolcheviques, que era un grupo burocrático bien reducido, perteneciente al ayuntamiento de la capital, a la Secretaría de Industria y Comercio y de Trabajo que controlaban el Departamento de Fabriles Militares y el dominio obrero en Veracruz, Apizaco y Puebla, y párenle de contar.

Al terminar mi gira fui a darle cuenta del éxito a Palacio Nacional al general Calles. Hago constar que en esa época yo no tenía antesalas en la presidencia ni en el domicilio particular, aunque estuviera en su propia recámara; ahí me recibía en bata, pues además de las consideraciones y estima que el presidente me tenía, el ayudante personal de don Plutarco era el mayor Juárez, un michoacano que, en 1920, se me incorporó en San Luis y lo tuve refugiado en el rancho El Barrón, municipio de Tampamolón, que pertenecía a mi padre. Cuando don Plutarco llegó a San Luis para organizar fuerzas contra el delahuertismo, le llevé a Juárez como gente de confianza y muy útil; don Plutarco lo adoptó y sólo se separó de él ya coronel en vísperas de que el general Calles fuera al destierro, pues fue víctima de intrigas y calumnias por parte de Riva Palacio. Como es lógico, cuando llegaba a ver al general Calles, muchas veces no me anunciaba y me metía de rondón hasta la recámara y como don Plutarco aprobaba su procedimiento, así estuviera abajo en el vestíbulo el mismo embajador Morrow, primero entraba yo y después lo anunciaba Juárez.

El general Calles aparentó o sintió mucha complacencia y gusto por el éxito alcanzado, y me dijo: "Con este motivo vamos a aplacar a estos cabrones algún tiempo (refiriéndose a Serrano y a Gómez) y me van a dejar gobernar". En esos días estalló la rebelión cristera, nombre que nosotros le pusimos, más bien dicho el general José Alvarez, que era de Michoacán, que conocía mucho la historia de su estado y que sabía, como supe yo después allá por los tiempos de Leonardo Márquez, que en Michoacán hubo muchos levantamientos de mochos contra la Reforma y la Constitución del 57 y que se llamaban a sí mismos *cristeros* o que tal vez los liberales les pusieron el mote. Yo esto lo ignoraba, pero cuando me lo contó Alvarez, le dije: "A estos cabrones vamos a dejarlos con Cristo a la cabeza y nosotros nos llevamos a la Virgen de Guadalupe para combatirlos".

Estalló la rebelión cristera en el distrito de San Felipe Torres Mochas, en la hacienda de un general Gallegos, sonorense, revolucionario, obregonista, valiente y con prestigio, que se había retirado y que estaba muy rico, pues había sido comandante militar de Guanajuato, y a quien se lo había tragado la reacción de Guanajuato y además había casado con una señorita muy rica de la sociedad de Guanajuato. A este general Gallegos lo nombraron jefe de los cristeros. Los primeros combates los tuvo con fuerzas del coronel Durazo y del coronel Genovevo Rivas Guillén, éste último, potosino, fue gobernador de San Luis y con el tiempo semicontrincante mío aunque nunca llegamos a perder amistad; fue aquel que peleó contra los americanos en El Carrizal, Chihuahua, y que tomó el mando de la fuerza mexicana, herido, cuando ya había caído muerto su jefe, mi amigo el general Félix U. Gómez.

Rivas Guillén, que entonces sólo se llamaba Rivas pues en el ejército no se les obligaba, como ahora, a inscribirse con su segundo apellido, era muy valiente y muy torpe, en el primer combate con Gallegos le quitó una bandera con la Virgen de Guadalupe.

Me llamó el general Calles y junto con el general José Alvarez, jefe del Estado Mayor Presidencial, me enseñó el parte del combate y me entregó una bandera de la Virgen de Guadalupe que Rivas les había quitado. Me indicó, o mejor dicho me ordenó, que fuera a hacer una sesión tormentosa a la Cámara de Diputados en la que atacara al clero duramente, pues este levantamiento era consecuencia del acuerdo que habían tomado los altos dignatarios de la Iglesia en un congreso eucarístico en Chicago, en el que participaron todos los arzobispos y obispos mexicanos y en el que declararon terminantemente que desconocían la Constitución de 1917, sobre todo los Artículos tercero, ciento veintitrés y veintisiete. Esto era verdad, fue público y notorio y todos los revolucionarios, sobre todo en las Cámaras habíamos condenado la actitud del clero mexicano, que se había prestado de instrumento a las compañías petroleras, es decir, habían cometido clara y descarada traición a la patria.

Cuando el general Calles me llamó, yo ya había dicho un discurso incendiario contra el clero y llamando a los rebeldes cristeros, de acuerdo con mi plática con el general José Alvarez. El general Calles me dijo: "Llévate esta bandera de la Virgen de Guadalupe y tremólala en la tribuna, haz una gran agitación en las Cámaras, y di en tu discurso que este estandarte de la Virgen de Guadalupe no es el que sacó Hidalgo del templo de Atotonilco, que este estandarte está pintado por monjas, posiblemente americanas, échateles encima y llénalos de amenazas si continúan en su labor de traición a la patria y diles que el gobierno defenderá la Constitución a sangre y fuego hasta exterminarlos si fuera necesario". Yo le dije: "Mi general, esta bandera la voy a guardar como recuerdo histórico, pero voy a mandar hacer un estandarte con una pintura de Cristo y una inscripción que diga: *Cristo Rey*, pues de la Virgen de Guadalupe la guardamos para nosotros, para cuando les echemos a los agraristas encima y a ellos los dejamos de cristeros; acuérdese usted, en la Revolución,

que las tropas del centro del país, por ejemplo las de Carrera Torres y Cedillo traían siempre en los sombreros una Virgen de Guadalupe, a veces hasta con cristal, pero a nadie, en ninguna parte de las de las zonas revolucionarias se puso jamás un soldado, ni un niño de Atocha, ni un Cristo, ni un Sagrado Corazón; traían en los sombreros Vírgenes de Guadalupe y eso, ni los huastecos ni los norteños que traíamos plumas de pavo o toquillas de cerda, sino los de las regiones de 'mochos'." El general aprobó mi idea. Alvarez mismo mandó pintar el Cristo, por cierto con muy mala intención, un Cristo con cara de criminal, de jesuita hipócrita.

Tan luego tuve yo mi estandarte me trasladé a la Cámara, que ya estaba esperándome, y después de haber lanzado tremenda acusación contra el congreso eucarístico de Chicago, de la traición del clero mexicano, tremolé el Cristo Rey y dije: "En el primer combate que los mochos tuvieron con los nuestros, que para fortuna, gloria mía y de los potosinos fue contra el 38 Regimiento de Caballería, comandado por el coronel Genovevo Rivas Guillén (potosino nativo de Rayón) y tropas potosinas, les arrebataron este estandarte que tremolan los reaccionarios, nombrando su cabecilla en jefe a Cristo Rey, sólo —agregué— que no dicen si es rey de copas o de oros, como seguramente lo es, ni tan siquiera de espadas como debería de serlo". Mi pieza oratoria, como todos los discursos revolucionarios escritos, no valen nada; donde valen, donde se sienten es en las asambleas, por el calor que se pone en las peroraciones y por las causas que se juegan. Siguió el conflicto religioso, siguiéronse levantando en armas en favor de los cristeros, y tropas del gobierno de Guanajuato había muy pocas, por lo que me trasladé a San Luis Potosí y de acuerdo con el general Cedillo, que era gobernador, le dije: "Vamos a invadir Guanajuato con gente armada de la nuestra". Debo aclarar que todavía nos quedaban en San Luis aproximadamente unos tres mil rifles de los que nos sobraron cuando combatimos a los delahuertistas. Cedillo aprobó la idea, y me dijo: "Y de dinero, ¿qué hacemos?" "Venda la Alameda si es necesario —le dije—, que le adelanten contribuciones rebajándolas, y aquí están doscientos mil pesos oro que aporto para que empiece usted la campaña. Hagamos entender a jefes, oficiales y tropa que no van a ganar sino un peso diario, parejos jefes, oficiales y tropa, y la comida, que la obtendremos de los hacendados *'por la mala o por la mala'*; no nos mantuvimos en la Revolución con fresas ni con cerezas, sino con carne cuando podíamos, y por eso nos llamaban robavacas; ahí en Guanajuato hay muy buena caballada, que les debemos quitar, y bastantes bueyes rastrojeros".

Cedillo convocó a la legislatura, nombró jefe de grupo o partida a cada diputado local y llamamos a los jefes retirados de la campaña contra De la Huerta, y más o menos organizados se echaron encima del municipio de San José Iturbide, al que invadieron con Cedillo al frente, des-

pués al muy importante municipio y ciudad de San Luis de la Paz, al cual tomaron mientras los federales se batían a la defensiva más al sur. Cedillo llevaba bastante parque, poco dinero y mucho entusiasmo, yo le dije: "Mañana salgo para México a hablar con el general Calles", y me dijo: "¿Y qué dirá de esto don Plutarco?" Le contesté: "Pues aquí la bebe o la derrama, nosotros no vamos a permitir que nos invadan los cristeros en el estado, y eso es lo que voy a alegarle; si él manda suficientes fuerzas federales a que nos releven pues nos concentraremos al estado, pero ya no soltaremos las armas porque esta guerra va a ser larga". Así lo hice, llegué a México y conferencié con el general Calles en la intendencia de Chapultepec, donde tenía su residencia. Le conté todo y aprobó el caso, aun cuando no le vi ningún deseo de ayudarnos ni lo manifestó tampoco. La guerra cristera siguió, Cedillo siguió avanzando en Guanajuato, organizándose, repartiendo tierras en Guanajuato e imponiendo préstamos forzosos a los hacendados y así llegó hasta invadir los distritos de San Miguel de Allende, Dolores Hidalgo, cuna de nuestra independencia, y el nudo ferrocarrilero que entonces se llamaba Rincón y ahora se llama Río de la Laja, y San Felipe Torres Mochas. Yo seguí mi campaña en favor del general Obregón. Cedillo, en esos días, tuvo un éxito resonante, pues combatiendo contra el general Gallegos, lo derrotó, lo hizo prisionero y lo fusiló con lo que su prestigio creció, y en el estado de San Luis Potosí, aunque muy pobre, nos prestaron más ayuda, sobre todo en la Huasteca, donde ya tenía yo organizado un regimiento de más de quinientos hombres, pero que no se movió de ahí; además teníamos el 18 regimiento dizque de línea, pero que se trataba de vaqueros muy aguerridos y campesinos de Tula, Tamaulipas, que mandaba el coronel Fausto Carrera Torres, aquel del lío con Portes Gil y que no nos llevábamos muy bien, pero ante las circunstancias y nuestra alianza con Cedillo, la de su hermano, el general Francisco Carrera Torres, la de él y la mía, colaboró conmigo.

Poco tiempo después y cuando la candidatura del general Obregón aún no se proclamaba, pero estaba sembrada en toda la República, el general Calles me mandó llamar con el ingeniero Luis L. León a su residencia de Chapultepec, y me dijo: "Para que pueda volver el general Obregón a la presidencia de la República, va a ser necesario que se traslade (ahora me habló de usted) a entrevistarse con él a Sonora y hacerle ver de parte mía que es indispensable reformar la Constitución, pues así opina el general Alvarez (José Alvarez, jefe del Estado Mayor Presidencial). Pepe fue constituyente y sabe muy bien que así es el espíritu de la Constitución". Antes que yo le contestara le dijo a un ayudante: "Dígale al general Alvarez que entre". Entró Pepe Alvarez, nos saludamos y volvió a hablar el general Calles sin darme oportunidad a que yo le contestara, y dijo dirigiéndose a Alvarez: "Le acabo de decir al diputado Santos (no Gonzalo) que el espíritu de la Constitución inva-

lida al general Obregón para volver a ser presidente; es necesario reformarla para que pueda volver, contamos con todo para reformarla, las Cámaras son nuestras, lo mismo que todas las legislaturas locales. Entonces, es mejor hacer las cosas bien hechas". Habló el general José Alvarez y dijo: "Efectivamente, yo estuve en todas las discusiones del Congreso Constitucionalista y este artículo 183 o 181 fue muy debatido y quedó bien aclarado que el presidente de la República nunca se puede reelegir". Hablé yo diciendo: "Pues todo lo habíamos encaminado convenidos en que no es reelección, sino una nueva elección y, como quiera que sea, tenemos asegurado el triunfo en todas partes, en las Cámaras, en el ejército y en el pueblo, pero si usted lo ve así, señor presidente (ahora no dije mi general), estoy a sus órdenes para trasladarme a Sonora cuando usted diga". El general Calles me dijo: "Hable con Torreblanca (su yerno y secretario particular) y use la clave de él con el general Obregón, váyase por el lado americano, pues el ferrocarril del Sud Pacífico dilata mucho y además aquella agitación entre los yaquis con el general Obregón que él percibió cuando estuvo usted en Cajeme, no ha aflorado, pero se sigue sintiendo, y llévele este memorándum", y me entregó un memorándum con sobre y papel de la secretaría particular de la Presidencia de la República, pero sin firma, que decía más o menos: "El Molinero del Norte (Calles) saluda al Buey Limón (Obregón) y le envía sus últimas impresiones, que nuestro enviado amigo le explicará ampliamente de viva voz".

Me arranqué para Sonora con todas precauciones del caso con la clave de Torreblanca y en su misma oficina de la secretaría particular de la Presidencia le dicté al oficial mayor un telegrama al general Obregón. El oficial mayor se llamaba Galván Duque y era nativo del Venado, San Luis Potosí; y le decía en el telegrama más o menos, en clave: "De parte del Molinero del Norte salgo mañana a entrevistar a usted, voy vía Nogales, avísele a Tomás, téngame todo preparado para entrevista".

Salí en pullman por Piedras Negras, cambiando tren en el lado americano en una estación que me parece se llama Spofor, seguí por el Sud Pacífico hasta Nogales en donde volví a cambiar tren, cruzando la frontera al Nogales mexicano y siguiendo de frente hasta Hermosillo, donde otra vez el gobernador Tomás Bey, otra vez disfrazado, otra vez con linterna roja de baterías en la mano hizo tres señales al departamento del pullman al parar el tren, yo bajé, y me dijo Tomás: "Que bajen tu equipaje (que era sólo un veliz), no puedes seguir en ese tren; luego te explico todo".

Le ordené a mi ayudante, Cuauhtémoc Azcárate, hermano del actual jefe de división Francisco Azcárate, que nos siguiera. Subimos al automóvil de Tomás y la emprendimos rumbo a Guaymas por caminos de tierra, y Bey me dijo nuevamente: "Se ha cambiado tu plan de viaje. El general Obregón salió ayer de aquí (Hermosillo) por tren con una es-

colta de cien hombres y lo atacaron los yaquis en número como de ochocientos, con muchas artimañas el general los estuvo deteniendo, pero al fin se rompió el fuego atacando los yaquis el tren de pasajeros donde él iba. El general posesionó sus cien hombres en los troques, es decir, bajo los carros del tren y estuvo resistiendo y mandando una y otra vez enviados a los yaquis. Lograba detenerlos a ratos, hasta que se rompió el fuego sin interrupción y cuando todo parecía perdido, pitó un tren; era el general Manzo con ochocientos hombres que llegó a auxiliarlo, por no haberle dado las contraseñas convenidas si su viaje en el tren se verificaba sin novedad. Ya el general Manzo estaba entendido del peligro al no llegar las contraseñas convenidas, , emprendió la marcha y llegó a buen tiempo para salvarlo; y ahora te vas por instrucciones del general Obregón por barco", y me subió a una embarcación llamada *El Pasita*, con un patrón que se decía capitán, y que se ocupaba en ir jugando con un chango que traía en el barquichuelo, en un como camarote que había en el barco y que era del "capitán", quien me lo cedió.

Otra vez a Yavaros, otra vez con el agua hasta el ombligo, otra vez el gerente del ferrocarril, carro especial y dos botellas de coñac *Hennessy* extra y otra vez hasta Navojoa, a la modesta casa de un piso que habitaba Mariquita de Obregón, otra vez las buenas atenciones de Mariquita, buen desayuno, el chofer mayo y marché ya directamente a Náinare, pasando sin detenerme por Cajeme, hoy Ciudad Obregón. Me encontré al general muy alegre. Parece que había matado puerco en su casa o que se había sacado la lotería; me contó con todos sus detalles, hasta con los "latidos" de superstición (pues era tan supersticioso como yo) que le habían anunciado que estaba salvado, porque la fecha que los indios lo atacaron era de mal agüero para él, pero después de la media noche era de número favorable a él, y me dijo que pasando la media noche se fue a pasear por los carros a consolar a las señoras que lloraban creyéndose perdidas, y les dijo: "Ya no lloren porque ya estamos en media noche y esta fecha me favorece". Me contaba que acababa de terminar sus consoladoras palabras a las familias, cuando pitó el tren de Manzo y dijo: "Señoras, estamos salvados, ahí viene un tren militar y estamos salvados". Manzo se echó encima, con el tren y la columna que mandaba, sobre los indios, que huyeron en desbandada. "Esto es obra del cabrón de De la Huerta, pues su madre es yaqui y el día de San Francisco estaba en el bacatete en la pascola." (danza guerrera de los yaquis). Le entregué al general Obregón el memorándum que el Molinero del Norte, más bien dicho el general Calles, me diera y el general Obregón leyó el memorándum dos veces y dada la estupenda memoria de Obregón creí que le había preocupado, pero no dio ningunas señales, y me dijo: "Bueno, si así lo juzga conveniente el general Calles, presenta tú el proyecto de reformas, pero eso sí, que se

haga constar que no se trata de reelección sino que es una nueva elección. ¿Y tú qué opinas?", me preguntó. Yo opinó —le dije— que efectivamente es un artículo que Carranza intencionalmente dejó borroso en la Constitución con el objeto de volver al poder después de un periodo y como está dudoso, excarrancistas, políticos, cesantes, delahuertistas y demás despechados se van a lanzar al debate, alegando que vamos a atropellar la Constitución; como dice el general Calles, contamos con todo para reformarla, la misma Constitución dice que esta Ley Suprema la podrá reformar el Congreso de la Unión con la aprobación de las dos terceras partes de legislaturas del Estado, siempre que lo crea necesario". "Así lo arreglamos entonces —me dijo—; la Alianza de Partidos Socialistas de la República está muy fuerte, tiene muy buenos elementos y muy buenos jurisconsultos para que te asesoren. ¿Y qué dice Soto y Gama?", me preguntó. "Soto y Gama está enteramente con nosotros, lo he ayudado en todo lo que se le ha ofrecido y aunque no sabe que he estado por acá, si me lo autoriza se lo contaré a mi regreso". "No sólo te autorizo —me contestó—, sino que le vas a llevar un memorándum". Se lo dictó a su secretario, Enrique Torreblanca que era hermano de Fernando Torreblanca, el yerno del general Calles. El memorándum venía en sobre y papel membretado que decía: *Alvaro Obregón, agricultor,* Cajeme, Sonora. Saludaba a Soto y Gama y le decía: "Con nuestro amigo, el señor diputado Gonzalo N. Santos, le envío todas mis impresiones y mi deseo de que colabore usted con él". Sin firma. Otro memorándum también membretado, sobre y papel dirigido al Molinero del Norte (Calles), en que le decía sin mencionar mi nombre: "Nuestro amigo me entregó tu memorándum del que me enteré pudiendo apreciar la duda que te preocupa. Procederemos en todo de acuerdo con tu criterio. El Buey Limón". Firmaba en máquina.

Seguimos platicando, y me preguntó: "¿Y Morones y los laboristas?" Le conté mi plática con Morones, y que no manifestaba ninguna vacilación, la oposición de Lombardo Toledano y las entradas y salidas de la junta que tuvimos extra cámara, de Manuel y Carlos Riva Palacio. "A la hora de votar el acuerdo que tuvimos de lanzar la candidatura de usted se salieron y no votaron, lo mismo ese Arturo de Saracho que era presidente municipal de la ciudad de México y el diputado Lombardo también se salió, pero los otros diputados laboristas permanecieron en el recinto para lanzar la candidatura de usted a la presidencia unidos a la Alianza. Yo no sé, pero la actitud del general Alvarez, jefe del Estado Mayor Presidencial, me hace maliciar que algo no anda muy bien". "¿A quién te refieres?", me preguntó el general Obregón. Le contesté: "Pues Alvarez y Morones son muy afines, y el general Alvarez no es un jefe de estado mayor común y corriente; se trata de un hombre de consulta". Se puso pensativo un poco, y luego me dijo:

"Entrégale mi memorándum al general Calles y a los otros —seguramente refiriéndose a Morones y a Alvarez— trátalos con diplomacia". "Entonces, mi general, llegando a México rompo el fuego con las reformas a la Constitución". "Bien —me dijo—, acá espero pendiente los acontecimientos".

Luego me dijo: "Quiero que Soto y Gama se reelija como diputado en la próxima Cámara". Le pregunté yo: "¿Tope lo que juste?" "Sí —me dijo—, Soto y Gama es un hombre muy valioso. Yo peleé con él en la campaña de Aguascalientes y lo creí un simulador, pero cuando se fue con Zapata a Morelos a dejar las nalgas seis años a caballo, cambié de opinión y llegué a la conclusión de que era un sincero ideólogo de la Revolución y durante mi gobierno, los dos periodos que fue diputado, sólo se preocupó por darle combate sin tregua a la reacción, porque se resolviera el problema agrario en favor de los campesinos y en la tribuna de la Cámara, combatió muy duro a De la Huerta y a los delahuertistas cuando la infidencia de éste. Hombres así —siguió diciendo el general Obregón— no son para darles un empleo burocrático, ni menos para dejarlos abandonados". "¿Y Manrique?", le pregunté. "Manrique es un pobre diablo", me dijo. Los dos días que pasé con el general Obregón pasamos listas de políticos y militares; en cuanto a la opinión pública, no era necesario tocar este punto porque era arrolladoramente favorable al general Obregón.

Al regreso abordé de nuevo el famoso barco *Pasita*, pero ya para entonces el "trasatlántico" tenía a bordo aproximadamente a cien personas entre mujeres y niños que iban huyendo de los yaquis, a Guaymas y que el general Obregón ordenó fueran conducidos a bordo, más una compañía de cómicos de la legua, revueltos artistas mexicanos y españoles, como diez o doce personas. Yo con mi ayudante el capitán Cuauhtémoc Azcárate, ocupamos el único camarote. Antes de cinco horas de navegación se había acabado el agua potable y gracias a mis dos nuevas botellas de coñac *Hennessy*, con que me reforzó al regreso el gerente del ferrocarril, no me morí de sed.

Aquel grupo de refugiados armaban tremendo griterío y de higiene o de limpieza mejor no hablar; como a las dos horas de navegación, cuando creía que estábamos muy cerca del puerto, me anunció el "capitán" que habíamos navegado la mitad de lo que deberíamos haber avanzado, ya que el motor trabajaba mucho por el peso que conducía. Como a las dos horas se rompió el motor, y vino el "capitán" a avisarme que quedábamos al garete. "¿Por qué no te arrimas a la orilla —le pregunté— y bajamos a la playa?" "Por tres razónes" —me contestó—, porque no puedo gobernar el barco, porque aunque pudiera nos estrellaríamos en las rocas que están a la vista y que si por un milagro llegáramos a tomar tierra, los yaquis nos cortan las plantas de los pies antes de matarnos y nos hacen correr en la arena, y yo, como marino, pre-

fiero ahogarme aunque me coman los tiburones". "Te agradezco el consuelo", le dije al capitán, y le pregunté: ¿Cómo andamos en el aguaje?", refiriéndome al coñac. Mi ayudante, el capitán Azcárate, me dijo: "Todavía queda una botella entera y a la otra le queda un chupito. Da me el chupito para mí y tómate tú la botella". Y como en los grandes infortunios los hombres hermanan más, además Azcárate y yo éramos amigos y compañeros desde niños, y su padre y mi hermano Pedro Antonio también lo eran. Le dije: "Bien, tómate lo que queda de esa botella y yo me quedo con la entera, pero antes déjame darle un tope a la tuya". Así lo hicimos y seguimos al garete.

Los cómicos y cómicas clamando a Dios con desgarradores llantos, pidiendo agua ya que no había, así anduvimos doce horas de náufragos en el hermoso Pacífico, hasta que llegó en auxilio nuestro el barco *Salvatierra,* que era mucho más grande que el *Pasita* y trasbordamos como buenos y valientes marinos, yo primero, pistola en mano, y Azcárate después, también pistola en mano.

Afortunadamente, cupieron todos y en tres horas más de navegación estábamos en Guaymas. Aguardando en el muelle muy apurado estaba el apoderado del general Obregón, Nacho Gaxiola, quien por órdenes del general, tenía instrucciones de esperarnos en el muelle. Le platiqué nuestro naufragio temporal y cenamos en una bisquetería de Guaymas; abordamos el tren de Hermosillo donde Tomás Bey, el gobernador, me tenía reservado el gabinete en el que viajamos hasta nogales y luego en otro tren a Tucson, Arizona, donde nos proveímos de ropa, en la noche abordamos el Sud Pacífico que venía de Los Angeles y continuamos hasta Eagle Pass, Texas, donde pasamos la frontera y me encontré al general Manuel Pérez Treviño, gobernador del estado, que tenía aviso en clave del general Obregón de que me debería esperar. Junto con Pérez Treviño viajé hasta Saltillo y lo enteré de todo lo que había ido a tratar con el general Obregón, las reformas a la Constitución que íbamos a hacer, y él me dijo: "Ponme un telegrama urgente a Saltillo, diciéndome la fecha de la víspera que presentes esta reforma en la Cámara, pues quiero que la legislatura de Coahuila sea la primera en adherirse. El general Manuel Pérez Treviño, un hombre muy capaz, muy culto, había sido jefe de Estado Mayor Presidencial del general Obregón; estando discutiendo en la Cámara, me llegaron dos telegramas urgentes de Pérez Treviño y de la legislatura, adhiriéndose a las reformas en el momento en que las estábamos discutiendo, les mandé dar lectura a los mensajes y hubo una gran ovación.

Regresando de mi misión a Náinare, Sonora, fui a darle cuenta al presidente Calles a Chapultepec. Esa ocasión me recibió en el castillo, en el gran salón de los espejos: "¿Cómo le fue de viaje?" (otra vez hablándome de usted), me dijo. "Muy bien, señor presidente", le contesté. Le

entregué el memorándum del general Obregón al general Calles, lo leyó y le relaté los hechos.

Vinieron las nuevas elecciones, yo aprovechando que tenía un "remanente" de un numeroso grupo de curules vacantes de los coligados que había echado fuera, llamé a los laboristas, y les dije: "Vamos a hacer un trato de hombres". Presentes estaban Vicente Lombardo Toledano, Ricardo Treviño Gonzalo González, el diputado José López Cortés, potosino de origen, muy simpático, laborista y muy amigo de Morones. "Ustedes tienen quince diputados, les voy a dar diecinueve en lugar de quince, pero ustedes me van a meter por Atlixco (distrito laborista que representaba el diputado Burgos) un suplente con el compromiso solemne desde ahora, de que Burgos será nombrado jefe de los talleres de la imprenta de la Cámara de Diputados (puesto de mucha importancia donde ganaban más que los diputados), pero pedirá licencia Burgos en el momento de la protesta y entrará su suplente". "¿Quién es ese suplente?", me preguntaron. "Un amigo mío al que yo quiero favorecer". Después de regateos, quedamos que en lugar de cuatro diputados más les diera cinco puestos pues iban a perder la curul de Burgos. Las víctimas de este trato fueron los estados de Guanajuato, al que le di dos diputaciones, Michoacán y Tlaxcala. Hicimos Hicimos el trato bajo palabra de hombre, sin ningún escrito y una vez pasada la elección, formado el colegio electoral y una vez que hube recabado la licencia de dos años que era lo que duraba el periodo entonces y nombrado Burgos jefe de la imprenta de la Cámara de Diputados, metí un dictamen global de más de cincuenta ciudadanos diputados propietarios y suplentes y el suplente de Burgos resultó ser un señor de nombre Antonio Díaz, pero ya una vez que se presentó su licencia por dos años el diputado Burgos, se presentó a protestar entre las risas, entusiasmo y algarabía de la Asamblea y de los reporteros de la prensa, la expectación y desagrado de los laboristas, se presentó digo a protestar y protestó como diputado por Atlixco, el señor diputado, licenciado Antonio Díaz Soto y Gama; esto pudo haber sido uno de los motivos de la "disminución brusca" del presupuesto de la Cámara por parte de Hacienda y de la agresión contra la Alianza, pero yo tenía órdenes de Obregón de meter a Soto y Gama, él tenía mi promesa formal y solemne de que lo metería a como diera lugar y lo metí. Soto y Gama estaba en el ajo, y los periódicos de la época lo llenaron de improperios llamándolo Antonio Díaz Mosca en la Leche, diputado Carterista, puesto que para darle su credencial había que haberle robado la cartera al propietario, etcétera.

El general Calles me llamó con este motivo, y le expliqué: "Soto y Gama es un precursor de la Revolución. Ya no tiene partido, el llamado Partido Agrarista ha desaparecido, sólo quedan él, Caloca y Rodrigo Gómez. Es mi paisano, fue miembro del Club Liberal Potosino Ponciano Arriaga que combatió a don Porfirio Díaz en 1904, y qué quiere

usted, soy revolucionario apasionado que, aunque con Soto y Gama siempre he estado distanciado políticamente, no me gustaba ver que lo hubiéramos hechado a la calle, a las fauces de la reacción", a la cual él después con los años se incorporó voluntaria y entusiastamente.

Calles no dijo si creía o no creía en mi versión, ni sé si me la guardó o no me la guardó. El que sí celebró mucho el acto fue el general Obregón, pero creo que esto en nada haya contribuido a distanciar a Obregón y Calles, pues yo asumí toda la responsabilidad. Después sí, pues en su campaña, Obregón trajo como principal orador a Soto y Gama, que era la pluma de vomitar de Calles, y para acabarla de amolar Soto y Gama, que tenía debilidad por Manrique y al que el mismo Obregón había calificado de "pobre diablo" y que era enemigo acérrimo de Calles, figuraba como segundo orador del general Obregón.

Para entonces, movidos no sé por quién, los gomiztas al frente de los cuales estaba el excoronel huertista del Colegio Militar, ingeniero Vito Alessio Robles, hacían diaria campaña diciendo que se trataba de una reelección, los de Serrano también y, por último, le entramos por derecho a la Cámara para reformar la Constitución con una aplastante mayoría. Volvió a oponerse Lombardo Toledano en forma amañada, diciendo que su voto iba a estar en pro, pero lo hacía por disciplina, "PUES ESTAMOS PREVARICANDO", dijo. El resto de los laboristas guardaron una actitud espectante, todos votaron en pro de la reforma, friamente, muy fríamente. Manuel Riva Palacio, que era miembro de la Alianza y achichincle del general Calles, entraba y salía a la Cámara y no llegó a votar, o si lo hizo fue en forma "vergozante". Total, quedamos definidos los verdaderos obregonistas y los que le "pachangueban" a Morones protegidos por el general Calles; entre ellos, mi buen amigo, muy simpático y muy inteligente, gobernador del Estado de México, Carlos Riva Palacio, a quien cariñosamente llamábamos La Concha, hermano de Manuel que no tiene, ni tuvo jamás, el valor, la significación y la simpatía de Carlos. En la sesión de Cámara en que reformamos la Constitución, se opuso valientemente el diputado licenciado Antonio Islas Bravo, de origen carrancista y amnistiado por mí que lo hice diputado, me parece que por un distrito de Veracruz, por lo menos me lo recomendó el coronel Tejeda, gobernador de Veracruz.

La campaña siguió desarrollandose, el general don Eugenio Martínez, comandante militar de la plaza, se emborrachaba todas las noches en el cabaret El Iris, junto con Serrano que era gobernador de distrito, y echaban pestes contra el general Obregón. El jefe de la plaza (estado mayor), cerebro de don Eugenio, el general Ignacio J. Almada, también aunque en forma más ponderada, pues era educado, con cultura, de buena clase y no borracho, también lo hacía, y el general Roberto Cruz, jefe de la policía, le hacía a puro y cachimba, pero más a cachimba (Calles) que a puro (Obregón).

Un día me llamó el general Calles y me dijo teniendo a José Alvarez su jefe de Estado Mayor, y a un tal Freisinier Morín, segundo jefe de la Contraloría de la Nación, mostrándome una enorme lista: "Estos son los empleados supernumerarios que ustedes tienen en la Cámara de Diputados, con este número de hombres se puede tomar la plaza de México (exageraba) y sobre todo está costando mucho dinero". "Bueno, mi general —le dije—, y de qué se trata". De suprimir a todos los supernumerarios de una plumada". Le dije entonces: "Señor presidente, esto nos dejaría a merced de toda clase de enemigos, de cristeros, serranistas y gomiztas y de los muy sospechosos laboristas que encabeza Morones". El casi dio un salto de la silla, y me dijo: "Morones no es sospechoso y los moronistas tampoco, son leales a mi gobierno, yo respondo de ello". "Bien —le dije—, esto quiere decir claramente la disolución de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, pues un partido político ya en plena campaña, no se puede sostener de las limosnas que podamos recoger en las logias masónicas, que son muy pobres y que no tienen fuerza de ninguna especie. Este partido puede sostenerse más o menos con algunos gobiernos de los estados, como por ejemplo: Coahuila, Tabasco, Tamaulipas y Veracruz".

El general Calles me dijo: "Un partido político debe sostenerse solo". "Esta es la primera vez que escucho esto de usted, mi general", le dije. Entonces José Alvarez me sacó aparte, y me dijo: "Dile que todo ese dinero que se está gastando en embellecer Palacio y ponerle otro piso, por qué no lo toma en cuenta" y le dije: "Se va a disgustar". "No —me dijo—, es lo que quiere que le digas para parar las obras de Pani". Yo caí en el cuatro como un pendejo. Le recité lo que me dijo este Alvarez con respecto a Pani, a sus queridas y a lo que estaba gastando en Palacio Nacional y el general Calles dio un puñetazo, un fuerte puñetazo en el escritorio, y dijo: "Usted con qué derecho viene a criticar en lo personal los gastos de las obras que el Ejecutivo está emprendiendo, si quiere vaya a hacer esta crítica a la tribuna". Le dije: "No señor, necesitaba empezar por criticarme a mí mismo por el dinero que gastamos en las porras para sostenerlo a usted contra los cristeros". Dio otro puñetazo más fuerte, y me dijo: "No necesito que me sostengan los dineros del presupuesto de la Cámara". Entonces yo, con mi edad, mi brusquedad y lo bronco de entonces, también di un puñetazo y dije: "Señor presidente, nos estamos persignando la bragueta". El general se paró, rojo, y me dijo: "Bueno, entonces a ver qué es lo que va a suceder". "Sí señor", le dije. Fui y reuní al bloque de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, les conté todo lo que había pasado y unánimemente me sostuvieron, y les dije: "Bueno, y qué va a pasar enseguida, guerra cristera, candidatura de Obregón, candidatura de oposición de Serrano que cuenta con las fuerzas de la capital y el gobierno del Distrito, con Morones y su grupo que nos son traidores y luego, además

contra el presidente de la República, terminaría esto como la pantomima llamada la *Acuática*. Y creo que ése no es el camino —les dije—, comprendo que me faltó tacto y torear un poco más al general Calles. José Alvarez me dijo eso y pronto comprendí que me había hecho pendejo, pues quería que su hermano Rafael manejara las mayorías de la Cámara, entonces aquí lo único que queda es eliminarme para ver si se salva la Alianza".

Campaña reeleccionista de Obregón

Todos protestaban pero por fin nombramos al diputado doctor Alejandro Cerizola, en sustitución mía como presidente de la Alianza, pero esto en lugar de aplacar a don Plutarco lo encendió más, y empezó a llamar a los diputados para que se separaran de la Alianza; le sopló a Serrano para que el gobierno del Distrito hiciera lo mismo, los laboristas se separaron de la Alianza llenándonos de improperios en su periódico llamado *El Laborista*, llamándome a mí "Maquiavelo cimarrón", que trataba de salvar la Alianza con una separación aparente. Total, cuando vimos que Calles enfurecido trataba de desbaratar la Alianza, nos adelantamos nosotros, la disolvimos a propuesta mía y conservamos o mejor dicho formamos un grupo llamado Bloque Obregonista de la Cámara de Diputados y nombramos presidente a Ricardo Topete, que era de los primeros que me habían chaqueteado, pero rodeado de puro elemento nuestro. Calles de buena o de mala manera aceptó aquella situación, creyéndome destruido y eliminado y que a Topete lo manejaría como efectivamente lo estuvo manejando un tiempo a su antojo, devolviéndole el presupuesto que a mí me había quitado. A Topete le puso Calles también a Manuel Riva Palacio y dos o tres callistas de su camarilla. Yo tuve una reunión con los líderes obregonistas auténticos que encabezaba, y les dije que seguía al frente de ese grupo, pero que cada mes cambiaran directivo. En ese grupo permaneció leal y como segundo jefe el diputado Melchor Ortega, entró el diputado Alfredo Romo, al principio muy adicto a mí, pero poco a poco se lo fue comiendo el dinero de Topete y, sin llegar a declararse nunca mi enemigo, ya no me seguía. Permanecimos unidos estrecha y sólidamente más de cien diputados de mi grupo, que manejaba desde el rancho Gargaleote y hacía viajes frecuentes a México, siempre de incógnito, saliendo de la ciudad sólo de noche y después de conferenciar con Cedillo en sus campamentos de Guanajuato, a donde le encendimos más la invasión que era una cosa curiosa, pues estábamos levantados en favor del gobierno contra los cristeros, pero el gobierno no nos ayudaba en nada, más bien dicho a Cedillo.

Ya no podía usar la clave de Torreblanca, y entonces del lado americano le puse un telegrama a Nacho Gaxiola a Nogales, Arizona, diciéndole que quería ir a hablar con el general Obregón.

El general Obregón me recibió como de costumbre, y me dijo: "Te traen herido del ala". "Un poco más —le dije—, del ala y de una pata, aunque no de la de la navaja". "Bueno", me dijo ya que se enteró que conservaba la mayoría en forma semiclandestina, pues ya se sabía que era yo el jefe de ese grupo, y no hubo quién los pudiera cambiar. Quedó destruida la Alianza de Partidos Socialistas de la República que postulaba a Obregón, y entonces se lanzó él con el Bloque Obregonista de la Cámara de Diputados, que era el nuestro, aunque aparentemente lo encabezaba Topete. Se lanzó el Manco a la campaña y yo me quedé en Gargaleote para no hacerle mala obra. En Orizaba los obreros de la CROM, es decir, los de Morones, organizaron un tiroteo en el que a punto estuvieron de asesinar al general Obregón, lo cual eran sus fines por lo que organizaron el motín. Obregón se dio cuenta y echó chispas en los periódicos dando a entender que no creía en semejante casualidad.

Se reunieron Luis N. Morones, ministro de Industria, Comercio y Trabajo, y el grupo Acción de la CROM y lanzaron un manifiesto diciendo que permanecían dentro de la candidatura del general Alvaro Obregón para la Presidencia de la República, pero que el grupo directivo del Partido Laborista y la CROM tenían la facultad de retirar esa candidatura cuando lo creyeran conveniente. Esto acabó de convencer al Manco de que ya se trataba de toda una conspiración a la cual nada ajeno era el presidente, general Plutarco Elías Calles, jefe supremo de Morones, de la CROM y del Partido Laborista.

Mientras tanto, Cedillo siguió aumentando las fuerzas potosinas, sacando elementos de donde podía, invadiendo más territorio de Guanajuato e incorporando a su columna al regimiento de Rivas Guillén, que era el 48, de gente muy fogueada y muy valiente, de esos soldados que todavía no sabían desfilar ni jugar polo.

Rivas Guillén se incorporó con Cedillo, pero sin órdenes de la Secretaría de Guerra, ante esta situación el gobernador regularizó la campaña de Cedillo en Guanajuato, nombrándolo jefe de las operaciones contra los cristeros. Siguió la campaña obregonista a través de la República, con todo éxito y arrolladoramente. Siguió la hostilidad pública del Partido Laborista y de Morones y el general Obregón hizo una declaración diciendo que su candidatura la podía retirar el Partido Laborista cuando quisiera, pues no aceptaba partidos que lo postularan tratando de tutorearlo.

El distanciamiento, aunque sordo, se hizo mucho más agudo entre los generales Obregón y Calles, por más que hayan querido tapar el sol con un dedo los que fumaban en puro y en cachimba, como por ejemplo, el licenciado Aarón Sáenz, el ingeniero Luis L. León, Melchor Ortega, Fernando Torreblanca y otros, es decir, fumaban en el puro de

Obregón y en la pipa de Calles. Luego salió una disposición al poco tiempo, por acuerdo presidencial (es decir, de Calles), y del ministro de Guerra y Marina, general Joaquín Amaro; que el próximo desfile de quince y dieciséis de septiembre se haría en la ciudad de San Luis Potosí, que no era justo que las provincias no disfrutaran de estos espectáculos militares tan vistosos y del beneficio económico que reportaban. Inmediatamente comprendí que lo que se trataba de hacer era concentrar tropas callistas-amaristas en San Luis, para darle un golpe a Cedillo, pues era núcleo principal del obregonismo en lo que se trataba de fuerzas armadas irregulares, pues el general Obregón tenía en Sonora concentrados algo así como veinte mil hombres de línea y Cedillo unos doce mil, de los cuales entonces sólo tres mil estaban armados, aunque el resto estaba organizado. El jefe de la zona militar con todas sus tropas en La Laguna, general Gonzalo Escobar, obregonista declarado, además el general Jesús Aguirre en Veracruz, que también fumaba en puro y en cachimba, por lo que no estaba muy claro si era más callista que obregonista, aunque parecía que estaba más inclinado a Calles.

En el Istmo de Tehuantepec contaba el general Obregón con los generales Domínguez, Bravo Izquierdo y Heliodoro Charis, que eran completamente fieles. Este Charis, indio puro de raza juchiteca, muy valiente y perteneciente a la Alianza de Partidos Socialistas de la República y comandante del muy aguerrido batallón.

El general Serrano, a quien seguramente el general Calles le había dado volantín, renunció como gobernador del Distrito, pero ya he dicho que las fuerzas federales que comandaba en el Valle de México y en la capital, estaban a las órdenes del general Eugenio Martínez, que era serranista de hueso colorado y socio de él en todos los garitos de juego, en donde también tenían como socio al inspector general de policía, general Roberto Cruz, de color puro y cachimba.

Yo me puse en contacto inmediatamente con Cedillo a su campamento de San José Iturbide, en Guanajuato, lo fui a ver, y le dije: "Este desfile es golpe para nosotros directamente, vamos organizar más gente y abandonar la plaza de San Luis los días del desfile militar que proyectan Calles y Amaro, tomar rumbo a la Huasteca en la primera ocasión y en caso necesario, si hay rompimiento, echarnos sobre Tampico".

Cedillo aprobó en todas sus partes mi proyecto, y se lo fui a comunicar personalmente al general Obregón a Pachuca, en donde estaba de gira, y también lo aprobó.

Continuó la campaña política con los candidatos Obregón, Serrano y Gómez. Serrano y Gómez se unieron contra Obregón, pero si no se trataba de un atentado, no había ningún peligro para nuestro candidato, pues era muy fuerte, popular y militarmente.

Así las cosas, empezaron los del Partido Laborista a propagar en teatros, cines, cafés, peluquerías, plazas públicas y donde quiera que pudieran ser oídos, que el conflicto religioso lo había provocado el general Obregón, que el general Calles nada tenía que ver, que el culpable del cierre de los templos también había sido el general Obregón y que al llegar a la Presidencia de la República destruiría completamente al clero y prohibiría la religión católica en México.

Así hubo muchos contactos secretos entre Luis N. Morones y los del grupo Acción, con monjas y curas. Al poco tiempo se produjo un atentado dinamitero contra el general Obregón en el bosque de Chapultepec, quien iba acompañado del licenciado Orzí y de sus ayudantes, el entonces general brigadier Ignacio Otero, el teniente coronel Juan Jaimes y otro.

El general Obregón se dirigía a la corrida de toros cuando le arrojaron la bomba, y solamente alcanzó a herirle levemente la mano, la única que tenía, ésa con la que empuñó la espada que destrozó a Francisco Villa, de quien quedan muchos corridos de cantina, pero la historia lo tiene bien marcado como derrotado por Obregón, dos veces en los campos de Celaya, en León, en Trinidad y en Aguascalientes, hasta que ya junto con nosotros, los del cuerpo de ejército del noreste, que estábamos en Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, arrojamos a Villa hasta Sonora. Y sobre la historia no hay corrido que valga.

Villa, en el campo militar, no le sirvió a Obregón ni para "tacos"; en lo político, muchísimo menos, pues se trataba de un troglodita manejado por pillos intelectuales despechados y por un jesuita inteligente como el general Felipe Angeles.

Los ayudantes del general Obregón después del atentado del bosque siguieron a los asaltantes, y les dieron alcance. Juan Jaimes era muy buen tirador y le pegó un balazo a uno de ellos, atravesándole el nervio óptico y dejándolo ciego y agarraron al ingeniero Vilchis, jefe principal del atentado y después, ya presos, con mañas entre Valente Quintana, que era jefe de las Comisiones de Seguridad y otros detectives, descubrieron toda la trama y llegaron a agarrar al cura Miguel Agustín Pro Juárez y a su hermano Humberto y los hicieron creer que unos se habían denunciado a los otros y por fin, ya que todos estaban presos en la Inspección General de Policía, el general Roberto Cruz, seguramente que con órdenes expresas del general Calles, los sacó frente al Caballito (estatua de Carlos IV) y en pleno día, como a las once de la mañana, los fusiló sin ningún interrogatorio.

Aquello nos pareció muy sospechoso a todos los obregonistas, pues se trataba de que nadie hablara y nadie habló. Continuó la campaña y llegó el mes de julio, pero antes voy a hacer un paréntesis.

En el mes de septiembre anterior, hice un viaje a la capital de semiincógnito, pues ya dije que no salí de día por mi distanciamiento con Calles, y don Plutarco era cosa seria, y una noche se me ocurrió ir al

teatro Principal donde actuaba María Conesa y un grupo de seminudistas que entonces llamaban *Bataclaán*. En el pórtico del teatro había un bar, el pórtico era abierto a la calle, enteramente sin ninguna pared ni cortina y a ese bar, que entonces se llamaban cantinas, tenía acceso todo el que quería sin necesidad de entrar al teatro.

Los "tandófilos" teníamos por costumbre echarnos algunas copas en la barra antes de entrar al teatro, parados pues no había asientos; cuando sonó el timbre que en aquellos tiempos se usaba para anunciar al público que iba a comenzar la función, entré al teatro acompañado de mi fiel amigo y ayudante, entonces mayor José López Iglesias, muerto general. Apenas había comenzado el espectáculo entró otro ayudante mío que llamábamos Lolo Lavanzat (probablemente José Dolores), capitán retirado, muy chismoso, de Matamoros, no digo que valiente porque todos mis ayudantes lo eran, y me dijo al oído que ahí en el bar del pórtico estaba un individuo hablando muy mal de mí y le pregunté: "¿Quién es?", y me dijo: "No lo conozco, es un catrín". "¿Qué está diciendo?", volví a preguntarle. "Cosas muy feas contra su honor", me dijo. "¿Y por qué no lo callaste?", le dije y me contestó: "Hay mucha gente y se haría alboroto, y como usted anda algo 'escurrido' no lo quise provocar".

Entonces le dije a Iglesias: "Aquí te dejo el abrigo, no te muevas hasta que yo regrese y me salí". Le pregunté a Lavanzat que cuál era el individuo y me señaló a un petimetre que en esos momentos subido en un automóvil lo echaba andar.

Me subí en un carro que traía prestado del diputado Alfredo Romo, pues yo no tenía automóvil en ese tiempo en México para no hacer bulto. Este automóvil lo manejaba mi fiel y valiente ayudante, capitán Ernesto López Quintanilla, también de Matamoros, Tamaulipas, y señalándole el automóvil del petimetre, que empezaba a caminar, le dije: "Sígueme a ese individuo". Nos pusimos en marcha tras el sujeto, que ya nos llevaba como una cuadra de distancia cuando comenzamos a seguirlo, y me preguntó Ernesto: "¿Qué va a hacer?" Yo le contesté: "¿Conoces a ese sujeto?" "Sí, lo conozco", me dijo. "¿Quién es?", le pregunté. "Si usted lo va siguiendo ya sabe quién es", me contestó. "¿Pero tú estás seguro de que ese individuo estaba hablando contra mi honor en la cantina del teatro y que lo estaba oyendo Lolo?", y me volvió a responder Ernesto López: "Sí, ese individuo es". Y seguimos persiguiéndolo. "¿Tú lo conoces y sabes de quién se trata?", volví a preguntar. "Sí, lo conozco y sé de quién se trata". "¿Por qué no me lo habías dicho?", le pregunté, y él me dijo: "Nosotros estamos para morirnos junto a usted si llega la ocasión, pero no para calentarle la sangre con chismes ni para comprometerlo". Pero entonces iba yo muy encendido y cegado por la ira, lo seguimos persiguiendo y al llegar a las calles de Acapulco, frente al número setenta, el currutaco paró el carro y se bajó. Yo le dije a Ernesto que se le

acercara y Ernesto se acercó y paró el carro como a diez metros de distancia y entonces me bajé yo, estando él parado en la calle. Al bajarme, Ernesto López me preguntó: "¿Lo acompaño?", y le dije: "No, esto es cosa personal". Llevaba ya la 45 en la mano con las quijadas abiertas y bajado el seguro y le grité al individuo: "Si es hombre, defiéndase", y avancé como una tromba hasta llegar a tres o cuatro metros de distancia del figurín. El metió mano a la cintura, pero se quedó petrificado, probablemente de miedo y le descargué las ocho balas de mi pistola y se murió.

Con toda rapidez le quité el fistol y reconocí que era mío. En la cantina del teatro había estado mostrando el fistol y haciendo burla de mí; le metí la mano a la cintura y le saqué una pistola 32 niquelada, con cachas de auténtico nácar, no de los plásticos que ahora se usan, y además tenía dos medios escudos en las cachas, que así se llamaban las monedas de oro de cinco pesos. También la pistola era mía. Violentamente me subí al carro que ya Ernesto había acercado hasta donde estaba el occiso, y partimos a toda velocidad. Un gendarme que estaba por ahí creyó que lo perseguíamos, y huyó como liebre. Nadie nos vio, regresamos al teatro, volví a ocupar mi butaca junto al mayor Iglesias y le pregunté: "¿Me notas algo?" "No —me dijo—, no le noto nada, ¿qué se echó más copas?". "No —le dije—, no me he echado ni una más, lo que me eché fue a un hijo de puta". "¡Cómo!", me dijo. "Después te cuento", le contesté. Y cuando la función terminó, vinieron a hablar conmigo los grandes compositores Miguel Lerdo de Tejada, Mario Talavera, Esparza Oteo y Tata Nacho, quienes eran los más grandes compositores de la época, actuaban juntos y habían estado en la Orquesta Típica en la Alianza de Partidos Socialistas de la República y me habían acompañado en varias giras por el país, entre ellas a Yucatán, donde no conocían a la Típica ni a otros tipos de músicos, debido a lo retirado que estaba y a lo difícil de las comunicaciones. Estos compositores vinieron a platicar conmigo porque al día siguiente me iban a acompañar a la ciudad de San Luis Potosí, como me acompañaron a la toma de posesión del general Cedillo como gobernador del estado. Al terminar mi plática con los artistas salí del teatro, acompañado del mayor Iglesias y nos subimos al mismo carro que manejaba Ernesto López. Los tres nos fuimos a una cantina de lujo, que ahora se llamaría bar, y que se llamaba la *Cigale* en las calles de Cinco de Mayo, frente a la espalda del edificio Sanborn's; esta cantina era propiedad de un amigo mío muy fino y muy gentil que se llamaba Alfredo Ponce y le decíamos el Conejo Ponce (yucateco) y el *maitre* del bar se llamaba Manzanero.

Saludé a los dos y le dije al Conejo Ponce sentado en la barra: "Dame una botella de coñac *Hennessy* extra, y digo dámela porque me la vas a regalar". El Conejo me dijo: "Con mucho gusto, Gonzalo, y si quieres dos, llévate dos". "No —le contesté—, con una tengo". La abrieron y

empezamos a tomar Iglesias y yo, pues Ernesto aunque tomaba, esa noche no quiso beber nada por cuidarme. Cuando le habíamos bajado a la botella una tercera parte nos fuimos al hotel Guardiola, en la calle de Madero, donde tenía un cuarto con nombre supuesto, ahí nos encerramos Iglesias y yo y le conté del que había quedado bardeado en la calle de Acapulco.

Como a los tres días empezaron ataques periodísticos contra mí, por la muerte de aquel *gigoló*, después los ataques fueron abiertos, pero siempre anónimos, alimentados por los serranistas, que estaban en plena campaña contra el obregonismo y después más y más injurias, pero siempre anónimas. Nunca se me acusó por nadie que fuera responsable. Yo, después de la toma de posesión del general Cedillo, vine a México y me presenté en la Cámara de Diputados, y renuncié a mi fuero para que me juzgaran. Nadie me demandó en ningún tribunal, ningún juez me citó. Fui a la tribuna y dije que con motivo de esos ataques anónimos me consideraba sin fuero para ese caso, mientras fuera diputado, pero nadie me acusó legalmente.

Ahora voy a decir quién era el difunto. Se trataba de un estudiante fósil, es decir, no estudiaba, era un *macró*, traía buen automóvil, producto de sus vergonzosas explotaciones, se llamaba Fernando Capdeville y su padre era también *soteneur* y el chulo heredó sus habilidades y seguramente sus consejos. Capdeville el viejo se metió con la señora esposa del ingeniero don Felícitos Villarreal, ministro de Hacienda de la Convención, a la que robó despiadadamente después que deshizo el hogar de don Felícitos. Se metió después con la señora Elena Carrillo viuda de Cataño, concuña de Adolfo Ruiz Cortines (primer matrimonio) a la que también explotó y robó. ¡De raza le venía al galgo! Yo tenía dos años de divorciado, y no tenía por qué pensar en llevar a cabo esta venganza porque la causante de estos hechos vivía en el extranjero, y yo no sabía ni una palabra de ella ni quería saber. Dice un viejo adagio ranchero que el pez muere por la boca y eso es lo que le sucedió a este vividor con ayuda del chismoso Lolo Lavanzat.

A Lolo Lavanzat lo echaron fuera de mi escolta mis ayudantes, como tenía muchos enemigos y lo vieron de capa caída, lo mataron en Reynosa, Tamaulipas.

Los alborotos que me hicieron un grupo de estudiantes fueron movidos por los serranistas. Me platicaba años después el Tlacuache, licenciado César Garizurieta, que él fue el líder de ese movimiento, por hacer alboroto y porque era serranista, pero que a Capdeville lo despreciaban los verdaderos estudiantes porque sabían que él no era auténtico y como tenía éxito de padrote, les presumía mucho a los estudiantes pobres. Hubo un grupo de estudiantes muy numeroso que encabezaba el pasante de Derecho Miguel Alemán Valdez (hijo de mi amigo, ya para entonces muerto, general Miguel Alemán), que cuando se trataban

estos asuntos en la Cámara, donde yo me defendía sin que nadie me acusara formalmente, que iban a aplaudirme y a vitorearme y en tumulto salían rodeándome de la Cámara.

Por lo que respecta a los maestros músicos Miguel Lerdo de Tejada, Tata Nacho, Esparza Oteo y Mario Talavera, hicieron declaraciones contraatacando a mis enemigos, y testificando que ellos habían estado conmigo en el teatro hasta después de la una de la mañana y el individuo falleció como a las diez de la noche. BUENO, A LO HECHO, PECHO.

Después de estos acontecimientos me trasladé a Tamuín en tren, pues era la única forma de viajar en ese tiempo. En el pullman le regalé el fistol que recuperé, a una señorita que me acompañaba, y como a la sazón había pegado un ciclón en la Huasteca, ríos y lagunas estaban muy crecidos y al pasar el tren en Tamasopo, frente a la laguna que lamía los rieles del ferrocarril, saqué la pistola que recuperara y con todas mis fuerzas la arrojé a las aguas. A esa misma laguna había arrojado dos años antes con toda la fuerza de mi brazo, y corriendo el tren, la pluma fuente de oro con que había firmado ese fracasado matrimonio.

Más tarde, de Tamuín me trasladé a San Antonio, Texas, haciéndome acompañar por mi ayudante Pedro Angel Mendoza, que entonces se llamaba Pedro Barrera, con el fin de volver a ver a mi hijo Gonzalo, que hacía dos años no veía. Lo localicé por conducto de mi amigo Fernando de la Garza, jefe de los Servicios Secretos del Gobierno Mexicano en Estados Unidos, y solicité que el niño me fuera a visitar; se me negó esto y entonces tomé providencias para raptarlo y traérmelo a México.

Acompañado de Pedro Angel Mendoza, y conduciéndonos en su automóvil el propio Fernando de la Garza, caímos en una trampa que nos tendieron *marshalls* y alguaciles y nos agarramos a balazos con ellos. Bajamos de nuestro carro a dispararles cuando los rurales texanos nos disparaban y le pegué un balazo a una llanta de su patrulla, pues tiraba yo muy bien, pero por otra calle se nos echó encima otro carro con *rangers* también disparándonos, a quienes nosotros también disparábamos y apenas tuvimos tiempo de subirnos a nuestro carro Fernando de la Garza y yo y quedó en tierra Pedro Angel Mendoza, el que fue agarrado prisionero y conducido a las mazmorras de San Antonio.

Yo le dije a De la Garza: "Pícale para Piedras Negras por el rumbo de Ubalde", Fernando me dijo: "No, ahora voy a dejarte en lugar seguro" y me condujo a la casa particular del jefe de la policía en San Antonio, que era su amigo y compadre y después también fue mi compadre y mi amigo, me refiero a *Mr.* Paul Anderson. Con este *Mr.* Anderson y con el motivo que estoy relatando me ligó después una muy grande amistad hasta su muerte. Con la ayuda de él logré la libertad bajo fianza de Pedro Angel Mendoza y cruzar la frontera por Laredo, acompañado de él y en su propio carro; después con la ayuda de mi amigo el señor

embajador Dwight Whitney Morrow de Estados Unidos, hice presión ante las autoridades de Estados Unidos para poder recuperar a mi hijo Gonzalo y, cuando el asunto lo tenía ganado, se celebró una transacción y me lo entregaron pacíficamente.

Después de esta digresión, continuaré con mi relato: me fui a entrevistar otra vez con el general Obregón, y me dijo: "Ahora sí ya no es tiempo de que sigas haciendo el muerto, vete con Cedillo y espera acontecimientos". "Cuídese mucho —le dije—, pues ya ve lo de Orizaba, lo de la bomba de Chapultepec y ese desfile que quieren hacer en San Luis el próximo septiembre; y las trece letras de su nombre". Arrugó el entrecejo, y dijo: "¿Qué trece letras son esas?", y yo le contesté: "Alvaro Obregón tiene trece letras; ¿sabe, mi general, por qué me llamo Gonzalo N. Santos?" "Pues lo de Santos por tu papá y lo de Gonzalo porque así te pusieron, pero lo de la 'N' no lo sé". "Pues se lo voy a referir —le dije—: una vez me hirieron en Chihuahua y andábamos revueltos con los villistas en combate, salí vivo milagrosamente y un primo político mío, que era teniente coronel y que era muy supersticioso, me sugirió que me pusiera mi segundo apellido cuando me vio herido. ¿Y con qué objeto?, le pregunté y él me contestó: 'Porque Gonzalo Santos tiene trece letras y si no te agregas algo, te van a matar'. Como en aquellos tiempos muy poca gente en mi tierra se ponía su segundo apellido y nosotros estábamos muy orgullosos de los Santos, que era una familia muy famosa desde la Conquista y la Insurgencia, me quedé meditando, conté las trece letras de mi nombre Gonzalo Santos y entonces le dije: 'De aquí en lo sucesivo me llamaré Gonzalo N. Santos'. Y usted —le dije—, su nombre, Alvaro Obregón, también tiene trece letras; Francisco Villa también tenía trece letras y trece letras tenía Doroteo Arango".

El general Obregón, que era tan supersticioso como yo, me dijo: "Qué lástima que esto lo supe tan tarde, yo no sabía que tenía trece letras mi nombre, de haberlo sabido me hubiera agregado una más, pero ya no es tiempo".

El Maximato. Emilio Portes Gil, presidente interino

Estando yo con Cedillo en su campamento de Charcas, del estado de Guanajuato, tuve necesidad de ir al puerto de Tampico a algún asunto personal para regresar lo antes posible y el día que llegué a Tampico, a las pocas horas se sabía la noticia por teléfono y salía una extra diciendo que el general Obregón había sido asesinado en un banquete en La Bombilla, ya todo lo demás lo ha contado la historia, José de León Toral, un "mocho" de Matehuala, San Luis Potosí, influenciado por una monja libidinosa y perversa, directora de un convento de Coyoacán y un cura apellidado Jiménez, donde había juntas de personajes misteriosos y del cual no se habían "dado cuenta" ni Roberto Cruz, jefe de la policía, ni Luis Morones con su grupo Acción, "ni nadie"; pero resulta que en el tal convento y encabezados por la llamada madre Conchita que era una perversa, muy guapa, muy sensual y muy pervertida, tenían grandes orgías con champaña, solamente que un grupo muy reducido y muy selecto de personajes con la tal madre Conchita y las monjas de su confianza que ella seleccionaba.

El día diecisiete de julio asesinó al general Obregón el tal José de León Toral, en el banquete en La Bombilla, ante más de trescientos comensales; para esto los ayudantes de Obregón ya se habían hecho personajes, y cada quien estaba disfrutando de los halagos del banquete, de los lambiscones, y lejanos a su jefe, incluyendo su jefe de ayudantes, Ricardo Topete.

Para la candidatura del general Alvaro Obregón, había formado el Manco un comité, con mucha maña. Puso como presidente al licenciado Aarón Sáenz, que era obregonista-callista, pues ya estaba emparentado políticamente con el general Calles, por el casamiento de su hermana con Plutarco Elías Calles junior ya tenía el general Calles una hacienda en Nuevo León, de donde Aarón era gobernador, y se llamaba Soledad de la Mota, y que había declarado su cuartel general político. Ya empezaba a formar el ingenio del Mante con Aarón Sáenz, Juan Sáenz, Moisés Sáenz y los Ozuna, emparentados con los Sáenz y quebrados económicamente, con Luis Benvenutti y otros del club *So-*

nora-Sinaloa. Los Ozuna fueron los de la idea del ingenio, en donde tenían algunas tierras. Calles y su nuevo grupo de neocientíficos me quedaban muy cerca, el Mante, que se llamaba entonces Canoas y que era un pueblucho insignificante, está muy cerca de Tamuín, en donde yo tenía mi principal núcleo armado. Hice saber esto al general Obregón y le dije: "Si llega a haber algún rompimiento, en menos que canta un gallo ahí me haré presente con mis gargaleotes"(así llamaba yo a lo más selecto de mis carabineros). El general Obregón me dijo: "Estate muy pendiente".

En el comité obregonista entró Ricardo Topete, segundo de a bordo y primero de acción, el más apoyado y fuerte del grupo sonorense. Ahí en este comité, mezcló el general Obregón de todo, inclusive algunos de los diputados que me eran adictos, con eso le dio la suave a Calles y se fueron conllevando.

Una vez muerto el general Obregón, me trasladé violentamente al campamento de Cedillo, quien me dio muchas cartas con el nombre de los destinatarios en blanco, diciéndoles que yo llevaba facultades amplias y absolutas para obrar en la forma que lo creyera conveniente y que él, Cedillo, con veinte mil hombres que iba a organizar en el estado de San Luis Potosí, de los cuales ya tenía doce mil, seguiría la causa que yo indicara que era la justa.

Empecé a tantear el terreno político en México. Los generales Manzo, Escobar, Topete, Pérez Treviño, Ríos Zertuche, Cruz, Aguirre, Ferreira y otros, tenían reuniones diarias en el hotel Regis, conspirando para tumbar a Calles, pero no se podían poner de acuerdo quién sería el jefe. Aquello era el sonorismo, pero, lo peor del sonorismo, ya sin Obregón a la cabeza y Calles enfrente, que indudablemente tenía su gran valer.

En esto, se presentó en mi domicilio el ingeniero Luis L. León, antiguo y fiel obregonista, pero también muy antiguo y muy adicto al general Calles, que naturalmente se quedó con el vivo sin renegar del muerto, se ausentó de la esfera política obregonista del momento, a mí me invitaban a las juntas del Regis y no quise ir porque los verdaderos jefes eran los Topete, Fausto y Ricardo, que eran mis enemigos políticos. Calles, digo, me mandó llamar con el ingeniero Luis L. León a su casa en la calle de Anzures. Teníamos mucho tiempo de no vernos, desde la ruptura con la Alianza y de mi fuerte incidente con él por el "cuatro" de Pepe Alvarez en Chapultepec. El general Calles me recibió en bata, con una bata muy arrugada, estaba comiendo un plato de uvas y acababa de estar con él el embajador de Estados Unidos D. W. Morrow. Nos saludamos de mano, y me dijo: "Siéntate" (otra vez de tú). Me senté en un sillón y él en la cama, y me dijo: "Ya ves la catástrofe que ha pasado, estos 'mochos' hijos de la chingada han llegado a lo peor, hay que llevar la guerra contra ellos en todos sus extremos, pero el

ejército está muy dividido y una gran parte sospecha de mí y está conspirando en el hotel Regis". Yo le dije: "Resulta, mi general, que la actitud de Morones contra el general Obregón ha sido muy clara, de traición, y usted sigue sosteniéndolo como ministro de Industria y Comercio, a pesar de todo". El me dijo: "Si quito en estos momentos a Morones, a pesar de que no hay ninguna prueba contra él, doy una muestra de debilidad tan grande, que se me echan encima mochos y militares y me despedazan, quiero contar contigo como en los mejores días, que olvides lo pasado, que no fue nada junto a la gran causa que tenemos que salvar y que es la Revolución. Tú has sido alma y cerebro de las Cámaras y de todos los grupos de acción revolucionarios en los últimos años, quiero que vengas a ocupar el mismo puesto". Para esto yo era diputado, aunque no asistiera a las sesiones y, como dije, Calles bien sabía que yo era el jefe de la mayoría auténtica, aunque en aquel momento creía serlo el diputado Ricardo Topete.

Le dije al general Calles: "Deme tres días de plazo para hablar con mis amigos, Portes Gil, gobernador de Tamaulipas; Filiberto Gómez, gobernador del Estado de México; Tomás Garrido Canaval, de Tabasco, y el grupo de líderes de la Cámara que me han permanecido fieles. Vengo desorientado —le dije—, pues estaba en el campamento de Cedillo en Guanajuato". "Tres días son muchos —me dijo—; en estos momentos en veinticuatro horas se pueden producir hechos muy graves, ven mañana, no a traerme tu resolución, sino a traerme todo tu apoyo". "Mañana lo veré, mi general". "Te espero", me dijo muy acentuado el tuteo.

A mi regreso de la casa del general Calles, León, que influía mucho en mí, me platicó hasta la saciedad que aunque Morones y su grupo habían preparado el ambiente, el general Calles era ajeno a aquello y que no se imaginaba hasta dónde iban a llegar las cosas, que los autores verdaderos aunque inspirados por los laboristas, eran los miembros del clero; ya para entonces se había descubierto que la pistola con que José de León Toral mató al general Obregón, la velaron en una iglesia, la bendijeron y se la entregaron en ceremonia (como se entregaban las armas en las Cruzadas para ir a combatir al turco por el sepulcro de Cristo), se la entregó a Toral el llamado padre Jiménez.

Una vez que me puse de acuerdo con León, empecé a hablar con jefes militares y políticos, y llegué a la conclusión de que el general Obregón no iba a ser heredado por un caudillo ni por un jefe, sino que trataban de aprovechar la situación un grupo de militares ambiciosos, perversos y ladrones, encabezados por Escobar, Fausto Topete, Manzo, Aguirre, Juan Gualberto Amaya, gobernador de Durango, el ignorante general Urbalejo, J. Jesús Ferreira y el diputado Ricardo Topete, que para colmo ya habían entrado en contacto con los cristeros, lo que inmediatamente me repugnó. Al día siguiente fui a ver a Calles, y le dije: "Después de

entregarle la carta que llevaba de Cedillo y que como digo llevaba los nombres en blanco para que yo se los pusiera; aunque, como usted podrá ver por esta carta, yo puedo hacer y deshacer en lo que al general Cedillo y a su grupo se refiere, déjeme ir a hablar con él para explicarle la situación, decirle que aumente sus fuerzas y mande la ayuda. Le declaro con toda honradez que a Morones y a los suyos los seguiremos condenando, que usted tendrá que explicar mucho esto ante la opinión revolucionaria y seguramente más tarde ante la historia, pero por ahora lo reconocemos como jefe, pues no vamos a dejar que el país caiga en la anarquía por cuestiones sentimentales. Fui obregonista cuando Obregón estaba vivo, sigo siendo obregonista ahora que está muerto y seguiré siéndolo toda mi vida". "Yo también", me dijo Calles.

Me trasladé a ver a Cedillo, le expliqué la situación, y me dio toda su aprobación; regresé a México, hablé con Tejeda, con el cabrón traidor de Almazán y con Amaro, al que no podía ver ni en pintura y él a mí tampoco. Le dije a Amaro: "La rebelión se viene de un momento a otro, pero usted necesita salir de la Secretaría de Guerra porque es muy impopular entre las tropas que se van a levantar y nada popular entre las que van a permanecer fieles". Amaro me dijo que estaba dispuesto a separarse en cuanto se lo ordenara el general Calles, y que él no tomaría la iniciativa en esos momentos, porque parecería cobardía. Me trasladé a ver a Calles, le conté todas mis actividades y mis pláticas, las aprobó y le dije: "Ahora deme el despacho de general de división para Saturnino Cedillo y una espada que le mande usted a regalar" (Cedillo nunca había usado espada y usó la que le llevé para retratarse). Además, Cedillo tenía dieciséis años postergado como general de brigada. Calles dictó el acuerdo inmediatamente, y al día siguiente salía yo para los campamentos de Guanajuato, llevando el despacho, la espada del general Cedillo y cincuenta mil pesos oro para que se siguiera organizando.

Regresé a México, hubo los grandes alborotos en las Cámaras de Diputados, en uno de los cuales, Manrique, valiéndose cobardemente de que sabía que ya no estábamos en las épocas que un presidente iba a mandar matar a un diputado, como lo hizo Huerta con Belisario Domínguez, con la cara completamente pálida, le gritó a Calles farsante, después de su informe presidencial. En este caso, Calles se paró un momento y rápidamente reflexionó siguiendo su camino como si nada hubiera oído. El pudo mandar matar a Manrique a la hora que hubiera querido, pero no lo hizo, en lo cual hizo muy bien, pues no lo hizo mártir, aunque Manrique explotó mucho esto como un acto de valor civil, pero todos nos reímos. Cuando Calles salió del recinto le gritamos a Manrique más de veinte desde nuestras curules: "El farsante eres tú, Manrique". "Además, eres onanista", le grité yo.

Me fui a ver al traidor Almazán, quien no había dado color, pero

tenía prestigio militar y era comandante de la zona de Nuevo León, la cual, por cierto, no supo defender y se la quitó en una noche el general Gonzalo Escobar, cuando se levantó en armas tomando la plaza y matando al general Zuriaga, jefe de la guarnición.

Juan Andrew Almazán, el Iscariote, me pidió como precio de su adhesión que le sacara el consentimiento al general Plutarco Elías Calles para que su hermano, el doctor Leonides Almazán, que era guerrerense y no poblano, fuera designado gobernador por Puebla, dizque constitucional. Yo trasmití el mensaje a Calles, quien aceptó y quien en aquellos momentos se agarraba a una brasa ardiendo, y fui a Puebla con setenta u ochenta diputados a imponer, dizque en unas elecciones, a Leonides Almazán, que era una bella persona, pero que no tenía ningún prestigio y mucho menos en Puebla, de donde no era oriundo. Me acompañó mi amigo el ingeniero Luis L. León en calidad de amigo, pues no tenía ningún puesto político ni administrativo. A su tiempo relataré cómo y por qué tumbamos al doctor Leonides Almazán del gobierno de Puebla los mismos que lo habíamos puesto.

Calles nos convocó a un pequeño grupo: general Manuel Pérez Treviño, coronel Filiberto Gómez, ingeniero Marte R. Gómez, licenciado Emilio Portes Gil, gobernador de Tamaulipas; Aarón Sáenz, gobernador de Nuevo León; Bartolomé García Correa, gobernador de Yucatán; ingeniero Luis L. León que era el principal cerebro de la intriga y acordamos *sotovoce,* a iniciativa de Luis León, claro que con el acuerdo del general Calles y la complacencia de todos nosotros, nombrar presidente provisional al licenciado Emilio Portes Gil, a quien primero traería como ministro de Gobernación y, una vez tomado este acuerdo, se formó el PNR del cual conservo la tarjeta número seis. La noticia que nos dio el general Calles sobre Portes Gil, afianzó más en mí la resolución de apoyar al general Calles, pues con Portes Gil me ligaba y me liga hasta la fecha muy estrecha, sincera y firme amistad.

El general Calles nos volvió a reunir en el sitio que habíamos improvisado como sede del Partido, y ya claramente nos habló de la candidatura de Aarón Sáenz que, con Obregón muerto, era un absoluto instrumento del general Calles y de sus hijos Rodolfo y Plutarco. Como dije, lo de Portes Gil lo recibimos con gran alboroto y lo de Aarón Sáenz con mucha reserva, sobre todo el general Manuel Pérez Treviño, gobernador de Coahuila. El ingeniero Luis L. León y yo también lo aceptamos, aunque yo ya había reconquistado la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, y había tomado posesión como presidente del Bloque Obregonista de ella.

Una vez que Portes Gil fue nombrado, por nosotros los diputados, presidente de la República, sustituto constitucional, se dividió el centro director obregonista; Topete por un lado encabezando al grupo de militares como Escobar, el general Francisco R. Manzo, su hermano, el

general Fausto Topete, Ríos Zertuche, Juan Gualberto Amaya, gobernador de Durango, el general Urbalejo y todo el sonorismo. Yo me presenté a la Cámara de Diputados a asumir la ofensiva contra ese grupo al cual desplacé en menos de una hora, tomando el liderato de la Cámara. Excuso decir que tirios y troyanos trataban de enamorarme por mi fuerte posición política y seguramente, modestia aparte, por mi actividad, dinamismo y decisión. De prestigio político gozaba desde los tiempos de la Alianza, y todo mundo sabía que en ese tiempo era yo el brazo y cerebro de Cedillo y de las Cámaras. Topete en la primera sesión en la que tuvimos el pleito político que yo provoqué para deslindar campos, se acobardó mucho y me fue a ver a mi curul acompañado de mi gran amigo y compañero de muchas lides, el diputado Alfredo Romo, que hasta entonces había sido jefe de la diputación de Jalisco. Me hablaron y me dijeron: "Con nosotros puedes tener lo que tú quieras y lo que gustes", a lo que yo les contesté: "Lo voy a tener, pero no porque ustedes me lo regalen, los voy a destruir completamente aquí en las Cámaras y en los campos de batalla; no seré yo el general en jefe que los vaya a batir, pero voy a dejar esta situación privilegiada de jefe de las Cámaras para irlos a batir con las armas en la mano", como efectivamente lo hice siendo nombrado después jefe de la campaña contra los cristeros en la mayor parte del estado de Guanajuato y en todo el estado de Querétaro.

Por fin el grupo de militares próximo a rebelarse, encabezados por el general José Gonzalo Escobar, postulaba candidato y jefe aparente al licenciado don Gilberto Valenzuela, quien había sido ministro de Gobernación en el primer año de gobierno del general Calles, pero entonces no se prestó a la imposición de Carlos Riva Palacio en el Estado de México, y chocaron fuertemente Valenzuela y Calles, y Valenzuela presentó su renuncia. Yo apoyé a Riva Palacio, que pertenecía a la Alianza, miembro muy distinguido y nuestro principal lleva y trae con el general Calles. La tal campaña en el Estado de México se desarrolló a balazo limpio, pistola, rifle, ametralladoras, puñales; el primer encuentro fue en Zumpango, en el Estado de México, entre los partidarios del coronel y diputado Montes de Oca (alias el Hermano Meco) y Carlos Riva Palacio, quien en sí no tenía más fuerza que la que le prestábamos en el todavía Bloque Socialista Parlamentario que encabezaba yo y el fuerte, decidido y descarado apoyo del general Calles. Le apoyaba también el gobernador del estado y el jefe de la política en ese tiempo, del mismo estado, coronel Filiberto Gómez. Claro que estos grupos eran muy fuertes, pero Montes de Oca tenía mucho prestigio auténtico, verdadero y popular, pues había actuado mucho en la política del Estado de México y también con las armas en la mano. Fue Montes de Oca, el Hermano Meco, quien cuando la asonada delahuertista, batió, hizo prisionero y fusiló al llamado general

Pimienta, que fue quien personalmente asesinó al vicepresidente, licenciado don José María Pino Suárez por órdenes de Huerta y de Blanquet; además, estaba todavía la Revolución latente y había mucha gente de acción, de convicciones y de pelea que no aceptaba consignas. En este agarre a balazos, puñaladas y machetazos en Zumpango, se distinguió por parte de Riva Palacio, el hoy coronel, de grado nunca comprobado y campañas militares nunca verificadas, Armando Arroyo, quien con un grupo muy bien armado se echó encima de los partidarios del Hermano Meco, que también al frente de los suyos, repelió el ataque en la misma forma. Luego de levantar del campo muertos, heridos, golpeados, etcétera, nos fue servido un suculento banquete costeado por Arroyo y por un hermano suyo que era muy rico (pulquero) de la región. Después vino el encuentro en Toluca, y digo encuentro porque no eran manifestaciones. Por un lado íbamos con Riva Palacio sus amigos y partidarios y de otro lado, hacia nuestro encuentro, venían el diputado, coronel David Montes de Oca (el Hermano Meco) y los suyos. Este encuentro fue más sangriento que el de Zumpango. Ahí el coronel, ese sí efectivo y de campañas, aunque casi analfabeto, Margarito Gómez, hermano del gobernador del estado, don Abundio Gómez, y del coronel Filiberto Gómez a quien le llamábamos el Pelón y que era el verdadero jefe de la política del Estado de México, mató de un pistoletazo contundente en la cabeza a uno de los líderes de Montes de Oca. Debo decir que Montes de Oca, lo mismo que Riva Palacio y los Gómez, pertenecían al Bloque Socialista Parlamentario que yo presidía. Después de esto y verificadas las elecciones en las que Montes de Oca tuvo mayoría aunque no aparentemente legal, el general Calles le ordenó a Valenzuela, su ministro de Gobernación, que reconociera como gobernador a Riva Palacio, a lo que Valenzuela se negó, presentó su renuncia y lo mandaron como embajador a Londres. Allá permaneció Valenzuela varios años hasta que lo llamó Calles después de la muerte de Obregón, vino creyendo que iba a ser el presidente provisional. Cuando se dio cuenta de que no iba a ser más que ministro de Gobernación no aceptó, por más que el general Calles le rogó mucho, pues eran viejos amigos y cofirmantes del Plan de Agua Prieta con el que se desconoció a Carranza. Entonces los escobaristas, que así les llamaremos en adelante a los disidentes del 29, designaron candidato a la presidencia de la República al licenciado Valenzuela, quien aceptó, y para entonces ya Calles era presidente provisional del PNR y Portes Gil presidente provisional de la República. Los miembros del comité del PNR y líderes de la Cámara emprendimos viaje en el tren *Olivo*, o sea, el presidencial. El viaje era de propaganda muy mal disimulada en favor de Aarón Sáenz, pero no de propaganda en las plazas públicas ni en las calles, sino viendo gobernadores y comandantes militares. Comenzamos en San Luis Potosí donde yo jugaba un papel decisivo; llegamos a

la capital del estado y ahí nos recibieron los generales Cedillo y Carrera Torres; nos trasladamos a la hacienda de Palomas, propiedad de Cedillo, donde éste había hecho una concentración de unos siete mil hombres armados y montados. Sáenz desde que nos encontramos en San Luis Potosí me saludó muy fríamente. Yo se lo comuniqué a León, y le dije: "Con este cabrón vamos a perder ganando". León me contestó: "No nos vamos a dejar, Gonzalo". Continuamos a Palomas en donde a petición de la gente armada de Cedillo, por aclamación, encabecé el desfile montado en un caballo prieto que me proporcionó el general Ildefonso Turrubiartes, segundo de Cedillo en lo relativo a las armas, hombre que hasta la fecha vive y fue después gobernador del estado, aunque no sabe ni leer ni escribir.

Encabecé el desfile, como dije, en medio del entusiasmo de todos los políticos que iban de México y de la "raza" campesina de San Luis Potosí, entre la que yo era tan popular. Todos, inclusive Calles, me aplaudieron mucho cuando di la primer coleada a un toro, menos el licenciado Sáenz, quien me dirigió algunas "chungas" a las que por el momento no contesté, pues era el casi candidato presidencial y de hecho de nuestro Partido, aun cuando faltaba la convención, y le dije a Cedillo: "Este Sáenz está muy ligado a la reacción de Monterrey, es absolutamente incondicional del general Calles y no ve con buenos ojos a los sombrerudos como usted o a los hombres de acción como yo". "Bueno —me dijo el general Cedillo—, ya nos echamos el compromiso de sostenerlo, pero si no nos cumple, con las mismas armas que lo vamos a llevar al poder con esas mismas armas lo vamos a tumbar". Seguimos la marcha en el tren *Olivo* a Tampico, en donde Calles tenía citado al general Escobar, que estaba en Torreón. Debo decir que como segundo del "convoy" político, iba el presidente de la República, licenciado Emilio Portes Gil, quien había renunciado a la gubernatura del estado de Tamaulipas.

Un presidente sin silla

Antes de continuar con este relato, quisiera hacer un paréntesis.

A los pocos días de haber protestado el licenciado Emilio Portes Gil como presidente interino de la República, un día el ingeniero Luis León me visitó en mi casa de la calle de Chiapas número 77, colonia Roma.

Yo vivía en esa casa, que tenía rentada, con mis ayudantes y asistentes armados hasta los dientes pues la situación, después de la muerte de Toral en la capital, era muy peligrosa, especialmente para mí que habiendo sido el iniciador de la reforma constitucional a los Artículos 81-83 para que el señor general Obregón pudiera volver a la presidencia de la República, que había encabezado al Bloque Obregonista

de la Cámara de Diputados a San Angel (hoy Villa Obregón), para hacer presión al jurado de León Toral y socios para que ese jurado que pretendía salvar a Toral lo sentenciara a muerte, sentencia que logramos. Ya era yo nuevamente, después de las vicisitudes y distanciamiento con el general Calles, jefe de las mayorías en las dos Cámaras y el ingeniero Luis León, que acababa de dejar el gobierno de Chihuahua, estaba como Pérez Treviño y como yo, colaborando con el general Calles para la formación del PNR y se veía constantemente conmigo, más bien dicho, casi vivíamos juntos; nos separábamos sólo cuando él se iba al Partido o yo me iba a librar las batallas en las luchas parlamentarias contra Soto y Gama y el grupo valenzuelista, que encabezaba el diputado Ricardo Topete.

Un día llegó Luis León, y me dijo: "Traigo un recado del Manchado para ti (al presidente de la República, licenciado Portes Gil, así le llamábamos sus íntimos por las manchas de pólvora que con un 30-30 le pegó en el bosque de Chapultepec un coronel Aguirre, de los del general don Luis Caballero, en un encuentro que sostuvo en Chapultepec con el general César López de Lara después de haberse desafiado a un encuentro a balazos. Lo sostuvieron Caballero y sus ayudantes con López de Lara y los suyos. Portes Gil, que acompañaba a López de Lara, cayó herido a boca de jarro y el balazo le dejó esa mancha azul para toda la vida en la cara. Del lado de mi general Caballero murió el coronel Aguirre). Pues bien, Luis León me dio el recado que me traía de Portes Gil, y era el siguiente: "Dile a Gonzalo que soy presidente de la República, que dejé el gobierno del estado de Tamaulipas, me hice cargo del ministerio de Gobernación por nombramiento que me hizo el presidente Calles y luego él y ustedes me trajeron aquí a la presidencia de la República, pero no tengo un centavo". León le dijo: "Bueno, pero el presidente de la República tiene partidas globales y gastos de representación, además de su sueldo". "Lo de las partidas globales lo suprimió todo el cabrón maricón de Montes de Oca" (se refería al ministro de Hacienda, que era enemigo acérrimo no tan solo de Portes Gil, sino de todos los revolucionarios; especialmente tenía tirria contra los diputados, y que se le había colado al general Calles, a quien después traicionó.

Este tal Montes de Oca era un tepocate casi enano y, efectivamente, maricón de fama pública, y cuando en las Cámaras nos ponía dificultades para nuestros presupuestos, le echábamos de "influyentazo" a un diputado H. Sánchez Curiel, a quien yo descaradamente le decía: "Chicho (diminutivo de Narciso, porque Narciso Grande le decíamos al entonces diputado Ezequiel Padilla, quien llegó a ministro de Relaciones en tiempos del general Avila Camacho y candidato a la presidencia de la República contra el licenciado Alemán con sólo la aclaración de que Ezequiel Padilla nunca fue maricón, sino enamorado de su figura y el otro, el tal Chicho o Narciso segundo, como también le de-

cíamos, era más creído que Padilla, usaba un carro elegantísimo, abierto, guantes y lucía su figura todos los días por Madero, el Zócalo y Cinco de Mayo, que era el paseo de moda en aquellos tiempos. Pues bien, le echamos el "influyentazo" a Montes de Oca, o sea, este diputado que tenía fama de ser el amante del ministro de Hacienda), vete a ver a tu novia y si no firma este papel de nuestros presupuestos, te arranco los dientes". El se reía y me decía: "No tengas cuidado, jefe", e invariablemente regresaba con el presupuesto relativo a las Cámaras, firmado por Montes de Oca. Y le dijo Portes Gil a Luis León: "Las partidas globales de la presidencia las suprimió Montes de Oca, porque tú sabes que nos odia a todos los revolucionarios y los gastos de la presidencia de la República, de Palacio Nacional y de Chapultepec, que debe recibir el intendente de esas relaciones, lo recoge íntegro directamente Tencha Torreblanca". Se refería Portes Gil a la muy respetable dama doña Hortensia Elías Calles de Torreblanca, esposa de mi distinguido amigo Fernando Torreblanca, e hija del general Plutarco Elías Calles. Y Luis León continuó: "Hay que ayudar al Manchado", y le dije yo: "¿Cuánto necesita?" Me contestó: "Yo creo que para que salga airoso los catorce meses que va a estar en la presidencia y con la rebelión del ejército en puerta, lo menos que necesita para guardar su decoro es un millón de pesos".

Y yo le dije: "Pues va a tener millón y medio, y muy pronto". Me arranqué para la Cámara, mandé localizar al Chicho, lo arrinconé en el Salón Verde, y le dije: "Mira, cabrón, ahora nos vamos tú y yo a ver al puto de Montes de Oca, y nos va a firmar estas partidas distribuidas en varios renglones para la Cámara de Diputados, que yo sólo sé para qué es este dinero, pero que le vamos a decir a Montes de Oca, como es la verdad, que no es para dilapidarlo ni yo ni los diputados, sino para gastos indispensables en defensa del gobierno frente a la rebelión que ya se aproxima". No puso ningún reparo Sánchez Curiel y me acompañó en el asiento de atrás de mi carro, que manejaba un chofer que se llamaba Lolo Lavanzat (José Dolores) y un ayudante, el capitán Ernesto López, un par de verdaderos bravos originarios de Matamoros, Tamaulipas, y eso todo México lo sabía. Entramos en la Secretaría de Hacienda y cuando salió al paso algún ayudante de los de Montes de Oca, ya que todos me conocían, los aparté con la mano, luego agarré a Sánchez Curiel de la solapa y le dije: "Adentro, Chicho, a secundar mi labor." Montes de Oca se paró mostrando mucha amabilidad, como siempre que me recibía y, la verdad, personalmente nunca tuvimos choque alguno (parece que me tenía miedo), y le dije: "Señor ministro de Hacienda, estoy sosteniendo una lucha a muerte en las Cámaras, sobre todo en la de diputados, contra Topete, sonoristas, escobaristas y valenzuelistas, ya que muy pronto se van a rebelar. Las Cámaras tienen mucha gente de armas tomar, pues esta lucha no la estamos lle-

vando solamente con discursos, sino en el terreno de la violencia que es a donde nos han convocado, y necesito me firme usted estas partidas" (que iban debidamente legalizadas por el tesorero, el oficial mayor, el diputado David Montes de Oca, alias el Hermano Meco, y el diputado Ernesto Prieto, alias el Valecuate, que eran los miembros de la Comisión de Administración). Llamó inmediatamente al contralor de la nación (que también era puto y se llamaba Freisinier Morín), porque él debía firmar también esa clase de gastos. Este Freisinier Morín siempre que se veía conmigo me abrazaba en forma sospechosa, pero de ahí no pasó, lo que sí estoy seguro es que me temía más que a Lucifer. Como Freisinier Morín era el espía del general Calles para saber cómo se manejaban los dineros de Hacienda, yo me encargué de tenerlo siempre atemorizado para que no cantara. En pocas palabras, le explicó Montes de Oca al tal Freisinier Morín lo que llevábamos y los documentos ya listos para que los dos los firmaran, y se me entregara el dinero.

Freisinier Morín además de contralor general de la nación, como dije anteriormente, era espía, pues vigilaba al ministro de Hacienda, a cuyo "gremio" pertenecía, y después de que Montes de Oca le explicó el asunto, dijo: "Bueno, no hay ningún inconveniente, sólo consultar al general Calles". Le dije: "Aquí no hay que consultar nada, somos las Cámaras y cartucheras al cañón; fírmele usted, Montes de Oca, y usted vaya a entregarme el dinero o a entregarme el pescuezo". Para esto, mis dos ayudantes, que me oyeron hablar fuerte, abrieron la puerta con las manos en las pistolas. Entonces Sánchez Curiel, dirigiéndose a Montes de Oca le dijo: "El diputado Santos tiene razón, los momentos son angustiosos, los policías, disfrazados de civiles, van armados de pistolas 45 en gran número a las galerías de las Cámaras a hacer porras en favor de los valenzuelistas y el jefe de la policía del Distrito Federal, general Antonio Ríos Zertuche, también manda oficialidad disfrazada de paisanos y nosotros tenemos que estar ahí jugándonos la vida, y solamente podemos sostener nuestras porras y grupos de choque con dinero de la Cámara de Diputados". En ese entonces la Cámara de Senadores no tenía tesorero sino un modesto pagador que dependía de la Cámara de Diputados, y que yo después elevé al rango de tesorero, y le hice una tesorería aparte (por cierto, el primer tesorero que puse fue el muchacho pagador que había en el Senado). "Sí, señor —repitió Sánchez Curiel, siempre dirigiéndose a Montes de Oca—, el dinero lo necesitamos y luego luego". "Bien —dijo Montes de Oca, dirigiéndose a Freisinier Morín—, baja con mi gran amigo Gonzalo, y entrégale ese dinero". Como Freisinier Morín y sus empleados tardaron con las talegas del "orégano" yo me excité desconfiando que me jugaran una mala pasada y con mis dos ayudantes me metí al despacho de Freisinier Morín, pistola en mano y seguido de mis dos bravos ayudantes; Freisinier se

paró de su asiento muy pálido y me dijo: "¿Por qué, mi gran jefe Gonzalo, trae la pistola en la mano?" Yo le contesté: "Porque no sé disparar con los pies; apure a sus 'infrabsusirimiques' (quiere decir cuistres) para que me entreguen la lana más pronto que 'el aire'". "Sí, mi querido jefe —dijo Freisinier Morín—, pero enfunde esa pistola porque con verla en su mano me puede pegar un ataque al corazón, y no me da tiempo de entregarle el dinero para la Cámara".

"Cuenten una 'talega' (bolsa de dinero) —le dije a mis ayudantes— y con ésa nos basta para contar todas las demás". Lo cual ejecutamos abajo, en la Tesorería General de la Nación, pues el contralor se trasladó personalmente a ordenarle al tesorero que se me entregara el dinero en oro. Se nos entregó, pero no pudimos Sánchez Curiel y yo solos con él, sino que bajaron mis asistentes a ayudarnos a acarrearlo a mi carro y no al de Sánchez Curiel. Pasé a despedirme muy rápidamente de Montes de Oca, siempre acompañado de mis ayudantes y del diputado Sánchez Curiel. Al despedirme, le dije: "El que es gavilán no chilla; no se raje". Una vez que tuve yo todo este dinero en la tesorería de la Cámara de Diputados A MI DISPOSICIÓN, llamé al oficial mayor de la Cámara, señor don Fernando Romero, persona que servía en la Cámara de Diputados desde tiempos del señor Madero, y que lo había llevado don Gustavo Madero, y yo lo ascendí a oficial mayor desde antes de formar la Alianza, cuando era yo jefe del Bloque Socialista de la Cámara de Diputados y llamé al tesorero que había traído de Tampico para que ocupara ese puesto y que también era mi fiel e incondicional amigo, señor Eduardo San Pedro. Les pedí que hicieran el papeleo respectivo, y justificaran esos gastos. Después le hablé a Luis León, y le dije: "Trasládate más pronto que el aire a mi casa", lo cual hizo León de inmediato. Cuando llegó, me dijo: "Me habló el Manchado hace un rato y me pidió que te dijera que ya no era necesario lo del dinero, que ya el general Calles le había hablado diciéndole que tenía arreglado esto con Montes de Oca, que no hiciéramos nada". Le dije: "Pues ya no haremos nada" (pero el dinero ya se había chingado).

Lo que sucedió es que Montes de Oca y Freisinier Morín se comunicaron con el general Calles y le dijeron lo que había pasado. El general Calles creyó quedar bien y tener agradecido a Portes Gil, y no que nosotros legalmente le diéramos al presidente de la República modos de vivir decorosamente, pero ya era tarde y el general Calles jamás me habló de este incidente, lo que quiere decir que ni Montes de Oca ni Freisinier Morín se rajaron con el viejo, y si lo hicieron el viejo Calles se mordió un huevo, pues él no era ni presidente, ni ministro ni nada oficial, y además tenía enfrente la rebelión militar muy próxima y los cristeros levantados en armas contra su futuro maximato, y no iba a romper con la Cámara de Diputados porque esto pasaría si ejercía presión, en este caso, contra su soberanía.

Ese mismo día nos entrevistamos León y yo con Portes Gil y éste me explicó que el general Calles se había extrañado de que no le dieran los gastos de representación en la Secretaría de Hacienda al presidente de la República y que sabía de un decreto de la Cámara para dárselos, pero que esto no era necesario, que ya él tenía todo perfectamente arreglado para que Portes Gil no careciera de nada. Yo le contesté al presidente Portes Gil: "Pues el general Calles habrá arreglado que no carezcas de nada, pero yo ya arreglé que nosotros (me refería a la Cámara de Diputados) tampoco carezcamos de lo que necesitamos, para que no nos esté manejando a su antojo Montes de Oca ni cualquier otro pendejo". Portes Gil dijo: "Bueno, pues la Cámara tiene derecho de hacer uso de su soberanía". Nos despedimos de Portes Gil, León y yo. León salió brincando, frotándose las manos y gritando como en sus tiempos de torero, cuando les pagaban la papeleta de la plaza de toros pueblerina: "Cuadrilla, ya hay caldo en las fondas, que mañana se come caliente". Ese mismo día nos entrevistamos con Pérez Treviño a quien enteramos de nuestra plática con el presidente Portes Gil, y le dije yo: "Tencha Torreblanca se seguirá llevando los gastos de Palacio Nacional, pero ya el Manchado tiene forraje suficiente para no andar pidiendo una limosnita por el amor de Dios en vísperas de rebelión".

El Chapeado, que así le decíamos al general Pérez Treviño, se puso rojo, como reaccionaba siempre en los casos fuertes y se moría de risa. "Bueno —le dije—, hoy en la tarde te traigo cien mil pesos, para que tengas con qué mover el partido que estamos formando, pues de allá de Anzures (la residencia del general Calles) no nos van a dar nada, todo está inclinado para que Aarón Sáenz llegue a la presidencia de la República, y no nos van a dar elementos para que no les estorbemos, van a tenernos a base de pan y agua". A Luis León le di cincuenta mil pesos para sus bohemios gastos, y de lo demás yo fui disponiendo para aumentar y afianzar la mayoría en las Cámaras, "socorrer las porras", para mis no muy cristianos placeres y dejé un fondo a mi disposición, todo lo demás para organizar, llevar a cabo y ganar la convención en Querétaro, pero estoy hablando de pesos amarillos, es decir, de "orégano del Parral" como decíamos en la Revolución, porque en Parral había minas de oro. Lo de mis no muy cristianos placeres era porque después de cada sesión borrascosa al otro día o antes en la noche, nos íbamos a mi casa de la calle de Chiapas a donde convergían el general Miguel M. Acosta, Luis León, el diputado Melchor Ortega, que para entonces era mi segundo en la Cámara y un grupo de selectas mujeres casi todas nacionales, el general Jesús M. Aguirre, quien luego traicionó levantándose en Veracruz y el traidor entre los traidores Juan Andrew Almazán, que era saencista. No gastábamos champaña nunca, pero siempre coñac del mejor de aquella época, *Martell* extra o *Henessy* extra según el gusto del "cliente", y el que acostumbrábamos

está con sus tropas frente a las de Escobar; Almazán en Monterrey y Escobar en Torreón?" El general Calles dijo: "Sí, decididamente desde la compra-venta del gobierno de Puebla, operación de la que tú fuiste albacea, Almazán no se nos volteará". Yo dije: "Pero se la pasa en México, y las tropas en Monterrey están solas", y el general Calles siguió diciendo: "Este movimiento se ha aplazado y no estallará sino hasta después de la Convención en la que se nombrará candidato a la presidencia de la República a Aarón Sáenz".

Escobar regresó a Torreón y nosotros a México, con la estaca de Aarón Sáenz como nuestro candidato. En la Cámara se seguían sucediendo sesiones muy tormentosas, muy escandalosas y que siempre terminaban a tiros, encabezadas por los agitadores Manrique y Soto y Gama; pero el de la acción era Manrique; como un loco furioso atacaba a Amaro, a quien ninguno de nosotros defendía, y atacaba al general Calles sin mencionarlo, por lo que nuestras contestaciones también eran indirectas. A Manrique y a Soto y Gama les prestaba "valor" el hecho de que el jefe de la Policía Federal, general Antonio Ríos Zertuche, estaba comprometido con Escobar para levantarse en armas, lo que quería decir que los apoyaba el general Antonio Ríos Zertuche, teniendo en estas sesiones un fuerte núcleo de policías vestidos de paisano a los que se enfrentaban siempre victoriosos mis gargaleotes. Un buen día, cuando ya varios habían proclamado a Valenzuela como su candidato, y que habían formado un grupo bastante numeroso de diputados, sin acercarse en número a nuestra mayoría, teniendo las Cámaras pletóricas de policías muy bien armados, disfrazados de paisanos, empezó a gritar Manrique secundado por su grupo: "¡Viva Valenzuela, viva Valenzuela, viva Valenzuela!", y parado dirigiéndose hacia mí, me dijo: "¿Y vosotros a quién le lanzáis vivas?, ¿quién es vuestro candidato?" El quería que yo le contestara: "Viva Sáenz", pero, primero, no me nacía y, segundo, hubiera sido una pifia, pues nadie sentía entusiasmo por Sáenz. Saencistas auténticos sólo eran los miembros de las diputaciones de Tabasco y de Jalisco, que eran chicas (el senador Juan de Dios Robledo y nadie más), pero ninguno se enfrentaba y yo que era el jefe de la mayoría, para agarrarme con Manrique a vivas y mueras y todas las consecuencias, le contesté con voz muy fuerte, de esas que se usaban antes de que existieran los micrófonos: "¡VIVA EL TAPADO. NUESTRO GALLO ES TAPADO!". Risas generales, inclusive de Manrique que se aplacó. Yo le grité esto a Manrique, porque en las peleas de gallos el TAPADO no se tiene que sacar, ni pesar, ni enseñar, hasta el momento en que el dueño del gallo lo desee. Aquello nos sacó de un gran apuro, pues si le contestamos a los vivas de Valenzuela a Manrique y su grupo con un viva Sáenz, aquello hubiera sido la dispersión. Y desde entonces, este término gallístico quedó incorporado al léxico de la política mexicana. Después de que proclamé el debate en la Cámara, entre los

muchos comentarios al incidente, apareció un artículo del licenciado Nemesio García Naranjo, que era hombre que se las sabía todas, explicando detalladamente el significado de mi grito. En la actualidad, los políticos del día, como decimos los rancheros, han oído cantar al gallo y no saben por dónde.

Al día siguiente hablé con León, y me dijo: "Vamos a ver al Manchado". No tuvimos que contarle nada, pues él se dio cuenta de todo lo sucedido en la Cámara, y me dijo: "Qué bien estuvo tu contestación a Manrique". Empezó hablando Luis León, y dijo: "Ayer hubo un banquete de las fuerzas industriales de Monterrey, y desconocieron el artículo 123 de la Constitución que protege a los trabajadores, el invitado de honor fue el licenciado Aarón Sáenz, nuestro precandidato, y no se dignó despegar los labios en defensa de nuestros principios, ni de la clase obrera ni de la Constitución, es decir, aprobó con su silencio lo que los reaccionarios de la industria regiomontana expresaron contra el movimiento revolucionario ideológico". Entonces Portes Gil nos dijo muy serio: "Ya somos mayores de edad, reúnanse con Marte Gómez; voy a llamar a Riva Palacio, que aunque es el favorito del general Calles no puede ver a Aarón Sáenz; Riva Palacio tiene ligas con los laboristas, que tampoco van a postular a Sáenz. De esa junta que tengan ustedes, me dan cuenta a mí, para que después todos unidos obremos en consecuencia". A todo esto los laboristas, más bien dicho Morones, que era el único que singificaba de los que quedaban, se prestaría gustoso a ayudarnos, pues Portes Gil era enemigo de todos ellos más que de Valenzuela, pues Morones, para nosotros, fue pieza clave en el asesinato del general Obregón.

Nos reunimos León y yo; casi no nos separábamos ni de día ni de noche pues en el día combatíamos en aquella brava política, y de noche planeábamos, juergueábamos, bebíamos y hacíamos uno que otro escándalo en los camerinos del teatro Iris. León y yo solos en la casa que yo habitaba, ya dije que éramos divorciados los dos. Acordamos que el general Calles permitiera que hubiera otro precandidato, y decirle que nos dejara cierta libertad, que no nos dejara con el puro Aarón Sáenz. "Sí —me dijo otra vez—, hay que ir a ver al Manchado". Así lo hicimos los dos, pero nos encontramos con otro invitado, no precisamente de piedra, sino de grandes y retorcidos bigotes hacia arriba. Carlos Riva Palacio, la Concha, el favorito de Calles y gran amigo y compañero nuestro desde la primera campaña política de Obregón, en 1920. Habló Portes Gil, y dijo: "Le acabo de contar al general Calles lo que está pasando entre nosotros". Se refería al banquete que los industriales de Monterrey dieran a Aarón Sáenz. Le dije a Portes Gil: "Que el general nos dé su anuencia para buscar otro precandidato que juegue en la convención en competencia con Sáenz, y que todos unidos apoyemos al que salga triunfante". Volteando hacia mí Riva Pala-

cio me echó el brazo en la espalda, y me dijo en voz muy queda: "Vamos reuniéndonos mañana". "Sí —dijo Portes Gil—, pero no aquí (estábamos en Palacio Nacional); pónganse en contacto con Marte Gómez y pónganse de acuerdo, Marte llevará mi voto para cualquier decisión que ustedes tomen, no conviene que yo esté presente; pero —repitió Portes Gil en forma pausada y afectada—: Ya somos mayores de edad."

Al día siguiente nos reunimos en la casa del diputado Angel Castillo Lanz, diputado por Campeche, y su domicilio estaba precisamente en la calle del mismo nombre en la colonia Roma (después Castillo Lanz fue gobernador de su estado). Nos reunimos el propietario de la casa, nuestro compañero del Bloque Obregonista de la Cámara de Diputados, el ingeniero Marte Gómez, que ya había dejado la Cámara y era ministro de Agricultura y Fomento en el gobierno de su compadre Portes Gil, Carlos Riva Palacio, que era gobernador del Estado de México, el diputado Melchor Ortega, el ingeniero Luis L. León y yo. La junta la presidió Marte R. Gómez por su categoría de ministro, y porque ya el presidente Portes Gil nos había dicho el día anterior que Marte llevaba su voto, lo que quería decir su representación y seguramente sus instrucciones, pues dio la coincidencia de que empezó Marte diciendo las mismas palabras textuales con que nos despidió el día anterior el presidente Portes Gil: "Ya somos mayores de edad", y siguió exponiendo que había desorientación en nuestro grupo, y todo por lo de la comida que las fuerzas económicas más grandes de Monterrey le habían dado a Aarón Sáenz, aderezando el banquete con discursos en que condenaban al Artículo 123 de la Constitución, ante la actitud pasiva de Aarón Sáenz, autorizando con su presencia y con su silencio las palabras de los reaccionarios de Nuevo León. Nosotros estábamos en la obligación de examinar cuidadosamente la situación, antes de seguir adelante con la precandidatura de él.

Habló luego Carlos Riva Palacio, y dijo: "Mi tío Aarón (así le decía de burla porque Riva Palacio estaba casado con una sobrina política de Aarón Sáenz) metió las cuatro patas, y descubrió, a muy buen tiempo para la Revolución, que si llega a la presidencia de la República se entregará en brazos de la reacción nacional y, por tanto, debemos pensar en algún otro elemento, como lo han propuesto los compañeros Luis L. León y Gonzalo N. Santos, expresando sus inquietudes desde ayer, y creo que el elegido deberá ser un elemento bien probado de la Revolución, que nunca haya titubeado, y que sea una garantía para la Revolución y para el partido que acaba de nacer, así como para que los hombres que hemos luchado sintamos confianza, lo que descubrimos que no sentimos con el licenciado Sáenz" (ya no le dijo mi tío Aarón). Habló entonces el diputado Melchor Ortega por el mismo tenor, sólo que muy brevemente y con cautela, pero mostrando las mismas inquietudes que nosotros.

Me tocó hablar a mí y más o menos dije lo que mis compañeros ya habían expresado, y agregué: "Aarón Sáenz ya desde ahora se siente presidente de la República, y a los que tenemos grupos que nos respaldan y la confianza de fuertes grupos revolucionarios, ya nos ve con prevención y cierto desdén. Vamos a tener una lucha armada muy fuerte, pues cuando menos la mitad del Ejército está comprometido a levantarse en armas tan luego el Partido lance candidato para presidente de la República, bien sea Aarón Sáenz o cualquier otro. El núcleo de militares conspiradores está esperando la Convención del Partido, para usar de pretexto lo que ahí acordemos y levantarse en armas. Y yo, amigos y compañeros, les digo desde ahora con toda franqueza que al grito de viva Aarón Sáenz no derramaré ni una gota de sangre del dedo meñique de mi mano izquierda".

Se rieron todos, brincó de su asiento Luis L. León, moviendo cuerpo y brazos nerviosamente, y dijo riéndose: "Yo al grito de viva Aarón Sáenz no me dejaré cortar un callo de la planta del pie". Más risas, y se rompió la formalidad, nos franqueamos (no, mejor, nos descaramos) en la conspiración.

Y le dije a Carlos Riva Palacio: "Tú nos pintaste un hombre que garantizará los principios de la Revolución, la vida del partido que acabamos de formar y los justos derechos revolucionarios de los que lo formamos, así como al actual gobierno provisional; ¿quién es ese hombre?, don Pascual Ortiz Rubio, exgobernador de Michoacán, exministro de Comunicaciones, obregonista claro y que salió del gabinete por intrigas de De la Huerta", aunque yo sabía que también por influencia de Calles, que lo veía como rival. Primero a Ortiz Rubio lo habían mandado de embajador a Alemania, después a Brasil, en donde a la sazón se encontraba. Y le dije a Riva Palacio: "Don Pascual fue íntimo amigo de mi hermano Pedro Antonio y lo es de mi hermano Samuel, perteneció al grupo de diputados renovadores maderistas que encabezaban don Gustavo A. Madero, don Luis Cabrera y Pedro Antonio Santos; lo conozco, pero lo he tratado muy poco, y estas cosas no se hacen por herencias sentimentales. ¿Qué clase de hombre es Ortiz Rubio?", le pregunté a Riva Palacio, y me contestó en presencia del representante del presidente de la República y delante de los demás que he mencionado: "Mira, hijo de la chingada —así nos tratábamos—, es tan hombre como Obregón y como Calles". "¿Tú respondes?", le pregunté, y me contestó: "Yo respondo; chingo a mi madre si no nos cumple". "Bueno —le dije—, tumbando y herrando; vamos a organizar nuestro grupo, y a trasladarnos a ver al general Calles para proponerle que nos deje lanzar otro precandidato dentro del Partido, si me pregunta quién es éste, le voy a decir claramente que es el ingeniero y general Pascual Ortiz Rubio, que viene en camino a recibir el ministerio de Gobernación". Los compañeros acordaron que fuera uno solo a en-

trevistar al general Calles, pues si iba el grupo se hubiera visto como que lo queríamos presionar, aunque eso sí, el que fuera lo hiciera con mucho tacto para no lastimarlo. Me designaron a mí y les dije: "Agradezco el honor que me hacen, pero antes de aceptar esta comisión necesito hablar con el general Pérez Treviño, pues él es el jefe del Partido, ya que el general Calles se retiró".

Fui a ver a Pérez Treviño y no necesité contarle nada pues estaba en el ajo. Ya todos de acuerdo me fui a ver al general Calles, que estaba en su rancho Santa Bárbara, en Texcoco.

Encontré al viejo muy tranquilo y aunque ya había renunciado a la presidencia del Partido y lo había sustituido Pérez Treviño, todos lo seguíamos viendo como jefe y apoyo principal de la Revolución. No le hablé al general de ninguna junta, pues él tenía que saberlo a esas horas, porque Carlos Riva Palacio seguramente se lo había informado. Le empecé a decir: "General, en el viaje que hicimos a San Luis Potosí, Palomas y Tampico en el tren *Olivo*, en el que íbamos acompañándolo el presidente provisional Portes Gil, Aarón Sáenz, Luis L. León, el diputado doctor Alejandro Cerizola, el diputado Melchor Ortega y yo; Aarón Sáenz nos trató con desdén, para ser más exactos —le dije— muy fríamente. Ni de ida ni de vuelta tuvo algún detalle de compañerismo con nosotros, pudimos apreciar que no era uno de los nuestros en toda la extensión de la palabra como nosotros queríamos que fuera, pero que eso era poco, ya que se trataba de intereses de la Revolución y lo que queríamos era que el abanderado que sería el próximo presidente de la República, fuera muy bien calado y buen compañero. Y queremos, mi general —le dije—, que deje usted en libertad a la convención para que surja otro precandidato— y dándole la suave al viejo le dije—: Por lo menos, mi general, en esta forma Aarón Sáenz nos hará más caso ya que sentirá necesidad de nuestro apoyo y tendrá tiempo para rectificar la actitud de tránsfuga de la Revolución que se creó en el banquete que le dieron los de Monterrey".

El viejo Calles, que me había escuchado con toda atención y tranquilidad, se enderezó en su asiento, levantó la cabeza y me miró fijamente. Luego dijo: "¿Y quién sería ese otro precandidato que hiciera el juego al partido?" Yo, desconfiando de que ya Riva Palacio le hubiera contado todo, le contesté, toda proporción guardada: "Mi general, yo estoy en las mismas condiciones que usted, preguntándole a mis amigos y compañeros sobre quién podría ser".

Calles pensó un poco y luego me dijo: "Pues realmente yo conforme a la ley no soy nada, ni presidente, ni ministro ni soy ya presidente del Partido, ni tengo funciones legales ningunas; pero tengo la responsabilidad de hacer todo, absolutamente todo, porque la Revolución siga adelante y no se provoque el caos, y los escobaristas, que traen de instrumento al licenciado Valenzuela, y los cristeros, acaben con la Revo-

lución. Formen su grupo y enfréntensele a Aarón Sáenz lealmente, pero eso sí, el que salga electo, será nuestro candidato a la presidencia y a ése llevaremos al triunfo". Y me dijo: "A nombre de quién vienes", a lo que contesté: "De una enorme mayoría de diputados y senadores, quienes cada uno por su lado, me pidieron que hablara con usted pidiéndole, pero sin ningún acuerdo en que me hayan comisionado para tratar esto a usted, sólo vengo a manifestarle lealmente los anhelos de la mayoría de nosotros y de nuestros amigos en el sentido de que haya juego entre dos precandidatos.

Le dije también al general Calles: "Quiero hacer saber a usted, mi general, que nos hemos reunido en grupos, diputados y senadores y algunos gobernadores, y precisamente, cuando preguntaba quién sería el que hiciera el juego al Partido frente a Aarón Sáenz, he oído algunas opiniones de revolucionarios caracterizados, que mencionan el nombre del ingeniero y general don Pascual Ortiz Rubio, que viene en camino para ocupar el ministerio de Gobernación.

"Bueno —me dijo—, falta que cuenten ustedes con la anuencia del ingeniero Ortiz Rubio, ¿se han comunicado con él en alguna forma?" "No, señor, hasta la fecha, pero ya nos comunicaremos". "No hay ningún inconveniente —me dijo el general Calles—, por el contrario, creo que será saludable el que haya dos precandidatos".

Amaro, ministro de Guerra y Marina, de quien estaba yo muy distanciado, me mandó llamar. Acudí a su cita, me recibió muy amablemente, y me dijo: "Ya estoy enterado por mi general Calles del movimiento de ustedes que traen en favor del ingeniero y general Ortiz Rubio; es un hombre muy valioso y cuenten con mi concurso en lo que yo les pueda servir, pues ese Aarón Sáenz es general entre los licenciados y licenciado entre los generales".

Después de mi plática con el general Calles me fui al Partido e informé a Luis L. León y Pérez Treviño el resultado de mi plática con el general Calles, y entonces me aventé a los campamentos de Guanajuato, donde le conté a Cedillo todo, pues no había hablado con él antes de esta trama. Lo aprobó todo, muerto de risa, y dijo: "Cómo le irá a caer esto a don Plutarco". "El no tiene más que comerla o derramarla —le dije— pues no es presidente ni ministro, ni gobernador, ni senador, ni diputado ni nada, es jefe nuestro porque lo seguimos reconociendo como tal, hasta el día y hora que nos convenga". "Bueno —me dijo—, tiene usted carta blanca, y con Tejeda cuente desde ahorita; yo voy a hablar con Lázaro Cárdenas (que ya era gobernador de Michoacán) y cuya diputación, la cardenista, que era más o menos la mitad, pues a los otros los controlaba Melchor Ortega, también pertenecía al Bloque Obregonista de la Cámara de Diputados, y siempre había estado con la Alianza. Yo era muy amigo de Cárdenas desde que éramos coroneles, pero no tenía lazos políticos muy estrechos con él, pues en honor a la verdad el que obró ahí fue Cedillo.

Eché un vuelo en un avión americano alquilado, con un aviador que no hablaba español, a Villahermosa; hablé con Tomás Garrido Canaval, mi querido y fraternal amigo y compañero de tantas luchas, y terminantemente se negó a secundarnos. Me dijo: "No, Gonzalo, tú tienes los huevos como un toro, y no eres hombre capaz de rajarte de un compromiso, yo tampoco, pero yo ya estoy comprometido con el licenciado Aarón Sáenz, y con él seguiré hasta el último momento". A Sáenz lo seguía también el gobernador de Guerrero, que era un indio muy antipático, llamado el general Adrián Castrejón, alias el Cacarizo, pero que a Guerrero lo tenía abandonado y no salía de los corrillos de las Cámaras intrigando por Sáenz. De entonces en adelante mis relaciones con Juan Andrew Almazán se enfriaron, pues era el comandante militar de Nuevo León y tenía muchas ligas y negocios con Aáron Sáenz y ya se sentía ministro de Guerra y Marina en el siguiente gobierno; no tan sólo nos enfriamos, sino que en dos o tres ocasiones casi llegamos a la pistola, pero él tenía la buena táctica en esos días de no usar armas en la cintura para no verse comprometido.

Así empezamos a preparar la convención, cada quien por su lado. Un día que me fue a visitar mi fraternal amigo Carlos F. Ozuna, cuñado de Aarón Sáenz, pero que nunca dejó de ser mi amigo ni de frecuentarme, a pesar de la división política, lo llamé y delante de él arranqué el retrato de Aarón que traía en el parabrisas de mi carro proclamándolo candidato. Lo arranqué y se lo entregué a Carlos Ozuna, a quien yo cariñosamente desde muy joven llamaba Félix. Le dije una expresión ranchero-gallística que usaba yo desde muy joven, cuando veía rodar muerto al gallo contrario al mío: "Te fuiste, padre Aureliano". Le dije: "Llévaselo a Aarón, y dile que ahí le devuelvo el anillo de compromiso, que en Querétaro nos veremos, y que ya no cuente para nada conmigo". Ozuna volvió ese mismo día con recado de Aarón, que quería hablar conmigo. "Dile que me trató muy despectivamente en San Luis —le dije— y que ya no tenemos nada que hablar". Vino Agustín Arroyo Ch., gobernador de Guanajuato, que era el saencista políticamente más capaz, activo e inteligente, muy amigo mío a pesar de las diferencias políticas internas en la Cámara, y me dijo: "Tú no te apartas de esta situación por ningún motivo, con nosotros tienes una situación privilegiada". Yo le dije: "Aarón Sáenz me ha recibido una sola vez en su casa y a cada cosa política que yo le traté se me resbaló. Después en San Luis me trató muy fríamente, es decir, en mi propia casa, en mis meros agostaderos y luego en Palomas, me dirigió algunas 'chungas' que yo pasé por alto dadas las circunstancias, pero ya no tengo nada que hablar con él". "¿Y quién es el candidato de ustedes?", me preguntó Arroyo. Todavía no lo tenemos, pero ya hay simpatías por el ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

Para esto, tres días antes, por cuenta y riesgo de mi peculio había man-

dado al teniente coronel Eduardo Hernández Cházaro (alias el Flaco Hernández), antiguo ayudante de Ortiz Rubio, cuando éste era gobernador de Michoacán y Hernández Cházaro capitán, y que a la sazón era teniente coronel del Estado Mayor Presidencial del general Plutarco Elías Calles, sin conocimiento del general Calles, de la misión que llevaba, sino de irse a curar. Se fue a ver a Ortiz Rubio, a decirle de parte nuestra, que no aceptara el ministerio de Gobernación porque quedaría incapacitado para la presidencia de la República. Mandé también a Fernando de la Garza, jefe del espionaje mexicano, de Obregón primero y de Calles después, en los Estados Unidos, y que desempeñaba el puesto de jefe de la Oficina de Migración en San Antonio, Texas, y quien tuvo que ver en la muerte de Lucio Blanco y era muy amigo de don Pascual, a que se trasladara también a Nueva York a ver al general Ortiz Rubio y que le dijera, también de parte nuestra, que por ningún motivo aceptara, que ya le estábamos "guisando" el pozole grandote el grupo dominante de la política; pero don Pascual, que había estado desterrado y jodido mucho tiempo, que venía de ministro ya nombrado, no se acababa de convencer con los primeros enviados que yo le mandaba, pues aunque él ya sabía para entonces de mi prestigio y fuerza política, nunca nos habíamos entrevistado en altas situaciones.

Le fui mandando enviados, escalonadamente, cada vez de más categoría hasta San Antonio, Texas. Mandé nada menos que al presidente municipal de la ciudad de México, Arturo de Saracho, excapitán del Estado Mayor Presidencial del general Obregón, obregonista-callista y que sin pertenecer al Partido Laborista lo había incrustado el general Calles para presidente municipal de la ciudad de México, claro que rodeado por puros regidores laboristas, pero a Saracho (el voluble), que era muy mi amigo y compañero de juergas, miembro del club *Sonora-Sinaloa* y ya muerto Obregón, muy allegado a Calles y que no podía ver a Aarón Sáenz, porque cuando Aarón era ministro de Relaciones, Saracho era embajador en La Habana y Sáenz lo hostilizó y lo calumnió mucho hasta en su calidad de hombre; Saracho fue con todo gusto a cumplir mi comisión y se encontró con don Pascual en San Antonio, Texas.

Cuando llegó el general Ortiz Rubio a México, lo primero que hizo fue trasladarse a Cuernavaca a ver al general Calles, y le habló de la situación en que venía y de los recados que en el camino había recibido de sus amigos. Calles le dijo: "Bueno, pues jueguen, el que pierda que se discipline y quede en el Gabinete, para que el Gabinete del nuevo gobierno quede bien reforzado". Entonces, al día siguiente me entrevisté con don Pascual Ortiz Rubio en la casa de un primo hermano de él en el Paseo de la Reforma, el doctor José Pérez Gil y Ortiz, que era diputado de la Comisión de Administración y favorecido mío, compañero del Hermano Meco en esa comisión, muy amigo de Baco y de Si-

leno, aunque con Birján nunca tuvo tratos; este Perejil recibió en su casa a su primo hermano y antiguo protegido, don Pascual Ortiz Rubio y a su nueva señora esposa, que por cierto era su sobrina y por lo cual le hicieron muy puercos, sucios e innobles ataques. Ahí, sirviéndonos las copas de coñac Pérez Gil y la señora Ortiz Rubio, platicamos largo y tendido don Pascual y yo; me dijo de su plática con don Plutarco, y le dije: "Usted es hombre de lucha y de pelea, yo lo conozco a usted mejor que usted a mí, porque yo como figura política soy nuevo y usted es de los meros tiempos de Madero y Pedro Antonio". Todo fue que le mentara yo a Pedro Antonio, me abrazó y se le rodaron las lágrimas, y dijo: "Aquí me he encontrado otro Pedro Antonio, nada más que aquél era un Danton de la Revolución Mexicana, y éste que tengo abrazado es un toro de las pampas". "Bueno —hablé con Pérez Gil y Ortiz y le dije—, cómo anda de jolás este señor", y me dijo: "No ha sacado su equipaje porque no tiene dinero". Saqué diez mil pesos oro en relucientes aztecas de veinte pesos, de cuño carrancista (de los llamados calendarios), y se los entregué al ingeniero Ortiz Rubio en su mano, diciéndole: "Tenga usted para sus primeros gastos". El, después de darme las gracias, se los pasó a Pérez Gil y le dijo: "Perejil (así le llamaba él), toma y adminístrame porque ya sabes que soy muy manirroto; empieza por sacar nuestros equipajes del express, y le regalas aquí a Gonzalo, un cuadro de pintura que traigo desde Alemania y representa una carga de caballería de Federico el Grande" (por cierto que el tal cuadro se lo robaron en el camino y no lo recibí, pero eso sí, ya presidente don Pascual, me regaló dos carros *Pierce Arrow*, lo más caro que existía en el mundo entonces: un dorado muy grande para mí, al que llamaba yo el *Tren Dorado* y el otro gris perla, *coupé* de la misma categoría y marca, que se lo regalé a mi esposa Leola con quien tenía yo apenas quince días de casado).

Antes de despedirme, me apartó el doctor Pérez Gil, y me dijo: "Tengo que hacerte una confidencia delicada: resulta que Pascual y Josefina (así se llamaba su sobrina) no están casados. Pascual no se ha divorciado de Pachita Aceves, que vive en Morelia, y por este lado lo pueden atacar mucho". "Estas son pocas dificultades para un hombre de carácter —le dije—, mañana mismo los casamos". Y entonces hablé del caso con don Pascual, quien se mostró dispuesto a realizar el acto; mandé llamar a un juez civil que se apellidaba Rosas y de cuyo nombre no me acuerdo, que se hablaba de tú conmigo, y que era como todos los empleados de aquella época; que había sido miembro del Partido Socialista de la República y que en la actualidad era seguidor del Bloque Obregonista y pertenecía a sus porras, razón por la que lo habíamos hecho juez civil. Rosas era alto, seco, un poco encorvado, siempre sonriente, el tipo del gran pícaro; le dije de qué se trataba, e inmediatamente se trasladó con el personal del juzgado civil, que estaba

en la calle de Insurgentes, a la casa del doctor Gil; ahí celebramos el acto, no me acuerdo si fui testigo o no de este casamiento encimado con el otro, pues no se había divorciado don Pascual. Con el tiempo, don Pascual tuvo suerte pues la señora (siendo él ya presidente) doña Pachita Aceves se mató en un accidente de automóvil y hasta por la iglesia se casó con doña Josefina.

Se organizaron los grupos saencistas y ortizrubistas y a don Pascual, que se alojaba en un cuchitril, aunque estaba en el Paseo de la Reforma, lo trasladamos a una muy bella casa en la avenida Veracruz, moderna en aquellos tiempos y muy elegante. Pagué un año por adelantado de renta, con todo y muebles, y ya se dejaba dirigir la campaña desde ahí con más decoro y prestancia, pues don Pascual venía muy desconectado de México, de los mexicanos y de los revolucionarios; tenía mucho tiempo en el extranjero y se lo había tragado aquel medio; ahí en esa casa pasaron muchos incidentes que después relataré.

Nos fuimos a la Convención de Querétaro, y acordamos Pérez Treviño, León y yo, que las delegaciones saencistas que nosotros habíamos cambiado a nuestro favor, continuaran llevando en la solapa del saco, el foto botón con el retrato del licenciado Aarón Sáenz para despistarlos, engañarlos y que no supieran los progresos que nosotros seguíamos haciendo, pues si descaradamente mostrábamos a la faz de la política nacional que ya teníamos completamente dominado a Aarón Sáenz, éste se retiraría y no iría a la Convención y nos dejaría solos, en ridículo y sin fuerza moral.

Los principales líderes de Aarón Sáenz en la Convención eran Agustín Arroyo Ch., gobernador de Guanajuato; el senador por Jalisco, Juan de Dios Robledo; José María Sánchez (alias Chachapa), general de brigada, diputado por Puebla y muy audaz; el indio Castrejón, general de brigada y gobernador de Guerrero, muy bruto y antipático, pero valiente; el licenciado Orzí, de origen porfirista y valido del general Obregón, a quien acompañaba cuando el atentado dinamitero de Chapultepec y al que no se le despegaba ni de día ni de noche, pero una vez muerto Obregón, no se le despegó; asimismo, al general Calles, sobre todo en el casino *Sonora-Sinaloa*. Los dos líderes jóvenes de más empuje en favor de Aarón Sáenz eran su cuñado, ingeniero Plutarco Elías Calles, junior, y el hermano de éste, Rodolfo Elías Calles; el primero con grandes ambiciones y mucha estupidez y Rodolfo muy altanero y muy ensoberbecido por ser el hijo predilecto del general Calles. A estos dos hijos del general Calles los "socabé" mucho en la Convención por haberlos bautizado con el apodo de los Tapiales, por altos, fuertes y brutos; este mote tuvo mucho éxito y rápidamente se propagó entre todos los convencionistas y las porras que asistíamos a Querétaro.

También como dije, el líder más serio que tenía Aarón era el licenciado Tomás Garrido Canaval, pero él se concretó a venir algunas veces a Méxi-

co a algunos banquetes íntimos y no asistió a la Convención, su diputación sí, por cierto. A uno de ellos, el diputado Fernández Manero, que después en tiempos de Avila Camacho fue jefe del Departamento de Salubridad y Asistencia y gobernador de Tabasco, le gané una apuesta de cinco mil pesos en la candidatura de don Pascual contra Aarón, apuesta que hicimos a la pura palabra, y de boca y andaba como queriéndose rajar al punto de que cuando se consumó el triunfo de Ortiz Rubio sobre Sáenz, me dijo: "No, falta la elección presidencial". "No —le dije—, la apuesta era sobre don Pascual Ortiz Rubio contra Aarón Sáenz; la otra, si quiere, la hacemos aparte". Me entregó los cinco mil pesos, me chocó la mano y me dijo: "No, la otra ya no se la hago porque la otra tengo que estar disciplinado con ustedes".

También se movía como ratón el diputado Jesús Vidales, que dizque representaba a la Villa de Guadalupe en el Distrito Federal. Este diputado Vidales, que después dijo ser del Venado, San Luis Potosí, ni es del Venado ni es de la Villa de Guadalupe, es nativo de Xilotepec, Estado de México, y tampoco se llama Vidales pues es hijo bastardo del finado doctor Argüelles, de Tampico.

Cuando el general Calles llegó al cenit de su decadencia y de su chochez, a este Vidales lo había dejado que se hiciera líder de la Cámara de Diputados, cuando yo ya no estaba en las Cámaras ni en el país, pues me encontraba de embajador en Bélgica. A esta clase de elementos le fue muy fácil al general Cárdenas darles una patada y borrarlos del mapa político pues eran basura.

La convención de Querétaro

Fuimos llegando a Querétaro las delegaciones; don Pascual, nuestro candidato, iba en un carro especial junto con Pérez Treviño, presidente del Partido, con Luis León, secretario general, conmigo, secretario del Distrito Federal en el Partido, líder de la Cámara de Diputados y jefe de las diputaciones y delegaciones de San Luis Potosí y del Distrito Federal ante la Convención, pues además era yo diputado por las dos entidades, por el distrito de San Luis Potosí y por el VIII distrito.

Iban también con don Pascual algunos ayudantes, encabezados por el Flaco Hernández Cházaro, que entonces ya era teniente coronel, muy intrigante y muy ignorante, que fue el principal elemento para distanciar a don Pascual de las Cámaras y del elemento revolucionario. Por cierto, que este Flaco Hernández, que se llamaba Eduardo Hernández Cházaro y que había sido ayudante de don Pascual cuando era gobernador de Michoacán, fue quien mandó matar en forma estúpida e innecesaria en un mitin a Germán del Campo, aquel estudiante que tanto me han achacado que yo mandé matar, al cual nunca conocí, y

que el propio Vasconcelos declaró públicamente en un libro y me declaró muchas veces después en mi rancho personalmente, que la acusación me la había hecho porque yo era el más fuerte del Partido Nacional Revolucionario (hoy PRI), por debilitarme y desprestigiar al Partido. Esto según el propio Vasconcelos, quien me lo confesó en mi rancho la Jarrilla en Tamuín, San Luis Potosí, delante del entonces periodista yucateco Carlos Loret de Mola, que, por azares de la política, ha llegado con el tiempo a senador por Yucatán y después gobernador de ese estado. Dejo asentado, pues, que nunca conocí al estudiante Germán del Campo, quien según supe después, andaba siempre este joven junto con un grupo de muchachos haciendo mitines callejeros, usando los botes de basura como tribunas y él, Del Campo, dedicado a atacar a don Pascual llamándolo "incestuoso" y lanzándole otras injurias cochinas. El Flaco Hernández se le presentó a don Pascual, y le dijo: "Jefe, ahí anda un tal Germán del Campo que lo anda acusando a usted de 'incestuoso' y llenándolo de injurias; lo voy a chingar". Don Pascual, tal vez sin saber siquiera las consecuencias de esta contestación, le dijo: "Chínguelo, por cabrón", y así fue como murió el tal Del Campo, porque el Flaco Hernández y el grupito que traía dizque cuidando a don Pascual, no habían hecho ninguna clase de méritos ni tenían ninguna representación ni ninguna fuerza en la política, y así fue como se congració con el futuro presidente. Si yo hubiera matado o mandado matar o tenido que ver con la muerte del tal Germán del Campo, lo sostendría como he sostenido todo lo que he hecho durante toda mi vida, pero por dañarme políticamente me han hecho ese cargo durante mucho tiempo, cargo falso y con el que quisieron convertir al tal Germán del Campo en héroe estudiantil sin lograrlo, pues además se supo después por un discurso del diputado Melchor Ortega en la Cámara que era empleado aviador de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, es decir, cobraba del gobierno y atacaba al gobierno. Pero sí declaro que el asesinato que el Flaco Hernández mandó cometer, con Odilón de la Mora, con un gachupín que se llamaba Martínez y le decían el Vais-ver y el coronel y diputado Teodoro Villegas fue estúpido e innecesario.

Pues bien, llegamos a la Convención. Ahí destacaba el coronel Filiberto Gómez, jefe de la delegación del Estado de México y amo absoluto de la política de aquel estado, del cual era gobernador su hermano, el general Abundio Gómez. Declaramos a Filiberto neutral en la Convención, previo acuerdo, Pérez Treviño, Luis León y yo, y naturalmente Filiberto, a quien llamábamos cariñosamente el Pelón, quien estaba en el ajo con nosotros; esto para poder hacer aparecer que el presidente de la asamblea era un neutral, no obstante que estaba completamente ligado con nosotros, y así sucedió. Fueron llegando las delegaciones de todos los estados. Unas ya metidas en el "cochupo" del ortizrubis-

mo, encabezados por Nazario Ortiz Garza, jefe de la delegación de Coahuila, con el retrato de Aarón Sáenz en la solapa, otros que le permanecían adictos sinceramente a Sáenz, como los de Tabasco, un grupo de Puebla, los de Nuevo León y otras delegaciones más. Aarón se tragó la píldora de los retratos en las solapas, aunque su cuñado, Carlos Ozuna, se estaba dando cuenta de que nos estábamos comiendo a su hermano político y se lo decía, pero éste no se lo quería creer. Rodeado por su cuñado, el ingeniero Plutarco Elías Calles, hijo de don Plutarco, por Rodolfo, el hermano de Plutarco (los Tapiales), por Torreblanca, yerno del general Calles, y por don Arturo Elías, administrador general de Correos y hermano de don Plutarco, por Chelita González, secretaria de muchos años y confidente del general Calles, creía Aarón que todo lo tenía en la bolsa, y que el convenio que había hecho con don Pascual en Cuernavaca era favorable para él, pues quedaron en que el que perdiera sería ministro de Gobernación.

El día que se iba a inaugurar la Convención entró por las calles, formada a pie, la más numerosa de todas las delegaciones de la República, la de Jalisco, encabezada por el senador Juan de Dios Robledo (el ñero Robledo), con un mariachi muy bonito de aquellos tiempos, tocando y cantando sin interrumpir la marcha, lanzando ¡vivas! al licenciado Aarón Sáenz. Yo contaba en esta delegación con los diputados David Orozco y José María Cuéllar, este último el Maño o "mi aliado", como nos llamábamos.

Salimos al balcón del hotel en que yo estaba alojado en Querétaro, y desde la calle, en plena marcha y a toda voz, el senador Juan de Dios Robledo, jefe de la delegación, me saludó con una sonrisa de triunfo y yo le contesté con un estentóreo: "¡Viva Ortiz Rubio!", y contestó el pequeño grupo que tenía yo en el balcón de mi hotel, erizado de ametralladoras *Thompson*. Los jaliscienses, que seguían la marcha detrás del senador Robledo, contestaron con vivas a Aarón Sáenz, se pararon un instante y a punto estuvo de ocurrir un zafarrancho, pero Robledo, con muy buen juicio, los hizo continuar su marcha.

Ya para la tarde de ese día, se inauguró la Convención, pero antes de ello se nombró la comisión revisora de credenciales, que quedó formada por el general y presidente del Partido, Manuel Pérez Treviño, por el ingeniero Luis L. León, secretario general del Partido y por mí, que era, como ya quedó dicho, jefe de la Cámara de Diputados, secretario del Distrito Federal y además jefe de las delegaciones de San Luis Potosí y del Distrito Federal.

A la hora de revisar credenciales, se suscitaron muchos incidentes. Llegaron los generales José María Sánchez y Castrejón, el primero, jefe de la diputación de Puebla, y el segundo, gobernador del estado de Guerrero, al frente de sus delegaciones; con ellos venía Jesús Vidales, que se las daba de valiente, y las delegaciones de Tabasco, de Nuevo

León y algunos otros estados a registrar sus credenciales como representantes en la Convención. Yo les empecé a objetar y Pérez Treviño y León a apoyarme también. Cada grupo de los delegados saencistas que se presentaban, aparecía un grupo de delegados ortizrubistas por el mismo estado y por los mismos distritos. Examinábamos las credenciales, las objetaba Pérez Treviño, las objetaba Luis León y por último cuando llegaban a mis manos y las cosas se caldeaban mucho, empecé a agarrar las credenciales de los saencistas, a romperlas y a tirárselas a la cara. Ahí andaba ardiendo Troya, pues Sánchez se puso un poco bravo y también el indio Castrejón, gobernador de Guerrero, que llevaba su delegación, naturalmente todos bien armados unos y otros, se me pusieron enfrente, tratando de recoger las credenciales que yo estaba rompiendo. Entonces le saqué la pistola y se la puse en la cara, para esto intervinieron unos y otros, sobre todo el general Pérez Treviño quien calmó las cosas, y dijo Castrejón: "En esta forma es imposible asistir a la Convención", y dije: "Pues no asistan, si no quieren asistir".

La Convención se abrió y Aarón Sáenz se retiró. Antes pasó a ver al presidente de la Convención, que ya habíamos electo, el ya mencionado coronel y diputado Filiberto Gómez, que se encontraba encamado en un cuarto en una casa particular con un pañuelo de algodón colorado, de los llamados paliacates amarrado en la cabeza, con un jarro de agua caliente debajo de la cama, al cual metía el termómetro cada rato disimuladamente y se lo ponía en la axila y llegó a tener cuarenta y dos grados de fiebre según el jarro de agua, y se lo enseñaba a Aarón, diciéndole: "Mi señor licenciado, cómo quiere que en estas condiciones asista a la Convención", y dejó que el "herradero" se hiciera y pusimos nuestra directiva "respetando al enfermo", encabezándola yo. Después se presentó a la Convención el "legítimo" presidente tantas veces mencionado, diputado Filiberto Gómez, que era de los más fuertes líderes y tomó posesión de su cargo. Aarón Sáenz llegó hasta las puertas del Teatro de la República, donde celebrábamos la Convención, habló con Pérez Treviño al que increpó, y Pérez Treviño le contestó con serenidad, pero con energía. Luego se dirigió a mí Sáenz, diciéndome: "Usted traía un retrato mío en su carro y era de los más entusiastas saencistas, después usted lo arrancó, lo tiró y puso uno de Ortiz Rubio", y yo le contesté: "Con las mismas manos que puse su retrato con esas mismas lo arranqué, lo tiré y puse el de Ortiz Rubio, y si usted con esto quiere decirme que cambié de opinión, me dice la verdad, pues una vez que usted asistió al banquete de los industriales y reaccionarios de Monterrey y que desconocieron el Artículo 123 de la Constitución, no solamente yo, sino la casi totalidad de sus partidarios, rectificamos nuestra postura política y además usted no tiene derecho a reclamarme nada, pues en San Luis Potosí me trató ya no digo fríamente sino hasta de manera despectiva, como lo trato yo a usted ahora". Intervino Carlos

Ozuna, y la cosa se apaciguó. Aarón iba ridículamente vestido, pues llevaba un traje muy a la moda de la ciudad, sombrero tejano que no se sabía poner y que ni le quedaba por ser muy chaparro, y entre sus ayudantes llevaba tipos que habían servido en la Secretaría de Relaciones por más de veinte años, con cuellos de palomita de aquellos muy duros, que los curros usaban en aquella época, y sombreros tejanos que les quedaban como patadas de mula; yo creo que ni siquiera iban armados. Por fin, Aarón y su grupo se retiraron; dijeron que no reconocían la Convención, Aarón se fue a México a rajarse con el general Calles y a acusarme a mí principalmente, a Pérez Treviño y a Luis León de que estábamos haciendo aquello a nuestro antojo y que él no se prestaba a la farsa.

Como era familiar y consentido del general Calles, éste lo oyó y le creyó y mientras abrimos la Convención, empezamos la votación; declaramos a Ortiz Rubio candidato a la presidencia de la República, lo llevamos a protestar, le recogimos Luis León y yo un discurso que llevaba hecho, muy fuera de tono y de medio, que comenzaba diciendo: "Mis queridos consocios", en lugar de decir compañeros, camaradas, hermanos de lucha, etcétera. En un rato le cambiamos el discurso, destruyendo el que llevaba escrito, tan ridículo y en tono de embajador. Don Pascual dijo su discurso sentado, con lo cual enfrió la Asamblea y entonces empezaron nuestros discursos de los cuales transcribo algunos.

Discurso del general Pérez Treviño

Compañeros, estamos entrando en nuestro propio terreno, en el terreno en que sin perder la serenidad, en el terreno en que evitando las desviaciones de juicio, opera en nosotros la hombría, la rectitud y el coraje natural que enciende el corazón de todo ciudadano cuando la infidencia, la traición y la falta de cumplimiento del deber anuncian derramamiento de sangre en el territorio patrio.

Tenemos noticias oficiales de que han brotado en el país dos puntos de infidencia, todavía no han hecho escuela en nuestras conciencias, todavía no se han impregnado nuestros cerebros de las saludables enseñanzas que los mártires de la Revolución, que los prohombres de la Revolución, que los caudillos que nos han llevado de triunfo en triunfo, han querido infiltrar.

Tenemos noticia oficial de que hay dos grupos infidentes: uno en Veracruz y otro en Sonora, sin causa alguna, sin ninguna bandera porque no hay quien pueda inscribir en una bandera, principios que exalten la voluntad popular en contra del Gobierno de la República. Tratan de arrastrar tras ellos a gentes que, tal vez, no tienen conciencia de la si-

tuación que prevalece en el país; tratan de llevarlas al matadero, para defender solamente ambiciones personales, pero que el pueblo en masa y los campesinos del país, como un solo hombre se unirán a nosotros al grito de: ¡Viva el Supremo Gobierno de la República!

Estamos viviendo un momento histórico de enorme trascendencia. A la cabeza del Ejército Nacional está un civil, que a falta de los grados del Ejército tiene también como cualquiera, como el mejor de los militares, grabado en su conciencia el cariño por la Revolución y las dotes cívicas que puede necesitar cualquier ciudadano para estar en su puesto y defender las instituciones: Emilio Portes Gil.

Cuando se iniciaron los trabajos de esta Convención, nos sorprendió un hecho inusitado, más que para nadie, para los miembros del comité organizador del PNR: la idea del precandidato Aarón Sáenz de no asistir a la Convención. Todos comprendimos que era muy difícil encontrar en estos momentos la verdadera explicación de esa actitud. ¿Por qué recomendaba ese precandidato a algunos de sus partidarios que violaran, que desvirtuaran el mandato principal de las agrupaciones de la República que consistía en asistir a la organización del PNR? Esto no puede ser más que por falta de civismo o, como decimos en tono festivo, "por falta de cinismo". Nosotros seguimos serenamente las líneas de nuestro deber, y nuestros corazones han sentido una enorme alegría al ver cómo aquellos individuos que por demasiado apego a sus compromisos, por temor de que siquiera remotamente pudiera tachárseles de infieles, se desorientaron; quizá esta actitud es una garantía de la conciencia cívica que está formando ya parte muy interesante en la conciencia de México. Pero, habiendo reflexionado, habiendo analizado en el fondo la cuestión, hemos visto cómo ha acudido al seno de la Convención la enorme mayoría de los elementos, que por ese exceso de fidelidad que no había sido bien interpretado, se encontraban desorientados. Repito, nuestros corazones se han ensanchado con el entusiasmo, porque al terminar los trabajos de esta Convención, tendremos quizá el número completo de los que debían haberla iniciado.

En estos momentos en que se presenta una nueva crisis para la patria y para la Revolución, crisis que seguramente sabremos dominar, que seguramente el Ejército leal, el Ejército que conserva la virtud de los principios revolucionarios, el Ejército que, analizando serenamente las cosas llegue a comprender que su deber cívico, que su gran deber de guardián de las instituciones está muy por encima de los intereses de un grupo de militares que en esta ocasión se equivocan y que tratan de arrastrar, como antes decía, a muchos compañeros a una aventura sangrienta, yo tengo la seguridad, tengo la plena certeza de que la enorme mayoría del Ejército, tendrá esa sana conciencia y se limitará a cumplir con su deber, sosteniendo las instituciones de la República, representadas en este momento por el presidente, ciudadano licenciado Portes Gil.

El general Plutarco Elías Calles acaba de ser llamado por el ciudadano presidente de la República, para que ocupe el cargo de secretario de Guerra y Marina. Su solo nombre y sus antecedentes son una garantía completa de éxito, y este entusiasmo que desborda, tendrá seguramente que alcanzar, en ondas que se extiendan en el territorio patrio, a todos los corazones de los soldados que desde este momento, están bajo sus órdenes inmediatas; y el Ejército sentirá de nuevo los entusiasmos de tener a la cabeza a uno de sus caudillos máximos, y es seguro que cualquier sacrificio, en esas condiciones, será recibido con la sonrisa en los labios, con la sonrisa del estoicismo característico de los mexicanos que se encuentra siempre en los momentos más críticos de la vida.

Así, pues, compañeros, serenando la contienda y pensándolo con todo el detenimiento que requieren momentos de este interés y de esta trascendencia, yo considero que todos los aquí presentes debemos enviar nuestro mensaje de absoluta solidaridad con el gobierno y además, que cuando salgamos de aquí, cada uno a su territorio sea un abanderado de la Revolución y de sus principios.

Los que por suerte o por designación de esta libre asamblea estamos dirigiendo sus trabajos, recomendamos que en la sesión de mañana se ponga el mayor interés para que las resoluciones se violenten; queremos terminar cuanto antes los trabajos de esta asamblea, queremos constituir el PNR, queremos proclamar la candidatura que está ya en la conciencia de todos los asambleístas; queremos demostrar que en esta ocasión, que en esta asamblea, existe un juicio perfectamente definido acerca de las candidaturas, y que somos suficientemente fuertes para debatir aquí los intereses políticos del país y cristalizar la opinión de una candidatura presidencial.

Ni la deserción de Aarón Sáenz ni la infidencia de algunos militares torcerán la línea de nuestro deber, y mañana constituiremos el PNR y proclamaremos una candidatura presidencial.

Discurso del ingeniero Luis L. León

Compañeros, en nombre de la Revolución todopoderosa, de fuerza capaz de arrancar de sus hogares a los hijos del pueblo y de convertirlos en pacíficos ciudadanos atropellados por una dictadura, en enérgicos campeones de una causa noble y justa, que transformará radicalmente a nuestro país; en nombre de la Revolución todopoderosa que ha hecho vibrar las fibras del corazón de las grandes muchedumbres mexicanas, llevándolas al sacrificio y a la abnegación, haciéndolas pasar por las más cruentas miserias y que ha dejado como cauda trágica una teoría dolorosa de orfandad; en nombre de la Revolución todopoderosa, camaradas, en esta magna convención de la Revolución Social, ¡salud!

La vida de la República, desde el advenimiento de la atmósfera revolucionaria, se ha transformado lenta, pero definitivamente, y las viejas ideas y las viejas filosofías que reinaron en este país, impuestas por la fuerza bruta de un grupo privilegiado, no pueden alentar ni respirar en la atmósfera purificada por la Revolución, y el país, transformándose al golpe de masa del pueblo armado y de la Revolución hecha Gobierno, ha venido evolucionando en su vida nacional para llevarnos poco a poco a la conquista en lo político, de las grandes doctrinas democráticas, de los grandes principios de gobierno del pueblo por el pueblo y en lo económico a la transformación social, liberando al proletariado de la República de las viejas y oprobiosas explotaciones de los capitalistas.

Era natural que la herencia del pasado, de los prejuicios del medio en que nos formamos y en que hemos vivido, todavía deprimieran nuestros espíritus y nos hicieran seguir caminos cada vez más avanzados lentamente, encontrándonos con un sinnúmero de obstáculos y con fuerzas conservadoras oponentes, que había que vencer y que había que destruir. Por eso, la Revolución en lo político, al hacerse Gobierno, siguió evolucionando en sus procedimientos democráticos. Por la herencia del pasado y por las condiciones mismas de la realidad, teníamos que seguir atenidos en nuestros manejos y en nuestro camino, a la luz y guía que nos trazaron nuestros grandes caudillos. Y en los últimos tiempos, al orientarse la política nacional, por lo que concierne a la familia revolucionaria, nosotros descansamos en que los grandes problemas nuestros en los momentos de crisis, en los momentos difíciles y los momentos peligrosos, fueron resueltos siempre por dos grandes corazones y por dos grandes cerebros: por Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

Pero vino la hiena clerical que asesinó brutalmente al general Obregón, y perdimos al caudillo máximo de la Revolución y las circunstancias políticas del momento, planteando un tremendo problema para el país, hicieron también que el otro gran jefe, nuestro caudillo, se retirara voluntariamente a la vida privada. La Revolución que siempre había contado con jefes, que siempre había contado con caudillos, llegó en ese momento a su mayoría de edad, ya carecía de tutores. Ahora nosotros, señores, hemos entrado a la mayoría de edad y somos responsables de nuestros actos.

Hemos venido aquí, camaradas, hemos venido aquí, precisamente con la mirada puesta en el ejemplo de nuestros grandes caudillos, pero con la conciencia de nuestra propia misión histórica, a decir a la nación, que como revolucionarios, aceptamos la fuerza de nuestros grandes jefes; ya no tenemos la sombra de sus grandes figuras, ni el peso de su personalidad, ni el consejo de su gran talento, para resolver nuestra situación y nuestros problemas. Ahora para encaminar al país dentro de su vida democrática, no tenemos otra fuerza que nuestra unión. Y si el asesinato clerical, por

una parte y el alejamiento voluntario, por la otra, nos han privado de nuestros magnos abanderados, nos queda la fuerza de la Revolución, el concurso de todas las voluntades, la unión de todos los Revolucionarios que todavía conmueven a las muchedumbres, porque les hacen justicia y dentro de esa fuerza y con esa unión y ese haz de voluntades, sabremos labrar las personalidades del Partido Revolucionario. Hay que hacer un esfuerzo sobre nosotros mismos, que es la victoria más cara y más difícil, pero también la más definitiva para vencer la herencia que el pasado proyecta, para que en esta Asamblea no triunfen las personalidades, sino que sea el triunfo definitivo y glorioso de la Revolución.

Y por esto, compañeros, en este momento en que ese prejuicio personalista, en que esa ambición desmedida que no se controla, en que ese deseo a todo trance de obtener el triunfo, aunque vaya en contra de los intereses de la Revolución, ha venido a plantearnos un problema, en este momento, yo acudo al espíritu revolucionario de ustedes, para que acallen el sentimiento personalista, para que se venzan a sí mismos y obtengan una de sus mayores victorias y para que invitemos a los compañeros que por un prejuicio no han venido a este recinto, a que concurran, porque son revolucionarios y son compañeros nuestros. Yo invito a todos los compañeros a la serenidad. Yo invito a todos los compañeros a que muy conscientes de nuestra responsabilidad en estos momentos difíciles, tengamos un sentimiento de armonía y de atracción para nuestros amigos que no concurrieron hoy a esta asamblea, y para los que estén envenenados de interés, aquellos que aman más el triunfo de una personalidad, el interés mezquino y bastardo que el triunfo de la Revolución, para que ésos se pinten por sí solos por su falta de asistencia.

Hagamos un fraternal llamamiento, y para los que quieran venir a formar en nuestras filas aquí están sus lugares; es tiempo de que pasen lista de presentes.

Yo tengo plena confianza en que en esta asamblea triunfará la Revolución. Con el llamamiento cálido, generoso y honrado del general Pérez Treviño han vibrado las almas de todos ustedes y en estos momentos creo ver aquí a las fuerzas revolucionarias vivas de todo el país congregándose para formar el PNR, que será la salvación definitiva del futuro de México.

En este mismo ambiente todavía palpitan las voces revolucionarias de los constituyentes que aprobaron los Artículos 27 y 123 de la Constitución y, a pesar de la atmósfera levítica que los conservadores de Querétaro hayan querido agitar en esta ciudad, el Teatro de la República ha conservado la atmósfera de la Revolución. Tengo plena confianza en que todos estaremos a la altura de nuestro deber y en que cuando vayamos a distribuirnos en las regiones de donde hemos venido, llevaremos la buena nueva a todos los

nuestros de que aquí, en Querétaro, no ha triunfado una personalidad sino que aquí ha triunfado la Revolución.

Cumpliremos con nuestro deber y organizaremos el PNR y le daremos la base sólida de los principios revolucionarios y de la unión de todos los hombres y de todas las organizaciones a base de buena fe y de respeto de los derechos mutuos. Triunfaremos y llevaremos de aquí, victoriosamente a través de la República, la bandera de la Revolución, y ante la tumba de nuestros héroes y de los mártires de nuestro pueblo no tendremos que enmudecer ni que arrepentirnos de haber concurrido a esta asamblea. Tengo por seguro que, de Yucatán a Sonora, los mártires de la Revolución estarán satisfechos de nuestra obra y que, en Yucatán, Felipe Carrillo Puerto desde su tumba sonreirá a toda la República y, desde Sonora, nos saludará satisfecho el espíritu del glorioso Alvaro Obregón.

Discurso del diputado Gonzalo N. Santos

Camaradas de esta asamblea revolucionaria, hace unos cuantos días, en la tribuna del pueblo, fui, con la franqueza que nos caracteriza a los hijos de la Revolución, a denunciar al traidor Gilberto Valenzuela y a sus secuaces, general de división José Gonzalo Escobar, comandante militar de La Laguna; al general Fausto Topete, gobernador de Sonora; al general de división Francisco R. Manzo, comandante militar del estado de Sonora; al general de división Marcelo Caraveo, gobernador de Chihuahua; al gobernador de Durango, general Juan Gualberto Amaya; al general de división y jefe de la Policía del Distrito Federal, Antonio Ríos Zertuche, y al general de división y comandante militar del estado de Michoacán, Roberto Cruz, de que estaban tramando una rebelión para asaltar el poder. Ante la faz de la nación denuncié a estos traidores, pero nunca me imaginé que entre los traidores hubiera uno más traidor que el propio Judas Iscariote, más traidor que Maicott, más traidor que la propia palabra traición, un exgeneral de nombre Jesús M. Aguirre.

Camaradas, de esta asamblea revolucionaria, celebro que el compañero Manlio Favio Altamirano haya asentado aquí que hay un Saturnino Cedillo en San Luis Potosí, que se sabrá batir hasta derramar la última gota de su sangre por los principios del agrarismo y por los principios de la Revolución. Hay muchos que han asaltado el poder, pero hay muy pocos, ha habido hasta ahora muy pocos, que asalten la gloria y Plutarco Elías Calles, a la cabeza de la Revolución, sabrá asaltar la gloria.

Ya se inició la rebelión en Sonora encabezada por los Topete y por el general Francisco Manzo, que se pintan con la sangre de Obregón, como Manrique y Soto y Gama se pintaron con la sangre de Zapata para

cubrir su oportunismo, pues Manrique ni siquiera conoció a Zapata sino en fotografía, pues él fue huertista.

Vamos a ver los hijos de la Revolución si ya nos tragó la ciudad o si todavía podemos empuñar un rifle en la derecha, para disparar a los traidores y una reata en la izquierda para colgar a los canallas que desde la ciudad de México dirigen las maniobras. No os extrañe que desde hoy mismo se empiece a desintegrar la delegación de San Luis, porque nuestro jefe, Saturnino Cedillo, me ha ordenado que le empiece a mandar a los jefes de defensa y a los jefes de colonias militares y a los militares que vienen aquí de delegados a representar al pueblo de San Luis, para que se pongan al frente de sus hombres.

Camaradas, yo, por mi parte, sólo iré a la ciudad de México a procurar se desafuere a los diputados traidores que quieren ganar sueldo y estar contra el gobierno, y a pedirle al Gobierno Federal que los ponga en un tren para que se incorporen al enemigo y el que se quede en la ciudad de México, que sufra las iras del pueblo. Después, inmediatamente regresaré a San Luis Potosí, donde ya tenemos hombres armados en cantidad de doce mil, y que en menos de quince días tendremos veinte mil hombres para ir a combatir a traidores y a cristeros a donde quiera que se encuentren.

Camaradas de la Revolución, ¡a la guerra como a la guerra! Allá vamos a contestarles, en el terreno en que nos han citado. Quisimos demostrar ante el mundo entero que no es eso lo que queríamos; que no queríamos una gota más de sangre en nuestra patria; que este ensayo cívico de este PNR resolviera las funciones cívicas del futuro; que el partido que se sienta más fuerte que nosotros y dueño de la razón, se nos enfrentase en el terreno del civismo, pero no quiere eso la reacción clerical. Hablemos con valor: ya pasó el momento de las tolerancias y de las indefiniciones. Vamos a combatir unidos a los viejos cristeros y a los cristeros nuevos. ¡Y celebrémoslo! ¡Aquí terminará el problema! Porque los militares traidores seguramente que ocuparán la vanguardia en los ejércitos cristeros, y ahora tendremos oportunidad de obligarlos a combatir contra las armas de la auténtica Revolución.

Camaradas de la Revolución, celebro que el PNR haya terminado de formarse sobre el cráter de un volcán, porque aquí estamos puros hombres de pelea que no saben retroceder ante ninguna amenaza.

Para terminar, os digo y repito ante la faz de la nación: desde la ocasión en que califiqué a Gilberto Valenzuela desde la tribuna de la Cámara de Diputados "siervo del señor", como llamaron los traidores a Miramón, "Miguel, siervo del señor", desde entonces venimos nosotros pidiendo una prudencia que a nosotros mismos nos daba trabajo llevar, pues comprendíamos que ya la patria no quería luchas sangrientas. Si ellos van allá, que sobre ellos caiga la maldición de la historia, y nosotros, si caemos en el campo de la lucha empuñando el rifle que nos

legara la Revolución, ¡bendita sea nuestra muerte! ¡Salud, compañeros de la Revolución!

La asamblea, puesta en pie, en forma delirante gritaba: ¡Viva Cedillo! ¡Viva Gonzalo N. Santos, el Alazán Tostado!

Discurso del diputado Melchor Ortega

Compañeros, se ha atacado aquí a los malos militares que encabezan, para vergüenza de ellos mismos, una infidencia que nuevamente llevará sangre a nuestra patria. Ya se ha dicho aquí también que los elementos de la reacción, desde la sombra, tenebrosamente, dirigen y dividen a estos elementos que antes eran de nuestra propia familia. Yo quiero referirme también aquí, aunque no se publique, pero que se oiga y que se sepa en esta asamblea, que se oiga por radio en todo el país, a los periódicos, a la prensa de nuestra capital. Los grandes rotativos de nuestro país son, en gran parte, los principales responsables de lo que ocurre en nuestra patria; esos periódicos, que al llegar Vasconcelos a alguna población de nuestra patria o al llegar Valenzuela, o al llegar alguno de los enemigos del gobierno, hacen ostentación y dicen mentiras; y que cuando ocurre una hermosa asamblea como ésta, de hombres libres, callan o tergiversan todas las noticias. Esos individuos que hacen labor en contra del gobierno, esos periódicos pérfidos y malvados, esos periódicos, compañeros, que solamente sirven al oro o a sus mezquinos intereses, son los principales responsables de las desgracias de nuestra patria. Cada gota de sangre que cueste más a la Revolución, será peor para ellos. Yo pediré a la asamblea que se una conmigo para toda clase de libertades; pero que no se confundan con el libertinaje, con la labor subversiva de estos individuos.

Yo sé que desde el día de mañana cambiará esa prensa mezquina; que desde el día de mañana esos rotativos se meterán en su concha; que los directores, elementos de la reacción, elementos vendidos al dinero, se encontrarán esperando que pase la tormenta, y después de eso, volverán a seguir con su mala labor, tratando de nueva cuenta de ensangrentar a nuestra patria. Pero es indispensable, compañeros, que aquí se ponga el punto final a situaciones de esta naturaleza; es necesario que esa prensa desaparezca; que el gobierno le ponga coto a esa prensa; que sepan que en nuestra patria hay libertades y que, para la Revolución, representa uno de los más caros principios que sostiene y seguirá sosteniendo; pero que no permitirán, ni el gobierno ni los revolucionarios, que sigan haciendo labor subversiva en nuestra patria, dividiendo a los propios hijos de la Revolución.

Compañeros, son los momentos de prueba. Hemos dicho hasta el cansancio que estamos del lado de las instituciones, que queríamos y deseábamos que nuestra lucha democrática se desarrollara dentro del más puro civismo; lo hemos comprobado desde el momento en que los candidatos todos a la presidencia de la República, han tenido las más amplias garantías y de nuestra parte, prueba de ello este testimonio fehaciente, este testimonio que por propia elocuencia habla más que las palabras.

Aquí nos hemos congregado para formar el partido de la Revolución, aquí nos ha traído nuestro entusiasmo y nuestra buena fe, sin saber que ya existía entre nosotros un hombre a quien había devorado su propia ambición; pero Aarón Sáenz, compañeros, ingresará a esa cáfila de traidores y ni su actitud ni la de esos elementos militares que encabezan la rebelión, harán que la Revolución transija o dé un paso atrás. Nosotros hemos ofrecido nuestro contingente no sólo de buena voluntad sino de acción, y de sangre y es el momento de que todos y cada uno de nosotros comprobemos si efectivamente somos hombres representativos, si efectivamente somos delegados, ante esta convención, de elementos campesinos, de revolucionarios que nos han mandado aquí a testimoniar cuál es su manera de pensar, cuál es su manera de obrar. Yo estoy seguro de que como un solo hombre saldremos de Querétaro, iremos a la capital los que tenemos que ir, pero volveremos a nuestros estados y nos pondremos al frente de los elementos agraristas para castigar la infidencia. Y ahora, para terminar, compañeros, nosotros esperamos ver cuál es la actitud del precandidato que no ha querido venir a sumarse a esta convención; los hechos justificarán a cada uno ante la historia; nosotros, por nuestra parte, aunque se nos tilde de elementos oficiales, aunque se nos tilde de elementos al servicio de un gobierno, de aquí saldremos protestando adhesión franca a Portes Gil, y a levantar la bandera de la Revolución en nuestros respectivos estados, cuyos principios defenderemos con el rifle en la mano.

Discurso del diputado y doctor Gonzalo Bautista

Tanto en los momentos de angustia para la patria como en todos aquellos de agitación armada, producida en muchas ocasiones por ambiciones ilegítimas, surge en mi estado de Puebla la figura de Aquiles Serdán con el gesto clásico de los hombres que redimen al pueblo y el ademán gallardo marcando a las multitudes el estricto camino del deber. Y nosotros, los que hemos tenido la suerte de nacer bajo aquel cielo de Puebla, recibiendo la enseñanza del héroe, de aquel hombre que prefirió morir, de aquel hombre que aceptó la lucha de uno contra mil antes que caer en las garras de los hombres de la vieja dictadura,

nos sentimos entusiasmados para marchar airosos al cumplimiento de nuestro deber.

Somos muchos, nosotros los revolucionarios; hay mil hombres aquí que pueden representar, cuando menos, mil cada uno; un millón de soldados revolucionarios no puede ser vencido por la reacción que se levanta macabra en Veracruz, y repercute su eco trágico y tenebroso en Sonora y, si acaso fuésemos pocos, volveríamos a hacer el mismo gesto de Serdán: morir siendo pocos, peleando contra muchos antes que aceptar nuevamente el yugo de la macabra reacción. Y a pesar de que en este mitin los discursos deben ser brevísimos para que se escuche la opinión de todas las provincias del país, me voy a permitir alargar un minuto solamente mi expresión, para marcar de una vez por todas el criterio del Partido Socialista, haciendo aparecer el movimiento de rebelión actual como clásicamente reaccionario. Mi síntesis será breve.

La organización del poder público ha pasado por tres períodos en la civilización de la humanidad; el primero es aquel en que la sociedad está organizada, busca llevar al poder por medio de las armas a los hombres que habrán de gobernarla; de ahí al asalto del poder por medio de la fuerza bruta; después, cuando la sociedad está organizada se forma el poder a través de las dinastías, con los hombres que han sabido identificar su vida y sus sacrificios con la vida y los sacrificios del pueblo; entonces surgen las dinastías y los reyes. Es el segundo período en que se busca quién debe ser el elegido, y cuando nosotros pretendemos establecer en nuestro país el tercer periodo de la Constitución del poder público, cuando queremos ya no asaltar el poder por medio de las armas, ya no fijarnos en el individuo que debe ser elegido, porque afortunadamente en Querétaro se acabaron los que pudieron haber formado las dinastías; cuando tratamos de llegar al tercer periodo de la organización del poder público, para fijar quién es el que debe elegir el pueblo, surge la reacción pretendiendo constituir el poder público por medio de la violencia. He aquí la clásica actitud del movimiento actual de rebelión, genuinamente reaccionario. Los revolucionarios no podemos aceptar en manera alguna este procedimiento, a pesar de que diga la reacción que vivimos dentro de una dictadura.

Dictadura fue aquella en que cuando los obreros de Veracruz se organizaron para pedir que la jornada de dieciséis horas se les redujera a catorce, mandaba el viejo dictador de Antequera a sus huestes para asesinarlos y arrojarlos al mar; dictadura fue aquella en que cuando se acercaban los hombres a reclamar sus derechos, cuando se arrebataban las tierras a los pueblos y una legión gloriosa de Veracruz se levantó para defender sus tierras, entonces se mandó a los rurales para asesinarlos; dictadura fue aquella cuando a los periodistas, señores periodistas, se les quemaba en Pachuca o se les hacía pudrir en las tinajas de San Juan de Ulúa; no ahora en que la prensa pide como derecho la libertad, la proclama

constante de la asonada, del cuartelazo y la traición; esto no es dictadura, aquí tenemos libertad. Lo que pasa es que la reacción quiere ahora, señores, que se consagre en nuestras instituciones como un derecho legítimo, el derecho de rebelión. Los revolucionarios estamos dispuestos a impedir que la reacción se entronice en el poder por medio de las armas. Están nuestros pechos listos; están los agraristas de Montes; están los soldados de Zacapoaxtla, dirigidos por Barrios; están los hombres de Reyes Márquez, que en Tepetlalzingo hicieron morder el polvo al traidor Maicott, y están los jóvenes que habiendo empuñado las armas muchas veces, y por fortuna conservado la vida, porque hemos luchado, compañeros, juntos con todos vosotros, somos la juventud de la Revolución y ésta no ha nacido para morir tan temprano. Habremos de dominar o de morir.

Yo os incito, queridos compañeros, a que con toda fe, con todo entusiasmo, con ese entusiasmo con el cual Serdán aceptó la lucha, vayamos al sacrificio si es necesario, y que sobre nosotros se ponga como lápida el programa del PNR.

Discurso de Manlio Favio Altamirano

La declaración del licenciado Aarón Sáenz de que no asistiría a la Convención, provocó que los convencionistas partidarios de su precandidatura, la retiraran. Los delegados a la parte esencial del mandato de sus respectivos partidos políticos, relativa a la constitución del PNR y se tuvo por simplificada la labor de la Convención en cuanto a la designación de candidato presidencial. Pero como el licenciado Sáenz en su nota al comité organizador denunciaba contra éste actitudes de parcialidad, el senador Manlio Favio Altamirano, secretario de Propaganda y Publicidad del comité prounció el siguiente discurso:

Compañeros delegados, yo me había propuesto no abordar la tribuna de esta asamblea, mientras no se trataran los puntos del programa de principios que tenemos que discutir, pero mi espíritu luchador por temperamento, mi carácter rebelde por naturaleza, mi honradez que nadie puede poner en duda, porque todos me conocen de sobra, se rebelan ante las torpes palabras del ciudadano Aarón Sáenz, quien veinte minutos antes de esta convención constitutiva, nos lanza el cargo de parcialidad a los miembros del comité organizador.

Yo vengo a hacer conocer a esta asamblea, y por conducto de ella a la nación entera, que todos los actos del comité organizador, desde el principio hasta el registro de la última credencial de delegado, fueron presenciados por los dos precandidatos, el ingeniero don Pascual Ortiz

Rubio y el licenciado Aarón Sáenz,* y, en su defecto, por sus respectivas representaciones.

¿Por qué si el comité organizador era parcial, lo vino a descubrir el señor Aarón Sáenz veinte minutos antes de esta convención? ¿Por qué en todas sus declaraciones a la prensa de México, en todos sus mensajes a la nación, dijo que estaba conforme con la actuación del comité organizador, es decir, que si la Convención iba a ser una farsa él se prestaba a la farsa? Y si estaba convencido de que estábamos procediendo parcialmente, ¿le faltaron tamaños para protestar ante la nación por lo que estaba haciéndose?

Yo vengo a protestar ante ustedes, camaradas, porque entre todos los defectos y entre todas las virtudes que tenemos los hombres, el senador Altamirano tiene una sola virtud: su sinceridad absoluta y su absoluta honradez. ¿Por qué el señor Aarón Sáenz comete el error gravísimo, el error fundamental, el error que lo hunde definitivamente en política, de anteponer su interés personal de precandidato a los intereses supremos de la Revolución? ¿Es decir, que todos sus discursos, que todas sus proclamas llamando a la nación a prescindir del personalismo, el egoísmo y el interés particular han sido una farsa y una mentira? ¿Por qué para quienes no tenemos personalismos en esta convención grandiosa del PNR nada significan las personas ni de Ortiz Rubio ni de Aarón Sáenz? ¿Por qué el señor Aarón Sáenz no viene aquí con sus pocos delegados que se separaron en el momento de constituirse el PNR? Yo interrogo a los delegados: ¿Qué las agrupaciones de ustedes los mandaron aquí a defender el interés de Aarón Sáenz antes que el interés de la Revolución? Naturalmente que no, compañeros. ¿Qué interés personalista, por grande que fuera, podría ahuyentar a nadie de esta convención cuando aquí tenemos el supremo anhelo de unificar a la Revolución en un gran partido Revolucionario? De esta manera, señores, que el señor Sáenz, precisamente cuando se convenció de que esta convención no era una farsa, cuando se convenció de que muchos delegados quizá votarían en contra de su candidatura, entonces pudo más su interés personal y dijo: "Me retiro de la convención". Muy bien. Aarón Sáenz se ha hundido para siempre con su torpe actuación. Y como decía yo ayer, a quienes le aconsejaron el paso que dio, merecen que se les levante un monumento a su imbecilidad.

Afortunadamente para nosotros, los miembros del comité organizador, casi todos los ciudadanos que me escuchan han tratado con nosotros durante la preparación de esta convención y saben ellos y lo saben también los delegados de Aarón Sáenz, que procedimos hasta el último momento, retorciendo un poco nuestras pasiones personales; procedimos hasta el último momento con absoluta serenidad y con absoluta imparcialidad. El se-

*Nota de Gonzalo N. Santos: ninguno de los dos estuvo.

ñor Sáenz mil veces fue testigo de nuestras juntas; de la manera de proceder del comité organizador; y ahora viene con falacias, ahora viene con torpes razones a querer hacer creer a la nación que se está haciendo una farsa de esta asamblea. Pero la nación le va a contestar: "Señor Aarón Sáenz, ¿qué usted es tan inocente que hasta veinte minutos antes de la Convención no se dio cuenta de la farsa? Si es usted tan inocente, no tiene facultades para ser presidente de la República.

Después de esta aclaración, camaradas, a trabajar. El mejor bofetón que vamos a dar a los intereses personalistas defendidos por disidentes, es discutir aquí un programa radical de principios que será la bandera, la inmaculada bandera, del PNR.

Nota:

Manlio Favio Altamirano, que era buen revolucionario de ideas, buen agitador y que tenía muy buena voz en la tribuna, en aquellos tiempos que no había micrófono, no fue a ninguna vanguardia a combatir ni a ninguna revuelta ni salió de la Ciudad de México ni acompañó a la columna que para batir al infidente general de división Jesús M. Aguirre en Veracruz, de donde Manlio Favio era oriundo y por donde era senador de la República. Esta columna la encabezaron los generales Miguel M. Acosta y Samuel M. Santos, llevando éstos como guía al entonces coronel Lindoro Hernández, siguiendo mis indicaciones, ya que yo conocía demasiado a Lindoro Hernández, que más que militar era gran guerrillero que conocía mucho la zona, les ayudó a derrotar a Aguirre en quince días y hacerlo prisionero en esta expedición, lo cual hicieron el general Miguel M. Acosta y mi hermano, el general Samuel M. Santos, acompañados y guiados por el coronel Lindoro Hernández, recientemente fallecido de general de división, y resultó, en esa campaña, el general rebelde Miguel Alemán, padre del después presidente de la República del mismo nombre, que andaba levantado desde antes que se sublevaran Escobar y Aguirre. De la representación de Veracruz, ni Manlio Favio Altamirano, ni el diputado y general Campillo Zeide ni ningún otro asistió a dicha campaña militar y el único que acompañó a los generales Acosta y Santos en calidad de médico fue el diputado y doctor Alejandro Cerizola. También iba como profesor de tropa el mayor Juan Gil Preciado, quien fue secretario de Agricultura y Ganadería.

Discurso del ingeniero y general Pascual Ortiz Rubio

Era por un deber elemental mi intención de no presentarme en esta asamblea, sino hasta el momento en que se me llamara a cumplir con uno de mis deberes, al contestar las interpelaciones que se me hicieran oportunamente; pero dadas las circunstancias del momento, cuando

los malos hijos de la patria de nuevo encienden la rebelión de nuestra tierra, en busca de la satisfacción de sus ambiciones, he creído mi deber romper con aquel compromiso que me había hecho y presentarme ante vosotros principalmente para poder protestar lealtad al gobierno, que tan dignamente dirige el licenciado Portes Gil, para que todos sepan que en cualquier circunstancia y en cualquier momento, los que venimos luchando por la salud del pueblo mexicano, seguiremos hasta el fin, hasta llegar a alcanzar todas las conquistas a que tiene derecho.

Desgraciadamente, esos malos hijos a que me he referido, no han meditado suficientemente el paso que dan; no se ve claramente cuál es la bandera que enarbolan. Han estado anunciando hace tiempo que el gobierno del licenciado Portes Gil trata de hacer una imposición al pueblo mexicano. Estos señores, estos enemigos nuestros, estos enemigos de la patria que han hecho semejante cargo, no han pensado debidamente que los hombres que aquí representan a los diversos estados de la República son hombres libres, y que no se prestarían jamás a una imposición.

Una vez hecha esta protesta de lealtad al Gobierno y de lealtad a los representantes del pueblo, pido a ustedes que me permitan asistir a la sesión, al mitin, más bien dicho, para tener la satisfacción de sancionar con mi presencia, los discursos y las protestas que se hagan contra esos malos hijos de la patria.

Después de los discursos, se declararon suficientemente discutidos los motivos que nos habían congregado en la Convención, y se puso a votación la candidatura para presidente de la República, resultando triunfante por unanimidad, en medio de ensordecedora y entusiasta gritería, al ingeniero don Pascual Ortiz Rubio, pues aunque varias delegaciones saencistas habían regresado a hacer causa común con nosotros en la Convención, ninguna de ellas votó por Aarón Sáenz.

Después de la declaración, el ingeniero y general don Pascual Ortiz Rubio presentó la protesta de rigor como candidato a la presidencia de la República.

Terminado el acto, nos fuimos acompañando al hotel en que estaba alojado el candidato. Ibamos caminando a pie por medio de la calle, el general Pérez Treviño, el ingeniero Luis L. León y yo, así como un grupo numeroso de diputados y delegados, pero íbamos en forma calmada y comentando lo del levantamiento de los generales infidentes, cuando por una de las aceras apareció muy cerca de nosotros un grupo de muchachas "librepensadoras", que habían llegado de México, creyendo que iban a tener grandes farras con los políticos; pero estuvimos durante toda la Convención tan atareados y en constante lucha, que nadie se apercibió siquiera de la presencia de estas "gaviotas" que iban

encabezadas por una muchacha muy joven, muy simpática, inteligente y muy bohemia, a la que le llamaban la Brocha; muy conocida de Luis L. León y de mí y que al vernos, nos gritó: "Cabrones padrotes, ya no saludan porque son delegados con credencial reconocida", lo que hizo que el candidato a la presidencia de la República y los que lo acompañábamos, soltáramos la carcajada.

"Quiénes son?", nos preguntó don Pascual. "Es la Brocha —le contesté yo—, que viene con su hueste en busca de combate y, ya ve usted, no hemos tenido tiempo casi ni para comer". Este chusco incidente sucedió como a las tres de la mañana.

Terminando la Convención, regresamos en tren especial de Querétaro a México, nuestro flamante candidato a la presidencia, el ingeniero don Pascual Ortiz Rubio; el presidente del Partido Nacional Revolucionario que acabábamos de formar, general Manuel Pérez Treviño, que era gobernador de Coahuila y estaba con permiso de la legislatura para actuar en política; el ingeniero Luis L. León, que acababa de renunciar al gobierno del estado de Chihuahua, también para tomar parte en la campaña del Partido; me pongo en tercer lugar por mi categoría política, pues yo resulté secretario del Distrito Federal, puesto sumamente importante, que tenía el comando político en todas las organizaciones pertenecientes al PNR, sin distinción de sectores y, además, por ser líder en jefe de los dos bloques, el de la Cámara de Diputados y el de la Cámara de Senadores.

En la Cámara de Diputados había veintiocho valenzuelistas, que así se llamaban los adictos a Escobar, a Topete, a Aguirre y a los demás rebeldes que tenían como candidato al señor licenciado don Gilberto Valenzuela, exministro de Gobernación en el primer año de gobierno del presidente Calles, que habiéndose distanciado con él, fue enviado como embajador a Londres, de donde regresó llamado por el general Calles, para la Secretaría de Gobernación. Valenzuela, al regresar a México, hizo declaraciones tronantes contra el general Calles, diciendo que no aceptaba el puesto que le ofrecían, y que fue proclamado candidato a la presidencia de la República por los militares sublevados, pero si por desgracia para el licenciado Valenzuela hubiera triunfado este movimiento rebelde, le hubiera sucedido lo mismo que a De La Huerta en el mismo caso, pues si De la Huerta hubiera triunfado, o Enrique Estrada, Manuel M. Diéguez, Fortunato Maicott o Rómulo Figueroa, los generales García Vigil o Guadalupe Sánchez; De la Huerta era sólo un débil instrumento de la rebelión militar, al licenciado Valenzuela lo hubiera colgado el general Manzo, el general Fausto Topete o el general Roberto Cruz o algún teniente coronel. Digo, para fortuna de ambos, de De la Huerta y Valenzuela, el Manco derrotó a los primeros y Calles derrotó a los segundos.

En el camino entre Querétaro y la ciudad de México, me vino a ver

al carro especial que ocupábamos el Chato Bernabé, que había sido por mucho tiempo el jefe de las bandas de rateros de la ciudad de México y que ahora andaba prestando valiosos servicios a nuestro partido en asuntos de espionaje y en eso que ahora llaman "quinta columna". Se me acercó el Chato, y me dijo: "Acabo de tener noticias en la estación que acabamos de pasar (cuyo nombre no recuerdo, pero ya en el estado de Hidalgo) de que el general Pedro Gabay, que está en Pachuca como comandante militar, se adhirió al movimiento rebelde y está en la vía esperándonos para hacernos prisioneros". Le comuniqué la noticia a don Pascual. La verdad de la verdad es que don Pascual permaneció sereno, y luego me contestó: "A ver qué dice el destino". La verdad es la verdad y yo tengo que decirla toda. A quien más quería y quiero hasta la fecha de los compañeros que veníamos en el tren, es al ingeniero Luis L. León, porque lo que voy a decir no tiene ninguna mala intención de mi parte. El general Pérez Treviño permaneció sereno, pero enseguida se puso rojo, que era su reacción emocional en estos casos, *y yo no me vi la cara, pero las corvas no me temblaban*; expresión que aprendí, en 1912, del traidor general Aureliano Blanquet, cuando iba a las órdenes de Victoriano Huerta a batir a Pascual Orozco y, al pasar por San Luis Potosí, mi hermano Pedro Antonio, que a todas partes me llevaba, le preguntó a Blanquet: "¿Cómo se siente, general?", y Blanquet contestó: "Diputado, la cara no me la veo, las corvas no me tiemblan", y se pegó dos o tres fuetazos en los "tacos". Se me quedó grabada aquella expresión para toda mi vida.

Sigamos con lo de la reacción de cada personaje con la noticia del Chato Bernabé. El ingeniero Luis León se puso a pasear de una punta a la otra del tren, yo no sé si con la intención de tirarse en un momento dado o de buscar la salvación en alguna forma, pero él sí estuvo intranquilo hasta que llegamos a México. Nuestra escolta era muy corta. El tren iba lleno de políticos de categoría, seguramente que unos cuantos íbamos a morir vendiendo más o menos caras nuestras vidas, pero a los demás los hubieran agarrado como a puercos gordos. Por fortuna, la primera noticia que tuvimos llegando a la estación Colonia de la ciudad de México, fue que el general Gabay permanecía fiel. De ahí nos trasladamos a ver al presidente Portes Gil a su casa, ya que nos habían dicho que el general Calles, ese día nombrado ministro de Guerra y Marina por el presidente Portes Gil, no iba a reconocer la elección de don Pascual. Aarón Sáenz, que era su familiar, y sus hijos Rodolfo y Plutarco, su yerno, mi excelente y fino amigo el señor don Fernando Torreblanca, yerno predilecto del general Calles y secretario particular, que también había sido secretario particular del general Obregón durante todo su gobierno, en la inteligencia de que entonces los presidentes de México sólo tenían un secretario con una gran influencia, y en este caso, por ser Torreblanca exsecretario del gene-

ral Obregón y partidario, poseía más influencia que los ministros. León fue el primero en hablar con el general Calles a quien encontramos en el castillo de Chapultepec, en el gran salón que me parece llaman "de los Espejos". Después que salió León, me dijo: "El viejo está muy excitado, principalmente contigo y ha oído los chismes de Aarón y de sus hijos". Pasó después el general Manuel Pérez Treviño, que era quien debía haber pasado primero por ser el presidente del Partido; tuvo una larga conferencia con Calles; al principio un poco acalorada. Lo interrogamos León y yo, y dijo: "Está muy encabronado el viejo y sobre todo contigo, Gonzalo; creo que él ha cambiado algo y me ha oído la verdad de las cosas". En eso estaba cuando Juárez, el ayudante de don Plutarco, que había sido ayudante mío, desde 1920, y que yo en San Luis Potosí le "pasé" al general Calles y a quien ya don Plutarco tenía mucha estimación y confianza, me dijo: "Gonzalo, mi general dice que pases"; pasé y me encontré al viejo sentado y yo sin esperar a que me invitara, jalé un sillón y me senté junto a él. En ese tiempo con el general Obregón y el general Calles. no usábamos de formalidades castrenses sus hombres de confianza, pues nos tratábamos más como políticos que como militares, y luego luego el viejo Calles me dijo: "Cómo estuvo eso que con pistola en mano rompiste las credenciales de los delegados de Aarón". "Si rompí las credenciales de Aarón sería con los dientes, pues si tenía una pistola en la mano, no pude con la otra romper credenciales. Ahora voy a informar a usted la verdad. Rompí muchas y al tal Jesús Vidales no sólo se la rompí, sino que se la tiré por la cara, las pistolas relucieron, pero no con ellos, sino con el Cacarizo Castrejón (que era gobernador del estado de Guerrero y jefe de su delegación; este general era muy asesino, exzapatista y acérrimo partidario de Aarón, de quien ya se creía ministro) y que al verlo poner mano a su pistola, saqué la mía muy rápido, y le dije: 'Te doy dos minutos para abandonar el local donde estamos, no necesitamos de las credenciales de ustedes, sólo tienen calidad de delegados falsos'. Me volvió a contestar airado Castrejón, y le dije: 'Tómala como la quieras' y como él enfundó su pistola, yo enfundé la mía. Aarón que llegó en ese momento, cambió su gesto generalmente apacible por uno de pasión y violencia y yo le dije a Aarón (con quien en la actualidad llevo una muy buena amistad): 'Cartucheras al cañón quepan o no quepan.'" Todo eso le dije al general Calles con tanta franqueza y sinceridad, que el viejo cambió. "¿Y lo de mis hijos?"; yo le contesté: "Nadie los insultó, porque no se presentaron a registrar sus credenciales, pero sí eran los más activos y apasionados propagandistas de Aarón, y tomaban el nombre de usted. En un momento dado que me vi con Plutarco, no así con Rodolfo, al que no vi, le dije: 'Aco (nombre cariñoso que le dábamos), ha llegado tu cuñado Aarón a la traición al abandonar la Convención y haber declarado que no reconocía sus acuerdos. Ahora, que vaya a pedirle la bendición a tu papá y que se

arrepienta, para que quede bien acomodado en el próximo régimen, que es lo que a él le ha interesado siempre' " (efectivamente, quedó en el gobierno de don Pascual como jefe del Departamento del Distrito Federal).

"Bueno —me dijo el viejo Calles—, tú sabes que lo de los hijos siempre duele y yo no los mandé a la Convención, ellos son ciudadanos libres". No en forma altanera, pero firme, le dije: "También nosotros a eso fuimos a la Convención, a combatir a los infidentes que se han levantado contra usted y no propiamente contra Portes Gil. Nosotros que acabamos de formar el partido por instrucciones y bajo la dirección de usted, nos andamos jugando la vida y nos la vamos a seguir jugando con usted y con Portes Gil; y Sáenz y todos sus partidarios (sin mencionarle a sus hijos) se van a quedar en lugares bien seguros".

Rebelión escobarista. Campaña contra los cristeros

El general Calles me hablaba indistintamente de tú o de usted. Cuando las cosas estaban graves me hablaba de tú y cuando nos acercábamos a las instituciones, de usted. Y me dijo el general Calles: "¿Ya sabes que soy ministro de Guerra y Marina?". "Sí, señor, estoy a sus respetables órdenes". "Desde mañana ordeno —dijo Calles— que el coronel Gonzalo N. Santos reingrese al ejército y te vas a formar contingentes armados a San Luis Potosí con el general Cedillo".

Luis Montes de Oca era el ministro de Hacienda y el general Calles le ordenó por teléfono, esa misma noche, que me diera dentro de lo posible de las "actuales circunstancias", una fuerte cantidad de dinero para ir a organizar las fuerzas que comandaba el general Saturnino Cedillo, nombrado ya jefe de la División del Centro y yo como su consejero, nombramiento que no necesitaba del general Calles, pues en ese tiempo el general Saturnino Cedillo no daba un paso sin consultármelo a mí.

Antes de salir para San Luis Potosí, convoqué una sesión de gran jurado en la Cámara de Diputados, misma que yo presidí como presidente que era de la Gran Comisión, con el exclusivo objeto de desaforar a los diputados valenzuelistas, que eran veintiocho; entre los desaforados estaba mi estimado amigo y paisano licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, Ricardo Topete, el doctor Gustavo Uruchurtu, hermano del después regente de la capital, Ernesto P. Uruchurtu, León García y otros cuyos nombres no recuerdo por ahora, y me eché de pilón uno más completando veintinueve, al diputado comunista Hernán P. Laborde, quien a la hora de la sesión pidió la palabra para defenderse; se la concedí y Laborde se defendió diciendo que él no era valenzuelista ni escobarista ni rebelde; entonces, "Señor diputado don Gonzalo N.

Santos, jefe absoluto de esta aplastante mayoría, ¿por qué me encuentro entre los que van a ser desaforados?", preguntó. Pregunta a la que yo contesté con un grito estentóreo: "¡Por chocante!" Pidió que se hiciera constar que era desaforado por chocante. Y le dije: "Sálgase de aquí, porque no queremos ver chocantes". Usaba anteojos muy gruesos, una melena muy grande, al estilo de los bohemios de la época, no de los actuales hippies, tenía la voz chillona y llevaba a su mujer a la galería de la Cámara a todas las sesiones. Yo pregunto, ¿todo esto no es ser chocante? Laborde lo que quería al hacer que constara que lo desaforaba por chocante era que declarara que lo estábamos quitando de la Cámara por ser comunista, pero no lo logró.

Al viejo don Pascual lo dejamos bien instalado como candidato junto con su achichincle, el muy intrigante y estulto teniente coronel Eduardo Hernández Cházaro, alias el Flaco, que pasaba la vida en el camerino de Juanita Barceló, una catalana muy bonita, cuya belleza compartía con el general Roberto Cruz. Don Pascual, como dije, quedó instalado dizque de candidato sin que nadie le hiciera caso ni se ocupara de él, en las calles de Veracruz, en un palacete de la época cuya renta pagaba la Cámara. Acompañaba también a don Pascual, el general, en ese tiempo diputado de mi grupo, Arturo Campillo Zeide y un tal Ignacio de la Mora, que después don Pascual hizo primero gobernador de Jalisco y nosotros lo tumbamos; para hablar más claro, lo tumbé yo a instancias de la diputación y de los grupos políticos de Jalisco, y pusimos en su lugar al licenciado Sebastián Allende, que ya era mi amigo y siguió siéndolo por el resto de su vida.

Me trasladé a San Luis Potosí a ver a Cedillo, y le dije que llamara al jefe de Hacienda, que se llamaba Urbano Flores, carrancista fiel a don Venustiano, y que era un hombre muy honorable y revolucionario. Este don Urbano Flores, no sé cuántos trámites quería seguir para entregarme el dinero que el general Calles había indicado se me entregara, pero le dije: "Abra la caja y entréguemelo o la abro yo", lo mismo hice con Freisinier Morín, el contralor maricón que en México quería que le firmara como cincuenta papeles, los que rompí y le aventé por la calva, pues a pesar de ser hombre joven era mucho más calvo que yo, que empezaba a serlo. Esto que estoy relatando fue antes de ver a Cedillo en San Luis Potosí, o sea, antes de salir de la ciudad de México y cuando vi a Cedillo, le dije: "El general Calles le manda a usted este dinero para que pueda organizarse". El mal estuvo en que mucho de este dinero lo manejaba el general Francisco Carrera Torres, más ladrón que Gestas y no todo fue bien empleado; sin embargo, en pocos días ya tenía Cedillo como ocho mil hombres de caballería reunidos, los que estaban siendo armados precipitadamente con armas traídas por Tampico, mandadas otra vez por el cónsul de Nueva Orleáns, don Arturo Elías Calles. Qué buenos servicios nos prestó don Arturo Elías Calles.

Como dije, después yo recogí un convoy de cinco mil armas de la misma procedencia y que creo el gobierno le pagaba a Morrow con política. Quiero antes de seguir con este relato, ampliar un poco más cómo sucedieron las cosas en Hacienda de San Luis Potosí. Estando con don Urbano Flores, me encontré al traidor entre los traidores general Juan Andrew Almazán, quien había sido de los derrotados en la Convención de Querétaro, pues era saencista rabioso y tenía asegurado, con Aarón, el ministerio de Guerra y Marina y que con la derrota de Aarón se le cayó. El iba uniformado de campaña y con sombrero tejano común y corriente, de los que entonces usábamos; yo iba con "tacos" militares, pantalón de montar y una "cuera tamaulipeca", sombrero ancho, muy ancho, de los que hasta la fecha tengo uno y que sólo me los hacían en Filadelfia, mandados hacer especialmente y mi entonces característico paliacate rojo en el cuello. Seguramente que él su pistola la llevaba debajo de su guerrera, yo mi 45 la llevaba fajada a la cintura con seis cargadores desabrochados. Saludé y me contestó de mala manera, acto seguido le volteé la espalda y empecé a hablar con don Urbano. Vio que don Urbano me despachaba primero a mí que a él y me entregaba un documento que amparaba los cien mil pesos oro que iba a entregar yo al general Cedillo y de todo esto se dio cuenta el Iscariote Almazán. Entonces Almazán me buscó la cara, y me dijo con cierta sorna: "¿Qué usted también va a la campaña?, ¿qué no es usted el jefe de las Cámaras?". "Sí, —le contesté—, voy a la campaña y soy el jefe de las Cámaras, voy a la campaña militar como he ido siempre desde el primer día que estalló la Revolución, como usted también ha ido, solamente que yo voy a defender mi misma causa y usted ha defendido más 'causas' que colores tiene el arco iris". Ya cuando le dije eso, estaba yo acariciando la cacha de mi pistola. Al retirarme no me despedí, nos portamos fría y despectivamente en nuestras actitudes. Además del dolor que Almazán sentía por la derrota de Aarón, su aliado y los dos servidores de la alta industria de Monterrey, Almazán veía en mí, como efectivamente lo era, a un estorbo muy grande para apoderarse de la voluntad del general Saturnino Cedillo. Almazán no llevaba ni un asistente, pues cuando sintió la inminencia del levantamiento de Escobar en Torreón, huyó a México y dejó al frente de su tropa al general, naturalmente también huertista como él, Zuriaga, quien murió en el campo militar de Monterrey cuando lo atacó Escobar.

Ya para entonces, Escobar había atacado Monterrey, deshecho la guarnición de Almazán de la que estaba al frente el ya mencionado general Zuriaga. En cambio, Cedillo tenía, en la plaza de San Luis Potosí, movilizados no menos de diez mil agraristas: unos cinco mil bien armados y otros cinco mil esperando las armas, pero todos bien montados.

Me trasladé, como dije, a la residencia del general Cedillo, casa que más tarde compré yo, y en la que residí por espacio de quince años. Ahí

me encontré a don Saturnino Cedillo muy contento, pues él veía que íbamos a ser nosotros los factores decisivos en la campaña contra los rebeldes. Le conté mi incidente con Almazán en la jefatura de Hacienda, y le dije claramente: "Este cabrón traidor me odia porque lo derrotamos en Querétaro, porque nunca lo he perdido de vista como huertista, como felicista y como traidor y además le estorbo mucho, pues él quisiera ocupar el lugar que ocupo en su afecto y confianza, pero no para colaborar con usted, sino para traicionarlo y venderlo". Me contestó Cedillo: "¡Ah, qué diablo de Gonzalo! —esto lo dijo riéndose don Saturnino—, no le haga caso, ni se exalte".

Pero el general Calles cometió la estupidez de nombrar a Almazán jefe de la campaña en el Norte cuando el mismo Calles era ministro de Guerra e iba al frente de las tropas. Luego Calles se quedó en Torreón y mandó a Almazán con la columna que el mismo Calles le organizó con los generales Rodrigo M. Quevedo, Gilberto Limón, Bonifacio Salinas y Eulogio Ortiz, jefes muy valientes, con excepción de Eulogio que no era valiente pero sí muy fachendoso y organizador. Yo, antes de salir de México, le propuse al general Calles que nombrara como jefe de esta columna al general Miguel M. Acosta; pero el general Calles seguramente pensó que Acosta sería caudillo en esa campaña, pues era Miguel en esa fecha el mejor soldado del Ejército y revolucionario puro. Amaro acababa de quedar tuerto, por fortuna para todos nosotros, de un pelotazo que le dieron jugando frontón, y estaba en Estados Unidos, y digo que afortunadamente para nosotros porque si el general Calles deja de ministro de Guerra a Amaro, hubiéramos perdido la lucha, pues nadie lo podía ver por ignorante, atrabiliario y déspota.

Así pues, el general Calles, seguramente viendo el fracaso que Almazán había sufrido en Monterrey con el ataque de Escobar, al haber dejado abandonadas sus fuerzas y además su manchada historia llena de traiciones, pensó que Almazán no podría llegar a caudillo, como efectivamente no llegó, y por eso lo nombró jefe de columna; pero fue el nuevo "Miguel Miramón" de la reacción en las elecciones presidenciales del año 1934, contra mi compadre y amigo, el general don Manuel Avila Camacho. El general Calles me dijo: "Tráeme a Acosta". Yo lo busqué y lo acompañé a ver al general Calles. El general Miguel M. Acosta no tenía ningún mando y lo veían con desconfianza porque había sido serranista, pero no se levantó en armas, pues teníamos fraternales ligas de amistad él y yo. Acosta, que era un gran militar, desconocía la política y seguía siempre mi consejo; estaba algo postergado. El general Calles le dijo: "Queda usted nombrado jefe de la columna que va a batir a Aguirre a Veracruz". Acosta se paró y se cuadró ante el general Calles, y le dijo: "Estoy listo para cuando usted lo disponga, mi general, y permítame que le proponga como segundo jefe de la columna, al

general Samuel M. Santos". El general Calles le dijo a Acosta: "Nombre usted a quien quiera, obre con libertad y con toda clase de facultades". Me reuní con Acosta y con Samuel, les propuse que se llevaran a la campaña algunos diputados militares de mi grupo para que les ayudaran; los generales y diputados Rafael Melgar de Oaxaca, Arturo Campillo Zeide y Modesto Solís de Veracruz. En el terreno militar no conocía a estos compañeros, después Acosta y Samuel me dijeron que ni Melgar (que era mi compadre) ni Campillo Zeide les habían servido para nada, el que sí ayudó fue el general Modesto Solís, del cual venían muy impresionados por sus servicios; asimismo, les propuse que se llevaran al entonces coronel (ahora recientemente fallecido general de división) Lindoro Hernández, Mano de Hacha, pues era muy buen compañero, muy guerrillero y muy conocedor de toda la región veracruzana, además de contar con fuertes contingentes agraristas.

Acosta acabó con el movimiento rebelde del general Jesús M. Aguirre, como anteriormente dije, en quince días, lo hizo prisionero, le formó un breve consejo de guerra y lo fusiló; después siguió persiguiendo rebeldes con sólo el regimiento y los agraristas de Lindoro Hernández. Este Lindoro conocía los "comederos" del general Miguel Alemán (padre del licenciado Miguel Alemán). Acosta y Lindoro, como dije, persiguieron sin descanso a Alemán hasta que lograron sorprenderlo y matarlo en combate junto con un tal general Escobedo. Después los generales Miguel M. Acosta y Samuel M. Santos, dispusieron que Alemán recibiera honores de general, porque era un precursor de la Revolución como ellos, cosa que me satisfizo, pues con el general Alemán me ligó amistad personal y aunque se nos fue de la Alianza después de recibir cuatro mil pesos oro para su campaña de diputado, eso no hizo disminuir mi afecto para él.

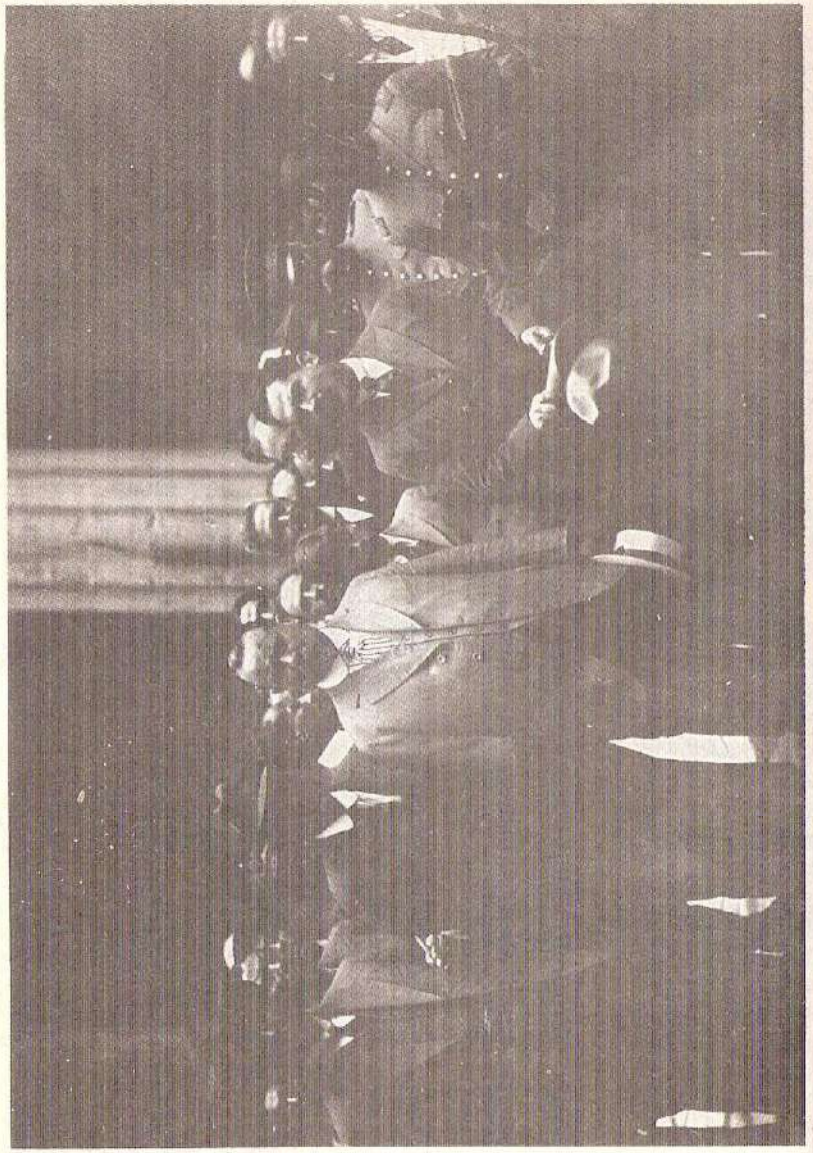
Como decía, yo me quedé con el general Cedillo a organizar nuestras fuerzas, a empezar a repartir el armamento que nos iba llegando y que el gobierno estaba introduciendo por las aduanas de Tampico y Piedras Negras.

Rápidamente quedó constituida la División del Centro al mando del general de división Saturnino Cedillo. El ascenso a divisionario se lo hizo Calles unos días antes de salir de la presidencia, me lo entregó a mí y yo no se lo había podido llevar hasta entonces. Le entregué su despacho de divisionario, y una vez organizadas nuestras fuerzas me comuniqué, previo aviso al general Cedillo, con el general Calles, diciéndole que yo podía ir al norte a la campaña contra Escobar, pero a las órdenes directas de él, pero que de ninguna manera quedaría yo bajo las órdenes de Juan Andrew Almazán. El general Calles me contestó dándome las gracias y diciéndome que el general Cedillo partiría junto con él al norte, estando bajo sus órdenes y que yo me fuera a hacer cargo de la campaña militar en los distritos de Ocampo, San Felipe Torres Mochas, San Luis de la Paz, Dolores Hidalgo, San Miguel de Allende y San Diego de la

Unión, en Guanajuato, y que cubriera con mis tropas, auxiliadas por los agraristas de Saturnino Osornio, todo el estado de Querétaro de donde había sacado las fuerzas federales para reforzar la columna del norte. Acatando órdenes de los generales Calles y Cedillo me trasladé al estado de Guanajuato; puse mi cuartel general en lo que entonces se llamaba Rincón, y que ahora se llama Río de la Laja. Mi principal misión era cuidar los trenes de Laredo hacia México, y viceversa, en el territorio que se me había encomendado, también el ramal de Rincón a San Luis de la Paz, que une a esta importante región por ferrocarril a la línea México-Laredo. Además de mi regimiento, que le tocó el número 16, en la nueva organizacion, llevaba yo los siguientes regimientos auxiliares a mis órdenes: el del general Bartolo Díaz, el del coronel José Castillo, el del coronel Lucio M. Lárraga, el del coronel Marciano C. Salazar y del coronel Castro, todos éstos de la Huasteca y el mayor Serafín Camacho con una corporación de ciento cincuenta hombres bien armados y montados, este último de Río Verde. También se pusieron bajo mi mando por orden superior, el regimiento 30 de línea de Rivas Guillén, al mando del teniente coronel Meléndez, pues él era el jefe de ese regimiento, ya que el general Genovevo Rivas Guillén había sido herido.

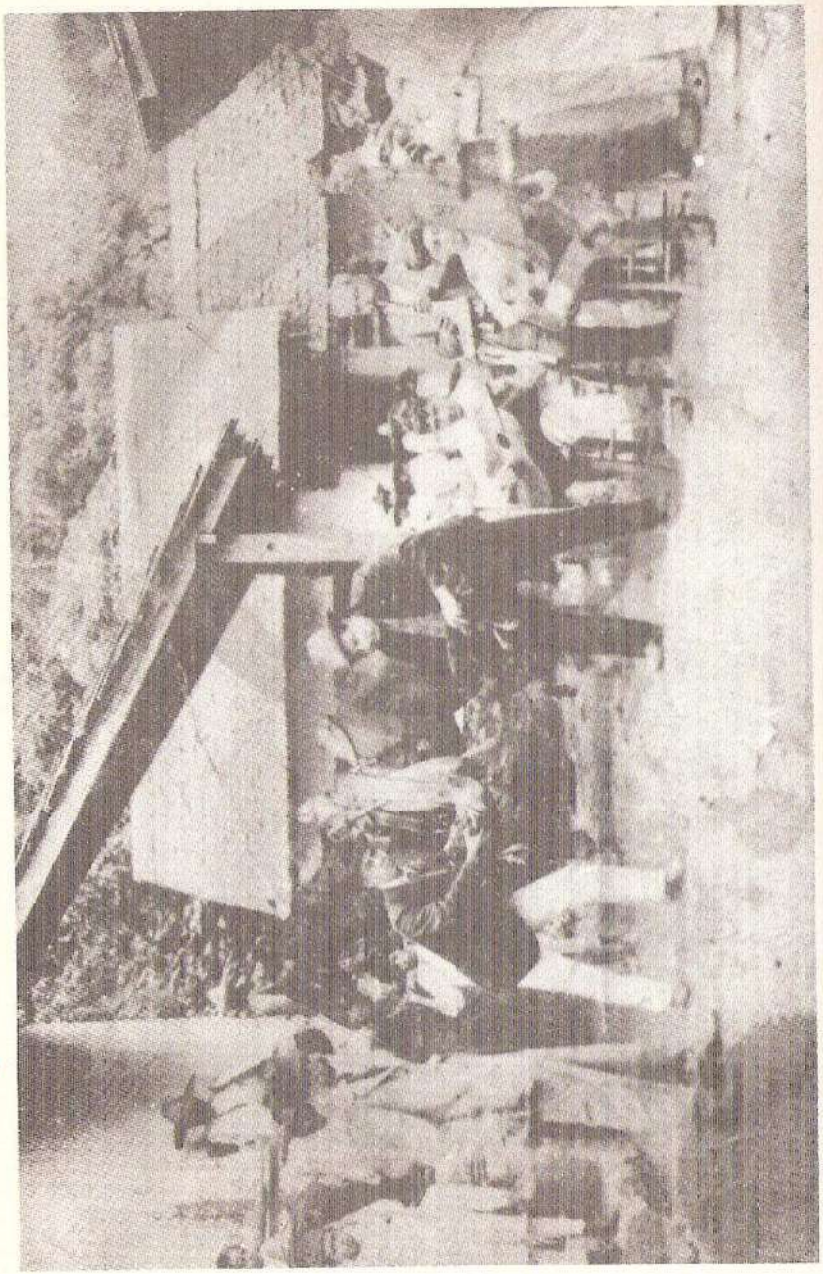
Una vez en Rincón, empezamos una dura campaña contra los cristeros, pero el general Cedillo me telegrafió desde Torreón que mandara a los coroneles Castillo, Salazar, Castro, Lárraga y al general Bartolo Díaz a Jalisco, donde las fuerzas federales necesitaban refuerzos, pues los cristeros habían aumentado mucho en número por el levantamiento de los generales infidentes y el general Andrés Figueroa, jefe de aquella zona, estaba viéndose apurado. Las fuerzas a las órdenes de Castillo y de Fausto Carrera Torres, que mandaba el 18 de línea, que no estaba a mis órdenes sino directamente a las del general Francisco Carrera Torres, comandante de la 28 zona militar en San Luis, hicieron muy buen papel en Jalisco, pero Bartolo Díaz, Luis Lárraga y Marciano Salazar hicieron un triste papel en Tepatitlán, donde fueron atacados por el cura Vega, un general cristero que era uno de los jefes de la rebelión, pues era uno de los dos segundos de la revuelta cristera que en Jalisco encabezaba el general exfederal del Colegio Militar, Gorostieta; el otro segundo de Gorostieta era el cura Pedroza, también general cristero. Los jefes Díaz, Lárraga y Salazar dejaron abandonado al coronel Castro en aquella plaza alteña, donde se batió valiente y astutamente, pues cercaron no menos de dos mil cristeros a un solo regimiento que había quedado defendiendo la plaza, y el cura Vega tenía rodeados a los nuestros. Vega ya se creía dueño de la victoria, se arrimó demasiado a nuestros hombres, y les habló diciéndoles: "Hijitos, vénganse a las filas de Dios, nuestro Señor, vénganse a militar bajo las órdenes de Cristo Rey, aquí se les reconocerán sus grados", a lo que el coronel Castro en persona, le contestó: "Acérquese más padrecito, porque no lo oigo bien". Vega se acercó a Castro y éste le ordenó a sus soldados:

General Francisco Villa en su hacienda de Canutillo, Durango, donde nada tenía que ver ningún agrarista ni ningún ingeniero de la Comisión Nacional Agraria, ni de cerca ni de lejos, montado en la silla que se mandó hacer al triunfo de la Revolución maderista, representando la cabeza del fuste la mascarilla del comandante de rurales, Claro Reza al que Villa mató en 1910 cuando el comandante Reza intentó aprehenderlo en Chihuahua. Esta fotografía, como puede verse se la dedicó a su vencedor el general Alvaro Obregón quien no se dignó acusarle recibo a Villa del retrato ni le puso cuadro ni lo colgó en ninguna parte; yo le pregunté al general Obregón que por qué tenía este retrato por ahí suelto y me contestó: "porque no tengo dónde poner a este cabrón"; pero yo sí mi general —le dije—; el "manco" me contestó: "llévatelo".

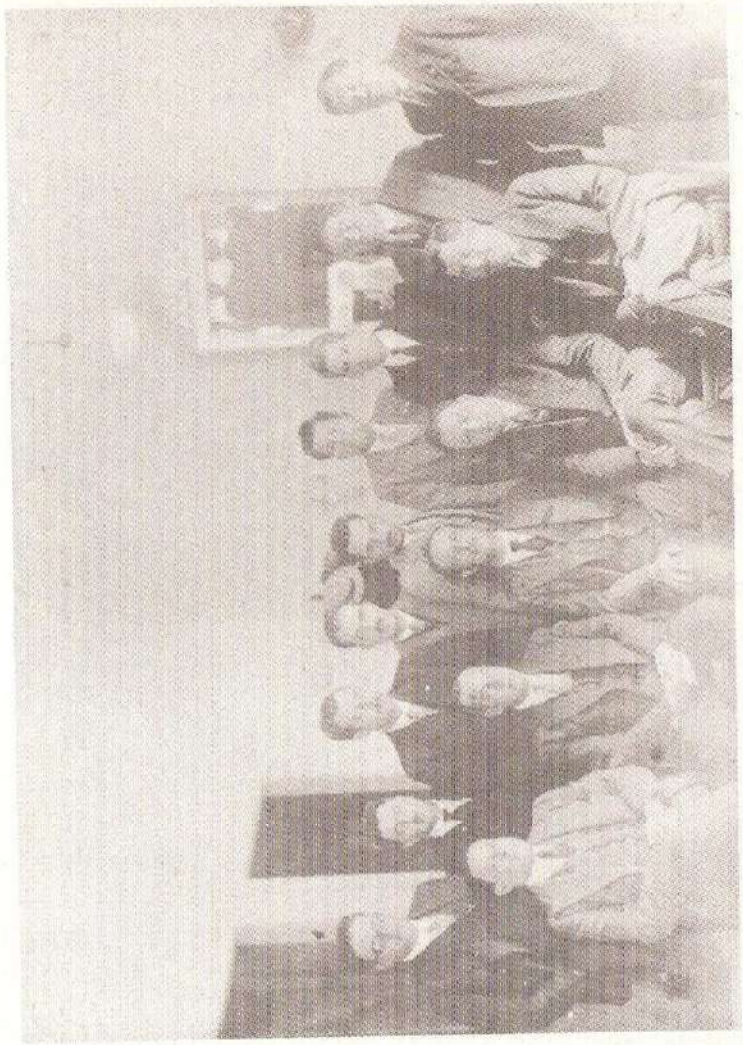


En San Luis Potosí en 1921. De izquierda a derecha: de saco, chaleco, cuello alto, sombrero y puro en la mano, el gobernador Rafael Nieto; general Plutarco Elías Calles, ministro de Gobernación; general Alvaro Obregón, Presidente de la República; general Enrique Estrada, ministro de Guerra y Marina; general Joaquín Amaro, jefe de la región militar; entre Amaro y Estrada general Franciso Urbalejo, jefe de la guarnición de la plaza (analfabeto) Esta foto fue tomada en el domicilio del gobernador del estado Rafael Nieto. Por ahí cerca andábamos nosotros.

General Severino Terrazas, originario de Axtla, San Luis Potosí (hoy Villa Terrazas, hermano del coronel Alfredo M. Terrazas quien murió en los combates de Tampico el 13 de mayo de 1914 luchando contra las fuerzas federales de Victoriano Huerta). Ingresó a la Revolución mexicana en 1910 cuando no cumplía aún los 14 años, era dos meses menor que yo, fue soldado razo y clarín de órdenes del general Pedro Antonio Santos, mi compañero en toda la Revolución contra Victoriano Huerta, combatimos juntos en Tampico contra los federales huertistas y en Ebano contra los villistas éramos él y yo fraternales amigos, nos siguió a Samuel y a mí al obregonismo en 1920 y cuando el movimiento infidente delahuertista de 1923 el ya entonces teniente coronel Severino Terrazas permaneció junto conmigo leal al gobierno del general Alvaro Obregón. Cuando estaba jugando polo con el presidente municipal de Ciudad Juárez, Chihuahua, cayó muerto de su caballo de un ataque cardiaco.



Jugando a los gallos en un palenque improvisado en la plaza de Xilitla, San Luis Potosí, amenizado por músicos de la localidad.



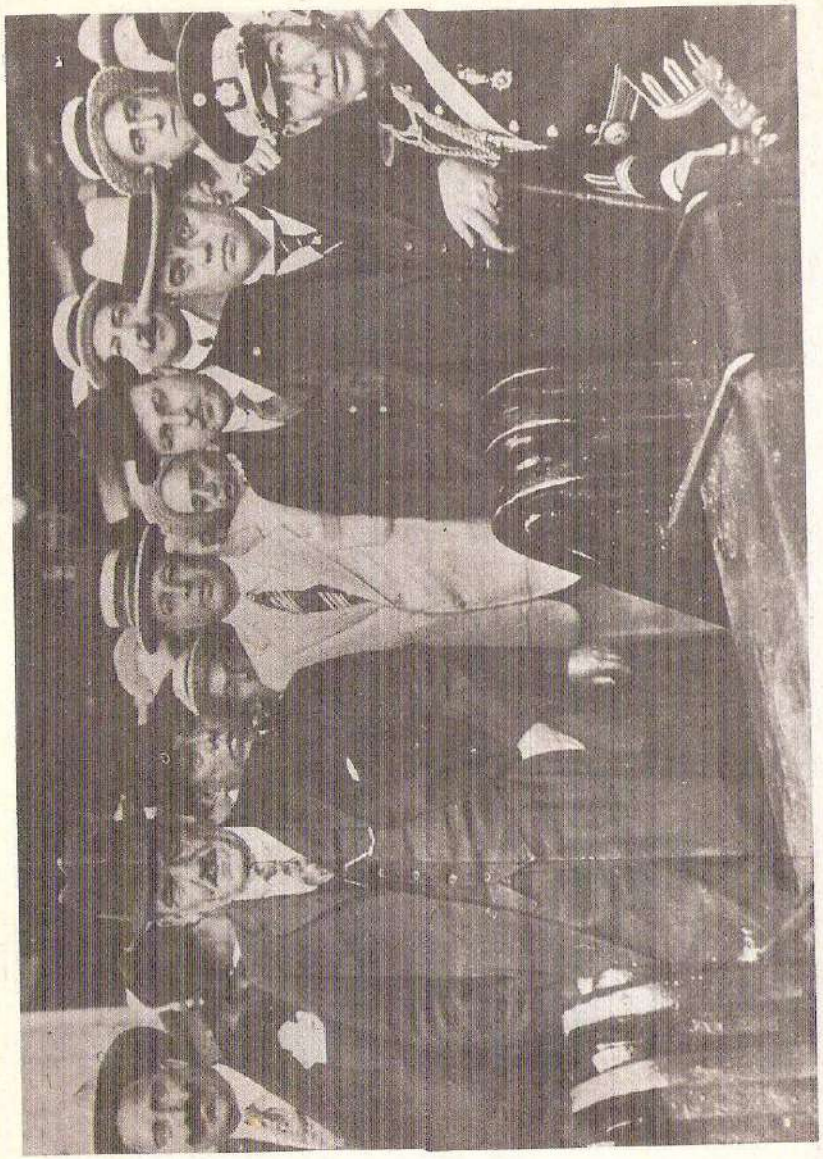
Diputación de San Luis Potosí de la XXXII Legislatura del Congreso de la Unión. De izquierda a derecha: diputado Ernesto Martínez Macías (El Sabio); diputado José Santos Alonso; diputado Juan Enrique Azuara; diputado Fernando Moctezuma; diputado Ignacio Galván; diputado teniente coronel Epifanio Castillo; diputado Leopoldino J. Ortiz; diputado Arnulfo Portales; diputado Manuel Horta. Sentados de derecha a izquierda: diputado Antonino M. García, secretario de Gonzalo N. Santos; diputado Gonzalo N. Santos, presidente del Bloque Socialista de la Cámara de Diputados; diputado Antonio Díaz Soto y Gama; el siguiente me era muy conocido pero no recuerdo su nombre, el último de la izquierda fue un relleno que metí para que no salieran 13 en la fotografía. La diputación de San Luis Potosí en esa época se componía de 12 diputados, el licenciado Soto y Gama era diputado por Xochimilco.

Mi hermano el general Samuel M. Santos a su ascenso.

General Samuel M. Santos en su retiro a la vida privada.

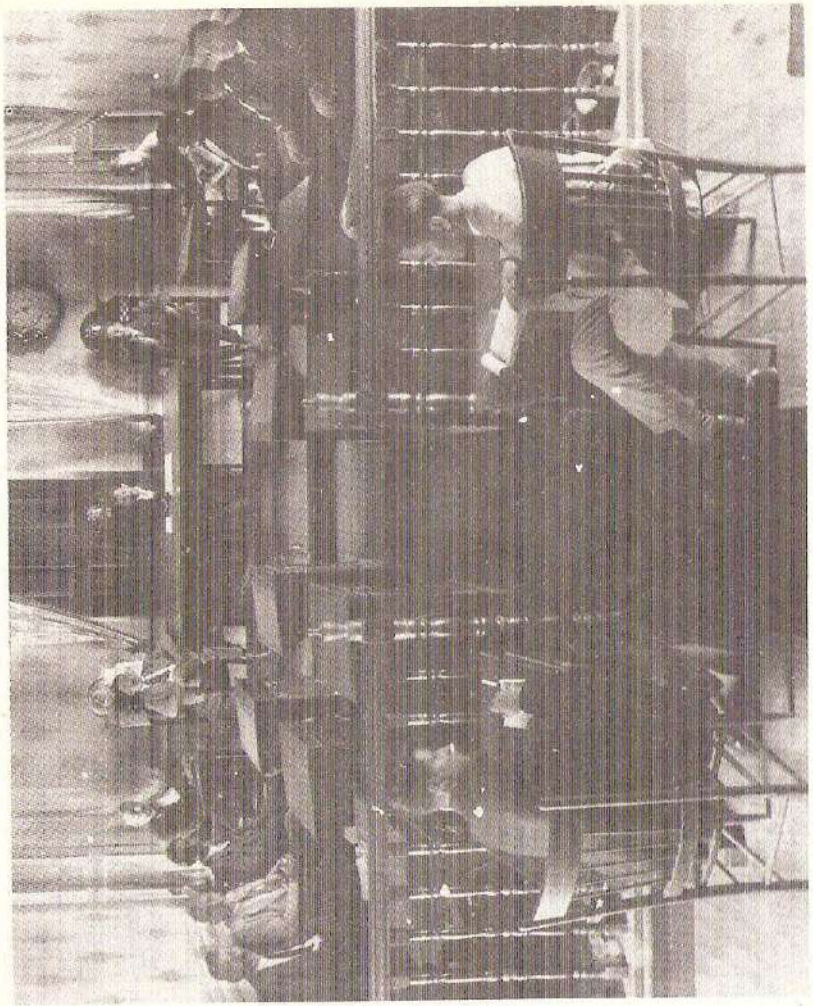
En la tribuna del Congreso de la Unión como líder del Bloque Socialista Parlamentario.

En el Congreso de la Unión con diputados del Bloque Socialista Parlamentario, al frente el diputado Alfredo Romo.

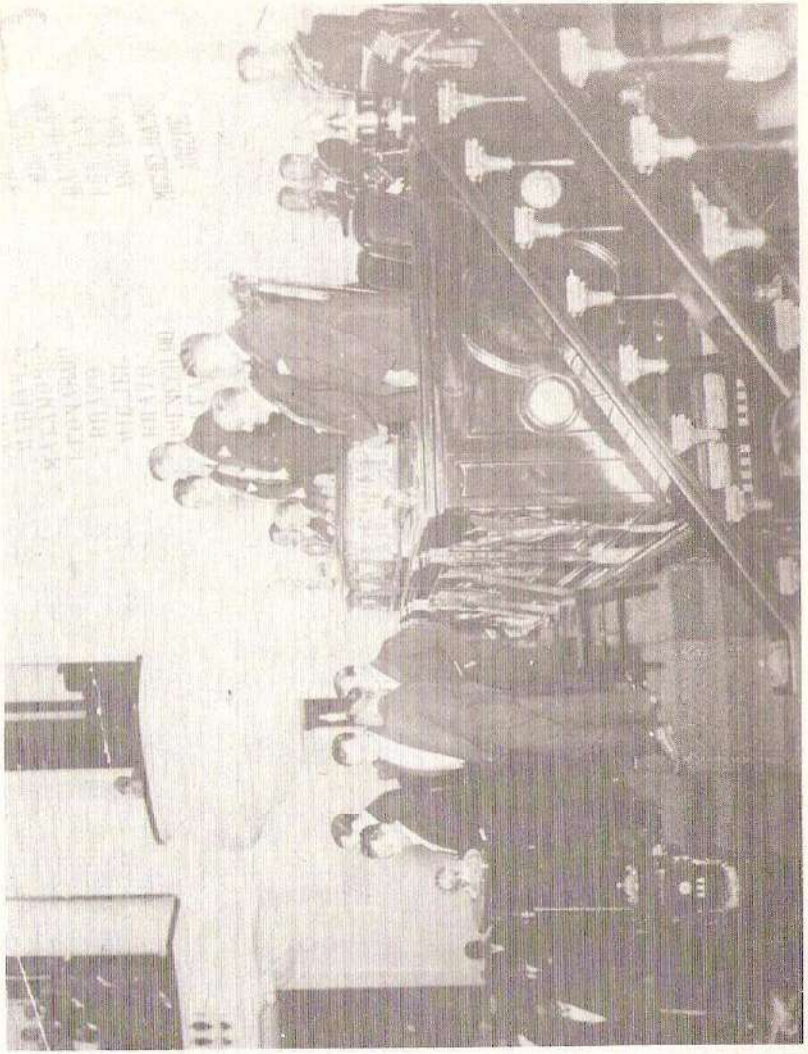


En la estación Colonia, el presidente Plutarco Elías Calles con algunos miembros de su gabinete entre los cuales aparecen el secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Luis N. Morones; el ingeniero Luis L. León, secretario de Agricultura y Fomento; el diputado Gonzalo N. Santos, presidente de la Alianza de Partidos Socialistas de la República; Alberto Mascoreñas, presidente del Banco de México; el gobernador del Estado de México, Carlos Riva Palacio y el capitán Vega, del Estado Mayor Presidencial, esperando la llegada del general Alvaro Obregón procedente de Sonora.

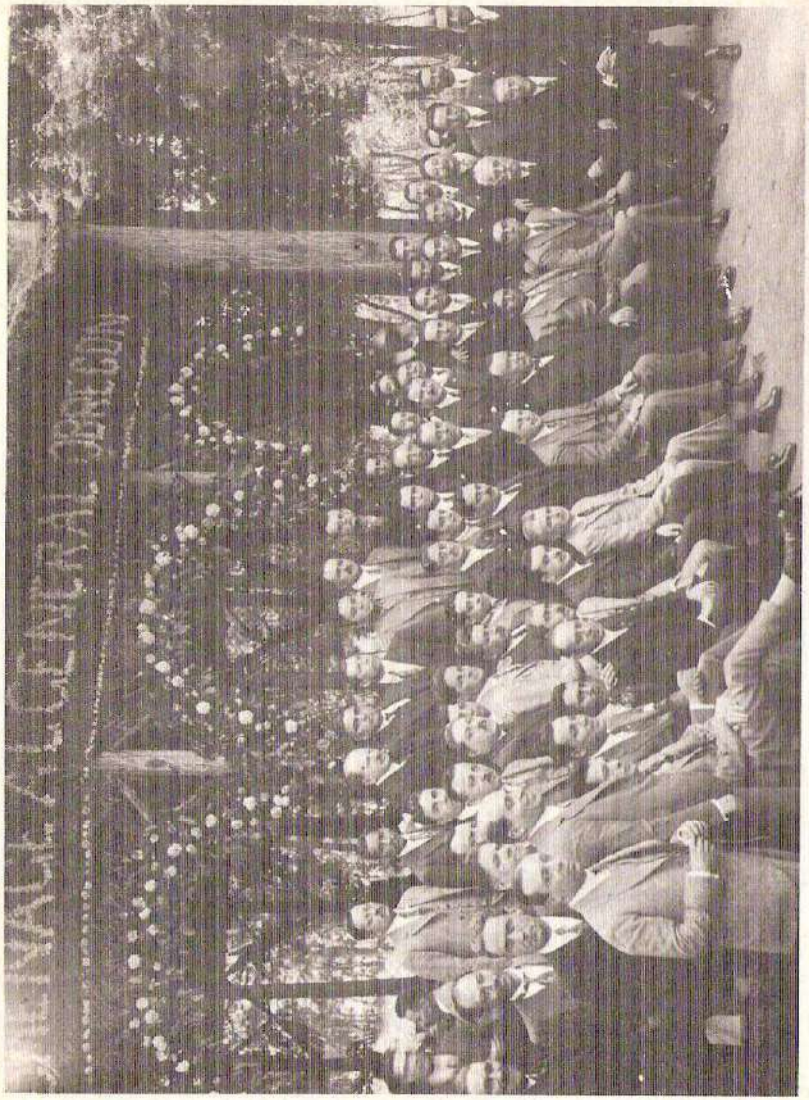
Elegantemente ataviados, Gonzalo N. Santos y el presidente Plutarco Elías Calles después de la lectura de su informe a la salida de la Cámara de Diputados.



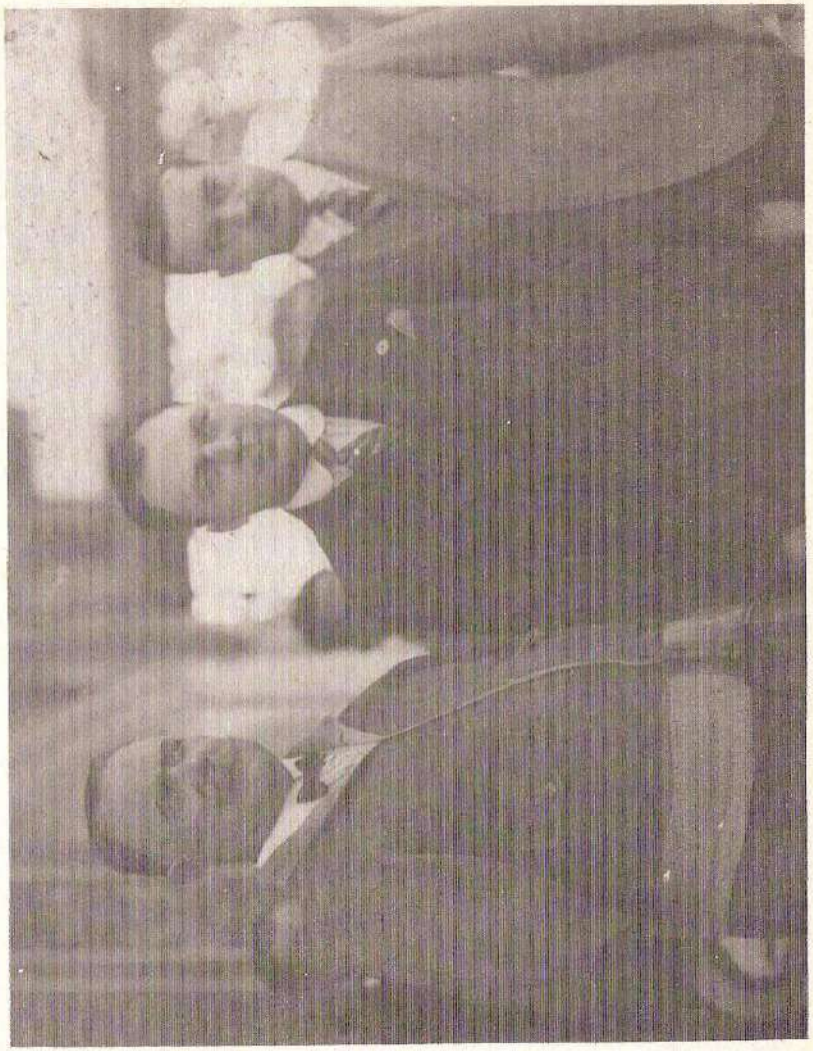
Sesión del Congreso de la legislatura local de Tamaulipas en donde con un diputado desaforamos al resto de la legislatura y metimos los suplentes pues los diputados propietarios se habían declarado en sesión permanente para desaforar al gobernador Emilio Portes Gil; la maniobra la dirigieron personalmente el diputado Gonzalo N. Santos, presidente de la Alianza de Partidos Socialistas de la República; el propio Emilio Portes Gil y el general de brigada, comandante militar del estado de Tamaulipas Guillermo Nelson, apoyados por una masa de tres mil agraristas, encabezados por su líder el campesino Magdaleno Aguilar, posteriormente gobernador de Tamaulipas y senador de la República. Esta sesión en que con un diputado desaforamos diez diputados no tiene nada qué pedirle a lo que hizo Cristo cuando con cinco panes les dio de comer a cinco mil personas. En este acto de malabarismo del nazareno nos inspiramos para que Portes Gil siguiera al frente del gobierno de Tamaulipas y no quebrara su carrera política habiendo llegado a Presidente de la República.



General Plutarco Elías Calles, Presidente de la República rindiendo su segundo Informe ante el Congreso de la Unión. En la tribuna dirigiendo la sesión el diputado Gonzalo N. Santos, de pechera blanca y frac, presidente de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, adelante de él los diputados secretarios doctor Alejandro Cerizola, a la derecha Alfredo Romo, atrás el diputado Antonio Valadez Ramírez comunicándole algo al diputado Santos y el oficial mayor de la Cámara; a la izquierda de Calles, el diputado Zavaleta de Oaxaca, otro diputado que no recuerdo, a la derecha del Presidente, el diputado que contestó el Informe cuyo nombre no recuerdo. Sentados los diputados Luis Torregrosa, de Yucatán y José García Ramos, de Oaxaca, a la derecha el general José Alvarez jefe del Estado Mayor Presidencial, capitán Vega, hoy general de división y otro oficial cuyo nombre no recuerdo.



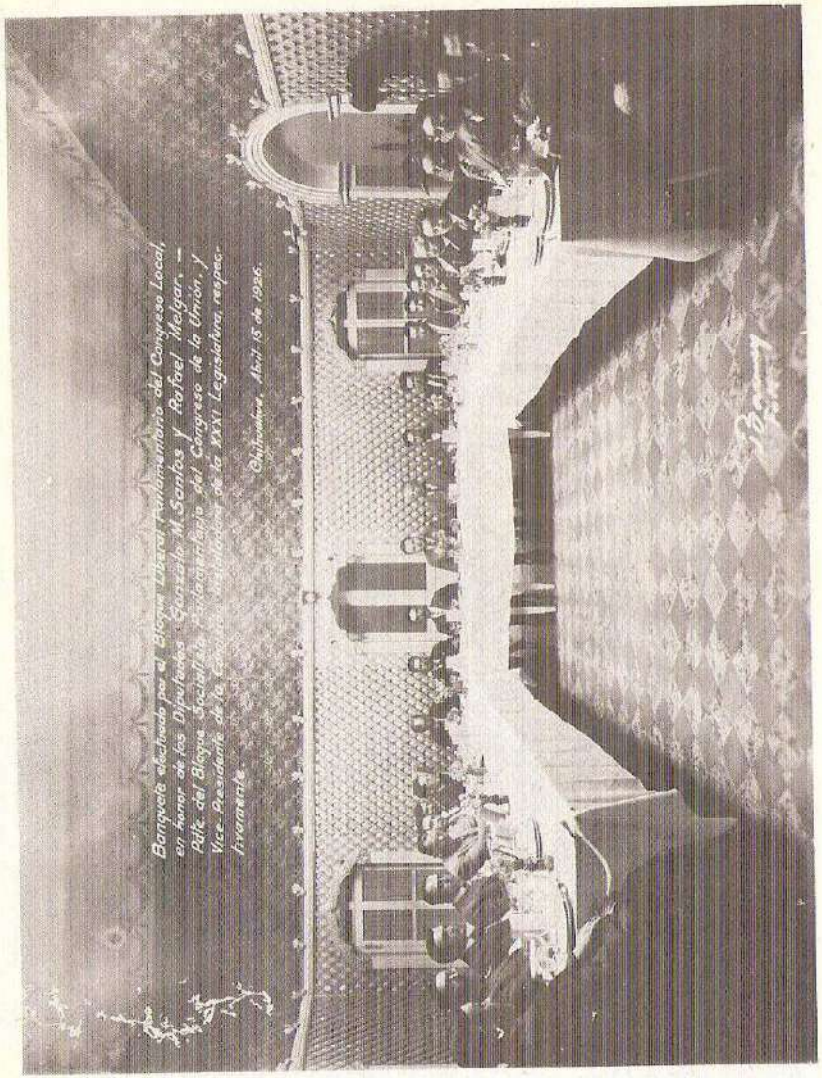
Homenaje organizado al general Alvaro Obregón para apoyar su reelección.



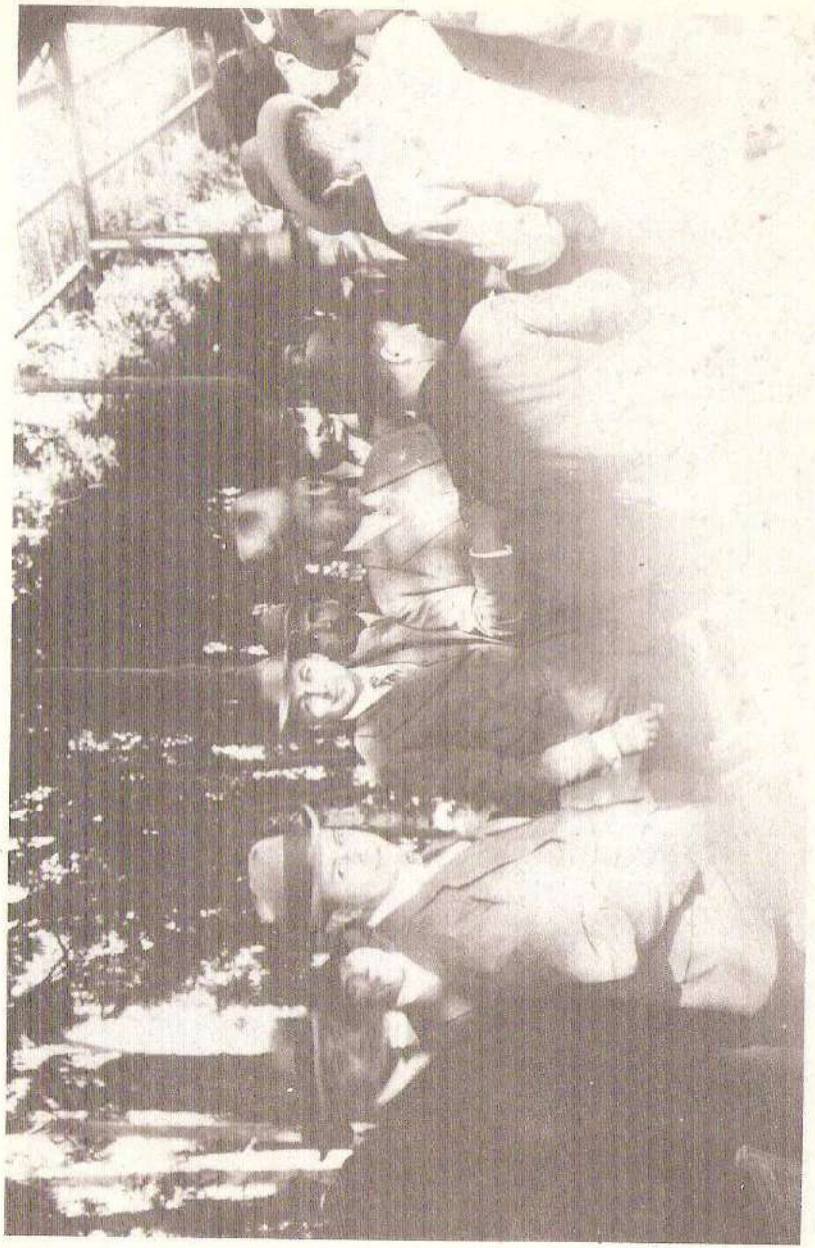
Con Alvaro Obregón y el diputado Alfredo Romo miembro activo de la Alianza de Partidos Socialistas.

Rumbo al lugar donde se celebraba el juicio de León Toral y la madre Conchita, presuntos autores material e intelectual del asesinato del general Alvaro Obregón.

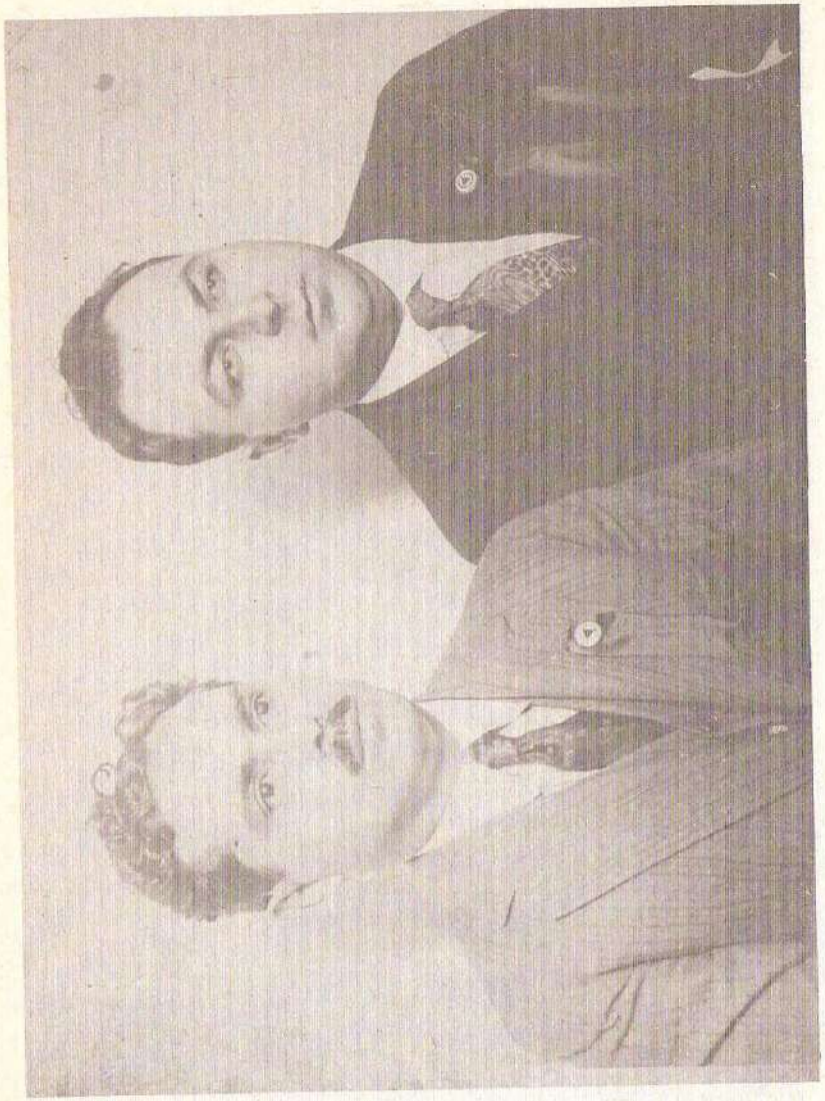
Aspecto de la convención de la Alianza de Partidos Socialistas de la República celebrada en el Tívoli del Liceo, 1925.



Banquete efectuado por el Bloque Liberal Parlamentario del Congreso Local, en honor de los diputados Gonzalo N. Santos y Rafael Melgar, presidente del Bloque Socialista Parlamentario del Congreso de la Unión, y vicepresidente de la Comisión Instaladora de la XXXI Legislatura, respectivamente. Chihuahua, abril 15 de 1926.



Banquete ofrecido por la Alianza de Partidos Socialistas de la República, a su digno presidente, Gonzalo N. Santos, con motivo del primer aniversario de su toma de posesión.. Viveros de Coyoacán, México, D. F., 1o. de enero de 1927.

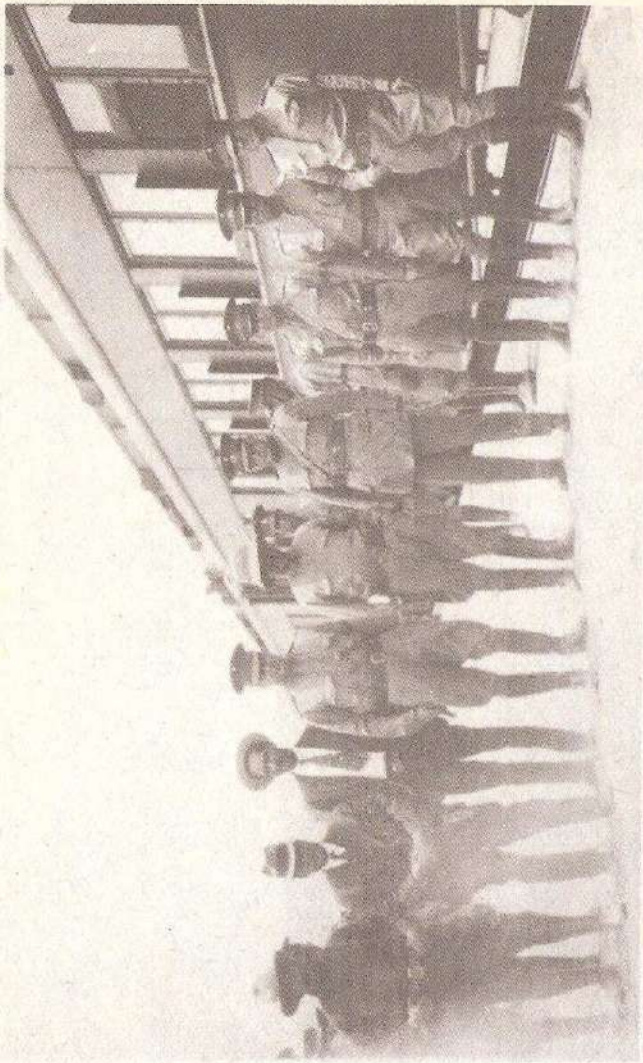


Con el general Campillo Zeyde, diputado de la Alianza de Partidos Socialistas de la República que presidía el diputado Gonzalo N. Santos.

En gira política por Yucatán, de izquierda a derecha: senador general Jesús Azuara; diputado Melchor Ortega, vicepresidente del Bloque Socialista Parlamentario de la Cámara de Diputados; general diputado Arturo Campillo Zeyde; diputado Gonzalo N. Santos, presidente del Bloque Socialista de la Cámara de Diputados. El diputado Santos fue comisionado a Yucatán por el presidente Calles para reorganizar el Partido Socialista del Sureste después de haber sido asesinado su líder el gobernador Felipe Carrillo Puerto.

Regimiento de caballería al mando del coronel Gonzalo N. Santos saliendo de su cuartel en la hacienda de La Laja, Guanajuato, a batir a los cristeros de la hacienda de Lourdes. La foto captó sólo una parte de la columna.

En el Fortín esperando a los cristeros de izquierda a derecha: teniente Proto Santos; mayor Cipriano Martínez; coronel Gonzalo N. Santos; Angelina Pequiare (La Cativa), capitán primero Alberto López y un soldado. Puede apreciarse que nuestras fortificaciones no eran de concreto. 1929, San Miguel de Allende, Guanajuato.

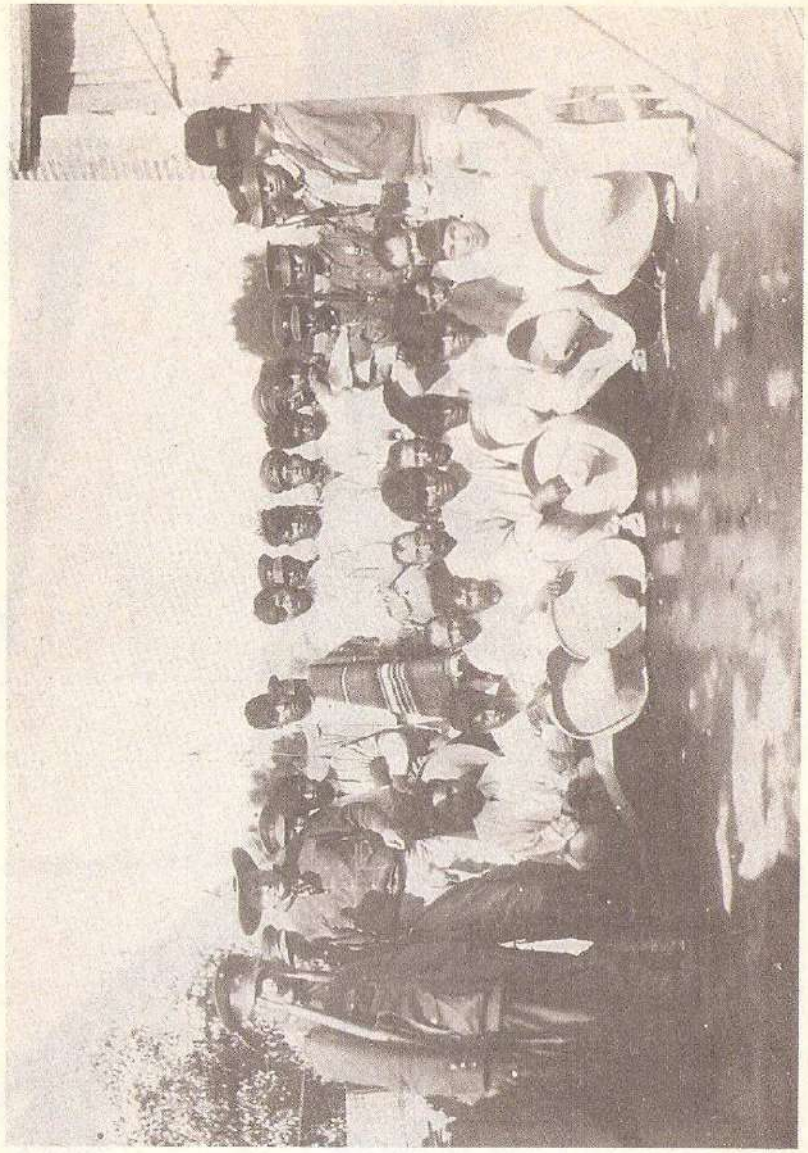


Campaña contra los cristeros. Visita del general Samuel M. Santos al coronel Gonzalo N. Santos en su cuartel general en Río Laja, Guanajuato, de derecha a izquierda: capitán primero forrajista Julián B. Lafont; capitán primero Pedro Angel Mendoza, comandante del tercer escuadrón; teniente coronel José Zataray; segundo jefe del tercer regimiento; general Samuel M. Santos; coronel instructor de la columna Santos "Orejitas", su nombre no lo recuerdo, debía su apodo a que Villa le cortó las orejas cuando lo hizo prisionero en Chihuahua; el coronel Gonzalo N. Santos jefe de la columna Santos y del 16o. regimiento; "El Cubano" de sombrero carrete, espía del coronel Santos ante los cristeros, el telegrafista Luna, "El Siniestro" de sombrero texano, también espía ante los cristeros.

El coronel Gonzalo N. Santos con un grupo de oficiales de su Estado Mayor en campaña contra los cristeros en Rincón, Guanajuato.

Un respiro en la campaña contra los cristeros, parado el teniente coronel diputado José Zataray; de izquierda a derecha sentados: coronel Gonzalo N. Santos; coronel "Orejitas" no recuerdo su nombre, instructor del 16° regimiento al mando del coronel Santos (no supe su fin); teniente coronel Enrique Méndez de origen portorriqueño (muerto general de brigada); mayor diputado José García Chávez; capitán ayudante Julián B. Lafont, en Río Laja, Guanajuato, 1929.

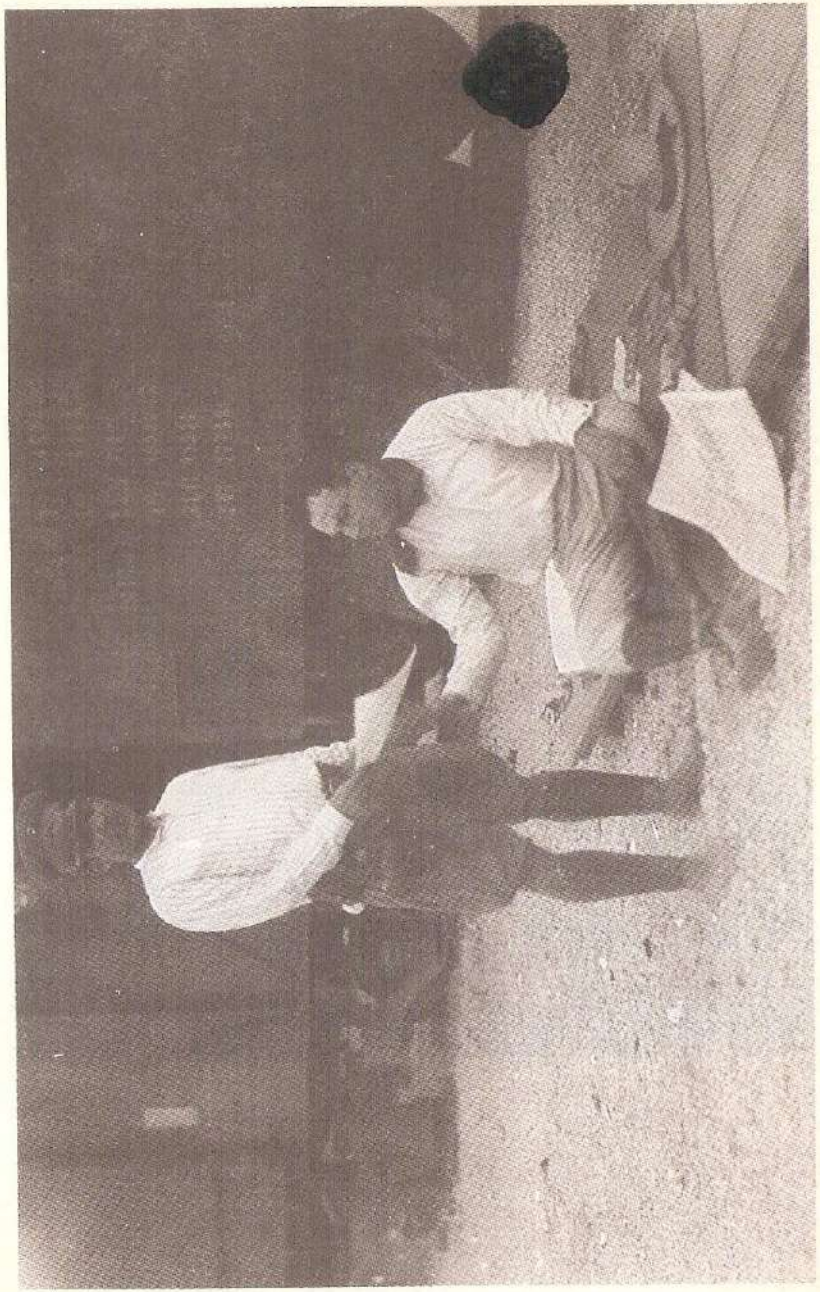
Palenque organizado en honor del general Samuel M. Santos quien visitaba al coronel Gonzalo N. Santos en su cuartel general en Guanajuato, durante su campaña contra los cristeros.



Coronel y diputado Gonzalo N. Santos, a la izquierda; a la extrema derecha el teniente coronel y diputado José Zataray, escoltando a un grupo de cristeros hechos prisioneros en combate en Lourdes, Guanajuato. Estos rebeldes fanáticos un día antes le habían cortado las orejas al profesor de la escuela, el coronel Santos hizo extensiva la ley de cinco de enero de 1862 reimplantada en 1913 por don Venustiano Carranza, el coronel Santos no discriminó de esta sabia ley a ninguno de los cristeros capturados.

Oficiales del 16° regimiento al mando del coronel Gonzalo N. Santos. De izquierda a derecha: teniente Nicolás Salazar; capitán Evaristo García; subteniente Salazar, hermano de Nicolás, tres verdaderos leones; después del licenciamiento del 16° regimiento, Nicolás Salazar tuvo a bien declararse bandido por lo que sufrió persecución y los otros 2 también emigraron a la Huasteca veracruzana; Evaristo fue asesinado en una emboscada por cuestión de faldas. Entre otras hazañas de Nicolás Salazar fue muy sonada en la Huasteca la de haberse casado a la fuerza con una cuñada del ganadero Reyes García.

Campaña contra los cristeros en Guanajuato, oficiales del 16° regimiento al mando del coronel Gonzalo N. Santos, batiendo a los cristeros de la Sierra Gorda, de izquierda a derecha: capitán primero Ernesto López, jefe del primer escuadrón; capitán segundo Gustavo Rodríguez, subjefe del escuadrón. Estos dos oficiales eran magníficos combatientes, el capitán López fue por muchos años el ayudante predilecto y más allegado a Gonzalo N. Santos.



Impartiendo órdenes a uno de los oficiales de mi regimiento.

El coronel Gonzalo N. Santos.

"Fuego sobre este enviado de Dios", y ahí quedó muerto el cura bandolero Vega. Castro aprovechó para cargar contra los cristeros, los que se dispersaron llenos de pánico, cuando vieron a su jefe muerto. Cuando di parte de esta acción al general Cedillo, ordenó el proceso de los jefes correlones, el que no se llevó a cabo porque el general Cedillo era muy bondadoso y sólo humilló al general Bartolo Díaz, nombrándolo mi asistente, y como yo era y soy amigo de Bartolo lo traté con consideraciones y Lucio Lárraga no se me presentó sino que fue a ver al general Cedillo tardíamente, después de haberme entregado sus tropas. Marciano Salazar quedó con sus indios en alguna plaza de Jalisco donde había fuerzas federales. Nosotros en Querétaro sólo tuvimos un encuentro en una sierra muy escarpada que se llama Pinal de Amoles, en donde derrotamos a un tal Juan Carranza, rebelde desde mucho antes de los cristeros levantado en armas; después, en esto, tuvimos dos combates de alguna importancia, uno en la hacienda de Lourdes que me parece ya relaté y otro no menos fuerte en Tierra Blanca, donde derrotamos a un cristero que se llamaba general Valentín de la Sierra, al cual han hecho un corrido mentiroso, confundiendo la Revolución con la rebelión cristera.*

Llegaron los escobaristas a Saltillo cuando teníamos más de mil hombres armados y montados en San Luis Potosí y como cinco mil sin armas. Escobar se espantó de su propia sombra y no avanzó, por el contrario, de ahí retrocedió a Torreón y después hasta Chihuahua, dando tiempo al general Calles para que organizara las fuerzas de Cedillo y otros de línea. Levantó las fuerzas federales de Eulogio Ortiz, Anacleto López, Rodrigo M. Quevedo, Bonifacio Salinas, Gilberto R. Limón y otros jefes y los hizo avanzar a la zona de Almazán, y fueron ellos los que verdaderamente dieron la batalla en Reforma, y Jiménez contra los escobaristas, con la retaguardia reforzada por Cedillo con más de seis mil hombres. La línea de fuego escobarista frente a las fuerzas del gobierno la encabezaba el valiente, aunque muchas veces traidor, general Marcelo Caraveo, pero entre Quevedo, Bonifacio Salinas, Ortiz, Limón, Cleto López así como otros muchos jefes que ahorita se me escapan de la memoria, lo hicieron pedazos, avanzando estas fuerzas hacia Chihuahua sin combatir hasta encontrar en el Paso del Púlpito, todavía en territorio de Chihuahua, cuando ya Escobar había huido con su dinero, a los traidores Marcelo Caraveo y Jacinto Blas Treviño, este último que había venido del destierro a ver si se le hacía a Escobar y volvía a ocupar el

*El capitán primero Pedro Angel Mendoza, jefe del tercer escuadrón de mi 16 regimiento, me contó que el tal Valentín de la Sierra les proponía a él y al capitán segundo Gustavo Rodríguez (alias Mano de Aguila, quien fue quien le pegó el tiro de gracia a Valentín) entregarles un tesoro que tenía en oro y un arsenal de parque y armas, pero Mendoza no se dejó embaucar, pues lo que el cristero quería era "pelarse", ya que conocía esa sierra como sus manos, pues hacía años que no entraban fuerzas del gobierno a la región por él dominada.

puesto de general, del que estaba dado de baja por indigno, desde el tiempo del general Calles.

Cuando Jacinto Blas Treviño se "rebeló" en favor de Arnulfo R. Gómez, incorporándose a los generales Jesús y Antonio Azuara, que llevaban diez hombres y en cuanto a Blas Treviño no llevaba ni asistente, los agarró prisioneros a esta pequeña gavilla que encabezaba Treviño, pero de la cual eran verdaderos jefes los Azuara, los agarró prisioneros como dije, un sargento cerca de Tula, Hidalgo. Treviño le preguntó al sargento si lo conocía y éste dijo que sí, puesto que el sargento había militado en las fuerzas de don Pablo González. Entonces Treviño le suplicó, le rogó, le lloró y ya casi se hincaba pidiéndole que le perdonara la vida, que sería bien compensado y uniendo la acción a la palabra, sacó quinientos pesos oro y se los dio al sargento, el cual ante este argumento lo dejó ir con vida. Este triste papel de Treviño me lo contó el popio Chucho Azuara (general Jesús Azuara), que era el que había organizado a los diez hombres dizque para irse a levantar a la Huasteca de Hidalgo, pero cuando llegaron allá, ya habían fusilado a Gómez en Teocelo, Veracruz, y ellos todo lo que hicieron fue esconderse en un rancho de los Azuara, donde tuvieron a Treviño durante varios meses escondido y éste, como pago a los Azuara, los insultó después en unas declaraciones, contando una bola de mentiras.

Retomo el relato de mi propia campaña en Guanajuato. Los escobaristas, al mando del general Fausto Topete y del general Roberto Cruz, primero tomaron Culiacán sin combatir, y después atacaron Mazatlán. En Mazatlán, el valiente general Carrillo, hechura del general Joaquín Amaro, no cedió un palmo de terreno hasta que llegó el general Lázaro Cárdenas con sus fuerzas y echó a los escobaristas, entre los que iba Roberto Cruz, quien tuvo la hombría de no cruzar la frontera quedándose escondido en su rancho, y desde donde la emprendió a caballo él solo, mucho tiempo después, y cruzó la frontera de Sonora a Arizona. Como dije, llegó Cárdenas y echó a los escobaristas hasta Nogales, Sonora, donde cruzaron la frontera. Cárdenas iba muy fuerte, muy bien organizado y como jefe de la región que comprendía Jalisco, Colima, Nayarit, Michoacán, Sonora y Sinaloa, pues en Baja California mandaba el general Abelardo L. Rodríguez, también después presidente de la República.

El general Calles nombró al general Cedillo jefe de la División del Centro y lo incorporó, como ya dije, a su columna con ocho mil hombres, quedándose Cedillo con Calles en Torreón como reserva, en espera de los combates con Caraveo y Escobar, en el estado de Chihuahua; a mí me designó jefe militar de medio estado de Guanajuato y el estado de Querétaro, dándome facultades para avanzar hasta donde yo quisiera. Me nombró, como ya dije, jefe militar del estado de Querétaro, donde organizamos fuerzas al mando del analfabeto, valiente y leal revolucionario Saturnino Osornio, quien inauguró el principio de la campaña, entrando en la catedral de la muy católica ciudad de Querétaro, montando briosa mula hasta el altar mayor donde gritó: "Que muera Cristo Rey y viva el general Calles". Debo aclarar que en toda la campaña creo que fue el único "viva Calles" que se escuchó, pues todos gritábamos "viva Obregón" que ya estaba bajo tierra, "vivas" que nunca perdonó el general Calles, pues sentía que el Obregón muerto vivía más que el vivo. El general Cedillo quedó con Calles con ocho mil hombres en Torreón, a más de quinientos kilómetros de los combates que se libraban en el estado de Chihuahua y fue el traidor Almazán quien aprovechó este hecho para proclamarse "héroe de la Reforma", pues así se llama el lugar donde obtuvieron el triunfo Limón, Quevedo, Cleto López, Eulogio Ortiz y demás jefes sobre los escobaristas.

Dejaremos al general Calles, Almazán y Cedillo a un lado y al general Cárdenas avanzando fácilmente a Sonora, para referirme a mis actividades, pues éstas son mis memorias y no la historia de la Revolución.

En Rincón entronca con los ferrocarriles de México a Laredo un ramal que viene de San Luis de la Paz, y ahí puse mi cuartel general. Empecé a hacerles campaña a los cristeros. Por todos lados me encontraba con que los grandes terratenientes estaban agazapados en sus haciendas o en sus casas en la ciudad de México, y quienes proveían a los cristeros eran ellos. Al principio de la campaña aparentaban los hacendados ser neutrales, después, cuando las cosas ya estaban tocando a su final, cambiaron de política entendiéndose con el general Cedillo, quien ya traía ambiciones presidenciales y quería atraer a los católicos y a los conservadores, y ellos querían atraerlo a él; así es que en lugar de utilizarlos, él se dejó utilizar por ellos, motivo por el que más tarde me distancié y separé del general Cedillo. En mi campaña contra los cristeros libré solamente dos combates importantes, dignos de mencionarse. Entre San Luis de la Paz y Rincón, en la hacienda de Lourdes, que era del padre e hijos ingenieros Briones, que con el tiempo estos ingenieros, titulándose agraristas con empleo en el Departamento Agrario, querían repartir mi rancho a campesinos imaginarios acá en la Huasteca potosina; después, siendo yo gobernador y como vi que estos cabrones querían ser más papistas que el Papa Negro, los mandé agarrar y expulsar del estado. Luego, con el tiempo, se descubrió, en la época de Rivas Guillén, que cuando querían hacer esa ofensiva contra mí, eran farsantes, y dándome la razón el general Cárdenas, cuando era presidente de la República, los mandó cesar de sus empleos y me otorgó una inafectabilidad para El Gargaleote por veinticinco años.

Libramos un fuerte combate con los cristeros, cayéndoles por la retaguardia cuando atacaban el tren de San Luis de la Paz y luego, cuando vi que estos señores estaban muy serenos y sin temor, les mandé hacer una redada de mulas a sus haciendas como castigo a su actitud. Y estando combatiendo con los cristeros en la hacienda de Lourdes, vimos venir

un automóvil levantando mucha polvareda y lo mandé detener, resultando que el que viajaba en él era el rico hacendado León Peña, que tenía algo así como unos treinta y tantos años explotando a los campesinos, pues el tal Peña era gañán de origen, y sabía para lo que servía la tierra, pero también aprendió mucho para qué servía la gente esclavizada. A este Peña, que además era polígamo, pues tenía algo así como quince mujeres campesinas en el serrallo cimarrón, intenté fusilarlo, pero lo salvó la mayoría de la diputación federal por Guanajuato que me acompañaba en la estación de Rincón. Después de detenerlo, lo interrogué personalmente, preguntándole cómo era posible que estando combatiendo nosotros con los cristeros, se arriesgara a salir con tanta confianza por atrás de la línea del enemigo, y me dijo: "Cuando salí de mi hacienda no sabía nada del combate, es que me agarró cuando estaba muy próximo a él pues iba a tomar el tren para San Luis Potosí.

Por todos los antecedentes que sabía del tal Peña, como dije, intenté fusilarlo, y como también dije, lo salvaron los diputados de Guanajuato entre los que se encontraban el licenciado Federico Medrano B., que muchas veces fue jefe de la diputación de Guanajuato con mi apoyo, y que me traicionó dos veces, la última con don Pascual, cuando las Cámaras chocamos con el ingeniero Ortiz Rubio. Me acompañaban en Rincón también un abogado muy inteligente y simpático, cojo de nacimiento, al que le decían el Pato Santoyo, el licenciado Romero Courtade, muy inteligente, magnífico orador, que después fue embajador de México en varios países, el licenciado Mendoza González, quien fue magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y a quien llamábamos Pepitilla, también fue ministro de Gobernación de Ortiz Rubio y también parece ser que se entendió con León Peña, no al sonoro rugir del cañón, sino al sonoro rugir de veinte mil morlacos de relucientes hidalgos de oro del cuño mexicano que se repartieron los diputados federales guanajuatenses, dirigidos por Medrano.

También de este Salvador León Peña, y antes de que lográramos terminar con Valentín de la Sierra, me sucedió este incidente que a continuación voy a relatar: dando un paseo a caballo por la orilla de la vía del ferrocarril, acompañado sólo de mi asistente, un caporal apodado el Viejo Moro, me encontré un campesino sentado en los rieles, y yo como por no dejar, saqué la reata y lo lacé, diciéndole: "Escoge el poste en que quieres que te cuelgue". El hombre se puso a temblar, y me dijo: "No me cuelgue, mi jefe, yo le voy a decir toda la verdad". "Habla, dímelo todo —le dije— y te perdono la vida". "Sí, mi jefe", y empezó a hablar: me contó que tenía siete caballos escondidos que le llevaba al tal Valentín de la Sierra, de parte del amo "Chava". "Dime el nombre completo del amo Chava", le dije y me contestó: "Don Salvador León Peña, quien me ordenó llevar esos caballos al Tecolote, una ranchería de los alrededores, y que se los entregara al cabecilla Valentín". "Conque sí —le dije—, ¿en

dónde están los caballos?", y me informó que estarían a dos kilómetros de donde nos encontrábamos dentro del monte. Pero yo desconfié que fuera un cuatro y me agarraran "cortado", le pasé la reata a mi asistente y lo llevamos hasta mi cuartel donde lo mandé con seis soldados a recoger los caballos, los que me trajeron. Salvador León Peña, el patrón Chava, el amo Chava, todos los días iba a visitarme a mi campamento en Rincón junto con otros amigos míos sinceros de la región, como por ejemplo, el finado Luis Martínez Vértiz, que llegó a ser gran hombre de negocios en esta capital. Comíamos, bebíamos, jugábamos poker, etcétera, y me tenía totalmente dormido.

Al otro día, Peña vino a la reunión, y le dije: "Ahora no va a haber póker, mocho hijo de la chingada", y previa amenaza de fusilamiento, el amo Chava cooperó con una fuerte suma para la causa revolucionaria, la cual repartí entre la gente.

Terminaron las campañas contra los infidentes escobaristas en Chihuahua y en Sonora, y terminó también la campaña contra los cristeros, que llevábamos a cabo el general Andrés Figueroa en Jalisco y yo en Guanajuato y Querétaro,y después, al frente de la División del Centro, vino a hacerse cargo de la campaña de los dos estados el general Saturnino Cedillo.

Cuando había destacado la columna en persecución del tal Valentín de la Sierra, quien se titulaba general de Cristo Rey, los jefes de esta columna, como dije, eran el teniente coronel Enrique Meléndez (muerto general de brigada), originario de Puerto Rico pero mexicano de nacionalidad, y el capitán Pedro Angel Mendoza, el primero con el regimiento número 48 y el capitán Pedro Angel Mendoza con el tercer escuadrón de mi 16 regimiento, pero recibí la orden del presidente Emilio Portes Gil de suspender toda acción militar. Quiero dejar asentado que esta columna se enfrentó a Valentín de la Sierra y sus seguidores en la sierra de Xichú, perteneciente al estado de Guanajuato y en esa acción Valentín de la Sierra cayó prisionero; después de esta captura la columna se reintegró al cuartel general que, como ya dije, estaba ubicado en Rincón, Guanajuato, y en donde por órdenes mías se fusiló al prisionero y después fue exhibido el cadáver en la plaza de armas.

Las casualidades de la "bola"

Terminada esta campaña, recibí órdenes de concentrarme con mi tropa en la ciudad de San Luis Potosí, a donde el general Plutarco Elías Calles, el presidente de la República, Emilio Portes Gil, el general Joaquín Amaro, ministro de Guerra y Marina, y el general Saturnino Cedillo, jefe de la División del Centro, iban a licenciar la División del Centro en una ceremonia muy emotiva que se llevó a cabo en unos llanos que eran del antiguo campo aéreo de San Luis Potosí.

Pero un día antes de embarcar mis tropas en Rincón, para concentrarnos en San Luis Potosí, como ya dije, para licenciar las tropas de la División del Centro, llamé a los campesinos de la hacienda de La Laja, para formar un ejido y repartir la hacienda. Pero sucedió que al frente de ellos iba el administrador de la hacienda y dos jóvenes mayordomos que iban disfrazados de campesinos y un grupo de auténticos labriegos de ciento cincuenta peones. Les hablé de la necesidad que tenían de formar un ejido y exhorté al administrador a que no estropeara esta acción revolucionaria, pues la zona era cristera y la Revolución necesitaba hacerse sentir en el norte de Guanajuato. El administrador me manifestó que él no tenía por qué meterse en eso, que él estaba administrando la hacienda, que los campesinos resolvieran lo que mejor les pareciera.

Después se me acercaron los dos mayordomos disfrazados hablándome en voz áspera, que ellos no querían tierras robadas, que ellos querían seguir siendo pobres y recibir los salarios legales del amo y no mancharse en una cosa así. Les dije que ya sabía que un cura gachupín estaba escondido en la hacienda que les aconsejaba, y que el día anterior les dijo que no aceptaran ser agraristas y que se irían al infierno si lo aceptaban; que recapacitaran, les seguí diciendo, que el amo de ellos se la pasaba en la capital de la República sin pararse nunca en la hacienda, explotándolos vilmente con un salario miserable y haciéndolos trabajar de sol a sol. Me contestaron alternativamente los dos mayordomos disfrazados, en términos ultrarreaccionarios, diciendo ser intérpretes de los campesinos. Les dije: "Aquí mismo vamos a formar el comisariado agrario" (que me parece que entonces se llamaban comités). Hubo una inquietud en el grupo campesino, se hablaron unos a otros y los mayordomos se me abalanzaron. Uno de ellos me agarró del paliacate que traía en el pescuezo y yo metiendo mano a mi cintura, saqué mi pistola y lo acribillé a balazos, y como se me venía encima el otro mayordomo, ya con el puñal en la mano, le disparé el resto del cargador; cambiando "peine", violentamente encañoné al administrador, el que se me hincó llorando, pidiéndome perdón y diciéndome que él los había aconsejado. Entonces intervino mi amigo el diputado Carlos F. Ozuna, que era muy religioso, del clero protestante, y me pidió de favor que no lo matara.

Ozuna contuvo mi ira y le dije al administrador: "No te mato, si me entregas ahorita mismo al cura gachupín", al que inmediatamente mandé traer con un oficial y el administrador, quienes después me hicieron entrega del cura gachupín, y al que le recogí unos "flagelos" con que se azotaba cuando decía misas clandestinas y que sonaban mucho, con los que hacía creer a la pobre gente ignorante que se estaba martirizando. Las puntas del tal "flagelo" eran de aluminio, hacían mucho ruido, pero no le causaban ningún daño. Este cura se lo llevé a Cedillo como jefe que era de la División del Centro y no supe cuál fue su fin, pero me supongo que don Saturnino lo puso libre, y no volví a saber de él. Al administrador le dije: "Quedas libre, pero si te vuelves a parar en tierras de Guanajuato, te entierro". Creo que nunca más volvió, porque las Defensas Sociales que dejé organizadas en San Diego de la Unión y Dolores Hidalgo, nunca lo volvieron a ver.

El primer hombre que "quebré" en Tampamolón, a reata, a principios de 1911, se llamaba Darío Tavera, y los dos mayordomos que "quemé" en legítima defensa en la hacienda de La Laja, eran hermanos y se apellidaban Tavera y toca la casualidad de que el viejo Tavera era originario de San Diego de la Unión, Guanajuato, población muy cercana a la hacienda de La Laja, por lo que deduje, cuando supe cómo se apellidaban, que muy probablemente eran parientes de mi primer "quebrado", cosa que no tuve tiempo de averiguar porque los apellidos de los mayordomos de la hacienda La Laja, municipio Río de la Laja, lo supe cuando ya habían fallecido. En los dos casos OBRÉ EN LEGÍTIMA DEFENSA.

El día veintiocho de marzo de 1929, en el lugar que ya mencioné (antiguo campo aéreo) se levantaron unas tribunas, el palco de honor lo ocupaban el presidente de la República, licenciado Emilio Portes Gil, el general Plutarco Elías Calles, que ya había dimitido, el general Joaquín Amaro, secretario de Guerra y Marina, y el general Saturnino Cedillo, jefe de la División del Centro.

Formamos todos los regimientos de la División del Centro frente a las tribunas, cada jefe al frente de su regimiento; el mío se hacía notar por su fuerte contingente y sobre todo por estar a la cabeza del regimiento, inmediatamente detrás de mis segundos y de mí, la banda de guerra. La banda reglamentaria debe estar compuesta de quince trompetas y el clarín de órdenes y mi banda se componía de veinticuatro trompetas y el clarín de órdenes, por lo tanto, eran veinticinco elementos.

Montaba la banda de guerra puros caballos blancos, y los "sardos" que componían la banda, todos los había sacado yo de Santiago Tlatelolco, donde estaban sentenciados, y me los llevé a incorporar con mis fuerzas a San Luis Potosí. Entre estos elementos de mi banda de guerra se distinguían el sargento primero (cuánto diera por recordar su nombre), que tocaba todavía la vieja diana de Santana, que hizo fortuna una larga temporada en el Ejército, pero hace tiempo no la he vuelto a oír.

En la ceremonia de licenciamiento, frente a aquellos diez mil hombres de caballería que agitaban sus sombreros y gritaban vivas a la Revolución, al supremo Gobierno y a los generales Calles y Cedillo, pronunció una vibrante arenga el presidente Portes Gil, la cual fue contestada, desde el caballo que montaba, por el teniente coronel campesino Félix Cura, quien estaba tan feliz en su alocución, que el general Calles, el presidente de la República, licenciado Portes Gil, los generales Amaro y Cedillo, se pararon de su tribuna, aplaudiendo y lo llamaron al palco para felicitarlo y abrazarlo. La parte de la alocución del teniente coronel Félix Cura que más interesó a los invitados de honor fue en la que más o menos dijo: "Acabamos de terminar los revolucionarios con las armas en la mano, de vencer una vez más a la reacción en los campos de guerra y con ello hemos permitido que la Revolución adelante una etapa más hacia la consolidación

de los principios revolucionarios y del establecimiento de las instituciones y de la consolidación de la Constitución de Querétaro, que esperamos en esta vez sea definitiva. Nosotros los soldados que estamos acá presentes, próximos a retornar la mayoría a nuestros hogares, y otros, los soldados profesionales, al Ejército y los políticos que tuvieron la hombría de incorporarse a las filas con las armas en la mano para vencer a la reacción, a las tribunas respectivas donde esperamos sigan como lo han hecho hasta ahora, defendiendo a la Revolución y defendiendo al pueblo".

Terminado el solemne acto, los regimientos empezaron a dispersarse para la estación, en donde tomarían sus trenes que los llevarían a su lugar de origen.

Por la noche se celebró un baile muy concurrido por la clase media de San Luis en el entonces Instituto Científico Literario, ahora Universidad. Ya había dejado mi caballo, ahora estaba sentado ahí, en el lugar de honor con el presidente Portes Gil y con los generales Joaquín Amaro y Saturnino Cedillo.

En determinado momento llegó el coronel Ricarday, secretario particular del general Amaro, con un documento en la mano, que previo permiso del presidente y de los generales leyó en voz alta, y me entregó a mí (que son el despacho que aquí publico y documentos relativos).

En forma sencilla y sin darle tono de discurso, di las gracias al presidente de la República, a mi general Calles, a mi general Amaro y a mi general Cedillo.

Me abrazaron los jefes y me felicitaron, Ricarday me dijo por lo bajo: "Mataor, estos compadres —señalando al presidente Portes Gil y al general Joaquín Amaro— no sabían de la alternativa que te iba a dar Cúcharas", señalando al general Calles. Ellos no se dieron cuenta de la murmuración y luego, poniéndose serio, cuadrándose militarmente y en voz que lo pudieran oír los demás, dijo: "Lo felicito, mi general".

Quiero hacer aquí algunas consideraciones. El general Saturnino Cedillo tuvo su muy buena época de revolucionario. Destacó como segundo de su hermano Magdaleno Cedillo, que era un campesino de ideas revolucionarias tan recalcitrantes como lo haya sido Zapata o el que más, y eso me constó a mí en la Revolución; después, Saturnino quedó como jefe en el oriente de San Luis, como jefe rebelde contra don Venustiano Carranza, operando sobre la vía de San Luis Potosí-Tampico hasta el día del licenciamiento de su división, en donde, en los seis años que permaneció rebelde, voló más de cien trenes con sus respectivas máquinas. Saturnino Cedillo no era un general, no libró ninguna batalla o combate importante, con excepción del que sostuvo con el coronel Fidel Garza de la división Maclovio Herrera, y cuando Saturnino Cedillo atacó Cárdenas, en 1917, tomó la plaza exterminando la guarnición, que se componía de un regimiento completo, y quedando muerto en esa acción el valiente coronel Fidel Garza. Cedillo era un rebelde muy tenaz y tenía

muchas mañas, más que guerrillero era buen gavillero y era político a su estilo, aunque no de gran talla; después, cuando se sintió poderoso y con fama de hombre fuerte y con prestigio entre los campesinos, lo empezó a halagar la reacción, pero no poco a poco, sino en avalancha. Saturnino Cedillo primero se ligó con los comerciantes y conservadores de la ciudad de San Luis y con el clero; después, claudicó en sus ideas hasta convertirse, desgraciadamente, en TRÁNSFUGA DE LA REVOLUCIÓN.

¡Pero de qué nos podemos admirar! Terminada la ceremonia de licenciamiento de la División del Centro en San Luis Potosí, regresamos a México en el tren *Olivo*, en el carro del presidente, las personas que a continuación voy a mencionar por categorías (no digo por puestos públicos): el general Plutarco Elías Calles, el licenciado Emilio Portes Gil, el general Joaquín Amaro y Gonzalo N. Santos. Platicamos mucho en el camino, casi toda la noche, analizando la rebelión que acababa de pasar y el general Calles dijo y repitió dos o tres veces: "Si no hubiera sido por esta División del Centro que formaron ustedes (señalándome a mí con el dedo), las cosas hubieran sido de otro modo; y si en lugar de que esos diez mil hombres que estuvieron a favor del gobierno hubieran estado en contra, no vendríamos aquí". Muy distinguido y halagado por el general Calles, excuso decir que de entonces en adelante y por mucho tiempo, fui también consentido de Amaro, hasta que nos peleamos por la torpe política de Ortiz Rubio, con motivo de las elecciones de gobernador de Querétaro, y también porque es de ley en la guerra y en la política, en los negocios y en el "santo clero" y en todo en lo que intervenimos los humanos, "comernos los unos a los otros".

Y dije anteriormente que de qué nos podemos admirar porque Cedillo haya claudicado, si el general Calles, uno de los gigantes de la Revolución, el más preparado intelectual y políticamente de los revolucionarios de entonces, lo diremos con dolor, claudicó; y también como Cedillo y antes que él, se convirtió en tránsfuga, porque nueve años después prevaricó tratando de destruir la respetabilidad del presidente de la República Lázaro Cárdenas, y se declaró enemigo del movimiento obrero, haciéndoles a las organizaciones de trabajadores y a sus líderes acerbas críticas, empañando con esta acción su pasado de gran hombre de la Revolución y con más culpa ante la historia que Cedillo, ya que éste era un ignorante y un abúlico. El general Amaro no claudicó de nada, porque nunca tuvo ideas ni revolucionarias ni reaccionarias. Fue un valiente soldado de la Revolución en favor de la cual mucho combatió, así como furioso anticlerical, pero murió en el seno de la santa madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, con la bendición papal y habiendo recibido todos los "auxilios espirituales".

Deseo aclarar que de los cuatro cabecillas o jerarcas (como se dice ahora), que veníamos en el carro presidencial, sólo conservamos siempre y

hasta la fecha, las mismas convicciones revolucionarias que cuando empezamos, el licenciado Emilio Portes Gil y yo.

Ya en México, apenas me estaba quitando el uniforme, cuando llegó el Flaco Hernández Cházaro a mi casa, nervioso y jadeante, a decirme: "Te espera el jefe". Se refería a Ortiz Rubio, el mío era otro.

Me puse traje casi de paisano, digo casi, porque no era honesto en esos tiempos que un revolucionario auténtico no portara sombrero tejano y fuete.

Acudí al llamado del ingeniero Ortiz Rubio, quien me dijo que me retirara cuanto antes del Ejército para que me hiciera cargo de la campaña política. Le dije: "Mi general, desde San Luis Potosí le entregué mi solicitud de licencia ilimitada al coronel Ricarday, secretario del general Joaquín Amaro, y como uno de estos días me la va a otorgar desde hoy mismo paso a hacerme cargo de la campaña política a las oficinas del partido". Y así fue, se había lanzado como candidato a la presidencia de la República, en contra de Ortiz Rubio, el licenciado don José Vasconcelos, mi viejo amigo de los tiempos de la Convención revolucionaria de Aguascalientes.

Después de mi reunión con el ingeniero Ortiz Rubio, me entrevisté con el presidente del PNR, general Manuel Pérez Treviño, y con el ingeniero Luis L. León, secretario general, yo, como ya dije, era secretario del Distrito Federal y de acción parlamentaria, es decir líder de las Cámaras, aunque todavía no era senador, solamente diputado; les informé que iba a estar ausente seis o siete días. "A dónde vas", me preguntaron. "Voy a casarme con una gringuita que me salió viva", les contesté. "A ver, cuéntenos cómo está eso", me dijeron Pérez Treviño y León y les platiqué lo que aquí voy a relatar.

En el año de 1927, en el carnaval de Tampico, que era muy alegre en aquel tiempo y muy bien organizado, una noche conocí a una señorita rubia de ojos azules, muy joven y muy bonita, en un baile que se celebraba en el Colonial Club, que era muy *snob* y muy elegante, club inglés al que concurría lo más granado de las colonias inglesa, americana, holandesa, alemana y de otras nacionalidades. Esta señorita iba acompañada de una prima de ella nacida en Tampico, y también iba un joven americano. Esta primera era amiga mía, y le dije: "Qué chula es tu amiga, preséntamela". "No es mi amiga, es mi prima —me respondió— y tiene su novio, que es el joven que la acompaña". Yo le pedí que me la presentara y a él también. Hizo las presentaciones y les dije: "Si no tienen inconveniente los voy a acompañar y si lo tienen, también los voy a acompañar". "Pues vamos a preguntarle al novio si no tiene inconveniente", me dijo la prima. "Yo voy acompañándote a ti —le dije—, no tienes nada qué consultarle a él".

Con toda confianza accedieron a que los acompañara y llegamos al Colonial Club. Como era carnaval, yo iba disfrazado como acostumbraba hacerlo siempre en esas fiestas en Tampico; en la esquina de la calle próxima al club se quedaron esperándome cuatro de mis gargaleotes, montados en muy buenos caballos, disfrazados y con antifaz; ellos se llamaban: mayor López Iglesias (muerto general), capitán Ernesto López Quintanilla, Cipriano Martínez y Julián B. Lafont, actual mayor retirado.

Entramos en el suntuoso club donde la gente andaba muy bien vestida, sobre todo las damas, y los que no andaban disfrazados vestían de etiqueta. Mi atuendo consistía en un enorme sombrero tejano, una cuera muy bonita, hecha en Oaxaca, unas chaparreras de tigre de la región y espuelas de plata, paliacate de seda rojo al cuello, y estaría de más decir que llevaba una formidable 45 con cuatro cargadores y funda muy bordada de oro.

Yo no tenía invitación para entrar al club, pero como era carnaval y me vieron con un disfraz tan llamativo, nadie me preguntó nada. Empecé a platicar con la americanita, y me dijo que su nombre era Leola, pero no se me podía quedar grabado porque yo nunca había conocido a una muchacha que se llamara así: "Leola". Le empecé a hacer plática a la güerita y a decirle a la prima que me gustaba mucho, y la prima me dijo: "No te creas que te va a hacer caso, porque yo le voy a contar cómo eres tú. Además, quiero mucho a mi prima, y no voy a permitir que cometas una de tus acostumbradas tropelías".

Yo me puse hasta humilde en mi plática para que siguieran tolerando mi presencia, y además mandé servir champaña, después coñac y por fin nos animamos los cuatro y saqué a bailar a Leola. Ya bailando, le empecé a dar "cargas de caballería", pero ella se replegaba sin rechazarme; en una de tantas vueltas que di muy animado ya en la bailada, una de las rodajas de mis espuelas se enganchó en el vestido de encaje de una señora inglesa y la inglesa gritó. Yo no me había dado cuenta de que la tenía ensartada del vestido, así que seguí bailando y la señora empezó a dar de gritos porque me fui "cobrando" el vestido, como cuando se pesca un sábalo, y a los gritos de la señora y del bailador, se formó una gran rueda y muchos vinieron hacia mí, no sé con qué intenciones. La güerita y su prima, avergonzadas, dijeron: "Vámonos inmediatamente", y nos fuimos.

En la calle me aparté con el gringo (el que andaba de novio de la gringuita), que andaba vestido de payaso con un cucurucho muy alto en la cabeza, y era muy joven y grandote. Yo ya me había calentado la sangre con la champaña, los coñacs y el incidente del vestido de encaje de la inglesa, y le dije al gringo: "Mira *mister*, te sientas acá en la banqueta y si te levantas antes de que la muchacha se vaya conmigo, te voy a pintar un cinco de oros en la panza y, además, un as en la cabeza". Yo estoy seguro de que el gringo no entendió todo lo que le dije, pero sí entendió la amenaza, sobre todo, que al terminar de hablarle, me toqué la pistola y la medio saqué, diciéndole: "*Sit down, boy*", y se sentó. Las muchachas

vinieron hacia él, y Leola le dijo: "Levántate y vámonos". El gringo le contestó: "Yo no me puedo levantar". "¿Qué estás borracho?", le preguntó, "No, no estoy borracho, pero no me puedo levantar", le contestó. "¿Te lastimaste la pierna?", volvió a preguntarle. "No, no estoy lastimado". "Pues, entonces, ¿por qué no te paras?". "Yo no me puedo parar porque el *cowboy* (refiriéndose a mí) me dijo que me quedara sentado". "No hagas caso —le dijo la güerita—, párate y vámonos". "Yo tengo que hacer caso —le dijo el gringo—, porque si no el cowboy me mata". Y entonces Leola, que hablaba un español muy chistoso y muy gracioso, le dijo: "Pues quédate, pendejo", y ahí se la gané.

Subieron a mi automóvil, y los gargaleotes que rodearon a caballo mi automóvil me pidieron órdenes. La prima se espantó, y le dije: "No tengas cuidado, aquí ando con muy buenas intenciones" (cosa que no era cierta).

Las fui a dejar a su casa, en el trayecto le di un beso a Leola y no protestó, pero le agarré una "*gray fruit*" y me sacó una cachetada que me hizo ver luces, y entonces pensé: "Esta gringuita me va a dar mucha guerra", y así fue. He hablado mucho con ella por teléfono, pero sólo una vez hemos platicado en la estación del ferrocarril de San Antonio, Texas, acompañada de otra prima y en la mañana, sin darme chance de nada. De mi campamento de Rincón, Guanajuato, le hablaba por teléfono todos los días a San Antonio, mandaba que la máquina de mi tren pitara para que ella lo oyera. Le preguntaba cuantos "pitidos" quería y me decía los que se le ocurrían y, por último, ya estamos arreglados para casarnos, pero me dijo que si no me casaba yo el día diecinueve de mayo, el veinte no se casaría conmigo, pues parece que el payaso (así le decía yo al gringo) que andaba de novio con ella llegaba el día veinte, y ella dudaba entre los dos.

Pérez Treviño y León se rieron mucho, y me dijo Pérez Treviño: "No podemos ir de padrinos y si te vas tú no podemos ir nosotros, pero haces muy bien, Gonzalo, te felicito, y ya que venga la juntaremos con Esther", la esposa de Pérez Treviño. León se rió mucho, y dijo: "Toda la historia que has contado, Gonzalo, la creo; lo único que no creo es que te vayas a casar".

Y así fue que le participé al general Calles y a Portes Gil que me ausentaría por seis o siete días, y el objeto de mi ausencia.

Llegué a San Antonio y formalizamos el compromiso. Le llevé a mi novia "no rebozo de bolita ni enaguas de percal", como el de la canción *Adiós mi chaparrita*, sino un *pendantiff* muy bueno, dos anillos y un reloj pulsera, todo de brillantes. Uno de los anillos azul acerado y el otro medio amarillo y mal cortado, y con estos presentes le di a mi güerita mucho contentamiento.

Nos fuimos a comprar las "donas", que en mis tiempos el hombre las pagaba, y una petaca ropero. Ella no me lo había contado, pero ya tenía

hecho el traje de novia, que era muy bonito, y no me costó más trabajo que pagarlo (como diría Jorge Pasquel); me costó seiscientos dólares.

Vivía Leola en casa de su prima Adelaida Barberena y su marido, ahí en San Antonio; la prima Adelaida se encargó de mandar preparar el buffet, la orquesta y el juez, quien era un gringo muy simpático. Mi novia y su prima invitaron a todas sus amistades, a mí me acompañó el jefe de la Oficina de Migración Mexicana en San Antonio, Texas, que era el jefe del espionaje de nuestro gobierno para vigilar a todos los desterrados en los Estados Unidos, mi viejo y querido amigo Fernando de la Garza (alias la Loba), también amigo del ingeniero Ortiz Rubio.

Estuvo presente el cónsul, que no era uno de los nuestros, sino un cónsul de carrera, pero me era indispensable que certificara mi acta de matrimonio para que fuera legal en México. Yo invité a un gran número de desterrados políticos que habían participado, unos en el movimiento delahuertista y otros en la rebelión escobarista, pero todos revolucionarios; algunos enemigos de Portes Gil, como el general César López de Lara, Ramón Elizondo y el coronel Chano García (Feliciano). La ceremonia estuvo muy bonita, pero nada de pompa. La novia muy linda, vestida con su traje blanco y su velo y yo de impecable smoking. Hubo muchos americanos y americanas y a mi lado estuvieron los generales Eulalio Gutiérrez, expresidente de la República y Raúl Madero, muy queridos amigos los dos de mis hermanos y míos. Lo único que no me agradó en la reunión es que se coló, con una americanita, un hijo del asesino huertista, doctor Aureliano Urrutia, seguramente amigo de alguna de las muchachas, diplomáticamente mandé que le dijeran que ahuecara el ala, y la ahuecó. Los desterrados revolucionarios me abrazaron emocionados por este acto mío, y me dijo Eulalio Gutiérrez: "Eres invariable y verdadero revolucionario; te felicito, Gonzalo", y me dio un abrazo.

La familia de Leola vivía en Mercedes, Texas, y concurrieron a nuestro casamiento. Ahí conocí a la buena mujer que fuera mi suegra, señora doña Mercedes Cavazos de Pue y al buen hombre que fue mi suegro, *Mr.* William H. Pue, americano, de origen irlandés, bueno para el "vidrio". Cuando la ceremonia iba a comenzar y ya el juez, los testigos, la familia de la novia, la concurrencia, la novia, los chambelanes y sus damas de honor estaban preparados, se produjo un incidente. La dueña de la casa, que ya dije que era prima de la novia, Adelaida Barberena, me llamó y me dijo que del brazo de la novia marchara con ella dando una vuelta al salón seguidos de las damas y chambelanes, ejecutando una marcha rara que, según ella, se acostumbraba en las bodas en Estados Unidos, a lo que me opuse terminantemente. Se provocó un pequeño desorden de palabrerías, la novia se adelantó, y me dijo: "Ven a marchar conmigo", y yo le contesté: "Güerita linda, yo pertenezco al arma de caballería y sólo marcho montado, a los compases de la *Marcha Dragona*". Ella no me entendió ni jota de lo que estaba diciendo, pero sí

los mexicanos desterrados que ya habían remojado bastante la garganta con el *Napoleón 111* años que crucé sin ninguna dificultad amparado en mi pasaporte diplomático, y que llevé para la celebración de la boda, y produjeron un indiscreto aplauso, diciendo entusiasmados: "Ese es el Alazán Tostado". Mi novia se enfureció, y dijo: "Si no marcha, no me caso". Entonces vinieron sus dos primas, Adelaida y Rosa, y le dijeron: "Cálmate, Leolita, toma el brazo de Gonzalo y camina sin ejecutar la marcha", pero la güerita ya estaba enfurecida, y dijo: "O marcha o no me caso". Yo le dije: "Pues yo me caso aunque tú no te cases, vine de México a casarme y te juro que regreso casado, aunque no sea contigo, pues en San Antonio, Texas, no ha de faltar una rubia de ojos azules que es como les he pintado a mis amigos a mi futura esposa". La familia calmó los ánimos, la güerita aceptó mi brazo y haciéndole cariños caminé con ella despacio hasta donde estaba el honorable juez muy apenado, pues aunque no entendía el español, se dio cuenta de que algo desagradable estaba pasando; y por fin, ya yo en el "paredón", el honorable juez, que no era un juez simple, sino que era el juez de distrito del condado de Béjar, leyó el acta, verificó la ceremonia y me hizo que pusiera la mano derecha sobre una gran Biblia. Me pidió un juramento, y al preguntarle yo a mi novia: "¿Qué dice este gargaleote?", Leola me contestó: "Di *yes* y ya cállate la boca"; yo dije *yes*, y me callé la boca.

Así terminó la ceremonia, y luego brindamos ante el juez y toda la concurrencia con un vaso de *Napoleón*, ya he dicho que añejo, diciendo: "Aquí tuve mi Waterloo", y saqué seis relucientes centenarios producto de mi soberanía y se los di de regalo al honorable juez, quien me dijo: *"Tank you, very much, good look, general"*. Después brindé con los desterrados mexicanos, mis amigos, aunque adversarios políticos, ellos en desgracia y yo en el pináculo del éxito, y esto fue brindar y brindar con coñac *Napoleón*. El doble mérito que tenía este coñac fue que imperaba en Estados Unidos en ese tiempo la Ley Seca y además su calidad.

Esa noche de mi boda, 19 de mayo de 1929, la pasamos en San Antonio y el día 20 emprendimos, feliz pareja, el retorno a México, ella de diecisiete años y yo de treinta y dos, marca diablo, pues había ya picado mucha piedra, y había navegado mucho en todos los litorales de la vida.

Yo cuando decidí casarme con mi actual esposa no se lo consulté a nadie ni hice invitaciones impresas; eso sí, cuando llegamos a México, participé mi enlace a mis amigos y a algunos familiares ofreciendo mi domicilio.

En San Antonio sólo recibimos un regalo de bodas: mil dólares en orégano que me envió Portes Gil por conducto del consulado mexicano. Acá a mi regreso fue la Cámara de Diputados en pleno llevando músicos, tirando cohetes que alarmaron mucho a mi novia, quien me dijo que creía que era una revolución. La Cámara de Diputados en pleno, por conducto del general Melgar, que era mi compadre, me entregó como

regalo de bodas una "botonadura de oro de dieciocho kilates para traje charro que había pertenecido al charro hacendado porfirista Chucho Pliego, la que desafortunadamente más tarde se extravió.

Vasconcelos contra Ortiz Rubio

Emprendimos campañas acompañando a Ortiz Rubio, haciendo giras por todos los estados, y realizando constantes mítines en el Distrito Federal, y aquí voy a hacer una aclaración: yo fui el primero en la República en portar personalmente una subametralladora *Thompson* y de armar con estas subametralladoras a once de mis gargaleotes. Estas armas las usamos contra los delahuertistas en campaña militar y también contra los cristeros, pero nunca se usó ni una sola de estas armas en contra de nadie en las ciudades, en las campañas políticas sí las mandé disparar en varias ocasiones al aire, para amedrentar.

Todo lo que se haya dicho a este respecto es pura mentira, imaginación y calumnia; los que han asegurado lo contrario no saben de armas, pues una subametralladora disparada contra una multitud hubiera hecho masacres, y nunca las hubo.

Los vasconcelistas en la Ciudad de México hacían manifestaciones ruidosas, pero poco numerosas, a base de estudiantes; nosotros, es decir, el Partido, tenía completamente dominada la situación popular. La organización política era mucho más fuerte que ahora, y no teníamos necesidad de usar rigor porque el enemigo era muy débil.

Ahora voy a relatar un hecho que fue tergiversado con mala intención para perjudicarme, y que han seguido explotando no tan sólo mis enemigos, sino muchos que ni siquiera me conocen.

En cierta ocasión, saliendo yo de hablar con el ingeniero Ortiz Rubio y estando en el cuarto donde se encontraba su secretaría particular, a cargo del entonces teniente coronel Eduardo Hernández Cházaro (muerto divisionario), llegó trémulo y jadeante el diputado Manuel Riva Palacio, que como era sumamente incondicional, más bien dicho servil del general Calles y quería acomodarse con Ortiz Rubio, para que éste no le tuviera desconfianza por su agudo callismo, llegó, digo, Riva Palacio, a quien hasta la fecha apodamos la Pioja, y nos dijo a Hernández Cházaro y a mí, que estaba presente: "Acabo de tener una disputa con un grupo de estudiantes vasconcelistas que encabeza un tal Del Campo. Este individuo —siguió Riva Palacio—, donde quiera que encuentra un bote de basura o cualquier cosa que le sirva de tribuna, se sube a hablar y a arengar a su grupo, atacando al 'jefe Ortiz Rubio' de una manera cochina; entre otras cosas ha llamado al ingeniero Ortiz Rubio incestuoso, diciendo que se robó una sobrina de Morelia"

(calumnia cierta) y siguió excitado la Pioja Riva Palacio, chismeando el incidente que con el tal Del Campo tuvo, y los dimes y diretes que se habían cruzado. Acto seguido, le dijo al Flaco Hernández Cházaro: "Esto tiene que saberlo y pararlo el ingeniero Ortiz Rubio". El Flaco, dirigiéndose a mí, dijo: "Vamos entrando con el jefe". Le contesté: "No tiene importancia". "Sí, pero esto de los estudiantes que lo andan insultando". "No tiene importancia —volví a contestarle—; en esta campaña —seguí diciendo— no tenemos verdadero enemigo al frente, con excepción de Tampico".

Me quedé hablando con Riva Palacio, quien siguió machacando sobre el mismo tema, y de que había que marcarle el alto al tal Del Campo; repito que la Pioja quería hacer méritos; mientras el Flaco Hernández Cházaro estaba en el despacho de Ortiz Rubio, y cuando salió, nos dijo a Riva Palacio y a mí: "Voy a chingar a este cabrón con autorización del jefe".

No volví a saber de esto en varios días, hasta que los periódicos publicaron sobre la muerte de un estudiante y en el Partido llamado Antirreeleccionista, los vasconcelistas pusieron un pizarrón acusándome a mí de esa muerte. Yo, que nada tuve que ver con ello, un día en la tribuna de la Cámara renuncié al fuero constitucional que me amparaba como diputado para que me juzgaran las autoridades, pero nadie me acusó judicialmente ni ninguna autoridad me llamó a declarar ni en la misma prensa me hicieron un ataque firmado, pues todo fue anónimo; pero esto le sirvió de falso banderín a los vasconcelistas para atacarme, y les ha servido a muchos políticos para hacer lo mismo durante muchos años.

Años después, en mi rancho La Jarrilla en Tamuím, San Luis Potosí, y en una de las muy frecuentes y afectuosas visitas que me hacía el licenciado Vasconcelos y en presencia de su acompañante, el periodista Carlos Loret de Mola, actualmente gobernador de Yucatán, le pregunté: "Oiga, don Pepe, ¿por qué me hizo usted el cargo de ese pinche muerto que se llamaba Germán del Campo?", y él, riéndose, viendo a mi esposa y a De Mola, me contestó: "Porque era usted el más fuerte y lo hice en legítima defensa, porque usted estaba destrozando mi candidatura, como al fin la destrozó". "Mire, don Pepe —le contesté—, en mi casa no vamos a hablar de su candidatura, que ya pasó, le reclamo al amigo y al hombre honorable que diga la verdad delante de mi esposa". Y el licenciado Vasconcelos repitió una y otra vez que el cargo me lo hizo porque yo era el más fuerte, pero que ya había declarado en un libro, que nada tuve que ver y la prueba de ello es que el licenciado Vasconcelos y su hija, la señora Vasconcelos de Ahumada y su hijo político, que siempre tuvo adoración y la sigue teniendo por don Pepe, me han distinguido y me han estimado como yo los estimo a ellos. Pero, además, a la hora que mataban a Germán del Campo, dos distinguidísimos vasconcelistas me vieron acompañado de mi esposa entrando en un cine, cuando tenía

apenas quince días de casado, el ahora licenciado Julián Díaz Arias y el ahora ingeniero Manuel Moreno Torres, que han ocupado altos puestos en diferentes gobiernos; además, nos encontramos con el gran compositor Miguel Lerdo de Tejada, con quien presenté a mi señora y siempre estuvo dispuesto a ir a declarar, pero no hubo ante quién hacer aclaración alguna, porque nadie me acusó abiertamente ni ninguna autoridad me llamó; repito, todo fue escándalo anónimo de prensa.

Quiero declarar ante la historia "que yo me he comido puercos gordos, cuantimás un costillar". Yo maté al general federal Arnoldo Vargas Huerta, asesino de mi hermano Pedro Antonio en San Luis Potosí, bueno, lo fusilé, pero personalmente le di seis tiros de gracia en la cabeza; y contemplaron este espectáculo desde la azotea, un grupo numeroso de estudiantes del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, hoy Universidad. Entre esos estudiantes se encontraba el después doctor Ignacio Morones Prieto, que fue subsecretario de Salubridad y Asistencia en el gobierno de Miguel Alemán, gobernador de Nuevo León, ministro de Salubridad y Asistencia en el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines y director del Instituto Mexicano del Seguro Social, en la época del licenciado Gustavo Díaz Ordaz, y el doctor Ignacio Noyola, quien después fue diputado al Congreso de la Unión y senador de la República por San Luis Potosí. Estos dos señores también ocuparon en diferentes épocas, la rectoría de la Universidad de San Luis Potosí, de la cual fueron alumnos.

Al tal Germán del Campo yo no tenía por qué haberlo matado porque nunca lo conocí ni me ofendió en nada ni era peligro para mí, y creo que para nadie. He dado cuenta y razón en estas memorias de los que me he cargado y me faltan todavía de relatar un montón, los que iré refiriendo cuando les toque su turno.

Pero, ahora que han pasado tantos años y que no es delación contra el Flaco Hernández Cházaro, que fue quien mandó matar al estudiante Germán del Campo, con Odilón de la Mora, el diputado Teodoro Villegas y un gachupín Martínez, ayudante de don Pascual, al que apodábamos el Vais-ver, reitero y declaro que siento no haber sido yo el que matara a ese individuo con el que me han dado tantos muertazos injustificadamente. Sí, declaro que un pinche muerto más o menos no me va a quitar el sueño, que no me voy a rajar de un hecho que yo haya cometido o mandado cometer, ni aquí en la tierra ni en el cielo, a donde seguramente tendré que ir a rendir declaración de mi paso por la tierra; o tal vez al infierno, pero como soy de tierra tan caliente no me va a afectar la temperatura.

Iniciamos la campaña con giras para Ciudad Victoria, Linares, Monterrey, Saltillo y Matamoros y regresamos a Saltillo, Torreón, la región lagunera, Durango, Chihuahua y Ciudad Juárez. En toda la campaña no encontramos enemigo en ninguna parte ni nada de especial mención, sólo voy a relatar un incidente chusco que sucedió en Gómez Palacio,

después del mitin de Torreón, donde hubo una gran concentración popular organizada por mi amigo y compañero Nazario S. Ortiz Garza, gobernador del estado de Coahuila.

Abordamos un automóvil con el candidato, ingeniero Ortiz Rubio, el general Pérez Treviño, Luis León, el gobernador de Coahuila, Ortiz Garza y yo. Nos seguía un largo convoy de automóviles y camiones con gente de Torreón. Salimos para la cercana ciudad de Gómez Palacio, Durango, en donde el candidato, ingeniero Ortiz Rubio, al dirigirse a la multitud dijo: "Pueblo heroico de Coahuila, cuna del apóstol Madero y del prócer Carranza", e inmediatamente con toda rapidez, brinqué a su lado, y le dije: "¡Estamos en Durango!" El candidato se desconcertó y pasado un rato en que no sabía qué hacer, continuó su peroración, diciendo: "Y ya que me dirigí a la multitud de Coahuila, que desde Torreón viene acompañándonos en esta gira a esta bella y risueña ciudad de Gómez Palacio, donde la División del Norte hizo morder el polvo a los federales del traidor Huerta, quiero saludar con un abrazo al terruño del primer presidente de la República, don Guadalupe Victoria". Les dije a Pérez Treviño y a León: "¡Vámos perdonándole lo pendejo y alabando su cinismo!".

Después de este mitin continuamos para el norte, como ya dije, para Ciudad Juárez y al regreso sólo hubo concentraciones en Zacatecas, Aguascalientes, León, Guanajuato, y regresamos a México.

Salimos de México y la emprendimos para San Luis Potosí. Ahí en San Luis fue el "desmoche", pues como se recordará, la División del Centro estaba recién licenciada y Cedillo metió a la ciudad como ocho mil hombres bien armados y bien montados, más otros cuatro mil montados sin armas, todos los obreros de la ciudad y gran cantidad de pueblo y clase media. Todos hablamos, excuso decir que mi posición en esta gira, modestia a un lado, fue muy destacada, sobre todo en San Luis. Al ingeniero Ortiz Rubio lo flanqueábamos, del lado derecho, el general Cedillo y yo; del lado izquierdo, el general Pérez Treviño y el ingeniero Luis León. En su discurso, don Pascual dijo, entre otras cosas: "Felicito a los bravos potosinos que tienen por guía a un general Saturnino Cedillo, de la talla de un EPAMINONDAS, que aplastó la rebelión cristera de Jalisco y Guanajuato". Cedillo me preguntó al oído: "¿Quién es ese Epaminondas?" y yo, que entonces tampoco sabía quién era el jefe de la democracia en Tebas, le dije a Cedillo: "Es un radio muy bueno; Ortiz Rubio quizo decir que acá no hay más voz que la de usted". Cedillo se puso muy ufano, y me dijo: "¡Ah, diablo de Gonzalo, escogió buen candidato!"

Después de San Luis seguimos para Palomas, la hacienda del general Cedillo, donde había sido recibido Aarón Sáenz unos meses antes y en donde Cedillo presentó otro contingente de importancia.

En la estación de Tablas nos despedimos de Cedillo y seguimos para Cárdenas, centro ferrocarrilero donde había una concentración de cam-

pesinos bastante importante. En la noche, después del mitin y la cena, nos fuimos el candidato, el general Pérez Treviño, Luis León y yo a un circo de la legua que estaba actuando en Cárdenas. Cuando entramos se vino un chaparrón de los que en aquel tiempo se usaban; la carpa del circo por poco se venía abajo y los leones habían volteado una jaula y se habían salido. Pronto mis gargaleotes dieron cuenta de ellos, ahí sí con las ametralladoras *Thompson*. El pánico cundió y, a iniciativa mía, el candidato, ingeniero Ortiz Rubio, el general Pérez Treviño, Luis León y yo nos avalanzamos a "salvar" de los leones a las cirqueras. Abrazamos cada quien a una y las cargamos, y ahí vamos llevándolas en peso los cuatro dentro de un atascadero de lodo. Don Pascual volteó y dijo, dirigiéndose a nosotros: "Pues no dice Vasconcelos que estoy viejito y que no puedo ni caminar", y efectivamente, Ortiz Rubio haciendo gala de sus fuerzas siguió caminando entre el lodo llevando no entre sus brazos, sino a pulso con sus propios brazos a su maromera.

Ya en el hotel, pues no quisimos faltar "al respeto" al tren del candidato, los chinos nos dieron habitaciones naturalmente separadas, pues la multitud de curiosos se había agolpado a ver en qué paraba aquello, y no quisimos aceptar las sugerencias de León que quería hacer "un toro de once" que en este caso hubiera sido de cuatro. Como aquello de las dos de la madrugada seguimos nuestra marcha en el tren para llegar a Valles en la mañana, en donde nos recibió toda la población más las primeras caballerías de la columna que mandé contra los cristeros y que estaban al mando del general Bartolo Díaz.

Ahí hubo muy pocos discursos y el ingeniero Ortiz Rubio terminó su peroración bajo un torrencial aguacero, diciendo más o menos: "Deben ustedes sentirse orgullosos de tener un jefe tan digno y tan bizarro como el general Gonzalo N. Santos, paisano de ustedes", y terminó diciendo: "Gonzalo N. Santos es el sol de la Huasteca que ha ido a brillar a la capital de la República para con sus rayos fulminar a la ya muy maltrecha reacción", etcétera.

De ahí seguimos a la entonces Villa Guerrero, hoy Tamuín, donde además de dos mil hombres perfectamente armados y montados, al mando de los coroneles Braulio M. Romero, José Castillo, Lucio M. Lárraga, Marciano Salazar y el teniente coronel Luciano Eraña, tenía concentrados ahí elementos procedentes de Xilitla, Axtla (hoy Villa Terrazas), Tamazunchale, Tampacán, San Martín Chalchicuautla, Tampamolón, Tanquián Escobedo y todas las rancherías de esa región. Empezamos el mitin después de presentar yo al candidato y fueron hablando Luis León, Pérez Treviño y al final el ingeniero Ortiz Rubio, quien me volvió a llamar "el Sol de la Huasteca". En esos dos mítines donde se vació la Huasteca potosina, más parecía que el candidato a la presidencia de la República era yo, pues los discursos de Luis León, Pérez Treviño y del propio don Pascual, fueron pa-

ra elogiarme y sólo se refirieron brevemente al candidato. Aquello era delirante y cuando terminó don Pascual, saqué una banda bordada con una águila en oro, que traía en una cajita de madera de Santa María del Río, y se la entregué; y volvió a hablar don Pascual, diciendo: "Esta banda será la que tendré el honor de ponerme cuando ocupe la presidencia de la República, y ella me servirá de escudo contra los traidores", y se la cruzó él mismo por el pecho.

Al hacer esto, no sé a quién se le ocurrió (probablemente a los de Tampacán, que son muy afectos a echar bala) disparar una pistola escuadra y se siguió una terrible "cacalotera" de las dos mil carabinas que nos rodeaban a don Pascual y a nosotros. Les gritaba yo que no tiraran, pero no me oían, hasta que pedí un cuerno que entonces se usaba para arrear ganado, y que hasta la fecha sé pitar muy bien, toqué el cuerno y se empezó a calmar aquella granizada de balas. Después nos fuimos a Gargaleote, donde nos alojamos el ingeniero Ortiz Rubio, el general Pérez Treviño, Luis León y yo, en la casita que llamamos la Covacha del Puma, pues todavía no estaba la casa grande. Eso sí, la galera del rancho fue la primer obra que don Pascual inauguró, él que tan afecto era a las inauguraciones. En la galera se alojaron Braulio M. Romero y Hernández Cházaro; los demás de la comitiva y la engorda de don Pascual, que se empezaba a formar, se quedaron en la estación Rodríguez, hoy Tamuín. Ahí en Gargaleote, platicando y festejando el éxito que habíamos tenido en las dos concentraciones en la Huasteca, Luis León que siempre ha sido muy afecto a las bromas inventó y contó entre los presentes de la comitiva, que yo, cuando la balacera, gritaba para donde estaba don Pascual: "¡No tiren, no tiren", y que para el otro lado les gritaba a mis gargaleotes: "¡Echen bala, hijos de la chingada!" Bueno, esto fue una broma del amigo León, pero en verdad yo siempre he sido y soy muy exigente en lo tocante a la disciplina.

En Gargaleote estuvimos dos días, pues estábamos preparando la manifestación de Tampico, donde había fuerte enemigo vasconcelista y de acción, encabezado por el muy agresivo Alfredo Celis. La gente les llamaba el Partido de la Antorcha porque en sus estandartes traían una antorcha flamígera, y Vasconcelos también publicaba una revista con ese mismo símbolo. Estaban reforzados también por los restos del gomizmo, se encontraban muy engallotados y tenían agorzomados no tan sólo a nuestros seguidores del puerto (del Partido Socialista Fronterizo), sino a la policía, a la que tenían acoquinada y acobardada. Este Celis y sus hermanos habían vivido bastante tiempo en Tanquián Escobedo, San Luis Potosí; no sé de dónde procedían pues eran fuereños, probablemente de Sinaloa. En Gargaleote estuvimos, bueno, hablando francamente, estuve preparando la manifestación y mandé las caballerías de la Huasteca potosina por tierra, los dos mil hombres armados, pero con instrucciones muy estrictas mías al coronel José Castillo que iba al frente de la columna, que en ningún momento durante la manifestación disparara nadie, cualesquiera que fueran las circunstancias.

El candidato y nosotros no nos movimos de Gargaleote hasta que el coronel Castillo me puso un telegrama por ferrocarril, desde la estación de Tampico a la estación Rodríguez, diciéndome que él estaba en el puerto con un grupo de ayudantes y que la columna, *siguiendo mis instrucciones*, se había emboscado en la terminal de la Mexican Gulf, en los manglares del lugar denominado Prieto, para pasar la caballada "a barba" en el río Tamesí por la noche. Después del contacto con Castillo, salimos de Gargaleote en varios automóviles para el hoy Tamuín, pero no habíamos llegado al Palmar, cuando se soltó un aguacero y nos atascamos hasta taparse las ruedas, pero entonces teníamos mucha caballería y a cabeza de silla desatascaron los carros y nos fueron jalando, relevándose los vaqueros hasta llegar a Huiche, donde ya no se pudo seguir en los automóviles. Todos montamos a caballo, y así entramos al pueblo. Dos días antes habíamos entrado en triunfo, aclamados por miles de carabineros y ahora parecíamos gallos mojados, pero no empapados, pues en Gargaleote había mangas de hule para todos, de aquellas que se hacían en el Hulero en el río Moctezuma.

De Villa Guerrero, en un camión de redilas de mi propiedad, marca Wichita, que era el único en el pueblo, nos fuimos a la estación sufriendo en el camino tres o cuatro atascones y llegamos a donde nos esperaba el carro especial, a donde subimos cual viles "mojados" del río Bravo.

Mandé a Ernesto López en un armón de motor adelante del tren para ver si el coronel Castillo se encontraba en Tampico y con órdenes de regresar a avisarme. Una vez que regresó Ernesto López y nos comunicó que Castillo con su caballería de "cuatro en fondo" rodeaba casi totalmente la plaza de la Libertad en Tampico, dejando descubierto el lado que da hacia la aduana, para que por ahí entraran los nuestros y se sintieran protegidos por la manifestación, emprendimos la marcha. Arribamos a la estación de Tampico y los obreros de los sindicatos, especialmente los de alijadores y trabajadores que estaban muy bien organizados y *algo de pueblo*, rodearon nuestros automóviles y avanzamos hacia la plaza de la Libertad, a un edificio que en aquel entonces se llamaba La Casa de Cabezas, y ahí subimos a los balcones para celebrar el mitin. En eso, hizo irrupción por el costado que había dejado descubierto la caballería, pisándole los talones a los obreros y pueblo nuestro que venía en manifestación, un grupo como de unos cinco mil vasconcelistas encabezados por Alfredo Celis, portando estandartes con el símbolo de la antorcha; los vasconcelistas se echaron encima de los nuestros como avalancha, armados de varillas de fierro, garrotes y un regular número de pistolas.

Mientras los nuestros eran atacados a garrotazos y varillazos, Pérez Treviño, León y yo estábamos expectantes en el balcón, acompañando

al candidato, pero cuando empezaron a sonar los balazos, y los nuestros a huir desesperados y con razón, pues no iban armados y los vaconcelistas avanzaban hacia donde estábamos nosotros, entonces, como dije, volteando a ver a mi escolta, grité fuerte: "¡A mí los gargaleotes!", y como un solo hombre se avalanzaron a seguirme los veinte que allí me acompañaban. Cuando ya iba a bajar del balcón me gritó fuerte Luis León: "¡No bajes, Gonzalo!", y Pérez Treviño repitió: "¡No bajes, Gonzalo", y el ingeniero Ortiz Rubio me dijo también en voz alta: "Compañero, no baje usted". Los balazos de los vasconcelistas seguían contra los nuestros, ya empezaban a pegar balas en la pared atrás de nosotros, y yo les dije a mis compañeros: "¿Vamos a estar viendo que estén balaceando a los nuestros, que los estén arrollando y que la pelea la sostengamos a la defensiva? ¡Aquí, abajo del balcón o quizá aquí mismo!" "¡No bajes!", me repitieron León y los demás. "Bueno —dije—, si no quieren que vaya a revolverme con el enemigo como son mis más grandes deseos, permítanme que baje hasta la calle y arengue a los míos para que vayan a acabar con esa agresión". Don Pascual Ortiz Rubio dijo: "Puede usted bajar, compañero, pero sólo a arengar a los nuestros". Entonces, dirigiéndome a Graciano Sánchez, que muchas veces había sido mi enemigo y ahora militaba con nosotros y que no llevaba un solo hombre de armas tomar, pero él era muy valiente y decidido le dije: "¡Ponte al frente de mi escolta, arremete contra el enemigo y pégales duro!"

Bajé seguido de Graciano Sánchez y de mis hombres. El tiroteo seguía y los nuestros corriendo a refugiarse a donde estaban las caballerías, más bien dicho hacia nuestro balcón. Ya una vez nosotros en la banqueta le grité a los míos: "¡A ellos, mis bravos gargaleotes, péguenles en el hígado rápido y sin compasión." Ellos me lanzaron un estentóreo viva y yo les lancé un alarido que era mi grito de guerra desde la revolución constitucionalista y que los gargaleotes contestaron a coro, pues se lo habían aprendido muy bien en las peleas a que me habían acompañado. Se lanzaron con Graciano Sánchez a la cabeza, y yo me subí al balcón donde estaba el ingeniero Ortiz Rubio, Pérez Treviño, León y unos ocho gargaleotes que había yo dejado de reserva y ahí vimos cuando Graciano y los gargaleotes llegaron al núcleo vasconcelista y los empezaron a "pajuelear" con sus 45, pues las *Thompson* habían quedado en la casa del mitin con mis hombres de reserva, para el caso extremo de que el enemigo llegara hasta nosotros y darles sin compasión.

En poco tiempo Graciano, que disparaba dos pistolas, y los gargaleotes que eran muy buenos peleadores hacían uso de las suyas, la agresiva manifestación vasconcelista se arremolinó y empezaron poco a poco a retirarse por donde habían venido. Llamé al coronel Castillo, que estaba abajo del balcón muy bien montado, y le dije: "Carga contra ellos y por otra calle les cortas la retirada; órdenes estrictas de que nadie les dispare

con armas de fuego ni hagan uso de los machetes, sólo cárguenles muy violentamente los caballos, lácenlos y enreátenlos (pegarles con la reata) hasta por debajo del buche".

Cuando vi que los vasconcelistas se retiraban no huyendo, pero muy aprisa, toqué el cuerno que era la señal para que los gargaleotes se concentraran a donde estábamos nosotros y dejaran accionar a Castillo con las caballerías y no les estorbaran; mis hombres y Graciano se concentraron. Graciano no sabía la señal del cuerno y les preguntó a los de mi escolta por qué se retiraban, y le dijeron: "El jefe lo ordenó con el cuerno" y él los siguió. Cuando llegaron al balcón, Graciano me dijo: "Tus hombres son muy bravos y saben pelear muy bien, da gusto combatir junto a ellos".

Nuestros discursos comenzaron cuando empezaron los balazos y no los interrumpimos durante la acción; todos fueron muy violentos, inclusive el del ingeniero Ortiz Rubio, que estaba muy chillado por la agresión que les hicieron a los nuestros y que nos querían hacer a nosotros mismos. Hablamos por su orden: yo, Luis León, Pérez Treviño y el ingeniero Ortiz Rubio. Yo hablé dos veces, la primera al empezar la acción y la última después de que habló el ingeniero Ortiz Rubio, para decirles a los vasconcelistas, entre otras cosas, que si gustaban podíamos repetir la función para el día siguiente a la misma hora y en el mismo lugar, que ya sabían a lo que le tiraban.

La prensa reaccionaria chilló, pero al fuerte núcleo vasconcelista, el único bien organizado y con armas y jefe agresivo y valiente como era Alfredo Celis, lo hicimos pedazos; pues un grupo de mi caballería, con Castillo a la cabeza, llegó hasta el local del partido que los vasconcelistas ocupaban y no dejó escritorio, mesa, cubeta, puerta ni escoba; a grado tal que cuando llegaron con sus "zacahuiles", los velaron casi al aire libre. Entre los nuestros hubo tres o cuatro muertos y como quince heridos de bala, más muchos heridos contusos; entre los de ellos no los conté porque es de mal agüero contar los muertos del enemigo, y yo soy muy supersticioso.

Antes de continuar la gira hacia Ciudad Victoria y el norte de Tamaulipas y después de haber comentado los hechos en *petit comité*, Ortiz Rubio, Pérez Treviño, León y yo, les dije: "Es una chingadera que en la tierra del presidente de la República, Portes Gil, se hayan descuidado tanto sus partidarios y dejado crecer al enemigo". "Con permiso de usted —dije dirigiendome a Ortiz Rubio— vamos a poner remedio a esta situación, pues no podemos seguir adelante la campaña sin antes extirpar este tumor", y don Pascual me dijo: "Chínguelos, compañero". No sé si el ingeniero Ortiz Rubio para esas fechas que andaba en compañía de nosotros ya sabía lo que en las luchas mexicanas, políticas o militares quería decir "los voy a chingar", o todavía estaba pensando en Sudamérica, en donde esta palabra es inocua y a cada rato la emplean las damas. Por

ejemplo: cuando a una dama se le arruga la ropa, dice: "¡Se me chingó el vestido!" Sea lo que sea, el permiso que solicitaba de don Pascual era meramente protocolario, pues realmente no necesitábamos ni Pérez Treviño, ni León ni yo ninguna orden para actuar según nos pareciera en bien de la campaña; y entonces llamé a Graciano Sánchez aparte, y le dije: "Son chingaderas que en la tierra del presidente Portes Gil tengan acoquinados, acobardados y a la defensiva a los nuestros; el alma de todo este movimiento es Alfredo Celis, ayudado por su hermano Salvador". "No los conozco", me dijo Graciano Sánchez. "Pero yo sí —le contesté—, estos pelados han vivido varios años en Tanquián Escobedo, San Luis Potosí, son trabajadores como mulas y han hecho en el comercio y con trocas, acarreando cargas de Tanquián a Villa Guerrero, un regular capital; yo no sé de dónde son, pero por el apellido me supongo que deben ser de Sinaloa. Tienen un hermano que se llama Juan José que asesinó vilmente a un muchacho en Tanquián cuando se andaba bañando en el río; lo asesinó como pato sólo por el delito que el muchacho era novio de una hija de él. ¡Pero olvídate del pedigrí de los Celis!, y tú que tienes poco de haberte incorporado a la Revolución (pues Graciano había sido porfirista, huertista, villista y, en San Luis, manriquista) y que has perdido todas tus luchas anteriores, identifícate con nosotros pues eres hombre de acción y de valor y te dejo con la obligación de que a este enemigo de Tampico que está tan ensoberbecido, que trae achicopalados a los nuestros, tú te encargues de arreglarlo. Organízate un buen grupo aquí mismo en Tampico, aunque tengas que traer gente de fuera, pues tiene Portes Gil alrededor de Ciudad Victoria un núcleo de cinco mil campesinos muy bien organizados y entre ellos hay muy buenos gallos, como por ejemplo Magdaleno Aguilar (después gobernador y senador). Tú debes considerar —le seguí diciendo a Graciano— que a Portes Gil no le va a gustar nada que en su propia tierra su partido tenga este problema". Después, para terminar mi discurso privado a Graciano Sánchez le dije: "El candidato —refiriéndome a Ortiz Rubio— te vio pelear contra los vasconcelistas al frente de mis gargaleotes y vio cómo le entraste derecho al toro, lo mismo que vimos Pérez Treviño, León y yo. A mí no me extrañó porque te conozco, pero ellos acaban de conocerte a la hora de los hombres".

Graciano se puso muy satisfecho con este justo halago que le hice y me dijo: "No tengas cuidado, aquí me quedo yo y a estos los vamos a dominar y vamos a acabar con este foco pernicioso". Le pregunté que si necesitaba auxilio en alguna forma, fueran gastos o cualquier otra cosa, y me dijo que no necesitaba nada, que traía lo suficiente y que muy pronto el Filósofo (se refería a Vasconcelos) vería el resultado de andar incitando a sus partidarios a la violencia.

Efectivamente, a las tres semanas de los sucesos en Tampico, recibí

telegrama de Graciano Sánchez en México, informando que los nuestros habían tenido un choque con los vasconcelistas en el que murió uno de los nuestros y pereció Alfredo Celis. Aquello terminó con el agresivo foco vasconcelista y de esas muertes fue responsable el que anduvo incitando a la violencia, pero que a la hora de la hora no estuvo con los suyos: me refiero a Vasconcelos. Del mítin en Tampico dice Vasconcelos en su libro *El Proconsulado.**

> Cuando el tren en el cual viajaba Vasconcelos cruzó la línea divisoria entre el estado de Nuevo León y el de Tamaulipas, se respiró en un ambiente más despejado. La gente no tenía temor de descubrir su adhesión: lo hacía como rito. La provincia entera era franca, abierta, hostilmente vasconcelista. En otras regiones oprimía el temor al Gobierno; ahí el desafío partía de la gente. Días antes habían llegado a Tampico satélites del PNR, asesinos conocidos, y el pueblo, temeroso, se constituyó en guardián para defender a Vasconcelos; había que impedir el atentado, no con súplicas sino con el puño en alto. Las ochenta mil almas del puerto se honraban en usar distintivo antirreeleccionista. Sin excepción, todos los vehículos del servicio público llevaban dos, tres retratos de Vasconcelos. Los sindicatos estaban con él, y noche a noche grupos organizados recorrían las calles al son de las canciones populares que sirvieron de himnos, sosteniendo choques, con frecuencia sangrientos, con la Policía, que en vano pretendía ahogar sus voces. Se jugaba francamente contra las autoridades, a las que se despreciaba como merecían. Pocas secciones estuvieron mejor organizadas, no por gestión del Partido central, sino por la virtud especial que las integraba, adquirida en luchas previas. El sábado 30 de agosto, a las siete de la noche, en un carro que las comisiones desparramadas a lo largo de la ruta habían ido llenando, arribó Vasconcelos a la estación de Villa Cecilia, situada a ocho kilómetros de la población de Tampico. Ahí debía pernoctar. Un mar de cabezas, millares y millares de almas. Y al día siguiente, al recorrer la carretera que conduce hasta el puerto, no había casa, por humilde o lujosa, que no estuviera engalanada, y si se pudo creer después de haber viso la recepción de México que el país no sería capaz de brindar mayor homenaje, se desconocía la capacidad potencial de Tampico. Las calles resultaban insuficientes para contener la selva de estandartes y banderas; el desfile interminable no acertó a sentir siquiera, tal era su transporte, la cálida lluvia tropical que por tres veces cayó abundante. Las gotas empapaban las telas de los trajes, pegaban los cabellos a las caras, devolvían a las flores su lozanía, y la onda humana, bajo las gotas, fluía imperturbable como oscura corriente que la fe animaba.
>
> Días antes las paredes habían recibido la burla de los carteles de la imposición: el semblante de Ortiz Rubio. Para el día en que Vasconcelos llegó no quedaba uno intacto. El pueblo borraba el bochorno de aquella en-

* José Vasconcelos, *El proconsulado*, México, Ediciones Botas, 1946, pp. 243-245.

gañifa. Y de las bocas, adelantándose en el desfiladero peligroso, salvando la espera que ataba las manos, salía un grito "¡Presidente Vasconcelos!". . .

En la Plaza Principal, capa de aceite opaca, espesa, la muchedumbre, que en vano hubiera querido ensanchar las avenidas, se extendió, rompiendo bajo su peso las bancas, desgajando de los árboles las ramas. Era el 12 de septiembre. Un año hacía que Calles ofreciera en la Cámara al pueblo libertad. En los precisos instantes en que Vasconcelos hablaba en Tampico, en la capital el presidente provisional leía el informe de su gestión. El pueblo ya había elegido, a nadie le cabía duda; en la Cámara, Portes Gil seguía sosteniendo el cascarón vacío de las promesas hechas un año atrás. En ese día tomó la palabra para asegurar que el pueblo era libre y soberano, en tanto que las cárceles comenzaban a estar llenas de vasconcelistas. Poco después hubieron de comenzar a abrirse fosas en la tierra. Faltaban diez semanas para las elecciones.

Precisamente para una semana después, el 8 de septiembre estaba anunciada la llegada del fantasma que se llama Ortiz Rubio. La imposición persistió en dar el espectáculo de su desvergüenza paseando en trenes oficiales, cuyo costo no pagaba a la Directiva del Nacional Revolucionario y proyectar en la República la sombra que había de encubrir la infamia. ¡No hubo sitio donde no se marcara con hierro candente su impudicial! Para que hubiese gente que pareciese esperarle y las cámaras de los reporteros no retrataran el vacío, seguían a la comitiva oficial furgones llenos de gente armada, en su mayoría agrarista, a los cuales se amenazaba con retirarles sus parcelas si no concurrían, y además de darles pasajes libres se les gratificaba con dinero y bebidas embriagantes. Y la farándula comenzaba. . .

En Tampico, la imposición había anunciado para Ortiz Rubio el mismo recorrido que hiciera Vasconcelos —de Villa Cecilia a Tampico—, pero la presencia de sus comparsas fue insuficiente para suplir la ausencia del pueblo. Hubieron de conformarse con el mitin en la plaza.

Todos los empleados públicos, el profesorado inclusive, se vio obligado a desfilar, so pena de cese; pero, aun así, no había manera de compensar con ese contingente forzado el homenaje que la villa había tributado el domingo anterior, cuyo recuerdo extendía cenicientos reflejos en los semblantes de los imposicionistas. Estos, teniendo la fuerza de la maquinaria organizada, eran impotentes para constreñir a su voluntad perversa a una ciudad que había dicho: "No quiero". En los instantes en que Ortiz Rubio comenzaba a hablar, ocupando el sitio en que una semana antes estuviera Vasconcelos, el contraste rompió la fría hostilidad; en alguna boca brotó el adjetivo flagelante, la burla que traspasa, el comentario despectivo que hizo estallar la ira de la comitiva oficial, ¿De quién fue la primera pistola que disparó? Sonaron varias detonaciones. Las comparsas, cuyo papel consistía en escuchar los discursos del candidato, no teniendo convicción que las enraizara, se desbandaron. Temblando de inquina, del grupo oficial se desprendió uno de los miembros de la comitiva, el asesino Gonzalo Santos, quien ordenó a las tropas cerrar las bocacalles para contener la manifestación desbocada, e incitándoles a cargar contra todo

aquel que fuera vasconcelista. Los distintivos brillaban en el botón del ojal. Látigo en alto, los jinetes obedecieron, las balas cortaron sus mies. El mítin terminó apresuradamente y esa noche la ciudadanía tuvo muertos que velar.

El Partido Nacional Revolucionario acusó a los vasconcelistas de haberlo provocado; el gobierno provisional hizo patente su complicidad; pretendió hacerlos responsables del suceso, procurando por ese medio suspender toda reunión pública. En el Casino de Tampico, el club aristocrático, se había preparado un baile para la noche del 8 de septiembre; el duelo en el corazón, pocas familias asistieron y breves horas después, en su carro especial, ligada por el crimen nuevo, la comitiva, oficial, seguida por los furgones llenos de figurantes, amontonados como bestias de carga, abandonó el puerto. ¡8 de septiembre! ¡A partir de esa fecha, al ir tomando las primicias, la muerte fue sembrando cruces!

Dice el licenciado Vasconcelos que el baile del casino tampiqueño en honor del candidato ingeniero Ortiz Rubio, fue un fracaso, ¿Cuando despertó don Pepe de su sueño color de rosa en dónde estaba?, ¿en los brazos de Adriana o en las verijas de Antonieta, la que se suicidó en París por culpa de don Pepe y a quien salvó de la cárcel el cónsul callista don Arturo Pani?

El baile en el casino tampiqueño fue uno de los más brillantes que ha habido y sólo lo superaron los que organizamos a su turno en honor del general Manuel Avila Camacho y del candidato licenciado Miguel Alemán, años después. Y digo organizamos porque soy miembro de ese casino desde el año de 1917, y el casino tampiqueño es como mi casa y hasta la fecha, cuando yo llego, se me distingue y se me agasaja por los tampiqueños de ese centro social.

No soy cronista de sociales, pero voy a hacer una breve reseña del baile.

Se destacaban entre la concurrencia: don Bartolo Rodríguez, don Alberto Rodríguez, don Alberto Cabezut, don Amado L. Arachandieta, don Pedro Asemat, don Manuel E. Ravisé, don Estuardo H. Herrera, el señor y la señora Aztaburuaga, don Alberto Ostos, don Diego Alonso Hinojosa, el ingeniero Ramón Fusco, el ingeniero Antonio Fusco, don Manuel Guzmán Willis, don Carlos Guzmán Willis, don Gabriel Suárez, don Carlos Boeta, don Ciro Boeta, don Jacinto Hernández Barragán, don Jacinto Vite, don Tomás Hinojosa, don Martín de León, don Joaquín Cícero, don Servando Saldaña, don Antonio Matienso, los hermanos Gil, Michel, don Melitón Rodríguez, don Manuel Pier, don Francisco Pier, don Rogelio Pier, don Teodoro Martínez (Tololo), el licenciado don Enrique Aragón (que me era muy adicto y admirador) y la familia Eraña. Todas estas personas, con sus respectivas familias, formaban lo más representativo del puerto tampiqueño, así como un sinnúmero de matrimonios, cuyos nombres por el momento no recuerdo, aunque no

importa, pues con estos nombres basta para que se sepa que todo lo de valer en Tampico estuvo presente, así como mucha juventud.

Hubo baile de cuadrillas de parejas jóvenes, mi gran amigo Rodolfo Gaona, que nos acompañaba, pulsó la guitarra, y cantó flamenco un paisano mío de la Huasteca a quien llamábamos el Chilte Arellano, que ha sido el mejor bailador de huapango de todos los tiempos, bailó el *Fandanguito* y yo canté otro son, también huasteco que se llama *La Madrugada*. El discurso de bienvenida lo dio el presidente de la asociación de abogados de Tampico, el ilustre jurisconsulto don Blas E. Rodríguez, a quien le quemé sus libros en Tancanhuitz, por reaccionario.

Respecto a la manifestación, ya relaté los hechos con toda veracidad. El presidente del partido vasconcelista, Alfredo Celis, cuando iba a empezar el discurso de bienvenida a nuestro candidato ingeniero Ortiz Rubio, gritó estentóreamente, como el propio Vasconcelos lo dice en su relato: "Chingue a su madre Ortiz Rubio", y dispararon sus pistolas contra los nuestros, unas treinta pistolas. Dice también Vasconcelos que les robamos sus muertos, y se contradice cuando asevera que sólo tuvieron dos muertos. Estoy hablando para la historia y no haciendo novela, lo cierto es que los vasconcelistas huyeron a la desbandada cuando la caballería cargó contra ellos. No levantaron a ninguno de sus muertos, los dejaron abandonados y tuvimos que limpiar el "cuapeche" mandándolos a enterrar, porque ellos no se ocuparon de nada.

Dice Vasconcelos que los nuestros los golpearon con los látigos. ¡No, señor licenciado!, látigo usaba Cristo, nuestros huastecos llevaban cuartas y les pegaron con el camote de la cuarta, como lo saben usar los hombres de a caballo; lazaron a muchos, y de antemano tenían la orden de no arrastrarlos, pero sí de darles una "reatiza", lo que quiere decir: pegarles con la reata doblada.

El licenciado Vasconcelos vio molinos de viento. No había ni un soldado; eran los campesinos huastecos que me acompañaron a batir a los cristeros, y que venían triunfantes y muy fogueados de los campos de Guanajuato, que habían sido licenciados desde el mes de abril y para entonces ya vivían en sus ranchos, otros en sus ejidos, otros en sus congregaciones y otros en los pueblos de la Huasteca.

El licenciado Vasconcelos a cada rato en los libros que después publicó dice que si él hubiera triunfado nos hubiera colgado a todos nosotros. Yo, que fui triunfador de los que lo vencieron, en cambio lo recibí en mi casa y lo senté a mi mesa muchas veces en el rancho La Jarrilla, en Tamuín, San Luis Potosí, y en el seno de mi familia cuando él ya estaba vencido. Estas visitas, que fueron varias, me las hizo unas veces acompañado por el periodista Carlos Loret de Mola (después gobernador del estado de Yucatán), y otras veces con otras personas que no recuerdo quiénes eran. Tuve también la satisfacción de invitar al se-

ñor licenciado Vasconcelos a una visita a Ciudad Santos, donde él se dio cuenta cómo me recibieron los huastecos, especialmente los indios y los danzantes de esta tribu.

Vasconcelos fue maderista, compañero de mi hermano Pedro Antonio, es decir, compañero en la política, pues mi hermano siempre fue combatiente y fue hecho prisionero en Tampamolón Corona el treinta y uno de julio de 1913, fue fusilado y murió valientemente, como lo hizo constar en su parte oficial a Blanquet su asesino, el general Arnoldo Vargas Huerta.

Yo nunca tuve rencor por el licenciado Vasconcelos porque, en verdad, nunca lo tomé en serio, no así al traidor Juan Andrew Almazán, que años más tarde, cuando se presentó de candidato apoyado por la reacción capitalista y la reacción clerical, lo combatí con saña en las manifestaciones públicas, en la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, de la cual era yo senador secretario y líder de las Cámaras y lo combatí también con las armas en la mano, cuando tuvimos que batirnos frente a frente con sus grupos armados, a todo lo ancho de la ciudad de México. De esto hablaré a su tiempo.

Dice el licenciado Vasconcelos en su libro *La flama*, que el general Obregón fue jefe político en la dictadura porfirista. Eso es mentira y él supo muy bien que lo era. Obregón jamás ocupó puesto alguno en la dictadura de Díaz, y al general Calles le hace el cargo de haber regenteado una taberna en Arizona. También lo calumnia. Obregón en tiempos del señor Madero fue presidente municipal de Huatabampo, en elecciones limpias contra los reaccionarios, y era tan popular en su región que cuando el traidor Pascual Orozco defeccionó uniéndose a la reacción, Obregón formó un batallón de indios mayos, un contingente de trescientos hombres y una sección de caballería de sesenta dragones e hizo una brillante campaña a las órdenes del general Agustín Sanginez, a quien personalmente conocí. En todas las acciones que sostuvo se distinguió por su bravura y por su espíritu de mando. Calles no regenteó ninguna taberna en ninguna parte, al contrario, le costó su dinero visitarlas con frecuencia antes de la Revolución, y después ni de eso tenía necesidad, pues bebíamos juntos con él en su casa o en la de algún amigo, y en la campaña presidencial contra De la Huerta, desde que comenzó en San Felipe Torres Mochas, Guanajuato, en los hoteles que íbamos ocupando.

Yo sí frecuenté las tabernas, sobre todo en mis luchas políticas, después fueron cantinas y ahora son Lady's Bar y los sigo frecuentando.

Escribe don Pepe Vasconcelos en uno de sus libros, que León Toral fue un santo enviado por Dios para asesinar al general Obregón, a Calles le predice que será muerto y arrastrado en alguna oscura aldea, y resulta que Calles reposa en el Arco de la Revolución, y el licenciado Vasconcelos en el panteón del olvido.

El licenciado Vasconcelos llama bandido y asesino a Obregón, que fue quien lo trajo cuando padecía hambre y miseria en su destierro en Estados Unidos, y lo hizo primero rector de la Universidad y después ministro de Educación. Obregón le dio más dinero durante su periodo que a todos los demás ministros, excepto al de la Guerra, porque tuvo que aplastar la rebelión estrada-delahuertista para pacificar al país, como lo pacificó.

¡Pobre licenciado Vasconcelos! Terminó, como él mismo lo escribe en uno de sus libros, yendo a mendigar ayuda al cardenal arzobispo de Buenos Aires, pidiéndole recomendación para que el clero mexicano lo apoyara en una aventura rebelde. Al cardenal argentino lo sorprendió y le dio la carta, pero el clero mexicano se acababa de rendir a nosotros los revolucionarios por conducto del presidente de la República, licenciado Emilio Portes Gil, y no le hizo caso a Vasconcelos. Eso lo relata el mismo don Pepe.

Como último comentario en lo referente al licenciado Vasconcelos, voy a dejar aquí asentado lo que me dijeron, años después, los antes estudiantes vasconcelistas, Julián Díaz Arias y Manuel Moreno Torres, y ahora licenciado e ingeniero, respectivamente, quienes han figurado en puestos muy relevantes en varios gabinetes presidenciales:

"Gonzalo: a ti te debe el país que lo hayas salvado dos veces. La primera, evitando que Vasconcelos llegara al poder, y la segunda, evitando que llegara al poder Juan Andrew Almazán".

Terminó el licenciado Vasconcelos reconociendo la falsedad de los cargos que me hicieron en relación con un difunto, con lo que no me quitó ningún peso de mi conciencia, pues me hubiera dado lo mismo; sólo que ya expliqué que yo no cometo absurdos, y que el haber matado a Germán del Campo fue un absurdo de parte de los que lo hicieron y de los que lo mandaron hacer. Yo soy capaz de matar a un enemigo, enterrarlo y repartir las esquelas, pero Del Campo no era mi enemigo ni lo conocí.

Por último: VASCONCELOS NO ERA PARA EL CASO.

Regresamos a México y salimos de gira a Michoacán, acompañando a Ortiz Rubio en un tren especial; en el carro de él iba su señora, doña Josefina Ortiz de Ortiz Rubio, "mi casi ahijada", e íbamos también el general Manuel Pérez Treviño y Esther, su esposa, mi esposa Leola P. de Santos y yo. En los demás carros iban Luis León, que todavía era soltero, Melchor Ortega, el diputado y doctor Alejandro Cerizola, el diputado y general Arturo Campillo Zeide, mis gargaleotes y la "engorda de don Pascual", bajo las órdenes del Flaco Hernández Cházaro. Recorrimos Morelia, Uruapan y el lago de Pátzcuaro, Zirahuén, etcétera, más bien en viaje de placer, pues no encontramos enemigo y la señora de Pérez Treviño y mi esposa, que estaba recién llegada al país y muy jovencita, disfrutaron de la belleza de los lagos y montes de Michoacán.

El general Lázaro Cárdenas me mandó un enviado a Uruapan con una carta, poniendo a mi disposición su residencia llamada quinta Eréndira para que en compañía de mi esposa pasara mi luna de miel; y yo le contesté al general Cárdenas que aceptaba la invitación, sólo que desafortunadamente en Uruapan mi señora se enfermó de fiebre tifoidea (el churipo y las corundas), que en aquellos tiempos era muy grave, y tuvimos que regresar a México, en el mismo carro en que regresaron Ortiz Rubio y Pérez Treviño. Afortunadamente, mi esposa estaba muy joven, y resistió esa enfermedad, que llegó a ponerla muy grave.

Siguió la campaña política. En el Distrito Federal, muy agitada en las calles, con provocaciones constantes de grupos de estudiantes, muchachos y muchachas vasconcelistas a los que nunca se atacó, pero sí los teníamos a raya; yo era, como ya he dicho, líder de las Cámaras y secretario del Distrito Federal del PNR, lo que quería decir, el jefe de la política en el Distrito Federal.

La emprendimos para Puebla y el sureste. En Puebla todo el movimiento se hizo con el diputado Gonzalo Bautista a la cabeza, pues el doctor Leónides Almazán, hermano del Iscariote Juan del mismo apellido (ya he contado que lo fuimos a imponer, más bien dicho a nombrar, gobernador, un grupo de diputados al Congreso de la Unión que yo encabezaba), por lo tanto Almazán no tenía ninguna fuerza que aportar y digo nombrar, más que imponer, porque era tan fuerte nuestro Partido, que ni siquiera presentó candidato a gobernador el vasconcelismo y si lo tuvo no lo llegamos a saber; por el contrario, cuando presentamos a Almazán a una manifestación del Partido y lo proclamamos candidato a gobernador, desde el balcón de un hotel, por una de las calles adyacentes venía una manifestación encabezada por el ítalomexicano Vito Alessio Robles, exporfirista y exhuertista que ahora decía encabezar el Partido "Antirreeleccionista" con pancartas apoyando a Leónides Almazán, también para gobernador.

Yo, desde el balcón y estando a mi lado Luis León y Leónides Almazán y después de haber proclamado candidato para el gobierno a Leónides, lo interpelé enfrente de las dos manifestaciones, diciéndole que nosotros no hacíamos causa común con los llamados "antirreeleccionistas", que ellos eran seguidores del licenciado Vasconcelos, y que ahí los del PNR le dejábamos a Almazán elegir si ratificaba su adhesión a nuestro Partido o se permitía coqueteos con el enemigo. El doctor Almazán palideció inmensamente, y con la voz muy alterada y gritando que él rechazaba la adhesión de los "antirreeleccionistas" y de cualquier otro grupo vasconcelista, que él sólo era candidato del PNR como lo acababa de proclamar el diputado Gonzalo N. Santos, y que ratificaba su lealtad y adhesión a nuestro Partido. Nuestra gente aplaudió a rabiar esta decisión, pues sufrieron un terrible chasco los "ofrecidos". Entonces

volví a tomar la palabra y dirigiéndome a Almazán, le dije: "Pedimos al doctor Almazán que inmediatamente conmine a los llamados "antirreeleccionistas" a retirarse, pues no acepta su postulación", lo que Almazán hizo inmediatamente y agregó que, para evitar suspicacias, declaraba que no había hablado con ningún "antirreeleccionista" ni quería hablar. Aquello provocó un gran alboroto, y los nuestros se les echaron encima a los que se querían colar, y fueron dispersados en desbandada por nuestros partidarios, huyendo a la cabeza el tal Alessio Robles.

Con este acto deshicimos la maniobra traicionera dirigida por el hermano del candidato, el tantas veces repetido traidor Juan Andrew Almazán, que como siempre, prendía una vela a Dios y otra al Diablo, lo que hirió mucho a este Judas, y desde entonces nos multiplicamos ambos nuestras respectivas antipatías, ya comenzadas en tiempos de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, cuando él hizo a su hermano Miguel, a quien habíamos hecho diputado por Puebla, que nos traicionara, antipatía que le dimos una "barnizada" en la Convención de Querétaro cuando elegimos candidato a Ortiz Rubio, pues él era saencista junto con los altos industriales de Monterrey y ya se soñaba ministro de la Guerra si salía presidente Sáenz.

Después de estos acontecimientos en Puebla, nosotros continuamos a Veracruz, estado en que dominaba completamente el coronel e ingeniero Adalberto Tejeda, gobernador del estado, con una organización agraria muy fuerte, pero muy diferente de la organización bélico-política que nosotros encabezábamos en San Luis Potosí, pues aunque ésta se componía de muchos miles de agraristas armados, vivían en completa anarquía, peleándose y matándose constantemente unos contra otros; pero de todas maneras era una gran fuerza.

Tejeda no contaba con todos los grupos políticos en el estado, que eran muchos: diputado y doctor Alejandro Cerizola, diputado y licenciado Manlio Favio Altamirano, diputado Palazuelos, diputado y general Arturo Campillo Zeide, diputado Teodoro Villegas, diputado Guillermo Rodríguez, diputado Carlos Real, diputado Ignacio Soto, diputado Luis Márquez, diputado Francisco González, y otros que no recuerdo, todos enemigos de Tejeda y todos peleados entre sí. El único diputado que era tejedista era Carlos Darío Ojeda, quien en un debate de la Cámara dijo que él tenía a Tejeda tatuado en el corazón, motivo por el cual en lo sucesivo siempre le llamamos el "Tatuado", a reserva de que después se le volteó a Tejeda en las duras. Había también un diputado llamado Pedro Rodríguez (Perico), a quien yo ayudé para ocupar una curul siete veces y que me fue fiel hasta su muerte; él no era tejedista ni antitejedista, sólo era santista.

La manifestación en el puerto fue muy entusiasta y caliente y ni sombra de algún vasconcelista. Con Tejeda llevaba yo muy buenas rela-

ciones y, como jefe militar en Veracruz, estaba mi fraternal amigo del que tantas veces he hablado, general Miguel M. Acosta, al que propuse al general Calles cuando se rebeló el general Jesús M. Aguirre para combatirlo y que tan brillante papel desempeñó, fungía como segundo del general Miguel M. Acosta mi hermano, el general Samuel M. Santos.

Con los diputados no se diga, pues todos absolutamente habían sido del Bloque Socialista Parlamentario y después miembros de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, organizaciones que yo formé y que presidí mientras existieron, me seguían reconociendo en el PNR como líder; máxime que ahora era nuevamente el jefe de la Cámara, inclusive Manlio Favio Altamirano que no tenía más rey ni roque que el general Calles, mientras no se le volteaba, de modo es que cuando me tocó hablar, fui muy entusiasta y ruidosamente vitoreado, por lo que me felicitaron don Pascual, Pérez Treviño y Luis L. León.

En Veracruz, acordamos con don Pascual que siguiera acompañado del general Pérez Treviño y de su inútil "engorda" (la de don Pascual), para Tabasco, Campeche y Yucatán; y que Luis León y yo nos quedáramos al frente del Partido en México, atendiendo la campaña.

Ya en México, un día recibimos León y yo un telegrama de Pérez Treviño diciéndonos que era muy conveniente que lo alcanzáramos en Villahermosa, Tabasco, pues tenía importantes novedades. Renté un avión americano, pues entonces no había ninguna línea regular en territorio mexicano e invité a que nos acompañara el senador Filiberto Gómez, jefe de la política en el Estado de México y el verdadero líder, pues Carlos Riva Palacio, que era el gobernador, no tenía ningún contacto con las organizaciones, a las que manejaba el Pelón Filiberto. Mi invitación al senador Filiberto Gómez tenía doble propósito: el primero, que se conociera y se tratara con mi gran amigo Tomás Garrido Canaval, "jefe máximo" en Tabasco, pues estaba de turno como gobernador del estado su asistente, el capitán Ausencio Cruz (Chencho); pero el ser asistente de Tomás Garrido no quería decir lo que los americanos llaman *assistant manager* que ellos emplean para designar al segundo del gerente de cualquier empresa, no: Chencho Cruz era asistente de Tomás Garrido porque le ensillaba y arrendaba sus caballos, cuidaba que los herraran y los tuvieran bien comidos y en buen estado. En los combates que Tomás Garrido como gobernador sostuvo en Villahermosa durante la rebelión delahuertista, su asistente era el entonces subteniente Ausencio Cruz, de origen poblano, pero muy acriollado en Tabasco y, según me contaban Tomás y todos los tabasqueños, este Chencho, que sí sabía leer y escribir no como Ildefonso Turrubiartes, gobernador de San Luis Potosí que era analfabeto; de este Chencho Cruz, repito, todos me informaron que durante el sitio de Villahermosa que resistió Tomás Garrido al frente de su gente contra tropas sublevadas (ya dije que en 1923), contra los federales delahuertistas, se portó

volví a tomar la palabra y dirigiéndome a Almazán, le dije: "Pedimos al doctor Almazán que inmediatamente conmine a los llamados "antirreeleccionistas" a retirarse, pues no acepta su postulación", lo que Almazán hizo inmediatamente y agregó que, para evitar suspicacias, declaraba que no había hablado con ningún "antirreeleccionista" ni quería hablar. Aquello provocó un gran alboroto, y los nuestros se les echaron encima a los que se querían colar, y fueron dispersados en desbandada por nuestros partidarios, huyendo a la cabeza el tal Alessio Robles.

Con este acto deshicimos la maniobra traicionera dirigida por el hermano del candidato, el tantas veces repetido traidor Juan Andrew Almazán, que como siempre, prendía una vela a Dios y otra al Diablo, lo que hirió mucho a este Judas, y desde entonces nos multiplicamos ambos nuestras respectivas antipatías, ya comenzadas en tiempos de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, cuando él hizo a su hermano Miguel, a quien habíamos hecho diputado por Puebla, que nos traicionara, antipatía que le dimos una "barnizada" en la Convención de Querétaro cuando elegimos candidato a Ortiz Rubio, pues él era saencista junto con los altos industriales de Monterrey y ya se soñaba ministro de la Guerra si salía presidente Sáenz.

Después de estos acontecimientos en Puebla, nosotros continuamos a Veracruz, estado en que dominaba completamente el coronel e ingeniero Adalberto Tejeda, gobernador del estado, con una organización agraria muy fuerte, pero muy diferente de la organización bélico-política que nosotros encabezábamos en San Luis Potosí, pues aunque ésta se componía de muchos miles de agraristas armados, vivían en completa anarquía, peleándose y matándose constantemente unos contra otros; pero de todas maneras era una gran fuerza.

Tejeda no contaba con todos los grupos políticos en el estado, que eran muchos: diputado y doctor Alejandro Cerizola, diputado y licenciado Manlio Favio Altamirano, diputado Palazuelos, diputado y general Arturo Campillo Zeide, diputado Teodoro Villegas, diputado Guillermo Rodríguez, diputado Carlos Real, diputado Ignacio Soto, diputado Luis Márquez, diputado Francisco González, y otros que no recuerdo, todos enemigos de Tejeda y todos peleados entre sí. El único diputado que era tejedista era Carlos Darío Ojeda, quien en un debate de la Cámara dijo que él tenía a Tejeda tatuado en el corazón, motivo por el cual en lo sucesivo siempre le llamamos el "Tatuado", a reserva de que después se le volteó a Tejeda en las duras. Había también un diputado llamado Pedro Rodríguez (Perico), a quien yo ayudé para ocupar una curul siete veces y que me fue fiel hasta su muerte; él no era tejedista ni antitejedista, sólo era santista.

La manifestación en el puerto fue muy entusiasta y caliente y ni sombra de algún vasconcelista. Con Tejeda llevaba yo muy buenas rela-

ciones y, como jefe militar en Veracruz, estaba mi fraternal amigo del que tantas veces he hablado, general Miguel M. Acosta, al que propuse al general Calles cuando se rebeló el general Jesús M. Aguirre para combatirlo y que tan brillante papel desempeñó, fungía como segundo del general Miguel M. Acosta mi hermano, el general Samuel M. Santos.

Con los diputados no se diga, pues todos absolutamente habían sido del Bloque Socialista Parlamentario y después miembros de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, organizaciones que yo formé y que presidí mientras existieron, me seguían reconociendo en el PNR como líder; máxime que ahora era nuevamente el jefe de la Cámara, inclusive Manlio Favio Altamirano que no tenía más rey ni roque que el general Calles, mientras no se le volteaba, de modo es que cuando me tocó hablar, fui muy entusiasta y ruidosamente vitoreado, por lo que me felicitaron don Pascual, Pérez Treviño y Luis L. León.

En Veracruz, acordamos con don Pascual que siguiera acompañado del general Pérez Treviño y de su inútil "engorda" (la de don Pascual), para Tabasco, Campeche y Yucatán; y que Luis León y yo nos quedáramos al frente del Partido en México, atendiendo la campaña.

Ya en México, un día recibimos León y yo un telegrama de Pérez Treviño diciéndonos que era muy conveniente que lo alcanzáramos en Villahermosa, Tabasco, pues tenía importantes novedades. Renté un avión americano, pues entonces no había ninguna línea regular en territorio mexicano e invité a que nos acompañara el senador Filiberto Gómez, jefe de la política en el Estado de México y el verdadero líder, pues Carlos Riva Palacio, que era el gobernador, no tenía ningún contacto con las organizaciones, a las que manejaba el Pelón Filiberto. Mi invitación al senador Filiberto Gómez tenía doble propósito: el primero, que se conociera y se tratara con mi gran amigo Tomás Garrido Canaval, "jefe máximo" en Tabasco, pues estaba de turno como gobernador del estado su asistente, el capitán Ausencio Cruz (Chencho); pero el ser asistente de Tomás Garrido no quería decir lo que los americanos llaman *assistant manager* que ellos emplean para designar al segundo del gerente de cualquier empresa, no: Chencho Cruz era asistente de Tomás Garrido porque le ensillaba y arrendaba sus caballos, cuidaba que los herraran y los tuvieran bien comidos y en buen estado. En los combates que Tomás Garrido como gobernador sostuvo en Villahermosa durante la rebelión delahuertista, su asistente era el entonces subteniente Ausencio Cruz, de origen poblano, pero muy acriollado en Tabasco y, según me contaban Tomás y todos los tabasqueños, este Chencho, que sí sabía leer y escribir no como Ildefonso Turrubiartes, gobernador de San Luis Potosí que era analfabeto; de este Chencho Cruz, repito, todos me informaron que durante el sitio de Villahermosa que resistió Tomás Garrido al frente de su gente contra tropas sublevadas (ya dije que en 1923), contra los federales delahuertistas, se portó

muy valiente y se distinguió mucho en los combates y le era muy fiel a Tomás Garrido, por lo que de asistente, que quería decir menos que caballerango, lo ascendió a gobernador de un golpe.

El segundo propósito de haber invitado a que nos acompañara a León y a mí el senador Filiberto Gómez, consistía en llegar reforzados a Villahermosa a unirnos con Pérez Treviño, que seguramente estaba en algún problema con Ortiz Rubio, pues no podía ser otra cosa, como efectivamente así fue.

El avión americano que llevábamos, manejado por un gringo muy experto, era de cabina abierta, militar, de los que usaron los americanos en la Primera Guerra, para cuatro pasajeros que lo éramos: el mister aviador, Luis León, el Pelón Filiberto y yo. Ninguno de nosotros tres había volado nunca por encima del mar y en esos aparatos no se podía platicar pues el viento era muy fuerte, y el pasajero se tapaba con algodón los oídos, por lo que no se escuchaba la conversación y empezamos a pasar papelitos escritos comentando nuestro viaje, con el buen humor que a los tres nos caracterizaba. Uno de estos papelitos, cuando ya íbamos volando sobre el mar me lo pasó en Pelón Gómez, y en él había escrito: "Vamos volando sobre el Golfo de México", y yo le contesté en otro papel: "Entonces somos cuatro golfos, el de México y nosotros tres". Yo le había pasado el papel de Filiberto a Luis León y Filiberto le pasó el mío; entonces León escribió un papelito que me pasó, en el que decía: "Al regreso consíguete un avión más grande y tres golfas para no venirnos de oquis". Escribí un último papel y se lo entregué a León en el que le decía: "Sí, al regreso a México ponemos un burdel y te nombramos a ti padrote general".

Este relato no tiene más importancia que enseñar el humor y ánimo en que realizamos esa campaña como todas las otras que hicimos siempre.

Llegamos a Villahermosa, que verdaderamente era, y creo que debe seguir siendo, una verdadera villa hermosa, rodeada de ríos y de bosques; aterrizamos en la pista de tierra, nos subimos Filiberto Gómez, Pérez Treviño y Tomás Garrido a un automóvil y ya en el carro presenté a Filiberto con Garrido, y pasamos por una valla de caballería de no menos de unos tres mil jinetes en caballos blancos, cuando menos en un sesenta por ciento, quienes gritaban: "¡Viva Gonzalo N. Santos! ¡Viva el Alazán Tostado!" Aquella parada-manifestación en nuestro honor equivalía a lo que en la Huasteca llamamos la "tornaboda", pues así se llama cuando los novios el día de la boda se casan en la casa de la novia, y al día siguiente hacen otra boda en la casa del novio con el mismo fandango y las mismas comelitonas, les dije dirigiéndome a Tomás Garrido: "Esto en mi tierra se llama la tornaboda". Tomás me preguntó: "¿Por qué?", y le dije: "Porque hace cinco días recibiste a nuestro candidato y ahora nos haces este honor a Luis León, a Filiberto Gómez (a quien acababa de conocer) y a mí".

Llegamos a la plaza principal y subimos nada menos que al palacio de gobierno y ahí, desde el balcón central, habló primero Pérez Treviño presentándonos, luego habló el licenciado Francisco Trujillo Gurría, secretario de gobierno (después gobernador), dándonos la bienvenida, y diciéndonos que hablaba en nombre del licenciado Tomás Garrido y del pueblo de Tabasco, y que esa recepción que nos hacía el pueblo de Tabasco y su jefe, el licenciado Garrido (ya para entonces la plaza estaba llena de gente aparte de la caballería), era para hacer público ante la nación el apoyo que se daba al más combatiente líder de la Revolución, diputado Gonzalo N. Santos, y al más brillante tribuno revolucionario, ingeniero Luis León, y que supiera la reacción, que tanto combatía al diputado Gonzalo N. Santos, que los revolucionarios de extremo a extremo de la República lo respaldaban en su lucha revolucionaria (Luis León no era el más brillante tribuno de la Revolución, ése era el diputado Ezequiel Padilla, Luis León era el más vibrante orador).

Hablé después yo en el tono de la época, atacando duramente a la reacción y a su nuevo filisteo, a quien llamé José "Vas-con-celos y vienes con pendejadas", que mejor sería que Vasconcelos no le anduviera haciendo al "Pantera" ni al "Angel exterminador", y que le aconsejaba que se encuerara y se envolviera en una sábana como el Gandhi, y predicara a sus partidarios resistencia pasiva, que así les iría menos mal. Al decir esto hubo alboroto en las caballerías y en la plaza y muchos vivas a Gonzalo N. Santos, el Alazán Tostado, y continué diciendo que Tomás Garrido y yo éramos los blancos predilectos de la reacción, pero que parecía que nos tiraban con migajas de pan pues ni Garrido ni yo habíamos quedado heridos. Dije que Vasconcelos andaba predicando la violencia, y que eso era su suicidio, que ése no era su terreno y dirigiéndome a la multitud, les dije: "¡Pueblo de Tabasco, recuerda que la Revolución de siempre ha pasado por muchas vicisitudes y ahora que el caudillejo de la reacción anda proclamando que él llegará a la presidencia de la República por medio de una revuelta armada, te recuerdo, pueblo revolucionario, QUE DE PEDRADA PARA ARRIBA SIEMPRE LES HEMOS GANADO" (otro alboroto de la multitud y de la caballería). Después habló el ingeniero Luis León, vibrante, y gran orador, y seguramente que para ponerle sabor al "caldo", empezó diciendo: "Muy difícil toro me ha dejado mi fraternal amigo de luchas revolucionarias, el diputado Gonzalo N. Santos, pues él tiene el secreto de identificarse con las multitudes, sobre todo cuando son del trópico como él, pues les habla en tropical". León también atacó duro a Vasconcelos a quien llamó monaguillo reincidente, pues primero fue clerical, después, cuando el general Obregón se lo trajo del destierro y lo puso en la Secretaría de Educación, protegió a los artistas comunistas, como Diego Rivera y su grupo, y después se ha vuelto a convertir para volverse "monaguillo" porque el clero no lo acepta como presbítero. León dio las gracias al licenciado

Garrido Canaval y al pueblo de Tabasco en nombre de él y mío por aquella manifestación de apoyo a nuestra lucha, porque con ello se nos alentaba para continuar bregando sin descanso en favor de los ideales de la Revolución y del candidato Ortiz Rubio. León fue muy aplaudido y para terminar, dijo: "Puede el pueblo de Tabasco como todo el pueblo de México considerar a nuestro candidato aquí presente, el ingeniero don Pascual Ortiz Rubio, como su presidente electo, pues las manifestaciones a lo largo y a lo ancho de la República así lo han proclamado". A continuación habló el senador Filiberto Gómez, quien produjo un taimado y socarrón discurso; más o menos dijo Filiberto, dirigiéndose primero a las caballerías: "Hermanos obreros" (se produjo una gritería entre los jinetes, protestando y gritando en su media lengua tabasqueña: "¡No jomos obreros, jomos campesinos!"). Todos nosotros en el balcón empezamos a reír y continuó Filiberto dirigiéndose a lo que ahora se llama sector popular, pues entonces en Tabasco no había obreros, diciéndoles: "Hermanitos campesinos", y todo lo que ahora se llama sector popular protestaron, diciendo: "'¡No jomos campesinos!", y algunos guasones que agarraron la broma de Filiberto, le gritaron: "¡Jomos obreros!"; el Pelón Filiberto no se inmutó, y dirigiéndose a los de a caballo y a la multitud de la plaza moviendo sus brazos hacia derecha e izquierda continuó perorando: "Hermanitos, a todos los saludo con un fraternal abrazo, a obreros y campesinos, porque yo tengo un tallercito en el campo", pero entonces la multitud que ocupábamos el balcón con el candidato estallamos en risas, y le gritaban de la plaza a Filiberto: "¡Síguele, síguele, que está sabroso!" Filiberto continuó con voz fuerte, pero calmada: "Pueblo de Tabasco, traigo un saludo de la tierra de las nubes". "¿De dónde eres?", le gritaron "De la tierra de las nubes —continuó el Pelón— porque vivo en el Nevado de Toluca y he volado desde allá pasando por el Popocatépetl, el Iztaccíhuatl y el Pico de Orizaba entre las puras nubes, para traer un abrazo muy fraternal al pueblo de las neblinas, a este bravo Tabasco que acaudilla nuestro compañero Tomás Garrido Canaval y a reafirmar desde este balcón-tribuna el apoyo y respaldo del Estado de México al Partido Nacional Revolucionario y a su candidato, ingeniero Ortiz Rubio". Aquello fue el desmoche, las caballerías se arremolinaron bajo el balcón, la gente de la plaza se desbordó también gritándole: "¡Viva el hermano de las nubes!"

Una vez que terminó Filiberto Gómez su muy taimado discurso, que produjo gran regocijo (él a su vez se soltó en carcajadas), lo abrazamos Ortiz Rubio, Pérez Treviño, Garrido Canaval, León, Trujillo Gurría, el señor gobernador del estado, Chencho Cruz, y yo. Quiero decir que Tomás Garrido Canaval, una vez terminado su periodo de gobernador y habiéndole entregado el gobierno a su sucesor, capitán Ausencio Cruz, no por ello dejó de colaborar con el gobierno tabasqueño, pues

desempeñaba el puesto de secretario particular del gobernador y ocupaba la oficina respectiva a su cargo, acordaba con el "ejecutivo" en la oficina de éste y yo lo bromeaba mucho delante del candidato y de mis compañeros, pues todos los que me conocen saben que me gusta mucho el "mambo". Una de tantas veces, estando todos reunidos con el candidato, le dije al gobernador Chencho Cruz: "En nombre de mis compañeros y mío, te pido que le aumentes el sueldo a tu secretario particular y que le adelantes tres meses, porque está muy jodido, no ha podido vender este año mas que cinco mil novillos y diez barcos de plátano" (se comprenderá el regocijo general de todos). Este Garrido fue un gran tipo de la Revolución, hizo progresar mucho a Tabasco haciéndolo adelantar especialmente en la educación y en la ganadería; al clero lo corrió de Tabasco, empezando por el obispo y no dejó un solo cura, no quedó una iglesia dedicada al culto, aunque exageró, pues no permitía que a ningún muerto le pusieran cruces en los panteones y, naturalmente, se echó, mientras vivió, la animadversión de la reacción de la República, muy especialmente la de la capital, que constantemente lo combatía.

Luis León y Filiberto Gómez fueron alojados con don Pascual y Pérez Treviño. Yo, por órdenes de Tomás Garrido, me alojó el licenciado Francisco Trujillo Gurría, que ya dije que era el secretario general de gobierno, en su casita muy coqueta, completamente nueva que estaba estrenando yo. Tomás Garrido sabía muy bien "que por razones obvias, a mí me gustaba campamento aparte".

Después de platicar con don Pascual y Pérez Treviño sobre cómo andaban las cosas en el resto de la República y cómo habíamos dejado la capital, nos fuimos Pérez Treviño, Luis León y yo a mi "casa" y luego que estábamos ahí, frente a sendas copas de coñac, Pérez Treviño nos empezó a referir a León y a mí, que desde la salida de Veracruz empezó a sentir la hostilidad del Flaco Hernández Cházaro, secretario particular de Ortiz Rubio, y mucha frialdad para él en la "engorda" de don Pascual y éste muy caballeroso con él, pero también frío y un tanto reservado. Siguió relatando Pérez Treviño que venía en la comitiva un periodista yucateco llamado Miguel Angel Menéndez, y que diario mandaba artículos a los periódicos relatando la gira, y en ellas señalaba a Pérez Treviño, a Melchor Ortega y a otros dirigentes del Partido como malos elementos y gente peligrosa para el futuro presidente, sólo que no ponía los nombres, pero nos fue enseñando los periódicos Pérez Treviño y cualquiera fácilmente identificaba a los atacados; que a este periodista Menéndez lo había agregado a la comitiva el Flaco Hernández y que venía fungiendo como su mentor y muy pegado a don Pascual. Después de haber leído todas estas diatribas contra Pérez Treviño, Melchor Ortega y algunos otros compañeros por un miembro de la comitiva del candidato, acordamos tratar el asunto con él, pero yo propuse que dejáramos pasar dos o tres días, pues estaba seguro

que Menéndez de acuerdo con el Flaco no nos habían involucrado en sus ataques y diatribas, porque no estábamos presentes, pero que estaba seguro que nos iban a incluir, y entonces actuaría yo más justificadamente. Y así fue. Este Menéndez mandaba sus colaboraciones a los periódicos por telégrafo con carácter urgente. Esa noche dio Tomás Garrido un baile popular al que concurrieron todas las muchachas bonitas de Tabasco, en donde no se reconocían clases sociales. Ahí bailé el zapateado tabasqueño que es muy similar al huapango de la Huasteca, pero más fácil; cuando ya tenía algo de práctica y había "agarrado" el zapateado, bailé con una muchacha muy bonita en competencia "pata a pata" con el C. capitán Chencho Cruz, gobernador del estado, que bailaba con otra. Al terminar el *Son de la Caña Brava*, pidió Garrido que el siguiente zapateado lo bailara yo solo con una muchacha que él condujo hacia mí, y tuve el gusto de satisfacer a mi amigo Tomás Garrido Caníbal, como yo cariñosamente lo llamaba.

Al otro día Garrido organizó una visita del candidato, acompañado de nosotros y de él, a un pueblo cercano a Villahermosa que se llama Tamulté de las Barrancas, poblado entonces por indios tabasqueños muy parecidos a los indios huastecos. Hicieron los indios una manifestación en la que recitaron versos, y recuerdo uno que le dirigió a Ortiz Rubio un cabecilla de los indios, machete en mano: "No quiero revolución, lo que quiero es trabajar, pacifica la nación ahora que vas a mandar".

Después del mitin nos fuimos a una huerta feraz donde había muchos cafetos, cacao y bellísimas, altas y esbeltas palmeras cargadas de cocos. Ahí fue la comida, también muy tabasqueña, música regional y un poco de zapateado entre los nativos. En el automóvil, llevaba yo exprofeso dos o tres botellas de ginebra para prepararnos unos cocos-gin; todos estábamos admirando las palmeras, y yo pronto descubrí un enorme coco, pendiente de un racimo, que por su tamaño se destacaba de los demás y le dije a Garrido: "Tomás, ahí traemos buena ginebra y yo voy a preparar los cocos-gin y ese enorme coco que cuelga al último del racimo me lo voy a preparar y a tomar yo solo, pero te pido que se suba a cortarlo mi cuate Chencho Cruz" (el gobernador del estado). Tomás Garrido volteó, y le dijo a Chencho: "Corta ese coco y se lo traes a Huevos de Toro" (así me llamaba Garrido porque, según él, era yo muy hombre). Chencho no objetó nada, se quitó los botines, se arremangó los pantalones y cuando ya se iba a subir a la palmera, Luis León empezó a hacer esfuerzos para aguantar la risa, pero Melchor Ortega se echó una carcajada y nos dijo: "Y le va a talonear el pelado". Efectivamente, se abrazó de la palmera y con una agilidad de chango llegó hasta el racimo, sacó su enorme cuchillo y los tumbó de un cuchillazo, pero el que le había yo encargado lo agarró casi amorosamente entre sus brazos y se deslizó rápidamente hacia abajo por la palmera y llegó al suelo

íntegro, entregó el coco a Garrido, y le dijo: "Están cumplidas sus órdenes, licenciado" (pues nunca lo llamaron jefe en Tabasco, siempre lo llamaron licenciado).

Empezaron a descabezar los cocos y a echarles la ginebra hasta el último, que fue el mío, y entonces Pérez Treviño muy serio y socarronamente me dijo: "Vamos a brindar por el C. gobernador del estado, capitán don Ausencio Cruz, y vamos a tributarle un caluroso aplauso", a lo que don Pascual agregó: "No solamente caluroso aplauso sino un ¡viva! al compañero Chencho". Todos gritamos: "¡Viva Chencho Cruz!" y los que no tenían ocupadas las manos con el coco-ginebra aplaudieron.

A este Chencho Cruz, después de devolverle el gobierno a Tomás Garrido en las nuevas elecciones de gobernador, Garrido lo mandó como senador de la República por Tabasco. A la caída de Garrido y los demás callistas, Chencho Cruz murió de tristeza y de inanición, no fue por desesperación económica ni por enfermedad pues poseía una regular fortuna. El diputado Alcides Caparroso (alias Chaparroso) se suicidó; él también era tabasqueño y lo hizo por ciega lealtad a Tomás Garrido Canaval. Chencho Cruz y Alcides Caparroso eran muy diferentes: Chencho Cruz era de la contextura y hasta de la configuración de un oso y caminaba como un oso corpulento; además, era muy simpático y platicador. Alcides Caparroso, como su apodo lo explica, "Chaparroso", era casi un enano, usaba además de la pistola que todos portábamos, filosa daga, lo mismo cuando era diputado que cuando fue senador. A Alcides Caparroso también le decían el "Héroe de Macuspana", de donde era originario, porque siendo capitán constitucionalista mató en una sola noche a sesenta presos, según él, villistas, habiéndose tomado la molestia de hacerlo personalmente y de ayudarse con la daga. El general Domínguez, jefe de las fuerzas constitucionalistas de Tabasco, mandó al capitán Caparroso preso y escoltado a Veracruz a disposición del Primer Jefe a donde llegó Caparroso prisionero el día que el traidor Santibáñez asesinó en el Istmo de Tehuantepec al general don Jesús Carranza (mi antiguo y bondadoso jefe); y cuando le dieron cuenta al Primer Jefe de que Caparroso acababa de llegar prisionero para que se le juzgara por los muertos de Macuspana, don Venustiano mandó llamar a Caparroso, lo puso libre, lo felicitó por su energía contra los reaccionarios y traidores y lo ascendió a mayor. Yo, que en carne propia sentí el asesinato de mi hermano Pedro Antonio por gentes que le debían favores y lo traicionaron, hubiera hecho lo mismo que hizo el Primer Jefe en el caso de Caparroso.

Garrido y yo llevamos siempre una muy fuerte y estrecha amistad y lamento mucho que en el ciclón de 1934, que inundó Gargaleote y en algunas partes llegó el agua hasta cinco metros, lamento, repito, que el administrador de Gargaleote, que aunque era un hombre leal, vivía constantemente borracho, dejara que se me perdiera la mayor parte

de mis objetos, fotografías y documentos que de mi vida revolucionaria y política tenía hasta entonces, pues ahí guardaba mucho de la campaña política de 1929 y la totalidad de la documentación, correspondencia, fotografías, etcétera, que tenía de Tomás Garrido. Como quiera, en estas memorias al estar escribiendo este capítulo, le dedico a mi gran amigo, gran revolucionario y gran hombre Tomás Garrido Canaval, *el mejor de mis recuerdos.*

Tabasco siempre fue anticlerical y liberal desde antes de la Revolución, por eso Tomás Garrido no encontró gran oposición, ni aun de sus enemigos, cuando de combatir al clero católico se trató. ¡Lástima que haya exagerado! En Tabasco no se permitía decir adiós como despedida, se decía hasta luego o hasta la vista. Al siguiente día que regresamos de Tamulté de las Barrancas, temprano fue a verme el ingeniero León y me dijo: "Gonzalo, ya sucedió lo que esperabas". Sacó un periódico de la capital y empezó al leerme un ataque brutal, peor que los que hacían los vasconcelistas, en contra mía, de León y de Filiberto Gómez, solamente que sin poner los nombres y éste lo escribió el "consejero" del secretario particular del candidato y con la clara tolerancia de Ortiz Rubio. Llegó Pérez Treviño y traía un periódico en la mano y ¡no eran carcajadas las que se tiraba! "Bonita situación la nuestra —dijo Pérez Treviño—, andamos haciéndole la campaña a este viejito (fue la primera vez que se le llamó viejito a Ortiz Rubio) para que entre él y su achichincle inspiren a un escribidor para que nos llene de improperios e insultos —y poniéndose serio dijo—, ¡bonito papel el que andamos haciendo"'. Agarré el periódico y lo leí de nuevo en voz alta ante los dos y terminando de hacerle el honor a un formidable desayuno tabasqueño les dije a Pérez Treviño y a León: "Vámonos a ver al viejito y a aclarar paradas; le voy a decir que nosotros los que nos sentimos afectados por estas publicaciones que viene haciendo en los periódicos su acompañante Menéndez, le pedimos que lo expulse inmediatamente de la comitiva y que si no lo cree conveniente nos retiramos de la Campaña". "¡Y LO HACEMOS!", dijeron León y Pérez Treviño.

Abordamos a don Pascual, a quien desde entonces ya nunca bajamos de viejito y le planteé el asunto. Leyó Pérez Treviño el último artículo contra nosotros y luego tomé la palabra y le dije: "Señor ingeniero, nosotros tres y otros muchos compañeros nos deshicimos de Aarón Sáenz como candidato porque no prestaba garantías a la Revolución ni al Partido que íbamos a formar y no obstante que él creía que ya todo lo tenía hecho, le desbaratamos sus pretensiones y no nos arrepentimos, porque esperamos que usted que es hombre leal y mejor revolucionario que Aarón Sáenz, no permitirá que un miembro ajeno a nuestro Partido, agregado a la comitiva según sabemos por su secretario Hernández Cházaro, nos venga llenando de injurias durante toda la gira, amparado bajo la sombra de nuestro propio candidato".

Don Pascual, que tenía grandes cualidades de cínico, dijo que él no se había enterado de esos ataques y que le iba a decir a Hernández Cházaro que invitara a Menéndez a que se retirara de la gira, a lo que dije: "No estamos de acuerdo, nosotros tres (Pérez Treviño, Luis León y yo) exigimos que se le expulse de la gira y se le declare un arribista no invitado y con el permiso de usted nos retiramos". En la antesala estaba Tomás Garrido, nos reunimos los tres con él y le enseñamos el periódico contándole lo que acababa de suceder. Tomás nos dijo: "Pues si ustedes se retiran, yo también me retiro de la campaña y Tabasco declarará que espera nueva convención del Partido para adherirse a un nuevo candidato". Don Pascual y el Flaco Hernández Cházaro se encerraron. Ortiz Rubio hizo pasar a Tomás Garrido y éste le dijo lo mismo que nos dijo a nosotros, que si nos retirábamos de la campaña él también se retiraría.

Nos llegaron telegramas urgentes a Pérez Treviño, a León y a mí del general Calles, diciéndonos que dentro de unos días emprendería un viaje a Europa, que regresáramos cuanto antes a la capital. Mostramos los telegramas a don Pascual y el viejito se puso muy nervioso, pues creyó que ya nos habíamos comunicado con el general Calles en relación con las dificultades surgidas y seguramente pensó qué iba a hacer él solo si continuaba la gira. Nos llamó a los tres a nueva conferencia, teniendo a su lado a Hernández Cházaro y nos dijo: "Quedan ustedes debidamente complacidos, ya ordené al teniente coronel Hernández Cházaro (tardíamente fallecido general de división) que sea expulsado de la comitiva el señor Miguel Angel Menéndez, por indeseable". El Flaco Hernández palideció, tartamudeó y me dijo: "Menéndez te quiere dar sus disculpas y algunas explicaciones"; yo le contesté delante de todos: "¡Que se las dé a su rechingada madre, y tú también!" Me dijo: "Gargaleote (así me llamaban todos los veracruzanos, menos Tejeda), estás caliente y puede que me merezca tu mentada de madre por pendejo, pero no por mala fe". "Bueno —le contesté—, en lo que a ti respecta ahí la dejamos, pero dile a ese cabrón de Menéndez que no se me pare enfrente porque lo voy a fuetear".

Me apresté a regresar a México al día siguiente, habiéndose quedado en Villahermosa Pérez Treviño, León y Filiberto Gómez. Teníamos listo un avión, naturalmente estadounidense, que rentó Tomás Garrido y que puso a mi disposición, con cupo como para once pasajeros. Me acompañaba el diputado Melchor Ortega, que él con el general y diputado Rafael Melgar fungían como mis segundos en la Cámara de Diputados. Abordaron el avión algunos políticos tabasqueños y algunos otros que no recuerdo y cuando ya íbamos en pleno vuelo Melchor Ortega me dijo: "Ahí viene Menéndez". "¿Cómo? —le dije—, a este cabrón por qué lo mandarían en el mismo avión en que vamos nosotros". "No sé", me dijo. ¡Oí un grito que me dio la fiera que traigo dentro, más

bien dicho un rugido! Me paré y me fui hacia donde estaba Menéndez sentado y le dije: "¿Cómo se atreve usted a venir en el mismo avión en que venimos Melchor Ortega y yo después de habernos insultado y calumniado?" Me dijo: "Yo no me refería a personas sino a un cuadro general, pintado y simbólico". "Pues mire, cabrón —le contesté (esto era en pleno vuelo, por encima del mar)—, usted pintaría simbolismos, pero yo le voy a pintar la cara a chingadazos" y le empecé a pegar fuetazos en la cara y en la cabeza con toda la ira de mi cuerpo. A esto, el copiloto salió rápidamente de la cabina y vino hacia nosotros muy espantado, pero no intervino, pues de haberlo hecho el gringo, también a él le hubieran tocado sus chingadazos dado mi estado colérico. Le dejé de pegar cuando me había saciado y le dije: "Le prevengo, hijo de la chingada, que más vale que no nos volvamos a encontrar usted y yo por mucho tiempo y dígale de mi parte al o a los hijos de la gran puta que lo inspiraron, que sepan desde ahora que no están tratando con pendejos y QUE CON LA MISMA BOCA QUE LES DIJIMOS QUE SÍ, CON ESA MISMA BOCA LES PODEMOS DECIR QUE NO; TAMBIÉN YO ESTOY HABLANDO SIMBÓLICAMENTE". Y el avión seguía vuela, vuela y volando.

Llegamos a Veracruz, donde me estaban esperando los generales Miguel M. Acosta y Samuel M. Santos, con un vagoncito de vía que el coronel Tejeda, gobernador del estado, había mandado a mi disposición.

Después de los abrazos de Melchor Ortega y míos con Miguel M. Acosta y con Samuel nos instalamos y cuando ya iba a arrancar la máquina me di cuenta que se subía Miguel Angel Menéndez. Inmediatamente le dije al general Acosta: "Ordena que pare la máquina y que no salga hasta nueva orden". Me acerqué a hablar con Menéndez, dominándome, y hablándole en forma serena le dije: "Señor Menéndez, después de todo lo que ha pasado entre usted y nosotros, ¿Por qué se empeña en provocarnos encimándosenos? El avión que nos trajo de Villahermosa venía a mi disposición y no sé cómo hizo usted para subirse, pero ya vimos lo desagradable de este hecho y ahora este vagón y esta máquina que lo jala vienen también a mi disposición por órdenes del gobernador de este estado, coronel Tejeda, como se lo puede a usted decir el señor general de División don Miguel M. Acosta, comandante militar de este estado, que está presente; entonces quiere decir que aquí van estos señores generales y yo y las personas que yo disponga que me acompañen y después de lo que ha pasado señor, lo invito a usted a que se baje del carro pues puede provocarse otro incidente tan desagradable o más que el que sucedió en el avión". Menéndez con toda tranquilidad me dijo: "Me vine en el avión que ustedes traían de Tabasco porque no había otra cosa en qué venirme y lo hice con el consentimiento del señor ingeniero Ortiz Rubio". "Bueno —le dije— ya está aquí, ni remedio, pero en este vagón no sube usted por las razones que le acabo de expresar". "No hay otra cosa en qué irme", dijo Menéndez. "No hay otro vehículo

por el momento —le dije—, pero no tarda en llegar el trenecito ordinario que corre de aquí de Tejería a Veracruz y en ese se puede usted ir" y le dije a Acosta: "Ordena que marche el tren" y se arrancó. Cuando el tren ya empezaba a caminar y estaba yo trabado en plática con Miguel y Samuel, Melchor Ortega se acercó hacia mí y socarronamente me dijo: "Este pelado no entiende, ahí viene sentado". Volteé y volví a pedir a Acosta que ordenara que el tren regresara a Tejería y así fue y parando la máquina me fui hacia Menéndez y ya no con una fiera dentro de mis entrañas, ¡sino con un cabrón volcán! Me olvidé del fuete y saqué la 45 (arma que uso desde 1920 cuando la cambié por el revólver 44) y agarrando bruscamente a Menéndez de la corbata le empecé a fajar cañonazos por la cabeza, por la boca y por el pescuezo lleno de rabia y le dije: "Cabrón, usted quiere ser 'carne de héroe' de periódico para hacerse notable, pero dígale a todos los de su calaña que hablen lo que se les dé su chingada gana". Entonces Menéndez me dijo: "No sea cruel, aquí me quedo" y se quedó. Llegamos a Veracruz, donde nos esperaba el gobernador Tejeda, con él comimos, le platicamos todos los incidentes y nos fuimos con él hasta Jalapa y allá nos encerramos Acosta, Tejeda, y yo. Tejeda dijo: "Esto va a tener muy mal fin" (Tejeda había estado con nosotros en la conspiración contra Aarón Sáenz en favor de la candidatura de Ortiz Rubio). Entonces el general Acosta me dijo: "¿Qué no sería bueno remediarlo de una vez, Gonzalo?" y miró a Tejeda como diciéndome, "¿Por qué no lo sustituimos con este?" "No —respondí yo—, no podríamos hacer nada sin la anuencia del general Calles y creo que por el momento a él tampoco le gustaría hacer nada; déjenos primero platicar con él" (me refería a Pérez Treviño, a León y a mí).

Acosta me presentó a César Augusto Sandino, al que tenía bajo su protección en Veracruz, de donde Acosta era comandante militar. Sandino estaba bajo su protección por orden del general Calles. El revolucionario nicaragüense me pareció muy poca cosa, era invento del general Calles, quien lo conoció a través de Luis N. Morones, quien a su vez lo había conocido en un campo petrolero de la Huasteca donde Sandino trabajaba en una compañía norteamericana. El general Calles mandó a Sandino a Nicaragua con un grupo de oficiales mexicanos dados de baja, encabezados por el coronel Prebe, asesino del senador Fiel Jurado. Repito, Sandino era un total invento del general Calles para hacerle "cosquillas" a los norteamericanos cuando el Departamento de Estado hostilizaba al presidente Calles. Sandino y Prebe llevaron armas mexicanas a Nicaragua, Prebe murió en Nicaragua peleando con los americanos, también murieron casi la totalidad de los mexicanos que lo acompañaban. Muerto Prebe y los suyos, el general Calles llamó a Sandino y después de hablar con él y darle instrucciones de que se arreglara con el gobierno del doctor Sacasa en Nicaragua, Sandino regresó a su país

acatando las instrucciones del general Calles y determinó un arreglo para dejar las armas. Esta maniobra la hizo el general Calles de acuerdo con el embajador Morrow a cambio de que el Departamento de Estado ya no siguiera hostilizando al Gobierno Mexicano, y como en los albures: "con las mismas cartas que se echan las de perder, con esas mismas cartas se echan las de ganar". Tacho Somoza I, después de estos arreglos entre él, el presidente Sacasa y Sandino; Sacasa le jugó chueco a Sandino y lo mandó asesinar villanamente. La forma en que murió Sandino lo convirtió en héroe de leyenda entre los elementos de ultraizquierda de la América Latina que lo han glorificado.

A Sandino le ayudaron mucho sus nombres y su apellido: César Augusto Sandino, es un nombre épico, sonoro, bonito y hasta poético. Si en lugar de ese nombre se hubiera llamado Homobono Aceves, no hubiera durado la leyenda de Sandino. Físicamente no era impresionante, estaba muy chaparrito, su cuerpo inclinado un poco hacia adelante, color tabaco y el sombrero tejano le quedaba muy mal, creo que ningún nicaragüense sabe usarlo. Somoza fue muy torpe al mandar asesinar a Sandino pues él llevaba el propósito, según nos contó al general Miguel M. Acosta a mi hermano, el general Samuel M. Santos, y a mí, de trabajar en una mina que había descubierto en Correrías, por las Segovias. Sandino se mostraba conforme con que los norteamericanos hubieran abandonado el territorio de Nicaragua, cosa que él atribuía a su movimiento revolucionario, que como quiera que haya sido fue un esfuerzo patriótico de su parte, pero patrocinado por el general Plutarco Elías Calles. Yo admiro un crimen político como el de César Borgia cuando la cena del Belo Engano en que envenenó a todos sus enemigos a quienes convocó dizque para reconciliarse con ellos; ese fue un crimen elegante como pocos, pero la NEFANDA traición de Tacho Somoza a Sandino fue más corriente que la que le jugó el general Guajardo a Emiliano Zapata. Sandino era inferior a Fidel Castro y al "Che" Guevara, pero Somoza, con su traición, le dio un lugar en la leyenda.

Estuvimos todo un día con Tejeda en Jalapa y luego nos vinieron a dejar a Melchor Ortega y a mí hasta Puente de Vigas, habiendo platicado mucho en el camino. Llegamos a México y el DESCOJONAMIENTO Y EL DELIRIO, a ocho columnas en primera plana y con letras gigantescas (como las que acostumbran usar los periódicos reaccionarios hasta la fecha cuando se trata del "Alazán Tostado", Gonzalo N. Santos) el periódico "camaleón", el que unas veces amanece comunista, otras católico ultramontano, otras franquista y siempre perverso y podrido, en su más escandaloso encabezado en primera plana decía entre otras cosas: EL ALAZÁN TOSTADO, FEROZMENTE DISPARADO EN VIOLENTA Y CRIMINAL CARRERA, ATROPELLÓ Y CASI MATÓ AL PERIODISTA MIGUEL ANGEL MENÉNDEZ, etcétera.

Yo contesté con mi silencio. A nada ni a nadie respondí nada, ni di

ninguna explicación. Después, con los años, cuando dejé mi misión diplomática en Dinamarca y vine como senador de la república por segunda vez y en quince días me volví a convertir en lider del Senado de la República, Miguel Angel Menéndez, que era diputado "cardenista" al Congreso de la Unión, al verme me saludó afectuoso usando el tuteo profesional a que tienen derecho los miembros de una misma legislatura y no me dijo una sola palabra del pasado.

Quiero hacer constar que en ese tiempo se me echaron encima los mugiquistas, a los cuales el grupo de senadores que encabezaba yo los derrotamos, como ya quedó dicho, en quince días, quedando ellos, los mugiquistas, convertidos la mayoría que eran en minoría y nosotros, el senador Gonzalo Bautista, el senador Ezequiel Padilla, el senador Jesús González Gallo, algunos otros y yo, dueños de la mayoría del Senado de la República.

En ese tiempo, como en todas las luchas que he sostenido, recibí muchos ataques, especialmente de los mugiquistas y de varios "espontáneos" y cuando yo esperaba que el diputado Miguel Angel Menéndez, como periodista que era y legislador, usara sus dos posiciones para atacarme, por el contrario, se incorporó al grupo avila-camachista que mis compañeros y yo habíamos formado en el Senado y desde entonces hicimos buena y personal amistad que hemos sostenido a través de los años, a pesar de la diferencia de criterios, pues él es honrado comunista y yo no he pasado de revolucionario mexicano. CONSIDERO ESTA ACTITUD DE MIGUEL ÁNGEL MENÉNDEZ COMO MUY NOBLE Y ASÍ LO HAGO CONSTAR. Miguel Angel Menéndez, que sabe la veneración que tengo por mi jefe, el caudillo general Alvaro Obregón, me regaló un poema de él, que se llama *Domador de Centauros*, por cierto, muy bueno y que tengo enmarcado y puesto en una pared de mi casa en el rancho La Jarrilla.

Una vez en México nos reunimos Pérez Teviño, León y yo en el Partido y Pérez Treviño nos informó que él ya había visto al general Calles y le había dado cuenta de todos los incidentes de la campaña, desde Puebla hasta Villahermosa; que el viejo se quedó muy preocupado y que por todo comentario le dijo a Pérez Treviño: "¿A dónde iremos a parar?". "Anda, ve a ver al general Calles", me dijo y de ahí mismo me fui a Anzures (a la residencia del general Calles). Entré como de costumbre sin anunciarme hasta la estancia donde me recibió el entonces mayor Juárez, único ayudante personal del general Calles, quien ya he dicho que en sus principios fue hechura mía y yo lo incorporé en San Luis con él. "Dile al viejo que estoy aquí", le dije. Juárez regresó luego y me dijo: "Dice el jefe que subas, pero que dejes el fuete aquí abajo". Juárez no sabía de qué se trataba, me reí y le dije: "No traigo fuete". Acto seguido subí las escaleras y llegué a la recámara del general Calles; lo encontré en bata y comiendo fruta que, como siempre, comía a esas horas (era antes de mediodía). Antes de saludarnos el general

Calles me dijo: "¿No traes el látigo?" Le contesté: "No, señor" y nos reímos los dos. Entonces comenzamos a platicar y el general Calles quiso conocer mi versión, la que coincidió en todos los puntos con la de Pérez Treviño y con la que expuso después Luis León, pero yo tuve más que relatarle porque le platiqué mi conversación con Tejeda y con Acosta en Jalapa y la actitud de ellos dos (gobernador y comandante militar en Veracruz). "Eso de cambiar candidato —me dijo el general Calles— sería un sainetón, hay que seguir adelante. El Flaco (refiriéndose a Hernández Cházaro, al que el general Calles conocía muy bien pues había sido su ayudante en el Estado Mayor Presidencial cuando él era presidente) tiene un cerebro de oruga y un veneno de ciempiés. Yo salgo pasado mañana para Europa y quiero que Pérez Treviño y tú me acompañen hasta San Antonio". Nos seguimos viendo todo ese día y el siguiente, Pérez Treviño, Luis León y yo, tratando todo lo relativo a la campaña presidencial y el día de la salida nos volvimos a reunir con el general Calles los tres y nos ratificó la *orden invitación* a Pérez Treviño y a mí y que León se quedara al frente del Partido mientras nosotros regresábamos.

Abordamos el tren *Olivo* en la estación Buenavista, que además del carro de la escolta, que era un carro de primera, llevaba enganchados los carros *Hidalgo*, que pertenecía al ministro de la Guerra, el carro presidencial y el carro *Observatorio*, que sólo tenía dos camarotes, todo este equipo perteneciente al tren *Olivo*.

En el carro *Observatorio*, que era el último, estaba la recámara del general Calles (Portes Gil dormía en su casa) y otra recamarita más chica en la que el mayor Juárez, por orden del viejo, me instaló. En el carro "presidencial", anterior al *Observatorio*, instalaron a Pérez Treviño, al general Miguel M. Acosta, al doctor Leónides Almazán (ya gobernador de Puebla), a Manuel Riva Palacio, a Rodolfo Gaona, ya retirado de los ruedos, y se coló con gran contrariedad del general Calles, un hermano de la amante del viejo, de apellido Llorente. El general Calles, rojo de disgusto, le decía al necio casi cuñado algo que Manuel Riva Palacio y yo que estábamos cerca no podíamos oír; pero el petimetre también le alegaba al viejo. Manuel Riva Palacio ya estaba con los belfos erizados y las fauces abiertas, listo para caerle encima y estrangularlo, pero, el gran hombre agachó la cresta y viéndonos a nosotros dijo con voz ronca y ahogada: "Déjenlo pasar". "Pudieron más las dos tetas que las dos carretas —le dije a Riva Palacio en voz baja—; esto es grave, empiezan a faltar hormonas". Con la amante después se casó y de este amasiato, legalizado después, tuvieron dos hijos, uno llamado Plutarco (no confundirlo con el ingeniero Plutarco Elías Calles) y otro Leonardo.

Empezando a arrancar el tren nos "agarramos" a jugar e hicimos dos cuartos de poker en los que nos turnábamos, pero yo por lo pronto

acomodé a Riva Palacio (la Pioja), a Llorente y al doctor Leonides Almazán en mi "cuarto", pues aunque Manuel Riva Palacio no carecía de talento para el juego, no era un gran jugador, y los otros dos, el cuñado "putativo" Llorente y Leónides Almazán a leguas se les veía que eran muy pendejos y esto no sólo en el juego, sino en todas las cosas de la vida, pero sobre todo en el poker que nunca habían jugado y al que entraron por quedar bien con el general Calles y con nosotros, entrando a la moda. Así fuimos jugando durante horas donde yo descaradamente iba robando a Almazán y a Llorente, a grado tal que la Pioja Riva Palacio me sacó a un lado y me dijo: "Mira, hijo de la chingada, me das parte de tu botín o canto con el viejo". Y yo le dije: "Canta con tu chingada madre, pero bájame la puntería, pues estos pendejos no saben qué hacer con el dinero que se están robando y tú confórmate con esto", y le di mil pesos oro en centenarios de reluciente cuño obregonista.

En el camino, que ya dije fue desde la ciudad de México hasta San Antonio, Texas, a cada rato dejaba el general Calles la mesa de poker y nos íbamos a la plataforma del carro Observatorio a platicar, cerrando bien la puerta y con el mayor Juárez a distancia para que nadie se acercara a interrumpirnos. Pasamos por San Luis, donde nos saludaron los generales Cedillo y Carrera Torres y en todas partes nos fueron saludando los gobernadores y comandantes militares acompañados de sus diputados y senadores, etc., pero sin ninguna manifestación. En Monterrey estaban en la estación esperando al general Calles además del gobernador y los senadores, los jefes militares encabezados por el mil veces traidor, tránsfuga y mercenario Juan Andrew Almazán, "Manchas". Después de saludar al general Calles y platicar un poco con él, Almazán se apartó conmigo y me dijo casi temblando: "Esto es una humillación para mí, el general Acosta viene acompañando al general Calles y la campaña que él hizo contra los infidentes de Aguirre en Veracruz fue brillante, no lo niego, pero la mía contra Escobar en Chihuahua fue más importante y yo sé muy bien, porque conozco el paño —siguió hablando Almazán— que el general Acosta viene ocupando un lugar tan honroso y distinguido en la comitiva porque usted lo metió". Le contesté a Juan Judas: "Está usted equivocado (pues yo nunca lo llamé general), yo tuve el gusto de saber que el general Acosta venía en la comitiva cuando lo vi en la estación al pie del tren Olivo y tan no sabía que nos iba a acompañar que cuando el general Calles y los demás miembros de la comitiva nos empezamos a despedir de los amigos que nos fueron a dejar, yo le daba la mano a Acosta en señal de despedida y él me dijo: 'No, yo también voy a ir', lo que confieso a usted que me dio mucho gusto, porque como usted dice que conoce el paño, debe saber que Acosta y yo no somos amigos sino hermanos y si él me hubiera pedido que le hubiera hablado al general Calles lo hubiera hecho, pero no lo necesitó, le bastaron los laureles que ha conquistado

durante toda su vida revolucionaria y su constante fidelidad a la Revolución para que el viejo lo invitara. Además, debe usted saber que don Plutarco conoce y quiere a los dos generales Acosta desde que eran niños, pues fueron sus discípulos cuando él fue maestro de escuela y director de la misma en Guaymas, Sonora". Esto lo acababa de saber durante el viaje porque don Plutarco y Acosta me lo contaron y se lo dije a Almazán con toda la mala leche, para acabarlo de joder, lo mismo que cuando le dije que Acosta había sido siempre fiel a la Revolución. Luego seguí diciéndole a Almazán: "Ahí viene con nosotros su hermano, el doctor Leonides, como ya usted lo vio, al que acabamos de hacer gobernador de Puebla y apenas ha comenzado a actuar, ¿No cree usted también que no se vería bien que vinieran los dos?; pues lo mismo sucede con los Riva Palacio, Manuel viene acompañando al general Calles y Carlos, que es de mayor jerarquía, se quedó". Juan Almazán Iscariote se calmó y cambió el tono de su plática conmigo, por lo demás, él sabía muy bien a lo que le "tiraba".

Acosta, que era muy vivo y no nos perdió de vista a Almazán y a mí mientras platicábamos, me preguntó: "¿Qué hablaba ese cabrón contigo, pues estaba amarillo como un limón?" y le dije a Acosta: "En el carro te platico" y se lo platiqué todo. "Qué bueno que no me lo dijiste abajo —me dijo— pues por respeto al general Calles me hubiera mordido un huevo, pero a este cabrón no lo hemos de dejar llegar a ministro de la Guerra, que es su ambición". Yo le contesté a Acosta: "Que no le ande buscando el cabrón, no se vaya a tropezar con un par de gargaleotes".

En el trayecto, en uno de esos apartados que hizo el general Calles con Pérez Treviño y conmigo dijo: "Voy a plantearles un asunto: el general Andrés Figueroa, comandante militar de Jalisco, ustedes dos lo conocen muy bien y saben que es un hombre serio, muy soldado y honorable, antes de que saliera vino a México a decirme que Margarito Ramírez, el gobernador de Jalisco, muy seguido manda a secuestrar ricos en todas las poblaciones importantes, especialmente en Guadalajara, los declara cristeros, les manda hacer preparativos de fusilamiento y luego les exige grandes cantidades de dinero para ponerlos libres y declararlos inocentes —y siguió diciendo Calles—; la publicación de estos hechos a todos nos salpicaría y los enemigos de la Revolución aprovecharían para llenarla de lodo e improperios con base justificada; entonces, ahora que regresen a México, en la Comisión Permanente que tú presides —dijo dirigiéndose a mí (estábamos en los buenos tiempos de tuteo)—, destituyan a Margarito y pongan de gobernador a un hombre responsable". Pérez Treviño dijo que él tenía conocimiento de estos hechos, pero a través de los diputados, y que él había atribuido estas versiones a intereses políticos y personales, "pero una vez que usted —dijo dirigiéndose al general Calles— nos informa de este grave

asunto, procederemos inmediatamente al regreso a México". Yo le dije: "Mi general, Margarito es hombre rapaz, pero realmente no me imaginaba que estuviera haciendo eso, ¿y a quién ponemos en lugar de Margarito?", le pregunté. "El que ustedes quieran", dijo el general Calles y nos cambió la conversación. Allá en la punta del carro viéndonos a los tres en la plataforma y atrás del mayor Juárez estaba el general Miguel M. Acosta, donde permaneció platicando con Juárez durante horas y cuando salimos de la plataforma y entramos al carro nuevamente para ir al comedor, Acosta me agarró un brazo y me dijo: "¿No comentó de mi campaña en Veracruz contra Aguirre?". "No, le dije al general Calles que seguramente estabas muy nervioso porque no podías pasar 'la línea Juárez' y no te imaginabas lo que estábamos hablando y me dijo el general Calles que tu hermano Emilio y tú habían sido sus discípulos en Guaymas, Sonora, cuando había sido profesor y que Emilio era más inteligente que tú". "Efectivamente, Emilio y yo fuimos alumnos del general Calles; pero esto que te dijo de que él era más inteligente que yo no se lo vayas a decir al hijo de la chingada". Y no le conté nada a Emilio en algún tiempo pero después sí se lo conté y se rió mucho. El general Calles me había dicho: "los dos fueron mis discípulos, los dos son muy inteligentes, pero era más adelantado Emilio". Y agrego yo, pero con menos convicciones revolucionarias y diferente fortuna.

En otro apartado a la plataforma, pues entonces se hacían de México a San Antonio cuarenta y ocho horas, el general Calles, Pérez Treviño y yo volvimos a comentar lo ocurrido en Villahermosa y le dije al general: "Yo creo que usted debería hablar muy a fondo con el ingeniero Ortiz Rubio para que quitara al Flaco Hernández de su lado, porque le va a ser muy perjudicial, usted recuerda cómo el Flaco, siendo mayor de su Estado Mayor, cuando usted era presidente, sin motivo, en un camerino del teatro Lírico mató a un pobre cómico nada más por quedar bien con su querida, la bailarina Juanita Barceló, que antes había sido cariñosa del cómico y que el diputado Campillo Zeide y yo le hablamos a usted para que lo perdonara cuando ya estaba procesado y detenido y hasta logramos que usted y el general Alvarez (entonces jefe del Estado Mayor Presidencial) lo volvieran a aceptar en el Estado Mayor. Le digo todo esto, mi general, para que vea que yo no tengo ninguna animosidad contra el Flaco, pero está lleno de ambiciones y es muy bruto". El general Calles me contestó: "Lo de las ambiciones es cierto, pero lo de bruto no, es un cretino que es diferente a ser bruto". "Sí, señor, tiene usted razón —le dije—, bruto la Pioja Riva Palacio" que en esos momentos veíamos venir hacia nosotros y Calles y Pérez Treviño se rieron de buena gana. Y llegamos en el tren presidencial hasta la frontera, donde la máquina desenganchó el tren escolta y pasó el tren *Olivo* al lado americano, en donde para sorpresa mía y creo que de todos

los demás, estaba formada a ambos lados de la vía y en la estación, una unidad de caballería de no menos seiscientos jinetes con sus fusiles en guardia, cubriendo los dos lados de la vía en largo trecho y quedando nuestro tren entre las dos vallas de soldados estadounidenses con sus respectivos jefes y oficiales al frente.

Seguramente que el general Calles ya sabía que el juez de distrito del condado de Webb, don Juan Balls, había dado órdenes de aprehensión contra él, porque según el juez Juan Balls, el general Calles era el director del secuestro y asesinato del general Lucio Blanco; secuestro verificado en San Antonio, Texas, en el *lobby* del hotel San Antonny y el asesinato en una panga donde pasaron a Lucio Blanco y lo echaron al río Bravo. La cuestión es que nosotros, los acompañantes del general Calles nos "arremolinamos" junto a él esperando lo que fuera. No tardó en llegar el cónsul mexicano en Laredo acompañado del coronel jefe del regimiento americano, quien saludó militarmente al general y le dijo: "Por órdenes del jefe del Estado Mayor del Ejército Americano, vengo a hacerle los honores militares que a su alta jerarquía corresponden". Calles le dio las gracias por su conducto al jefe del Estado Mayor del Ejército y a él en lo particular, todo esto traducido por nuestro cónsul en Laredo.

Yo me quedé pensando lo que dijo el coronel a don Plutarco: "Que iba a hacerle los honores militares que correspondían a su alta jerarquía". El general Calles era general de división en disponibilidad y no ocupaba ningún puesto ni militar ni político, entonces, seguramente que los gringos nos madrugaron en proclamarlo "jefe máximo" dos años antes que nosotros.

Sobre el juez don Juan Balls, que como ya dije anteriormente era juez del distrito del condado de Webb, o sea el condado que tiene por cabecera Laredo, Texas, era hijo bastardo del general Porfirio Díaz y una americana a quien hizo esa travesura cuando revolucionaba contra don Benito Juárez allá por Matamoros y era Balls enemigo acérrimo de la Revolución y de todos los mexicanos, con excepción de los científicos, porfiristas y huertistas. La "raza" le llamaba Juan "Bolas". Después, siendo yo senador de la República y presidente del bloque del Senado durante el gobierno del general Lázaro Cárdenas, don Juan Balls y yo hicimos gran amistad; me lo presentó el cónsul general de México en San Antonio, Texas, Lauro Izaguirre, y cuando nos conocimos me dijo: "Es usted el primer revolucionario mexicano al que le doy mi mano" y yo le contesté: "En cambio, yo a muchos reaccionarios les he dado la mía". Nos reímos los dos y todos los presentes y desde entonces ya no volvió a molestar a ningún revolucionario mexicano. Era don Juan Balls un verdadero cacique en todo el condado de Webb y hacía sentir su influencia hasta en Austin, la capital de Texas. Durante la plática que sostuvieron el general Calles y el coronel jefe del regi-

miento americano, los *marshalls* y los alguaciles de don Juan Balls se conformaron con ver de lejos al viejo Calles y a nosotros los de su comitiva, a través de los claros que dejaban los caballos que montaban los soldados gringos.

Enganchando todos los carros del tren *Olivo* a una máquina americana y tripulación americana también (que seguramente gestionaron los Ferrocarriles Nacionales de México), nos seguimos hasta San Antonio, Texas.

En San Antonio nos encerramos en el gabinete del general Calles en el tren presidencial a recibir sus últimas instrucciones, pues él seguiría para Nueva York y Europa y nosotros regresaríamos para México. El general Calles nos dijo a Pérez Treviño y a mí: "No tengo instrucciones que darles, ustedes quedan al frente del Partido y de la campaña (al decir esto volteó a verme a mí), saben demasiado lo que tienen qué hacer y tengo tanta confianza en ustedes que no hace falta que yo esté presente para cuando se verifiquen las elecciones, ahí les encargo a ustedes que me tengan enterado de todo lo que suceda cuando tenga importancia; ya Estrada Verg (el presidente de la Compañía Telefónica Mexicana, lo que es Teléfonos de México hoy) tiene instrucciones de darles servicio preferencial constante en las oficinas del Partido y en sus casas; buena suerte para todos" y nos dio un abrazo. Pérez Treviño y yo le contestamos que nos honraba mucho esa confianza que tenía no sólo en nuestra lealtad sino en nuestra capacidad política y en nuestras aptitudes. Para finalizar le dije yo: "¿Alguna otra orden?" "Ninguna —me contestó—, ¡buena suerte!"

Ya para entonces había en la estación una multitud de mexicotejanos vitoreando al viejo Calles alentados por el cónsul de México y las autoridades de San Antonio, que habían llegado a saludarlo y a desearle buen viaje. Nos despedimos Acosta, Pérez Treviño y yo del viejo así como todos los demás, pues de ahí para Nueva York siguió acompañado del señor Rochín, director general de los Ferrocarriles Nacionales de México y del agente de los mismos Ferrocarriles Nacionales en Nueva York, señor Lona. Estos dos altos funcionarios ferrocarrileros iban para que el carro especial del general Calles no tuviera ningún contratiempo en su itinerario; también iba con el general su ayudante, el mayor Juárez. De Acosta y de los demás me despedí también en la estación, inclusive de Pérez Treviño a quien le dije: "Tengo en San Antonio que averiguar cómo anda el enemigo pues aquí hay bastante vasconcelismo" y me dijo Pérez Treviño que él se quedaría un día en Saltillo; era gobernador de Coahuila y yo a mi vez me quedé en el hotel que se llamaba Del Río y que era el más nuevo entonces (1929). Me acompañaba Fernando de la Garza (la Loba), jefe de los servicios de espionaje de nuestro gobierno, más bien dicho del general Calles, en todos los Estados Unidos y que fungía con la pantalla de delegado de Migración en

San Antonio, Texas. La Loba De la Garza era muy sagaz, conocía mucho la frontera de los dos lados, tenía más de veinte años en los Estados Unidos, estaba muy bien relacionado con todas las autoridades y gangsters de categoría y sabían mucho de lo que pasó con Lucio Blanco, lo que me platicó. Dentro del grupo revolucionario a mí era al que más confianza, cariño y hasta admiración le tenía y yo también le tenía mucha estimación.

A la mañana siguiente, la Loba vino al hotel a desayunar conmigo y me planteó el asunto de los vasconcelistas en San Antonio, Texas, y en los Angeles, California. En San Antonio, el jefe del vasconcelismo era un doctor que se llamaba Francisco del Río Cañedo, exdelahuertista y exsecretario particular de Vasconcelos, cuando éste era ministro de Educación en el gobierno del general Alvaro Obregón.

Y me dijo De la Garza que si él me traía a presentar al Yuco del Río, que así lo llamaban, estaba seguro que yo "lo embrujaría" y lo haría rectificar su línea de conducta, pues Yuco le había dicho a De la Garza que me admiraba mucho y que donde estaba yo siempre estaba el gane y que tenía ganas de conocerme. "¡Echamelo!", le dije y me trajo a Yuco del Río al hotel, donde platicamos largo y tendido y la cuestión es que se lo volteé al vasconcelismo y se incorporó a nuestras filas, lo que le valió en lugar de estar disfrutando destierro, que más tarde, ya en tiempos del licenciado Miguel Alemán, Yuco llegara a jefe nacional de Turismo y embajador de México en muchos países.

Vasconcelos se disgustó hasta la rabia con Yuco del Río, pero yo se lo saqué del buche. Y me siguió contando De la Garza que en los Angeles era muy fuerte el vasconcelismo y que de ahí le mandaban dinero a Vasconcelos, que era necesario que me trasladara a California para contrarrestar ese movimiento; después me acompañó a la estación a tomar el pullman del tren *Estrella*, que corría directo de San Antonio a México, solamente cambiando tripulación en Laredo. En Saltillo nos reunimos en el tren Pérez Treviño y yo como ya lo habíamos convenido y en el camino nos pusimos de acuerdo en lo de Jalisco para cumplir las órdenes del general Calles y convenimos Pérez Treviño y yo que ni él ni yo mencionaríamos al general Calles que le echaríamos la "culpa" del cese de Margarito a la diputación federal de Jalisco y así lo hicimos. Acordamos también a quién íbamos a poner de gobernador y me dijo Pérez Treviño: "¿Qué te parece el grandote David Orozco?" Este era diputado por Jalisco, muy inteligente y excesivamente flojo y abúlico, era presidente de la comisión de administración de la Cámara de Diputados a quien yo había puesto en ese sitio. "Muy bueno —le dije—, me parece muy bien". "Bueno —me dijo Pérez Treviño—, ponte de acuerdo con él y mañana lo nombran". También le platiqué a Pérez Treviño de mi maniobra exitosa en San Antonio al "voltear" al jefe del vasconcelismo para nuestras filas y también le di cuenta de los informes que

me dio De la Garza con respecto a los Angeles, California. Tuvimos una reunión Pérez Treviño, León y yo y acordamos que se crearía una nueva secretaría en el Partido, que se llamaría "Secretaría del México de Afuera" y la designación para ese puesto recayó en mí. Entonces resulté con tantos puestos como los que años más tarde tuvo Goering en el Partido Nazi de la Alemania, pues era yo: secretario del Distrito Federal, jefe de la campaña presidencial de don Pascual, naturalmente dependiendo del Partido, jefe de los dos bloques de las Cámaras y ahora secretario del "México de Afuera".

Llegamos a México y no necesité llamar al Grandote Orozco porque no salía de mi casa ni de día ni de noche, ahí comía y a veces se quedaba a dormir, lo mismo que el diputado jalisciense José María Cuéllar el Maño. Reunidos el Grandote Orozco, el Maño Cuéllar y yo en mi casa, ubicada en las calles de Campeche en la colonia Roma de la ciudad de México, les dije: "Acompáñenme a la Permanente, vamos a tener sesión hoy en la mañana y ustedes se van a reservar lo que ahí vamos a tratar; vamos a destituir a Margarito Ramírez como gobernador de Jalisco y te vamos a nombrar a ti como gobernador sustituto", dije dirigiéndome al Grandote Orozco. Este dio un salto y dijo: "¡No, tú sabes que yo tengo aspiraciones para gobernador constitucional y con el apoyo de ustedes lo tengo hecho!" "Bueno —le dije—, tú sabes lo que haces. *'Lo que se aplaza no se verifica'*; tú quieres ser gobernador de Jalisco y en este momento lo tienes seguro, es cuestión de llegar a la Cámara, te nombramos, tomas el tren con el Maño y tomas posesión del gobierno".

Orozco se negó rotundamente, lo cierto es que tenía una posición formidable como presidente de la comisión de administración de la Cámara de Diputados donde manejaba "la lana" (el dinero), naturalmente con mi intervención, pero estaba mamando gordo y el Grandote se hizo un cálculo falso, pensó comerse las dos "majadas", la de la comisión de administración, que ya tenía, y el futuro gobierno constitucional de Jalisco y dijo NO. Entonces dije: "Tú dices no, pero Maño Cuéllar va a decir que él sí y por lo tanto vámonos los tres a la Cámara". Y Mano Cuéllar dijo: "Yo sí, pa' pronto".

Reunida la Comisión Permanente, quince diputados y catorce senadores, se abrió la sesión, se leyó el decreto de la Comisión Permanente y se destituyó a Margarito, nombrándose gobernador sustituto a José María Cuéllar y aprovechando el viaje, en la Sesión de la Permanente en que desaforamos a Margarito Ramírez como gobernador de Jalisco y nombramos a Cuéllar, desaforamos también al general Esteban Baca Calderón, gobernador de Nayarit, que dominado por su mujer se declaró vasconcelista, también nos echamos al de Durango y pusimos en su lugar al diputado José Ramón Valdés, muy adicto a mí. Juan Gualberto Amaya de Durango se sublevó uniéndose a Escobar y a los demás infi-

dentes, y pasados unos días, desaforamos al infidente general Marcelo Caraveo, gobernador de Chihuahua, de origen orozquista y huertista unificado en 1920 y pusimos en su lugar al ingeniero Luis L. León. A José Ramón Valdés me tocó volverlo a hacer gobernador en tiempos del licenciado Miguel Alemán.

Después de los abrazos respectivos y de las porras, nos fuimos los tres: (el Maño) Cuéllar, Orozco y yo a ver a Pérez Treviño. Pérez Treviño le dio un abrazo primero a Orozco y le dijo: "Enhorabuena, señor gobernador". El Grandote Orozco se turbó y se puso pálido y le dijo: "Yo no soy el gobernador". "¿Cómo, qué no hubo sesión en la Permanente?". "Sí, pero no se hizo lo que se pensaba, Gonzalo se lo explicará". Y le expliqué a Pérez Treviño lo que había pasado y éste abrazó a Cuéllar y le dijo: "Quédate aquí a platicar con nosotros". Cuando Orozco se despidió de nosotros le volví a repetir: "Mira, Grandote pendejo, *'Lo que se aplaza no se verifica'* ". Y NO SE VERIFICÓ.

Después de que José María Cuéllar tomó posesión como gobernador de Jalisco, emprendí viaje para los Angeles, California, "vía" Eagle Pass y a mi arribo a Los Angeles, convoqué al cónsul Alfonso Pesqueira, sonorense de pura cepa revolucionaria, hermano de Roberto V. Pesqueira que fue diputado maderista, compañero de mis hermanos Pedro Antonio y Samuel en la 26 Legislatura y después agente financiero de la revolución constitucionalista en los Estados Unidos. Hago mención de esto para fijar bien el origen del cónsul general Alfonso Pesqueira.

De acuerdo con Pesqueira organicé un comité del Partido Nacional Revolucionario en Los Angeles y un comité pro-Ortiz Rubio. Pesqueira había hecho un gran papel como cónsul, tenía mucha personalidad y estaba muy bien relacionado con la colonia méxico-americana, le tenían estimación y respeto por lo que contando con su decidido concurso le dimos gran vida al movimiento ortiz-rubista en Los Angeles y pudimos contrarrestar las actividades vasconcelistas. Hicimos varios mítines públicos contando con el permiso de las autoridades. Después regresé a México y di cuenta al candidato Ortiz Rubio y al presidente del Partido, Pérez Treviño, de mis trabajos en California, de lo que quedaron complacidos y quedó convenido que después de las elecciones y Ortiz Rubio fuera declarado presidente electo, iríamos a California.

Pero antes de las elecciones inauguramos la estación radio del Partido Nacional Revolucionario y produje en la inauguración el siguiente discurso:

Señores, Señoras, a los soldados de la Revolución y a los representativos de la reacción mexicana:

Vengo con.o un soldado de esa Revolución Mexicana tan incomprendida por la reacción, que está integrada por los tiranos, el clero y la

aristocracia; y como un amante del culto a los héroes que han caído en la gloria de la República y en sacrificio de esa libertad tan cantada por los hombres y tan poco comprendida por los sordos a la voz de la conciencia del bien. Vengo a cantar las glorias de los hombres que han pasado a la memoria del mundo en la calidad de los héroes anónimos que supieron sucumbir en aras del ideal más alto del espíritu humano que es el sacrificio por el bien de los demás. ¿Y qué palabra mejor que la que canta, como dice nuestro enorme poeta Salvador Díaz Mirón en su oda a Víctor Hugo?

Este ambiente no tiene en estas horas en que vengo a hablar de la Revolución Mexicana y de los obstáculos que en ella han puesto en su memoria definitiva y ascendente la reacción mexicana, nada de solemne y sin embargo, siento que mi alma se embarga como si me encontrara en los grandes templos en que se rinde culto a los héroes y en donde se perfuma el ambiente con las rosas sagradas de los túmulos santos de los libertadores.

Permitidme, reacción mexicana, que os recuerde en esta cálida disertacion la frase de Prometeo: "Ya verás qué dura es la injusticia cuando azota nuestras espaldas", y estas palabras son un grito de dolor y de desesperación que encontraron eco en el alma de los revolucionarios de México que necesitaron acabar con los carcomidos regímenes para edificar las grandes conquistas de la Revolución. Este grito de los revolucionarios de 1910 es el grito de los caídos, de los desesperados, es el grito de angustia, el infinito dolor que se rebela; y entonces, señores, es cuando empieza la obra obstruccionista de los retrógados contra los que claman por un régimen mejor.

Los tiranos de todas las épocas siempre han tenido sus grandes aliados: el clero y la aristocracia que jamás han cumplido con las funciones que en la vida social les han correspondido. Los tiranos en todos los tiempos han pretendido que impere su omnímoda voluntad y es entonces cuando encuentran sus aliados, los elementos de una reacción que va en contra de todo progreso, de todo bien, porque tienen miedo y son cobardes en la experimentación de todos los fenómenos sociales, que tengan por fin el mejoramiento del hombre por el hombre mismo.

Acudamos a la historia remontándonos a Francia la gloriosa, recordemos las frases de Luis XIV cuando decía: "El Estado soy yo".

¿Quiénes eran los aliados de Luis XV? Un clero y una aristocracia corrompida, una nobleza decadente que sólo buscaba los placeres del vicio y de la carne en las Tullerías y en el Trianón. Y esa reacción en Francia representada por la monarquía, la nobleza y el clero combatió a la pujante Revolución que más tarde escribía en sus gloriosos pendones las palabras de Libertad, Igualdad y Fraternidad. La Revolución de Francia trajo la completa transformación social en el viejo continente y sirvió de ejemplo en el mismo orden en el Nuevo Mundo. Aún hay quien

no pueda entender la Revolución Francesa, pues hay quienes piensan que para haber llegado a la consolidación de su obra, no se necesitaba haber derramado tanta sangre en los cadalsos y en las guillotinas.

Así es como piensan los que no han tenido al dolor por maestro, así piensan los que no han conocido las angustias del hambre y del frío, los que no se han identificado con la miseria y el dolor humano, los que no han conocido las injusticias sin nombre de la llamada época de paz de Porfirio Díaz, que jamás podrán entender lo que es una Revolución y los grandes beneficios que ella reporta a la colectividad. Así tienen que pensar todos los que no fueron a comer el pan de la Revolución Mexicana.

Cuando el pueblo de Francia se moría de hambre y la Bastilla era el consuelo de los desventurados, en donde se les sometía a las más crueles torturas, cuando las princesas en su degeneración llegaban hasta dormir en el inmundo jergón de las rameras, cuando se había perdido todo conocimiento de moral y de justicia, era necesaria una conmoción social que acabara con todo lo edificado, y a esa obra gloriosa de la Revolución Francesa que transformó al mundo, se oponían en Francia los representativos de la reacción.

Nada pudo detener los vientos desencadenados y la Revolución cumplía con sus fines, ya lo ha dicho el gran escritor español: "Las armas no acaban con las revoluciones, las armas cuando más sirven de dique que tienen que romper tarde o temprano, mientras existan las causas que le dieron origen".

Las revoluciones pueden estar reducidas a la impotencia, pero viven y viviendo son terribles". Jamás las bayonetas de los tiranos pudieron ahogar la rebeldía del pueblo francés en su ansia de emancipación.

Nuestra historia es la de un pueblo joven que desgraciadamente desde que nació a la vida institucional, no nació libre, tuvo las cadenas de la esclavitud, que le pusieron los férreos conquistadores. Nuestra vida política ha tenido que ser una constante contienda para la emancipación de las bastardas tutelas que la desgracia nos ha dado. No puedo en esta disertación hacer el estudio analítico y cronológico para demostrar históricamente que nuestro país ha vivido en constantes convulsiones para poder asegurar las libertades que ha conquistado. No es mi intención descender a un estudio sobre el pasado de nuestra vida institucional, pues es tarea que corresponde a la Historia y yo no traigo aquí la palabra fría del conferencista sino el acento cálido y toda la fuerza de la llama lírica de los que hemos vivido las horas angustiosas de la Revolución Mexicana.

Para demostrar cuál ha sido la obra de la reacción en México, parto de la dictadura del general Porfirio Díaz de quien podemos decir que parodiaba a Luis XIV, pues con sus hechos demostró que la República era El.

San Juan de Ulúa era la Bastilla, Porfirio Díaz el Tirano con sus cons-

tantes aliados, la reacción formada por el clero y una raquítica aristocracia del dinero, ya que no podía ser la aristocracia de la sangre y del talento, cometió crímenes de los que se avergüenza la historia. Porfirio Díaz constantemente tuvo por mentores a la facción reaccionaria que se encastilló en el poder durante los treinta años de paz, no tuvo otros consejeros que la reacción ambiciosa, despótica, cruel y sedienta de oro. El régimen porfirista sólo pudo levantar edificios y desarrollar una obra de materialismo y de bombollería, pero no hay un hecho en el gobierno de Porfirio Díaz que hable en su honor y que demuestra que el dictador hubiera tenido la verdadera visión de los grandes sembradores, de los que conducen las colectividades, y de aquellos que buscan el beneficio del hombre y su perfección. La política de la dictadura fue aparatosa, de exhibicionismo y en todo contó siempre con su hermano aliado la reacción. Porfirio Díaz no despertó el alma del pueblo, no la educó, no la preparó, no concedió la libertad del pensamiento, aún queda en la memoria del recuerdo de los casos de los periodistas que iban a San Juan de Ulúa a las tinajas por el delito de pensar. ¿Quién se atrevía a criticar a flamante dictadura de los treinta años de la paz en México con esos procedimientos? Aún están en la memoria las matanzas de nuestros hermanos de Tomochic y Río Blanco. A los primeros para arrebatarles sus tierras y a los segudos para evitar que fueran a la huelga justificada por lo mezquino de los salarios.

Con esos procedimientos desarrollados por el gobierno de la dictadura la Revolución no se hizo esperar. Se había formado la gran corriente de esa Revolución que estalló en 1910 y que se desencadenó sin respetar nada que pudiera ponerle un límite. Porque las furias prepotentes y salvajes no tienen límite. Recordad, señores, que sólo al imbécil de Jerjes en su demencia se le pudo ocurrir mandar encadenar al mar.

¿Qué papel desempeñó la reacción en época anterior a la flamante dictadura de Porfirio Díaz? Basta hojear nuestra Historia, vigorosa en la lucha por la conquista de la libertad humana para ver a Juárez luchando a brazo partido contra la reacción, en aquellas memorables jornadas de la Guerra de Reforma. Este es el papel que ha representado la reacción en la vida institucional y en las contiendas de nuestra República. Los paladines del bien y de la libertad han tenido que luchar contra la hidra, contra los representativos de las tendencias retardatarias, que rezan a Jesucrito y sin embargo, no cumplen con las altas misiones de amor y caridad. Esta reacción que se arrodilla y persigna y con su ejemplo desdice los altos preceptos de la moral predicada por Jesús de Nazaret.

Esa misma reacción representativa del espíritu del mal no ha cedido en su intento y más tarde sigue su labor y prepara en las sombras y a mansalva el puñal del pretoriano que acabará con la vida de Madero que tuvo, en mi concepto, todas las visiones del apostolado, celebrando esa reacción con campanas y bailes la muerte de ese gran sembrador de

bien y eleva al poder al tirano Huerta, repitiéndose así el ejemplo de Calígula cuando hizo cónsul a su caballo. Esa misma reacción más tarde prepara el puñal del asesino del general Alvaro Obregón y en su hipocresía pretende glorificar al matador. Esa es la reacción que acabó con la vida del más alto representativo de la Revolución Mexicana.

La reacción presentó en la historia de México un solo frente a partir de Carranza, Obregón y Calles, los retardatarios sólo han procurado dividir a los miembros de la familia revolucionaria.

Esa reacción siempre ha gritado a los oídos de los hombres como las brujas de Macbeth: "Tú serás Rey". Y los hombres que no han tenido el carácter necesario para resistir, han caído en los brazos de ella obligando a la República a presenciar las nuevas luchas en las que ha resultado vencida la reacción, pues se ha tenido que dirimir la contienda contra el hombre, instrumento de esa facción y la falange de los viejos paladines de la Revolución Mexicana, falange que no ha escatimado esfuerzos y vidas por la gloria de México. Por eso, señores, los revolucionarios, interpretando el fiel sentimiento del ciudadano Calles, se agrupan como los apretados dedos de una mano para dar, cuando necesario sea, un puñetazo de gigante que aplaste definitivamente a la reacción mexicana.

La Revolución, vilipendiada, criticada e incomprendida va cumpliendo su obra.

La liberación del campesino, que de bestia de carga se convierte en hombre y defiende con las armas en la mano sus sagrados derechos. La regeneración del trabajador que se organiza y de vil esclavo pasa a la categoría de hombre libre y la legislación escrita en la Constitución de 1917, que es la síntesis de la obra revolucionaria de México. La Revolución no solamente con palabras ha llevado al alma y al pensamiento del hombre de esta República sus grandes beneficios, sino que ha demostrado con irrefutables hechos su obra de beneficio colectivo.

Pero mientras tanto la reacción mexicana no ha perdido el tiempo, siempre ha estado alerta y ha puesto obstáculos al avance de esas gloriosas conquistas, pero no ha podido vencer, ha resultado definitivamente vencida porque nunca llevó en su empresa ni sentimientos de justicia ni grandeza de alma y sólo ha querido reconquistar sus perdidas prerrogativas, en cambio, los soldados gloriosos de la Revolución, han llevado siempre por lema "Justicia y grandeza de alma", y por eso han sido invencibles.

Hay que hacer dos grandes divisiones: el bien y el mal; la libertad y la esclavitud; la revolución y la reacción; y sólo por contraste se pueden conocer en la lucha las fuerzas del bien contra el mal.

El pueblo mexicano a tiempo bajó de su pedestal a los ídolos, los derrumbó de los altares y los rompió para siempre porque ha comprendido que es necesaria la consolidación de una obra que tiene por base los más altos sentimientos de libertad y justicia.

En estas horas la mente de los revolucionarios es la construcción de la República. De ella se han ocupado con todo tesón Plutarco Elías Calles y Emilio Portes Gil. Sus obras son definitivas, constructivas.

Por eso en las grandes horas en que la Revolución ha estado amenazada he ido a ocupar mi lugar al lado de Calles, que resulta en estos momentos para la reacción un incomprendido.

Se venció a la reacción en los campos de la lucha armada. Ahora vamos a vencerla en la palestra política, en la lucha electoral. La Revolución ha escogido para que consolide su obra al ingeniero Pascual Ortiz Rubio que siguió a Madero, el Ortiz Rubio que combatió a Victoriano Huerta, el mismo que estuvo en contra de Bonillas y que en el extranjero supo defender con altivez y gallardía la obra grandiosa y todavía no de todos comprendida de Plutarco Elías Calles.

Para terminar, señores, permitidme que lance un reto a la reacción como uno de los representantes de la Revolución y del Poder Legislativo de la República consistente en que, si los retardatarios en la presente contienda política triunfasen en algunos distritos, ya que, en lo general no triunfarán, por no tener la confianza del pueblo, será respetado el voto de los que obtengan ese triunfo; pero que tengan entendido que no deben venir con la piel de oveja disfrazados de revolucionarios, sino con sus características, perfectamente definidas de clericales o de cualquier "ista" de los que se han quedado rezagados.

A ustedes, soldados de la Revolución que me escuchan, hermanos míos en la lucha y en la idea, celebren conmigo el mayor triunfo de la obra revolucionaria de Calles, consistente en que hasta los más retrógrados, los fanáticos, han reconocido la Ley, han reconocido la Constitución y por lo mismo han reconocido a la Revolución Mexicana.

Y llegó el día de las elecciones, que fueron el día 17 de noviembre de 1929, pero quiero pintar el cuadro de nuestra organización en el Distrito Federal. Estaba dividido en catorce distritos y catorce comités; al frente de los cuales estaban como presidentes de cada comité, los mismos candidatos a diputados, pues nadie iba a poner más empeño en el triunfo que los mismos interesados. Cada candidato a diputado era un verdadero líder en su distrito, en donde tenían profundo arraigo popular. Todos ellos eran de acción con muy regular cultura y todos de armas tomar; teníamos además en cada distrito un grupo de choque muy bien organizado y eran hombres activos, teniendo por tanto organización bélica popular.

Cada comité de distrito tenían aparte del automóvil personal de los candidatos, un camión abierto a su disposición. Usaba yo desde la secretaría del Distrito Federal a los comités clave y siempre, absolutamente siempre, a toda hora del día y de la noche, un elemento

en el teléfono de cada comité, de tal suerte que al primer llamado concurrían alguno o todos los que yo convocara con o sin sus grupos de choque, y teníamos también en el partido, dependiente de la secretaría del Distrito Federal, de la que yo era titular, un formidable servicio de espionaje.

El presidente que no aguantó

Y llegó el día en que se verificaron las elecciones presidenciales. Mentira que Vasconcelos haya ganado en ninguna parte, sí hicieron alboroto los vasconcelistas en las calles de la ciudad de México, en el primer cuadro y por el rumbo de Santo Domingo. Durante las elecciones no hubo ni un solo muerto, ni del lado de los vasconcelistas ni de nuestra parte.

Todo el día de las elecciones lo pasé yo en un camión abierto y escoltado de gargaleotes y cuando una manifestación vasconcelista venía atropellando a los miembros de las casillas por las calles de Cinco de Mayo, salí yo en mi camión por la esquina de Isabel la Católica y como los vasconcelistas hicieran gran alboroto e ímpetus como de echárseme encima, ordené una descarga al aire con las subametralladoras *Thompson*, lo que fue suficiente para que huyeran como codornices; pero a nadie se le disparó y, repito, no hubo un solo herido durante las elecciones en la capital. Todo fue escándalo de prensa, mentira y exageraciones.

Ya en la tarde, estando Pérez Treviño y Ortiz Rubio en el Partido llegué a rendir parte.

Los vasconcelistas en sus alborotos y agresiones a los miembros de las casillas echaban por delante muchachas y por lo pronto se hacían dueños del campo, pero luego llegaban nuestros grupos de choque y a punta de macana, sin hacer uso de ningún arma, pues era la consigna que tenían, los dispersaban.

El ingeniero Ortiz Rubio se retiró a su domicilio a las calles de Veracruz y quedamos solos Pérez Treviño y yo en el Partido recibiendo comisiones y partes de novedades.

Como a las ocho de la noche hora de México y que eran como las tres de la mañana en París, Pérez Treviño y yo nos comunicamos con el general Calles; primero habló Pérez Treviño dándole cuenta al general Calles que las elecciones se habían verificado sin novedad en toda la República y luego le dijo a don Plutarco: "Aquí está Gonzalo que, como de costumbre, ha estado infatigable y muy cumplidor", luego me dijo Pérez Treviño: "El general quiere hablar contigo" y me puse al aparato. Le confirmé lo que había dicho Pérez Treviño con respecto a las elecciones y le dije: "Por ahí en las calles andan grupos de muchachas y muchachos haciendo alboroto, pero sin ninguna consecuencia, las que más alborotan son las muchachas"; le dije al general Calles. Entonces el viejo me dijo: "Manda por los bomberos y ordena que les mojen el culo", a lo que contesté: "No hay necesidad, andan muy dispersas. Este arroz ya se coció —seguí diciéndole al general Calles—, aquí estuvo con nosotros el ingeniero Ortiz Rubio y se retiró a su domicilio, satisfecho". "Salúdalo y felicítalo y te felicito a ti también", me dijo y terminó la conferencia.

Una vez constituidas las Cámaras de Diputados y Senadores en las cuales yo fui electo diputado por el octavo distrito de San Luis Potosí (pues entonces San Luis daba doce diputados federales) y diputado también por el octavo distrito del Distrito Federal (entonces la colonia Roma) y senador de la República por el Distrito Federal, nos constituimos en colegios electorales y en ambas cámaras ganamos todas las curules, como ahora sigue el Partido (PRI) obteniendo el triunfo en todas partes, solamente que en aquella época todavía no se otorgaban diputados de propina. Constituido el colegio electoral en la Cámara de Diputados y una vez que quedamos como Congreso, se hizo el recuento de los votos electorales en la República y el pobre don Pepe Vasconcelos obtuvo una muy ridícula minoría.

Quiero decir que no es verdad que en la Cámara no se cuenten los votos del enemigo, por lo menos cuando yo fui jefe de las Cámaras, tenía cuidado de que se contaran minuciosamente todos y cada uno de los distritos, esto no quiere decir que los computáramos, pero necesitábamos medir y pesar la fuerza del enemigo para ver dónde apretábamos en caso necesario. Yo no me di cuenta si Vasconcelos tuvo candidatos a diputados y a senadores, pues no se notó; la cuestión es que ni aquí en el Distrito Federal ni en el octavo distrito donde salí diputado, ni como senador tuve candidato registrado y menos lo iba a tener en el distrito de Valles de la Huasteca potosina.

Una vez llenados todos los requisitos legales en la Cámara y después de que todos los días con insistencia me decía doña Josefina Ortiz, ya de Ortiz Rubio: "Cuándo declararan presidente a don Pascual", yo le contestaba: "Espere a que se sequen siquiera los sellos de las boletas". Del Flaco Hernández Cházaro no se diga, parecía culo de perro detrás de mí diciéndome: "Gargaleote, avienta el dictamen que declare presidente al jefe". Y lo declaramos presidente a los quince días después de la elección.

Me trasladé con un grupo de diputados al domicilio del ingeniero Ortiz Rubio como a las ocho de la noche, habiéndome hecho acompañar por el general Eulogio Ortiz, comandante militar de la plaza y una banda de guerra de clarines de caballería y entramos al jardín de Ortiz Rubio, haciendo tocar diana a los clarines. Nos recibió el ingeniero Ortiz Rubio radiante, pero sereno; el Flaco Hernández Cházaro parecía que había "matado puerco en su casa" y a propósito de puerco, la señora y

una hermana de ella a quien llamaba "Mi hermanita", después de abrazarnos corrieron a la cocina a traer los tamales, precisamente de puerco, los que ingerimos mezclados con coñac y cervezas.

Al día siguiente por la noche organicé un desfile de apoyo al presidente electo compuesto de todos los camiones de pasajeros que había entonces en el Distrito Federal y todos los carros de sitio. Encabezaba este contingente motorizado el señor Antonio Díaz Lombardo que siempre había sido a mis órdenes un firme obregonista y ahora al frente de su gremio en toda la República, líder de los camioneros adheridos al Partido.

El desfile estuvo muy vistoso pues aquel era otro México, una ciudad bonita pero con poca luz y los miles de camiones y carros que desfilaron frente a Ortiz Rubio, a Pérez Treviño, a mí y a Díaz Lombardo, lo hicieron con todas las luces prendidas, sonando los cláxons y con una entusiasta gritería vitoreando al presidente electo, al Partido, a Pérez Treviño, a mí y a Díaz Lombardo.

Dos o tres días después de esta manifestación, hablamos Pérez Treviño y yo con el presidente electo Ortiz Rubio y nos dijo que pronto saldría para Washington y que iba a estar en constante comunicación con nosotros para ponernos de acuerdo cuando fuera yo a incorporármele para el proyectado viaje a California.

Pocos días después salió el presidente electo Ortiz Rubio para Estados Unidos acompañado de su esposa, del doctor José Manuel Puig Casauranc y su esposa y del Flaco Hernández Cházaro. El doctor Puig Casauranc era jefe del Departamento Central, pero era un gran malabarista y se le pegó como lapa a Ortiz Rubio, pues quería hacer puente, como lo hizó, para quedar incrustado en el próximo gabinete, como lo logró, consiguiéndose el ministerio de Relaciones.

Seguimos Pérez Treviño y yo (pues León estaba en Chihuahua fungiendo como gobernador), reorganizando los cuadros del Partido en contacto constante con Cedillo, con Tejeda y con Garrido y yo en lo personal con los líderes de la Confederación Revolucionaria Michoacana que acaudillaba el gobernador de Michoacán, general Lázaro Cárdenas, pues Cárdenas y yo nos entendíamos muy bien, pero Lázaro y Pérez Treviño no se tragaban entre sí.

Este grupo de revolucionarios mexicanos yo los apoyé siempre en la Cámara de Diputados, sobre todo a los que eran leales a Cárdenas como: Gabino Vázquez, Soto Reyes, Mayés Navarro y otros pocos, pues la mayoría de la diputación pronto traicionó a Cárdenas encabezados por los licenciados Leñero y Castrejón.

El partido era muy fuerte y lo acabábamos de demostrar haciendo las elecciones presidenciales con un triunfo aplastante sobre Vasconcelos en ausencia del jefe del Partido, general Calles, pues entonces el "charco" era muy ancho pues había que cruzarlo a puro barco.

Llegó Ortiz Rubio a Washington, pues su anhelo era llegar ante el

presidente Hoover y conocerse con él antes que el general Calles regresara de Europa, esto aconsejado por el desleal Puig Casauranc que jugaba a dos barajas. Se recordará que ya antes dije que el jefe del espionaje del Gobierno mexicano en Estados Unidos era dirigido por mi fraternal amigo Fernando de la Garza "alias la Loba", que desde San Antonio, Texas, se fue acompañando y espiando al ingeniero Ortiz Rubio y a su breve comitiva.

De Washington nos puso el presidente electo, ingeniero Ortiz Rubio, telegramas al diputado Melchor Ortega, que era mi segundo en la Cámara de Diputados, y a mí, invitándonos a que con nuestras esposas nos trasladáramos al Gran Cañón en Arizona y que ahí, después de un breve "descanso", que mucho nos merecíamos, después de tan "fatigosa" campaña, ahí en el Gran Cañón, planearíamos nuestro viaje a California.

Emprendimos viaje de México en los primeros días de septiembre Melchor Ortega y yo con nuestras respectivas esposas que por cierto tanto él como yo apenas teníamos dos meses de casados, pero nos fuimos primero a Los Angeles, California, con el objeto de preparar yo la llegada del ingeniero Ortiz Rubio. Llegamos a Los Angeles y ya nos esperaban en la estación el cónsul Pesqueira, un numeroso grupo de la Cámara de Comercio Mexicana, un comisionado del mayor de la ciudad en su representación, el jefe de la policía, otras personalidades prominentes y muchas comisiones con sus estandartes respectivos de asociaciones méxico-americanas. Ya en Los Angeles, nos trasladamos al hotel Belmor, que estaba de moda en aquel tiempo, y de ahí nos comunicamos con el ingeniero Ortiz Rubio, al Gran Cañón del Colorado en Arizona y quedamos de acuerdo en que dos días después nos incorporaríamos a su comitiva y así lo hicimos, después de haber organizado muy bien la recepción que se le iba a hacer al ingeniero Ortiz Rubio.

Antes de salir me di una escapada a visitar a mi viejo amigo el conde Zaruba. El conde Zaruba era una especie de Madero, hombre muy rico y demócrata, tocaba el *Stradivarius* y tenía en el sótano de su residencia un formidable bar con toda clase de bebidas que más sabían a gloria en aquel tiempo que imperaba en Estados Unidos el estado seco. Era atendido este bar por una muy simpática muchacha de color a quien el conde cariñosamente llamaba la Negra. Nos servía de intérprete al conde y a mí un amigo de ambos, el coronel Enrique Velarde que estaba desterrado por haberse sublevado con el general Enrique Estrada contra el gobierno del general Obregón, pero era muy amigo mío. Después de una alegre tarde con el conde Zaruba y amistades de él que invitó, pues la señora condesa de Zaruba tenía que cantar en un concierto de caridad, nos quedamos el simpático y aristócrata bohemio y yo dueños de la plaza. Terminada la encerrona, regresé al hotel donde ya nuestras maletas estaban hechas; y junto con nuestras

jóvenes esposas, tomamos el tren Melchor y yo para el Gran Cañón del Colorado.

En el camino estuvo cayendo una fortísima nevada y el espectáculo era especial para recién casados, como era nuestro caso, y nuestras señoras y nosotros íbamos encantados del paisaje. Llegamos al Gran Cañón por la mañana del siguiente día que habíamos salido de Los Angeles, pues el tren iba caminando con muchas precauciones y dificultades por la nieve. En la estación estaba esperándonos, comisionado por el presidente electo Ortiz Rubio, el teniente coronel Hernández Cházaro, que fungía como su secretario particular.

Al llegar al hotel, después de instalarnos y saludar al ingeniero Ortiz Rubio y a su señora, a Puig y a su señora, Nena Reyes Spíndola de Puig, desayunamos juntos y empezamos a hacer después del desayuno la vida que se hace en los lugares de deportes de invierno. Por cierto que ni Ortiz Rubio ni ninguno de los miembros de la comitiva usamos esquíes para la nieve, esto lo hicimos mi señora y yo más tarde en Suiza durante nuestra vida diplomática.

Del Gran Cañón estaba en constante contacto a Los Angeles con el cónsul Pesqueira y con los jefes de la delegación mexicana. Pesqueira me comunicó que ya en Hollywood estaba arreglado el gran banquete que uno de los estudios de cine daba al presidente electo con la asistencia de una lluvia de estrellas y que el discurso de Ortiz Rubio y su imagen y la de la concurrencia al banquete, iba a ser vista en cine inmediatamente después de que el ingeniero Ortiz Rubio terminara su peroración. Pasamos unos tres o cuatro días muy placenteros en el Gran Cañón, sobre todo nosotros los recién casados, Melchor y yo, pues sin falsos rubores quiero decir que tanto Magdalena Lomelí de Ortega como Leola Pué de Santos, lucían muy bellas, además de ser muy jóvenes.

Cuando ya faltaban unas cuantas horas para que emprendiéramos junto con el candidato y su señora el viaje a Los Angeles, California, me llamó aparte el ingeniero Ortiz Rubio y me dijo que me comunicara con nuestros amigos a Los Angeles, avisándoles que por fuerza mayor se tenía que regresar a México y que se cancelaba su visita; que iría yo en su representación. Le dije al ingeniero Ortiz Rubio: "Si hay algo de fuerza mayor en México que lo obligue a suspender este viaje que va a cerrar con broche de oro lo que fue su campaña, le suplico me informe de qué se trata, pues en estos casos siempre soy el caballo de batalla y necesito estar al tanto para tomar mis medidas". El ingeniero Ortiz Rubio en forma muy reservada me dijo que tenía noticias confirmadas de muy buena fuente, de que si iba a Los Angeles ahí lo iban a matar. Yo le dije: "El general Obregón no fue a Los Angeles y lo mataron; yo respeto la fe que le merezca a usted esa información, pero le aseguro que tomaré todas las precauciones para que nada desagradable suceda, pues en Los Angeles soy amigo de las autoridades y del jefe de la poli-

cía, tenemos un gran cónsul que domina la situación y le aseguro a usted que no oirá ni un grito hostil a usted y de esto yo le respondo, pues vamos a rodearlo de una masa méxico-norteamericana muy imponente para que nadie se atreva a acercarse con malas intenciones".

En eso estábamos, cuando se acercó Puig y parece que él ya estaba enterado de la determinación de Ortiz Rubio, si no es que él había influido en su ánimo para que no fuera, pues dijo Puig que el presidente electo no tenía derecho a exponerse ante un grave peligro y yo le contesté que a lo que no tenía derecho era a rehuir los honores que la mexicanada de Los Angeles y las autoridades le estaban preparando.

Nos reunimos con los demás de la comitiva, es decir, las señoras de Ortiz Rubio, de Puig, de Ortega y la mía y entonces el ingeniero Ortiz Rubio empezó a tratar abiertamente lo que había empezado a hablar conmigo en reserva. La señora de Melchor Ortega y la mía no opinaron nada, eran muy jóvenes y no sabían nada de política y a la mía ni le interesaba, pero la de Puig y la de Ortiz Rubio con toda vehemencia se opusieron al viaje y el ingeniero Ortiz Rubio afirmó su decisión de que fuera yo en su representación a la recepción y manifestaciones de Los Angeles.

"Bueno —dije—, yo acato órdenes y voy a cosechar honores que no me corresponden", y después de breve charla con Ortiz Rubio y con los demás, acompañado de Melchor Ortega, la señora de él y la mía, nos fuimos a Los Angeles y los laureles y los honores fueron para nosotros.

En el tren le dije a Melchor Ortega: "Aquí anda la mano de este hijo de la gran puta de Puig, pues además de querer hacerla de salvador de Ortiz Rubio, teme que su primera esposa, Eva Puig, que radica en Los Angeles, le haga una 'zacualtipana' por los periódicos como se lo tiene prometido y él quiere llegar al gobierno de Ortiz Rubio como las vírgenes del Olimpo: 'libre de polvo y paja'. De este cabrón —seguí diciéndole a Melchor— tenemos que cuidarnos mucho y no hay que perderlo de vista, fue diputado felicista y después huertista, aunque estuvo un rato en la cárcel cuando Huerta arreó parejo con los diputados que se quedaron en México, cuando los asesinatos de Madero y Pino Suárez".

Y llegamos a Los Angeles donde ya era público que iba yo representando al presidente electo y todos esos días fueron honores, manifestaciones y discursos y me tocó hablar en todos los sitios en que tenían preparados los agasajos a Ortiz Rubio y ante una manifestación de méxico-americanos de más de cuarenta mil personas. Me tocó también recibir de manos del mayor de la ciudad, una llave de oro que le mandó por mi conducto al presidente electo Ortiz Rubio, más bien dicho una llavecita pinche, pues los americanos no son tan "aventados" como nosotros en estos casos. Yo le dije a Melchor Ortega: "El viejito no tiene huevos y a cada rato vamos a sufrir tropezones con él, pero no tene-

mos cara de quejarnos, porque el viejo Calles diría, y con razón: "Ustedes tuvieron la culpa'." Y efectivamente, Portes Gil, Carlos Riva Palacio, Luis León, Marte R. Gómez, Melchor Ortega y Gonzalo N. Santos, teníamos la culpa, pues le metimos zancadilla a Aarón. Y hasta la fecha en que estoy escribiendo este capítulo, agosto 30 de 1973, no me arrepiento; AARÓN HUBIERA SIDO PEOR, pero mucho peor en manos de la alta industria de Monterrey y del traidor Juan Judas Andrew Almazán, que con Aarón, hubiera sido el ministro de Guerra y Marina y para pronto los revolucionarios nos hubiéramos agarrado con ellos.

Le comuniqué por teléfono al ingeniero Ortiz Rubio, que permanecía en el Gran Cañón, todos los acontecimientos de Los Angeles y se mostró muy complacido; le dije que se entretuviera por los Estados Unidos cinco o seis días más para que me diera tiempo de regresar a México y organizar la recepción en su honor, con lo que estuvo de acuerdo.

Regresamos Melchor Ortega y yo acompañados de nuestras respectivas esposas a México y una vez llegados a la capital me reuní con Pérez Treviño pues León ya no estaba (se encontraba fungiendo como gobernador de Chihuahua). Pérez Treviño opinó lo mismo, que el cabrón de Puig había espantado al viejito para hacer méritos de cortesano y también el miedo que le inspiraba su exesposa, Eva Puig.

Organizamos la manifestación en honor de Ortiz Rubio, la que resultó muy entusiasta y bien organizada (perdón por la inmodestia) y llegó el día de la toma de posesión y ya para entonces yo había tenido una serie de choques con el Flaco Hernández Cházaro y me negaba a ir a la protesta de Ortiz Rubio como presidente, en el estadio, pero el Flaco Hernández Cházaro y el mismo Ortiz Rubio se empeñaron vehementemente en que olvidáramos diferencias y asistiera a la protesta, como asistí, pero no así a la recepción de Palacio Nacional, pues no me sentía muy cómodo con los que empezaban a rodear a Ortiz Rubio: Hernández Cházaro, Puig Casauranc, los Castellot, parientes de doña Carmen Romero Rubio de Díaz y otros reaccionarios.

Ya se sabe por la historia que al salir el ingeniero Ortiz Rubio de la recepción de Palacio acompañado de su esposa, un fanático frente a la guardia de honor le disparó su pistola hiriendo a los dos; al flamante presidente de la República un balazo en la quijada y a la señora de Ortiz Rubio en un brazo.

Los soldados de la guardia no se movieron pues estaban tocando la marcha de honor y ellos presentando armas, pero un motociclista de tránsito lo capturó y lo condujo a la Jefatura de Policía. Ortiz Rubio y su señora fueron conducidos a un puesto de socorro de la Cruz Roja y ahí acudimos los jefes de la política de la época tan luego supimos la noticia.

Yo fui de los primeros en llegar y después fueron llegando: el general Calles con el expresidente de la República Portes Gil, entonces ya presidente del Partido Nacional Revolucionario, después llegó Amaro, ministro de Guerra y Marina, y así sucesivamente fueron llegando los demás.

El ingeniero Ortiz Rubio estaba tendido en un catre muy bajito y su señora al lado en otro; los dos mostraban gran serenidad y valor. El ingeniero Ortiz Rubio no podía hablar porque le dolía la quijada herida, tenía el hueso roto, sin embargo me dio un apretón de manos y me dijo: "Compañero, no hay que dividirnos". Yo no le oía bien lo que me decía y me senté en el suelo y casi pegué mi oreja a su cabeza y entonces sí le entendí bien lo que me dijo, a lo que le contesté: "Por mi parte, estoy a sus respetables órdenes, señor presidente". La señora meneaba la cabeza en señal de aprobación, me acerqué a ella y le mostré mi pena por lo que había pasado y ella me estrechó la mano, sonriente.

Después fuimos saliendo todos y dejamos a los heridos con los médicos y a Hernández Cházaro, que se quedó con algunos de la "engorda".

Yo seguí visitando al presidente todos los días en su casa de las calles de Veracruz y a los pocos días de estos acontecimientos, la reacción clásica y la reacción clerical empezaron a soltar rumores insidiosos diciendo que el atentado provenía de nosotros los altos jerarcas del Partido e inventaron entre otros, un chiste maligno y perverso que por fortuna Ortiz Rubio nunca creyó. Preguntaban: "¿Quién mandó balacear a Ortiz Rubio?", y se contestaban: "Cállese la boca, pórtese bien y el Martes Santo se lo dirá". Lo que quería decir, según ellos, que el general Calles, Portes Gil, Marte Gómez y el senador y diputado Gonzalo N. Santos habían sido los del atentado.

El autor material de este hecho, como lo sabrá todo el que haya leído estos acontecimientos históricos, se llamaba Daniel Flores, era originario de Charcas, San Luis Potosí, instrumento ciego del cura Romo quien fue el que organizó este atentado, el que ensayaron varias veces en las cercanías de Charcas el cura Romo y su instrumento Daniel Flores. El tal Flores tiraba muy bien y el cura Romo lo llevaba a matar conejos con pistola; después quedó perfectamente aclarada la culpabilidad del cura Romo, más bien dicho, fue el autor del atentado, pero por cobardía, el gobierno de Ortiz Rubio lo soltó, porque temía tener otro enfrentamiento con la llamada Liga de Defensa Religiosa, que fueron entre otros los que tramaron y llevaron a cabo el asesinato del general Obregón.

Vasconcelos dice en uno de sus numerosos libros, que Daniel Flores era vasconcelista y que indignado por el "FRAUDE" electoral en contra suya, procedió Daniel Flores a atentar contra el presidente de la República, ingeniero don Pascual Ortiz Rubio. El tal Flores nunca participó en la política en ninguna forma, era fanático clerical convencido y no se parecía nada a León Toral, pues Flores era campirano, muy fuerte y nunca se rajó como Toral, que también era potosino, de Matehuala, un

tipo entelerido y "jipato", olía a incensario de iglesia y el otro pelado, Flores, era también fanático pero de otro tipo, diría yo, más hombre.

Como se comprenderá, nosotros teníamos el dominio absoluto en el estado de San Luis Potosí y no quedó nada por averiguar, ni Daniel Flores ni ninguno de los miembros de su familia perteneció al vasconcelismo.

Muchos interrogamos a Flores en su celda de la penitenciaría; cuando me tocó mi turno estaba comiendo en su celda y entré acompañado de un soldado por si se me echaba encima y no tener que enfrentarme cuerpo a cuerpo, cosa que se hubiera interpretado muy mal. Le dije que yo era su paisano, que iba a verlo con el fin de convencerlo para que ayudara a las autoridades a aclarar el origen y motivos del atentado. Dejó de comer y se paró preguntándome quién era y le contesté: "Soy el diputado Gonzalo N. Santos". Agarró los platos en que tenía la comida, los tiró al retrete y no volvió a decir una sola palabra hasta que vi que no hablaría, que todo era inútil, me retiré. El celador echó el cerrojo a la celda y nos retiramos. Fui a darle cuenta al presidente ingeniero Ortiz Rubio de lo inútil de mi entrevista con Flores. Antes y después de mi visita, el general Eulogio Ortiz, comandante militar de la plaza y el diputado Manuel Riva Palacio, sayón del general Calles, se habían encargado de darle tormento a Flores, pero nunca lograron sacarle una palabra.

Hablé con el procurador, licenciado José Aguilar y Maya, a quien cariñosamente llamábamos los compañeros el chile relleno o por abreviatura el chile, mi íntimo amigo cuya formación política había hecho a mi lado desde el Bloque Socialista Parlamentario que yo formé y dirigí y él y Enrique Fernández Martínez, que se habían separado de la diputación de Guanajuato, que encabezaba Agustín Arrollo Ch., continuaron los dos siéndome adictos en la Alianza de Partidos Socialistas de la República y continuaron adictos a mí en el Bloque Obregonista de la Cámara de Diputados y siguieron siéndolo en el bloque del Partido Nacional Revolucionario que ahora encabezaba yo y le dije a Aguilar y Maya: "Estamos dando un feo espectáculo con eso de los tormentos a Flores, dirigidos por el general Eulogio Ortiz y por Manuel Riva Palacio; éstos son muy arbitrarios y muy pendejos. Flores está a tu disposición, teóricamente y tú eres el responsable también teórico de su vida, uno de estos días, más bien dicho una de estas noches, entre Eulogio y la Pioja Riva Palacio le van a mandar aplicar la ley fuga y ellos no tendrán ninguna responsabilidad, pues el reo está a tu disposición; lo mejor para Flores y para todos nosotros, es que le mandes dar a beber un brebaje, pues así él ya no seguirá sufriendo tormento y nosotros (al decir nosotros me refería al grupo director revolucionario) no vamos a quedar en evidencia con un procedimiento tan choteado como es la ley fuga".

Al día siguiente de esta conversación, Daniel Flores "AMANECIÓ MUERTO DE UN ATAQUE CARDIACO". Le pregunté al Chile: "¿Qué le diste a beber?, ¿bejuco del diablo o tilanito?" Aguilar y Maya me contestó: "Ninguna de las dos cosas, soy hombre civilizado", y me dijo casi en secreto: "Le puse una inyección".

Dejaron la cama el presidente Ortiz Rubio y su señora. Fueron dados de alta y se trasladaron al Castillo de Chapultepec, en donde se instalaron y diariamente los visitaba yo.

Para entonces ya era senador de la República por el Distrito Federal, presidente de la Gran Comisión del Senado, lo que quería decir: líder de la Cámara de Senadores, pero a la vez diputado por el octavo distrito de San Luis Potosí y el ser presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Senadores, quería decir líder de las dos Cámaras. Por necesidad de la lucha revolucionaria le estábamos dando un poco de tormento a la Constitución.

Líder de la Cámara de Senadores

Guardando yo esta situación, me fue a ver a la Cámara de Diputados un judío muy simpático de San Antonio, Texas, llamado Leonel Dalcowitz, muy amigo de todos nosotros, que lo llamábamos Dalco. Estaba casado con una muchacha pocha de San Antonio, Texas, llamada Concha, muy inteligente y muy simpática, que nos agasajaba en su casa de Las Lomas rodeada la residencia por un terreno lleno de arboledas de no menos de veinte mil metros.

Me visitó Dalcowitz en la Cámara de Diputados en las oficinas de la Gran Comisión y me invitó a comer a su casa con mi señora para el día siguiente y nosotros asistimos. En un momento dado se apartó conmigo y me dijo que tenía un gran negocio que en mis manos estaba resolver y yo le dije que fuera otro día a la Gran Comisión, preparado para explicarme todo el negocio, de qué se trataba, etcétera y que si estaba en mis manos y me parecía, lo resolvería favorablemente.

Dalcowitz había mandado hacer un automóvil palacio con cristales a prueba de balas y se lo regaló al presidente Ortiz Rubio, con quien no tenía antesala.

Al día siguiente se presentó Dalcowitz como habíamos quedado, pero no iba solo, lo acompañaban los diputados Manuel Riva Palacio y Pedro Palazuelos. Lo dejaron solo conmigo y se retiraron y entonces Dalcowitz me dijo que había arreglado con el presidente Ortiz Rubio la venta de cuatro o seis dragas marinas, no recuerdo por el momento cuántas eran, que como esta compra que iba a hacer el gobierno mexicano tenía que aprobarla el Congreso, me iba a ver a mí para que le ayudara y que me daría a mí quinientos mil pesos oro moneda nacional. Yo le dije a Dalcowitz: "Tráeme toda la documentación, ¿cuán-

to cuestan las dragas y cuánto es lo que tú vas a ganar para poderme dar de tu ganancia la comisión que me ofreces?".

Dalcowitz era muy inteligente, hombre de negocios y muy simpático y se sabía meter muy bien y la oferta era muy tentadora, pero desde que vi a la Pioja Riva Palacio, que como ya he dicho era sayón del general Calles, y de colero a Palazuelos, que era en la Cámara de Diputados una especie de adjunto de Riva Palacio, me fui con tiento.

Al otro día me llevaron el expediente de las dragas. Al gobierno mexicano le iban a costar veintidós millones de pesos oro nacional, o sea, once millones de dólares oro. Me quedé con el expediente que me dejó Dalcowitz y mandé llamar al comodoro Calcáneo Díaz, que estaba dado de baja de la Marina por haber tomado parte en la rebelión delahuertista cuando la flota se sublevó en Veracruz contra el general Obregón en 1923, y en los seis años que Calcáneo Díaz llevaba dado de baja tuve oportunidad y gusto de ayudarlo muchas veces, pues éramos amigos desde 1914 en que era yo ayudante del general Francisco de P. Mariel y fuimos comisionados a Veracruz ante el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, para recoger dos millones de cartuchos para la defensa de Ebano, que ya se aproximaba. En el barco *Melchor Ocampo*, que comandaba el entonces capitán de navío Calcáneo Díaz, hicimos Mariel y yo el viaje y en su nave hicimos amistad.

Calcáneo Díaz era un marino técnico y además muy valiente y de mucha personalidad. Una vez que Calcáneo Díaz se reunió conmigo en la Gran Comisión de la Cámara de Diputados, le mostré el expediente y lo comisioné a que fuera a Nueva Orleáns a ver las dragas. Como dije, me entró desconfianza que Riva Palacio anduviera metido en este asunto con Dalcowitz, pero en verdad que el medio millón en oro me tentaba. Fue Calcáneo Díaz a cumplir la comisión que le di a Nueva Orleáns y mientras tanto me empezó a "bombardear" el Flaco Hernández Cházaro, secretario particular de don Pascual, quien me dijo: "Gargaleote, Dalcowitz es muy amigo del jefe y de todos nosotros (se refería a Ortiz Rubio); es muy buen pelado y francamente el jefe tiene muchas simpatías por él y quiere ayudarle en este asunto y yo también quiero ayudarlo y a ti te conviene, Gargaleote, pues no te las estés dando de puritano". Le dije al Flaco Hernández Cházaro: "Nunca me las he dado de puritano, pero tampoco soy tan avorazado para que pase por la Comisión de Marina sin estudio un asunto tan delicado como el desembolsar veintidós millones de pesos oro nacional en una compra de estas dragas, pues yo no conozco nada de marina y comprenderás que tengo toda la responsabilidad en la Cámara de que esto se haga bien hecho".

Al día siguiente se me presentó nada menos que don Arturo Elías, hermano mayor del general Plutarco Elías Calles, a quien todos reconocíamos como jefe. Era don Arturo Elías administrador general de

 Correos de la República, muy estimado de todos nosotros los políticos

de la época y a quien yo cariñosamente llamaba tío Arturo. Iba con don Arturo el diputado Pedro Palazuelos que era su lambiscón y era la segunda vez que se me presentaba como especie de comodín, pues la primera fue a verme con Dalcowitz y con la Pioja Riva Palacio. Se encerró conmigo don Arturo dejando fuera a Palazuelos y me dijo: "Sobrino Gonzalo, este asunto de Dalcowitz, como tú comprenderás, es negocio del presidente Ortiz Rubio y justo es que no se le pongan obstáculos y a ti te conviene porque te vas a ganar muy buen dinero; dejas complacido al presidente y de paso nos beneficiamos un grupo de amigos". "¿Y a usted cuánto le toca, tío Arturo?", le pregunté. "Igual que a ti, quinientos mil pesos oro". Y volví a preguntarle al tío Arturo: "¿Y quiénes más van en esta polla?", y me dijo: "El diputado Federico Medrano, jefe de la diputación de Guanajuato, que te es muy adicto". "¿Y no cree usted, tío Arturo, que ya somos muchos y que ya se sabe del asalto proyectado? ¿No cree usted que es muy peligroso? Cuando se asalta un tren, un barco o una tienda, siempre los asaltantes han tenido la precaución de ponerse antifaz y aquí, si hacemos esto, vamos a cara descubierta y los 'rurales' que en este caso son los periódicos y la opinión pública, podrán identificar fácilmente a los asaltantes".

Don Arturo Elías fue el único pariente del general Calles que no estuvo contra Ortiz Rubio en la Convención de Querétaro. Los hijos, el yerno, Torreblanca, y Chelita, su secretaria particular, que era como de su familia, estuvieron rabiosamente en favor de Aarón Sáenz, pero tío Arturo se unió con nosotros y jaló parejo en lo de Ortiz Rubio, por lo que ahora se sentía con derecho a participar del beneficio, pues el puesto de director de Correos, que en su caso equivalía a un ministerio, se lo había dado el general Calles cuando todavía era presidente.

Para finalizar la conversación con el tío Arturo le dije que yo no había dicho no en ningún momento, pero que quería documentarme bien, porque el principal atacado sería yo como jefe de la Cámara. Don Arturo se despidió de mí muy cordialmente y quedamos en seguir platicando del asunto nuevamente. Lo del diputado Federico Medrano me preocupó, pues era efectivamente protegido mío con aspiraciones a gobernador de Guanajuato y jefe de la diputación a la que habían entrado él y sus compañeros avalados por mí, no obstante no haber llevado credenciales al colegio electoral, pues en Guanajuato mandaba el que era enemigo de ellos, Agustín Arrollo Ch., gran amigo y compañero revolucionario mío, pero que en Querétaro se fue por el lado de Aarón Sáenz y yo apoyé a los candidatos que jugaron contra su planilla y los hice triunfar en la Cámara.

Mandé buscar a Medrano y le pregunté: "¿Qué hay en esto de las dragas? dicen que tú estás apoyando a Dalcowitz en ese negocio", y él me contestó con evasivas y con incoherencias y pude traslucir luego luego que estaba vendido. Medrano tenía una falsa fama de honrado. Por el

momento me hice el disimulado y le dije: "Después me informas cómo va este asunto, pues me tiene un poco confuso".

A los pocos días llegó el comodoro Calcáneo Díaz, que años después murió ya como almirante, y me trajo un estudio completo. "Se trata —me dijo— de unas dragas de desecho como todo lo que el gobierno americano le vende al de México; con muchas ganas de comprarlas, podría darse por ellas cuatro millones de pesos. El contrato entre la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas y Leonel Dalcowitz es por veintidós millones de pesos; entonces quiere decir que a la nación le van a robar dieciocho millones de pesos". Yo le agradecí su información y me quedé con su memorándum muy bien documentado. Me trasladé al Castillo de Chapultepec a ver al presidente de la República, ingeniero don Pascual Ortiz Rubio, que hasta ese momento no me había dicho una sola palabra respecto a este negocio. Le informé que Dalcowitz me había visitado y propuesto el asunto y que me había ofrecido una comisión. Que le ofrecí, de ser posible, ayudarlo, pero que quería primero estudiar el asunto y documentarme. "Ahora estoy documentado y muy bien informado y se trata de un negocio exageradamente sucio; si las dragas que según informes fidedignos que tengo valen cuando más cuatro millones de pesos y Dalcowitz bajita la mano me hubiera dicho que las vendía en seis millones, de los cuales me tocarían a mí quinientos mil pesos, quinientos mil para Dalcowitz y el otro millón de ganancia para quien su 'conciencia le dictara', le hubiera dicho: '¡juega el gallo!, venga mi medio millón en orégano y el otro millón y medio para el león y los cachorros'; pero un atraco de esta naturaleza, tan grosero y descarado y que le costará tanto dinero a la nación, por tan poco que nosotros vamos a ganar (estuve a punto de decirle 'robar') no es conveniente ni justo. Además —seguí diciéndole al presidente Ortiz Rubio— los diputados tendrán que darse cuenta, si es que no se la han dado ya muchos de ellos, y cada quien reclamará su tajada y esto va a ser un descojonamiento". El presidente Ortiz Rubio me dijo: "Con Dalcowitz estoy muy obligado y lo que le han informado a usted respecto a las dragas es exagerado, aquí tengo el informe de los técnicos de la Secretaría de Comunicaciones y el avalúo que han hecho de las dragas y efectivamente valen veintidós millones de pesos. Que Dalcowitz gana una comisión es indudable y si le ofrece parte de esa comisión es justo y no tiene usted porqué declinarla. Usted ha luchado mucho por la Revolución y ha contribuido siempre arriesgando su vida".

Le dije al presidente Ortiz Rubio: "Si usted está muy obligado con Dalcowitz y lo quiere ayudar es muy humano, y si considera y reconoce que yo por mis luchas, mis esfuerzos y los peligros y riesgos a que me he expuesto y me sigo exponiendo por la Revolución me merezco una recompensa, también lo creo humano y justo, pero entonces, señor presidente, dénos a Dalcowitz y a mí un casino en Cuernavaca y

las carreras de perros y yo le aseguro que ganaremos más los dos y podremos ayudar a nuestros amigos sin atentar contra los intereses de la nación, el chiste, señor presidente, es lazar en el agua y no mojar la reata". El presidente Ortiz Rubio dijo: "Eso del casino y las carreras de perros son palabras mayores, ahí en Cuernavaca vive el general Calles y no se puede hacer nada sin su consentimiento, así que le ruego no obstaculice a Dalcowitz". Ya para despedirme le dije: "Ingeniero, como dijo Martín Garatuza: ¡Vamos a ver en qué paran estas misas!", y me retiré.

Ese mismo día de mi entrevista con Ortiz Rubio (soy muy malo para recordar las fechas) me esperaban en mi casa el diputado Melchor Ortega, jefe de la diputación de Michoacán y que fungía como segundo líder en la Cámara de Diputados; mi compadre, el diputado general Rafael Melgar, jefe de la diputación de Oaxaca; el Grandote Orozco, de la diputación de Jalisco; mi compadre el diputado ingeniero Juan de Dios Bátiz, jefe de la diputación de Sinaloa; el diputado doctor Cerisola; el diputado licenciado José Santos Alonso (primo mío); el diputado licenciado Sebastián Allende y el diputado coronel José Zataray. Me tenían la noticia de que en el Salón Verde de la Cámara se había reunido un grupo de diputados encabezados por el diputado licenciado Luis Ramírez de Alva, de Jalisco, los diputados de Guanajuato Federico Medrano, Pepitilla Mendoza González, Enrique Romero Courtade Monavé, Santoyo (alias el Pato) y el diputado Ignacio de la Mora (de la "engorda" de don Pascual) y que habían acordado lanzar a Medrano a la presidencia de la futura Comisión Permanente en acto de abierta indisciplina, sin tratar antes este asunto en el bloque.

"Bueno —les dije—, pues ésta es una traición de Medrano que huele a 'dragas' y al Flaco Hernández; mañana hacemos nuestra planilla para enfrentarla a estos madrugadores, en la inteligencia de que aquí nos vamos a medir con el viejito, pues si él se cree presidente de deveras, nosotros también tenemos derecho a creernos, y lo somos, diputados auténticos y como dicen en los gallos: 'Cierren la puerta, llámenla corredores y a ver a cuál mandan parejo."

Y esa misma noche, como a las once, se presentaron en mi casa, en la calle de Chiapas, el ya coronel Eduardo Hernández Cházaro, acompañado de Leonel Dalcowitz; los pasé y empezó a hablar el Flaco: "Gargaleote, me manda el jefe a verte y a decirte que no te pongas Quijote, que ayudes a Dalcowitz y que evites una división que no puede traer buenas consecuencias, que él te estima y te quiere mucho y sabe lo que vales". Entonces Dalcowitz metió mano a un portafolio que traía y me extendió un cheque por doscientos cincuenta mil dólares al portador (entonces eran talón de oro), y me dijo: "Hombre, Gonzalo, no eches a perder un negocio tan bonito y que si no lo hacemos nosotros, otros lo van a hacer, porque la Secretaría de Comunicaciones

necesita dragas para los puertos; de lo que puedan decir los periódicos yo me encargo de arreglarlo sin que te afecte en nada a ti ni a ninguno de nosotros".

Me paré y serví una copa de coñac a mis visitantes y otra para mí, pues ya he dicho muchas veces que en aquel tiempo nadie tomaba whisky, todos éramos coñaqueros; con la copa de coñac en mi mano derecha y el cheque en la mano izquierda dije, dirigiéndome al Flaco Hernández: "Dile al presidente Ortiz Rubio que yo lo estimo bien, que he tenido verdaderas simpatías por él, pero que yo ya tengo veinte años de revolucionario y diez años de político nacional de primera fila y apenas tengo treinta y dos años de edad y no quiero nulificarme, me gustan mucho los pesos a cuatro reales y a veinte centavos se me hacen caros. Pero este negocio lo rechazo, no por puritanismo sino por incosteable para mí; dile también a tu jefe que los bandidos no nos vendemos, que se venden los honrados, como yo soy bandido no me vendo, Medrano sí se vende porque es honrado y tú —le dije a Dalcowitz— lo compraste en real y medio. El presidente Ortiz Rubio me manda halagar por un lado contigo y por el otro quiere destruir el grupo que yo encabezo y que tanto y tan bien le sirvió para llevarlo a la presidencia de la República; que tome en cuenta que somos un grupo muy sólido, muy compacto y muy luchador. Medrano y los que lo van a seguir no valen nada fuera de nuestro grupo y, dentro de él, sólo nos sirven para barnizar nuestros actos con discursos"; y luego, dirigiéndome al Flaco Hernández le dije: "Está bien que mamemos de la ubre de la nación, que es nuestra madre, pero vender los intereses de la nación a extranjeros se llama traición y yo tengo muy graves defectos, soy el primero en reconocerlo, pero de 'eso no como'". Besé el documento y dije refiriéndome al cheque: "¡Te fuiste padre Aureliano!" Así decimos en las peleas de gallos cuando rueda por tierra un gallo herido de muerte, y le regresé el cheque a Dalcowitz.

Terminó la reunión sin que ninguno de los tres se alterara, nos despedimos amistosamente y yo me quedé en mi domicilio.

Al día siguiente convoqué a sesión del bloque del cual era presidente y Melchor Ortega vicepresidente y empezamos a llamarnos el Grupo Rojo del bloque del Partido Nacional Revolucionario de la Cámara de Diputados y bautizamos al grupo de Ortiz Rubio, que encabezaba Medrano, Grupo Blanco o los blancos. Se propuso una planilla para la próxima Comisión Permanente y quedó de esta manera: presidente, diputado y senador Gonzalo N. Santos; vicepresidente, diputado Melchor Ortega.

Ya en sesión de bloque me di cuenta de que la diputación por Yucatán no entraba al salón, averigüé porqué y me dijeron que andaban vacilantes. Llamé a los diputados Luis Torregrosa y Zonito Ancona y les dije: "Andan ustedes como el gallo de Chontla, por la orilla del pa-

lenque, ¿por qué razón no han entrado al salón?", y habló primero Torregrosa diciéndome que él y los yucatecos me habían sido muy leales desde el Bloque Socialista Parlamentario en 1924 (estábamos a fines de 1929); que después me fueron muy leales en la Alianza de Partidos Socialistas de la República, que yo encabecé y a la que ellos incorporaron el Partido Socialista del Sureste, que yo les había dado comisiones importantes, pero que ahora querían que se les diera la presidencia de la comisión de administración (la gran lana). Que de todas maneras me serían leales en esta lucha, pero que era justo que se les recompensara. Yo les dije a Torregrosa y a Zonito Ancona que tomaran en cuenta que en los momentos de lucha, las posiciones más ventajosas las tomaban las diputaciones más numerosas, que la comisión de administración estaba ya comprometida a la diputación de Jalisco (el Grandote Orozco), la del Estado de México (el Hermano Meco) y la diputación de Hidalgo; que les iba a dar un puesto en la Contaduría Mayor de Hacienda, un secretario en la Cámara y además un héroe. "¿Cómo? —me preguntó Torregrosa—, ¿qué es esto de un héroe?" "No te alarmes, Pelón— le dije a Torregrosa—, no creas que te voy a matar a ti, el héroe que les voy a dar ya está muerto, vamos a poner con letras de oro en el muro de la Cámara de Diputados, ahí enfrente, el nombre de Felipe Carrillo Puerto". Torregrosa se quedó mudo y yo continué: "Ustedes los yucatecos no tienen ningún héroe; a ti Luis, te encargo que hagas la exposición de motivos, lo aprobamos en la sesión del bloque y hoy mismo lo aprobamos en la sesión de Cámara y para mañana empiezan a hacer las letras del héroe yucateco Felipe Carrillo Puerto y además tú vas a ser primer secretario de la Cámara y Zonito miembro de la Contaduría de Hacienda".

Entusiasmados, Torregrosa y Zonito llamaron a los demás diputados yucatecos que ya del reparto sólo les tocó el honor de votar en la sesión de la tarde por su héroe Felipe Carrillo Puerto y así fue como Felipe Carrillo Puerto quedó inscrito junto con los nombres de nuestros héroes, con letras de oro, en el muro de la Cámara de Diputados.

Los yucatecos entraron a la sesión del bloque, votamos la planilla contando con una abrumadora mayoría y en la sesión de la tarde, primero pusimos a discusión el dictamen, negando la partida que el secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, ingeniero Sánchez Mejorada, pedía a la Cámara para la compra de las dragas. MURIERON LAS DRAGAS. Votamos después el decreto que colocó a Felipe Carrillo Puerto entre los próceres de la patria y enseguida votamos la planilla de la comisión permanente que yo presidí, y quedamos así: presidente, diputado y senador Gonzalo N. Santos; vicepresidente, diputado Melchor Ortega, y primer secretario, diputado Luis Torregrosa. Derrotamos al presidente Ortiz Rubio en esta lucha que tan estúpidamente nos provocó azuzado por el Flaco Hernández Cházaro y secundado por Federico Medrano y socios.

El ingeniero Luis León era secretario general del Partido y Pérez Treviño presidente; los dos me apoyaron decididamente y como Pérez Treviño andaba de viaje, llamamos a Luis León, que era gobernador de Chihuahua, para que viniera a ocupar su puesto como secretario general del Partido y darnos el espaldarazo, como nos lo dio con toda decisión y valor.

Ortiz Rubio le habló a Luis León antes de que votáramos la planilla que yo encabezaba, pidiéndole descaradamente el apoyo para los blancos, pero León le informó que él había convocado al bloque a rojos y a blancos, que los rojos nos presentamos en número de ciento cincuenta y dos y que los blancos no se presentaron para no ponerse en ridículo, pues apenas contaban con una ínfima minoría, que no pasaban de veinte diputados. Debo aclarar que en la Comisión Permanente que, como se sabe, se compone de veintinueve miembros (quince diputados y catorce senadores), metimos al diputado Ignacio de la Mora, único ortizrubista que ingresó a la Permanente, porque antes del distanciamiento el presidente Ortiz Rubio me había pedido que se le nombrara y yo me había comprometido a ello.

Durante el gobierno del ingeniero Ortiz Rubio, las agresiones de él a la Cámara de Diputados fueron constantes, las que le correspondimos debidamente. El ingeniero Ortiz Rubio trataba de hacer lo que después hizo el general Cárdenas: desconocer a Calles, pero escogió el peor camino, quería acabar con la máquina política revolucionaria de las Cámaras y después con el general Calles; el general Joaquín Amaro, ministro de Guerra y Marina, le hacía el jueguito a don Pascual, pero muy tímidamente. Pasado un poco de tiempo, Ortiz Rubio logró que el Partido postulara a su incondicional, diputado Ignacio de la Mora, gobernador de Jalisco y llegó el momento en que yo me fastidié de ser el caballo de batalla para todo y un día llegué a la Permanente, reuní a los nuestros, que eran todos menos uno, y les dije que estaba muy fastidiado de las interminables intrigas y de ser yo el caballo de batalla para todo, que iba a renunciar como presidente de la Permanente y que les recomendaba que pusieran de presidente en mi lugar a Ignacio de la Mora, a ver si así se aquietaba don Pascual y entrábamos a un periodo de tranquilidad.

Después de haberse opuesto todos a mi decisión, logré convencer a mis compañeros que ese método nos iba a dar buenos resultados, pues ya no estando yo en medio, iban a quedar el general Calles y Ortiz Rubio frente a frente y ya no sería yo el pretexto de tantos chismes y tantos enredos.

Presenté mi renuncia, la que de muy mala gana me fue aceptada por los miembros de la Permanente, pedí la palabra y propuse que en mi lugar nombraran al diputado Ignacio de la Mora, y así lo hicieron. Invité a De la Mora a que me acompañara a Chapultepec a ver al presiden-

te Ortiz Rubio y el viejito se puso muy feliz, me dijo que yo era un gran patriota por mi sacrificio por el Partido y por la Revolución y, de "pilón", me dijo que pasara a las agencias de automóviles y escogiera el carro que más me agradara y que lo usara a nombre de él, que me lo regalaba.

Le di las gracias, aceptando su oferta; me trasladé a las calles de Bucareli donde estaban las agencias de los carros más costosos y encontré dos *Pierce Arrow*, un sedán de siete asientos y otro *coupé*; los dos carros más caros de la época y como me gustaron los dos y no me decidía por ninguno, escogí los dos y le dije a Audifred (que así se llamaba el agente) que los facturara a mi nombre y pasara a cobrarlos al presidente de la República, lo que él verificó el mismo día. El carro grande, tipo *limousine* de siete asientos, era dorado, estilo rico nuevo, y el *coupé* era color gris perla, muy elegante; por cierto que con estos dos automóviles me pasó algo curioso; alguien me metió en la cabeza que escribiera a la fábrica quejándome que gastaban mucha gasolina, escribí una carta y de la fábrica me contestaron que efectivamente gastaban mucha gasolina, que eran los carros más caros que había en Estados Unidos, que eran para el uso de personas ricas, que si yo era pobre los vendiera y comprara un *Ford*, con lo que me callaron la boca.

Después pasé a ver al general Calles, que ya sabía de mi renuncia por su espía en la Cámara, que era el diputado Manuel Riva Palacio, pero no sabía los motivos de mi resolución. Le dije al general Calles que era una lucha constante, pero que yo era el punto de vista en toda esa lucha y que realmente a mí no me correspondía estarla sosteniendo, porque en mi concepto, le dije al general Calles, "o quitamos a don Pascual, o lo dejamos gobernar, pero la situación política, como está, es anárquica".

Entonces el general Calles me dijo que era preferible seguir sosteniendo la situación con "parches" y que si desconocía la Cámara a Ortiz Rubio en la actualidad, sería en perjuicio del país, pues se tendría que convocar a nuevas elecciones pues Ortiz Rubio no había cumplido los tres años de presidente y la Constitución previene que si falta el presidente de la República en los tres primeros años de su ejercicio, se convocará a nuevas elecciones; que si al cumplir los tres años de gobierno de Ortiz Rubio la situación no se había enmendado, entonces era deber de la Cámara normalizar la vida política del país.

Estuvo cordial conmigo el general Calles (hablándome de usted), pero no quedó muy convencido de mi resolución. Yo pensé: "Mientras yo esté al frente del fuerte grupo mayoritario en las Cámaras de Diputados y Senadores y ya con el distanciamiento que hay entre mi grupo y Ortiz Rubio, el general Calles está poniendo y quitando ministros a su gusto y don Plutón bailándonos como trompos a nosotros y al presidente; entonces, es preferible dejarle solo el viejito a Calles" y compren-

dí que era inútil seguir haciéndole oposición a Ortiz Rubio hasta que no llegara el día en que cumpliera los tres años de presidente, fecha para la cual estaba condenado por el Jefe Máximo.

Me fui a Gargaleote, donde me esperaban mi esposa Leola y mi pequeño hijo Gastón, de quince días de nacido, y mi hijo Gonzalo, de siete años; a saborear la vida de familia que no había tenido tiempo de disfrutar por tanta lucha y tantas tormentas.

Pero una vez que le dejamos el campo relativamente libre a Ortiz Rubio, él apoyó al diputado Ignacio de la Mora, jefe de la "engorda" de don Pascual, para gobernador de Jalisco, donde De la Mora no tenía ningún antecedente político, pero Calles lo dejó llegar. También logró Ortiz Rubio poner de gobernador de Morelos al mayor Vicente Estrada Cajigal, quien había sido su ayudante cuando fue gobernador de Michoacán. Estrada Cajigal era el único elemento bueno que tenía Ortiz Rubio, no se dedicaba a la intriga y estaba distanciado de Hernández Cházaro y de su grupo y logró don Pascual ponerlo de gobernador de Morelos sin ninguna oposición; por el contrario, con el beneplácito de todos los grupos.

Pero Ignacio de la Mora, que era un barbaján y un mentecato, una vez que tomó posesión como gobernador de Jalisco, se dedicó a cometer latrocinios, entre otros, la violación de una menor de edad, y los fuertes grupos políticos revolucionarios de Jalisco, encabezados ahora ya no por el Grandote Orozco, que perdió su oportunidad, sino por el licenciado y general retirado Sebastián Allende, abrieron una fuerte campaña contra De la Mora en la Cámara de Diputados. Me llamaron a Gargaleote con carácter de urgente y me vine en el primer tren, que hacía treinta horas de camino. Cuando llegué había efervescencia y al día siguiente de haber llegado se celebró una sesión en la Cámara de Diputados que resultó tormentosa y al gobernador De la Mora lo atacaban la diputación de Jalisco, reforzada por todo nuestro fuerte grupo, y lo defendían el diputado y licenciado Esteban García de Alba y el diputado, traidor también, de Jalisco, H. Ruiz.

Yo estaba en la Cámara de Senadores, o sea, a una cuadra de la Cámara de Diputados, en sesión de bloque del Senado, cuando llegaron los diputados José Zataray y José Santos Alonso a decirme que la sesión estaba que "ardía" y que era necesaria mi presencia.

No bien llegué a la puerta del Senado para dirigirme a la Cámara de Diputados acompañado de los diputados ya mencionados, cuando por el costado se escuchó terrible balacera en la Cámara. Ordené a mi escolta avanzar por las dos aceras de la calle de Allende y la balacera se oía más nutrida conforme íbamos avanzando y cuando llegamos a la esquina que ocupa la vieja cantina llamada El Submarino, testigo de muchas tragedias, salían en acelerada retirada los guardianes de Chapultepec disfrazados de paisanos, que encabezaba Odilón de la Mora,

todos con pistolas en mano y entonces, ahora sí, ordené abrir fuego sobre ellos con las ametralladoras *Thompson*.

Huyeron los de la "engorda" de don Pascual a la desbandada dejando algunos muertos y entré a la Cámara de Diputados dándome cuenta de que el diputado García de Alba, jefe de los ortizrubistas, estaba herido con dos balazos, uno en una mano y el otro en un brazo. El diputado traidor H. Ruiz estaba muerto y el que encabezó nuestro grupo en la sesión, diputado licenciado Sebastián Allende estaba con cuatro balazos en el cuerpo, gravemente herido. Inmediatamente mandé traer al procurador de Justicia del Distrito Federal, Jesús Correa, y cuando el recinto todavía olía a pólvora yo hice que diera fe de los casquillos de pistolas 45 que había en los asientos de las tribunas que ocupaban los guardianes de Chapultepec ortizrubistas y le dije: "Vamos a levantar el campo y 'dale forma, licenciado'; haz constar que los de Ortiz Rubio trajeron gente armada para asesinar a nuestros diputados, los que se defendieron y así fue la verdad". Lo que no había necesidad de poner fue la "zafacoca" que les dieron los gargaleotes ya cuando venían bajando las escalinatas de la Cámara.

Después me trasladé a ver al general Calles a su casa de Anzures y le conté todos los hechos, que el viejo escuchó con toda atención, vestido con su clásica bata arrugada; le conté cómo Sebastián Allende fue el cerebro y brazo de la acción y le dije: "Si no se nos muere Sebastián, él debe ser el jefe de Jalisco y al tumbar a De la Mora, a él le corresponde por derecho ir de gobernador".

Sebastián Allende se había levantado en armas como jefe del Estado Mayor del general Manuel M. Diéguez contra el general Alvaro Obregón y por ende contra el general Calles. Yo lo había reivindicado de su error estradista-delahuertista y ahora era un puntal en nuestras filas. El general Calles se mostró completamente inclinado en favor de nuestro grupo y me preguntó: "¿Está siendo bien atendido Sebastián Allende?", y le dije: "Yo creo que sí, porque de la Cámara me vine a verlo a usted y a él lo mandé al Hospital Inglés" (que por cierto estaba muy cerca de la casa del general Calles), y entonces el general Calles me dijo: "Hay que salvar a Sebastián, es todo un hombre y vale mucho".

Continuó el estira y afloja entre las Cámaras y el presidente Ortiz Rubio y un buen día el profesor Basilio Badillo, que era presidente del Partido y a quien ya se había atraído don Pascual, destituyó del Comité Ejecutivo Nacional como secretario de actas al diputado Zenón Suárez. Esta destitución la hizo Badillo sin haber consultado a ninguno de los que formábamos el Comité Ejecutivo Nacional. Entonces Luis León se reunió conmigo en el Partido, me jaló la golilla, me picó el buche, poniéndome contra Badillo al decirme que era pelaecista, esto quería decir que había sido del Partido Liberal Constitucionalista, que fue enemigo de Calles. A la sazón llegó el gobernador del Estado de México, Filiberto

Gómez, acompañado del destituido senador Zenón Suárez y frotándose las manos muy suavemente me dijo: "¿Por qué corrieron a mi Zenonito?, ¿qué les ha hecho mi Zenonito? Mi Zenonito es muy buena criatura". La criatura Zenonito era tan calvo como el propio Filiberto. Yo les dije a Filiberto y a León: "Vamos a averiguar esto", y llamamos al secretario general del Partido, que lo era el coronel Matías Rodríguez, exgobernador del estado de Hidalgo y adicto hasta lo incondicional a León y a mí. Matías me sustituyó como jefe de la escolta del general Calles en San Luis Potosí, en la campaña de 1923, cuando yo me fui a batir contra los delahuertistas que encabezaba el facinceroso general Carlos Arellano; el secretario Matías Rodríguez era entonces secretario general del PNR y ¿sabía firmar?, y reunidos con Filiberto y con Zenón, le preguntamos que por qué había sido destituido Zenón de su secretaría y Matías dijo que él no sabía nada y se nos incorporó.

Entramos al despacho del profesor Badillo y llevando yo la voz le dije: "Venimos a preguntar cuál es la razón por la cual ha sido destituido como secretario de actas nuestro compañero, el senador Suárez, ¿qué falta ha cometido? Esto es una ofensa al Estado de México y necesitamos saber las causas". Badillo nos contestó que como presidente del Partido había tomado esa determinación no por ofender al senador Suárez, sino para que el puesto lo ocupara una persona más identificada con él y con el presidente de la República. "Pues si quiere usted quitar a los que no estamos de acuerdo en todo con la política del presidente ni identificados con usted, césenos a todos los que formamos el Comité Ejecutivo Nacional del Partido, empezando por el secretario general, que está presente" (Badillo nos recibió parado y también nosotros estábamos de pie). A lo dicho por mí, Badillo contestó: "La forma de expresarse de usted no me parece apropiada", y no lo dejé terminar, lo agarré del cuello y lo sacudí violentamente, lo empujé con todas mis fuerzas y pegó en la pared y le dije: "Es usted un ruso hijo de la chingada que no sabe ni dónde duermen las güilotas". Esta injuria se la hice a Badillo porque el general Calles lo trajo de Rusia, donde estaba como embajador de México, a ocupar la gerencia del periódico *El Nacional* y después, a petición de Ortiz Rubio, lo puso de presidente del Partido. Badillo, todo descompuesto y tambaleante, se enderezó y me dijo: "Señor general, yo siempre lo he respetado a usted". "Pero yo a usted no —le contesté— y ahorita mismo vamos a tener sesión de Comité Nacional, presidido por el secretario general, aquí presente, coronel Matías Rodríguez, y vamos a reponer en su puesto al senador Zenón Suárez".

Habló Filiberto Gómez en tono muy humilde y, frotándose las manos muy suavemente, dijo con voz meliflua: "Mucho se los agradeceré, pues mi Zenonito no les ha hecho nada y es muy buena criatura". Acto seguido nos reunimos en el salón de sesiones del Partido con el Comité Ejecutivo Nacional, presidiendo Matías Rodríguez como yo le había

dicho a Badillo y éste salió del edificio y se fue a Chapultepec a hablar con Ortiz Rubio. Al día siguiente Badillo presentó su renuncia como presidente del Partido y dejamos a Matías Rodríguez, el secretario general, como presidente interino. Aclaro que Matías sabía firmar.

Ahora, una de las principales calles de esta capital tiene el nombre de Basilio Badillo; yo no sé a *cuenti qué*, como decía el gringo Walterio (a cuenta de qué), pues si Badillo merece una calle, yo, sin modestia alguna, merezco un bulevar. Badillo entró como presidente del Partido el día once de febrero de 1930 y lo echamos fuera ignominiosamente el día veintidós de abril del mismo año, es decir, dos meses justos; fue, como ya dije, gerente del periódico *El Nacional* unos meses y diputado al Congreso de la Unión por el partido pelaecista en tiempos del general Obregón y después embajador en Rusia cerca de cuatro años, de donde regresó más desconectado de México que el propio Ortiz Rubio, pues la Rusia de entonces era otro planeta.

Fui a hablar con el general Calles y le conté todos los hechos, que ya conocía pues se los había relatado el ingeniero Luis León. Enterado Calles de los acontecimientos me dijo: "Dejen a Matías de interino mientras acomodamos bien las piezas", y días después, me llamó diciéndome: "No vayan a nombrar a ningún miembro de las Cámaras como presidente del Partido", y nuevamente días después me volví a entrevistar con él y me indicó que nombráramos al licenciado Emilio Portes Gil y así lo hicimos con mucho gusto, pues el expresidente Portes Gil era, y siempre ha sido, muy amigo mío y tenía simpatías en las Cámaras y mucha fuerza política en el país; me explicó también el general Calles que seguramente la persona del expresidente Portes Gil en el Partido iba a imponer la paz política y seguramente que Ortiz Rubio aprovecharía su gran prestigio y terminarían las intrigas de Hernández Cházaro y compañía.

Portes Gil fue nombrado presidente del Partido por el Consejo del Partido Nacional Revolucionario, que yo lidereaba; vino la campaña para la renovación del gobierno del estado de Querétaro y se presentaron como candidatos el licenciado José Guerra Alvarado, que era secretario del gobierno del estado y al cual apoyaban Carlos Riva Palacio (valido número uno del general Calles), el general Joaquín Amaro, ministro de Guerra y Marina, y el presidente de la República, ingeniero don Pascual Ortiz Rubio, con muy escasas fuerzas populares dentro de la clase media, burócratas, en la ciudad de Querétaro y ninguna fuerza en el resto del estado. El coronel de chinacos, Saturnino Osornio, apoyado por mí y con el respaldo del Senado de la República, con arrolladora fuerza popular y apoyando también a Saturnino, su tocayo, el general Saturnino Cedillo, que en ese entonces tenía una gran fuerza política, popular y bélica en el centro de la República.

Portes Gil implantó en el PNR lo que había hecho en el estado de Ta-

maulipas cuando era gobernador y líder del Partido Socialista Fronterizo: los plebiscitos. Esto consistía que en cada elección se reuniera en un local un grupo popular con su precandidato al frente; en otro lo mismo y así se harían tres o más precandidaturas. En Querétaro, la precandidatura de Saturnino Osornio que ya dije quiénes lo apoyábamos; el licenciado Guerra Alvarado, que de hecho manejaba el gobierno local, y además se registró un señor, ingeniero Covarrubias, coronel del último Estado Mayor del general Porfirio Díaz a quien nadie conocía en Querétaro, pero que pertenecía a la más azul reacción y este señor fundaba su pretensión en que había sido compañero de colegio del ingeniero Ortiz Rubio y al que el bueno de don Pascual alentó por aquello del quién quite.

El Senado de la República en masa pidió y obtuvo del licenciado Emilio Portes Gil, presidente del Partido, que yo fuera el delegado general del PNR en aquellos plebiscitos y me auxilié como subdelegados de puros senadores; en primer término, del senador Genaro B. Vázquez, senador por Oaxaca y subdelegado de San Juan del Río, segunda ciudad de Querétaro, y yo naturalmente me hice comisionar en la capital del estado. Y llegó el día de los plebiscitos y Saturnino Osornio movilizó sus hordas, unos en tren y otros a caballo, a la capital. Este Saturnino Osornio era un verdadero líder campesino popular y armados de carabinas y pistolas todos sus partidarios, repito; era un verdadero líder y no un explotador como después resultaron tantos; valiente, decidido y cabecilla que en Dios creía y en mí adoraba, no bebía ni fumaba, eso sí, mataba cuando era necesario y jugaba gallos. Yo, como delegado general del Partido, designé la plaza de toros del estado para que ahí se reunieran los contingentes osornistas y el Convento de la Cruz para que se reunieran los contingentes del licenciado Guerra Alvarado. Esto del Convento de la Cruz para que se reunieran los contingentes de Guerra Alvarado lo hice con toda mala leche histórica y política y en cuanto al otro registrado, el porfirista Covarrubias, que no tenía más partidarios que un señor de cuello duro que lo acompañaba, le señalé también con pérfida ironía que reuniera a sus "contingentes" en el atrio de la catedral.

Pero llegó el domingo del plebiscito y Saturnino Osornio me mandó decir con su hermano Federico (que, entre paréntesis, era más sanguinario que Saturnino) que a los contingentes de Saturnino, que estaban llegando en trenes a la estación de Querétaro, el batallón de línea compuesto de indios juchitecos a las órdenes del general Heliodoro Charis, no los dejaban desembarcar. Entonces me trasladé a la estación y me encontré efectivamente con trenes y no menos de tres mil campesinos que no podían desembarcar a manifestar su anhelo ni a gritar su voto, porque a bayoneta calada los soldados juchitecos del general Charis lo impedían y el general Heliodoro Charis, mi amigo y gargaleo-

te, que en tantos mengues había andado a mis órdenes, espada en mano ordenaba a sus soldados juchitecos que los campesinos osornistas no descendieran de los trenes.

Me enfrenté a Charis y le dije: "¿Qué estás haciendo, por qué no dejas bajar a los campesinos que vienen a votar?", y me respondió: "Son órdenes superiores", y le dije a Charis: "Aquí no hay órdenes superiores que valgan, son los ciudadanos que vienen a elegir a su gobernador, son miembros del Partido, de mi Partido, de tu Partido, del Partido Nacional Revolucionario", y Charis me contestó, pues hablaba muy mal el español: "Mira tú, usted, mi jefe, son órdenes que no puedo desobedecer", y le dije al general Charis, que era el comandante militar de la zona: "En esto nadie puede ordenar, yo soy senador de la República y delegado general del Partido Nacional Revolucionario y representante del Senado de la República en este plebiscito; dile a tus soldados que se retiren y que no impidan que bajen los campesinos", y los arengué a todos a bajar gritándoles: "Aunque caigan ensartados en las bayonetas"; y puse el ejemplo subiendo y bajando y yo por delante empezamos a bajar todos en tropel. Charis palideció y no pudo evitar que tres mil campesinos verificaran vivas a Saturnino Osornio, vivas al senador Gonzalo N. Santos y vivas al Alazán Tostado. Entonces Charis muy pálido y espada en mano me dijo: "Tú no vas a llegar plaza toros", y yo le contesté: "O llego o muero en el camino, pretoriano". Arengué a la multitud y tumultuosamente nos lanzamos. Me acompañaba el diputado federal Tomás Tapia, de San Luis Potosí, hombre muy callado y valiente, teniente coronel de la Revolución y quien se encargó después de amplificar mi acción ante Cedillo, ante Calles y ante el Partido y ante los campesinos armados de San Luis Potosí, lo que contribuyó mucho a ampliar mi prestigio de luchador.

En la plaza de toros dejé instalada a la multitud y me trasladé al Convento de la Cruz donde Guerra Alvarado, con los pocos contingentes que tenía y el gran alboroto que se había armado, llegó con un pequeño grupo, a los que conté con el dedo como hacen los profesores con los párvulos y les dije: "Ciudadanos, retírense por donde vinieron, están ustedes derrotados y han hecho el ridículo". Me regresé a la plaza de toros y la multitud de Saturnino y de su hermano Federico había crecido en número y en entusiasmo, les hablé y declaré candidato para gobernador del estado al C. coronel de chinacos Saturnino Osornio, y digo de chinacos porque no tenía regularizado su grado, como yo mismo no me preocupaba de regularizar el mío, pero había fungido a mis órdenes cuando estuve como jefe en todo el territorio de Querétaro, cuando la rebelión de los cristeros y durante toda la infidencia escobarista en aquel estado, lo mismo que en Guanajuato sin que hubiera un soldado federal.

Ya en la tarde del día de los plebiscitos, llegó a Querétaro el senador Ge-

naro B. Vázquez, a quien había comisionado para el plebiscito en San Juan del Río, donde, según me dio parte, no hubo ningún contingente contrario a Saturnino, pero sí al senador Vázquez, lo detuvieron durante dos horas en un puente un grupo de soldados con un oficial al frente

Regresamos a México y se hizo el gran relajo; convoqué al Senado de la República a sesión extraordinaria; denuncié los hechos desde la tribuna como lo estoy refiriendo aquí y aún más ampliamente sin escatimar aquello de que llamé pretoriano al jefe militar de la zona; la detención del senador Genaro B. Vázquez en un puente por un grupo de soldados con un oficial al frente y que el general Charis me había declarado que había obrado así porque tenía órdenes de la "mera cabezona". Todo causó risas entre los senadores y galerías en la sesión, pero risas revueltas con indignación y a petición mía, el Senado se declaró en sesión permanente, así como la Cámara de Diputados hasta que no fuera cesado en el mando militar el general Heliodoro Charis. ¡Oh política mexicana!, el general Heliodoro Charis llegó a diputado por Juchitán con el apoyo de su pueblo y mi apoyo decidido con la recomendación que personalmente me hizo el general Joaquín Amaro quien me dijo: "Beto, le suplico que al general Heliodoro Charis lo apoye usted para que triunfe en la Cámara" (como triunfó contra Estrada en Ocotlán, pues cruzó el río con un cable en la mano nadando no obstante haber sido herido dos veces y llegó a la otra orilla donde amarró el cable en un tronco y por él pasaron nuestras infanterías). Amaro le decía Beto a cualquier persona que estaba cerca de él cuando quería decirle mi querido amigo, mi gran cuate, mi compañero. A muy pocos llamaba Beto y a mí me llamaba así en los tiempos en que me andaba enamorando. No sé porqué empleaba esta palabra de Beto, tal vez lo sepa su familia o algún allegado sobreviviente. Yo sí notaba que siempre me llamaba señor diputado, señor senador, etcétera., pero Beto solamente me llamaba cuando deseaba algo de mí.

Lo que nunca aclaré con Charis, porque no quise, fue si la mera cabezona que le había ordenado imponer a Guerra Alvarado en Querétaro fue el general Amaro o el presidente Ortiz Rubio, aunque para mí que fue don Joaquín, pues a don Pascual nadie lo reconocía como mera cabezona.

Y cumpliendo con la petición del general Joaquín Amaro, ministro de Guerra y Marina, y contra la recomendación que me hizo el general Francisco Serrano, quien recién dejara esa Secretaría y que era aún más fuerte políticamente que Amaro y quien apoyaba para ese puesto al coronel Carlos Robinson, sonorense, hice una maniobra y a Carlos Robinson, que nadie conocía en Oaxaca, lo hicimos diputado por el distrito de Etla, al que nunca conoció Robinson, y a Charis lo sostuve de acuerdo con Amaro y con la voluntad de su pueblo, Juchitán, como diputado por ese distrito.

Charis fue destituido antes de este incidente y después de este incidente me permaneció como adicto y fiel amigo y yo le permanecí, hasta el día de su muerte, como amigo. Pero aquella vez Amaro y Ortiz Rubio, sobre todo Ortiz Rubio pues Amaro no significaba nada como ministro de Guerra y Marina, se le impusieron para que obrara como obró.

Al general Heliodoro Charis el general Obregón lo puso a mis órdenes en los días en que la guarnición de la plaza de México estaba en vísperas de rebelarse contra el gobierno del general Calles y yo personalmente conduje a Charis una noche a apoderarnos de la Ciudadela, donde estaba un general Medina, serranista; y al cual sorprendimos la víspera de la rebelión serrano-gomizta y Charis se apoderó de la Ciudadela para que no cayera en poder del general Héctor Ignacio Aldama.

Sería demasiado largo y complicado explicar todo este rompecabezas detalle por detalle. Lo primero que hizo Saturnino Osornio cuando tomó posesión del gobierno de Querétaro, fue montar una mula prieta, meterse montado en ella a la catedral, rayar la mula ante el altar mayor y gritar arriscándose el sombrero que llevaba puesto: "¡Muera Maximiliano, viva la Revolución!" (esto lo ejecutó Saturnino con mucho gusto y entusiasmo por consejo y órdenes mías, ya se comprenderá porqué me ha odiado y me sigue odiando tanto la reacción). Siguió gritando Saturnino Osornio: "¡Abajo los reaccionarios!". Había en el Senado un solo diputado independiente, Lauro G. Caloca, de Zacatecas. El era algo así como la sombra del licenciado Soto y Gama y cuando desaforamos por valenzuelistas y escobaristas a Soto y Gama y veintisiete diputados más, entre los que figuraban Topete, León García, el doctor Gustavo Uruchurtu y otros, en el Senado no desaforamos al único adversario, que era Caloca, y no lo hicimos porque era muy amigo mío, era muy simpático y era no sólo el senador Caloca, sino que era opositor franco, leal y constante del general Plutarco Elías Calles; lo atacaba cada vez que iba a la tribuna, pero con decencia y no en la forma majadera e histriónica que lo hizo Manrique. Caloca era nuestro opositor sistemático, pero cuando los acontecimientos de Querétaro pidió la palabra para hechos y se la concedimos, en la inteligencia de que creíamos que nos iba a atacar muy especialmente a mí y cuál no sería nuestra sorpresa cuando Caloca produjo un discurso colmándome de elogios por haber apoyado a un verdadero líder, Saturnino Osornio, me felicitó calurosamente por haberle dado batalla a la reacción en el mismo "Cerro de las Campanas", él así dijo, y luego siguió diciendo Caloca: "Qué bonito ranchero es Saturnino Osornio, qué pelado tan mexicano, qué bello producto de la Revolución, felicito al coronel chinaco Saturnino Osornio por haber entrado en la catedral y haber sacado chispas con la herradura de su mula prieta al pie del altar mayor de la catedral de Querétaro y felicito a la mula prieta de Saturnino Osornio. Viva la representación del Satanás que pintan los mochos de Querétaro y los beatos de toda la República".

El senador Lauro Caloca, a quien cariñosamente llamábamos Mole de Olla, arrancó una estruendosa ovación y nos pusimos de pie para aplaudir a nuestro adversario todos los senadores, pero nos pusimos en pie espontáneamente, no como lo hacen las actuales legislaturas en los informes presidenciales, que todavía no se sientan de prolongar un aplauso al presidente, cuando ya se están parando de nuevo, pero siempre de vista al pastor de la majada.

Saturnino Osornio no sabía a quién poner de secretario de gobierno ni de tesorero, sólo tenía a quién poner como jefe de la policía, que era un valedor de su hermano Federico. Saturnino, después, cuando ya era gobernador y yo embajador en Bélgica, me mandaba carnitas muy bien enmantecadas y enlatadas a Bélgica y la primera vez que vine de vacaciones me regaló un morralito de ópalos muy bonitos, de los auténticos de Querétaro, con los cuales mandé guarnecer las gruesas suelas de unos zapatos de mi señora, los cuales después regalé y los que sobraron los echamos al mar porque nos dieron mala suerte.

El gran escándalo que hicimos en las Cámaras por la intervención de las fuerzas federales en los plebiscitos al haberse declarado las dos Cámaras en sesión permanente, hasta que fuera destituido el general Heliodoro Charis como jefe militar de la zona, dio por resultado que le quitaran el mando a Charis con gran disgusto de Amaro y del presidente Ortiz Rubio, pero intervino el general Calles y nos dio la razón apoyando el triunfo de Saturnino Osornio. Me dijo el general Calles: "Si cuando sacamos a las fuerzas federales del estado de Querétaro únicamente por la gente de Saturnino Osornio, los cristeros no dieron muestra de vida en todo el estado, con excepción del núcleo de Juan Carreño que estaba remontado en Pinal de Amoles, quiere decir que Saturnino es muy fuerte popularmente", y esto era verdad; Guerra Alvarado sólo contó en el plebiscito con los empleados del gobierno de Querétaro y algunos cuantos amigos de la clase media.

Cuando Charis fue quitado del mando, el Senado de la República en masa se trasladó a Chapultepec a entrevistarse con el presidente Ortiz Rubio, encabezado por mí. Ya ante el presidente Ortiz Rubio, hablé diciéndole que el Senado estaba complacido con la medida que se había tomado respecto del general Charis; que nosotros éramos amigos porque queríamos armonía con el Ejecutivo, pero que se desprendiera de los malos consejeros y de los reaccionarios que lo apoyaban. El presidente Ortiz Rubio contestó diciendo que él también quería paz y solidaridad con el Senado de la República y la Cámara de Diputados, pero que no lo rodeaban reaccionarios.

Terminó la reunión aparentemente cordial y días después en una sesión de bloque del Senado, los senadores Genaro B. Vázquez, Antonio Valadez Ramírez, Díaz de León de Aguascalientes y Manlio Favio Altamirano, hablaron diciendo que constantemente los detenían los soldados de la guardia de Palacio cada vez que salían con sus morrales de pesos de sus dietas, pues entonces se nos pagaba en el Senado con pesos fuertes. Hablé yo diciendo que el bloque tomaría medidas para remediar esta molesta situación y al otro día llegué temprano a la Cámara de Senadores, que estaba ubicada en la Capilla de la Emperatriz, es decir, la capilla que usaba Carlota de Habsburgo cuando fungía como emperatriz de México. No había en el Senado, o sea, en dicha capilla, más que unos cuantos empleados y yo llevé dos o tres hombres con barras, conminé a los empleados para que nadie hablara de lo que iban a ver y ordené a los barreteros que se treparan en las escaleras y golpearan lo más fuerte posible el techo del Senado y de la tribuna hasta la mitad del salón, una vez terminada esta operación, mandé poner dos pequeños postes movibles de latón con un grueso cordón de terciopelo, de esos que se usan en los palacios oficiales para señalar los límites del tránsito, mandé colocar también en el frontis del salón un gran letrero que decía: *peligro*.

Por la tarde fueron llegando los senadores; yo llegué primero y cuando veían los pedazos de cemento y yeso en el elegante parquet del piso y el techo agujereado, se miraban unos a otros con admiración y nadie se atrevía a pasar el grueso cordón de terciopelo encarnado. Y se fueron sentando en las curules a mi lado hasta que llegó el senador Genaro Vázquez y no aguantando la risa dijo: "¿Qué pasa?, ¿qué es lo que sucede?", y le dije a él y a los demás compañeros que nos escuchaban: "Esto es la labor del tiempo, los siglos que están destruyendo Palacio y tal vez el espíritu de la emperatriz que también protesta al ver profanada su santa capilla por los senadores revolucionarios y entonces lo que procede es que tengamos una sesión de Cámara que verificaremos del cordón para acá, para evitar los peligros de un derrumbe". Sesionamos y tomé la palabra diciendo que la Constitución de la República Mexicana preveía que el Senado y la Cámara de Diputados ocuparan un mismo recinto y nunca se había cumplido este decreto y propuse que nos trasladáramos a la Cámara de Diputados e instaláramos la Cámara de Senadores en el Salón Verde. Hubo otros discursos, todos aprobatorios, pero nadie creyó en los desprendimientos del techo como protestas del espíritu de Carlota ni por la acción del tiempo. Todos comprendieron la maniobra, todos me la atribuyeron y todos la festejaron y lanzamos un decreto basado en el artículo respectivo de la Constitución para trasladarnos e instalarnos en la Cámara de Diputados y marchamos en masa y a pie, convocamos a los diputados, les explicamos nuestros motivos y nuestra determinación fue aprobada por unanimidad y nos instalamos en el Salón Verde de la Cámara de Diputados en calidad de Senado de la República y tuvimos la primera sesión como Congreso de la Unión, es decir, las dos Cámaras juntas.

Entonces pasé a ocupar mi curul de diputado y la presidencia del blo-

que de esa Cámara. El escándalo fue muy grande, pero habíamos basado nuestra acción en la Constitución de la República.

A la mañana siguiente fui llamado por el general Calles y con la risa pintada más en la cara que en la boca me dijo: "Y ahora qué van a hacer con ese pozole". Se refería a la reunión de las dos Cámaras en el mismo local, como lo previene la Constitución y nunca se ha cumplido. Le conté lo de los soldados que esculcaban a los senadores cuando salían con sus morrales de pesos fuertes, correspondientes a sus dietas, lo molesto que era y le hablé con la verdad, porque al viejo no le gustaba que lo hicieran o lo quisieran hacer pendejo; en cambio, le agradaba que le hablara uno como los hombres. "La verdad es que esas bayonetas son del general Joaquín Amaro y en un momento dado estamos acorralados y los senadores se sienten bajo presión y ya no volveremos a la Capilla de la Emperatriz o de los Pasos Perdidos" (también así le llamábamos a la capilla). El general Calles, sin hacer mención ni caso de lo que la Constitución dice al respecto, que las dos Cámaras deben sesionar en el mismo edificio, me dijo: "Este pozole es muy peligroso, búsquense otro edificio e instalen la Cámara de Senadores aparte". "Así se hará", le contesté.

Regresé al Congreso de la Unión (que creo que en la historia de México ha sido la única vez que ha estado reunido, reunión que no llegó a diez días) y les manifesté a los líderes del Senado que teníamos que buscar otro edificio dónde instalarnos y alguien, que no recuerdo quién fue, me dijo que a un costado de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas acababan de terminar de reacondicionar un bello y viejo edificio antiguo en el que iba a instalar el Iscariote Juan Andrew Almazán la Comisión Nacional de Caminos. Lo fuimos a ver y me gustó y en marcha a pie de la Cámara de Diputados al edificio de Xicoténcatl número uno nos trasladamos, nos instalamos y decretamos que ese edificio, en lo sucesivo, sería el Senado de la República.

El Judas Juan Andrew Almazán puso el grito en el cielo, creyó que era maniobra política contra él y alegó que había costado mucho dinero y muchos esfuerzos para la Comisión Nacional de Caminos y que nosotros se lo quitábamos para perjudicarlo a él, cosa que nunca pensamos. Se fue a rajar ante el general Calles, pero don Plutarco le dijo que el Senado de la República había obrado en funciones de su soberanía y que aquel acuerdo era inobjetable. Y ahí está la Alta Cámara donde pasé yo mi segundo periodo de senador de la República y sigue y seguirá funcionando yo creo que por muchos, muchos años, pues al edificio se le han hecho con el tiempo más modificaciones, al grado de hacerlo funcional y agradable y como guardián del edificio está ahora, nada menos que la estatua del inmortal senador doctor don Belisario Domínguez. Ahí, en ese edificio que acondicionó Almazán para la Comisión Nacional de Caminos, que entonces dependía de él, le dimos al

propio Almazán todas las batallas políticas durante su candidatura, batallas en que lo hicimos polvo y ahí también los últimos combates al clero político, cuando de acuerdo con el ministro de Hacienda Luis Montes de Oca, quisieron levantar cabeza introduciendo en el país el órgano de la Villa de Guadalupe sin pagar derechos, para aparentar que el gobierno de Ortiz Rubio y el mismo clero habían llegado a un tolerante entendimiento.

El flamante nuevo edificio del Senado de la República lo inauguramos con un gran "bataclán" que encabecé yo, dando de baja del Senado de la República como general de división al general Luis Medina Barrón, porfirista, huertista y nada menos que el defensor de Zacatecas, como general en jefe federal, contra las fuerzas constitucionalistas mandadas por el general Francisco Villa en 1914, en la célebre batalla.

Cuando la "unificación" contra Carranza en mayo de 1920, el general Luis Medina Barrón andaba levantado en armas como felicista y se unió, como todos ellos, al movimiento triunfante de Agua Prieta y había quedado incrustado en el ejército, primero como jefe de la primera reserva, que comprendía a los "unificados"; después, como simple general de división en activo y cuando el ingeniero Pascual Ortiz Rubio subió a la presidencia de la República, lo nombró cónsul general en El Paso, Texas.

Organizamos sesión del Senado y le dimos batalla al general y cónsul general de México en El Paso, Texas, Luis Medina Barrón y tomamos dos acuerdos:

Primero: Queda dado de baja del Ejército Nacional el exgeneral federal Luis Medina Barrón por sus antecedentes reaccionarios, por haber combatido con las armas en la mano a la Revolución desde sus inicios.

Segundo: Cese al exgeneral Luis Medina Barrón como cónsul general de México en El Paso, Texas, EUA.

Y aquello fue Troya, don Pascual se sintió agredido otra vez por el Senado y esto era cierto, pero los ases los teníamos nosotros. No se pudo ni siquiera quejar con el general Calles por lo malo de su causa y entonces mandó parlamentar conmigo al mismo Medina.Barrón y yo me mostré inflexible. Medina Barrón me argumentaba que él tenía cuarenta años de soldado sirviendo a la República y que lo que el Senado le hacía le iba a causar la muerte, y una muerte ignominiosa. Yo nunca antes había visto a Medina Barrón, pero sabía muy bien quién era y para esas fechas también él ya sabía quién era yo. Le contesté a Medina Barrón que de los cuarenta años que había prestado sus servicios como soldado treinta y nueve años once meses sirvió contra la Revolución y contra el pueblo y sólo un mes, el de mayo de 1914, colado en nuestras filas. Me dijo que sabía lo que el general Obregón era para mí y que él había sido compadre del general Alvaro Obregón desde antes de la Re-

volución y su amigo íntimo en Sonora y que tenía veneración por él. "Sí —le dije—, esa veneración la empezó a sentir en mayo de 1920 en que tumbamos a Carranza, pues no la tuvo usted en 1914 en que Obregón peleaba contra Villa y usted andaba levantado en armas como felicista".

"Bueno —me dijo—, mi puesto como cónsul general que nada tiene que ver con la milicia, por qué no se me respeta". "Por dos razones —le contesté—: la primera porque tampoco queremos cónsules reaccionarios y la segunda porque usurpa usted un alto puesto que corresponde a un revolucionario".

Medina Barrón lloró y me dijo: "El presidente de la República, mi amigo el ingeniero y general don Pascual Ortiz Rubio, le ruega a usted por mi conducto, muy encarecidamente, que por lo menos, no se me dé de baja del ejército, pues como ya le dije a usted, eso me va a causar la muerte". "Un reaccionario más —le contesté— muerto por un revolucionario no es nada grave, lo único novedoso es que yo voy a matarlo a usted sin quemar pólvora ni emplear balas" (Medina Barrón murió físicamente cuatro meses después de que lo ejecutamos política, histórica y moralmente en el Senado). Siguió rogándome aquel viejo de tipo arrogante y de gran prestancia. "¿Por qué me tiene usted tanto rencor?", me dijo y yo le contesté: "Señor Medina Barrón, yo no le tengo rencor a usted, le tengo rencor y odio a los exfederales y exhuertistas; pero a usted en lo personal no". Y me mostré inflexible con él. Sonó el timbre, se abrió la sesión del Senado y nombré, yo que presidía, dos comisiones; una para el secretario de Guerra y Marina, general Joaquín Amaro, donde se le comunicaba el acuerdo del Senado de que al general Luis Medina Barrón se le daba de baja del ejército por ser de marcado color reaccionario y antecedentes comprobados como enemigo de la Revolución y por haber sido uno de los más distinguidos jefes del traidor ejército federal; la otra comisión del Senado la enviamos al ministro de Relaciones Exteriores, que era el doctor José Manuel Puig Casauranc, también reaccionario y exfelicista, donde el Senado le comunicaba que quedaba cesado como cónsul general de El Paso, Texas, el general exfederal y ahora también exgeneral Luis Medina Barrón por los mismos motivos.

La sesión del día siguiente, que también la hicimos tormentosa y con las galerías repletas de porras del Partido, se inició hablando yo desde la tribuna y dije más o menos: "Considérese esta sesión del Senado de la República como continuación de la de ayer. El señor presidente Ortiz Rubio hace pocos días, más bien dicho hace pocas noches en que nos entrevistamos con él, en masa el bloque del Senado en el Castillo de Chapultepec, al decirle yo que a él lo estimábamos como amigo y como presidente, pero que lamentábamos que hubiera dejado colarse tantos reaccionarios como favorecidos en su régimen, me contestó, como a todos ustedes consta, que

en su gobierno no había ningún reaccionario favorecido y recordarán también ustedes, compañeros, que le dije que muy pronto le iba a demostrar oficialmente que mi cargo era cierto. Ya dejemos a Medina Barrón que repose en su tumba de destituido como general de división y como cónsul general —continué diciendo—; ahora vengo a denunciar ante el señor presidente y para que no se deje engañar y ante la faz de la nación, a otros dos conspicuos reaccionarios. Los dos porfiristas, los dos huertistas y los dos enemigos de la Revolución, el exgeneral federal Joaquín Mass, primo hermano de Victoriano Huerta y jefe de las fuerzas federales que guarnecían el puerto de Veracruz cuando invadieron en 1914 los americanos y que cobardemente huyó a Tejería sin disparar ni un cartucho contra el invasor y dejando el puerto abandonado, en donde se batieron heroicamente contra los americanos los cadetes de la Heroica Escuela Naval y la colonia española y este exgeneral Joaquín Mass, quien, repito, es primo hermano de Victoriano Huerta, goza de jugosos contratos en el Departamento Central y, dice él, que está protegido por la recomendación de muy elevado personaje; ni siquiera ha tenido la inteligencia necesaria el exgeneral Joaquín Mass de poner sus contratos a nombre de tercera persona, él mismo representa a su compañía, como puede verse en este documento y él firma los recibos de los contratos con el nombre de ingeniero Joaquín Mass.

"El segundo reaccionario favorecido es el licenciado José Castellot, primo hermano de doña Carmen Romero Rubio y, por lo tanto, primo político y allegado del general Porfirio Díaz; él es contratista de la Beneficencia Pública (ahora Conasupo). A este señor, además de gozar de este favor, lo hemos visto constantemente en las tertulias del Castillo de Chapultepec junto con otros, que iré desenmascarando a su debido tiempo.

"A ninguno de estos señores puede hacerle punición alguna el Senado de la República porque no tienen empleo ni cargo oficial alguno, pero desde esta alta tribuna los denuncio, los desenmascaro y acuso a sus protectores, quienes quiera que sean".

El exgeneral Joaquín Mass fue jefe del ingeniero don Pascual Ortiz Rubio, más bien dicho del teniente coronel Pascual Ortiz Rubio, cuando Joaquín Mass era el jefe de las fuerzas huertistas del estado de Coahuila y el teniente coronel Pascual Ortiz Rubio servía a sus órdenes en el ejército exfederal.

Al día siguiente de estos acontecimientos se presentó en mi casa mi grande, íntimo y muy estimado amigo Alberto J. Branniff, acompañado de su hermano mayor don Thomas Branniff, a quien yo no conocía y me dijo Alberto: "Aquí te traigo a mi hermano Thomas que insinuaste ayer en el Senado que ibas a atacar; venimos a aclararte que ni él ni yo tenemos ningún contrato con el gobierno federal, con el que tenemos contratos es con el expresidente Portes Gil, que firmamos cuando él era gobernador de Tamaulipas, para construir los mercados, las nuevas

tuberías de agua, los depósitos de agua potable y el drenaje del puerto de Tampico, obras que están terminadas en sus dos terceras partes y queremos que tú, que tan frecuentemente estás en Tampico y que tan cerca está tu rancho, nos acompañes para que las veas. Nosotros, por la cuestión política en que nos vimos, emigramos a La Habana e hicimos amistad con el general Machado y en La Habana hicimos algunas obras importantes. Una vez que entró en el poder el general Obregón y dio amnistía general para los que estábamos en el destierro, resolvimos mi hermano Thomas y yo regresar al país y como somos hombres de empresa y de trabajo, pues somos medio ingleses, resolvimos regresar el capital que nos quedaba en el extranjero e invertirlo en obras aquí en México, pero tenemos mucho interés en que vayas a ver nuestras obras para que observes que estamos haciendo un trabajo en pro de nuestro país".

Alberto Branniff, persona a quien, repito, estimaba mucho y él también me estimaba a mí, pues de tiempo atrás, antes de brindarme su amistad, que era franca y sincera, me brindó su palacete *garzonier* en las calles de la Teja; este *garzonier* era el más elegante que he conocido en el mundo, superaba al que Eduardo VII de Inglaterra tenía en la Rue Chevanier número 15 en París y que conocí posteriormente cuando yo era embajador en Bélgica.

Alberto Branniff y sus hermanos eran muy ricos, su padre, el inglés don Thomas Branniff fue quien terminó el Ferrocarril Mexicano de Veracruz a México y siguió con grandes contratos en la época de don Porfirio Díaz. Alberto Branniff se graduó en Francia como aviador en 1909 y en 1910 compró un avión en Francia y se hizo acompañar de su instructor francés a México. En la Ciudad de México, Branniff voló su avión y logró una altura de ciento veinticinco metros, con lo que alcanzó el récord mundial de altura, pues la Ciudad de México está a 2 250 metros sobre el nivel del mar, más ciento veinticinco metros, fueron 2,375 metros, mientras que el inglés y el francés que habían volado antes que Branniff, el que más, alcanzó doscientos sesenta metros de altura, pero al nivel del mar.

Branniff fue torero por gala, era un *sportman*, especie muy diferente de los *playboys*. La alternativa se la iban a dar en la plaza el quince de septiembre de 1910, el entonces torero, después general y gobernador de Hidalgo, Vicente Segura; pero cuando ya estaba vestido de luces en la plaza de toros listo para salir al ruedo, por orden directa del general Porfirio Díaz, don Pablo Escandón, gobernador del Distrito Federal, notificó a la empresa de toros que si salía Branniff al ruedo quedaría suspendida la corrida y la plaza de toros clausurada por todo el tiempo que duraran las fiestas del Centenario. Alberto Branniff y yo fuimos grandes amigos hasta el día de su muerte y, combatió a las órdenes de Victoriano Huerta bajo el gobierno del señor Madero contra los orozquistas en Bachimba, Chihuahua.

Pronto hubo viaje a mi rancho y a Tampico y ahí me encontré con mi nuevo amigo don Thomas Branniff y con mi viejo amigo, muy simpático y muy estimado amigo Alberto J. Branniff, me mostraron todas las obras que ya para entonces tenían construidas en un ochenta por ciento. Me preguntaron mi opinión y los felicité diciéndoles: "Hicieron ustedes muy bien en regresar su capital e invertirlo en el país, así como sus esfuerzos personales". Me mostré complacido con todas las obras que los dos hermanos Branniff me enseñaron y más complacido me mostré cuando Alberto me entregó dos bolsas de lona conteniendo cincuenta mil pesos oro cada una en relucientes centenarios. De estos cien mil pesos oro que me dio Alberto, treinta mil los utilicé para construir la casa grande del rancho Gargaleote, que después con el tiempo ha sufrido modificaciones, y los restantes setenta mil pesos los empleé para tumbar montes y hacer potreros.

Ahora voy a aclarar que yo no iba a atacar a don Thomas Branniff porque era público y notorio en Tampico que él estaba haciendo las obras ya mencionadas, pero que nunca oí criticar, al contrario, fueron muy bien recibidos y de paso los murmuradores se mandaban diciendo que el gobernador Portes Gil llevaba buena tajada en esas obras de beneficio público que se estaban llevando a cabo. Estaba fuera de lugar que yo atacara a ningún gobernador por las obras que hacía en su estado y menos a mi gran amigo Portes Gil, quien lo estaba haciendo muy bien al frente del gobierno de Tamaulipas y ni por la mente me había pasado atacar a don Thomas Branniff, pero como las cosas se presentaron como las estoy relatando y llegó el momento de las dos talegas amarillas, las acepté gustoso y me dije a mí mismo: ESTAS ME LAS COMO POR BOBAS (alusión al juego de damas), Y ME LAS COMÍ SIN NINGÚN RIESGO PARA MI CONCIENCIA.

En forma callada, el Partido convocó a la legislatura de los estados a una reunión en el local del Partido en la capital, para tratar algunas reformas constitucionales a petición que le hiciera el general Plutarco Elías Calles al general Manuel Pérez Treviño, presidente del Partido. Aquello fue tan callado que yo no me había dado cuenta hasta que un día me llamó Pérez Treviño y me dijo: "Aquí en el salón de sesiones se está celebrando una reunión de diputados de las legislaturas de los estados o en algunos casos sus representantes y se acaba de plantear una reforma para que se haga la no reelección de las Cámaras, es decir, que ni exsenadores ni exdiputados van a ser reelectos y esto —siguió diciéndome Pérez Treviño— va a destruir la máquina política de la Revolución que tantos años y trabajos ha costado formar". Lo apoyó Luis León, que era el director del periódico *El Nacional*, diciendo: "Esto es una maniobra encabezada por Aarón Sáenz, jefe del Departamento Central; Luis Montes de Oca, ministro de Hacienda; don Francisco Elías, primo hermano del general Calles y secretario de Agricultura y

Ganadería, y Fernando Torreblanca, yerno del general Calles; maniobra que vienen lidereando Rodolfo y Plutarco Elías Calles, hijos del general.

"La maniobra es descarada —siguió diciendo Luis León—, se trata de destruir nuestro grupo y que los revolucionarios 'aristocratizados', que capitanea Aarón, se apoderen de las Cámaras". En esto ya nada tenía que ver don Pascual. "Si tú no intervienes —me dijeron Pérez Treviño y León— van a consumar esta barbaridad y el Partido quedará en manos únicamente de la familia".

"Bueno —les dije—, yo puedo hacer que dentro de media hora me nombre su representante la legislatura de San Luis, puedo darles batalla y derrotarlos, pero se me va a venir el mundo encima a mí solo; yo estoy muy de acuerdo en que se haga la reforma para que el presidente de la República nunca pueda volver a ocupar el puesto, así como los gobernadores de los estados y los presidentes municipales, es decir, ningún ejecutivo, pero los senadores y los diputados federales y los diputados locales, que no tienen ni fuerzas ni policías a sus órdenes, por qué se les va a privar de este derecho democrático". "Pues sí —coincidieron Pérez Treviño y León—, se trata de una maniobra muy personal".

Yo continué: "Esto es claro, los hijos del general Calles han querido dominar la Cámara de Diputados y nunca han podido. Plutarco ha venido como diputado de Nuevo León y ha hecho un papel menos que triste con todo y su nombre y al prohibir la no reelección en las Cámaras, diputados y senadores van a ser nombrados con el dedo". "Es lo que se trata de evitar", dijeron León y Pérez Treviño. "Bueno —les dije—; y si yo me enfrento y los derroto y se me viene el mundo encima (el general Calles), ¿ustedes me apoyan, me sostienen y corren mi misma suerte?". "Sí, te apoyaremos y estaremos contigo en todo". Y yo hablé por teléfono a la legislatura de San Luis Potosí, me nombraron su representante en telegrama urgente y entré a la brega.

Por Tamaulipas venía como representante de la legislatura Graciano Sánchez; por Veracruz Manlio Favio Altamirano, que para entonces llevaba siete reelecciones como diputado federal; por Sonora un tal Ramos que llamábamos el Cabezón, incondicional de Rodolfo Elías Calles; por Nuevo León el diputado federal José Garza Tijerina, incondicional de Plutarco el "Chico", y por la enorme mayoría de los estados representantes adictos al Partido y afines a mí.

Las sesiones las fue alargando Pérez Treviño hasta que llegué yo como representante y entonces entramos al meollo de la discusión.

Para pronto les gané a la mayoría y me opuse a la reforma que habían presentado casi en forma confidencial, argumentando que las carreras políticas se habían hecho en las Cámaras, sobre todo en la de Diputados y que era la única escuela política verdadera que tenía el pueblo y la clase media y cité entre otros ejemplos: a García Vigil, a Mújica, a Jara, a José Alvarez, a Portes Gil, a Carlos Riva Palacio, a Carrillo Puerto, a Luis León y a mí mismo. Dije que si en las Cámaras se les arrebataba el derecho de reelegirse, en lo sucesivo, en lugar de diputados y senadores serían majadas de borregos y que ningún representante tendría valor para enfrentarse a un poderoso, no digo poderoso solamente como presidente, sino a cualquier ministro, pues sus días como senador o como diputado estarían de antemano contados y que entonces la política nacional vendría a parar en manos de puros universitarios, los que, con honrosas excepciones, nunca se han acercado al pueblo.

Me contestó el testaferro Garza Tijerina, representante de Plutarco el "chico", defendiendo esta no reelección absoluta con más vehemencia que lo hubiera hecho don Francisco I. Madero (quien nunca pensó en la absoluta), y este Garza Tijerina cuando cayó el Jefe Máximo, o sea, Plutarco Elías Calles el grande, lo desconoció y también a Plutarco el chico; se pasó a las filas cardenistas, más bien dicho mujiquistas cuando el callismo estaba caído y los atacó en el Senado, a donde lo había mandado su jefe mínimo, causando el asco de callistas y cardenistas.

El entonces diputado Manlio Favio Altamirano, que llevaba siete reelecciones por orden expresa del general Plutarco Elías Calles no obstante de no traer votos ni credencial por su distrito veracruzano, también resultó paladín de la no reelección absoluta. Lo exhibí y lo desenmascaré en la tribuna y Manlio, que se las daba de muy bravucón, contestó a mis severos y enardecidos ataques con risas cordiales. Manlio Favio Altamirano, a la caída de Calles, también lo negó, lo traicionó y lo injurió. Tengo muchos pecados en mi vida política, pero de éstos, los de la deslealtad, de la traición, nunca me amargó ninguno y por eso tengo valor de decir toda la verdad, de enfrentarme y pelearme con la historia si fuera necesario, PUES YA SE SABE CÓMO SE ESCRIBE LA HISTORIA EN MÉXICO.

Antes de llegar a la votación, Garza Tijerina la hizo de agente provocador. Tijerina me dijo desde la tribuna: "Cómo es posible que el diputado y senador Gonzalo N. Santos, gran pilar de nuestro Partido, se oponga a este proyecto que vienen sosteniendo los hijos del general Calles", y respondí a la provocación con bastante imprudencia, calentura y mal cálculo contestando a Garza Tijerina: "No sabía que México es otra vez imperio y que el poder revolucionario del que disfruta el general Calles, sostenido por nosotros, es hereditario a sus hijos; yo creo —seguí diciendo— que todavía estamos en república y no en un reinado hereditario", y se me fue la boca más allá de lo conveniente y dije: "a los hijos del general Calles los derrotamos en Querétaro y ahora los volveremos a derrotar".

Grandes aplausos y vivas para mí y gritos de "arriba el Alazán Tostado" y ganamos la votación los que propugnábamos por la reelección en las Cámaras y la no reelección de poderes ejecutivos; pero yo me

sentí sentenciado y cada abrazo que me daban los representantes de las legislaturas por el triunfo que habíamos tenido en la tribuna y en la votación me sabía MÁS A PÉSAME QUE A FELICITACIÓN.

Para acabarla de amolar, los senadores licenciados Genaro Vázquez, Antonio Valadez Ramírez, Maqueo Castellanos y otros más, organizaron un banquete en mi honor, al que concurrieron casi la totalidad de los senadores y la casi totalidad de los diputados, la mayoría de los ministros de la Suprema Corte de la Nación, los magistrados del Supremo Tribunal de Justicia y muchos líderes políticos y algunos altos jefes militares. Yo me negaba terminantemente a que se hiciera esta imprudente demostración en mi favor, pues no tenía objeto y yo sabía que iba a causar el disgusto del general Calles, pues lo iba a creer una provocación, pero los senadores organizaron el banquete contra mi opinión, invitaron a la prensa y fotógrafos y con toda conciencia de que este banquete iba a ser fatal para mí, acepté por solidaridad con mis compañeros, los senadores y los diputados, que tantas veces me habían apoyado en momentos difíciles. No hablé en el banquete ni permití que nadie tomara la palabra; el pretexto de este imprudente agasajo fue que se trataba del diez de enero, fecha de mi cumpleaños. Me hice acompañar de mi hermano Samuel M. Santos, de mi fraternal amigo el general Miguel M. Acosta y de mi también fraternal amigo y primo Braulio M. Romero y los senté a mi lado para no estar junto a ningún senador ni a ningún diputado y a ellos les dije que ese banquete me iba a ser fatal y que había asistido a él por un mal entendido sentimiento de hombría y solidaridad con mis compañeros, "Pero el viejo —les dije— no me la va a pasar", y así sucedió.

Después del banquete me fuí acompañado del general Miguel M. Acosta, del licenciado y diputado José Aguilar y Maya, procurador general de la nación, y de mi ayudante Ernesto López a la super elegante casa *non sancta* de Ruth de Loor, que estaba en las calles de Veracruz; ahí nos encontramos con el general Bonifacio Salinas y después llegó el general Eulogio Ortiz, comandante militar de la plaza, que era amigo de todos nosotros; saludó a todos de mano menos a mí y yo lo tomé como broma de Eulogio, pero cuando empezamos a bailar con las "falenas", Eulogio, que iba uniformado de general de división, se paró de su asiento y bruscamente me arrebató a mi bailadora, entonces sospeché que Eulogio algo se traía conmigo, pero no dije nada y mientras él bailaba con la que había sido mi pareja, fui y saqué a bailar otra muchacha; Eulogio fue a sentar a su bailadora, vino hacia donde yo andaba bailando y bruscamente la jaló y me la arrebató y yo entonces enfrentándome con él le dije: "¿Qué te ha picado, cabrón?". Todos dejaron de bailar pendientes de lo que iba a suceder. Eulogio me contestó, hablándome de usted, cosa que nunca había hecho antes, en veinticuatro años que teníamos de conocernos y de tratarnos como amigos:

"Usted esta tarde atacó a los hijos del general Calles y al mismo general Calles". Yo, que siempre he tenido la pólvora muy cerca, le contesté a Eulogio, también hablándole de usted, y le dije: "Usted me calumnia, yo no he atacado al general Calles, tampoco a sus hijos, solamente me opuse a una iniciativa de ley que ellos patrocinan y con la que yo no estoy de acuerdo". Eulogio dejó de bailar con la muchacha que me había arrebato y yo la agarré por un brazo y dirigiéndome al general Ortiz le dije: "Apártese de mí o se lo lleva la chingada". Eulogio metió mano a la pistola y lo mismo hizo el teniente coronel Chendo de Anda, que era un matón ayudante de él, y lo mismo hicimos mi ayudante, el capitán Ernesto López, y yo. Los cuatro con las pistolas a medio sacar, paró de tocar el piano que lo ejecutaba la Bandida, segunda de Ruth, de nombre Graciela, y volvieron las pistolas a sus fundas sin haberlas llegado a sacar completamente. Se sentó después Eulogio Ortiz junto a mí y me empezó a platicar, diciéndome con fingida amabilidad: "Estás haciendo mal en atacar a nuestro jefe y a los muchachos". Yo le contesté en tono calmado: "Ya te dije que no he atacado a nadie, ataqué a una propuesta de reforma a la Constitución", y eso fue todo. Seguimos todos y todas pidiendo coñac y, en un de repente, Eulogio metió mano a la pistola y antes que la sacara ya tenía el cañón de la mía en la frente; comprendí que me quería ventajear y que por eso me estaba amansando y le dije: "Arráncate, hijo de la chingada, vamos haciendo ladrar las pistolas de una vez y no estés payaseando". Volvió a meter su semisacada pistola a la funda; su ayudante, el matón y roba mulas coronel Chendo de Anda, y el mío, capitán Ernesto López, no se perdían de vista, ni siquiera parpadeaban ni se movían. Y seguimos tomando y Eulogio empezó otra vez a fingir cordialidad conmigo, pero entonces el general Bonifacio Salinas, que no había tomado partido ni había ido conmigo al burdel y tampoco con Eulogio, dijo dirigiéndose a Ortiz: "Mi general, usted me avergüenza como mi superior, deshonra el uniforme que porta; si quiere romperse la madre con Gonzalo ya él le ha hecho parada dos veces y las dos veces se ha rajado usted —Bonifacio prosiguió—; no me extraña que usted se haya rajado, pues en los combates en Reforma usted se rajó también y nos dejó peleando contra el enemigo a mi general Quevedo y a mí". Para no hacer más largas estas memorias voy a abreviar.

De ahí a las cuatro de la mañana, Eulogio nos invitó a que fuéramos a cenar a un restaurante-taberna que se llamaba el Hollywood que estaba a un costado de la Alameda. Otra vez me quiso madrugar y otra vez saqué mi pistola antes que él y lo llené de injurias habiendo un metro de distancia entre él y yo. El general Bonifacio Salinas también lo volvió a insultar y le dijo: "Es usted un cobarde, se ha puesto tres o cuatro veces en ridículo y se le ha rajado a Gonzalo". En esto vino mi ayudante Ernesto López y me dijo: "Está la señora en el carro". "¿En dónde?", le pregunté; "Acá enfrente y lo llama". Para esto eran como

las seis de la mañana y no sé cómo mi pobre mujercita, que todavía no cumplía los dieciocho años, se enteró del lugar donde yo estaba. Había estado esperándome hasta pasada la media noche y con temores de que algo grave me hubiera sucedido. Me subí al carro con ella y nos fuimos a la casa, enjugándole las lágrimas con mi pañuelo y explicándole que después del banquete los amigos se habían empeñado en que siguiéramos tomando unas copas en el restaurante en que me había encontrado. Ella no conocía la Ciudad de México y fue sola hasta el lugar donde me encontró, conduciendo ella su carro; repito, el restaurante Hollywood. Hasta la fecha no sé cómo supo el lugar donde yo me encontraba ni me lo ha querido decir, ella dice que se aventuró por la ciudad buscando mi carro y donde lo identificó ahí paró y me mandó llamar con Ernesto López. Quiero hacer hincapié en que tengo cuarenta y cinco años de casado con mi esposa y que ha sido para mí: mujer, amante, madre y una gran compañera y creo que con esto la dejo bien retratada. Pero lo gordo fue al día siguiente.

Pérez Treviño me mandó llamar por la mañana. Era, como ya he dicho, en aquel entonces, presidente del Partido, y atrancó la puerta de su despacho para que nadie nos interrumpiera y me dijo: "Tengo órdenes del general Calles de suspenderte del Partido porque el general Eulogio Ortiz le fue a contar que anoche, estando de parranda en la casa de Ruth, tú lo habías insultado a él y a sus hijos, que también porque estuviste extremadamente violento contra algunos delegados de las legislaturas de los estados en el Congreso de legisladores; el viejo estaba muy enojado contigo". Yo le pregunté a Pérez Treviño; "¿Y tú aceptaste suspenderme?" "Sí —me dijo—, lo hice en defensa tuya pues el viejo pedía tu expulsión y yo le fui recordando de tus eminentes servicios prestados a la Revolución y tu fuerte contingente para la formación del Partido y después de mucho averiguar con él, logré convencerlo de que en lugar de expulsión fuera suspensión". Yo le dije a Pérez Treviño: "Son puras patrañas del general Calles, lo que pasa es que no puede ver en el 'trigal' una espiga que sobresalga de las demás porque la corta; yo pido que se diga públicamente en la prensa porqué me suspenden, por lo pronto acepto la suspensión disciplinada y calladamente, pero pido que se me abra proceso en el Partido y se diga la causa o causas para suspenderme". Pérez Treviño, que era muy calmado y muy reflexivo, me dijo: "Muy inteligente de tu parte disciplinarte y, en lugar de proceso abierto, voy a provocar investigaciones sobre todo del chisme de Eulogio Ortiz", y así lo hizo.

Mandó llamar al general Bonifacio Salinas, le tomó declaración teniendo como testigo al diputado Melchor Ortega, amigo y compañero mío, pero amigo íntimo y compañero de póker del general Calles. Bonifacio Salinas, con mucha hombría, relató los hechos apegado a la verdad con todos los detalles.

Siguieron las investigaciones y el general Acosta y el licenciado Aguilar y Maya testificaron lo que había sucedido en la casa de Ruth, pues hasta ahí nos acompañaron y por último, el general Calles mandó llamar a su rancho Santa Bárbara en Texcoco, a Ruth de Loor, la *madame* de la casa galante donde Eulogio Ortiz y yo tuvimos las primeras dificultades y donde estuvimos a punto de llegar a la tragedia; Ruth le contó todo al general Calles y ella me lo contó todo a mí.

Me fui para Gargaleote, la prensa me quiso entrevistar, pero no concedí ninguna entrevista, aunque lo más curioso de todo esto, es que el diputado y senador Gonzalo N. Santos estaba suspendido del Partido; pero el diputado Gonzalo N. Santos era presidente del bloque del Partido Nacional Revolucionario de la Cámara de Diputados y el senador Gonzalo N. Santos era presidente del bloque del Partido Nacional Revolucionario en el Senado y ninguno de estos dos grupos legislativos me censuró en lo más mínimo; por el contrario, me dieron todos su apoyo y simpatía y continué al frente de los dos bloques.

Mientras estuve en mi rancho, el bloque del Senado fue a ver al general Calles a Cuernavaca, a pedirle que me levantara la suspensión, fue el general Saturnino Cedillo a Cuernavaca a ver a Calles a pedirle lo mismo y Calles le dijo, según me contó Cedillo, que él me tenía más cariño y estimación a mí que todos los senadores, que por defender sus intereses políticos y sus posesiones me habían utilizado a mí para provocar todas estas inquietudes.

Yo vine a México y al pasar por San Luis me entrevisté con Cedillo y después de lo que él me contó le dije: "No le pediré frías al general Calles", y ya aquí, en México, fui a presidir una sesión del bloque de la Cámara de Diputados y también presidí otra sesión del bloque del Senado y ahí, en plática con mis compañeros después de que me informaron de sus gestiones con el general Calles para que me levantara la suspensión les dije: "Yo no le pediré frías al general Calles, lo único que me está pasando es que al suspenderme del Partido yo también suspendo mi cuota como senador y mi cuota como diputado, que entre las dos son como sesenta y siete pesos mensuales".

Fui a ver a Pérez Treviño y le dije: "Tú y León me invitaron a que me opusiera a la no reelección de las Cámaras y yo lo hice por convicción, pero tú y León, los dos, me aseguraron que me apoyarían a todo trance". Entonces Pérez Treviño me dijo: "Te estoy apoyando constantemente ante el general Calles, pero un apoyo en rebeldía sería un suicidio para todos; déjame trabajar este asunto, que va por muy buen camino". Y me regresé al rancho suspendido del PNR y presidiendo los dos bloques de las Cámaras del PNR. ¡HECHOS COMO ÉSTE SÓLO SUCEDEN EN LA POLÍTICA MEXICANA! Más bien dicho, sólo sucedían cuando las Cámaras eran verdaderas Cámaras, NO OBSTANTE EL MAXIMATO.

Poco tiempo después me habló Pérez Treviño por teléfono, diciéndo-

me que me viniera cuanto antes y emprendí el viaje. Cuando llegué fui a la casa de Pérez Treviño pues no quise ir al Partido para que no se creyera que andaba yo lambisconeando ni pidiendo frías. Pérez Treviño me recibió con la cordialidad de siempre y me dijo: "Te llamé porque conviene que vayas a ver al viejo Calles a Cuernavaca y le hagas una explicación muy breve y concisa de todo lo que ha pasado", y yo le contesté a Pérez Treviño: "No voy, el general Calles sabe para estas fechas perfectamente bien todo lo sucedido, inclusive ha platicado con Ruth, la dueña del burdel, y con el general Bonifacio Salinas quien le relató los hechos tal y como sucedieron. Qué quieres que vaya a explicarle si él ya sabe todo y a qué me expondría si lo voy a ver, a que no me recibiera o a que me reciba y me dé una regañada".

"Yo sé lo que te digo —me dijo Pérez Treviño—, nada de eso pasará, vete a verlo hoy mismo". Le pregunté: "¿Has hablado de este asunto últimamente con el general Calles?", y me dijo: "Sí, he hablado y te pido que vayas a verlo hoy mismo". Y así lo hice, llegué a la casa de Las Palmas en Cuernavaca, residencia del general Calles "hasta adentro sin tocar trancas". Saludé al viejo, al que desde luego vi el semblante amable y me preguntó: "Cómo le ha ido" (de usted). "Bien —le dije—, como siempre". Me invitó a sentarme y él comenzó la plática: "Los enemigos de la Revolución se están aprovechando de las divergencias entre los nuestros (no dijo entre nosotros), acá me han venido a decir: 'Gonzalo (refiriéndose a mí) es el brazo y cerebro de las Cámaras y ha llevado las cosas muy lejos y la medida de suspenderlo del Partido fue para calmar el ambiente de efervescencia que hay". "¿Me permite explicarle cómo pasaron las cosas", le pregunté y me dijo: "Sí". Entonces yo le relaté brevemente lo de las sesiones de las legislaturas de los estados en que derroté la propuesta antirreeleccionista de las Cámaras, que sus hijos patrocinaban, y le dije: "Lo hice por convicción, pues usted mismo, en su cumpleaños en Santa Bárbara, nos dijo: 'El alma de la Revolución está en las Cámaras' y yo así lo creo y representamos muy fuertes sectores de la Revolución y creo que es un error muy grande la no reelección de las Cámaras, pues el Partido quedaría hueco ya que ahí está su sostén político y los diputados y senadores sin reelección van a ser simples empleados. Si eso es lo que se quiere, me disciplinaré, pero después de que públicamente, desde la tribuna, reitere cuál es mi opinión a este respecto. En cuanto al castigo que usted me ha impuesto lo acepto porque usted es nuestro jefe y lo acepto además porque son zarpazos, pero lo que no acepto son arañazos de sus hijos; quiero aclararle que el máximo de reelecciones que ha habido en la Cámara de diputados ha sido de diecisiete por ciento y en la del Senado del dieciocho por ciento". El viejo, muy sereno, se vio complacido con mis palabras y me dijo: "Regresa al Partido y que te levanten la suspensión" (ahora hablándome de tú). "En qué términos voy a regresar", le pregunté.

"En los que tú quieras", me contestó. Volví a preguntarle: "¿Pérez Treviño está en antecedentes de esto?" "Ahorita mismo hablo con él —me dijo—, entrevístate con él hoy mismo en el Partido".

Así lo hice al regresar y Pérez Treviño no cabía en sí de gozo y él personalmente leyó por la radio un boletín del Partido diciendo: "El senador Gonzalo N. Santos regresa al Partido con todos los honores que le corresponden a sus altos méritos, a su trayectoria revolucionaria y a su eminente labor para la formación, establecimiento y fortaleza del PNR y reasume su puesto en el Comité Ejecutivo del Partido como secretario del Distrito Federal y continúa sus puestos como presidente del bloque Nacional Revolucionario de la Cámara de Senadores y como presidente del bloque Nacional Revolucionario de la Cámara de Diputados".

Al día siguiente, escándalo de la prensa a ocho columnas. Uno de los periódicos, el periódico "El Camaleón", que unas veces es reaccionario, otras comunista y otras porfirista, era el que más me agredía (me refiero a *Excélsior*). Pero considero éste mi mejor triunfo a lo largo de mi lucha política revolucionaria, PUES EN ESTE CASO EL JEFE MÁXIMO NO FUE ABSOLUTAMENTE MÁXIMO.

Al llegar, como dije, tomé posesión de mis dos curules, pero estaba actuando más como senador. Ortiz Rubio se había atraído a Luis Montes de Oca, el secretario de Hacienda, hechura del general Calles, y también atraído contra nuestro grupo al general Joaquín Amaro, pero Amaro ante todo estaba con el general Calles y tenía descaradas ambiciones de ser presidente de la República, ya fuera cuando cayera Ortiz Rubio o después, en las elecciones, pero en las Cámaras lo teníamos muy frenado en lo que a política se refiere.

Llegó el mes de diciembre y entonces actué como diputado presidente de la Gran Comisión, a la que convoqué para procesar a Ignacio de la Mora y desaforarlo, decretando la desaparición de poderes y nombramos por unanimidad en la Permanente como gobernador sustituto a Sebastián Allende, que ya se había aliviado de los balazos, pero quedó semiparalítico de medio cuerpo.

El día doce de diciembre hubo una gran peregrinación de católicos a la Villa de Guadalupe con mucho olor a revancha cristera, y al día siguiente, trece de diciembre, nos reunimos en el bloque los senadores y armamos una sesión estilo Revolución Francesa. Los oradores más violentos fuimos el senador Manlio Favio Altamirano y yo y denuncié al ministro de Hacienda, Luis Montes de Oca, por haber permitido el traspaso de un gigantesco órgano para la Basílica de Guadalupe sin pagar derechos. Manlio lo llamó reaccionario y señorito bonito y yo entre otras cosas dije que Montes de Oca no había cobrado los derechos porque seguramente le habían metido el órgano de "contrabando". Acusamos al senador Eleazar del Valle, caballeroso y fino amigo mío, de haber

adornado su casa con flores colgando tapetes en el balcón de su suntuosa casa. El senador Del Valle se defendió diciendo que había sido su señora, lo que provocó la ira de todos los senadores, pues a Del Valle le faltó hombría para sostener su acto lavándose las manos con su señora. Manlio Favio pidió el desafuero del senador Del Valle y yo sólo pedí su expulsión del bloque, cosa que verificamos inmediatamente.

Recuerdo que en una de mis violentas peroraciones referí cuando fusilamos a Pablo López, aquel bandido segundo de Francisco Villa que atacó Columbus, conduje a Pablo López al paredón en un coche de caballos y ahí le dije: "Bueno, mi cuate, te voy a fusilar por orden superior, pero esto es entre amigos y nos dimos la mano; lo mismo te voy a hacer, Eleazar, expulsándote del bloque y espero que te portes tan hombe como se portó Pablo López, pero ahora sin apretón de manos". Eleazar del Valle era senador por Oaxaca, abogado general de los Ferrocarriles Nacionales, puesto por el general Calles y nosotros exigimos y obtuvimos la destitución de Del Valle de ese cargo; a Montes de Oca le dejamos bambaleando y pronto vino a sustituirlo el licenciado Alberto J. Pani. Desde entonces, Montes de Oca quedó amargado con el general Calles y después fue almazanista.

Poco tiempo después, el general Calles se hizo ofrecer una comida por los gobernadores de los estados, en Cuernavaca, me parece que con motivo de su onomástico y en la comida se paró y habló ante los gobernadores y les puso como ejemplo de gobernador a Vicente Estrada Cajigal; con este maquiavélico discurso don Plutarco logró dos cosas: primero, agraviar a Tejeda, que estaba presente y que tenía ambiciones presidenciales, colocándolo por debajo de Estrada Cajigal y, segundo, hacer que Estrada Cajigal ahí mismo le jurara pública fidelidad al general Calles y le "chaqueteara" a Ortiz Rubio, lo que le valió al Chicharrón Estrada Cajigal (pues tenía una oreja mocha) ser nombrado, digamos por don Pascual, jefe del Departamento Central del Distrito Federal y ahora se quedaba Ortiz Rubio con el Flaco Hernández Cházaro, que estaba en el destierro como cónsul general en San Antonio, Texas.

Siguieron las presiones constantes y el Flaco Hernández Cházaro volvió del destierro y ocupó otra vez la secretaría particular y un buen día se presentó en mi casa a decirme que me mandaba llamar el presidente Ortiz Rubio. Yo le pregunté: "¿No sabes para qué me quiere el presidente?", y me dijo; "Voy a volver a renunciar a la secretaría particular y te va a nombrar a ti en mi lugar y con eso consumamos la unificación, se acaba todo y el jefe con tu apoyo podrá gobernar". "Bueno —le dije—, vamos a platicar con él", y nos fuimos a Chapultepec.

Al llegar al Castillo, antes de subir la escalera, llegó echando el bofe el Bigotón Carlos Riva Palacio, que era ministro de Gobernación y valido número uno del general Calles; me agarró del brazo y me dijo: "Ven para acá", y nos apartamos del Flaco Hernández. "¿Sabes para qué te

mandó llamar don Pascual con el Flaco?" "Sí —le dije—, me lo acaba de comunicar; dice que ya presentó su renuncia de acuerdo con don Pascual y que me nombró a mí su secretario y que con esto amansará el agua". "Pues vengo a decirte de parte del general Calles que no aceptes, ¿qué no ves que esto es una maniobra ideada entre Ortiz Rubio y el Flaco para atraerte con las Cámaras y a Cedillo que te apoya en todo y en lugar de amansar el agua esto va a provocar un huracán?" "Yo no me prestaré a eso —le dije a Riva Palacio—, si veo al hablar con él que su intención es de verdadera paz con los revolucionarios que lo llevamos al poder y cambia su procedimiento, sería mejor que aceptara y no dejarlo en manos del Flaco y tipos como él". "Tú no aceptes hasta que hables con el general Calles —me repitió Riva Palacio— porque aquí no se trata de adivinanzas. Muy pobre concepto tendrías de mí si no supiese que a Ortiz Rubio lo tenemos vigilado hasta en la cocina, sí, hasta en la cocina. Su cocinero es un gachupín agente de Gobernación". Me reí y le dije: "No tengas cuidado, no me voy a negar en redondo, pero tampoco voy a aceptar sin hablar con el general Calles". Y me dijo en voz alta para que oyera Hernández Cházaro: "No dejes de ir a esa charreada organizada en Canutillo (hacienda de Riva Palacio), vamos a tener pelea de gallos".

El Flaco me preguntó: "¿Que traía el Bigotón que venía tan agitado?" Entre otras cosas le contesté, mintiéndole, que venía a pedirme que interviniera con el Pelón Filiberto Gómez para que no se creyera de chismes, ni le hiciera caso a su hermano Agustín Riva Palacio (alias la Puerca).

Subimos la gran escalera monumental del Castillo, pues don Pascual ahí vivía y entramos con el presidente. Hernández Cházaro nos dejó solos y le dije yo a Ortiz Rubio: "Estoy a sus órdenes, señor presidente". Ortiz Rubio me dijo que él fue muy amigo de mi hermano Pedro Antonio y también compañero de mi hermano Samuel en la 26 legislatura maderista de la Cámara de Diputados que Huerta disolvió, que a mí me tenía una gran simpatía y que había habido una serie de malas interpretaciones ocasionándose tal vez por su larga ausencia del país y haber llegado muy desorientado; que había resuelto nombrarme su secretario particular (entonces no había secretario de la presidencia, el particular era el único) por mis propios méritos, por mi propia capacidad y que entonces el resultado sería la completa unión y armonía entre la presidencia de la República y las Cámaras de Senadores y de Diputados, que yo encabezaba.

Empecé por darle las gracias al presidente Ortiz Rubio por su muestra de confianza, que si yo iba al lado de él a colaborar me portaría con lealtad, pero que sólo le pedía una cosa, que me permitiera consultarlo con mi Partido pues yo era hombre de Partido y que tenía el más alto concepto de disciplina máxima, que yo era uno de los primeros fundadores (número seis) y que él, Ortiz Rubio mismo, era el

miembro número tres del Partido. En ese tiempo, el presidente del PNR era el licenciado Portes Gil, expresidente de la República y miembro número dos del Partido. El primero lo era don Plutarco. Se manifestó conforme el ingeniero Ortiz Rubio y me dijo que ojalá como estaba procediendo yo procedieran todos los demás, la disciplina del Partido significaría la unión de los revolucionarios. El Flaco entró, llamado por Ortiz Rubio, lleno de curiosidad por saber el resultado y Ortiz Rubio y yo le contamos la conclusión a que habíamos llegado. "¿Y cuándo resuelves —me preguntó Hernández Cházaro— para que te entregue la secretaría?" "A más tardar mañana por la mañana", le contesté.

Hernández Cházaro se ofreció acompañarme a mi casa de regreso, pero le dije que tenía asuntos en el centro y me fui solo de Chapultepec, pero por considerar que el Flaco me estaba espiando con gemelos desde su oficina del Castillo, que dominaba muy bien la entrada de la casa del general Calles, saqué un gancho y me fui a la casa de Riva Palacio, que estaba pegada a espaldas de la del general Calles, pero en otra calle, Ahí, acompañado del bigotón Riva Palacio nos deslizamos por la parte de atrás a la casa de don Plutarco y me dijo el general Calles (hablándome de usted): "Cómo le fue con el presidente". "Pues ni bien ni mal —le contesté—, Carlos (refiriéndome a Riva Palacio) me alcanzó en la escalera del Castillo y me dio su recado". Luego le conté mi platica con Ortiz Rubio. Entonces el general Calles me dijo ya hablándome otra vez de tú "Estuviste muy inteligente, como siempre, a nadie debe extrañar que el Partido no permita que uno de sus miembros más distinguidos, dinámicos y fuertes abandone la lucha Revolucionaria que encabeza en las Cámaras en los dos puestos que desempeñas en el Senado y en la Cámara de Diputados, que son mucho más importantes para la Revolución, para el Partido y para ti, que la secretaría particular de la presidencia. Entonces vete a ver a Portes Gil" (que era el presidente del PNR). Yo le dije: "Mire, mi general, a Portes Gil lo veré en otra ocasión, ahora no tiene objeto; como quiera, mañana en la mañana voy a darle las gracias al ingeniero Ortiz Rubio y a usted se las doy por los elogios tan halagadores para mí que me acaba de hacer".

El bigotón me esperaba y me preguntó: "¿Qué paso?" y le contesté: "Empezó el viejo hablándome de usted y terminó hablándome de tú". El se rió, pues sabía muy bien lo que le quería decir.

Efectivamente, no vi a Portes Gil aunque casi todos los días lo veía, pero intencionalmente no le quise ver, para que Calles no jugara conmigo haciéndome creer a mí mismo que no acepté la propuesta del presidente de la República por orden de Portes Gil, como presidente en funciones del Partido, por lo menos para demostrarle a don Plutón que no era su pendejo, pues debo confesar que en ese puesto yo no hubiera hecho intriga, que sí hubieramos hecho la conciliación de las Cámaras

sin traicionar a Calles ni al Partido, pero él ya tenía agarrado a Ortiz Rubio y desconfiaba que con esta maniobra política, porque sí lo era, me fuera yo a "pelar" con todo y reata (las Cámaras) al lado de Ortiz Rubio.

Y siguieron las reyertas y Portes Gil salió del Partido porque no aguantaba la hostilidad de Hernández Cházaro, secretario del presidente Ortiz Rubio, quien lo vigilaba en forma amenazadora y ayudándose de la "engorda" de don Pascual Ortiz Rubio.

Portes Gil se espantó, renunció y se fue a La Habana. Cuando regresó el general Calles, que estaba fuera, no sé si de México o nada más de la capital, me llamó y me preguntó que cómo había estado la renuncia de Portes Gil y yo le dije la verdad; que lo hostilizaban en forma grosera, que lo estaban siguiendo los pistoleros armados del Flaco Hernández y que Portes Gil se espantó y "tiró la muleta".

Calles se enojó mucho por la actitud de Portes Gil, desaprobó su conducta, la que calificó de cobarde, y se vio claro que Calles no iba a dejar el Partido en manos de Ortiz Rubio pues me dijo: "Convoca al Comité y que designen presidente del Partido al general Lázaro Cárdenas y le dan a Cárdenas libertad de acción con todo el apoyo de las Cámaras para que reorganice el Partido como mejor le parezca". "Me parece una gran medida —le contesté— ya que Cárdenas es muy bien querido por todo el elemento revolucionario y tiene grandes simpatías entre nqsotros los diputados; además, cuenta con las simpatías del general Cedillo y del ingeniero y coronel Adalberto Tejeda" (gobernadores de San Luis Potosí y Veracruz, respectivamente). Portes Gil fue nombado ministro de México en Francia, no sé si porque así lo dispuso el general Calles o él lo pidió y acompaño a Portes Gil en su misión, por lealtad, en la humilde posición de agregado agrícola, el ingeniero Marte R. Gómez; desde entonces comenzó el distanciamiento entre Portes Gil y el general Calles que con el tiempo se fue agrandando.

Nos reunimos a la brevedad posible los miembros del Comité y designamos presidente del partido, cumpliendo muy gustosos la orden de Calles, al general Lázaro Cárdenas.

El general Cárdenas fue muy bien recibido y durante su labor en los diez meses que permaneció de presidente del Partido, hubo entendimiento entre Ortiz Rubio y las Cámaras y no se presentó ningún problema en los estados que no fuera fácilmente solucionado por Cárdenas; pero a fines del mes de agosto de 1931, el presidente Ortiz Rubio, influido por el bribón y truhán doctor José Manuel Puig Casauranc, que entonces era ministro de Educación, formuló una solicitud a la Cámara de Diputados para que expidiera un decreto declarando "recinto oficial del Congreso de la Unión" al Estadio Nacional y que ahí rendiría su informe presidencial el próximo día primero de septiembre y mandaba el presidente Ortiz Rubio un plano de cómo quedarían colocadas las Cámaras de Diputados y de Senadores dentro del Estadio, dónde los

gobernadores, dónde los comandantes militares, la Suprema Corte de Justicia de la Nación, el Tribunal de Justicia del Distrito Federal, el cuerpo diplomático y la tribuna del presidente de la República, de tal forma que en el sitio más relegado quedábamos las Cámaras de Diputados y de Senadores y la tribuna del presidente Ortiz Rubio y las curules de los miembros de su gabinete frente al cuerpo diplomático; por lo tanto, la representación nacional quedaba absolutamente relegada y el informe lo estaría escuchando, en primer término, el cuerpo diplomático. El cabrón de Puig trataba, con esta maniobra, de ningunear a las Cámaras y poder presentar el "poder" de su pupilo Ortiz Rubio, pero en la Cámara de Diputados se encendió la oposición a este acuerdo como reguero de pólvora y unánimemente nos opusimos al proyectado decreto y nos trasladamos encabezados por mí y por los demás líderes, en masa, todos los diputados, al Partido Nacional Revolucionario a hablar con el general Lázaro Cárdenas; pero el general Lázaro Cárdenas, presidente del Partido, quiso que no tratáramos el asunto en privado sino que abrió la sesión del bloque de diputados presidiéndola él, rodeado de los miembros del Comité Ejecutivo, que él presidía.

Abrió la sesión y también se abrieron los debates; más que debates fueron "tú a tú" de discursos y contradiscursos entre Cárdenas y yo. Yo oponiéndome al decreto y él apoyándolo. Sería muy largo de detallar en estas memorias los discursos de tres horas de sesión que tuvimos, pero llegamos a acalorarnos tanto, que en una de mis peroraciones dije: "La Cámara de Diputados ya ha tomado sus posiciones y en ellas permaneceremos firmes cuidando el decoro del Poder Legislativo y oponiéndonos al absurdo proyecto del presidente de la República". Cárdenas contestó: "El señor diputado Gonzalo N. Santos habla de que ya han tomado posiciones, yo quiero decirles que también he tomado la mía; estoy con el señor presidente de la República". Se levantó la sesión, todos nos despedimos de mano de Cárdenas, nos fuimos a la Cámara, abrimos sesión formal, leímos el proyectado decreto de Ortiz Rubio y por unanimidad fue rechazado.

Al día siguiente el general Lázaro Cárdenas presentó su renuncia como presidente del Partido Nacional Revolucionario y nosotros, los miembros del Comité, se la aceptamos y naturalmente luego me trasladé a Anzures a ver al general Calles, quien había estado al tanto de todas las alzas y bajas de este ridículo asunto. El general Calles me dijo: "Ya Cárdenas estuvo aquí conmigo, a él no le quedaba otro recurso sino renunciar como presidente del Partido, ya que no tuvo fuerzas para hacer que los diputados reconsideraran el acuerdo relativo al proyecto del presidente Ortiz Rubio para leer su informe en el estadio; hizo bien en renunciar, pero ustedes —me dijo— no vayan a poner a uno de los suyos como sustituto de Cárdenas" (se refería a nosotros los diputados). Le dije: "Mi general, el Partido no puede estar acéfalo después de una

crisis como la que acaba de suceder, dígame de una vez a quién ponemos, pero que no sea un 'agua tibia'". Me dijo Calles: "Pongan al general Manuel Pérez Treviño". Pérez Treviño era ministro de Agricultura, Fomento y Asuntos Agrarios, ya había sido presidente del Partido desde su fundación y recibimos la indicación del general Calles con mucho entusiasmo.

Me fui a ver a Pérez Treviño al ministerio de Agricultura y me dijo: "Yo acepto renunciar al ministerio para ser presidente del Partido, siempre que tú aceptes ser el secretario general". Yo le contesté que contara conmigo en todo y así sucedió.

Pero la noche de ese día me buscó y me encontró en mi casa el licenciado Silvano Barbas González, que era el hombre político de las confianzas de Cárdenas y gran amigo, y me parece que había fungido en el Partido con Lázaro Cárdenas como secretario general. "Te traigo un saludo del general Cárdenas y una invitación para que mañana coman juntos". Acepté gustoso y nos reunimos Cárdenas y yo. Quiero decir que antes de terminar los debates entre Cárdenas y nosotros en el Partido, dije en una de mis peroraciones que no aceptábamos la indicación del general Lázaro Cárdenas porque iba contra el decoro de la Cámara, pero que comprendíamos la posición que él guardaba y que a Lázaro Cárdenas le dábamos un voto de confianza y le prometíamos nuestra adhesión cuando llegara el caso, para apoyarlo no tan sólo como presidente del Partido, sino para cualquier otro puesto más elevado". El me dio las gracias con una discreta inclinación de cabeza. Ya en la comida del día siguiente a su renuncia, me dijo: "Me encuentro en esta situación porque el presidente de la República me pidió apoyo para su proyecto y no habiendo logrado la aprobación de ustedes, no me quedó más que renunciar, pero considérame tu amigo y que este incidente no empañe para nada nuestra vieja y sincera amistad". Yo le contesté: "No la empañará, nosotros obramos en defensa del decoro de la Cámara y tú obraste en defensa de tu propio decoro". Nos estrechamos las manos y quedamos amigos como siempre hasta el fin de su vida. Esta amistad el general Lázaro Cárdenas la hace constar en sus memorias póstumas y si en este relato de mi vida hago constar lo del rancho *Tampatal*, propiedad que fue del general Lázaro Cárdenas no es con el fin de demeritarlo, todo lo contrario, para mí ser ranchero es una honra muy grande, sobre todo ser ranchero mexicano y el que Cárdenas haya sido aprovechado más tarde usando su limpio nombre por los simuladores que se dicen izquierdistas y los cardenistas profesionales, no quiere decir que él haya dejado de ser un ranchero de corazón. Yo le traté íntimamente desde el año de 1918 en la política, en juergas, en luchas revolucionarias y como amigo personal y nunca fue un comunista, pero sí fue víctima de los comunistas y periodiqueros chantajistas que se le enredaban en los pies como serpientes y lograron presentar una falsa imagen del verdadero Lázaro Cárdenas.

Volviendo a la elección del nuevo Comité Ejecutivo del Partido Nacional Revolucionario, quedamos, como presidente, el general Manuel Pérez Treviño y como secretario general el senador Gonzalo N. Santos. El general Calles, de acuerdo con el general Pérez Treviño y conmigo y a iniciativa de Pérez Treviño y con todo mi apoyo, acordamos que viniera como ministro de Agricultura el general Saturnino Cedillo en sustitución del general Manuel Pérez Treviño y Cárdenas fue designado ministro de Gobernación y, entonces, quedaron en el gabinete cuatro divisionarios: el traidor y Judas Juan Andrew Almazán, de Comunicaciones y Obras Públicas: el general Joaquín Amaro, de Guerra y Marina; el general Lázaro Cárdenas, de Gobernación, y el general Saturnino Cedillo, de Agricultura, Fomento y Asuntos Agrarios.

El nombramiento de Cedillo lo aceptó Calles para nivelar fuerzas; Pérez Treviño y yo, de acuerdo con el general Calles, fuimos a ver al presidente Ortiz Rubio a Chapultepec para comunicarle nuestros "deseos" de que el general Saturnino Cedillo viniera como ministro de Agricultura y el presidente Ortiz Rubio dijo, dirigiéndose a mí: "¿Ya consultaron este asunto con el presidente?", y yo le contesté: "Lo estamos consultando. El presidente es usted". Se mosqueó un poco Ortiz Rubio y dijo: "La fuerza de la costumbre, compañero, ¿ya lo consultaron con el jefe?" "Sí, señor —le contesté—, de ahí venimos ahora mismo y el general Calles nos dijo que él estaba de acuerdo, pero que viniéramos a solicitarlo de usted, como lo estamos haciendo". "Mucho gusto tendré en que venga a colaborar con nosotros el general Cedillo pues será un refuerzo para el gobierno", me contestó Ortiz Rubio.

Regresamos Pérez Treviño y yo a dar cuenta al general Calles del éxito de nuestra misión y nos dijo: "Que esto permanezca entre nosotros hasta que yo hable personalmente con el general Cedillo; ustedes no le digan nada —dijo dirigiéndose a mí; luego continuó Calles—. Mañana salgo para El Mante y a mi paso por San Luis Potosí hablaré con el general Cedillo". Yo comprendí que don Plutarco quería que Cedillo le agradeciera a él y sólo a él el venir como ministro, solamente que me le adelanté a don Plutón y esa misma noche mandé a Miguel Aranda Díaz a que le comunicara todo al general Cedillo y, a la siguiente semana, teníamos a Epaminondas de ministro de Ortiz Rubio.

Ya en el Partido, Pérez Treviño como presidente y yo como secretario general, acordamos hacer una manifestación del Partido de apoyo al presidente Ortiz Rubio y yo fui el encargado de la organización y personalmente encabecé la multitud.

El presidente Ortiz Rubio, acompañado del ingeniero Luis L. León, que era ministro de Industria, Comercio y Trabajo; del general Manuel Pérez Treviño, presidente del Partido, de su secretario Hernández Chazaro y otras personalidades, presenciaba la manifestación desde un balcón del Partido y cuando la multitud lanzó vítores a Calles y a Ortiz

Rubio y yo vitoreaba a la Revolución, Hernández Cházaro, con quien estábamos todos los del Partido muy chocados, pero especialmente yo, agitó la mano saludándome y gritándome: "Gracias, Gargaleote', Yo le contesté usando una gran bocina, pues entonces no había micrófonos: "Tú no tienes por qué darme las gracias, hijo de la chingada, intrigante, y esto que te estoy diciendo en la calle te lo voy a decir ahora mismo en el balcón", y me introduje en el edificio del Partido y me encaminé al balcón, pero Pérez Treviño y Luis L. León me impidieron continuar mi avance. Regresé a la cabeza de la manifestación y continuamos el desfile.

La manifestación se componía de no menos de cincuenta mil ciudadanos, que en aquellos tiempos "era un mundo de gente", pues la ciudad de México no llegaba al millón de habitantes y los medios de transporte no eran tan fáciles como ahora, tampoco había centrales y el Partido tenía que movilizar sus contingentes a través de sus comités distritales. Yo no había dormido en toda la noche y en lo que iba del medio día ni un solo minuto, organizando la manifestación, usando automóvil, bicicleta y a pie, y confieso que había repartido entre los líderes de las infanterías de la manifestación, "mezcal de mecate", que es el más fuerte que existe, y yo no había permanecido abstemio "a pico de botella"; aunque yo era "coñaquero", en un acto popular que yo encabezaba no podía ni debía sustraerme al consumo del muy popular "jugo de las verdes matas", pues esto lo hubieran visto con malos ojos los "picapedreros" del Partido y sobre todo la masa; y también seguramente esto contribuyó a violentarme más, cuando el Flaco Hernández quiso robarle cámara a Ortiz Rubio y quiso aparecer como el "vitoreado y victorioso". Este incidente acabó de desprestigiar a Hernández Cházaro y no tuvo más remedio Ortiz Rubio que quitarlo nuevamente como su secretario particular y lo mandó de jefe del Departamento Central, a donde le hicimos más la guerra todos los dirigentes del Partido hasta que logramos que Ortiz Rubio lo quitara y lo mandara de cónsul general a San Antonio, Texas.

En este forcejeo el general Calles no tomó parte y se concretó a ser el "Tancredo". Paso por alto muchos incidentes que siguieron hasta la crisis en el gabinete, del que salieron los cuatro divisionarios y yo, por órdenes del general Calles, también presenté mi renuncia como secretario general del Partido, pero quedando en buenos términos con él, con Cedillo, con Cárdenas y con Pérez Treviño, que me hizo la distinción de pedirme el nombre del secretario general que me debería sustituir y yo le di el del licenciado Fernando Moctezuma, diputado por San Luis Potosí, protegido mío y que después, con los años, me traicionó porque no lo quise poner como sucesor mío de gobernador de San Luis Potosí, no obstante haberlo hecho senador de la República con la repulsión de numerosos elementos del grupo revolucionario de San Luis a los que tuve que disciplinar.

Este Fernando Moctezuma era repudiado por la mayoría de los elementos revolucionarios de San Luis Potosí, entre otras cosas y muy principalmente por su bien adquirida fama de maricón; era inteligente y a mí me servía como buen "güisachero" para "darle forma" a mis órdenes y disposiciones, por eso lo llevé hasta senador, pero gobernador ya era otra cosa.

Llegó el año de 1932 y cuando ya estaban próximos a cumplirse los tres años de la presidencia del ingeniero Pascual Ortiz Rubio, en caso de que saliera del puesto por renuncia o por sustitución ya no habría necesidad de elecciones para nombrar sustituto pues esto sería función de la Cámara, dándole un poco de tormento a la Constitución, como se lo dimos, pues le faltaban cinco meses para cumplir los tres años. Mientras tanto, don Plutarco siguió haciendo "gimnasia", quitando y poniendo gabinetes a su gusto y antojo; por los ministerios pasaron muchos designados, en su mayoría insignificantes, y algunos se revelaron inteligentes, como por ejemplo Narciso Bassols, que en un interinato de esos, se dio a conocer como hombre valioso, aunque teórico y exageradamente radical; y cuando la fecha de los tres años de la presidencia de don Pascual se iba aproximando, el general Calles maniobró para que fueran renunciando sucesivamente los ministros de "plástico" que le había encajado a Ortiz Rubio y cuando Ortiz Rubio quiso reemplazarlos, nadie quiso aceptar el puesto de jefe del Departamento Central, ni de jefe del Departamento de Salubridad (hoy Secretaría); y para hacer su juego más completo, el general Calles llamó a Pérez Treviño, presidente del Partido, y le ordenó que me pidiera mi renuncia como presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados, pues deseaba el general Calles, según me dijo Pérez Treviño, que se pusiera al diputado Luis L. León como presidente y como segundo de a bordo al diputado Melchor Ortega. Los dos amigos míos, pero incondicionales del general Calles. Yo le dije a Pérez Treviño que no tenía inconveniente y que en la primer sesión renunciaría como presidente de la Gran Comisión y que haría se entregará al diputado Luis L. León la presidencia de esa Comisión (el liderato de la Cámara) y que el que creyera que con esto iba yo a dejar de ser el jefe de la mayoría de la Cámara, se estaba haciendo solemnemente pendejo solo.

Y así fue, yo renuncié a la presidencia de la Gran Comisión, entregué la presidencia a Luis L. León y Melchor Ortega quedó como segundo de a bordo, apreté filas entre el grupo que yo había acaudillado por siete años tumultuosos.

Un líder camaral sin diputados

 Luis León reunió a la diputación del Distrito Federal "que era mi barco insignia" y les dijo que yo ya no era el líder, que el líder era él, y el diputado Samuel Villarreal (la Pichona) le dijo que la diputación del Distrito Federal era una masonería y que sólo reconcía como su gran "maestre" al diputado Gonzalo N. Santos. León se enojó con Villarreal y con los demás diputados del Distrito Federal que apoyaron a Villarreal en lo que dijo y amenazó a la diputación con que el general Calles se enteraría de la actitud de la diputación del Distrito Federal.

Yo me reuní en la diputación del Distrito Federal y cuando me contaron el incidente les dije: "Hemos quedado en obrar con prudencia y con astucia". León me interrogó al respecto y me contó el incidente a su modo y yo le dije: "No te estoy saboteando, toda proposición que tú presentes en la Cámara será apoyada por mí y no te digo que por los demás, porque yo ya dejé de ser líder en la Cámara".

Pero llegó el mes de agosto de 1932 y en esos días me llegaron informaciones, por las taquígrafas amigas que tenía en la presidencia de la República, de que el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, asesorado por Puig Casauranc, estaba escribiendo su renuncia y que la presentaría el día dos de septiembre de 1932.

Reuní a los principales líderes de mi grupo, pues el bloque lo "acaudillaban" Luis L. León y Melchor Ortega; se reunieron conmigo los diputados: general Rafael Melgar, jefe de la diputación de Oaxaca; doctor y diputado Alejandro Cerizola, jefe de la diputación de Veracruz; ingeniero y diputado Juan de Dios Bátiz, jefe de la diputación de Sinaloa; el diputado Ernesto Prieto, también de Sinaloa; los diputados de Jalisco, José María Cuéllar y el diputado David Orozco (el Grandote); el diputado Luis Torregrosa y Zonito Ancona, de Yucatán; el licenciado José Santos Alonso, de San Luis Potosí; el doctor Gonzalo Bautista, de Puebla; el diputado José María, Chema Dávila; el diputado Ismael Lozano, el diputado Samuel Villarreal (la Pichona), el diputado José Torres H., todos ellos del Distrito Federal; el diputado Enrique Fernández Martínez, de Guanajuato; los diputados David Montes de Oca y Wenceslao Labra del Estado de México, y algunos otros que por el momento no recuerdo. Les hablé diciéndoles que aquello de obrar con prudencia y con astucia no era broma, que si no lo hacíamos así, el general Calles nos iba a hacer polvo antes de quitar a Ortiz Rubio, para que nadie, sino solamente él, tuviera "vara alta" en la designación del presidente sustituto; que ese era el motivo de haberme hecho renunciar, a través de Pérez Treviño, como presidente de la Gran Comisión; para que nuestro grupo, y yo a la cabeza, no tuviéramos nada que ver en este cambio y que no se opusieran a nada que viniera de Luis L. León y Melchor Ortega, hasta que no cayeran en la emboscada que les íbamos a preparar. Nos juramentamos bajo palabra de honor y de algunas amenazas guardar absoluto secreto de este acuerdo nuestro y todos cumplimos, como se verá más adelante.

Después de esta reunión tuve una conferencia privada con el general de división Miguel M. Acosta, que era ministro de Comunicaciones y Obras Públicas del gobierno de Ortiz Rubio y que lo nombraron cuando salieron los cuatro divisionarios del gabinete, por los méritos de Acosta en la campaña contra Aguirre en Veracruz. También había entrado en el gabinete como ministro de Guerra y Marina, el general Abelardo L. Rodríguez. Acosta y Abelardo eran íntimos amigos y se llamaban el uno al otro "cuate". La entrevista que tuve con Acosta fue con el objeto de explicarle cómo estaban las cosas; ¿ya lo había dicho? que yo era el oráculo político del general Acosta y lo fui hasta el último día de su vida. Acosta se puso indignado porque el general Calles me había hecho renunciar como presidente de la Gran Comisión, es decir, del liderazgo de la Cámara y había impuesto a Luis L. León y a Melchor Ortega. Me dijo Acosta: "Pues que no nos salga don Plutarco con un pendejo para presidente sustituto, porque podemos revolver el agua". Acosta de hecho era el jefe de la mayoría de las tropas de guarnición de la ciudad de México y del Valle y después de haberle yo "jalado la golilla" le dije: "Podemos salvar la situación entre Abelardo, tú y yo". "¿Cómo?", me preguntó. Le dije: "Cuando llegue a la Cámara la terna para presidente sustituto que está confeccionando el general Calles en su mente, yo me aviento a la votación encabezando a la mayoría con que hasta ahorita cuento en la Cámara de Diputados, nombramos presidente sustituto de la República a Abelardo Rodríguez y en caso de que no se respetara la decisión de la Cámara, Abelardo te nombra inmediatamente comandante militar de la plaza y de las operaciones del Valle de México y 'cartucheras al cañón, quepan o no quepan'.

"Vámonos —le dije a Acosta— a ver a Abelardo; si él 'jala', yo garantizo la Cámara". Yo me fijé en Abelardo porque era el más idóneo y porque era el ministro de la Guerra y Marina, dueño de las bayonetas, pues ya Amaro, quien había salido del ministerio, contaba con muy pocos jefes con mando de tropas y aunque el general Calles tenía su gran prestigio en el ejército, aparte de su inmensa fuerza política, contra una decisión de la Cámara, amparada por el ministerio de Guerra y Marina, no podría oponerse a una decisión legal del Poder Legislativo; pero la cuestión era contar absolutamente con Abelardo.

A Acosta le entusiasmó la idea y yo le dije: "Lo que se aplaza no se verifica, vamos a hablar con Abelardo ahora mismo". Habló el general Acosta a la Secretaría de Guerra y Marina por la red privada y le dijo que tenía algo urgente que tratar en privado con él y Abelardo le contestó que se fuera inmediatamente a su casa, que estaba en la colonia Condesa. Yo le había dicho a Acosta que no me mencionara por teléfono y llegamos Acosta y yo a la casa de Abelardo uno o dos minutos antes que él, pues entramos juntos. Al general Rodríguez lo iba acompañando el entonces teniente coronel, hoy general de división, Ramón

Rodríguez Familiar, que era su jefe de Estado Mayor; Acosta y yo íbamos solos. Entramos los tres al despacho de Abelardo y dirigiéndose a Acosta le dijo: "Qué hubole, cuate". Acosta le contestó en los mismos términos, nos sentamos y el general Abelardo Rodríguez, poniéndome la mano sobre un hombro, dijo dirigiéndose a Acosta: "Este Gonzalo también es buen cuate", a lo que Acosta le contestó: "Y muy cumplidor". Abelardo se sonrió y yo dirigiéndome a Acosta le dije: "Rompe el fuego", y entonces Acosta le explicó a Abelardo todo mi proyecto y yo le dije: "Tengo exacto conocimiento de que el día dos de septiembre va a renunciar, después de leer su informe el día primero en la Cámara, el presidente Ortiz Rubio y sé que el general Calles está haciendo una terna para mandarla a la Cámara de Diputados, por conducto del Partido, para que uno de los tres señalados sea el presidente sustituto. La renuncia de Ortiz Rubio ya está escrita y hoy o mañana me darán una copia, pero la terna que el general Calles va a mandar, todavía no la ha dictado a Chelita, su secretaria; el mayor Antonio Juárez, ayudante personal del general Calles, es completamente adicto a mí y hechura mía". Ya he dicho que yo se lo incorporé de ayudante al general Calles cuando éste era jefe de operaciones del norte y centro de la República y estaba en San Luis como candidato "*in suspenso*" y yo era jefe de la escolta del general Calles y por él sabía que el viejo Calles andaba jugando con la idea de una terna para sustituto, pero no sabía más. Abelardo me dijo: "Seguramente que Calles (primera vez que oí que lo llamara así, pues siempre había dicho general Calles) va a poner a Pérez Treviño y a ése sí me opongo yo si me consulta y si no me consulta, opónganse ustedes los de la Cámara de Diputados". "¿Y tú nos sostienes? —le pregunté—, tope en chivas?". "Tope en lo que ajuste", me contestó. Entonces amplió más su proyecto el general Miguel M. Acosta y quedamos en que la víspera de la designación del presidente sustituto, Acosta iría a los cuarteles para hablar con los jefes de las corporaciones de parte del general Abelardo Rodríguez, ministro de la Guerra, quien ya para entonces habría hablado con los jefes militares de la guarnición de la plaza y les habría dicho que en un momento dado era posible que el ministro de Comunicaciones y Obras Públicas, general de división Miguel M. Acosta, dejara el ministerio y se hiciera cargo de la guarnición de la plaza. Seguimos platicando y Abelardo manifestó su odio a Pérez Treviño; le tenía Abelardo mucho rencor por cuestión de faldas, pues Pérez Treviño había sido en la Baja California novio de la ahora señora Aída de Rodríguez, esposa de Abelardo y él era celoso como un turco de los tiempos del sultán.

Y el día veintiocho de agosto tuve yo la copia de la terna que el general Calles mandaba a Pérez Treviño para la designación del presidente sustituto, que estaba integrada por: general Joaquín Amaro (sin mando), director de Educación Militar; general Juan José Ríos, oficial ma-

yor de la Secretaría de Guerra y Marina, e ingeniero Alberto J. Pani, secretario de Hacienda. Inmediatamente vi claro que al que Calles quería poner era a Pani, pues incluía con toda hipocresía y falsedad al general Joaquín Amaro, para "sobarle el lomo", sabiendo que a Amaro lo detestábamos el ciento uno por ciento de los diputados, porque siempre fue muy altanero con las Cámaras y se expresaba de los diputados muy despectivamente. El general Juan José Ríos era un bienaventurado, de los héroes de la huelga de Cananea, que estuvo junto con Diéguez, con Esteban B. Calderón y con Pablo Quiroga, cinco años en las tinajas de San Juan de Ulúa; hombre muy honrado y ameritado, pero que hasta cruel era Calles con él, para meterlo de relleno en la terna exponiéndolo a burlas. Entonces quedaba Pani, que no era popular en la Cámara, más bien dicho era muy impopular entre nosotros, pero no era odiado y se trataba conmigo con cordialidad.

Una vez en poder mío la copia de la terna que mandaba el general Calles y que el propio Pérez Treviño no conocía todavía, me fui con ella a ver a Abelardo y le dije: "En esta terna no viene Pérez Treviño", y me contestó Abelardo: "Qué cabrón es Calles, hace unos días, platicando con el, me dijo que tenía la presión de muchos de sus amigos para que Pérez Treviño fuera el sustituto; yo le dije que no me gustaba y él para que yo se lo agradeciera me dijo: 'Tomo en cuenta tu opinión', pero nada me dijo de los tres que iba a mandar en la terna, ¿Tú crees —me preguntó— que a última hora él va a señalar a Pani?", y le contesté: "No, a última hora no, ya está señalado. El pobre Juan José Ríos es un chiste sangriento y Amaro ya saben ustedes —les dije dirigiéndome a Abelardo y a Acosta— que en la Cámara de Diputados no lo podría nombrar el general Calles ni contando con los ejércitos de Napoleón". "¿Entonces, llevas a cabo tu maniobra?", me preguntó Abelardo y yo le dije: "No es maniobra, es decisión de hombres que hemos tomado nosotros tres, que la hará triunfar en la Cámara y que ustedes apoyarán su legalidad aunque sea por la fuerza de las armas, si es necesario".

Y llegó el día primero de septiembre y se presentó el presidente Ortiz Rubio a la Cámara a leer su informe. Iba acompañado de su Estado Mayor, pero ya no llevaba al Flaco Hernández Cházaro que estaba agregado a él en calidad de amigo personal. Iba Ortiz Rubio muy nervioso, pues sus "cuistres" constantemente le decían que en la Cámara lo podían matar por inspiración de los diputados, como si nosotros hubiéramos sido tan pendejos para intentar nada contra un cadáver.

Al entrar Ortiz Rubio, todos los diputados y senadores nos pusimos de pie y hubo algunos cuantos aplausos; después, sin pérdida de tiempo empezó Ortiz Rubio a leer su informe, que fue muy breve. No me acuerdo a qué diputado de infantería pusimos para que se lo contestara, pues ningún líder aceptó la misión. Informe y contestación fueron muy breves y la ceremonia también, y se retiró Ortiz Rubio con los ho-

nores militares de ordenanza y algunos aplausos muy tibios y muy breves, algo así como de cortesía y esa noche me reuní con el general Abelardo Rodríguez y con el general Miguel M. Acosta y nos dijo Abelardo que ya todos los jefes militares de la guarnición de la plaza estaban puestos de acuerdo. Yo le dije: "Sí, para dar un 'cuartelazo' a favor de la Constitución, de la ley y de las decisiones del Poder Legislativo. Nunca ha habido en México un 'cuartelazo' de esta naturaleza, esto será hasta elegante", agregué. Esta entrevista con Abelardo Rodríguez también fue en su casa y de ahí salimos Acosta y yo a recorrer los cuarteles, en el entendido de que probablemente, al día siguiente, el general Acosta sería el comandante militar de la plaza y de las operaciones del Valle de México y para que estuvieran acuarteladas y listas las tropas.

Al otro día, dos de septiembre de 1932, llegó a la Cámara la renuncia de Ortiz Rubio, que mandó directamente y tras ella llegó la terna del general Calles, que ya dije estaba compuesta por el general Joaquín Amaro, el ingeniero Alberto J. Pani y el general Juan José Ríos; pero esa terna era para que se leyera en el bloque y no en la Cámara, pues Calles no tenía ningún carácter legal.

Lo primero que aconteció fue que Luis L. León y Melchor Ortega, líderes oficiales del bloque, pero no de "hecho", se derrumbaron, pues ellos querían a Pérez Treviño y juntos con él, convinieron por teléfono inmediatamente una "huelga de votos caídos" pues a Pérez Treviño en esa terna lo condenaban a que se suicidara políticamente él mismo y a Luis León y a Melchor Ortega los condenaba Calles a que le dieran el tiro de gracia en la Cámara; es decir, entre Pérez Treviño, presidente del Partido, Luis L. León y Melchor Ortega nombrarían presidente sustituto al ingeniero Alberto J. Pani y León se arrancó al teléfono y Clarita me reportó la conferencia inmediatamente, por conducto del jorobado Gelacio, diciéndome que Pérez Treviño le había dicho a León que hablara con el general Calles, que él no podía hacer nada. Habló León por teléfono con Calles y le dijo que ninguno de los tres tenía ambiente en la Cámara y que Gonzalo N. Santos estaba repartiendo boletas de votación impresas en favor del general Abelardo L. Rodríguez para presidente sustituto. Calles le preguntó a León: "¿Y Santos tiene mayoría?", y León le contestó: "En este caso la tiene absoluta". "Pues entonces —le dijo Calles— voten por la planilla de Abelardo".

Para entonces era verdad que yo tenía impresa en color rojo una planilla que decía: *'Para presidente constitucional sustituto de la República, general Abelardo L. Rodríguez,* y después de formarse los corrillos de un caso tan excepcional y trascendental como el que estábamos viviendo, mandé que sonara el timbre que llamaba a votación, y votamos primero sobre la renuncia de Ortiz Rubio y después el nombramiento del presidente sustituto.

Hacía tiempo que yo había mandado a instalar el conmutador telefó-

nico de la Cámara de Diputados en el pasillo derecho, muy próximo del Salón Amarillo, quedando muy cerca de la curul que yo ocupaba y operando este conmutador estaba la antes mencionada señorita Clarita Hurtado, hermana del exdiputado Elías F. Hurtado, del Partido Laborista, lo que quería decir de los apestados de Luis Morones; pero yo a Clarita la sostuve en su puesto y hasta hice que le aumentaran el sueldo, lo que quería decir que estaba incondicionalmente a mi servicio, como queda demostrado con la llamada de Luis L. León al general Calles; además, la señorita Hurtado era una muchacha muy gentil, yo siempre he tenido por norma estar bien con las telefonistas, sea cuando era el líder de las Cámaras, cuando fui gobernador de San Luis Potosí y aun de particular, siempre las he tenido halagadas, lo mismo a las secretarias o taquígrafas de los altos personajes.

El general Abelardo L. Rodríguez al relevo

Y se leyó la renuncia de Ortiz Rubio y al tomarse la votación nominal, habiendo preguntado el secretario Cerizola que si se aceptaba la renuncia, uno a uno, los ciudadanos diputados fueron contestando que sí. Al llegar mi turno, el diputado Cerizola, con toda malicia, preguntó para hacer notar mi voto: "¿Cómo vota el C. diputado Gonzalo N. Santos?" Yo me paré y contesté con voz estentórea: "Síííííííí". Y ahí acabó Nopalito.

Pasamos luego a votación para nombrar al presidente sustituto y fuimos depositando nuestros votos en una ánfora y resultaron unánimes al general Abelardo Rodríguez, pues hasta los pocos diputados de Ortiz Rubio votaron por la planilla que yo presenté.

El diputado Melchor Ortega estaba silencioso, no se movió de su curul, solamente cuando fue a depositar su voto, en la cara tenía una mueca y el ingeniero Luis León pidió la palabra y fue a la tribuna caminando como borracho, iba todo descompuesto y con voz ahogada por los sollozos dijo en su discurso más o menos: "Otra vez se sacrifica al general Manuel Pérez Treviño (pues ya había intentado ser presidente sustituto en lugar de Portes Gil), otra vez se sacrifica —continuó León— al presidente de nuestro Partido, no obstante su gran preparación, sus méritos revolucionarios y su lealtad, otra vez nos disciplinamos sus amigos, pero Pérez Treviño queda con vida y en pie y no lejano el día en que le tenemos que hacer justicia". Unos cuantos aplausos del grupo de Melchor y de León, pues yo ya me había separado de Pérez Treviño, de León y de Melchor políticamente para el resto de la vida, pues Pérez Treviño se había prestado, para entonces varias veces, a que el general Calles me atropellara, pues triturarme, como quería, nunca lo logró.

Después de la elección, me encaminé con Acosta, que me estaba es-

perando, y con la comisión de diputados para ir a comunicarle oficialmente su nombramiento al general Abelardo Rodríguez. Para esto, la Cámara entró en receso mientras llegaba el nuevo presidente; lo encontramos en su casa y lo acompañamos al recinto del Poder Legislativo donde rindió su protesta como presidente constitucional sustituto de los Estados Unidos Mexicanos. El primer abrazo que recibió en su casa como presidente de la República fue el mío y el segundo el del general Miguel M. Acosta.

Al día siguiente reuní al grupo que yo encabezaba y acordamos dejar que el diputado Luis L. León siguiera apareciendo como líder, pues yo no quería presentar blanco al general Calles y, en la reunión, insistí en que fuérámos muy sagaces, muy prudentes y por si había, que seguramente que sí lo había, algún espía o un rajón, dije que nuestro papel era ser disciplinados en todo al general Calles y en *petit comité* les dije a mis más allegados (Melgar, Cerizola, Chema Dávila, Gonzalo Bautista, Santos Alonso, Fernández Martínez, Torres H., Ismael Lozano, Samuel Villarreal y Labra, etcétera): "Les agradezco mucho la lealtad con que me han seguido y yo les aseguro que nunca los voy a decepcionar, el general Calles tiene veinte años más que yo y para verdades el tiempo". Y casi todos mis seguidores fueron gobernadores de sus estados, con excepción de Santos Alonso, quien murió relativamente joven.

Dos o tres días después me presenté a ver a Abelardo a Palacio Nacional, acompañado de Acosta, y nos contó cómo el general Calles le había impuesto la mayor parte del gabinete y que él se había dejado porque naturalmente no se sentía lo suficientemente fuerte y porque cuando él entraba a la casa del general Calles en Anzures salía de haber tenido una entrevista con don Plutarco *Mr.* Dwight Morrow, acompañado del ingeniero Guillermo Zárraga, intérprete y contacto del general Calles con *Mr.* Morrow. *Mr.* Dwight Morrow era embajador de Estados Unidos y repuso al embajador Shaeffild; fue nombrado por el presidente Coolidge a fines de 1927 por su amigo y compañero de la Universidad Amherst. Dwight era socio en la firma banquera de J. P. Morrow y a los pocos días después de presentar credenciales tuvo un desayuno informal en Santa Bárbara con Calles y de ahí fue invitado a una gira por tren por seis días, que incluía visitas a escuelas de agricultura en Aguascalientes y a la presa de San Martín, cerca de Monterrey; también lo acompañó el humorista americano Will Rogers. A sugerencia de Morrow vino Lindberg y fue recibido en el aeropuerto de Balbuena por Calles. Volviendo con la visita de Morrow al general Calles, esto quería decir respaldo absoluto de Estados Unidos para don Plutarco.

Y nos siguió diciendo Abelardo que él había querido nombrar, en sustitución de él como ministro de Guerra y Marina, al general Miguel M. Acosta, ahí presente, pero, dirigiéndose a Acosta, le comentó que el general Calles le pidió que lo dejara en Comunicaciones y Obras Públi-

cas, que estaba haciendo muy buena labor, que no lo interrumpiera y que nombrara al general Pablo Quiroga, que era un gran precursor de la Revolución. ¡CUALQUIER DÍA ENTREGABA LAS CARABINAS DON PLUTÓN! Yo le dije al presidente Rodríguez y al general Acosta: "Este encuentro de Abelardo con el embajador Morrow a las puertas de la recámara del general Calles no fue casual, esto lo escenificó don Plutarco con toda intención, pues Calles es hombre muy serio, pero cuando quiere y le conviene, sabe ser un gran actor".

A mí me dijo Abelardo: "¿Qué quieres, a dónde quieres ir?" y yo le contesté: "¿A dónde puedo ir que me pueda defender mejor que como diputado y como senador? Por ahora a ninguna parte —le dije—, vamos a empezar a trabajar con tiempo para que en las próximas elecciones nacionales no nos salga el general Calles con algún 'aparecido'".

Al día siguiente fui a visitar al general Calles, quien contra lo que yo esperaba me recibió muy cordial y me dijo que ni León ni Pérez Treviño ni Melchor Ortega eran líderes, que él, el general Calles, no tenía porqué haber forzado las cosas, pues todos eran sus amigos y a Abelardo él lo había formado, cosa que era mentira de don Plutarco; Abelardo Rodríguez se formó al lado del general Obregón desde teniente hasta llegar a general de brigada y gobernador de la Baja California y el general Obregón lo iba a traer de ministro de Agricultura cuando ocupara la presidencia de la República, si no lo hubieran matado, pues esta confidencia me la hizo el general Obregón en el Centro pro Obregón en la Avenida Juárez, siendo ya presidente electo. En aquella fecha me dijo Obregón: "Hay muchos hombres jóvenes que el país no conoce bien, por ejemplo Abelardo Rodríguez, es un gran valor y va a llegar muy lejos". Así pues, no era exacto lo que decía el general Calles de que Abelardo fuera su hechura, lo hizo ministro de Guerra y Marina para metérselo de cuña a Ortiz Rubio.

Abelardo no fue incondicional de Calles en la presidencia. En la primera oportunidad cesó ignominiosamente al ingeniero Alberto J. Pani como ministro de Hacienda y en esa ocasión Abelardo estaba dispuesto a oponerse a Calles si éste hubiera tratado de poner en ridículo al presidente de la República y Calles aguantó el desaire. El cese del ingeniero Alberto J. Pani fue fulminante, estilo cuartel, y Pani dijo que él no presentaba su renuncia porque no lo había nombrado el general Rodríguez sino el general Calles y que iba a hablar con el general Calles, que estaba en Tehuacán, y así lo hizo. Cuando Pani regresó a la ciudad de México y quiso entrar al ministerio de Hacienda, un oficial del Estado Mayor de la presidencia le obstruyó el paso y le dijo: "Si usted no se retira, tengo órdenes de llevarlo detenido a la guarnición de la plaza".

Abelardo se fue a ver a Calles y lo nombró ministro de Hacienda y Crédito Público y Calles, después de muchas averiguaciones, aceptó

con la condición de que se nombrara subsecretario de Hacienda al ingeniero Marte R. Gómez, quien fue nombrado desde luego por el general Rodríguez. Calles vino a México, se hizo cargo de la Secretaría de Hacienda, encargó a Marte R. Gómez que resolviera los asuntos pendientes y no se volvió a parar en ese ministerio, el que ejerció el ingeniero Marte R. Gómez hasta el fin del periodo de Abelardo. Así se solucionó este incidente en que quedó muy alto el prestigio del presidente, general Abelardo Rodríguez, repito, YA EL JEFE MÁXIMO NO ERA ABSOLUTAMENTE MÁXIMO.

Dije que el general Calles, contra lo que yo esperaba, me recibió cordial, amable y al final de nuestra conversación me dijo: "Apoyen a Abelardo, que es de los nuestros", y me habló de tú, lo que para mí era seña de que no andaban mal mis bonos en Anzures. El general Calles, ya para terminar mi entrevista con él, me dijo: "Tú no tienes ninguna responsabilidad por no haber apoyado la terna pues nadie te invitó", a lo que yo le contesté: "Agradezco mucho a usted que así lo reconozca, pues realmente León y Melchor son los designados líderes del bloque y Pérez Treviño es el presidente del Partido, a mí realmente nadie me invitó y no tenía yo que ser más papista que el Papa".

LOS DICTADORES REACCIONAN SEGÚN EL HUMOR DEL MOMENTO Y DON PLUTARCO ESTABA, DURANTE MI VISITA, DE BUEN HUMOR.

El ingeniero Guillermo Zárraga, intérprete y contacto del general Calles con *Mr.* Morrow, era el socio del general Calles para las obras del Distrito Federal, después fue desplazado en esa jugosa comisión por Federico Lachica, socio del licenciado Aarón Sáenz y quien formó una compañía que se llamaba FIUSA, siglas que en los mentideros políticos se traducían con toda malicia en la siguiente forma: "FEDERICO Y UN SEÑOR AARÓN". Por cierto que esta mentada FIUSA, o sea, Federico y un señor Aarón, le hizo la casa de Las Palmas en Cuernavaca al general Calles.

Calles no era codicioso ni rapaz, pero en cambio Aarón Sáenz era cosa muy seria, Calles no se preocupó nunca por atesorar una gran fortuna, era humano, no era un fraile carmelita descalzo. Por lo que sí se preocupó de atesorar fue un gran poder, y lo logró por muchos años. Tenía un gran sentido del humor y cuando quería era simpático, aunque no extrovertido. Ni Calles ni Obregón me preguntaron nunca nada de lo relativo a los que me había "cargado" (muertos), ni de los que me achacaban. Don Plutarco en las veces que solíamos irnos de "picos pardos" en privado, le gustaba mucho cantar con su gran vozarrón, las canciones de moda, sobre todo una de la época que se llamaba *Dónde estás corazón* y que le recordaba a cierta rubia auténtica, de ojos azules, de Villa Aldama, Nuevo León.

Al ser electo el general Abelardo Rodríguez como presidente de la

República, en los pasillos de la Cámara se formaron corros de diputados que leían eufóricos un pequeño volante con un verso que decía:

Hablando de lo profundo
y de temas olvidados,
nada hay tan cabrón en el mundo,
como un líder camaral sin diputados.

Comprendían que la intención del poeta anónimo se refería a Luis L. León y los alegres diputados me atribuían a mí dicho verso. Yo creo que quien hizo el cuarteto para realizar esta burla sangrienta fue el general Calles, que no le importaba dividir a los amigos con tal de lograr sus fines no siempre rectos.

Segunda convención de Aguascalientes

No hay que confundir la Convención revolucionaria de jefes militares en Aguascalientes en el año de 1914, con ésta de que voy a hablar.

Un día el general Calles mandó llamar a Pérez Treviño, a Carlos Riva Palacio, a Luis L. León, a Melchor Ortega y a mí a su casa de Anzures y poniéndose muy solemne y levantando y moviendo el dedo índice hacia abajo (dedazo) nos dijo: "Los he mandado llamar porque tenemos que resolver el asunto de la 'NO REELECCIÓN', que quedó pendiente en el Congreso de las legislaturas. El país es antirreeleccionista —siguió diciendo Calles— es necesario hacer una convención nacional del Partido, a la que irán delegados de toda la República y todos los diputados y senadores para proclamar de una vez la NO REELECCIÓN ABSOLUTA de los presidentes de la República, hayan sido constitucionales, sustitutos, provisionales o interinos y la no reelección de los senadores y diputados al Congreso de la Unión y la de los diputados de las legislaturas de los estados y los presidentes municipales. El Partido deberá convocar a esta convención, en donde elegirían un presidente y una directiva de la Convención" (ninguneando a Pérez Treviño, que era el presidente del Partido). Habló Pérez Treviño apoyando la idea, habló el Bigotón Carlos Riva Palacio también apoyando la idea, hablaron Luis León y Melchor Ortega en el mismo sentido y al final hablé yo y dije: "Si cuando la Convención de legislaturas, cuando rechazamos este proyecto, se nos hubiera reunido como ahora se nos reúne, no hubiera habido ninguna dificultad en aprobar el proyecto, pero no fuimos advertidos y cada quien obró por su cuenta. Ahora todo será diferente e iremos a la convención completamente unificados".

Quiero decir que yo no soy el héroe de Nacozari ni el mártir de la Revolución, Aquiles Serdán; no tenía ningún parecido ni similitud con un

llamado San Felipe de Jesús que según cuenta la leyenda se fue a ensartar solo al Japón para que lo hicieran mártir; no, a ninguno de estos tres personajes me parecía, yo era y sigo siendo simplemente un revolucionario mexicano, al cual propios y extraños, amigos y enemigos, han reconocido valor para afrontar todos los peligros, pero sería un insensato si quisiera pasar por santo o por mártir y ante aquel "DECRETO" del general Calles, sencillamente me *alineé*. En lo de la no reelección de los ejecutivos, desde presidente de la República hasta presidente municipal, estaba completamente de acuerdo por convicción y lo sigo estando, pero en lo de los diputados y senadores, sólo me tiré pecho a tierra para que no me volviera a "zumbar" don Plutarco. Y dirigiéndome a Carlos Riva Palacio le dije: "Todo movimiento es puerta" (esto se dice en el albur cuate o albur seguido; consúltese con los afectos a Birján, especialmente a los huastecos). Todos rieron a carcajadas de mi comparación, el único que solamente se sonrió discretamente fue Luis León, pues no entendía nada de baraja. A don Plutarco se le quitó lo solemne en esos momentos y también rió, pues todos, empezando por el general Calles y a excepción de Luis León, habíamos rendido culto a Birján desde nuestros primeros años. Y después siguió hablando el general Calles y decretó: "Celebren esta convención en la ciudad de Aguascalientes que es el centro de la República y en donde ya hay el antecedente de la Convención revolucionaria de jefes militares de 1914 y pongan de presidente de la convención a Carlos Riva Palacio, PUNTO".

Esta consigna se la recibimos todos los presentes con gusto porque Carlos Riva Palacio (la Concha) era muy estimado y uno de los posibles candidatos a la presidencia de la República en las próximas elecciones; y se engancharon varios carros pullman al tren de Aguascalientes, donde nos reunimos delegados de toda la República y ahí iban también enquistados y encabezados por el licenciado Aarón Sáenz, por Estrada Cajigal, gobernador de Morelos, alias el Chicharrón, los adulones de Rodolfo y del ingeniero Plutarco Elías Calles, hijos de don Plutarco; iban en calidad de espías, pues por esas fechas no tenían más fuerza que la de ser hijos del MÁXIMO.

Al tren en que viajábamos se habían agregado cinco coches pullman para nosotros, es decir, para los diputados, senadores y principales delegados que íbamos de la capital. Yo iba como jefe de las delegaciones del Distrito Federal y de San Luis Potosí y durante todo el camino fuimos jugando poker, a excepción hecha de Luis León, que como ya dije no sabía jugar y fuimos bebiendo coñacs; también íbamos cambiando impresiones políticas y viendo, de acuerdo Riva Palacio, Pérez Treviño, León, Melchor Ortega y yo, la manera de satisfacer los deseos del general Calles, sin llegar a destruir la máquina política revolucionaria que alimentaba al Partido y a pesar de nuestras diferencias, oca-

sionadas por presiones del general Calles; cuando llegamos a Aguascalientes, ya habíamos organizado nuestra estrategia y nos habíamos amafiado.

En el hotel en que nos alojamos volvimos a reunirnos los de la plana mayor y, después de muchos cambios de impresiones, llegamos a la conclusión de que echaríamos "toritos" defendiendo la reelección de las Cámaras y nosotros, los líderes, nos encargaríamos de apaciguarlos y disciplinarlos, para que el general Calles viera que no era cosa fácil y que a nuestros esfuerzos y a nuestra actuación se debería el triunfo de su idea "antirreeleccionista", pero nos pusimos bien de acuerdo y nos juramentamos (de quien parió de a madre) y citaré otra vez quiénes, pecando de repetición: Pérez Treviño, Carlos Riva Palacio, Luis León, Melchor Ortega y Gonzalo N. Santos, para jugarle "cautela" al general Calles, dejándolo satisfecho y sin destruir nuestros grupos y acordamos que sacaríamos avante la no reelección de las Cámaras, con un periodo de receso y que los diputados al terminar su cargo podrían ser electos senadores y los senadores, al terminar su periodo, podrían ser diputados y los presidentes municipales, así como los senadores y diputados locales, podrían reelegirse después de un periodo de receso; el periodo para diputados quedó ampliado a tres años en lugar de dos y el de senadores a seis en lugar de cuatro, y con ello dejaríamos vivos los pies veteranos de las Cámaras para que no hubiera solución de continuidad y no acabáramos de un tajo con tantos valores que habían hecho su carrera política en las Cámaras. Esta bomba la guardamos en secreto entre nosotros cinco y la fuimos soltando según fue conveniente.

Y se abrió la Convención y fue nombrado por unanimidad presidente de la misma Carlos Riva Palacio, vicepresidente, diputado Melchor Ortega y secretarios, diputados Gonzalo N. Santos y Luis L. León. Pérez Treviño, el presidente del Partido, ocupó una curul de infantería, rodeado de los delegados de Coahuila y empezaron los debates.

Al abrirse la Convención, Pérez Treviño pronunció un gran discurso y entre otros conceptos elevados expresó: "Venimos a quemar un derecho en aras de un principio", frase que le fue muy aplaudida y que nos sacó la espina de coyol a los que habíamos defendido la reelección de las Cámaras, pues a pesar de que íbamos a sacrificar nuestra opinión en aras del principio, la realidad era que la quemábamos en aras de la voluntad de don Plutarco, que quería dejar expedito el camino político de sus hijos Rodolfo y Plutarco, barriendo a los veteranos valores parlamentarios, muy jugados y experimentados y que todos también habíamos sido obregonistas.

A Luis León le tocó "apaciguar" en un discurso al diputado David Ayala de Guanajuato, que con vehemencia defendía la reelección de las Cámaras y al terminar León su discurso, vino el "chicharrón" Vicente Estrada Cajigal y le dijo a León: "Usted antes era un reeleccionista

furibundo y ahora celebro que defienda con calor la no reelección". León le contestó algo un poco destanteado, pero entonces yo, dándome por aludido, porque creí que era una indirecta para mí, me adelanté y le dije: "¿Quiere algo conmigo, hijo de la chingada?", y me contestó: "Con usted nada, el asunto era con el ingeniero León". "Pues si no se arregla con León, arréglese conmigo, cabrón", y metí mano a la "homicida". Contestó nuevamente: "Con usted no quiero dificultades, señor senador". Esto pasó ante muchos testigos en plena Convención. Siguieron las sesiones de la asamblea, defendiéndose en el debate la no reelección, y de buenas a primeras, una parte minoritaria de la delegación de Veracruz, encabezada por el diputado comunista desaforado, Hernán Laborde, que Tejeda había mandado de delegado, extendió una pancarta en que decía: *Veracruz vota para presidente de la República por el ingeniero Adalberto Tejeda*; e hicieron repetidas y calurosas porras aclamando a Tejeda, candidato a presidente de la República. Fui yo a la tribuna y dije una peroración en la cual exhortaba a los compañeros veracruzanos a no desviarse del asunto que nos había llevado a esa Convención de Aguascalientes, que el coronel ingeniero Adalberto Tejeda era un gran compañero que todos los delegados estimábamos y respetábamos, pero que ese era otro problema que a su tiempo tenía que dilucidar el Partido Nacional Revolucionario.

Ese mismo día llegó de la ciudad de San Luis Potosí, que como se sabe está muy cerca de Aguascalientes, el coronel Josué Escobedo, secretario de gobierno del estado de San Luis, con un memorándum del general Cedillo para mí, en que me decía que se enteró de la proclamación de Tejeda como candidato a la presidencia de la República por parte de la delegación de Veracruz; que Tejeda había faltado al compromiso que tenía con él y con el general Lázaro Cárdenas de entrar a la campaña presidencial los tres unidos y que puesto que Tejeda había roto el compromiso adelantándose, que yo lanzara la candidatura del general Lázaro Cárdenas, con el apoyo de las delegaciones de San Luis Potosí y del Distrito Federal que yo encabezaba y con sus carabinas y que propugnara por hacer una mayoría, aunque no se resolviera el caso en esta Convención.

Por el mismo conducto de Escobedo le contesté a Cedillo con otro memorándum, diciéndole que una parte de la delegación de Veracruz, dirigida por los comunistas, había tratado de lanzar la candidatura de Tejeda para presidente, pero que luego apachurramos este brote; que lanzar al general Lázaro Cárdenas para presidente de la República en una convención que no estaba convocada para esto y con tanta anticipación, sería estúpido y suicida, pues el propio general Cárdenas se encargaría de desautorizarnos; que cuando estuviéramos en México ya hablaríamos de este asunto.

Siguió la Convención hasta llegar a la votación, donde triunfaron los

puntos que los líderes habíamos acordado, proclamando la NO REELECCION RELATIVA y salvando los grupos políticos revolucionarios, al poderse elegir un diputado senador, un senador diputado y poderse reelegir pasado un periodo de receso, aumentando también el periodo de diputados de dos a tres años y el de senadores de cuatro a seis años. La no reelección del presidente de la República salió muy bien y la no reelección de las Cámaras salió mal, pues dio por resultado el aborregamiento del Poder Legislativo; borregada que continúa produciendo abundante lana hasta la fecha, al grado de acompañar en su tránsfuga aventura al presidente Luis Echeverría al Vaticano. A reconocer *de facto al papa* fueron los jefes de las Cámaras de Diputados y Senadores, pertenecientes al PRI; ¿y por qué no? también compareció en el Vaticano, al lado del presidente de México, el presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Por cierto que el presidente de esta Suprema Corte no era ni el general Jesús González Ortega, ni el licenciado don José María Iglesias, ni el licenciado Sebastían Lerdo de Tejada y perdón por haber olvidado por el momento, que el licenciado Benito Juárez también fue presidente de la Suprema Corte; pero no fue a visitar a Su Santidad el papa seguramente porque el liberal moderado general presidente Ignacio Commonfort no fue al Vaticano y por lo tanto no invitó al Benemérito a que lo acompañara.

¡Ay, qué tiempos, señor Don Simón!

Calles buscaba, como ya he dicho, la eliminación de las Cámaras obregonistas, la del general Abelardo Rodríguez, presidente de la República, la del licenciado Emilio Portes Gil, expresidente de la República, para llegar, en un día no lejano, a colocar en la presidencia de la República a su hijo Rodolfo, que era un tapial.

Quiero agregar que como delegado por el Distrito Federal a esa Convención de Aguascalientes, llevé al "pancista" doctor J. Manuel Puig Casauranc, ministro de Relaciones y grande y hábil acomodaticio; en 1920 fue bonillista, pablista y terminó de obregonista; después se le metió primero a Palavicini en *El Universal,* quien lo hizo diputado con la fuerza que en aquel entonces este periódico tenía, además controlaba al diputado Rafael Pérez Taylor, periodista muy culto, muy borracho, a quien apodábamos el León Dorado, pues era rubio y tenía una gran melena; era orador arcaico y épico y cuando para hacer mayoría se requerían dos votos de dos diputados, los dos Puig y Pérez Taylor aseguraban la mayoría por tres; después se le metió al general Calles y cuando la división Calles-De la Huerta, se quedaron en la Cámara de Diputados los diputados doctores José Manuel Puig Casauranc y Carlos Puig Casauranc como los dos últimos votos que resolvían la mayoría y esto originó que el general Calles en lugar de designar al li-

cenciado Emilio Portes Gil como jefe de su campaña, como lo pedíamos los callistas, resolvió entregar la presidencia del Comité pro Calles al doctor José Manuel Puig Casauranc y así Puig confirmó aquello de "la fruta bien vendida. . ."; pero fuera del favor de don Plutarco, "no tenía madre que lo envolviera", es decir, ni quien se ocupara de él por ninguna región de la República para hacerlo delegado, y yo lo hice con el fin de pegarle a "dos majadas"; la primera, llevar un chismoso más ante el general Calles en mi favor; la segunda, que yo ya había acariciado la idea de irme de embajador y este truhán, el doctor Puig Casauranc, era ministro de Relaciones y halagándolo como lo halagué, iba a servir para mis fines, como me sirvió. Puig se caló un tejano y se puso feliz de que lo llevara yo de delegado a la Convención por el Distrito Federal y cuando ya los cinco casi mosqueteros no teníamos "tramafaces" que tratar, lo ingresamos al poker en el que lo "pelamos", pues aunque era un hombre muy inteligente y culto, en el juego de la baraja era muy pendejo y creo que en todos los juegos de azar y le sacamos en el "calendario de las cuarenta cartas", muchos de sus alcances de la Secretaría de Relaciones, aclarando, en honor a la verdad, que me refiero a los alcances del presupuesto de que él podía disponer, pues Puig nunca hizo fortuna a pesar de los grandes puestos que desempeñó, entre otros, jefe del Departamento del Distrito Federal, ministro de Educación y ministro de Relaciones, ya que como capital sólo se le conoció una casa en Las Lomas y treinta o cuarenta mil pesos que dejó a su muerte. Puig se veía muy ridículo con su tejano, pero él creía que se veía muy "pantera" y nosotros nos reímos de él.

En Aguascalientes me lo llevé con un grupo de "hermanos de la pluma", o sea, galleros profesionales, a comer una birria que el clan plumífero, encabezados y dirigidos por el muy valiente coronel y diputado gargaleote José Zataray y había organizado en mi honor, reconociéndome, como efectivamente lo era, el hermano mayor de los afectos al que le cantó a San Pedro, y Puig en esa cena, en un "infecto fogón", declaró en frases elevadas y académicas que no conocía la birria, e hizo un casi discurso en honor de este platillo tan propio de los palenques.

Regresamos a México en los mismos carros y Aarón Sáenz, a quien se le subía pronto el coñac, también ingresó al poker y ya venía haciendo las paces con nosotros cinco, que lo derrotamos en Querétaro, cuando quiso ser presidente de la República; venía muy amable, platicador y me felicitó delante de todos por haber apachurrado en su cuna el brote comunista de Tejeda. Yo me di por muy satisfecho por estos halagos de Aarón, porque era un informador idóneo para el general Calles.

Llegamos a México y, convocados por el Bigotón Riva Palacio, nos fuimos los cinco casi mosqueteros a darle cuenta de los resultados de la Convención de Aguascalientes al general Calles en su casa de Anzures;

y ahí, Riva Palacio, que era orejas, ojos y voz del general Calles en la Convención de Aguascalientes, hizo un muy cumplido y amplio elogio de mí, por lo que el general Calles me felicitó (hablándome de tú) y con aquello quedó borrada mi pasada actuación en la Convención de legislaturas y olvidado el hecho de que entonces fui suspendido del Partido por órdenes de don Plutón.

Carlos Riva Palacio, a quien apodábamos indistintamente la Concha o el Bigotón, era un tipo muy alto, fornido, sin cultura, corpulento y muy mal hablado, muy inteligente, de ojos verdes y un gran mostacho rubio levantado hacia arriba, era muy simpático, muy espléndido y para dar una idea de ello, diré que cuando iba a París daba quinientos pesos (oro) de propina (esto sucedía en los primeros años treinta en que el franco estaba tan devaluado) a su peluquero, que era un español de la peluquería Eduardo VII; yo también he sido gastador y espléndido, ¡pero no con los peluqueros, vive Dios! Siempre estuvo asociado con el español Ateca en el Casino de la Selva en Cuernavaca y con Abelardo Rodríguez y el mismo Ateca en el Foreign Club de la Ciudad de México; a don Plutarco le daban su "pizcacha" y la Concha, a pesar de su alta posición política, pues ya había sido gobernador del Estado de México y ministro de Gobernación, nunca dejó de ser un tahúr nato, con los defectos y cualidades de un tahúr de alta calidad (muy espléndido, desprendido, generoso, gastador, enamorado, bebedor y tocaba muy bien la guitarra y cantaba, pero su especialidad era una vieja canción que se llamaba *Concha querida*, con la que se abrió paso ante los generales Obregón y Calles, que tenían verdadera predilección por oírlo cantar esa canción). Era nieto del general don Vicente Riva Palacio, que tan brillante papel hizo en la guerra contra la intervención francesa. Tuvo su ancestro, el general Vicente Riva Palacio, entre otros altos puestos que ocupó, el de ministro de Hacienda y el de embajador de México en España; además, fue el autor de la *Mamá Carlota*, que fue el himno de los liberales contra la intervención francesa y contra los traidores; michoacano de Zitácuaro y también Carlos, su nieto, era michoacano de Zitácuaro, aunque después se hizo un acta como originario de Texcoco para poder ser gobernador del Estado de México.

Entonces, llegó un periodo de calma, pues Abelardo Rodríguez supo manejar el gobierno que él presidió con todo acierto, dejando satisfechos a todos los grupos revolucionarios, menos a Tejeda y a los comunistas que ya se habían adelantado en la Convención, lanzando a don Adalberto como candidato a la presidencia de la República, con su bandera de la hoz y el martillo y vistiendo Tejeda y los suyos camisas rojas.

Y así llegó el tiempo de *barajar* a los aspirantes para suceder en la presidencia al general Rodríguez y éstos eran: Pérez Treviño, Riva Palacio y Tejeda, fuera de la olla; y nos empezamos a mover los amigos

del general Lázaro Cárdenas en forma muy parsimoniosa, lenta y discreta, pues temíamos un zarpazo de don Plutarco. Pero resultó que el general Calles habló con el presidente Rodríguez y Abelardo le dijo a don Plutarco que de los que sonaban, al único que le ponía el "veto" era al general Manuel Pérez Treviño. Pérez Treviño era hombre muy culto, muy preparado, había gobernado muy bien en Coahuila, había sido ministro de Agricultura, de Industria y Trabajo, había sido también dos veces presidente del Partido y fue también, cuando el general Obregón era presidente de la República, jefe del Estado Mayor Presidencial; era Ingeniero Minero y se lanzó a la Revolución desde estudiante, muy bien parecido y buen amigo, hasta donde es posible serlo en la política mexicana; pero ya he dicho que fue novio de Aída Viderique de Rodríguez y Abelardo le tenía odio por celos.

Mientras, íbamos tirando por un lado los partidarios de Riva Palacio, por otro, los de Pérez Treviño, que ocupaba la presidencia del Partido y que lo secundaban los diputados Luis León y Melchor Ortega, y nosotros, los amigos de Cárdenas, jalando para nuestra "capilla". Luego, se dejó venir de Sonora, de donde era gobernador, Rodolfo Elías Calles, hijo predilecto de don Plutarco y junto con su clan de Aarón Sáenz, el ingeniero Plutarco Elías Calles junior., el diputado Carlos F. Ozuna (antigua hechura mía) y todos sus afines, se reunieron y comisionaron a Rodolfo Elías Calles para que hablara con don Plutarco y le sacara a Calles el SÍ en favor del general Lázaro Cárdenas; entendidos que al grupo de senadores cardenistas encabezados por mí, el senador Loaíza, Gonzalo Bautista, Gualberto Carrillo Puerto y otros muchos senadores y diputados, el general Cedillo, Portes Gil, el ingeniero Marte R. Gómez y otros elementos revolucionarios, tratarían de comernos el mandado con Cárdenas, como efectivamente se lo comieron hasta el paladar, pero no se lo llegaron a tragar, pues Cárdenas, como se verá más adelante, los vomitó.

Tan luego como Rodolfo Elías Calles le sacó el SÍ a don Plutarco, mandó comisionados a ver a Cedillo, a Garrido de Tabasco y a otros revolucionarios que él pretendía acaudillar. Rodolfo habló con Luis León, pero León le dijo que él estaba comprometido con Pérez Treviño, unido con Melchor Ortega, Sebastián Allende y otros. Entonces quedamos frente a la elección presidencial los rivapalacistas, que encabezaban el gobernador de Oaxaca, licenciado Francisco López Cortés (Chico López), el coronel Ambrosio Puente, gobernador de Morelos, y un grupo de políticos del Estado de México. Los pereztreviñistas, encabezados por Luis León y Melchor Ortega, Sebastián Allende, gobernador de Jalisco, general Benigno Serratos, gobernador de Michoacán y que había traicionado al general Cárdenas, Nazario Ortiz Garza, gobernador de Coahuila, leal partidario de Pérez Treviño, y nosotros los cardenistas, divididos en dos ramas, los que encabezaba Rodolfo Elías Calles y el

bloque del Senado que yo presidía, secundado por los senadores Loaiza, Chema Dávila, José Torres H., Gualberto Carrillo Puerto, etcétera, y el general Saturnino Cedillo con el gobierno de San Luis Potosí y sus fuerzas auxiliares; asimismo, Ezequiel Padilla, Gonzalo Bautista y Gabino Vázquez.

Cárdenas tenía muchos amigos personales fuera de estos grupos, pero muy afines a nosotros los cardenistas del Senado, entre ellos, el licenciado Ignacio García Téllez, el licenciado Silvestre Guerrero, el licenciado Antonio Villalobos, el diputado Antonio Mayés Navarro, el diputado Ignacio Soto Reyes y otros muchos.

Voy a pintar cuál era la situación de cada uno de los tres aspirantes a la presidencia de la República en aquellos momentos, dejando a un lado a Tejeda, que ya se había "cortado del atajo": general ingeniero Manuel Pérez Treviño, coronel Carlos Riva Palacio y general Lázaro Cárdenas.

Una vez que ya expresé las fuerzas con las que cada uno de los tres contaba, quiero pintar la situación de los precandidatos: Pérez Treviño, presidente del Partido, con los elementos que ya dije que contaba; Riva Palacio no tenía puesto en aquellos momentos, pero era el "valido número uno" del general Calles, hasta después que lo fue desplazando poco a poco Melchor Ortega, compañero de poker del general Calles, y Lázaro Cárdenas, que durante año y medio no ocupó ninguna comisión, pero que al fin el general Abelardo Rodríguez, presidente de la República, lo nombró comandante militar del estado de Puebla. Cuando Cárdenas llegó a Puebla no tenía dinero ni para rentar una casa y mi compadre, el diputado y general Rafael Melgar, le cedió una quinta de su propiedad para que viviera en ella. En aquel tiempo, Cárdenas sólo contaba en los estados de la República con Cedillo y ya dije que con nuestro grupo de senadores y diputados. A Cárdenas lo había defeccionado el gobernador del estado de Michoacán, general Benigno Serratos, puesto por él en el gobierno, obedeciendo a intrigas de Melchor Ortega, Serratos deshizo la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, que era la fuerza organizada de Cárdenas en Michoacán; la acción de Serratos contra Cárdenas fue apoyada resueltamente por el general Calles. Prácticamente Cárdenas fue desterrado de Michoacán y sus partidarios acérrimos, perseguidos y humillados por el general Calles (por intrigas de Melchor Ortega); pero Cárdenas se supo aguantar como buen tarasco, disimular y hacerse la "gatita mansa" y con el favor del presidente, general Abelardo Rodríguez, que odiaba como ya he dicho a Pérez Treviño, llegó primero al ministerio de Guerra y Marina y después a la presidencia de la República, pues Abelardo se encargó de amansar a don Plutarco, quien "aventó" a sus hijos Rodolfo, Plutarco y Alfredo a apoyar al astuto michoacano. ¡No hay por qué admirarse de que Cárdenas se cobrara todas las humillaciones que sufrió de parte de Calles y de sus favoritos, cuando llegó a la presidencia!

Los cardenistas profesionales pintan a Cárdenas como un San Francisco de Asís, pero eso es lo que menos tenía; no he conocido ningún político que sepa disimular sus intenciones y sentimientos como el general Lázaro Cárdenas y lo digo yo, que no soy precisamente un novato; y para mí, los dos actos más grandes que tuvo Cárdenas en su gobierno fueron la expropiación petrolera; cualquiera que haya sido el resultado económico, le quitó el pie que las compañías petroleras le tenían puesto en el pescuezo a la nación, y el segundo gran acto fue haber acabado con el maximato del general Calles, y esto para suerte del mismo Calles, pues ya estaba tan corrompido el tal maximato que pronto íbamos a ver a los hijos pasándose la presidencia entre sí y entonces don Plutarco ya no hubiera alcanzado "solar en el Arco de la Revolución".

Se le pasó un poco la mano a Cárdenas cuando le expropió al general Calles el rancho de Santa Bárbara en Texcoco, que era de trescientas hectáreas y en el que don Plutarco había hecho una bonita granja con el deseo de pasar en ella sus últimos días; no había necesidad de tanta saña, pero, al que le duele le duele y Calles había hecho de Cárdenas un trapeador de pisos y el de Jiquilpan se la guardó y se cobró cuando pudo.

Entonces, mi conclusión es: el general Cárdenas pudo abrirse camino para la presidencia a través del presidente de la República, general Abelardo Rodríguez en primer término, luego le dieron "carnada" a los hijos de Calles y ellos agarraron el "anzuelo" y nosotros, los de los grupos revolucionarios en las Cámaras; Cedillo con sus fuerzas y Garrido en Tabasco.

Mi aventura diplomática en Europa

Antes de la Convención de Querétaro para elegir candidato a la presidencia de la República, le pedí una entrevista al presidente, general Abelardo Rodríguez, con quien me veía casi todos los días, pero se trataba, y así se lo hice saber, de audiencia especial y me la concedió. En ella le traté de mis propósitos de irme a Europa a una misión diplomática y él me dijo: "La que tú quieras, pero dime, ¿por qué te quieres ir?", y le contesté: "Quiero ir a Bélgica para prepararme culturalmente, pues no he hecho otra cosa en mi vida que combatir con las armas en la mano y combatir en la política; mi vida ha sido azarosa y dejé, siendo muy chico, incompletos mis estudios, pero también me quiero ir —le dije— porque después de la Convención de Querétaro, en que elijamos al general Cárdenas como candidato y llegue a la presidencia de la República, mi situación va a ser muy dura. Cárdenas es mi amigo, pero resulta que ya ando muy mal con Cedillo porque se ha entregado en brazos de la reacción en San Luis Potosí y en México; su principal consejero en la actualidad es el licenciado Víctor Velázquez, que fue prominente felicista y partícipe de los acontecimientos de la Ciudadela y defensor de Félix Díaz cuando estuvo preso; yo en esas condiciones no puedo seguir siendo su aliado y por lo tanto ya no podré contar con ese respaldo, y por otro lado, a los hijos del general Calles, que van dos veces que los derroto políticamente, una en Querétaro y la otra en la reunión de legislaturas, ahora me lo van a cobrar, pues ya han crecido. Rodolfo es gobernador de Sonora y Plutarco va a ser gobernador de Nuevo León (por cierto que no llegó, pues ya electo candidato por el Partido, lo borró Cárdenas cuando su distanciamiento con el general Calles); ya anda también armando "golilla" para gobernador de Tamaulipas otro de los hijos, Alfredo Elías Calles, quien por lo pronto fue la estrella en la campaña contra Portes Gil. Por todas estas razones quiero que me mandes de embajador. Quiero que mi nombramiento quede en el mayor secreto posible hasta que pase la Convención de Querétaro, pues tengo compromiso con Cárdenas de irle a ayudar porque teme una maniobra de última hora, ya que Pérez Treviño, Luis León y Melchor Ortega están adueñados de la directiva del Partido y no solamente porque tengo compromiso con Cárdenas, sino, para cuando vaya de embajador, lleve cubierta mi retaguardia con mi actuación en esta Convención".

Y Abelardo agarró el teléfono, llamó a Puig, quien vino presuroso y recibió las instrucciones de pedir mi *Execuátur* (beneplácito) al gobierno belga y que me nombrara embajador, pidiéndole el mayor sigilo posible. Puig le dijo que el sigilo se guardaba generalmente hasta que contestaba el gobierno (en este caso el rey) que la persona designada como embajador era grata. Se corrieron los trámites y mientras, seguí yo en mis actividades en las Cámaras en favor de la candidatura del general Cárdenas. En la de Diputados se me incorporó un pequeño grupo de diputados michoacanos que lo formaban los diputados Ignacio Soto Reyes, Antonio Mayés Navarro, licenciado Gabino Vázquez y algunos otros que por el momento no recuerdo, pues la mayoría de la diputación michoacana había traicionado abiertamente a Cárdenas con Serratos y con Melchor Ortega. Estos desertores del cardenismo andaban muy espantados cuando vieron que comencé a actuar en la Cámara de Diputados con la decisión que siempre me ha caracterizado, y más mostraban su espanto cuando yo intencionalmente les recalcaba que el candidato de ellos, Pérez Treviño, era el presidente del Partido Nacional Revolucionario, pero el mío, Cárdenas, era el ministro de Guerra y Marina. Como esto se los decía con sorna y mala intención, les entraba pánico, sobre todo al licenciado Agustín Leñero y a Castrejón, que habían sido muy incondicionales de Cárdenas y se le habían volteado en forma grosera.

Cuando ya estaba cerca la Convención y traía yo mi nombramiento como embajador en la bolsa y la contestación del gobierno belga dando su beneplácito para mi nombramiento, me trasladé a ver al general Calles. Después de platicar un poco de la futura convención, don Plutarco mostraba una neutralidad benigna en favor de Cárdenas y, sabiendo mis actividades, en esta entrevista el general Calles me trató de tú. Le dije de mis propósitos tan luego se terminara la Convención y cumpliera el compromiso que tenía con el general Cárdenas, que me iría a Europa de embajador y por algunos años me dedicaría a mejorar mi cultura. Calles me dijo que el solo hecho de pensarlo me honraba y yo le dije: "No es pensamiento, ya es un hecho realizado", y saqué mi nombramiento y la copia del telegrama del gobierno belga en donde daba su beneplácito. Calles leyó el nombramiento y llamó a Chelita, su secretaría, y le dijo: "Haz unas cartas para el presidente Vandervelde (primer ministro de Bélgica y jefe del Partido Socialista), otra para el diputado Pierard (joven líder socialista minero del Parlamento belga), otra para el primer ministro de Francia, *monsieur* Edouard Herriot (jefe del Partido Radical Socialista), otra para el presidente Poincaré (presidente de Francia) y otra para *monsieur* Hoffman (presidente del Partido Socialista Flamenco y burgo-maestre de Amberes y una de las columnas del Partido Socialista belga)". El membrete del sobre y el papel del general Calles solamente decían: *Plutarco Elías Calles*, sin ningún título. Me volvió a felicitar y yo le supliqué que se hablara lo menos posible de mi nombramiento para evitar polémicas antes de irme. Conocí que al general Calles le agradó mucho mi decisión de poner mar de por medio.

Convención en Querétaro. Candidatura de Cárdenas

Nos trasladamos a Querétaro con dos precandidatos registrados en el Partido que presidía el general Pérez Treviño: el general Lázaro Cárdenas y el propio Pérez Treviño. En esta Convención no hubo sorpresas como cuando jugamos a don Pascual de "tapado" y lo destapamos en Querétaro; en esta Convención la mayoría iba pronunciada marcadamente por el general Lázaro Cárdenas; no hubo carros especiales, cada quien llegó como pudo, pero de todas maneras iba un núcleo de pereztreviñistas encabezados por los diputados Luis León, Melchor Ortega y Sebastián Allende, gobernador de Jalisco.

La Convención la presidió el general licenciado Sebastián Allende, pereztreviñista declarado; vicepresidente, Melchor Ortega, pereztreviñista de hueso colorado; y secretarios: primer secretario, senador y diputado Gonzalo N. Santos, cardenista; segundo secretario, Luis León, pereztreviñista; tercer secretario, licenciado Gabino Vázquez, michoacano, cardenista, y no recuerdo quién era el otro secretario, pero también era pereztreviñista. Total, la mayoría de la directiva de la Convención era pereztreviñista; nosotros, los cardenistas, sólo ocupábamos dos secretarías, pero los delegados eran una aplastante mayoría de cardenistas encabezados por mí.

Graciano Sánchez, que había matado en defensa propia a un diputado Treviño en Ciudad Victoria y que lo refugié en Gargaleote, porque así me lo pidió el licenciado Emilio Portes Gil, fue acompañándome a la Convención y temeroso de ser aprehendido, traía un amparo, pero además lo amparaban mis gargaleotes y el apoyo de Portes Gil que ya para entonces era procurador general de la nación. Graciano no llevaba ningún carácter a la Convención y me pidió que lo metiera de delegado, para lo que tuve que sacrificar un delegado de San Luis y ponerlo a él; para entonces, en esa Convención éramos muchos los delegados, diputados y senadores que habíamos sufrido agravios del general Calles, pero no sacábamos las uñas y fue durante los debates cuando Graciano Sánchez, que era un desconocido, me pidió que lo inscribiera como orador a lo que accedí gustoso. Fue Graciano a la tribuna y produjo un discurso exaltado contra el "maximato" y su camarilla, pero sin mencionar nombres; su ataque que fue muy duro y rabioso, no fue precisamente muy sutil y no lo entendieron sólo los que tenían los ojos muy cerrados y creían que el "maximato", más bien dicho el "máximo", era inconmovible y que podía darse el lujo de ca-

potear estos "ventarrones" disimulándolos como "brisotes" sin importancia. Pero Graciano fue muy aplaudido, sobre todo cuando atacó a los nuevos enriquecidos y que creían que el poder les estaba escriturado; yo me encargué de animar los aplausos calurosos que arrancaban las diatribas de Graciano Sánchez, quien como ya dije, no mencionó a ninguna persona, ni siquiera empleó la palabra "máximo" o "maximato", sólo se refirió: "A los revolucionarios enriquecidos y aristocratizados más malos que los propios coyotes, pues este animal no se come a los de su misma especie y estos revolucionarios que están constituidos en oligarquía, devoran a los propios revolucionarios". Sin duda que Graciano Sánchez se refería al Partido Socialista Fronterizo al que él pertenecía y que presidía Portes Gil en Tamaulipas y al que habían derrotado en las elecciones para gobernador; y a mí, que tantas veces había sido atropellado, pero, repito, no mencionó personas.

Era Graciano Sánches de origen porfirista, como aquí lo voy a demostrar con documentos, de genio agrio y socarrón, lebrón y prieto, es decir, color más oscuro que moreno y más claro sin llegar a negro; usaba gran melena y copete que le caía por el frente hasta juntarse con los bigotes, mal encarado, nada simpático. Como orador parecía más un predicador de esos que amenazan a sus feligreses con las llamas del infierno. Graciano fue también orozquista levantado en armas contra el gobierno del señor Madero, fue huertista; se incorporó, cuando la Convención revolucionaria de Aguascalientes, al general Miguel M. Acosta, pero pronto desertó y se hizo villista; era profesor normalista de la Escuela Normal de San Luis Potosí, de sangre pame-mestiza, como se puede apreciar por sus grandes bigotes, no era tan inculto como quería parecer por conveniencia, para embaucar campesinos; sin ser un hombre culto, tenía la ilustración propia de un maestro normalista titulado, era muy valiente y cuando ocupó la secretaría general de la Confederación Nacional Campesina, no lucró ni le interesaba el dinero; más adelante diré cómo formamos esta confederación campesina cuya presidencia de la primera asamblea ocupé yo. Conocí a Graciano Sánchez en 1911 en la ciudad de San Luis Potosí, cuando yo era maderista y él porfirista apasionado. Vestía traje de casimir, cuello exageradamente alto, como lo usaban los profesores de entonces, corbata muy ancha y bastón; ya después, cuando era "agrarista", escupía en las alfombras y al expresarse decía "puédamos, quiéramos, tráigamos", etcétera, era gran demagogo y, repito, valiente y un buen actor simulador.

He hecho esta digresión para pintar a Graciano Sánchez y continuaré relatando los hechos que sucedieron en la Convención de Querétaro, a la que llamamos cardenista por el triunfo del candidato a la presidencia, el general Lázaro Cárdenas.

Empezaron a llegar las delegaciones de los estados y a registrarse los delegados y jefes de cada delegación. La delegación de San Luis Potosí,

contra lo tácitamente convenido, pues era costumbre, casi ley entre Cedillo y yo, en lugar de venir presidida por mí, venían dos jefes de delegación, el coronel Josué Escobedo y mi primo, el licenciado José Santos Alonso, esto sin el conocimiento de Santos Alonso y cuando Escobedo trató de registrarlos, Santos Alonso dijo que él no aceptaba, primero porque no había delegaciones con dos jefes ni el Partido las aceptaba y segundo, porque él y una mayoría de la delegación potosina, como podría verse al reunirnos, me nombraban su jefe a mí. Yo al principio no acepté y Escobedo, viéndose en minoría y sin el apoyo de Santos Alonso, se espantó y me vino a suplicar que aceptara la jefatura. "Acepto —le contesté— si Cedillo me lo pide por teléfono desde San Luis Potosí". Cedillo habló conmigo disculpándose y diciéndome que como yo "llevaba el peso del cardenismo en la Convención", había pensado aligerar mis obligaciones y que por eso había pensado en que la delegación fuera presidida por Escobedo y Santos Alonso. Me rogó que aceptara la jefatura de la delegación y yo acepté; además, yo iba jefaturando la delegación del Distrito Federal, que era la más numerosa y más fuerte; en ella íbamos incluidos un numeroso núcleo de senadores y toda la diputación federal, pero le dije a Santos Alonso: "Este Maquiavelo de huarache a mí no me hace pendejo, ya está dominado por la reacción nacional y por la reacción de San Luis Potosí, sugestionado por el licenciado Víctor Velázquez, pero cuando 'él va por la leche, yo ya vengo con el requesón" y le enseñé a Santos Alonso mi nombramiento como embajador en Bélgica, recomendándole cierta discreción.

En la Convención no hubo ningún acto digno de mencionar, fuera del sorpresivo discurso de Graciano Sánchez, el que los callistas atribuían a influencia mía o de Portes Gil, o de los dos, pero la verdad es que yo no sabía lo que iba a decir Graciano Sánchez, pues su discurso lo traía en el cerebro ya que lo pronunció improvisado, y Portes Gil menos pues ni siquiera sabía que Graciano Sánchez iba a ser delegado en la Convención; eso sí, Graciano sabía mi sentir y mi pesar y mi situación con el general Calles y con los hijos y naturalmente también sabía el pensamiento de Portes Gil, pues Graciano Sánchez, que era el líder más prominente de Portes Gil en Tamaulipas, sufrió las consecuencias del caballazo callista.

Antes de terminar la Convención, una noche me pidió Melchor Ortega platicar conmigo, nos bajamos de los automóviles a caminar y mientras Melchor me preguntaba: "¿Es cierto que te vas a Europa?", yo le dije que sí. Me preguntó: "¿Por qué te vas?" Le respondí: "Mi situación por un tiempo va a ser insostenible". Melchor ya sabía mi enfriamiento con Cedillo y me dijo: "Pero tú vas a quedar bien con Cárdenas". "Sí —le contesté—, con Cárdenas estoy muy bien, pero falta saber si Cárdenas queda bien con Calles, aunque te voy a decir que eso sería por algún tiempo nada más, pues ahora les va a salir el diablo a ustedes; Cárdenas no es Ortiz Rubio, tiene carácter, simpatía y mucho

valor y aunque él nunca me lo ha dicho, tú sabes que está agraviado, principalmente por ti, al haberle volteado en Michoacán a Serratos, pero de todas maneras, por lo pronto y mientras la situación se ajuste, a mí me declararían 'chivo expiatorio', tal vez unos y otros, cuando se llegue a producir lo que indefectiblemente se producirá, una nueva situación". Entonces Melchor, muy triste, me dijo: "Te envidio, yo me tengo que quedar y esta situación creada por el general Calles y sus hijos nos va a dar malos resultados". Le contesté: "La desgracia de unos es la felicidad de otros; si la situación con el nuevo presidente les va a dar malos ratos a ustedes, a mí me los dará buenos". Melchor Ortega y yo éramos muy buenos amigos y compañeros de muchas luchas revolucionarias, a pesar de que el general Calles nos había distanciado y tanto Melchor como yo nos pudimos dar el lujo de hablarnos claro. Esta conversación de Melchor Ortega y yo llegó a conocimiento del general Calles y de León; se las platicó Melchor después del rompimiento entre Calles y Cárdenas.

Y también, antes de que terminara la Convención, rifé mis dos automóviles en ocho mil pesos oro al poker entre Melchor Ortega, José Luis Solórzano, que era gobernador del Estado de México, Carlos Riva Palacio y el licenciado Sebastián Allende, gobernador de Jalisco y presidente de la Convención; todos partidarios de Pérez Treviño, menos Riva Palacio, al que considerábamos representante del general Calles, quien lo había dejado colgado como precandidato a la presidencia. En la rifa de mis carros no pudieron entrar mis compañeros cardenistas, pues en ese tiempo no tenían dinero ni para jugar a una lotería de cartones. Con el tiempo Dios castigó a varios de ellos, "pues no podían ver a los ricos y Dios los hizo ricos". Al regresar a México, Sebastián Allende, que me llamaba Mariscal, me compró para el gobierno de Jalisco cincuenta novillonas cebú a mil pesos cada una. Cuando me entregó el cheque de cincuenta mil pesos oro por mis cincuenta novillonas le dije: "Las penas con pan son menos, con vino ni se sienten y con culo mucho menos". Nos acompañaban dos despampanantes "secretarias sociales". Ahora estas reses indo-brasil son mucho más finas y seleccionadas que entonces; actualmente me pagan a quince mil pesos cada una. ¡Pero qué pesos!

La noche en que el general Cárdenas había sido declarado triunfante como candidato me invitó a que paseáramos juntos en automóvil y ocupamos el carro: Cárdenas, su chofer, el general Isauro García Rubio, que había sido cedillista, amarista y ahora era cardenista. "Sé que te vas a Europa", me dijo el general Cárdenas. "Sí —le contesté—, me voy", y le dije todas las causas que me obligaban a ello. "Ya ahora la voz de Rodolfo y Plutarco son muy importantes, tú sabes que ellos han sido causantes, en parte, de los caballazos que me ha pegado el general Calles" "¿Y lo de Cedillo", preguntó y le conté las últimas dificultades que habíamos tenido. Volteó el general Cárdenas hacia el general Isauro García Rubio,

que iba en el asiento delantero con el chofer y le dijo: "Le prohíbo estrictamente que se sepa de ningún distanciamiento entre mis amigos", refiriéndose Cárdenas a Cedillo y a mí. García Rubio se cuadró y le dijo: "No tenga usted cuidado, mi general, por mí no se sabrá". Seguimos el paseo en automóvil por las calles de Querétaro y el candidato electo me dijo: "¿Tienes ya resuelto irte?" Saqué mi nombramiento y se lo enseñé; lo leyó y me lo devolvió diciéndome: "Los soldados no se cansan". Cuadrándome le contesté a Cárdenas: "Si usted lo ordena, me quedo, ciudadano presidente". Cárdenas fue pensando un poco mientras el automóvil rodaba y luego me dijo: "No, vamos hablándonos de tú a tú, todavía no soy presidente". "Pues si tú me lo ordenas, regreso este nombramiento a Abelardo, le doy las gracias y me quedo", le contesté. Pero entonces Cárdenas lo pensó un poco y me dijo: "No, es mejor que vayas a acabar de prepararte".

Cárdenas era un zorro, pero "yo no me quito el freno para beber agua" y quedarme por mi cuenta y riesgo en aquella situación. Si él me lo mandaba era otra cosa. Seguimos platicando y me dijo Cárdenas: "Hay muchos que me aconsejan que desconozca al general Calles, pero yo sé que si les hago caso, serán los primeros en irme a denunciar con el general Calles", y yo le contesté: "Yo nunca te he aconsejado que desconozcas al general Calles, pero si lo hiciera, no soy de los de la raza de delatores, tú me conoces muy bien". Pienso que si no hubiera ido García Rubio en el carro seguramente que Cárdenas me hubiera hablado con más claridad, o tal vez le pasaría conmigo lo que a mí me pasaba con él, que los dos temíamos confiarnos plenamente el uno al otro en tan grave y delicado asunto, pero los dos pensábamos lo mismo.

Y regresamos a México y me fui a ver al general Calles pensando: "Pase lo que pase, al fin que yo voy a poner mar de por medio, tal vez al viejo le hayan llegado ya con los chismes de que el discurso de Graciano fue inspirado por mí", pues para esas fechas ya sabría que yo lo había metido de encajadillo en la Convención. Y me recibió amable, le platiqué a grandes rasgos mis impresiones de la Convención, seguramente ya Riva Palacio le había informado con todo detalle y yo temía que Calles hubiera hecho explosión conmigo por lo de Graciano, pero no me dijo ni una sola palabra; llamó a Chelita, su secretaria, y le dijo: "Entrégale sus cartas a Gonzalo" (ya dije para quiénes).

Los siguientes días me apresuré a arreglar todos mis asuntos en la Secretaría de Relaciones con Puig y me dijo: "Mi querido Gonzalo, aquí usted manda". Llamó al jefe del administrativo y le dijo: "El embajador Gonzalo N. Santos aquí manda", y el subsecretario Fernando Torreblanca, yerno de Calles, me dijo: "Tengo órdenes de atenderte" (no me dijo de quién eran las órdenes).

Al jefe del administrativo le pedí el presupuesto de la Embajada en Bélgica y le pregunté: "¿Cuánto es el sueldo de embajador?", y me dijo:

"En Bélgica cuatro mil pesos oro". "Me dobló —le contesté— ponle ocho mil pesos. ¿Cuánto de gastos?", volví a preguntarle y me dijo: "Dos mil pesos oro". "Doblete —le volví a decir— ponle cuatro mil. ¿Para renta de la Embajada y gastos de la misma cuánto es?". Me dijo: "Muy poco, el señor licenciado Alfonso Cravioto es muy modesto y vive en un apartamento muy chico en una casa de huéspedes, la verdad es que le dan muy poco dinero para residencia". Le dije yo al jefe del administrativo: "Eso no es digno de México, yo voy a poner una señora embajada, ponle cuatro mil morlacos de orégano (cuatro mil pesos oro)". Llegó el subsecretario Fernando Torreblanca y le ordenó al jefe del administrativo que dispusiera esos emolumentos inmediatamente a partir de la fecha de mi nombramiento, que ya tenía como un mes. Después me trasladé al Palacio Nacional acompañado del general Miguel M. Acosta, que era ministro de Comunicaciones y Obras Públicas y de esa Secretaría dependían entonces los Ferrocarriles Nacionales de México. Acosta iba muerto de risa porque le conté la forma en que me aumenté mi "chivo" (sueldo).

Llegamos con el presidente Rodríguez y me dijo: "¿Tienes todo arreglado en Relaciones?" "En Relaciones sí —le dije—, pero aquí no". "Aquí qué te falta", me preguntó. "Una comisión con cuatro mil pesos oro al mes", le contesté. Volteó a ver a Acosta y le dijo: "Mi cuate, dale dos mil pesos a Gonzalo de tu Secretaría y aquí de la presidencia te voy a dar los otros dos mil pesos, ¿qué más se te ofrece?", me volvió a preguntar Abelardo y le dije: "Tengo una lancha automóvil *Chrysler* muy bonita y muy rápida, te la voy a regalar". "¿Dónde la tienes?", me preguntó y le dije: "En Chapala". Llamó por el timbre a uno de sus ayudantes y le ordenó que fuera a recibir la lancha y que la mandara a Ensenada. "¿Qué más se te ofrece?", y le dije: "Quiero un automóvil muy grande que no lo tenga ni el rey de Bélgica, quiero apantallar al monarca". Inmediatamente ordenó que giraran órdenes al señor Enrique Ruiz, sonorense y cónsul general de México en Nueva York, que pagara el automóvil que yo eligiera y en aquel tiempo los que estaban más de moda eran los *Packard* y, a mi paso por Nueva York, escogí uno gigantesco de siete asientos que tenía una petaca muy grande y pedí que le adaptaran en la agencia de la *Packard*, tres maletas, una para ropa de etiqueta sin que se arrugara el frac, el smoking ni el jaquet, otra maleta para los trajes de calle y la tercera para camisas, ropa interior, corbatas, cuellos, que entonces eran postizos, etcétera, pero quiero decir que antes de despedirme del presidente Abelardo Rodríguez le enseñé las cartas del general Calles y en presencia de Acosta le dije al presidente Rodríguez: "El general Calles me ha puesto puente de plata, pero yo lo rematé de oro" (refiriéndome a los treinta mil pesos oro que por diferentes conceptos había empezado a recibir).

Voy a decir cuál era mi situación económica entonces: rancho Gargaleote en el que tenía mil novillos de engorda que en aquel tiempo

valían cien mil pesos oro; novecientos novillos de engorda en mi rancho de Tres Filos, que valían noventa mil pesos oro, y que, río de por medio, limita con Tampatal, el rancho que era del general Lázaro Cárdenas; setecientas vacas de vientre *Dhorán* con sementales cebú y un rancho llamado Tampacualá, que era propiedad de mi amigo el licenciado Claudio Bokley y que me lo cedió con la única condición de que yo pagara las contribuciones, él tenía la intención de que yo me quedara con él sin pagárselo, pero no quise porque siempre he visto un poco lejos y ya tenía dos ranchos; se lo cedí a mi primo y amigo, el coronel Braulio M. Romero. En este rancho de Tampacualá tenía seiscientas vacas de vientre criollas con sus respectivos sementales cebú indo-brasil importados. Quiero decir que cuando regresé de mi misión, los mil novillos de Gargaleote los había ido vendiendo, por órdenes mías, Braulio M. Romero hasta que se agotaron y me los gasté en los tres años que estuve en Europa, pues el último año que lo pasé en la Embajada en Dinamarca ya no tenía los mismos emolumentos que en el gobierno del general Abelardo Rodríguez, pues para entonces ya era presidente el general Lázaro Cárdenas, entonces eché mano de lo 'manso' (mis propios intereses) para sostener mi tren de vida; lo mismo pasó con los novecientos novillos y les di una regular llegada a los pies de cría, esto a pesar de que el puente de plata que me había puesto el general Calles con sus cartas de presentación para los grandes estadistas de Francia y de Bélgica, como ya quedó dicho, yo mismo lo rematé de oro con los emolumentos que yo mismo me decreté. Se me pasaba algo importante a este respecto, llevaba mi sueldo completo de senador, quiero decir, sueldo y "riego" (gratificación), cinco mil pesos oro y mi sueldo completo y "riego" de diputado, también cinco mil pesos oro y los dos sumaban diez mil pesos oro; pero estos dos sueldos sólo me duraron un año, porque al año terminó mi situación como diputado y senador por haberse terminado el periodo y ahora ya no había reelección.

Después de despedirme del presidente Rodríguez, los diputados en masa me dieron un banquete en el desaparecido restaurante El Retiro, de Vicente Miranda, que estaba frente a la plaza de toros El Toreo. Yo les había dicho que invitaran sólo a un grupo selecto de senadores, que no invitaran a ningún ministro de la Suprema Corte ni a ningún secretario de Estado, pues estaba yo muy "quemado con leche" desde el banquete que me dieron en Xochimilco y que ocasionó que el general Calles ordenara mi suspensión del Partido. Los invitados de honor fuimos el embajador de Bélgica, *monsieur* Stadler, y yo, que teníamos relaciones personales muy buenas de tiempo atrás, y las señoras también. El discurso de despedida lo dijo el licenciado y diputado Ezequiel Padilla, que, como se sabe, era el mejor orador de la época y dijo más o menos: "Al ir Gonzalo N. Santos a representar a nuestra patria a Bélgica, seguramente

las aguas broncas de la Revolución Mexicana se van a tranquilizar en las mansas aguas de los canales de Bélgica". Padilla aludía a un artículo que escribió el licenciado y magistrado Islas Bravo, cuando el proceso de Toral, llamándome aguas broncas de la Revolución. Yo contesté en términos amistosos y de gran camaradería y sin que se me escapara hacer algún humorismo característico de mi oratoria, pero estaba pensando en don Plutarco y como si lo estuviera viendo.

Antes de empezar el banquete, llegó el diputado y coronel José Zataray, quien estuvo en un hospital herido de cinco balazos que había recibido de un español con el que riñó en el mismo salón en que celebrábamos el banquete, habiendo dejado Zataray muerto al español. Llegó Zataray y barbón y amarillo, vendado de un brazo y levantado en cabestrillo. Lo acompañaba el licenciado y juez Eliseo L. Céspedes, antiguo diputado constituyente y al que nosotros los diputados, que entonces teníamos esa facultad, nombramos juez de lo penal. Céspedes era el juez de la causa de Zataray y lo iba acompañando porque prácticamente era su defensor. Presenté a Zataray con el embajador Stadler y entonces Satanás (como le decíamos), empezó a recitar de memoria los consejos que le había dado su juez y defensor Céspedes, delante del embajador. "Obré en legítima defensa, como puedes ver en los impactos de los espejos, la trayectoria de las balas llegaron con retardo a mi adversario cuando yo ya estaba gravemente herido", y dirigiéndose a Zataray delante también del embajador, le pregunté, siguiendo el mismo tono curialesco que Zataray estaba empleando: "¿Y dónde cayó el occiso?", y Zataray me contestó muy serio: "No era occiso, era un gachupín".

Cuando salí a mi misión diplomática, me fui sin despedirme de Cedillo, pues ya le habían llevado muchas intrigas y chismes contra mí y prefería cortar relaciones con él. A la estación fue un grupo de diputados que yo procuré no fuera numeroso, pues ya tenía la lección del banquete en Xochimilco, cuando me suspendió el general Calles del Partido. Entre los que me fueron a despedir se encontraba el licenciado José Santos Alonso y León García, mi amigo personal que no tenía ningún puesto y al cual habíamos desaforado de diputado por valenzuelista y al arrancar el tren le dije a los presentes a voz en cuello: "¡HASTA LA VISTA, ACÁ NOS VEREMOS, EL GENERAL CALLES TIENE VEINTE AÑOS MÁS QUE YO. SALUD!"

Como dato curioso voy a agregar que momentos antes de salir el tren que nos conducía a la estación Colonia en México, Leola compró un billete de lotería y también compró otro en Tampico antes de salir; el de México sacó diez mil pesos oro y el de Tampico tres mil pesos oro, los que cobró antes de emprender nuestro viaje; yo, en cambio, cuando entro en la lotería no me saco ni reintegro.

Primera estancia: Bélgica

Y llegué a Nueva York acompañado de mi muy querida y linda esposa Leola Pué de Santos, de veintiún años, yo tenía treinta y siete; de mis hijos Gonzalo y Gastón, de mi cuñada Dulce Pué y de la nana de Gastón, que se llamaba María Contreras, muy competente cocinera de la comida huasteca, enseñada por mis viejas y sabias cocineras de la Huasteca y entrenada por mi esposa. La nana de Gastón aprendió perfectamente bien el francés y a nuestro regreso se casó en México con un médico francés.

El día que llegamos a Nueva York era la Navidad de 1933, fecha en que se levantó la prohibición y terminó el estado seco, aquel acontecimiento fue el delirio en Nueva York. El cónsul general Enrique Ruiz me estaba esperando con el carro de las características que le había indicado por teléfono y esa misma noche de Navidad lo estrené con mi familia.

Mi esposa, que siempre ha estado muy acostumbrada a poner un árbol de Navidad, se consiguió uno chiquito y lo puso en la suite del hotel New Yorker, que entonces era el más moderno y lujoso y me comisionó a comprar juguetes para los muchachos. Estaba haciendo un frío de más de cuarenta grados bajo cero y las calles estaban completamente cubiertas de nieve congelada, duras y resbalosas; yo le decía a mi señora que todo estaba cerrado, que no iba a conseguir juguetes y me dijo: "Vete por Broadway y encontrarás tiendas de judíos abiertas", y así fue. Compré juguetes para los muchachos, la nieve no cesaba de caer y estuvo a punto de que se me congelaran las orejas del frío, me las tuvieron que frotar con mucho alcohol y picar con alfileres y beber mucho coñac para volver a tener sensibilidad en ellas.

El cónsul general Enrique Ruiz ya me tenía una suite de lujo en primera de primera, del trasatlántico alemán *Bremen*; yo nunca me he mareado ni en embarcaciones pequeñas ni en grandes trasatlánticos, pero era mi primer viaje en un gran trasatlántico y mi primer viaje a Europa. Yo conocía Nueva York, donde había estado muchas veces, Los Angeles, San Francisco, California, Chicago; pero nunca había estado en el Viejo Continente. Nos instaló el mayordomo del *Bremen* en una muy elegante suite que consistía en una gran recámara con cama matrimonial y otras dos chicas; las paredes estaban forradas de fina madera de ojo de pájaro.

Durante la travesía hubo ciclón, ¡tenía que ser! Donde yo voy, algo anormal pasa. Leola, mis hijos, mi cuñada y la nana se marearon horriblemente, yo me fui al bar y, ahí en la barra, aguanté la tormenta casi todo el tiempo mientras duró, sólo acompañado de un gringo que tampoco se mareaba, bueno, él sí se mareaba, pero con whisky.

No quedó, aparte de nosotros dos, ningún otro pasajero en el bar y sin él hablar español ni yo inglés, hicimos buena camaradería. En aquel enton-

ces yo era un coñaquero y ahora ya dije que acostumbro tomar whisky. Pasó la tempestad y fueron fiestas y bailes todas las noches, a los que íbamos mi esposa y yo. Mi cuñada Dulce, que era una chica de quince años, mis hijos y la nana se iban al cine, y la última noche "que es la del capitán", fuimos invitados de honor por el capitán del barco, que era un comodoro de la Marina alemana. A esa cena los caballeros íbamos vestidos de smoking y las damas de largo, de rigurosa etiqueta, pero no sólo en la mesa del capitán, sino en toda la primera clase. El capitán sentó a Leola a su derecha y a mí a su izquierda; después el primer y los segundos oficiales, todos acompañados de damas y algunos industriales americanos y alemanes.

Cuando yo vi la mesa le dije a Leola: "No pruebes un bocado hasta que no veas qué cuchillo, qué tenedor, qué gancho, qué pinzas, qué tenazas, qué cuchara utiliza el capitán", pues había en la mesa un pavoroso número de trinches desconocidos para nosotros y, como embajador, no quería enseñar la oreja. Y fuimos haciendo lo que el mono, que lo que ve hacer hace y salimos del paso; tanto Leola como yo queríamos que aquella cena terminara. Ahí me empezaron a llamar Excelencia y a Leola *Madame la embajatriz*. Entonces se oían bonitas estas frases que ahora me son indiferentes y le dije a Leola: "Si estas damas y estos caballeros que me llaman su excelencia me hubieran visto en la Revolución, no sé cómo me llamarían".

Después de seis noches y cinco días de navegación llegamos felizmente a Cherburgo (Francia). Estos trasatlánticos son tan grandes que no pueden atracar en los muelles de Cherburgo y, hasta la fecha, hay necesidad de que un remolcador traslade el pasaje a tierra. Estaba haciendo mucho frío y cayendo nieve. Yo envolví a mi hijo Gastón en una cobija potosina, lo bajé en brazos muy abrigado, pues durante el camino le había salido el sarampión y llegó con mucha calentura. Abajo nos estaba esperando el cónsul honorario de México en Cherburgo, un fino señor francés, que tenía aviso de Relaciones que yo llegaba y que me tenía que atender y también un chofer uniformado que la casa *Packard*, desde Nueva York, había arreglado que bajara mi gigantesco automóvil y lo condujera a París. El automóvil, que iba equipado con radio, cosa que nunca habían visto en Europa, llamó tanto la atención cuando lo usábamos en París, que se hacían verdaderos tumultos para oírlo.

Mi familia y yo nos trasladamos en tren a París y el automóvil se lo llevó el chofer con instrucciones de llevarlo a la Embajada de México; en París nos estaba esperando el doctor y general Francisco Castillo Nájera, jefe de nuestra misión en Francia y aunque todo mundo nos llamaba embajadores, como llamamos ahora ministros a los secretarios de Estado aquí en México, la verdad es que oficialmente entonces éramos ministros, el título era: enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, representante de México y del presidente de la República.

Acompañaban a Castillo Nájera los tres secretarios de la Embajada, el primer secretario, Luis Quintanilla, el segundo, Jaime Torres Bodet, y el tercero, Bernardo Reyes. Me los presentó Castillo Nájera y nos acompañaron a alojarnos al Hotel de Jena, que ya para entonces era viejo y destartalado. Le reclamé a Castillo Nájera: "¿Por qué me alojas en este cuartelón?", y me dijo que él había recomendado al secretario Quintanilla que me alojara en el mejor hotel, pero que como estaba tan cerca de la Embajada de México, creyó que me sería más cómodo. "Bueno —les dije—, esto me hará irme más pronto para Bruselas y cuando vuelva me voy a alojar en el Gran Hotel", que, según referencias que yo tenía, era entonces el mejor.

En París me visitó el doctor Leónides Andrew Almazán, exgobernador de Puebla, a quien me había tocado imponer allí por órdenes del general Calles antes de la rebelión escobarista, para satisfacer a su hermano, el traidor de profesión, Juan Andrew Almazán. Leonides había sido desaforado como gobernador de Puebla por la legislatura, pues se negó a aceptar la candidatura del general José Mijares Palencia, apoyado por el Partido y que naturalmente triunfó.

Después de cuatro o cinco días en París, me consiguieron los secretarios de la Embajada un chofer, también uniformado, pero de esos bribones de París, pues se dio cuenta de que ninguno de nosotros hablaba francés; él hablaba inglés. En el camino intencionalmente nos perdió, no sé con qué fin, pues después de que conocí la carretera, vi que solamente con intención se puede un chofer perder de París a Bruselas. Nos metió por unos barbechos y como se me hiciera sospechoso, saqué la cuarenta y cinco que llevaba en el véliz de mano y lo convencí pronto de que encontrara el buen camino y llegamos a Bruselas como a la media noche, con mucha lluvia y neblina, eran los primeros días de enero, y nos fuimos a alojar al gran hotel Metropolle, en el boulevar Max, ahora sí, en el mejor hotel de Bruselas, pues los días que estuve en París, me fueron suficientes para orientarme en esto.

A la mañana siguiente me fue a saludar al hotel Metropolle el secretario de mi Embajada, señor Fernando Lagarde Vigil, muy bajito de cuerpo y hombre muy inteligente. Todos estos secretarios después fueron embajadores muy distinguidos y, algunos, como Torres Bodet y Luis Quintanilla, ocuparon ministerios en algunos gabinetes en nuestro gobierno y con excepción de Lagarde, todos terminaron titulándose licenciados sin serlo. A Lagarde Vigil yo no lo conocía, repito que era muy inteligente y procedía de prosapia liberal, pues era nieto del ilustre juarista don José María Vigil; estaba casado con una judía francesa y ella pertenecía al Partido Socialista Francés de León Blum, era trotsquista y Lagarde compartía en parte las ideas de su mujer.

Nos fuimos a visitar la "Embajada" que era lugar indigno de haber estado en él un consulado de tercera clase; se componía el local de dos

cuartuchos con dos escritorios desvencijados y una máquina de escribir, dos sillones y un sofá; al lado del local vivía un dentista belga, soltero y que ahí se guisaba sus propias comidas, por lo que la sede diplomática de México todo el día apestaba a coles y a cebollas.

"Lo primero que va usted a hacer —le dije a Lagarde— es buscarme un palacete en la mejor avenida de Bruselas, que según sé es la avenida Louisse". "Pero ahí es muy caro", me dijo Lagarde y yo le contesté: "Soy embajador, no maletero de ferrocarril, no me importa lo que cueste, usted me lo busca y me lo encuentra; y dígame lo que tengo que hacer para cumplir con mi misión". "Hoy mismo —me dijo Lagarde— voy a dar aviso por escrito a Negocios Extranjeros (Relaciones) de la llegada de usted y, de hoy a mañana, visito al jefe del protocolo, conde (cuyo nombre no recuerdo) para pedirle su primera audiencia". Lagarde cumplió debidamente estos requisitos y fui citado para el día siguiente con él jefe del protocolo. En la presentación, el conde me dijo que tenía instrucciones de llevarme ante el ministro de Negocios Extranjeros, que a la vez era el presidente del Consejo de Ministros, pues había habido un movimiento parlamentario, en el que quedó como viceprimer ministro Vandervelde (a quien llevaba carta del general Calles) y el conde de Broqueville, presidente del Partido Católico y primer ministro; era, a la vez, ministro de Negocios Extranjeros (Relaciones).

Al día siguiente, con gran sorpresa de Lagarde, fui citado a la presidencia del Consejo por el conde Broqueville, pues, según me explicó mi secretario, la costumbre era recibir al enviado diplomático diez días después de haber pedido audiencia. "Esto es extraordinario", me decía Lagarde, frotándose las manos.

Y al otro día estuve con mi secretario Lagarde, puntual, a la cita en el ministerio de Negocios Extranjeros. El conde era muy alto y muy simpático, de setenta y tres años, muy fuerte y erguido y platicamos a través de Lagarde, pues entonces no hablaba yo una palabra de francés. Me dijo que su majestad, el rey Alberto Primero, había dispuesto que sin hacer caso del protocolo, se "imprimiera velocidad" a mi presentación de credenciales, pues dentro de quince días se celebraría el baile de corte en el Palacio Real y que aunque lo previsto por los cánones diplomáticos era que el rey me recibiera diez días después de que el ministro de Relaciones (Asuntos Extranjeros) me anunciara con él y que también el ministro de Negocios Extranjeros se tomaba un plazo de diez días para recibir al enviado; estos trámites diplomáticos se llevarían veinte días y el baile de corte se iba a celebrar dentro de quince días y quería su majestad que el embajador de México y la señora Santos concurrieran a ese baile y quería también darle tiempo a la señora para que se mandara confeccionar el traje de corte, según modelos a escoger de madame Nathan, que eran los aprobados en la corte

para esa gran ceremonia que hacía doce años no se celebraba por la dura situación por la que pasó el reino después de la guerra con los alemanes; que además tenía deseos de conocer al embajador Santos por las muchas protestas que, de México, habían hecho contra mi nombramiento altos dignatarios de la Iglesia Católica de México. Yo le di las gracias al conde por haberme recibido antes del tiempo que se requería y que le transmitiera a su majestad mi gratitud por la distinción que nos hacía a la señora Santos y a mí y que también tenía muchos deseos, y cuanto antes, de conocer y estrechar la mano del Rey Soldado y que las protestas de los altos dignatarios de la Iglesia Católica Romana en México, por mi nombramiento como embajador era una intervención más de las que el clero mexicano se permitía tener en los asuntos políticos y que a mí me honraban mucho esas protestas, pues yo no iba representándolos a ellos, que en mi patria no son ciudadanos. Se rió el conde, que era a la vez presidente del Partido Católico, pero era un viejo muy simpático y liberal.

A los tres o cuatro días me anunció el protocolo que su majestad el rey me recibiría a las once de la mañana y me fui a Palacio Real, acompañado de mi secretario Lagarde, portando mis cartas credenciales y el discurso que era de rigor llevarlo escrito y leerlo; ya para entonces sabía también que su majestad, Alberto Primero, hablaba español, lo que me dio mucho gusto. Llegamos a Palacio Real, se abrieron las puertas, el jefe de los maceros, vestido con un raro traje de seda rosa oscuro y lleno de encajes en las mangas, la levita también con encajes alrededor de la cola, pantalón corto, medias del mismo color y zapatillas, al tiempo que se abrió la puerta corrediza para que entráramos, dio un golpe en el piso y gritó: "Su excelencia el embajador de México". El rey estaba de pie, cerca del trono, hizo una reverencia y dijo algo en voz baja que no pude oír y nos aproximamos. Leí mi discurso que por protocolo tuvo que traducirlo al francés mi secretario Lagarde y el rey también contestó en francés.

Pasada la ceremonia nos sentamos el monarca y yo, Lagarde quedó de pie, y entonces, inmediatamente me di cuenta que estaba ante un gran hombre, pero no me cohibí; estaba yo acostumbrado a rozarme con grandes hombres, de su estatura humana, como Carranza, Madero, Obregón y Calles. El rey vestía uniforme de general de campaña, era muy alto y bien parecido, luego me empezó a platicar en español, me preguntó que de qué parte de México era y le contesté: "De San Luis Potosí". "No conozco la ciudad —me dijo—, pero he estado en la estación". Me preguntó si era hijo de españoles. "No, majestad —le contesté—, soy hijo de padres y abuelos mexicanos, bisnieto de españoles". "Tiene usted marcado tipo español", me dijo. Seguramente el rey

esperaba a un prieto bigotudo y panzón y me volvió a decir: "Usted no tiene mezcla de los aborígenes de México". "No, majestad —le contesté—, soy de sangre española".

Terminó la ceremonia y al pararme le dije en español: "Disculpe su majestad que no me pueda expresar en francés, pero le prometo que dentro de seis meses, si usted me hace el honor de recibirme, nuestra conversación será en francés". El sonrió y me dijo: "Se ve que es un valiente militar, nos trataremos como camaradas, pues yo antes que rey soy soldado".

El monarca nos recibió en esta ceremonia, uniformado, con traje de campaña; mi secretario y yo íbamos vestidos de riguroso frac y durante el tiempo que lo traté, jamás lo vi vestido de traje de calle, siempre iba con su uniforme de general en campaña.

Al día siguiente visité a la reina; ahí sí no hubo español, la reina Isabel era alemana pero esa entrevista fue más breve, luego siguió para el otro día la visita de Leola a la reina, la que se admiró mucho de verla tan joven y le dijo que la esperaba en el baile de la corte. Lo mismo me dijo a mí el rey Alberto. A los diez días estuvo terminado el traje de corte de mi señora, mediante "aceleramiento" de decoroso regalo en oro a madame Nathan (shut con oro nada hay que falle). Por cierto, el traje de Leola hizo época en la corte.

Según el protocolo, debería yo visitar al Nuncio Apostólico, representante del Vaticano y decano del cuerpo diplomático, pero no lo visité. Visité al embajador de Francia, *monsieur* Claudel, que le seguía en precedencia, visité al embajador inglés y a algunos de los embajadores latinoamericanos y dejé las demás visitas, que son de rigor, para después del baile de la corte.

La noche del baile de corte en el Palacio Real, llegamos todos los invitados al mismo tiempo, pues en la vida diplomática de aquella época, se requería de exactitud en todas las citas; y un chambelán del rey, o heraldo, no recuerdo bien, estuvo llamando a viva voz (pues entonces no había magnavoces) a los invitados. Naturalmente, primero que nadie a los embajadores de Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, Italia, Japón, que eran las grandes potencias. Entonces no tenían relaciones con Rusia y después nos fueron llamando por orden alfabético a los demás países.

Lo primero de rigor, al llegar, era saludar al rey Alberto, a la reina Isabel, a Leopoldo, el príncipe heredero, a la princesa Astrid, esposa del príncipe heredero y después, saludaba cada quien indistintamente a quien mejor le parecía. Hubo música clásica, la gran cena donde no tuve que sufrir los tormentos de los trinches del trasatlántico *Bremen*, pues aquella cuchillería era más normal. Ahí tuvimos oportunidad de conocer al príncipe heredero de Inglaterra, que se llamaba entonces príncipe de Gales y que después fue el renunciado rey Eduardo VIII; a su hermano, el príncipe de Kent, después rey Jorge VI, que fue quien sustituyó a su hermano Eduardo VIII cuando éste renunció al trono, y a otras muchas personalidades de la nobleza y de la alta política europea.

Los embajadores más jóvenes éramos el embajador de Grecia y yo, y de las embajatrices, ni qué hablar, pues aparte de la mía, que no cumplía los veintidós años, todas las demás pasaban de los cuarenta, eso sí, había muchas jóvenes de las casas reales de Europa y de las esposas de muchos primeros secretarios de las embajadas.

Al embajador de Alemania, que era un bárbaro simpático, por cierto moreno, al que Hitler eliminó después por la "vía corta", ocupaba lugar modesto; entonces en la presidencia de Alemania estaba el mariscal de campo Paul von Hindenburg. Tengo que decir, porque esa es la verdad, que mi "embajatriz" (Leola), en aquella corte fue muy admirada por su belleza, su juventud y su elegancia y sólo competía con ella, en belleza y juventud, la princesa Astrid, esposa de Leopoldo, el príncipe heredero, pues en elegancia no, porque ellos andaban muy transparentes de "jolás" (dinero). En ese tiempo Bélgica no había resurgido de sus sacrificios de guerra con Alemania.

En el baile, cuando el chambelán mayor dio la señal de que la concurrencia avanzara al *buffet*, desfilaron primero los reyes y los príncipes y los demás príncipes extranjeros y enseguida todo mundo se avalanzó como caballada en rastrojal; yo le decía a mi secretario Lagarde: "Toda multitud es plebe", y él se reía mucho de mis observaciones. "Además —le decía—, los de aquí son tan afectos a la gorra como en una boda de Peralvillo", y mi secretario Lagarde seguía riéndose de mis ocurrencias poco protocolarias.

A Leola le tocó por compañero, para conducirla a la mesa, el príncipe de Mónaco (léase Monte Carlo) y a mí una princesa inglesa que hablaba español. Leola y el de Mónaco iban adelante de mí y de mi pareja; el príncipe, cincuentón y chaparro; iba vestido con un traje de seda verde, medias carmesí y pantuflas negras, con un gran levitón del cual pisé dos veces la cola, y en una de ellas volteó con la cara un poco descompuesta y me dijo algo que no entendí y yo volteando a ver a mi secretario que venía detrás de mí con su señora le dije: "Este rey de bastos parece corajudo". Leola me dijo: "Habla español"; y yo le contesté: "Pues peor para él", y seguimos adelante (Leola pensó que mis pisotones fueron intencionales).

Después del *buffet*, que fue de "arrebatinga", los príncipes herederos rompieron el baile; Leola salió a bailar con el príncipe de Mónaco que, como ya dije, era muy chaparro y con la princesa inglesa salí a bailar yo. Después de la primera tanda del baile, Leola me dijo: "Yo ya no bailo con este viejo porque baila muy mal y me ha dado tres pisotones", y en eso estábamos, cuando se nos acercaron los príncipes herederos, el príncipe Leopoldo, que después fue rey y más tarde destronado, y su es-

posa, la princesa Astrid, muy bella. El príncipe se dirigió a los dos, invitándonos a cambiar pareja a lo que los dos accedimos sintiéndonos muy honrados y pensé: "¡Ay, qué lejos quedaron los tiempos de la Cativa!" (mi compañera de campaña en la guerra contra los cristeros).

Pasado el baile, al otro día me presenté acompañado por mi secretario Lagarde y el gran mariscal de la corte, a depositar una corona al soldado desconocido y después me dediqué a hacer todas las visitas que obligatoriamente tenía que hacer, lo que en diplomacia se llama la *tourné*. Visité al príncipe heredero y a la princesa Astrid y por mi cuenta me dediqué a hacer visitas a los grandes políticos: al vicepresidente del Consejo, Vandervelde; a Hoffman, burgomaestre de Amberes y presidente del Partido Socialista Flamenco, con quien después hice muy estrecha amistad personal; al joven diputado Pierard, líder de los mineros, que era de mi misma edad; a *monsieur* Spaak, líder de los socialistas de la Cámara de Diputados y después ministro de Relaciones y primer ministro y jefe del gobierno belga en el destierro, al triunfo de los aliados cuando la ocupación alemana, y me dediqué también a instalarme en la mansión que me había conseguido mi secretario Lagarde en la avenida Louisse 486, pegada al *Boa de la Chambre* (el gran bosque de Bruselas) y ahí en mi palacete, que pertenecía en propiedad al príncipe Napoleón, hermano de Jerónimo Bonaparte y que ahora ya no se llaman Bonaparte sino Napoleón, empecé a recibir las visitas de los personajes que yo había visitado.

Me inscribí en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de Amberes en la que no aprendí nada de lo social y mucho menos de política, pues esa ciencia no se aprende estudiando; me inscribí también en Bruselas en un instituto de lenguas en donde estudiaba el francés tres horas por la mañana y a la Embajada iba por la tarde a darme lecciones un profesor de la Universidad de Bruselas del Partido Liberal, durante dos horas todos los días, excepto sábados y domingos. Ordené a mi servidumbre que ninguno hablara una palabra en español, al chofer y a todos di consigna que ni a mí, ni a mi esposa, ni a mis hijos, ni a mi cuñada, ni a la nana María, nos sirvieran nada que no pidiéramos en francés. Los muchachos aprendieron muy pronto y los grandes a los seis meses hablábamos corrientemente, claro que entre más tiempo fue pasando, más lo fuimos practicando, oyendo el radio, asistiendo al teatro y al cine y de persona a persona, sobre todo yo en las noches lo practicaba mucho en los centros nocturnos.

También asistía a conferencias, sobre todo a las que cada quince días venía a dar a Bruselas el mariscal Pétain, acompañado de su ayudante, el general brigadier Charles de Gaulle con quien desde entonces hice amistad, la que conservé hasta su muerte, siendo él gran presidente de Francia.

Existía de Tampico a Amberes una magnífica línea de vapores ale-

manes de pasajeros y carga, con dos barcos magníficos, uno de ellos se llamaba el *Orinoco* y el otro *Esperanza*.

Del rancho Gargaleote que entonces estaba a tres horas de Tampico por ferrocarril y ahora se encuentra a una hora por carretera, me mandó mi administrador, Luciano Eraña, siguiendo órdenes mías, "un metate curado con su respectiva mano", un molcajete también curado con su respectivo *tecuicha*, cecina y tasajo de carne seca como no se hace ahora pues aquellos matanceros eran artistas y solían confeccionar, para mí, una sola cecina de un novillo entero. Me mandaban toda clase de chiles conocidos en México, latas de manteca de puerco, chorizo, especialmente confeccionado, frijol negro, cal para las tortillas y cantidades de hojas de maíz bien preparadas y listas para hacer tamales, cervezas mexicanas de todas las marcas, café y chocolate de metate; el gobernador Saturnino Osornio, de Querétaro, me mandaba carnitas de puerco en latas de manteca bien soldadas que llegaban y se conservaban en perfecto estado; me mandaba mi administrador aguardiente de caña con jobo, vainilla o puro tequila y mezcal. Los generales Andrés Figueroa, comandante militar de Jalisco y Manuel Avila Camacho, comandante de Mascota, Jalisco, me enviaban cantidades de cajas de puros mexicanos que me sirvieron mucho para atraerme amistades entre los personajes de la política y fuera de ella; por ejemplo, la del violinista privado del *zar* Nicolás de Rusia, que estaba desterrado en Berlín y tocaba en el centro nocturno más fantástico de Europa; me refiero a mi amigo Boulangé, del cual hablaré más adelante. También me surtía de estos tabacos mi paisano y fraternal amigo, el general Severino Terrazas, pero nadie me hizo nunca envíos de estos tabacos como mi querido amigo y compañero de luchas, el gobernador de Tabasco, licenciado Tomás Garrido Canaval, empaquetados los puros en cajas elegantísimas de maderas preciosas, envueltos en papel dorado o plateado y con una inscripción labrada en las cajas que decía: *Puros de Gumanguillo, Tabasco, México. Obsequio especial del licenciado Tomás Garrido Canaval para su excelencia el embajador de México, don Gonzalo N. Santos*. Con este motivo empecé a fumar puros, pues no me parecía bien llegar a regalarlos y decirles que yo no fumaba, pero sólo lo hacía cuando llevaba los obsequios y pronto lo dejé por consejo del médico alemán del barco *Europa*. El coronel José Delgado, gobernador del estado de Sinaloa y el diputado Chema Dávila, secretario de gobierno, me enviaban chilorio de Sinaloa, que es una especie de salpicón de carne de puerco guisada con chile y especias, me lo enviaban en latas de manteca herméticamente cerradas con estaño en donde se conservaban muy bien. Este guiso sólo requería calentarse en una sartén en la misma manteca en que me llegaba; me enviaban también cajeta de Celaya y ates, no precisamente de Morelia, sino de San Luis Potosí.

El flete por mar era en aquel entonces muy barato, el envío de las cartas entrega inmediata era más rápido por los grandes trasatlánticos,

hacían aproximadamente seis días los barcos alemanes de Tampico a Amberes y la carne seca y el chorizo, así como los demás guisos que me enviaban, me llegaban en buenas condiciones, más que de Gargaleote a México, pues el aire del mar conserva muy bien lo mismo los puros que las carnes y la cajeta de Celaya.

Encargué que me enviaran también artísticos sarapes hechos en San Luis Potosí, rebozos de Santa María del Río, algunos de ellos dedicados a las damas de alcurnia con su nombre entretejido en los flecos y grabados en el estuche de madera con el escudo nacional de México a colores. Estas prendas se encargó de obsequiarlas Leola empezando por las reinas y princesas, así como esposas de los primeros ministros.

Llevé a Bélgica una silla de montar charra, creo que hasta la fecha no hay otra igual en México, toda bordada en hilo de oro con todos sus arneses, freno y cabezadas de plata, argollas de plata, espuelas de plata. Esta silla la mandé exhibir en el cine *Metropolle* en el corazón de Bruselas, le pedí al rey Alberto que en una pasada la viera, lo que hizo y la elogió mucho. Se la iba a regalar al monarca cuando se mató, o más bien dicho cuando lo asesinaron los nazis con la complicidad de su chofer que lo empujó a un precipicio.

Celebrábamos en la Embajada de Bruselas, todos los jueves, una comida mexicana a base de platillos huastecos y el cinco de mayo de 1933, invité a todos los diplomáticos mexicanos en Europa, a la notable cantante duranguense Fanny Anitúa, que estaba en París, a Ignacio Fernández Esperón (Tata Nacho) y a la bella y simpática cantante del folklore mexicano, la joven artista Celia Montalbán, que estaba en Bruselas, a que me acompañaran a una ceremonia que la Embajada iba a celebrar en Amberes. El día cinco de mayo también había invitado a las autoridades militares, civiles y marítimas y a los altos jefes del Partido Socialista Flamenco, para lo cual rentamos un teatro para esa noche; también invité al personal de mi Embajada.

Primero hicimos la acostumbrada comida mexicana en la Embajada y por la noche nos trasladamos a la ceremonia en un teatro en Amberes. Ahí habló el embajador de México en Francia, doctor y general Francisco Castillo Nájera, el cónsul general de México en Francia, general Eduardo Hai y yo; y para dar las gracias a las autoridades belgas y al culto público de Amberes por habernos acompañado al festival, que por cierto resultó muy lucido, habló el conde que era gobernador de Flandes y burgomaestre de la ciudad y presidente del Partido Socialista Flamenco, mi gran amigo Hoffman. Al terminar la ceremonia del cinco de mayo de 1933, se cantó el Himno Nacional Mexicano y el himno nacional belga que se llama la *Bravanzona*; después ofreció la Embajada de México una cena. Asistieron también al festival todos los cónsules extranjeros en Amberes, con sus esposas, el mariscal jefe del

puerto de Gante, lo más representativo del Partido Socialista Flamenco, de las Cámaras de Comercio e Industria y otros más.

Después fui invitado por *monsieur* Edouard Herriot, primer ministro de Francia y presidente del Consejo, a la Convención del Partido Radical Socialista del cual *monsieur* Herriot era jefe. Este Congreso se llevó a cabo en la ciudad de Lyon, de donde *monsieur* Herriot era oriundo y eterno burgomaestre. Mi amistad con *monsieur* Herriot se debía a la carta que le llevé de su amigo el general Plutarco Elías Calles; ahí presencié los debates entre las tres alas del Partido: la de la izquierda, que eran los socialistas clásicos; la del centro, socialistas moderados, y la de la derecha, compuesta por los curas ensotanados de Alsacia y Lorena y de los católicos socialistas de otras regiones. De Francia admiré mucho al Partido Socialista Radical y sus sistemas, la cultura de sus miembros y su tolerancia en la inteligente manera de conducir los debates; a sus grandes oradores; pero, ¡ay!, vi claramente que su sistema no era aplicable a nuestro medio y no me contagié de irrealismo como se contagió en mucho el general Calles, lo que ocasionó que don Plutarco destruyera la máquina política del Partido que con él formamos y sintiéndose Calles muy político "europeo", se fue al abismo criticando pública y duramente nuestros sistemas en las Cámaras y las tácticas de lucha de las organizaciones obreras mexicanas que formaban el Partido Nacional Revolucionario. Yo tenía veinte años menos que Calles y los mismos años de lucha que él.

Poco tiempo después hubo una crisis ministerial y acordaron los partidos poner como presidente del consejo y primer ministro, a *monsieur* Vancelán un financiero equivalente a Rottschild en Francia, a Rockefeller en los Estados Unidos y a Espinosa Yglesias en México. Apolítico y sin partido que dio una fiesta en la presidencia del Consejo, a la que asistieron los reyes y todo el cuerpo diplomático, y ahí, estando yo haciendo grupo con los latinoamericanos, se desprendió de nosotros el embajador de Chile, un reaccionario ultramontano, pariente del dictador Legía, que gobernó en Chile y se fue a saludar al Nuncio Apostólico, cardenal monseñor Mikara, ante quien postró una rodilla y le besó el pastoral. Hablaron algo que yo no pude oír y después el Nuncio y el embajador chileno, que se llamaba Valdez de Mendeville, se dirigieron hacia mí y el Nuncio, sin previo saludo, me preguntó: "¿Eres tú el embajador de México, hijo?" Y yo le contesté: "Sí, excelencia" (dándole el tratamiento diplomático y no el religioso de eminencia que todos le daban). "¿Eres casado?", me preguntó y le contesté: "Aquí le presento a mi esposa, esta bella joven que me acompaña". Dirigiéndose a mi esposa le preguntó: "¿Son casados por la iglesia?" "No, señor", le contestó Leola. "¿Tienen hijos?", me preguntó a mí y yo le contesté: "Sí". "¿Cuántos tienen?", me volvió a preguntar y yo le contesté: "Tenemos dos, y tú, ¿cuántos tienes?" le pregunté. Los latinoamericanos se dis-

persaron, pero seguimos hablando el Nuncio y yo y me preguntó: "¿Están bautizados?" Y yo por joderlo le contesté: "No, cuando sean grandes que resuelvan ellos mismos lo que les parezca". "Pobrecitos —dijo—, ya hablaremos de eso cuando me vayas a visitar". "Te voy a visitar —le dije— después que tú me visites a mí", y luego, dirigiéndose a mi señora, le dijo: "Pronto te visitaré, hija", y mi señora le contestó: "Será usted bien recibido". Ese fue mi primer encuentro con el Nuncio Apostólico y decano del cuerpo diplomático en Bruselas. Después tuvimos muchos encuentros y llegamos a ser buenos amigos y nos visitó varias veces en la residencia de la Embajada de México en visitas privadas, que yo no correspondí, pero Leola sí. Era el cardenal Mikara un gran político, nada mocho y llegó a formar parte del Concilio de los Trece que forman el Cónclave que de hecho nombra al Papa y, por lo tanto, estuvo muy cerca de ser el sumo pontífice. Después, el Vaticano lo mandó a España a preparar la guerra contra la República, lo que llevó a cabo con éxito sublevando al ejército español y a todas las fuerzas reaccionarias.

Mi vida en Bruselas pasó muy placenteramente, el rey Alberto Primero, tal vez el hombre más grande de Europa en su tiempo, y a quien consultaban el rey Jorge V de Inglaterra, el presidente Poincaré de Francia, el rey Alejandro de Yugoslavia, el rey Víctor Manuel de Italia y todos los grandes jefes de Estado, nos dispensó una amistad a Leola y a mí muy marcada y muy honrosa, y a mí me dio un pase para que pudiera utilizar, cuando quisiera, su frontera particular sin pasar aduanas. Me dio consejos de muy buenos "abrevaderos" en París, para calmar su sed el Alazán Tostado. Aproveché mi estancia en Bélgica para visitar Europa hasta Asia Menor; a veces en tren, a veces en automóvil y recorrí todo Francia y España en automóvil, pues entonces no se viajaba en avión. Mi esposa y yo tuvimos, durante nuestra estancia en Bélgica, relaciones con las más encumbradas personalidades, con intelectuales, con artistas, con industriales, con los líderes parlamentarios y sus esposas, con clase media, con dirigentes obreros y comerciantes, hicimos vida social dentro y fuera del círculo diplomático y viajamos constantemente.

Antes de cumplir los dos años como embajador en Bruselas, recibí una carta de mi compadre el doctor Alfonso G. Alarcón, que residía en Tampico. El doctor Alarcón fue de los fundadores del Club Antirreeleccionista que residía en Puebla bajo la dirección del mártir de la Revolución Aquiles Serdán. Siendo estudiante de medicina del cuarto año, al triunfo de la revolución maderista se trasladó a México, terminó sus estudios en la capital y se lanzó como candidato a diputado por un distrito del estado de Guerrero, habiendo salido triunfante. Entró al Bloque Renovador que dirigían los diputados don Gustavo A. Madero, el licenciado Luis Cabrera y el licenciado Pedro Antonio Santos. A la forzada renuncia de los señores Madero y Pino Suárez, fue el doctor Alarcón uno de los veintitrés diputados que votaron no aceptando la renuncia, por lo que sufrió prisión durante el gobierno huertista junto con los demás diputados que no se fueron a la Revolución; y al triunfo del constitucionalismo se retiró decepcionado de la política a ejercer su profesión y se estableció en Tampico, donde adquirió una gran reputación como médico de niños. Encompadramos en Tampico en el año de 1923, pues apadrinó a mi hijo Gonzalo.

Junto con la carta que me envió estando yo como embajador en Bruselas, el doctor Alarcón me adjuntó la copia de un estudio sobre la manera de proteger y cuidar a los niños, cuyo original del estudio científico había enviado directamente al centro internacional respectivo a este asunto que residía en Bruselas y mi compadre me pedía que vigilara yo, como embajador de México, y como amigo, que su estudio fuera debidamente considerado, pues a la fecha que él me escribió, ya sólo quedaban en la Lisa Científica, once países representados por once médicos, entre los que se encontraba él y se trataba de la Corona Olímpica Mundial para el mejor estudio de estas cuestiones de la infancia.

Yo desde luego me trasladé al Comité que manejaba el concurso científico, hablé con los directores y les informé de viva voz quién era el doctor Alfonso G. Alarcón respecto a sus virtudes cívicas, pues de las científicas ellos estaban más calificados para hacer el estudio de la copia que yo portaba. Los del Comité me dijeron que México era uno de los once países que quedaban en la Lisa y por oficio se dirigirían a mí, informándome del resultado. Dejé pasar ocho días y aunque ellos tenían el original, les envié la copia del estudio del doctor Alarcón, rogándoles me participaran cuándo sería el fallo final y les adjunté junto con mi carta, un cheque por dos mil dólares oro, pues entonces no había de otros, diciéndoles que la Embajada de México contribuía con esa modesta ayuda para que continuaran sus labores científicas en pro de la niñez mundial. Ocho días después fuimos citados al Estadio Real los once embajadores de los países que habían quedado en la Lisa. El Estadio estaba repleto de gente y abundaban los científicos, intelectuales y personalidades políticas, financieras, eclesiásticas, militares, el Comité pro Niñez Internacional, presididos por el rey y la reina. Después de los discursos protocolarios, el secretario del Comité leyó en voz alta y por los micrófonos que había triunfado en la Lisa Mundial el estudio científico del doctor Alfonso G. Alarcón y que rogaban al embajador ahí presente, que pasara al estrado a recibir la Corona Olímpica Mundial de Oro para que la hiciera llegar al triunfador, el doctor mexicano Alfonso G. Alarcón. El aplauso del público fue unánime y Leola se unió a ellos con toda vehemencia. Yo bajé del palco donde me hallaba y atravesé a paso de triunfador el Estadio hasta donde se hallaban los reyes y el Comité y después de hacerme entrega de la Corona, dijo el presidente del Comité un breve discurso felicitando a México por este triunfo científico y a su embajador, *monsieur* Gonzalo N. Santos que

recibía ese galardón para entregárselo al triunfador. Yo contesté dirigiéndome a los reyes, al Comité Olímpico y a todo el culto público belga, dando las gracias por este honor tan grande que había alcanzado mi país y un científico mexicano y regresé a mi palco en medio de los aplausos de toda aquella selecta concurrencia.

Yo creo que el doctor Alarcón hubiera obtenido el triunfo de todas maneras, puesto que no le quedaban más que diez contrincantes, pero me pareció prudente haber aventado aquel "pequeño cañonazo" que en aquellos tiempos era mucho dinero. La Corona llamada de oro era de plata dorada, pues los europeos y especialmente los belgas no son muy espléndidos, pero yo le mandé poner a la Corona un estuche magnífico en una joyería de París y llegando a México le mandé dar cinco baños de legítimo oro.

Cuando le comuniqué por cable el triunfo que habían obtenido él y México, me contestó en términos emocionados. Yo le pregunté que si le enviaba en la valija diplomática por correo certificado la Corona, o se la llevaba personalmente, pues estaba próximo a ir para México. El me pidió que se la trajera personalmente y cuando se la entregué en la Secretaría de Relaciones Exteriores en presencia del ministro general Eduardo Hai, de Jaime Torres Bodet, que no recuerdo qué puesto desempeñaba entonces y de otros funcionarios, no pudo contener las lágrimas y dijo: "Aparte de nuestro cariño, aparte de nuestro compadrazgo, aparte de nuestra amistad, abrazo al gran embajador de México que ha sabido darle lustre a nuestra nación". El doctor Alfonso G. Alarcón, que aunque era un sabio estaba arrumbado en Tampico como médico de provincia, se trasladó a la capital y reanudó su carrera como especialista en niños, pero alejado de la política.

Cuando Adolfo Ruiz Cortines era candidato a la presidencia de la República, le llevé a presentar al doctor Alarcón; yo le conté sus antecedentes maderistas y dejé que él le contara lo relativo a su triunfo científico internacional y le llevó a enseñar a Ruiz Cortines la Corona. Después de felicitarlo Ruiz Cortines, aunque tardíamente, pues no había tenido antes el gusto de conocerlo, le dijo que una avalancha de guerrerenses lo postulaba senador de la República. Mi compadre, que tenía más de veinte años de no pararse en el estado de Guerrero, quiso hablar algo, pero yo lo interrumpí y le dije en presencia de Ruiz Cortines: "Cuando te den la 'vaquilla corre con la soguilla' ". Se estrecharon la mano Ruiz Cortines y el doctor Alarcón y de ahí salió ungido como senador de la República.

Es sabido que entre las ciudades de Bruselas y Amberes siempre ha habido gran rivalidad. Bruselas es la capital del reino y la política, y Amberes la capital del dinero. Los de Bruselas y toda la región Walona son franceses y los de Ambreres y toda la región de Flandes son flamencos; se hablan oficialmente los dos idiomas. Un día vino el cónsul de México

en Amberes, profesor Lozada a decirme que el gobernador de Flandes, conde cuyo nombre no recuerdo, casado con una princesa prima hermana del rey Alberto, me invitaba a una visita oficial en mi calidad de embajador de México y vino a hacerme invitación para visitar los puertos de Flandes, el jefe del Partido Socialista Flamenco y burgomaestre de Amberes, *monsieur* Hoffman; también en mi calidad de embajador. Les pedí unos días para pensar y consultar el caso con mi secretario Lagarde, que era muy ducho en estos asuntos y muy inteligente, pero enemigo de los protocolos y de viejos convencionalismos y me dijo: "Nunca antes ha sucedido que el jefe de una misión diplomática extranjera haga visita oficial a Flandes, mas en estos momentos que hay gran pugna entre walones y flamencos es arriesgado, pero sería muy interesante". Y le dije a Lagarde: "Llame al cónsul Lozada (no recuerdo su nombre, pero era de Guanajuato) y dígale que comunique al conde gobernador (que pertenecía al Partido Católico y a Hoffman, que jefaturaba el Partido Socialista) que acepto la invitación; —y también le dije a Lagarde— si hay pedo en esto, lo más que puede suceder es que me declaren *non grato* o que mi mismo gobierno me corra, con lo cual saldré ganando, pues ya he dicho a usted y a otros que yo no he venido a Bélgica por diplomático, sino que estoy aquí por nocivo". Y de acuerdo con el burgomaestre Hoffman de Amberes y el gobernador de Flandes, fijamos fecha para durante el día visitar muelles, canales y terminar la visita en lo que al burgomaestre se refería, en el palacio del burgomaestre el hotel D'ville, y la recepción de la noche en el palacio del gobernador. Y así lo hicimos comenzando la visita a Flandes por Gante, en donde nos estaba esperando una comitiva al frente de la cual estaba un mariscal de cuyo nombre tampoco me acuerdo, pero era un veterano que peleando a las órdenes de los alemanes, perdió una oreja que le fue arrancada por un sablazo del enemigo francés.

Continuamos el viaje de Gante a Amberes en un pequeño barco y en el muelle nos estaba esperando Hoffman, el burgomaestre, con los concejales de la municipalidad de Amberes; después de visitar todas las instalaciones del gran puerto, se nos ofreció una comida en el hotel *D'Ville* que era el Palacio Municipal. Por la noche, a la hora fijada, nos presentamos mi señora y yo acompañados del cónsul, profesor Lozada, y su señora, al Palacio Municipal. Yo iba de riguroso frac, que era nuestro traje de etiqueta para estas ocasiones y mi señora de largo, pero yo, por mi falta de práctica, no sabía si al frac debería ponerle corbata blanca o corbata negra, de las que se usan con los smokins. Le pregunté a mi señora lo que debería hacer y no me sacó de dudas y con el frac me puse indebidamente la corbata negra; pero al llegar al palacio del gobernador, donde nos estaba esperando la guardia vestidos a la época de la edad media, vi que los que avanzaban de civiles a nuestro encuentro venían de frac y corbata blanca. Y mientras los he-

raldos golpeaban los mazos y cantaban la *Bravanzona*, le arranqué a uno de la comitiva del gobernador su corbata blanca, le di la mía negra y un billete de quinientos francos. El hombre quedó sorprendido, pero nosotros seguimos marchando hacia donde nos esperaban el conde gobernador y su esposa, la princesa. Ya para entonces me había puesto mi corbata blanca. Al que le hice el cambiazo de corbata, guardó su billete y no dijo nada. Después, durante la velada, cuando ya todos estábamos muy animados y la princesa me llamaba *Mon petit huaso* (mi pequeño pajarito), y me daba de beber coñac en la boca, me animé y les conté a todos el incidente de la corbata, lo que mucho festejaron. Este incidente lo conoció toda la elegante concurrencia y me tomaron muy a bien, desde entonces hicimos mi señora y yo muy buena amistad con el gobernador y la gobernadora de Flandes. Antes de despedirme puse mi firma en el libro de oro.

Después de este viaje y a los seis meses de estar yo al frente de la Embajada, fui a cumplir mi promesa de conversar con el rey Alberto en francés; me felicitó y nos invitaron él y la reina, a Leola y a mí, a comer en el castillo de Laken, en su residencia íntima, un pequeño *bungalow* donde habitualmente vivían modestamente; el gran castillo sólo lo ocupaban para visitas oficiales.

Les llevamos Leola y yo a los reyes más de cincuenta discos con música mexicana antigua y de la época, discos que el monarca estuvo tocando antes, durante y después de la comida que nos ofreció; algunas eran canciones procaces de la Revolución, el rey las entendía perfectamente porque dominaba el español, la reina no. Ahí me platicó el rey Alberto cómo llegó al trono. El no tenía derecho, era sobrino del rey Leopoldo Segundo y, por cierto, su tío no lo quería. Leopoldo Segundo tenía dos hijos, el príncipe heredero y otro más. El príncipe heredero murió en un duelo a pistola con un teniente del ejército belga ofendido en su honor y el gran rey Leopoldo Segundo mandó al matador de su hijo en buena lid, desterrado de guarnición al Congo Belga. El segundo hijo de Leopoldo, que había quedado como príncipe heredero, fue muerto a puñaladas por un zapatero que lo encontró *in fraganti* con su mujer desapareciendo después.

El entonces príncipe Alberto, sobrino del rey y a quien llamaban el Príncipe Obrero, porque se la pasaba trabajando en las minas de carbón como ingeniero, había hecho un viaje a México y, mediante su influencia, logró que los magnates americanos de los ferrocarriles le proporcionaran en Laredo, México, una máquina que él mismo iba conduciendo, vestido de maquinista, auxiliado por el maquinista titular, hacia la Ciudad de México, con sus respectivos fogoneros. El príncipe naturalmente iba de incógnito y al llegar a la estación de la ciudad de San Luis Potosí, en el tren de pasajeros que él conducía desde la máquina, recibió un cablegrama urgente del rey Leopoldo, diciéndole que habiendo muerto el príncipe heredero,

regresara inmediatamente a Bruselas y de ahí, de la estación de San Luis Potosí, tomó el tren que iba de la capital hacia la frontera de los Estados Unidos; ya vestido de traje y conservando su incógnito, pero viajando en carro pullman. Así regresó el que fuera después rey Alberto Primero de los belgas a Bruselas y es así como llegó a monarca el gran Rey Caballero. Esto que su majestad Alberto Primero me contó a mí, ya era muy sabido en la corte y entre los altos jefes de la política belga y además agregó: "Por eso, cuando su excelencia me presentó sus credenciales y me dijo que era oriundo del estado de San Luis Potosí, le dije que conocía la estación de San Luis Potosí, pero no la ciudad".

Durante esa comida, su majestad me preguntó mis impresiones respecto a la visita que mi señora y yo hicimos oficialmente a la provincia de Flandes, al puerto de Gante y a Amberes y le conté detalladamente mis impresiones. Primero le dije que había ido a depositar una corona a los marinos muertos en la defensa de Amberes, que el rey Alberto había llevado personalmente contra los alemanes; le dije que hice una guardia con emoción, pues entre los marinos caídos en la lucha, a las órdenes de él, estaba una lápida con el nombre de un marino mexicano (cuyo nombre ahora no recuerdo). Me dio las gracias el monarca y le seguí diciendo: "Pero lo que más me impresionó, fue la estatua ecuestre de su majestad en memoria de la batalla". "¿Y por qué?", me preguntó el rey. "Porque está su majestad a caballo con la espada en la mano y apuntando directamente al Banco Nacional y esto me pareció muy mexicano". Los reyes se rieron muy amablemente. Le dije también que yo sabía que era la primera vez que un embajador extranjero hacía una visita oficial a Flandes y que esperaba que esto no se tomara a mal. El rey me contestó que todos los embajadores deberían imitar lo que yo hice, pues Bélgica son dos países y una sola patria, en uno está la Walona y en el otro Flandes.

Terminó la comida, nos retiramos a la Embajada de México y conté a mi secretario Lagarde del éxito de nuestra visita a los reyes y él se encargó de propagar a todo el cuerpo diplomático, especialmente a los latinoamericanos el éxito de nuestra visita, causando la terrible envidia del terrible reaccionario ultramontano, mocho, embajador de Chile, Valdez de Mendeville. Lagarde lo que contó con más énfasis fue la comparación mexicana que hice del rey Alberto.

Después de un tiempo, fuimos invitados por los reyes a la celebración del centenario del ferrocarril de Bruselas a Amberes y los acompañamos. Era domingo y seguramente los demás miembros del cuerpo diplomático andaban de fin de semana y Leola y yo fuimos los únicos representantes extranjeros que los acompañamos.

El siguiente viaje lo hicimos a los Balcanes y Turquía y en Constantinopla, mejor dicho en Estambul, nos alojamos en el hotel Pera Palace, que era el más moderno y que se encuentra no en Constantinopla, que

es la parte vieja de la ciudad, sino en el lado del Bósforo, en Estambul; es el más moderno y en donde nos sucedió un incidente: resulta que andábamos Leola y yo en las calles de Estambul conociendo y comprando algunas cosas, sobre todo pijamas y camisas de seda y a nuestro regreso al hotel, estaba tendido un fuerte batallón con sus armas a bayoneta calada y no nos dejaban pasar para el hotel. Ningún oficial me entendía en francés y a Leola tampoco la entendían en inglés, hasta que vino un oficial y nos preguntó en francés qué deseábamos. Me identifiqué como embajador de México en Bélgica y Leola también, le dijimos que estábamos de visita en Estambul y que estábamos alojados en el hotel Pera Palace. El oficial nos dijo que por determinado tiempo nadie podía entrar ni salir del hotel, porque estaba alojado en él el presidente Kmal Atatürk (que antes se había llamado Kmal Pasha). Le dije a Leola que seguramente había habido un gran lío, porque siempre a donde voy hay problemas. Le pregunté al oficial que a qué hora podríamos entrar al hotel y a qué hora podríamos pasar a nuestro alojamiento. Me pidió que esperara, que iba a pedir órdenes. Regresó el oficial, desenvainó la espada y nos dijo en francés: "Por órdenes de su excelencia, el señor presidente de la República, pueden ustedes pasar, excelencia", y pasamos. En el gran *lobby* del hotel se estaba sirviendo un banquete sumamente concurrido por militares y civiles. El oficial nos condujo hasta un jefe militar y él nos llevó hasta la presencia de su excelencia, el presidente de la República. El nos preguntó si nos habían molestado y le dijimos que no. Nos invitó a sentarnos y a tomar una copa con él y sus más allegados; sacamos nuestros pasaportes y se los enseñamos al gran presidente. El se paró y nos besó a los dos y nos invitó nuevamente a tomar una copa de champaña. Le dije que le agradecía mucho la champaña, pero que primero deseaba nos mandara servir a los dos una copa de coñac para reponernos del susto. Se rió y me preguntó algo muy breve de la Revolución de México. Yo también brevemente le contesté. Me preguntó si había participado en la Revolución y le contesté: "Excelencia, he participado y sigo participando, pues la Revolución armada ha terminado, pero continúa la Revolución social". "Así pasa aquí en Turquía", me dijo. Por cortesía nos invitó a visitarlo a Angora (se escribe Ankara) y también nosotros por cortesía le ofrecimos hacerle una visita, aun cuando yo de antemano sabía que Angora era una ciudad muy fea y que era la capital de Turquía, aunque la verdadera capital sigue siendo Constantinopla. Como pasa en Brasil, la capital oficial es Brasilia, pero la verdadera es Río de Janeiro.

Regresamos a Bélgica y me di cuenta por los periódicos que se iba a celebrar próximamente el plebiscito del Sarre y me valí de mi secretario Lagarde para que me diera toda clase de información respecto a esto, que me consiguiera los boletos del ferrocarril de ida y vuelta y las conexiones, pues había que cambiar de tren, me parece que en Basilea, Suiza. Para entonces yo hablaba muy poco francés, pero quise ir solo para "rifarme" en un país completamente extraño, sobre todo en aquellos tiempos. Llegué al mejor hotel cuyo nombre no recuerdo y ahí había un gran movimiento de extranjeros, sobre todo de franceses y de altos miembros de la Liga de las Naciones que iban a presenciar el plebiscito en que la ciudadanía de Sarre iba a votar si se anexaban a Francia o a Alemania. La capital de la provincia del Sarre es la ciudad Sarre Brook y estaba totalmente cubierta de nieve, temperatura no muy halagadora para un huasteco recién llegado; pero yo iba a ver un acto electoral totalmente diferente de los que había visto antes y de categoría mundial. Me "aprevine" de una joven intérprete francesa que naturalmente estaba muy inclinada al bando francófilo, pero era lo suficientemente honrada para irme traduciendo toda la verdad. Como policía internacional para cuidar el orden, había un batallón de suecos muy bien equipados y muy correctos.

Al día siguiente de mi llegada al Sarre Brook, se abrieron lo que nosotros llamamos casillas electorales y que ellos, cuando menos en aquel acto, llamaron santuarios electorales del plebiscito. La votación fue muy copiosa, pero no obstante que los franceses tenían dieciocho años de dominio en el Sarre y que habían enviado cantidades de burocracia con el fin de que votaran la anexión a favor de Francia, apenas lograron obtener el cinco por ciento de la votación. A los alemanes triunfadores se les veía satisfechos, pero muy discretos; era el primer contragolpe que daban al Tratado de Versalles.

En el hotel hice amistad con varios franceses, principalmente con una señorita muy guapa y muy elegante, con un abrigo de piel de leopardo que era hija del dueño del periódico parisiense *París Soire*. Platicamos mucho en la cena en el comedor del hotel y absolutamente nadie objetó la votación, aunque lamentaban los resultados. Pasó por el frente de nuestra mesa, vestido de paisano y rodeado de cinco o seis amigos, von Papen a quien yo había conocido de vista en el puerto de Tampico, cuando mi hermano, el general Samuel M. Santos, que era el administrador de la aduana y jefe del puerto, lo embarcó en un vapor holandés para la neutral Holanda, durante la Primera Guerra. Esta protección se la dio a Von Papen el general Samuel M. Santos por órdenes del presidente don Venustiano Carranza, que le protegió su salida de México; pues los Estados Unidos pedían su extradición acusándolo de jefe de espionaje alemán y del sabotaje en los Estados Unidos. Lo reconocí antes que la muchacha francesa y los demás franceses me lo señalaran y me dijeran quién era. "¿Lo conoce?", me preguntaron. "Por retratos en los periódicos", les contesté. Si no hubiera estado yo con franceses, lo hubiera saludado y le hubiera recordado lo de Tampico, pero en esas circunstancias me pareció impertinente hacerlo.

Regresé a Bruselas y escribí una carta al periódico *El Nacional*, relatando el plebiscito a mi manera y con todos los detalles. También informé por escrito a la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Fui con mi esposa por toda Europa y Asia Menor, pero a donde íbamos más, era a la ciudad de París, a Berlín y a Colonia en Alemania, en donde me tocó muchas veces observar las concentraciones y desfiles del Partido Nacional Socialista. Al principio poco numerosas y después, con el tiempo, avasalladoras; hasta que, como el mundo entero sabe, se hicieron del poder. Vi a distancia hablar a Hitler como en tres ocasiones y a algunos otros de sus principales líderes. Vi mucho su estilo de propaganda y en mi opinión, el pueblo alemán quería la revancha y hubiera ido a la guerra con Hitler o sin Hitler.

En mis viajes a Berlín conocí a Boulangé que había sido el violinista privado del *zar* Nicolás Segundo de Rusia, que cuando salió de su país natal llevaba como único capital su violín *Stradivarius* en el que era virtuoso. Boulangé tocaba en un centro nocturno de ocho pisos ovalados, esto era en la ciudad de Berlín, ¡en el Berlín de entonces! En el octavo piso, en el que yo acostumbraba tomar un reservado, saliendo al balcón, se veían los otros siete pisos. Boulangé tocaba primero en la planta baja y decía: "Boulangé está tocando para el público". Subía a cualquiera de los otros pisos intermedios y tocaba desde uno de los balcones diciendo: "Boulangé está tocando para el público", y cuando llegaba al octavo piso donde yo lo estaba esperando con una ristra de puros mexicanos a los cuales él era muy afecto, se asomaba al balcón y decía dirigiéndose a los ocho pisos de aquel maravilloso y único centro nocturno: "Boulangé toca para sus amigos". Atronadores aplausos en los ocho pisos. En cada piso el elemento femenino en disponibilidad, como decimos en la jerga militar mexicana, era de ocho nacionalidades diferentes y al final de cuentas, ya en mi reservado y juntos con el Gordo Guerra, Alfonso Guerra, compañero mío en la Revolución en donde alcanzó el grado de mayor del Ejército Constitucionalista y cónsul general de México en Berlín, después embajador en Alemania, que hablaba perfectamente el alemán, y cuando "ya a la gloria transportados" nos ardíamos en la llama del champaña, Boulangé bailaba su *Stradivarius*, tomaba el arco y decía: "Ahora Boulangé va a tocar para Boulangé", e improvisaba una composición. Muchas veces a Boulangé le solicitaron de Hollywood y se negó, ni siquiera a París quiso ir a actuar. Después de salir de su Rusia nativa zarista, dijo y cumplió, que no iría más allá de Berlín y no fue y no lo necesitó. Boulangé en la Alemania de Hindenburg fue toda una institución.

Entonces yo hacía mis consideraciones: en la Revolución fui amigo y compañero de Daniel Lubiano, el revolucionario super asesino de la Brigada Salazar; amigo y compañero de Pedro el Pando, que recibió cuatro heridas en el ataque contra los huertistas en Tampamolón Corona; fui amigo y soy de todos los huapangueros de las Huastecas de todos los

tiempos, y me he honrado en ser amigo del Rey Caballero Alberto Primero de Bélgica y también he podido ser amigo del genio musical zarista de Berlín. ¡NADA TENGO QUE ENVIDIARLE A DON JUAN TENORIO, A LOS PALACIOS SUBÍ Y A LAS CABAÑAS BAJÉ!

Después de estos viajes me di a frecuentar Londres, porque me interesaba mucho como gran capital de un gran imperio, con todo lo que en una urbe tan majestuosa como ésa se puede ver, apreciar y disfrutar, y también Liverpool, a donde iba a jugar peleas de gallos especialmente con los argentinos estancieros que traían sus barcos de carne desde Argentina hasta ese puerto inglés.

En Liverpool adquirí dos gallos sementales, uno rojo y el otro pinto, los cuales, el rojo lo consigné a Braulio Romero para que me lo pusiera en Gargaleote y el pinto a Luciano Eraña. El reglamento inglés es muy similar al americano, solamente que ceremonioso. El juez está sentado y da órdenes a los soltadores usando una campana. Antes de soltar la pelea se pone de pie y con el brazo levantado hacia adelante, jura por Dios y los Santos Evangelios fallar imparcial y honradamente y el público puesto de pie aplaude. Después el juez presenta a los soltadores y dice a qué club representan. Los soltadores se dan la mano y empieza la pelea. Como en los Estados Unidos, no hay corredores, las apuestas son personales y a la palabra. Pasando las peleas del torneo, hay muchas peleas extraordinarias bajo el mismo reglamento, pero sin ceremonia. Ahí aprendí a amarrar y a soltar gallos en las peleas de navaja redonda en las que con el tiempo me hice tan famoso en México y en los Estados Unidos de Norteamérica. En Inglaterra esta afición en un tiempo fue de reyes y la navaja redonda es de media pulgada máximo y a los hijos de estos sementales que envié a Braulio Romero y a Luciano Eraña, los jugué después en peleas de la Huasteca con media pulgada de filo, pues nadie entonces en México jugaba navaja redonda y menos tan cortas. Nunca perdió un gallo de éstos, hasta que dio por resultado que nadie me jugaba con navaja corta y tuve que irlos cruzando hasta alcanzar hacerles aptos para jugar la pulgada de filo mexicana.

En uno de estos viajes, regresando de Liverpool a Londres, en el *lobby* del hotel Regent Palace, un inglés casado con una cuñada mía al que yo no conocía, después de presentarnos y estar tomando la copa en aquel fantástico *lobby* que los bombardeos alemanes destruyeron, el concuño inglés, que se llamaba Erick Collins, casado con mi cuñada Lucille Pué, me llevó un periódico con una noticia de México que decía "EL HOMBRE FUERTE DE MÉXICO CAPITULÓ". Y continuaba así: "en la diferencia política que acaban de tener el hombre fuerte de México, general Plutarco Elías Calles y el general Lázaro Cárdenas, presidente de la República, Calles, el hombre fuerte, capituló".

Eso fue todo lo que supe y eso fue todo lo que necesité saber. Nos trasladamos Leola y yo a París en donde estaba como embajador el in-

geniero Marte R. Gómez, le enseñé el periódico y me dijo que era la primera noticia que tenía, pero que no había leído los cables de México que ya tenía en su escritorio; fuimos a verlos y ahí tenía un telegrama de Relaciones firmado por Portes Gil, nuevo ministro en sustitución de Puig, y en el que daba cuenta de la dimisión del gabinete y de la formación del nuevo, y agregaba Portes Gil que las uniones obreras y campesinas apoyaban unánimemente la actitud del presidente de la República general Lázaro Cárdenas. Hablé por teléfono a Bruselas con mi secretario Maples Arce y me leyó un cable firmado por Portes Gil dirigido a mí, en el que me decía exactamente lo que le decía a Marte R. Gómez. "Esto ya reventó —le dije a Marte—, voy a poner un cablegrama al presidente Cárdenas protestándole mi lealtad y mi adhesión sin reservas y que en el primer barco saldré para México a ponerme a sus órdenes inmediatas". "Pero te vas sin permiso de Relaciones", me dijo Marte R. Gómez y le contesté: "Al mismo tiempo que hago desde aquí el cablegrama para el presidente Cárdenas, hago uno al licenciado Portes Gil avisándole que me voy".

Ese mismo día hice las reservaciones en el barco alemán *Europa* que salía de Cherburgo en tres días más. Nos trasladamos mi esposa y yo a Bruselas y todo fue empaquetar y más empaquetar. Habiéndome despedido del ministro de Relaciones que entonces era *monsieur* Spaak, le puse un cablegrama al general Cárdenas diciéndole más o menos: "Señor presidente, acá nebulosamente me he dado cuenta que hay un rompimiento entre el general Calles y usted; estoy con usted en ésta y en cualquier otra circunstancia y dentro de tres días salgo para México acompañado de mi familia. Mi experiencia me permite sugerirle que mande a recoger a telégrafos todas las adhesiones que hayan recibido usted y el general Calles y podrá usted ver que muchas de estas adhesiones han de ser dobles y no únicas como la mía".

El general Hai, que era cónsul general de México en París, me había dicho: "Compañero, se va usted sin autorización, sin pedir permiso siquiera y eso en el Servicio Diplomático como en el Militar, es sumamente peligroso y le puede traer a usted desagradables consecuencias", a lo que le contesté: "Mi general, la más grave consecuencia que me puede traer mi actitud es que me cesen como embajador, lo que yo daré por muy bien empleado, pues yo estoy aquí por nocivo, no por diplomático, de modo es que si me corren saldré ganando". Marte R. Gómez, Hai y los secretarios que escucharon mi contestación, se rieron de muy buena gana.

Al regresar a Bruselas había recibido un cablegrama del flamante ministro de Relaciones, Portes Gil, en donde me decía que quedaba enterada la Secretaría de que regresaba a México, que tenía yo dos años fuera del país y tenía derecho a regresar dos meses de vacaciones y me en-

viaba en el cable un muy afectuoso y cordial saludo. Para entonces, el rey Alberto había muerto.

Antes de referir nuestro regreso a México, quiero relatar un capítulo que sucedió en la Embajada de México en Bélgica. A la Embajada, acompañando a mi cuñada Dulce, iban todos los días diferentes señoritas condiscípulas de ella. Entre las que recuerdo tres muchachas persas, de las cuales viven dos en Bruselas y son respetables abuelas, son hermanas y fueron a estudiar casi de niñas y se quedaron a vivir en Bruselas, se llaman Hasmick y Lilia; la tercera, que también se llama Lilia es otra respetable abuela y vive en París. A las tres las seguimos frecuentando Leola y yo cada vez que vamos de viaje. Iba también otra señorita finlandesa llamada Hulla, poseedora de un par de piernas que valían un imperio con todo y sus colonias; a esta muchacha le prestaba yo mis trajes charros para que fuera a algunas fiestas de fantasía y le quedaban mejor que a mí, dado que ella tenía un gran palmito. Yo no andaba muy tirado al arroyo, pues si ahora peso setenta kilos, entonces, cuando andaba en los treinta, pesaba sesenta y dos y solía acompañarla algunas veces a los bailes de fantasía.

Iba con más frecuencia a la Embajada una muchacha australiana que se llamaba Cuy, que poseía dos ojos del tamaño de dos océanos verde mar y que era la que más bien hablaba el francés, no obstante ser originaria de Australia y ya era muy latina, pues desde chica había vivido en Bruselas, era más bonita que una calandria huasteca en el mes de mayo. De sus ojos, uno se me antojaba el Atlántico y el otro el Pacífico. Ella había terminado su último año de música en el Conservatorio y su primera actuación fue un concierto en el Teatro de Bellas Artes en Bruselas. Pulsaba el arpa y la noche de su presentación, Leola y yo fuimos los invitados de honor. Salió al escenario con un elegante y formal vestido de noche, a su lado estaba un arpa gigantesca, dorada y suntuosa. Se sentó Cuy en un sillón de alto respaldo y empezó el concierto después de dedicarnos algunas cuantas palabras en su presentación a Leola y a mí. Fue muy aplaudida por el público, que es tan parco en Bélgica para los aplausos. El arpa olía a novillos de Gargaleote, pero juro que yo no la compré ni la volveré a comprar. Al terminar la función, que fue gloriosa para Cuy, nos retiramos. Nos acompañaba en el automóvil mi cuñada Dulce, de dieciséis años, que lucía un elegante vestido de noche, plateado e impropio de su edad y que causó la envidia de sus amigas y condiscípulas al verla salir de la Embajada acompañándonos. Este traje de noche se lo obsequié como premio a su gran "dedicación a sus estudios", a sus "malas calificaciones" y por sus eminentes "servicios sociales" prestados a la Embajada de México. En el automóvil Leola, dirigiéndose a su hermana Dulce le preguntó: "¿De dónde obtuvo Cuy un arpa tan elegante?, debe ser muy costosa", y Dulce le contestó que ella no sabía nada y entonces dirigiéndose a mí, Leola me dijo: "¿Y tú cómo

crees que la haya conseguido?", y yo le contesté: "Seguramente se la prestó el Conservatorio o la alquilaría en alguna casa de música". Leola me dijo: "El Conservatorio no tiene instrumentos propios de esa calidad, tiene instrumentos viejos para el aprendizaje y las casas de música no alquilan instrumentos de esa categoría". Entonces le dije: "Seguramente se la prestó una amiga piadosa o un ángel", y cambié conversación dirigiéndome a Dulce y comentando otras cosas que no se referían al concierto y menos a Cuy. Pero al llegar a la Embajada, Leola se dirigió a su hermana Dulce y le dijo: "No me vuelvas a traer a mi casa a Cuy, que la invite su amiga piadosa o el ángel al cielo o al convento de las madres de la caridad". Y la injusticia se consumó y nunca más se pudo parar Cuy en la Embajada y Leola durante varios días no le dirigió la palabra a Dulce sospechando de algún entendimiento conmigo. ¡Otra injusticia!

Cuando nos veníamos para México y ya estábamos en la estación para salir de Bruselas a París y de París a Cherburgo, donde íbamos a tomar el barco rumbo a América, se presentó Cuy con un ramo de flores muy bello para la señora Santos, el cual ella aceptó y me dijo: "Pobrecita, ella no tiene la culpa de nada". Yo enmudecí y desde adentro del vagón, Leola, mi cuñada Dulce, mis hijos Gonzalo y Gastón, la gobernanta Francis y yo nos despedimos, agitando los pañuelos, de Cuy.

Abordamos el gran trasatlántico alemán *Europa*, que ahora le había tumbado el récord de velocidad a su hermano gemelo el *Bremen* y ostentaba el cordón azul, signo del buque de mayor rapidez entre Europa y América. Durante la navegación hubo un ciclón en el Golfo de Gascuña. Después que pasó la tempestad, me atacó una taquicardia y yo creí que me moría y le dicté algunas disposiciones a mi esposa, pero el médico alemán de a bordo, después de hacerme relatarle mi historia clínica dictaminó que se trataba de una falsa angina de pecho que podría convertirse en verdadera si no dejaba para siempre de tomar coñac, de beber café y de fumar puro.

Visita intempestiva a México

Ya en México me anuncié con el presidente, general Lázaro Cárdenas, y me mandó llamar con su jefe de Estado Mayor, general Manuel Núñez. Ya en Palacio, Cárdenas me recibió eufórico, me invitó a comer al día siguiente a un restaurante que se llamaba El Sabino, que estaba por Insurgentes. A la comida asistimos solamente el general Cárdenas y yo; y retirado en una mesa, el general Núñez, jefe del Estado Mayor.

Ahí me platicó el general Cárdenas toda la historia del rompimiento con el general Calles, el cual hasta ese entonces había quedado en punto y coma, pues el general Calles se desterró a San Diego, California,

sin ser molestado por nada ni por nadie, pero el general Cárdenas, que ya había destituido al gabinete callista, se dedicó a gobernar por su cuenta y riesgo como a él le correspondía. Esa misma tarde recibí la visita del general Cedillo, que había entrado al gabinete del general Cárdenas a la Secretaría de Agricultura y Fomento y me invitó a comer a su casa de Coyoacán; y ahí me platicó que el general Calles y su camarilla se habían puesto insoportables, que a él lo habían tenido completamente hostilizado y a la defensiva y que Cedillo había tenido un mal entendido de poca importancia conmigo, que lo olvidara y que renováramos nuestra vieja amistad de siempre. Yo le dije a Cedillo que no le había dado importancia al distanciamiento entre él y yo, pero que no me extrañaría que lo volvieran a provocar los malos elementos que lo rodeaban. Quedamos después de la comida Cedillo y yo en magníficos términos amistosos. Al día siguiente me mandó llamar el presidente Cárdenas y me dijo que fuera a platicar con él todos los días que pudiera y así lo hice en los días subsecuentes.

Después hice viaje a San Luis Potosí, donde el gobernador Hernán Netro, los diputados locales y el Supremo Tribunal de Justicia, dieron una comida en mi honor en Palacio y a la que asistió Cedillo, ya ministro de Agricultura y Fomento.

Habló un grupo de jóvenes abogados felicitándome por mi regreso y pidiéndome que ya me quedara en México al servicio del Partido de la Revolución, del cual yo había sido uno de los primeros y principales fundadores. Entre los que hablaron recuerdo a los licenciados: Genaro Morales, Víctor Alfonso Maldonado, Homero Acosta, Miguel Alvarez Acosta y otros que no recuerdo. Después de haber dado las gracias por el agasajo que se estaba dando en mi honor, continué para el hoy Tamuín (antiguo Villa Guerrero) y naturalmente de paso para Gargaleote con mi señora y mis dos hijos; pero sabiendo los huastecos que me encontraba en mi rancho, todos los días se llenaba de rancheros y campesinos. Todos los núcleos agrarios de la Huasteca habían sido formados por mí y en su mayoría me habían acompañado a las campañas de Guanajuato a batir a los rebeldes cristeros. Es muy satisfactorio sentirse uno profeta en su propia tierra y yo así me sentí.

Después de breve temporada en el rancho, regresé a México y tuve una comida con el general Andrés Figueroa, ministro de Guerra y Marina, viejo compañero mío de armas en Chihuahua, cuando juntos peleábamos contra Villa. Mi amigo, muy íntimo y estimado y ahora jefe del Ejército, era una de las grandes figuras del régimen de Cárdenas, con gran prestigio en el Ejército y entre los revolucionarios del país, pues procedía del árbol genealógico revolucionario de los Figueroa del estado de Guerrero, cuyos troncos principales habían sido los generales maderistas Ambrosio y Rómulo Figueroa. Luego seguí viendo al presidente Cárdenas muy frecuentemente.

Un día fuimos a mi casa que estaba ubicada en las calles de Medellín, comimos el general Cárdenas y yo solos, atendidos por Leola y nos acabamos una botella de vino *tokay* cada uno; este es un vino húngaro muy delicioso, pero ya no lo he vuelto a encontrar en ninguna parte, después de que el comunismo dominó a Hungría, y ahí, en mi casa, el presidente general Cárdenas me preguntó: "¿Qué planes tienes?", y yo le contesté: "Ponerme a tus órdenes". "¿No crees —me dijo— que sacrificando un poco tu personalidad pudieras hacer bien al país y a Cedillo? Si te nombro su subsecretario para que lo controles y dirijas, ¿lo aceptarías?" Le contesté: "No, eso no. Cedillo en la actualidad está muy envanecido y muy mal rodeado de gente extraña y sin escrúpulos, chocaría pronto con él y acabamos de reanudar nuestra amistad, la que pienso conservar usando tacto; pero sí te aconsejo que le pongas un subsecretario de tu absoluta confianza, de capacidad y de energía para ver si es posible que le destierre la nefasta camarilla que lo rodea y no lo deje llegar enteramente a echarse en los brazos de la reacción, pues lleva ese camino; lo estimulan en su ambición de toda mala fe y con toda falsedad, el Iscariote Juan Andrew Almazán y lo engaña también el general Francisco Carrera Torres, comandante militar del estado de San Luis Potosí; esto es si quieres salvar a Cedillo. Si quieres que se lo lleve la tormenta, déjalo como está". Cárdenas no me contestó nada, luego me volvió a preguntar: "¿A dónde quieres ir?" Y le contesté: "Quiero volver a Europa, pero ya no quiero regresar a Bélgica pues mi gran amigo el rey Alberto ya murió y con el joven rey Leopoldo no me siento igual, además, específicamente quiero ir como embajador a Dinamarca. Sé que es un país muy civilizado y muy adelantado, que se gobierna a base de cooperativas de carácter socialista suave; también, de Dinamarca, podré visitar Rusia que queda cerca; tengo mucha amistad con la señora Kollontai, que es la embajadora de Rusia en Suecia y aunque no tenemos relaciones con Rusia, ella me facilitará mi viaje". "¿No te quieres quedar más cerca?", me preguntó Cárdenas. Y yo le dije: "Prefiero irme otro año más a Europa, pues dizque me estoy cultivando y ya me 'picó' la cultura y después quiero volver en vísperas de elección para el Senado y lanzarme como senador por el Distrito Federal, puesto que ya desempeñé un periodo y donde tengo muchas raíces en los comités políticos del Partido que yo formé y que son los mismos que estaban cuando yo era secretario general del Partido". Y me dijo Cárdenas. "¿Y por qué por el Distrito Federal y no por tu Estado?" "No quiero roces con Cedillo —le contesté— ni compromisos". "No pasará nada de eso —me dijo Cárdenas—; cuando regreses lánzate por San Luis Potosí". "Bueno —le dije—, voy a pasar un año en Dinamarca y aquí estaré presente y me lanzaré por San Luis Potosí".

Estuve aproximadamente dos meses más en México y recibí muchas muestras de amistad de viejos compañeros y amigos de todas partes

del país y muchas instancias de algunos periódicos para que hiciera declaraciones contra el general Calles, como lo habían hecho sus viejos incondicionales Puig Casauranc, Juan de Dios Bojórques, Manlio Favio Altamirano y una carta que Carlos Riva Palacio dirigió desde Costa Rica, donde estaba de embajador, al presidente Cárdenas, desconociendo al general Calles, que Cárdenas no quiso que se publicara.

Segunda estancia: Dinamarca

Regresé a Europa, pasé por Bruselas a despedirme de muchos amigos y a recibir la condecoración que el gobierno belga me otorgó como Caballero de la Gran Cruz de Bélgica y que tengo la satisfacción de poder usar con permiso del Congreso, pero que nunca he usado como tampoco he usado ninguna de mis otras condecoraciones, entre ellas las dos que poseo del primer periodo de la Revolución 1910-1911 y la otra de 1913-1914, que me honro en poseer; pero no le veo sentido colocármelas en el uniforme o en traje de civil, porque me considero más ciudadano armado que general y mi origen auténticamente revolucionario no acomoda muy bien con condecoraciones.

Después de haberme despedido de Bélgica, continué con mi esposa y mi pequeño hijo Gastón para Copenhague, a donde llegué a presentar mis credenciales en una corte más aparatosa y oropelesca que la de Bélgica en sus rituales de protocolo de la realeza, pero país socialista demócrata y con monarcas completamente demócratas.

Cuando llegué como embajador a Dinamarca, ya iba yo bien "jugado" en reverencias y genuflexiones, después de mis dos años y pico pasados como embajador en la corte belga; así fue como llamé la atención de mi colaborador, el cónsul Almanza, que era originario de San Luis Potosí, de las familias aristócratas y cónsul de carrera, pero él a pesar de su alto origen social no era de los curros de San Luis, según él mismo me dijo, cuando acompañado por el gran almirante de la corte de Dinamarca subí a la carroza llamada de los Siete Cristales, con paso seguro y natural, así como mi actitud ante la muchedumbre danesa que con curiosidad y respeto presenció mi salida del hotel hacia el Palacio Real. El cónsul Almanza me siguió diciendo: "Va usted con todo el aplomo y prestancia como si se tratara de un diplomático de carrera". Yo le contesté al cónsul Almanza cuando me hizo estos comentarios halagadores diciéndole: "¡Paisano, sólo el que ha perdido la vergüenza sabe lo que ganó con ello!"

Acompañado del gran almirante de la corte, llegué a Palacio donde también había un grupo de público en los grandes patios observando la ceremonia. Entramos a los grandes salones y en uno de ellos había una enorme puerta de muy gruesa y fina madera y se abrieron las dos ho-

jas en forma lateral y apareció un macero vestido de corte, como en el Palacio de Buckingham en Inglaterra, pues, como se sabe, los daneses fundaron la Gran Bretaña y su corte; y en el fondo, en el trono, estaba sentado el monarca, que era Cristian Décimo. Después de gritar el macero en francés: "Su excelencia, el embajador de México, enviado extraordinario y plenipotenciario, *monsieur* Gonzalo N. Santos", el rey Cristian Décimo desde su trono contestó: "Es grato a mi majestad". Hice las reverencias de rigor, le entregué mis credenciales, leí mi discurso en francés y el monarca me contestó en el mismo idioma y en los términos de rigor en estos casos y me invitó a sentarme. Me senté (entonces ya no llevaba "pilmamo", mi secretario se quedó en el hotel *Inglaterra* y ya no lo necesitaba pues entonces hablaba corrientemente el francés, que es el idioma diplomático de Europa, y además para nada me servía mi secretario, que era un reaccionario más o menos emparentado políticamente con Rodolfo Elías Calles, muy pendejo y que se llamaba Gurza).

Platiqué con el rey el tiempo que la discreción protocolaria me autorizaba, pues en este caso no se trataba del Rey Soldado Alberto Primero de Bélgica, ni de las Aguas Broncas de la Revolución Mexicana y yo ya iba bien barnizado. Me impresionó del rey Christian Décimo que se parecía mucho físicamente a un primo hermano mío, ranchero crudo, que se llamaba Malaquías Acosta y aunque el rey era culto y mi primo Malaquías muy rudo, ninguno de los dos había inventado la pólvora, pues mi primo Malaquías era un hombre escaso de cerebro y el rey Christian Décimo de Dinamarca no brillaba por su inteligencia, aunque sí por su patriotismo, pues no se sometió al régimen nazi de los alemanes y luchó como un patriota contra la invasión de su patria. Siempre que veía al monarca me acordaba de mi primo Malaquías (padre de Chimino Acosta, mi sobrino), pues fuera de la diferencia en sus vestimentas respectivas, parecían hermanos gemelos, los dos eran blancos, altos y de ojos azules.

Después de la entrevista con el rey, lo de rigor: una corona a los héroes de Dinamarca. La reina María, que me recibió al día siguiente y después recibió a Leola (mi esposa), era una mujer buenísima, sumamente cariñosa; vestía con sencillez habitualmente, como lo podía hacer la dependienta de una tienda y era muy amable; eso sí, en las grandes ceremonias se ponía la corona y el manto real. Leola se llevó muy bien con ella. Ignoraba de México todo absolutamente y le hacía a Leola preguntas ingenuas sin ánimo de ofenderla; por ejemplo, le preguntaba que si la mayoría de los mexicanos vestían plumas. Leola le dijo que no, que eso había sido antes de la Conquista, más de trescientos años atrás y Leola le dijo con picardía que ella cuando llegó a Dinamarca también sufría error, pues creía que por las calles andaban caminando los osos blancos y que temía que le comieran a su niño que había venido con nosotros.

Según me contó Leola después, la reina se rió mucho y luego hicieron muy buena amistad.

Hice la *tournée* diplomática de rigor; primer ministro, jefe del Parlamento y embajadores extranjeros, empezando con la de mayor categoría por ser "la decano", *Mrs.* Ruth Brian Owen, que era la embajadora de Estados Unidos, mujer muy rica, hija de *Mr.* Brian, que había sido jefe del Departamento de Estado. Ella era muy amante de lo mexicano y conocía a México y en la Embajada tenía un pequeño cuarto mexicano. Era una gran mujer, hablaba un poco de español, pero más hablábamos en francés; tenía en el puerto libre de Copenhague una gran refrigeradora de su propiedad personal para tener fruta y verdura americana durante todo el año. Esto en aquella época en Dinamarca escaseaba completamente, pues entonces no había jets. Nos invitaba muy seguido a comer y a cocteles. Le caímos muy bien los dos, Leola por americana y yo por mexicano revolucionario que resultaba un hombre exótico entre los diplomáticos de carrera. A *Mrs.* Brian le gustaba bailar y salía con nosotros algunas veces; cuando le hice mi primera visita oficial, devolví el automóvil al hotel *Inglaterra* para que recogiera a Leola y la llevara a la visita que tenía concertada con la reina María y yo me quedé con la embajadora confiado en que al terminar mi visita, tomaría un taxi que me llevaría al hotel *Inglaterra*; pero no hallé ningún taxi ni alguna persona que me entendiera, pues todas hablaban solamente danés y ya cuando estaba desesperado, vi una gran hilera de bicicletas en una acera, escogí una y me monté en ella vestido de etiqueta y así me fui buscando el centro hasta encontrar el hotel *Inglaterra*. Ahí le conté a Leola, a mi secretario Gurza y al cónsul Almanza, que me había robado una bicicleta y estuvieron publicando en todos los periódicos, durante tres días consecutivos, que había sido traída por equivocación al hotel *Inglaterra* una bicicleta con la matrícula correspondiente y avisando al dueño que podía pasar a recogerla. Al dueño de la bicicleta no lo conocí, Gurza se encargó de entregarle la bicicleta y explicarle que había sido confundida con otra, pero a la embajadora americana sí se lo conté y se rió mucho y cada vez que veíamos a la embajadora americana, le contaba ella a los diplomáticos lo de los osos blancos que Leola esperaba encontrarse en Dinamarca y de mi robo de la bicicleta. Estas noticias llegaron a la corte y fue platillo de buen humor entre el cuerpo diplomático de Copenhague durante mucho tiempo.

Copenhague es una ciudad bonita y en aquella época, a las cuatro de la tarde, de clase media para arriba se vestían de etiqueta; las mujeres muy elegantes, muy bonitas, muy libres, todas fumaban puro y creo que todavía lo hacen.

Un día mandé comprar boletos para la ópera, para Leola, para la señora Gurza, para el secretario Gurza y para mí y la noche que fuimos a la

función, bajamos los cuatro de rigurosa etiqueta al automóvil y me encontré con que mi chofer estaba vestido de smoking y una señora joven, de riguroso vestido largo, estaba sentada en el asiento de adelante. Me extrañé; y el chofer nos la presentó a los Gurza y a nosotros, diciéndonos que era su esposa y que también iba para la ópera y que él, si yo se lo permitía, la iba a acompañar pues tenía los dos boletos para palcos de segunda. Los Gurza nos dijeron luego que así se acostumbraba en Dinamarca, donde no había prejuicios sociales y yo le dije al chofer: "El único inconveniente es que la señora y tú saben más de ópera que nosotros cuatro y por lo mismo mañana nos harán la crítica de la función". Ellos se rieron como incrédulos, pero la verdad es que yo de ópera sabía muy poco, pues acá en México habría ido a una o dos funciones, saliéndome a medio acto y en París sí me aguanté una completa, pero salí muy fastidiado y Leola también. A mi señora y a mí nos gustaban la comedia y la opereta que por desgracia están ya extinguidas; solamente que en Dinamarca no había muchas diversiones y el teatro nacional tenía mucha fama y ya dije que la gente vestía muy bien. El acto resultó muy lucido, doy por descontado decir que no comenté con el chofer nada de la ópera al día siguiente; eso sí, me acompañaba a los museos de pintura a los cuales fui muy aficionado en París, en Madrid, en Bruselas y en Amberes, siempre acompañado de personas muy cultas y este chofer conocía mucho de la escuela de pintura de los países escandinavos y fue mi cicerone de los museos, pues era más agradable que el intérprete de la Embajada, don Julio X, a quien yo llamaba Julio Viernes por analogía con Julio Verne y por viejo.

Después hice varias expediciones por el Mar del Norte con un grupo de viejos pescadores, entre ellos, dos con los que había hecho amistad y que tenían ciento cuatro y ciento seis años, respectivamente, ellos fumaban sus largas pipas danesas y bebíamos un aguardiente danés más fuerte que la caña y que se llama *snapps*. A estas expediciones me llevaba al intérprete de la embajada, que era danés y por medio de él platicaba mucho con los pescadores y nos sorprendieron algunas tempestades pescando arenques.

Un día me comuniqué por teléfono con la embajadora rusa, *madame* Kollontai y le anuncié mi visita a Estocolmo para que nos diera las facilidades que me había prometido para que Leola y yo pudiéramos visitar Rusia. Ya dije anteriormente que en esa época no teníamos relaciones con Rusia; habían sido rotas por México en forma violenta.

Nos trasladamos Leola y yo a Estocolmo donde otra vez nos reunimos con el embajador de México doctor Pérez Gil y con su señora. A todos los invité a un club nocturno y al día siguiente *madame* Kollontai me dio tres cartas; una para el camarada Kaganovich, comisario no recuerdo de qué, otra para el camarada Petroff, jefe de Protocolo y

una para un tercer funcionario y que seguramente conservo conmigo pues no la utilicé.

Ya provisto de las recomendaciones de la embajadora Kollontai, tomamos Leola y yo en Copenhague un barco danés. Dejamos a nuestro pequeño hijo Gastón a cargo de una gobernanta que nos había servido como ama de llaves en Bruselas y que se había encariñado mucho con nosotros, sobre todo con Gastón al que quería mucho y sólo le hablaba en francés; era persona de confianza, nosotros se la teníamos ilimitada a ella y supo corresponder a esa confianza, pues se regresó con nosotros a México, donde vivió como gente de la familia y empezó a servir de institutriz a Gastón conforme iba creciendo.

Refiriéndome a Francis, la gobernanta, vivió en nuestra casa como persona de la familia hasta que se casó con un mexicano-americano que actualmente tiene una pequeña joyería en Beverly Hills, habla francés, flamenco e inglés y con nosotros aprendió el español y lo perfeccionó en México. Vivió tres años con nosotros en México, era una muchacha muy seria y de mucha ética.

Cuando regresamos de Rusia a Copenhague, nos encontramos con que nuestro pequeño Gastón se había hecho amigo del príncipe heredero de la Corona de Dinamarca, pues resulta que el príncipe iba todos los días a platicar con el elevadorista del hotel *Inglaterra*, que era donde nosotros vivíamos. Este elevadorista había sido un jóckey famoso de las carreras y se había retirado porque había sufrido la fractura de una pierna. El príncipe era muy afecto a las carreras y a los caballos y de eso iba a platicar casi todos los días con el antiguo jóckey y mi hijo Gastón obligaba a Francis a que lo "paseara" casi todos los días en el elevador, mientras el elevador trabajaba, Gastón y Francis subían y bajaban constantemente, lo que le cayó muy bien al príncipe heredero y también hacía los constantes viajes de subir y bajar cada vez que el elevador trabajaba para complacer a Gastón y aprovechaba para platicar de caballos y carreras con el ex jóckey y terminó el príncipe por llevarse a Gastón montado en las ancas de su caballo muchas veces, a pasear por la bahía frente a la Estatua de la Sirena que da frente a Suecia y Francis iba detrás en nuestro carro. Con este motivo hice amistad yo también con el príncipe heredero, pues a él no le había hecho visita oficial como hice con el de Bélgica, porque en Dinamarca es distinto el protocolo y era soltero. Estos escandinavos, daneses, suecos y noruegos sí son verdaderamente demócratas, pero no nada más oficialmente como en otros países, sino verdaderamente demócratas en todos los actos de su vida.

En el barco de Copenhague a Rusia nos fuimos presentando solos los unos a los otros; grandes líderes de los partidos comunistas de Italia, Francia, Hungría, Finlandia, Noruega, Suecia y Dinamarca y en cada mesa del salón, que a la vez era comedor del barco, estos delegados se reunían por nacionalidades con su pequeña bandera respectiva en la

mesa y como no había bandera de México, no me fue difícil quitar una bandera italiana de la mesa de los italianos y ponerla donde íbamos solos Leola y yo y hasta le dibujé un águila muy mal pintada con lápiz sobre la corona italiana. Nuestra navegación el primer día y la primera noche fueron tranquilas en el Mar del Norte, después, en la segunda noche, llegamos a Finlandia donde subieron numerosos finlandeses del Partido Comunista. Todos íbamos a presenciar el desfile del día primero de mayo de 1935 en Moscú, pero nuestro destino inmediato era Leningrado.

Al pasar por las costas de Finlandia, todos los pasajeros salimos a cubierta a ver el maravilloso espectáculo del sol de media noche, que ahora es muy fácil que vea cualquier persona que se compre un boleto en abonos, de esos que se llaman "Viaje ahora y sufra después", pero entonces Finlandia y el sol de media noche eran casi de cuento para nosotros los mexicanos. Eran tierras muy lejanas y nosotros veníamos de un país muy remoto. Ahora el mundo se ha hecho muy chico con eso de los *jumbo jets*.

Como decía, salimos a la cubierta a admirar el espectáculo del sol de media noche y yo hice amistad con la mayoría de "los camaradas" que iban al Jerusalén del comunismo, menos con los franceses, porque como eran sabios eran muy pedantes y para todo decían: "*Ches nous au Pari*" (nosotros en París). Después de alejarnos de Finlandia y acercarnos a Rusia, nos sorprendió una terrible tempestad. Debo decir que yo nunca me he mareado ni en barco ni en avión, pero digo nunca, porque la primera vez que viajé en barco, era una cáscara de nuez que se llamaba el *Melchor Ocampo*, de nuestra armada nacional y viajé de Tampico a Veracruz y no se necesitaba de tempestad para que bailara como un "guajolote arriba de un comal caliente". En este barquillo *Melchor Ocampo*, echó hasta las tripas fuera de su mareo, mi entonces jefe, general Mariel, amigo fraternal de mis hermanos y mío; esto fue en el año de 1915, cuando íbamos a recoger a Veracruz los millones de cartuchos que el Primer Jefe ordenó se nos entregaran para la defensa de Ebano y que conducimos en el barco *Tamaulipas* y Mariel volvió a marearse y sentía la muerte.

Leola se mareó y la acompañé al camarote donde la dejé acostada y bajé al salón donde todos los "camaradas" estaban cantando coros revolucionarios en sus respectivos idiomas y bebiendo cada quien las bebidas de su afición. Yo para entonces ya había dejado el coñac burgués y me "aplicaba" el whisky imperialista y la "encendí" abrazado en la rueda que formaban los finlandeses. En esto, los finlandeses empezaron a cantar una canción mexicana que se refería a la dictadura de Porfirio Díaz y que se llamaba *Don Nabor*, esta canción relataba a un prinsionero que habían llevado los de la dictadura de Díaz como trabajador forzado para el "Tajo", que me parece referente al Valle Nacional del estado de Veracruz.

La canción era muy masculina, muy revolucionaria y con mucho sabor mexicano del auténtico, no del chilango. La canción la cantaban en finlandés, seguramente que traducida por alguno de los partidos comunistas, tal vez por el mismo ruso. Les dije que iba a despertar a mi "compañera" para que viniera a oírlos cantar y les dije que cuando ella bajara conmigo, empezaran nuevamente a cantarla. Llegué al camarote y me encontré a Leola muy mareada y por primera vez la vi muy espantada, pues la tempestad era brutal y ya había corrido la noticia de que al barco lo habían golpeado algunos témpanos de hielo que se originan por los deshielos del Polo Norte y Leola estaba muy impresionada. La invité a que fuéramos a oír cantar los coros al salón y me dijo: "No voy, estoy muy mala y tú tienes la culpa de esto, porque dejamos a nuestro pequeño hijo Gastón solo, con Francis, que es muy buena, pero sin nosotros ahí; yo no quería venir". Yo le contesté: "Eres mi compañera, te casaste muy chica conmigo, no completaste tu educación como no la completé yo tampoco, ahora hablas inglés, español y francés, ya terminaste tus estudios de decoradora en Bruselas, aprendiste a tocar el acordeón y yo también estoy joven aunque soy veterano de muchas luchas; también dejé mis estudios más que incompletos, llegué a Europa de bozal y "tapojo" (tapa ojos); ahora ya ando de media rienda y necesito de todos estos viajes y todas estas observaciones para regresar a la política de rienda limpia (como Leola había hecho mucha vida de rancho, comprendió y me entendió perfectamente lo que le decía). Además, este viaje a Rusia te va a servir de mucho". "No quiero saber ni dónde está Rusia —me contestó—, y este cochino barco ojalá y se parara en algún puerto y de ahí me regreso". "No se para hasta Leningrado —le dije y le volví a decir—: vente, güerita, vamos al salón, los camaradas finlandeses están cantando *Don Nabor* y aquí con este mar embravecido esto es emocionante". "Que los finlandeses y *Don Nabor* se vayan al carajo y tú también, ya vente a acostar". "Eso sí que no —le contesté—, ya di mi palabra de camarada de que estaría con ellos en un coro en que van a cantar de nuevo *Don Nabor* y otra canción revolucionaria rusa que se llama *De cara al sol* y si no bajas, cuando menos deja la puerta del camarote abierta para que la oigas desde aquí". Al bajar, me preguntaron los finlandeses que dónde estaba mi camarada y les contesté que estaba enferma, pero que como quiera cantaran *Don Nabor* y se arrancaron y yo siguiendo la tonada también la canté en español, más bien dicho en mexicano; todos con sendos vasos en la mano y al terminar gritamos todos a coro estentóreamente "Viva la Revolución". Yo me refería a la mía y ellos se referían a la de ellos.

Por la mañana se serenó el tiempo, se serenó Leola y me tranquilicé

yo, que ya la vi calmada. Llegamos a Leningrado y al atracar el barco, se arrancó tocando la *Internacional* una banda rusa y se nos acercaron nutridos grupos del Partido dándonos la bienvenida a tierra soviética. Eramos cerca de trescientos pasajeros, pues ese año a Rusia sólo pudimos visitarla setecientos tres pasajeros extranjeros, setecientos comunistas y Leola y yo, así como un periodista corresponsal de la United Press al que conocí en la Plaza Roja de Moscú en pleno desfile. Después de los discursos de bienvenida, se acercó a mí una señorita con un documento acreditándola como guía de los camaradas Gonzalo N. Santos y Leola Pué de Santos, no decía que embajadores, porque ya he repetido que entre México y Rusia estaban rotas las relaciones y se nos recibía como revolucionarios mexicanos distinguidos y como visitantes fraternales.

La muchacha guía, que hablaba perfectamente el español, pertenecía a la oficina del Inturist, hablaba ocho idiomas y yo comprendí luego que se trataba de una selecta espía y que no me podía "mandar". Antes de subir al carro que la guía nos llevaba, me despedí de los camaradas de viaje y le trajo una dama a Leola un ramito de modestas flores. Leola se lo agradeció y le dijo: "Me habían dicho que en Rusia hacía mucho frío y la verdad es que yo no lo siento". La camarada le contestó: "Con un abrigo como el que trae usted, no se siente el frío en ninguna parte, pero nosotros que somos de Rusia sí lo sentimos", y se jaló un lustroso abrigo de ligera lana. En el camino me dijo Leola: "Pero si de acá van las mejores pieles para Europa y los Estados Unidos". "Sí —le contesté—, pero de allá vienen flamantes dólares que es lo que necesitan", y entonces ella me dijo: "Ellos mandan para afuera todas las pieles y para ellos no queda nada". "¡Cómo no! —le dije—, para ellos queda el trabajo de curtirlas y embarcarlas".

Llegamos al hotel en Leningrado que era un enorme palacio que había pertenecido al duque Miguel; llegamos como huéspedes del gobierno soviético y nos alojamos. La guía nos dejó después de habernos presentado con la encargada del hotel. En Leningrado permanecimos cuatro días. Siempre con Leola y con la guía me dediqué a ver todos los ejercicios militares de las milicias. Todos obreros vestidos de civil en traje de lana azul y con boina. Ahí en los ejercicios obrero-militares, conocí ocasionalmente a un grupo de comunistas iberos; y ahí pude escuchar a los comunistas españoles cómo comentaban entre sí aquello de las milicias y decían: "Coño, esto en España sería imposible, pues los obreros armados así estarían dos pasos adelante del comunismo y un paso adelante de la anarquía; con los obreros armados en España como estos de aquí y organizados militarmente, no podríamos ni nosotros los líderes, sería el descojonamiento y el delirio".

Nos dedicamos Leola y yo a visitar museos antirreligiosos establecidos en los templos, pero las estatuas religiosas que había en las calles

desde el tiempo de los zares, todas habían sido respetadas, cosa que me llamó la atención; lo mismo que las esculturas y cuadros dentro de los templos. Parece que aquí no hubo ni un Pancho Coss que nos encabezó entrando a caballo a la catedral de Puebla y acto seguido mandó desmantelar el templo de pinturas y cuadros; y también mandó quemar los confesionarios; ni un general don Antonio Villarreal de Monterrey, que mandó quemar todos los confesionarios de la ciudad; ni un general Eulalio Gutiérrez que, en la ciudad de San Luis Potosí, mandó volar desde sus cimientos, el templo de Tequisquiapan, ni un Saturnino Osornio, que por órdenes mías, entró a la catedral de Querétaro el día que fue declarado gobernador electo y, frente al altar mayor, rayó su mula prieta y gritó: "Viva la Revolución".

La guía en Leningrado nos llevó a ver el chalet de la amante del zar Nicolás Segundo; por cierto que cuando salimos de esta visita, unos obreros que iban en un carretón nos hicieron gestos amenazadores y nos saludaron con el puño cerrado; yo me reí y les saludé con la mano. Esta demostración hostil de los obreros rusos para nosotros se debió a los vestidos y abrigos que portábamos, según la guía nos explicó, pero de ahí no pasó.

Después de cuatro días la guía nos condujo a la estación del ferrocarril, donde nos esperaba un carro especial de lo más lujoso que yo he visto en carros pullman. Se impresionó Leola y me dijo: "Son más elegantes estos trenes que los americanos". "Sí —le contesté—, pero pronto verás que son menos eficaces que los ferrocarriles mexicanos". Toda esta plática la seguimos Leola y yo solos, pues ella ya estaba perfectamente "bien afilada por mí" y sabía que hasta las hojas de los árboles eran espías y que la señorita que nos acompañaba era una perfecta espía dedicada a nosotros. Recorrí el tren de punta a punta y, fuera de nuestro carro especial, los otros vagones iban abarrotados por pasajeros rusos, que vale más no describirlo; era tan horrible el espectáculo que por respeto al buen olfato, prefiero no describirlo y regresé a mi elegante carro revolucionario, cuyas ventanillas de cristal eran todas protegidas por artísticos emplomados.

Al llegar al Mar Báltico en Leningrado, Leola sacó varias fotografías de la Escuadra Roja, o sea los barcos de guerra soviéticos que se encontraban fondeados en el río Neva. El sacar fotografías era cosa estrictamente prohibida. Después guardó su cámara en su véliz de mano cuando ya lo había hecho y ya no volvió a sacar la cámara. "Si te la piden la entregas", le dije, pero por fortuna no sucedió, pues seguramente los rusos no estimaban peligro de una pareja de mexicanos o sería porque entonces estaban todavía muy desorganizados.

Seguimos platicando durante el viaje con la señorita del Inturist y me fue orientando hasta donde era posible que ella contestara a mis preguntas y llegamos a Moscú; otra banda, otra *Internacional*, otra bienvenida y

nos condujo la guía a un hotel cuyo nombre no recuerdo, que había sido uno de los grandes palacios del imperio y que ahora estaba dedicado a hotel para visitantes distinguidos. Nos dieron un enorme departamento de super lujo, al estilo siglo XVIII, lleno de obras de arte grandes y pequeñas, las que ni Leola ni yo tocamos siquiera con un dedo, por temor a las responsabilidades. Y le dije en voz baja: "Así como te lo dije en el muelle de Leningrado, así te lo digo ahora, todo aquí es vigilancia, inclusive los ceniceros".

Me trasladé con la guía a ver a los camaradas Petroff y Kaganovich y les entregué las cartas que me había dado la señora Alejandra Kollontai, embajadora de Rusia en Suecia. Fui muy bien recibido por los dos, me preguntaron si estaba conforme con la guía que nos habían comisionado, que si no, me la cambiarían por otra y yo les contesté que estábamos mi señora y yo perfectamente conformes con que ella nos siguiera guiando, hice algún discreto elogio de la guía, pues donde la hubiera alabado mucho, nos la cambian y la mandan a las mazmorras. El camarada Petroff, jefe del Protocolo me entregó dos boletos para la Plaza Roja, números ochenta y dos y ochenta y tres, es decir, bien cerca de la plataforma que arriba de la tumba de Lenin habían levantado y en la cual presidiría el desfile Stalin, secretario general del Partido y padrecito de Rusia. Kamenev, presidente de la República y todo el Politburó político del Partido, menos el mariscal Borochiloff, comisario de la Guerra y que sería el jefe del desfile al día siguiente.

En el hotel, Leola hizo amistad con la encargada que nosotros le llamábamos gerente, una señora de fondo católico que buen cuidado tenía de esconderlo. Le platicó a Leola que tenía un hijo que se acababa de recibir de ingeniero, que para ella era una tristeza, pues ganaba quince marcos al día, lo mismo que ganaba un obrero, un mesero, un chofer, lo mismo que ganaba un plomero, etcétera, etcétera, cuando menos oficialmente. Entre profundos suspiros le dijo a Leola que el anhelo de ella sería que su hijo emigrara, pero Leola fue muy cauta y no soltó prenda a la adolorida madre.

Después nos dejó la guía en el hotel dándonos su teléfono; que si cualquier cosa se nos ofrecía, la llamáramos por conducto de la camarada encargada del hotel y que, mientras, éramos libres de movernos como mejor nos conviniera. Le pedí que me dejara un automóvil y un chofer a lo que accedió. El chofer hablaba inglés y después de pasear por las calles y platicar, le dije por conducto de Leola que nos llevara a un rancho colectivo que estuviera cerca de Moscú y nos llevó a uno que estaba todavía cubierto de nieve *y cuya fotografía voy a reproducir en estas memorias*. El tal rancho colectivo era digno de los indios otomíes del Valle del Mezquital en el estado de Hidalgo.

Al regreso del rancho colectivo fuimos a la Embajada Americana

donde Leola dio aviso por aquello de las dudas, que era ciudadana americana de los Estados Unidos y que andaba de visita en Rusia acompañando a su marido, que era embajador de México en Dinamarca. El embajador no estaba, pero nos recibieron el consejero de la Embajada y dos secretarios con verdaderas ansias de hablar con algún occidental y nos brindaron del mejor whisky así como su hospitalidad; después nos invitaron al día siguiente del desfile para ir a comer a la Embajada, lo que nosotros aceptamos. Saliendo de la Embajada, ya bien orientado de dónde quedaba el hotel, le dije al chofer que se fuera y que allá nos esperara y nos dedicamos a caminar a pie entre las multitudes, confundidos hasta cierto punto, pues nuestros vestidos nos denunciaban como extranjeros. Nadie nos molestó y yo me dediqué a observar sus sistemas de propaganda y Leola a sacar fotografías con una pequeña cámara de espía en forma de flor que le prestaron en la Embajada. En el edificio de la estación del ferrocarril, de muchos pisos de alto, desde el techo hasta el suelo había dos retratos enormes; uno de Lenin y otro de Stalin y el radio con magnavoces en cada bocacalle tocando música, cantando canciones revolucionarias, pero esto era constante, las veinticuatro horas del día; había una especie de parque de los que en Europa se llaman tívoli con caballitos giratorios, etcétera. Los transeúntes, que eran todos peatones callados, los niños portando globos que compraban al camarada vendedor que era funcionario del Estado y así llegó el día del desfile, primero de mayo de 1935.

Pero antes, el día primero, nos levantamos a las cuatro de la mañana Leola y yo, para ver los bailes de los contingentes del Cáucaso y de la provincia de Stalin, que era georgiano. Anduvimos recorriendo las multitudes que llegaban con sus pancartas anunciando a cada República Soviética que venían representando. Ahí sí, entre los bailadores había verdaderas maravillas de mujer en cuanto a cuerpo, las caras no bonitas, pues cuando menos en aquel entonces en Rusia, no se conocía ni se permitía el maquillaje a las mujeres y llegaron los cosacos y cantaron y bailaron montados y danzando en sus caballos, empinando el codo en botellas de vodka y lanzando estentóreos alaridos. A las ocho de la mañana nos retiramos a desayunar y a las diez llegamos a la Plaza Roja; y nos identificamos a la entrada y un camarada nos fue a colocar en nuestras butacas que ya dije eran la ochenta y dos y la ochenta y tres, cuyos boletos conservo y aunque en Rusia es muy difícil creer en las casualidades, tocó la casualidad que a mi lado, en la butaca ochenta y uno, estaba sentado el corresponsal de la United Press, norteamericano de pura cepa que hablaba buen español, que había estado en México tres años y que una vez que me presenté, me dijo que él sabía bien quién era yo. Esto de la "casualidad" de que lo hayan sentado junto a nosotros, comprendí yo que era para oír qué cosa hablábamos, pues tanto su butaca como las de nosotros, tenían disimulados micrófonos y el periodista americano sabía esto antes y mejor que yo,

pues ya había estado varias veces en Rusia y conocía "el paño". En estas condiciones empezamos a hablar con discreción.

Llegó Stalin a la plataforma arriba del Mausoleo de Lenin; todos los ocupantes de la Plaza, que estábamos sentados y perfectamente acomodados (no pasábamos de tres mil), aplaudimos. Nadie se paró como hacen actualmente los diputados en México a cada párrafo que lee de su informe el "señor presidente". Un solo discurso a cargo de uno de los comisarios del pueblo y Stalin dio la señal y comenzó el desfile. Primero algo así como un millón de obreros que portaban los de Leningrado, llevando un largo fusil en las manos y apuntando a los "camaradas" que los precedían, de tal suerte que si alguno se retardaba o se equivocaba en el paso, sería ensartado por la larga bayoneta del compañero que marchaba detrás, cosa que no vi que sucediera ni una sola vez. Luego siguieron los tanques, el corresponsal me dijo que este contingente era muy poco numeroso, sólo que él notaba que eran diferentes de los del tipo que habían desfilado en años anteriores. Luego siguieron los aviones y el corresponsal, que tenía mucha experiencia en Rusia, también me hizo notar que la formación este año no era numerosa, pero que era de puros modelos desconocidos hasta entonces.

El desfile duró desde las diez de la mañana hasta las once de la noche y Stalin permaneció todas esas horas con el brazo derecho en alto en señal de saludo, pero con la mano extendida y no con el puño cerrado como lo hacen en México los comunistas criollos. También permaneció con la mano en alto el viejito Kamenev, presidente de la República y cuando se cansaba, el chofer de Stalin, que era un gigante, le agarraba la mano para que no se le bajara el brazo. Esto me hizo recordar a don Pascual y le dije al corresponsal: "Esto me recuerda al general Calles y al presidente Ortiz Rubio. Calles es Stalin y Ortiz Rubio es Kamenev y el chofer de Stalin que le sostiene el brazo a Kamenev, es el general Joaquín Amaro, desempeña el mismo papel que en su tiempo desempeñó Joaquía Amaro".

Después del bosque humano que marchó a pie fusil en las dos manos y a bayoneta calada, el conjunto de tanques y el paso de los aviones, hubo un toque de clarín, un movimiento en la plataforma del Politburó y gritos de entusiasmo; por las bocacalles de la Plaza Roja, pues las multitudes no podían entrar a la Plaza, apareció la caballería. El mariscal comisario de la Guerra venía al frente de cien mil caballos y le dije yo al corresponsal: "Estos son huevos, no los de mi tía; nunca me imaginé siquiera ver un cuadro tan bonito y tan impresionante".

Borochiloff venía al frente más cargado de condecoraciones que don Porfirio Díaz, sus ayudantes venían atrás. Empezó el desfile y las marchas de las bandas de guerra. Al terminar el desfile, Borochiloff se llegó, montando su caballo, hasta el Mausoleo de Lenin, se bajó y se fue a saludar a Stalin y a los demás camaradas que lo rodeaban. Me llamó la

atención que, al darle la mano al chofer de Stalin, el mariscal Borochiloff se la sacudió varias veces en señal de afecto.

Si el que hayan puesto al corresponsal de United Press junto a mí fue intencional qué bueno, pues aproveché a un conocedor profundo en asuntos rusos y si fue sin mala intención, ¡qué suerte la mía! El desfile, como ya dije, empezó a las diez de la mañana y terminó a las once de la noche, pues después del ejército marcharon las juventudes "simpatizantes" del Partido y los "simpatizantes" adultos; porque no cualquiera puede pertenecer al Partido Comunista ruso por muy comunista que sea, el número es limitado y estos contingentes que en México llamaríamos del sector popular, toda proporción guardada, al tiempo que avanzaban iban cantando canciones revolucionarias. Esta masa popular traía infinidad de pancartas, naturalmente todas en ruso y contra el fascismo y el imperialismo capitalista; venía una caricatura en forma de un gigantesco marrano de pasta color de rosa, más grande que un elefante grande y la cara representaba a Benito Mussolini y abajo de la caricatura tres letreros seguidos, uno en Ruso, otro en inglés y el tercero en francés, que traducidos al español querían decir: "Este es el puerco más grande del mundo", refiriéndose al *duce* italiano. Contra el nazismo no encontramos ni la más ligera alusión en los miles y miles de cartelones que portaban los manifestantes rusos. Hitler no fue mencionado en ninguna forma, entonces los rusos le tenían mucho miedo a los alemanes, pero sólo un ciego no podía ver un futuro choque. Dos enormes potencias militares frente a frente, de ideologías completamente opuestas y de razas tan diferentes, los rusos y los alemanes; día a día las dos potencias militares iban acrecentando su poderío y aquella carnicería iba a ser inevitable, como lo fue.

A nuestro regreso de la Plaza Roja al hotel, encontramos a los comunistas españoles con los que ya había hablado en Leningrado y les pregunté: "¿Qué les pareció el desfile en la Plaza Roja?" Y uno de ellos me contestó: "¡Qué desfile ni qué puñetas, no nos dejaron acercar ni siquiera a una bocacalle de la Plaza!" Y otro español dijo en forma excitada: "Como estos tíos han sido nihilistas y dinamiteros, creían que nosotros traíamos una bomba de dinamita en cada calceta".

Con el corresponsal de United Press ya no perdí contacto; desde luego, con la discreción que a ambos nos aconsejaba. Al día siguiente fui a la comida con los secretarios de la Embajada; estaba ahí una señorita rusa muy bonita. Ella le regaló a Leola una muñeca confeccionada por ella misma, representando a una rusa de cierta región. Esta muñeca junto con toda la colección que Leola había reunido por el mundo, la regaló cuando nos cambiamos a vivir a una casa chica y moderna al Pedregal de San Angel, pues ya no había lugar para esta bella colección. En la comida con los americanos les dije que me había llamado la atención los pocos automóviles que había en Moscú y me dijeron que

sólo los funcionarios tenían automóvil y que ascendían a treinta y cinco mil solamente. Terminada la comida nos fuimos al hotel y llamamos a la guía que nos llevó al metro. Todas las paredes estaban forradas en mármol color de rosa vivo, según me dijeron, mármoles del Cáucaso. Entonces el metro sólo tenía catorce kilómetros, esta obra era algo de lo que los soviéticos se enorgullecían y procuraban que todos los visitantes lo conociéramos.

El día tres por la noche, después del desfile, acompañados de nuestra guía asistimos a la función de la ópera de la cual yo sólo entendí que las bailarinas rusas tenían muy bellas piernas. En un palco estaba el mariscal Borochiloff rodeado de varios oficiales y de un grupo de damas, entre las que destacaba principalmente la señora Borochiloff, exageradamente cargada de varias joyas colgándole del pescuezo y pulseras y brazaletes de piedras preciosas cubriéndole ambos brazos. Cuando le pregunté a la guía quién era y me dijo: "La camarada Borochiloff", yo dirigiéndome a Leola le dije: "¡Camarada, quién fuera ella!" Leola se rió.

Diez días estuvimos en Moscú. Visitamos también la Biblioteca del Pueblo, que según nos dijo la guía era la que más millones de volúmenes tenía en el mundo, pero se veía que estaban en completo desorden. Dentro había esculturas de Lenin, Stalin y un pedestal sin estatua, le pregunté a la guía: "¿Y este pedestal vacío?" "Aquí estuvo Trotsky", me contestó. "Bueno —le dije— ya sé lo que pasó; y si el camarada Stalin (porque era obligatorio llamarlo camarada) un día claudicara, ¿también lo quitarían de ese pedestal?" La guía hizo un mal gesto y no me contestó. El tiempo ha contestado a mi pregunta, lo quitaron de ese pedestal y todos los pedestales con todo y estatua, a lo ancho de Rusia y hasta lo sacaron de su tumba y lo enterraron por ahí como a un Stalin cualquiera.

Una vez terminada nuestra visita a Moscú, con la guía fui a despedirme del camarada Petroff y a darle las gracias por todas sus atenciones. La guía se despidió de nosotros sin acompañarnos a la estación a donde nos llevó el carro que estaba a nuestro servicio, pero al llegar a la puerta de Moscú, nos encontramos con un tumulto de soldados borrachos, con fusil en mano y a balloneta calada que tenían una gran disputa; y cuando enseñamos nuestros pasaportes y les dijimos al que quiso entendernos en francés o en inglés, que íbamos a tomar el tren especial que nos conduciría a Leningrado, todos nos ladraron en forma feroz. Estaban muy borrachos y algunos oficiales con pistolas en mano. Yo vi un grave peligro y empezaron a dibujárseme en la vista las estepas de Siberia, pero al fin vino un oficial que estaba sobrio y hablaba buen inglés, le mostramos nuestros pasaportes y él mismo nos acompañó al automóvil para que llegáramos al tren y ordenó se nos diera paso libre en el vagón que era el mismo que nos había traído. No había

whisky imperialista ni coñac burgúes, pero sí había vodka revolucionario y me prendí de una botella cual si fuera de caña huasteca con jobo, para que se me pasara el susto. Regresamos a Leningrado donde ya estaba el barco esperando el pasaje integrado por los camaradas comunistas que volvían a sus tierras.

Años después, el corresponsal de la United Press, cuyo nombre siento mucho no recordar, me volvió a ver en México y me preguntó que si no me acordaba de él y en dónde nos habíamos conocido y le dije: "Francamente no me acuerdo, soy muy buen memorista pero muy mal fisonomista", y antes de que él me contestara, Leola dijo: "¿Qué no te acuerdas de la Plaza Roja en Moscú?, este señor es el que nos tocó al lado". Nos dimos un abrazo al estilo mexicano y lo invité a mi casa a tomar whiskys imperialistas, él bourbón capitalista y yo escocés colonialista, e hicimos recuerdos de lo que para él era parte de su profesión y, para Leola y para mí, fue toda una aventura en aquellos tiempos de la entonces remota Rusia. De la muchacha que le regaló a Leola la muñeca, nos contó que la policía secreta rusa ya la tenía vigilada porque frecuentaba la Embajada Americana, la puso presa y la fusiló por órdenes de Stalin.

En el viaje a Rusia me la jugué de a feo, pues si por desgracia nos hubiera ocurrido algo, el gobierno mexicano no hubiera tenido derecho a reclamación, pues México no tenía relaciones con Rusia y además yo hice ese viaje sin permiso del gobierno; sólo conté, y no estuve equivocado, con la ayuda y apoyo de la señora Kollontai.

Regresando de Rusia a Dinamarca, en el hotel *Inglaterra* nos encontramos a nuestro pequeño hijo Gastón acompañado de Francis, su gobernanta, y jalando de una correa a una pequeña perrita chihuahueña que se llamaba la Fifa y que nosotros habíamos traído a Copenhague disimuladamente, pues está prohibido introducir perros a Dinamarca, de ningún país y con ningún pretexto.

Cuando le conté esto al primer ministro danés, éste, en tono de broma, me dijo: "No vaya a haber una guerra entre Dinamarca y México por la perrita que trajo su señora", pero entre Gastón y Francis y determinado burócrata que quiso confiscar a la Fifa sí la hubo, y Gastón defendió bravamente la "integridad" de la Fifa, que se la querían recoger. Fue lo primero que nos contaron, a Leola y a mí, Gastón y Francis al llegar. Nos dio mucho gusto ver a Gastón muy sano y vivaracho y muy identificado con Francis que lo cuidaba bien y lo quería mucho.

Después de una temporada corta en Copenhague la embajadora de los Estados Unidos, *Mrs.* Ruth Brian Owen, me dijo: "Nosotros, los jefes de misiones extranjeras, tenemos en nuestra jurisdicción, además de Dinamarca, a Groenlandia, que es una posesión danesa; esta posesión está en el Polo Norte". Entonces estaba poblada por esquimales, las autoridades danesas respectivas y comerciantes daneses. *Mrs.* Brian Owen ya había estado en Groenlandia, me pasó una película en la Em-

bajada Americana y me entusiasmó con la idea de que la acompañáramos Leola y yo en su próximo viaje en un yate que ella tenía fletado. Yo acepté gustoso la invitación, pero Leola me dijo: "Qué Groenlandia ni qué Don Nabor, ni qué carajo, si quieres vete tú acompañando a Ruth, pero yo me quedo". Y así lo hice; una mañana levó anclas el yate fletado por la señora Brian Owen y pusimos proa hacia Groenlandia. Ya dije que Leola rehusó acompañarnos, pero nos fue a despedir al muelle acompañada de Gastón. Al despedirnos me besó y me dijo: "A ver cuándo paras tu vagancia por el mundo", y le contesté: "Ya pronto nos vamos para México, déjame nada más echar este viaje tras lomita"; pero esa enfermedad de vagar por el mundo se me hizo crónica e incurable.

En el viaje navegamos sin contratiempo hasta Groenlandia y ahí había unos tres mil daneses y una población activa tirando a esquimales más numerosa, tal vez de doce o quince mil habitantes. El viaje lo había proyectado la señora Brian Owen por diez días, pero al siguiente de nuestra llegada recibí un cable del secretario Gurza, procedente de Copenhague y transcribiéndome dos cablegramas urgentes procedentes de San Luis Potosí, uno lo firmaba el general Saturnino Cedillo y me decía que era sumamente urgente que regresara cuanto antes a San Luis, pues se perfilaba una división entre los nuestros que podía ser de fatales consecuencias. El otro cablegrama lo firmaba el diputado Juan Alvarez que, en mi primer periodo de diputado al Congreso de la Unión, había sido mi suplente y ahora era diputado a la legislatura local, líder de ella y presidente del Partido Nacional Revolucionario en el estado y me decía en su cablegrama más o menos lo que me decía Cedillo, que el Partido de San Luis Potosí se había dividido en dos grupos igualmente fuertes y que amenazaba esta división a la unidad de nuestro Partido en el estado, y que yo con mi presencia podría conjurarla.

Enseñé los cablegramas a la embajadora *Mrs.* Brian Owen y le dije: "En vista de esto yo tengo que regresarme hoy mismo, voy a buscarme un barco pesquero o carguero o una ballena, pero yo tengo que regresar inmediatamente". La embajadora me dijo: "No tengas cuidado (pues nos hablábamos de tú), ahora mismo doy órdenes de que alisten el yate y nos regresamos a Copenhague". "Yo no tengo deseos de interrumpir tu viaje —le dije—, ayúdame a salir de regreso". "No interrumpes nada —me dijo—, regresamos a Copenhague, te dejo y yo vuelvo a Groenlandia; a mi regreso voy a renunciar a la Embajada pues me voy a casar con un capitán danés de la Guardia Real". Yo conocía al capitán (era un mango) casi gigantesco y diez años más joven que *Mrs.* Brian Owen. Este capitán también montaba a Gastón en las ancas de su caballo y se lo llevaba a pasear siempre vigilado por Francis. Y navegamos hacia Copenhague, y

llegando allá recibí más cablegramas llamándome urgentemente, a los que yo contesté que saldría lo antes posible y así lo hice. Encargué al secretario Gurza que se despidiera de mi parte de los dignatarios de la corte y del primer ministro y les explicara que no lo hacía yo personalmente porque tenía que emprender violentamente el viaje a México por fuerza mayor; y con Leola, Gastón y Francis, tomé boletos para Berlín, que era mi camino obligado; pero antes le había hablado por teléfono al cónsul general de Hamburgo, Alfonso Guerra, que tenía más personalidad en Alemania que el mismo Embajador, pues además de su gran categoría, hablaba perfectamente el alemán (Alfonso Guerra murió en México siendo senador de la República).

Llegamos a Berlín y nos reunimos Guerra y yo con el virtuoso Boulangé en el centro nocturno llamado *Fémina*, del cual he hablado anteriormente y nos entregamos los tres a una noche toledana. El *Fémina* en cada uno de los ocho pisos estaba atendido por muchachas de ocho países diferentes; alemanas, austriacas, húngaras, rusas emigradas, francesas, árabes, turcas y chinas de la Celeste República, no de las actuales comunistas que en aquel tiempo no pintaban. Le llevé una caja de puros mexicanos a Boulangé, a los que era muy afecto y al empezar la función, Boulangé en la planta baja y dirigiéndose al público dijo: "Boulangé va a tocar para el público". Subió unos cuantos pisos más y dirigiéndose al público y "honorable concurrencia" hacia arriba y hacia abajo, desde un balcón a medio edificio dijo: "Boulangé va a tocar para sus amigos", y produjo en el *Stradivarius* una de sus últimas composiciones y por fin llegó al octavo piso donde el Gordo Guerra y yo lo esperábamos con reaccionarias botellas de champaña y la caja de puros mexicanos que como obsequio de despedida le llevé. Después de haber escanciado lo suficiente para apagar la sed, Boulangé salió al balcón de mi reservado del octavo piso, que dominaba todo el escenario de las ocho plantas, hizo que yo lo acompañara a su derecha y el Gordo Guerra a su izquierda y entonces Boulangé dijo: "Boulangé va a tocar para sus más distinguidos y selectos amigos que lo acompañan, el embajador de México en Dinamarca, *monsieur* Gonzalo N. Santos y el cónsul general de México en Hamburgo, *monsieur* Alfonso Guerra". Terminada esta audición y habiendo escanciado más jugo reaccionario de champaña volvió a salir Boulangé y dijo: "Ahora Boulangé va a tocar para Boulangé", y produjo una improvisación.

Terminado este tropezón en Berlín, seguimos nuestro viaje a Bruselas, donde yo me quería despedir de algunos amigos y donde tenía "una matada en la cruz que lastimaba al penco y que le era más dolorosa ahora al tiempo que iba a desensillar" (me refiero al ángel que tocaba el arpa). Después he viajado constantemente por todos los rincones de la tierra durante treinta años desde que terminó la guerra y nunca me he encontrado rastros de Cuy, ¿qué sería de ella? De Hulla nunca

más volví a saber ni qué fue de su vida; hizo lo que las novillonas orejanas, brincó del potrero, dejó los pelos en la cerca, pero no dejó trilla.

Después de estar cuatro días en Bruselas, seguimos el viaje a París en donde siempre nos alojábamos en el hotel *París*, que era el más moderno entonces y estaba en el bulevar de los Italianos.

En la acera del hotel, frente al bulevar, tocaba una orquesta de despampanantes señoritas austriacas, elegantemente vestidas, audición a la que iba todas las noches, a veces con Leola y a veces solo. Ocho días estuvimos en París, pues como me iba a reintegrar a la política mexicana, sabía que tardaría mucho tiempo en volver, como así fue. Cuatro años de senador y seis de gobernador de San Luis Potosí sin atravesar el mar; pero yo no tan sólo estuve ocho días sino que también recorrí ocho noches al París de entonces, ¡al París de mis pecados! Conocía la ciudad mejor que la ciudad de México, pues en París muchas veces lo hacía de peatón, cosa que nunca he hecho en México; y tomaba el metro, cosa que tampoco he hecho una sola vez en México. La cosa es diferente donde uno es político bien conocido a andar en el extranjero. Y cuando llegó el día que había que tomar el barco en Cherburgo, abordamos el tren en la estación del norte y cuando subimos a bordo del *Europa*, barco alemán que era entonces el trasatlántico más grande, más lujoso, más elegante y más rápido del mundo y que tenía el listón azul que quería decir de campeonato en velocidad y en lujo, me asomé al barandal y grité a los curiosos que estaban en el muelle viendo la maniobra del barco y, parodiando al gallego, dije: "Adiós Europa, te quedas sin gente".

Seis noches y cinco días de navegación, pero el Golfo de Gascuña nos dio su amable despedida con una tremenda tempestad que duró cuarenta y ocho horas. Después sol, buen tiempo y el mar tranquilo. Cuando divisamos la luz de Ambrosio, un peñón muy cerca de Nueva York que tiene un gran faro que alumbra hacia el mar y sirve de guía a la navegación, brindé con Leola y le dije: "Viva América". A ella se le arrasaron los ojos y me contestó: "Viva América", y como no faltaban pretextos, volvimos a brindar cuando vimos la estatua de la Libertad en la bahía de Nueva York. En el muelle nos esperaba mi amigo el cónsul general Enrique C. Ruiz y mi hijo Gonzalo, que se había quedado en un Colegio de Nueva York, tutoreado por el cónsul Ruiz; pues Gonzalo ya era grandecito y no quise llevarlo a Dinamarca por no recargarle el cerebro de cosas inútiles, pues hubiera aprendido el danés perdiendo el tiempo, en lugar de perfeccionar su inglés, como lo hizo, en el colegio de Nueva York. En aquella época el hotel más lujoso y más moderno, pues ya tenía radios en todos los cuartos, incrustados en la pared, era el *New Yorker*; este hotel todavía existe en la calle treinta y cuatro y Quinta Avenida; y en él nos alojamos.

Ese mismo día hablé por teléfono a San Luis Potosí con el general Cedillo y con el diputado Juan Alvarez, presidente del Partido, y con el teniente coronel y diputado federal Epifanio Castillo. Me informaron que mi candidatura como senador la apoyaban todos, pero que estaban indecisos por el suplente; unos apoyaban a Marcelino Zúñiga, un cavernario diputado local casi analfabeto y valido número uno de Cedillo y otro grupo, que era el santista, apoyaba al teniente coronel Epifanio Castillo. No confundir a este teniente coronel Epifanio Castillo, con el valiente coronel José Castillo "condestable de Xilitla y de toda la sierra de La Silleta hasta los límites de Querétaro" y que fue siempre mi adicto hasta que lo asesinaron cuando era gobernador del estado de San Luis Potosí el general Genovevo Rivas Guillén.

Hablé a México con Miguel Aranda Díaz, que era confidente del general Cedillo, hombre de toda su confianza y ajeno a los cavernarios cedillistas de San Luis Potosí. Aranda Díaz era muy joven, buen amigo mío y colaboraba con Cedillo como una especie de "ministro sin cartera". No era mal elemento, y, por lo tanto, no encajaba bien con los cavernarios de Cedillo, pero en la política era iluso, sin experiencia ni malicia. Le dio mucho gusto saber que ya estaba en Nueva York y me dijo que qué se me ofrecía y yo le contesté: "La caballada llegó un poco flaca y necesita un poco de forraje, y no voy a esperar a vender ganado porque me retardaría mi estancia en Nueva York; mándame mil dólares hoy mismo a la Western Union". Me preguntó que si era todo lo que necesitaba y le dije que sí, que era todo lo que necesitaba para no llegar a San Luis "tronando el pico" y ese mismo día me mandó los mil dólares y yo se los regresé al día siguiente de haber llegado a México. La deuda quedó saldada, pero el servicio no. Seguimos siendo amigos aunque nos vemos poco. Aranda Díaz es originario de Guanajuato y actualmente está casado con Titina Calles, hija del general Plutarco Elías Calles.

Y la emprendimos, después de estar dos días en Nueva York, para San Luis Potosí. Llevábamos un gabinete pullman en el que íbamos Leola y yo y tres camas aparte en el mismo pullman. Mi equipo lo componían: Leola, Gastón, Gonzalo (que lo incorporamos en Nueva York) y Francis, la gobernanta, y llegamos a San Luis Potosí. En la estación me esperaban mis hermanas Concha y Tula así como mi cuñado, el licenciado Leopoldino J. Ortiz, mi fraternal amigo y paisano huasteco, el licenciado Antonio M. García, algunos amigos personales y los líderes políticos del estado.

Mi familia viajera y mis familiares de San Luis se fueron en automóviles aparte y yo me fui en un automóvil abierto acompañado de los líderes políticos potosinos. Y llegamos a la plaza de armas y entramos al hotel Tampico que así se llamaba entonces, pero que ha cambiado varias veces de nombre, y ahí me tenían preparada una manifestación, no de la cantidad de miles de acarreados que ahora se acostumbra, sino una mani-

festación compuesta por los obreros de la ciudad, clase media, numerosos amigos personales partidarios y un fuerte contingente campesino.

Antes de dirigir la palabra a la manifestación, me dio la bienvenida el presidente del Partido, Juan Alvarez, quien entre otras cosas dijo que con mi sola presencia en San Luis Potosí, se acabaría la división de grupos que se había iniciado dentro de nuestro Partido. Y desde el balcón dirigí la palabra al pueblo diciendo: "Aquí vengo como el Alazán Tostado, primero muerto que cansado". Entonces revivió mi nombre de guerra con que la diputación de Jalisco de la XXXI Legislatura me había bautizado en 1925. Esta manifestación la presenció el ahora señor licenciado don Jesús Reyes Heroles, que era entonces o un joven abogado o estudiante de Leyes. Después llamé a la unidad a los nuestros y dije también que estaba muy próximo a verificarse una gran matanza en Europa y que iba a alcanzar esta hecatombe a todos los continentes; que en México deberíamos permanecer unidos alrededor del gobierno de Cárdenas para que México saliera airoso de esa prueba; que yo estaba seguro, por mis observaciones sobre el terreno, que no iba a tardar en producirse esta guerra, y desgraciadamente no me equivoqué.

Después de la manifestación, dediqué ese día para visitar a mis hermanas. Y al día siguiente se celebró la convención del ya entonces Partido de la Revolución Mexicana en el Teatro de la Paz de San Luis Potosí y los delegados aprobaron por unanimidad para senadores por el estado de San Luis Potosí, la fórmula Gonzalo N. Santos, senador propietario y senador suplente Marcelino Zúñiga. Por la noche llegó el general Saturnino Cedillo, procedente de la capital y que ocupaba entonces el puesto de secretario de Agricultura y Ganadería y de cuya Secretaría dependía también en aquella época el Departamento Agrario, el de Caza y el de Pesca. Y la legislatura y un grupo de jóvenes abogados organizaron un banquete en el Palacio de Gobierno en honor del general Cedillo, siendo yo invitado de honor.

En el banquete organizado le impusieron a Cedillo una condecoración decretada por la legislatura, no sé con qué motivo, pero la cuestión es que a propósito de la condecoración, el licenciado Miguel Alvarez Acosta produjo un discurso descaradamente fascista. Este Acosta es poeta, sin convicciones de ninguna clase, adulador clásico, abyecto y oportunista y después de glorificar a Cedillo dijo que esa condecoración tenía dos lados (hablando en retórica), que en un lado estaba estampada la hoz, el martillo y Stalin y por el otro lado, Cristo y la bandera mexicana; que se la colocara el general Cedillo viendo al exterior, para que el pueblo viera, la parte con Cristo y nuestra enseña patria y para adentro, donde no se viera, la hoz, el martillo y la figura de Stalin. La tal medalla no tenía ninguna de esas grabaciones, sólo algún escrito laudatorio para Cedillo y, repito, Alvarez Acosta hablaba en metáfora.

Yo me paré y comencé mi discurso relatándoles: "El consejero de la

Embajada de México en Suecia asistió a un banquete en la ciudad de Estocolmo, que dieron los españoles residentes en Suecia en honor de unos marinos españoles que habían llegado a la ciudad; en dicho banquete los españoles atacaron duramente a México y el encargado de negocios de México, que se llamaba Saldaña, permaneció impávido; y yo, de acuerdo con el embajador de México en Suecia, doctor Pérez Gil y Ortiz, había pedido por cable urgente al Senado de la República, que cesara al tal Saldaña y el Senado lo cesó (lo cierto es que yo lo cesé en una cena de la Embajada en Estocolomo tomando el nombre del Senado y el embajador doctor Pérez Gil y Ortiz confirmó el cese inmediatamente y el Senado Mexicano lo confirmó después). Yo ahora que estoy escuchando el discurso chabacano del licenciado Alvarez Acosta, elogiando al fascismo y a Cristo, al Cristo Rey que combatimos nosotros, Cedillo y yo principalmente en los campos de Guanajuato y de Jalisco, si me quedara callado en este banquete después de haber escuchado el discurso de Alvarez Acosta, tendría que pedirle al Partido de la Revolución Mexicana que me borrara de su lista y que me arrojara fuera de sus filas; por lo tanto, protesto por los conceptos que ha expresado el licenciado Alvarez Acosta, en nombre mío y también protesto en nombre del general Saturnino Cedillo aquí presente, que seguramente rechazará enérgicamente estos rastreros elogios", y terminé mi discurso de refutación a Alvarez Acosta diciendo: "Como me las estoy teniendo que ver con un inspirado poeta, voy a terminar mi peroración con un verso que no es del Parnaso ni de juegos florales, pero expresa mi sentir y pinta mi carácter", y dije:

Otra vez de seca en meca
el camino a comenzar,
cuando la gloria se seca,
hay que hacerla retoñar.

Al último habló Cedillo diciendo que veía con gusto que la civilización europea y la dulce vida diplomática "No se había tragado al bravo luchador que era el Alazán Tostado; ahora parece que viene más brioso que cuando se fue. Sea bienvenido a San Luis Potosí el amigo Gonzalo a quien los potosinos estamos brindando apoyo, como un solo hombre, para que vuelva a brillar en el Senado de la República, como tanto ha brillado en esa alta Cámara y en todas las tribunas revolucionarias".

Hubo tempestad de gritos y aplausos, gritos de arriba el Alazán Tostado y vivas para Gonzalo N. Santos. La tarde naturalmente me la llevé yo con orejas y rabo y Alvarez Acosta vino a mi mesa a explicarme lo inexplicable y yo no le hice caso. Este mismo individuo es el que ha querido ser diputado, senador, gobernador del estado de San Luis Potosí, pero nunca lo ha logrado; lo que sí logró fue ser cónsul, embaja-

dor y ser subsecretario de Cultura en la Secretaría de Educación. ¡Estos tipos se saben meter haciéndole odas a los poderosos, que es su especialidad!

En dos o tres días más que estuve en San Luis Potosí, me bastó para unificar los grupos que encabezaban el diputado local Zúñiga y el diputado federal Epifanio Castillo, quedando como suplente Marcelino Zúñiga, como anteriormente dije. Después relataré lo sucedido en el colegio electoral del Senado por la candidatura de Zúñiga como suplente.

Salí de San Luis Potosí con mi familia para la ciudad de México y en la estación Escobedo de Guanajuato, que es donde entonces se cruzaban los trenes de México a Laredo y de Laredo a México, estaba esperando un grupo numeroso de diputados federales, encabezados por el diputado y licenciado José Santos Alonso, el diputado general Rafael E. Melgar, el diputado ingeniero Juan de Dios Bátiz, el diputado Pedro Rodríguez (Perico) y otros más que no recuerdo. Me recibieron con mucho cariño y no faltó quien me dijera que sin sombrero tejano no era yo el mismo, que me lo pusiera otra vez llegando a México, y yo les contesté que a su debido tiempo (pues venía tocado con un sombrerito con las alas cortas y arriscadas hacia adentro, de los llamados diplomáticos). Con todos fui platicando en grupo, pero en un momento dado me llevé al licenciado José Santos Alonso al gabinete y nos encerramos solos. Quise saber información de la política nacional, pero Santos Alonso estaba muy desorientado. Me dijo que el gran choque se iba a producir entre los generales Mújica, ministro de Comunicaciones y Obras Públicas y el general Cedillo, ministro de Agricultura y Fomento. Que a Cedillo le era favorable la opinión pública y a Mújica lo apoyaban los comunistas y extremistas, que por lo tanto nuestro lugar natural era con Cedillo.

Le pregunté a Santos Alonso: "¿Y el clero con quién está?" Me dijo: "El clero naturalmente que ve con simpatía a Cedillo, pues tiene que estar contra los comunistas". Yo le dije a Santos Alonso: "El choque no va a ser entre Cedillo y Mújica, ninguno de los dos va a llegar ni siquiera a candidato, pues estos dos ya quieren mandar desde ahora. Si Cárdenas no se dejó mangonear de su jefe Calles, menos se va a dejar mangonear de ninguno de sus subordinados. Al que apoye el clero desde antes de lanzarse está muerto y el que se pinte con colores comunistas está jodido". Santos Alonso me insistió en lo de Cedillo y yo le dije: "Amigo (éramos primos hermanos y cuñados, pero así nos tratábamos él y yo), no te calientes, es muy temprano y el que se meta se quema". Me dijo Santos Alonso que yo venía desorientado por los años pasados en el extranjero y que al llegar a México me daría cuenta de que la situación era como él me la estaba pintando. "Bueno —le dije—, ya vamos muy cerca, en México veremos".

El Alazán Tostado engrosa la caballada

Llegué a México y lo primero que hice fue hacerle una visita al presidente Cárdenas, que me volvió a invitar para ir a comer al reservado de un restaurante. Platicamos muy ampliamente, le conté mis impresiones de la futura e inevitable Guerra Mundial y le dije antes de que él me preguntara que esta vez no podríamos escapar de tomar parte en alguna forma. "¿Y de cuál lado?", me preguntó. "Del ineludible —le contesté—, al lado de los americanos". No me contestó nada. Le entregué mi renuncia como embajador en Dinamarca y me la regresó diciéndome que esperara para que cobrara el último mes como embajador y presentara mi renuncia en Relaciones cuando ya hubiera tomado posesión de mi curul en el Senado. Le di las gracias por su deferencia.

Cuando llegó el colegio electoral, me presenté al Senado con mi credencial de senador certificada con todos los requisitos legales y firmada por la legislatura de San Luis Potosí, que entonces era requisito en la Ley Electoral, ahora no sé. Ese mismo día, el senador Soto Reyes, jefe de la mayoría nos presentó un pliego al doctor Gonzalo Bautista, que venía como senador por Puebla, y a mí, para que lo firmáramos adhiriéndonos al ala izquierda del Senado. El Senado estaba compuesto por el bloque del Partido de la Revolución Mexicana y dentro del mismo bloque el grupo de los ultras, encabezado por Soto Reyes, senador por Michoacán. Soto Reyes era el jefe del bloque y del ala izquierda. Esta ala izquierda quería decir "la aristocracia mujiquista comunista"; es decir, una especie de tenazas para llevar a todo el Senado a favorecer la candidatura de Mújica. Yo le dije a Soto Reyes, en presencia de Bautista y de otros senadores: "Yo soy miembro fundador del Partido, por lo tanto, miembro obligado del bloque del Partido de la Revolución Mexicana, pero esta ala izquierda no me da de alazo", y no firmé. Lo mismo hizo el doctor y senador electo Gonzalo Bautista, quien se negó a firmar. Soto Reyes, que había sido un diputado de infantería en pasadas legislaturas, estaba muy ensoberbecido y era el más destacado y apasionado mujiquista y no se andaba con rodeos y me dijo: "Tú estás con Cedillo". Y yo le dije: "He picado mucha piedra y no me dejo curar parado, lo que sí te puedo asegurar es que no estoy con Mújica y, como tú

hablas con él todos los días, hazme favor de decirle que lo saludo como amigo y viejo revolucionario, pero que no soy ni seré su partidario como candidato para la presidencia de la República." "Entonces, ¿con quién estás?", me preguntó Soto Reyes, y le contesté: "Con el campeón, es decir, con Cárdenas —seguí diciéndole a Soto Reyes—; de pendejo me voy a declarar yo con tanta anticipación partidario de un futuro candidato cuando esto naturalmente tendrá que molestar a Cárdenas; tú me la estás poniendo de 'los huevos o te capo' y eso no".

Entonces concurrí a la primera sesión del bloque, donde se pusieron a consideración de la asamblea todas las credenciales de senador electo, menos la del doctor Gonzalo Bautista y la mía, que quedaron congeladas. Soto Reyes me encontraba todos los días sin faltar a ninguna sesión de bloque, pero sin asistir a ninguna reunión de la llamada ala izquierda, que se componía de mujiquistas y de mujiquistas eventuales. Pasaron más de quince días sin que las credenciales de Gonzalo Bautista y la mía fueran aprobadas ni puestas a consideración. Ni Bautista ni yo habíamos tenido contrincante en nuestros Estados y en cuanto a mí, ni siquiera se había registrado ningún opositor.

En una sesión del ala izquierda aprobaron rechazar la credencial del senador de Tamaulipas que por ahora no recuerdo quién era, naturalmente un portesgilista, pues ahora Portes Gil era el mandamás de Tamaulipas y presidente del Partido de la Revolución Mexicana, al cual pertenecía el bloque del Senado y le dieron el triunfo para senador por ese estado, a mi amigo Manuel Garza Zamora, almazanista y que sólo obtuvo en la elección unos cuantos votos en el municipio de Reynosa. Este golpe fue con doble propósito, uno derrotar y humillar a Portes Gil y el otro, halagar al traidor Almazán, que era comandante de la zona militar en Nuevo León y jefe de la reacción regiomontana, pues Mújica comunista, se quería atraer a sus filas al huertista, felicista, traidor Juan Andrew Almazán, dándole entrada al Senado a un amigo incondicional de Almazán. El primer propósito lo logró Mújica, pues Portes Gil presentó inmediatamente su renuncia como presidente del Partido, la que fue rápidamente aceptada por el presidente Cárdenas.

Después de este golpe creyeron que yo estaba atemorizado y Soto Reyes me volvió a presentar el pliego de aliación a la llamada ala izquierda y nuevamente le volví a decir: "No puedo firmarte, pues ya te expresé que soy uno de los primeros fundadores del Partido y esto me parece bajar de categoría, pues si ya soy miembro del bloque qué tengo que andar haciendo en subgrupos.

Soto Reyes estaba cordial conmigo y me dijo: "Si soñabas en algún apoyo de Portes Gil, ya viste que lo dejamos muerto y enterrado". "Pues que descanse en paz —le contesté—, pero no pretendas que yo me suicide". Y continuó diciendo Soto Reyes: "Me dijo el general Mújica que te

invite a que lo visites a Comunicaciones". Y yo le contesté: "Estimo mucho a Pancho Mújica, fue amigo y compañero de mi hermano Pedro Antonio en el maderismo y a principios de la Revolución Constitucionalista, es muy amigo de mi hermano Samuel, también compañeros de la Revolución y del Congreso Constituyente, del que Mújica y Samuel fueron diputados, es mi amigo también y me trata con muchas consideraciones, pero no lo he ido a visitar porque van a creer él y ustedes que mi visita no es sincera sino interesada para que me ayuden a entrar al Senado, pero 'el toro cimarrón se lambe solo', yo no voy a visitar a Mújica hasta que no sea senador pues ni siquiera sueño que ustedes me puedan echar del Senado, cuando he traído toda la votación ciudadana del estado de San Luis Potosí". Ahí terminó la plática con Soto Reyes.

Al otro día me llamó por teléfono el general José Núñez, jefe del Estado Mayor Presidencial y me dijo que el presidente Cárdenas me esperaba en Palacio ese mismo día a la una de la tarde. La llamada me la hizo Núñez a las once de la mañana; entonces no había el horrible tráfico que hay ahora en México, yo vivía en la colonia Roma y estaba muy cerca, por lo que tenía tiempo más que suficiente para llegar a mi cita, pero me fui desde luego para llegar a Palacio con anticipación y orientarme viendo y hablando con los que entraban y salían de ver al presidente Cárdenas. Sonó el timbre, entró un ayudante, regresó y me dijo: "El presidente Cárdenas lo espera". Entré y nos dimos un saludo muy efusivo. Me preguntó de mis impresiones de Rusia, se las di sucintamente a reserva de hacerlo después con más detalles y fotografías, como lo hice. Me preguntó: "¿Cuál fue tú propósito de visitar Rusia?", y le contesté: "Aparte del espíritu de viajero que yo tengo y el ansia de conocer tantos países como pueda durante mi vida, fui a Rusia a corroborar que yo no era ni sería comunista y a corroborar también que México no lo podrá ser nunca y suponiendo sin conceder que alguien se instalara en Palacio Nacional con la bandera comunista, no se necesitarían ni armas ni soldados para echarlo fuera, cualquier hombre de valor que no ha de faltar en nuestro país, podría encabezar a todas las cocineras de valor mexicanas y al grito de viva México expulsarlo del poder". Dibujó una semisonrisa y comprendí que no le cayó mal mi opinión y luego me preguntó: "¿Ya entraste al Senado?" (de taimado se pasaba Cárdenas pues sabía que no), y yo le dije: "No, no me han dejado entrar; no traigo contrincante, pero no me han dejado entrar". "¿Por qué no te han dejado entrar?", me preguntó. Y con mucha serenidad le contesté, viéndolo: "Porque me tienen miedo". Dio un puñetazo en el escritorio presidencial, se puso rojo y con voz muy seca me preguntó: "¿Quiénes te tienen miedo?" "Soto Reyes y Mora Tovar", le dije (ya dije que Soto Reyes era el líder de la Cámara de Senadores y Mora Tovar era el líder de la Cámara de Diputados y marchaban los dos de acuerdo bajo la bandera mujiquista y se decían ultra izquierdistas). Sonó un timbre, vino el ayudante, le dijo algo al oído

hablas con él todos los días, hazme favor de decirle que lo saludo como amigo y viejo revolucionario, pero que no soy ni seré su partidario como candidato para la presidencia de la República." "Entonces, ¿con quién estás?", me preguntó Soto Reyes, y le contesté: "Con el campeón, es decir, con Cárdenas —seguí diciéndole a Soto Reyes—; de pendejo me voy a declarar yo con tanta anticipación partidario de un futuro candidato cuando esto naturalmente tendrá que molestar a Cárdenas; tú me la estás poniendo de 'los huevos o te capo' y eso no".

Entonces concurrí a la primera sesión del bloque, donde se pusieron a consideración de la asamblea todas las credenciales de senador electo, menos la del doctor Gonzalo Bautista y la mía, que quedaron congeladas. Soto Reyes me encontraba todos los días sin faltar a ninguna sesión de bloque, pero sin asistir a ninguna reunión de la llamada ala izquierda, que se componía de mujiquistas y de mujiquistas eventuales. Pasaron más de quince días sin que las credenciales de Gonzalo Bautista y la mía fueran aprobadas ni puestas a consideración. Ni Bautista ni yo habíamos tenido contrincante en nuestros Estados y en cuanto a mí, ni siquiera se había registrado ningún opositor.

En una sesión del ala izquierda aprobaron rechazar la credencial del senador de Tamaulipas que por ahora no recuerdo quién era, naturalmente un portesgilista, pues ahora Portes Gil era el mandamás de Tamaulipas y presidente del Partido de la Revolución Mexicana, al cual pertenecía el bloque del Senado y le dieron el triunfo para senador por ese estado, a mi amigo Manuel Garza Zamora, almazanista y que sólo obtuvo en la elección unos cuantos votos en el municipio de Reynosa. Este golpe fue con doble propósito, uno derrotar y humillar a Portes Gil y el otro, halagar al traidor Almazán, que era comandante de la zona militar en Nuevo León y jefe de la reacción regiomontana, pues Mújica comunista, se quería atraer a sus filas al huertista, felicista, traidor Juan Andrew Almazán, dándole entrada al Senado a un amigo incondicional de Almazán. El primer propósito lo logró Mújica, pues Portes Gil presentó inmediatamente su renuncia como presidente del Partido, la que fue rápidamente aceptada por el presidente Cárdenas.

Después de este golpe creyeron que yo estaba atemorizado y Soto Reyes me volvió a presentar el pliego de aliación a la llamada ala izquierda y nuevamente le volví a decir: "No puedo firmarte, pues ya te expresé que soy uno de los primeros fundadores del Partido y esto me parece bajar de categoría, pues si ya soy miembro del bloque qué tengo que andar haciendo en subgrupos.

Soto Reyes estaba cordial conmigo y me dijo: "Si soñabas en algún apoyo de Portes Gil, ya viste que lo dejamos muerto y enterrado". "Pues que descanse en paz —le contesté—, pero no pretendas que yo me suicide". Y continuó diciendo Soto Reyes: "Me dijo el general Mújica que te

invite a que lo visites a Comunicaciones". Y yo le contesté: "Estimo mucho a Pancho Mújica, fue amigo y compañero de mi hermano Pedro Antonio en el maderismo y a principios de la Revolución Constitucionalista, es muy amigo de mi hermano Samuel, también compañeros de la Revolución y del Congreso Constituyente, del que Mújica y Samuel fueron diputados, es mi amigo también y me trata con muchas consideraciones, pero no lo he ido a visitar porque van a creer él y ustedes que mi visita no es sincera sino interesada para que me ayuden a entrar al Senado, pero 'el toro cimarrón se lambe solo', yo no voy a visitar a Mújica hasta que no sea senador pues ni siquiera sueño que ustedes me puedan echar del Senado, cuando he traído toda la votación ciudadana del estado de San Luis Potosí". Ahí terminó la plática con Soto Reyes.

Al otro día me llamó por teléfono el general José Núñez, jefe del Estado Mayor Presidencial y me dijo que el presidente Cárdenas me esperaba en Palacio ese mismo día a la una de la tarde. La llamada me la hizo Núñez a las once de la mañana; entonces no había el horrible tráfico que hay ahora en México, yo vivía en la colonia Roma y estaba muy cerca, por lo que tenía tiempo más que suficiente para llegar a mi cita, pero me fui desde luego para llegar a Palacio con anticipación y orientarme viendo y hablando con los que entraban y salían de ver al presidente Cárdenas. Sonó el timbre, entró un ayudante, regresó y me dijo: "El presidente Cárdenas lo espera". Entré y nos dimos un saludo muy efusivo. Me preguntó de mis impresiones de Rusia, se las di sucintamente a reserva de hacerlo después con más detalles y fotografías, como lo hice. Me preguntó: "¿Cuál fue tú propósito de visitar Rusia?", y le contesté: "Aparte del espíritu de viajero que yo tengo y el ansia de conocer tantos países como pueda durante mi vida, fui a Rusia a corroborar que yo no era ni sería comunista y a corroborar también que México no lo podrá ser nunca y suponiendo sin conceder que alguien se instalara en Palacio Nacional con la bandera comunista, no se necesitarían ni armas ni soldados para echarlo fuera, cualquier hombre de valor que no ha de faltar en nuestro país, podría encabezar a todas las cocineras de valor mexicanas y al grito de viva México expulsarlo del poder". Dibujó una semisonrisa y comprendí que no le cayó mal mi opinión y luego me preguntó: "¿Ya entraste al Senado?" (de taimado se pasaba Cárdenas pues sabía que no), y yo le dije: "No, no me han dejado entrar; no traigo contrincante, pero no me han dejado entrar". "¿Por qué no te han dejado entrar?", me preguntó. Y con mucha serenidad le contesté, viéndolo: "Porque me tienen miedo". Dio un puñetazo en el escritorio presidencial, se puso rojo y con voz muy seca me preguntó: "¿Quiénes te tienen miedo?" "Soto Reyes y Mora Tovar", le dije (ya dije que Soto Reyes era el líder de la Cámara de Senadores y Mora Tovar era el líder de la Cámara de Diputados y marchaban los dos de acuerdo bajo la bandera mujiquista y se decían ultra izquierdistas). Sonó un timbre, vino el ayudante, le dijo algo al oído

y seguimos la plática y la enderezamos al general Calles. Me dijo Cárdenas: "El general Calles está preparando revancha y hemos dejado en libertad a los conspiradores que encabezan el general Amaro, el general Eulogio Ortiz, Pérez Treviño, Luis León, Melchor Ortega, Luis N. Morones y otros muchos". Yo le dije al presidente Cárdenas: "Si en el primer conflicto que tuvo Calles con el presidente de la República no se midió, mucho menos se va a medir ahora que viene de político recalentado. Ya todos le perdimos el miedo y él sabe que tenemos presidente de la República con los pantalones muy bien fajados y Calles no estará capacitado para darnos la pelea; y si es que viene, va a hacer el ridículo. Sobra decirte que yo soy adicto a ti y a tu gobierno, no por venganza a los atropellos que sufrí del general Calles sino por convicción, pues ya Calles jugaba con la presidencia de la República como lo hacía Santa Anna y tú has venido a devolverle la dignidad al puesto y eres más revolucionario que Calles y, para mí, que él es un tránsfuga y echó a perder su grandeza manejado por sus hijos, sus cuistres y sus incondicionales".

Cárdenas sonrió francamente complacido; me preguntó: "¿Ya renunciaste como embajador?, y le dije: "Tú me aconsejaste que lo hiciera hasta que estuviera ocupando la curul del Senado". "Pues renuncia ahora mismo", concluyó.

Dio por terminada la entrevista y salí. En la antesalita de personajes que antes había sido salón de acuerdo del presidente con los ministros, me encontré a Soto Reyes, que estaba completamente solo. Al verme se paró a saludarme y nos saludamos cordialmente y le hice algo de plática para dar tiempo a ver cuánto dilataba el presidente en recibirlo. No fue arriba de diez minutos cuando el presidente sonó el timbre y el ayudante le dijo a Soto Reyes: "Senador, pase usted". Nos despedimos Soto Reyes y yo de manos, pero lo vi muy sonriente conmigo y me dijo: "A ver cuándo nos vemos". "Cuando quieras", le contesté. Ese mismo día por la tarde, del Senado de la República tumbaban el teléfono de mi casa a llamadas. Que el senador Soto Reyes me suplicaba ir de mi casa al Senado lo antes posible. Ya era por la tarde y las sesiones en el bloque y en la Cámara empezaban temprano y dije a quien me llamaba que dijera a Soto Reyes que al otro día a las once de la mañana estaría presente en el Senado. Al día siguiente estuve presente, sonó el timbre llamando a sesión de Cámara, ya no al bloque sino a los ciudadanos senadores y presuntos senadores. Yo entré, como lo hacía todos los días, en mi carácter de presunto senador. Después de leer el secretario algunos papeles sin importancia, se leyó el dictamen de la primera comisión de poderes, que no recuerdo qué senadores la componían, y después de darle lectura al artículo respectivo, leyó: "Unico, son válidas las elecciones para senador verificadas en el estado de San Luis Potosí. Es senador propietario por dicho estado el C. Gonzalo N. Santos". Aplausos, muchos abrazos y Soto Reyes me invitó a comer para el día siguiente. Yo acepté. Después del dictamen que me declaró senador

Rico -25-18-43

de la República por el estado de San Luis Potosí, se leyó otro dictamen diciendo lo mismo del doctor y senador Gonzalo Bautista, electo por Puebla.

Al día siguiente nos reunimos Soto Reyes y yo en el viejo Café Colón y ahí en la plática me preguntó que si yo era cedillista y yo le dije: "¿Te refieres a que yo sea partidario del general Cedillo para próximo presidente de la República?" "Sí", me respondió; yo le dije: "Soy el que menos puede estar con Cedillo para esa pretensión, pues soy el que más lo conoce y sé que es inepto, aunque somos muy amigos, pero antes que lo preguntes te voy a repetir que con Mújica no estaré en ninguna circunstancia". "¿Entonces con quién vas a estar?", me preguntó. "Por ahora no tengo urgencia en saberlo —le contesté—, pues me siento muy a gusto con el actual presidente de la República". Después Soto Reyes me reiteró la invitación para ir a ver al general Mújica y le contesté: "Acepto con mucho gusto; arregla tú la entrevista y avísame por teléfono a mi casa e iré cuando el general Mújica lo disponga, pero que no me acompañe nadie, pues quiero llegar sin padrinos". Soto Reyes arregló mi visita para el día siguiente y llegué al ministerio de Comunicaciones y Obras Públicas, pasé como tengo la costumbre de pasar siempre que voy a las secretarías, pasé por el elevador del ministro, entré a la secretaría particular de la secretaría, me anunciaron e inmediatamente me pasaron a su presencia.

Mújica me recibió más que cordialmente y me dijo, hablándome de usted pues así nos habíamos hablado siempre: "Ya sé que usted no me quiere, pero yo sí lo quiero a usted y, sobre todo, quise mucho a Pedro Antonio y también a Samuel, al cual hace tiempo que no veo". Yo le dije: "Agradezco el cariño que tiene para mis hermanos, y el abrazo que me ha dado tan efusivo quiere decir que también yo gozo de su estimación". "Siéntese y vamos a platicar", me dijo (Las paredes estaban llenas de letreros que decían: *Se prohibe fumar*. Esta precaución puritana de Mújica no me afectó, pues yo no fumo). Y comenzó el general Mújica diciendo que la lucha por venir para la renovación del presidente de la República iba a ser muy fuerte y hasta posiblemente sangrienta, pues las compañías petroleras expropiadas, los algodoneros expropiados en La Laguna, los henequeneros expropiados en Yucatán, los intereses de la oligarquía de Monterrey lastimados, los clericales de Guadalajara heridos y toda la reacción en general, así como Calles y los callistas desplazados, iban a presentar batalla contra la Revolución precedida y ahora jefaturada por el general Lázaro Cárdenas; que necesitábamos cerrar filas porque esta lucha que se avecinaba iba a ser definitiva. Yo le dije al general Mújica: "Estoy de acuerdo con usted punto por punto y ciento por ciento, ahora sólo falta saber 'en qué comal vamos a cocer nuestras gordas, pues si el comal es de barro mal cocido se nos desfonda antes de sacarle la primera tortilla; yo por mi parte —continué diciéndole a Mújica— encenderé mi tizón y lo meteré debajo del comal que más me

guste, pero hasta ahorita no he visto uno lo suficientemente grueso y bien cocido para aguantar la lumbre; ya lo encontraremos y entonces volveremos a hablar de este importante asunto". Mújica vio que me le salía del "lazo" y me preguntó sin ambages y directamente: "¿Tiene usted algo contra mí?" "No, mi general —le contesté—, contra usted nada, pero ya le he dicho a Soto Reyes que yo no seré partidario de su candidatura", "¿Por qué?", me preguntó. "Porque sea usted o no sea comunista, huele a comunismo y los comunistas criollos y los que se dicen serlo, son los que con más entusiasmo lo postulan; y no lo atacaré en lo personal por ningún motivo, pero no coincido ni con sus ideas ni con sus amigos". Mújica me dijo: "No esperaba menos del hermano de Pedro Antonio Santos que siempre fue un hombre muy definido, le doy las gracias por su definición y téngame por su amigo". Nos estrechamos la mano y me retiré.

Por la mañana me había presentado al Senado a rendir mi protesta como senador, acompañado de mi tocayo y senador Gonzalo Bautista, los dos hablamos; yo hice un brevísimo discurso y comencé diciendo: "Sufren por la ley de ausencia los que a otra parte se van, se habla con poca frecuencia de los que lejos están; pero ahora que estoy aquí y aquí me quedo, un abrazo y un apretón de manos para todos mis compañeros. ¡Salud!" Duraron más los aplausos que mi discurso.

Reingreso al Senado

Pasaron quince días y para entonces yo ya había hecho roncha y medí mis fuerzas y cuando me aseguré que tenía mayoría en el Senado para "descarrilarle" el tren mujiquista a Soto Reyes, un buen día en plena sesión se presentó un pliego firmado por la mayoría de los senadores encabezados por mí, aceptándole su renuncia (que no había pedido) al oficial mayor del Senado del cual no recuerdo su nombre y poniendo en su lugar al "Pelón" Federico Medrano V.; pero Soto Reyes subió a la tribuna y produjo un virulento ataque al grupo que destituíamos a su oficial mayor sin mencionar nombres. Pero un "otentoten", garrotero del ferrocarril que ahora era senador mujiquista rabioso y que se llamaba Félix Rodríguez ladró diciendo: "Qué bien aprendió el senador Santos en su vida diplomática con los fascistas italianos las puñaladas por la espalda". Después subí yo a la tribuna y dije: "Este asunto del oficial mayor ya no está a discusión, el oficial mayor que hemos destituido, destituido queda y el C. Federico Medrano V. (que le decíamos licenciado, sin serlo) ya quedó nombrado. Ahora voy a contestar una alusión personal que me acaba de hacer este senador, que no estoy seguro si se llama Rodríguez, Hernández o Pérez y que intoxicado por las ideas comunistas que no comprende ni puede digerir me quiso llamar fascista —y seguí diciendo—. Que tenga cuidado este individuo Rodríguez o Pérez en ha-

cerme alusiones personales, porque se las puedo contestar con hechos y le advierto que no soy afecto a usar el puñal, que siempre he usado la pistola y de frente". Callaron al diputado Félix Rodríguez a gritos muy airados mis compañeros del Senado y algunos cuantos gargaleotes de la vieja guardia que se me empezaban a reincorporar. Levantamos la sesión y nos constituimos en sesión en bloque a la que los senadores mujiquistas no asistieron y acordamos cambiar las comisiones más importantes, como por ejemplo: la de Administración que era la comisión del dinero, la de Gobernación y la de Guerra a la cual entré yo como presidente. Al tesorero y demás empleados los dejamos en sus puestos, pues eran elementos adictos y formados por mí desde varias legislaturas antes en la Cámara de Diputados y que habían venido ascendiendo. El tesorero del Senado era Gonzalo Mercado (Mercadito), que me ha sido adicto desde la XXXI Legislatura en la Cámara de Diputados y que actualmente es un rico ranchero en el estado de Tlaxcala. Después de estos acontecimientos, el escándalo en todos los periódicos: "EL SENADOR GONZALO N. SANTOS, SEGUIDO DE MUY MARCADA MAYORÍA EN EL SENADO DE LA REPÚBLICA PRESENTÓ UNA MOCIÓN EN QUE SE DESTITUYÓ AL OFICIAL MAYOR DE LA ALTA CÁMARA Y SE NOMBRÓ EN SU LUGAR AL C. LICENCIADO FEDERICO MEDRANO B". Estuvieron a punto de salir las pistolas y hubo alusiones personales, después se levantó la sesión y acto seguido hubo una sesión de bloque a la que sólo asistieron la mayoría, mas no los mujiquistas llamados 'ala izquierda'; ahí estuvieron: Gonzalo N. Santos, Gonzalo Bautista, el licenciado Ezequiel Padilla, Gualberto Carrillo Puerto, licenciado Jesús González Gallo, Vicente Veneitias, el senador Cutiño de Colima y otros, y seguían largos y escandalosos comentarios alrededor de este acontecimiento político.

Al otro día fuimos llamados los de la mayoría, encabezados por mí, al Palacio Nacional por el presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, quien también llamó a los mujiquistas, encabezados por el senador Ernesto Soto Reyes.

El presidente Cárdenas, con voz pausada y tranquila, se dirigió a nosotros diciéndonos que por la prensa se había enterado de que apuntaba una división en la Cámara de Senadores; que los momentos no eran para divisiones sino todo lo contrario, para apretar filas y unirnos estrechamente para defender al Gobierno de la Revolución contra las acechanzas de la reacción y de los más recientes claudicantes (se refería a los callistas); que cuál era el motivo de nuestra división. Hizo la pregunta dirigiéndose a mí y yo contesté diciendo: "Señor presidente, yo no creo que haya ninguna división, hemos entrado la mitad del Senado correspondiente a las últimas elecciones y nos encontramos con un oficial mayor que no era de nuestro agrado, le pedimos su renuncia y nombramos sustituto al licenciado Federico Medrano V. (ya dije que no era licenciado); Medrano es hombre de prestigio en la alta política, amigo y partidario de usted y

compañero de nosotros los senadores en varias legislaturas en la Cámara de Diputados, esto no ha sido del agrado del ala izquierda que encabeza el senador Soto Reyes y se produjeron algunos debates más o menos acalorados. Las comisiones son muy numerosas en la Cámara de Senadores y sólo cambiamos dos por razones administrativas y dejamos todas las demás; no tenemos ningún propósito de provocar divisiones y queremos estar todos unidos al lado de usted apoyándolo en todo, pero la mayoría del Senado debe ser respetada".

Soto Reyes habló diciendo que no podría haber buenas intenciones en este movimiento porque se llevó a cabo en forma de "albazo", yo lo interrumpí diciendo "madrugada" y Cárdenas y todos los demás se rieron. Con esto se destanteó Soto Reyes y siguió diciendo que el ala izquierda estaría con el presidente de la República y tenía obligación de defender a su gobierno de las acechanzas. Quisieron contestar varios de mis compañeros (Padilla, Bautista, etcétera), pero Cárdenas ya no los dejó. Nos exhortó muy formalmente a que permaneciéramos unidos y bajo la misma bandera del Partido y de la Revolución, sin discordia y sin distanciamientos. Todos le protestamos que así lo haríamos y cada uno de nosotros le fuimos dando un efusivo abrazo y salimos de Palacio, pero antes de llegar a nuestros automóviles respectivos, Soto Reyes me dijo: "Quiero hablar contigo a solas". "Listo", le contesté. Nos citamos en el Café Colón para las seis de la tarde y ahí nos reunimos. Ambos grupos, el que encabezaba Soto Reyes (el ala izquierda ya muy desplumada, pero consentida por el presidente) y la mayoría de senadores que yo encabezaba, sabían que Soto Reyes y yo teníamos cita solos para las seis de la tarde en el Café Colón y que ahí íbamos a resolver nuestra futura actuación; pero antes, Padilla, Bautista, Veneitias, Cutiño, Carrillo Puerto, Gonzalo Gallo, yo y los demás de nuestra mayoría, nos reunimos en mi casa. Unos eran partidarios de continuar la ofensiva contra Soto Reyes hasta reducirlo a la nada, pero Padilla, Bautista y yo atemperamos la embestida pues les explicamos a nuestros compañeros que teníamos una mayoría precaria, ya que Soto Reyes era senador por Michoacán, muy amigo del presidente Cárdenas y apoyado decididamente por Mújica y que lo mejor era transar, que ése era el propósito que yo llevaba en mi cita con Soto Reyes. Todos aprobaron mi conducta y me demostraron plena confianza en mi capacidad política y experiencia.

Nos reunimos Soto Reyes y yo en el Café Colón, puntuales como dos ingleses de antes de la guerra; nos encerramos en un reservado y pedimos copas y empezó diciéndome Soto Reyes: "El movimiento que encabezas en el Senado es claramente futurista, solamente que al presidente le presentaste las cosas en forma muy inteligente; pero a ti no se te escapa que el ala izquierda es la garantía política del presidente Cárdenas en las Cámaras". Yo le dije: "No, este movimiento es actual y no

futurista, te voy a hablar en plata; tú has sido mi subordinado siempre, en la Cámara de Diputados, en varias legislaturas, componías parte de un grupo pequeño de la diputación de Michoacán, yo siempre te apoyé a ti y a los demás cardenistas de Michoacán y le permanecimos leales a Cárdenas cuando el general Benigno Serratos lo traicionó y ahora que he llegado otra vez al Senado, ni por asomo voy a quedar subordinado a ti ni a nadie en las Cámaras, pues ya soy el jefe de la mayoría como lo fui en el antepasado periodo del Senado y lo fui en siete legislaturas seguidas en la Cámara de Diputados; lo que podemos hacer es afianzar bien el acuerdo que nos pidió el señor presidente Cárdenas". "¿Qué propones?", me preguntó Soto Reyes. "Partirnos la 'polla' —le contesté—. Tú dispondrás de la mitad del presupuesto global y lo distribuirás entre tu grupo como mejor les parezca y yo dispondré de la otra mitad del presupuesto con mi grupo y como mejor nos parezca". Soto Reyes se defendió muy débilmente, cantó la "palinodia" y me dijo que estaba casi terminando su casa y que si no le dejaba amplitud económica en el Senado, no la podría terminar y eso se iba a reflejar en su prestigio político. Con esa declaración que me hizo lo acabé de agarrar del hígado, pues ya no podía él seguir un pleito abierto en el Senado teniendo yo esa confesión de él, que, llegado el caso, podría hacer pública en la tribuna y permanecí firme. Soto Reyes efectivamente estaba haciendo un palacete de gustos grotescos y rastacuero en la colonia Polanco, en la calle de Lerma, el que efectivamente también no acabó y tuvo que malbaratarlo al español Antonio Busqueta, dueño de una gran industria textil potosina (Soto Reyes cayó de la gracia del general Cárdenas pocos meses después por haber matado a su chofer en la recámara de su casa y tener como único testigo del drama a su esposa).

Convenidos Soto Reyes y yo en el reparto del presupuesto "global", yo reuní uno a uno a los líderes de mi grupo: primero al senador Gonzalo Bautista de Puebla y le dije: "Tocayo, además de tus mil pesos oro de sueldo, tu riego, cinco mil pesos oro mensuales, tendrás un sobrerriego de quince mil pesos oro al mes". Me reuní con el licenciado Ezequiel Padilla y en los mismos términos le participé que su sobrerriego alcanzaría a diez mil pesos oro mensuales y a todos los demás enadores les asigné además de sus mil pesos de sueldo y cinco mil pesos de riego, otros cinco mil pesos oro de sobrerriego y yo me reservé además de mis emolumentos y riego, el resto del presupuesto "global", descontando diez mil pesos oro de gratificación mensuales para el flamante oficial Federico Medrano B., hombre muy honorable, pero nada honrado; gratifiqué también debidamente al tesorero y al subtesorero del Senado, el primero llamado Mercadito que actualmente posee un muy buen cultivado rancho en el estado de Tlaxcala y el segundo, llamado Gonzalo, también fue gratificado proporcionalmente; estos

dos entonces jóvenes de los cuales sólo Mercadito vive, habían sido empleados de la tesorería de la Cámara de Diputados durante muchas legislaturas que yo jefaturé, por lo tanto, me eran completamente adictos. Yo no sé qué opinen los moralistas, pero para mí la moral en la política es un árbol que da moras y además sé que el político debe vivir de la política y asignarse sus emolumentos según la fuerza de que disponga, pues entre más grande es su poder, más grandes son sus compromisos y responsabilidades; y a mí no me iba a pasar lo que a José María Maytorena, el infidente de Sonora que siendo el más grande hacendado del estado, cuando entró a la política se tragó treinta años de destierro en la miseria y, ya viejo, terminó viviendo de una especie de caridad que para él acordó el presidente Cárdenas reconociéndolo como general asimilado; ni lo que le pasó al ingeniero y general Rodríguez Cavo, que cuando entró a la política era dueño de la hacienda de Limón en la Huasteca, poseía trescientas cincuenta mil hectáreas de tierra de las mejores del mundo y que también se fajó sus doce años de destierro en la pobreza y terminó en Tamuín vendiendo carbón vegetal de algún pequeño "charrasquillal" que le quedó; ni tampoco lo que le sucedió al general Angel Flores, que siendo gobernador de Sinaloa varias veces y comandante militar desde la Baja California hasta Jalisco, cuando murió lo tuvieron que enterrar por colecta. Esos ejemplos me sedujeron para no seguirlos por considerarlos poco inteligentes. Yo nunca fui coyote ni comerciante, ni dediqué el tiempo que tenía para la política ni mis influencias, que fueron muy grandes, para hacer negocios; trabajé en los ranchos y en la ganadería en lo que siempre he sido competente y me aproveché de las dos guerras mundiales comprando ganado flaco muy barato y vendiéndolo gordo muy caro; claro que mi posición política me proporcionaba muchas ventajas en estas actividades las que siempre he sabido aprovechar; sin embargo, el político, cuando es verdadero político y se le presenta una situación difícil en su carrera, si el caso lo requiere, para triunfar, debe gastar todo con valor, lo "ladino y lo manso" si fuera necesario, lo mal y bien habido; eso sí, si gana el albur, debe cobrar lo viejo y con "camonina", más en mi caso que en estas empresas siempre me jugué la vida.

Y como quedamos en paz, por lo pronto, Soto Reyes y yo, me trasladé por la casi carretera que era entonces México-Laredo hasta el entronque con una brecha que habíamos construido mis elementos locales y yo, de Pujal a Tamuín y llegué como quería yo regresar a mi "patio", con los laureles del triunfo como jefe de la mayoría del Senado y como decía Villa: "En la bolsa traía pesos y en la cintura cartuchos", pues regresar uno jodido a su tierra, más vale no regresar. Los huastecos se concentraron en Tamuín en forma de avalancha, pues no me habían visto desde mi regreso al país y con el primero que me encerré a hablar fue con el coronel Braulio Romero que era a veces presidente municipal de Villa Guerrero, hoy Tamuín, o a veces para no quebrantar el princi-

pio de no reelección, fungía en el puesto alternativamente uno de sus caporales. Braulio era el huasteco que más confianza le tenía, conocía muy bien la región, la gente, la idiosincracia de sus habitantes y hablaba un poco menos de huasteco que yo; me era muy leal. En nuestra primera plática yo lo dejé hablar en todo lo que a la Huasteca se refería y estuve de acuerdo con él en sus puntos de vista, pero cuando llegamos a hablar de política nacional, vi que estaba tanto o más desorientado que Pepe Santos Alonso. Empezó diciéndome: "El general Cedillo está hecho un Cristo: echando seis ases con cinco dados". Estaba Braulio entusiasmado y creído de que la figura de Cedillo había "cuajado" nacionalmente y que tenía un gran arrastre popular e iba a barrer con Mújica. Que Mújica era no nada más impopular sino odiado (acababa de pasar la Rebelión Cristera y el principal jefe pacificador de Jalisco y Guanajuato había sido Cedillo, quien después de vencidos los cristeros se dedicó a atraerse a los jefes de armas y meterse muy duro con el clero y con la reacción); pintaba al general Mújica como el candidato de Cárdenas y para entonces Cárdenas ya tenía muy mal ambiente en las clases conservadoras que entonces eran muy fuertes, todavía no expropiaba el petróleo, pero ya había expropiado a los algodoneros de La Laguna y a los henequeneros de Yucatán y había provocado la huelga de electricistas donde se produjeron grandes manifestaciones contra el presidente Cárdenas por los apagones en la ciudad de México en el año de 1937 (de esto hablaré después). Cuando Braulio Romero terminó de hablar le dije que Cedillo tenía "gordura de pelillo", que en términos ganaderos huastecos quiere decir gordura falsa, cuando el ganado come el zacate tierno recién nacido, y Mújica es un novillo "enchamalado" (las reses que comen chamal, que es una hierba del campo que se da en Tamaulipas y las Huastecas, quedan paralíticas de medio cuerpo para atrás y Mújica ha comido el chamal del comunismo; sólo se mueven apoyándose en las manos, avanzan con mucha dificultad pues van arrastrando el medio cuerpo trasero incluyendo las patas). Braulio me entendió inmediatamente y como yo era su oráculo en política, se enfrió rápidamente su entusiasmo cedillista. Yo le dije: "Ustedes aquí en la Huasteca no tienen porqué dar color hasta que yo diga; mientras, cultiven la amistad de Cedillo para que no provoquen su enojo y se eche encima de nuestros amigos en perjuicio de ellos y de la Huasteca". "Bueno —me dijo Braulio Romero, empleando un término que él y yo usábamos con alguna frecuencia cuando era el caso— por ahora seremos cedillistas hipócritamente", y le contesté yo: "Exacto".

Regresé a la ciudad de México después de "refrescar" mi prestigio político en la Huasteca, pues Cedillo, que era entonces ministro de Agricultura y Fomento, constantemente quería absorber directamente las fuerzas políticas de la región. Reanudé mis actividades en México empezando por frecuentar constantemente a mi viejo y querido amigo

el general Andrés Figueroa, ministro de Guerra y Marina. El general Andrés Figueroa y yo nos conocimos en la batalla de Mápula, Chihuahua, contra Francisco Villa; los dos éramos mayores, él jefe de un batallón de la Brigada Figueroa al mando de su tío el general Rómulo Figueroa y yo mayor primer ayudante del cuerpo del ejército del Noreste, a las órdenes del general Jacinto Treviño que para entonces ya estaba destrozado y refundido en la división que mandaba el general Francisco Murguía y en cuyo Estado Mayor me tocó el honor de concurrir a esa batalla. Ahí, después de la acción, nos conocimos Andrés Figueroa y yo en el carro especial del general Francisco Murguía que estaba brindándonos a un numeroso grupo de jefes y oficiales copas de coñac y dándonos instrucciones para ir a Chihuahua a recuperar la plaza que nosotros habíamos perdido a las órdenes del inepto general Jacinto Blas Treviño. Figueroa y yo nos identificamos inmediatamente, pues él era sobrino de su entonces jefe, el general de brigada Rómulo Figueroa; y yo hermano del general Pedro Antonio Santos, jefe de la Revolución Maderista en San Luis Potosí. Mi hermano Pedro Antonio y los Figueroa, desde el maderismo, trabaron estrecha amistad, yo lo sabía muy bien y Andrés Figueroa también tenía la tradición, e inmediatamente empezamos a tratarnos de tú. Después volvimos a estar muy cerca por bastante tiempo, Andrés Figueroa, ya general brigadier, que fue a sustituir a mi hermano Samuel como comandante militar al estado de San Luis Potosí y yo que era diputado a la legislatura local y líder de esa Cámara, le presenté a mi hermano al general Andrés Figueroa cuando éste le hizo entrega de la zona militar.

Fui el amigo más cercano del ya general Andrés Figueroa mientras duró él como comandante militar del estado y hacíamos recorridos juntos, especialmente por la Huasteca en donde le reunía yo grandes contingentes de campesinos, especialmente indios huastecos. Lo invitaba a las danzas que los indios celebraban y que por influencia mía las dedicaban en su honor. Hicimos en ese tiempo Figueroa y yo fraternal amistad y cuando estaba como embajador en Bélgica he dicho ya que teníamos constantemente contacto por correspondencia y me mandaba puros mexicanos, los que yo obsequiaba a los grandes personajes de la política belga. Desde que yo había regresado de mi misión diplomática de Bélgica, Figueroa era el ministro de Guerra y Marina en el gabinete del presidente Cárdenas, desde el día que Cárdenas y Calles rompieron relaciones. Y una vez que tuve la preeminencia en el Senado, hice más frecuentes mis reuniones con el general Figueroa, casi siempre en un restaurante que se llamaba *El Retiro*. Eramos espiados Figueroa y yo por un capitán granuja llamado Porfirio Rivera Zavala, de San Martín Chalchicuautla, lejano pariente mío. Este espionaje lo sospeché desde el primer día, pues conocía a Zavala como un abyecto rufián, pero me lo confirmó plenamente después el general Manuel Avila Camacho, cuando lo

acompañé en su gira por toda la República, cuando él era candidato a la presidencia de la República.

Ya que nos habíamos reunido muchas veces el general Figueroa y yo en comidas privadas, le hablé claro y le dije: "El panorama político de la República lo veo yo de la siguiente manera: aspiran a la presidencia de la República los generales Francisco J. Mújica, ministro de Comunicaciones y Obras Públicas; Rafael Sánchez Tapia, ministro de Industria y Comercio; el general Saturnino Cedillo, ministro de Agricultura y Fomento, y en forma confidencial, el general Gildardo Magaña, gobernador de Michoacán. Mújica —seguí diciendo— tiene todo el apoyo del general Cárdenas para su labor de agitación desde el ministerio de Comunicaciones, pero Cárdenas es un zorro y tú lo conoces tan bien como yo y está dejando que Mújica se mande por lo pronto; Sánchez Tapia es un dipsómano, ladrón y por último cacarizo, y es anticonstitucional en México que un cacarizo llegue a ser presidente de la República, a Magaña lo ha puesto Cárdenas de gobernador en Michoacán, donde no se mueve la hoja del árbol sin su voluntad y Cárdenas con esto pinta su gobierno de zapatismo, pues es el origen de Magaña. Tú no has sonado para nada como candidato a la presidencia, eres muy íntimo amigo del general Cárdenas, te tiene en el gran concepto que mereces, tienes más prestigio militar que el mismo presidente, más ameritada hoja militar de servicios y más prominente origen revolucionario, déjame que yo empiece a trabajar poco a poco a algunos militares a los que les hagas ver en forma indirecta la amistad que nos une y la confianza que me tienes; en cuanto a los políticos de las Cámaras los dejaremos para después cuando ya haya agarrado 'agua la nube' entre los militares". Figueroa estuvo completamente de acuerdo conmigo, solamente me dijo que apoyaríamos al presidente Cárdenas en todas circunstancias y yo me manifesté de acuerdo.

Empecé a trabajar con toda cautela lo de Figueroa, él, como he dicho ya, era el secretario de Guerra y Marina, el subsecretario era el ameritado e inepto general de división Blas Corral y el oficial mayor era el general de brigada Manuel Avila Camacho, desconocido en la República y tan amigo del presidente general Cárdenas como del general Figueroa, pero Avila Camacho era apolítico.

Al primero que le hablé fue al general Rodrigo M. Quevedo, prestigiado militar, exgobernador de Chihuahua y jefe entonces de no recuerdo qué zona militar; él conocía muy bien a Figueroa desde Chihuahua en la campaña contra Villa, cuando Quevedo ya era general brigadier y Figueroa mayor. Quevedo se mostró entusiasmado y empezó a hacer labor calladamente entre los militares, especialmente entre los jefes de corporaciones. Ya había yo conquistado al general Román Yocupicio, indio yaqui, gobernador de Sonora, para el asunto de Figueroa y un día hablé con el general Saturnino Cedillo y le dije: "No se vaya usted a ofen-

der ni a molestar por lo que le voy a decir, yo comprendo que usted tiene sus aspiraciones y que frente a los aspirantes Mújica y Sánchez Tapia usted tendría una gran mayoría de opinión, pero empieza a haber un movimiento entre los militares con mando de fuerzas, hablando con mucho entusiasmo del general Andrés Figueroa a quien usted conoció cuando estuvo de comandante militar en San Luis y que ahora seguramente trata porque son compañeros de gabinete y de ir a una aventura incierta, a reunirnos todos los revolucionarios alrededor de Figueroa, es preferible lo segundo y al mismo general Cárdenas no le podrá disgustar, pues se tratan fraternalmente desde hace muchos años y Cárdenas sabe lo que Figueroa vale aunque no se meta en política". Cedillo se quedó pensativo un rato y luego me dijo: "Yo cuento con Magaña, que es gobernador de Michoacán y que me ha dicho que si no me lanzo yo se lanza él, pero que si me lanzo, él me apoyará y tengo constantemente en la Secretaría de Agricultura y en mi casa en Coyoacán, como usted lo habrá podido ver, romerías de gente que me proclaman". "Sí —le dije—, yo he visto esas multitudes, pero no he visto a ningún general de prestigio ni a ningún ministro, ni a los líderes obreros y de las cámaras, sólo lo visito yo y la diputación de San Luis Potosí; para qué creer en espejismos, vamos a comer usted y yo con Figueroa y estoy seguro que se entenderán". Lo pensó otro rato y luego aceptó. Provoqué la comida en un restaurante de un italiano maderista, Toripiedi, que había sido muy amigo de don Gustavo Madero, de Pedro Antonio y que desde que yo empecé en la política, también lo era mío. Este restaurante fue muy famoso en los años veintes.

Fuimos a la comida los tres y ni el villano capitán Porfirio Rivera Zavala, que lo tenían dedicado a espiarme (el general Manuel Avila Camacho no me dijo quién), se dio cuenta de nuestra reunión. Fuimos al restaurante los tres usando carros muy poco llamativos y conducidos no por choferes, sino por hombres de nuestra absoluta confianza, como yo se los había propuesto a Figueroa y a Cedillo. Ahí en la comida les dije que mi propósito era reunirlos a los dos porque los dos eran fuertes valores de la Revolución (pues Cedillo tuvo su buena época) y columnas del gobierno; y que en la calle había caos con tantos desfiles de obreros portando puras banderas rojinegras proclamando el comunismo y dando tamborazos y alarmando a la gente, todo provocado por Mújica y Lombardo Toledano, que en ese tiempo era mujiquista. Que yo creía que le hacíamos un bien al presidente uniendo alrededor de él a los hombres más serios, prestigiados y respetables del régimen y que esto era urgente porque del desorden que se estaba produciendo, podíamos llegar a la anarquía, lo que estaba esperando el general Plutarco Elías Calles en su destierro en California para venir a levantar el campo. Estuvieron los dos muy de acuerdo en mis opiniones y luego les dije, al terminar la comida, que yo tenía una llamada telefónica que no podía posponer y que me iba a permitir dejarlos solos, con lo que estuvieron los dos de acuerdo. Yo le había dicho a Figueroa, pues él no sabía nada de política y confiaba en mí plenamente, que Cedillo tenía ambiciones personales casi incontenibles, pero que él le hablara a Cedillo de igual a igual, aunque eso sí, un poco de arriba para abajo, lo que me había entendido muy bien Figueroa.

Dejé solos a los dos generales hasta que ellos me mandaron llamar con un mesero y los tres nos fuimos por lados diferentes en nuestros propios carros. Cuando hablé con Cedillo después, a solas, me dijo que Figueroa era un hombre con el que se podía tratar, que era valioso y que seguiríamos en contacto, porque Figueroa podía ser aceptable. Después me reuní con Figueroa y me dijo: "Viejo (así les decía él a sus amigos íntimos), le hablé al general Cedillo tal como me lo dijiste, diciéndole que yo no tenía ambiciones personales, pero que si una corriente de opinión revolucionaria me proclamaba, yo sabría responder, entendidos que él y yo estaríamos unidos", y que Cedillo, después de manifestar su ambición le dijo: "Usted es el único que yo podría aceptar de todos los que suenan". Yo consideré éste un triunfo, me reuní con el general Rodrigo Quevedo, con el general Ramón Yocupicio, con el General Miguel M. Acosta que ya habían hecho labor por Figueroa y les dije: "Voy a ir a mi rancho y al regreso voy a empezar a tratar con los gobernadores, empezando con el de Puebla, general Maximino Avila Camacho, que es muy amigo mío, me cree mucho en política y quiere al general Figueroa, pues ha militado a sus órdenes, los dos Avila Camacho, Maximino y Manuel, pues Figueroa brinca al viejito Corral y todo lo trata con el general Manuel Avila Camacho". En eso quedamos.

Hice mi viaje a Gargaleote, donde nos reunimos todos los antiguos jefes de los regimientos de la Huasteca y al hablar de política nacional me dediqué a enfriarles a todos con Cedillo, lo que fácilmente conseguí. A mi regreso a México fui a la Secretaría de Guerra a saludar a Figueroa, para platicar con él y de paso saludé al general Corral al que conocía desde la Revolución contra Huerta y también saludé a mi amigo el general de brigada oficial mayor Manuel Avila Camacho con el que había trabado amistad desde el año de 1916 en que él era capitán ayudante del general Pedro Sosa y yo era mayor del Estado Mayor del cuerpo del Ejército del Noreste, en la campaña de Chihuahua; desde entonces hicimos amistad el entonces capitán Manuel Avila Camacho y yo, pero con quien más amistad personal hice siempre fue con su hermano Maximino, que por entonces militaba a las órdenes del general Benjamín Hill con el grado de mayor.

Con el general Avila Camacho no tenía por qué tratar de política, pero sí sabía él muy bien la estrecha y fraternal amistad que teníamos su jefe, el general Figueroa y yo, y los dos hablamos de Figueroa en términos muy

encomiásticos, elogiándolo como soldado, como amigo y como revolucionario y el general Manuel Avila Camacho me dijo: "Senador, cuando uno está de malas todo se presenta mal y cuando uno está de buenas, del cielo le llueven flores; yo que ahora soy general de brigada y oficial mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, puesto al que nunca había soñado en llegar, tengo por jefes a dos hombres que considero mis hermanos mayores y a cuyas órdenes mucho he militado, el presidente, mi general Lázaro Cárdenas, y el secretario de Guerra y Marina, mi general Andrés Figueroa". Yo le dije: "Lo felicito y agárrese bien de la argolla del cincho porque está muy bien montado y de ahí tiene usted que ir para arriba con tan buenos antecedentes que usted tiene, su inteligencia y su privilegiada posición con los dos principales jefes de la nación, como son el presidente Cárdenas y el ministro de Guerra y Marina, general Figueroa". Nos despedimos cordialmente Avila Camacho y yo.

En el Senado seguía creciendo la marea y entonces sobrevino aquello que ya dije antes de que el senador Soto Reyes mató a balazos en la recámara de su casa a su chofer en presencia de su esposa y cayó definitivamente de la gracia de Cárdenas; pero eso no quiso decir que los mujiquistas del Senado se dispersaran; sino que con Soto Reyes en el destierro provisional al que lo condenó el presidente Cárdenas, seguía ayudándolos y tenían el fuerte apoyo del general Mújica; pero una vez caído, todavía no del todo Soto Reyes, pues Mújica lo apoyaba, se empezó a debilitar su grupo y nuestra mayoría en el Senado quedó reforzada sin ser todavía arrolladora.

Recibí un telefonazo del general Andrés Figueroa de que quería platicar conmigo y me trasladé inmediatamente a la Secretaría de Guerra y Marina. Una vez ante Figueroa me dijo: "Viejo, Cedillo va por muy mal camino, está reagrupando a los cristeros y repartiéndoles folletos subversivos y, como tú comprendes, es mi deber poner esto en conocimiento del presidente de la República". Y yo le dije a Figueroa: "Dícelo y yo no soy ni un chivato ni un delator, pero yo también voy a hablar con el presidente para decirle que mi recalentada amistad con Cedillo hecha por indicaciones de él, no me obliga a nada con Cedillo y que le voy a aclarar paradas, porque como me he manifestado siempre antimujiquista, no quiero que los mujiquistas me pinten de cedillista". Y seguramente que Figueroa lo hizo como me lo dijo; y yo también visité al presidente Cárdenas y le dije: "Tú sabes mucho más que yo lo que está haciendo el general Cedillo, vengo a proponerte que lo rodees con un buen subsecretario y un oficial mayor, pues el que tiene de subsecretario, el doctor Parres, es un buen hombre, zapatista de escritorio, pero muy pendejo y muy ignorante en política y le lleva la corriente a Cedillo sin que él crea que es desleal al gobierno. El oficial mayor es un ignorante, casi analfabeta; esto que te propongo —le dije al presidente Cárdenas— es si quieres salvar a Cedillo, si quieres que se lo lleve la chingada, dale toda la reata". Y

Cárdenas, muy serio, me contestó: "Yo no tengo porqué proponerme salvar al general Cedillo de su responsabilidad pues es mayor de edad y sabe lo que debe hacer; en cuanto a darle reata, que se la dé él solo, si quiere". "Bueno —le dije al presidente—, yo te he hablado como siempre, con franqueza y lealtad, ya no quiero seguir visitando a Cedillo". "Tú sabes lo que haces", me contestó.

Pasarían unos ocho días cuando volví a hablar con Figueroa y le dije lo que había hablado con el general Cárdenas y me dijo: "Viejo, hiciste muy bien, cuando se conspira yo no puedo ignorarlo en el puesto en que estoy y menos callarlo al presidente. En estos días me van a operar". "¿Qué tienes?", le pregunté. Me dijo que tenía una enfermedad de poca consideración en la nariz. Yo le dije a Figueroa: "Vete a Rochester a que te operen allá", y él me contestó: "No, viejo, aquí con los indios en la raya". Y lo operó un médico militar, el doctor Biguri y ayudó a la operación su hijo, el doctor Figueroa, cuyo nombre no recuerdo y Figueroa quedó en la raya con los indios en la sencilla operación que le hicieron, quedó muerto por incompetencia de los médicos. Yo llevé un golpe tremendo, no nada más bajo el aspecto político sino sentimentalmente, pues nos teníamos mucho cariño.

Me presenté al velorio e hicimos una guardia el general de división Rodrigo M. Quevedo, el oficial mayor de la Secretaría de Guerra y Marina general de brigada Manuel Avila Camacho, el general Eulogio Ortiz y yo, que era presidente del Senado.

Después de terminar nuestra guardia y habiéndonos apartado Quevedo, Avila Camacho y yo del general Eulogio Ortiz para platicar con confianza, pues Eulogio era callista conspirador, frente al cadáver del general Figueroa empezamos a hablar de la pérdida que había sufrido la Revolución, que había sufrido el gobierno y que habíamos sufrido nosotros sus amigos. El general Avila Camacho sabía mis actividades en pro de Figueroa, como me lo contó después en la gira política, pero ahí no dijo nada. Quevedo y yo fuimos juntos al día siguiente al sepelio y juntos nos retiramos. En el panteón nos despedimos los dos del general Avila Camacho, que era muy emotivo y estaba llorando. Poco tiempo después, el general Cárdenas nombró subsecretario de Guerra al general Manuel Avila Camacho y dio permiso al general Blas Corral para que se trasladara a Durango a ponerse al frente de sus partidarios para el gobierno de aquel estado. Cuando Cárdenas nombró subsecretario al general Avila Camacho y quedó encargado de la Secretaría de Guerra, fuimos Quevedo y yo juntos a felicitarlo y Quevedo me dijo: "Ahora no nos queda más camino que apoyar a este muchacho". "¿A quién?", le pregunté, y me dijo: "A Manuel" (refiriéndose a Avila Camacho). "¿Apoyarlo para qué?", le dije. "Para presidente de la República", me contestó Quevedo. Y le dije: "Es subsecretario recién entrado, general de brigada, no creo que tenga la suficiente personalidad". "Nosotros se la haremos —me contestó Quevedo—, habla con él

francamente y dile lo que pensamos tú y yo". "¿Pero qué, siempre será mi destino llevar la vanguardia en todos los combates?", pregunté y me dijo: "Hazlo, yo te acompañaría, pero entonces Avila Camacho se sentiría cohibido, pues nunca ha hablado de política y yo por lo menos he sido gobernador y tú eres político muy baleado y el líder del Senado".

Y fui a ver a Avila Camacho y le referí mi plática con Quevedo y le dije que Quevedo me había convencido y que iba yo a proponerle que me dejara continuar los trabajos que había empezado en favor del general Figueroa y hacerlos ahora en favor de él. Avila Camacho me dijo que ya tenía conocimiento de mis actividades en favor del general Figueroa y que eso era lógico por la gran personalidad de Figueroa y "también mi general Quevedo obra con toda buena fe; pero es un ignorante en política, ¿pero usted, señor senador? —me dijo poniéndose solemne—, usted que tiene tanta experiencia de la política y que ha ocupado y ocupa en la actualidad puestos tan señalados en la vida nacional, venirme a proponer esto a mí, ¿no cree usted que tengo derecho, señor senador, a preguntar si se burla usted de mí?". Y le dije: "No, mi general, usted no me conoce, yo no payaseo ni engaño a nadie, Mújica es repudiado —seguí diciéndole—, Cedillo es un ignorante que no sabe ni a dónde va, pero ya se dejó arrastrar por la reacción, Sánchez Tapia es un dipsómano. Deme libertad de trabajar el asunto por usted sin comprometerlo, lo haremos muy cautamente". Y Avila Camacho me dijo: "Mire, don Gonzalo, usted y yo somos amigos desde que yo era un modesto capitán de un batallón y usted un mayor muy prominente del Estado Mayor del cuerpo del Ejército del Noreste; en la política nacional usted ha figurado mucho al lado de mis generales Obregón, Calles y Cárdenas, supongo que usted con todos sus conocimientos políticos y su experiencia esté por el momento desorientado por la muerte de mi general Figueroa, pero le quiero decir que usted tiene las puertas abiertas de la subsecretaría de Guerra para entrar sin anunciarse cuantas veces quiera, pero si viene usted a hablarme de esto, mejor no venga". Y le dije: "Vamos hablando claro, ¿me corre?" Y me dijo: "No, no lo corro, puede usted seguir viniendo cuantas veces quiera, más bien, le pido que siga viniendo a platicar conmigo, pero no me hable de esto".

Días después volví a saludar al nuevo subsecretario de Guerra encargado del despacho y le pregunté: "¿Por qué no lo asciende el general Cárdenas a divisionario para llenar mejor el hueco que dejó el general Figueroa?, pues hay muchos divisionarios que no se sentirán muy bien a las órdenes de un general de brigada". Y el general Avila Camacho me dijo: "Yo no iniciaré nada en este sentido, aunque comprendo que usted tiene razón, pues vienen aquí a felicitarme y a saludarme los generales de división, pero noto que me ven chiquito". Y pasaron quince días y como el general Manuel Avila Camacho dijera: "Cuando viene la de buenas caen flores del cielo", el general Cárdenas lo ascendió a general de división.

Calles vuelve por la revancha

Poco tiempo después se anunció que el general Calles regresaría al país y un día me encontré con el ingeniero Juan de Dios Bojórquez en el café Colón. Bojórquez había sido ministro de gobernación en el gabinete del general Cárdenas y fue de los que salieron del Gobierno cuando Cárdenas les pidió su renuncia a los callistas por el rompimiento que tuvo con Calles debido a las declaraciones de don Plutarco. Bojórquez me preguntó: "¿Ya sabes que mañana llega el general Calles?" "Sí —le dije—, ya lo sabía". "¿Y no vas a ir a recibirlo al aeropuerto?". "No —le contesté—, yo no voy; hace mucho tiempo que no tengo ninguna clase de relación con el general Calles, él viene a hacer política de oposición al gobierno, más bien dicho, a conspirar y yo estoy ciento por ciento con el gobierno. En el Senado formamos dos grupos, pero en este caso, nos unificaremos como un solo hombre alrededor de Cárdenas; lo mismo pasa en la Cámara de Diputados que liderea el diputado Margarito Ramírez". "¿Y Cedillo?", me preguntó. "Cedillo es miembro del gabinete y leal al gobierno que sirve, no podría ser de otro modo". "¿Y tú vas a ir?", le pregunté. Y Bojorques me contestó: "¿Qué me aconsejas?" Le dije a Bojórquez: "¿Quién te llevó al gabinete como ministro de Gobernación al gobierno de Cárdenas, Cárdenas o Calles?" Bojorquez me dijo: "Cárdenas". "Entonces, ¿por qué te echó fuera del gabinete junto con el hijo de Calles, Rodolfo, y los demás callistas? ¿Con quién te sientes más solidario, con Calles o con Cárdenas? Y me dijo: "Con Cárdenas". "Entonces sale sobrando tu pregunta —le dije—, no se puede estar con Dios y con el Diablo". Bojórquez al día siguiente que llegó el general Calles no fue a recibirlo al aeropuerto; pero el pobre quedó mal con Dios y con el Diablo, con los ángeles, con los demonios y con los santos inocentes.

Efectivamente, al día siguiente llegó el general Calles y lo fue a recibir al aeropuerto un grupo de amigos, entre los que se encontraban el general Joaquín Amaro, exministro de Guerra y Marina en el gobierno de Calles y de Ortiz Rubio y ahora era director de Educación Militar, también fue el general Miguel Medina Veytia, comandante militar de la plaza, el senador Manuel Riva Palacio, Pérez Treviño, el infecto Luis Morones, el ingeniero Luis León y Melchor Ortega, que habían ocupado muy elevados puestos en el callismo y ahora estaban cesantes y eran amigos incondicionales del general Calles; asistieron otros senadores y algunos diputados que por el momento no recuerdo quiénes eran.

Y llegó el general Calles a México e hizo unas declaraciones diciendo que venía a responder de los cargos que le hacían y, acto seguido, lanzó un manifiesto y firmaron las declaraciones de la prensa el

senador Manuel Riva Palacio, Pérez Treviño, Joaquín Amaro, Luis N. Morones y Melchor Ortega, convocando para la formación de un Partido que se llamaría Partido Revolucionario Anticomunista y cuyas siglas eran PRAC, invitando a la ciudadanía a que se inscribieran en él, para combatir al comunismo que estaba en el poder y el general Calles, Pérez Treviño, Luis León, Joaquín Amaro, Melchor Ortega, y Luis N. Morones, se convirtieron automáticamente por este acto, en tránsfugas de la Revolución, pues ellos junto con otros, encabezándolos el general Plutarco Elías Calles, habíamos formado el Partido Nacional Revolucionario, que en ese tiempo todavía conservaba ese nombre y que después fue el Partido de la Revolución Mexicana y actualmente es el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Y empezaron las actividades subversivas del general Calles. El presidente Cárdenas, que había tenido el valor después del rompimiento con Calles de dejar en sus puestos al general Joaquín Amaro y al general Medina Veytia, los destituyó como de rayo.

En las Cámaras hubo sesiones tormentosas. En la de diputados Manlio Favio Altamirano, antiguo lacayo de Calles llenó de injurias a su exjefe y a sus acompañantes. En la Cámara de Senadores lo atacaron con vehemencia los cardenistas ortodoxos, con todo derecho, encabezados por Soto Reyes; yo no injurié, ni le eché lodo al general Calles, que tantas veces me había atropellado, pero sí subí a la tribuna y dije que éste sería el último cuadro del sainete representado por el callismo y que estaba seguro de que el general Cárdenas no iba a matar a Calles, que él solo se moriría de decepción al ver que nadie lo seguía y que aquello de Jefe Máximo, había pasado para siempre, por fortuna para la Revolución y para el país. Pedí que no se llegara a la injuria contra Calles por no ser necesario y para no hacerle el "caldo gordo" a la reacción. Efectivamente, nos unimos los senadores como un solo hombre, nos trasladamos al Palacio Nacional en masa y a pie, con excepción de Riva Palacio y los pocos callistas del Senado a protestarle nuestra lealtad y adhesión al presidente Cárdenas y se sacó una fotografía de este acto, la cual anexo en este capítulo.

Cárdenas, muy sereno, contestó al exaltado discurso del senador Soto Reyes y volteando a verme me dijo: "Efectivamente, yo no mataré al general Calles porque mi gobierno no asesina, pero tiene razón el senador Santos, él se va a morir de decepción". Nos retiramos de Palacio Nacional a algún bar cuyo nombre no recuerdo y todos en la barra libamos unas cuantas copas y nos prometimos, y cumplimos, apretar filas alrededor del presidente Cárdenas, hasta que estuviera resuelto el caso del general Calles. Dos o tres días después me visitó el exgobernador callista desaforado, alias *Tío* Yáñez Maya, de Guanajuato, hechura de Melchor Ortega, y me dijo que iba de parte de Melchor Ortega, que éste me mandaba un saludo muy afectuoso y que quería verme en mi casa y platicar conmigo. Yo le dije a Yáñez Maya: "Dile a Melchor que correspondo su cordial sa-

ludo y que no tengo inconveniente en verme con él, pero no en mi casa ni en la de él para evitar que mañana o pasado se diga que yo entré en componendas con el grupo político a que él pertenece, que él me conoce muy bien, que somos buenos y viejos amigos y que lo espero a las ocho de la noche en la esquina de las calles de Medellín y Chiapas, (que era cerca de mi casa) y que ahí podremos caminar y platicar todo el tiempo que él quiera". Yáñez Maya me habló por teléfono y me dijo que Melchor estaría puntual en la esquina que indiqué y acudió a la cita. Nos saludamos con un fuerte abrazo, pues desde la primera vez que yo había salido para Europa y que ya iba distanciado del general Calles, no lo veía; más bien dicho, desde la Convención de Querétaro en donde proclamamos candidato a la presidencia de la República al general Cárdenas y en donde también caminamos Melchor y yo por las calles de Querétaro y le pronostiqué que los tiempos iban a cambiar con la entrada del general Cárdenas. Melchor Ortega en aquella ocasión me creyó, pero él estaba atado al general Calles pues era uno de sus principales favoritos y en la plática que esa vez tuvo conmigo, juzgó error del general Calles el haberse inclinado a la candidatura de Cárdenas y esa vez nos separamos, él triste y yo eufórico. Ahora habían pasado algunos años y Melchor venía como una de las principales figuras de la revancha callista. Me dijo Melchor que me traía un saludo del general Calles; que le dijo el general que en mí había reconocido siempre a un auténtico luchador revolucionario de gran valía y que era incongruente que yo apoyara a un gobierno comunista y que me invitaba a sumarme a su "partido". Yo le dije a Melchor: "Por tu conducto correspondo el saludo del general Calles, pero me insulta al creerme capaz de traicionar al Partido que por iniciativa de él formamos y del cual él tiene la tarjeta número uno y yo tengo la tarjeta número seis. Dile que soy de la raza de leales aunque en el transcurso de las largas luchas en México podrá haber habido alguna excepción. Que fui maderista hasta la muerte de Madero, que fui constitucionalista en el momento en que el Primer Jefe don Venustiano Carranza quiso imponer torpemente a la presidencia de la República a Ignacio Bonillas (de dudosa nacionalidad); que fui, y esto a ti te consta porque fuimos compañeros, obregonista hasta la muerte de Obregón, que fui callista a pesar de haber recibido dos fuertes e injustos caballazos de él, hasta el momento en que elegimos presidente provisional de la República en las Cámaras al general Abelardo Rodríguez y que desde el momento en que elegimos al general Lázaro Cárdenas para presidente de la República en la Convención de la cual tú fuiste vicepresidente y yo primer secretario, no reconozco más jefe de la Revolución y mío, que al general Lázaro Cárdenas, en cuyo gobierno he servido como embajador y ahora estoy colaborando como uno de los principales directores del Senado". Melchor me dijo: "Olvida el pasado, el viejo ha sido nuestro jefe, te quiere mucho y te estima en todo lo que vales y te manda invitar a que nos acundes". Le contesté: "Mira,

Melchor, yo no te delataré porque no lo hago con nadie y menos con un amigo y compañero como tú; pero quiero que quede bien claro entre tú y yo, para que conste durante toda nuestra vida, que yo rechazo esa invitación del general Calles y que no lo hago groseramente por respeto a él, pero que me está demostrando con su invitación que nunca me supo conocer". Luego seguimos caminando y platicando muy cordialmente Melchor y yo y en buenas palabras le dije: "Vienen ustedes a un sonoro fracaso; Amaro es escoria del ejército, Luis Morones es la hez de los falsos líderes y ustedes, Melchor, perdóname que te lo diga, han perdido todo prestigio" (refiriéndome a Pérez Treviño, Luis León y Melchor Ortega). También me dijo Melchor: "El general Calles tenía la esperanza de contar contigo y que tú arrastraras al general Cedillo". "Pues qué equivocado está el general Calles —le contesté a Melchor—, yo no tengo porqué seguirlo a él y Cedillo tampoco, pues en los últimos días del Maximato, Cedillo fue muy hostilizado y fue de los primeros cardenistas y aunque seguramente que a ustedes ha llegado la noticia cierta de que Cedillo y Mújica están en abierta pugna, en este caso están los dos con el presidente". Le repetí a Melchor: "Cuenta con que soy hombre y soy tu amigo y a nadie contaré que me has venido a invitar, pero a ti no se te escapa que las actividades subversivas son perfectamente conocidas del presidente de la República y de troyanas, pues ustedes mismos se han encargado de lanzar un manifiesto contra el presidente de la República".

Melchor Ortega odiaba al general Cárdenas con odio más negro que el carbón y el general Cárdenas, que ya he dicho no era un San Francisco de Asís, le correspondía a Melchor con toda su mala voluntad, aunque nunca lo consideró de gran estatura. Y siguió la situación provocada por la prensa reaccionaria y la reacción amorfa, menos el clero y los clericales que en este caso, si no estaban con Cárdenas, menos estaban con Calles que mucho los había perseguido; eso sí, estaban agazapados y tenían su tapado, el traidor Juan Andrew Almazán que en esa ocasión era comandante militar del estado de Nuevo León y se alineó al gobierno de Cárdenas.

Poco tiempo duró esta aventura demagógica del general Calles y su grupo; una noche llegó el general Rafael Navarro Cortina, nuevo comandante militar de la plaza, al rancho Santa Bárbara, propiedad del general Calles, donde don Plutarco estaba leyendo un libro y le dijo más o menos: 'Mi general, queda usted preso y prepárese a salir expulsado del país". El general Calles le preguntó a Navarro: "¿Por qué delito?" Y Navarro le contestó: "Por la salud de la patria". Este diálogo entre los generales Calles y Navarro no lo estoy copiando literalmente sino en esencia y fueron expulsados el general Calles, Luis León, Melchor Ortega y el inmundo Luis N. Morones. Primero llegaron a Brownsville, Texas, y de ahí se trasladaron a San Diego, California,

donde la pasaron desterrados hasta que el general Manuel Avila Camacho, ya presidente, les permitió regresar.

Una vez expulsado Calles, continuamos en el Senado y en la Cámara de Diputados nuestras actividades futuristas ya muy marcadas; y un día el general Lázaro Cárdenas nos llamó a los dos grupos del Senado y en forma muy seca y casi de reprimenda nos dijo, dirigiéndose a unos y a otros: "Sé que andan ustedes inquietando a los generales Francisco J. Múgica, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, al general Rafael Sánchez Tapia, secretario de Industria y Comercio, y al general Manuel Avila Camacho, subsecretario de Guerra y Marina encargado del despacho y quiero decirles a ustedes que esta campaña prematura perjudica a mi gobierno y si ustedes continúan con estas actividades, voy a correr a los tres (Múgica, Sánchez Tapia y Avila Camacho). Espero que aplacen sus ansias futuristas pues tenemos graves problemas que resolver y necesitamos no provocar divisiones". Contesté yo por el grupo que encabezaba diciendo: "Señor presidente, sería una deslealtad y una cobardía de nuestra parte negar lo que usted nos está diciendo en forma de acusación, es verdad; pero nosotros no creímos que era un delito y como senadores de la República pensamos en el futuro de nuestro país y en quién sería el ciudadano más idóneo para sustituirlo a usted. No hemos hecho mitines los senadores que con la llegada del general Calles formamos un solo grupo (esto era muy provisional), no hemos hecho manifestaciones, no hemos hecho reuniones públicas ni privadas que no sea entre nosotros mismos". Bajó el tono severo de su plática el general Cárdenas y nos dijo: "Esto del general Calles ya pertenece al pasado, tenemos enfrente un próximo conflicto de tal gravedad, que tenemos que estar unidos no solamente los revolucionarios, sino todos los mexicanos sin excepción". Hablaron los senadores Bautista, Padilla y Soto Reyes, confirmando lo que le había dicho y afirmaron al general Cárdenas que contara con nosotros en cualquier conflicto por grave que fuera, máxime que por sus palabras se entreveía algún conflicto internacional. Cárdenas movió varias veces la cabeza en sentido afirmativo y levantó la sesión. Ya fuera de sesión, a unos cuantos senadores nos dijo que las compañías petroleras estaban conspirando muy fuertemente y que pronto tendríamos un serio conflicto. Le reiteramos nuestra adhesión a la patria y a él y como Cárdenas me había dicho que no me distanciara de Cedillo, pero ya el problema del general Calles había terminado, visité a Cedillo e hice con él mi última jugada tratando de convencerlo a que se uniera con nosotros para apoyar al general Manuel Avila Camacho, esto no obstante que hacía dos o tres días le habíamos prometido al general Cárdenas no hacer futurismo, pero éramos políticos y en política estábamos y en política se vale todo, menos perder.

Cedillo era tan tonto que me dijo más o menos: "Mi amigo Gonzalo, es pública la reprimenda que les echó el general Cárdenas (porque así

lo trataba) por andar unos apoyando a Mújica, otros a Avila Camacho y otros a Sánchez Tapia y al único que no mencionó fue a mí, lo cual quiere decir que no me quiere gastar y que es al único que quiere dejar en pie de lucha". Era tan pendejo Cedillo que no se dio cuenta que Cárdenas no lo mencionó por olvido, porque no lo tomaba en cuenta o por ladino el presidente, ignorándolo marcadamente ante los senadores.

La expropiación petrolera

Doce o quince días después de la plática, semirregañada, del general Cárdenas con nosotros los senadores, un buen día salió en la primera plana en todos los periódicos, que el general Saturnino Cedillo, secretario de Agricultura y Fomento, había presentado su renuncia y de inmediato se la había aceptado el presidente Cárdenas. Esta "movida" se la tenía tan bien guardada el general Cárdenas, que los más destacados políticos la conocimos por los periódicos y Cedillo la conoció ese mismo día, por el pliego de aceptación de su renuncia que le envió la presidencia de la República, sin usar siquiera el conducto de Gobernación.

Todos me preguntaban que qué había pasado y yo lo que contestaba era que no sabía una palabra. Y me trasladé a la casa del general Cedillo, donde me dijeron que había salido en uno de sus aviones particulares, que eran unos diez o doce y formaban una flotilla propiedad del estado de San Luis Potosí. En el que había salido se llamaba el Cóndor Potosino y la flotilla la había formado el general Cedillo con fines bélicos.

Me llamó el general Cárdenas y me preguntó que si había hablado con Cedillo. "No —le contesté—, lo fui a buscar a su casa", y le dije lo que me habían informado, que para esas horas ya estaba en su rancho Palomas. "¿Y por qué renunció?", le pregunté al presidente Cárdenas. "No renunció —me contestó el presidente—, lo cesé yo directamente". "Pues no tengo nada que preguntarle —le respondí—, el presidente tiene ese derecho. Amenazó de correr a los tres ministros que suenan como posibles candidatos y la pedrada le retachó a Cedillo que en esa ocasión no lo mencionó y es tan pendejo el pobre, que pensó que no lo habían mencionado reservándolo como el bueno". "¿Eso pensó?", me dijo Cárdenas. "Sí", le contesté. "Bueno —me dijo el general Cárdenas—, cálmense ustedes con la cuestión futurista; en estos días estaremos frente al grave conflicto que les anuncié con las compañías petroleras".

Le pedí instrucciones y me dijo: "Estén listos en el Senado para el conflicto que se nos avecina". Y ya era secreto a voces que las compañías petroleras habían sido condenadas por la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en un fallo que las obligaba a aumentos y prestaciones a los obreros y que las compañías se negaban a obedecer. Y se

siguieron negando y el día en que se cumplió el plazo que la Suprema Corte dio a las compañías petroleras para que depusieran su actitud rebelde, el presidente Cárdenas decretó LA EXPROPIACIÓN Y LA NACIONALIZACIÓN DEL PETRÓLEO. Y eso sí fue un bombazo.

Los callistas que habían quedado de hojalateros en la ciudad de México y en otras partes del país, el clero y la reacción pensaron que los Estados Unidos iban a tumbar al gobierno de la Revolución y a poner un presidente pelele de los americanos e instrumento de las compañías petroleras, pero la nación respondió, con excepción de los ultramontanos y despechados, como un solo hombre. Hubo un movimiento popular de hombres y mujeres tan caluroso y espontáneo, como creo que no se había presentado nunca en la historia de México y Cárdenas comisionó a cada quien para lo que creyó conveniente y a mí me hizo el alto honor, como Senador por San Luis Potosí, de que me trasladara al campo petrolero de Ebano y que, auxiliado por la guarnición federal, que estaba a las órdenes de un coronel Aguirre Fuentes, apoyara a los obreros para que pusieran su administración provisionalmente y no hubiera desmandes, y así lo hice.

El día dieciocho de marzo de 1938 antes de salir a mi comisión a Ebano, concurrí acompañando a todos los senadores, a la monstruosa manifestación popular que encabezó mi amigo el licenciado Vicente Lombardo Toledano, creador y máximo líder en ese tiempo de la CTM. quien se encontraba rodeado por los principales líderes de la nueva organización obrera creada por él: Fernando Amilpa, Fidel Velázquez, Sánchez Madariaga, Blas Chumacero y otros. Naturalmente que también estaban presentes los comunistas y sus líderes en el estrado con Lombardo Toledano y con nosotros los senadores y me tocó estar, codo con codo, con el secretario general del Partido Comunista Mexicano, Hernán Laborde, al que yo había hecho desaforar en la Cámara de Diputados en 1929 y que al ser incluido entre los diputados desaforados dijo desde la tribuna dirigiéndose a mí: "¿A mí por qué se me desafora, C. diputado Santos, jefe de la mayoría?; yo no soy escobarista, ni rebelde, ni menos cristero, ¿por qué se me incluye entonces entre los desaforados?" Yo me paré de mi curul y le contesté en voz alta: "Por chocante", lo que provocó muchas risas y comentarios en la prensa entonces. Pues sí, ahí, a la hora de la manifestación de apoyo al presidente Cárdenas quedamos Laborde y yo "a tiro de trompada", pero estábamos en un acto en que todos los mexicanos merecedores de ese nombre, nos encontrábamos unidos y Laborde me saludó con una correcta reverencia a la que yo contesté.

Y me trasladé después de la manifestación en avión a Ebano y los obreros muy entusiasmados se estaban portando bien, pero el coronel Aguirre Fuentes (padre comprensivo de una muchacha que era muy bonita y que después llegó a famosa artista de cine, ayudada por el hé-

roe de la expropiación petrolera, y, además, le valió al coronel Aguirre Fuentes su águila de general) quiso aprovechar la situación saqueando las casas de los funcionarios americanos de la *Huasteca Petroleum Company* y no faltó algún líder que lo quiso secundar, un tal Zamora, nativo de Colima, pero yo me les impuse. Y Aguirre me dijo cuando le impedía yo encabezar el saqueo: "Yo a usted lo aprehendo", y yo hice un juego de palabras y le contesté: "A mí no me aprende usted ni las mañas, hijo de la chingada". "¿Por qué, senador?" "Porque soy más hombre que usted —le dije— y además vengo representando al presidente de la República". La cosa se llevó más o menos en orden, los obreros nombraron a los nuevos funcionarios y empleados de las compañías con instrucciones del C. Presidente, de que dejaran en sus puestos a los empleados que aceptaron y secundaron la expropiación; y todos secundaron el acto patriótico, menos un renegado llamado Lorenzo Mendívil, que era el subgerente de la compañía y al cual le propuse que asumiera la gerencia, a lo que se negó diciendo que él era leal a la compañía y se expatrió. Los de la compañía *Huasteca Petroleum Company* lo premiarion con un alto cargo en Venezuela. Este Mendívil y yo éramos amigos desde jóvenes y su señora y la mía también eran amigas, pero ahí terminó nuestra amistad y alguna vez que lo encontré en los Estados Unidos, le negué el saludo y después, en Tampico, se lo volví a negar en el Casino Tampiqueño.

El gerente de la compañía Huasteca Petroleum Company en Ebano, naturalmente, era un norteamericano llamado *Mr.* Steve, con él tenía yo mucha amistad desde la batalla de Ebano, pues este americano no abandonó su casa en Ebano, que estaba muy cerca de nuestro cuartel general, durante los setenta y dos días que duraron los combates. Era de una gran serenidad y de mucho valor y todos los días hacía el camino a pie de ida y vuelta, a la estación del ferrocarril en plena batalla, caminando por la brecha que entonces había y que tal vez sea ahora una larga calle pavimentada. Este *Mr.* Steve se hizo amigo de todos los generales y de todos los que componíamos el Estado Mayor del cuerpo del Ejército del Noreste y vigilaba que los pozos de su compañía no pararan la producción.

Cuando me apersoné con él en Ebano de parte del presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, y le dije que entregara la gerencia y todas las demás oficinas de la compañía, no puso ni el menor reparo ni se alteró en nada y entregó la gerencia al improvisado personal que los obreros designaron provisionalmente *Mr.* Steve se fue a despedir de mí muy cordialmente y me dijo que si no le permitía que se llevara unas jaulas y unos canarios que su esposa estimaba mucho y de los que se había apoderado el coronel Aguirre Fuentes.

A mí me acompañaron en este acto Braulio M. Romero, que era jefe por cuenta mía de Tamuín, Ebano, San Vicente Tancuayalab y Tanquián Escobedo y no recuerdo si en ese tiempo fungía como diputado

local, como presidente municipal o como simple capístote mío. Me acompañaba también el capitán Macario Balderas, que ahora era nada menos que jefe de los veladores de la compañía de Petróleos Mexicanos por la nueva administración y me acompañaban también, el segundo líder de los obreros en teoría, pero el verdadero líder en la práctica, se llamaba Ventura Paz y fue mi leal amigo hasta su muerte. También estaba otro huasteco que mandaba un núcleo armado en Ebano que obedecía mis órdenes; se llamaba Justo Roque, y nos reforzó armas al brazo y con su grupo, el líder de los agraristas don Ruperto García (don Rupertito), que a su vez era dirigido y comandado por Cipriano Martínez, hombre muy borracho que había sido mayor pagador de mi regimiento en la campaña contra los cristeros. Cipriano era de origen español, llegó de trece años a la huasteca potosina donde se identificó mucho conmigo; era más malo que Barrabás, muy inteligente, muy ingenioso y agudo, muy leal a mí, muy valiente y cruel; también era Cipriano Martínez entonces, dueño de una taberna en la que se emborrachaba junto con los obreros, sabían todos que contaba con mi confianza y apoyo; no era querido, pero sí temido.

En cambio, el núcleo agrarista sí lo respetaba mucho y lo obedecía, empezando por don Rupertito. Braulio M. Romero y Macario Balderas habían estado juntos conmigo en la batalla de Ebano contra los villistas que se libró del 21 de marzo de 1915 al 31 de mayo del mismo año, fueron mis compañeros en la Revolución Maderista, en la Constitucionalista y en algunas campañas contra Villa, habiéndose retirado de las armas ellos antes que yo. Con todo este contingente selecto y que ya pasaba el número del destacamento federal, me apersoné con el coronel Aguirre Fuentes y le exigí que devolviera los canarios a *Mr.* Steve diciéndole: "El presidente Cárdenas ha expropiado el petróleo no pájaros, regrese usted a *Mr.* Steve esas jaulas". "Yo no tengo porqué obedecer órdenes de usted, señor senador", me contestó el coronel Aguirre Fuentes. "Los entrega ahorita mismo o no vuelve a robar forrajas, cabrón", le dije y cuando le lancé esta ofensa, ya tenía yo en la mano mi razón apuntándole a la caja del cuerpo y sin esperar a que Aguirre devolviera las jaulas, me metí a la casa donde las tenía acompañado de mi grupo e hice que le llevaran las jaulas con los canarios a *Mr.* Steve y ahí nos despedimos él y yo muy cordialmente y nunca más nos volvimos a ver. Con Aguirre Fuentes sí me volví a encontrar y en su oportunidad relataré este encuentro.

Antes de regresar a México a darle cuentas de mi comisión en Ebano al presidente Cárdenas pasé un par de días en Tamuín, donde esperaba el capitán aviador Antonio Cárdenas Rodríguez (el Charro Cárdenas), que fue quien me condujo, por órdenes del presidente Cárdenas, en su avión militar a Tamuín cuando fui a Ebano a poner en práctica la expropiación petrolera, como senador de la República por San Luis

Potosí a nombre del presidente Cárdenas. El entonces capitán aviador Antonio Cárdenas Rodríguez durante la Guerra fue ya con el grado de coronel comandando al Escuadrón 201 de la Fuerza Aérea Mexicana.

Me fui a Gargaleote, donde junté a todos los jefes de armas y líderes de la Huasteca; pero antes tuve una larga conversación con Braulio M. Romero y él me dijo: "Yo aquí me planto, aquí le corto, ya no quiero volver a saber nada de política ni de Revolución. Seguí a Pedro Antonio, seguí a Samuel (general Samuel M. Santos), te he seguido a ti pero yo con esta fecha me retiro de todo. Esto de la expropiación petrolera es mucho para mí, te acompañé a Ebano, como amigo; pero el asunto de la expropiación no me gustó y creo que va a traer muy fatales consecuencias. Me voy a México, aquí voy a dejar a mi caporal el Chato encargado de mis ranchos y vendré alguna vez cuando todo se haya serenado. Ya tengo muchas hijas y un hijo y ya tengo que pensar en mi familia y creo que ya estuvo bueno todo el tiempo que he servido a la Revolución".

Yo le dije a Braulio:"¿Te echas?" "Sí, me echo". "¿Te echas como armadillo?" "Sí, me echo como armadillo", me volvió a contestar. "Bueno —le dije—, tú no conoces México, tú no conoces el Distrito Federal, vas a llegar completamente desorientado; llévate todo tu dinero, ponlo en un banco a intereses; aprende a gastarlo y disfrutarlo; no te vayas a meter en ningún negocio porque, te repito, aquel medio lo desconoces y si te metes en algún negocio te van a robar. 'Arbol viejo que se trasplanta, se seca'".

Siguió hablando Braulio y me dijo: "Ya tengo en tratos un rancho muy cerca de la capital, en el estado de México, en Zumpango y también tengo en tratos una casa para vivir con mi familia en la colonia Hipódromo". "Por lo de la casa te felicito —le dije— es la mejor colonia en la actualidad; pero lo del rancho, piénsalo tres veces, tú de ganado lechero no sabes nada, ni de vender leche en la ciudad de México ni de tratar con chilangos, que con el más tullido que te encuentres será alambrista. Te repito, 'árbol viejo que se trasplanta se seca'". Entonces Braulio Romero me dijo: "Vaya consejo por consejo: tú eres un político muy hábil de categoría nacional y vas a tener que pasar en lo sucesivo por muy duras pruebas pues el próximo presidente de la República va a ser el general Francisco J. Múgica y tú la llevas muy mal con él, más bien dicho él la lleva muy mal contigo. Barájatelas como puedas en la alta política a ver cómo sales bien librado: pero vete de la Huasteca lo antes posible, tienes enfrente, al otro lado del río Moctezuma y al otro lado del río Pánuco, limitando con este rancho (Gargaleote), la Huasteca veracruzana en la que Lárraga tiene varias gavillas organizadas de bandidos abigeos; ya te has librado de muchas emboscadas, pero ahora tu situación va a ser más dura cada día; a Panchito (coronel Francisco C. Santos, primo hermano mío) ya le mataron a Benjamín Balderas

(el jefe de armas y político de San Vicente Tancuayalab que era uno de mis puntales), mataron al 'Concho' (capitán J. Concepción Terán) y han tumbado a varios más". Le contesté yo a Braulio: "Es verdad todo esto, pero también nosotros le hemos tumbado muchos a Lárraga y a sus bandidos". "Vete —me repitió Braulio—, vende tus ranchos en la Huasteca y defiéndete". "Yo aquí me quedo, sin perjuicio de seguir en la política nacional —le contesté a Braulio Romero—; ¿de modo que aquí cortamos mancuernas?" "Sí —me contestó—, cortamos mancuernas". Le pregunté a Braulio: "¿Por qué mandaste matar a Federico Guerrero?" El me contestó: "Porque Nicasio Rivera, presidente municipal de San Vicente, que como tú sabes nos es muy adicto a ti y a mí, lo mandó a rastrear y seguir la huella tres veces que Federico Guerrero madrugaba en su caballo a entrevistarse con el 'Gacho' (así llamábamos en la Huasteca al fascineroso Manuel C. Lárraga); Federico era espía de Lárraga y soplón peligroso para nosotros y le ordené a Nicasio Rivera que le pusiera una emboscada y que lo matara. Nicacio Rivera le emboscó un pelado en una cocina vieja y abandonada y al pasar, Federico el emboscado le descerrajó un escopetazo calibre 12 que le pegó en el pecho y quedó instantáneamente muerto. Era miércoles, día de 'plaza' en San Vicente y bastante gente lo vio caer. ¿Apruebas mi acción?", me preguntó Braulio. "Sí, la apruebo", le contesté.

Federico Guerrero era un hombre alto, blanco, de bigote y pelo negro, de muy buena presencia, nunca trabajó en nada; fue un chulapón de pueblo mantenido de las mejores fonderas de San Vicente Tancuayalab, con las que tuvo muchos hijos; siempre traía muy buen caballo, al que montaba muy bien, y buena pistola, creo que nunca la sacó de su funda ni para dispararle a un zorrillo. Pero no las daba de valentón, le gustaba la parranda de gorrón. Caballo, pistola, comida y bebida, todo corrió durante toda su vida por cuenta y trabajo de las artistas de la cocina huasteca.

"Bueno —le dije— primero te echas como burro en milcahual y ahora me aconsejas a mí que corra como Balal; es cierto que tengo en esta situación actualmente más enredos que un bejucal y más espinas que un matorral de *tun tun*; pero yo no corro, aquí me planto, yo aquí me quedo, yo soy duro como fuste de cojón de gato, que aguanta todos los jalones de la reata y no se raja". Y me quedé.

Rebelión cedillista

Después de mi conferencia con Braulio en la que habíamos "cortado mancuernas" conferencié con todos los jefes de armas, líderes y presidentes municipales adictos a mí en la Huasteca y con todos los ganaderos que eran mis seguidores y que tenían un gran contingente de vaqueros

más numeroso que los agraristas, pues entonces no había carreteras ni camiones para conducir el ganado, éste se arreaba por tierra y había mucha "vaquerada"; en esta conferencia quedaron no tan sólo en no seguir a Cedillo en su aventura sino también el día que se levantara en armas combatirlo y todos me siguieron cuando el caso llegó.

Regresé de mi comisión de Ebano y fui a dar cuenta al presidente Cárdenas de todo lo sucedido en la expropiación que en nombre de él y por su expreso mandato llevé a cabo, incluyendo lo del frustrado robo de canarios por el coronel Aguirre Fuentes. Cárdenas arrugó el entrecejo cuando le informé esto. Aprobó toda mi actuación, nos dimos un abrazo y me dijo: "En este acto todos hemos tenido la satisfacción de cumplir como patriotas y tú has cumplido satisfactoriamente con tu deber". Le di las gracias y me retiré. Visité al general Manuel Avila Camacho y le platiqué ampliamente mi actuación en Ebano; para entonces don Manuel y yo hablábamos de política futurista con toda franqueza.

Pasado algún tiempo, no recuerdo cuánto, el presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, nombró al general Saturnino Cedillo comandante militar de Michoacán, estado natal de Cárdenas, y Cedillo se estuvo haciendo el remolón una temporada para ir a tomar posesión de esa comandancia militar.

En otra visita que le hice al presidente Cárdenas, me dijo que había nombrado a Cedillo comandante militar de Michoacán como una distinción personal, pues era su tierra natal y ponía a sus paisanos bajo el amparo y las garantías del general Saturnino Cedillo. Yo le dije al general Cárdenas: "Ahora ya en el servicio activo en el ejército, el general Cedillo se va a salvar de la puerca pinta en la que lo andaban montando aduladores y reaccionarios, pues ya no va a poder actuar en política electoral; pero ya salió otro candidato", le dije a Cárdenas y me preguntó: "¿Quién", y le contesté: "Ayer me visitó en mi casa el general Gildardo Magaña, gobernador de Michoacán, y me invitó a que lo secundara en su candidatura, que ya el general Cedillo le había ofrecido su apoyo, pero lo curioso es que Cedillo me dijo que el general Magaña constantemente le ofrece apoyarlo a él para la candidatura de presidente, lo cual quiere decir que los dos se están engañando el uno al otro". Entonces Cárdenas me dijo: *"El próximo presidente de la República no será un michoacano"*. Yo me hice el pendejo, como que no oí y le dije al general Cárdenas: "Perdóname, no te oí bien pues sigo un poco sordo por el ruido del avión" y me puse la mano en el pabellón de la oreja, inclinándola hacia adelante simulando un poco de sordera; y Cárdenas me repitió con voz clara: *"El próximo presidente de la República no será un michoacano"*. Yo le fui cambiando la conversación y al despedirme me fui pensando: "Cárdenas me hizo esta trascendental confidencia y no me recomendó discreción, pero yo no soy el incauto

que me voy a poner a repicar campanas contando lo que me dijo; él no me recomendó discreción, pero mi prudencia y mi conveniencia sí me la recomiendan", y por algunos días, tal vez ocho o diez, no se lo dije a nadie, pero seguía pensando por qué Cárdenas me había hecho esa confidencia tan importante, tal vez porque quería él que yo se lo hiciera saber a Cedillo para que se acabara de calmar sabiendo, por la confidencia que me hizo el general Cárdenas, que no sería el general Mújica el próximo presidente. ¿Y Sánchez Tapia? ¿Y Magaña? Y seguía yo pensando, si me lo dijo para que se lo contara a Avila Camacho, que él sabía que era mi candidato, o me lo reveló con la intención de que yo se lo contara a los políticos para quitarse él el San Benito de querer imponer a Mújica, no lo sé, pero después de haber pasado un lapso de tiempo fui a ver al general Avila Camacho, con quien para entonces hablaba de política como se hablan los "novios oficiales", sin reticencias hablando del "futuro matrimonio". Y le conté al general Avila Camacho con todos sus detalles lo que me había dicho el presidente Cárdenas. Me hizo que lo repitiera, lo que no me costó trabajo, y me preguntó el general Avila Camacho: "¿A quién le ha contado usted esto?" "A usted solamente ahora que se lo estoy informando, y no pienso contárselo a nadie". Entonces, me dijo: "No, a nadie se lo cuente". Luego me dijo el general Avila Camacho que Cárdenas me iba a llamar uno de esos días para mandarme a entrevistar con el general Saturnino Cedillo, que estaba, como ya dije anteriormente, en su rancho de Palomas y que habían pasado más de quince días de su nombramiento como comandante militar y no se había trasladado a Morelia para hacerse cargo de su comisión. "Bueno —le dije al general Avila Camacho—, estoy listo".

Y efectivamente, unos días después me llamó el presidente Cárdenas y me dijo: "El general Cedillo no ha contestado el oficio que le puso la Secretaría de Guerra y Marina para que se hiciera cargo de la comandancia militar de Michoacán. Ve a hablar con él y dile que lo mando a Michoacán, que es mi tierra y en donde todos serán sus amigos (no me dijo partidarios) y que además estará muy a gusto, pues el general Gildardo Magaña, gobernador del Estado, es muy amigo de él y aunque tú me dijiste que Magaña se empieza a inquietar para la presidencia, eso en nada afectará al general Cedillo".

Me trasladé a la ciudad de San Luis Potosí por tren y ahí me esperaba el líder de la legislatura local, el diputado Juan Alvarez, quien me proporcionó su automóvil y su chofer. Alvarez había dado aviso al general Cedillo de que yo llegaría ese día a Palomas.

Llegué a Palomas y encontré a Cedillo muy cordial, de muy buen humor y tratándome con mucho afecto. Montamos a caballo y nos fuimos para el campo a recorrer sus sembradíos que estaban regando con un

pozo que le había hecho un ingeniero llamado Corbalá, exfederal procedente del antiguo Colegio Militar. Pero el ingeniero Corbalá se había despedido del general Cedillo y de mí antes de que saliéramos a recorrer los barbechos que se estaban regando.

Después de hablar de cosas de campo, de las que los dos entendíamos mucho, le entré derecho a Cedillo y le pregunté: "¿Por qué renunció a la Secretaría de Agricultura?" (ya el general Cárdenas me había dicho que no había renunciado, que él lo había destituido). Cedillo me contestó con toda sinceridad: "Yo no renuncié, me corrió Cárdenas y me corrió alevosamente, pues ni siquiera me pidió mi renuncia; esto no es de hombres y menos de amigos como hemos sido Cárdenas y yo". Mi misión era calmar a Cedillo y no jalarle la golilla; yo sabía todas las conspiraciones de Cedillo valiéndose de los cristeros, de los cabecillas exrebeldes en Tabasco y de toda la agitación que traía en el estado, anunciando a sus partidarios que llegaría a la presidencia de la República por la buena o por las armas, pero no le dije nada de esto, lo que le dije al general Cedillo era que todos los hombres en las alturas estaban expuestos a influencias de los que los rodean y que se acordara que el general Cárdenas tenía muy cerca de él a muchos enemigos acérrimos de él, de lo que Cárdenas no tenía culpa pues ni Cárdenas ni ningún otro presidente podía formar un gabinete para el gusto de todos sus amigos y también le dije: "Creo que usted, sin darse cuenta, les está haciendo el juego a sus enemigos, llevando una política completamente contraria a la del presidente".

"Todo eso está bien —me contestó Cedillo—, reconozco que he cometido errores, pero Cárdenas y yo hemos sido compañeros, hemos sido amigos, yo lo ayudé en forma decisiva para que llegara a la presidencia de la República, a usted le consta todo lo que hicimos para que llegara al ministerio de Guerra y era de que me hubiera hablado como los hombres y me hubiera dicho: 'Por ahora necesito sus servicios en otra parte', o 'Ya no lo necesito'".

Entonces cambié el curso de la conversación y le dije: "Lo hecho, hecho está, ahora se presenta una nueva situación; usted ha sido nombrado comandante militar del estado de Michoacán por las razones que le acabo de exponer de parte del general Cárdenas y usted debe rehacerse rehaciendo su amistad con Cárdenas y echándose a la bolsa a todos los michoacanos amigos de él, no para la futura presidencia de la República, porque con el tropezón que usted llevó, ya no será posible, pero rehacer la amistad con el presidente de la República quiere decir que hará sobrevivir a su grupo y usted sobrevivirá también en política, máxime que yo le aseguro, si usted cree en mi experiencia y en mis conocimientos de la política mexicana, que su 'pluma de vomitar', el general Mújica no llegará a la presidencia de la República y que cualquiera que sea el futuro presidente será amigo de us-

ted". Y Cedillo siempre cabalgando uno al lado del otro me preguntó intempestivamente: "¿A quién quiere Cárdenas para futuro presidente?". Y yo le contesté: "No soy yo el hombre indicado para que el general Cárdenas me lo diga, Cárdenas tiene su manera muy especial de hacer las cosas, nunca las hace derecho y directamente, siempre le busca el recoveco" (era muy tortuoso). "¿Y ustedes en las Cámaras como están?", preguntó. "En la de Diputados están unidos bajo la dirección y el liderazgo del diputado Margarito Ramírez y en la Cámara de Senadores, que en la actualidad es más fuerte que la de Diputados, quedamos los adictos al presidente Cárdenas que somos anticomunistas francos; y los que se pintan de comunistoides, que apoyan a Mújica, y que son menos en número y en calidad que nosotros con Soto Reyes a la cabeza, pero este grupo se dispersará al romperse el fuego futurista". Y Cedillo me dijo: "Usted ya está comprometido con el general Manuel Avila Camacho". Y yo eludiendo una respuesta terminante, puesto que iba ante él en misión diplomática, le contesté: "Soy su simpatizador". "Pero si ese general no tiene ninguna personalidad —me dijo Cedillo—, no la tiene ni militar ni política. Si no se hubiera muerto Figueroa otra cosa sería, con ése ya estábamos entendidos". "Creo que no está usted en lo justo —le contesté—, el general Manuel Avila Camacho no ha sido un gran jefe militar de la Revolución, pero es un político muy sutil, muy 'poblano', tan poblano como los licenciados Luis Cabrera y Vicente Lombardo Toledano; los tres son originarios de la sierra de Puebla y mire usted qué gala como políticos han dado cada quien en su tiempo; y para estas fechas en que Avila Camacho es subsecretario de Guerra y Marina, encargado del despacho, ya ha hecho mucho ambiente entre los militares y sobre todo entre los jefes de corporación". "No, amigo Gonzalo —me dijo el general Cedillo—, Cárdenas no se podrá salir con la suya, pues a Mújica usted mismo confiesa que lo repudia el país, Sánchez Tapia es un borracho y ladrón y a este general Avila Camacho no le veo la capacidad ni los tamaños suficientes y le voy a decir a usted, cuento con Magaña en Michoacán, con Yocupicio, el gobernador de Sonora, con Almazán en Monterrey y con don Pancho en San Luis Potosí" (refiriéndose al comandante militar del Estado, general Francisco Carrera Torres).

"Mire, mi general —le contesté (callándome que a Yocupicio ya yo lo tenía conquistado para Avila Camacho y que Magaña lo engañaba)—, Almazán es un hijo de la gran puta, más traidor que Judas Iscariote, pues Judas sólo traicionó una vez, pero Almazán ha traicionado muchas veces, no se haga usted ilusiones; ese fariseo anduvo mucho de gavillero, de felicista, de pelaecista, de partidario de una llamada Junta Patriótica residente en San Antonio, Texas, que encabezaba el doctor Aureliano Urrutia, asesino del doctor senador Belisario Domínguez y de la tal Junta que también dirigía el licenciado Nemesio García Naranjo y otros huer-

tistas, también a ellos los ha traicionado; Almazán militó con Huerta y combatió la Constitución de Querétaro; Almazán le echó lodo al general Obregón ya muerto, después de haber sido quien lo recibió en el movimiento de 1920 y perdonándole sus manchas le reconoció el grado de general de división que él se confeccionó solo militando en todas las facciones reaccionarias; un tiempo lo aceptó Zapata por las necesidades de la campaña, pero pronto traicionó a Zapata; se cree muy superior a usted en todo, está metido hasta los huesos con la reacción de Monterrey, traicionó a Aarón Sáenz pasándose con Ortiz Rubio y traicionó después a Ortiz Rubio andando de culero de nosotros los que llevamos a la presidencia al general Abelardo Rodríguez, también traicionó a Calles y está preparando su traición a Cárdenas. Si usted está creído en que Almazán lo seguirá, está usted perdido; en cuanto a don Pancho Carrera Torres (el general), quiere empujarlo a usted a una aventura descabellada para quedarse con 'bola en mano', pues una vez rebelado usted y fracasado, él cree que heredará el gobierno del estado de San Luis Potosí (sin ser potosino); Carrera Torres es muy ambicioso y muy avaro, usted lo conoce mejor que yo". "Sí —me dijo Cedillo—, don Pancho por una moneda de veinte pesos (entonces eran de oro), es capaz de tirarse a una barranca, pero de Almazán, me dijo que él se lanzaría en mi favor antes que yo, siempre que yo se lo pidiera". Yo le dije a Cedillo: "Pura tomadera de pelo, Almazán quiere recoger todos los partidarios que usted tiene en la República cuando usted esté en desgracia y así poder encabezar francamente a la reacción de la cual se siente el nuevo Miguel Miramón. Póngale usted de condición a Almazán que se rebele primero él y con eso quedo yo muy conforme; porque él no lo hará y usted tampoco se verá obligado a hacerlo".

Regresamos a la casa de Palomas donde Cedillo tenía una piscina con agua tibia, casi caliente que extraía del subsuelo con una bomba que le había instalado el ingeniero Corbalá y, cosa rara, Cedillo en esa ocasión no tenía más mujer en Palomas que a una judía alemana llamada Carola que se trajo de Berlín y a la cual yo conocía. Ella me saludó y se fue discretamente a un *bungalow* que tenían aparte.

Cedillo y yo comimos y seguimos platicando; en la noche jugamos baraja de poco dinero, pues él sólo jugaba por distracción y muy mal, a cada rato protestaba cuando perdía el juego, que era indistinto, brisca, tuté o conquián, pues no conocía los grandes juegos como el poker, el paco verde y menos el paco grande.

Después mandó poner unas películas pornográficas que le pasó un gachupincito que se llamaba Juan y que era su *valet*; Cedillo se lo había traído de Madrid. Yo no aguanté más que una película, pues le dije: "Usted tiene aquí a Carola con quien desquitarse, pero yo prefiero meterme a la piscina, a sufrir los suplicios de Tántalo". Se rió Cedillo, nos

dimos las buenas noches y al otro día a las siete de la mañana, desayunamos y le dije: "Espero de su amistad que no me mande con las manos vacías; dígame concretamente para que yo le informe al general Cárdenas (pues entonces no se usaba mucho lo de señor presidente) qué día va a tomar usted posesión de la comandancia militar en Morelia". Cedillo me dijo: "Dígale a Cárdenas que por lo pronto voy a mandar al coronel Josué Escobedo, jefe de mi Estado Mayor para que se haga cargo de la jefatura en Morelia y tome posesión de la zona en nombre mío, mientras yo arreglo algunos asuntos particulares que tengo aquí pendientes y también mientras vigilo la terminación de mis siembras". "Bueno —le dije— esto ya es algo positivo; así se lo haré saber al general Cárdenas y seguramente que no va a ponerse exigente con usted para que se presente inmediatamente".

Cosa rara, esos dos días que estuvimos juntos, Cedillo no tenía en *Palomas* ningún adulador de los de México ni de los de otras partes del país que constantemente lo adulaban, lo inquietaban y lo engañaban; estuvimos solos él y yo, algunos ayudantes y choferes que eran amigos míos y la Carola judía en un *bungalow*. Cosa más rara todavía, por primera vez vi a Cedillo en Palomas con una sola mujer, pues por lo menos siempre tenía tres.

Regresé a México, di cuenta al presidente Cárdenas detalladamente del resultado de mi comisión y quedó muy satisfecho. Me dijo: "Todavía vamos a medio camino con este problema, ahora quiero que lo antes posible te traslades al norte del estado de San Luis Potosí acompañado del licenciado Gabino Vázquez, jefe del Departamento Agrario (como se llamaba entonces) y que tú como senador por ese estado y con el prestigio político y revolucionario que tienes, apoyes al licenciado Vázquez para que vaya a afectar en nombre del gobierno a los principales latifundios de esa zona, empezando —siguió diciendo Cárdenas— por la hacienda Illescas, municipio de Santo Domingo, propiedad del español Hermenegildo Gutiérrez, quien ya le mandó a Cedillo un caballo árabe blanco para que lo monte cuando se levante en armas; y después, acompañado del licenciado Gabino Vázquez, recorran todo lo que puedan del norte del estado, organicen a los campesinos y que se traiga el licenciado Vázquez todas las solicitudes para la afectación de latifundios que los campesinos presenten". Yo le contesté a Cárdenas: "Con gusto voy a esta comisión y me honran las expresiones que de mí has hecho, solamente quiero decirte que yo soy ganadero hasta los huesos, que en la Huasteca no hay latifundios, los pocos que hubo en tiempos del porfirismo, la hacienda de Limón de los Rodríguez Cavo, la hacienda de Tenescalco del español don José del Río y la hacienda del Tulillo, propiedad de la Huasteca Petroleum Company han terminado; los dos primeros por afectaciones agrarias y el tercero, el Tulillo, por haber quedado comprendido en la expropiación del petró-

leo; ahora empiezan a hacer ranchos ahí los obreros de Ebano, en forma de pequeñas propiedades en cooperativa y conviene ayudarlos, pues en lugar de que vayan a gastar su dinero en los burdeles de Tampico o ahí en los mismos de Ebano, desarrollarán la ganadería en provecho de ellos y de la región, yo soy huasteco, como tú sabes —seguí diciéndole a Cárdenas— y siempre he impulsado y sigo impulsando la ganadería de los rancheros de la región en la cual han formado muchos ranchos que se pueden considerar como pequeñas y medianas propiedades, todos están cultivando sus ranchos con mucho ahínco, sobre todo después de que se abrió al tránsito la carretera México-Laredo y eso sí te digo con franqueza, que yo no me prestaría a destrozar la Huasteca". Cárdenas me dijo: "Quién habla de destrozo, lo que quiero es que no sigan existiendo esos enormes latifundios en el norte del estado y que han quedado intactos desde el tiempo de Porfirio Díaz, y algo más —me dijo Cárdenas— diles a los ganaderos, no a los de la Huasteca, sino a los de toda la República, que vamos a decretar una Ley de Inafectabilidad Ganadera que los ampare y proteja para que puedan dedicarse a hacer prosperar la ganadería". Yo le pregunté: "¿La protección de esta Ley será por tiempo indefinido?" y me dijo: "No, será por veinticinco años y para entonces a aquellos propietarios que no hayan aprovechado totalmente su propiedad, se les expropiará, bien para el gobierno o repartiéndola a los campesinos".

Muy satisfecho me dejó Cárdenas con esta explicación y le dije: "Estoy listo para salir tan luego como el licenciado Gabino Vázquez me lo indique". Al día siguiente se puso Gabino Vázquez en contacto conmigo; Gabino siempre me ha llamado jefe, pues efectivamente lo fui de él en la Cámara de Diputados, lo mismo que del pequeño grupo que le permanecía fiel a Cárdenas cuando lo traicionó el gobernador general Benigno Serratos. En la actualidad todavía vive el licenciado Gabino Vázquez, quien es muy inteligente, modesto y además de abogado es un gran taquígrafo parlamentario; pero, insisto, muy modesto y nunca ha querido hacer gala de sus grandes cualidades, además, es uno de los hombres más honrados que conozco, cardenista de verdad, no cardenero como ahora hay tantos. Hablamos el licenciado Vázquez y yo en mi casa y quedamos de acuerdo para salir y cumplir la comisión que nos daba el presidente Cárdenas tres días después, pues yo tenía algunos asuntos en el Senado, se entiende que políticos.

Salimos el licenciado Vázquez y yo por el tren de Laredo, llevando por equipaje él una gabardina y yo un abrigo y dos muy cortos calzones en una bolsa y en la otra dos pares de calcetines y tres pañuelos. El llevaba un portafolios muy grande en la mano y papeles y no sé si llevaría alguna muda limpia y ni él ni yo llevábamos ningún ayudante y llegamos primero a Venado, San Luis Potosí, donde reuní a los campesinos; después continuamos en tren a Vanegas, San Luis Potosí, donde

hicimos el mismo movimiento; continuamos por el ramal a Matehuala, San Luis Potosí, y después por tierra a la Villa de Guadalupe. Después de haber organizado a los grupos agrarios que ya había y que los campesinos vieron que yo iba acompañando al licenciado Vázquez en nombre del presidente Cárdenas, regresamos a Matehuala donde el licenciado Vázquez le dio forma a todos los expedientes de las afectaciones agrarias que se iban a hacer y las leyó ante los representantes de los campesinos beneficiarios y sobre la rodilla les entregó sus títulos provisionales.

Me preguntó Vázquez: "Compañero Santos, esa hacienda de Illescas del municipio de Santo Domingo, San Luis Potosí, es muy nombrada, ¿dígame cómo es?" y yo le contesté: "No la conozco, sé que se trata de más de trescientas mil hectáreas de tierra, que está muy bien organizada y crían ganado vacuno, caprino y lanar, así como caballos finos y mulada; al dueño tampoco lo conozco aunque sé que se llama Hermenegildo Gutiérrez y es español, sé que el casco de la hacienda es imponente, también sé que Hermenegildo Gutiérrez es muy amigo de Cedillo", y le conté lo que el general Cárdenas me había dicho sobre el caballo blanco para encabezar la rebelión. "Pues a ese señor don Hermenegildo Gutiérrez —me dijo el licenciado Vázquez— le vamos a hacer un acta muy especial y le vamos a dejar su castillo con doscientas hectáreas", y así fue (Yo conocí a don Hermenegildo Gutiérrez y a su hijo Hermenegildo después, cuando llegué al gobierno del estado; era un viejo español de mucho carácter y, ya después de la expropiación de su hacienda, formó un pequeño rancho en el norte de Guanajuato con límites en San Luis Potosí y se dedicó a la cría de caballos finos y puercos; no se amargó y tanto su hijo, a quien me presentó, como él, fueron mis amigos durante mi gobierno de San Luis Potosí).

De Matehuala regresamos a Vanegas. El tren del norte para México venía muy retrasado; el licenciado Vázquez, por toda protección contra el frío, había llevado una gabardina y yo un regular abrigo; no encontramos alojamiento en Vanegas por la sencilla razón de que no había dónde y en la salita de espera de la estación, que no era de madera sino de palo, nos acomodamos él y yo. No llevábamos el licenciado Vázquez ni yo ningún ayudante, por lo tanto monopolizamos, acostados en el suelo de la estación, todo el frío del "candelillazo" que cayó durante la noche y como a las tres y media o cuatro de la mañana pitó el tren que tomamos Gabino y yo sin necesidad de comprar boletos, pues los dos teníamos pases del ferrocarril; yo como senador de la República y él como jefe del Departamento Agrario.

El licenciado Vázquez y yo hicimos este viaje, como hubiera dicho Perogrullo sin ofender el lenguaje, a solicitar solicitudes; Cárdenas sabía muy bien desde antes que yo fuera a Europa como diplomático, de mis disensiones con Cedillo, pero lo que él se proponía ahora era

que el estado de San Luis Potosí lo supiera y lo viera. Yo lo comprendí muy claro y fui con gusto, a cambio de salvar la Huasteca y la ganadería de su poderosa demagogia y sobre todo para evitar en el estado de San Luis Potosí derramamiento de sangre sólo por la obsesión y la ambición de un hombre sin sesos, que vividores, aventureros y reaccionarios de la peor ralea estaban a punto de hacer desertar de la Revolución, a la que en mejores tiempos había servido eficazmente y la que lo había elevado a alturas que nunca soñó y que no supo conservar. En política y en todo, mi norma ha sido TOMA PARA QUE ME DES. Y Cárdenas me dio, a cambio de arriesgar mi vida, la salvación de la Huasteca y me prometió y cumplió dar una ley que salvó la ganadería en la República: las inafectabilidades ganaderas por veinticinco años. Yo digo, por mi propia experiencia, que el asunto agrario se ha manejado y se sigue manejando como la puñeta, que se afloja o se aprieta según la necesidad. ¡Y QUE VIVA ZAPATA!

Al grito del agrarismo vencimos a los traidores delahuertistas; con el mismo grito vencimos la rebelión escobarista y con esa misma bandera triunfamos sobre los cristeros. Pero después de estas etapas históricas, deberíamos dedicarnos a trabajar y no a retrasar al país.

Regresamos a México el licenciado Gabino Vázquez y yo y propuse que rindiéramos parte del resultado de nuestra comisión, primero el licenciado Vázquez y luego yo, y así lo hicimos.

Cuando yo iba a ver al presidente Cárdenas a Palacio Nacional en mi automóvil, leí un periódico con un encabezado muy escandaloso que decía: *El senador Santos, al frente de gente armada atacó a un grupo de oradores anticedillistas procedentes de la capital de la República,* nada menos que en el quiosco de la plaza de Ciudad Valles y que había muerto el señor Juan H. Torres y un tal José Rangel, así como que habían secuestrado al diputado licenciado Francisco Arellano Belloc.

Llegué a Palacio y el general Núñez, jefe del Estado Mayor, después de anunciarme con el general Cárdenas, me pasó, sin ninguna espera, a su presencia. "Ya estuvo aquí Gabino conmigo —me dijo el general Cárdenas—; viene muy satisfecho y contento pues me informó que además del encargo que les di, te dedicaste a juntar a los jefes de armas que, según Cedillo, lo secundarían en su rebelión y que les hiciste dar su palabra de honor de que permanecerían leales al gobierno". "Efectivamente, así fue —le dije—, y te garantizo que si se levanta Cedillo no lo va a seguir en su aventura ni su Carola: en el norte del estado los agraristas, que habían reconocido a Cedillo como jefe durante muchos años, estaban envenenados; hablé con el coronel Eugenio Quintero, con el coronel García Pedraza, con el mayor García Zamora, con Tomás Tapia y todos ellos, como tú sabes, son hombres de acción y jefes de núcleos armados, pues en el estado de San Luis Potosí, la organización política era más bien organización bélica; lo mismo pasaba en la

Huasteca bajo mi prebostasgo (Cárdenas los conocía a todos). Estos jefes han visto que a Cedillo lo están ofuscando gentes completamente extrañas a los revolucionarios de San Luis Potosí; en cuanto a la Huasteca, no necesito para que nadie se mueva contra el gobierno, más que mi cobija y mi carabina".

Cárdenas se mostró muy satisfecho, luego le pasé el periódico que llevaba en la mano en donde me acusaban de la matanza de Valles la noche que yo estaba titiritando de frío, acostado en el suelo acompañado del licenciado Vázquez en la estación de Vanegas. "No les contestes —me dijo Cárdenas—, no les hagas caso ni hagas ninguna declaración".

El licenciado Gabino Vázquez me llamó inmediatamente después de mi conferencia con el presidente Cárdenas; yo acudí a su llamado. El estaba muy indignado por la falsa noticia del periódico que me acusaba de los sucesos de Ciudad Valles y me dijo que se trasladaría a ver al presidente para desmentir esa calumnia y que ese mismo día iba a hacer declaraciones a los periódicos desmintiendo la falsa noticia, haciendo constar que estuvimos él y yo acostados en el suelo a más de seiscientos kilómetros de distancia de Ciudad Valles. Yo le dije: "Compañero, no lo haga, ya le expliqué al presidente Cárdenas esto mismo y le dije dónde estuvimos esa noche usted y yo, hay noticias que más vale no desmentirlas porque los que no leyeron la noticia leen la aclaración y el asunto sigue vivo", y así quedó. Quiero aclarar que además de los seiscientos kilómetros (de aquel tiempo) que había de Vanegas a Ciudad Valles, se necesitaba trasladarse por tren de Vanegas a la ciudad de San Luis Potosí y esperar la conexión del tren de San Luis Potosí a Tampico, pues en aquellos tiempos no había carretera a Ciudad Valles.

Ahora voy a relatar lo que realmente pasó: el tal licenciado y diputado Francisco Arellano Belloc que entró a la Cámara con un solo voto, de Cárdenas, que se registró por Matehuala siguiendo órdenes de Cárdenas transmitidas a mí para darle en la cabeza a Cedillo, era mujiquista de hueso colorado y más papista que el Papa; organizó, según él, una expedición punitiva de oradores para atacar a Cedillo y escogió Ciudad Valles porque había oído el run run de que yo ya estaba distanciado de Cedillo y que permanecía adicto al gobierno de Cárdenas y juntó un grupo de malquerientes de Cedillo de la ciudad de San Luis Potosí con os que se dirigió en tren a Ciudad Valles y en Ciudad Valles se les agregó José Rangel como con unos diez seguidores. José Rangel era gratuito malqueriente mío, no obstante ser hermano de Juan Rangel de Tamuín, que durante toda su vida me fue muy adicto y leal (los hermanos Rangel estaban completamente enemistados, pues como ya dije Juan me era sumamente leal y su hermano era mi malqueriente gratuito).

En el mitin empezaron a hablar Juan H. Torres, Arellano Belloc y otros curros de medio pelo corvas dulces (así llamamos los huastecos a

los de la ciudad de San Luis Potosí) y vociferaban atacando a Cedillo; la gente se empezó a reunir alrededor del quiosco, se trataba de curiosos; y al poco, hizo irrupción un troglodita incondicional de Cedillo, me refiero al diputado local Marcelino Zúñiga, que había ido siguiendo a los "expedicionarios" en el mismo tren, al frente de un grupo de bravos pames matarifes de Ciudad del Maíz y, sin más, Zúñiga sacó su pistola 44 y le descerrajó tres balazos a Juan H. Torres, y Torres clavó las llaves.

Unos cuantos amigos míos, que no tenían ninguna vela en este entierro, al ver a José Rangel quien me había atacado en el mitin, a la hora del tumulto, Pancho Purata que andaba por ahí caracoleando en su caballo, lazó a Rangel y Marcelino Zúñiga le pegó dos balazos. Rangel quedó más seco que un tasajo bien asoleado en el mes de agosto; ¡yo no tuve que ver nada con su muerte! Sin embargo, el cadáver de un enemigo nunca huele mal.

Aquello se hizo un maremágnum y al correr los curros corvas dulces de medio pelo en dispersión, al diputado Arellano Belloc lo lazó mi amigo y mi adicto partidario Pancho Purata; entonces llegó el troglodita diputado cedillista Marcelino Zúñiga al frente de sus pames cavernarios cedillistas; Zúñiga llevaba en la mano la pistola humeante de los balazos que había descerrajado a Juan H. Torres y a José Rangel, y agarró por la solapa a Arellano Belloc, le puso la pistola en la cabeza y al momento Pancho Purata le agarró la pistola a Zúñiga y le dijo: "No lo mate que está 'pialado'" (esto quiere decir que lo tenía Pancho Purata con su reata lazado de las corvas). Zúñiga se llevó prisionero al diputado Arellano Belloc, después de prometerle a Purata que no lo mataría y lo condujo a una fonda que era la de Domitila, la mejor cocinera huasteca de todos los tiempos, santista de hueso colorado y que anduvo con nosotros en la Revolución, cabalgando de soldadera. Condujeron Zúñiga y sus cavernarios al diputado hasta un "excusado de hoyo" que había en aquella fonda y ordenando Zúñiga a sus secuaces que sacaran una cubeta de mierda, estos llenaron tres botellas con tan repugnante "puré"; sacó la pistola Zúñiga y se la puso en la frente a Arellano Belloc quien se le hincó pidiendo piedad. La fondera Domitila, que era más mal hablada que un sargento mariguano, les gritó: "Cabrones, no sean asesinos, no maten a ese curro pendejo, en mi casa no se cometen pinches cobardías" (todo esto sucedió en pleno día y era domingo). Entonces Zúñiga le dijo a su hincado prisionero: "Te tragas estas tres botellas de mierda o te doy tres balazos en la frente". Arellano Belloc empezó a llorar y volteó mirando a Domitila, diciéndole: "¿Qué hago, señora?, no deje que me maten". "Pués cómase la mierda, pendejo —le dijo la brava fondera—; yo le pondré después una lavativa y se larga a la chingada de estos rumbos".

Así fue la realidad de las cosas, yo no sabía de la tal expedición punitiva contra Cedillo ni menos del mitin, ni mis amigos sabían tampoco nada; los únicos que lo sabían eran los expedicionarios mujiquistas; los que los mandaron de México, y los espías de Cedillo en la ciudad de San Luis Potosí que organizaron el contra-ataque en forma tan estúpida y bárbara. Estos detalles que estoy relatando los supe después porque me los contaron Domitila, Pancho Purata, el presidente municipal Luciano Eraña, incondicional mío y puesto por mí, que presenciaron este tragicómico "acto cívico".

El único amigo mío que tomó parte en la forma que ya relaté fue Pancho Purata, por su cuenta y riesgo, pues en Valles no había ni un solo cedillista, todos eran santistas o neutrales que no tomaban parte en ninguna de estas actividades, pero que eran mis amigos personales. Como último comentario sobre Juan H. Torres, quiero decir que era un exdelahuertista que, desde la rebelión de De la Huerta, no se había vuelto a parar en el estado de San Luis Potosí. Sobre Domitila quiero decir que los tres últimos años de su vida la sostuve por mi cuenta, porque perdió una pierna en una operación que también yo le pagué. Ella y yo estuvimos en el entierro de su pierna en el patio de su casa y cuando murió también estuve en su entierro; dedico un cariñoso recuerdo a la leal compañera de la Revolución. Sobre Arellano Belloc, también quiero decir que años después murió de un padecimiento amibiásico que probablemente adquirió en la fonda de Domitila en Ciudad Valles, cuando Zúñiga lo hizo ingerir las tres botellas del asqueroso *cachún* (postre huasteco) que no olía precisamente a ámbar, como dijo Don Quijote.

Pasaron unos días de todos estos acontecimientos y estando en una peluquería llegó a buscarme un ayudante del presidente Cárdenas, que no me acuerdo si era capitán o mayor, de apellido Rosas, parece ser que le decían Nacho y después llegó a general y me dijo que iba enviado por el Presidente para que fuera yo a su presencia al Palacio Nacional; tenía instrucciones de buscarme hasta que me encontrara, que el Presidente deseaba hablar conmigo. Llegué, saludé al Presidente y me encontré sorprendido de que se hallaran ahí reunidos, con el general Cárdenas, el coronel Josué Escobedo, jefe del Estado Mayor de Cedillo, los diputados potosinos licenciado José Santos Alonso, el capitán Arnulfo Hernández, hoy general de brigada, el licenciado y diputado Víctor Alfonso Maldonado, hoy embajador de México en Cuba, el diputado y teniente coronel Epifanio Castillo y no recuerdo los nombres de los demás, todos de la diputación de San Luis Potosí; el otro senador por San Luis Potosí, que se llamaba Eugenio Jiménez era un ente que no tenía más actividad que cobrar sus dietas pelonas sin riego y era hechura de Cedillo, un tipo abúlico que no servía para nada.

Cuando yo llegué todos se pararon y después de haberles dicho el presidente Cárdenas que se sentaran, comenzó hablar dirigiéndose a

mí: "Los he mandado llamar para leerles este mensaje de radio (Cedillo tenía estación de radio clandestina en la ciudad de México, perfectamente controlada por el gobierno, tenía radio en San Luis Potosí no muy clandestina y tenía radio en su rancho de Palomas, todas ellas estaban interceptadas por el Gobierno Federal. El mensaje que nos leyó el presidente Cárdenas decía más o menos lo siguiente y llevaba procedencia de México, así como la fecha, igual que todos los telegramas): *General Saturnino Cedillo, Palomas, San Luis Potosí: Acabo de regresar de Morelia donde se nota claramente que lo están esperando a usted para que caiga en la ratonera. Usted no se dejará engañar y San Luis cobrará esta afrenta.* Firmado coronel Josué Escobedo". El presidente ya le había estado jalando duro las orejas a Escobedo y sermoneado a los diputados, pero todavía no les había leído el radio, seguramente esperando a que llegara yo; y cuando lo leyó, Escobedo casi se desplomó del sillón al suelo. Yo vi al presidente Cárdenas, le cerré un ojo y le dije: "El general Cedillo tiene muchos muchachos irresponsables y traviesos que juegan con sus radios, pues sólo entre pendejos se usa esta clase de mensajes sin utilizar clave; Escobedo fue mi maestro en la escuela primaria en San Luis Potosí y no lo creo tan pendejo". Josué Escobedo empezó a respirar dando señales de vida y dijo: "Gonzalo tiene razón, yo no he puesto ese radio" (tartamudeaba con la voz ahogada, pero no lloraba). Entonces hablé yo con permiso del presidente Cárdenas y dije: "C. Presidente, este es un momento muy propicio para declarar ante usted y la diputación potosina que yo desapruebo todas las torpes conspiraciones del general Cedillo a quien ya en estas fechas lo tiene completamente envuelto la reacción; y los señores diputados que estén con nosotros, desde este momento saben qué camino toman, apoyando al gobierno y al Presidente de la República, o yéndose con Cedillo, al que no le reconozco ninguna beligerancia". Los diputados uno a uno fueron aprobando mis palabras diciendo alguno de ellos que en México no tenían ni respetaban más jefe que al general Cárdenas, presidente de la República y en el estado de San Luis Potosí al senador Gonzalo N. Santos. Cárdenas entendió muy bien que yo al quitarle el lazo del pescuezo a Escobedo era para darle tiempo a él para ver cuál era su siguiente jugada. Se despidió de todos los diputados y de Escobedo y ordenó que yo me quedara y me dijo: "Haz un esfuerzo supremo para que Cedillo no se levante en armas". "¿Cuál puede ser?", le pregunté. "Anda a verlo a *Palomas* y enséñale el abismo al que lo están empujando". Yo le contesté: "Tú quieres honrarme poniéndole las placas a una de las calles de México con el nombre del senador Gonzalo N. Santos; yo no soy el senador don Belisario Domínguez. Si quieres una prueba más de mi lealtad, dame un batallón y este asunto de San Luis Potosí lo dejo arreglado en quince días, pero no me la propongas de mártir; ya me he metido muy hondo, primero la agitación agraria en el norte del estado

con Gabino Vázquez y ahora esta reunión que Cedillo la va a saber mañana mismo por el propio Escobedo o por algún diputado que ande jugando con dos barajas y si yo me le presento, no es capaz Cedillo de asesinarme, pero sus cabrones pames sí, sobre todo Zúñiga". "Un hombre como tú —me contestó Cárdenas— tiene una gran responsabilidad de evitar que se derrame sangre en su estado por una ambición y un capricho personal". "He hecho todo lo que he podido —le contesté—, pero ya no le puedo hacer de emisario de paz." "Es tu deber", me dijo Cárdenas secamente. Terminé diciéndole: "Bueno, así sí voy; como dijo el padre Chencho, por la buena o a huevo". Se semisonrió Cárdenas y me dijo: "¿Cuándo sales?" "Mañana en el tren de la mañana", le contesté.

Me despedí de Leola y de mis hijos, dominando mi tristeza y sin darles a entender nada pues a mí que me mandaran a un combate nada hubiera tenido de particular, había estado en muchos, que Cárdenas me hubiera ordenado secuestrar al arzobispo primado lo hubiera hecho sin vacilar o que me hubiera ordenado robarme la Virgen de Zapopan lo hubiera hecho con gusto pero la verdad que no tenía ni tengo madera de mártir, ni siquiera los admiro. Entonces me fui a ver al general Manuel Avila Camacho, subsecretario de Guerra y Marina con el que ya estaba metido hasta los topes para la próxima campaña presidencial y le conté toda la entrevista con Cárdenas, como tal vez don Manuel ya la supiera por el propio presidente y le dije: "Me voy a llevar conmigo al diputado Epifanio Castillo, que anduvo levantado en armas con Cedillo en contra de Carranza desde que don Venustiano era Primer Jefe hasta que cayó en 1920 como presidente. Epifanio Castillo —seguí diciéndole a don Manuel— es un muchacho de las familias ricas de Cerritos, con muy escasa cultura, pero buena educación social, de muy buen corazón y a quien Cedillo estima mucho; tiene un gran valor, sereno y no pertenece al grupo de cafres de Cedillo; me estima y me respeta mucho y este Epifanio Castillo me va a servir de escudo ante Cedillo" (no confundir al diputado y teniente coronal Castillo con el valiente coronel José Castillo, el oso de Xilitla y condestable de la sierra de La Silleta).

Llamé a Epifanio a mi casa y le conté de lo que se trataba, le dije: "Pifas, tú vas conmigo a poner lo que esté de tu parte para salvar a Cedillo, pues ya lo han metido sus falsos amigos en un callejón sin salida; tú y yo vamos a hacer el último esfuerzo para que entre en razón y tú estate muy pendiente de que no me vayan a chingar luego luego y me ayudas a ver cómo salgo de Palomas". Castillo me contestó: "No te hace nada, yo conozco mucho al general Cedillo y tiene gran admiración y respeto por ti, al último te va a hacer caso". "Pero, ¿el cabrón de Zúñiga?", le dije a Castillo. "Ese déjamelo a mí, conmigo se arregla".

Me fui a despedir de don Manuel Avila Camacho y le dije: "Dígale al

Presidente que mañana en la mañana salgo, que llevo conmigo al diputado Castillo". Entonces don Manuel me dijo: "Lo acompañará a usted también el diputado Gilberto Flores Muñoz (nayarita) que es diputado por San Luis y que va a hacer todo lo posible también por convencer al general Cedillo". Le dije: "No tiene ninguna influencia con Cedillo, no lo toma en cuenta para nada, con el que tiene tratos es con Carrera Torres que, como usted sabe, está engañando a Cedillo; pero si usted desea que me acompañe, que se venga conmigo". "Sí —me dijo Avila Camacho—, que vaya, pues se va a comunicar desde aquí con Carrera Torres para que amansen a Cedillo". Y salimos al día siguiente el diputado Epifanio Castillo, el diputado Gilberto Flores Muñoz y yo en el pullman para San Luis Potosí, y al llegar el tren a la ciudad de San Luis, me esperaba el diputado local Juan Alvarez, que era cedillista-santista, lazaba por las dos puntas. Me proporcionó su automóvil, como en ocasiones anteriores y a su cacarizo chofer cuyo nombre no recuerdo; llamé a Castillo y le dije: "a la reja". Volteé a buscar al diputado Gilberto Flores Muñoz, pero la tierra se lo había tragado. Mandé buscarlo por toda la ciudad de San Luis y sólo supe que había estado hablando con el general Francisco Carrera Torres, pero Flores Muñoz se volvió ojo de hormiga. Entonces le dije a Castillo: "En sus propios terrenos prepárense para montar a caballo". Nos subimos al automóvil y entonces dirigiéndome al chofer, que me conocía mucho y cuyo nombre, repito, no recuerdo, le dije: "Trote y galope y los caballos tordillos atrás". Castillo me dijo riéndose y en tono de broma: "Aquí no había más que un caballo tordillo y se quedó atrás" (refiriéndose a Flores Muñoz).

Tomamos la carretera San Luis Potosí-Ciudad del Maíz, Antiguo Morelos, que Cedillo había hecho construir por desiertos y que sólo tenía por objeto ligar la Ciudad de San Luis Potosí con las colonias agrícolas militares que él formó al triunfo del obregonismo, con su rancho de Palomas y con Nuevo Antiguo Morelos en Tamaulipas, donde el general Francisco Carrera Torres creía tener influencia, pero nunca llegó a tener ninguna, ni siquiera para poder poner los presidentes municipales de esos dos pueblos; esta carretera termina haciendo conexión con la de México-Laredo. Cedillo hizo cargar al estado con una grande e injustificada deuda con este camino hecho a su capricho y en cuya construcción sacaron ventaja contratistas bribones; a su tiempo diré cómo le quité la carga de esta gran deuda al estado de San Luis Potosí, siendo yo gobernador y el general Manuel Avila Camacho, presidente de la República.

Pero, reanudemos la relación de este mi último viaje a Palomas a conferenciar con el general Saturnino Cedillo.

Cuando llegamos al entronque del ramal para Palomas de la carretera San Luis-Ciudad del Maíz que está antes de llegar a esta población a la derecha y cuando íbamos entrando a este ramal, ordené parar el

carro, me bajé e invité al diputado Castillo a que bajara y le dije: "Voy a decirte lo que dijo Miramón en su celda de prisionero en Querétaro, cuando terminó el consejo de guerra que presidió mi ancestro el coronel liberal Platón Sánchez: 'Dios nos libre de estas últimas veinticuatro horas', y Dios no lo libró. Lo mismo dijo don Venustiano Carranza en Algives la noche en que el traidor Herrero lo encajonó en un jacal y lo asesinó, recordó el barón de Cuatro Ciénegas lo dicho por Miramón y se lo repitió al licenciado Manuel Aguirre Berlanga que había sido su ministro de Gobernación y entonces lo acompañaba en su desgracia, dijo Carranza: 'Dios nos libre de estas últimas veinticuatro horas como dijo Miramón en Querétaro'". Yo le dije: "Ultimas doce horas, pues si me libra, después con suerte, mis mañas y tu compañía, yo me sabré librar". Y me libré.

Como al kilómetro de haber andado el entronque nos encontramos una avanzada que nos marcó el alto. No había ahí ningún lambiscón de Cedillo, eran puros campesinos bien armados y parqueados; el que la hacía de jefe habló con Castillo, a quien conocía mucho, y nos dejó pasar y cuando ya faltaba un kilómetro para entrar al rancho de Palomas, había otra avanzada reforzada, al frente de la cual estaba un llamado capitán Guadalupe. Nunca supe el apellido porque Cedillo y sus parciales, refiriéndose a él, le llamaban capitán Guadalupe; ése sí me conocía y yo lo conocía muy bien a él. Nos vimos en el estado de Guanajuato en la guerra contra los cristeros y también había visto al capitán Guadalupe varias veces en Ciudad del Maíz y en Palomas.

El capitán Guadalupe se acercó al carro en que llegábamos, me saludó a mí y luego a Castillo y dijo: "Tengo órdenes de no dejar pasar a nadie". Le preguntó el diputado Castillo: "¿De quién tienes las órdenes?" "Del mayor Marcelino", le contestó refiriéndose a Zúñiga. "Pues ya el jefe sabe que venimos el senador Santos y yo y Marcelino está obrando por su cuenta". "Bueno —dijo el capitán Guadalupe dirigiéndose a Castillo—, los voy a dejar pasar por lo que tú me estás diciendo, pero si esto no es cierto, si el jefe Cedillo me manda decir que él no autorizó que entraran, no los voy a dejar salir". "De acuerdo", le contestó Castillo. Yo le dije: "Mucho gusto en saludarte, capitán Guadalupe", y este capitán que mucho había peleado en la Revolución, pero que nunca se puso un uniforme, hizo algo así como cuadrándose y contestó: "Avance mi senador general", y nosotros avanzamos en el carro que conducía el cacarizo chofer del diputado Juan Alvarez.

Llegamos a Palomas aproximadamente a la una de la tarde; bajamos del carro Epifanio Castillo y yo, entramos a la casa del rancho donde estaba el general Cedillo acompañado de Pascual Gerardo, un joven campesino de mucho prestigio en Río Verde que comandaba un grueso núcleo de agraristas con centro en el próspero ejido llamado Callejones

(creo que ahora se llama Alvaro Obregón), del municipio de Río Verde, y que, según se sabía, comandaba ochocientos hombres armados.

Pascual Gerardo no había andado en la Revolución, había nacido al movimiento revolucionario en 1923 cuando organizó un fuerte núcleo de campesinos a la sombra y bajo la protección de Cedillo y que prestaron sus servicios con las armas en la mano contra la rebelión de los traidores delahuertistas; estaba también presente el mayor, soldado campesino Serafín Camacho, que, según se sabía, tenía diecisiete balazos en el cuerpo, no todos en combate sino la mayor parte de sus heridas las recibió en emboscadas que le tendieron sus enemigos o en reyertas. Este mayor Serafín Camacho militó a mis órdenes directas en Guanajuato cuando combatíamos a los cristeros y el máximo contingente de hombres que presentó fue de sesenta hombres, eso sí, bien armados y magníficamente montados.

Cedillo me recibió de pie teniendo a su derecha a Pascual Gerardo, al que yo sólo conocía por referencias, y mi antiguo subordinado, el aguerrido mayor Serafín Camacho.

Cedillo me recibió adusto y rígido en medio de sus dos parciales, me tendió la mano y me dijo: "Lo esperaba, Gonzalo". No me dijo amigo, como siempre había acostumbrado llamarme. Después de estrecharnos la mano yo le dije: "Mi general, vengo a cumplir con una misión que yo creo que es deber mío cumplir". Esperé a ver si me decía que me sentara, pero no lo hizo. Me dijo: "Exprese usted cuál es esa misión". "Vengo —le dije— enviado por el presidente Cárdenas a decirle a usted que lo están acusando de que pronto se va a rebelar contra el gobierno, que le recuerde a usted, me encargó el presidente Cárdenas, que es usted un revolucionario significado y que contribuyó usted mucho para el triunfo de nuestro movimiento, que ahora está amenazado por fuerzas retrógradas nacionales y por intereses extranjeros; le pide a usted por mi conducto que no se ensangrente el estado, puesto que según el presidente Cárdenas, esta lucha, en caso que se presente, será localizada en el estado de San Luis Potosí. Vuelve a reiterarle a usted que cumpla con las órdenes que le giró la Secretaría de Guerra y Marina para que se vaya a hacer cargo de la comandancia militar de Michoacán y le reitera, por mi conducto, que en Michoacán tendrá usted amigos".

Cedillo tardó más de lo que siempre acostumbraba en contestar y después de meditar me dijo: "Siéntese, amigo Gonzalo". "Siéntese usted, mi general", le contesté. Se sentó él primero y luego me senté yo. Pascual Gerardo y Serafín Camacho permanecieron de pie y Cedillo con calma me dijo: "Tengo noticias de muy buenas fuentes de que se me prepara una trampa, que Cárdenas no está obrando de buena fe y la prueba es que ya lo mandó a usted junto con el licenciado Gabino Vázquez a sonsacar a los jefes de mi división en el norte del estado

para que defeccionaran de mis filas" (Cedillo no tenía mando de ninguna fuerza, pero tenía dispersos por el estado diez o doce mil campesinos armados y muy mal parqueados y a esto él llamaba "mi división"). "No, mi general —le dije—, lo están engañando a usted, yo fui al norte del estado acompañado del licenciado Gabino Vázquez comisionado por el presidente Cárdenas para que se levantara un censo de los grandes latifundios que nunca han sido afectados, pues nadie los ha tocado desde que cayó Porfirio Díaz; pero a cada problema se le llega su tiempo y él cree que esos hacendados ausentistas que viven en la ciudad de México unos y otros en Estados Unidos, con algunas excepciones, no tienen porqué seguir poseyendo esos feudos que no trabajan. Yo soy del campo, como usted sabe —seguí diciéndole— y conozco sus problemas y no comulgo con los demagogos despotricantes, pero en esto, convenga usted que Cárdenas tiene razón y a los jefes de armas con los que yo me entrevisté, nunca les pedí que defeccionaran de sus filas, lo que sí les pedí y le pido a usted también, es que no se levanten en armas sin ninguna causa y sin bandera, porque no vamos a sacrificar lo mejor de nuestra gente, la que nos ha seguido a defender causas justas y a luchar en favor de la Revolución para un choque armado que indudablemente iría al fracaso. Quiero abrirle los ojos, le estoy hablando como amigo, no se crea de los aduladores; este pleito, si usted se encapricha en llevarlo adelante, lo tiene perdido".

Cedillo se quedó callado un rato y luego me preguntó: "¿Ya comió?" "No, señor, ni hambre tengo". "Vamos a tomar una copa", me dijo y dejando a Pascual Gerardo y a Serafín Camacho me invitó a su mesa. A él le sirvieron un coñac en gran copón de ésos que él conoció durante su viaje y que se usan en Europa y a mí me sirvieron un whisky como de tres pisos. Me dijo: "¿Ya quiere comer?", y le contesté: "Déjeme darme dos o tres 'cornadas' porque ahora la verdad no tengo apetito". Después de la primera copa que nos tomamos (Cedillo era bebedor muy moderado y yo bebedor de enriate), se rió Cedillo y se le distendió el rostro y me dijo: "Es usted un diablo, Gonzalo, cómo tiene el valor de venir a Palomas después de haber andado agitando el norte del estado, comadreando con mis jefes de armas y desanimando a mi gente". "Mire, mi general —le contesté—, cuando usted andaba levantado en armas contra Carranza y en 1920 lo fui a entrevistar a usted por el rumbo del Meco y del Salto y después de seis años de andar levantado contra Carranza y siendo yo un oficial retirado del Ejército Constitucionalista me atreví a verlo de parte del general Obregón para que se incorporara al movimiento del general Obregón en lugar de andar usted combatiendo a Carranza separadamente y con bandera particular, me decían entonces que no fuera a verlo, porque Cedillo era muy sanguinario y bastaba con que viniera a verlo algún delegado del campo dominado por Carranza para que se convirtiera en sospechoso y que lo

más probable era que usted me degollaría. Y ya ve usted cómo fui a verlo y cómo nos entendimos y cómo hemos sido amigos y cómo hemos luchado y triunfado juntos. ¿Quiénes son esos nuevos amigos que tiene usted y a los que ahora les hace más caso que a mí?". "Mire, mi amigo Gonzalo —me dijo—, usted se echó a perder en Europa, ha sido un gran luchador y un gran combatiente, pero la vida diplomática lo alejó de las caballerías; eso es cuestión de tiempo, es cuestión de aguantarse. Yo no tengo qué ver nada con las compañías petroleras, pero Cárdenas ha ofendido a muchos mexicanos destruyendo La Laguna y destruyendo Yucatán, y los americanos, queramos o no, tendrán que ver que Cárdenas es un peligro comunista y para qué nos hacemos 'guajes' (textual), le van a quitar los gringos todo apoyo y él solo se va a caer y a nosotros nos encontrarán con la bandera en la mano defendiendo la causa nacional". "Bueno, mi general —le dije—, ahora sí le acepto la comida.

"En cuanto a que me eché a perder en Europa en la vida diplomática quiero decirle que yo monto a caballo en la actualidad allá por el río Tamuín tal vez más que usted. Me levanto a las cuatro de la mañana, junto con mis galleros trabajo mis gallos de pelea; para las siete, que hemos terminado de correr en los paseadores y volar los gallos, ya me está esperando el caballo al que monto y me bajo de él a las nueve para almorzar. Todavía duermo en el suelo cuando el caso lo requiere, lo mismo en el calor que en lo frío". "A ver, Juanillo —dijo el general Cedillo, dirigiéndose al gachupincito que se trajo de España y que le servía de *valet*—, pregúntale a Zenobia qué le tiene preparado para comer a mi amigo Gonzalo". Volvió Juanillo y lo acompañaba Zenobia, a quien yo conocía y ella a mí también; después de saludarme efusivamente me dijo: "Ya el general me había dicho que usted venía, le tengo guiso borracho" (es un guiso a base de pulque y tan complicado que no puedo describir, sólo se hacía en Ciudad del Maíz). "Pues al ataque —le contesté yo—, pero que avance el diputado Epifanio Castillo que está allá abajo y me viene acompañando y dale de comer a un chofer cacarizo que viene manejando el carro". Entonces Cedillo ordenó que se acercaran a la mesa Pascual Gerardo, Serafín Camacho y Epifanio Castillo. Los cinco comimos platicando muy cordialmente; seguimos charlando durante la comida de diferentes cosas y luego él tocó el punto de los sucesos acaecidos en Ciudad Valles y me dijo: "Mire usted, el que debe abrir los ojos muy bien es usted, ¿qué no vio que ese grupo de gritones que vinieron a Valles mandados por Cárdenas nos atacaron por igual a usted y a mí?, ¿qué no se da cuenta que después de liquidarme a mí, si lo pudieran hacer, después lo liquidarán a usted?". Y le dije: "No, mi general, como en los gallos, que cada quien cobre su dinero a como lo haya casado; a usted si lo liquidan será porque se rebele, yo no me voy a rebelar". Al decir esto vi alternativamente a Serafín Camacho, a

Pascual Gerardo y a Epifanio Castillo, ahora sí sonsacándolos con la mirada.

Siguió hablando Cedillo durante la comida y me dijo: "A Carranza lo hice sudar de los huevos seis años, volé más de cien trenes con sus máquinas respectivas y nunca nos venció". "Bueno, mi general —le dije—, eran otros tiempos, ahora hay muchas carreteras, usted mismo ha hecho una que viene hasta aquí, hay aviación y no hay un Alvaro Obregón en quien apoyarse".

Terminó la comida, me sacó aparte Cedillo y hablándome con seriedad me dijo: "Yo lo comprendo a usted muy bien, sé que usted viene a hablarme de buena fe pero está usted equivocado, el país no soporta a Cárdenas". Ya no contesté nada. Después le dije: "Si usted me permite, me retiro, pero le ruego que me diga concretamente qué mensaje le llevo de usted al general Cárdenas". "Espero el próximo paso de Cárdenas", me contestó. "¿Es todo lo que usted tiene que mandarle decir por mi conducto?" "Sí —me dijo—, por ahora es todo. Espero su próximo paso".

Me despedí de él, de Pascual Gerardo, de Serafín Camacho, que aunque era un gran asesino tenía amistad conmigo y había sido mi subordinado y vi con satisfacción que por ahí no estaba el troglodita Zúñiga; y no estaba ahí, pero estaba al acecho en otra parte, en El Guajolote, muy cerca de Palomas desde donde daba sus órdenes a sus secuaces.

Llegamos a la primera avanzada que cerca del rancho tenía el capitán Guadalupe, pero resultó que ahora había unos grandes mezquites cubriendo la angosta carretera y no se podía pasar. Nos bajamos el diputado Epifanio Castillo y yo les dije a los soldados campesinos que nos obstruían el paso que nos dejaran pasar. "Hay órdenes que no", me contestó uno. Y le dije: "¿Quién dio la orden?" Me contestó: "El capitán Guadalupe". "Quiero hablar con el capitán Guadalupe", le dije. "Un momento", me dijo y se internó en el monte y el capitán Guadalupe vino arma larga al brazo y me dijo: "Qué se ofrece, mi general senador". Le contesté: "Manda quitar esos mezquites y déjame pasar que he llegado a un completo acuerdo con el general Cedillo". "¿Trái usté pase?", me contestó. "Que te explique el teniente coronel Epifanio", le dije. Se aproximó Epifano Castillo y le dijo al capitán Guadalupe: "Déjanos pasar por ahora va al revés, el general Gonzalo (entre el cedillismo nunca se llamaba a los jefes u oficiales, diputados o presidentes municipales por sus apellidos sino por su nombre patronímico; por ejemplo: al general Francisco Carrera Torres le llamaban el general don Pancho, al coronel Mateo Hernández Netro, que era caballerango de Cedillo y en ese tiempo gobernador del estado, le llamaban el coronel Mateo, al general Fausto Carrera Torres le llamaban el general Fausto, y así sucesivamente, y por lo tanto yo resultaba el general senador Gonzalo) va a una comisión del jefe para la Huasteca". "Pero a mí no me han

dado orden", contestó el capitán Guadalupe. "Pues ándale, pídele al general, que él te la confirmará". El capitán Guadalupe dijo: "Bueno, al cabo arrieros semos y en el camino andamos", y eso fue todo. Y pasamos, pero la última avanzada que en el viaje de ida nos había resultado la primera y que estaba compuesta de puros pames anónimos, tenían la angosta ruta también obstruida con lo que la vegetación del lugar les permitía; nopales, granjenos, órganos y troncos de palmilla; claro que si yo le hubiera ordenado al cacarizo que aventara el carro a todo motor hubiéramos pasado, pero estaban muy cerca los fusiles de los pames apuntándonos y opté por la prudencia y la astucia y nos bajamos. Al bajarse Epifanio Castillo yo ya no me bajé; sólo llevaba por arma la 45 y cuatro cargadores, el cacarizo llevaba un revólver 38 y Castillo también llevaba una 45. La avanzada era como de seis o siete pames y nosotros éramos tres y yo le dije a Epifanio Castillo antes de que se bajara: "Convence a estos cabrones fariseos por la buena y, si no puedes, me haces una seña para empezar a quemarlos, pues nosotros somos tres y no nos van a chingar tan fácil estos pinches pames como chingaron los delahuertistas a los Carrillo Puerto en Yucatán, que ni siquiera cacaraquearon" (así decimos en la Huasteca en lugar de cacarear).

Castillo llamó al jefe de la avanzada, se enfrentó muy sereno con él, pero enérgicamente y le dijo: "Pendejo, cómo te atreves a interrumpir la comisión que llevamos del jefe Cedillo". "Pos yo no sé nada", le contestó el pame a Castillo. "Pues si no sabes nada, no te metas en camisa de once varas; el jefe está haciendo maniobras políticas muy importantes y nos manda a toda prisa a cumplir una comisión". Ahí no había recurso de untadas ni mordidas, porque aquellos cerreros no sabían de eso nada; y sin esperar que nos dieran el sí, se subió Castillo al carro y ordené al cacarizo emprender la marcha velozmente y pasamos por una orilla de la carretera donde no había cactus y cuando acordaron los de la avanzada, ya habíamos pasado. Le dije al cacarizo: "Métele toda la pata al acelerador hasta donde la aguja marque", y nos fuimos por la carretera de San Luis Potosí-Ciudad del Maíz, a carrera tendida y rienda suelta. En todo ese rumbo no había ni un teléfono, pero Castillo y yo así como el cacarizo, conocíamos todo el rumbo por donde íbamos huyendo y llegamos a la ciudad de San Luis Potosí y no llevábamos ni siquiera un trago para quitarnos el susto y nos fuimos a la estación. Por suerte llegamos treinta o veinte minutos antes que llegara el tren de Laredo-México. Dejamos al cacarizo fuera y Castillo y yo nos pasamos por un barandal de madera labrada muy bajito que había, sin pasar por el pasillo que deben recorrer los pasajeros (me estoy refiriendo a la estación vieja de la ciudad de San Luis Potosí); era de tarde y todavía no anochecía.

El tren no dilató en llegar y tan luego paró nos subimos al pullman del que era conductor mi viejo amigo el potosino Paulino Almanza,

hombre de las mejores familias de San Luis Potosí económicamente venida a menos y como hablaba muy buen inglés, trabajaba ahora como conductor de pullman, pues los americanos que entonces eran dueños de los carros dormitorios, del carro restaurant y del carro observatorio, por muy nacionalizados que estuvieran los ferrocarriles, no le daban el puesto de conductor, ni siquiera de camarero a ninguno que no supiera hablar inglés. Con este Paulino Almanza muy amigo de mis hermanos y mío mandé escondido en el pullman para Estados Unidos a mi hermano el general Samuel M. Santos cuando fracasó en la rebelión delahuertista a la que se unió. Le pregunté a Paulino Almanza si el gabinete del pullman venía desocupado y me dijo que no, pero sí un compartimento y ahí nos metimos Epifanio Castillo y yo, Almanza nos llevó whisky y le dije: "A nadie digas que estoy yo aquí; si me vienen a buscar, diles que no me has visto". Ahora me repetía el favor escondiéndome a mí. Paulino era un hombre muy listo y dijo: "Por último digo que no tengo la llave del compartimento". Pero no hubo necesidad, el tren se arrancó y ya que pasamos la estación de Villa de Reyes, la última en el estado de San Luis Potosí, le serví un vaso de coñac a Castillo y yo me serví uno de whisky con agua de la llave del baño del pullman y le dije: "Salud, hermano, hemos perdido un mártir". Castillo, buen hombre, no me entendió y le expliqué lo de don Belisario Domínguez. "De la que me he perdido —le dije— que al callejón del Sapo le hubieran puesto: callejón Senador Gonzalo N. Santos. En la mañana del día siguiente llegamos a México.

Al día siguiente, cuando me estaba preparando para salir a Palacio a dar cuenta al presidente Cárdenas de mi comisión, recibí telefonazo directo de un mayor llamado Waldo Romo Castro, que fungía como secretario del general Avila Camacho, y me dijo que el general Avila Camacho me esperaba al mediodía en su casa. Yo sabía que debía haberme presentado antes al presidente Cárdenas a dar cuenta de mi misión sin hablar antes con nadie; pero el general Avila Camacho, don Manuel, como le decíamos, y yo ya estábamos "amancebados" en política y me sentía más allegado a él que a Cárdenas y me fui a verlo. Le platiqué en forma breve al general Avila Camacho el resultado de mis pláticas con Cedillo y concluí diciéndole: "Prepárese para invadir San Luis Potosí y usted mismo vaya a hacer la campaña, que va a ser muy fácil. Casi todos los jefes de armas cedillistas los tengo minados y en la Huasteca, como usted sabe, tenemos el núcleo principal leal al gobierno". El general Avila Camacho me preguntó: "¿No lo siguió nadie aquí a mi casa?", y yo le contesté: "Yo no me agacho para beber agua, tuve mucho cuidado en dar vueltas y más vueltas antes de llegar aquí porque adivinaba lo que usted me iba a decir ahora". Se sonrió y me dijo: "¿Qué le voy a decir?" "Pues me va usted a recomendar que no le diga al general Cárdenas que he hablado con usted".

Don Manuel era "poblano", se rió y me dijo: "Exactamente, no le cuente a mi general, pero yo tenía que saber con anticipación lo que va a pasar en San Luis, pues a la hora que mi general Cárdenas me pida que aliste las tropas, yo le voy a contestar: ya están listas tal, tal, tal y tales corporaciones", siguió diciéndo don Manuel.

Me despedí del general Avila Camacho, di unas vueltas por Chapultepec y por otras calles y enfilé para Palacio Nacional sin haberle dado cuenta, con anticipación, al general Cárdenas de mi regreso. Llegué a Palacio y me dijo el general Núñez, jefe del Estado Mayor Presidencial: "Ya teníamos cuidado por ti, pues no te localizábamos en ninguna parte". "Regresé sin novedad —le contesté—, dile al Presidente que aquí estoy a sus órdenes para darle cuenta de mi misión". El general Cárdenas ordenó que me pasaran inmediatamente; él estaba con el licenciado Gabino Vázquez, jefe del Departamento Agrario, a quien Cárdenas había movilizado junto conmigo para hacer proselitismo entre los grupos cedillistas y los campesinos de San Luis. No sé qué estarían hablando, pero Gabino Vázquez se despidió y yo me quedé solo con el Presidente.

Le di cuenta al presidente Cárdenas de todas mis pláticas con Cedillo y del resultado absolutamente negativo que obtuve en mi misión y me puse a su ordénes, pues le dije que el conflicto era cuestión de días. "Vete a ver al general Avila Camacho —me dijo— y obra de acuerdo con él". Así lo hice inmediatamente, sólo que ya no fui a la casa de don Manuel, sino que me encaminé directamente a la Subsecretaría de Guerra y Marina, donde don Manuel despachaba ya en su calidad de subsecretario encargado del despacho. Entré ruidosamente al despacho del general Avila Camacho, aparentando no haber cruzado palabra con él en mucho tiempo; había muchos militares y además un "senador de infantería" por Jalisco, que se llamaba Abraham González, homónimo del gobernador de Chihuahua asesinado por Victoriano Huerta. El general, no es que los haya abandonado, es que andaba en comisión de guaje oficial castrense, me dijo: "¿Cómo le va, mi general, por qué nos había abandonado?" Yo de pie, cuadrándome, le contesté: "No, mi general, no es que los haya abandonado, es que andaba en comisión del servicio y de eso vengo a darle cuenta a usted", pues por muy "poblano" que fuera don Manuel, no me ganaba en hipocresía cuando así convenía. Se fueron despidiendo los militares y el senador González, nos quedamos solos el general Avila Camacho y yo, entonces le platiqué que venía precisamente del despacho del Presidente, que le había contado a Cárdenas hasta el último detalle de mis entrevistas con Cedillo y hasta mi frustración de haberme convertido en mártir, gloria a la que no aspiraba.

Don Manuel me citó para otro día en la mañana, en la que todavía era Secretaría de Guerra y Marina. Ese día lo dediqué a mi esposa y mis pe-

queños hijos y al otro día, entre once y doce de la mañana, me presenté al general Avila Camacho quien empezó diciéndome: "Mi general, ¿por qué no viene de uniforme?, ¿por qué no reingresa usted de plano al ejército y cuando esto termine regresa usted al senado?" "No, mi general —le contesté—, esto no va a ser campaña militar y yo no me voy a atar al ejército siendo político, pues si un día amanece de mal humor el general Cárdenas o prospera algún chisme contra mí, me expongo a encontrarme como jefe de la guarnición en Chetumal y no aspiro a tan alto honor". Don Manuel se rió y me dijo, tratándome otra vez de senador: "Yo lo dije para que en esta campaña, que usted mismo me está diciendo que va a ser muy fácil, tener ocasión de ascenderlo a general de brigada". "Muchas gracias, mi general —le contesté—, y ahora deme órdenes para irlas a cumplir". Me dijo que después de mi última conversación con él habían trazado el plan político militar, Cárdenas y él, para ir a poner orden en San Luis e ir a someter a Cedillo.

"Salga usted —me dijo— mañana mismo a la Huasteca, reúna a todos los jefes leales al gobierno y espere órdenes, ¿en dónde va a estar?", me preguntó, y yo le dije: "En Villa Guerrero". De modo que disfruté de ese día incompleto con mi mujer y mis hijos y al día siguiente emprendí, por la carretera México-Laredo, que estaba abierta al tráfico, pero que era muy angosta; todavía estaba en construcción, pero ya estaba engravada, el viaje a San Luis. Llegué a Villa Guerrero (hoy Tamuín) ese mismo día, ya casi al anochecer, acompañado de mis ayudantes, el ya teniente coronel José López Iglesias, mayor retirado Julián B. Lafont y el mayor, también retirado, Cipriano Martínez.

En los dos días siguientes, todos los jefes político militares de la Huasteca habían conferenciado conmigo y ocupado sus posiciones respectivas en sus regiones. Por el jefe de estación del ferrocarril en la entonces Villa Guerrero, Melquiades Bautista, supe que el presidente Cárdenas y el general Avila Camacho habían llegado a la ciudad de San Luis Potosí con fuertes contingentes de tropas federales y no habían pasado muchas horas cuando una escuadrilla de tres aviones militares empezaron a volar a escasa altura sobre Villa Guerrero, que contaba con una pista de tierra que de tiempo atrás yo había mandado construir para mis fines muy particulares; los bravos pilotos localizaron pronto a lo que llamábamos pista y fueron tomando tierra uno por uno hasta bajar los tres. Cuando los aviadores saltaron de sus aviones ya estaba yo esperándolos con un grupo armado y se adelantó hasta mí el teniente Roberto Salido Beltrán, general de división y jefe de la Fuerza Aérea Mexicana. Se cuadró Salido Beltrán, que era hijo de mi amigo, el entonces coronel Conrado Salido Beltrán (muerto general de división), muy amigo mío y obregonista como yo, entiendo que emparentado con el general Alvaro Obregón. El teniente Salido Beltrán me dijo: "Venimos a ponernos a las órdenes de usted por orden del general Avila Camacho, subsecretario de Guerra y Marina y que le hable usted

inmediatamente por teléfono a la ciudad de San Luis Potosí, a la quinta Villa Hermosa, donde están alojados el C. presidente de la República y él".

Me comuniqué inmediatamente con el general Avila Camacho, pues entonces, aunque parezca mentira, el servicio de larga distancia era mucho más eficaz que ahora; le di parte al general Avila Camacho de que los aviadores habían aterrizado sin novedad; don Manuel me preguntó: "¿Hay algún indicio de levantamiento en la Huasteca?" "No, mi general —le contesté—, todo está en paz y aquí no habrá nada; por el contrario, si son necesarios nuestros servicios en otra parte, sólo espero sus órdenes para movilizar quinientos o mil hombres armados a donde usted me lo ordene". "No —me contestó el general Avila Camacho— encargue del orden a sus jefes hoy en la Huasteca y véngase usted con los tres aviadores ahora mismo y le aconsejo —siguió diciéndome— que usted se venga en el avión de Salido Beltrán, pues es el más capaz de los tres aviadores". Debo aclarar que estos aviones eran abiertos, de dos plazas; como armamento llevaban unas cuantas bombas, yo subí al avión de Salido Beltrán, portando una ametralladora *Thompson* y a mi ayudante, el mayor Cipriano Martínez, le agregué otra ametralladora igual, que eran del grueso calibre 45 y llevaban "quesos" (cargadores) de cien cartuchos cada uno.

Cipriano abordó otro de los aviones y el tercero, que iba ocupado únicamente por el piloto, lo mandé de vanguardia para que explorara, pues Cedillo tenía entre sus aviones uno muy bueno, rápido y especial para la guerra que tripulaba un aviador aventurero norteamericano que había estado en la Primera Guerra Mundial, as de la aviación, por lo tanto, temible para nosotros que íbamos volando en verdaderas "cascaritas". Les di instrucciones al teniente Salido Beltrán y a los otros dos aviadores de que cuando avistaran ese avión, que era tan poderoso, aterrizáramos aunque fuera arriba de una nopalera; pero no pasó nada y llegamos a San Luis Potosí sin novedad. Me estaban esperando en el campo el presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, y el todavía subsecretario de Guerra y Marina, general Avila Camacho. Me encerré con los dos a cambiar impresiones. Por ellos me enteré de que un día antes de que llegarán a San Luis Potosí, el gobernador del estado, coronel Mateo Hernández Netro, había huido de la ciudad a pesar de que el presidente Cárdenas le había asegurado que no se le molestaría en su puesto, que el general Cárdenas había dado algunas vueltas a pie por la plaza de armas y por la calle de Hidalgo, que es donde está el principal comercio de la ciudad de San Luis Potosí y que también sirve de paseo a pie pues desde aquella época nunca se han permitido vehículos ni siquiera bicicletas; por esta calle sólo cruzamos a caballo durante la Revolución para hacer alarde del poder y desprecio por la vieja sociedad. El pueblo había seguido a Cárdenas, siguió contándome el general Avila Camacho, vitoreándolo por su alarde de

valor pues Cárdenas hizo que no lo acompañara ningún oficial, ni siquiera algún hombre armado. Yo le dije en broma a Cárdenas: "Pues si hubiera estado aquí no te hubiera podido acompañar ya que hasta a las bodas y a los sepelios llevo mi 45". El se rió y luego, ya hablando en serio, me dijo: "Hoy en la mañana el aviador norteamericano Nuquen Beker lanzó unas bombas contra el tren presidencial, contra el campo de aviación en el que teníamos los aviones y contra esta quinta donde Cedillo sabe, por sus espías, que estoy alojado; pero no hubo daños, seguramente— siguió diciéndome el presidente Cárdenas— este filibustero no volverá una vez que sepa que el movimiento cedillista ha fracasado, él ya cobró lo suyo y lo demás creo que no le interesa".

Me invitaron el presidente y el general Avila Camacho que los acompañara a Palacio de Gobierno y encontramos que el licenciado Miguel Alvarez Acosta, que era el presidente del Tribunal de Justicia del Estado, se había declarado gobernador, según él por ministerio de ley. Los generales Cárdenas y Avila Camacho me preguntaron que quién era ese tipo y yo les dije que era el que Cedillo quería imponer de diputado por Matehuala contra el licenciado Francisco Arellano Belloc (el comemierda de Valles); les dije yo a los generales Cárdenas y Avila Camacho: "Déjenme ambientarme un poco para averiguar cómo estuvo esto de la fuga del gobernador Hernández Netro cuando tú —dije dirigiéndome a Cárdenas— le habías asegurado respetarlo en su puesto", y me separé del presidente y del subsecretario de Guerra y Marina. Como dos o tres horas después, platicando con parientes y amigos, me enteré que Hernández Netro llegó a Palacio muy contento después de sus conferencias con el general Cárdenas en la quinta Villa Hermosa y que se encerró a platicar con el licenciado Miguel Alvarez Acosta, que ya lo estaba esperando. Después de esa plática entre Hernández Netro y Alvarez Acosta, el gobernador salió lo más rápido que pudo, subió en un automóvil y desapareció. Una o dos horas después, Alvarez Acosta se declaró gobernador del estado, lo que quería decir claramente que este "maistro" de escuela convertido en licenciado por órdenes de Cedillo, había espantado a Hernández Netro para quedarse él con el mando, pues antes de que supiera de la fuga de Hernández Netro él ya había invocado un artículo de la Constitución del estado retorciéndolo y dándole tormento a la misma Constitución interpretada por él y se sentó en la silla gubernamental en el despacho del gobernador. Todo esto que averigüé se lo fui a contar al general Cárdenas, siempre en presencia del general Avila Camacho, pues no se separaban. Cárdenas escuchó mi información y por lo pronto no dijo nada; yo comprendí que el Presidente quería quedarse solo con el general Avila Camacho para cambiar impresiones antes de soltar prenda y me "pinté" (me fui). Por la tarde volví a ver al Presidente y al subsecretario de Guerra y Marina; don Manuel me llamó aparte y me preguntó que qué tal me llevaba con el

general Genovevo Rivas Guillén a quien unos días antes habían nombrado comandante militar del estado y yo le contesté que bien. "Rivas Guillén se incorporó a la Revolución el día 14 de mayo de 1914 cuando ocupamos el puerto de Tampico. A su padre lo mandó asesinar el general federal Ignacio Morelos Zaragoza que era el jefe militar de Victoriano Huerta en el puerto de Tampico, y lo mandó echar al mar junto con un señor Aguilar, primo hermano del señor Madero a quien también asesinó Morelos Zaragoza. Le hago esta relación para que se dé usted cuenta de que Rivas Guillén trae la Revolución en la sangre; además, como usted sabe, él fue segundo del general Félix U. Gómez en el combate de Carrizal, en el que Gómez murió y Rivas Guillén herido siguió combatiendo hasta vencer a los norteamericanos. Los prisioneros que hizo Rivas Guillén en el combate del Carrizal eran diecisiete, quince soldados negros y dos mulatos; yo recibí a estos prisioneros en mi calidad de primer ayudante del Estado Mayor del cuerpo del Ejército del Noreste y los conduje a la penitenciaría del estado de Chihuahua. Además de todo esto, Rivas Guillén salió muy valiente y siempre ha sido un buen combatiente". "Bueno —me dijo el general Avila Camacho—, mándele decir a Rivas Guillén que está usted trabajando para que el Senado lo nombre gobernador sustituto del estado para que se lo agradezca, pues esto ya está resuelto, pero Rivas Guillén no lo sabe". Vi en los ojos de quien después fuera presidente de la República, y compadre mío, "jade de Puebla". Yo le contesté al general Avila Camacho: "Hoy mismo me pongo en contacto con Rivas Guillén", y así lo hice.

Envié al licenciado diputado José Santos Alonso a entrevistarse con Rivas Guillén: "Llévale —le dije a Santos Alonso— un saludo de mi parte al general Rivas Guillén, comandante de la zona, y dile que no lo he podido ir a visitar porque me han traído a la carrera los generales Cárdenas y Avila Camacho, que con la fuga del gobernador Hernández Netro el gobierno del estado está vacante y que el Senado de la República, en el cual soy jefe de la mayoría, como él lo sabe, tendrá que declarar desaparecidos los poderes del estado y nombrar a un nuevo gobernador, que yo creo —seguí diciéndole a Santos Alonso— que él es el indicado, que después de tantos años de desordenado dominio cedillista en el estado, un civil no daría la medida, que tan luego llegue a México y se decrete la desaparición de poderes, lo vamos a poner a él en el número uno de la terna para que, acto seguido de cumplir este requisito, lo nombremos en la Comisión Permanente gobernador constitucional sustituto. Que yo no tengo más interés que la pacificación del estado y que me tiene a sus órdenes para eso". Fue el diputado Santos Alonso a cumplir mi encargo ante el general Rivas Guillén, por la noche regresó a verme y me dijo: "Rivas Guillén se 'mosqueó' mucho y me dijo: 'Esta es una maniobra de Gonzalo para impedir que yo pueda

ser el gobernador constitucional, dile que no acepto'". "Bueno —le dije a Santos Alonso—, que Rivas Guillén crea lo que le dé su chingada gana".

Me fui a la quinta Villa Hermosa, le conté al general Avila Camacho el resultado de mis gestiones con Rivas Guillén y le dije que yo no le iba a andar rogando como niña bonita. "No le haga caso —me dijo el general Avila Camacho—, esto es asunto resuelto, pero Rivas Guillén no lo sabe". Entré luego al despacho del general Cárdenas sin hablarle nada de Rivas Guillén pues ese asunto era entre el general Avila Camacho y yo. Me dijo el general Cárdenas: "Sé que el único núcleo importante que ha secundado a Cedillo es el que comanda Pascual Gerardo, como de unos ochocientos hombres en Río Verde, a ver qué puedes hacer tú para que no se subleve". Yo le dije al general Cárdenas: "Es el único elemento de valor que le queda a Cedillo; yo no he tenido tratos con Pascual Gerardo y sólo lo conocí en casa de Cedillo en Palomas en la última comisión a que me mandaste; pero tengo muy buenos antecedentes de él y ahora mismo voy a mandar un correo con una carta mía para Pascual Gerardo". Ahí mismo le dicté la carta a uno de los oficiales del general Cárdenas, se la mostré y la aprobó, le dije: "Ahora permíteme buscar un correo idóneo", y mandé llamar al hotel en que me alojaba a un árabe que era muy amigo de Pascual Gerardo, con el que tenía tratos de ganado y que también era amigo mío y me compraba ganado en la Huasteca. Le dije al árabe, cuyo nombre siento no recordar: "Te vas ahora mismo a Río Verde, buscas a Pascual Gerardo y le dices que no ataque ningún destacamento federal, que se retraiga y se 'orille' y que yo le garantizo que su posición preponderante en Río Verde le será respetada y que la única garantía que le doy de que así será es mi palabra de honor y mis antecedentes: pues nunca he perdido "una" y eso él lo sabe, que me siga a mí y no a Cedillo". El árabe volvió a la mañana siguiente muy temprano, me traía la noticia que Pascual Gerardo desde ese momento no reconocía más jefe que al senador Gonzalo N. Santos, que él sabía que yo nunca había perdido "una" y que me tendría por guía siempre; le fui a dar cuenta a los generales Cárdenas y Avila Camacho de este asunto y me hice acompañar del árabe, quien habló en mi presencia con los generales Cárdenas y Avila Camacho diciéndoles: "Con mi pescuezo les respondo que Pascual Gerardo les cumple, no se levantará pues es hombre de mucha palabra; yo no reconozco más jefe que al senador Santos". Se pusieron muy contentos el presidente y el subsecretario de Guerra y Marina. El general Cárdenas no paraba un minuto de accionar y con este golpe quedó reducido Cedillo a la nada. Ese mismo día, el general Avila Camacho mandó un batallón al mando del general que llamábamos el Hueso Beltrán a atacar a Cedillo en su rancho de Palomas. A mí me dio órdenes que regresara a Villa Guerrero (Tamuín), pero que me acompañaran de todas maneras los tres aviadores en sus aparatos y así lo hice.

La última vez que fui a entrevistar a Cedillo en Palomas para tratar de convencerlo de que no se levantara y, al haber fracasado en mis gestiones, le escribí una carta, que conservo y cuya copia fotostática adjunto a este capítulo de mis memorias.

Regresé a Tamuín, guardando la pequeña escuadrilla de los tres aviones la misma formación que había traído en nuestro vuelo a la ciudad de San Luis Potosí. En el camino, sobre la vía, vimos cómo estaban quemando una alcantarilla en un sitio que se llama La Borreguita y estaban quemando durmientes, seguramente iban a desclavar la vía. Por señas convenidas, pues en aquel entonces no tenía radio la Fuerza Aérea Mexicana, Salido Beltrán les dio órdenes a los otros dos aviadores para que atacáramos a la partida rebelde que estaba quemando la alcantarilla. Salido Beltrán y los otros dos pilotos bajaron hasta casi rozar los mezquites y estaban arrojando bombas sobre los rebeldes, yo disparando mi ametralladora *Thompson*, lo mismo hizo Cipriano Martínez desde el aparato que él ocupaba; pronto huyeron y pudimos apreciar que quedaron algunos hombres tendidos en el suelo, no supimos si eran muertos o solamente heridos. Le dije al teniente Salido Beltrán: "Estos hombres nunca andan a pie, vamos a buscar los caballos que han de estar escondidos por aquí cerca", y enfilamos al monte a buscarlos. Pronto los encontramos y, con unos cuantos bombazos, los caballos se dispersaron.

El aparato que yo ocupaba, piloteado por el teniente Salido Beltrán, fue alcanzado en las dos alas por balas de rifle, pero sin ninguna consecuencia. Salido Beltrán y sus dos aviadores eran muchachos muy valientes y cooperaron mucho en la campaña contra la rebelión cedillista.

Llegamos a Villa Guerrero (Tamuín), y me quedé a esperar órdenes de los generales Cárdenas y Avila Camacho; mientras tanto en la capital del estado, Cárdenas ignoró al "gobernador" Miguel Alvarez Acosta, que seguía yendo a sentarse al despacho del Palacio de Gobierno, pero nadie le hacía caso.

Tres días después de mi regreso a Villa Guerrero (Tamuín), me habló por teléfono de la ciudad de San Luis Potosí, el ingeniero Marte R. Gómez, que era gobernador de Tamaulipas, no recuerdo si electo o ya en funciones; me dijo Marte: "Me encargó el general Cárdenas que te hablara diciéndote que pasado mañana nos esperes en El Bañito con un almuerzo huasteco para él y todos los que lo acompañamos". "¿Cuántos serán?", le pregunté a Marte. "Pues no estoy seguro, pero tú manda preparar el almuerzo para unas cien personas". "Mejor será para doscientas", le dije a Marte, movilicé a Domitila, la fondera de Valles, de quien ya he hablado en estas memorias. Como el general Cárdenas me había ordenado por conducto del ingeniero Marte R. Gómez que lo esperara en El Bañito, no me quise meter a "adivino" y me trasladé a El Bañito muy temprano, para estar seguro de que Domitila

tendría el almuerzo preparado, así como muchas meseras para que lo sirvieran.

Llegó el general Cárdenas a Ciudad Valles por carretera, supe que en Ciudad del Maíz, que está sobre la ruta, se paró el presidente con su comitiva y les ordenó que permanecieran todos en sus coches y él se bajó a dar vueltas en la plaza acompañado solamente del ingeniero Marte R. Gómez. Debo decir que el general Saturnino Cedillo era de Ciudad del Maíz, aunque nacido en su rancho Palomas, del mismo municipio. Ciudad del Maíz era su pueblo, al que le tenía mucho afecto y donde la gente también lo quería. Este desplante de Cárdenas fue equivalente a cuando un torero hace buena faena con el capote y remata dándole la espalda al toro caminando con paso pinturero; sale sobrando decir que yo traía en la comitiva un elemento de mi confianza exclusivamente para que me diera cuenta de cada paso que diera el general Cárdenas, pues no quería yo que me fuera a agarrar desprevenido. Cuando llegó el general Cárdenas a Ciudad Valles, lo primero que hizo fue destituir del ayuntamiento constitucional que presidía mi amigo y hasta ese día amigo de Cárdenas, Luciano Eraña. Este acto, creo yo, lo llevó a cabo el general Cárdenas con dobles fines; el primero, enseñar que él mandaba en todas partes, inclusive en la Huasteca, pues el ayuntamiento era muy adicto a mí, es decir, santista, y que nada tenía que ver el presidente municipal en los asuntos de Cedillo. Eraña, el presidente municipal, era adicto a mí, como he dicho; a Cedillo ni siquiera lo conocía y del general Cárdenas era muy particular amigo, le había administrado a don Lázaro Cárdenas su rancho Tampacoy sin cobrarle ni un solo centavo de sueldo y haciendo los gastos por su cuenta; cuando Eraña iba a ver al general Cárdenas a Tampico a darle cuenta de los trabajos de Tampacoy, que así se llamaba el rancho, actualmente fraccionado; el segundo motivo que impulsó a Cárdenas a cometer este injusto "caballazo" fue satisfacer a un grupo de "zopilotes" que se agregaron a su caravana, compuesto de potosinos "beduinos" la mayoría de ellos, los restantes vivían en el Distrito Federal y algunos pocos que no pasaban de tres o cuatro, resentidos y despechados porque no habían llegado a figurar y que sí residían en el estado.

Por la tarde del día que el presidente Cárdenas destituyó al ayuntamiento constitucional de Ciudad Valles, llegó a El Bañito Luciano Eraña, el presidente municipal destituido, y me contó todo lo que había pasado; me pidió instrucciones: "Vete para tu rancho —le dije—, allá espérate hasta que pase el 'ciclón' (Cárdenas), vamos a ver qué más pasa". En la noche llegó un ayudante de Marte R. Gómez a El Bañito con recado verbal de que fuera a hablar con él a Ciudad Valles, yo le dije: "Dile a Marte que de aquí no me puedo mover porque tengo órdenes del general Cárdenas de esperarlo; además, con la destitución del ayuntamiento constitucional de Ciudad Valles se puede pensar que yo voy a ir a hacer gestiones en contra". Se regresó el enviado de Marte y ya muy noche volvió

a El Bañito cuando yo ya estaba acostado, me dijo: "Traigo recado del ingeniero Gómez para usted. Dice que no reúna gente en Tamuín ni haga ninguna demostración de fuerza". Yo ya había mandado órdenes para que se movieran los rancheros y la vaquerada, pues los agraristas ya los habían dividido, diciéndoles que los que estuvieran conmigo iban a ser declarados cedillistas, pero en ese tiempo eran pocos los agrarios y los rancheros y vaqueros muy numerosos; eso que ahora se llama sector popular también era adicto a mí. Mandé un recado al presidente de Villa Guerrero (Tamuín), Joaquín Guzmán, para que no se moviera ni un solo hombre y a Luciano Eraña, que naturalmente estaba resentido, órdenes terminantes de que no saliera de su rancho ni moviera ningún elemento. Le contesté a Marte diciéndole que no movería ni un solo hombre en Tamuín.

La mañana siguiente arribó el general Cárdenas acompañado, en su coche, del ingeniero Marte R. Gómez; detrás venían elementos del Estado Mayor, el general Félix Bañuelos, gobernador de Zacatecas, y el resto de la comitiva. Los "zopilotes" encabezados por un tal José de la Luz Cerda y Herminio Salas, prófugo de la justicia del estado de Guerrero, y algunos otros se adelantaron a Tamuín desde la noche anterior a agitar entre el elemento agrario, lograron reunir unos doscientos cincuenta hombres, a los que les dieron la consigna de que cuando llegara el presidente Cárdenas pidieran a gritos la destitución del presidente municipal Joaquín Guzmán; primero los agraristas "volteados" no querían ir, pues decían que yo iba a enviar caballerías armadas, los convencieron diciéndoles que yo no movería ni un solo hombre por órdenes del general Cárdenas, y esto sí que era cierto.

Cuando ya todos estábamos sentados a la mesa para disfrutar el almuerzo huasteco que había preparado Domitila, de la cocina salió corriendo el entonces coronel Inocencio Medina (muerto general), y detrás de Chencho, así le llamábamos, la brava Domitila con cuchillo en mano. Chencho Medina llegó a donde estábamos sentados juntos, el general Cárdenas, Marte R. Gómez y yo, diciéndonos, pálido y nervioso: "Esa mujer me quiere matar a puñaladas". "¿Qué le hiciste?", le dijo el general Cárdenas, pero ya no hubo tiempo de que Chencho contestara pues llegó Domitila hasta Cárdenas y le dijo: "Oiga, mi presidente, yo fui soldadera de la Revolución cuando los chingadazos estaban muy duros y no me voy a dejar humillar de un hijo de la chingada nomás por que trae tres estrellas, que se las ha de haber ganado de alcahuete" (Domitila adivinaba). "¿Qué te hizo?", le preguntó el general Cárdenas, que conocía muy bien a Domitila y su origen revolucionario. "Pues este cabrón —le dije señalando a Chencho, siempre con el puñal en la mano— obligó a mis muchachas a que probaran el chorizo, el café y cuando quería que 'despanzurraran' el 'zacahuil' para que lo probaran para ver si estaba envenenado, me di cuenta y lo corretié hasta

aquí, ¿quién cree este cabrón coronel de mierda que soy yo para que me humille así en este acto tan importante como es el almuerzo al presidente de la República?" Chencho se quiso disculpar, pero Cárdenas no lo dejó, calmó a Domitila y le dijo: "Si tienes 'zacahuil' me lo como aunque esté envenenado". Luego metí el "capote" yo y le dije a Domitila: "No le hagas caso a Chencho, ve a ordenar que las muchachas sirvan el almuerzo". Chencho desapareció, se fue a la cocina, donde se "arregló" con Domitila, y para probarle que era su amigo él mismo sirvió el almuerzo al presidente Cárdenas, a Marte R. Gómez y a mí, con todo y sus tres estrellas de coronel que portaba en el uniforme. Este Chencho Medina se incorporó a nosotros en la Revolución cuando tomamos Tampico en mayo de 1914, era tampiqueño, muy estimado por los jóvenes de aquella época, trabajaba en una ferretería y siempre fue "orillero" (nunca combatió), era muy servicial y cardenista, sinceramente, a mí siempre me respetó y estimó. Las únicas heridas que Chencho sufrió en su cuerpo, fueron seis balazos de pistola que le metió su mujer, una vieja gorda como un tonel, por esta razón la llamábamos la *Westfalia* haciendo alusión al jamón. Chencho estaba tan "empapayado" que tan pronto como sanó de sus heridas se reconcilió con la *Westfalia,* de la que nunca se separó. Después de este paréntesis sigo mi narración; me sacó aparte Marte R. Gómez y me dijo: "El general Cárdenas no quiere que muevas ni un solo hombre, iremos a comer a tu rancho Gargaleote y en Tamuín saludará a las personas que se le acerquen". Le contesté yo a Marte: "No he movido ni la hoja de un árbol".

Después del almuerzo huasteco en El Bañito, me invitó el general Cárdenas a pasar a su coche en el asiento de atrás y Marte R. Gómez subió al asiento de adelante. Nos fuimos a Pujal, hoy Alvaro Obregón; de ahí seguimos por el camino de tierra hasta llegar al ejido La Primavera, municipio de Tamuín, pero el general Cárdenas no se paró frente a las casas, sino como a unos mil metros adelante. Paramos y bajamos del coche el general Cárdenas, Marte R. Gómez y yo. Fueron llegando los agraristas y cuando ya estaban reunidos y los había saludado el general Cárdenas a todos de mano uno por uno, les preguntó: "¿Cómo están por aquí?" Los agraristas le dijeron: "Estamos bien, mi general". Entonces yo intervine y les dije: "Cuéntenle al general Cárdenas cómo los hemos tratado". El comisariado le dijo a Cárdenas: "Ciudadano presidente, el senador Santos nos dotó con este ejido cuando él era diputado y lo acompañamos a la guerra contra los cristeros, después el senador Santos nos regaló cuatrocientas quince hectáreas de terrenos de su propiedad que pertenecían a su rancho Tres Filos y que se llama La Garganta del Diablo que limita con este ejido, lo cual nos ha puesto en muy buenas condiciones, porque el terreno que nos regaló el senador Santos es de monte virgen (selva), no se inunda, el ejido que teníamos sí se inundaba, pero con el regalo que el senador Santos nos hizo,

quedamos a salvo de inundaciones". El general Cárdenas, dirigiéndose a mí, me dijo: "Con razón tienes tantos amigos"; yo le contesté: "Ya eran mis amigos antes que les regalara nada". Efectivamente, La Garganta del Diablo pertenecía al rancho, que entonces era de mi propiedad, llamado Tres Filos que estaba frente, río de por medio, al rancho propiedad del general Lázaro Cárdenas llamado Tampacoy. Nos despedimos de los agraristas de La Primavera y continuamos a Tamuín, a donde llegamos como a la una de la tarde. Le pregunté al general Cárdenas: "¿Seguimos de paso a Gargaleote o entramos al pueblo?" El me contestó: "Vamos a dar una vuelta por la plaza". Paramos los coches frente a la presidencia municipal, donde había unos doscientos hombres, aproximadamente, formados y a caballo; eran los que los "zopilotes" habían reclutado para que fueran a pedir a gritos la destitución del presidente municipal y tal vez para que me gritaran "mueras". Se bajaron el general Cárdenas y Marte R. Gómez del coche, yo me adelanté a pasar revista con los ojos a los que estaban formados e intencionalmente me les quedé viendo a los que hacían de cabecillas; uno de ellos que se apellidaba Vargas y que pertenecía al ejido de Vichinchijol, se acercó al general Cárdenas y le dijo: "Mi presidente, a nombre de estos compañeros quiero darle la bienvenida y dirigirle a usted unas palabras". Cárdenas les dio la venia, Vargas subió al balcón del Palacio Municipal y empezó a hablar, diciendo: "Ciudadano Presidente de la República, hemos venido aquí para manifestarle nuestro apoyo y respaldo, nuestro repudio a los enemigos de la Revolución". Yo no perdía de vista a Vargas ni un segundo, entonces, continuó diciendo: "Los hombres de esta región apoyamos también al Ejército Nacional por leal y por valiente; ¡viva el Presidente de la República". "¡Viva!", gritaron todos los hipnotizados de abajo. "¡Viva el Ejército Nacional!" "¡Viva!", volvieron a contestar los hipnotizados que yo estaba viendo y un tardío ¡Viva México! que naturalmente todos contestaron. Al estrechar el general Cárdenas la mano del "orador", preguntó: "¿No hay ninguna otra persona que quiera hablar o tenga más qué decirme?" "No, ciudadano Presidente —le dijeron—, no queremos interrumpir su viaje". Entonces el general Cárdenas llamó al presidente municipal, Joaquín Guzmán, y le preguntó: "¿Desde cuándo eres presidente municipal?" "Desde que por órdenes del jefe don Gonzalo los regidores desconocimos al presidente municipal Juan Alvarez porque estaba haciendo labor cedillista y subversiva". "¿Cuánto tiempo hace de eso?", volvió a preguntar Cárdenas. "Un mes antes de que se levantara Cedillo —le contestó Guzmán—; yo era el primer regidor y ahora, por acuerdo de los regidores, soy el presidente municipal". "¿Eres de aquí, de Villa Guerrero?", le preguntó el general Cárdenas. "No, mi general, desde muy chico vivo aquí, yo soy nativo de Michoacán". Cárdenas abrió muy grandes los ojos y le dijo: "¿De qué parte de Michoacán eres?" "De Jiquilpan, mi general", le respondió Joaquín Guzmán. Con mucho interés le siguió preguntando Cárdenas: "¿De quién eres hijo?" "De Joaquín

Guzmán". "¿Y dónde vive Joaquín?", le preguntó el general Cárdenas a Joaquín junior. "Hace poco murió, mi general, pero yo aquí me casé y estoy muy encariñado con la región". El general Cárdenas le estrechó la mano y yo delante del presidente de la República invité a Joaquín Guzmán a comer a Gargaleote y enfilamos para "mi infame madriguera"; los "zopilotes" quedaron burlados.

Llegamos al ejido que se llamaba Los Hoyos, actualmente se llama Manuel Avila Camacho, frente a Gargaleote en la margen izquierda del río Tamuín. Ya estaba esperándome el botero Juan Arévalo, ranchero sano y muy pintoresco. Invité al general Cárdenas a pasar al bote, a Marte R. Gómez, al general Felix Bañuelos, que era gobernador de Zacatecas, al general Hueso Beltrán, al entonces coronel Alberto Cárdenas, hermano de don Lázaro, hoy general de división, al mayor Ignacio Beteta, jefe de ayudantes del presidente Cárdenas, general de división, dos ayudantes del general Cárdenas, y al presidente municipal Joaquín Guzmán, pero cuando llegamos frente a Gargaleote ya estaban sentados en el barranco Herminio Salas y José de la Luz Cerda, a los que no me digné saludar. Ya que estábamos "embarcados" mis visitantes y yo quisieron subir al bote Herminio Salas y Cerda. Yo les dije en presencia del Presidente de la República y de todos los demás: "Ustedes no pueden entrar al bote". "¿Por qué motivo?", me dijo Cerda y yo le contesté: "Porque es mi casa y ahí no se aceptan hijos de la chingada como ustedes". Dirigiéndome a Juan, el botero, le dije: "Abrete de canal", y Juan empezó a remar; nadie de los que íbamos en el bote comentó el incidente.

Llegamos a Gargaleote y cuando bajábamos del bote se presentó mi administrador, el capitán Alejandro Shauer, hombre muy valiente a quien yo llamaba Portos, haciendo referencia al gran mosquetero de ese nombre. Shauer era muy corpulento, pelo rubio, cara roja y ojos azules; traía colgada del cuello una gruesa cadena de oro de la que pendía un diablo, también de oro, de regular tamaño. Seguramente era hijo de alemanes, era muy valiente, se comía un borrego entero en la comida y se bebía dos cajas de cerveza. En una riña que tuvo en Ebano, su contrario le pegó ocho balazos, Shauer siguió avanzando hasta su enemigo sin detenerse ni hacer caso de las heridas y llegando a él le descerrajó un balazo 45 en la frente que lo dejó frío. Alberto Cárdenas, al ver a Shauer, lo saludó en voz alta con una mentada de madre y en la misma forma le contestó éste, luego se dieron un estrecho abrazo. El general Cárdenas también abrazó a Shauer, preguntándole: "¿Qué andas haciendo tú por aquí?" Shauer le contestó: "Soy el administrador del rancho". El presidente Cárdenas, ya caminando para la casa del rancho, con esa voz pausada que tenía pues hablaba casi en secreto (según se decía que hablaba así para cuando le recordara alguien alguna promesa, decir: "Yo no dije eso"), agarró del brazo a Shauer y le

preguntó: "¿Desde cuándo estás aquí?" "Ya tengo dos años", le contestó Shauer. "¿Y la Soldada está aquí contigo?", le preguntó don Lázaro, refiriéndose a la señora Shauer. "Sí, mi general, aquí está; donde va la pistola va la funda". "Entonces vamos a comer muy bien", dijo Cárdenas. "Pues sí, mi general —le dije yo—, se ve que conoces a la señora Shauer que guisa magníficamente y vamos a comer muy bien, pero mientras, vamos a beber muy bien". Pasamos a la casa del rancho, a la sala y destapé una botella de *armañac* de las que había traído yo de Francia, "restos de mi pasada opulencia". Le ofrecí a Cárdenas una copa normal. "¿Qué ya no sabes beber en vaso?", me dijo. "Pues sí —le contesté—, pero ahora estoy ante el ciudadano presidente de la República y soy exdiplomático con resabios del oficio". Se reiron todos y ordené que trajeran copas dobles. Empezamos a beber todos, menos los ayudantes del general Cárdenas. El Hueso Beltrán empezó a contar chistes, que era su especialidad, sobre todo colorados, que gustaban mucho al general Cárdenas pues tenía un gran sentido del humor. El Hueso Beltrán se metió al comedor y regresó diciendo: "Aquí no hay ni señas de comida". Yo le contesté: "No, aquí no hay señas de comida porque la está guisando en la casa del administrador la señora Shauer, aquí no tengo a mi familia ni servidumbre sólo tengo una cuidacasa, que es la muchacha que nos está sirviendo las copas". Dirigiéndome a Cárdenas le dije: "Cuando ordenes vamos a comer". El me contestó: "Nomás nos tomamos otra copa y nos vamos".

Llegamos a la casita de Shauer, más bien dicho a la casa del administrador del rancho que estaba situada muy próxima a la que actualmente es la piscina que yo mandé construir después. La señora Shauer salió muy alborozada y al ver a Cárdenas le dijo: "Mi cabecilla, qué honor tan grande tenerte con nosotros". Alejandro Shauer le hablaba a Cárdenas de usted, de mi general y de ciudadano presidente, pero Cárdenas y la mujer de Shauer se tuteaban. "¡Soldada!", dijo Cárdenas, con voz tranquila, pero con cara que expresaba su regocijo (no sé hasta la fecha ni cómo ni cuándo ni dónde se conocieron el general Cárdenas, el capitán Shauer y su mujer, pero había una gran intimidad entre ellos).

Después, el entonces coronel Alberto Cárdenas, saludó a la Soldada de mentada de madre y ella le contestó en los mismos términos, se abrazaron y se dieron besos en los cachetes; nos sentamos a la humilde mesa de la humilde casa, pero Shauer ya la había mandado agrandar con tablas y cupimos todos muy bien, echamos otro coñac y la cerveza, que era por cuenta de Shauer, brotó como en manantiales bien fría en cubetas con hielo picado. Esta comida le fue muy grata al general Cárdenas y también a mí. Cuando había terminado la comida y nos sirvieron otras copas de coñac y con voz calculadamente opaca dijo: "Muy pocas veces en mi vida he tenido tantas sorpresas en tan poco

tiempo, llegamos a Tamuín (Cárdenas siempre hablaba en plural como el Papa y como el general Obregón), y nos encontramos con que un mes antes que se levantara Cedillo, había sido sustituido el presidente municipal propietario porque éste estaba haciendo labor cedillista y subversiva, ahora el presidente municipal es el primer regidor (Joaquín Guzmán), aquí presente, este presidente municipal resultó ser michoacano nativo de mi pueblo, Jiquilpan, avecindado y estimado en Villa Guerrero e hijo de un amigo mío mayor que yo, pero que nos llevábamos muy bien en Jiquilpan, ahora me ha dicho su hijo Joaquín que mi coterráneo y amigo Joaquín Guzmán hace poco murió, lo siento, —siguió diciendo Cárdenas—, era un hombre muy honrado y trabajador". Yo certifico el buen concepto que Cárdenas tenía del viejo Joaquín Guzmán pues lo conocí muy bien. "Luego —siguió diciendo Cárdenas— llegamos a Gargaleote y nos encontramos con que el administrador del rancho es mi viejo amigo de la Revolución, el capitán Alejandro Shauer que nos está acompañando aquí como lo estaba en la Revolución, junto con su fiel compañera. Alejandro Shauer ha sido el ayudante más leal, eficaz y más valeroso que hemos tenido". Dirigiéndome a Shauer le dije: "¡Ahora o nunca, mi capitán!" Hubo risas, pero el Hueso Beltrán, que era muy dado a la broma y sin guardar ninguna fórmula ni circunspección, dijo: "Este Gonzalo es más cabrón que el ocho de oros, más vale tenerlo de amigo y no de enemigo pues sabe mucho". Yo le contesté: "Mira, hijo de la chingada, yo seré más cabrón que el ocho de oros, pero tú estás insinuando que estas casualidades, la de Joaquín Guzmán, aquí presente, y la de Shauer, también aquí presente, las he preparado yo, pero Shauer tiene dos años de administrador y cómplice mío, es todo un gargaleote, y en cuanto a Joaquín Guzmán, es yerno de un gran amigo mío que se llama don Leopoldo Altamirano y él me lo recomendó. Como quiera que sea —seguí diciendo— que los amigos del general Cárdenas sean amigos míos, quiere decir que los dos coincidimos mucho, aunque no en todo".

Cárdenas era muy fuerte para beber, sus hermanos también, sobre todo Dámaso, que no estaba ahí, y Alberto, que estaba presente.

Después, a iniciativa del general Cárdenas, nos fuimos a ver un plantío de mangos hawaianos que yo tenía en Gargaleote y unas palmeras de coco que Cárdenas me había regalado doce años antes, cuando él era jefe de la zona militar en la Huasteca; los mangos estaban verdes, pero Cárdenas estuvo cortándolos y así, verdes como estaban, se los comió, como lo hacen los loros, y seguimos platicando.

Le dije yo a Cárdenas: "Esos hijos de la gran puta que vienen de 'zopilotes' a comer del cadáver de Cedillo ahora quieren verme a mí como caballo muerto y hartarse de mi carroña, pero son unos pendejos que no valen nada ni como amigos ni como enemigos ni como neutrales; quiero que me dispenses que sin consideración a tu alta jerarquía los haya mandado a

chingar a su madre cuando quisieron meterse al bote en que veníamos". Cárdenas me contestó: "No los tomes en cuenta". Yo le dije: "Pues qué bien que me lo dices porque mañana mismo les iba a mandar ajustar cuentas (chingar) ya que han venido alborotando desde que llegaron a la Huasteca de 'coleros' tuyos". "No les hagas caso", me repitió Cárdenas. Platicamos mucho, de Calles, de Cedillo y me dijo: "¿Me acompañas a Tampico?, tú tienes ahí muchos amigos". "Sí —le dije—, tengo muchos amigos, pero el presidente de la República no necesita fiadores y menos cuando es un presidente como tú, que conoces muy bien la región y la gente; en cambio, yo tengo verdadera urgencia de regresar a México, pues 'santo que no es visto, no es adorado', y yo, como tú sabes, soy el jefe de la mayoría en el Senado en disputa con la fuerte minoría y, como dijo el loro: 'si no me agacho me chingan'". Se sonrió el Trompudo y me dijo: "Bueno, acompáñame a Ebano, ahí haremos un alto para que nos relates tu versión de la batalla de Ebano en la que tú fuiste combatiente durante los setenta y dos días que duró y, como primer ayudante del cuerpo del ejército del Noroeste que eras, debes estar perfectamente enterado de todas las fases de esa acción". Yo le contesté: "Con todo gusto y honra para mí lo haré, pero brevemente porque tú vas, quieras o no, muy de paso en esta gira".

Después de más de cuatro horas de grata permanencia en Gargaleote cruzamos otra vez el río y en son de broma le dije a Juan Arévalo, el "cayuquero": "Nos vamos levantados en armas y aquí llevo este prisionero", le dije señalando al general Cárdenas. Juan se rió, diciéndome: "Es el general Cárdenas". "¿Dónde lo conociste?", le pregunté. "En Pánuco", me contestó Juan. Sonrió placenteramente el general Cárdenas y le dijo a Juan: "¿Me conociste en Pánuco?" "Sí, mi general —le dijo—, lo vi dos veces, una vez iba con puros militares y la otra vez iba en su automóvil con una muchacha que se llamaba Socorro, muy rica, bonita y de la 'primera clase'". Cárdenas se sintió muy halagado y no pudo contener la risa, le preguntó nuevamente a Juan: "¿A cuántos has matado?" El le contestó: "Aquí, a ninguno". "Bueno —siguió diciendo Cárdenas—, ¿pero en otras partes?" "Pues nada más a tres". Metí el "capote" yo y le dije: "Sí, pero ninguno a traición". "Todos de frente —contestó Juan— y con bala, no con 'puntilla'". Para finalizar esta conversación, le dije yo a Cárdenas: "Por eso lo tengo aquí, éste es el más inocente de todos mis gargaleotes". Llegamos a la orilla opuesta del rancho. Sentados en el suelo del barranco estaban los "zopilotes" encabezados por Herminio Salas y Cerda; nadie los saludó, abordamos los automóviles en la misma forma que habíamos llegado: el general Cárdenas, Marte R. Gómez y yo en un automóvil y los demás detrás. Emprendimos la marcha para Ebano.

Ya en Ebano, le indiqué al chofer del general Cárdenas el camino para El Cerrito, donde estaba la casa que perteneció a *Mr.* Doheni, quien había sido el dueño de ese campo petrolero, además de otros muchos

(*Huasteca Petroleum Company*), hasta que el general Cárdenas expropió el petróleo. Ahí nos bajamos todos de los automóviles y les di una amplia explicación al general Cárdenas y a sus acompañantes, les dije: "Los traje aquí porque en este lugar estaba emplazada la artillería y acá el cuartel general lo teníamos más abajo; los primeros días bajo un puente del ramal que va a la estación y después lo cambió Treviño a aquella casa —yo la señalé con el dedo—, también abajo del cerro, pero, desde aquí Treviño con sus 'gemelos' de campaña, acompañado de nosotros los de su Estado Mayor y de algunos generales, dirigía la acción todos los días, pues como ven ustedes se domina todo el panorama. Después nos bajábamos a recorrer el campo atrincherado que estaba como a cuatrocientos metros adelante de donde estamos ahora, y eso conformó el centro de nuestra defensa. Allá a la derecha estaba constituido nuestro flanco derecho donde también había algo de artillería y hacia acá —les dije señalando el Cerro de la Paz— se apoyaba nuestro flanco izquierdo; hacia allá —les dije señalando rumbo a Tampico—, a un kilómetro de aquí, estaba nuestra retaguardia en la estación que se llama Tulillo. La retaguardia la mandaba el general Samuel M. Santos y tenía por segundo al coronel, muerto general delahuertista, Apolonio Treviño. Nuestro flanco izquierdo estaba al mando del general Pedro C. Colorado, que era tabasqueño; tenía por segundo al entonces coronel Carlos A. Vidal, muerto general de brigada en Huitzilac, junto con Serrano.

"El centro lo mandaba el general Francisco de P. Mariel, que tenía por segundo al coronel José Cavazos, jefe de la décima brigada; el flanco derecho lo mandaba el bravo entre los bravos general Carlos Ozuna. La reserva la mandaba el general Gabriel González Cuéllar, de procedencia ex federal, que acudía indistintamente a donde se necesitaba; la Brigada Santos y la Brigada Lárraga quedaron al mando de los coroneles Fulgencio M. Santos e Inocente Rivera, la de Lárraga, a las órdenes del coronel León Martínez; los generales Samuel M. Santos y Manuel C. Lárraga eran enemigos y para evitar fricciones pusieron sus brigadas respectivas a las órdenes del coronel Fulgencio M. Santos e Inocente Rivera la Brigada Santos, y la de Lárraga quedó a las órdenes del coronel León Martínez; los coroneles se llevaban muy bien. Lárraga quedó unos días comisionado al cuartel general, pero el general Samuel M. Santos y él hicieron una paz provisional. Santos cedió a Lárraga el mando de su tropa, quedándose él de jefe de la retaguardia con otras tropas. El general en jefe villista Manuel Chao comandó los primeros quince días que duró la batalla, y los otros cincuenta y siete días el enemigo estuvo comandado por el general Tomás Urbina, segundo de Francisco Villa. Tenía su cuartel general y sus trenes hacia allá —les señalé al poniente—, en la estación de Ahuza; el jefe de la artillería enemiga era Roberto Gómez Maqueo, que no sé qué grado tenía entonces,

pero nos lo puede decir mi general Bañuelos, aquí presente, pues contra el general Bañuelos combatimos seis días en El Bañito hasta que se impuso el número contra nosotros y nos retiramos después de haber volado el puente de nacimiento del río Choy, pero el general Bañuelos, después, cuando avanzó Chao, él también avanzó y fue nuestro "amable vecino" los setenta y dos días del combate, del lado villista y nosotros en el campo constitucionalista". Le preguntó Cárdenas a Bañuelos; "¿Qué grado tenía Gómez Maqueo?" "Era coronel, mi general", le contestó (Después Gómez Maqueo y yo hicimos gran amistad, llegó a ser almirante de nuestra flota y ministro de Marina en el tiempo de Ruiz Cortines).

"Nuestra artillería estaba comandada *de facto* por el entonces coronel Manuel García Vigil, fusilado por las fuerzas del gobierno, ya siendo general y gobernador de Oaxaca, por infidente delahuertista". Me preguntó el general Cárdenas: "¿Por qué dices que García Vigil era el jefe *de facto* de la artillería?" Yo le contesté: "Porque García Vigil era un gran revolucionario, formidable orador, escritor, culto, muy valiente y muy inteligente, pero no era artillero, los jefes *de facto* de nuestra artillería eran los entonces mayores Fernando Vázquez Avila, hoy general de división, y Silva Sánchez, cuyo nombre no recuerdo, murió siendo coronel en Chihuahua cuando Villa nos derrotó y nos echó fuera de la plaza, estos dos jefes de artillería procedían del Colegio Militar de Chapultepec. El general Treviño —seguí diciendo— hizo una gran defensa, estaba en el pináculo de su carrera militar, él también procedía del Colegio Militar de Chapultepec. Después de tres días de haber tomado el mando del enemigo el general Tomás Urbina al frente de dieciocho mil hombres, los combates se trabaron muy duro, no teníamos momento de reposo, ni de día ni de noche. Treviño pidió refuerzos al Primer Jefe a Veracruz. Lárraga no aguantó el 'tirón', levantó a su gente de las trincheras y dejó solas a la Brigada Santos y a la Brigada Colorado; mandó a ensillar; al darse cuenta el general Treviño, acompañado de nosotros los miembros de su Estado Mayor, llegamos a ver a Lárraga y le preguntó Treviño: '¿Por qué han desamparado ustedes la defensa?' Lárraga le contestó (ya montados a caballo él y toda su tropa, en número de setecientos): 'No he desamparado la defensa, al contrario la voy a hacer más efectiva, pues voy a retaguardiar al enemigo'. '¿Quién le ha ordenado ese movimiento?', le siguió preguntando Treviño. 'Ya tiene conocimiento de este movimiento el general Pablo González, que es de quien yo dependo', contestó Lárraga (el general Pablo González estaba en Veracruz, organizando el cuerpo de ejército de Oriente, de nueva creación, para avanzar sobre México contra los zapatistas). Treviño le dijo: 'Aquí el comandante de la defensa soy yo y soy el único que da las órdenes de movimiento de las tropas que comando'. Lárraga metió la mano a su bolsa y sacó un telegrama

firmado por el general Pablo González, diciéndole desde Veracruz que apoyaba su movimiento. Treviño, que respetaba mucho al general Pablo González y que vio que si tratábamos de someter a Lárraga íbamos a tener un combate dentro de la plaza, que hubiera sido de fatales consecuencias aunque derrotáramos a Lárraga, se aguantó el 'tope', suavizó la entrevista y le dijo: 'Bueno, explíqueme cómo va usted a retaguardiar al enemigo'. 'Me voy a Pánuco —le contestó Lárraga—, de ahí al Higo, del Higo a Tanquián, de ahí a San José del Tinto (rancho propiedad de Lárraga) y de San José del Tinto voy a atacar la vía en Taninul y destruirla para dejar cortados ahí a los villistas, entorpeciendo sus comunicaciones con la ciudad de San Luis Potosí, que es la base de Urbina'. 'Bueno —le dijo el general Treviño—, que tenga usted mucho éxito'. Lárraga siguió diciendo: 'Yo le mandaré a usted parte, con correos conocedores de la región, de mis operaciones todos los días' ".

"Regresamos al cuartel general y después me mandó el general Treviño a visitar el flanco izquierdo que, como ya he dicho, estaba al mando del general Pedro C. Colorado, al que Lárraga no quiso quedar subordinado; después de la inspección que hice en el flanco izquierdo y haber hablado con el general Colorado, me dijo: 'Lárraga es un revolucionario sin convicciones ni principios y soldado de contentillo'. Yo le contesté: 'Lárraga es revolucionario de *agostadero* y apenas a *gavillero* llega'. El general Colorado siguió diciendo: 'No tiene convicciones y también es muy *juilón*'. 'Mi general —le dije yo a Colorado—, Lárraga y yo nos conocimos desde niños, pues somos nativos de la Huasteca, no sé cómo aguantó esta temporada, pues nunca ha estado en combate y menos en una batalla donde él se sentía muy a disgusto'. '¿Qué le digo a mi general Treviño?', le pregunté al general Colorado. 'Que nos sostendremos —me contestó—, pero que lo antes posible me mande refuerzos para cubrir este hueco".

"Llegué y le di parte al general Treviño de lo que había dicho el general Colorado y me dijo: 'Vuélvase usted y dígale al general Colorado que están desembarcando en Tampico dos Batallones Rojos en número de mil hombres que manda la Casa del Obrero Mundial a Veracruz, y que me los mandó el Primer Jefe para utilizar sus servicios en esta defensa, que al estar desembarcando estos soldados se están dirigiendo directamente a los trenes que los conducirán aquí hoy mismo en la noche, pues no conviene hacer este movimiento de día porque el enemigo batiría los trenes con su artillería'. Yo le sugerí al general Treviño que los trenes pararan en Tulillo y que las infanterías se vinieran a pie, guiadas por mí, como conocedor del terreno; me los traería por veredas sin que el enemigo nos sintiera, que si me lo permitía yo los iba a encontrar y conducir hasta las trincheras del flanco izquierdo. El gene-

ral Treviño aceptó mi sugerencia y así se hizo el movimiento sin novedad.

"Ya muy noche, regresé al cuartel general y le di cuenta al general Treviño, que los Batallones Rojos habían ocupado los sitios que les señaló el general Colorado en las trincheras, y que estaban ansiosos de entrar en acción. 'Estos no son soldados —me dijo el general Treviño—, pero aquí se van a hacer'. 'Vienen con el espíritu muy levantado y entusiasta', le dije yo.

"Al otro día de haber quedado restablecido y reforzada la línea de fuego del flanco izquierdo a las órdenes del general Colorado, el general Treviño nombró jefe del Estado Mayor del cuerpo de ejército del Noreste al general Samuel M. Santos, y otra vez quedé a las órdenes de un familiar sin haber tenido yo, en ello, 'arte ni parte'.

"Al día siguiente, visitó Treviño, acompañado de nosotros los del Estado Mayor, toda la línea de batalla, empezando por el flanco izquierdo, donde los soldados obreros nos recibieron con mucho entusiasmo, levantando sus fusiles; iban a tener ese día su primer bautizo de sangre con el enemigo, y ¡qué enemigo!, bravísimos y muy fogueados norteños. 'Los rojos' se midieron con ellos hasta el último día de batalla. Cuando regresamos del flanco izquierdo a visitar las otras líneas de trincheras, Treviño, que sabía que yo había heredado por extensión de mi hermano el general Samuel M. Santos, la enemistad con Lárraga, me dijo: 'Este comandante Lárraga es un vulgar desertor y sólo las circunstancias me impidieron someterlo a la disciplina, ha hecho creer al general Pablo González que es un hombre de acción, cosa que acaba de desmentir el propio Lárraga con su cobarde actitud'.

"El general Jacinto Treviño no llamó general a ningún general de la Revolución, pues como él era del Colegio Militar, casado con rica, aristócrata de corte porfirista, pedante y buen tipo, a todos veía 'chiquitos' y a todos los llamaba comandantes, manía que le copió más tarde su ex concuño Adolfo Ruiz Cortines, pero éste hizo prevalecer el mote de 'comandante' a todos por parejo, incluyendo a los periodistas, por espíritu de imitación a Treviño, del cual fue su secretario particular cuando el general fue ministro de Industria, Comercio y Trabajo en el gobierno de Adolfo de la Huerta.

"El 'estratega' Lárraga, que tuvo la 'inspiración' de ir a retaguardiar al enemigo, nunca rindió un parte, se dedicó a hacer bailes y huapangos en Tanquián y San José del Tinto y a jugar peleas de gallos. Nunca se acercó a la vía ni quemó un durmiente ni levantó un riel. El 31 de mayo a las diez de la mañana avanzamos de nuestras líneas en los tres flancos, pero Urbina, sigilosamente había embarcado caballada, artillería y tropa, emprendiendo la retirada en sus trenes. Las líneas villistas las encontramos vacías y sólo fue capturado un coronel Morales con unos cuarenta soldados que no tuvieron tiempo de embarcar, a

los cuales hicimos prisioneros el entonces capitán Federico Treviño y yo, y un cañón que los villistas no tuvieron tiempo ni siquiera de quitarle el cierre, y que se llamaba Zaragoza. Al coronel Morales y los cuarenta prisioneros de su tropa se los entregamos al general Treviño, quien los mandó para Tampico puestos en libertad.

"Debo hacer notar que el jefe enemigo, general Tomás Urbina, era muy estúpido; se pasaba todo el tiempo en su tren, borracho, acompañado de cinco o seis mujeres que constantemente le cambiaban, mandándole los 'relevos' de la ciudad de San Luis Potosí. Primero el general Chao y después el general Urbina atacaron Ebano sólo de frente; una sola vez atacaron la retaguardia, tomando la estación de Chijol, pero el general Santos, jefe de la retaguardia, los desalojó en unas cuantas horas y no volvieron a atacar por la retaguardia. Después, ya muy tarde también, atacaron al coronel Apolonio Treviño, quitándole las 'bombas' sobre el río Tamesí, de donde nos surtíamos de agua para Ebano, pero también el general Santos recuperó ese punto y además de los generales, jefes, oficiales y soldados que defendíamos el campo atrincherado de Ebano, tuvimos como valiosos auxiliares a las garrapatas, los pinolillos, los zancudos, los jejenes y los matorrales llenos de espinas por donde tenían que avanzar los villistas; el agua de pantanos que tenían que beber y el 'delicioso clima' que a veces llega a cincuenta y dos a la sombra, muy propicio para los soldados del norte que conocen la nieve".

Seguí explicando al general Cárdenas, le conté algunas anécdotas de la batalla que, en setenta y dos días y setenta y dos noches, fueron muchas, máxime que en nuestros dos campos, el del enemigo y el nuestro, éramos mexicanos, por lo tanto, muy dados al humor aún frente al peligro.

Cárdenas, después de esta explicación, me indicó que le mostrara los sitios donde habían estado nuestros antrincheramientos, y los recorrimos a pie. Cárdenas era mejor andariego que un yaqui. Al principio de la inspección nos acarició un sol huasteco y luego vino una tormenta, también huasteca, la que no conmovió a Cárdenas y seguimos marchando lentamente, llevándome a mí como guía él y sus acompañantes, entre los cuales iba el general Félix Bañuelos, ya entrado en años; la lluvia y la granizada le despintaron al general Bañuelos el bigote, que lucía muy espeso y muy negro, pero a la media hora de lluvia su mostacho era blanco como un "zopilote chiquito". Cuando les hice notar eso al general Cárdenas y a sus acompañantes, se morían de la risa y más regocijo nos causó a todos cuando el general Bañuelos, para enmascarar su repentino envejecimiento, se amarró un paliacate colorado anudándolo de la nuca. Yo le pregunté al general Bañuelos: "¿Qué le pasa, mi general?, hace mucho tiempo que pasó la batalla, ¿qué está usted oliendo a muerto?" El me contestó: "No, es que traigo un gran dolor de muelas". Eso sirvió de "chunga" hasta que llegamos a los automóviles; ya para despedirnos le dije al general Cár-

denas: "Lo que pasó 'del otro lado' de nuestras alambradas que se lo cuente el general Bañuelos que estaba ahí. Esta Huasteca es tan 'tragadora' de gente que el general Bañuelos compró, y posee actualmente, un rancho, precisamente pegado a El Bañito, donde combatimos con él durante seis días", pero el general Bañuelos no despegó los labios, estaba tan mortificado por la conversión de su bigote de azabache en blanquísimo algodón que permaneció "atrincherado" detrás de su gran paliacate rojo y no contestó.

Me despedí de todos con un abrazo, empezando con el general Cárdenas y regresé a Tamuín.

Mandé llamar a Luciano Eraña a Gargaleote para calmarlo y decirle que nuestros enemigos tenían "gordura de pelillo", pues ya venía muy pronto la campaña presidencial y que ahí nos íbamos a desquitar. Eraña no me preguntaba nunca quién era mi candidato, sólo se concretaba a seguirme ciegamente. Un día después emprendí mi marcha por carretera rumbo a la ciudad de México y al pasar por Tamuín me encontré con el entonces coronel Chencho Medina, que estaba discutiendo con Eraña. Les pregunté: "¿Por qué es el pleito?" Chencho Medina me dijo: "Pues fíjate que traigo encargo del general Cárdenas para que Eraña lo vaya a ver a México y le traigo de parte del presidente estas espuelas como regalo, y Eraña se niega a recibirlas". Eraña, poniéndose muy colorado, me dijo: "Estas espuelas no las recibo aunque me lo ordene usted, jefe, ni tampoco voy a México aunque usted me lo ordenara". Le contesté: "Yo no ordeno nada, este asunto es entre Chencho Medina y tú". Entonces Chencho me preguntó: "¿Qué harías tú si el general Cárdenas te mandara decir que fueras a verlo a México y te mandara estas espuelas de regalo?" "Pero a mí no me ha mandado llamar a México ni me ha mandado ningunas espuelas de regalo", le contesté y emprendí la marcha dejándolos en casa de Eraña, que es donde se suscitó esta escena. Debo decir que Eraña nunca quiso recibir las espuelas ni volvió a ver al general Cárdenas nunca, ni sé lo que Chencho Medina le diría al presidente de la República.

También regresó a Gargaleote el capitán Shauer, portando una tarjeta personal del presidente Cárdenas dirigida al ministro de Hacienda, que lo era entonces mi buen amigo el licenciado Eduardo Suárez (Lalo Suárez). En esa tarjeta le decía el general Cárdenas al licenciado Suárez que nombrara a Shauer administrador de la aduana de Tampico. "Yo me voy también para México —me dijo Shauer— y ya estando ahí me da usted un empujoncito". Yo, que inmediatamente vi que el general Cárdenas le "tomó el pelo" a Shauer, le contesté: "No necesitas ningún empujoncito mío, llévale esa tarjeta al coronel Alberto Cárdenas y que él te introduzca con el ministro de Hacienda y asunto que terminó, yo ahora estoy muy ocupado en la política y no te puedo acompañar". Lo dicho, el general Cárdenas hizo pendejo a Shauer, quien a su regreso me pidió permiso para dejar la

administración de Gargaleote, pues iba a hacerse cargo de un rancho que había adquirido de nombre Naranjas Dulces, municipio de Tamuín.

Entre compadres anda el "bueno"

Una vez en México, me presenté a ver al general Manuel Avila Camacho en su casa y me dijo: "Aquí está Rivas Guillén, mañana manda Gobernación la terna a la Comisión Permanente, y el primero de la terna es el general Rivas Guillén, ya hablé con usted de la conveniencia que lo nombren gobernador sustituto". "Será nombrado", le contesté al general Avila Camacho. Cuando ya me retiraba, me dijo el general Avila Camacho: "Voy a acompañarlo a su casa", y así lo hizo. Nos recibió Leola con nuestro pequeño hijo Gastón cogido de la mano. Después de las cortesías de rigor, dijo el general Avila Camacho: "¡Qué muchacho tan bonito!, ¿ya está bautizado?" "Sí —le contesté yo—, unas viejas 'cotorras' entrometidas trajeron un cura español y, cuando acordé, ya lo estaban bautizando; yo hubiera querido que cuando Gastón estuviera más grandecito él resolviera este asunto a su voluntad, pero la mamá —dije señalando a Leola— se prestó a esa maniobra". Leola se sonrió con picardía; entonces el general Avila Camacho volvió a preguntar: "¿No está confirmado?" "No, mi general —le contesté—, y eso no lo voy a permitir hasta que Gastón esté más grande". Entonces don Manuel dijo, dirigiéndose a Leola y a mí: "Me lo 'apartan', pero desde ahora soy tu padrino" le dijo a Gastón, alzándolo en brazos, y luego, dirigiéndose a Leola y a mí nos dijo: "Desde este momento somos compadres y a usted —dirigiéndose a mí— le prohíbo que me vuelva a llamar mi general, sólo en casos estrictamente de servicio". "Bueno —le dije—, pues desde este momento somos compadres y venga un abrazo". Don Manuel, que era todo un caballero, se emocionó, abrazó a Leola, diciéndole: "Comadre, mañana viene a visitarla su comadre Soledad (su esposa), pero que esté aquí nuestro ahijado para que conozca a su madrina". "Aquí la esperaremos —contestó Leola— con mucho gusto". Terminado este pasaje "familiar", volvemos a "picar piedra".

En el Salón Verde de la Cámara de Diputados, donde sesionaba la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, me esperaba el oficial mayor de la Cámara y me mostró, antes que nada, el oficio de la Secretaría de Gobernación donde estaba la terna, encabezada por Rivas Guillén; yo le dije: "Convoca a sesión extraordinaria mañana" (pues la Permanente sólo tenía sesión una vez por semana, los miércoles, y ese día no coincidía). Por la tarde, me visitó el general Genovevo Rivas Guillén en mi casa; ya venía muy cambiado en su actitud de cuando la entrevista que, de mi parte, en

San Luis Potosí, le hizo el licenciado y diputado José Santos Alonso. Invité a Rivas Guillén a merendar un chocolate con panes huastecos, lo dejé que hablara primero y me dijo: "Yo nunca he sido político y eso tú lo sabes, pues me conociste desde el día que me incorporé a la Revolución (14 de mayo de 1914); hemos militado mucho tiempo juntos —siguió diciendo—, pero el presidente Cárdenas, por conducto del general Avila Camacho, me ha ordenado que me presente aquí en la capital y que ustedes me designarán gobernador sustituto en la Comisión Permanente que tú jefaturas". Yo "olvidé" el incidente de San Luis Potosí y le dije a Rivas Guillén: "Esas mismas órdenes tengo yo, de manera que mañana a las diez de la mañana te esperamos en la Cámara de Diputados para que rindas la protesta de ley". Le pregunté a Rivas Guillén: "¿Tienes automóvil aquí en la capital?" El me contestó que no. "Bueno —le dije—, entonces mi chofer y un ayudante mío te van a recoger a tu domicilio y de ahí te llevarán a la Cámara de Diputados, donde te estaremos esperando", y así fue.

Llegó Rivas Guillén, lo presenté con los miembros de la Comisión Permanente, diputados y senadores, pues él no conocía a ninguno. Rindió la protesta de ley, se le acercaron los periodistas a pedirle alguna declaración y señalándome a mí dijo: "El senador Santos hablará por mí", y se negó rotundamente a hablar. Como los periodistas de la "fuente" eran "cuates", dijeron lo que más nos convenía y luego los principales miembros de la Permanente, Rivas Guillén y yo, nos fuimos al restaurant bar *Manolo*, donde celebramos el acontecimiento todos con sendas copas de coñac, menos yo que había "defeccionado" y ya para entonces tomaba whisky.

Manolo, el propietario del restaurant bar, nos invitó una exquisita comida preparada por su señora, a quien todos llamábamos cariñosamente la Patroncita. Ahí en la comida, me dijo el general Rivas Guillén: "Yo no sé ni por dónde empezar en el gobierno de San Luis Potosí, dime a quién pongo de secretario de gobierno, de tesorero, dame una lista de los principales puestos y el nombre del personal, pues yo sólo he tratado con soldados". Le contesté yo a Rivas Guillén, delante de mis compañeros senadores: "Sería un grave error mío y un perjuicio para ti que yo te diera esta 'flaca' ayuda, pero te consta mi experiencia política, te deseo éxito y no quiero que quedes mal; te voy a dar un consejo, pero al terminar la comida, ahora no hablemos de eso". Lo que iba a decirle a Rivas Guillén no lo quise hacer en ese momento, pues entre los presentes estaba mi amigo y compañero senador, entonces coronel y general de división, Antonio Romero, quien en aquella época era del grupo mujiquista y que al empezar la campaña presidencial se unió a nosotros los avilacamachistas. Cuando terminó la comida le dije a Rivas Guillén: "Te voy a dejar a tu casa", y Romerito, como llamábamos al coronel y senador Romero, muy maliciosamente me dijo

al oído: "De aquí a su casa te lo echas". Yo también me reí y le dije: "No, si eso es precisamente lo que no quiero". Romero hizo un gesto de duda. Ya en el coche, le dije a Rivas Guillén: "El consejo que te voy a dar es que, antes de irte a San Luis Potosí, pases a ver al general Avila Camacho y al Presidente de la República, de los que tienes que despedirte y darles las gracias por tu nombramiento y para que no aparezcas como ignorante ante el Presidente de la República ante quien vas a responder de tu misión, pregúntale al general Avila Camacho la cuestión de tus colaboradores, plantéale el asunto con la franqueza que me lo planteaste a mí". Así lo hizo Rivas Guillén; el general Avila Camacho le nombró como su secretario de gobierno al licenciado Franco Carreño, hermano del general Fulano Carreño, convencionista que había sido huertista y que nada menos que el general Saturnino Cedillo lo fusiló cuando el general Carreño llegó a la zona cedillista queriendo revolucionar en favor del villismo.

Carreño, que es un abogado muy inteligente, que después ha sido ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, dominó a Rivas Guillén el mismo día que tomó posesión de su puesto y les dio entrada a los "zopilotes" que eran enemigos de Cedillo y míos, pues, como se sabe, el general Cedillo y yo fuimos aliados políticos mucho tiempo, éstos predispusieron a Rivas Guillén en mi contra, le hicieron creer que yo estaba acechando para hacerme del poder en el estado de San Luis Potosí y eso "le correspondía a él por largo tiempo".

Rivas Guillén desconoció a todos los ayuntamientos, influenciado por Carreño, empezando por el de Tamuín, a donde mandó un mayor borracho y mariguano que un día se alcanzó la "puntada" de quemar una humilde casa en el pueblo por el barrio del Choyal. La gente del pueblo agarró a este mayor y lo mandaron amarrado para San Luis Potosí donde se lo entregaron a Rivas Guillén. El general Rivas Guillén se puso furioso y dijo que el mayor era un oficial ejemplar y que seguramente lo habían envenenado. Cuando me lo contaron a mí les dije: "No fue envenenado, fue enyerbado pues le entró duro a la mariguana". Pero dejemos la política de campanario para entrarle a la grande. Unos cuantos días después de la visita del general Avila Camacho a mi casa, en la que nos hicimos compadres, éste fue ascendido a general de división y nombrado secretario de Guerra y Marina, lo que causó regocijo entre nosotros los senadores amigos y partidarios de él y nos dio pie para entrarle duro al "futurismo". El nombre de la Secretaría de Guerra y Marina fue cambiado por el general Avila Camacho al de Defensa Nacional.

No pasaron más de quince días sin que el presidente Cárdenas nos mandara llamar a Palacio Nacional a todos los senadores por parejo. Ya reunidos ante él nos dijo: "Sé que ustedes andan inquietando para la futura sucesión presidencial a tres de mis secretarios de Estado, los ge-

nerales Francisco J. Mújica, Rafael Sánchez Tapia y Manuel Avila Camacho, secretarios de Comunicaciones y Obras Públicas, Industria y Comercio y de Guerra y Marina (en ese orden los enumeró). Cuando llegue el momento oportuno todos ustedes y el resto de los ciudadanos mexicanos tendrán libertad para escoger al ciudadano que mejor les parezca; pero el que la Cámara de Senadores esté ya haciendo campaña presidencial cuando el Partido no ha lanzado ninguna convocatoria, resulta perjudicial para mi gobierno y si ustedes —siguió diciendo el general Cárdenas—, no cesan en esta labor 'futurista' yo me veré precisado a cesar a los tres secretarios de Estado".

Habló Soto Reyes, que era el apasionado jefe del mujiquismo y dijo que no había labor abierta en el Senado para la sucesión presidencial, que era indudable que había corrientes de simpatía encabezadas por él, pero oyendo las palabras del ciudadano Presidente de la República, harían un paréntesis por convenir así a su gobierno, dijo dirigiéndose al general Cárdenas. Después hablé yo y dije (en el grupo que encabezaba, aunque era mayoría, no había prendido todavía lo de Avila Camacho, éramos solamente doce senadores comprometidos: Gonzalo Bautista, por Puebla; David Ayala, por Guanajuato; licenciado J. Jesús González Gallo, por Jalisco; Vicente Veneitias, por Aguascalientes; Juan Esponda, por Chiapas; Walberto Carrillo Puerto, por Yucatán; José María Dávila, por el Distrito Federal; José Torres H., por el Distrito Federal; licenciado José Cutiño, por Colima; Ezequiel Padilla, por Guerrero; Rodolfo Loaiza, por Sinaloa; Gilberto García, por Querétaro, y Gonzalo N. Santos, por San Luis Potosí): "Ciudadano Presidente, lo que acaba de decir el compañero Soto Reyes es verdad, hay corrientes de simpatía en el Senado para los generales Múgica y Avila Camacho. Respecto al general Sánchez Tapia, no hay ningún compañero adicto a él, cuando menos que yo sepa; pero ante todo estamos con el actual Presidente de la República y es nuestra obligación acatar sus orientaciones; con respecto a que usted cese a esos secretarios de Estado o a otros, está en su perfecto derecho el ciudadano presidente de la República de hacerlo. Esta advertencia que ha hecho —dije dirigiéndome al general Cárdenas— les atañe a los ministros y ellos sabrán lo que deben hacer". Terminó la breve y suave regañada del general Cárdenas. Nos retiramos todos con el ánimo de no hacerle caso, los mujiquistas redoblaron sus actividades y nosotros, los doce senadores que componíamos el grupo avilacamachista, nos reunimos en mi casa de las calles de Mexicali y acordamos ir a ver al general Maximino Avila Camacho, gobernador del estado de Puebla, hermano de don Manuel e íntimo amigo mío desde 1920. Este grupo de doce senadores que formamos los que trabajamos para que el general Avila Camacho llegara a la presidencia de la República, fue bautizado por nosotros mismos como "Los Doce Apóstoles".

Nos trasladamos a Puebla, el general Maximino Avila Camacho nos recibió en Palacio de Gobierno, muy ufano y afectuoso; ya se iba a llegar

la hora de la comida y nos fuimos todos acompañándolo a su casa. Por aviso telefónico que le había dado el senador Gonzalo Bautista, Maximino estaba enterado de que un grupo de senadores lo íbamos a visitar, eso fue todo lo que le dijo por teléfono, pues el general Francisco J. Mújica era nada menos, como ya he dicho, el ministro de Comunicaciones y Obras Públicas, lo que quería decir que nos tenía muy bien vigilados por telégrafo y por teléfono, por lo tanto, teníamos mucho cuidado en las conversaciones.

Mandó Maximino servir las copas de rigor y dijo, dirigiéndose a nosotros: "¿A qué debo la honra de esta visita de mis estimados amigos, los señores senadores?" Yo tomé la palabra en nombre de nuestro grupo, le dije más o menos: "Todos los senadores presentes somos tus amigos. La campaña presidencial se acerca a pasos agigantados y como en nuestro concepto tú eres actualmente el gobernador más fuerte (esto era verdad), acudimos a ti para que empieces a trabajar a los gobernadores y nos los pongas a 'tiro' para irlos conquistando a nuestro favor, más bien dicho en favor de nuestro candidato. Tú eres el indicado para ello por tu fuerte posición y por el interés que pondrás en ayudarnos a sacar triunfante la candidatura de tu hermano, el general Manuel Avila Camacho". Maximino pegó un salto de su asiento y dijo, con cara roja: "¡Eso no puede ser!, ¿mi hermano Manuel candidato a la presidencia de la República? Nunca ha sido ni siquiera regidor de nuestro pueblo, Teziutlán, ni se ha asomado en su vida a ningún partido político ni tiene experiencia ni tiene prestigio para ocupar la presidencia de la República; eso me corresponde a mí —siguió diciendo Maximino—, yo soy el mayor de la familia, a todos los he formado desde niños, a Manuel, de chico lo hacía 'jinetear' un burro bronco y le regalaba una peseta", se enardeció más Maximino con sus propias palabras, diciendo: "Manuel es un 'bistec con ojos' y yo soy el gobernador de un estado tan importante como lo es Puebla que antes era un nido de alacranes y que ahora lo tengo perfectamente controlado (esto era cierto), aquí no hay más voz que la mía; a mi hermano Manuel yo lo hice soldado cuando yo ya tenía años de militar, yo me dirigiré a los gobernadores para que los atiendan a ustedes, pero en el sentido de mi candidatura". Después dijo, dirigiéndose a mí: "Esta maniobra está inspirada y dirigida por ti, 'pelón tenebroso', y a ti —dijo dirigiéndose al senador por Puebla, Gonzalo Bautista —mereces que te cape yo mismo", y metió mano a la bolsa, sacando una navaja. Mi tocayo Bautista palideció, no porque creyera en la amenaza de Maximino, sino porque temía caer en desgracia con él, pues el senador Bautista dirigía políticamente a Maximino, hasta donde es posible que se deje dirigir un hombre del temperamento de Maximino.

En seguida le habló el doctor senador Bautista, muy calmadamente, diciéndole: "Yo no merezco tu repudio, porque en nada te he faltado ni mi lealtad hacia ti ha flaqueado, lo que pasa es que tenemos frente a nosotros al general Francisco J. Mújica, ministro de Comunicaciones y

Obras Públicas, que cuenta con fuertes corrientes políticas en su favor y que, si no le salimos al paso, llevará a México al comunismo, lo que sería la ruina del país, probablemente hasta la pérdida de nuestra nacionalidad; es cierto que tú eres el gobernador más fuerte, pero los gobernadores no van a influir en el ánimo del presidente Cárdenas tanto como el ejército, mientras que él sí ejercita su influencia en ellos, el ejército repudia a Mújica y muy numerosos jefes militares, por no decir la mayoría, están tratando con el general Manuel Avila Camacho y a él se han acogido para que les sirva de bandera contra el peligro de Mújica". "¿Quiénes son esos jefes militares?", preguntó Maximino. Yo le contesté: "Son los generales Rodrigo M. Quevedo, Pablo y Anselmo Macías, Carlos Real, Eulogio Ortiz, Miguel M. Acosta, Bonifacio Salinas, gobernador electo de Nuevo León; Anacleto Guerrero, gobernador de Nuevo León; general Yocupicio, gobernador de Sonora; general de división Venecio López Padilla, comandante de la guarnición de México y de las operaciones del Valle; general de brigada Gabriel Guevara, gobernador del estado de Guerrero, y mi compadre Juan Soto Lara". "A éste —me dijo Maximino— tú lo 'pastoreas'". No —contesté—, yo no 'pastoreo' a mi compadre Soto Lara ni a ninguno de ellos, todos me estiman y saben que soy más capaz en política que ellos y que la solución que estamos buscando en favor del general Manuel Avila Camacho nos salvará de la imposible candidatura de Mújica y de la, más imposible aún, del hijo de puta de Juan Andrew Almazán, pues si con Mújica entraría el país en un periodo de anarquía, con el Iscariote Almazán, lo perderíamos todo, pues nos vendería a los Estados Unidos, desde el Bravo hasta el Suchiate, desde el Atlántico hasta el Pacífico". Ya más tranquilo Maximino dijo, dirigiéndose a mí: "¿Quiere decir que esto ya lo tenían ustedes tramado?". "No es una trama —le contesté—, es un movimiento político de defensa legítima de los intereses del país, para el cual venimos a pedir tu ayuda valiosa y decidida". Luego, habló el licenciado Ezequiel Padilla, con mucha calma y muy buenos argumentos; después habló el senador por Aguascalientes, Vicente Veneitias. El licenciado González Gallo y los demás compañeros se concretaron a decir tres o cuatro palabras.

"Ahora —le dije yo a Maximino—, ya cambiando el tema de la conversación, dinos si nos retiras la invitación de la comida para irnos a comer a los portales". Maximino se puso otra vez de pie, ya del todo calmado, me tomó del brazo y me dijo: "Vamos, Pelón Tenebroso, ahora en castigo vas a sentarte en la cabecera de la mesa". "Eso sí que no —le dije—, porque nosotros somos doce y contigo seremos trece, yo no me siento en la cabecera ni en otro lugar hasta que no pases a otra persona para que seamos catorce comensales". Maximino mandó pasar al otro senador por Puebla, Noé Lecona, que era una especie de *valet* de Maximino y no estaba en el "ajo" de los doce.

Al terminar la comida, nos dijo Maximino: "Cuenten conmigo y, desde luego, voy a empezar a trabajar a los gobernadores, empezando con Rojo Gómez de Hidalgo y con Labra del Estado de México, desde mañana pueden ustedes hablar con ellos; con franqueza, cuenten con ellos".

Bromeamos y nos despedimos todos de abrazo del gran Maximino.

Ese mismo día regresamos a México e inmediatamente me trasladé a ver a mi compadre el general Manuel Avila Camacho a la Secretaría de Guerra y Marina. Ya tenía muchos militares y algunos políticos en la antesala. Nuestros demás compañeros de grupo que no habían dado "color" en la cuestión presidencial, se afiliaron a la candidatura del general Avila Camacho, sin excepción de ninguno; por el contrario, el ameritado revolucionario, general de división, exgobernador de Veracruz, exministro de Relaciones Exteriores, exjefe de la División de Oriente en tiempo de su suegro el presidente Carranza, Cándido Aguilar, que andaba también muy metido con Mújica, se incorporó a nuestro grupo y fue a presentarle su adhesión al general Avila Camacho. Lo mismo hizo el entonces coronel y senador, hoy general de división, Antonio Romero. Estos dos senadores obraron así por su propio criterio y su propio convencimiento, pero se agregó también a nuestro grupo, por vil cohecho y vil dinero, el senador doctor Garza Tijerina, de Nuevo León. En el Senado me encontré con el licenciado Miguel Alemán, gobernador del estado de Veracruz, quien me fue a buscar para decirme que él estaba adherido a la candidatura del general Avila Camacho, con quien ya había hablado, y Alemán comenzó a hacer fuerte labor en pro de don Manuel entre los gobernadores. Caminamos muy de acuerdo en todo, le dije yo que iba a hablar con el general Avila Camacho para proponerlo a él como secretario general del Comité pro Avila Camacho.

Poco tiempo después, me llamó el general Avila Camacho y me dijo: "Ya presenté mi renuncia como secretario de guerra tiene usted 'luz verde' y puede trabajar libre y públicamente en pro de mi precandidatura, que tan luego me conceda el general Cárdenas la licencia para separarme de la Secretaría de la Defensa Nacional y del ejército, voy a aceptar públicamente". Yo le manifesté mis congratulaciones y le dije: "Ahora el paso a seguir es establecer el comité pro Avila Camacho; usted debe encabezar la campaña, pero también debe pensar en la inmediata formación del Comité, que usted mismo debe presidir". El me manifestó su conformidad.

A los pocos días hicimos una comida en un rancho del Estado de México (en Tlalnepantla) en honor del general Avila Camacho, sin "bombos ni platillos", además, aparte del festejado, estuvimos presentes el general de división Miguel M. Acosta, mi amigo fraternal de toda la vida, quien siempre se guiaba por mí en política; el general de división Eulogio Ortiz; el general de brigada Carlos Real, exgobernador de Du-

rango; el general de división Rodrigo Quevedo, exgobernador de Chihuahua; el licenciado Miguel Alemán, gobernador constitucional del estado de Veracruz, un grupo de militares de alta graduación y algunos políticos.

Cuando le sugerí al general Manuel Avila Camacho la conveniencia de formar su Comité, me dijo: "Yo lo presidiré, pero ¿a quién ponemos de secretario general?" Yo le contesté: "En mi concepto, debe usted nombrar al licenciado Miguel Alemán". "Déjeme pensarlo", me contestó. Otro día que estuve con él, me dijo: "Al nombramiento del licenciado Alemán como secretario general del Comité pro Avila Camacho, se opone terminantemente Maximino" (su hermano). "Déjeme hablar con él", le dije, a lo que accedió. Para entonces, Maximino no había día que no estuviera en México "picando piedra". Me reuní con él y le dije que yo había propuesto al licenciado Alemán como secretario general del Comité pro Avila Camacho, porque Alemán era "ficha nueva", gobernador de un estado tan importante como Veracruz, ligado con muchos jóvenes profesionistas de su generación, especialmente abogados, y que esto daría una nueva imagen en la dirección de la política. "¿No conoces a Miguel Alemán?", me preguntó Maximino. "Muy bien —le contesté—, fui muy amigo de su padre, quien se separó lealmente de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, que yo presidía cuando lanzamos la candidatura del general Obregón, pues él se declaró antirreeleccionista; después de su muerte, su hijo Miguel Alemán, que era pasante de derecho, se presentó a mi domicilio cuando ya nosotros habíamos iniciado la candidatura del ingeniero Pascual Ortiz Rubio; se puso a mis órdenes, le ayudé para que terminara su carrera de abogado. Desde que se presentó en mi domicilio, me dijo que en lo sucesivo caminaría, en política, a mi lado y desde que se puso a mis órdenes hemos caminado siempre de acuerdo en política (hasta su elección como presidente de la República). Cuando regresé de Europa para ingresar al Senado, también el licenciado Alemán fue electo senador por el estado de Veracruz y a la muerte del gobernador electo, licenciado Manlio Favio Altamirano, fue postulado y electo gobernador de Veracruz, como tú sabes, ya para entonces el licenciado Miguel Alemán se había formado solo su propia personalidad. He tenido ocasión de servirle y ahora que ya es gobernador del estado más importante de la República, Veracruz (con perdón de Puebla), está jalando con nosotros, él y yo llevamos estrecha amistad". Maximino me dijo: "El padre de Miguel Alemán era un robavacas, correlón que yo perseguí". Yo le contesté: "¿Acaso tú y yo y todos los demás que hicimos la Revolución comimos mermelada, o nos mantuvimos de reses robadas?, en cuanto a que haya sido correlón, los únicos dos que no corrieron nunca fueron el general Obregón, porque siempre fue victorioso, y Juan Barragán, porque nunca tuvo ocasión de correr, pues nunca peleó". "Tal vez tú conociste al Miguel Alemán pasante de derecho —me dijo Maximino—, pero no

conoces al bandido y ladrón Miguel Alemán, gobernador de Veracruz, ni a la gavilla de forajidos que lo rodean, ladrones, unos con título y otros ignorantes, pero todos los de su camarilla y él son unos fascinerosos. Alemán se ha querido meter en asuntos de Puebla y yo le he parado el alto; ahí está Rojo Gómez (gobernador del estado de Hidalgo) —me dijo—, vamos apoyándolo a él". Yo le contesté: "No me gusta Rojo Gómez porque 'apapacha' mucho a Graciano Sánchez, que además de haber sido huertista es mi 'mal queriente gratuito', después que yo lo refugié en mi rancho cuando mató a un tal diputado Treviño en Ciudad Victoria y lo introduje de 'contrabando' en la Convención de Querétaro, en la cual se aprovechó para decir un valiente discurso contra la camarilla callista, pues Graciano nada tenía qué perder, el cual le valió su actual situación con el gobierno del general Cárdenas". Graciano era entonces secretario general de la Confederación Nacional Campesina, puesto al que no hubiera llegado si yo no lo oculto en mi rancho Gargaleote, cuando estaba prófugo de la justicia y si no lo hubiera metido con 'calzador' a la Convención cardenista de Querétaro, pues ni siquiera era delegado y yo hice renunciar al delegado Andrés Zárate Sánchez, para poder meter a Graciano sin alterar el número de delegados a la Convención. "Además —seguí diciéndole a Maximino—, metí de diputado suplente a Graciano, también de 'contrabando', del propio Zárate Sánchez a quien forcé a que pidiera licencia como diputado propietario, para que Graciano tuviera fuero en qué ampararse y tribuna; tú comprendes —seguí diciendo a Maximino— por qué me opongo al nombramiento del licenciado Javier Rojo Gómez como secretario general del Comité pro Avila Camacho, pues Rojo Gómez 'se ve en los ojos de Graciano' ". No convencí a Maximino ni éste me convenció a mí, pero lo dejé muy ablandado pues nos queríamos y estimábamos mucho, ya he dicho que desde 1920.

Al día siguiente fui a ver al general Manuel Avila Camacho, le conté mi entrevista con Maximino y que no habíamos llegado a ningún acuerdo.

En la comida del rancho en Tlalnepantla, Estado de México, me colocó don Manuel a su derecha, al general Miguel M. Acosta a su izquierda, a mi derecha al general Rodrigo M. Quevedo y muy cerca de mí al licenciado Miguel Alemán, gobernador del estado de Veracruz, con quien vovlí a hablar del asunto del Comité pro Avila Camacho y le dije: "Tenemos un obstáculo en Maximino, pero yo me lo echo". No le conté al licenciado Alemán sobre lo mal que me había hablado Maximino de él, sólo le dije que éste estaba inclinado por Rojo Gómez. La comida fue larga, sin discursos ni brindis, puro "picar piedra". Cuando terminó y nos levantamos de la mesa, me llamó aparte don Manuel, diciéndome, textualmente: "Compadre, usted siempre se sale con la suya, hable us-

ted aparte con este 'Alemancito' y dígale que se vaya hoy mismo a Jalapa, que pida licencia a la legislatura del estado para que se separe del gobierno y que mañana mismo venga para que organicemos el Comité pro Avila Camacho, del cual va a ser él secretario general y usted va a ser mi sobresaliente en esa campaña".

Saqué aparte al licenciado Miguel Alemán, le participé las órdenes de don Manuel y él se puso muy contento, aunque discreto, me dio las gracias y nos dimos un abrazo.

Regresamos a la ciudad de México, yo con don Manuel, el general Miguel M. Acosta y el general Quevedo; Alemán ya se había esfumado rumbo a Jalapa.

Con el permiso de don Manuel, conseguí una amplia casa en el Paseo de la Reforma, para instalar las oficinas del Comité pro Avila Camacho. El inmueble era propiedad de mi amigo Alberto Branniff, quien no quiso cobrar nada por la renta. Don Manuel me dijo que no creía conveniente aceptar ese favor de Branniff, pues esos servicios a la larga siempre salían caros. Yo le dije: "Branniff es un amigo muy 'reata', pero si usted tiene algún escrúpulo, le pagaremos una renta mínima". Branniff se negaba a aceptar el pago, pero al fin accedió a recibirlo. Después de conseguir la casa y el permiso del general Avila Camacho, me trasladé a Tehuacán, donde estaba Leola con nuestros hijos, al otro día iba a ser el cumpleaños de Leola. Como dato curioso voy a contar aquí que compré una pulsera muy bonita para regalársela por ese motivo, pero queriendo darle una agradable sorpresa, en la noche, antes de acostarnos a dormir, escondí la pulsera, envuelta para regalo, en una de mis pantuflas. Al día siguiente por la mañana, cuando busqué en la pantufla, ya no estaba y empecé a dar de gritos diciéndole a Leola que el regalo que le había llevado me lo habían robado. "No lo creo", me dijo. Llamamos a la camarera y le dije: "Una prenda que guardé en una de mis pantuflas no se encuentra ahí. ¿Qué pasó?" La muchacha, con toda ingenuidad, me dijo: "Yo creí que se había caído, la recogí y la puse aquí, dentro de su buró". Efectivamente, ahí estaba y todos nos pusimos muy contentos. Relato este pequeño pasaje porque quiero hacer hincapié en que yo, a pesar de todos mis defectos y mis "flaquezas de hombre", siempre he considerado primero a mi familia, antes que todo me he considerado y me considero siempre un hombre de familia, aunque no presumo de fraile carmelita ni de franciscano descalzo, pues *me crié en la Revolución*, con eso quiero dejar explicada mi vida, no siempre santa. Después de pasar el cumpleaños de Leola con ella y nuestros hijos, al otro día me regresé a México a seguir "navegando". Por la mañana leí los periódicos, venía la noticia en primera plana sobre la formación del Comité pro Avila Camacho. Figuraba en primer término el candidato, general don Manuel Avila Camacho; como secretario general, el licenciado Miguel Alemán; como secretario de asuntos

parlamentarios, es decir, para dirigir las dos Cámaras, la de Senadores y Diputados, senador Gonzalo N. Santos y, además, para dirigir el México de afuera; secretario tesorero, diputado Margarito Ramírez (que no fungió); secretario de asuntos agrarios, ingeniero Adán Ramírez López (alias Sagrado Corazón); secretario de prensa y propaganda, diputado José María Dávila; secretario de asuntos cooperativos, un líder de los mercados, cuyo nombre no recuerdo; secretario particular, licenciado senador J. Jesús González Gallo, y oficial mayor, el entonces coronel Gabriel Leyva Velázquez, hoy general de división. Como yo ocupaba dos secretarías al mismo tiempo, le pedí al precandidato, general Manuel Avila Camacho, me nombrara un auxiliar para la secretaría del México de Afuera. Nombró a mi amigo el exgeneral Enrique Estrada, que poco conocía del México de afuera porque el tiempo que estuvo en el destierro en California lo pasó, casi todo, como prisionero en la terrible prisión llamada Alcatraz en San Francisco, California. Esto del México de afuera quería decir: todos los mexicanos y mexicoamericanos que estaban en los Estados Unidos, orientarlos, estar en contacto con ellos y dirigirlos para que no se fueran con otro candidato enemigo de nuestro Partido. Esos mismos puestos había yo ocupado en el Partido Nacional Revolucionario cuando la candidatura del ingeniero Pascual Ortiz Rubio. Ese puesto fue creado en 1929 por el general Manuel Pérez Treviño y por mí para contrarrestar la influencia y propaganda del licenciado José Vasconcelos, quien tenía indudable prestigio en California y Texas entre los mexicanos y mexicoamericanos allá residentes. En ese momento le "madrugábamos" al traidor entre los traidores Juan Andrew Alamazán, cuya candidatura, apoyada por la reacción, estaba próxima a ser lanzada.

Fuimos convocados por el general Avila Camacho, quien nos tomó las protestas respectivas a los miembros del Comité. El diputado Margarito Ramírez no quiso aceptar el puesto; se consideró ofendido pues dijo que se prestaba hasta para que se burlaran de él, que cómo iba a ser tesorero en una campaña presidencial si ni siquiera sabía multiplicar. Don Manuel, que era tan conciliador y se hablaba de tú con Margarito, le dijo: "Acepta el puesto como distinción que te hacemos y no lo desempeñes, manda un 'tinterillo' en tu lugar". Entonces Margarito se prestó a esta solución: aceptó el puesto, pero no lo desempeñó, mandó en su lugar al diputado Adolfo Ruiz Cortines, quien había sido burócrata toda su vida y había desempeñado, entre otros puestos, el de pagador de la Brigada Mariel; era hombre de oficina, aunque entonces no tenía el prestigio necesario para reunir fondos para la campaña presidencial, de eso se encargó directamente el propio candidato.

Ya instalados en nuestros puestos, al día siguiente llegué a mi oficina a darle posesión a mi secretario y sentarme en mi escritorio para empezar a trabajar, y cuál no sería mi sorpresa al encontrar los muebles

de mi oficina fuera de la puerta, en el patio. Le pregunté a los ujieres que a qué se debía eso. Me contestaron que el licenciado González Gallo había ordenado que en esa oficina se pusieran los muebles de él y los míos los pusieran en otro cuarto, mucho más retirado. Les dije a los ujieres: "Metan mis muebles y regresen los de González Gallo a su oficina". En esto estábamos cuando llegó el senador González Gallo y le dije: "¿Por qué has mandado sacar los muebles de mi oficina?" "Porque creo —me contestó— que allá trabajarás más tranquilo, pues aquí va a ser el 'golpe' de la gente que va a venir a ver al general Avila Camacho y no te van a dejar trabajar". "¿Conque quieres que yo esté tranquilo? —le dije—, pero yo nunca he estado tranquilo ni estaré mientras viva, por lo pronto me voy a tranquilizar con que vayas y chingues a tu madre, cabrón jesuita, hijo de la chingada". González Gallo se quiso disculpar, pero me le fui encima y corrió a refugiarse a la oficina del general Avila Camacho; yo dejé pasar el tiempo suficiente para que González Gallo le contara su chisme a don Manuel, cuando vi que salió de la oficina del candidato, entré yo y le dije: "Compadre, acabo de tener un incidente con González Gallo, es un cabrón jesuita —seguí diciéndole—, quién sabe qué le haya venido a contar a usted él". Don Manuel me dijo, muy calmado: "¿Qué han tenido dificultades anteriormente el licenciado González Gallo y usted?" "No, mi general —le dije, pues iba yo tan excitado que me olvidé de lo de compadre—, por el contrario, a González Gallo me lo recomendó el doctor José Manuel Puig Casauranc cuando era jefe del Departamento Central, y González Gallo era empleado de ese Departamento, para que lo hiciera diputado sin haber llevado credencial al colegio electoral, lo metí en un dictamen global a punta de porras que cantaban como gallos en las tribunas y un grupo de diputados que también lanzaban 'kikirikís', pero es un cabrón jesuita y 'chaquetero', se le volteó después a Sebastián Allende, cuando éste cayó del gobierno de Jalisco". "Le pregunto esto —me dijo don Manuel— porque el licenciado González Gallo me contó muy someramente lo del cambio de muebles de su oficina; pero se extendió más en informarme que está usted enfermo, muy enfermo, y que le diera a usted licencia para que se fuera a curar y mientras usted mismo pondría a un diputado o senador de su confianza para que lo sustituyera. Ya comprendo todo compadre —me dijo don Manuel—, pero estamos empezando y no quiero enfrentamientos entre mis amigos y menos entre los miembros del Comité".

Cuando salí estaban todavía los muebles de González Gallo de imaginaria frente a la puerta de mi oficina. Yo mandé tirar los muebles al patio, que tenía piso de cantera, por lo que algunos se quebraron. No tardó González Gallo en venir a verme y pedirme disculpas, de ésas que le habían enseñado los jesuitas en el colegio donde se educó. Ahí terminó este incidente que si para mí fue desagradable, más debió haber sido para el licenciado J. Jesús González Gallo.

Dos o tres días después de quedar instalado el Comité pro Avila Camacho, fui a la oficina del candidato a saludarlo y pedirle instrucciones. En la antesala me encontré a Graciano Sánchez con un grupo de dirigentes de la Confederación Nacional Campesina, de la cual Graciano era secretario general. Además de los dirigentes lo acompañaban muchos otros, especie de campesinos portando el estandarte de la Confederación. Saludé de mano a Graciano y pasé al despacho del candidato, le informé de la presencia de Graciano Sánchez y sus acompañantes, me dijo: "Páselos". Salí y le dije a Graciano Sánchez: "Dice el general Avila Camacho que pasen". Se paró muy inquieto y se encaminó con sus seguidores al despacho de don Manuel. Yo me retiré a mi oficina. Una hora después me mandó llamar el general Avila Camacho, pues en nuestras oficinas no había timbres y mi oficina estaba muy cerca de la de él (tal vez por eso González Gallo me quiso echar fuera). Me presenté inmediatamente. "Siéntese, compadre —me dijo don Manuel—, ¿sabe usted a qué vinieron Graciano Sánchez y sus compañeros?", me preguntó. "No, compadre", le contesté. "Pues me habló en forma de discurso, rodeado de sus acompañantes, portando el estandarte de la Confederación, que usted debe haber visto". "Sí, lo vi", contesté. "Pues en su peroración —siguió diciendo don Manuel—, Graciano Sánchez me pidió en forma de exigencia que quitara yo de mi comité al licenciado Miguel Alemán, a usted y al licenciado González Gallo, yo le contesté a Graciano Sánchez que había errado el camino, que se buscaran otro candidato, pues yo no me dejaría manejar como títere de ellos ni de nadie, que estaban en muy buen tiempo de buscar un candidato que satisfaciera sus caprichos, que conmigo no contaran para eso", terminó diciendo el candidato. Pero lo más ridículo es que cuando salí, Graciano Sánchez estaba sentado, con su grupo, otra vez en la antesala, esperando que don Manuel los volviera a recibir para "rajarse".

Campaña electoral de Avila Camacho

Almazán aceptó su candidatura y entonces nos fuimos "a la raya y a probar".

Se abrió la campaña, dirigida personalmente por el general Manuel Avila Camacho. En el Comité de México, quedó al frente como secretario general, el licenciado Miguel Alemán. El Judas Iscariote, Juan Andrew Almazán, lanzó su candidatura de oposición abierta, reincorporándose a las filas reaccionarias en las que tantas veces había militado desde su primera traición; a Madero.

La Comisión Permanente en esta vez debería ser presidida por un diputado, los senadores sólo podían ocupar una secretaría, que yo desempeñé. Con mi carácter de secretario de asuntos parlamentarios de la ya prácticamente candidatura del general Manuel Avila Camacho (pues los otros precandidatos se habían retirado, Mújica, Magaña y Sánchez Tapia), asumí la jefatura de las Cámaras.

Desde la primera sesión empezamos a atacar a Juan "Manchas" Andrew Almazán, el licenciado y senador Ezequiel Padilla, el diputado licenciado José Aguilar y Maya y yo, cada quien en su estilo, pero le emprendimos "guerra sin cuartel", Padilla en su estilo erudito; Aguilar y Maya, en su estilo humorístico y burlesco; y yo en mi estilo huracanado y como de los tres oradores de la Permanente yo era el que más sabía de la Revolución, de los revolucionarios, de los enemigos y de los traidores, me dediqué a hacerlo piltrafa. Almazán fue jefe político en la ciudad de San Luis Potosí en el gobierno usurpador de Victoriano Huerta y su "valiente actuación" consistió en echar levas entre la gente humilde del proletariado de San Luis Potosí y mandarlos de "carne de cañón" contra los revolucionarios.

Tiempo después, declaró oficialmente su candidatura a la presidencia de la República el general Manuel Avila Camacho por el Partido de la Revolución Mexicana, que así se llamaba entonces. Luego el general Avila Camacho dispuso que saliéramos de gira, primero por el estado de Hidalgo. Ibamos en el automóvil del general Avila Camacho, además de él, el general de división Rodrigo Quevedo y yo, más su chofer Amado (hoy coronel). Yo, desde el principio de nuestros trabajos políticos, fui el conducto y contacto entre el general Avila Camacho y los viejos revolucionarios, a quienes yo conocía y había tratado más que él.

El primer mitin fue en Zimapán, Hidalgo, donde pernoctamos y, al emprender la marcha al otro día por la mañana rumbo a la Huasteca potosina, el general Avila Camacho hizo que nos acompañara el general de división Cándido Aguilar, compañero mío en el Senado de la República, que en un principio había estado trabajando con los elementos mujiquistas, pero ahora había agarrado bien el "lienzo". Ese día hubo mitin en Matlapa, San Luis Potosí, y al terminar el mitin vino a saludarme uno de los "zopilotes" que no dejé entrar a Gargaleote, Herminio Salas. Yo le negué la mano y le volteé la espalda, el licenciado Homero Acosta le "sirvió" una tanda de cachetadas en la cara en presencia del candidato, del general Rodrigo M. Quevedo, del entonces diputado por San Luis Potosí Gilberto Flores Muñoz, del coronel José Castillo. También entró en la casa donde estábamos, ya uniformado de general, Aguirre Fuentes, aquel coronel que se había robado los pájaros en la

casa de *Mr.* Steve, en Ebano, y que tuvo un altercado conmigo. Delante de todas las personas que he mencionado, me tendió la mano y yo le dije: "Yo no saludo a hijos de la chingada". Como don Manuel se hizo disimulado, el general Quevedo se quedó muy serio, el coronel Castillo se quedo viéndolo. Yo le dije: "¿Me oyó bien, o se lo repito, cabrón?". Aguirre Fuentes se dio la media vuelta y salió de la casa. Después le comentó el general Quevedo a Flores Muñoz el vergonzoso papel que hizo este general uniformado con su 45 colgada al cinto, al no haber sabido responder como hombre. El "zopilote" Herminio Salas arrimó un pequeño grupo de indios que él traía "encandilados" y que venían bailando una danza con la intención de saludar al general Avila Camacho, pero ahora ya no el licenciado Homero Acosta, sino el valiente coronel José Castillo, le pegó un "zarpazo" en la cabeza (pues a Castillo le llamábamos el oso de Xilitla", era un coloso), que lo hizo rodar por tierra. Don Manuel se sonrió y dijo: "Por lo visto, aquí en la Huasteca están muy unidos mis partidarios". "Sí, compadre —le contesté—, estamos más unidos que en cualquier otra parte, esto que ha visto usted es basura que trae la creciente". Ahí pasamos la noche. Por la mañana vino a saludarnos el gobernador electo de San Luis Potosí, general Reynaldo Pérez Gallardo. El general Avila Camacho había encomendado al diputado Flores Muñoz que le administrara el cerebro, pero como Pérez Gallardo era loco, reaccionaba como reaccionan los orates y ya se había salido del "huacal" en complicidad con el general Aguirre Fuentes y habían organizado, entre los dos, bajo la inspiración de otro "zopilote", que no dejé entrar a Gargaleote y que se llama José de la Luz Cerda, una porra en mi contra para recibirme con gritos hostiles a nuestra llegada a Ciudad Valles. Esta porra la formaba aquel grupo de volteados de Tamuín cuando la visita del presidente general Lázaro Cárdenas, pero aquí sí hubo uno que gritó "muera Gonzalo N. Santos", cuando estábamos en el quiosco de la plaza de Ciudad Valles, antes de empezar los discursos; lo vi y empecé a bajar las gradas del quiosco, pero el general Avila Camacho me dijo: "No baje, compadre". "Cómo no voy a bajar —le contesté—, si estos cabrones son de mi 'silla' y ahora los voy a 'enfrenar'". "Que lo acompañe Pérez Rulfo", me dijo. El capitán David Pérez Rulfo era el ayudante más allegado al general Manuel Avila Camacho, era de Jalisco, me parece que de Sayula, lugar por el que después fue diputado, muy "bragado", muy alto y bien parecido, de esos criollos de Jalisco sin sangre india. Bajé acompañado por el capitán Pérez Rulfo y por mi ayudante, el mayor Julián B. Lafont. Este mayor Julián B. Lafont me acompañó en toda la gira avilacamachista por toda la República. Llegamos a donde estaba el grupo de a caballo, de donde gritó un tal Felipe Castillo "muera Gonzalo N. Santos", agarré las riendas de su caballo por las "cadenillas", yo llevaba la *Thompson* en la mano. Pérez Rulfo y Lafont también traían una

Thompson cada uno y antes que yo hablara, Pérez Rulfo le dio un "agarrón" que lo tumbó del caballo, diciéndole: "Si eres hombre, saca tu pistola, cabrón". El tal Castillo, muy espantado, dijo: "Si yo no fui el que gritó", antes de que nadie se lo preguntara. Este incidente lo provocaron con la intención de demostrarle al general Avila Camacho que yo era mal querido en la Huasteca, pero sirvió para confirmar todo lo contrario, además me dio la oportunidad de demostrarle a don Manuel, aunque él ya estaba enterado, "de que yo me sabía rifar", de que en la campaña que nos esperaba, y que yo sabía iba a ser muy dura, íbamos a hacer un papel digno en cualquier circunstancia y de que no se nos iba a "arrugar el cuero". En la segunda fila de los montados a caballo que habían llevado los "zopilotes" con el fin de hostilizarme, noté que uno de los jinetes se agachaba el sombrero con la intención de taparse la cara, lo que provocó mi curiosidad y me acerqué a él. Vi que se trataba de un tal Maximino, que había sido mi caballerango en Gargaleote. Ahora me había traicionado uniéndose al grupo de mis mal querientes que habían llevado los "zopilotes" Cerda y Herminio Salas. El tal Maximino traía atravesada en la silla un fusil de ocho milímetros, de los que en la Huasteca llamábamos "cebú", el cual le había yo regalado. Por más que quiso taparse la cara con el sombrero, no logró engañarme, pues me acerqué disimulado hasta que me aseguré de identificarlo bien. No dije ni una palabra, pero más tarde la diré en mi relato, pues aunque era asunto de poca monta, se trataba de un traidor que había estado muy cercano a mí, él cuidaba mis caballos en Gargaleote.

Pasado el mitin nos alojamos en un hotel, ocupando el general Avila Camacho y yo la misma habitación. Hubo cena y todas las cosas relativas a nuestras campañas políticas. Por la mañana, cuando estábamos desayunando, le llegó un periódico de México a don Manuel, me lo pasó a mí mostrándome un cuadro en la primera plana por medio del cual el candidato de la reacción, Juan Andrew Almazán desafiaba (así con esas palabras), decía, "a los ciudadanos senadores de la República, sin mencionar ningún nombre, que están ocupando esa alta tribuna para atacarme con tanto apasionamiento y saña, a que se presenten en el Arco de la Revolución el día tal, en que yo voy a hacer mi entrada a la capital; voy a demostrarles con quién está el pueblo". Ya que leí el periódico, se lo regresé a don Manuel, quien me dijo. "¿Qué piensa usted?" Le contesté: "Yo pienso como senador, pero usted seguramente piensa como candidato". "¿Qué es lo que piensa usted como senador?" "Irme para México —le dije— cuando terminemos el desayuno, convocar a junta extraordinaria al Senado de la República, pues el insolente desafío de Almazán no es al bloque, sino a los ciudadanos senadores; proponer en la sesión del Senado que aceptemos el desafío de Almazán y que lo publiquemos en el mismo periódico y en el mismo lugar, que aceptamos el reto, pero como no dice la hora en que llegará al Arco de la Revolución,

que prenderemos una fogata desde la noche anterior a su llegada, ahí lo esperaremos los senadores". Me contestó el general Avila Camacho: "En estos momentos me siento más senador que candidato, si mi condición no me lo impidiera, ahí estaría con ustedes". Previo permiso del general Avila Camacho, me regresé a México acompañado de mis ayudantes. Por la mañana llegué al Senado de la República, sin haberme cambiado la ropa de campaña que traía, chaqueta y pantalón vaquero, pistola al cinto calibre 44, balas expansivas, un paliacate rojo en el cuello y el entonces acostumbrado sombrero tejano, que naturalmente me quité al presentarme en la sala de sesiones. Ya todos los senadores conocían el reto que nos había lanzado Almazán, pero yo volví a leer el desafío en voz alta desde la tribuna; propuse que aceptáramos la provocación de Almazán, aproveché la ocasión para darle una "batida" sin piedad, una vez autorizado por unanimidad de los senadores, dije, dirigiéndome, desde la tribuna, a Almazán: "Ahí estaremos a su cita señor Iscariote; pero no vamos inermes como el inmortal senador don Belisario Domínguez, asesinado por su patrón Huerta, de quien usted fue lacayo, ¡no!, vamos como revolucionarios de la época".

Nos organizamos todos los senadores para concurrir al Arco de la Revolución la víspera de la llegada de Juan Andrew Almazán, que venía procedente de Monterrey, naturalmente, con la bendición de la reacción regiomontana.

A los dos días de haber salido nuestra contestación a Almazán, él publicó otro cuadro, llamando la atención del presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, de que no permitiera que los senadores, con toda premeditación, fuéramos a provocar un acto sangriento en una manifestación cívica. Volví a la tribuna del Senado y dirigiéndome desde ahí a Almazán, dije: "O se retracta Almazán de su baladronada o ahí nos encontraremos". El presidente Cárdenas no le contestó nada a Almazán, pero al día siguiente venía otro cuadro de Almazán en el mismo periódico, en que decía que estando en la obligación de defender a sus partidarios, retiraba el desafío. Con esto quedó en ridículo ante la faz de toda la República, pero los ciegos de sus partidarios no vieron desde entonces que Almazán se iba a "rajar" a la hora de la verdad, como se "rajó". Yo había mandado leña para la hoguera, hicimos un verdadero *vivac* en el Arco de la Revolución, y habíamos hecho un gran ensayo de fogata, pero al "rajarse" Almazán, la mandé retirar.

Después de haberme levantado esta "galeana", mis bonos subieron mucho políticamente, y como no se trata de modestia ni de inmodestia, diré que mi prestigio político y personal también se acrecentó.

Regresé a reincorporarme con el general Avila Camacho; lo alcancé en Ciudad Victoria. El general Avila Camacho me recibió feliz. "Ya vio —le dije—, este traidor de Andrew Almazán aguantó 'los tres reparos del charro: el primero en el lomo, el segundo en el aire y el tercero en

el suelo'". Don Manuel, que era charro de origen, festejó mucho este dicho, que él conocía tanto como yo. Recibí también abrazos y felicitaciones de los generales Cándido Aguilar, Eulogio Ortiz, Carlos Real y Bonifacio Salinas, gobernador electo de Nuevo León y del "veleidoso" Graciano Sánchez, de los licenciados Ezequiel Padilla, José Aguilar y Maya, de mi entrañable amigo el general Miguel M. Acosta y de todos los miembros de la comitiva.

Antes de enfilar para Tampico, nos encerramos el general Avila Camacho y yo en el cuarto del hotel. Don Manuel me dijo: "Sé que Almazán tiene en Tampico como partidarios a todos los hombres y familias acomodadas del puerto, pero también sé que usted tiene muchos amigos de prestigio en Tampico". "Ojalá que todas las batallas que tengamos que librar en esta campaña fueran como en Tampico —le dije—, ahí estamos en mis meros territorios, soy miembro honorario del Casino Tampiqueño, amigo de los comerciantes, de los pocos industriales que hay, de los trabajadores, especialmente de los alijadores, también contamos con los trabajadores petroleros, también soy amigo de las familias, de los extranjeros y de los lastimados por la expropiación petrolera, yo me los sabré 'torear', no dejaremos que se una nadie con Almazán, por lo menos nadie que valga algo; además, en Tampico todos me creen oráculo de la política".

Entramos en Tampico con nuestro candidato, el general Manuel Avila Camacho, a la cabeza. Había una regular concurrencia, pero no había contramanifestación, como en el tiempo de Vasconcelos. Era cierto que las clases acomodadas simpatizaban con Almazán, pero no estaban comprometidas.

Después del mitin no hubo banquete político, comimos, don Manuel y los miembros de su comitiva, en un famoso restaurant de la época que se llamaba Bristol. Ya don Manuel me había instruido para que, desde la comida, le estuviera acercando a los principales hombres de negocios, profesionistas, comerciantes, industriales, etcétera, en una palabra, a todos los directores de la clase conservadora, pues en Tampico no había propio ambiente reaccionario; los capitalistas, ahí, en aquel tiempo, no eran persignados; digo que en aquel tiempo porque desde entonces para acá, la tolerancia del gobierno ha dejado el campo libre para que la "mochería" haga labor. En 35 años que han pasado, las cosas han cambiado. A la comida asistió el licenciado Enrique Aragón, hombre muy rico que había sido defensor de las compañías petroleras. Era el guía en Tampico de lo que ahora se llama iniciativa privada. Le presenté también a mi muy querido amigo, el exhuertista, ingeniero Ramón Fusco, líder del Casino y de la *high life* tampiqueña. A todos los principales dirigentes de la clase alta los fui poniendo a "tiro" para que platicaran con don Manuel, que se los fue "echando a la bolsa" uno por uno rápidamente, no hubo discursos, puras conversaciones. Cuando terminó la comida, después de despedirse de don Manuel, los principales hombres de negocios que ahí le había yo presentado, se fueron despidiendo de mí. Todos llevaban caras alegres y me iban diciendo. "Este hombre vale la pena, es muy ponderado y juicioso, muy diferente del general Cárdenas" (cosa que era cierta).

Por la noche fuimos a un mitin de los obreros petroleros del sindicato que había trabajado en la compañía petrolera El Aguila, el mitin resultó muy cálido y entusiasta. Al día siguiente, también por la noche, tuvimos un mitin con los alijadores, que eran mis personales amigos y más de acción que los obreros petroleros. Pasado el mitin con los alijadores nos fuimos al hotel a cambiarnos de ropa y ponernos en condiciones de ir al baile que, en el Casino Tampiqueño, se celebraría en honor de nuestro candidato. Este baile lo mandé preparar con el ingeniero Ramón Fusco desde que terminó la comida en el hotel *Bristol,* el día que llegamos a Tampico. El baile resultó muy lucido. Como ya he dicho, todas aquellas familias y aquellos hombres de negocios me dispensaban su amistad y afecto; amistad y afecto para mí que han heredado sus hijas e hijos.

Al día siguiente, primero de septiembre, por la mañana, se levantó el general Avila Camacho, en ropa interior, nunca usaba pijama, muy alborozado, con cara que demostraba mucho contento y un periódico en la mano, agitándolo, me dijo: "Compadre, ya ganamos, acaba de estallar la guerra". Leímos la noticia de que Polonia había sido invadida por los ejércitos nazis alemanes, encabezados por su *führer* Hitler, y se daba la noticia del ataque a Varsovia y al ejército polaco.

"Compadre —le dije al general Avila Camacho después de leer la noticia—, la desgracia de unos es la felicidad de otros, ¡pobres polacos!, pero a Almazán con esto se lo llevó la chingada". Así lo entendía don Manuel antes de que yo se lo dijera y por eso se veía tan contento, pues sin la guerra, los norteamericanos y las compañías petroleras no hubieran capitulado en lo de la expropiación y Almazán hubiera gozado del apoyo de los Estados Unidos, habríamos tenido una guerra muy sangrienta contra la reacción, aunque al fin la Revolución se hubiera impuesto.

De Tampico regresamos a México por carretera, paramos en Matlapa, San Luis Potosí a comer "zacahuil". Nadie sabía que el general Avila Camacho y su comitiva habían llegado al pueblo, pero el coronel José Castillo casualmente estaba en ese lugar, pues residía en Xilitla. Invité a Castillo a que se sentara con nosotros, le di oportunidad para que platicara con el candidato y al terminar el "zacahuil", Castillo me llamó aparte y me dijo: "Por aquí andamos muy 'malmente'". "¿Por qué?", le pregunté. "Los soldados —siguió diciendome— acaban de matar a Pedro Izaguirre en Tamazopo (Pedro Izaguirre, mayor de las fuerzas irregulares de San Luis, era uno de los jefes que no siguieron a Cedillo en su aventura y era jefe de un núcleo armado en Tamazopo, muy adicto a mí).

"Tú comprendes —le dije a Castillo— que el general Avila Camacho es sólo candidato y no ganamos nada con molestarlo con estas noticias, por dolorosas que sean para nosotros, vamos 'mordiéndonos un huevo y poniéndonos un ojo en la nuca' a esperar hasta que el general Avila Camacho llegue al poder". Castillo siguió diciéndome: "Pero por aquí también andamos 'malmente', pues Lárraga (el fascineroso Lárraga) estuvo en San Luis Potosí acompañado de Porfirio Rubio (el feroz cacique de Agua Zarca, Querétaro, titulado general); hablaron con el gobernador del estado, Genovevo Rivas Guillén, y comieron con él; Rivas Guillén los fue a encaminar hasta la estación, tú sabes —me dijo Castillo— las ganas que me tiene don Porfirio" (así llamaban por la zona a Porfirio Rubio). "Remóntate un poco —le dije a Castillo— pues en el pueblo peligras". Castillo se despidió del general Avila Camacho y de mí con un abrazo. Fue la última vez que lo vi. A los pocos días de haber llegado a México, recibí telegrama de su viuda, diciéndome que había sido mortalmente herido por unos desconocidos, estando sentado en el frente de su casa, cuando estaba cayendo un fuerte aguacero. Tres desconocidos pasaron frente a su casa, le dieron los "buenos días", venían embozados con mangas de hule debajo de las cuales traían las pistolas en la mano, ya preparadas; al contestarles el saludo Castillo, quien tenía a su lado a una niña, le dispararon los tres desconocidos dejándolo mortalmente herido, fue conducido a Ciudad Valles, donde luego murió. Lárraga, uno de sus asesinos intelectuales, fue a visitar a Castillo en su lecho de muerte y Castillo lo corrió injuriándolo gravemente. Lárraga salió violentamente de la casa donde Castillo estaba herido. Este sí fue golpe para mí, porque a Castillo, además de tenerle yo gran afecto y cariño, le tenía gran confianza, era el jefe del núcleo santista más fuerte en la Huasteca. Sus tres asesinos intelectuales: Lárraga, Porfirio Rubio y Rivas Guillén, con la muerte de Castillo, creyeron haberme acabado; pero no fue así, seguí como el toro cimarrón: "lambiéndome solo".

Después de este episodio doloroso para mí y de quebranto para mi grupo, continué bregando.

La primera sesión que tuvimos en la Comisión Permanente, después del regreso de Tampico, se la dedicamos al Iscariote Almazán toda entera, sin tratar ningún otro asunto relacionado con nuestras funciones legislativas. Los tres oradores, Padilla, Aguilar y Maya y yo, pedimos la palabra para "hechos". Esa vez mi discurso lo comencé diciendo: "Al que no quiere caldo, dos tazas", y empecé mi volcánico ataque contra Almazán. Esto del caldo es un dicho huasteco el cual causó la hilaridad entre los miembros de la Comisión Permanente y público asistente, desde entonces en adelante, a cada sesión de la Permanente, de las galerías me gritaban: "Dale caldo a Almazán", y nunca le faltó su consomé a Almazán "Picaluga" durante toda la campaña, hasta que huyó

cobardemente a los Estados Unidos, dejando abandonados a sus partidarios. A estas sesiones tormentosas asistía invariablemente, encabezando un grupo de jóvenes profesionistas, el licenciado Jesús Reyes Heroles, quien al frente de su grupo de amigos me presentaron su valioso apoyo en toda la campaña contra Almazán.

Quiero decir aquí que la entrada de Almazán, como candidato, a la capital de la República fue espectacular. Entró montado en un caballo blanco y sin sombrero. No menos de cien mil gentes lo recibieron; el "coro principal" lo formaba lo más granado de la reacción, encabezados por don Pedro Lascuráin, aquel que traicionó a Madero y que le sirvió de muñeco a Huerta durante cuarenta y cinco minutos como presidente de la República; luego, acatando las órdenes del usurpador, lo nombró ministro de Gobernación; habiendo "renunciado" Lascuráin a la presidencia de la República, automáticamente el beodo Huerta asumió la presidencia, "dizque por ministerio de ley". En el coro almazanista estaban también los tránsfugas de la Revolución, general Emilio Madero, hermano del presidente mártir, y Jacinto Blas Treviño, que por casualidad ingresó a la Revolución con don Venustiano Carranza, pero nunca tuvo convicciones revolucionarias; el general José Mijares Palencia, que había sido gobernador del estado de Puebla, de origen federal; Melchor Ortega, el valido de Calles y su compañero de poker, y todo el comercio. La Asociación de Charros escoltaba a Almazán, tan ufanos y contentos como sus abuelos habían escoltado a Maximiliano y Carlota a su entrada a México y antes al general Scott en la invasión norteamericana en el año de 1857, miles de empleados del gobierno y obreros de sindicatos blancos. Sí, ésa es la verdad, Avila Camacho y nosotros sus partidarios estábamos cosechando los "apretones de cincho" que el general Lázaro Cárdenas le había dado a la reacción en Yucatán y La Laguna, a ese enemigo nos enfrentamos, más que almazanistas eran anticardenistas.

Después de esto, le dije yo al general Avila Camacho: "Necesitamos tener gente decidida, de los estados, para batir a Almazán y a la reacción, con hechos, desde luego, podemos formar dos grupos que yo me encargaré de comandar personalmente; uno lo pondremos a las órdenes del general Miguel Z. Martínez (Huevos de Oro); el otro, a las órdenes del general Donato Bravo Izquierdo; en esos grupos podemos incrustar jefes y oficiales del ejército que estén en activo, pero que no tengan mando. A estos militares yo los conozco más que usted, pues han andado siempre conmigo en las giras políticas a todo lo ancho de la República". Don Manuel me dijo: "Compadre, los manifestantes almazanistas se calculan en cien mil, pero un gran número comerciantes, industriales y la mayor parte de la clase media, de 'catrines'; y nosotros contamos con una masa compacta de ochenta mil obreros de la CTM, que me ha asegurado Vicente Lombardo Toledano que en las elecciones se echará encima de los almazanistas". "Compadre —le

dije—, pelearon los obreros de Río Blanco, más bien dicho, se vieron obligadas a pelear para defender sus vidas, pero se trataba de veracruzanos; en Cananea también presentaron resistencia los obreros, pero ésos eran sonorenses, pero los obreros de aquí del Distrito Federal, los conozco como si los acabara de desensillar, no le 'entran al toro', están muy engreídos con las calles pavimentadas, con el clima, con el pulque y con lo mucho que los han 'apapachado' los gobiernos de la Revolución. Los Batallones Rojos de la Casa del Obrero Mundial, que fueron a combatir junto con nosotros a los villistas, fueron formados en su mayoría en Orizaba y escalonados en batallones sí fueron dignos, pero estaban comandados por jefes y oficiales del Ejército Constitucionalista, además todavía no había habido Congreso Constituyente. Estos obreros de los Batallones Rojos fueron a combatir juntos con nosotros buscando su Artículo 123; por un candidato no creo que se 'fajen'. Compadre, los obreros son como los 'jabalines' (así llamamos en la Huasteca a los jabalíes), cuando están encuevados en manada, mueven las quijadas hacia arriba y abajo, le tiran colmillazos al viento, truenan los dientes haciendo un ruido espantoso, y en la cueva no hay nadie que les entre, pero ya saliendo al campo, cualquier chamaco los puede matar con un rifle calibre 22. Compadre, a Chente Lombardo Toledano lo he tenido en la Cámara de Diputados sentado en el pórtico rodeado de bravos gargaleotes con bombas de dinamita en los morrales, para rechazar a los coaligados (gobernadores) que querían dominar la Cámara de Diputados y que formaron un grupo llamado Partido Coaligado, del cual eran cabezas los gobernadores licenciado Enrique C. Colunga, de Guanajuato; José Guadalupe Zuno, de Jalisco (todavía no era licenciado); general Enrique Ramírez, de Michoacán; aunque en la sombra, el jefe era el ingeniero Alberto J. Pani, ministro de Hacienda, ahí lo conocí como las palmas de mis manos. Chente aguantó sólo una guardia; al primer tiroteo que se suscitó, desapareció, no lo volvimos a ver hasta que estuvo constituido el Colegio Electoral y fue a rendir su protesta como diputado.

"Lo que sea de cada quien, Luis N. Morones es un lépero, depravado, prevaricador, pero ése sí es hombre; aunque siempre lo derrotamos en toda la línea, siempre presentó la cara. No se crea de Chente Lombardo, compadre —le seguí diciendo a don Manuel—, cuando hagamos nosotros la manifestación que estamos obligados a hacer aquí en la capital para contrarrestar ésta que acaba de hacer Almazán sí nos van a acompañar esos ochenta mil obreros y Vicente Lombardo Toledano a la cabeza, pero a la toma de las casillas, ¡no!, ni en toda la lucha que se va a venir el día de las elecciones. Chente es un hombre muy inteligente, un ideólogo, un líder limpio, pero no sirve para estas cosas". Entonces entró uno que la hacía de secretario particular del general Avila Camacho, de nombre Waldo Romo Castro, que era mayor, y se había

dado cuenta perfecta de toda la conversación que habíamos tenido el general Avila Camacho y yo. Este mayor Romo Castro ya se sentía personaje por ser secretario particular del candidato y "metió su cuchara": "Señor senador —dijo dirigiéndose a mí—, ésta va a ser una lucha democrática y que democráticamente debemos de ganar, pero tal parece que usted está pensando en términos bélicos". Yo le contesté a Romo Castro: "Con usted no discuto", y me paré. "Ya seguiremos hablando de esto", me dijo don Manuel.

El general Heriberto Jara, presidente del Partido, auxiliado por el Comité pro Avila Camacho, del que era secretario general el licenciado Miguel Alemán, empezó a preparar la manifestación de réplica a Almazán y en favor del general Manuel Avila Camacho en la capital de la República. El propio candidato se encargó de dirigir este movimiento y se tomó el acuerdo, a propuesta del mismo don Manuel, de reunir un núcleo de trescientos mil hombres. Las mujeres en aquel entonces sólo tomaban parte en estos eventos en forma aislada y excepcional. El Partido concentró, cierto domingo, a los trescientos mil hombres que se había propuesto hacer desfilar por las calles de la ciudad de México. Desde luego, asistieron los ochenta mil agremiados de la CTM, encabezados por Vicente Lombardo Toledano y su plana mayor, hubo muchas cornetas, muchos tambores, muchas banderas rojinegras, mucho entusiasmo entre la masa obrera avilacamachista (pero a las elecciones no fueron, ¡había muchos balazos!). El Estado de México mandó un imponente contingente de campesinos y obreros, movidos por el gobernador del estado. Wenceslao Labra (todavía no era general). Otro contingente, no menos importante, de campesinos y obreros del estado de Hidalgo, encabezados por el gobernador, licenciado Javier Rojo Gómez; una columna mixta de caballería e infantería, del estado de Puebla, enviados por el general de división y gobernador de ese estado, Maximino Avila Camacho; de Morelos, de Tlaxcala, estuvieron presentes contingentes de consideración y de San Luis Potosí, que tenía entonces un gobernador inepto, loco y odiado, el general Reynaldo Pérez Gallardo. apenas pudimos mover el diputado León García y yo a siete mil campesinos, eso sí, todos bien montados; en cuanto a mis huastecos, estos iban muy bien armados.

Yo creo que se rebasó la cuota de trescientos mil manifestantes que nos habíamos propuesto. En un balcón de las calles de Francisco I. Madero, ya casi para llegar al Zócalo, presidió esta manifestación de fuerza revolucionaria el general Manuel Avila Camacho, acompañado del general Heriberto Jara, presidente del Partido, de Vicente Lombardo Toledano y de los miembros del Comité pro Avila Camacho, no todos, sólo los que cupimos en el mismo balcón.

En esta manifestación de fuerza habló, en primer término Vicente Lombardo Toledano; le siguió el general Heriberto Jara y no recuerdo quién les siguió; después, al último, el general Avila Camacho leyó

un discurso. Ahí nos medimos fuerzas, la gran Tenochtitlan reaccionaria estaba con Almazán, los campesinos invencibles, desde siempre, estaban con el general Avila Camacho y con la Revolución, el resultado no admitía dudas. Después de este contragolpe a la reacción, el candidato dispuso que nos fuéramos de gira otra vez; ahora fue a los estados de Nuevo León y Coahuila.

Monterrey, la sede de la reacción en aquel tiempo, pues ahora es una sucursal de la reacción de la capital, o tal vez del exterior, estaba cerradamente con Almazán y las llamadas fuerzas vivas. Los generales Anacleto Guerrero, gobernador del Estado, y Bonifacio Salinas Leal, gobernador electo, estaban muy unidos, eran muy fuertes, sobre todo Bonifacio; hubo una gran manifestación que sólo la de la capital fue más numerosa, la clase media y los obreros estaban con nosotros; pero con mucho calor y decisión revolucionaria. Hablaron en la manifestación un representante del pueblo de Monterrey, que no recuerdo quién fue, el licenciado senador Ezequiel Padilla, el licenciado diputado José Aguilar y Maya y el licenciado diputado Francisco Modesto Ramírez.

Después de la manifestación, establecimos nuestra base de operaciones en un hotel de Monterrey. Ahí tuvimos varias reuniones el general Avila Camacho, el general Bonifacio Salinas y yo, pues los demás miembros de la comitiva iban unos como oradores y otros como acompañantes. Por ejemplo, los generales Rodrigo M. Quevedo. Miguel Z. Martínez, Ignacio Leal (Nacho) y Miguel M. Acosta servían de contacto con los elementos militares por los lugares donde íbamos pasando.

Visitamos a los obreros de Monterrey y en las fábricas donde laboraban elementos trabajadores muy conscientes, que sabían que el triunfo de Almazán significaría la ruina de la clase trabajadora y sus conquistas constitucionalistas.

Examinamos la situación y, a proposición del general Avila Camacho, los tres resolvimos enfilar a las ciudades de Reynosa y Matamoros, Tamaulipas, en la frontera con los Estados Unidos. De antemano sabíamos que íbamos a territorio almazanista. El general Tiburcio Garza Zamora (Bucho), senador Manuel Garza Zamora, el coronel Erón Ramírez y el mexico-texano Esteban García controlaban la ciudad y rancherías de Reynosa en un noventa y nueve y medio por ciento, pues ahí no contábamos con las autoridades y menos con el regimiento que comandaba el coronel Erón Ramírez. El general Tiburcio Garza Zamora y el coronel Erón Ramírez habían militado a las órdenes de Almazán con bandera felicista en contra del constitucionalismo. Manuel Garza Zamora y Esteban García eran representantes del felicismo en Harlingen, Texas, desde ahí se encargaban de proveer de armas y parque al nuevo Macabeo de la reacción cuando Felix Díaz andaba levantado en armas contra el señor Carranza y la Constitución de 1917.

Emprendimos la marcha para Reynosa, pero nos encontramos con

que el río San Juan estaba muy crecido, no pudimos pasar, tuvimos que regresar a la ciudad de Monterrey muy contrariados pues iba a correr la versión en la frontera, de que no habíamos ido a Reynosa porque teníamos miedo.

Al regresar a Monterrey, Bonifacio Salinas y yo hablamos por teléfono con el coronel Erón Ramírez, jefe del regimiento que guarnecía Reynosa. Le dijimos a Erón que nos viniera a encontrar a la carretera, nos contestó que con todo gusto vendría a hablar con nosotros, pero sin ningún compromiso, y en eso quedamos.

Acordamos en el hotel de Monterrey, el general Avila Camacho, Bonifacio Salinas y yo mandar explorar, otro día, el río para ver si seguía crecido. Como no bajó, tuvimos que esperar otro día más. Al reunirnos antes de salir, acordamos que yo les diera instrucciones al general Z. Martínez y al general Ignacio Leal (Nacho), que eran los jefes de la pequeña escolta, que entraríamos a Reynosa sin que hiciéramos ninguna provocación, sólo después, si se registraba cualquier agresión de carácter grave, y así fue.

Los oradores ya se habían regresado a la capital, quedando con nosotros en la comitiva únicamente los licenciados José Aguilar y Maya y Francisco Modesto Ramírez. El general Cándido Aguilar se dirigió a Saltillo, a donde dijo que iba a hacer labor avilacamachista entre los carrancistas de Coahuila. Sin embargo, el general Aguilar, a pesar de sus muchos méritos, los altos puestos que había ocupado y el haber sido yerno de don Venustiano Carranza, en Coahuila no tenía prestigio ni ninguna simpatía entre los carrancistas. El general Aguilar se fue para Coahuila como se dice en las peleas de gallos cuando un gallo corre: "a traer pistolas". También regresó a Saltillo Graciano Sánchez, pero él no por miedo, pues no era cobarde; se "arrendó" porque traía la "reata arrastrando" en el estado de Tamaulipas, por la muerte del diputado Treviño, aun cuando ya para entonces la orden de aprehensión estaba cancelada. En la frontera de Tamaulipas, Portes Gil era odiado y Graciano Sánchez era capistote portesgilista. El general Avila Camacho y yo consideramos que no debería ir a Reynosa y a Matamoros, en lo que Graciano estuvo muy de acuerdo y se regresó.

El que sí tenía mucho prestigio en Coahuila y simpatías en todas las clases sociales, sobre todo entre el viejo elemento revolucionario, era el general coahuilense Miguel M. Acosta, pero Acosta esperó llegar a Coahuila junto con el candidato y nosotros.

El coronel Erón Ramírez cumplió su palabra. Nos encontró en la margen sur del río San Juan. Se presentó al general Manuel Avila Camacho de uniforme y, cuadrándose con todo respeto, dijo: "No tiene usted novedad de la corporación, mi general". "Muchas gracias, mi coronel", le contestó el general Avila Camacho. Cambiaron algunas cuantas palabras. Me sacó aparte el general Avila Camacho y me dijo: "Con el pretexto de cam-

biarle una llanta al camión, por venir ponchada, me alejaré, hablen usted y Bonifacio con Erón". Como eran actos del servicio olvidé el compadrazgo y le contesté: "Sí, señor, mi general". Nos apartamos Erón, Bonifacio y yo, platicamos lo más en plata limpia posible, quedamos en que Erón Ramírez había dado su palabra a Juan Andrew Almazán de estar con él, pero nos juró que antes de tomar cualquier actitud contra el gobierno pediría su baja por telégrafo y por teléfono; lo que quería decir que sí se iba a levantar en armas si Almazán se levantaba, pero antes iba a cubrir una fórmula de honor. El jefe nato de la situación era el general Tiburcio Garza Zamora (Bucho), pero a él no tuvimos que convocarlo porque gozaba de licencia ilimitada; los otros dos jefes tampoco tenían por qué dar cuenta de su conducta, pues Manuel Garza Zamora era senador de la República y el rico ganadero, pero muy rico, Esteban García tenía dos nacionalidades, la mexicana y la norteamericana, y residía en uno de sus numerosos ranchos de Mc Allen, Texas. Erón se despidió del general Avila Camacho y de nosotros, pero yo vi en su actitud, al retirarse, que se ausentaba un enemigo.

Cuando entramos a Reynosa, por ambos lados de la calle y las aceras, había multitud de gente, pero no abigarrados, en grupos, de dos o tres, distantes unos de otros, sin ninguna formación, dando cara a la calle desde ambos lados.

Antes de entrar a la población, se nos unió y subió al camión de redilas abierto en que íbamos el candidato y nosotros, un tal coronel Rafael Prado, nativo de Reynosa, que anduvo con mi hermano el general Samuel M. Santos, militando en el delahuertismo. A este Prado, junto con Samuel y un numeroso grupo de militares los ammistié en Chilapa, Guerrero. Samuel me recomendó a Prado como muy valiente y yo lo uní al grupo de los gargaleotes, o sea, mi escolta. En las primeras pruebas Prado se dio a conocer como muy valiente, pero no lo era más que ninguno de mis veteranos. Empezó a hacer labor de intriga entre ellos; yo, para evitar un feo precedente entre los míos, lo corrí; era muy díscolo y déspota.

Conforme iba marchando el camión en que íbamos con el candidato, a vuelta de rueda, el general Avila Camacho iba saludando con la mano a derecha e izquierda, diciendo: "Buenos días, señores; buenos días, señores". Todos le contestaban quitándose el sombrero y secamente: "¡Buenos días!" Se trataba de puros fronterizos de los meros típicos. El tal Prado me dijo: "Dile al candidato que no los salude, que todos son almazanistas". Yo le contesté: "Mira, cabrón, si no te callas aquí te aviento del camión delante de ellos, ¿desde cuándo eres político?" Prado se puso muy pálido pero ya no habló. Así seguimos a vuelta de rueda hasta llegar a la plaza principal y empezaron los discursos los oradores, licenciados Francisco Modesto Ramírez y José Aguilar y Maya. Se reunieron aproximadamente cien curiosos, pues para nuestro

mal, el único partidario del general Avila Camacho era el tal Prado, que era sumamente odiado por todos en Reynosa. Los oradores, por instrucciones que les dio el candidato, atacaron a la reacción, dirigieron un afectuoso saludo de parte de él al pueblo, también dijeron que su opinión sería respetada, que el general Avila Camacho era admirador de los valientes y que respetaba la valerosa y franca actitud de esos bravos fronterizos.

Mientras los oradores pronunciaban los discursos, el general Z. Martínez acariciaba con fruición su ametralladora *Thompson*, Aguilar y Maya temblaba como un asogado, yo también acariciaba mi ametralladora, la cual llevaba en una caja que simulaba una guitarra, con dos grandes "quesos" de cien cartuchos 45 cada uno, el general Ignacio Leal y los demás de la escolta, se quedaron en sus carros con sus "cóconas" en el piso, tenían instrucciones mías de no hacer ninguna exhibición, estábamos en terreno francamente enemigo y la única opción que teníamos, si llegaba el caso, era vender caras nuestras vidas los que íbamos armados. Quiso el impertinente y necio Prado hacer uso de la palabra. Yo le di un fuerte jalón y lo quité del barandal del quiosco. Este sujeto estaba despechado contra su propio pueblo de Reynosa; por lo mucho que lo odiaban, si lo hubiéramos dejado "despotricar", la hecatombe hubiera sido segura. Todo pasó así; comimos en un hotel de la ciudad y después continuamos a Matamoros ese mismo día.

Llegamos a la H. Matamoros, celebramos mitin en la plaza y ahí tuvimos una concurrencia como de tres mil ciudadanos, casi todos campesinos y algunos cuantos de la clase media. Quiero decir que de Matamoros era mi amigo, el ameritado general de división, Francisco González (Pancho). El y yo habíamos sido compañeros en los cuarenta y ocho días que combatimos frente al puerto de Tampico contra los federales huertistas hasta el 14 de mayo de 1914 que tomamos la plaza. Eramos muy amigos y muy fraternales compañeros; Pancho González se había comprometido con el Iscariote Almazán; en México lo mandé buscar, ¡hasta que lo encontraran!, para que fuera a mi casa a hablar conmigo. Ya juntos los dos en mi domicilio, tuve una larga plática con él, le recordé nuestras luchas contra Victoriano Huerta, la larga brega que juntos sostuvimos en Tampico, el combate de Esteros, Tamaulipas, donde derrotamos a un tal general federal García Lugo, nuestras luchas en Icamole, en Chihuahua, contra Villa; terminé diciéndole que para un revolucionario como él, ya he dicho que muy ameritado, era preferible suicidarse que traicionar a nuestra causa uniéndose al más perverso de todos los contrarrevolucionarios como lo era Juan Andrew Almazán; para no alargar mucho esta relación, quiero decir que convencí plenamente al general Pancho González, quien lloró, nos dimos un abrazo y de ahí lo llevé a la casa del general Avila Camacho y se lo presenté.

Estos elementos sanos y ameritados de la Revolución, más que almazanistas eran anticardenistas. En el caso de los revolucionarios tamaulipecos, también estaban lastimados con Portes Gil que a ninguno tomó en cuenta. De no haber yo convencido a tiempo al general Francisco González, Matamoros y toda la región aledeña hubiera estado como un solo hombre contra la candidatura del general Avila Camacho. Pancho González no nos acompañó porque le dio pena, pero sí mandó aviso a todos sus amigos para que se sumaran a nosotros o, por lo menos, que dejaran a Almazán.

Al día siguiente, lunes, regresamos a Monterrey. Ahí nos detuvimos un día, que dedicó el candidato con su comitiva a visitar las fábricas que no había alcanzado a visitar (a los obreros). Después seguimos para Saltillo por carretera y en automóvil; ahí puso a su derecha el candidato al general Miguel M. Acosta, coahuilense, de Múzquiz, maderista y segundo del general Pedro Antonio Santos. No dejamos de emocionarnos el general Acosta y yo cuando los sobrevivientes del maderismo y del constitucionalismo vinieron a abrazar al candidato, con excepción del muy ameritado general de división Jesús Sánchez Herrera. A Acosta se le entrecortaba la voz a cada abrazo con nuestros viejos compañeros; yo también estaba emocionado, casi no hablé, pero el general Avila Camacho, que era muy emotivo, soltó franco llanto cuando abrazó a Secundino Reyes, el asistente de don Venustiano Carranza desde el día que estalló la Revolución Constitucionalista en Coahuila, hasta la noche en que fue asesinado Carranza en Tlaxcalantongo, Puebla.

Cuando emprendimos la marcha de Monterrey a Saltillo, acompañamos en el automóvil al general Avila Camacho, además del general Miguel M. Acosta, el general Alejo G. González y yo. Pasamos los campos de Icamole, donde habíamos combatido durante siete semanas en 1915 contra los villistas al mando de los generales Rosalío Hernández y Raúl Madero. Le relaté brevemente las diferentes fases de la batalla, pues tuvimos buenas y malas. Cuando ya entramos en el estado de Coahuila, empezó a platicar el general Alejo González de las primeras acciones que tuvieron los constitucionalistas contra los federales y a cada lugar que pasabamos, Alejo le decía a don Manuel: "Aquí les pegamos". Más delante le decía: "Aquí les volvimos a pegar". Cuando ya estábamos a las puertas de Saltillo, donde don Venustiano Carranza fue rechazado por los federales en 1913, le pregunté a Alejo: "¿Y aquí qué pasó, Alejo?" El me contestó: "Aquí nos pegaron, pero eso que lo cuenten ellos". Todos nos reímos.

En la gira, el general Avila Camacho leyó un discurso en Monterrey. En Saltillo lo saqué aparte y le dije: "Usted no debe leer esos discursos que no interpretan su idioma pues los hacen Padilla o Aguilar y Maya; usted sabe hablar muy bien, 'aviéntese' aquí un discurso al pueblo de Coahuila y a los viejos revolucionarios, improvisado, usted en la con-

versación habla muy bien, buen español y muy buenos conceptos, hable usted como habla con nosotros en sus conversaciones, solamente dígalo en voz alta desde el balcón y resultará un buen discurso". Ya que pasó la emoción, los discursos de bienvenida y de los demás oradores, don Manuel Avila Camacho se "arrancó" con un buen discurso, muy conceptuoso, muy sereno, muy revolucionario, en voz muy alta y todos se quedaron petrificados cuando estaba hablando don Manuel, en Saltillo pronunció su primer discurso verdadero y LO HIZO COMO LAS PROPIAS ROSAS. Después de la manifestación, el banquete de rigor; otro día por la mañana, con el permiso del general Avila Camacho, nos fuimos a buscar a su rancho, muy cercano a Saltillo, al general Jesús Sánchez Herrera, que no había concurrido a la manifestación porque estaba comprometido con Almazán. Lo encontramos en su rancho, donde trabajaba toda la semana, menos el domingo porque era muy católico. Estaba en medio de unos surcos dirigiendo la siembra, llenas de polvo sus largas y anchas barbas ya completamente canas. Acosta abrazó a Sánchez Herrera muy, pero muy efusivamente, luego lo abracé yo con afecto y respeto, pues los laureles de Sánchez Herrera no los tenía cualquiera. Cuando se lanzó a la Revolución era un joven muy rico, pero ahora su gran fortuna estaba mermada. No anduvo en el Estado Mayor del Primer Jefe, sino en los campos de batalla, siempre en la línea de fuego. En los combates de Tampico contra los federales lo hirieron dos veces, pues tan luego estuvo medio aliviado de la primera herida, ocupó nuevamente su lugar en la línea de fuego y fue herido por segunda vez. Le dijo Acosta: "Barbón hijo de la chingada, cómo es posible que te manches siendo partidario del traidor hijo de puta de Almazán; ahora te llevaremos Gonzalo y yo aunque sea lazado a ver al candidato general Avila Camacho. Ya sé que tú consideras a don Manuel muy recién llegado a la Revolución, porque yo también y todos los viejos revolucionarios en ese aspecto lo vemos muy 'chiquito'; pero no queda otra alternativa, pues si triunfara Almazán, haría un gobierno más reaccionario que el de Porfirio Díaz". El general Jesús Sánchez Herrera es muy bien hablado (no dice maldiciones, pues aún vive con 98 años de edad) y nos dijo: "Ustedes dos son antialmazanistas antes que avilacamachistas, yo soy anticardenista antes que almazanista". Entonces, me tocó hablar a mí y le dije: "Mira, mi general, Almazán no va a ganar, ya sé que tú eres hombre de muchas convicciones y que no vas con él porque creas en su triunfo, sino como protesta contra los extremismos de Cárdenas; Miguel —le dije refiriéndome al general Acosta— y yo somos tan enemigos del extremismo como tú, pero en política no debe haber caprichos. El medio para hacer que la Revolución siga triunfando en este caso es apoyar al general Manuel Avila Camacho que no es tan católico como tú, pero sí católico, revolucionario con criterio propio y hará su propia política, Cárdenas no seguirá mandando, yo ando

con Avila Camacho en toda la gira, día y noche, pues dormimos en el mismo cuarto, ¿qué me crees tan pendejo sin que en esas condiciones no haya conocido ya bien al general Avila Camacho? El hará su propio gobierno y su propia política". Después nos metimos a la casa del rancho y seguimos hablando mucho, sin copas, pues Sánchez Herrera no toma; por fin lo convencimos y lo llevamos al hotel donde estaba el general Avila Camacho. Don Manuel se volvió a emocionar cuando lo recibió. No se conocían, aunque Acosta y yo ya se lo habíamos pintado. Se abrazaron; el general Avila Camacho le dijo, después de sentarnos: "Yo ante usted, general, me siento su subalterno". Le dio las gracias el general Sánchez Herrera. Acosta y yo nos salimos y los dejamos solos. En esa plática don Manuel, que era muy persuasivo, se lo "echó a la bolsa". Cuando salió el general Sánchez Herrera, le preguntamos Acosta y yo: "¿Cómo te fue?" "Yo —dijo Sánchez Herrera— no estoy arrepentido de haber tenido simpatías por Almazán hasta el día de hoy, pero de ese cuarto —dijo señalando la habitación del general Avila Camacho— salí convencido de que había errado".

La conquista de estos hombres que íbamos haciendo a lo largo de la gira, ponía más feliz al general Avila Camacho que una numerosa y tumultuosa manifestación en su favor, y tenía razón.

Regresamos otra vez a la capital. El general Avila Camacho volvió a hacerse cargo de la dirección del Comité, al frente del cual había quedado el licenciado Miguel Alemán.

Continuamos, cada miércoles, "pegándole" duro a Almazán. Estas sesiones de la Comisión Permanente causaron tanto interés que tuvimos que trasladarnos del Salón Verde de la Cámara de Diputados, donde tradicionalmente sesionaba, al recinto de la Cámara de Diputados, pues el público ya no cabía y con las galerías repletas de gente, nosotros seguimos combatiendo a la reacción.

La siguiente gira fue a la región Lagunera de Durango y Torreón, y a Chihuahua.

En Torreón el pueblo estuvo con nosotros, sobre todo los campesinos que acababan de recibir los terrenos que el presidente Cárdenas había expropiado a los algodoneros. Estos, los expropiados, naturalmente estaban rabiosamente contra Cárdenas, y por reflejo también contra Avila Camacho, pero no dieron la cara. El desfile en apoyo al Partido y a nuestro candidato fue imponente.

Llegamos a Durango y el ambiente era nuestro. El gobernador, general Elpidio Rodríguez, había controlado bien la situación, pero los antiguos revolucionarios y la región de Tepehuanes estaban con Almazán. Sí, los auténticos revolucionarios de Durango, encabezados por el ameritado general de división Domingo Arrieta, que desde el principio de la Revolución Constitucionalista tomó a sangre y fuego la ciudad de Durango y dominó todo el estado, con excepción de las ciudades de Lerdo y Gómez Palacio.

Ahora el general Domingo Arrieta era senador, compañero mío, se había desaparecido de México, ya sabíamos que la reacción lo había "enredado"; este valiente general, que durante la Revolución comandó la División Durango (¡toda una división!), primero fue gobernador y comandante militar del estado, en tiempo de Carranza, después gobernador constitucional del estado ya por elección popular, no sabía ni leer ni escribir, yo lo llamaba "Manomingo". Cuando llegó a senador, descubrió que el licenciado y senador J. Jesús González Gallo era sabio en política durante las sesiones de la alta Cámara. El general y senador Arrieta no se despegaba de González Gallo y se sentaba siempre en una curul pegada a la de él. Cuando se vino la campaña política entre Avila Camacho y Almazán, no le dijo ni adiós a Gallo y se fue para Durango a hacer labor almazanista. Como dato curioso voy a relatar que en la manifestación pro Avila Camacho, el entonces capitán Octavio Villa, hijo del general Francisco Villa (Octavio fue asesinado, siendo teniente coronel, comandante de resguardo en Matamoros, alevosamente, por un contrabandista) iba en el camión que ocupaba el candidato y muy contados miembros de su comitiva; además iban muchas muchachas, entre ellas una hija de Jesús Salas Barraza, uno de los cómplices de la muerte del general Francisco Villa, quien a invitación mía subió al mismo camión. Presenté a la hija de Salas Barraza con Octavio Villa y desfilaron la señorita Barraza y Octavio Villa codo con codo en el mismo camión.

Cuando terminó el mitin, inmediatamente me ordenó el general Avila Camacho que me fuera a buscar al general Domingo Arrieta (a don Manuel le preocupaba mucho contar con los viejos revolucionarios).

Ya que me informé, di con la casa del general Domingo Arrieta. Era una especie de vecindad de un solo piso. En ella vivía él con nueve de sus mujeres, muchas nietas ya grandes con hijos y muchos bisnietos procedentes todos del "mismo garañón, pero de diferentes yeguas"; tuvo más de cincuenta hijos. El general Domingo Arrieta era un hombre muy alto, blanco, de cutis sonrosado, bigotes finos y largos, habla pausadamente, guapo, tipo criollo. A un llamado de él fueron saliendo de los cuartos las madres con los niños. Con todas me fue presentando, diciéndome: "Esta es hija de fulana, ésta es mi 'ñeta' perengana, éste es mi 'bisñeto' fulano". Un chiquillo que estaba agarrado del pantalón del general Arrieta, un niño que no pasaba de los tres años, me dio la manita; yo le pregunté al general Arrieta: "¿Este es tu 'tatarañeto'?" Me contestó: "No, éste es mi hijo". Volví a preguntarle: "¿Es el último?" Manomingo me contestó: "No, el último no, es el más chiquito". Ya que saludé a toda la "tribu" Arrieta, bueno, no a toda la "tribu" porque su hijo, el coronel Tacho Arrieta, era enemigo personal del general Domingo Arrieta (decía Tacho Arrieta: "Yo no puedo estar cerca de estos Arrietas porque han cometido muchas tropelías en Durango"); me fui retirando de la multitud de su "tribu", agarrando del brazo al general

Arrieta y le dije: "¿Tienes algo que parezca sala en esta vecindad?" "Tengo un comedor", me dijo. "Pues vamos pasando ahí", le dije. Ya dentro de la pieza, nos sentamos, empecé a hablarle comenzando por recordarle que él y sus hermanos siempre habían sido unos firmes revolucionarios. Desde el maderismo, el pueblo de Durango lo había seguido como su caudillo, que él estaba obligado, más que muchos, a serle fiel a la Revolución, que el canto de *La Adelita* había nacido entre sus fuerzas, que Adelita misma, viva o muerta, lo obligaba a seguir siendo fiel a nuestra causa, pues Adelita (la de la canción) era una muchacha que Domingo Arrieta se llevó de un pueblo de Durango, por eso a los soldados del general Domingo Arrieta les llamábamos "Los adelitos". Adelita lo acompañó en muchas campañas. Le dije: "De aquí te llevo a ver al general Avila Camacho, que te manda a buscar por mi conducto para darte un abrazo,". El general Domingo Arrieta se quedó pensando un poco, luego me dijo, desabrochándose el saco: "Lo que me debes dar tú en lugar del abrazo que me ofrece el general Avila Camacho, es una camisa, pues mira qué jodido estoy". Me enseñó su camisa vieja y rota. Cuando mi entrevista con el general Pancho González para que no siguiera a Almazán, él se conmovió, pero ahora el conmovido fui yo; se me hizo nudo la garganta. Aquel hombre, aquel general que fue dos veces gobernador de Durango y comandante militar durante muchos años, que había mandado la División Durango, que había tenido a más de doce generales a sus órdenes y que actualmente, en su decadencia, era general y senador de la República, ¿no tenía para camisas? "¡Son chingaderas!, ¡vamos a una tienda", le dije. Entramos en un almacén y le dije al dependiente: "Denle cien camisas al general Arrieta". "No —dijo él—, deme una ahora y me manda once a mi casa". Pagué las camisas y nos fuimos a un merendero, así se llamaban en Durango en aquel tiempo los que ahora se llaman cafés. Seguimos hablando. Me dijo Arrieta: "Todo lo que has dicho de mis deberes para la Revolución es cierto, pero este Cárdenas de a tiro la chinga, va a dejar en la ruina al país, nos va a llevar al comunismo". "Cárdenas —le contesté— no va a llevarnos al comunismo, aunque quiera, pues ya está para salir. ¿Tú has tratado al general Avila Camacho?", le pregunté. "No —me dijo—, no lo he tratado". "Pues ahora vas a tratarlo y si no te convences de que es la persona idónea para ocupar el puesto de presidente de la República; como entrarás, así te sales, sin compromiso ninguno". "¿Qué me dijiste?, ¿que Avila Camacho era la persona qué?". "Idónea", le repetí. El general Arrieta volvió a preguntarme: "¿Qué es eso?". Yo le contesté: "Huevudo". "Ahora sí te entiendo", me dijo, y me lo llevé a ver al general Avila Camacho, se lo "entorilé".

El general Arrieta era muy pintoresco. A mí me decía muchacho desde nuestras campañas de Chihuahua y siempre me siguió diciendo muchacho; lo mismo cuando era yo senador que cuando era gobernador continuó llamándome así.

Esperé la salida de Arrieta. Después de la larga conferencia con el general Avila Camacho, de no menos de dos horas, salieron los dos juntos, don Manuel y el general Arrieta, hasta el corredor del hotel donde estábamos, don Manuel sin sombrero y Arrieta con un gran tejano. Cuando se estaban despidiendo, le dije a Manomingo: "Enséñale tu camisa nueva al general Avila Camacho", y le abrí el saco a Arrieta, se rió y el general Avila Camacho me preguntó: "¿Por qué?" "Porque la Revolución —le dije— ha sido madre amorosa para muchos 'logreros', pero madrastra para hombres de este calibre", y le palmeé la espalda a Arrieta. "¿Qué tiene que ver la camisa con eso?", me preguntó don Manuel; yo le contesté: "Porque Arrieta está tan jodido que traía una camisa vieja y rota, ésta se la compró cuando veníamos para acá, al pasar por una tienda".

Me fui con Arrieta. Don Manuel me dijo: "Se regresa pronto". Fui a dejar al general Arrieta a su casa, en un coche. Me contó que estaba completamente convencido de que yo tenía razón, que yo le había abierto los ojos, pues Almazán era un traidor, pero él no había querido enrolarse con el general Avila Camacho porque era muy poco conocido.

Ya para despedirme del general Arrieta le dije: "Y de amigo a amigo, entre tú y yo, ¿si te dejo un regalo lo aceptas?" El me contestó: "De ti sí, de otro no, porque yo no me vendo". Vacié todo lo que traía en mi cartera y lo eché a la bolsa de Domingo Arrieta. Eso era verdad, el general Domingo Arrieta era de los hombres que no se vendían por ningún dinero.

Regresé con el general Avila Camacho, que estaba muy satisfecho con la conquista de Domingo Arrieta, y me dijo: "Llévele una ayuda económica al general Arrieta, eso que quede entre yo y usted compadre" (así hablaba el general Avila Camacho). "Ya le hice un regalo bastante decoroso —le contesté— y yo le pido que esto quede entre usted y yo, pues Arrieta es muy digno y muy susceptible".

Al día siguiente, antes de que continuáramos para Parral, Chihuahua, llegó a Durango, llamado por el general Domingo Arrieta, su hermano y su segundo que fue siempre en el mando, el general Mariano Arrieta, llamado Don, era mayor que Domingo pero su subordinado. Este general Mariano Arrieta era de muy baja estatura y ancho de cuerpo, sin ser gordo, tenía siete dedos en cada pie, uno con las yemas en la planta y otros invertidos con las uñas para arriba, de voz muy ronca y boca muy grande, como la de los monos. Nos reunimos los tres: Domingo, Mariano, llamado Don, y yo; acordamos llevar a Mariano a presentarlo con el general Avila Camacho pues Mariano también estaba comprometido con Almazán y no quería rectificar, pero una vez convencido, Domingo y yo lo condujimos ante el general Avila Camacho. Yo creí prudente que don Manuel no se entrevistara a so-

las con el llamado Don, pues éste era muy bruto y violento. Una vez que el general Avila Camacho le habló, le dijo de los propósitos que él tenía para gobernar a México en forma patriótica y darle su lugar a los viejos revolucionarios y estando los cuatro reunidos, Mariano Arrieta, por todo discurso, dirigiéndose a don Manuel, le dijo: "Si dice Domingo que vamos a formar con usted, con usted formaremos, pero a uno lo que no le gusta es que lo 'bajen de la sierra'". Don Manuel me dirigió una mirada como que no había entendido bien, yo le dije: "Don Mariano quiere decir que se le deje libremente el mando de la sierra Tepehuanes". Eso dijo el fenómeno Mariano Arrieta. Este general llegó a uniformarse de general hasta con su águila en la gorra y en las hombreras, pero portando unos huaraches *sui géneris* que el huarachero le hacía especialmente dada la deformación de sus pies. La ciencia avanzó mucho y cuando era presidente Adolfo Ruiz Cortines, llevé a Mariano a Los Pinos para que lo saludara y don Mariano Arrieta ¡llevaba zapatos! ¿Donde y cómo se los fabricaron?, eso nunca lo supe, ni se lo pregunté, pero él llevaba zapatos.

De Durango entramos al estado de Chihuahua por Parral. Ahí todos los oradores batieron a la reacción y a Almazán. El general Avila Camacho habló al último, ya sin leer ningún papel; por cierto que lo iba haciendo cada vez mejor y con más aplomo.

La siguiente jornada fue en la ciudad de Chihuahua. Ahí toda la alta sociedad y los capitalistas eran almazanistas, sin embargo, un señor Ballina logró algunos adeptos de este sector para el general Avila Camacho. El comandante militar, general Antonio Guerrero, también controlaba un grupo de ricos, pues él era el más acaudalado de Chihuahua. El gobernador, me parece que era el ingeniero Talamantes, no tenía ninguna significación. En cuanto a la rancherada de Chihuahua, la controlaban el general Rodrigo M. Quevedo y sus hermanos. Los núcleos agrarios, que no eran entonces muy poderosos ni muy fuertes, naturalmente estaban también con la Revolución y la manifestación de Chihuahua fue buena. En Ciudad Juárez fue mejor y más calurosa.

Antes de salir para Ciudad Juárez, por la mañana, fuimos el general Avila Camacho, yo y los generales Rodrigo M. Quevedo, Miguel Z. Martínez, Ignacio Leal, Miguel M. Acosta y los demás militares de la comitiva, a un desayuno preparado en un cuartel por el general Leandro Sánchez Salazar, potosino, comandante de la zona militar. Ahí nos sentamos desde los generales hasta los soldados en la misma mesa, todo un batallón con sus jefes, oficiales y clases. No fue invitado ningún civil. El general Avila Camacho estableció que, en lo sucesivo, desayunaríamos él y sus acompañantes militares con la tropa a donde quiera que llegáramos. Estos desayunos empezaban con discursos de alguno de los oficiales de la corporación respectiva o un sargento y al

final hablaba el candidato, ya para entonces se había revelado el general Avila Camacho como todo un político, ya había aprendido mucho, era muy inteligente.

De Ciudad Juárez regresamos por tren en carro especial de los Ferrocarriles, paramos en Aguascalientes donde la manifestación fue bastante buena, había muy pocos almazanistas, bueno, los de siempre, los Rincón Gallardo, cuyo ancestro había sido marqués y caballerizo mayor de su majestad imperial Maximiliano de Habsburgo, pero eran pocos; los ferrocarrileros de Aguscalientes eran buenos para la piedra, los reaccionarios no se acercaron; el candidato habló en tono mesurado, pero enérgico y ya más conceptuoso.

En Zacatecas era gobernador mi querido y viejo amigo, desde tiempos de la Convención revolucionaria de Aguascalientes, el general Pánfilo Natera. Pánfilo Natera era un indio, posiblemente chichimeca, muy alto, sin llegar a negro, moreno chocolate oscuro, piel muy fina, muy bien presentado y arrogante, muy bueno para el "vidrio" (la bebida), de los hombres más ameritados de la Revolución de entonces.

Pánfilo Natera fue vicepresidente de la Convención y mi hermano, el general Samuel M. Santos, primer secretario (el presidente de la Convención fue el general Antonio I. Villarreal, gobernador de Nuevo León). Este general Natera era muy querido en el estado de Zacatecas. Tenía gran prestigio revolucionario en toda la República; además de gobernador era un verdadero caudillo del estado de Zacatecas, decididamente avilacamachista desde antes de que visitáramos el grupo de senadores al general Maximino Avila Camacho. La manifestación fue espléndida, mucha caballería, pues Natera había sido jefe de la tercera división del Centro durante la Revolución. Sus soldados eran mejores que los del general Arrieta y sus tropas mucho más bien organizadas. Ahí se incorporó a la comitiva, a invitación mía, el licenciado Lauro G. Caloca (el Mole de Olla), que había sido mi contendiente en la Cámara de Diputados cuando la candidatura del ingeniero Pascual Ortiz Rubio, pues Caloca había sido valenzuelista, o sea, partidario de Valenzuela, a quien aparentemente apoyaban para presidente de la República los infidentes, encabezados por el general Gonzalo Escobar y socios. En esa contienda, muchas veces nos enfrentamos Lauro Caloca y yo en la Cámara, estando a punto de llegar alguna vez a las vías de hecho, pero pasado este escabroso incidente continuamos siendo amigos. Eso sí, a propuesta mía fue desaforado como diputado junto con el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama y Ricardo Topete, hasta completar veintiocho desaforados valenzuelistas, y con el comunista Hernán Laborde completamos veintinueve.

Caloca estaba caído, decaído, avejentado y pobre, pero era hombre de convicciones revolucionarias. El había actuado activamente en las

filas de la Revolución. Al correr el tren, presenté a Caloca con el general Avila Camacho, le dije quién era y los dejé platicar solos en el gabinete del *pullman*. "¿Cómo andas de 'jolás'?", le pregunté a Caloca. "Bastante bien —me contestó—, como aquí en el carro especial en que vamos no me van a cobrar la cena ni el desayuno de mañana, llevo en la bolsa lo suficiente para una comida en un modesto restaurant de México". Yo me encargué de que Caloca ingresara a la "Fuerza Aérea Parlamentaria" (de aviador) con dos mil pesos de sueldo mensuales (este sueldo era equivalente al que entonces ganaban los diputados: mil pesos de sueldo y mil pesos de "riego") el mismo día de nuestra llegada a México.

El general Avila Camacho se hizo cargo nuevamente del Comité. Yo me instalé en mi pequeño despacho, estuve leyendo mucha correspondencia y telegramas que de Los Angeles me enviaba el periodista potosino Luis F. Bustamante y de San Antonio, Texas, Fernando de la Garza (la Loba de la Frontera), con adhesiones y noticias, entre ellas algunos artículos del licenciado Nemecio García Naranjo, quien escribía para unos periódicos en español que se llamaban *La Prensa*, de San Antonio, y *La Opinión*, de Los Angeles. Naturalmente, los artículos de García Naranjo eran almazanistas, muy frecuentemente en ellos se acordaba de mí, llamándome algunas veces Nabor, Natividad, otras Narciso, etcétera, siempre nombres que principiaran con N, por referencia a la inicial en mi nombre.

Después, el general Avila Camacho dispuso que emprendiéramos gira por los Estados de Puebla, Veracruz y Oaxaca.

En Puebla, el mando lo tenía el gobernador del estado, general de división Maximino Avila Camacho, digo el mando y no el gobierno, porque mandaba en la zona militar, en la jefatura de Hacienda, en los telégrafos, en el correo, en la superintendencia de los Ferrocarriles y en el episcopado, algo parecido a lo que pasó conmigo años más tarde cuando me hice cargo del mando del estado de San Luis Potosí. La política de Puebla la dirigía, en la parte electoral, el senador Gonzalo Bautista, quien tenía por auxiliares inmediatos al joven licenciado Gustavo Díaz Ordaz y a un grupo de líderes veteranos "picapedreros", pero el general Maximino Avila Camacho, que era hombre muy inteligente, le dejaba manos libres al senador Bautista, que era mucho más capacitado en política que él, tanto en el estado de Puebla como en política nacional. El senador Gonzalo Bautista fue el que sucedió a Maximino Avila Camacho cuando terminó su periodo como gobernador constitucional.

La manifestación en Puebla fue muy numerosa y muy entusiasta, pues además de la situación de fuerza del gobernador del estado, eran muy populares él y el senador Bautista. El candidato, general Manuel Avila Camacho, era también poblano como su hermano Maximino, originarios ambos de Teziutlán. El primer orador fue el senador Bautista,

quien dio la bienvenida al candidato y le "pegó" duro a Almazán. Después habló un líder campesino, siguió un líder obrero, después me tocó hablar a mí y al último al candidato, que ya había dejado muy lejos aquello de leer discursos. Al terminar la manifestación, acompañamos en su coche al general Manuel Avila Camacho el senador Gonzalo Bautista, el general Rodrigo M. Quevedo, el licenciado Ezequiel Padilla y yo. Nos dirigimos al lugar del banquete, donde nos esperaba Maximino. Se trataba de una "modesta concurrencia": tres mil comensales, en la que estaban las Cámaras de Comercio y de Industria de Puebla, incluyendo toda la gachupinada. Con Maximino no se jugaba, no le gustaban los neutrales (ni a mí tampoco). El candidato se alojó en una soberbia quinta propiedad de Maximino.

Otro día por la mañana, a invitación de Maximino, fuimos a desayunar con él, con su señora, con el general Manuel Avila Camacho y con su señora, mi comadre, doña Soledad Orozco de Avila Camacho. Invitados a su mesa el general Rodrigo M. Quevedo, el licenciado senador Ezequiel Padilla, el senador Gonzalo Bautista y yo. Ahí en la charla, Ezequiel Padilla llevó la conversación en forma de discurso grandilocuente, comparando una pitahaya, de las que sirvieron una a cada uno de nosotros, con los soldados finlandeses que estaban combatiendo en la nieve contra los rusos, pues la pitahaya por dentro, en su pulpa, que es enteramente blanca, está llèna de semillitas negras muy pequeñas. Como esa clase de chistes no eran precisamente de nuestro gusto, nos quedamos viendo unos a otros en forma significativa. Terminó el desayuno y seguimos para Atlixco. En el automóvil del general Avila Camacho íbamos las mismas personas que ya nombré, menos Maximino, que se quedó en la ciudad de Puebla. En Atlixco desde hace muchos años ha dominado y sigue dominando el elemento obrero que en aquel entonces pertenecía a la CROM, y que creo que en la actualidad sigue perteneciendo.

Debo hacer notar una cosa: en la manifestación de la ciudad de Puebla los obreros de la CTM llevaban sus bandas de guerra, sus estandartes, pero ni una bandera rojinegra porque Maximino no lo permitió. Esto disgustó al líder de la CTM en Puebla, apellidado Coca pero de quien no recuerdo el nombre. En Atlixco sucedió lo mismo con los obreros de la CROM, quienes no llevaron ni una bandera rojinegra, a las que Maximino calificaba como "trapo inmundo". La recepción de los obreros de Atlixco fue más calurosa que la de los obreros de Puebla y creo que más sincera pues el líder nacional de la CTM, Vicente Lombardo Toledano, no "bebía agua" en Puebla porque le alzaban muchos "pelos" a Maximino. El licenciado Vicente Lombardo Toledano, el general Maximino Avila Camacho y el general Manuel Avila Camacho eran nativos del mismo pueblo, fueron amigos desde niños y compañeros de la escuela primaria. Don Manuel y Vicente Lombardo Toledano siguieron siendo amigos siempre, pero Maximino rompió con

Lombardo Toledano desde que Maximino presentó su candidatura al gobierno de Puebla.

El senador Bautista, previo permiso de don Manuel, se quedó en Atlixco a despedir a los contingentes campesinos que habían venido a la manifestación y a emborracharse con los líderes obreros en una taberna donde lo fuimos a dejar el candidato y nosotros sus acompañantes. Bautista era un gran líder no sólo en Puebla sino en las Cámaras, muy popular, muy simpático, muy inteligente y muy populachero.

Regresamos otra vez a Puebla. En esta ocasión, además de mi compadre, don Manuel Avila Camacho, y mi comadre, su esposa doña Chole, quiso Maximino que me quedara a cenar y a dormir en su quinta, lo que acepté gustoso. Estos dos hermanos, los generales Avila Camacho, tenían prestancia y señorío, aunque de diferentes caracteres. Durante una de las sobremesas vinieron todas las hijas e hijos de Maximino, que no recuerdo cuántos eran, pero si no completaban una docena, estaban muy cerca. Eran de diferentes señoras, pero a diferencia de Manomingo Arrieta en Durango, que vivía en comunidad con todas, Maximino en su casa vivía sólo con su mujer legítima. Don Manuel le empezó a hacer bromas a Maximino, respecto a sus hijos, dijo don Manuel que todos eran flores de diferentes macetas a lo que Maximino, que tenía la pólvora muy cerca, dijo dirigiéndose a mí. "Sí, de diferentes macetas, pero en un solo ramo; hay otros que también podrían hacer un ramo con sus flores, pero no se ocupan de recoger un botón". Don Manuel se puso colorado, yo "metí el capote" cambiando la conversación, pues en ese tiempo mi comadre doña Chole ignoraba absolutamente que el "santo varón" de su marido tuviera once hijos bastardos. Cambié la conversación preguntándole a Maximino que si nos iba a acompañar a su pueblo, Teziutlán. "No —me contestó—, porque le robo cámara a Manuel".

Por la tarde asistimos a un festival que Maximino organizó en honor del candidato en la plaza de toros, donde ocupamos, naturalmente, el palco de honor acompañados de un grupo de muy escogidas bellezas poblanas que recibieron a don Manuel con porras, arrojándole muchas y variadas flores. Cuando la banda de música terminó su audición se abrieron las puertas de los toriles y avanzaron, montados en dos soberbios caballos árabes y vestidos a la andaluza, el general Maximino Avila Camacho, gobernador del estado de Puebla, y quien fuera el coloso del toreo en todo el mundo taurino, Rodolfo Gaona. Ahí sí le robó cámara Maximino a don Manuel; la plaza estaba atestada de gente, la entrada fue gratuita. Maximino y Gaona pararon sus caballos frente al palco de honor, saludando al candidato, lo que provocó una larga ovación, dieron vueltas al ruedo, luego el clarín tocó la llamada para que saliera el toro. Gaona salió y Maximino se "fajó" rejoneando el toro, lo que hizo perfectamente mal pues era muy de a caballo, pero no sabía

rejonear. Le hizo toda la lucha que pudo en la lidia y una vez que no pudo matarlo ni dejar prendido ningún rejón, saltó al ruedo el Califa de León, muleta y espada en la diestra, le hizo una corta faena y lo despachó de una sola estocada. Creo que fue el último toro que mató Gaona, pues ya para entonces tenía cerca de 10 años retirado de los ruedos.

Otro día por la mañana salimos para Teziutlán, donde nos esperaba una gran manifestación de gente de la ciudad y venidos de toda la sierra de Puebla, pues Maximino era respetado y temido, pero don Manuel era muy querido de sus paisanos de Teziutlán. Regresamos a la capital del estado muy satisfechos. Ahí, el candidato, el general Quevedo, el licenciado senador Padilla y yo nos alojamos en la casa propiedad de la familia Avila Camacho. Su madre, doña Eufracina Camacho de Avila, todavía vivía y tuvo la satisfacción de ver entrar a su hijo Manuel en su pueblo natal como candidato a la presidencia de la República.

Durante nuestra estancia en Teziutlán, don Manuel nos habló más de su niñez que de la política. Me contó que en la escuela, Maximino le pegaba a Vicente Lombardo Toledano y que a él lo defendía, que él se sentía más veracruzano que poblano porque desde muy chico acompañaba a su padre con un gran atajo de mulas haciendo arriería para el estado de Veracruz, pero sobre todo para el pueblo de Martínez de la Torre, que don Manuel consideraba el pueblo de su adopción. Los Avila Camacho eran gente acomodada, pero según me contó el general Avila Camacho, el más rico del pueblo de Teziutlán era el padre de Vicente Lombardo Toledano, quien era italiano (lo que no le impidió a Vicente ser candidato a la presidencia de la República más tarde, ni al licenciado Emilio Portes Gil lo incapacitó para ocupar la presidencia de la República, no obstante ser hijo de ciudadano dominicano, de don Domingo Portes. Hago esta consideración porque actualmente muchos políticos de la época exigen la rigurosa aplicación de la Constitución en este sentido). Tambien me contó el general Avila Camacho que una vez que él ingresó a la Revolución y siendo oficial del Ejército Constitucionalista, se encontró en la ciudad de México con su antiguo condiscípulo, el estudiante de Leyes, Vicente Lombardo Toledano, y que tuvo un disgusto con él porque no se dejó convencer para que abandonara las filas de la Revolución de la cual Lombardo Toledano le habló muy mal, según me contó el propio don Manuel.

Después de Teziutlán, seguimos por carretera a Tehuacán, donde se celebró otro mitin y donde sí se notaba en la atmósfera que era fuerte el almazanismo, sólo que obraban muy cautelosamente por "aquello de Maximino".

Por ferrocarril seguimos a la ciudad de Oaxaca, donde los licenciados Genaro V. Vázquez, exgobernador del estado, y el senador Francisco López Cortés (Chico López), también exgobernador, eran

muy fuertes y sostenes del gobernador en funciones, general Chapital (el Chato). La manifestación pro Avila Camacho fue muy bien organizada y muy bien dirigida, los discursos muy bien dichos pues en esto de la política a los oaxaqueños se les "guisa aparte", cuando menos en aquel tiempo todavía quedaban trasuntos de las escuelas juarista y porfirista.

El candidato, el general Rodrigo M. Quevedo y yo nos alojamos en la casa del ciudadano gobernador general Chapital, quien nos trató "a lo grande". Por ferrocarril regresamos a México sin seguir la gira por el Istmo como se había proyectado, pues el general Avila Camacho recibió aviso urgente de que su señora madre se había puesto muy grave. Llegamos a la capital y unos cuantos días después falleció la señora doña Eufracina, madre de los generales Avila Camacho. El cadáver de la señora Camacho de Avila fue trasladado inmediatamente a Teziutlán, pueblo de donde era oriunda ella y toda su familia. El duelo, que empezó en esta capital formando una gran columna, lo precedía en primer término el general Maximino Avila Camacho, que era el hijo mayor, acompañado del general don Manuel y de sus hermanos Rafael y Gabriel, así como de las hermanas. Después en el cortejo, que fue por carretera, íbamos el general Rodrigo M. Quevedo, el senador Ezequiel Padilla, los licenciados José Aguilar y Maya, Francisco Modesto Ramírez y yo atrás de la columna del numeroso cortejo. Llegamos a la misma casa que nos habíamos alojado con don Manuel en la gira, pero ninguno de nosotros ocupó alguna habitación. Velamos juntos, con los hermanos Avila Camacho, el cadáver toda la noche. En la mañana, el cortejo salió de la casa de los Avila Camacho a la iglesia de Teziutlán, a donde condujeron el cadáver de la señora, acompañado de sus hijos e hijas, familiares y muchas personas de su amistad. Yo me quedé afuera en el atrio junto con el general Rodrigo M. Quevedo, pues ni Quevedo ni yo entrábamos en ningún templo, ni entro hasta la fecha en ninguna circunstancia y por ningún motivo, excepto cuando he andado de turista por Europa, India y Asia, donde hay mucho que ver y admirar en los templos religiosos de aquellos continentes; también he visitado el templo católico de Santo Domingo en Oaxaca, unos dos templos en Puebla y uno o dos en la capital, pero siempre con fines turísticos y de admiración arquitectónica. También recuerdo la visita que hice montado en mi caballo moruno a la catedral de Puebla hasta el altar mayor, acompañando a los generales Francisco Coss (Pancho Patada), nombrado gobernador de Puebla, comandante militar de ese estado y jefe de la segunda División de Oriente; Jesús Agustín Castro, nombrado gobernador y comandante militar del estado de Chiapas y jefe de la 21a. división; Samuel M. Santos, nombrado gobernador y comandante militar de Quintana Roo y jefe de la Brigada Santos, y César López de Lara, nombrado jefe de las armas en el Itsmo de Tehuantepec y jefe de las

Brigadas López de Lara, con sus respectivos estados mayores; entramos cabalgando, naturalmente, con nuestros sombreros texanos puestos y una vez que llegamos a la gran nave mayor del templo, el general Pancho Coss pidió voluntarios entre los oficiales que portábamos reatas de lazar, que lazáramos los confesionarios y los sacáramos en rastras hasta el atrio de la iglesia, lo que gustosos hicimos, entre otros, un subteniente recién ingresado, procedente de las filas federales, llamado Agustín Mustieles y que algún compañero le prestó reata porque él no traía. Mustieles después llegó a ser comandante militar de los estados de Oaxaca y Sinaloa y jefe de la Policía del Distrito Federal; se portó muy bien en la campaña avilacamachista y se hablaba de tú con el general Avila Camacho. Por mis deberes oficiales, asistí como embajador de México al sepelio del rey de Bélgica, en la catedral de San Miguel I. Gudul. En el atrio esperamos la salida del cortejo y los acompañamos al panteón. Ahí, cuando ya estaba terminando el sepelio, saqué aparte al general Rodrigo M. Quevedo y le dije: "Aquí tengo seis enemigos". "¿En dónde?", me preguntó Quevedo. "Aquí donde estamos", le contesté. Entonces Quevedo llamó a dos bravos ayudantes que traía y les dijo: "Aquí detrás del senador Santos, muy pendientes de él". Yo le dije a Quevedo: "No son necesarios". "¿No son peligrosos?", me preguntó Quevedo. "No —le contesté—, lo fueron, pero ya no lo son". "¿Por qué?", me volvió a preguntar con curiosidad. "Porque aquí están enterrados, eran de la 'plana mayor' que asesinaron a mi hermano Pedro Antonio y los fusiló el general Francisco Cárdenas (el de Tamaulipas), de acuerdo con mi hermano Samuel y conmigo". A pesar de lo serio que era Quevedo y de lo solemne del acto, se rió. Después, pasado algún tiempo, le conté el incidente a don Manuel y él me dijo que a todos los asesinos los había conocido cuando se fueron a refugiar a Teziutlán con el general Antonio Medina, que les dio protección.

Cuando llegamos a México leímos en los periódicos que el hijo de puta de Almazán había publicado algunas declaraciones criticando al general Avila Camacho que como candidato a la presidencia de la República hubiera acompañado el cuerpo de su madre hasta a la ceremonia religiosa que le hicieron en la iglesia. Decía Almazán (quien era un mocho ultramontano) que eso lo había hecho el general Avila Camacho para atraerse la simpatía de los católicos. Don Manuel, que era todo prudencia, calma y ponderación, se puso tan furioso que me dijo: "Voy a buscar a este canalla de Almazán y le voy a pegar en la cara, aunque ello me cueste la candidatura a la presidencia". Maximino, que estaba presente, le dijo a don Manuel: "Tú no vas, a este cabrón lo voy a buscar yo, pero no para cachetearlo, sino para ametrallarlo". A los dos los llamé a la calma y les dije: "Qué gordo le haríamos el caldo a la reacción si cualquiera de ustedes cometiera una imprudencia tan imperdonable como sería ésa, vámonos calmando todos y mañana que es miércoles

hay sesión de la Comisión Permanente, estén ustedes pendientes en la radio para que no pierdan detalle y van a oír cómo le ajusto las cuentas a este Iscariote". Don Manuel, que era sumamente curioso, me preguntó. "¿Qué va usted a hacer mañana en la Permanente?" Le contesté: "Aniquilar a Almazán y darle el dolor de tripas más grande que ha tenido en su vida". Insistió don Manuel en que le dijera mi plan, yo me negué y le dije: "Hasta mañana después de la sesión vendré a platicar con usted", y me retiré.

Derrota del almazanismo. Presidencia de Avila Camacho

Abrimos la sesión de la Comisión Permanente y ya que se leyeron algunos documentos de mero trámite y siguiendo el plan que yo había trazado, habló primero el licenciado senador Ezequiel Padilla, diciendo más o menos que Almazán había perdido todo sentido de caballerosidad, si es que alguna vez lo había tenido, al criticar el acto valiente del general Avila Camacho, de entrar al templo en los funerales de su madre y exponerse a lo que de él pudieran pensar revolucionarios jacobinos y poco reflexivos: "Yo —dijo Padilla—, en el caso de Almazán, le hubiera puesto un telegrama a mi adversario, dándole el pésame por el fallecimiento de su madre.

Luego habló el licenciado José Aguilar y Maya, el Chile Relleno produjo un discurso sangriento y burlesco contra Almazán, pero lleno de tantos latinajos que yo no puedo reproducirlo, pero que causó hilaridad entre parlamentarios y público de las galerías, que estaban atestadas. Según me contó después el general Avila Camacho, no obstante la pena de que estaba embargado, que ante las ocurrencias latinizadas de Chile no pudo aguantar la risa. Aguilar y Maya fue educado en colegio de jesuitas antes de ser universitario.

Terminado el discurso de Aguilar y Maya fui yo a la tribuna y la "raza" de las galerías empezó a armar una gritería dirigiéndose a mí diciendo: "Dale caldo, dale caldo". Empecé mi discurso en tono calmado diciendo: "Ya no hay caldo, ahora se acabaron los caldos, se acabaron los fideos y sólo queda para Almazán la otra sopa, los 'jodeos', pero para que digiera esta sopa Almazán, en esta sesión le voy a administrar una doble purga compuesta de saldhiguera y agua de carabaña". Continué mi discurso diciendo, más o menos: "Almazán no pudo haber asistido a los funerales de su madre, ¡porque no tiene madre! (borrasca y gritería en las galerías). Almazán el traidor miente al asegurar que el acto de filial ternura que tuvieron el general Avila Camacho y sus hermanos, al estar presentes en los funerales de su señora madre en el templo de Teziutlán, fue con el fin de hacerse simpático a los católicos de México. Al general Avila Camacho y a nuestro Partido, que es el de la Revolución Mexicana, interesan los católicos de México en cuanto a que son ciudadanos mexicanos, pero no tienen ningún interés, ni el

candidato ni el Partido, en conquistarlos como afiliados a una religión y menos interés tienen para nosotros, LOS AGUAS BRONCAS DE LA REVOLUCIÓN ,que no tenemos más religión que la Revolución y la Constitución emanada de la misma. Ahora que se acabaron los caldos, ahí le va a Juan Manchas Andrew Almazán la doble purga de saldhiguera con agua de carabaña que aquí le voy a suministrar: ¡a Almazán no le entregaremos el poder ni por la buena ni por la mala. Espero que el Iscariote y los centuriones que lo acompañan me estén oyendo por la radio, pero por si no lo han oído bien lo voy a repetir desde esta alta tribuna: ¡a Almazán no le entregaremos el poder ni por la buena ni por la mala! Creo que Almazán Picaluga y sus fariseos entienden muy bien lo que aquí estoy diciendo, pero para que lo comprendan mejor lo voy a repetir por tercera vez: ¡a Almazán no le entregaremos el poder ni por la buena ni por la mala!"

Aquello fue el descojonamiento y el delirio, pues a nuestra gente, digo a la nuestra, siempre le ha gustado que se le hable con hombría, con valor y con resolución.

Esta sesión fue la culminación de la campaña presidencial en que contendieron el general Avila Camacho y Almazán en lo que respecta a nuestra ofensiva contra la reacción y su candidato, hasta antes de las elecciones.

Yo comprendo que este discurso mío en la Comisión Permanente no fue una obra magistral de oratoria, fue una puñalada en el hígado de Almazán, el nuevo Miguel Miramón de la reacción.

Al otro día aparecieron cuadros llamativos, en la primera plana de todos los periódicos, de un telegrama extraurgente dirigido por Juan Andrew Almazán al general Lázaro Cárdenas, presidente de la República, a Palacio Nacional. En ese telegrama, Almazán me "denunciaba" ante el presidente de la República por mi discurso en lo relativo a mi afirmación tres veces sostenida de que el senador Santos asegura que al general Juan Andrew Almazán no le entregarán el poder ni por la buena ni por la mala". También le preguntaba Almazán al general Cárdenas: *"¿Qué facultades tiene el senador Gonzalo N. Santos para decir ante la faz de la nación que al general Juan Andrew Almazán no se le entregará el poder ni por la buena ni por la mala? Espero, C. Presidente* —decía Almazán—, *que desmienta usted en la forma más pronta y rotunda al senador Santos, que desbordando su pasión política, se abroga facultades que no tiene"*. Aparte de estos telegramas de Almazán al presidente de la República, que venían publicados en todos los periódicos, también venían escandalosos comentarios en toda la prensa por su propia cuenta. Ninguno de éstos eran en mi favor, todos en contra, unos más rabiosos que otros, pero todos solidarizándose con los conceptos de Almazán. Venía un comentario, en no recuerdo qué periódico, en forma de editorial que se titulaba "El Alazán Desbocado"

y que pedía al presidente de la República que me agarrara de la rienda y me parara en seco. Tres, cuatro o tal vez más días, estuvieron repitiéndose los llamados telegráficos de Almazán al presidente Cárdenas; los comentarios en los periódicos duraron más tiempo, pues ya se sabe que a la prensa le gusta mucho el "mambo". Pero el general Lázaro Cárdenas ya tiene varios años de muerto y todavía Almazán debe estar esperando que le conteste al séptimo infierno en que se encuentra pues, según Dante, es el lugar que corresponde a los traidores. Cárdenas no contestó nunca una sola palabra, lo más curioso es que jamás, ni entonces ni después en las muchas, largas e íntimas conversaciones que tuve con el general Cárdenas, ni cuando él era huésped en mi rancho ni cuando yo era huésped en su rancho Galeana en Apatzingán, ni él ni yo hicimos un solo comentario de este asunto. Es que los revolucionarios, cuando verdaderamente lo somos, nos entendemos sin necesidad de palabras.

Hubo un editorial, firmado por el licenciado Román Badillo, viejo agrarista, concuño del licenciado Soto y Gama y en este caso adversarios pues Soto y Gama era almazanista y el licenciado Román Badillo avilacamachista. El licenciado Badillo puso como título a su artículo "Tiro de gracia a Almazán". Hizo un amplio y caluroso elogio a mi discurso, diciendo entre otras cosas: "El senador Gonzalo N. Santos tiene razón al decir que a Almazán no se le entregará el poder ni por la buena ni por la mala, pues entregárselo sería una traición de lesa Revolución".

Al día siguiente de estas "purgas" que le hice tragar a Almazán y que seguramente le hicieron doler las tripas, fui a visitar al general Avila Camacho. El estaba gozoso y me dijo: "Esto estuvo muy bien porque a Almazán no le queda más recurso que levantarse en armas, ¿qué otra cosa puede ofrecerle a sus partidarios?" Yo le contesté con toda conciencia y conocimiento de causa: "Pues Almazán en este brete lo único que puede ofrecer a sus partidarios es levantarse en armas y con eso los va a entretener de aquí a las elecciones, después se va a rajar y se fugará al extranjero cobardemente, porque Almazán se levantaba en armas contra el gobierno de la Revolución por diferentes causas reaccionarias para hacerla de gavillero, de ladrón de ranchos y caminos, pero con una gavilla le era fácil huir, fuera felicista, pelaecista o de 'acólito de la Junta Patriótica' que encabezaban en San Antonio, Texas, los huertistas doctor Aureliano Urrutia, asesino del doctor Belisario Domínguez, y el licenciado Nemesio García Naranjo, pero ahora que es jefe nato del Partido de la reacción, al levantarse en armas tendrá que formar un núcleo de alguna importancia y él sabe que lo batiríamos y lo exterminaríamos fácilmente; ¿no, compadre?, Almazán no va a levantarse en armas aunque le apliquemos un cautín al rojo vivo en el culo. Creo que en esta sesión lo hemos puesto en condiciones de que si la ensarta pierde y si no la ensarta, también pierde". Don Manuel

estaba muy contento. En eso anunciaron al general Manuel Pérez Treviño, a quien había yo conquistado para la candidatura pro Avila Camacho. Pérez Treviño era el callista que más valía, más que Amaro y que todos los demás callistas juntos; me felicitó y me abrazó muy eufórico por la "mangana" que le eché a Almazán en la Permanente y le dijo al general Avila Camacho: "Gonzalo tiene mucha razón, Almazán no se levantará en armas y eso se lo digo a usted con tristeza pues qué bueno sería que lo hiciera para que la Revolución le cobrara de un solo golpe todas sus traiciones". Yo les dije al general Avila Camacho y a Pérez Treviño: "Almazán antes era un pinche bruja y ahora es un ladrón enriquecido y no se la va a jugar".

Ese mismo día hablé con el general Maximino Avila Camacho por teléfono a Puebla y me invitó a uno de sus ranchos, que estaba cerca de Jalapa, en el estado de Veracruz, de nombre La Soledad y allá fui gustoso. Maximino estaba rodeado de varias damas encantadoras. Tan luego me vio Maximino me dijo: "Pelón Tenebroso, eres muy hombre, me dan ganas de besarte los huevos". Yo le dije: "No, prefiero que eso lo haga alguna de estas señoritas". Después de la comida y la celebración del putazo que le había yo dado a Almazán dos días antes en la Comisión Permanente, regresé a México a seguir navegando.

Después emprendimos la marcha para Veracruz. En el puerto jarocho casi no había enemigos y si los había eran de muy poca significación porque no se notó. En Veracruz la manifestación fue muy calurosa, fuerte y bien organizada pues el secretario general del Comité pro Avila Camacho era el licenciado Miguel Alemán, gobernador del estado, veracruzano, y el presidente del Partido de la Revolución Mexicana, que así se llamaba entonces, era el general don Heriberto Jara, ameritado revolucionario y distinguido constituyente, también veracruzano; de suerte que las fuerzas revolucionarias que dominaban por completo el estado de Veracruz estaban unidas.

Prosigue la campaña

De Veracruz regresamos a la capital y después de unos días emprendimos marcha para Guadalajara, de donde era gobernador el licenciado Silvano Barbas González, hombre muy simpático, aficionado a las carreras de caballos al estilo charro, muy bueno para el "vidrio", para bailar sones de la costa, hombre de encerrona, con muchos amigos personales, pero no era líder. El diputado Margarito Ramírez, líder de la Cámara de Diputados Federales y con fuerza en los distritos de Zacualco y Atotonilco y además de un fuerte grupo ferrocarrilero, por no decir líder supremo de los rieleros de la división Guadalajara-México; el general Marcelino García Barragán era también jefe de un regimiento

en Autlán, el diputado Basurto Limón, jefe de un núcleo campesino importante, y el licenciado J. Jesús González Gallo, que oficialmente ocupaba el puesto de secretario de planeación en el Comité avilacamachista, pero de hecho fungía como secretario particular de don Manuel, pues, oficialmente su secretario particular era el mayor Waldo Romo Castro, un iletrado, procedente de la clase tropa. El licenciado González Gallo controlaba un núcleo político fuerte en el distrito de Yahualica, de donde era oriundo.

En Guadalajara no se notó enemigo por ninguna parte pues todos los políticos revolucionarios estaban con el general Avila Camacho y el diputado Margarito Ramírez, líder de la Cámara de Diputados, también con alguna fuerza en Jalisco, era decidido partidario del general Avila Camacho, de quien además era íntimo amigo.

Seguimos nuestra marcha para Nayarit y Sinaloa. En Nayarit las cosas andaban bien, pero no hubo nada notable.

Al tratar la gira por Sinaloa (tengo que decir que en Mazatlán y Culiacán nuestras entradas fueron triunfales y sin novedad), estaba de comandante militar del estado el general Agustín Mustieles (trígamo), de procedencia exfederal, quien se incorporó con nosotros en Puebla en 1914, en la brigada 21, que comandaba el general José Agustín Castro. Mustieles se hablaba de tú con el general Maximino Avila Camacho y con el general Manuel Avila Camacho. La parte más delicada de esta gira estuvo en Los Mochis, donde había dos núcleos avilacamachistas, uno de ellos los obreros cañeros de la CTM, que se apodaban la Checa y se creían comunistas porque Vicente Lombardo Toledano se los hacía creer.

En Los Mochis había dos candidatos para gobernador del estado de Sinaloa: el senador coronel Rodolfo T. Loaíza, apoyado por el gobernador coronel José Delgado y, sobre todo, por el brazo y cerebro de Delgado, el senador José María Dávila (Chema), quien además era secretario de gobierno del estado, y la franca simpatía del general Lázaro Cárdenas, todavía presidente de la República, quien tenía muy especial estimación y afecto por Loaíza. El otro candidato a gobernador era el ingeniero Guillermo Liera, apoyado por el general Avila Camacho, candidato a la presidencia de la República, y por Vicente Lombardo Toledano. A Loaíza lo apoyábamos decididamente los senadores, pero en Los Mochis había un fuerte núcleo de obreros cañeros que pertenecían a la CTM. Como dije antes, ellos se creían comunistas, pero tenían elevados salarios, muchas prestaciones, cantinas y burdeles donde gastar con entera libertad. Estos obreros estaban bajo Vicente Lombardo Toledano; Loaíza tenía a su gente de un sector popular de la población y, además de los cañeros, había otros grupos obreros de Los Mochis.

El general Avila Camacho dispuso que las dos manifestaciones desfilaran juntas, más bien dicho pegadas una a la otra y que los dos candi-

datos a la gubernatura del estado permanecieran a su lado en el balcón viendo el desfile. Dirigiéndose a los candidatos, el general Avila Camacho les dijo: "Manden hablar con sus líderes y díganles que les recomendamos, tanto ustedes como yo, que guarden compostura, que vitoreen a sus candidatos respectivos, pero que no lancen ni un muera a nadie". Ni Loaíza ni Liera contradijeron al general Avila Camacho; mandaron algunos emisarios para que hablaran con sus líderes, pero cuando estos "enviados diplomáticos" iban por la calle con el fin de cumplir su misión, le dije yo al general Avila Camacho: "Esto no puede ser, mi general —pues consideraba yo que estaba hablando en actos estrictos del servicio—, si las dos manifestaciones desfilan juntas va a ser un 'despanzurradero' inevitable". "¿Por qué?", me preguntó el general Avila Camacho." "Pues si en un acto de estos —le contesté—, en lugar de campesinos, obreros y masa popular de dos bandos enardecidos y con la pasión desbordante, se tratara de una manifestación de puros frailes con una división de intereses como la que tenemos aquí enfrente, se lazarían mutuamente con sus escapularios y se quebrarían los rosarios en la cabeza unos a otros; figúrese, mi general, lo que va a pasar si revolvemos estas dos manifestaciones". Loaíza me daba la razón, Liera permaneció callado. El general Avila Camacho insistió en que así se hiciera el desfile en pro de la unidad de los nuestros en Sinaloa.

Desfilaron primero los partidarios de Liera, que eran más numerosos que los de Loaíza. Los dos o tres mil cañeros que venían a la vanguardia de la columna obrera, partidarios de Liera, traían unas caricaturas de Loaíza en las que éste estaba pintado como afeminado; también traían unos tridentes como esos que pintan y dicen que usa el diablo para freír a los malos cristianos en el infierno y que son una arma terrible, los traían empotrados en mangos de palo muy largos, no como los que se usan en los surcos, sino especialmente para perforar loaicistas y al pasar bajo nuestro balcón le gritaron insultos que podían haber ruborizado a la más "grifa" de nuestras soldaderas , toda vez que ya se sabe que las "Juanas" son más mal habladas que los "sardos". Loaíza aguantó el "chaparrón" con ejemplar serenidad: pero Chema Dávila, que había sido uno de los "enviados diplomáticos", se bajó del balcón y salió a la calle como jefe de los "diplomáticos" de Loaíza para evitar zafarranchos, pero cuando la columna de Loaíza alcanzó a los partidarios de Liera, que habían hecho alto frente al balcón, los cañeros se volvieron en "carga napoleónica" sobre los loaicistas, quienes viéndose atacados tan ferozmente, retrocedieron un poco para no estar al alcance de los trinches del diablo, sacaron sus pistolas y les "encendieron" a los de Liera. Se produjo una terrible revuelta y una balacera que se extendió por todas partes. Chema Dávila había quedado "cortado" por la plaza y lo tenía sitiado un numeroso grupo lierista que le hacía fuego, los montados abrían gaza en sus reatas para lazarlo, en esa condición

estaba Chema Dávila cuando llegó, enviado por mí, mi ayudante Pedro Angel Mendoza. A Chema Dávila ya se le estaba acabando el parque, pero Mendoza llevaba ocho cargadores del mismo calibre 45 que usaba Chema y violentamente le pasó cuatro. Ya los dos haciendo fuego contra sus contrarios, se fueron retirando, pero con muchas dificultades porque estaban rodeados; en eso llegó el coronel Cordero, jefe de día, acompañado de su escolta, entonces los cañeros de Liera le hicieron fuego cerrado al coronel y sus acompañantes, ahí quedaron instantáneamente muertos el coronel jefe de día y varios de sus soldados. Los restantes los recogieron Pedro Mendoza y Chema Dávila, quienes se retiraron siempre disparando hasta que lograron salir del cerco. Cuando yo mandé a Pedro a reforzar a Chema Dávila, ya sabía yo que Chema estaba en una situación muy comprometida, pero pasado un rato más y que el fuego no cesaba por todos los rumbos de la ciudad, llegó hasta donde estaba yo alguien que no recuerdo quién fue y me dio parte de que Chema Dávila había sido muerto. Este informante equivocado seguramente huyó de la trifulca cuando Pedro Mendoza y Chema Dávila se estaban batiendo bravamente y cayó muerto el coronel Cordero, y nuestro informante lo confundió con Chema.

Don Manuel estaba rojo, yo creo que de pena, y yo sin hacer referencia a mis previsiones por no herirlo, le dije: "Aquí el responsable de esto es Liera". "¿Por qué?", me preguntó don Manuel y yo le dije: "Porque los partidarios de Liera venían portando caricaturas sumamente injuriosas para Loaiza y si éste tuvo un control sobre sí mismo, no lo pudo tener sobre sus partidarios que venían pegados a la manifestación de Liera; usted y todos vimos que se volvieron a atacarlos con sus trinches".

Ya casi de noche, del "Campo de Agramante" se habían levantado muchos muertos e infinidad de heridos, más del lado de Liera que de Loaíza porque estos atacaron a los loaicistas en grupos cerrados y los de Loaíza estaban "graneados" en las calles y sabían pelear mejor. Eso fue el desmoche, nos retiramos al carro especial del ferrocarril que teníamos en la estación de San Blas. Don Manuel no quiso cenar ni yo tampoco. Ahí no iba Padilla ni Aguilar y Maya, de los acompañantes habituales del candidato, solamente íbamos el general Rodrigo M. Quevedo, yo y los ayudantes de don Manuel. Ya en el carro, me dijo don Manuel: "Este zafarrancho lo va a aprovechar Roberto Cruz". El general Roberto Cruz, que había sido inspector general de Policía del Distrito Federal (lo que ahora se llama jefe), durante casi todo el gobierno del general Calles, se rebeló junto con los generales Manzo, Topete, Escobar, Aguirre y socios en 1929 y se desterró, cruzando a caballo todo el territorio de los estados de Sinaloa y Sonora y se internó en Arizona. Permaneció en el destierro hasta que se produjo la división de los generales Cárdenas y Calles. Una vez desterrado Calles por el presidente Cárde-

nas, Cruz regresó al país y se fue a vivir a su tierra natal, Sinaloa. Roberto Cruz era candidato a senador almazanista por el estado de Sinaloa, con fuerte partido de pura gente de armas tomar. El siempre fue muy valiente, durante la Revolución hizo un gran papel, llegó a mandar una división en los combates de Ocotlán, Jalisco, contra el general infidente Enrique Estrada y seguidores, ahí Cruz fue herido de alguna gravedad y ascendido por el general Obregón a general de división, es un viejo revolucionario muy ameritado que tuvo un disgusto personal con el general Calles y se rebeló en 1929 contra el gobierno de Portes Gil.

Siguió diciéndome el general Avila Camacho: "Según las noticias que tengo, Cruz está prácticamente levantado en armas, aunque todavía no actúa, pero ya está acampado en uno de sus ranchos dispuesto a entrar en acción cuando lo crea oportuno y aprovechará esta matanza entre los nuestros". Yo le contesté al general Avila Camacho: "Mi general, hay un viejo principio militar que usted debe conocer tan bien como yo, 'ni guardia que no te toque, ni servicio que no te pidan', pero no hay regla sin excepción; yo soy muy amigo de Cruz y creo que puedo irlo a buscar para ver si puedo convencerlo de que no le vuelva a errar; lo conozco mucho, somos amigos muy íntimos, compañeros de fiestas charras y de camerinos en el teatro Lírico; su señora me tiene particular estimación; yo creo —seguí diciéndole al general Avila Camacho— que estoy en la obligación, tanto para nuestra causa como para mi amigo Roberto Cruz, de ir a verlo y tratar de convencerlo". Entonces don Manuel me dijo muy calmadamente y hablando muy pausadamente: "No, compadre, ya hubo hoy una mantanza por mi falta de experiencia en cuestiones políticas, yo quería que los dos grupos de avilacamachistas, aquí en Los Mochis, hubieran llegado hasta las elecciones sin que hubiera sangre entre los nuestros, pero ya vio que fracasé y no quiero que por mi culpa y después de haberse usted escapado tantas veces de Cedillo cuando mi general Cárdenas lo traía de plenipotenciario, ahora quede usted muerto en Sinaloa a manos de Cruz". El general Roberto Cruz, con la estimación y afecto que le profeso, debo decir, porque es la verdad, que siempre fue muy sanguinario, no menos que los más y con esa política tuvo en un puño al Distrito Federal en lo que a delincuencia se trata, pero yo lo conocí de amigo y de verdadero amigo pues cuando me traje al general Samuel M. Santos y diecisiete generales más delahuertistas rendidos, de Chilapa, Guerrero, a Iguala, el general Cruz recibió a los generales rendidos que yo le entregué y los mandó a un hotel detenidos bajo su palabra de honor y a mi hermano Samuel junto conmigo nos alojó en su propio carro especial, habiéndole ordenado a su jefe de Estado Mayor, general Manuel Enríquez (no confundirlo con Miguel), que le cediera su cama al general Santos y se acostara él en un sofá. Naturalmente, ese rasgo de generosidad que tuvo Roberto Cruz con mi hermano caído lo hizo por el gran afecto que

nos hemos tenido siempre él y yo, afecto que se acrecentó en mí con ese rasgo de hombría y caballerosidad. Basado en eso yo tenía plena seguridad de que si no convencía a Roberto Cruz yo regresaría sin novedad. Con Cruz no había el temor que con la horda cedillista, pues él sabía mandar y su gente lo obedecía disciplinadamente.

Después de hablar mucho con el general Avila Camacho, me dijo: "Bueno, que en nuestra conciencia quede que usted va más que voluntariamente". "Sí, mi general —le contesté—, al fin y al cabo nuestras conciencias se prestan para eso y para algo más". Los dos nos reímos y partí a mi comisión en la noche, conseguí un carro de sitio ahí en Los Mochis, el chofer conocía muy bien el camino al rancho de Roberto Cruz y para allá me enfilé.

El general Roberto Cruz

Es el general Roberto Cruz un hombre muy alto y muy fornido, moreno, de muy buen parecer, cruzado (mestizo) de español-indio mayo, lengua que domina a la perfección, para hablar grita fuertemente, su conversación y sus carcajadas pueden oírse a quinientos metros de distancia, ha sido un poco autodidacta, ha viajado por Europa, pero al fin se concentró en su tierra natal, Los Mochis, Sinaloa, terrateniente, propietario de grandes agostaderos que heredó de su padre en el estado de Chihuahua, limitando con Sinaloa, era un gran jinete y un formidable lazador a pie y a caballo, charro muy completo, pero no del estilo de los que desfilaban atrás de la carroza de Maximiliano y Carlota, sino de agostadero; entró rico a la Revolución y tuvo el acierto de salir más rico; cuando era jefe de la Policía del Distrito Federal, fundó la compañía *El Popo*, fábrica de llantas que todavía existe, no sé si él seguirá siendo dueño de esa fábrica o la habrá vendido. Ahora tiene ochenta y seis años y hace seis que no nos vemos, hasta los ochenta estaba entero, aunque ya un poco sordo.

Llegué a la casa del rancho del general Cruz, como ya dije, por la noche, alrededor de las diez. Cuando paró el taxi, en que iba yo, frente a la casa y bajé, vi a Cruz rodeado por un grupo de amigos rancheros, eran diez o doce. A Cruz se le pintó la sorpresa en la cara al verme y pegó un grito: "¿Es posible que sea Gonzalo Santos?" Yo le contesté, recordando a Eca de Queiroz: "Es posible, yo soy y aquí me tienes visitándote". Algunos de los acompañantes de Cruz me conocían, otros no, pero con todos me presentó. Les dijo: "Este es el famoso Gonzalo N. Santos, líder de la campaña avilacamachista, a quien todos ustedes deben conocer por su fama". Yo les dije: "A sus órdenes, amigos, pero a famoso no le gano a Roberto Cruz". Los visitantes de Cruz ya estaban

despidiéndose de él cuando yo llegué y no tardaron en ausentarse, pero llegó sorpresivamente y muy contenta, hasta donde estábamos Cruz y yo, su esposa, mi muy estimada y querida amiga Luz Anchondo de Cruz (QPD). Lucita me abrazó, saludándome al estilo sonorense, es decir, con gritos de alegría: "Esta sorpresa —me dijo— me llena de alegría, cuánto gusto tengo de verte, Gonzalo. ¿Ya cenaste?", me preguntó. "No —le dije—, pero primero quiero platicar con Roberto y si tienes algo preparado, después cenaremos". "Sí —me contestó—, tengo menudo, 'pues'". "Le entramos, Lucita —le dije—, pero después de platicar con Roberto". Ya solos, me preguntó Roberto Cruz: "¿Qué andas haciendo a estas horas por estos 'andurriales'?, ahora como está de revuelta la región y con la matanza que hubo en Los Mochis, si en el camino para acá te pasa algo me hubieran echado a mí la responsabilidad". Yo le dije: "No te preocupes, Roberto, no me pasa nada, los muertos de hoy en la mañana en Mochis de uno y otro bando no me pueden perjudicar, los que quedaron vivos, los están velando y los demás escondidos en sus casas rehuyendo responsabilidades". "Ya me contaron —me dijo Roberto Cruz— cómo estuvo la matazón entre unos y otros, pero tú seguramente que estás más enterado de cómo se desarrollaron los acontecimientos". Yo le conté brevemente mi versión, callándome que el general Avila Camacho había dispuesto que desfilaran las dos manifestaciones juntas y le eché la culpa de todo al ingeniero Liera. "¿Y por qué no lo impediste —me dijo— tú que eres el caporal de esta manada?" "No lo pude hacer —le dije— porque ya entre Liera y Loaíza habían convenido que los dos bandos desfilaran juntos". "Bueno —me dijo—, no esperaba verte por aquí en esta cueva de un almazanista". "Vengo a verte —le dije— para hablar contigo. Que te hayas levantado en armas contra el gobierno y que te hayas dejado engatusar por Manzo y por Topete fue un error de tu parte, pero no he venido aquí para recordártelo; pero tú, revolucionario verdadero, maderista, constitucionalista, obregonista, ¿te dejas enredar en la maraña que encabeza Juan Andrew Almazán? Eso no lo puedo comprender, no lo haces por despecho al gobierno de Cárdenas porque no te han tocado ni una hectárea de tus ranchos ni te han molestado en lo más mínimo desde que regresaste del destierro, tú no tienes porqué estar lastimado, nunca has sido un político, siempre has sido soldado, y de los buenos; en el bando revolucionario te estimamos y te queremos por tu hombría y por tus muchos méritos revolucionarios; no estás jodido para que te hayas comprometido con la reacción por necesidad ni por sacar la tripa de mal año como muchos pobres compañeros engañados han sido seducidos por Almazán. No, Roberto —le dije—, tú sabes muy bien lo que arriesgo viniéndote a ver a este lugar y a estas horas de la noche, no por lo que a ti respecta, pues sé que eres todo un hombre, no atentarás, ni dejarás que ninguno de los tuyos lo haga, contra un amigo que viene

a verte en son de paz y con el deseo de convencerte de que estás en un error y que vuelvas a nuestras filas, tú mismo me acabas de decir los peligros que corro en el camino". En eso estábamos cuando Lucita hizo irrupción en la salita de la casa del rancho al estilo sonorense, es decir, a voz en cuello. La señora Cruz, que entre paréntesis era muy guapa y muy elegante, era prima hermana de los generales Fausto (el Ciego) Topete y de Ricardo Topete. Me dijo Lucita: "Qué bueno que hayas venido, Gonzalo, pues Roberto no agarra experiencia con el fracaso anterior a que lo llevaron sus malos amigos, sino que ahora anda enredado con ese tal Almazán, que yo ni conozco, pero ya sé que es un sinvergüenza; te lo he oído decir a ti muchas veces por radio cuando hablas en la Cámara de Diputados y yo te apoyo en todo lo que le estás diciendo a Roberto; sácalo de esta maraña en que lo han metido". Acto seguido, renové mi ataque, reforzado y moralizado por el apoyo de Lucita. "Mira —le dije a Cruz—, con Almazán estás jugando al gana-pierde, si ganan ustedes te va a ir más mal que si ganamos nosotros, ¿qué no te acuerdas que tienes muy ofendida a la reacción y al clero porque uniformado de general de división y acompañado de tu segundo, el general Gómez Velazco, fusilaste, a una cuadra del Caballito (estatua a Carlos IV), el ingeniero Guillermo Vilchis, el cura Pro Juárez y a su hermano Humberto Pro Juárez, primeros autores del atentado contra el general Obregón? ¿Qué no recuerdas que los periódicos reaccionarios de entonces hicieron hincapié en que cuando tú presenciabas los fusilamientos saboreabas con deleite un gran puro habano? Ellos te lo cobrarían muy caro, Roberto" (Efectivamente el general Roberto Cruz estrenó uniforme de general de división de magnífico corte en esa "ceremonia" y permitió la entrada a todos los periodistas y fotógrafos que quisieran ver la ejecución. A una pregunta que le hizo uno de los periodistas de que por qué iban a verificar esos fusilamientos precisamente a las doce meridiano, es decir, al medio día, Roberto Cruz le contestó: "Vengo a ordenar la ejecución de estos tres terroristas y no a dar entrevistas ni a contestar preguntas, los que quieran pueden permanecer presentes y tomar nota de lo que dentro de unos minutos va a acontecer, pero quien quiera hacer otra pregunta, que se salga del edificio de la Jefatura de Policía". En primera plana de todos los periódicos salieron las fotografías del ingeniero, el cura y su hermano, vivos, recargados en el paredón y luego muertos cuando tres sargentos de la policía montada les dieron sus "pases al cielo" en forma de tiro de gracia. El general Roberto Cruz no dejó de fumar su puro durante todo el acto y a su lado el general Gómez Velazco). Intervino Lucita diciéndole: "Abre los ojos, Roberto, y si no los abres, Gonzalo te los viene a abrir". Roberto Cruz movió la cabeza y dijo: "A este Gonzalo lo hizo el diablo y cuando lo acabó de hacer rompió el molde". "Gracias —le contesté yo—, me halaga tu cumplido, aunque tú no estás hecho precisamente de pechuga de

ángel". Los dos nos reímos; bueno, me reí yo, Roberto Cruz nunca se ríe, siempre suelta sonoras carcajadas.

"Danos otro whisky, Lucita", le dijo Roberto a la señora Cruz. Nos tomamos el whisky a "paso veloz", pues Lucita nos estaba invitando a que pasáramos a cenar y dar cuenta del menudo sonorense.

Para no alargar mucho esta relación, voy a referirme al resultado: convencí al general Roberto Cruz de que se subiera conmigo en el mismo taxi que me había llevado, pues a esas horas él no tenía su chofer y la emprendimos después de cenar, primero a Los Mochis, por donde pasamos sin oír ningún ruido que no fuera alguno que otro llanto de los velorios, pero no nos paramos y llegamos a la estación de San Blas a las seis en punto de la mañana. Ahí llevé domesticado al "Lobo de Asís" ante la presencia del candidato a la presidencia de la República, general Manuel Avila Camacho. Subí yo primero y después Roberto Cruz al carro especial del general Avila Camacho que estaba "en vía muerta" con órdenes de que no lo movieran hasta que yo regresara. Los oficiales del general Avila Camacho y sus acompañantes estaban empezando a vestirse y cuando me encontré con el capitán Pérez Rulfo, que era el ayudante personal del general Avila Camacho y que dormía en el suelo, atravesado en la puerta de la habitación de don Manuel, se incorporó y me dijo al oído: "¿Cómo le hiciste para traer a Cruz?" Yo no contesté nada y me siguió diciendo: "Mi general no se ha levantado todavía". "No importa —le dije—, yo lo levantaré". Pérez Rulfo desatrancó la puerta del gabinete; me metí de rondón. El general Avila Camacho estaba con la cara llena de jabonadura y una *Gillette* en la mano, rasurándose, vestido en camiseta y calzón corto de los llamados BVD, ya he dicho que no usaba pijama; le dije: "Mi general, aquí está el general Roberto Cruz en este carro, esperando ser recibido por usted". "¿Cómo? —me dijo—, ¿aquí presente?" "Sí, señor, aquí está presente el 'Lobo de Asís'", le contesté. Con la alegría pintada en la cara, el general Avila Camacho me dijo: "Sólo déjeme acabar de rasurar y vestirme y luego hablamos con él". "No —le dije—, yo ya hablé toda la noche, ahora viene a hablar con usted". "¿Y qué le decimos?", me preguntó. "Usted sabe muy bien lo que tiene que decirle, lo que le dijo al general Arrieta, al general Francisco González Villarreal y lo que le dijo a otros generales distinguidos que andaban enredados con Almazán; pero este caso es diferente —le dije— y deberá ser tratado de diferente manera, pues Cruz es muy rico, muy orgulloso y es candidato a senador por Sinaloa del partido almazanista, esa situación se la tenemos que respetar". "Sí", me contestó el general Avila Camacho.

Como don Manuel sabía que yo había pasado por Los Mochis dos veces, una de ida y otra de regreso, me preguntó: "¿Se ve muy triste la población?" Yo le contesté: "No mucho, hay varios velorios y por lo tanto están rodando el whisky, el coñac, el tequila y la cerveza, pues

usted sabe que los velorios de nuestra gente se parecen mucho a las bodas, además el pueblo de Los Mochis es muy rico, los cañeros tienen muy elevados salarios y son muy gastadores". Esto le dije a don Manuel con muy "mala leche" y por joderlo un poco. El me cambió la conversación rápidamente diciéndome: "Ya no me entretenga con plática porque me voy a tardar más, espéreme afuera".

Terminó de arreglarse el general Avila Camacho y salió. Al acercarse Cruz, se dieron un fuerte abrazo. El general Avila Camacho lo pasó al gabinete y se quedaron solos a conferenciar. Cuando terminaron su entrevista los generales Avila Camacho y Cruz, abrió la puerta del gabinete don Manuel y me llamó, invitándonos a Cruz y a mí a que nos sentáramos y nos dijo: "Ya hemos aclarado dudas mi general Cruz y yo, ya hemos limado asperezas, el único punto en que no está de acuerdo mi general Cruz es que queremos incluirlo en la planilla de nuestro Partido como candidato a senador y que renuncie a la postulación que le hace el partido almazanista, mi general Cruz no ha aceptado esta proposición". Yo le pregunté a Cruz: "¿Por qué no aceptas, Roberto?; desde el momento que te has metido en política tienes que obrar como político". Cruz no habla, siempre grita y me contestó: "Porque eso sería una 'chaqueteada' muy fea, quedaría yo en ridículo y desprestigiado". Conociendo yo a Cruz como lo conozco, comprendí que no debíamos insistir en ese punto y luego repentinamente le dije, para que no tuviera tiempo de pensarlo mucho: "Bueno, danos tu palabra de honor a mi general Avila Camacho y a mí de que no te levantarás en armas aunque se levante Almazán y que de aquí a las elecciones harás 'huelga de votos caídos', lo que no quiere decir que dejes de depositar el tuyo en el sentido de tu compromiso, pero nada más, no te pedimos otra cosa y así todo quedará bien solucionado". Roberto Cruz pensó un poco y luego dijo: "¿Eso de 'huelga de votos caídos' quiere decir que yo no desarrolle ninguna actividad en favor de Almazán?" "Sí —le contesté—, eso quiere decir, pero también recuerda que te he pedido que nos des tu palabra de honor de no levantarte en favor de Almazán en ningún caso". Se paró Cruz muy derecho, también el general Avila Camacho y yo nos paramos; el general Cruz, con esa voz estentórea que acostumbra dijo: "Queda sellado el compromiso, queda empeñada mi palabra de honor de no levantarme en armas y no desarrollaré ninguna actividad electoral; pero eso sí, el día de las elecciones iré a depositar mi voto en el sentido de mi compromiso político, denle instrucciones a sus partidarios, aquí en Los Mochis, de que me respeten para no tener que ir acompañado a la casilla y hacerme respetar". El general Avila Camacho le dijo: "Mi general, la pura presencia de usted se hace respetar, por su personalidad, pero yo también voy a empeñar mi palabra de honor con usted de que esa casilla los nuestros dejarán que la tomen los almazanistas, usted designará el per-

sonal de la casilla y puede ir acompañado o solo, pero le reitero mi palabra: será usted respetado".

Salimos del carro acompañando a Cruz el general Avila Camacho y yo. A todos los presentes Cruz les fue gritando: "¡Buenos días, señores!" Todos nuestros compañeros se paraban y le contestaban: "¡Buenos días, mi general!" Ya en la plataforma del carro antes de bajar las escalerillas, le dije al general Avila Camacho, en presencia de Cruz: "Compadre, me voy a dejar a Roberto hasta su rancho, que esta lejos, para que usted no retarde su itinerario para Sonora, creo que debe usted ordenar al conductor del tren que enganche su carro y yo lo alcanzaré mañana como pueda". Entonces Cruz dijo: "Tú tuviste el valor de ir a buscarme solo hasta mi rancho y acompañarme hasta aquí, ¿crees que yo no tengo el valor suficiente para pasar solo y de día por Los Mochis?" Le dije: "Sé que te sobra valor para eso y para más, pero es mi deber ya no de cortesía, sino de amigos, acompañarte hasta tu casa; Lucita podría pensar que soy grosero y mal amigo". Cruz me dijo: "Lucita te conoce mejor que yo, por ella no tengas cuidado, yo no permito que se demore el tren de mi general Avila Camacho ni que tú pierdas tu conexión con él en su gira, vamos dándonos un abrazo y tú te quedas". Se abrazaron primero el general Avila Camacho y Cruz, luego nos abrazamos Roberto y yo y ahí nos despedimos.

Aquello causó expectación en todo el estado de Sinaloa. Roberto Cruz no se volvió a parar en el centro almazanista, escogió el personal de la casilla donde iba a votar entre sus mejores centuriones. Cuando llegaron las elecciones, Cruz cumplió su palabra y el general Avila Camacho, acordó el ingreso de Roberto Cruz al ejército como general de división. Dio órdenes el general Avila Camacho de que marchara el tren y cuando empezó a caminar me llevó al gabinete y me dijo: "Ahora es muy temprano para beber, pero después del medio día nos vamos a echar yo y usted, compadre, unas copas de doble ración a la salud de este acontecimiento, pues a Almazán en Sinaloa lo acabamos de capar". "Eso está un poco difícil, compadre", le contesté. "¿Por qué?", me preguntó. Le dije: "Porque Almazán no tiene huevos".

La campaña allende las fronteras

Seguimos rumbo a Sonora, donde el gobernador era el general Román Yocupicio, indio yaqui de pura sangre, muy buen soldado de infantería y con mediana cultura. Yocupicio también se levantó en armas en 1929, pero a la caída del general Calles, Cárdenas, muy zorro político, apoyó a Yocupicio para que fuera gobernador del estado y

alrededor de él se aglutinaron todas las fuerzas revolucionarias de Sonora; Yocupicio, yaqui y obregonista, no tuvo competidor pues el caído callismo en Sonora no fue fuerte, aun cuando dominaba don Plutarco como Jefe Máximo, si bien es cierto que impuso a su hijo Rodolfo (alias el Tapial) como gobernador del estado, pero tuvo que meterlo con calzador pues el obregonismo siguió siendo la fuerza decisiva en Sonora muchos años después de muerto Obregón, hasta el gobierno del licenciado López Mateos.

Entramos a Sonora por Navojoa, donde la población recibió con entusiasmo al general Manuel Avila Camacho, especialmente los indios mayos. Yo llegaba como a mi casa, pues en Sonora se sabía de mi inquebrantable obregonismo de siempre. Ahí estaba presente Yocupicio, quien acompañó al candidato y a su comitiva hasta el quiosco de la plaza, donde un ciudadano le dio la bienvenida al candidato en español y un indio mayo le dirigió su salutación en su lengua. Contestó don Manuel dando las gracias al pueblo de Navojoa y de Sonora en general mencionando elogiosamente al general Obregón y a la valiente tribu mayo, teniendo mucho cuidado de no mencionar ahí a los yaquis porque conocía muy bien la rivalidad ancestral entre las dos tribus.

Antes de salir de Navojoa para Hermosillo, fui a visitar a su casa a Mariquita viuda de Obregón a nombre del general Avila Camacho y en el mío. Mi familia y yo quisimos mucho a Mariquita mientras vivió, después seguimos la amistad con sus hijos y nietos.

Continuamos para Hermosillo, donde esperaba al general Avila Camacho una soberbia manifestación. Estaban concentrados los ocho gobernadores yaquis al frente de su tribu. Un ciudadano de Hermosillo dio la bienvenida al candidato en español y el gobernador del estado, general Yocupicio, hizo la presentación del candidato en yaqui. Contestaron uno o dos "jilgueros" jóvenes y después don Manuel. Cuando terminó de hablar el candidato, se arremolinó la tribu frente a la tribuna y empezaron a gritar: "¡Gonzalo! ¡Gonzalo! ¡Gonzalo!", y siguió la gritería de los yaquis diciendo: "¡Gonzalo!" "¿Por qué es usted tan popular entre los yaquis, compadre?", me preguntó don Manuel, y antes de que yo le contestara, Yocupicio le dijo; "Lo queremos mucho por obregonista, Obregón lo estimaba mucho". Yo, con permiso de don Manuel para que no se fuera a pensar que andaba yo robando cámara, me metí entre los yaquis a saludarlos de mano y abrazo. Ellos, a invitación mía, me acompañaron hasta donde estaba el candidato para que lo saludaran de mano, a lo que don Manuel accedió muy gustoso y le preguntó a uno de los yaquis: "¿Dónde conocieron ustedes al senador Santos?" El yaqui le contestó: "Aquí en Sonora, cuando venía con el general Obregón". Otro yaqui espontáneamente dijo: "Yo conocí la Gonzala en Palacio Nacional, cuando estaba de guardia con la Obregona".

Yo le dije al yaqui: "Te conozco, pero no me acuerdo cómo te llamas". El me contestó: "Capitán Mori", entonces yo lo recordé muy bien.

En Sonora no había ni sombra de almazanismo, indudablemente que había algunos reaccionarios y algunos callistas resentidos, pero no se notaron.

De Hermosillo le mandé un telegrama urgente al general Agustín Mustiles diciéndole: "El candidato necesita tu presencia inmediata aquí, verifica viaje sigiloso acompañado sólo por un ayudante". Firmado, solamente: Gonzalo. En aquel entonces no había avión, pero mientras el candidato recorría el resto del estado de Sonora, Mustieles llegó a Hermosillo, efectivamente acompañado de un solo ayudante. Se me presentó en el *lobby* del hotel y casi en secreto me dijo: "¿Qué órdenes tienes para mí?" "Aquí no te las puedo decir —le dije—, vamos a mi cuarto". Ya en mi habitación, con mucho misterio le empecé a decir a Mustieles: "El asunto es muy grave y delicado, pero muy necesario para la salud del candidato". "¿Qué le pasa a don Manuel?", me preguntó Mustieles. "Pues le sucede —le dije— que anda muy recargado de pólvora, porque no ha tenido reposo en la gira y quiere que le consigas a la reina del carnaval de Mazatlán". Mustieles se demudó y pasado un momento me dijo: "¡Chinga a tu madre!" Después lo llevé con don Manuel y le dijo Mustieles: "Vine a que me confirmes las órdenes que por conducto de Gonzalo me diste". El general Avila Camacho nos vio alternativamente a Mustieles y a mí, interrogándome con un movimiento de cabeza, como diciendo: "No me acuerdo". Entonces Mustieles le dijo: "Este Gonzalo es un hijo de la chingada", enseñándole mi telegrama. Luego le contó la "comisión" que le había conferido don Manuel por mi conducto. Conforme se fue sabiendo en la comitiva el motivo del viaje de Mustieles, se iba produciendo una permanente carcajada. Don Manuel, que era muy conciliador, le dijo a Mustieles: "Lo que pasa es que don Gonzalo (así me llamaba algunas veces) tenía muchos deseos de verte y como eres comandante militar de un estado, ésta fue la forma más discreta que encontró para invitarte a que nos acompañes". Pero Mustieles, que era muy vivo, no se la "tragó" y dijo, haciéndonos enérgicos "violines" a don Manuel y a mí: "Tengan sus ganas de verme, par de cabrones, éste fue un acuerdo entre ustedes dos para reírse a mis costillas, hijos de la chingada". Mustieles nos acompañó unos días y sólo muy de vez en cuando recordábamos el tema y él siempre contestaba a cualquier insinuación al asunto de la reina "rayándonos" la madre al general Avila Camacho y a mí.

Después del rotundo triunfo en Sonora, el general Avila Camacho se trasladó por barco, vía Guaymas, a la Baja California, pues entonces no había ni ferrocarril ni carretera y por los Estado Unidos no podía pasar pues la Constitución obligaba a los candidatos a no salir del país un año antes de la elección. En la Baja California no había problema pues ahí

vivía el general Abelardo Rodríguez, expresidente de la República y ex gobernador de la Baja California Norte, por lo tanto, en todo ese territorio la voz de Abelardo Rodríguez era definitiva.

Yo me fui por ferrocarril Subpacífico para Los Angeles, California para iniciar mi comisión como secretario del Comité pro Avila Camacho del México de afuera y también para satisfacer propios anhelos, ya que no estuvo a mi alcance en toda la gira por el Noroeste ni la reina del Carnaval en Mazatlán, ni ninguna princesa de pueblo, pues aunque en Sinaloa tenía yo muy buenas relaciones sociales, lo agitado de la campaña no lo permitió.

Desde la campaña presidencial del ingeniero Pascual Ortiz Rubio, como ya dije antes, siempre yo había manejado las campañas presidenciales al México de afuera y tenía, por ese motivo, muchos contactos con nuestros compatriotas de los Estados Unidos, además de la colaboración de los cónsules, sobre todo el cónsul general en San Antonio, Texas, señor Rafael de la Colina, y mi amigo y compañero de la Revolución Alfonso Pesqueira, con quien tenía yo personal amistad desde nuestra entrada a México en agosto de 1914, y con su hermano Roberto V. Pesqueira desde 1912, cuando mis hermanos Pedro Antonio y Samuel fueron como diputados al Congreso de la Unión. Roberto y mis hermanos pertenecían al mismo Bloque Renovador que formaron los diputados maderistas en la 26 Legislatura. Roberto y mis hermanos se veían diariamente y con ese motivo, desde entonces, fuimos amigos de tú.

Alfonso Pesqueira era un gran cónsul, dominaba desde niño perfectamente el inglés, conocía California desde antes que estallara la revolución maderista. El y su hermano Roberto se habían educado en Los Angeles, por lo que me era de gran utilidad.

Hicimos un mitin de masas al que concurrieron muchos miles de nuestros compatriotas y "chicanos". Tomó la palabra el presidente de la Junta Patriótica Mexicana, declarándose partidario del general Avila Camacho. Después habló el presidente de la Cámara de Comercio Mexicana en Los Angeles, un bigotón, rico, muy simpático, originario de Los Altos de Jalisco, cuyo nombre siento no recordar, pero sí recuerdo que le decían el Hambriado, precisamente porque era un gargantúa, comía mucho y muy bien. El Hambriado había formado un club de *gourmans* (no de *gourmets*), él era el presidente del club que se llamaba El Club de los Hambriados, él volvió a cooperar conmigo ahí en California cuando fui, ocupando el mismo puesto que ocupaba entonces, con la representación personal del licenciado Gustavo Díaz Ordaz y con la representación del PRI, que me otorgó el presidente del Comité Nacional de nuestro tres veces heroico Partido (PNR, PRM, PRI), licenciado y general Alfonso Corona del Rosal. En el mitin hablaron también otros dos oradores y una profesora mexicana de apellido Garza Mar, lamentando no recordar su nombre, quien pronunció un encendido y patrió-

tico discurso. Ella atacó duramente a Almazán con conocimiento de causa, pues era hija de un revolucionario de San Pedro de las Colonias, Coahuila, de donde ella era oriunda y siendo muy chica presenció, naturalmente desde su casa, los combates que sostuvieron las fuerzas constitucionalistas de la División del Norte al mando del general Francisco Villa contra las fuerzas federales comandadas por el general José Refugio Velazco. El discurso pronunciado por la señorita Garza Mar era capaz de conmover hasta a un búfalo del agua, ¿qué sentiría yo, como revolucionario, como mexicano, como representante del candidato a la presidencia de la república postulado por el Partido de la Revolución Mexicana?, pues se me enchinó el cuerpo y cuando contesté fui muy ovacionado. Seguramente mi discurso les caló hondo a nuestros compatriotas en el extranjero porque estuvo dictado por la pura convicción revolucionaria y por la más pura emoción patriótica. Los ataques de la señorita profesora a Almazán me autorizaron para desbordarme en invectivas contra la reacción y su más nuevo y manchado cabecilla, Juan Andrew Almazán.

Terminado el mitin me fue a dejar, en automóvil, el cónsul Pesqueira a la residencia de mi amigo, el conde Zaruba de quien ya he hablado en capítulo anterior, ya para entonces teníamos diez años de amigos el conde Zaruba y yo. El cónsul Pesqueira no bajó del automóvil pues tenía mucho que hacer con los mexicanos por la "alebrestada" que yo les fui a dar.

El conde y la condesa me recibieron como siempre, con mucho afecto y gentileza; cada vez que visitaba yo a mi opulento amigo el conde Zaruba, la condesa esperaba a saludarme, platicar un rato conmigo y luego, dándole un beso al conde, se retiraba a sus múltiples compromisos sociales, en seguida el conde sacaba de una vitrina su *Stradivarius* y empezaba a tocar melodías de Bohemia y a reprocharme el porqué había yo dejado el coñac y "abrazado la causa" del whisky; llamaba a la Negra, así en español: "Negra, sírvele a mi amigo, el senador, una champaña fría como el corazón de la condesa (yo creo que en esto el conde no tenía razón). Para mí un copón de coñac y para la Negra nada"; la Negra se reía cumpliendo sumisamente las órdenes del conde. Después de tocar varias melodías en el *Stradivarius* el conde se apoderó del teléfono y media hora más tarde, nos acompañaban tres "imperios" en forma de mujeres, las cuales repartimos equitativamente (pues según la urraca es el copete), dos "imperios" para mí y un "imperio" para el conde, entonces recordaba yo a mi amigo y compañero de luchas políticas David Orozco, diputado por Jalisco, que cuando se casó llevó a vivir a su esposa Elena a su *garzonier* y en la primera visita que le hice para felicitarlo por su matrimonio, lo aparté de su señora y le pregunté: "¿Pero aquí vas a vivir con tu esposa?, ¿no te vas a cambiar, mañana o

pasado?" "No —me contestó el Grandote Orozco—, aquí vivo muy a gusto". "Pero ni siquiera has cambiado los muebles", le dije. El me contestó: "A los muebles no les pasaba nada". Bueno, pues a los muebles del conde Zaruba tampoco les pasa nada y durante los tres días que estuve en Los Angeles, aunque hubo cambio diario de "realezas" y sobraron el whisky, el coñac y la champaña con lo que el conde Zaruba me agasajaba, me convencí de que a los muebles no les pasa nada; pero a mí sí me pasaría el día que yo quisiera aplicar esta filosofía de mis amigos, cuando menos no me libraría de recibir algunos bastonazos en la cabeza y un abandono, por lo menos temporal, por lo que llegué a la conclusión de que a los muebles de mis amigos no les pasa nada, pero a los míos tampoco les pasaría si alguna vez me atreveria a invitar delicadas mariposas a mi casa y como tengo poco pelo en la cabeza, las cicatrices se me verían muy feas, prefiero hacer el "daño" como el tigre: lejos de la corralera, en la montaña y no como el vil tlacuache, que se va a robar las gallinas a la cocina con el escándalo de las cocineras y con el riesgo de ser muerto a garrotazos.

En Los Angeles me despidieron los miembros del Club de los Hambriados con una espléndida cena. Este Club lo presidía, como ya dije, el Hambriado. Ahora que ha habido una reunión dizque para resolver los problemas de la humanidad "encalmada", he recordado el Club de los Hambriados que eran unos grandísimos tragones y se me ocurre: ¿por qué no le pondrán a estos países en lugar de subdesarrollados o del Tercer Mundo "El Club de los Hambriados"? Después de la cena en Los Angeles me despedí del cónsul, del presidente de la Junta Patriótica y de los Hambriados.

Tomé el tren Subpacífico para San Antonio, Texas Este ferrocarril, que en los Estados Unidos es muy bueno, aquí en México en lugar de Subpacífico se le llama el "subpaciencia". Ahora no sé cómo anda, pero en aquel tiempo hacía de Nogales a México hasta cinco días de camino.

Llegué a San Antonio Texas, donde me esperaba, previa cita anterior, mi amigo de siempre, el flamante gobernador del estado de Nuevo León, general Bonifacio Salinas Leal. A Bonifacio lo venía acompañando el general Miguel Henríquez Guzmán, comandante de la zona militar de Nuevo León. Al general Henríquez Guzmán yo lo había conocido en Tampico, siendo él capitán de Estado Mayor del general don Pablo González y yo capitán de Estado Mayor del general Jacinto B. Treviño. Henríquez Guzmán en ese tiempo era el ayudante del general González que se hacía notar más, era muy correcto, de buenos modales y se daba cierta importancia, pues procedía del Colegio Militar. Sirvió al Ejército Federal con Huerta, en ese bando yo no sé a qué acciones de guerra haya concurrido, pero ya en las filas de la Revolución nunca supe que Henríquez Guzmán hubiera estado en ninguna gran batalla; parece que combatió algo en el Sureste a los delahuertistas bajo las

órdenes de su cuñado, el general Vicente González, que también era de procedencia federal (los burros se buscan para rascarse unos con otros). Desde Tampico en 1915 no nos habíamos vuelto a ver el entonces capitán Miguel Henríquez Guzmán y yo. En esa época nos conocimos y nos tratamos un poco, solamente en plan de camaradas, sin llegar a tener amistad por lo breve de nuestros encuentros. Enríquez Guzmán sabía muy bien quién era yo y yo sabía quién era el ahora general; se trataba del principal concesionario de la construcción de carreteras en la República, asociado con el entonces senador y coronel Dámaso Cárdenas, hermano del general Lázaro Cárdenas, y con su hermano Jorge Henríquez Guzmán, apoyados por el presidente de la República, general Lázaro Cárdenas. Este asunto ocasionó que el presidente Cárdenas recibiera muchos ataques y censuras. Los hermanos Henríquez Guzmán, por lo que pude ver después de su gigantesca fortuna, Jorgito Henríquez Guzmán se llevó la parte del león, su hermano Miguel se llevó la parte del tigrillo y Dámaso Cárdenas se llevó la parte del zacamixtle.

Ahí en San Antonio nos reunimos en la suite de un hotel los tres, Bonifacio Salinas, Miguel Henríquez Guzmán y yo. Llamé por teléfono al doctor Francisco del Río Cañedo a quien ya en un capítulo anterior he relatado cómo lo saqué de la maraña vasconcelista, lo que le valdría más tarde, en tiempos del gobierno de Alemán, llegar a embajador de México y jefe del Departamento de Turismo. Se reunió con nosotros, en el hotel, Yuco del Rió (así le llamábamos), era muy simpático, veracruzano, muy bien relacionado, bien conceptuado como doctor, no tan sólo entre la colonia mexicana, sino entre los americanos. Además de su buena posición social y profesional, Yuco del Río llegó a los Estados Unidos en 1924 comisionado por el infidente Adolfo de la Huerta a comprar armas y parque para la rebelión, pero Yuco del Río, que vio la mala causa perdida, seguramente que pensó: "De que se lo coman los moros a que se lo coman los cristianos, que se lo coman los cristianos", y como Yuco del Río se consideraba a sí mismo como un buen cristiano, se "clavó" los doscientos mil morlacos del águila, de oro, se quedó a vivir en Estados Unidos y a educar a sus hijos, respaldado por la reserva en "lana" que había traído del campo delahuertista. Yuco y yo llevábamos una íntima y estrecha amistad.

Cuando llegó Yuco al hotel, le dije: "Contigo somos cuatro los aquí reunidos, de ti depende que nos pasemos el tiempo bebiendo y contando chistes malos o que lo pasemos en forma eufórica y placentera para darle algún sentido a nuestra parranda". Yuco, que era muy vivo, inmediatamente se paró y dijo: "Sí, pero yo sólo puedo traer enfermeras". Le dije: "Pues anda por las enfermeras cuanto antes, pero escógelas entre las más bonitas". "Son católicas", me contestó Yuco. "Pues aunque sean monjas, pero ve a traerlas a paso veloz", le dije.

Mientras Yuco se fue a cumplir su "piadosa comisión", Henríquez Guzmán, Bonifacio y yo empezamos a platicar de política. Saqué un libro que traía en mi véliz y les empecé a leer capítulos a los dos generales. Se trataba del *Manifiesto del general Leonardo Márquez*, general reaccionario, el asesino de Tacubaya. Henríquez Guzmán se interesó demasiado por la obra, que no conocía, la edición era original de los años mil ochocientos sesentas y cuanto más leía yo algún capítulo, más interesado se mostraba Henríquez Guzmán. A Bonifacio no le interesaba esa lectura. Antes que regresara Yuco con su "preciosa escolta", me dijo Henríquez Guzmán: "Nos hemos tratado poco, pero siempre he tenido admiración por usted, sin embargo, no lo creía a usted tan documentado y tan conocedor de la historia, le voy a pedir por favor que me preste este libro para llevárselo al general Lázaro Cárdenas, le gustará mucho". Yo le dije: "No, porque Cárdenas no me lo devolverá". "Yo me comprometo a regresárselo", me dijo Henríquez Guzmán. Después de estarme insitiendo mucho, y yo negándome, le dije: "¿Me da usted su palabra de honor y de soldado, delante del general Bonifacio Salinas, aquí presente, de que me regresará usted este libro?". El me contestó: "Le doy mi palabra de honor, de soldado y de caballero que le regresaré el libro". Yo se lo facilité, pero el libro nunca volvió a mis manos (Más adelante relataré mi encuentro con el general Miguel Henríquez Guzmán en Palacio Nacional, siendo presidente de la República el general Manuel Avila Camacho y Henríquez Guzmán, pretendiente a la presidencia de la República).

Llegó Yuco del Río acompañado de cuatro "monumentos", con lo que "abrimos la sesión". En San Antonio Texas, lo mismo que en los Angeles, Calofornia, esta vez no había enemigo como lo hubo, y fuerte, cuando la candidatura del licenciado José Vasconcelos; por lo tanto, nos dedicamos los cuatro amigos ahí presentes a olvidar nuestras preocupaciones políticas.

Al día siguiente, ya que se había ido Yuco del Río con las samaritanas, nos reunimos Henríquez Guzmán, Bonifacio y yo en mi suite del hotel. Les pedí informes de cómo andaba la reacción en Nuevo León, particularmente en Monterrey, donde había nacido la candidatura de Almazán. Nada nuevo me informó Bonifacio. "La clase alta y más de la mitad de la clase media, partidarios de Almazán, una minoría de clase media, compuesta por burócratas, maestros, empleados del gobierno federal y del gobierno del estado, avilacamachistas, las organizaciones obreras: cerradamente avilacamachistas, los más calientes —me dijo— son los ferrocarrileros, pero el resto del estado lo tenemos dominado completamente". "Bueno —le dije—, muchas gracias por estos informes, pero esto lo he visto yo con mis propios ojos en Monterrey, yo quiero averiguar cómo va la conspiración para el levantamiento que Almazán está preparando". Habló primero el general Bonifacio Salinas

y me dijo: "Está con licencia ilimitada del ejército el general Andrés Zarzosa Berástegui (procedente de la escuela de aspirantes que estuvo en la Ciudadela con Félix Díaz, almazanista rabioso. Otra vez los burros se buscan para rascarse unos con otros). Este Zarzosa —siguió diciendo Bonifacio— día y noche está dedicado a trabajar la oficialidad del campo militar en el sentido del levantamiento con Almazán, aquí a Miguel —dijo refiriéndose al general Henríquez Guzmán— le corresponde informarte cómo anda este asunto". Entonces Henríquez Guzmán me dijo: "Aunque Andrés Zarzosa y yo fuimos compañeros en el Ejército Federal, yo nunca fui felicista (esto era cierto), pero Zarzosa anda muy activo y está acostumbrado a conspirar, desde lo de la Ciudadela no llevamos buena amistad, porque yo permanecí leal al gobierno del señor Madero y no estuve en la Ciudadela con Félix Díaz, a ellos, que sí fueron felicistas, les llamábamos 'los ciudadelos', aunque Félix Díaz desapareció pronto de los acontecimientos políticos, pues es bien sabido que Huerta lo corrió, los militares felicistas, ya dispersos del felicismo, prestaron sus servicios en las filas federales y, desde entonces, Zarzosa se incorporó a Juan Andrew Almazán, con el que ha militado siempre, cualquiera que hayan sido las causas a las que se afilió Almazán, estoy seguro de que Zarzosa se la está jugando con ganas. No es cobarde". Yo le contesté a Henríquez Guzmán: "No puede ser cobarde, porque es de raza de valientes, es nacido en Río Verde, San Luis Potosí, de una familia de bravos, los Berástegui. ¿Y qué piensan hacer?", les pregunté a los dos generales. "Pues yo estoy listo —me dijo Bonifacio— y aunque logre seducir a un fuerte núcleo militar, nosotros les presentaremos combate". Henríquez Guzmán dijo a su vez: "Zarzoza indudablemente que cuenta con bastante oficialidad, pues hace poco que dejó Almazán el mando de la zona militar en Monterrey y Zarzoza era su jefe de Estado Mayor". "¿Y qué piensa usted hacer?", le pregunté nuevamente al general Miguel Henríquez Guzmán. El me contestó: "Esperar los acontecimientos y cualquier brote reprimirlo con energía". "Pues yo pienso de manera diferente a ustedes dos", les dije "¿Qué piensas?", me preguntó Bonifacio Salinas. Yo le dije: "Chingar a Zarzosa, pero 'decentemente' luego luego que pasen las elecciones y este trabajo le corresponde a usted —dije dirigiéndome a Henríquez—, pues si se tratara de un político civil peligroso, sería a Bonifacio a quien correspondería resolverlo, pero se trata de un general que ni siquiera está retirado del ejército, pues sólo disfruta de licencia ilimitada, por lo tanto, el asunto corresponde resolverlo a la zona militar. Tú —le dije a Bonfacio— encárgate de ponerle un turno de tres hombres de confianza que cada ocho horas se releven, convirtiéndose en sombras de Zarzosa; busca a tus mejores sabuesos, que se vistan bien y traigan dinero en la bolsa para que puedan entrar a cualquier lugar que entre Zarzosa, que no lo pierdan de vista ni un momento y que tengan los teléfo-

nos tuyos —le dije a Bonifacio— y del general Henríquez para que no se vaya a 'pelar' en un momento dado y después de las elecciones, lo más pronto posible, usted —le dije a Henríquez— mande un oficial de confianza con un pelotón o, si el caso lo requiere, una sección de tropa y agarre a Zarzosa con 'las manos en la masa' y chínguelo". Me dijo Henríquez: "¿Y si no lo hallan con 'las manos en la masa?" Yo le contesté: "Esa es muy poca dificultad para hombres de carácter, agarran la masa y se la embadurnan en las manos y asunto que terminó". Henríquez comprendió bien mi metáfora pues pasadas las elecciones presidenciales salió en todos los periódicos de Monterrey y de la capital que una sección de tropas había ido a detener al general Andrés Zarzosa pues estaba conspirando abiertamente contra el gobierno, que Zarzosa había huido subiéndose a unas azoteas, desde donde hizo algunos disparos; los soldados contestaron el fuego, Zarzosa quedó muerto y venían algunas fotografías de 25 o 30 fusiles máuser (a Zarzosa le embadurnaron la masa en las manos) que los federales encontraron en el domicilio de Zarzosa.

Andrés Zarzosa Berástegui merecía tres veces la muerte, yo por mí, si en mis manos hubiera estado lo habría matado diez veces, pues había tomado parte, personal y activamente, en el linchamiento de don Gustavo A. Madero, al que asesinaron a bayonetazos, en la Ciudadela, Zarzosa y el resto de la soldadesca, dirigidos y animados por Cecilio Ocón, el mismo que organizó la farsa de asalto a los automóviles en que el comandante de rurales Francisco Cárdenas y el teniente Rafael Pimienta asesinaron personalmente a los señores Madero y Pino Suárez cerca de la penitenciaría.

Elecciones sangrientas en la capital

Unos días antes de que se celebraran las elecciones presidenciales insistí con el general Avila Camacho en que organizáramos varios grupos de choque bien armados y escogidos. Estaba presente su secretario particular, de quien ya he hablado, el mayor Waldo Romo Castro, quien me preguntó: "¿Traería usted huastecos, senador?" Yo le contesté: "No, los huastecos no sirven para la ciudad, nos servirían de estorbo". "¿Entonces de dónde?", me preguntó el general Avila Camacho. "De todas partes —le contesté—, debemos hacer una recolección de todos los que han sido veteranos de las luchas políticas aquí en la capital y que son de todas partes de la República, muchos de ellos oficiales del ejército, retirados o dados de baja por haberle "errado" a alguno de los movimientos armados y que están siempre listos para servir en estos casos, unos con la esperanza de reingresar al ejército, otros de obtener un buen empleo al triunfo de las elecciones. Yo conozco mucho a estos

elementos y si el Comité pro Avila Camacho se hace cargo de los gastos, podemos reunir hasta unos quinientos escogidos y en la víspera de las elecciones podríamos asaltar los comités almazanistas con grupos de veinte hombres, tirotearlos varias veces en la noche y con ello infundiríamos el miedo en los reaccionarios de la capital y sus seguidores, pues tienen muchas ganas de revancha por todo lo que les ha hecho Cárdenas. Este enemigo es diferente a todos los que se nos han enfrentado aquí en la capital; quiero hacerle notar, mi general —seguí diciéndole el general Avila Camacho—, que en ninguna parte de la República, durante la gira, ha habido un solo grito hostil para usted o para algunos de sus acompañantes, ni siquiera en Reynosa y Matamoros, donde Almazán tiene completo dominio y esto es muy significativo —seguí diciendo—. Cuando Vasconcelos, fue diferente. Dondequiera que tenía partidarios, aunque fuera un grupito, salían a gritar mueras a don Pascual. En Tampico ya sabe usted que tuvimos una verdadera batalla. Ya cuando las elecciones aquí en la capital, estaban muy 'arrajados' y no presentaron batalla. Yo vuelvo a insistir, mi general, que para evitarnos un dolor de cabeza muy grande, los asaltemos la víspera de las elecciones por todos los rumbos de la ciudad". Entonces el mayor Romo Castro, que ya se sentía secretario del presidente de la República, con voz muy engolada y solemne me dijo: "Esos no son síntomas propios de un embajador". Yo le contesté: "Aquí no se trata de bailar minuetos ni cuadrillas ni de hacer reverencias, aquí se trata de chingar al enemigo en su cuna y usted no sabe nada de eso". Don Manuel se sonrió y me dijo: "Compadre, como usted mismo está diciendo, no hemos tenido ni un solo choque a lo largo y a lo ancho de la República con los almazanistas, no estaría bien que echáramos a perder esta función electoral cuando ya terminó toda la campaña y sólo se trata de las elecciones constitucionales, vamos dejando que termine esta campaña sin violencias, usted no cree en Vicente Lombardo Toledano, pero su organización es muy fuerte (la CTM) y vamos apachurrándolos cívicamente". Yo le contesté al general Avila Camacho: "Sí, señor, la CTM es muy fuerte, a la fecha están muy bien organizados, toda la ciudad los ha visto desfilar con muchos tambores y cornetas, pero en las elecciones será diferente, les falta general; Almazán nos tiene preparado el golpe para el día de las elecciones y en las ciudades, sobre todo aquí en la capital, nos va a dar un susto si no nos organizamos bien desde ahora, para que el día de las elecciones ya los tengamos bien preparados y 'arrajados'."

No pude convencer al general Avila Camacho de mi plan. Además de su buena fe, tenía junto a él la maléfica influencia del inexperto Romo Castro.

Llegó el 7 de julio, día de las elecciones. Yo salí de mi casa a las 5:30 de la mañana acompañado de mis ayudantes: el coronel y gargaleote José

Zataray, Julián B. Lafont, Fidel Garza, mi chofer que no recuerdo quién era, el coronel Rafael Prado, que en Reynosa nos servía de estorbo por lo mal que lo querían en el pueblo, pero en México me iba a ser muy útil pues era muy valiente y experimentado, Celestino de Avila, quien desde 1920 había andado indistintamente con el general Samuel M. Santos o conmigo, y el teniente coronel Joaquín Canto. Ibamos ocho personas acomodadas en dos automóviles (ninguno de estos automóviles eran de mi uso personal), pues con tempestad a la vista, a la barca no hay que cargarla mucho.

Como a las seis de la mañana arribamos a la Plaza Miravalle y aun cuando las casillas, según la ley, deben instalarse a las ocho de la mañana, la casilla de la Plaza Miravalle, que es en la que me tocaba votar, ya estaba instalada con personal almazanista. Flanqueaban al personal de la casilla los generales dados de baja Emilio Madero, Jacinto B. Treviño y al centro una señorita enarbolando una bandera mexicana. Cuando los vi, bajé acompañado de mis gargaleotes y nos avalanzamos a la casilla dando alaridos y gritando yo: "¡Muera Victoriano Huerta!", refiriéndome a Juan Andrew Almazán, candidato de la reacción. Mis gritos eran para provocar a los de la casilla y a los generales que estaban ahí representando a Almazán y como candidatos, a su vez, para senadores del Distrito Federal del partido almazanista. Cuando llegué frente a Treviño, como a unos diez centímetros de su cara, le grité: "¡Tránsfuga claudicante! ¡Muera Victoriano Huerta!" Treviño, muy pálido pero aparentando serenidad, me contestó: "¡Que muera!" Entonces yo, azuzando a mi mesnada, grité: "¡Mueran los traidores! ¡Mueran los tránsfugas!" Aullaron ferozmente mis acompañantes contestando todos mis gritos en sentido afirmativo. Luego, dirigiéndome al general Emilio Madero, le grité: "¡Retírese de aquí, no manche su apellido!" Enseguida mis hombres, sin necesidad de instrucciones, se avalanzaron sobre la casilla y empezaron a golpearlos con sus pistolas, ellos huyeron como gamos. Ya con mi pistola en la mano, volví a irme sobre Treviño, gritándole: "¡Largo de aquí, tránsfuga, o lo dejo seco en el suelo!" Don Emilio Madero no esperó más guerra y dejando tirado su sombrero tejano, que yo recogí, se protegió con la señorita y con la bandera que le sirvió de escudo. La mesa la hicieron añicos mis ayudantes, también el ánfora que estaba vacía pues todavía no empezaba la votación, papeles y actas, todas las destruyeron mis bravuneles. Nos dedicamos a dar una vuelta de inspección por todas las casillas y cuando llegó la hora de la votación (ocho de la mañana) había largas "colas" de votantes.

Volví a la Plaza Miravalle, pues traía yo la lista y direcciones de todas las casillas que estaban instaladas en la ciudad. Ahí cerca estaba una de las casas llamada "Entresolada" (calle de Durango número 183), nos bajamos a visitar la casilla que estaba en poder de los almazanistas recibiendo una copiosa votación para Almazán, identifiqué entre los que estaban

ahí a don Pedro Lascuráin, aquel ministro de Gobernación que traicionó a Madero. Lascuráin renunció a su cargo después de haber sido presidente de la República 45 minutos y Victoriano Huerta ocupó la presidencia de la República por "ministerio de ley".

Me retiré con mis ayudantes callada y correctamente, pero al llegar donde teníamos parados nuestros automóviles, antes de abordarlos se emparejó conmigo un individuo insignificante, chaparro y mal vestido, exmayor de las fuerzas del general Horacio Lucero, dado de baja por haberse rebelado en favor de Gómez. Este sujeto andaba viendo con quién se acomodaba para "sacar la tripa de mal año" y sacando una pistolilla cualquiera empezó a disparar al aire y a gritarles a los almazanistas: "¡Aquí está su padre, Gonzalo N. Santos!", y a lanzarles insultos. Yo le di un empellón y les dije a mis hombres, retirándome; "Echen a este pendejo de aquí". Ya que lo retiraron de mi lado subí a mi automóvil. Este tal que se llamaba mayor Ruiz ya había recargado su pistolilla y volvió a disparar, ahora dirigiendo su fuego al grupo de almazanistas. Acto seguido, de la Casa Entresolada salieron al balcón cuatro individuos de tipo diferente a los chilangos y con sus pistolas en la mano empezaron a disparar sobre mi carro. Ante este nuevo aspecto que se presentó, me bajé y avancé con mi grupo rápidamente, dirigéndome al balcón de donde nos estaban disparando. Los votantes, que eran de la crema de la reacción de la capital, se fueron retirando rápidamente hacia la acera de enfrente de donde estaba instalada la casilla; nosotros avanzamos hasta quedar colocados casi debajo de la Casa Entresolada, a muy pocos pasos y protegiéndonos con la pared. Entonces, uno de los almazanistas que disparaban sacó más de medio cuerpo del balcón y cuando ya me apuntaba con su pistola, le apreté el gatillo a mi homicida y el almazanista se desplomó calléndome encima, naturalmente muerto. Los demás compañeros del finado se metieron dentro de la casa, mis ayudantes ya se habían enardecido y querían seguir el ataque contra los votantes, pero yo llevaba mucha urgencia de hablar con el general Avila Camacho y les ordené que nos fuéramos. Les dije a mis ayudantes: "Si ven por aquí a ese cabrón del mayor Ruiz lo matan, pues nos hizo precipitar los acontecimientos cuando todavía no estábamos organizados". Pero el tal Ruiz se había esfumado.

La radio estaba funcionando "a toda mecha", diciendo: "El senador Gonzalo N. Santos anda asaltando las casillas con un grupo de bravos, disparando ametralladoras contra los votantes partidarios de Almazán".

Me dirigí al Partido de la Revolución Mexicana donde estaba nuestro candidato, el general Avila Camacho, y el presidente del Partido, general Heriberto Jara. Les di cuenta de lo que acababa de suceder en la casilla de la calle tal, del incidente con don Emilio Madero y con Jacinto Treviño en donde no había llegado la sangre al río. El general Avila Ca-

macho me preguntó: "¿Lo vieron?" Le contesté: "Al muerto no le pude preguntar si me había visto, pero los demás todos me vieron". Ya para entonces se me habían unido unos 25 elementos muy fogueados.

Le dije al general Avila Camacho: "Ya son las diez de la mañana, desde hace dos horas están los almazanistas votando copiosamente, los nuestros no han ido ni siquiera a votar ni asoman la nariz, esto será una vergüenza si no actuamos rápidamente; yo me fui con mi grupo —le dije— a hacer tablas la pelea". Entonces el general Avila Camacho llamó al general Miguel Z. Martínez y le ordenó a todos sus ayudantes que me acompañaran encabezados por el teniente coronel el Negro Tamayo, capitán David Pérez Rulfo, mayor Luis Díaz y todos los ayudantes del general Avila Camacho, excepto el inefable mayor Waldo Romo Castro, a quien no se le vio por ahí; más valió porque para nada me hubiera servido.

Con el refuerzo que me dio don Manuel, salí a la calle con un número de 50 o 55 hombres dispuestos a todo. Ya abajo, dividí la escolta en dos grupos, uno a mi mando directo y el otro al mando del general Miguel Z. Martínez. Ellos apuntaron cierto número de casillas, yo subrayé de las listas que llevaba un número igual. Acordamos hacernos *raid* arrebatando las ánforas, volteando las mesas electorales patas arriba y dispersando a los dirigentes de las casillas a como diera lugar. Después de esta expedición nos reuniríamos en el Comité pro Avila Camacho que estaba, como ya he dicho, en el Paseo de la Reforma, no muy lejos del Partido.

Emprendimos la primera expedición, empezando por el centro y en algunas casillas encontramos resistencia de los votantes y de los "retenes" de protección que les había puesto Almazán, pero fuimos desorganizándolos con cierta facilidad, yo con mis ayudantes y Z. Martínez iba haciendo lo mismo: tumbando mesas, rompiendo ánforas y sosteniendo algunos tiroteos.

Nos encontramos Z. Martínez y yo, como habíamos convenido, en el centro pro Avila Camacho, donde estaba el licenciado Miguel Alemán con algunos de sus amigos y otros partidarios sueltos que no hacían ni componían nada y que iban solamente a hacerse de cuerpos presentes para demostrar su adhesión al avilacamachismo.

Al rato de haber llegado nosotros al centro Avila Camacho, hicieron su arribo Jesús Vidales Marroquín, el licenciado diputado José Santos Alonso y Nicolás González, quien había sido líder de los alijadores de Tampico. Jesús Vidales había estado bajo mis órdenes muchas veces en las campañas políticas, venía muy alarmado y me dijo que el actual enemigo era muy duro, que no se parecía a ningún otro enemigo contra los que habíamos luchado en pasadas elecciones en el Distrito Federal, que él, Santos Alonso, Nicolás González y sus acompañantes ni siquiera habían podido depositar su voto porque los almazanistas estaban muy agresivos y eran muy numerosos. "Bueno —le dije a Vidales—, agrupa a

toda tu gente y yo te voy a reforzar con unos diez hombres para que completes treinta bien armados y a como dé lugar me toman la casilla de Juan Escutia número 37, que es donde va a votar el presidente de la República (Agustín Arroyo Ch., subsecretario de Gobernación, me había comunicado este dato por teléfono, dándome el teléfono desde donde lo podían localizar en caso de emergencia).

El Comité pro Avila Camacho estaba casi solo, todo el movimiento estaba en el Partido, donde ya dije que estaban el general Avila Camacho y el general Heriberto Jara.

Me regresé con el general Z. Martínez al Partido que ya para entonces tenía gran movimiento. Los almazanistas, sin saberlo, nos estuvieron haciendo el "caldo gordo", pues a cada rato me estaban atacando, diciendo que yo andaba con hombres armados asaltando las casillas. Cuando llegamos al Partido había "hervidero" de gente y se me fueron presentando "viejos mosqueteros" de nuestra política con ganas de acción.

Di cuenta a los generales Avila Camacho y Jara de que la acción estaba emprendida y en marcha. Me reforzó el general Avila Camacho con unos 15 o 20 elementos armados, casi todos oficiales compañeros del ejército. Muchos de ellos habían operado a sus órdenes en Jalisco contra los cristeros y salí a un segundo *raid* siguiendo la misma táctica que el primero, unos 75 hombres a mis órdenes directas y otros tantos a las órdenes de Z. Martínez, fraccionados en grupos de 25 hombres con su jefe respectivo, que sobre la marcha iba yo designando pues a todos los conocía y sabía para lo que cada uno servía.

Pasé por una casilla que estaba cerca del Caballito, donde me informaron que el licenciado Alejandro Carrillo, secretario y dedo chiquito de Vicente Lombardo Toledano y no recuerdo si director o redactor del periódico *El Nacional*, había querido votar en esa casilla y los almazanistas lo vejaron y estuvieron a punto de echarlo, él negó ser político diciéndoles: "Yo sólo soy un humilde periodista".

Arremetimos contra esa casilla a pistolazo limpio y como hubo algunos que dispararon contra los nuestros les contestamos en forma enérgica a balazo limpio. Recogimos todas las ánforas que ya estaban repletas de votos almazanistas, las quebramos y nos llevamos todos los papeles, actas, boletas, etcétera dejando hecha añicos la mesa de casilla y dispersando a los almazanistas. Después de haber hecho lo mismo en otras casillas, me dirigí al Comité pro Avila Camacho donde tenía citados al general Miguel Z. Martínez y a todos los jefes de grupo, tanto a los que operaban con él como los que operaban conmigo y cuando se estaban reuniendo nuestros diferentes grupos, me llegó la noticia de que Vidales y Santos Alonso quisieron tomar la casilla de Juan Escutia, los recibieron a balazos y los echaron a correr los almazanistas, habiendo salido herido en una pierna por la parte de atrás Jesús Vidales, lo que quería decir que la bala lo alcanzó cuando iba corriendo. El gru-

po que llevó Vidales ahí se dispersó y sólo se presentaron en el Comité los diez hombres que yo había dado de refuerzo. Ellos me contaron cómo los almazanistas de Juan Escutia número 37, arriba de la casa que estaba frente a la casilla, en la azotea, tenían gente parapetada con rifles y algunas *Thompson*. En eso estábamos cuando me avisaron en mi oficina del Comité que me hablaba por teléfono Agustín Arroyo Ch., subsecretario de Gobernación. Me puse al habla con Arroyo Ch. a quien saludé, diciéndole: "Quihubo, Chicote"; pues así le llamaba yo. Arroyo Ch. me dijo: "Van dos veces que intenta el presidente de la República votar en la casilla que le toca y no lo ha podido hacer porque está en poder de los almazanistas y lo considera indecoroso, prefiere dar tiempo para ver si los partidarios del general Avila Camacho reaccionan". Me volvió a dar el número telefónico en donde le avisarían de cualquier llamada que yo le hiciera (Arroyo Ch. andaba acompañando al presidente Cárdenas en su automóvil recorriendo las diferentes casillas para darse cuenta cómo marchaba la elección). Yo le dije a Arroyo Ch. "Dame un poco de tiempo y este asunto lo voy a arreglar democráticamente, pues estoy hablando con el subsecretario de Gobernación y no puedo usar un tono que no sea 'legal.'" Arroyo Ch. se rió y dijo: "Yo ya lo sabía, tú no tienes derecho a fracasar". "Espérate a los chicharrones", le contesté.

Me fui con todos nuestros grupos de choque al Partido, donde los generales Avila Camacho y Jara sabían de la herida y carrera de Jesús Vidales Marroquín y que el presidente Cárdenas no había podido votar porque, como ya lo he dicho, la casilla que le correspondía estaba en poder de los almazanistas.

Mientras se organizaban mis brigadas de choque, el general Avila Camacho me contó con amargura que él sí había votado. Don Manuel residía en Las Lomas de Chapultepec y fue a depositar su voto acompañado de algunos ayudantes y se encontró con que la mesa estaba compuesta, naturalmente por puros aristócratas, todos con fotobotones con retratos de Almazán al pecho. El presidente de la casilla era el licenciado Ramón González Cossío, notario público presidente de los Charros de México y notario de la Secretaría de la Defensa Nacional para todos los asuntos relacionados con esta secretaría. Lo había nombrado en este puesto el general Avila Camacho, porque hablaban mucho de caballos y los caballos eran el flaco de don Manuel. Me contó el general Avila Camacho que cuando llegó a votar todos se pararon respetuosamente y lo saludaron. El entregó su credencial de elector y su protegido y contertulio, el licenciado Ramón González Cossío, le entregó a cambio de la credencial su boleta de elector; votaron don Manuel y sus acompañantes; los de la casilla se levantaron a despedirse de él con reverencia. Le dije yo a don Manuel: "Compadre, déjeme arreglar esto de la casilla de Juan Escutia y después voy a ha-

cer una excursión por las colonias aristocráticas", y así fue. Ya esta vez traíamos trescientos hombres muy fogueados, con los cuales, sin dividirlos en grupo, me encaminé a las calles de Juan Escutia, habiendo convenido con Z. Martínez que yo atacaría la casilla y casa donde estaban los almazanistas armados por la acera de la izquierda y Z. Martínez atacaría por la acera de la derecha, que era donde se encontraba la "casa fortaleza", y así lo hicimos, pero tres cuadras antes de llegar todos nos fuimos bajando de los automóviles y pie a tierra, en fila india, fuimos avanzando a paso moderado.

No mandé a ninguna gente a lo que podría llamarse la retaguardia del enemigo, es decir, al otro extremo de la calle, pues nos hubiéramos tiroteado unos con otros, ya que pelear en la ciudad no es lo mismo que pelear en el campo.

Z. Martínez adelante de los suyos y yo adelante de los míos en perfecto concierto y viéndonos unos a otros de acera a acera de la calle, fuimos avanzando y cuando faltaban dos cuadras para que llegáramos a la casilla, de arriba de las casas y de abajo de las aceras de la calle rompió fuego el enemigo y ya nosotros bien desplegados empezamos a contestarles. Z. Martínez gritándole a los suyos y yo gritándole a los míos. Cuando faltaba una cuadra, ya estaban los almazanistas bien correspondidos de plomo. En esta acción había yo concentrado las viejas *Thompson* que empleé en varias luchas tanto contra los cristeros como en las luchas de la ciudad y vino el agarrón. Pronto sobraron muchos sombreros de los almazanistas que defendían la casilla, nosotros disparábamos ráfagas constantes sobre la azotea con el objeto de aturdir al enemigo y no darles tiempo de que nos cazaran de arriba para abajo, pero cuando yo me emparejé donde había estado la casilla frente al portón de la casa, Z. Martínez ya había llegado ahí y con sólo cuatro o cinco hombres que lo siguieron se metió de rondón a la casa y siguió subiendo las escaleras corriendo al segundo piso. Ya para entonces el resto de su gente y la mía habíamos traspasado el portón de la casa. Z. Martínez les echó una ráfaga de *Thompson* a los de la azotea y les gritó con voz potente: "¡Ríndanse, hijos de la chingada, que aquí viene Huevos de Oro!". Ellos bajaron y se rindieron. Z. Martínez les ordenó que bajaran todos al primer piso y ahí los desorganizamos a todos. Los soltamos, previa cañoniza en la cabeza, y les ordenamos que salieran corriendo uno a uno. "Rápido, cabrones —les dije—, al que se detenga lo cazaremos como venado". Obedecieron más pronto que la minuta.

Inmediatamente hablé a los bomberos para que vinieran con sus mangueras a toda urgencia para apagar un incendio. Los bomberos llegaron violentamente. Ya para entonces la Cruz Roja chillaba sus sirenas a todo alarido. Al jefe de los bomberos le dije que hablaba yo para que me mandaran un oficial de confianza. El me contestó: "Todos son de confianza, señor senador, y va a las órdenes de usted". La Cruz Roja

cargó con muertos y heridos, luego que llegaron los bomberos les di instrucciones para que "cañonearan" a manguerazos pisos y paredes hasta que no quedara una sola mancha de sangre y lo hicieron con la eficacia que caracteriza a nuestros "comelumbres".

Cuando ya estaba limpio, les di las gracias a los bomberos, ellos son héroes en estos casos, al que le apagan la casa que se está quemando se siente en el deber moral de demostrarles su gratitud con hechos y yo se las demostré.

Tan luego como terminó el aseo y limpia del pavimento de la calle, banquetas y paredes, me fui al teléfono para hablar al número que me había dado Agustín Arroyo Ch. cuando lo localicé le dije: "La mesa está instalada, demostramos a los almazanistas que habían violado la ley, se convencieron y la entregaron a nuestras mayorías, te felicito Chicote". "Yo te felicito a tí —me dijo y volvió a repetirme—, tú no tienes derecho a fracasar". "Aquí los espero —le dije—, no me moveré hasta que venga a votar el ciudadano presidente".

Arroyo Ch. era un gran político de altura, muy completo en nuestra política mexicana, de los que sabían lo mismo tomar una casilla que hacer una maniobra política de carácter nacional. Era muy inteligente y muy hombre, fue a la Revolución del lado convencionista y aunque tuvimos muchas diferencias de política en la Cámara de Diputados, siempre fuimos muy buenos amigos y en las grandes decisiones de la política nacional nunca disentimos. Cárdenas cometió la injusticia de tenerlo como subsecretario de Gobernación en lugar de ministro. Este puesto lo ocupaba el licenciado Silvano Barbas González, buen amigo, muy simpático, pero afortunadamente sin iniciativa pues si la hubiera tenido, Cárdenas hubiera carecido de un político apto y competente a su lado, como era Agustín Arroyo Ch.

Después de hablar con Arroyo Ch., mandé al Partido, dividida en grupos, toda mi brigada de choque, que ya para entonces ascendía a unos trescientos hombres, inclusive a Z. Martínez, a quien encomendé dar parte al general Avila Camacho de lo que había acontecido en Juan Escutia y yo me quedé esperando al presidente con un grupo de 25 escogidos centuriones.

Llegó el presidente Cárdenas, acompañado únicamente de Arroyo Ch. y el chofer que conducía su automóvil. Arroyo Ch. venía radiante y Cárdenas discretamente contento. Se bajaron del automóvil donde yo los recibí y los acompañé a la casilla. Los "escrutadores" emprendieron su trabajo, el presidente de la casilla recibió la credencial del general Cárdenas y a cambio le entregó su boleta de elector, haciendo lo mismo con Arroyo Ch. y solemnemente depositaron sus votos. Cárdenas, después de haber saludado a los "miembros de la casilla", a todos de mano, y antes de despedirse me dijo: "Qué limpia está la calle". Yo le contesté: "Donde vota el presidente de la República no debe haber ba-

surero". Casi se sonrió, me estrechó la mano y subió en su automóvil. Arroyo Ch. menos hipócrita, me dijo: "Esto está muy bien regado, ¿qué van a tener baile?" Yo le contesté: "No, Chicote, ya lo tuvimos y con muy buenas músicas". Cárdenas se hizo el sordo y ordenó a su chofer la marcha.

Ordené a los improvisados miembros de la casilla que llenaran la nueva ánfora de votos, pues iba a ser inexplicable que en la "sagrada urna" electoral sólo hubiera dos votos: el del general Lázaro Cárdenas, presidente de la República, y el de Arroyo Ch. subsecretario de Gobernación. Yo les dije a los escrutadores: "A vaciar el padrón y rellenar el cajoncito y a la hora de la votación, no me discriminen a los muertos pues todos son ciudadanos y tienen derecho a votar". Les dejé un retén de quince hombres muy bien armados, con *Thompson*, por si alguien hubiera querido ir a recuperar esa casilla que con tantos "trabajos cívicos" habíamos ganado.

Emprendí la marcha hacia el Partido acompañado de mi escolta y cuando llegué ante los generales Avila Camacho y Heriberto Jara, ya los dos tenían conocimiento de todo lo que había sucedido, por el parte que les mandé rendir con el general Z. Martínez, pero estaban muy curiosos, sobre todo el general Avila Camacho, en saber lo que había pasado cuando llegó el presidente de la República a votar. Les conté con todas sus letras lo que aquí acabo de transcribir, sin omitir detalle ni siquiera la órden a los miembros de la casilla para que "votaran los fieles difuntos" Don Manuel sonrió francamente y se le veía muy contento, el viejo Jara estaba radiante y con la cabeza inclinándola hacia arriba y abajo estrechándome la mano me daba su aprobación plena. En eso estábamos cuando oímos por radio la noticia que daban los almazanistas de que el senador Gonzalo N. Santos, con bandas de hombres armados, andaba asaltando las casillas, haciendo fuego sin misericordia sobre los votantes, lo que era mentira pues sólo hicimos fuego sobre los que a balazos nos recibían. El general Avila Camacho, dirigiéndose al general Jara, le dijo: "Aquí están en la antesala los reporteros de la prensa, hágales usted una declaración, a nombre mío y de usted (así hablaba don Manuel) de que el senador Santos no ha salido en todo el día del Partido donde nos ha estado acompañando a mí y a usted, que lo calumnian por lo mucho que le teme la reacción". El viejo Jara hizo esta declaración inmediatamente a los reporteros, pero como Jara era orador y escritor le puso a estas declaraciones todo lo que creyó que me favorecía.

Pedí permiso al general Avila Camacho para salir nuevamente y me preguntó: "¿Y a donde va a usted?" "A arreglar un reducto que los almazanistas tienen en el rastro, donde no han dejado acercarse a los nuestros ni a una cuadra de distancia, pues los trabajadores de ahí están bien armados con pistolas y puñales, durante toda la jornada no ha

habido quien les entre". "Ya no vaya usted —me dijo el general Avila Camacho—, mande a Z. Martínez". Yo le contesté: "Z. Martínez es muy valiente y muy leal, pero es muy bruto, y aunque es hombre de guerra, esta clase de lucha que estamos llevando a cabo, la sabe ejecutar pero no la sabe dirigir, déjeme ir, ahora voy a llevar toda la brigada de choque que sobre la marcha de la lucha hemos organizado".

Llegaron ocho o diez elementos más del general Avila Camacho y me los agregó y salí a la calle por el centro y al llegar frente al hotel *Regis*, me encontré con dos grupos que estaban peleando a tiros. Los nuestros, que la estaban pasando muy mal, iban encabezados por un ayudante de Marina, comisionado en la Secretaría de la Defensa Nacional, pues entonces no había ministro de Marina. La Subsecretaría de Marina dependía de la Defensa Nacional, pues el general Avila Camacho acababa de entregar el ministerio para lanzarse a la campaña política. El oficial marino, cuyo nombre siento no recordar pues he tenido muy poco contacto con los elementos de nuestra armada, se batía bien, pero a la defensiva, ya muy apurado; lo estaba atacando un grupo de bravos fronterizos pertenecientes a la escolta selecta de Juan Andrew Almazán. Cuando llegué con mi auxilio, me dijo el oficial de Marina: "Señor senador, no crea que voy a correr, aquí a la vuelta está la Secretaría de Marina y me voy a traer una escolta de infantes para atacar al enemigo de allá para acá". "Muy bien, compañero —le dije—, nada más que rápido, para terminar pronto con esta 'verruga'." Mientras nosotros nos agarrábamos con los tex-mex de la frontera; pronto apareció el Neptuno al frente de unos 25 marines de tierra, fusiles en mano, con bayoneta calada y a dos fuegos agarramos a los hijos de la frontera. En este encuentro sí hubo muchos "despanzurrados" del enemigo, un muerto de nosotros y como cuatro o cinco heridos. En la acción quedó mi automóvil hecho una coladera por los balazos. Tan luego que llegaron la Cruz Roja y los bomberos, que nadie llamó en esta ocasión, le ordené al oficial de Marina que regresara a los infantes al edificio de la Secretaría y él fuera a dar parte al general Avila Camacho de lo que había acontecido, pero el émulo de Simbad se "picó". Era un mayor joven, simpático, veracruzano, naturalmente moreno y en la media lengua que usan los jarochos me dijo: "Mi senador, permítame que lo acompañe, tengo ganas de ayudarle a romperle la madre a estos hijo e puta". Yo le dije: "Incorpórate, hay lugar de sobra en los carros, pues los heridos ya se los llevó la Cruz Roja y al muerto lo recogieron los nuestros".

De ahí enfilamos para el rastro, a donde ya había mandado antes al coronel José Zataray a explorar el terreno, con una escolta e instrucciones de que no empeñaran tiroteo. Zataray tenía mucha experiencia, tanto en las batallas de la Revolución como en las luchas callejeras. Hice alto al frente de la columna, unas dos cuadras adelante del Correo Ma-

yor. Regresó Zaratay y me dijo: "El enemigo está bien posesionado: los carniceros no dejan de gritar, lo que quiere decir que están borrachos, por fortuna desde que supe que íbamos a atacar el rastro traigo diez escaleras de mecate con gancho para escalar la barda por diferentes puntos, pues el ataque de frente al portón está 'pelón'. Al frente de los del rastro está el coronel Obregón, que tú conoces —me siguió diciendo Zataray—; tienen bien dispuesta la defensa". Con esta noticia de Zataray, emprendimos la marcha tomando toda clase de precauciones, distantes unos de otros los automóviles. Cuando llegaron los primeros carros de nuestra gente frente al rastro, entre los cuales iba el mío, pero sin mí adentro, yo iba en otro automóvil un poco más atrás, les llovieron balas del rastro y funcionó la única *Thompson* que los almazanistas tenían, la cual manejaba personalmente el coronel Obregón. Toda nuestra gente echó pie a tierra.

Llamé a Zataray y le dije: "Sabemos que sólo tienen una *Thompson*, que es la que ha disparado sobre nuestros carros, ¿te fijaste de dónde salieron esas ráfagas?" "Sí, de ahí", me dijo Zataray, señalándome con el dedo el lugar. Entonces todos los jefes de grupo, no a paso veloz, sino a la carrera, se desplegaron alrededor de las bardas del rastro y empezaron a brincar dentro del recinto, disparando sus armas, trabándose combate con el enemigo. Zataray y yo subimos por una de las escaleras de mecate más cercanas al punto en que habíamos localizado al coronel Obregón. Le dije a Zataray: "Ahí está ese cabrón detrás de aquella columna con la *Thompson* en la mano; tú —le seguí diciendo— entra por atrás y cuando ya estés cerca lo distraes". Yo me fui de frente hacia Obregón, nos vimos a una distancia de aproximadamente 25 metros, él levantó su *Thompson* para apuntarme cuando yo ya tenía la mía en la mano apuntándole a él y cuando levantó su arma, Zataray le gritó con su voz chillona, pero muy fuerte: "¡Obregón, vengo a matarte!" En ese momento el coronel Obregón volvió la cara y yo le apreté el gatillo a mi *Thompson*; él cayó acribillado sin haberle dado tiempo a que me rociara con su "peine".

No se trataba de una lucha caballeresca de la Edad Media entre franceses y españoles ni la pelea era de espada, la lucha era contra la reacción mexicana y la combatimos revolucionarios mexicanos, siguiendo ellos y nosotros el mismo estilo que se usa en las peleas mexicanas. Obregón perdió y nosotros ganamos. Hubo ya muy poca resistencia después de que cayó el coronel almazanista, los desarmamos a todos pero como era "lucha electoral", cualesquiera que hayan sido los extremos a que nosotros y los almazanistas llegamos, a los prisioneros no era lícito fusilarlos por lo que sólo los desarmamos, les dimos buena pistoleteada de cañonazos en la cabeza y les dimos "puerta".

Quiero dejar apuntado que la casilla del rastro fue tan disputada por-

que era la número uno, a la que correspondía la presidencia de la junta computadora, conforme a la ley.

De ahí la emprendimos rumbo al centro y paramos en el Comité pro Avila Camacho del Distrito Federal, cuyo presidente era el bravo general revolucionario Donato Bravo Izquierdo, exgobernador de Puebla, quien tenía como secretario al diputado y licenciado Víctor Alfonso Maldonado. Entré al Comité y me dio la impresión de la entrada a un cuartel: había un banco de armas en que se recargaban 60 fusiles máuser de infantería en línea. Junto a los fusiles estaban 50 soldados del ejército vestidos de paisanos. Le dije yo al general Bravo Izquierdo: "¿Qué has hecho durante toda la jornada?, no te he encontrado en ninguna parte ni te he sentido". Donato me contestó: "No me han dado ninguna orden, yo he permanecido aquí cuidando el Comité para que no lo asalten los almazanistas". Yo le dije: "Pero si tú eres el presidente del Comité pro Avila Camacho en el Distrito Federal, se trata de vencerlos en las casillas, de arrollar a los grupos de choque que el enemigo tiene protegiendo 'sus mesas electorales'". Bravo Izquierdo me contestó: "A mí no me han dado ninguna orden".

Estaba ahí en el Comité pro Avila Camacho del Distrito Federal, con Bravo Izquierdo y con el licenciado Víctor Alfonso Maldonado, el licenciado Alejandro Carrillo, de quien ya relaté que había sido hecho prisionero por los almazanistas y estuvo a punto de pasarla muy mal. Parece que en esta lucha electoral el licenciado diputado Alejandro Carrillo salió "electo" diputado por uno de los distritos del Distrito Federal.

Me despedí de Donato Bravo Izquierdo, que era muy mi amigo y compañero de la Revolución; había militado bajo las órdenes de mi hermano el general Pedro Antonio Santos en 1910, había sido compañero de Congreso Constituyente de mi hermano el general Samuel M. Santos y había sido nombrado gobernador sustituto del estado de Puebla en un "permanentazo" que yo di. Bravo Izquierdo, cuando la revolución delahuertista, unido con el general yaqui Juan Domínguez, hizo una heroica defensa del Istmo de Tehuantepec contra los infidentes delahuertistas, cuatro veces superiores en número a las tropas que Bravo Izquierdo y Domínguez comandaban y salieron victoriosos; pero ahora Donato Bravo Izquierdo pasaba de los sesenta años, gozaba de muy desahogada posición económica, era general de división, jamás había estado en una lucha electoral y para acabarla de joder estaba recién casado con una bella muchacha que no llegaba a los veinte años. Señor, ¿a quién se le ocurrió ponerlo al frente del comité pro Avila Camacho del Distrito Federal para contender con los almazanistas que tan fuertes eran en la ciudad de México?

De ahí me dirigí con mi columna a las Lomas de Chapultepec, pero en la avenida Juárez hicimos alto al ver que alrededor de la estatua de

Carlos IV se estaban concentrando en multitudes los almazanistas. Mandé unos exploradores para que averiguaran lo que estaba pasando y me dijeron que esperaban a Juan Andrew Almazán, quien les iba a dirigir la palabra tan luego como la concentración de sus partidarios estuviera hecha. Comisioné a diez "orejas" (cinco hombres) para que se revolvieran con la multitud y después que se hubieran enterado de todo lo que estaba pasando y lo que los almazanistas pretendían, se concentraran en el Partido, pero que no entraran al edificio sino que me esperaran en la banqueta hasta que yo regresara de las Lomas de Chapultepec para que me dieran una amplia información. Le saqué un gancho a los almazanistas (los esquivé).

Cuando llegamos a las Lomas de Chapultepec, enfilamos directamente a la casilla en que había votado el general Avila Camacho y que presidía su notario, más bien dicho el notario de la Secretaría de la Defensa Nacional, licenciado Ramón González Cossío, alias el Comanche. Este llevaba en el pecho un distintivo que entre los colores nacionales tenía un retrato de Almazán. Todos los "polcos" que lo acompañaban en la mesa electoral llevaban uno. Cuando vi de lejos el sitio, desplegamos cuatro columnas para llegar hacia ellos como si se hubiera tratado del asalto al rastro, pues ya me habían dicho que no estaban solos los de la casilla. Además de muchos reaccionarios que estaban todavía en interminable columna votando, había un grupo de protección formado por oficiales de la Escuela Superior de Guerra, que eran almazanistas hasta los topes. Ya que estábamos próximos a la casilla y dada la señal convenida, echamos pie a tierra lanzando nuestro viejo alarido de guerra y, al grito de muera la reacción, les empezamos a tupir con pistolas y ráfagas de *Thompson*. Los votantes huyeron como codornices, los "polcos" que formaban la casilla se tiraron al suelo, de panza como iguanas y un grupo de hombres jóvenes muy bien vestidos de paisanos se desplegaron sacando sus pistolas y contestando nuestro fuego. Ellos, los técnicos diplomados de la Escuela Superior de Guerra, se cuadraban para disparar. Cuando yo vi esto me reí y pensé: "Estos pobres han de saber matemáticas y otras cosas aprendidas en los libros, pero lo que no saben es lo que les va a pasar ahora con mis escopetas". Yo mismo agarré la mía, automática por cierto, y calibre 12. Les empezamos a tupir a los casi hijos de San Sir sostuvieron el fuego un poco, cayeron unos cuantos y después chinampearon. Nosotros tomamos la casilla, agarrando a los "polcos" sin desarmar a ninguno porque ninguno traía ni siquiera una navaja. Encarándome con el presidente de la casilla, que ya he dicho era el licenciado Ramón González Cossío y que de mucho tiempo atrás era mi amigo personal, le dije: "Usted y sus 'polcos' nos entregan ahora mismo los retratos de Almazán que llevan en el pecho y que esta humillación que les hago sea en pago de la sucia actitud que han tenido ustedes para quien los trató como caballeros, sien-

do ustedes solamente unos rufianes". Uno de los de la mesa directiva, un hombre largo, seco, de quijadas muy largas y curvas hacia adelante, se irguió gallándome y me dijo: "Yo no permito. . .", pero no sé lo que iba a decir porque con la culata de la escopeta que llevaba yo en la mano, le di un putazo en la cabeza y le dije al cófrade de González Cossío: "Polco méndigo y mal esculpido; a dispersarse cabrones y a paso veloz".

De ahí me fui al Partido donde "los orejas" que había mandado a la concentración almazanista me estaban esperando en la banqueta como habíamos convenido. Me dijeron que eran como cien mil manifestantes, que tenían una enorme gritería, que constantemente gritaban: "¡A Palacio!", que habían hablado varios oradores, entre ellos Jacinto Treviño, plenamente en brazos de la reacción y candidato a senador almazanista. Me informaron que Treviño había dicho en su discurso que puesto que el pueblo había votado tan aplastantemente en favor de Almazán, ya desde ese momento Almazán era el presidente de la República y que había mandado una comisión para que Almazán viniera a ponerse al frente de sus partidarios y tomar Palacio Nacional para presentarle al presidente Cárdenas una situación de hecho; que obligara a Cárdenas a no violar la valentía del pueblo. Con estas noticias seguí de frente al Paseo de la Reforma para llegar hasta cerca del Caballito a ver qué estaba pasando, pero a pocas cuadras del Partido, que ya he dicho estaba en el Paseo de la Reforma, me encontré con una columna de ochocientos soldados de caballería en correcta formación, montados y con carabina en guardia a cuyo frente y a la cabeza de la columna estaba montado en su caballo el general de división Venecio López Padilla, comandante militar de la plaza de México y de las operaciones del Valle. Me bajé del automóvil y me apersoné con Venecio diciéndole: "Por espías que he mandado a esa multitud almazanista, sé que Jacinto Treviño los está excitando para tomar Palacio y sólo están esperando la llegada de Almazán". El general Venecio López Padilla estaba tan cerca de la manifestación que se celebraba alrededor del Caballito (estatua de Carlos IV), que pudimos oír la gritería y ver el oleaje humano. "Ya lo sé —me dijo Venecio—; tan luego como ellos se muevan para el centro, yo al frente de esta columna los iré siguiendo, allá está un regimiento bien posesionado en la calle de Correo Mayor esquina con la calle de Soledad y un conjunto de oficiales y tropa (a éstos se les llamaba Fuera de Filas, por no estar incorporados a ninguna corporación); las dos unidades —me siguió diciendo Venecio— tienen completo su poder de fuego (ametralladoras), de modo que si se atreven los vamos a agarrar a dos fuegos, no nos sucederá lo que pasó en tiempo del señor Madero". Yo le dije: "Si se mueven hacia el centro, mándame decir inmediatamente, voy a estar con el general Avila Camacho en el Partido". Venecio me contestó: "Dile a mi general Avila

Camacho que no tenga cuidado, que a estos los tenemos en estrecha observación y vigilancia, que si se atreven a llegar al Zócalo van a caer en una ratonera". "Bueno —le dije—, se lo comunicaré a don Manuel, pero tú mándanos decir si se mueven hacia el centro".

El general Venecio López Padilla era de origen obrero, minero de las minas de Nueva Rosita, Coahuila, revolucionario de 1910, muy valiente, serio, bígamo, muy ponderado. Cuando el movimiento obregonista de 1920, el general Venecio López Padilla se encontraba mandando una brigada de caballería en la Huasteca Veracruzana y permaneció leal a Carranza. El general Arnulfo Gómez, cuando Venecio se vio obligado a rendirse, lo puso preso junto con su segundo, el coronel Maurilio Rodríguez, sobrino de don Venustiano Carranza; entonces yo le hablé a Gómez para que dejara libres al generaal Venecio López y al coronel Maurilio Rodríguez; éramos muy amigos de la Revolución, pero este servicio que con toda justicia pude prestarle, acabó de hacer más estrecha nuestra amistad. Venecio era, como yo, también compadre del general Avila Camacho, quien lo quería mucho y después durante su gobierno los dos fuimos gobernadores, él de Coahuila y yo de San Luis Potosí.

De ahí me fui al Partido, le di cuenta al general Avila Camacho del fin que había tenido la casilla donde había tragado amargo viendo a sus falsos amigos tricionándolo y le entregué los fotobotones que llevaban en el pecho el Comanche González Cossío y sus cófrades. El general Avila Camacho se los echó en la bolsa, se rió y quedó muy satisfecho.

Ya era muy tarde, aproximadamente las seis dei domingo 7 de julio. Yo le dije al general Avila Camacho: "Voy a mandar a Z. Martínez a que haga la repepena del 'molcate' que quede" (molcate en huasteco: pequeñas mazorcas degeneradas, picadas por los pájaros y que el dueño de la milpa las deja en las matas para que las levante quien quiera). "No —me dijo el general Avila Camacho—, ya está bueno". "Entonces permítame —le dije— que lo acompañe a su casa". "Sí, compadre —me contestó— vámonos". El general Jara nos fue a dejar hasta la puerta del automóvil del general Avila Camacho y la emprendimos rumbo a la casa de don Manuel.

Al llegar a cierta altura del Paseo de la Reforma, todavía dentro de la ciudad, le ordené a Amado, así se llama el que era chofer de don Manuel, hoy coronel retirado, que se parara. Ya que se detuvo el carro, le dije al general Avila Camacho: "Hágame favor de cambiar de lugar, usted al mío y yo al suyo". "¿Por qué?", me preguntó don Manuel. "Porque con el oído izquierdo no oigo", le contesté. El general Avila Camacho me dijo: "Eso no es exacto, usted no está sordo de ningún oído, tantos años que nos hemos tratado y nunca lo he notado, dígame la verdad". "Bueno —le dije—, porque en aquella casa —y le señalé con el dedo— hay un grupo de almazanistas que con rifles están tiroteando a

los nuestros cuando pasan". Entonces don Manuel me dijo: "Yo soy hombre y no le voy a cambiar el lugar". "Bueno —dije—, pasa aprisa, Amado". "Sí.—dijo don Manuel—, pasa aprisa, pero no pases huyendo". Pasamos a paso normal sin que nada nos sucediera, seguramente que los almazanistas ya se habían retirado a su Partido o a la concentración.

Nos fuimos platicando don Manuel y yo. El me preguntó: "Dígame usted con toda franqueza y lealtad la impresión que tiene de estas elecciones, pero sin ninguna reserva". Yo le contesté: "Las elecciones en la capital las hemos perdido, aunque en rigor, conforme a la ley, deberán declararse nulas por la cantidad de violaciones y violencias que se cometieron provocadas por nosotros, que viendo que estaban perdidas se las hicimos tablas, estoy seguro de que en las grandes ciudades del país nos han ganado en votación, pero en los pueblos medianos y chicos y en los campos la tenemos ganada pues ya hay conciencia revolucionaria y no podemos perder". Me dijo don Manuel: "Pues yo tengo la impresión de que nos han ganado las elecciones y yo en estas condiciones, por vergüenza y por decoro, no voy a aceptar ganar". A don Manuel se le derramó el llanto. Yo le dije: "No, señor, no tenga usted esa impresión, que es falsa, la capital de la República siempre ha sido reaccionaria, pero ahora es más; esos votos para Almazán puede usted estar seguro que fueron emitidos contra Cárdenas y también contra la Revolución. El jueves vienen las juntas computadoras y entonces sabremos lo que pasó con la votación en el resto del país, pero de ninguna manera y por ningún motivo vamos a traicionar a la Revolución consintiendo el voto de Almazán, ¡eso nunca!" Volvió don Manuel Avila Camacho a llorar y me dijo: "Yo nunca traicionaré a la Revolución y por ella no me importa perder la vida como ya lo he demostrado, pero un triunfo así no lo acepto". Yo le dije: "Mire, compadre, 'hay veces que el pato nada y hay veces que ni agua bebe'. Ahora está usted viendo el pato en un charco seco, pero el próximo jueves en las juntas computadoras va a verlo nadando en una grande y embravecida laguna". Como ya estábamos por llegar a su casa, el general Avila Camacho se serenó.

Entramos con el carro hasta la casa, donde mi comadre, la señora Soledad Orozco de Avila Camacho, estaba trémula, acongojada y llorosa, de pie en el corredor de la casa y cuando nos vio, más bien dicho, cuando vio a don Manuel, elevó los brazos y miraba al cielo, tal vez dando gracias a Dios. Ya que nos bajamos y doña Chole estrechó en sus brazos a don Manuel, él me dijo: "Véngase, compadre —encaminándose a un cuarto de la casa—, vamos a terminar de hablar, ¿usted cree de veras que ganemos las elecciones del país?" "No, señor —le dije—, estoy seguro, empezando porque debemos contar los ochenta mil votos de la CTM, que se abstuvieron por miedo de ir a depositarlos, pero que nosotros debemos tener el valor de contarlos como deposita-

dos y como buenos, eso en lo que se refiere a la capital, en los estados esté usted seguro de que hemos triunfado, ahora hable usted con el general Venecio López para que ponga a las órdenes del coronel senador Antonio Romero, del Estado de México, un núcleo de tres mil hombres perfectamente armados que componen las defensas agraristas de ese estado, que desde el miércoles Romero, con esos hombres armados, ocupe la plaza de toros (El Toreo), para que no nos suceda, en las juntas computadoras, lo que nos pasó en estas elecciones por habernos agarrado desprevenidos".

De ahí, después de abrazar a mis compadres don Manuel y doña Chole, enfilé para mi casa en las calles de Medellín 181, en la colonia Roma.

Al llegar a mi casa estuve a punto de sustituir al general Avila Camacho en sus dos llantos, pues me encontré con una escena por demás conmovedora: en la banqueta, frente a nuestra casa, mi joven esposa estaba con mi hijo más pequeño, Gastón, que tendría aproximadamente unos siete años. Me bajé del carro, abracé y besé a Leola y levanté en mis brazos a Gastón, besándolo también. Dirigiéndome a mi señora, le dije: "¡Qué andas haciendo tú con este niño en la banqueta?, ¿qué no te has dado cuenta del peligro?" Ella se mostró muy contenta y risueña y me contestó: "Salimos a ver si te veíamos pasar, en la radio dicen que has matado a muchos hombres". "¡Qué matado, ni que matado! —le dije—, son puros cuentos políticos". Lo que más me conmovió fue que mi señora no se daba cuenta del peligro.

Entramos a casa, donde tomé un baño y me quedé a descansar un rato. Ya que había descansado, en la noche fui a la casa de mi ayudante Julián B. Lafont donde todos los días se reunían a jugar paco verde mi hermano el general Samuel M. Santos, Braulio M. Romero, el general Pedro J. Almada, un vista de apellido Zurita, oriundo de la Huasteca Hidalguense, un amigo nuestro llamado don Rodrigo de Loyo de origen veracruzano, y el propio Lafont. Yo nunca iba a jugar ahí, fui a platicar con ellos. Ese día tan agitado y tan cruento me impelía a platicar con personas ajenas a los acontecimientos, como lo eran las ahí reunidas, lo cual me serviría para dialogar.

Cuando llegué, me saludé de mano con todos y Braulio Romero con gesto y tono de reproche, sin más preámbulo me dijo: "Mataron ustedes a una mujer". Yo le contesté: "Lo que ha pasado en este día y lo que se está resolviendo es la suerte de la Revolución, no tienen derecho a decir lo que ha pasado en la calle". "Yo —me dijo Braulio Romero— no tengo partido, soy un hombre de la calle". "Que no tienes partido ya lo sé —le dije—, pero que seas un 'hombre de la calle' no lo creo porque en la calle he andado yo todo el día y tú no asomaste ni siquiera las narices".

Los jugadores dejaron de "jalarle las patas a la sota" y se pusieron a charlar conmigo, naturalmente estaban curiosos por saber lo que había

pasado y Braulio, que tenía muchas ganas de manifestar que él no estaba comprometido con nadie en esta lucha, cuando los demás me pidieron información, volvió a repetir: "Yo soy 'hombre de la calle'". Entonces mi hermano Samuel me dijo: "Braulio está muy alarmado porque por la radio están diciendo que las elecciones las ganó Almazán". "No tiene por qué estar alarmado —le dije—, él es un 'hombre de la calle' y lo mismo le dará si Almazán gana, como si Almazán pierde; no cabe duda —seguí diciendo— que Almazán aquí en la capital obtuvo una votación arrolladora, pero, en los estados, el triunfo lo tenemos asegurado, pues no en balde hace ya 30 años que en México domina la Revolución, en las computadoras nos veremos; ahora, denme cartas y hablemos de otra cosa, voy a echar un cuarto de 'paco' con ustedes".

Me dieron cartas y estuve jugando como por espacio de una hora, luego me retiré a mi casa a dormir, que bien ganado lo tenía. Cuando entré me dijo Leola: "¿Ahora sí ya no vas a ninguna parte?" "No —le dije—, hasta mañana".

Dormí como un león hasta las cinco de la mañana, pues nunca he podido dormir más, aun en el caso de que me haya desvelado.

Al otro día, primero me presenté al Comité, después al Partido y por último a la casa del general Avila Camacho. Ya como a mediodía, me encontré a don Manuel muy tranquilo y me dijo: "Tenía usted razón, compadre, en los estados hemos triunfado, lo de ayer aquí sólo fue una fase de la lucha". Ya hablaba con mucha seguridad del triunfo. Yo creo que la noche anterior o ese día muy temprano, el general Avila Camacho había hablado con el general Cárdenas; baso mi suposición en que la tarde anterior, al despedirme de don Manuel, todavía me dijo: "Así no puedo aceptar la presidencia", y ahora me hablaba de la junta computadora con mucho entusiasmo. Me dijo que el senador y coronel Antonio Romero (hoy general de división) iba a traer, como yo se lo sugerí, tres mil hombres armados para apoyar las computadoras, se entiende que las nuestras, no las apócrifas que seguramente formaría Almazán. Don Manuel estaba muy cambiado, lleno de ánimo y seguro del triunfo.

Cuando salía yo de la casa del general Avila Camacho, él recibió una llamada telefónica urgente del general Venecio López Padilla y me dijo: "No se vaya, espere a ver qué dice el compadre Venecio". Me esperé y salió don Manuel muy rojo y excitado, diciéndome: "El general Venecio López ha sido relevado del mando de la zona militar en el Valle de México y de jefe de la guarnición de la plaza, esto no es leal". Yo me quedé desconcertado y creí que el general Avila Camacho pensaba que Cárdenas estaba lazando por las dos puntas. Yo le pregunté a don Manuel: "¿Dónde está Venecio?" El me contestó: "En la comandancia militar de la plaza". "Me voy a verlo —le dije— y ya le informaré a usted".

Llegué a la comandancia y le pregunté a Venecio: "¿Qué te pasó?" El

me contestó: "Pues he sido relevado del mando y arrestado en la comandancia militar por órdenes del presidente de la República". A Venecio se le veía muy destanteado y desmoralizado. "¿De qué se te acusa?", le pregunté. "De la muerte de un coronel almazanista llamado Martínez que ni conozco ni he visto nunca", me contestó. Yo le dije: "No te dobles, ya todo se aclarará".

Resultó que Venecio López, como jefe de las operaciones en el Valle de México, tenía jurisdicción en Tlalnepantla y otras poblaciones del Estado de México. El coronel Antonio Romero era representante de ese Estado en el senado y fue él quien dirigió la campaña política del general Avila Camacho en esa entidad. En Tlalnepantla eran muy fuertes los almazanistas, organizados y comandados por un coronel Martínez, que yo tampoco llegué a conocer. Este coronel Martínez le estaba dando muy serios dolores de cabeza al coronel y senador Antonio Romero (hoy general de división), y como vio en él un peligro, la víspera de las elecciones le pidió refuerzos a Venecio López para entrar en acción contra el coronel Martínez y los suyos, el general López le proporcionó doscientos o trescientos soldados, que Romero disfrazó de campesinos, y con sus propias fuerzas de agraristas armados, Romero hizo un movimiento simultáneo contra los almazanistas la noche anterior a las elecciones y se echó encima de los comités del enemigo, mandando un fuerte grupo sobre el comité donde estaban Martínez y los suyos, a los que pronto puso a buen recaudo. El senador Romero, después de un ligero tiroteo, agarró a Martínez y a sus principales seguidores a quienes atacaron intempestivamente y por sorpresa, una vez capturado el cabecilla almazanista y sus principales seguidores, Romero optó por fusilarlos en obvio de futuras dificultades para el día siguiente que se verificaban las elecciones.

En verdad, Venecio López nada tuvo que ver con esto, él se concretó a apoyar al avilacamachismo en cumplimiento, si no de consigna, de la clara inclinación del gobierno por la candidatura del general Avila Camacho. Además, el general López era compadre de don Manuel y fiel partidario de él. Romero era senador de la República y alegó que Martínez y los suyos murieron en la refriega.

Una corriente muy grande de políticos y militares avilacamachistas estuvimos visitando todos los días a mañana y tarde al general Venecio López en su arresto. Después de algunos días, que no recuerdo cuántos fueron, de permanecer arrestado el general Venecio López salió en libertad por gestiones que hizo directamente Avila Camacho con el general Lázaro Cárdenas y fue nombrado comandante militar del estado de Tamaulipas.

Romero ejecutó en el Estado de México el plan que yo había propuesto al general Avila Camacho para el Distrito Federal y que no fue aceptado. Consistía en lo mismo que hizo Romero: atacar preventiva-

mente al enemigo la víspera de las elecciones, lo que los hubiera quebrantado mucho y no hubiéramos tenido las largas "colas" de votantes en las casillas electorales y la lucha hubiera sido menos cruenta.

Llegó el jueves en que se reunieron las juntas computadoras y el entonces senador y coronel Romero desfiló, tocado de sombrero tejano, con tres mil campesinos procedentes del Estado de México armados de fusiles, frente el Comité pro Avila Camacho. Presenciamos este desfile, a cuya cabeza iba Romero, el general Avila Camacho y todos los que formábamos parte de su Comité y aplaudimos muy calurosamente al contingente de campesinos que desfiló.

Se ha dicho que el Comité pro Avila Camacho metió a la ciudad de México ese día dieciocho mil hombres armados, eso no es verdad, los únicos que entraron a la ciudad y se acuartelaron en la plaza de toros El Toreo, fueron los contingentes de Romero y ni uno más. Aparte de nuestros grupos de choque, que ya estaban en la capital, ya para entonces habían aumentado de número desde el día de las elecciones, de unos trescientos elementos a unos quinientos, aproximadamente.

Se verificaron las juntas computadoras, las nuestras en los locales que la ley señaló y las apócrifas de Almazán, ocultas en casas particulares sin dar la cara, pues ya en las elecciones del pasado domingo habían probado el rigor de los trabucos y ya para entonces estaban "de dos riendas".

Terminadas las juntas computadoras, declararon el triunfo del candidato de nuestro Partido, general Manuel Avila Camacho y de los candidatos a diputados, con excepción de dos o tres, a quienes se les reconoció el triunfo previa "chaqueteada" a Almazán.

Pasados unos días y ya que se fue calmando poco a poco la excitación política, Almazán emprendió viaje a Cuba, desde donde habló por radio, previo amenizaje de un huapango. En su discurso, que todos oímos, digo todos los políticos que estábamos interesados de la brega, Almazán dijo más o menos, dirigiéndose al pueblo de México desde La Habana: "El pueblo mexicano, que acaba de obtener un sonado triunfo democrático ungiéndome a mí como presidente de la República, debe estar seguro de que si el gobierno no respeta este triunfo, yo haré que lo respete". Eso dijo en esencia, además de una serie de balandronadas. Yo, que con otros compañeros estuve escuchando el discurso de Almazán por radio, sostuve mi misma tesis de siempre: "Almazán no se levantará aunque le piquemos el culo con una rama de mala mujer" (mala mujer: una ortiga muy brava que se da en la Huasteca).

Fui a ver al general Avila Camacho, quien ya había recibido noticias de toda la República de su triunfo. Efectivamente, Almazán tuvo más votantes en la capital, pero no ganó la batalla, pues no obstante eso, no nos conformamos con hacerla "tablas" sino que levantamos nuestro gallo por gano.

Efectivamente, de la Revolución para acá ningún candidato de la reacción a la presidencia de la República ha presentado una lucha electoral como la que presentó Almazán frente al Partido de la Revolución, pero no ganó las elecciones en la República pues no tan sólo en el campo, sino en Guadalajara, Veracruz, Puebla, Tampico, todo el estado de Sonora y Monterrey mismo, ganó el Partido de la Revolución Mexicana con su candidato, Manuel Avila Camacho. En el campo no se diga, pues, con algunas excepciones, ganamos "de calle". Almazán triunfó en las elecciones de Reynosa, Tamaulipas, y estuvo a punto de triunfar en la ciudad de San Luis Potosí, donde todos los reaccionarios y curros lo apoyaban con entusiasmo pues entre ellos tenía muchos amigos personales desde que Almazán fue jefe político de la ciudad, encargado de reclutar las levas para las filas de Victoriano Huerta, además estaba como gobernador del estado un loco absolutamente nulo y desprestigiado que entre sus "valientes" hazañas contaba las de haber mandado asesinar a doña Higinia Cedillo, hermana del ya para entonces finado general Cedillo, en la carretera que conduce de San Luis Potosí a Ciudad del Maíz con la complicidad del general Jesús Madrigal, comandante de la zona militar, y haber mandado asesinar, también, al licenciado Courtade, juez de primera instancia de la ciudad de Cárdenas, San Luis Potosí. Esa absurda situación fue capitalizada por los reaccionarios almazanistas de San Luis Potosí.

He dicho que Almazán estuvo a punto de triunfar en la ciudad de San Luis Potosí, por las razones que acabo de exponer; pero mandé yo al frente de nuestros contingentes armados al coronel José López Iglesias, gargaleote de los más distinguidos y fieles (muerto general), y al diputado León García, que ya iba como candidato, apoyado por mí, con la anuencia del general Avila Camacho, para senador de la República por San Luis Potosí. Al coronel Iglesias y al diputado León García los iba acompañando el también candidato a senador, diputado Gilberto Flores Muñoz, pero Flores Muñoz no entró en acción, los que dieron la pelea fueron el coronel Iglesias y León García al frente de nuestros grupos y no se verificaron elecciones en la capital del estado de San Luis Potosí porque los nuestros hicieron uso a su sabor de la acción directa y los curros se refugiaron en sus casas o cuando mucho en la Lonja. El coronel Iglesias llevaba una ametralladora *Thompson* que yo le proporcioné y con la cual hizo respetar el prestigio del Partido.

Como Almazán se trasladó de La Habana a los Estados Unidos a conspirar, tuvo una junta en Dallas, Texas, a la que concurrieron sus principales partidarios de acá, entre ellos Melchor Ortega, el licenciado Soto y Gama, el general José Mijares Palencia, su hermano el docotor Leonides Andrew Almazán y otros más. Según Almazán, esta junta fue secreta, pero en esa reunión tenía yo un par de "orejas".

Se recordará que mis funciones en el Comité pro Avila Camacho

eran de secretario de asuntos parlamentarios y secretario del México de afuera (pochos, chicanos, autoridades y funcionarios texanos de mi amistad). Después de informarle yo al general Avila Camacho de la junta de almazanistas en la ciudad de Dallas, Texas, y previa autorización de él, me trasladé a San Antonio, Texas, a mover nuestros elementos.

Ministro sin cartera

Llegué a San Antonio y me recibió en la estación Fernando de la Garza. Desde luego, juntos nos trasladamos a visitar a mi amigo y compadre *Mr.* Anderson, jefe de la policía de San Antonio, Texas, jefe de los *rangers* del condado de Bexar y primer consejal del municipio (cacique). Después de platicar De la Garza, *Mr.* Anderson y yo, y de haberme dado ellos más información de los movimientos de Almazán, entre otras cosas, que había logrado el Iscariote hacer amistad con el hijo menor del presidente Roosevelt, que en la familia Roosevelt era la cabra prieta entre las blancas y que ni el presidente Roosevelt ni su esposa, ni los demás hermanos tomaban para nada en serio. El joven Eliot Roosevelt era un petrimetre que explotaba el nombre de su inteligente y poderoso padre para cometer truhanerías y Almazán hizo amistad con él, desembolsando fuertes dádivas que el "Roosevelito" como diría un chilango, se andaba gastando alegremente y que Almazán creía que iba a conseguir armas, parque y reconocimiento para lo que él llamaba "su gobierno".

Mi compadre *Mr.* Anderson se comunicó por teléfono con mi amigo el representante (diputado a Washington) Maurice Maverick, que además de ser jefe de la diputación texana en Washington era nada menos que la voz política de la Cámara de Representantes, o sea, el líder de los demócratas en el Capitolio. *Mr.* Anderson le dijo al diputado Maverick que estaba yo en la ciudad y que lo invitábamos a comer, a lo que desde luego accedió el diputado Maverick. El era muy amigo de mi familia y mío, entendía bien español, pero lo hablaba muy poco, pero ahí teníamos a De la Garza, que hablaba igual los dos idiomas y nos servía de muy eficaz intérprete y en la comida, después de considerar la cuestión de México, hablar de Almazán, de las actividades ilícitas que andaba desarrollando en los Estados Unidos. Les "pinté", al diputado Maverick y a *Mr.* Anderson, al general Avila Camacho. El diputado Maverick, que no era nada simpatizante del general Cárdenas (ni tampoco lo era *Mr.* Anderson), me sugirió la conveniencia de que él y yo nos trasladáramos a Washington, que él me presentaría al vicepresidente Wallace y que era muy conveniente que yo le describiera al vicepresidente la situación de México, lo que significaban las fuerzas revolucionarias y que le "pintara" al general Avila Camacho, pues había la impresión de que era el candidato de Cárdenas, que seguiría la misma política que él y bajo su

dominio. "Nada más falso", le contesté yo a Maverick y acepté la invitación para ir a visitar y platicar con el vicepresidente Wallace en Washington. Yo le dije a Maverick: "Quiero dejar establecido que yo no voy representando al general Manuel Avila Camacho y que ni él ni ningún revolucionario iría a pedir ayuda, menos cuando no la necesitamos, pues ya el general Avila Camacho es presidente electo de la República. Te acompañaré porque a cualquier político le gusta hacer amistad con el vicepresidente de los Estados Unidos, y me quejaré —le seguí diciendo— de que el gobierno norteamericano está permitiendo que Almazán ande conspirando y preparando un movimiento subversivo desde este territorio, esta queja se la expresaré al vicepresidente Wallace como revolucionario mexicano que no cree correcto que el gobierno de los Estados Unidos permita que se violen en su territorio las leyes de neutralidad en perjuicio de México".

Ya que nos pusimos de acuerdo, el diputado Maverick y yo la emprendimos acompañados de Fernando de la Garza, para Washington y sin tocar trancas, entramos a la oficina del vicepresidente de los Estados Unidos, que además era el presidente del Senado.

Con Fernando de la Garza como intérprete, entablamos conversación el vicepresidente Wallace, el diputado Maverick y yo. Le expresé al vicepresidente Wallace lo que yo había platicado con Maverick en San Antonio respecto a las actividades subversivas de Almazán en los Estados Unidos, le dije también que el Partido de la Revolución Mexicana sería invencible por muy largos años, que el pueblo lo apoyaba y que todas las organizaciones obreras y campesinas pertenecían a él, que no se trataba de un partido ocasional como el que apoyaba a Almazán, compuesto de gentes amorfas y reaccionarias, que yo, como simple senador y revolucionario, le pedía informara al señor presidente Roosevelt de esa situación, no para que se mezclaran en nuestros asuntos políticos, sino para que se desengañaran que cualquier actitud de tolerancia de parte del gobierno norteamericano para que Almazán siguiera conspirando, indudablemente que nos causaría molestias, pero en nada iba a variar los resultados. Wallace me dijo que informaría al presidente de la conversación conmigo y que lo acompañaría el diputado Maverick. Nos despedimos y me fui a ver a nuestro embajador, mi gran amigo y gran compañero de la Revolución y de la diplomacia en Europa, el general y doctor Francisco Castillo Nájera y le platiqué mi reunión, desde San Antonio con Maverick y con Wallace en su oficina en Washington. "Qué bien hiciste —me dijo Castillo Nájera— en no visitarme antes, pues yo como embajador de México y representante de la República no podía haberte expeditado el camino, porque aquí en Washington lo hubieran tomado como que andábamos pidiendo 'frías', pero sí, con cualquier pretexto me voy a reunir con Wallace y voy a hacer resaltar tu fuerte personalidad política en México para hacerles mella".

Al día siguiente Pancho Castillo Nájera almorzó con Wallace, previo acuerdo conmigo para hacer que ignoraba mi visita a Wallace. Castillo Nájera le dijo a Wallace: "Está aquí en Washington un amigo mío de la Revolución y compañero de la diplomacia en Europa, pues él era embajador en Bélgica cuando yo era embajador en París, es el líder del Senado mexicano y ha tomado parte activa y destacada en todas las campañas políticas de México apoyando a todos los candidatos de la Revolución que han resultado triunfantes, y se lo quiero presentar, pues es interesante que usted lo conozca". Wallace le contestó: "Ya tuve el gusto de conocerlo, me lo presentó el diputado Maverick en mi oficina, y me contó de la lucha que se está sosteniendo en México entre los candidatos general Manuel Avila Camacho y Juan Andrew Almazán. Este senador Santos —siguió diciéndole Wallace a Castillo Nájera— es un hombre muy sagaz y vino en calidad de ciudadano revolucionario, según me dijo, a quejarse de que el gobierno de los Estados Unidos está permitiendo que el candidato Almazán se dedique a conspirar desde este país y no tuvo empacho en decirme que Almazán se hace acompañar de Eliot Roosevelt, hijo de nuestro presidente; si usted quiere —siguió diciéndole Wallace a Castilo Nájera—, almorzaremos los tres". "Sí —le contestó Castillo Nájera—, pero no en la Embajada, sino en el hotel May-Flower y yo los invito".

Concurrimos al día siguiente al almuerzo el vicepresidente Wallace, el embajador Castillo Nájera, el diputado Maverick y yo. Ya no necesitábamos intérprete puesto que Castillo Nájera nos interpretó la conversación. Repetí delante de Castillo Nájera y del diputado Maverick lo que ya le había yo dicho un día antes al vicepresidente Wallace, ampliando mi información. Le dije que Almazán estaba concentrando elementos en el rancho de un ciudadano americano de origen mexicano llamado Esteban García, en Mc Allen, Texas, y que Almazán, para hacerse de partidarios en los Estados Unidos, estaba propalando que el general Avila Camacho, en la presidencia de la República, sería un instrumento incondicional de Cárdenas, "Pero eso es absurdo —les dije— pues al general Avila Camacho lo apoyamos los de la mayoría del Senado de la República que, aunque fuimos partidarios de Cárdenas cuando fue candidato y lo apoyamos en su gobierno, no somos propiamente cardenistas, sino afiliados al Partido de la Revolución Mexicana". Les dije además que el general Avila Camacho había sido ministro de la Defensa Nacional del gabinete del general Cárdenas, pero que desde el momento en que renunció para aceptar su candidatura a la presidencia, había reasumido su independencia y que el mismo general Cárdenas les había puesto el ejemplo, a él y al país, de que el único jefe de la nación es el presidente de la República.

Yo con toda intención hice esa explicación, que la "dediqué" dirigida a Almazán para que en ningún caso creyeran Wallace y Maverick que

les estaba dando explicaciones a ellos, pues mi papel era de quejoso porque el gobierno norteamericano permitía a Almazán conspirar en su territorio.

El vicepresidente Wallace, en su conversación, se mostró más izquierdista que Cárdenas (habló del Cárdenas de aquella época, no del de los últimos tiempos en que se dedicó a pachanguear con la Confederación Campesina Independiente, con los ultraizquierdistas de profesión y de defensor de oficio de los llamados presos políticos).

El mismo Wallace dijo que era muy interesante todo lo que yo estaba diciendo y que se estaba preparando un grupo de legisladores norteamericanos para salir de visita de buena voluntad, encabezados por el diputado Richard Kleberg de Texas y un grupo de senadores. El diputado Kleberg y yo éramos grandes amigos y compañeros de jugada de gallos; mi señora y la de él también eran muy amigas. Al final de este capítulo explicaré quiénes son los Kleberg.

En su conversación, Castillo Nájera dijo que aunque el general Manuel Avila Camacho ya era presidente electo, a él todavía no se lo comunicaban oficialmente por lo que nada tenía que decir a este respecto, pero en cuanto a las conspiraciones de Almazán, ya tenía conocimiento e iba a hablar con el presidente Roosevelt, "que es tan gran amigo de México, para que no permita que violando las leyes de neutralidad conspire nadie contra nuestro país".

El vicepresidente Wallace me cayó muy bien y yo también le caí bien a él pues desde entonces hicimos estrecha amistad (los dos éramos rancheros).

Después de habernos despedido de Wallace, quedé de acuerdo con el diputado Maverick para regresar juntos a Texas y mientras, le hablamos a su apartamento al diputado Richard Kleberg.

Ya reunidos el diputado Kleberg, Maverick, De la Garza y yo, almorzamos juntos otra vez en el May-Flower. Le platiqué a Kleberg el motivo por el que yo había ido a Washington. Kleberg me llamaba compadre, sin serlo, porque entre texanos y mexicanos amigos se dan ese tratamiento, que equivale a "cuates". Le platiqué lo que nos había dicho el vicepresidente Wallace respecto a la misión de los legisladores a la América Latina, naturalmente empezando por México. "Sí —me dijo Kleberg—, esta iniciativa del presidente Roosevelt, secundada entusiastamente por nosotros y no sólo porque estemos en guerra, sino porque el presidente tiene la convicción de que debemos hacer estrecha amistad con los países latinoamericanos, especialmente con México, con el que quiere seguir la política de buenos vecinos que ya él ha iniciado y está en marcha; yo seré el presidente de esta comisión —me siguió diciendo Kleberg— en ese viaje, y espero, compadre, que nos invites a tu rancho". Yo le contesté como les gusta a los texanos que les digamos los mexicanos: "Compadre, mi casa es tu casa".

Ese día me despedí de Kleberg, del vicepresidente Wallace ya me había despedido un día antes, y también de Pancho Castillo Nájera. Regresamos a San Antonio, Texas, el diputado Maverick, que ya he dicho era el líder de la mayoría demócrata en la Cámara de Representantes, acompañados de Fernando de la Garza.

En San Antonio, después de dos días de estancia durante los cuales De la Garza reanudó sus pesquisas, levantó la huella de Almazán, le siguió la trilla sin perderle pisada y lo localizó escondido en un hotel de segunda en Galveston, Texas. Me despedí de De la Garza y salí en automóvil a Mc Allen, que era el cuartel general de la conspiración almazanista, en la que estaban inodados los jefes militares, las autoridades civiles de Reynosa, Tamaulipas (general Tiburcio Garza Zamora, senador Manuel Garza Zamora, coronel Aarón Ramírez), y Esteban García, mexico-texano, cacique político de los condados de Mc Allen y Edimburgo. Ahí supe que habían llegado Melchor Ortega y el general José Mijares Palencia, que habían sido, durante la campaña política, presidente del partido almazanista en la República y jefe de la campaña en el Distrito Federal, respectivamente, que ya traían sus sillas de montar para cuando cruzaran el río incorporarse con los Garza Zamora en Reynosa, que Mijares Palencia había tenido que mandar hacer una silla texana, pues era muy culón y no encontró ninguna silla de montar en las tiendas a la medida de sus nalgas; en cuanto a Melchor Ortega, los únicos caballos que conocía eran los cuatro de la baraja, era un gran jugador de poker, lo que le valió ser contertulio predilecto del general Calles en el casino Sonora-Sinaloa y más tarde ser valido de don Plutarco en la política nacional, quien lo hizo 15 días presidente del Partido para mandarlo después como gobernador al estado de Guanajuato, de donde había emigrado a Michoacán desde que tenía 16 años, según el propio Ortega me contó, por haber sido miembro de la Defensa Social huertista en su pueblo Chamacuero, hoy Comonfort, del propio estado de Guanajuato. Más tarde el general Mijares murió en su cama de gordo y Melchor Ortega murió mucho después asesinado en el estado de Guerrero. Ni Mijares Palencia ni Ortega eran revolucionarios de convicciones. Mijares era de procedencia federal del Colegio Militar de Chapultepec, se incorporó a nuestras filas en la ciudad de San Luis Potosí en julio de 1914 que entramos los constitucionalistas en esa plaza, ingresó afiliándose, con carácter de capitán, al 2o. regimiento Pedro Antonio Santos, que mandaba el coronel Higinio Olivo (muerto general), perteneciente a la Brigada Santos que comandaba el coronel Samuel M. Santos. Ya he dicho que el general Higinio Olivo fue compadre y gañán de mi padre en nuestro rancho de Barrón, Municipio de Tampamolón, San Luis Potosí. Las revoluciones son así, el Aguilucho de Chapultepec a las órdenes del gañán de Tampamolón, claro que con el tiempo los gañanes mueren en la pelea o son eliminados por los re-

cién llegados de las filas contrarias. Mijares Palencia llegó a gobernador del estado de Puebla durante el Maximato de Calles, fue jefe de la Policía del Distrito Federal y el general Olivo murió en Tambaca, San Luis Potosí, combatiendo contra los villistas de Tomás Urbina. Melchor Ortega ingresó a la "Revolución" en 1920 afiliado al obregonismo, en Uruapan, Michoacán, bajo las órdenes de Carlos Riva Palacio y llegó a ser subsecretario de Agricultura y Fomento, presidente "volátil" del Partido y gobernador de Guanajuato, así como lugarteniente en la política del general Plutarco Elías Calles. Mijares Palencia era pájaro nalgón y Melchor Ortega era hombre valiente.

Una vez que balconeé a estos conspiradores de petate, me fui para Brownsville donde tomé avión para México y al día siguiente de haber llegado, por la mañana, le di cuenta al general Avila Camacho de mi expedición y de mis actividades, las que don Manuel aprobó plenamente.

Le dije al general Avila Camacho: "Mañana mismo voy a ver a Ponzanelli para mandar hacer una estatua de Hidalgo, pero no un Hidalgo anémico, sino un Hidalgo pantera, con el estandarte en la mano, botas, la boca abierta y el gesto como gritando: 'Vamos a matar gachupines'." Don Manuel se rió y me dijo: "Compadre, ¿de dónde le ha venido esa idea? ¿Y para qué quiere ese Hidalgo?" "Lo quiero —le dije— para, cuando usted haya protestado como presidente de la República, llevarla yo como regalo del presidente de la República Mexicana a la ciudad de San Antonio, Texas, y usted se servirá acordar con el que vaya a ser jefe del Departamento Central para que me proporcione la Orquesta Típica de la Ciudad de México, misma que yo tuve a mis órdenes cuando Miguelito Lerdo de Tejada era su director y la incorporé a la Alianza de Partidos Socialistas de la República y la llevé a Yucatán, reforzado Lerdo de Tejada por Tata Nacho, Mario Talavera y Esparza Oteo. Con esta orquesta típica hice el gran argüende en el sureste, sobre todo en Yucatán que entonces no conocían la música mexicana y menos la mejor orquesta del país. Ya Miguelito Lerdo de Tejada murió, como usted sabe —le seguí diciendo al general Avila Camacho—, ahora dirige la Orquesta Típica el comandante Marín, que fue segundo de Lerdo de Tejada. La 'pochada' no conoce esta música y menos los norteamericanos. Como para ese entonces mi mandato de senador habrá terminado, quiero que me mande usted a esta comisión con carácter militar para poder meterme al fuerte *Sam Houston* y ofrecerle a los jefes, oficiales y a los soldados que quepan en el auditorio del fuerte, una audición que dedicaré a los militares norteamericanos del fuerte a nombre del presidente de la República Mexicana. La estatua —le seguí diciendo— también la entregaré a nombre de usted al ayuntamiento de la ciudad de San Antonio a condición de que la pongan en un sitio muy céntrico de esa ciudad, que no manden a don Miguel Hidalgo al barrio mexicano". Esta idea le pareció muy buena al general Ávila Camacho

y me dijo: "Entonces el gobierno de México lo va a mandar a usted como representante personal del presidente con su carácter de general". "No, compadre —le contesté—, mi despacho de general usted sabe que lo tengo en la sombra y que no lo he querido presentar al Senado para su reconocimiento, no obstante que he sido senador y líder del Senado en dos periodos; deme usted un oficio con carácter de coronel pues pienso seguir siendo político todavía por mucho tiempo y conservar mi situación de ciudadano armado". "Como usted quiera —me dijo el general Avila Camacho—, usted irá lo más cómodo posible; ¿la estatua se la entregan pronto?" A lo que yo le contesté: "Sí, señor, Ponzanelli es muy amigo mío y para algo estamos controlando la Comisión de Administración del Senado de la República, LE DOBLARÉ PARADA".

Ponzanelli era el dueño de un taller dedicado a hacer estatuas de mármol y de bronce.

Una vez que aprobó el general Avila Camacho mi idea, le hablé por teléfono al general Maximino Avila Camacho, gobernador del estado de Puebla y le pregunté: "¿Vienes pronto a México?" "A la hora que quieras", me contestó. "Pues mañana mismo", le dije, y al día siguiente nos reunimos en mi casa.

Le conté a Maximino Avila Camacho mi último navegar por los Estados Unidos, le "pinté" a cada uno de los personajes norteamericanos con quienes traté, pues él no conocía a ninguno, le dije que hiciéramos un telegrama entre los dos y que él firmaría, para el diputado Kleberg invitándolo a Puebla, "a sugerencia de nuestro mutuo amigo, el señor senador Gonzalo N. Santos". Hicimos el telegrama y Maximino se lo llevó a Puebla para ahí trasmitirlo como habíamos convenido.

Ahora voy a decir quién era el diputado Richard Kleberg. El, su hermano don Roberto y su hermana Henriete eran los únicos propietarios en mancomún del King Ranch en el condado de Kingsville, Texas. El King Ranch no sé cuántos cientos de miles de acres tiene, lo que sí sé es que entonces el King Ranch contaba con ochenta mil vacas de vientre, de la raza Santa Gertrudis que en treinta años de experiencia había producido Ricardo Kleberg; en aquel tiempo el rancho contaba con catorce "norias" de petróleo (pozos) en plena producción. Los Kleberg también eran propietarios del Banco de Kingsville en compañía del señor Iturri, ranchero muy rico, texano, de lejano origen español, de los españoles que se quedaron viviendo en Texas después de la separación de México.

Los Kleberg tenían, hasta la Revolución de Fidel Castro, un King Ranch en Cuba y tienen a la fecha otro King Ranch en Brasil. Además, Ricardo Kleberg era el jefe de la diputación texana y presidente del Casino Texano en Washington. Ese era mi "compadre" Ricardo Keblerg, por tanto a nadie debía extrañar que siendo él diputado y viniendo en la misión de legisladores norteamericanos, catorce senadores, entre

ellos el senador Harry S. Truman (después presidente de los Estados Unidos y "generoso donador" de la bomba atómica al Japón), fungiera como secretario particular de mi "compadre" Ricardo el abogado texano Lyndon B. Johnson (también más tarde presidente de los Estados Unidos y "benefactor" de Santo Domingo).

Aproximadamente a la semana de lo que estoy relatando, llegó a México el diputado Kleberg acompañado de catorce senadores y su secretario particular, el abogado Lyndon B. Johnson. Kleberg me dijo que había contestado inmediatamente a Maximino Avila Camacho aceptando su invitación, pero que primero iban a saludar al presidente Cárdenas y que yo los acompañara a hacerle una visita al general Manuel Avila Camacho, ya para entonces declarado oficialmente presidente electo.

El diputado Kleberg traía unos camiones en los que venían cien vaquillas de raza Santa Gertrudis y veinte toretes de la misma raza, todos estos vacunos seleccionados para exposición; traía una docena de caballos finísimos de los llamados "de cuarto de milla", traía además 25 estupendos gallos de pelea de la raza llamada *Shelton*. Después de acompañar a Kleberg a pasarle revista a su "Arca de Noé", me dijo: "Compadre, aquí no hay más fino ni menos fino, todos estos animales son muy finos, le voy a obsequiar tres toretes, quince vaquillas y dos caballos al presidente Avila Camacho; al general Maximino le obsequiaré dos caballos cuando tenga el gusto de conocerlo y tú, compadre, escoge lo que quieras, los demás animales me los voy a llevar por toda la América Latina hasta llegar a Argentina, los obsequiaré a los presidentes de los diferentes países". Yo le dije: "Compadre, me conformo con los 25 gallos". "Dispón de ellos —me contestó— y, si crees conveniente obsequiar algunos, puedes hacerlo a nombre mío". "Haré este reparto equitativamente —le dije— entre personas afectas, como tú y yo, a las peleas de gallos".

En efecto, repartí los gallos equitativamente: le obsequié, a nombre de Kleberg, 5 *Shelton* al general de división Rodrigo M. Quevedo y yo me quedé con 20 "pitagóricos".

Después de saludar la misión de legisladores al presidente Cárdenas y al presidente electo, general Manuel Avila Camacho, me trasladé a Puebla en compañía del diputado Kleberg y su secretario particular, el *lawyer*, Lyndon B. Johnson; Maximino nos recibió en su mansión palaciega acompañado del senador y doctor Gonzalo Bautista. Maximino nos agasajó a lo grande, como él sabía hacerlo. Nos trasladamos a la plaza de toros, donde hubo una encerrona de cuatro toros de los cuales dos rejoneó Maximino y los otros dos los toreó Rodolfo Gaona; después se dio una gran comida en el parque Agua Azul.

Regresaron conmigo a México Kleberg y su secretario Johnson. Venían muy bien impresionados de Maximino. Johnson no hablaba es-

pañol, pero lo entendía muy bien. Kleberg lo hablaba perfectamente, mezclando en su lenguaje "pochismos" y "españolismos" pues había estudiado español en Madrid y empleaba la *z* y la *c* como los españoles, por ejemplo, no pronunciaba "pas" como nosotros, sino "padz", etcétera; cuando un gallo corría en una pelea decía como los pochos y algunos de nuestros rancheros: ese gallo ya "juyó", es un "juilón".

Ya aquí en México, fueron a mi casa algunas veces a tomar el coctel, encabezados por el diputado Kleberg, los miembros de la misión de legisladores. Leola los atendía como ella lo sabe hacer y me servía de intérprete con los que no hablaban español.

Mis compadres, el diputado Maverick y *Mr*, Anderson no venían en la misión, pues de haber venido, el presidente de la misma hubiera sido Maverick que era, como ya he dicho, la "voz" de la mayoría demócrata de la Cámara de Representantes del Capitolio.

De la visita que harían a mi rancho los legisladores, convenimos Kleberg y yo que se haría a su regreso de la América del Sur.

Cuando la comisión regresó a México de la América del Sur, nos fuimos a mi rancho en Tamuín. Ahí les teníamos preparada una comida ranchera dirigida por Leola, como ella lo sabe hacer, de ajo-comino, frijoles con "cueritos", barbacoa, zacahuil y como postre conserva de cuahuayote, pero como se sabe condimentar estos platillos en la Huasteca, sobre todo en mi casa, donde hasta la fecha se ha conservado la influencia de la vieja cocina huasteca.

Antes de la comida nos embarcamos en una gran panga hecha de un solo tronco de árbol de "orejón", con dos remeros; ya para "abrirnos de canal", le dije a mi ayudante Lafont que le dijera a Leola que él, en otra panga, nos fuera a alcanzar a la cascada de la La Jarrilla con whisky escocés y americano y soda. Después emprendimos la navegación río arriba; los americanos admiraron ese lugar de maravilla en donde brotan hasta 58 manantiales que forman una isla con dos brazos del río Choy y se juntan al terminar la isla en un solo río muy profundo y bello.

Iba en la misión el senador Green, de Rhode Island, que tenía 86 años de edad. Green había ocupado su curul de senador durante 40 años consecutivos; el estado de Rhode Island es el más pequeño de la Unión Americana. Al senador Green, el diputado Kleberg, el abogado Johnson y los senadores lo llamaban "Pap". Cuando ya íbamos regresando en la panga río abajo, llegó Lafont en un cayuco chico acompañado de un mozo del rancho, portanto grandes charolas y vasos para beber whisky.

Le ordené a Lafont que arrimara el cayuco, lo que hizo y le recogí las botellas, lo despaché y a "pico de jarro" nos remojamos las gargantas con "raciones de gorgoritos".

Así llegamos a la casa de La Jarrilla. La música de huapango comen-

zó a "paso de carga", nos avalanzamos a la comida huasteca y todo fue risas, festejo y bromas. Por su parte, Leola dirigía el alegre agasajo ranchero sin ribetes versallescos.

Regresamos a México por carretera. En la capital los estaba esperando para darles un agasajo en la Embajada el embajador Joseph Daniels, quien tuvo la gentileza de invitarnos. El diputado Kleberg y los senadores se apartaron un buen rato con el embajador Daniels a un aposento donde le estuvieron dando cuenta de sus impresiones de la visita a América Latina; impresiones que sin guardar ninguna reserva me contó mi gran amigo el diputado Kleberg. Ellos habían logrado lo suyo, la América Latina se declaraba contra el nazismo, aun cuando los Estados Unidos y los latinoamericanos no habíamos entrado en guerra aún contra Alemania ni con las demás potencias del Eje.

De paso diré que el embajador Daniels era muy gentil conmigo, pero hablando "donde sólo Dios nos oye". A sus invitaciones concurría yo por deber social y conveniencia política, pues no hablaba ni una palabra de español y sobre todo, lo más grave, *brindaba con jugo de tomate.*

Una vez que la misión americana regresó a los Estados Unidos yo me quedé en México "marcando el paso" y visitando diariamente al presidente electo, general Manuel Avila Camacho, para recibir cualquier orden o las instrucciones que tuviera que darme.

Un día ya muy cercano a la toma de posesión del general Avila Camacho como presidente de la República, él me llamó por teléfono para decirme que fuera luego a su casa. Cuando llegué, lo encontré muy contento y me dijo: "Compadre, se ha echado usted un jonrón". Yo, que nunca he sido afecto a ningún juego de pelota, no entendí el término y le pregunté que qué quería decir; ya que me lo explicó le dije: "Compadre, en términos gallísticos eso quiere decir 'dar capote', pero no sé por qué me atribuye usted ese triunfo". El general Avila Camacho me mostró un telegrama del doctor Francisco Castillo Nájera, nuestro embajador en Washington, transcribiéndole el telegrama que él le había puesto al presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, en el cual decía oficialmente que el presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, había nombrado su representante oficial a la toma de posesión del presidente Avila Camacho al vicepresidente Henry Wallace y que la Cámara de Representantes había nombrado, con el mismo fin, en su representación al diputado Maurice Maverick, líder de la mayoría demócrata en el Congreso.

Luego le dije a don Manuel: "Lo felicito, pues con esta determinación de los 'primos' tiene 'mano, comal y metate'. Lo que Almazán fue a buscar cometiendo tantas indignidades, nosotros lo hemos obtenido defendiendo nuestros derechos". El general Avila Camacho, muy eufórico, me dirigió una serie de elogios, diciéndome: "Este es el resultado

de sus gestiones con sus compadres los rancheros de Texas. El país entero sabe que usted es un gran político —siguió diciéndome don Manuel—, pero no saben que es usted también un buen diplomático". "La diplomacia —le dije— es una rama de la política y el que es buen político es buen diplomático, solamente que en nuestro país se confunden los conceptos y llaman político al electorero o al que habla un lenguaje rebuscado, dicen que 'es muy político para hablar' y al diplomático lo confunden frecuentemente con el adulador, con el cobero y con el cortesano; la política abarca la ciencia de la diplomacia". "Muy bien por la cátedra, compadre —me dijo don Manuel—, vamos aprendiendo; usted se va a encargar de recibir a estos representantes en mi nombre, atenderlos y traérmelos a presentar". "Con mucho gusto lo haré —le dije al general Avila Camacho— y tengo el agrado de participarle que la estatua de bronce del cura Hidalgo que le mandé hacer a Ponzanelli ya está lista para que, en la primera ocasión y cuando sea oportuno, la lleve yo en su representación a San Antonio, Texas. Verá usted qué laberinto hacemos en la entrega de esa estatua con autoridades civiles y militares, sobre todo con estos últimos, que en estos momentos tienen la palabra en los Estados Unidos preparándose para entrar a la guerra".

Me despedí de don Manuel y desde mi casa le hablé por teléfono al diputado Kleberg a Washington, invitándolo a nombre del presidente electo y de la Cámara de Senadores, que yo representaba en esos actos, a que viniera a la toma de posesión del presidente, general Manuel Avila Camacho. Kleberg me dijo que agradecía mucho mi atención y la del presidente electo Avila Camacho, pero que él había venido a México, siendo diputado, encabezando una comisión de senadores desde México a la República Argentina, ocupando un primerísimo lugar, y ahora, si viniera, su situación sería un poco desairada y de tercer lugar, pues venía como enviado en representación del presidente Roosevelt el vicepresidente de los Estados Unidos, Henry Wallace, y en representación del Congreso, como debería ser, el diputado Maurice Maverick, líder de la mayoría demócrata en el Congreso a la que el mismo diputado Kleberg pertenecía y que él tenía que cuidar su posición política en Texas. Yo comprendí las razones que adujo Kleberg y le dije: "Pronto los visitaremos Leola y yo a Sara y a ti en tu casa de Corpus Christi y mientras tanto te encargas de ver que las autoridades texanas no permitan que se violen las leyes de neutralidad por los almazanistas conspiradores". El compadre Kleberg me aseguró que estaría pendiente para que nuestras relaciones durante el gobierno del general Manuel Avila Camacho fueran más estrechas y sinceras entre México y los Estados Unidos.

A la toma de posesión del presidente Avila Camacho vinieron, como ya quedó dicho, el vicepresidente Henry Wallace, en representación del presidente Roosevelt, el líder de la mayoría demócrata en la Cáma-

ra de Representantes, diputado Maurice Maverick; también llegaron *Mr.* Johns, jefe de la FBI en Texas y el multimillonario Cornelius Vandervilt. La familia Vandervilt, con la madre de Cornelius a la cabeza, eran los líderes de la alta sociedad de Nueva York. Cornelius venía como enviado confidencial del presidente Roosevelt ante el presidente electo, general Manuel Avila Camacho, y en calidad de invitado venía *Mr.* Johns con quien hacía tiempo tenía yo amistad y que me daba información de los movimientos de Almazán y sus partidarios en Texas, a los cuales nunca perdió de vista; él llevó a mi casa a Vandervilt. Como *Mr.* Johns no hablaba ni una palabra en español, aunque entendía mucho, nos sirvió de intérprete a Vandervilt y a mí, mi esposa que es una gran traductora bilingüe y la única que me ha podido decir del inglés al español lo relativo a ganadería, cría y peleas de gallos; también de política entiende mucho, pues "quien con lobos se junta a aullar se enseña". Invitamos a cenar a Vandervilt solo, pues disfrutaba de su séptima vida de soltero, y a *Mr.* Johns con su señora, que de tiempo atrás tenía amistad con Leola. El famoso Vandervilt era un tipo muy simpático, un poco "usadón", pero todavía joven; vestía un elegante esmoquin azul con camisa y mascada azul. Ese fue el primer esmoquin de color que yo vi. *Mr.* Johns y yo estábamos vestidos de calle; Leola y la señora Johns de cena. Vandervilt me dijo, a través de Leola, mi esposa, que traía una carta del presidente Roosevelt para el presidente electo, Manuel Avila Camacho. Fuera de todo protocolo, Roosevelt quería estrechar relaciones personales y como Vandervilt era su íntimo amigo y su *playboy* favorito se había puesto a disposición del presidente Roosevelt ahora que ya había barruntos de guerra, para que utilizara sus servicios donde y como lo considerara conveniente el presidente Roosevelt y al igual que los legisladores norteamericanos que vinieron en misión, él continuaría en comisión del presidente Roosevelt por toda la América Latina. Yo me puse a las órdenes de Vandervilt y antes de llevarlo ante la presencia del presidente electo, lo fui a ver para participarle la misión de Vandervilt y decirle que me había pedido que yo lo presentara con él. El general Avila Camacho accedió gustoso a recibirlo ese mismo día por la noche, en su domicilio.

Comentamos don Manuel y yo la llegada de Vandervilt, yo le dije: "Este hombre es sumamente rico, no le cuesta ni un centavo al Tesoro americano su actividad, es adicto a la persona del presidente Roosevelt, tiene mucho nombre en el mundo social internacional y usted verá, en la carta que le trae del presidente Roosevelt, que seguramente lo que quiere es 'refrescar navaja' (se dice en los gallos cuando se cambia de navaja) con usted".

Por la noche conduje a Vandervilt y *Mr.* Johns a la presencia del general Avila Camacho en su domicilio. *Mr.* Johns sólo quería conocer a nuestro nuevo presidente, para el que sabía que yo estaba trabajando.

Ya había yo prevenido al general Avila Camacho que ni Vandervilt ni *Mr.* Johns hablaban español y que sobre todo, la carta que portaba Vandervilt sólo debería ser conocida por el general Avila Camacho, el portador de ella y por un intérprete de confianza del general Avila Camacho.

Yo ante don Manuel presenté a Vandervilt y a *Mr.* Johns. Con el general Avila Camacho estaba el capitán Amézquita (hoy teniente coronel retirado), su intérprete en inglés, incluso en francés y alemán. Desempeñó el cargo de su intérprete durante toda la época que ocupó el general Avila Camacho la presidencia de la República. Después, el capitán Amézquita fue intérprete de don Antonio J. Bermúdez cuando éste estuvo al frente de PEMEX.

Se encerraron el presidente electo, Vandervilt y el intérprete capitán Amézquita en una habitación donde leyeron la carta y cambiaron impresiones por espacio de 45 minutos. Después entramos *Mr.* Johns y yo a presencia de los reunidos. *Mr.* Johns le obsequió a don Manuel un revólver de cilindro, niquelado, *Smith & Wesson.* Don Manuel dijo al recibirlo: "Agradezco esta pistola, pero me extraña que un juez me traiga ese regalo". A lo que yo le contesté: "*Mr.* Johns no es juez, es 'parte', pues es jefe de la FBI en Texas, antes fue *ranger.* Fue el jefe de los *rangers* que aprehendieron a Pascual Orozco cerca de El Paso, Texas, cuando éste andaba robando caballos del lado estadounidense para pasar a nuestro territorio junto con Victoriano Huerta. A Huerta lo aprehendieron en El Paso y lo metieron preso en Fort Bliss y a Orozco lo agarraron con "la reata en mano". Ahí mismo lo liquidaron los *rangers* y *Mr.* Johns lazó el cadáver llevándolo a rastras hasta la carretera donde sacaron fotografías; este hecho nos causó mucha alegría a constitucionalistas, villistas y zapatistas, es por esto que soy muy buen cuate de *Mr.* Johns; además, él en lo particular y como amigo me ha dado muchos soplos de las actividades subversivas de Almazán y los suyos en Texas".

Vandervilt era el *playboy* número uno del mundo y, según él mismo me contó, le prestaba al presidente Roosevelt las más bellas sirenas que navegaban en los mares de América. Como yo andaba tan ocupado por la ya muy próxima toma de posesión del presidente Avila Camacho, atendí a Vandervilt en el ambiente de mi familia, prometiéndonos para más tarde un intercambio de relaciones más placenteras. Debo decir que el multimillonario Vandervilt había estado en la Primera Guerra militando en el ejército norteamericano y alcanzó el grado de mayor; peleando contra los alemanes en Francia fue gaseado y perdió la dentadura, ésta era una de las causas del porqué era tan consentido del presidente Roosevelt. Más afortunado que él fue mi paisano el general Juan Barragán, consentido de Carranza y que no perdió ni un

diente en campaña porque nunca estuvo en ninguna acción; sin embargo, fue el *play-boy* consentido del Primer Jefe.

Llegaron los representantes de los Estados Unidos a la toma de posesión del general Avila Camacho. El vicepresidente Wallace se alojó en la Embajada y el diputado Maverick en un hotel. Reunidos los tres en la Embajada, donde saludé al señor embajador Daniels, les ofrecí llevarlos ante el general Avila Camacho. El embajador Daniels estaba acreditado ante el todavía presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, y dijo que no era propio que él hiciera ninguna visita oficial al general Avila Camacho sino hasta que tomara posesión de la presidencia de la República. Así pues, con el vicepresidente Wallace y el diputado Maverick me trasladé a la casa del general Avila Camacho donde él ya nos estaba esperando en compañía de su intérprete, el capitán Amézquita. La entrevista fue muy cordial y sin ningún protocolo pues Wallace era socialista y mi compadre Maverick era verdadero demócrata y además texano, por lo tanto no tenía preocupaciones de protocolo.

El mismo día de la toma de posesión, ya que había pasado ésta, invité al embajador Daniels, al vicepresidente Wallace, y al diputado Maverick, (excepto Vandervilt y *Mr.* Johns que debían continuar su viaje a la América del Sur; Vandervilt tuvo la gentileza, al despedirse de nosotros, de regalarle a Leola una bella y exótica muñeca de no sé qué país para que ella la agregara a la interesantísima colección de muñecas que tenía) a un coctel en mi casa. De ahí nos trasladamos, acompañados de Leola, que me iba interpretando, a los talleres de Ponzanelli, donde les mostré la estatua de Hidalgo que próximamente iba yo a llevar como obsequio a la ciudad de San Antonio, Texas, de parte del ya presidente de la República, general Avila Camacho, y sacamos una fotografía rodeando la estatua.

Al día siguiente de la toma de posesión del general Avila Camacho como presidente de la República, leí en los periódicos la lista de su gabinete; yo figuraba como gobernador del territorio de Quintana Roo. A mí nada se me había dicho de esto, ni había yo insinuado al presidente Avila Camacho determinado deseo para ocupar un puesto en su equipo, pero se entiende que mis esfuerzos eran acreedores a algo, pero a algo de mi categoría en proporción a mis esfuerzos. Como un relámpago se me vino a la cabeza que ese nombramiento era cosa de Lázaro Cárdenas, que deseaba alejarme del centro de las actividades políticas y concretamente del presidente Avila Camacho.

En aquel tiempo Quintana Roo no era lo que es ahora; por toda comunicación había barcos, casi carabelas, y un solo avioncito destartalado de un motor; yo comprendí la intención y guardé serenidad, me hice el desentendido y no fui a ver al presidente Avila Camacho hasta que él me llamó a Palacio Nacional. Me confirmó el nombramiento de

gobernador de Quintana Roo del cual yo me había enterado por la prensa; me dijo que era su intención desarrollar intensamente el territorio de Quintana Roo, que me iba a dar dinero suficiente para que hiciera carreteras, escuelas y toda clase de obras que se necesitaran para el progreso del territorio, para que yo me "clavara". Le di las gracias al presidente Avila Camacho llamándole ciudadano presidente. Le dije: "Me honra mucho la distinción que me hace, no por el nombramiento de gobernador, sino por el concepto que tiene usted de mi capacidad para emprender obras tan importantes, pero hablándole con franqueza, ciudadano presidente, le diré que no me interesa el problema maya ni bajo el punto de vista racial, ni político, ni geográfico; si alguna raza autóctona me interesa es la raza huasteca y de política me interesa la nacional, como región geográfica me interesa más la Huasteca, que limita con Tamaulipas, Veracruz e Hidalgo, que Quintana Roo, que limita con Campeche, Yucatán y con Belice". El presidente Avila Camacho creyó que había ironía en mis palabras y me reiteró: "Nadie ha hecho nada en Quintana Roo, usted con su capacidad, su dinamismo y su talento hará algo nuevo en ese territorio, le reitero, mi general —me dijo—, que tendrá usted todos los elementos económicos sin ningún límite para que desarrolle usted su labor. Además, tendrá usted todo el apoyo del gobierno federal y se le nombrará además de gobernador, comandante militar del territorio". "Me puede usted nombrar también obispo y administrador de la aduana, ciudadano presidente —le contesté—, y me podrá usted dar todos los elementos económicos que me anuncia, pero me falta una cosa que ni usted ni yo podemos remediar". "¿Cuál?", me preguntó . "Entusiasmo", le contesté y lanzándole una finta le dije: "Ni yo podré sacar a Lázaro Cárdenas de Michoacán ni Lázaro Cárdenas podrá sacarme a mí jamás de la Huasteca". El presidente Avila Camacho se puso rojo y me pidió que no hiciera ninguna declaración a los periódicos, que esperara para que habláramos al día siguiente.

Al día siguiente, sin previo aviso, por la mañana, como a las nueve, se presentaron en mi casa de las calles de Mexicali el presidente Avila Camacho y el ministro de Gobernación, licenciado Miguel Alemán. Yo los pasé a la sala. Después que saludaron a Leola nos quedamos solos (entonces estas cosas se trataban entre hombres). El presidente Avila Camacho me dijo: "Vengo a hacerle una proposición: quiero que acepte usted la Subsecretaría de Gobernación, para que junto con el licenciado Alemán, de quien es tan amigo, me lleven la política del país". Alemán no había hablado y yo le pregunté: "Licenciado, ¿qué opina usted de esto?" "Encantado —contestó—, juntos podemos colaborar con el presidente ya que tan unidos hemos estado los tres en la campaña y afrontar los problemas que a toda nueva administración se le presentan". Yo le contesté: "Doy las gracias a usted, ciudadano presiden-

te, por esta nueva muestra de confianza y estoy seguro de que también de simpatía que usted me está otorgando al ofrecerme la Subsecretaría de Gobernación al lado del actual ministro, licenciado Miguel Alemán, pero les voy a decir los inconvenientes que este nombramiento tiene para los tres: yo soy político más viejo y más jugado que ustedes dos. Al poco tiempo de estar desempeñando el cargo de subsecretario de Gobernación empezarían las murmuraciones y las hablillas, diciendo que el verdadero ministro de Gobernación es el viejo lobo Gonzalo N. Santos, los amigos y allegados del licenciado Alemán se sentirían incómodos y le dirían a usted, licenciado, que yo le estoy comiendo el mandado y usted como humano que es se precaverá y con el oficial mayor (que iba a ser el licenciado Fernando Casas Alemán y que por mi no aceptación lo nombraron subsecretario), me pondrían el 'diablo' y me brincará y yo no me dejaré, por lo tanto tendríamos un choque al poco tiempo de inaugurado el gobierno del presidente Avila Camacho". Alemán, muy gentil, me dijo que él no se prestaría a ninguna maniobra contra mí y que conociendo mi hombría y lealtad, estuviera yo seguro de que no daría oídos a las murmuraciones ni se dejaría inlfuenciar, que yo aceptara la Subsecretaría, que juntos y unidos trabajaríamos como en la pasada campaña. Luego, dirigiéndome yo al presidente Avila Camacho, le dije: "Mire usted, ciudadano presidente, no se preocupe por mí, yo no soy problema, soy su amigo y su partidario sin necesidad de ocupar ningún puesto público, no quiero decirle que sea yo un franciscano descalzo, pero he figurado mucho, he manejado la política del país por largos años, no estoy sediento de poder, vamos dejando esto al tiempo". Insistió el presidente Avila Camacho en la Subsecretaría de Gobernación y para poner yo punto final a aquello, les dije a los dos: "Voy a hablarles como los hombres: en política nunca me he supeditado a nadie que no sea directamente al presidente de la República o al que ha ejercido el poder, como en el caso de Calles; si usted, ciudadano presidente, tiene algún otro puesto que ofrecerme y que yo pueda aceptar, estoy dispuesto a servir; por ejemplo, mándeme como gobernador al territorio norte de la Baja California". El presidente Avila Camacho, no sé si hablando en "poblano" o resentido por una fuerte presión, me contestó: "Ese puesto ya se lo ofrecieron al viejo Sánchez Taboada". Yo sabía que ninguno de los generales de Avila Camacho quería al general Sánchez Taboada, quien era poblano como ellos, entonces claro me había dicho el presidente Avila Camacho quién le había ofrecido ya el puesto de gobernador del territorio norte de la Baja California al general Sánchez Taboada, ¡había que voltear para Michoacán!.

Yo ya estaba un poco apenado porque podía pensar que me estaba haciendo del rogar, entonces el presidente Avila Camacho me dijo: "Bueno, si usted quiere un departamento que dependa directamente de la presidencia de la República, lo nombraré jefe del Departamento

Indígena" (actualmente desaparecido). Yo le contesté: "Se burlarían de usted y de mí; mi ancestro materno, el fundador de Ciudad Valles, junto con Gonzalo de Sandoval, era el Tuerto Rivera y era nada menos que pagador de Hernán Cortés en la expedición de la Huasteca; por parte paterna, los Santos vinieron en el Batallón de Asturias; ese puesto está bien para Graciano Sánchez o para Isidro Candia" (dos pames con bigote y lo curioso es que nombró a Candia). Entonces el presidente Avila Camacho me dijo: "Lo espero mañana en Palacio Nacional a las once de la mañana". Al día siguiente ahí estuve presente.

En este trance siempre me vieron el presidente Avila Camacho y el licenciado Miguel Alemán de muy buen humor; ellos estaban más apurados que yo.

Llegué a las once de la mañana a Palacio Nacional y en presencia del licenciado Alemán, del doctor Víctor Fernández Manero, jefe del entonces Departamento de Salubridad, después de cambiar algunas palabras, se puso serio el presidente Avila Camacho y me dijo: "Queda usted nombrado mi 'ministro sin cartera', no tiene usted necesidad de solicitar audiencia ni aviso previo por teléfono, puede usted venir aquí a Palacio Nacional o a Los Pinos, cuando usted guste y a la hora que quiera, fuera de mis horas de reposo". Yo le contesté: "Acepto con todo gusto este nombramiento y desde mañana empiezo a ejercer mis funciones".

Al día siguiente me llamó el general Maximino Avila Camacho desde su rancho La Soledad, en el estado de Veracruz, y acudí a su cita, acompañado únicamente de mi chofer y mi ayudante Lafont.

Esta vez Maximino estaba solo, esperando la visita de Margarita, su mujer, y de algunas de sus hijas. Como llegué al rancho de Maximino cuando ya iba a ser hora de comer, sirvió unos whiskys y después de brindar pronto, se desató hecho un volcán diciendo: "Este pendejo de Manuel ya nos traicionó, se dejó dominar por Cárdenas y si antes tuvimos un jefe máximo capaz y gran estadista, ahora tenemos ya un jefe máximo de turbas y de desorden, quiero que me formules un manifiesto en que como gobernador constitucional del estado de Puebla voy a protestar por interferencias extrañas al Poder Ejecutivo Federal y excitar a los gobernadores para que me secunden y voy a señalar concretamente por su nombre a Lázaro Cárdenas de ser el intruso que ya le puso grillos al nuevo presidente para seguir mandando desde Jiquilpan; yo —siguió diciendo Maximino— tengo el delito de ser hermano del presidente de la República, a quien yo he formado, y fui general de división mucho antes que él, pero cualquier otro que hubiera resultado electo presidente, hubiera tenido la obligación de tomar en cuenta los servicios prestados a la candidatura con el mando de un estado tan importante como Puebla y que, como tú y el país entero sabe, controlo cien por ciento, que el licenciado Rojo Gómez haya sido nombrado jefe del Departamento Central, creo que estuvo bien hecho

porque se declaró por la candidatura de Manuel desde un principio y es gobernador de Hidalgo, lo natural era su ascenso en política; que Wenceslao Labra haya sido nombrado director de la Lotería Nacional también es más que justo porque como gobernador del Estado de México y partidario de los primeros, le correspondía un puesto de más categoría; pero que un pendejo como Jesús de la Garza, que se dice ingeniero y general, haya sido nombrado ministro de Comunicaciones y Obras Públicas por órdenes de Cárdenas, es muy vergonzoso, ese puesto me corresponde a mí y Manuel estaba enterado que esa era mi justa y merecida aspiración y que en lugar de nombrarte a ti ministro de Agricultura y Ganadería, que llevaste toda la campaña desde el principio hasta el fin con tanto valor y tanto éxito, haya nombrado a Marte R. Gómez (también por órdenes de Cárdenas), quien no hizo nada, absolutamente nada, en la campaña".

Aquí voy a abrir un paréntesis. Efectivamente el ingeniero Marte R. Gómez, que era gobernador de Tamaulipas, no hizo nada en favor de la campaña del general Avila Camacho. El almazanismo dominó en Tamaulipas, con excepción de Tampico, y cuando estuvimos en Ciudad Victoria, Marte Gómez nos invitó a comer a su casa exclusivamente al general Manuel Avila Camacho y a mí. Don Manuel me dijo: "¿Cómo va a controlar un estado un individuo tan pinche y tan miserable que nos dio de comer un pollo hervido? Individuos así nunca deberían ocupar puestos caracterizados".

"Mira —le dije a Maximino— a mí no me 'piques la cresta' que bastante chillado ando ya, vamos calmándonos los dos y empleemos mi vieja máxima en política". "¿Cuál es?", me preguntó Maximino. Yo le contesté: "Paciencia, mala fe y acometida de tigre, más vale comer. . . nabo que comer ansia, olvida eso del manifiesto que perjudicarías mucho con él a don Manuel y nosotros también saldríamos perjudicados, convertiríamos al presidente Avila Camacho en un rey de burlas y el aprovechado sería Lázaro Cárdenas; tú te ofuscas —le seguí diciendo a Maximino—, parece mentira que yo conozca más a don Manuel que tú, que eres su hermano; recuerda que don Manuel, siendo coronel, fue jefe de Estado Mayor de Cárdenas, quien ya era general brigadier y desde entonces, a su lado, ha subido y escalado todos los puestos que ha ocupado y ha obtenido los ascensos militares, no puede de la noche a la mañana quitarse esa influencia, pero yo te aseguro que con el tiempo y discreción don Manuel pondrá las cosas en su lugar, pues tiene más talento político del que crees y tiene los huevos en su lugar, yo con eso de que dizque soy su 'ministro sin cartera' tengo mucho modo de trabajarlo, por más que te aseguro que don Manuel no piensa ser muñeco de Cárdenas". Maximino vociferó un poco más contra Cardenas y contra el presidente, después nos fuimos a comer. Cuando terminamos llegó un asistente de Maximino con dos caballos ensillados; Maximino me dijo: "Pelón Tenebroso, vamos a dar una vuelta a caballo". Uno de los caballos era blanco y el otro rosillo, los dos árabes de pura sangre. Yo le pregunté: "¿Cuál es el mío?" "Ese —me dijo Maximino, señalando el rosillo—, me lo acaba de mandar de regalo el general Joaquín Amaro". Entonces pensé yo: "Amaro está trabajando a Maximino contra Cárdenas", pero no dije nada, montamos a caballo y enfilamos por un lomerío muy bonito y muy verde pues en esa parte de Veracruz hay muy buen cielo y llegamos a unos corrales donde Maximino tenía encerrado un lote de ganado bravo de lidia que estaba al cuidado de un torero retirado al que le llamaban Charifas. Maximino le habló al oído a Charifas y momentos después me soltó un torazo bravo como Tomás Urbina y Maximino, el muy cabrón, ya se había encerrado en un corral. El toro me embistió, yo metí espuelas y cuarta al rosillo a toda carrera trepando a la loma más alta que había. El toro me persiguió, pero ya en la subida perdió ímpetu y no me pudo alcanzar. Cuando regresé al corral donde estaba Maximino yo creí que lo iba a encontrar riéndose, pero el muy cabrón estaba regañando a Charifas por su "descuido". Yo le dije a Maximino: "No que me quieres tanto, hijo de la chingada, y me avientas un torazo para que me destripe". Entonces Maximino recrudeció más su regañada al Charifas (tiempo después uno de estos toros mató al pobre Charifas).

Regresamos a la casa del rancho. Ya para entonces habían llegado Margarita Richardi, esposa de Maximino, y dos de sus hijas. Estaban desoladas porque el presidente Avila Camacho no había nombrado ministro de Comunicaciones y Obras Públicas a Maximino. Yo les dije: "Son seis años largos de gobierno, hay mucho tiempo, ayúdenme ustedes a calmar a Maximino y no se acongojen".

Estuve otro rato con Maximino y su familia y cuando me despedí para regresar a México, Maximino ya había olvidado lo del manifiesto.

A mi regreso fui a ver al presidente a Los Pinos y le conté que Maximino estaba muy molesto, muy decepcionado, pero no le conté lo del manifiesto; a mi compadre, que ya he dicho que era muy emotivo, se le salieron las lágrimas y me dijo: "Compadre, no deje que mi hermano se pelee conmigo ni usted se pelee con él". "No, compadre —le dije—, no me pelearé con Maximino; nos cambiamos mentadas de madre de vez en cuando, pero no son mentadas serias y tampoco dejaré que rompa con usted, pero en el fondo tiene razón, él trabajó mucho por su candidatura, fue el iniciador del bloque de gobernadores para apoyarlo a usted y en Puebla, que había muchos almazanistas, se les metió debajo de las chaparreras y dominó la situación muy airosamente, Maximino sí merece el puesto a que con tanto derecho aspira". Don Manuel no me contestó nada.

Como tenía yo el "derecho de picaporte" me metía al despacho del presidente Avila Camacho aun cuando estuviera acordando con algu-

nos de sus ministros, naturalmente me sentaba alejado, a distancia discreta para no escuchar los acuerdos, salvo después cuando el general Maximino Avila Camacho fue nombrado ministro de Comunicaciones y Obras Públicas, entonces me sentaba al lado de los dos, de don Manuel y de Maximino, escuchaba yo todo el acuerdo y algunas veces, cuando las había, las discusiones entre los dos hermanos.

Mi primera entrevista con el presidente Avila Camacho como "ministro sin cartera" fue para pedirle que comisionaran conmigo a la Orquesta Típica del Departamento Central, que organizó y dirigió por muchos años mi querido amigo Miguelito Lerdo de Tejada y que a su muerte tomó el comandante Marín, quien era segundo de Lerdo de Tejada.

El presidente inmediatamente giró órdenes al licenciado Javier Rojo Gómez, jefe del Departamento Central del Distrito Federal, para que proveyera de todo lo necesario al comandante Marín y a su Típica y la pusiera a mis órdenes por el tiempo que yo juzgara necesario. También le pedí al presidente que me diera un oficio con su representación personal para entregar la estatua y asistir en su nombre a todos los festejos que con motivo de la Independencia de México se iban a celebrar en San Antonio, Texas, y su representación personal para hacer una visita a los jefes militares en el fuerte llamado *Sam Houston,* que era entonces donde estaba el cuartel general del tercer ejército norteamericano, al mando del general Kruguer, y que mi nombramiento se lo comunicara al cónsul mexicano en San Antonio, Texas. "¿Y de gastos, compadre?", me preguntó. Yo le contesté: "Los de la Típica y nada más".

Acompañado de Leola y de la Típica, que conservaba el nombre de Lerdo de Tejada, bajo la dirección del comandante Marín, me trasladé a San Antonio, Texas, por ferrocarril.

En la última estación, antes de llegar a San Antonio, subieron al carro pullman en que viajábamos Leola y yo, el mayor de la ciudad de San Antonio, el jefe de la Policía y primer comisionado del ayuntamiento, mi compadre *Mr.* Anderson, Fernando de la Garza, quien ya he dicho figuraba como el jefe de la Oficina de Migración del gobierno mexicano, pero que efectivamente era el jefe de nuestros servicios de espionaje en Texas, con cuartel general en San Antonio, y un coronel del ejército norteamericano en representación del recientemente ascendido general brigadier Dwight David Eisenhower, con una disculpa del general Kruguer, que sentía no haberme podido esperar porque un día antes había tenido que salir a las Filipinas.

Llegamos a San Antonio y ya para entonces había en el hotel que nos alojaba una nube de periodistas pidiéndome declaraciones: "¿Cuál es su misión?", me preguntaron. Yo les contesté: "Traer como regalo a la ciudad de San Antonio, Texas, a los mexicanos que aquí residen y a los mexico-norteamericanos que se siguen emocionando con nuestro *Himno Nacional,* la estatua del cura Hidalgo, padre de nuestra Independencia, que envía por mi conducto el ciudadano presidente de los Estados Unidos Mexicanos, general don Manuel Avila Camacho". "¿Qué otra misión trae usted?", me volvieron a preguntar. "Ninguna otra —les dije—, pero aprovecharé mi venida a San Antonio para saludar a mis numerosos y buenos amigos texanos que me distinguen con su amistad".

La primera medida del ayuntamiento fue declararme huésped de honor de la ciudad y entregarme las llaves; también ordenó que se acelerara la colocación de la estatua de Hidalgo que yo iba a develar en la Plaza Romana, que desde entonces se llamó Plaza México. Este acto se iba a verificar el día 15 de septiembre a las 11 de la mañana.

Nosotros llegamos a San Antonio el día 13. Nuestra primera visita fue a las autoridades municipales. Después me trasladé con Leola, con Fernando de la Garza y con el cónsul de México al Fort Sam Houston, pero antes había yo mandado de vanguardia al comandante Marín con su Típica. En la puerta del fuerte me recibieron los generales Eisenhower, Donovan y numerosos grupos de jefes y oficiales del ejército norteamericano. El auditorio del fuerte estaba repleto de jefes y oficiales en primera línea con sus esposas y tropa atrás. Primero tocaron el *Himno Nacional Mexicano* y después el norteamericano.

El general Eisenhower nos dio la bienvenida a Leola y a mí, haciendo referencia, naturalmente, al presidente de México. Ya para entonces traía yo como agregado e intérprete a un joven abogado texano, muy inteligente, de apellido García, pero lamento no recordar su nombre. Yo contesté al saludo del general Eisenhower en términos amistosos, haciendo mención del gran presidente Roosevelt y que me honraba yo mucho en estar recibiendo tan altos honores de los jefes y oficiales del ejército norteamericano, que yo estimaba eran honores para México y para el presidente de la República.

El ambiente nos era muy favorable, las señoras de los militares norteamericanos, casi todas eran del este o del norte de los Estados Unidos, la única texana auténtica en aquella gran fiesta era Leola, mi mujer.

El presidente Avila Camacho me comisionó a esta honrosa misión como general del Ejército Mexicano y yo objeté y le dije que me pusiera coronel, me preguntó la causa, yo le dije: "Porque mi despacho de general lo he tenido escondido para no regularizarlo nunca en el Senado y estoy con licencia ilimitada sin haber legalizado mi grado, no obstante que por dos periodos he tenido el control de la Cámara de Senadores y durante todos esos años, entre otras comisiones he sido el presidente de la Comisión de Guerra y quiero seguir siendo ciudadano armado, pues el día que el Senado de la República me ratifique mi grado quedaré sujeto a la disciplina militar y ya una vez me las vi 'negras' con Amaro, quien en el colmo de su coraje porque no le mandé todos esos papeles que piden para legalizar los grados, declaró por 'boca de ganso' que se me reconocía el grado de capitán, de lo que yo me burlé

e hice chunga de Amaro en la tribuna de la Cámara, diciendo que el grado no me interesaba en lo más mínimo, que yo conocía mariscales con el mando de unos cuantos inválidos (me refería al 'Ojo Tuerto' de Amaro) y capitanes con el comando de las dos Cámaras, en que cada diputado y cada senador era un mariscal; pero mi despacho —seguí diciéndole a don Manuel— lo conservo en la caja fuerte y por curiosidad se lo voy a traer a usted". Efectivamente, cierto día le llevé mi despacho al general Avila Camacho y me dijo: "Compadre, regularice su grado y automáticamente asciende usted a general de brigada por antigüedad". Yo le di las gracias y le dije: "Déjeme seguir como ciudadano armado, soy político y pienso seguir siéndolo mucho tiempo, el grado militar regularizado me tendrá 'manganeado'". Y con carácter de coronel del Ejército Mexicano, en representación del presidente de la República, asistí a todos esos actos de las fiestas patrias en San Antonio, Texas.

El día 14 los norteamericanos dieron un coctel en honor de Leola y mío en la residencia de uno de los generales del fuerte *Sam Houston*, a donde naturalmente asistieron todas las esposas de los oficiales de subteniente para arriba.

El día 15 ya estaba la estatua colocada en la que se iba a llamar Plaza México. Estaban tendidos para hacerle los honores al representante del presidente de México y a su esposa, una valla de cadetes del Colegio Militar llamado TMI, en donde habían estudiado el general Eisenhower y Mc Arthur. Con grado de sargento estaba formado precisamente junto a la estatua, con el fusil al brazo y bayoneta calada, Gonzalo Santos junior, alumno de esa escuela militar, donde años más tarde estudió también mi hijo Gastón.

Después de la ceremonia, que fue muy emotiva y a la que concurrieron muchos miles de mexicanos, mexico-texanos y norteamericanos y en la que estuvieron presentes todas las autoridades civiles de San Antonio, contra mi costumbre leí un discurso pues iba hablando no en mi nombre, sino en el del presidente de la República Mexicana y por lo tanto tenía que ser un discurso cuidadoso.

Ese mismo día 15 por la noche, Leola y yo correspondimos el agasajo que nos hicieron los jefes y oficiales norteamericanos con sus esposas, ofreciéndoles un coctel a "toda mecha" en los salones del lujoso hotel donde nos alojábamos, amenizando esta fiesta la Típica de la Ciudad de México que llamó mucho la atención y gustó a los americanos que lo más que habían visto en aquella época en que las comunicaciones no eran tan fáciles, sería alguna caricatura de mariachi en la frontera.

Al día siguiente, 16 de septiembre, fui invitado por el general Donovan al Campo Randolph del cual era jefe y me pidió entregara sus espadas a los cadetes graduados, que me nombraban padrino en este acto tan solemne. Dirigiendo una breve alocución fui entregando las espa-

das a los nuevos oficiales. Me llamó la atención un joven que etaba acompañado de bella damita y le dije: "Tú tienes tipo mexicano". El me contestó: "Sí, mi general, soy mexicano y hoy que he terminado mis estudios aquí lo primero que haré será trasladarme a México a ocupar mi puesto en la Aviación Mexicana". "¿Cómo te llamas?, ¿de dónde eres?", le pregunté. Me contestó: "Soy el teniente Radamés Gaxiola, de Sinaloa, y mi esposa —me dijo señalándome a la bella muchacha— es hija del general Francisco Aguilar". A los dos abrazamos Leola y yo, conmovidos, pues Pancho Aguilar, el suegro de Gaxiolita, fue mi compañero en la Revolución; era primo hermano de don Francisco I. Madero y le llamábamos el Loco Aguilar. Le entregué la espada a mi ahijado y le pedí a Leola que les explicara en inglés a los generales y demás jefes militares norteamericanos y a sus esposas que acababa de apadrinar a un sobrino de un amigo mío, yerno de un compañero mío de la Revolución muy querido; luego dirigiéndome a Gaxiolita y pidiéndole a Leola que tradujera mis palabras para que todos las entendieran, le dije: "Tú tienes obligación de llegar a ser jefe de la Fuerza Aérea Mexicana". El teniente Gaxiola se cuadró y me dijo: "Mi general y querido padrino, le haré la lucha". Gaxiolita, como yo le llamé siempre, fue general y jefe de la Fuerza Aérea Mexicana y fue jefe de Estado Mayor Presidencial del presidente Ruiz Cortines. Desafortunadamente, cuando tenía mucho por delante todavía, murió en un accidente aéreo.

Parece que yo he sido "buena sombra" para la Aviación Mexicana, pues dos años antes, en 1938, la escuadrilla que pusieron a mis órdenes el presidente general Lázaro Cárdenas y el ministro de la Defensa Nacional, general Manuel Avila Camacho, para la campaña contra Cedillo, la comandaba el teniente Roberto Salido Beltrán y cuando aquella fácil campaña terminó, al despedirme de Salido Beltrán le di un abrazo y le dije: "Yo soy conocedor de los hombres y tú, mi joven teniente, serás un día el jefe de la Fuerza Aérea Mexicana", y resulta que, efectivamente fue jefe de la Fuerza Aérea Mexicana el general de división Roberto Salido Beltrán, quien me guarda muchas consideraciones y nos tenemos mutuo afecto.

Nuestras fiestas patrias esta vez hicieron más ruido que el que nunca habían hecho ni han vuelto a hacer. Se comentó mucho por la prensa, no sólo de Texas, sino de Nueva York y Washington, mi visita en representación del presidente de México al fuerte *Sam Houston*, acompañado de mi esposa y llevando, decían los periódicos, de parte del presidente Avila Camacho la mejor orquesta típica del mundo.

Terminadas las fiestas regresé a México a dar cuenta al presidente Avila Camacho y le di mis impresiones personales que por mis pláticas con los generales norteamericanos, me di cuenta que ellos pronto iban a entrar a la guerra. También le di mi opinión de que nosotros estuviéramos del lado de ellos pues los regímenes de Mussolini y de Hitler

eran del tipo de los gobiernos de don Porfirio Díaz y Victoriano Huerta, que nosotros habíamos combatido y derrocado; además por nuestra gran conveniencia, pues teníamos mucho que ganar en provecho de México no haciéndole al "patriotero" como lo hizo don Venustiano Carranza torpemente en la guerra de 1914 a 1918 en que dio color "germanófilo", lo que costó a nuestro país un retraso de varios años y constantes amenazas a nuestra nacionalidad.

Voy a relatar aquí algo que se me había pasado: cuando el general Avila Camacho fue declarado presidente de la República por el Congreso, me hizo una confidencia que nunca antes he revelado; era gobernador del Estado de México en sustitución del gobernador constitucional Zárate Albarrán, el licenciado don Isidro Fabela y aunque al principio había sido mujiquista, se afiló a la candidatura de don Manuel a temprana hora. La confidencia que me hizo don Manuel fue la siguiente, me dijo: "Compadre, es usted el político más experimentado de todos nosotros, incluyendo a mi general Cárdenas. Esto no lo tome como elogio sino como verdad, mi general Cárdenas tiene mucho respeto por don Isidro Fabela y cree que Fabela sería un gran ministro de Relaciones en mi gobierno, pues lo considera un gran internacionalista". Yo no dejé terminar al general Avila Camacho, le dije: "Mire, compadre, tengo muchos motivos de estimación y respeto para don Isidro Fabela, él fue íntimo amigo de mi hermano Pedro Antonio y compañeros del antirreeleccionismo desde 1909 con Madero, yo no discuto que sea gran internacionalista, pero el momento es muy difícil pues entre Fabela y el licenciado Zubarán hicieron 'germanófilo' a don Venustiano Carranza. Vinieron juntos de Europa cuando ya estaban combatiendo en Francia, pues Zubarán era ministro plenipotenciario en Alemania, y don Isidro Fabela en otro país que no recuerdo. Vieron al Primer Jefe Carranza y le hicieron creer que la guerra la tenía ganada Alemania y don Isidro Fabela, además de haber sido 'germanófilo' es un antiyanqui declarado, es de los que sueñan que todavía podemos recuperar Texas y los demás territorios perdidos. Si usted lo nombra ministro de Relaciones, el país va a la ruina porque además Fabela tiene embrujado a Cárdenas". El general Avila Camacho me dijo: "También quiere ser ministro de Relaciones el licenciado Ezequiel Padilla". "Ese —le dije yo a don Manuel— es muy inteligente y muy a propósito para el momento pues llevará muy bien nuestras relaciones con los 'gringos' y por su conducto puede usted sacar muchas ventajas. Además —seguí diciendo—, el ministro de Relaciones Exteriores, cuando estamos al borde de la guerra, debe ser un elemento del presidente de la República, sin estar sujeto a ninguna otra influencia". Con esa "campechanería" que caracterizaba al general Avila Camacho, me dijo: "Me ha convencido usted". "Bueno —le dije—, sólo le voy a pedir un favor". "¿Cuál?", me preguntó. Yo le dije: "Que Padilla no sepa de mi intervención en este

asunto porque se declararía mi mortal enemigo, pues es muy vanidoso y no le gustaría saber que alguien intervino en favor de su nombramiento". Mucho me cuidé yo de que Padilla nunca supiera de mi intervención en su nombramiento. Ahora voy a hacer una consideración respecto de este asunto, ya he dicho que por don Isidro Fabela tenía gran respeto, admiración y afecto. Fabela era un gran revolucionario civil, fue amigo de mis hermanos Pedro Antonio y Samuel desde el maderismo. Por Padilla nunca sentí enemistad no obstante que él era de origen huertista, pues Huerta y García Naranjo lo mandaron a estudiar a París cuando el gobierno del usurpador, pero Fabela hubiera llevado a la ruina al país enfrentándonos con los norteamericanos pues tenía gran pasión antiyanqui, y con Padilla, ya vimos, cierto que se portó más o menos como lacayo de Stetinios, el jefe del Departamento de Estado norteamericano en esa época, pero en nada comprometió al país y sobre todo siguió los lineamientos y el camino que el presidente Avila Camacho le dictó.

Cuando llegué a mi casa me informaron que el general Maximino Avila Camacho me había llamado por teléfono de su rancho La Soledad en el estado de Veracruz. Me comuniqué con Maximino y me dijo: "¿Puedes venirte hoy?" Yo le contesté: "Voy llegando de Texas y tengo algunas cosas pendientes".

Tres o cuatro días después, subí en mi automóvil y me fui a ver a Maximino, acompañado únicamente de mi chofer.

Llegué a La Soledad, me encontré que Maximino estaba solo. Me recibió en la sala del rancho y apenas me senté cuando él empezó a gritarme: "¡Mira para lo que trabajamos y para lo que nos hemos batido tú y yo!, ¡a ti para que Manuel (el presidente Avila Camacho) te traiga en comisiones intrascendentes en Texas!, ¡y a mí para tenerme postergado como gobernador en Puebla! Esto es obra de Lázaro Cárdenas, quien ya se le trepó en la nuca a Manuel y aunque todavía no se descara como Jefe Máximo, no tardará en hacerlo. Voy a lanzar un manifiesto a la nación diciendo la usurpación que Lázaro Cárdenas está cometiendo y decir también que el titular de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, ingeniero Jesús de la Garza le está mandando furgones enteros de ropa y mercancías a Cárdenas a Morelia. Te invito a ti —siguió diciéndome Maximino— a que firmes conmigo y otros amigos este manifiesto". "Mira, Maximino —le dije—, la época de los manifiestos ya pasó, el último válido es el que lanzó Carranza en Coahuila cuando desconoció al gobierno del usurpador Victoriano Huerta; parece mentira que conozca yo más a don Manuel que tú que eres su hermano, don Manuel tiene todavía el 'espolón tierno', déjalo que amacice y verás cómo hace su propia política. Sí es verdad que Cárdenas es un gran zorro, pero don Manuel, con ese estilo bonachón que tiene de franciscano descalzo, a la larga se lo 'echa' sin escándalo; ya me dijiste una vez

que tú y yo debemos a influencias de Cárdenas no haber entrado al gabinete y yo también creo lo mismo, pero la política es larga y don Manuel tiene la banda en el pecho, él es más político de lo que tú crees, cálmate y vamos dándole tiempo al tiempo".

Regresé a México dejando a Maximino calmado. A mi regreso fui a ver al presidente Avila Camacho y le di cuenta del llamado que me hizo Maximino y aunque le dije que estaba muy disgustado y que creía que el presidente Avila Camacho se estaba dejando llevar por Cárdenas, no le platiqué lo del nuevo proyecto del manifiesto que traía Maximino en la cabeza. El presidente Avila Camacho me dijo: "No pierda contacto con Maximino y no se pelee con mi hermano", y se le arrasaron los ojos de lágrimas. Yo le prometí no pelear con Maximino y seguir cultivando estrechamente su amistad.

Yo veía al presidente Avila Camacho todos los días en Palacio o en Los Pinos. Aproximadamente diez días después de mi entrevista con Maximino, el presidente Avila Camacho me dijo: "Tengo una comisión agradable para usted". Yo le contesté: "Todas las comisiones que usted me da son agradables para mí". El me dijo: "Háblele a Maximino a Puebla y cítese con él en La Soledad para mañana mismo; va usted y le dice de mi parte que el próximo lunes (ese día era un viernes), venga a protestar como ministro de Comunicaciones y Obras Públicas y a tomar posesión del cargo".

Después de haber hablado con Maximino por teléfono, me trasladé a La Soledad, donde ya me estaba esperando. Cuando hablé por teléfono con él estaba muy "enfurruñado" todavía, pero cuando llegué a su rancho ya estaba muy sonriente y cariñoso conmigo.

Le dije a Maximino sin más preámbulo: "Me ordenó don Manuel que te viniera a ver para que te comunicara de parte de él que te espera el próximo lunes para que protestes como secretario de Comunicaciones y Obras Públicas y te hagas cargo inmediatamente del puesto". Maximino pegó un brinco y me dijo: "¡Se ha salvado el país y se ha salvado Manuel! Quiero que me acompañes a mi toma de posesión que va a ser el próximo lunes a las 12 del día para que el país entero se dé cuenta de este acto". "Ahí estaré contigo", le dije y ese mismo día regresé. Por la noche, le di cuenta al presidente Avila Camacho de que Maximino estaba feliz, pero no cometí la indiscreción de contarle lo que Maximino dijo de su salvación y la salvación del país.

La toma de posesión de Maximino merece párrafo aparte. A las 12 del día de ese lunes, como él me lo había pedido, estaba yo en la antesala del Ministerio de Comunicaciones y Obras Publicas y a esa hora se oyó un gran ruido afuera del edificio, me asomé a ver lo que pasaba y vi llegar al general de división Maximino Avila Camacho, gobernador del estado de Puebla, con una escolta de no menos de 50 automóviles y otros tantos motociclistas. El se bajó del vehículo y toda su gran escolta

hizo lo mismo. Apresuradamente entraron al patio él y unos cuantos de sus acompañantes, subieron por los elevadores; Maximino entró con un gallardo paso militar al Ministerio. A su derecha lo acompañaba mi querido amigo, tocayo y compañero de luchas revolucionarias, el senador Gonzalo Bautista; a su izquierda, su secretaria Trini; atrás de él a "tiro de trompada" sus dos principales sayones: Pascualón, que además era su chofer, y el Chorreado, que era teziutleco y terror de Vicente Lombardo Toledano. Ambos portaban en la mano pavorosas ametralladoras *Thompson* con "queso" completo, es decir, con 100 balas 45 cada disco. Todos sus lansquenetes, jilgueros y escribanos subieron por las escaleras. Maximino tomó posesión inmediatamente, ordenándoles a los que desde ese momento iban a ser sus colaboradores que ocuparan sus puestos y luego me dijo a mí, poniéndome la mano en la cabeza: "Pelón Tenebroso, ahora acompáñame a Palacio para rendir mi protesta ante el presidente de la República". Aunque yo no soy delicado de salud ni me espanto con los temblores de tierra, poco faltó para que me diera un infarto. "¿Como? —le dije—, ¿ya tomaste posesión del Ministerio sin antes ir a protestar como secretario de Estado ante el presidente de la República?" "Nomás vine a ejercer mi derecho —me dijo—, no le debo favor a nadie". Yo creí prudente no ir con Maximino a Palacio a su protesta, por razones obvias. Maximino desconfiaba que el presidente Avila Camacho, por presiones de Cárdenas, se arrepintiera de su nombramiento.

Algún tiempo después, estando yo en la peluquería del hotel *Regis* llegó en forma un tanto precipitada Adolfo Roldán, secretario particular del licenciado Ezequiel Padilla, ministro de Relaciones Exteriores. Esto pasaba como a la una de la tarde, y me dijo que desde la mañana me estaba buscando de parte del licenciado Padilla que me pedía pasara a platicar con él. Tan luego como el fígaro terminó de arreglarme me trasladé al Ministerio de Relaciones Exteriores que entonces estaba muy cerca de ese hotel y sin más entré con Padilla. Después de ordenar el ministro que nadie lo distrajera, empezamos la conversación.

Padilla me dijo: "Vamos a reanudar relaciones con Inglaterra y como tú no aceptaste ninguno de los puestos que el presidente te ofreció, ahora me ha pedido que te diga que te va a designar embajador en Inglaterra". Yo no dejé terminar a Padilla, le dije: "Dile al presidente que si me quiere desterrar, mañana mismo me iré voluntariamente al destierro a mi rancho Gargaleote y que para irme no necesito credenciales ni pasajes". Padilla se rió y me dijo: "El presidente me pidió que tanteara tu ánimo con tacto porque me dijo: 'Mi compadre Gonzalo se puede disgustar'". "Con tacto o sin tacto —le dije yo—, ¿quién le está exigiendo al presidente de la República que me aleje?, ¿y quién cree que soy yo para dejarme alejar tan fácilmente?" Padilla me pidió calma y me rogó que lo acompañara a Palacio a entrevistarnos los dos con el

presidente Avila Camacho, a lo que accedí. Antes de salir me dijo Padilla: "Mira, Gonzalo, tú has sido siempre el jefe de nuestros grupos en las Cámaras y has sido muy generoso con todos tus compañeros, te quiero advertir, para que lo sepas, que en el puesto de embajador de México en Inglaterra HAY MUCHO DINERO, tú y yo siempre nos hemos entendido, si tú aceptas la Embajada aunque sea por un año, entre los dos arreglamos lo del petróleo que está pendiente entre México y la Gran Bretaña y no volvemos a tener ninguna preocupación económica en la vida". "Mira, Ezequiel —le contesté—, tú me conoces y no debe extrañarte lo que te voy a decir: *a mí me gusta el chocolate, pero no en bacinica*, lo he tomado muy sabroso en las comisiones jugosas de las Cámaras, también lo he tomado con agrado en los cartuchos vacíos de mis cananas de revolucionario armado, lo bebí y me supo exquisito en tazas de finísima porcelana cuando era dueño de la mejor agencia aduanal del entonces muy rico puerto de Tampico *batido con molinete de contrabando*, pero no en bacinica y apestando a petróleo; con esta aclaración que me haces —le seguí diciendo a Padilla— menos aceptaré pues además de mi propio temperamento y mi propia convicción, te repito: me gusta el chocate, pero no en bacinica, me gusta el chocolate bebido en jarro o en jícara, pero el chocolate del petróleo en bacinica ni siquiera lo voy a oler porque apesta". Padilla me dijo: "Bueno, vamos a ver al presidente".

Llegamos a Palacio Nacional y el presidente Avila Camacho me trató con el afecto y familiaridad de siempre y me dijo: "Compadre, ya le habrá dicho el licenciado Padilla que vamos a reanudar relaciones con la Gran Bretaña y que la principal misión que usted lleva es arreglar el asunto que México tiene pendiente con la compañía inglesa *El Aguila* y con la holandesa *La Corona*, usted ha demostrado ser gran diplomático y tengo confianza en que arreglará este asunto en favor de los intereses de México".

Yo le repetí al presidente Avila Camacho lo que le había dicho a Padilla, que si me quería desterrar no necesitaba darme credenciales, que yo me iría voluntariamente a mi destierro a Gargaleote y le agregué: "Siento como que alguna influencia extraña me quiere alejar de usted". El presidente se puso colorado, se rió volviéndose a ver a Padilla y le dijo: "¿No le dije que mi compadre se iba a disgustar?" Luego me dijo: "No, compadre, no lo quiero alejar, me preocupa que no tenga usted una posición fija, pero usted seguirá como mi ministro sin cartera". Le di las gracias. No le mencioné al presidente Avila Camacho lo que Padilla me había dicho claramente del embute petrolero.

Años después, como durante el gobierno del licenciado Miguel Alemán se arregló el asunto petrolero entre Inglaterra y México, Padilla me dijo: "¿Ya viste?, el gran bocado estaba a nuestro alcance, te encaprichaste en no ir a Inglaterra y ahora se lo han comido otros".

"Pues que se lo revienten en las tripas —le dije—, yo no estoy arrepentido de no haber ido; al contrario, estoy satisfecho de no haber tragado chocolate en bacinica" (Cuando sostuvimos esta conversación yo ya era gobernador del estado de San Luis Potosí y presidente del bloque de gobernadores, Padilla era candidato derrotado a la presidencia de la República, derrota a la que contribuí en gran parte). Le dije a Padilla: "Mira, ahora estoy tomando chocolate en jarra de la loza de El Venado (haciendo alusión a la loza que se fabrica o fabricaba en el pueblo El Venado, San Luis Potosí).

Ya he dicho que al presidente Avila Camacho lo veía todos los días sin previo anuncio y en una de tantas visitas, después que habíamos olvidado lo de la embajada en Inglaterra, el presidente Avila Camacho me dijo: "¿Cómo anda de centavos, compadre?" "Nada bien", le contesté, Efectivamente estaba yo muy gastado y casi acabándome la engorda de novillos de Gargaleote. Don Manuel me dijo: "Vaya y dígale a Maximino que le dé una concesión". "No, señor —le dije—, con los amigos no se deben tratar asuntos de negocios porque se pierde la amistad y la que tengo con Maximino es muy vieja, muy estrecha, le he demostrado que esta amistad le ha sido muy útil a usted". El me contestó: "Tiene usted razón, entonces vaya a ver al licenciado Javier Rojo Gómez (era jefe del Departamento Central) y cuando usted llegue a verlo ya le habré hablado por teléfono para que le dé una concesión". "No —le dije—, desde el día que Rojo Gómez protestó como jefe del Departamento Central, en ese mismo momento pensó en la presidencia de la República y en eso está trabajando constante y tesoneramente, si Rojo Gómez me da una concesión aunque sea por órdenes expresas de usted, va a creer que yo estoy obligado con su candidatura y yo no voy a seguir a Rojo Gómez cuando llegue ese caso. Mire, compadre —le seguí diciendo—, para que no crea usted que yo me hago del rogar para todo, le voy a pedir que me compre mi rancho Tres Filos, que está en el municipio de Tamuín, son 17 mil hectáreas que compré a unas viejitas norteamericanas que lo habían heredado y que viven en Estados Unidos". "Que la Secretaría de Agricultura y Ganadería compre diez mil hectáreas y las otras siete mil las voy a regalar dividiéndolas en pequeñas propiedades; póngale precio, compadre", me dijo don Manuel. "Quinientos mil pesos", le contesté. El me dijo: "De aquí váyase a ver a Marte R. Gómez y que tramite el pago inmediatamente". Y así fue.

Entregué el casco del rancho y las diez miel hectáreas a la Secretaría de Agricultura y Ganadería. Este magnífico rancho tenía (pues ahora está fraccionado) tres kilómetros de río Tampaón y cincuenta y dos kilómetros de río Choy. Procedí a "reclutar" colonos para repartirles las siete mil hectáreas que me habían quedado en lotes de 50, 100 y 200 hectáreas. Voy a mencionar algunos de los favorecidos: señorita Argentina Blanco, hermana del general Lucio Blanco, 200 hectáreas; ca-

pitán Faustino Petris Toledo, indio juchiteco y ayudante mío en la Revolución, 100 hectáreas; capitán Agustín Ojeda Altamirano, alias Mano Prieta, mi ayudante, 100 hectáreas; Gregoria Leal, mi cocinera, 50 hectáreas; Mercedes Franco, mi cocinera, 100 hectáreas; Aurelia Ocejo, formidable fondera de Tamuín, 100 hectáreas; los hermanos Modesto y Epigmenio Zermeño, mis sayones, 250 hectáreas a cada uno; Jesús Arriaga, mi gallinero, 200 hectáreas (Arriaga en la actualidad posee dos ranchos, puestos en el mercado de Ciudad Valles y es rico); ingeniero Alfredo López Contreras y familia, cinco lotes de 100 hectáreas cada uno, total 500 hectáreas; señora Gina García, 200 hectáreas; al hijo y a la hija de Magdaleno Cedillo, 300 hectáreas a cada uno; a mi ahijada Celia Cedillo de Llamas, hija del general Saturnino Cedillo, 200 hectáreas, y doté de pequeñas propiedades a muchas personas más, hombres y mujeres. Con algunas excepciones, muy raras por cierto, todos los beneficiados vendieron sus tierras, que yo sepa solamente Jesús Arriaga y Gregoria Leal conservan sus lotes. Al ingeniero López Contreras muchos años después le compré un lote de 100 hectáreas y se lo di a mi secretaria, Carmela Gómez.

Una vez que cobré los quinientos mil pesos de las diez mil hectáreas del rancho Tres Filos que le vendí al gobierno, me puse a reorganizar mi engorda de ganado en Gargaleote, negocio que conozco desde que tengo uso de razón.

En San Luis Potosí gobernaba el general Reynaldo Pérez Gallardo, más bien dicho desgobernaba pues se trataba de un hombre demente y se dio a cometer tropelías, primero mandando asesinar y darle tormento a Higinia Cedillo, hermana del ya para entonces finado general Saturnino Cedillo. En este crimen fue cómplice del gobernador Pérez Gallardo, el comandante de la zona militar, general Jesús Madrigal. Después, Pérez Gallardo mandó asesinar al licenciado Armando B. Courtade, juez de primera instancia del distrito de Cárdenas, San Luis Potosí, y esto colmó el plato. Con ese motivo me hice acompañar de los senadores por San Luis Potosí, León García y Gilberto Flores Muñoz. Los tres fuimos a entrevistarnos con el presidente Avila Camacho y acusamos franca y abiertamente este nuevo crimen del gobernador Pérez Gallardo. Le dije yo al presidente Avila Camacho: "En San Luis Potosí hay anarquía, con excepción de la Huasteca donde no he dejado meter la mano a Pérez Gallardo para cometer sus fechorías, sin mezclarme para nada en la cuestión administrativa, que por cierto anda de cabeza en todo el estado; es de urgente resolución que usted ponga el remedio a esta situación". "Véngase mañana a platicar", dijo el presidente, dirigiéndose a mí, y dio por terminada la entrevista.

Al día siguiente me presenté en la mañana muy temprano a la residencia presidencial de Los Pinos; después del saludo y de invitarme el presidente a que me sentara y él también tomara asiento, me preguntó: "¿Qué militar potosino hay que convenga para sustituir a Pérez Gallardo?" "Francamente —le dije— todos los que algo valían están muertos, por más que barajo nombres en mi mente no encuentro ninguno; pero, ¿por qué tiene que ser militar?" El me contestó: "Porque en el estado de desorden como está San Luis Potosí, si va un político se revuelve más el agua; piense usted en alguno". "No, señor, no encuentro", le contesté. "Entones —me dijo don Manuel— ¿conoce usted al coronel Ramón Jiménez Delgado?" "No lo conozco", le contesté. "Pues es un coronel —siguió diciéndome— potosino". Yo le pregunté: "¿Dónde militó?" "Fue zapatista —me dijo—; cuando entraron los zapatistas a México él era mesero en un restaurante y se les incorporó y se fue a Morelos con ellos, después se fue a Jalisco, donde se casó y se avecindó. Cuando yo era jefe del sector de Sayula le ayudé a formar una defensa rural, peleó contra los cristeros y fue herido cuando estuvo bajo mis órdenes". "¿Qué hace actualmente?", le pregunté, don Manuel me contestó: "Lo puse como director del Hospital Militar, le voy a ordenar que se presente a verlo a usted a su casa para que le dé instrucciones". "Muy bien, mi general", le contesté.

Al día siguiente el coronel Ramón Jiménez Delgado se presentó en mi casa. Yo le dije: "Tengo gusto en conocerlo". El me contestó: "Usted no me conoce a mí, don Gonzalo, porque yo operé en el sur, fui zapatista, pero yo sí lo conozco a usted, ¿quién no lo conoce?" Jiménez Delgado se veía a primera vista que era un hombre juicioso y tranquilo. "Me ordenó mi general Avila Camacho —me dijo— que me presentara ante usted a recibir instrucciones". "Bueno —le dije—, ya usted sabe cómo anda nuestro estado". "Algo sé —me dijo— de las fechorías que está cometiendo Pérez Gallardo, pero no sé mucho pues nunca me he mezclado en política y del estado de San Luis Potosí salí cuando era yo muy chico y hoy no conozco a nadie". "Bueno —le dije—, parece que el presidente Avila Camacho se ha fijado en usted para que vaya a ocupar la gubernatura del estado, que yo creo va a ser muy pronto, pues en mi próxima visita al presidente, que será mañana, le voy a pedir dé instrucciones a la Comisión Permanente para que desaparezcan los poderes del estado y usted encabece la terna de rigor, para que vaya usted a ocupar el puesto de gobernador sustituto del estado de San Luis Potosí". Y así fue; la Comisión Permanente declaró desaparecidos los poderes del Estado de San Luis Potosí y mandó una terna encabezada por el coronel Ramón Jiménez Delgado. Ya que protestó visitó al presidente Avila Camacho y él le ordenó que se me presentara para que obráramos de acuerdo.

El coronel Jiménez Delgado llevó como secretario de gobierno al senador por Tlaxcala Mauro Angulo, perteneciente de siempre a los grupos parlamentarios que yo lidereaba. El coronel Jiménez Delgado fue inmediatamente ascendido a general para darle fuerza; Mauro Angu-

lo el Tlaxcalteca era un político hábil que le sirvió con eficacia a Jiménez Delgado; el flamante gobernador me pidió que le dijera qué personas podían ser sus colaboradores y yo le dije: "Le voy a dar una tarjeta para un amigo mío y le voy a hablar por teléfono para que lo ayude, este señor nunca se ha mezclado en política ni creo que llegue a mezclarse, es un banquero y, para ser un curro, es bastante liberal y buen amigo, se llama Edgardo Mead, van a congeniar usted y él mucho, pues según me ha dicho don Manuel (el presidente Avila Camacho) es usted muy afecto a los caballos y Edgardo los tiene buenos. Además de banquero es hacendado y jefe de la 'currada' de la Lonja; no tiene nada de reaccionario. Políticos en San Luis Potosí no hay en la actualidad ninguno que signifique algo, hay jóvenes, atráigalos usted por conducto de mi compadre el doctor Juan H. Sánchez, rector de la Universidad, hombre muy liberal y muy querido en San Luis; atráigase también al doctor Ignacio Morones Prieto, que está muy bocabajeado porque era el médico de Cedillo, pero es hombre de valer, mal querido por los 'curros' porque es librepensador, pero bien querido entre los profesionistas y clase media. No espere usted —le seguí diciendo— que lo visite en San Luis ni espero que usted me visite en el rancho porque ambas cosas serían perjudiciales para usted y para mí. Cuando venga aquí a México llámeme por teléfono y comeremos juntos. Y así fue, Jiménez Delgado tomó posesión del gobierno, obró con mucha discreción, tacto y buen juicio y cumplió el periodo de gobierno en sustitución de Pérez Gallardo, de la mejor manera que pudo.

El presidente de la república anda prófugo de la justicia

Con frecuencia casi diaria me veía con el licenciado José Aguilar y Maya, procurador general de la República, mi viejo amigo y compañero de lides parlamentarias en la Cámara de Diputados, y en una de tantas veces nos fuimos a comer juntos a un restaurante. Ahí me dijo Aguilar y Maya (le llamábamos cariñosamente Chile Relleno): "Voy a ir a Guanajuato a procesar a un diputado local para hacerle sentir a 'Los Verdes' (grupo político muy fuerte que dominaba en el estado de Guanajuato, encabezado por Agustín Arroyo Ch. y el gobernador Enrique Fernández Martínez) el poder de la Procuraduría y con este acto hacerles una fisura en su grupo y debilitarlos". "Mira, Chile —le contesté—, me extraña que siendo tú un gran jurisperito intentes siquiera ese acto, pues no tienes facultades; si un diputado local ha cometido una falta o un delito, los únicos que pueden juzgarlo son los miembros de la legislatura del estado". "Sí tiene facultades el procu-

rador —me dijo— para procesar a cualquier funcionario estatal o federal". "Tal vez tú tengas razón —le contesté—, pero yo te aseguro que vas a cometer un error muy grande y dañarás al presidente de la República. El grupo Verde, del que tú eres acérrimo enemigo, es muy fuerte y muy bien organizado, los líderes que lo dirigen son cardenistas hasta los huesos; vas a presentar una escaramuza que no va a llegar ni a tiroteo y en la cual saldrás muy mal". Obvia decir que Aguilar y Maya tenía casi todo el "estoque" adentro (mucho whisky). Cambiamos la conversación y no lo vi por algunos días. Luego supe por el mismo Aguilar y Maya que había estado fuera de la capital, nada menos que en Guanajuato, a donde llegó en un carro especial con una escolta de soldados federales al mando de un oficial, que mandó aprehender a un diputado local, le abrió proceso y lo dejó detenido en el cuartel general de la zona militar. Para esto, y yo no lo sabía, el gobernador Fernández Martínez, la legislatura local de Guanajuato y el Tribunal Superior de Justicia del Estado le pusieron un telegrama al presidente Avila Camacho, dándole cuenta de los hechos llevados a cabo por el procurador general de la República, quejándose del atropello que había sufrido un miembro de la legislatura de aquel estado en pleno uso de su cargo apoyado por el pueblo y le decían al presidente Avila Camacho, gobernador, legislatura y Supremo Tribunal Superior de Justicia del estado de Guanajuato que si él no reparaba esta afrenta a la soberanía del estado, los tres Poderes se declararían disueltos. Repito: yo no sabía nada de estos hechos, sólo sabía lo poco que me contó Aguilar y Maya respecto a la aprehensión que ordenó a la escolta federal que lo acompañó a Guanajuato.

Pasaron tres semanas sin que viera yo al licenciado Aguilar y Maya, creyendo que estaba fuera de la capital, cuando un día se presentó en mi casa. Le pregunté: "¿Dónde has estado?" "Aquí —me dijo—, no he salido". "Por qué no nos hemos visto?", le dije. El me contestó: "Porque pasa algo grave". "¿Qué sucede?", le pregunté. Me dijo: "EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ANDA PRÓFUGO DE LA JUSTICIA". "¿Cómo?, ¿ya tan temprano te 'fajaste' dos botellas?" Me dijo: "Ni siquiera he empezado a tomar este día". "Entonces, ¿por qué me dices que el presidente de la República anda prófugo de la justicia?" Aguilar y Maya me contestó: "Porque los miércoles le toca al procurador general de la República acordar con el presidente y van tres miércoles que acudo a Palacio a celebrar mi acuerdo y el presidente se ha negado rotundamente a recibirme, yo les digo a los ayudantes que le avisen al ejecutivo que el procurador está presente para su acuerdo y cuando salen les pregunto: '¿Qué dijo?', y ellos me contestan: 'No, no dijo nada', termina sus labores el presidente, toma el elevador y se va sin que yo lo haya podido ver siquiera una sola vez, ¿qué me aconsejas?" Yo le contesté: "Pues esto seguramente es consecuencia del 'cuete' que te pusiste, agarraste carro

especial del ferrocarril, escolta federal y te fuiste a poner preso a un diputado de la legislatura del estado de Guanajuato". "Eso ha de ser —me dijo el licenciado Aguilar y Maya—, ¿y qué puedo hacer?", me volvió a preguntar. "Pues renuncia", le contesté. "No —me dijo—, eso no, 'sólo la muerte no tiene remedio', como tú dices. Ayúdame". "Bueno —le dije—, vamos a Palacio".

Entré con el presidente Avila Camacho y después de platicar de diversos asuntos le dije: "Tengo noticias de que anda usted prófugo de la justicia". "¿Cómo?", me preguntó sonriéndose. "Sí, señor —le contesté—, el Chile Relleno me acaba de visitar en mi casa y me contó que van tres días de acuerdo en que lo deja usted plantado sin mandarle decir siquiera que venga otro día". El presidente se sonrojó; con voz alterada y muy disgustado me leyó el telegrama de los tres Poderes de Guanajuato y la contestación de él, diciéndoles que los Poderes del estado de Guanajuato tenían el respeto y el apoyo de la federación. El presidente me dijo: "Voy a correr al Chile Gordo como usted le llama". "No, señor —le dije—, le llamamos Chile Relleno no por lo gordo sino que para las 6 o 7 de la tarde ya está completamente relleno de whisky, pero es muy inteligente, útil y adicto, además usted debió haberlo corrido el día que recibió el telegrama no tres semanas después". Don Manuel seguía disgustado y yo por último le dije: "Le pido que perdone al licenciado Aguilar y Maya; sí, que lo perdone porque cometió una grave falta y lo expuso a usted a un pleito con el grupo cardenista más fuerte de la República, pleito que usted no provocó ni tenía conocimiento de él, le van a atribuir que usted lo inspiró, pero ya está hecho y la verdad es que los del grupo Verde no son amigos de usted, pero en mejor ocasión usted deberá controlar con medidas más inteligentes el estado de Guanajuato, le pido nuevamente que perdone al licenciado Aguilar y Maya". Don Manuel era de un gran corazón y era mi grande y verdadero amigo; se puso otra vez rojo y me dijo: "¿Dónde está Aguilar y Maya?" "Aquí en la antesala —le contesté— y, con el permiso de usted, lo voy a pasar". Yo mismo abrí la gran puerta que divide el despacho del presidente de la República con el salón contiguo donde esperan sus ministros el acuerdo con él. Con voz estentórea dije: "Que avance el Chile Relleno" y entró Aguilar y Maya todo encogido y acobardado, llegó hasta el presidente saludándole con mano temblorosa. "Bueno —le dijo don Manuel—, venga el próximo miércoles al acuerdo". Yo le di un abrazo muy caluroso al presidente Avila Camacho porque sabía muy bien que este acto generoso de parte de él lo hizo por mí.

El licenciado José Aguilar y Maya y yo habíamos sido compañeros desde la XXXI Legislatura en la Cámara de Diputados. Siempre lo reelegimos sin votos de su distrito pues hacía su expediente en su oficina tan perfecto como no había otro presunto diputado que lo trajera. Se valía

de artimañas y por sorpresa algún agente de él le metía al gobernador en turno su credencial entre otros papeles que tenía que firmar el gobernador y el ejecutivo guanajuatense certificaba la credencial del diputado electo licenciado José Aguilar y Maya, sin saber lo que firmaba.

Un poco de tormento a la Constitución

Cuando ya se acercaba la fecha de renovación del gobierno de San Luis Potosí, hablé con el presidente Avila Camacho y le dije: "Compadre, ahora sí va a ser tiempo de demostrarle al país que el que manda es el presidente, general Manuel Avila Camacho. Guanajuato no era terreno propicio para que presentáramos batalla para reafirmar la autoridad del presidente de la República, que debe ser indiscutible, y el país entero debe ver que la política que debe prevalecer es la del presidente de la República y que nadie dude que es USTED el que manda. Además de estas consideraciones, quiero decirle que hay una fuerte corriente de opinión pública en el estado de San Luis Potosí, que me reclama para que lo vaya a gobernar y yo estoy dispuesto a lanzarme, salvo que no conviniera a su política o que yo no le fuera grato, pero bien sé que le soy grato y pido la anuencia de usted para lanzarme, pero una vez que yo me haya lanzado con su autorización, no habrá fuerza en la tierra ni en el cielo que haga retirarme. Quiero dejar bien asentado —le seguí diciendo al presidente Avilla Camacho— que el general de división Genovevo Rivas Guillén pretende lanzarse como candidato a gobernador del estado de San Luis Potosí. Rivas Guillén está 'descrestado' constitucionalmente, pues con influencia de usted y con mi cooperación fue nombrado gobernador constitucional sustituto en lugar del coronel Hernández Netro, pero si Rivas Guillén se me enfrenta, yo no haré uso de ese recurso ni mencionaré que está incapacitado legalmente, ¡le daré ese 'changuín'!, y le aseguro que no me aguanta quince días, Rivas Guillén asegura que cuenta con el apoyo del general Lázaro Cárdenas y éste va a ser el momento y el buen terreno en que nos midamos; que la opinión pública sepa claramente quién gobierna en México". El general Avila Camacho me escuchó con toda atención y calma, después me dijo: "Compadre, celebro que sepa usted que me es usted grato y cuenta no sólo con mi anuencia para que se lance al gobierno del estado de San Luis Potosí, sino también con toda mi simpatía y apoyo. Desde este momento tiene usted 'luz verde'". "No lo voy a defraudar, compadre —le dije—, la campaña la voy a empezar aquí en las 'alturas', pero me voy a arrancar a la conquista de San Luis

Potosí desde mi rancho Gargaleote y les voy a enseñar a tirios y troyanos cómo se hace una campaña".

Después de la venia de don Manuel, a los pocos días, naturalmente de acuerdo conmigo, el gobernador del estado de Puebla, mi tocayo el doctor Gonzalo Bautista, repito, en connivencia conmigo, organizó un banquete en el restaurante *Chapultepec*, que estaba ubicado cerca del Bosque, en Paseo de la Reforma. Este banquete era dizque con motivo de mi cumpleaños y ni siquiera era en el mes de enero, fecha en que yo nací, pero en política es lícito mentir. Al banquete concurrieron la casi totalidad de los diputados federales, la enorme mayoría de los senadores, naturalmente los dos senadores por San Luis Potosí, León García y Gilberto Flores Muñoz, casi la totalidad de los ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, encabezados por mi "cuate" el licenciado Francisco Modesto Ramírez, la casi totalidad de los magistrados del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal y un numeroso grupo de jueces de distrito, encabezados por el licenciado Juan Enrique Azuara, que en otros tiempos había sido mi suplente como diputado por Ciudad Valles, San Luis Potosí, el comandante militar de la guarnición de la plaza de México, mi fraternal amigo general de división Rodrigo M. Quevedo; el general de división Miguel Z. Martínez, jefe de la Policía del Distrito Federal; el procurador general de Justicia de la Nación, mi "contlapache" el Chile Relleno, licenciado José Aguilar y Maya; el gobernador de Nuevo León, general de división Bonifacio Salinas Leal; el oficial mayor de Gobernnación, Adolfo Ruiz Cortines; el gobernador de Zacatecas, general de división Pánfilo Natera; el gobernador de Tamaulipas, general de división Raúl Gárate; el doctor y general Francisco Castillo Nájera, en aquel tiempo embajador en Washington, mi gran compañero de la diplomacia en Europa cuando yo era embajador de Bélgica y él en Francia; el licenciado Ezequiel Padilla, ministro de Relaciones, y muchos otros políticos y militares de relieve. No había motivo para que nadie se eximiera de concurrir a la "fiesta en honor de un amigo que celebraba su cumpleaños", todos sabían de qué se trataba, pero repito: en política es válido mentir.

Los discursos de Bautista, gobernador del estado de Puebla, y de Padilla, ministro de Relaciones, fueron encomiásticos para mí, haciendo resaltar mis méritos revolucionarios y mi capacidad política; y al final tomé yo la palabra. Después de agradecer a todos mis amigos ese agasajo tan honroso para mí, dije más o menos: "Amigos y compañeros, están ustedes poniendo en estos momentos una espada en mis manos y deben ustedes saber que cuando yo tengo una espada en la mano, la utilizo, bien dando mandobles, bien tirando estocadas y si necesario fuera, hasta cintarazos, pero yo con una espada en la mano no voy a dejar de usarla y la espada que ustedes me acaban de entregar la voy a usar sin descanso y sin vacilación, aun cuando se me pongan enfren-

te gigantes o molinos de viento". Traía yo muy frescos los laureles de la campaña avilacamachista contra Almazán y la ovación fue espontánea y ruidosa, no mecánica como las que ahora se usan. Todos entendieron el significado de los discursos y todos entendieron que pronto, muy pronto me iba yo a lanzar a la lucha electoral del estado de San Luis Potosí.

Fui a comentar al otro día con el presidente Avila Camacho esta fiesta, y me preguntó que si efectivamente era mi cumpleaños, yo le dije que no, que eso había sido un invento mío para justificar aquella reunión política tan importante, que yo ya le había dicho a él que aquí, en la ciudad de México, iba a empezar mi campaña política y que el paso siguiente lo daría desde mi rancho en el estado de San Luis Potosí. El general Avila Camacho estaba muy contento y me preguntó que si algo se me ofrecía. Yo le dije: "Si de dinero se trata, nada compadre, pues el medio millón de pesos que me dio usted por mi rancho Tres Filos ya lo doblé en el ganado, pues hay guerra y estamos vendiendo los novillos a como queremos, más bien dicho, con ese medio millón de pesos ya hice doblete y un ganchito y le reitero que Rivas Guillén no me va a aguntar 15 días; lo que sí le pido —le seguí diciendo al presidente Avila Camacho— es que le ordene al general Lorenzo Muñoz, comandante de la zona militar, quien fue mi compañero en las campañas militares contra Villa en Chihuahua, que hable conmigo, sea aquí en la capital o en mi rancho Gargaleote". Don Manuel me contestó: "No necesita usted hablar con el general Muñoz ni aquí en México ni mandarlo a Gargaleote; ahora mismo le voy a dar órdenes terminantes por conducto de uno de los de mi Estado Mayor, específicamente por medio del Pelón Díaz (el mayor Luis Díaz, ayudante del presidente Avila Camacho), de que se ponga a sus órdenes —me siguió diciendo don Manuel—. ¿Son muy amigos usted y Lorenzo Muñoz?" "Sí —le contesté—, Lorenzo Muñoz fue herido cuando combatíamos contra Villa en Chihuahua en el mes de noviembre de 1916 y recibirá con gusto las órdenes de usted para que coopere conmigo".

El banquete que me ofrecieron mis amigos en el restaurante *Chapultepec*, fue muy comentado y tuvo gran publicidad. Rivas Guillén con un grupo de amigos muy reducido se concretó a propalar que era el candidato del general Lázaro Cárdenas, tanto en San Luis Potosí como en la capital de la República.

Pocos días después de mi entrevista con el presidente Avila Camacho, me trasladé por carretera a Gargaleote, acompañado de los senadores Gilberto Flores Muñoz, León García y Francisco Martínez de la Vega, mi secretario particular. De mi rancho emprendí también por carretera a la ciudad de San Luis Potosí acompañado de las personas mencionadas.

En San Luis Potosí ya se había formado el Comité pro Gonzalo N.

Santos, encabezado por Ismael Salas y algunos otros. En la capital potosina me recibió una gran manifestación, pues ya el Comité había lanzado mi candidatura. El PRM era entonces presidido por el licenciado Antonio Villalobos, un hombre muy bueno, pero carente de dotes políticas, incondicional a muerte del general Lázaro Cárdenas. Yo no consulté para nada al Partido y emprendí mi campaña. El jefe de ella fue el senador Gilberto Flores Muñoz y mi acompañante en toda la gira fue el senador León García, como tesorero de la campaña se nombró a Ismael Salas a quien entregué por principio de cuentas ciento cincuenta mil pesos de mi peculio pues ni en esta campaña ni en ninguna otra, desde que comencé mi carrera política en 1920, le pedí ni recibí un centavo de nadie, es por ello que siempre he podido obrar con independencia.

Los gobernadores, en aquel tiempo, duraban cuatro años en el poder pero yo antes de terminar mi periodo como senador de la República inicié una reforma constitucional para que los ejecutivos de los estados duraran seis años en el gobierno, siempre y cuando así lo determinaran las legislaturas respectivas. Este proyecto de ley se lo encomendé al senador Manuel R. Gudiño, de Colima, quien hizo el estudio con todo empeño y entusiasmo, pues él estaba avocado a ser gobernador de Colima, como lo fue después. Pero resulta que yo estaba haciendo el papel del panadero que hornea el pan para que se lo coman otros, pues en San Luis Potosí no había legislatura que hiciera esa reforma; entonces se me ocurrió que el gobernador Jiménez Delgado, al convocar a elecciones para gobernador y para la legislatura local, estableciera en la convocatoria que el Congreso del estado a elegir sería constituyente, es decir, que haría una nueva Constitución.

Esa convocatoria la hice ayudado por mi flamante secretario particular, el inteligente escritor revolucionario Francisco Martínez de la Vega y por el senador Mauro Angulo, secretario de gobierno del estado de San Luis Potosí, que era ducho en triquiñuelas legales.

El gobernador Jiménez Delgado lanzó la convocatoria como yo se lo pedí y, con ese bagaje legislativo en el cerebro, me trasladé a la ciudad de México a entrevistarme con el ministro de Gobernación, licenciado Miguel Alemán.

Le planteé el asunto al licenciado Miguel Alemán y le dije: "Esa ampliación al periodo de los gobernadores se hizo en el Senado a iniciativa mía y tengo el derecho de ser el primer gobernador para un periodo de seis años". Alemán me dio la razón con toda su simpatía y como en asuntos trascendentales no consultaba con Adolfo Ruiz Cortines, el oficial mayor, ni menos con el subsecretario, que era el licenciado Fernando Casas Alemán, llamó a su presencia a su secretario particular, el licenciado Rogelio de la Selva, y le consultó el caso. De la Selva, como todos los políticos mexicanos sabemos, era nicaragüense,

por cierto muy inteligente y amigo mío. El licenciado De la Selva le pidió al licenciado Alemán un día para estudiar el caso.

Al día siguiente nos volvimos a reunir en la Secretaría de Gobernación los tres: Alemán, De la Selva y yo; su dictamen fue el siguiente: "No puedes ser electo legalmente por seis años, porque el Congreso no tiene tiempo de reformar la Constitución cuando va a ser electo el mismo día que lo vas a ser tú". Yo le contesté, en presencia de Alemán: "Estas son muy pocas dificultades para un hombre de carácter, las convocatorias para elecciones en San Luis Potosí van a ser dos, primero se elegirán los diputados y después vendrá la elección de gobernador cuando ya los diputados hayan reformado la Constitución para ampliar el periodo". Alemán le dijo a De la Selva: "Ya no estés cavilando ni entretengas a Gonzalo, 'vamos a darle tormento a la Constitución' y que su periodo sea de seis años". Y así fue. La Constitución no se quejó de haber recibido tormento.

Regresé a San Luis Potosí y de acuerdo con el gobernador Jiménez Delgado y Mauro Angulo, fueron dos convocatorias en lugar de una: la de los diputados y la de gobernador, instalándose la legislatura antes de que se verificaran las elecciones de gobernador. Todo quedó listo, no hubo ninguna protesta en ninguna parte y abrí campaña en todo el Estado.

Empezamos la gira, pero yo que critiqué a Maximino cuando tomó posesión de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas sin haber protestado antes, estaba haciendo algo por el estilo, pues en ese tiempo estaba yo algo distanciado del general Cárdenas (en aquel tiempo el general Lázaro Cárdenas era secretario de la Defensa Nacional y en el Partido estaba su incondicional el licenciado Antonio Villalobos) porque había tolerado a Rivas Guillén la muerte de algunos santistas en el estado de San Luis Potosí y porque no hizo nada, absolutamente nada, para castigar al general Reynaldo Pérez Gallardo, asesino de Higinia Cedillo.

Regresé nuevamente a México a entrevistarme con el presidente Avila Camacho y me preguntó: "¿Ya visitó usted a mi general Cárdenas?" "No, señor —le contesté—, no iré a visitarlo hasta que no sea yo gobernador electo del estado de San Luis Potosí, pues no quiero que se piense que voy a solicitarle ayuda".

Para entonces la convención de San Luis Potosí me declaró su candidato, los tres sectores; y para esas fechas, mi candidatura era muy fuerte y el general Cárdenas, en Querétaro, fue interpelado por un periodista que si apoyaba para candidato al gobierno del estado de San Luis Potosí al general Genovevo Rivas Guillén; Cárdenas le contestó textualmente: "Yo no apoyo a nadie, hay personas que se divierten con sus propias mentiras". Rivas Guillén hizo unas declaraciones a toda la prensa nacional diciendo que retiraba su candidatura y que esperaba

que el candidato "nombrado" condujera al estado a su progreso y estabilidad.

Me visitó en mi casa el licenciado Antonio Villalobos invitándome a que fuera a protestar como candidato a las oficinas del Partido y yo le dije: "Mire, Toño, si voy a protestar al Partido me van a asediar muchos periodistas y supuestos amigos". "Bueno —me dijo—, entonces lo invito a comer en mi casa donde el secretario general del Partido, licenciado Florencio R. Padilla, llevará el acta de protesta y ahí la firma". Así lo hicimos. Después de la comida con Villalobos fui a visitar al licenciado Alemán, ministro de Gobernación, para informarle que el gobernador Jiménez Delgado había expedido los decretos respectivos para la convocatoria a elecciones del Congreso Constituyente y para la elección del gobernador con fecha posterior. Alemán se manifestó contento, llamó a De la Selva y le dijo: "¿Ya ves?, todo salió bien". Yo les dije: "No ha habido ni la menor queja por este asunto, lo que quiere decir que nosotros teníamos la razón". De la Selva no trataba de obstruirme, sino que como abogado tenía sus puntos de vista. Me despedí del licenciado Alemán y de De la Selva.

Regresé a San Luis Potosí e inicié la gira por todo el estado acompañado del senador León García y mi secretario particular Francisco Martínez de la Vega. La campaña la dirigió muy bien el senador Gilberto Flores Muñoz, naturalmente de acuerdo conmigo.

Cuando había terminado mi gira por el estado, me hospedé en un hotel en la ciudad de San Luis Potosí, donde había centenares de personas esperando hablar conmigo; sonó el teléfono de mi habitación y al contestar mi ayudante me dijo: "Le hablan". "¿Quién?", le pregunté. Me contestó: "El obispo". Yo no sabía ni siquiera el nombre del obispo y fui al teléfono. "¿Habla don Gonzalo?", me preguntó una voz suave y apacible. "Sí, señor —dije— ¿con quién tengo el gusto de hablar?" El dijo: "Con el obispo de San Luis Potosí, Gerardo Anaya y Díez de Bonilla". "A sus órdenes", le contesté. "¿Cuándo me puede usted hacer el honor de recibirme?", me preguntó. Yo le contesté: "El honor será para mí, señor obispo, y puedo recibirlo inmediatamente si a usted le parece". "Cómo no —me dijo—, entonces salgo para allá". Los amigos que estaban en mi habitación conmigo se dieron cuenta y salieron a curiosear; el señor obispo Gerardo Anaya y Díez de Bonilla llegó cuando el *hall* del hotel estaba atestado de partidarios míos y su llegada causó expectación. Le pedí al senador León García que me hiciera favor de introducirlo. Entre mis visitantes estaba presente el viejo coronel juarista don Rafael I. Santos, hermano de mi padre y por tanto mi tío carnal; cuando oyó al senador León García decirme que el señor obispo había llegado, tío Rafael se paró con su sombrero puesto y bastón en la mano y con voz seca me dijo: "¡Me retiro!" "Espérese, tío Rafael —le dije—, le voy a presentar al obispo". "¡CARAJO, NO, ME VOY, YO

PERTENEZCO AL PARTIDO LIBERAL!". Tío Rafael se retiró cuando ya iba entrando el obispo a mi recibidor. León García se tiró una carcajada y comentó: "Estos viejos sí eran de principios". Para entonces tío Rafael andaba en los 90 años de edad y usaba pistola al cinto.

Pedí a mis acompañantes que me dejaran solo con el señor obispo y le dejé a él la iniciativa de la plática: empezó diciéndome que él sabía perfectamente bien quién era yo, no por los periódicos que todo lo alteran cuando se trata de políticos, sino por personas de su amistad que me conocían desde que yo era niño; que tenía una impresión muy favorable de mí, no obstante la "leyenda negra" que algunos periódicos habían hecho de mi persona y las exageraciones que se decían respecto a mi campaña contra los cristeros en Guanajuato, que él era un hombre tranquilo y sereno, que jamás se había metido en política ni en la forma más indirecta, que era respetuoso de las autoridades porque así se lo había enseñado su abuelo, el señor Díez de Bonilla, ministro de Maximiliano, que iba a ponerse a mis órdenes y que tenía noticias, por las principales señoras de San Luis Potosí, que era mi esposa una gran dama y que por mi conducto le presentaba sus más afectuosos respetos. Yo le dije: "Monseñor, celebro que haya una persona del alto clero que me distinga con tanta benevolencia, aquí en San Luis Potosí los más distinguidos, cultos y honorables sacerdotes son mis amigos personales, algunos lo fueron de mi padre y otros han hecho amistad conmigo directamente en diferentes épocas, tengo muy buena impresión de ellos como ahora la tengo de usted, desde estos momentos le ofrezco mi amistad y mi mesa para cuando ya sea gobernador constitucional del estado y tendré gusto de presentarlo a mi familia".

Este señor obispo don Gerardo Anaya y Díez de Bonilla y yo hicimos una estrecha amistad hasta el fin de sus días. Tengo el gusto de declarar que era un verdadero santo.

En San Luis Potosí, durante mi gobierno hubo dos clases de curas, como lo creo que hay en todas partes: los verdaderos sacerdotes, como el canónigo Moctezuma, el presbítero Anaya, hombre de verdadero talento, políglota. Este era el director del Seminario Conciliar en la diócesis de San Luis y jefe de la Acción Católica donde hizo mucha labor y prédica cristiana. El padre Cabral (Cabralito), el padre Arreola, el párroco del Santuario de Guadalupe (templo donde dijo misa el cura don Miguel Hidalgo y Costilla antes de la Independencia), los curas de la Huasteca, encabezados por el padre Javier Guerrero Briones, hombre mucho más liberal que su hermano el licenciado Briones, que en una ocasión fue diputado de Acción Nacional por Río Verde, San Luis Potosí, y algunos otros que no recuerdo. Y el otro grupo de curas reaccionarios, hipócritas y sinarquistas, encabezados por el PROTERVO CURA MONTEJANO, este cabrón, siendo yo gobernador, subió al púlpito del templo de San Agustín, donde me atacó, llamándome "persecutor de la Iglesia" y re-

gañando a la sociedad de la ciudad de San Luis Potosí porque "distinguían tanto a Leola Santos, pues no es casada por la Iglesia y las damas católicas no deben visitarla". Por supuesto, las damas católicas no le hicieron caso y trataron a Leola como a una reina.

Ya que se había olvidado un poco el ataque vil y grosero que a mi esposa y a mí nos hizo este cura, mandé a un ferrocarrilero amigo y protegido mío, llamado Alderete (no confundir con mi fiel amigo Pablo Aldrete), de Soledad Díaz Gutiérrez, que provocara una riña con este cura hijo de la chingada, en una piquera de mala muerte en donde el tal Montejano a diario iba a emborracharse; le pedí al "hermano del riel" que le diera un balazo en la pierna, pero que no matara al buitre con sotana. Alderete cumplió al pie de la letra y con mucho gusto, pues según él me contó, el cura Montejano en cierta ocasión le había faltado al respeto a su esposa.

Después de este incidente pedí al señor obispo, don Gerardo Anaya y Díez de Bonilla, que le quitara "mando de fuerza" a Montejano, es decir que lo suspendiera del templo, que le suspendiera el derecho de confesión y le quitara las facultades para decir misa y otros ejercicios, lo que el santo obispo me hizo favor de llevar a cabo para prestigio de su misma religión. Montejano no tuvo cara para presentar queja alguna por el merecido putazo que recibió por cabrón. Este cura libertino está actualmente como director de la biblioteca de la Universidad Potosina.

No quiero alargar esta relación dando detalles de toda mi gira, que en todo el estado fue triunfal y en la Huasteca delirante.

Llegó el día de las elecciones y yo acompañado de los senadores León García, Gilberto Flores Muñoz y de mi secretario particular, Francisco Martínez de la Vega, por costumbre y no por necesidad, a las seis de la mañana fui a instalar la casilla número uno, que como se sabe es la que preside la junta computadora. No había enemigo, pero un viejo principio militar del general Sóstenes Rocha que yo he tenido siempre muy metido hasta los huesos dice: "todo servicio, tanto estando en paz como en guerra, se hará con la misma puntualidad y desvelo que estando al frente del enemigo". No hubo novedad en todo el estado durante las elecciones.

Me trasladé a la Ciudad de México a darle cuenta del resultado al presidente Avila Camacho y al ministro de Gobernación, licenciado Miguel Alemán.

Cuando visité al presidente Avila Camacho me preguntó: "¿No ha visitado usted a mi general Cárdenas?" "No, señor", le contesté. El me dijo: "Pues vaya usted a visitarlo". Yo le respondí: "Sí, ahora que ya estoy electo voy a ir con mucho gusto". De Los Pinos me trasladé a la Secretaría de la Defensa Nacional e inmediatamente que me anuncié, me pasó el ayudante al despacho del general Lázaro Cárdenas, quien al verme se paró

muy sonriente y muy amable; nos dimos un fuerte abrazo. "¿Ya traes el triunfo en la bolsa?", me preguntó. "Sí —le contesté—, no hubo enemigo pues el que se me quería poner enfrente, Genovevo Rivas Guillén, tú lo hiciste talco con tus declaraciones en Querétaro y se rajó antes de montarle al potro". Se rió Cárdenas y me dijo: "Yo conozco la situación de toda la República y sé que harás en San Luis Potosí muy buen gobierno". "Así lo espero —le contesté—, con la ayuda del presidente de la República y de mis demás amigos como tú". "¿Cómo la llevas con el jefe de la zona militar?", me preguntó Cárdenas. Yo le contesté: "Fue mi compañero en las campañas contra Villa en el estado de Chihuahua en los años de 1915 y 1916". "Pues entonces no hay problema —dijo Cárdenas—, te felicito y a ver cuándo comemos juntos". "No siendo hoy, que tengo compromiso, cuando tú lo dispongas", le dije. El me preguntó: "¿Y mañana tienes compromiso?" "No tengo ninguno", le respondí. "Entonces pasa por mí aquí a la Secretaría a las dos de la tarde —me dijo Cárdenas— y nos vamos a comer donde tú quieras". "Aquí estaré puntual", le contesté y salí del despacho de Cárdenas.

Me encaminé directamente a ver al general Avila Camacho y darle cuenta que al día siguiente comeríamos juntos el general Cárdenas y yo. Don Manuel, que sabía lo que se traía entre manos, me dijo: "Si mi general Cárdenas le dejó la iniciativa a usted para comer juntos en el lugar que usted prefiera, lléveselo a un restaurante donde lo vean los políticos, aunque a usted no le guste la comida". Yo le dije: "Mire, compadre, mejor las dos cosas; lo voy a llevar al restaurante Prendes, donde me gusta mucho la comida y está lleno de políticos de todos los 'colores'".

Salí de Los Pinos y me fui a visitar al licenciado Miguel Alemán a Bucareli, a la Secretaría de Gobernación; le di cuenta del resultado de las elecciones y también le informé que al otro día comería yo con el general Lázaro Cárdenas en el restaurante Prendes. El licenciado Alemán quedó satisfecho con la noticia.

Al día siguiente, a la una y media estaba yo en la antesala del general Lázaro Cárdenas, secretario de la Defensa Nacional. El me mandó pasar inmediatamente y me dijo: "Sólo firmo unos papeles, acuerdo unos telegramas y nos vamos".

Salimos en el carro del general Cárdenas, siguiéndonos el mío. "¿Dónde vamos a comer?", me preguntó. Yo le contesté: "Me gusta el Prendes, ¿y a ti?" "También me gusta", me dijo. Y al Prendes fuimos a comer y todo mundo se dio cuenta, me refiero al mundo político mexicano. En la plática me preguntó que cuáles eran por lo pronto mis principales problemas en el estado; yo le dije: "El principalísimo es el de las enormes deudas que con la federación tiene el estado de San Luis Potosí, pero eso no me preocupa porque estoy seguro de que, tan luego se lo planteé yo a don Manuel, quedará arreglado". El general Cárdenas y yo seguimos platicando de otras cosas. Me volvió a hacer un elogio por mi participación

en la pacificación del estado cuando se levantó el general Saturnino Cedillo. "A ver cuándo me visitas", le dije a Cárdenas. El me respondió: "Por el momento no es oportuno, hay que ver la realidad, la ciudad de San Luis Potosí, era y creo que sigue siendo muy cedillista". "Estás en un error —le contesté—, la ciudad de San Luis Potosí, sobre todo los curros de la Lonja, no fueron ni son cedillistas, lo que eran y seguirán siendo siempre es reaccionarios; ahora se declararon todos santistas furibundos y nadie se acuerda de Cedillo, pero yo no creo en su santismo como tampoco creí en su cedillismo; te repito —le seguí diciendo a Cárdenas—, son reaccionarios y de los peores". "Bueno, ya veremos más tarde", me contestó y nos despedimos.

Al otro día volví a visitar al presidente Avila Camacho para presentarle todos los problemas del estado y por lo pronto le saqué un acuerdo en el que el gobierno federal cancelaba un adeudo de siete millones y medio de pesos que el estado de San Luis Potosí debía a la federación por concepto de la carretera San Luis Potosí-Ciudad del Maíz-Antiguo Morelos que hizo el general Saturnino Cedillo siendo gobernador, y que la tal carretera no beneficiaba a nadie pues era por el puro desierto; su único objeto fue que pasara por Ciudad del Maíz, pueblo entonces en ruinas y cerca de Palomas, rancho del general Cedillo. Cuando debió hacerse la carretera de San Luis Potosí-Río Verde-Ciudad Valles, como se hizo después y que a mí me tocó como gobernador del estado empezarla y llegarla hasta Río Verde; pero de esto trataré a su debido tiempo, cuando escriba en estas memorias mi obra como gobernador del estado de San Luis Potosí. Siete millones y medio de pesos ahora no impresionan, pero en aquel tiempo era mucho dinero y mucha deuda para el estado de San Luis Potosí, que tenía, al iniciar mi gobierno, cuatro millones y medio de pesos al año de presupuesto, es decir, por sólo este concepto de la carretera San Luis Potosí-Ciudad del Maíz-Antiguo Morelos, el estado debía a la federación casi dos años de su presupuesto total.

De acuerdo con el presidente Avila Camacho y con el licenciado Miguel Alemán, hicimos una reunión de todos los gobernadores de los estados y territorios, incluido el licenciado Javier Rojo Gómez, jefe del Departamento Central. En esa reunión, por unanimidad, me designaron como PRESIDENTE DEL BLOQUE DE GOBERNADORES, no obstante que yo era solamente gobernador electo y todavía no protestaba como gobernador constitucional del estado de San Luis Potosí. Esto dio mucha cohesión y fuerza al gobierno del presidente Avila Camacho y naturalmente también a mí.

Como presidente del bloque de gobernadores duré los seis años de mi función como gobernador del estado de San Luis Potosí. En el bloque tuve varios secretarios, pues como se renuevan los gobiernos de los estados en diferentes épocas, entre los nuevos gobernadores

venían hombres de mucho valer y me reforcé en el bloque con mandatarios como don Isidro Fabela del Estado de México y Adolfo Ruiz Cortines de Veracruz, ambos colaboraron conmigo como secretarios del bloque de gobernadores bajo mi presidencia.

Llegó el día de la toma de posesión, el 26 de septiembre de 1943. Hicimos una gran concentración de campesinos de caballería de todo el Estado y a la protesta, que se verificó en el estadio, además de las masas populares y las caballerías, asistieron políticos de toda la República, gobernadores, senadores, diputados, magistrados, generales, etcétera. Por cierto que al gobernador de Puebla, doctor Gonzalo Bautista, lo acompañó en masa toda la legislatura del estado, el Tribunal Superior de Justicia, su secretario de gobierno y su oficial mayor, el joven licenciado Gustavo Díaz Ordaz (después me contó el licenciado Díaz Ordaz que la única autoridad de Puebla que no concurrió a mi toma de posesión fue don Octaviano, el conserje de Palacio de Gobierno). También estuvo presente el licenciado Antonio Villalobos, presidente del Partido. Hubo muchas ceremonias con motivo de la toma de posesión, un gran baile de las familias de San Luis Potosí en el hotel Vista Hermosa y un baile popular en la Plaza de Armas y juegos pirotécnicos en Palacio. Concurrió espontáneamente a la plaza una masa popular de no menos de sesenta mil personas, ni un solo acarreado. Como representante del presidente de la República, general Manuel Avila Camacho, asistió a mi protesta el ministro de Gobernación, licenciado Miguel Alemán, con su doble carácter de representante del presidente de la República y de amigo mío, pues él y yo hablábamos francamente de futurismo presidencial en su favor. También me acompañaron mi querido amigo el doctor y general Francisco Castillo Nájera, embajador en Washington, y el viejo luchador revolucionario licenciado Antonio Díaz Soto y Gama. Antes de mi toma de posesión, en mi casa, se reunieron todas estas personalidades y les jugué una broma al licenciado Soto y Gama y al general Pánfilo Natera, gobernador de Zacatecas. Los reuní y les pregunté: "¿No se conocen ustedes dos?" Ellos contestaron que no tenían el gusto, entonces yo les dije delante de todos los presentes, dirigiéndome al general Natera: "¿Pero tú no te acuerdas del señor?" "No me acuerdo", dijo. "Pues es el que ibas a matar en la Convención de Aguascalientes cuando aquel incidente de la bandera y este indio gigante —le dije a Soto y Gama—, que ahora es gobernador de Zacatecas como lo era entonces, es al que ibas a dejar 'frito' en plena Convención". Los dos se quedaron sorprendidos, viéndose uno al otro se dieron un estrecho abrazo. A los dos les dio mucho gusto encontrarse y en todas las ceremonias los senté juntos. También estaban presentes los generales Raúl Madero, Emilio Madero, Jacinto Blas Treviño, Samuel M. Santos, Marciano González, José E. Santos, Juan Jiménez Méndez, Juan Barragán, Alfredo Breceda y la mayoría de los goberna-

dores, la casi totalidad de las Cámaras de Diputados y de Senadores. Naturalmente, los dos senadores por el estado de San Luis Potosí: Gilberto Flores Muñoz, que he dicho fue el jefe de mi campaña política, y León García, mi acompañante en toda la gira.

Entré con mucha fuerza al gobierno de San Luis Potosí, con fuerza nacional y con fuerza indiscutible e indiscutida y mucha popularidad en el estado.

A mi protesta asistieron una multitud de obreros y una columna de campesinos montados en sus caballos, que según la opinión de los generales presentes, sobrepasaba el número de caballería del ejército. También concurrieron mis amigos texanos que he mencionado en otros capítulos. Naturalmente también estaban en el estrado Leola, mi esposa, mis dos hijos, Gonzalo y Gastón, y mis dos hermanas, Concha y Tula, además de todas las principales damas de la ciudad de San Luis Potosí.

Después de mi protesta como gobernador (26 de septiembre de 1943) me trasladé al Palacio de Gobierno donde tomé posesión de mi puesto, y desde luego, nombré a mis colaboradores: secretario general de gobierno: Luis Noyola; secretario particular, el escritor revolucionario Francisco Martínez de la Vega; oficial mayor, licenciado Nicolás Pérez Cerillo; tesorero general del estado, Ismael Salas; jefe de la Policía del estado, coronel Jesús Vizcarra Gómez, y para no andar con hipocresías, diré también que nombré al tesorero municipal de la capital, Pedro Angel Mendoza, pues yo había ido a gobernar al estado y no a que me gobernaran.

Estos nombramientos causaron muy buena impresión en la opinión pública. Después llamé a los señores abogados más distinguidos de San Luis Potosí, les leí una lista donde los nombraba magistrados del Supremo Tribunal de Justicia del Estado. Se trataba de profesionistas muy conspicuos, sin nexos ni con la política ni con el gobierno, independientes económicamente. Yo presentí, desde que hice esa lista, que ninguno de estos señores licenciados iba a querer ocupar el puesto, porque estaban al frente de sus bufetes, que eran los más prestigiados en el estado. Les dije: "Señores licenciados, los he mandado llamar para que me ayuden a gobernar el estado en el ramo judicial, yo sé que ninguno de ustedes tiene necesidad del puesto, pero me hace mucha falta su colaboración para hacer un gobierno digno y decoroso, como también le hacen mucha falta al estado para que impartan justicia y para que nombren jueces de solvencia moral; nunca recibirán una consigna mía en ningún sentido y espero que me ayuden con sus luces para hacer el gobierno que merece el estado".

Con excepción del licenciado Antonino M. García, que había sido secretario mío cuando yo fui presidente de la Alianza de Partidos Socialistas de la República y secretario de la Cámara de Diputados, bajo

mi liderato político en la Cámara, y además muy fiel amigo mío y que estábamos emparentados políticamente, todos los demás señores licenciados, uno a uno fueron hablando, dándome las gracias por la distinción, pero diciéndome, cada uno de ellos, las circunstancias que los obligaban a no aceptar el puesto. Ya que terminaron de hablar, saqué otra lista que llevaba ya confeccionada y les dije a los señores: "He oído las razones que cada uno de ustedes me ha dado para no aceptar el puesto de magistrado, yo no puedo forzar a nadie a que colabore en el gobierno conmigo, pero voy a tener la atención que me merecen para con ustedes y les voy a dar a conocer la lista de los señores licenciados que van a ocupar los puestos que ustedes no quisieron aceptar". Y les empecé a leer la lista con los nombres de los abogados que iban a formar el Supremo Tribunal de Justicia del Estado, por no haber tenido ellos el deseo de formarlo. Y les leí la lista. Se trataba de una selección de los abogados más bribones, más pillantes, más chicaneros del estado, muchos de ellos libres de la cárcel bajo fianza, otros acusados de fraude, malversación de fondos, de abuso de confianza, etcétera, pero todos, todos ellos con marca de presidio. Todos palidecieron, menos el licenciado Antonino García, y me empezaron a contar la historia de cada uno de los maleantes de la lista; yo los oí pacientemente y al final me paré y les dije: "Señores jurisconsultos, estos hombres son los que van a ocupar los puestos de magistrados del estado de San Luis Potosí, la responsabilidad de ello la tienen ustedes y solamente ustedes, pues los desinteresados, los cultos, los inteligentes, y lo digo sin ironía, los sabios, puesto que aquí entre ustedes los hay, no quisieron hacer el sacrificio de servir a la justicia de nuestro estado por no abandonar sus bufetes, yo me siento por encima de esta responsabilidad". Y con una lista en una mano y la otra lista en la otra, llamé a los periodistas y les consulté a los prestigiosos licenciados, una vez que entraron los reporteros: "Señores abogados, voy a entregar la lista de los magistrados que formarán el futuro Tribunal de Justicia del Estado, ¿cuál de estas dos entrego?" Y entonces el licenciado Antonino García, que era muy querido, no tan sólo de los abogados, sino de todas las clases sociales de San Luis Potosí, se paró y me quitó la lista de los inmaculados y me dijo: "Todos estamos conformes en colaborar contigo", y le entregó la lista a los periodistas presentes y así quedó formado en San Luis Potosí el Tribunal más brillante que ha tenido en su historia. Naturalmente, esto se reflejó en los jueces.

Voy a relatar aquí cómo fue el nombramiento del licenciado Antonio Rocha Cordero como procurador del estado de San Luis Potosí. Se trataba de un joven abogado de reconocido prestigio.

Yo a Rocha no lo conocía, pero sí sabía quién era, pues el que va a gobernar tiene la obligación de informarse con tiempo y con seguridad quién es quién y de Rocha ya había oído hablar, pero le pregunté al licenciado Antonino García si los buenos informes que yo tenía eran ciertos y Antonino me lo confirmó. Entonces llamé a Rocha, le ofrecí el

puesto y le dije: "Antes de que usted me resuelva, le voy a dar mi palabra de honor de que nunca le daré una consigna, usted será un verdadero procurador de Justicia". El me contestó que aunque no tenía el gusto de haberme tratado, me conocía bien y sabía que yo le iba a cumplir el ofrecimiento de que él obraría con independencia, y así ocupó el puesto.

Después el licenciado Rocha fue, bajo mi influencia política, diputado del Congreso de la Unión, el mejor de la República, muy destacado. Posteriormente y de acuerdo con las reiteradas peticiones que para ello le hice al presidente Gustavo Díaz Ordaz, ocupó el puesto de gobernador al estado de San Luis Potosí, también fue ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación debido a sus relevantes méritos y conocimientos judiciales.

Me encontré que estaban presos dos individuos por haber asesinado a un juez, el licenciado Courtade, y que estaban sentenciados a muerte en las tres instancias, es decir, estaba dictada la pena de muerte por la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Los familiares del licenciado Courtade que eran todos mis amigos, entre ellos varios abogados, como el licenciado Pedro Pablo González, me fueron a pedir que diera órdenes, desde luego, para que fueran fisilados los asesinos Carlos Shiade y su compañero y yo les dije: "Tengo apenas un día como gobernador y no va a ser éste mi primer acto, déjenme pensarlo unos días", pero diario insistían los deudos de Courtade para que pusiera en práctica la sentencia de muerte que se había dictado contra los dos asesinos y un día me puse a pensar yo solo en mi casa sobre este asunto y me dije: "Si mando fusilar a Carlos Shiade y a su compañero, inmediatamente va a haber un griterío de periódicos en México, diciendo que inauguré mi gobierno con un fusilamiento, y el primero que se va a alegrar por esta ejecución será el general Reynaldo Pérez Gallardo, ex gobernador del estado y quien mandó a los matones a asesinar al licenciado Courtade, se va a sentir tranquilo, pues ya no lo podrán mezclar en el crimen, ¿y qué voy a ganar yo con este fusilamiento?, no me va a dar prestigio de gobernante enérgico, porque toda la República sabe que lo soy, entonces este asunto lo voy a consultar con dos personas: mi secretario de gobierno, que es viejo y muy culto, muy ponderado, con mucho prestigio en el estado y en la Universidad, emparentado políticamente con el licenciado Courtade, y con mi procurador de Justicia, el licenciado Antonio Rocha, que es joven, también con prestigio en la Universidad y en toda la ciudad, muy inteligente y eminente penalista". Y me fui al Palacio de Gobierno, llamé primero al licenciado Noyola y le dije: "Licenciado, Gonzalo N. Santos, en la Revolución ha fusilado a muchos y ha combatido a los bandidos y abigeos de las Huastecas; sin necesidad de fusilamiento he eliminado a muchos maleantes, pero Gonzalo N. Santos, gobernador de San Luis Potosí, con menos de una semana en el gobierno, no ha fusilado a nadie y piensa que en todo

su periodo de seis años de gobierno no tendrá necesidad de hacerlo ni una sola vez y hoy, cuando en este caso no soy yo el que ha condenado a estos criminales a la pena de muerte, sino la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en mis manos está ejecutarlos o indultarlos, ¿qué haría usted en mi lugar señor licenciado?" Noyola se puso rojo, trémulo y me dijo: "Este asunto sólo usted lo puede resolver, señor gobernador". "Ya lo sé —le dije—, pero, ¿qué haría usted en este caso si fuera el gobernador?" Noyola habló bastante, con puras evasivas y no me resolvió nada. Luego llamé al procurador, Antonio Rocha, le hice las mismas consideraciones que a Noyola y le pregunté: "Usted como procurador y mi consejero jurídico, ¿qué debería hacer yo en este caso?; los deudos de Courtade, que son amigos de usted y amigos míos, me piden que ejecute la sentencia de la Suprema Corte de Justicia, pero aquí en la antesala, cuando llegué, me encontré a unas señoras vestidas de negro, que al entrar se hincaron ante mí, abrazándome los pies y tratando de besármelos. ¿Quiénes son ustedes, señoras? —les pregunté— y contestó una de ellas, porque la otra no podía hablar por el llanto: 'Somos las madres de Carlos Shiade y de Fulano de Tal, y venimos a pedirle a usted clemencia para nuestros hijos'. Francamente —le dije al licenciado Rocha— estos cuadros a mí no me conmueven, pero quiero decirle que en este asunto hay dos opiniones, la de los familiares de Courtade, que quieren el fusilamiento, y los familiares de los criminales, que quieren el perdón, ¿por cuál de las dos soluciones me aconseja usted que me incline?" Al licenciado Rocha también le salió el color y me dijo: "Usted está recién llegado al gobierno del estado, y es este un asunto político, aunque hay un crimen de por medio, pero usted es político mucho más experimentado que yo y en un caso así yo no lo puedo aconsejar". Entonces mandé a decirles a las madres de los asesinos que me hicieran el favor de retirarse, que no volvieran a verme, que iba a consultar esto con mi conciencia (cosa que no era cierto, pues yo estaba pensando qué era lo que políticamente me convenía más y así resolví en pocos días, cuando faltaban unos 3 o 4 días para la ejecución: otorgué el indulto, naturalmente, condenando el crimen y más que a nadie al asesino intelectual Pérez Gallardo. Les mandé decir a los asesinos, que si era verdad, como yo lo sabía, que el general Reynaldo Pérez Gallardo había mandado asesinar al licenciado Courtade, lo declararan con valor, pero eso fue después que yo los había indultado, no como previa condición, y así fue, y no pararon ahí las cosas. Cuando ya los asesinos de Courtade, y Pérez Gallardo, quien estaba escondido en Michoacán, protegido por el general Lázaro Cárdenas, habían roto lanzas, entonces puse libres a los asesinos, y Pérez Gallardo creyó que había yo procedido a ponerlos en libertad para que lo fueran a matar a él. Y yo no sé si viva o no Pérez Gallardo, ni tampoco de los asesinos tengo noticias, pero Pérez Gallardo, según informaciones que tuve, desde ese día no durmió tranquilo y parece que enloqueció más de lo que estaba.

Llamé a la Cámara de Comercio e Industria, a Rotarios, Leones y a todos los pertenecientes a la iniciativa privada, y en la reunión les dije: "Señores, he recibido al Estado sin un solo centavo en las cajas, con un ridículo presupuesto de 4 millones de pesos, háganme favor de ponerse de acuerdo con el tesorero del estado para que ustedes vayan viendo, recuento por recuento, de dónde podemos sacar dinero para empezar desde mañana y por lo pronto con un presupuesto de 12 millones de pesos, 'sólo el que carga el morral sabe lo que lleva adentro', ustedes que son los poseedores del capital son los más capacitados para que no se les cometan injusticias y para que ustedes no le cometan injusticias al erario del estado, vamos jalando parejo". Así, en sólo dos días y todo mundo de acuerdo, me entregaron el nuevo presupuesto del estado, con 12 millones de pesos.

Llamé al tesorero municipal, Pedro Angel Mendoza, sin tomar para nada en cuenta al presidente municipal, Alfonso Miramontes, que era uno de los curros de San Luis Potosí, naturalmente ligado con sus intereses y muy medroso. Le dije a Mendoza: "Celebra una junta con comerciantes, casatenientes, y demás miembros de lo que llaman 'fuerzas vivas' y en forma equitativa haz el acuerdo con ellos, sin brusquedades". Pedro Angel Mendoza ha militado conmigo como ayudante desde que tenía 18 años y continúa a mi servicio después de 48 años y le dicen Pedro el Cruel. Y así fue, aunque Mendoza no se sobrepasó en la junta, las fuerzas vivas y todos conocían su fama y no hubo ninguna dificultad para aumentar al triple el presupuesto del municipio.

Un día hice un recorrido por la ciudad, empezando por visitar la Escuela Normal para Profesores, que estaba instalada en lo que había sido el Seminario Conciliar, donde se fabrican los curas. Los futuros mentores de la niñez usaban de pupitres, cajas de jabón puestas al revés en el suelo, y ellos, los estudiantes, en el piso. Este cuadro me dio mucha rabia y les dije a mis acompañantes: "¡A qué estado de abyección han conducido a San Luis Potosí los llamados gobernadores!"

Al otro día me fui a lo que llamaban estadio, que era una pequeña gradería de palos viejos, en terrenos donde estaba en otro tiempo la Cervecería de San Luis y que era propiedad del estado, y ahí, con gran acompañamiento de todas las clases sociales, puse la primera piedra de la futura Escuela Normal, sin tener ni siquiera los planos, e hice la promesa solemne de que yo acabaría la Escuela Normal en dos años, o acababa con mi prestigio. Y al año y medio fue inaugurada la actual Escuela Normal para Profesores de San Luis Potosí Pedro Antonio Santos y el Seminario Conciliar se lo legué a la diócesis de San Luis por gestiones que conmigo hizo el padre Ricardo Anaya. Me informé con mis amigos del clero que si tenían algún seminario clandestino y me dijeron que no, que tenían cátedras informales para los muchachos que querían ser sacerdotes, y que cuando estaban medianamente preparados los mandaban a Texas o California, y que allá se ordenaban curas, y que venían de allá al estado muy

cambiados y sin amor a lo mexicano, que era preferible, me dijeron, que regresara el seminario para que se ordenaran curas aquí en nuestro territorio y no fueran curas desarraigados del medio mexicano los que ejercieran esa profesión. Yo les di la razón y les regresé el seminario.

En el estado de San Luis Potosí florecían el abigeato, el desorden y el crimen. Mandé publicar en la prensa local un aviso con mi firma que decía: *Todo aquel que perdiera un animal caballar, mular, lanar, caprino, porcino o gallina, porque le sea robada, yo se lo regresaré a su legítimo dueño previa comprobación, comprometiéndome a pagar los animales perdidos, de mi peculio, si no aparecen en un plazo razonable.* Pronto se me presentó un americano llamado Black, que tiene hasta la fecha un rancho en el municipio de Ciudad del Maíz, y me comunicó que hacía seis años le habían robado seis mulas. "Bueno —le dije a *Mr.* Black—, pero lo que se perdió hace seis años no puedo comprometerme a regresárselo, tráigame su fierro y déme todos los datos que tenga al respecto". Me dijo *Mr.* Black que sabía que los ladrones eran de por ahí del rumbo de Ciudad del Maíz, con algunos temores y reservas, me dijo de quiénes sospechaba.

Había yo nombrado jefe del ministerio público en la capital al licenciado Tomás López Flores a quien yo había apodado Carramplón porque usaba una descomunal pistola calibre 44 de balas expansivas. Además de nombrarlo ministerio público, lo comisioné para desempeñar funciones de buscador de ladrones y bandidos para lo que el Carramplón resultó muy apto con la ventaja de que los aprehendía, levantaba el acta en su calidad de agente del ministerio público y, en su caso, los fusilaba. Dediqué a Carramplón a investigar y resolver el caso del gringo Black, y él se puso desde luego en campaña.

Traía el licenciado López Flores un oficio mío ordenándole a todas las policías y a los presidentes municipales que le brindaran auxilio incondicional. Se puso inmediatamente en campaña y después de muchas pesquisas logró encontrar las mulas que le habían robado a Black seis años antes. Las localizó en la Sierra de la Parida, estado de Zacatecas; las tenía un pequeño ranchero que se dedicaba a comprar y vender ganado robado.

Carramplón se trajo las seis mulas; al ranchero comprador de chueco se lo trajo también hasta Ciudad del Maíz, a donde yo fui a entregarle las mulas a Black y ordené a López Flores la aprehensión de los que se habían robado las mulas, acción que verificó auxiliado por mi ayudante el capitán Agustín Ojeda Altamirano, alias Mano Prieta; luego ordené a Carramplón y a Mano Prieta que le dieran pasaje sin regreso a los ladrones materiales y al ranchero comprador de chueco. Todo esto se publicó a grandes titulares en los periódicos de San Luis Potosí. Los ladrones y maleantes del estado, empezaron con toda rapidez a emigrar a otros estados, entre los "juidos", julló a paso veloz un tal Anselmo Azúa, de Xilitla, que con el tiempo llegó a ser líder agrario en el estado de

Vecruz; por ahí andan sus hijos haciéndole de líderes agraristas de oficio. ¡Así se está resolviendo la Reforma Agraria!

Me encontré al tomar posesión del gobierno con una organización obrera raquítica de la CTM pues el único grupo que valía la pena era el de los electricistas. A esta organización la estimulé mucho para que creciera y llegué a concederle dos diputados locales y un diputado federal, posesiones que creo hasta la fecha les son respetadas. A los otros sindicatos obreros compuestos por los que se llamaban de la fábrica "España Industrial", los obreros metalúrgicos, ferrocarrileros y otros grupos, los estimulé brindándoles mi franca amistad y posesiones en el municipio de la capital y en el Congreso local y un diputado federal. Estos grupos siempre me fueron leales y cada vez que se presentaba conflicto me llamaban como mediador con los patrones y así fue que en mi periodo de gobierno no llegó a estallar ninguna huelga, pero no porque hubiera habido represión en ningún caso, sino porque obreros y patrones me respetaban y estimaban.

También hice liga amistosa con Cámaras de Comercio, industriales y banqueros, salvo un único caso; el del gerente del Banco de San Luis, Roque Delgado, que era el jefe de Acción Nacional en el estado, pues mandé llamar a todos los principales accionistas de ese banco encabezados por Constantino Villalobos, don Filiberto Herrera, Urbano Pérez, etcétera, y les dije: "¿Son amigos míos o son amigos de Roque Delgado?" Me dijeron que eran más amigos míos que de Roque Delgado. "Entonces demuéstrenmelo —les dije— pidiéndole la renuncia como gerente del Banco, pues este individuo está dedicado a hacer política reaccionaria. La posición que ustedes le han dado se presta para que presione al pequeño comercio, la pequeña industria y a pequeños ganaderos, que yo como gobernador estoy obligado a defender". Estos señores, mis amigos accionistas del Banco, pues algunos de ellos eran mis compadres, le pidieron la renuncia a Roque Delgado, quien hizo unas declaraciones en la prensa local contra sus antiguos patrones y se fue para Guadalajara.

Otro caso por el estilo que se me presentó fue el de José Lomelí, dueño de 11 panaderías en la ciudad y que era el segundo de a bordo de Roque Delgado en Acción Nacional. Llamé a Fidel Cortés, líder de la CTM en el estado de San Luis Potosí y le dije: "Mañana va a escasear el pan en la ciudad, porque a las 11 panaderías de José Lomelí no deberán ir a trabajar los obreros panaderos, pero no pongan bandera de huelga que vamos a hacer una huelga loca", y así fue.

Al día siguiente tuve que mandar vigilar que las pocas panaderías que trabajaron no aumentaran el precio del pan. José Lomelí me pidió audiencia y se la negué, pero a los dos días se anunciaba conmigo en el Palacio de Gobierno mi amigo el joven abogado Jesús Reyes Heroles,

que era abogado postulante y amigo mío y mi partidario desde que él era estudiante de la Universidad de San Luis Potosí, venía como abogado de José Lomelí. Muerto de risa, me dijo: "Te estás acabando a este pobre Lomelí". "Me lo estoy comiendo —le dije—, pero sin pan". "Levántale ese castigo", me rogó Reyes Heroles y yo le dije: "Tráeme a Lomelí aquí con su renuncia de Acción Nacional ya firmada y mañana al pan le llamaremos pan, y al vino, vino". Lomelí se me presentó con su defensor, el licenciado Reyes Heroles, y su renuncia de Acción Nacional. Lo iba acompañando el hijo de Lomelí al que le pregunté: "¿Y tú perteneces a Acción Nacional?" "No, señor gobernador —me dijo—, yo no pertenezco a ningún partido". "Bueno, pues estamos arreglados", les dije. Luego le pregunté a Reyes Heroles; "¿Qué tú eres de Acción Nacional?", a lo que me contestó: "Qué chingados voy a ser, yo pertenezco al Partido, encabecé las porras estudiantiles que te postularon para senador a tu regreso de Europa, donde por primera vez oí que te llamaron el Alazán Tostado; soy abogado postulante y Lomelí es mi cliente desde hace tiempo". "Pues aquí no ha pasado nada", les dije y me abracé con los tres. Al día siguiente hubo pan en abundancia; Lomelí hizo amistad conmigo y su hijo, que se dedica a la cría de ganado de lidia, es muy amigo de mi hijo Gastón.

La brillante carrera política de Reyes Heroles la conoce toda la República. Fue director de Petróleos Mexicanos, presidente del PRI, donde hizo un gran papel revolucionario, director del Seguro Social y secretario de Gobernación. Un día llamé al licenciado Manuel González Hinojosa, hijo de don Aurelio González, ya finado, y que había sido muy amigo mío. Fue don Aurelio administrador general de los enormes latifundios del senador porfirista y compadre de don Porfirio Díaz, don Antonio Arguinzones. Don Aurelio era un hombre correcto, caballeroso y simpático. Mandé llamar a su hijo, Manuel González Hinojosa, que se había hecho cargo de la presidencia del Partido de Acción Nacional, en sustitución del autodesterrado Roque Delgado. Lo hice pasar a mi despacho y empecé a platicar con él. Le dije: "¿Sabe usted, licenciado, que yo fui muy amigo de su padre?" "Sí, señor gobernador —me contestó—, mi padre lo estimaba a usted como amigo y lo admiraba". "Bueno —le dije—, pues lo he llamado a usted para hacerle un servicio en nombre de la amistad que nos ligó a su padre don Aurelio y a mí, usted es joven y abogado y le gusta la política, yo soy político muy jugado y le voy a dar un consejo, que si lo acepta le va a servir mucho. ¿Qué elementos tiene Acción Nacional en el estado de San Luis Potosí?", le pregunté y él me dijo: "Muy pocos, y con el cese de don Roque Delgado —así lo llamó él— como gerente del Banco de San Luis y la renuncia del señor José Lomelí al Partido hemos quedado muy debilitados". "Así es —le contesté—, no tiene su Partido ninguna significación. Pero...

¿qué porvenir le augura usted a su Partido y a usted mismo siendo yo gobernador del estado?" "Uno no muy brillante", me contestó. "Bueno, allá le va el consejo: yo a usted no le perjudicaré en lo más mínimo, pero le aconsejo que se vaya a la ciudad de México, no le pido que renuncie a su Partido, por el contrario, váyase usted a la capital, incorpórese a la matriz de su Partido, haga méritos en él y algún porvenir le estará mejor que en San Luis Potosí. Si no quiere, no se vaya; a usted nadie lo molestará aquí, pero va a hacer papel de fantasma político, pues nadie se le va a acercar. Allá en México tiene usted amplio campo para accionar en política. Aunque allá tampoco vale gran cosa Acción Nacional, algo significa". "¿Cuánto tiempo tengo para irme?", me dijo. "Cien años —le contesté—, pero le aconsejo, para su bien, para que tenga campo donde desarrollarse en política, que lo haga pronto y si gusta puede hacer el mérito de decir que yo lo corrí". González Hinojosa se rió y dijo: "No diré eso porque no sería verdad, me voy atendiendo a su consejo". González Hinojosa ha llegado a ser presidente del Partido Acción Nacional aquí en la capital y diputado de Partido. Parece que un hijo suyo también ha llegado a diputado de Partido.

No he vuelto a hablar con el licenciado González Hinojosa, pero varios amigos comunes me han dicho que expresa que a mí me debe su buena posición en el Partido de Acción Nacional.

Poco tiempo después me trasladé a la capital con el objeto de arreglar con el ciudadano presidente que cambiara al comandante militar de la zona, mi viejo amigo y compañero de campañas contra Villa, el general Lorenzo Muñoz, porque desgraciadamente se había entregado en forma desorbitada al uso de drogas heroicas. Le pedí que me mandara en su lugar a un general de brigada, al que quisiera, porque los divisionarios salían muy caros al estado. El presidente Avila Camacho me dijo: "El general Matías Ramos Santos es general de división y quiere ir a San Luis Potosí, porque me ha asegurado que usted y él fueron compañeros en las campañas contra Villa". Y yo le dije al presidente: "Compadre, Matías Ramos Santos no fue mi compañero en la campaña contra Villa en Chihuahua, Matías fue mi jefe; es un soldado muy valiente, de los muy pocos que no le tenían miedo a Francisco Villa. Combatí a su lado muchas veces, porque cuando yo era primera ayudante del Estado Mayor del cuerpo del ejército del Noreste, cada vez que había ocasión solicitaba ir a pelear a las órdenes de Matías Ramos, que mandaba la Brigada El Rayo y siempre congeniamos mucho. Sólo tiene un pequeño inconveniente: Matías Ramos Santos es mi pariente. Si él se olvida que lo somos, mándeme a Matías". El general Matías Ramos había sido gobernador del estado de Zacatecas, expresidente del Partido Nacional Revolucionario y nos habíamos conocido y tratado mucho desde el año de 1914, cuando él era teniente coronel y yo capitán primero. Pero siempre he tenido inhibiciones a tratar asuntos de política y negocios con

mis parientes. Lo comisionó el presidente Avila Camacho como comandante militar del estado. Después le pedí al presidente Avila Camacho que ordenara al gerente de los Ferrocarriles, general Enrique Estrada, nombrara superintendente de la división de Cárdenas, San Luis Potosí, cuya jurisdicción comprende desde la Barra de Tampico, con matriz de la superintendencia en Cárdenas, hasta la estación Chicalote, Aguascalientes, a Manuel Chavero, que había sido mi jefe de trenes en la campaña contra los cristeros como superintendente de ésta; a la división de San Luis Potosí, que nombrara a Alfonso E. Plancarte, quien había sido diputado de mi grupo. Esta división, con sede en la ciudad de San Luis Potosí, comprende desde Estación Carneros, Coahuila, hasta Escobedo, Guanajuato. Le pedí al presidente Avila Camacho nombrara agente de Industria y Comercio en el estado y le di el nombre de un reaccionario de la vieja aristocracia, doctor dentista Eduardo Quijano Pitman, para atraerme a los reaccionarios de San Luis Potosí, que son muy convenencieros. El doctor Quijano tenía una rubia y guapa mujer, bisnieta del llamado emperador Agustín de Iturbide y, por lo tanto, considerada "princesa" entre las curras de la Lonja. Pedí el nombramiento también de Luis Aguilera, que había sido partidario del general Rivas Guillén, como agente de Petróleos Mexicanos en San Luis Potosí, para tapar ese portillo. También solicité y obtuve que en el Correo y Telégrafos, que eran ramos aparte en aquel tiempo, dejaran a los que estaban, pues eran personas de carrera y además me habían demostrado su total adhesión, como hacen los burócratas en general con los hombres fuertes. Le dije al presidente Avila Camacho que al juez del distrito no lo conocía, pero me había sido recomendado por mi viejo amigo el licenciado Juan Enrique Azuara, quien ocupó varias veces una curul en la Cámara como suplente mío, ya que yo era diputado por el octavo distrito de San Luis Potosí y diputado por el octavo del Distrito Federal y yo siempre optaba por el Distrito Federal con el objeto de que la diputación de San Luis Potosí contara con un diputado más, y también como yo era diputado y senador, a veces optaba por senador para tener un diputado más. Este licenciado Enrique Azuara entonces era juez de distrito del estado de México, conocía a los de su gremio y me lo fue a presentar y me lo recomendó, pero yo "voy a tantear vado" primero con él, —le dije—, ya que el juez de distrito es muy importante en determinados momentos en la política de un estado, pues ya tuve la experiencia en 1922 cuando desaforamos al gobernador Rafael Nieto, catorce de los quince diputados de la legislatura local y el juez de distrito de entonces lo amparó por orden del general Calles, ministro de Gobernación, lo que nos ocasionó a los santistas una derrota cuando ya teníamos 'encaramado' a Nieto en un palo de huásima, pues los tigres se encaraman a un chijol, a un telcón o por lo menos a un ébano. Pero Nieto no era tigre en la política, apenas llegaba a mapache y, sin embargo, en la rama de una

huásima, que era el juez de distrito, se salvó. "En mi próximo viaje —seguí diciendo al presidente Avila Camacho— ya habré semblanteado a este juez de distrito, para ver si lo dejamos ahí o si lo quitamos. Cuando alguien me pregunte: '¿Este señor gobernador qué facultades tenía para quitar o poner a un juez de distrito?', le contestaré que yo era el primer gobernador que iba a durar seis años en el gobierno (en el poder, quién sabe), que era el presidente del bloque de gobernadores, amigo y compadre del presidente y el gobernador más fuerte de la República, que siempre he sabido mandar y en su caso obedecer".

Estoy escribiendo una historia y no una novela.

Una vez obtenidos los nombramientos de los empleados federales en el estado, reorganicé el Partido, que entonces era el de la Revolución Mexicana. Puse al frente de él a Manuel Alvarez, a quien más tarde ayudé para que fuera diputado, senador y gobernador del estado. La ciudad de San Luis Potosí sólo tenía cuatro mil llaves de agua y carecía de líquido, pues la presa de San José, que era la única, estaba azolvada y la vendió el general Rivas Guillén a aquel reaccionario llamado Eduardo Iturbide, que era gobernador del Distrito Federal cuando los tratados de Teoloyucan. Obtuve que el Banco de Obras Públicas, por órdenes del general Avila Camacho, la recomprara y me fue entregada a mí como pertenencia del estado. Pero la presa de San José era insuficiente y mi administración empezó a hacer pozos profundos que llegaron a 18 y en las barriadas pobres todo era alegría, pues nunca habían visto chorros grandes de agua. A cada pozo que inaugurábamos, asistíamos mi esposa y yo acompañados de numerosas personas de todas las clases sociales, bañabamos a la "chiquillería" con todo y ropita, lo que a los muchachos les encantaba.

En otro viaje que hice a México, le planteé al presidente Avila Camacho el problema del agua de San Luis Potosí y le llevé un proyecto para hacer una presa en El Peaje, pequeñísima congregación de la ciudad de San Luis Potosí, y también le llevé planos y proyecto para hacer un moderno drenaje, pues la ciudad de San Luis carecía de este servicio en lo absoluto y se usaban a manera de drenaje unos desagües que llamaban "cañerías". El presidente Avila Camacho aprobó el proyecto de la presa y la construcción de moderno drenaje y me dijo: "Compadre, esta presa se llamará Gonzalo N. Santos". "Me gustaría que llevara su nombre", le contesté. "Si fuera en Puebla —me contestó el presidente—, aceptaría, pero en San Luis Potosí sólo acepto que se llame 'Gonzalo N. Santos' y ningún otro nombre". Le di las gracias al presidente por la ayuda que estaba prestando al estado y a mí, por el honor que me acababa de hacer designando la presa con mi nombre. Estas obras empezaron desde luego; el contratista de ellas fue el señor don José Ramón Valdés, exgobernador provisional de Durango. Estas obras causaron mucho optimismo en San Luis Potosí y se derramó

mucho dinero en el comercio de la ciudad, hubo mucho trabajo para la gente y, al término de ellas, José Ramón Valdés salió de San Luis Potosí a ocupar el gobierno de Durango por segunda vez, pero ahora en calidad de gobernador sustituto por la muerte del gobernador constitucional, Blas Corral. Cuando inauguramos la presa, ya el presidente de la República era el licenciado Miguel Alemán y mandó como su representante a su ministro de Agricultura y Ganadería, mi amigo Nazario Ortiz Garza, y vieron los potosinos por primera vez en la orilla de la gran presa, quioscos rústicos arreglados para pescadores. Como por arte de magia empezaron a echar sus curricanes y anzuelos los aficionados a la pesca, pues cuando inauguramos la presa ya hacía tiempo que había traído yo 400 pescados de los llamados *Black-Bags* (lobina negra) y muchos miles de huevecillos y la presa estaba completamente llena de agua.

Cada año de mi gobierno inauguraba modernas escuelas en todos los municipios, en todos absolutamente, pero voy a mencionar las principales: la de Tampamolón Corona, mi pueblo natal; las de Tamuín, San Luis Potosí; la de Xilitla, la de Tamazunchale, la de Ciudad Santos, la de Coxcatlán, la de San Martín Chalchicuautla, la de Aquismón, la de Matehuala y las de todos los barrios de la ciudad de San Luis Potosí, las de Ciudad Valles. En esta ciudad también hice moderno mercado, en Tamuín y Tampamolón también hice mercados. A todos les puse nombres de prominentes revolucionarios; muchas escuelas se construían también durante mi mandato en todos los ejidos del estado. Al decir mi mandato no quiero decir sólo mi periodo de gobierno sino el que siguió, que encabezó Ismael Salas, y el medio periodo que estuvo al frente del gobierno, Manuel Alvarez, pues estos gobiernos también fueron de mi responsabilidad en la ciudad. Un día leí en los periódicos que se habían suspendido los trabajos del ferrocarril de tal estación, en Sonora, a Punta Peñasco. Los ingenieros que la andaban construyendo se perdieron en el desierto y se murieron de sed, así como una cuadrilla de trabajadores; que esta línea debería terminarse y que nadie quería ir a trabajar a ese desierto. Hice que mi secretaria recortara esa noticia y me la guardara para hacer uso de ella en primera ocasión. En mi primer viaje a México me entrevisté con el presidente Avila Camacho, como lo hacía cada vez que iba a la capital, y después de tratarle varios asuntos saqué el recorte del periódico en que hacía referencia de lo de Baja California, y le dije: "Compadre, este asunto yo lo puedo solucionar si usted me ayuda". "¿Cómo lo solucionará?", me preguntó. "Bueno —le dije—, yo mando los voluntarios que vayan a trabajar, ¿cuántos se necesitarían?", le pregunté. El presidente me dijo: "Ahorita le voy a contestar". Cogió el teléfono y le habló por la red al gerente general de los Ferrocarriles Nacionales de México, general Enrique Estrada, y le preguntó: "¿Cuántos trabajadores se necesitan para la

continuación de la vía de Punta Peñasco?". El general Estrada era mi amigo y había sido mi suplente cuando yo fui secretario del México de afuera en el Comité de la candidatura del general Avila Camacho. Le pregunté al presidente, mientras estaba hablando con Estrada qué salario iban a ganar los trabajadores. Estrada le contestó que en el trabajo de esa vía en el desierto, los Ferrocarriles estaban dispuestos a pagar 30 pesos de salario mínimo. "Bueno —me dijo el presidente—, qué ayuda necesita usted para esto". "Un tren especial —le dije— que lleve a los voluntarios de la ciudad de San Luis Potosí al puerto de Manzanillo, y en fecha que yo le diré a usted oportunamente esté en el puerto de Manzanillo un barco de guerra que los traslade a Baja California, y quiero también que le ordene al general Estrada que el tren que los conduzca a Manzanillo lleve vía libre". Regresé a San Luis Potosí y, acompañado de mi esposa y de un grupo de damas, hice una visita a los presos de penitenciaría. Les llevamos a los reclusos dulces, cigarros y refrescos de regalo y a todos los presos, sin excepción, les saludamos y nos despedimos de mano mi esposa y todos los acompañantes, y yo les prometí que pronto los visitaría nuevamente. Ya para entonces había solicitado y obtenido el canje de superintendente; el de Cárdenas, Manuel Chavero, ocupó la divisón de San Luis Potosí y Alfonso E. Plancarte ocupó la división de Cárdenas. Llamé a Chavero, que además de ser un gran ferrocarrilero era muy hombre y muy adicto a mí, y le dije: "¿Me puedes hacer una 'espuela' (desviación de línea de ferrocarril) de la estación vieja a la espalda de la penitenciaría?" Me contestó: "Sí la puedo hacer". "Pero no quiero que pidas autorización a México —le dije— quiero resolver este asunto solamente de acuerdo tú y yo, si de México se dan cuenta y preguntan inventa lo que quieras". "¿Cuándo comienzo?", me preguntó. Yo le contesté: "Ayer". Chavero, a los pocos días de nuestra entrevista, empezó la construcción de la "espuela" y hasta que la terminó, nadie, ni de México ni de San Luis Potosí, le hizo ninguna pregunta. La obra no era espectacular ni le interesaba a la ciudad y pasó desapercibida. Cuando ya tenía terminada la "espuela", Chavero me fue a entrevistar y me dijo: "Está listo el trabajo, pero ahora cuéntame, ¿qué vas a hacer con esta 'espuela'?" Le dije: "Acompáñame a la penitenciaría para que sepas lo que vamos a hacer con ella, pero como hombres nos guardamos el secreto". Chavero me contestó: "Soy una tumba".

Fuimos efectivamente a visitar la penitenciaría, donde el capitán Faustino Petriz Toledo, director del penal, ya estaba prevenido y los presos también de que el gobernador del estado les iba a hacer otra visita. Se repartieron, como la primera vez, refrescos, dulces y cigarros; pero ahora sólo me acompañaron el superintendente Chavero, el capitán Faustino Petriz Toledo, director de la penitenciaría, el jefe de la Policía en el estado, el entonces coronel, muerto general, Jesús Vizcarra Gómez; mi ayudante, el capitán Agustín Ojeda Altamirano, alias Mano

Prieta, y el jefe de Tránsito, que también era mi ayudante, Fidel Garza. Ya el capitán Petriz Toledo me tenía una lista de los presos sentenciados que pasaban de los trescientos, que yo me había comprometido a mandar a la Baja California. Después de dirigir un saludo a los reclusos en general, pedí que pasaran todos los sentenciados a otro patio y allí me trasladé con ellos y mis acompañantes. Les dirigí la palabra, diciéndoles: "Todos ustedes son sentenciados. Algunos tienen sentencias muy altas, desde los cinco hasta los veinte años de prisión. Quiero decirles a ustedes que estoy en condiciones de proporcionarles trabajo muy bien remunerado a todos ustedes, ¿qué prefieren —les pregunté— echarse conmigo un trabajo en plena libertad o seguir aquí de ociosos y sufriendo el castigo que la ley les ha impuesto?". Se armó un gran alboroto pues todos gritaban al mismo tiempo que preferían salir a trabajar. "Vamos a cambiar palabra de hombres ustedes y yo; de que yo les cumplo mi oferta y ustedes me cumplen la suya; ustedes no se me rajan al trabajo y yo les prometo un sueldo que nunca han ganado ustedes antes". Entonces se produjo otro alboroto y todos gritaban: "No nos rajamos, señor gobernador, le cumplimos". Me despedí de ellos y les dije que muy pronto estarían en libertad.

Como eran tantos hubiera sido ingenuo y candoroso de mi parte pedirles "secreto", así que me retiré con el superintendente Chavero y mis ayudantes. Nos fuimos a Palacio y le dije a Chavero: "¿Cuánto tiempo necesitas para formar el tren que va a llevar a estos voluntarios a su trabajo?" "Como no cuento con el material suficiente para hacerlo en un día, tengo que pedir material a Escobedo y, si es necesario, a Cárdenas". "Para pasado mañana en la tarde, fórmame un tren y me lo tienes listo con cupo para los 300 trabajadores, su máquina respectiva y la tripulación, que va a ganar tiempo doble en todo este viaje, pues no quiero relevos en el camino, y ellos se la van a echar hasta Manzanillo". A los dos días, Chavero me dijo: "Ya tienes el tren a tu disposición". Ya que el tren estuvo listo, le hablé por teléfono al presidente Avila Camacho y le dije: "Compadre, hágame favor de ordenarle al general Estrada, gerente general de los Ferrocarriles, que ordene vía libre al tren que lleva a los trabajadores voluntarios a Baja California, hasta Manzanillo y esté listo el barco para que leve anclas tan luego como se embarquen y los conduzcan a Baja California. Si ustedes me hacen favor, que el ministro de Marina me diga de qué barco se trata". Me contestó el presidente: "Yo se lo puedo decir, en Manzanillo está anclado el Querétaro y le voy a ordenar a mi general Jara (secretario de Marina) que ponga el barco a disposición de la persona que usted comisione para este movimiento".

El tren quedó formado en dos días, pero yo esperé un día más pues el general Matías Ramos, comandante de la zona, andaba de visita de inspección por el norte del estado. Ya que llegó le pedí una escolta compe-

tente con algunos oficiales subalternos, para que el comandante del convoy fuera el capitán primero Agustín Ojeda Altamirano (Mano Prieta). Ya que el general Matías Ramos puso a mis órdenes la escolta le rogué que mandara a Palacio a los oficiales y clases pues les iba a dar un "chivo" (sobresueldo) para sus gastos de viaje de ida y vuelta. Quedó todo sincronizado y el día de la partida del convoy mandé hacer una puerta en la pared de atrás de la penitenciaría, a donde llegaría el tren a recoger a los voluntarios, a las dos de la mañana, con órdenes precisas mías de que todo mi cuerpo de ayudantes precipitaran el embarque y éste debería terminar a las tres de la mañana. Yo personalmente, acompañado de Chavero, fui a la estación vieja, donde tenía que pasar forzosamente el tren, y que si todo iba sin novedad el maquinista pitaría suavemente tres veces la máquina. A la tripulación del tren ya le había entregado, por órdenes mías, el tesorero general del Estado, Ismael Salas, muy buena gratificación. Al capitán Mano Prieta, comandante del convoy, le entregué veinte mil pesos para que los pusiera en manos del capitán del barco cañonero *Querétaro* y le diera un saludo de mi parte y que le mandaba un abrazo y que ahi le mandaba ese "sobre" para que con sus oficiales se tomaran una copa a mi salud en Punta Peñasco. A Mano Prieta le di también gastos para que en el camino les comprara comida a los reclusos y seis cajetillas de cigarros para cada uno. Chavero y yo nos fuimos a la estación vieja y, a las tres en punto de la mañana, vimos pasar el tren a vuelta de rueda por la estación vieja y dio tres pitadas, lo que quería decir que todo marchaba bien. De ahí me despedí de Chavero y fui acompañado de mi ayudante Fidel Garza a mi gallera, a donde siempre acostumbraba llegar yo a las cuatro de la mañana. Tenía "entablada" una gallera con cien gallos super seleccionados, pues pronto iban a pelear en la feria de Aguascalientes, unos de la raza *McKintosh* de Carolina del Norte, Estados Unidos, y otros canadienses de la llamada raza *Louis*. Estos cien gallos los trabajamos mis cuatro galleros y yo, divididos en cinco lotes de a veinte. El gallero principal, que en el arte de la pluma se le llama pastor, tenía por nombre Melesio. Este había sido el gallero del general Francisco Villa en Chihuahua. Su segundo se llamaba Epifanio y le decían Pifas y dos ayudantes, uno llamado Julio, alias Mano de Seda, y el otro Jesús Mena. Tan luego llegué a la gallera, despaché a mi chofer y a mi ayudante para mi domicilio y le dije a Fidel Garza: "Cuando despierte la señora (Leola) le dices en dónde estoy, pero que nadie, absolutamente nadie, lo sepa, que aunque sea tarde voy a ir a desayunar, que a todo aquel que me busque o me llame por teléfono les conteste que ando en El Peaje" (donde ya habían comenzado las obras de la presa). Nomás acabaron de tomar café los galleros empezamos a trabajar los gallos, cada quien su lote, empezando naturalmente por los "paseaderos" a las seis de la mañana, como de costumbre. El trabajo de los gallos había terminado. Como es de rigor, les dimos a los "pitagóri-

cos" una hora de reposo y, a las ocho, les servimos el almuerzo. Me quedé una hora más platicando con los galleros, naturalmente temas de gallos, y con Melesio, mi principal pastor, cosas de la Revolución. Aunque habíamos andado en bandos opuestos, Melesio, villista directamente a las órdenes de Villa en su escolta de Dorados y, como ya dije, gallero de Villa, y yo en el bando constitucionalista. Me platicaba mucho de la batalla de Tierra Blanca contra los federales y me decía en su lenguaje pintoresco: "Allí le dimos una gran chinga a los pelones y agarramos muchos prisioneros con la lengua de fuera por la sed, pues se atascaban en los 'muéganos'". El quería decir los médanos. Como a las nueve y media llegué a mi casa y después de desayunar, como a aquello de las diez de la mañana, vi mi reloj y calculé: "El convoy de los viajeros debe haber pasado por Escobedo, a las siete de la mañana ahora que son las diez de la mañana deben ir ya cerca de Guadalajara y me fui a Palacio, donde me encontré una aglomeración numerosa de mujeres, muchas llevando sus muchachos. Pregunté a qué se debía esa reunión; como todas querían hablar al mismo tiempo, les mandé decir que nombraran una comisión de unas cinco o seis mujeres para poderlas escuchar y, ya una vez en mi presencia la comisión, me dijeron que a sus hombres se los habían llevado a la guerra a la fuerza, pues estábamos en plena guerra con las potencias del Eje. Yo les dije que no tenía conocimiento, que iba a hablar con el director de la penitenciaría para que me informara y les dije que esperaran allí en los corredores de Palacio mientras llegaba el director de la penitenciaría a informarme. Le ordené a mi secretaria que se comunicara por teléfono con el capitán Toledo y que de mi parte lo llamara a Palacio. A las mujeres de la comisión las invité a que se sentaran mientras venía el capitán Toledo. Llegó Toledo y le pregunté: "¿Ya tapaste el portillo que hicimos para que salieran los pasajeros del tren?". "Quedó completamente tapado —me dijo— y anda una cuadrilla del ferrocarril levantando la 'espuela'". Chavero sabía lo que hacía. "Te voy a preguntar delante de estas mujeres que están allí sentadas: '¿qué paso con numerosos presos que dicen ellas que se llevaron a la guerra?', y tú me contestas que hoy en la mañana los celadores y tú notaron que faltaban algunos presos, pero que todavía no sabes cuántos, hasta que pases lista, que probablemente los que faltan se han de haber fugado". Toledo repitió mi lección delante de esas mujeres. "*No tengan cuidado,* si se han fugado no los vamos a perseguir, mejor los vamos a convencer por conducto de ustedes de que vuelvan a prisión". En esa plática estábamos cuando llegó el juez de distrito flanqueado por varios licenciadillos, de esos que viven explotando a las familias de los presos. Al juez de distrito lo mandé pasar inmediatamente, pero a los leguleyos les mandé decir que no tenía ningún asunto que tratar con ellos. Invité al juez de distrito a que se sentara y él rehusó mi atención y, parado, me leyó un amparo por el "secuestro", decía él, de

numerosos reclusos de la penitenciaría que estaban purgando condena. "Rechazo ese amparo —le dije—, porque ningún preso ha sido secuestrado". El ya me había leído en el amparo que nos hacían responsables de la desaparición de estos presos, a mí principalmente, al secretario de gobierno, licenciado Luis Noyola (que ni siquiera sabía lo que había pasado), al jefe de la policía en el estado, al director de la penitenciaría y luego, dirigiéndose a mí, me dijo: "Este asunto es muy grave, señor gobernador". "Sí —le contesté yo—, muy grave, pero no pasa de ser muy grave". "Las consecuencias van a ser terribles para usted, señor gobernador", me dijo. "Probablemente —le contesté—, pero por lo pronto usted se me va a la chingada, porque el gobernador del estado no permite que nadie lo venga a amenazar", y llamando al coronel Vizcarra, jefe de la Policía, que estaba allí presente, y a mi ayudante, Fidel Garza les dije: "Saquen a este cabrón de aquí y me lo ponen en el primer tren de pasajeros o de carga que salga para el norte y se van ustedes escoltándolo hasta Saltillo, donde lo sueltan". El juez de distrito me dijo: "¿Sabe usted a quién está atropellando?" "Sí —le contesté—, a un cabrón que me vino a amenazar, faltando así al respeto al gobernador del estado y salga de aquí, a paso veloz, tinterillo". Lo agarraron entre el coronel Vizcarra y el capitán Fidel Garza, lo bajaron, lo subieron a un automóvil y se lo llevaron a la estación y por fortuna estaba parado el tren llamado *Estrella*, que iba a salir para el norte en quince minutos más.

Después hablé con todas las mujeres y les dirigí la palabra a todas ellas y les dije públicamente que me hacía responsable de la vida de esos hombres, que no corrían ningún peligro sus vidas y que, además, iban a quedar en libertad muy pronto, pero que no se dejaran azuzar por tinterillos ni por falsos alarmistas. Algunas comenzaron a gritar que se los habían llevado a la guerra y les dije: "Esto es mentira, pero si fuera cierto, en este caso irían a defender nuestra patria". Mandé al tesorero a que les diera un auxilio en dinero a cada mujer, pero cuando llegué a mi casa me estaba hablando el licenciado Jesús González Gallo, secretario del presidente de la República y muy alarmado me dijo por teléfono: "Te has metido en un gran lío, Gonzalo". "Sí —le dije—, yo siempre ando en busca de dificultades, ¿cuál es el lío?". "Que faltan muchos presos de la penitenciaría y que echaste fuera del estado al juez de distrito". "Los presos que faltan en la penitenciaría están en otra parte sanos y salvos y al juez de distrito no lo he echado fuera del estado, pues apenas va en camino a Saltillo, en el tren de pasajeros, pero todavía no llega". "En la Suprema Corte —me dijo— te van a acusar". "Yo me voy a defender —le contesté—, mañana estaré ahí y le explicaré todo al ciudadano presidente". Esa misma noche tomé el tren para México y otro día en la mañana llegué. Me fui directamente a Los Pinos a ver al ciudadano presidente, quien me recibió de pie y al

saludarme muy serio me dio el tratamiento de señor gobernador y yo le contesté ciudadano presidente. El se sentó y me invitó a sentarme. "¿Qué hay de todo ese grande escándalo de San Luis?", me preguntó. "Se lo voy a explicar con toda verdad —le contesté yo—. Recordará usted que le ofrecí trescientos voluntarios para que fueran a trabajar en el desierto de la Baja California en la construcción del ferrocarril. Había en la penitenciaría de San Luis setecientos presos, de los cuales un poco más de trescientos sentenciados a largas penas. Eran una carga terrible para el pobre erario del estado estos presos y además se presentaba una oportunidad para que esos individuos se fueran a regenerar con un trabajo en beneficio del país y en el propio beneficio de ellos, pues usted mismo me dijo, cuando habló con el general Enrique Estrada, director de los Ferrocarriles, que tendrían un salario mínimo de 30 pesos diarios. Yo reuní a los presos sentenciados en un patio de la penitenciaría y les hice la proposición de que se fueran a trabajar con muy buen sueldo en una obra de provecho para la patria. Los presos aceptaron clamorosamente mi proposición, pues les dije que iban a trabajar sin escolta que los cuidara, es decir, libremente. Le pedí a usted el tren con vía libre, le pedí a usted el barco que los condujera de Manzanillo a Baja California, usted me concedió ambas cosas: lo único que se me pasó decirle a ustedes de dónde procedía ese contingente de trabajadores porque no lo creí necesario, ya que este movimiento iba a ser en provecho de todos". "¿Y lo del juez de distrito?", me preguntó. "El juez de distrito me fue a amenazar a mi propio despacho en Palacio de Gobierno y en la Constitución del estado de San Luis Potosí (la que yo hice auxiliado por mi secretario Martínez de la Vega) viene un artículo en que previene una pena hasta de cinco años de cárcel al que injurie al gobernador del estado. Este juez de distrito puede decir que le fue bien, pues yo usando la Constitución que protesté cumplir y hacer cumplir, lo podía haber metido a la cárcel, pero preferí que saliera del estado para no hacer más grandes las cosas. Recordará usted que le dije que el juez de distrito en un Estado es muy peligroso para el gobierno, si no obra de acuerdo con el gobernador". Se quedó el presidente pensando un rato y me dijo: "Compadre, se le pasó la mano". Cuando me dio el tratamiento de compadre dije yo, para mí, este arroz ya se coció. Me dijo: "Ya hablé con el presidente de la Corte, que me vino a ver, y le supliqué que no se hiciera escándalo de esto y el juez de distrito, cuando llegue aquí, la Corte le va a dár el mismo puesto en otro estado. En la pagaduría de la presidencia de la República le vamos a dar una indemnización. ¿Y la prensa?", me preguntó el presidente. "Como usted ha visto, no ha dicho una palabra. El único periódico local en San Luis Potosí es *El Heraldo* (ahora hay más) y el dueño, gerente y director, Vicente Villasana, es muy mi amigo desde hace muchos años y el Güero Zúñiga, corresponsal de *Excélsior*, controla a todos los corresponsales de la prensa de México en San Luis Potosí. "¿Y por qué no me dijo an-

tes que a los que iba a mandar a trabajar al desierto de la Baja California eran presos?". "Pues no le voy a decir que se me pasó —le contesté—, pero yo creí que usted se lo suponía y además, por no implicarlo a usted, quería yo tomar toda la responsabilidad como la he tomado". Entonces él me contestó que sí se lo supuso y que éramos solidarios. "Bueno —le dije yo al presidente—, en tiempo de guerra no hay misericordia, ¿y cómo queda el gobernador del estado cuando estamos en plena guerra con los extranjeros, si se deja babosear de un tinterillo? Una cosa es que me hubiera ido a leer el amparo y otra cosa es que delante de mis colaboradores y un grupo de mujeres me amenazara que eso me ocasionaría terribles y grandes consecuencias más y amenazas que me dirigió, cuando el asunto no estaba aclarado, yo le suplico que de este asunto me haga usted favor de no hablar con su secretario González Gallo, pues hace mucho que tiene celos de mí por la confianza y amistad que usted me brinda y, como él es tinterillo también, no quiero que le caliente la cabeza". Don Manuel, que había estado muy serio en la conversación, soltó una franca risa y ya no me dijo nada. Al salir, pasé a la secretaría particular a saludar al secretario González Gallo, quien me recibió muy solemne y secamente me invitó a sentarme. "¿Cómo te ha ido en ese gran lío de los presos y del juez de distrito?", me preguntó. "Yo creo que no muy mal —le contesté—, por lo menos estoy vivo —le dije—. Como estás tú muy ocupado y ya dentro de breves momentos vas a tener que acompañar al presidente a Palacio, por allá voy a despedirme de ti, cuando me vaya, antes de regresar a San Luis".

Del licenciado González Gallo me despedí por teléfono. Fui a visitar al licenciado Alemán, ministro de Gobernación, y le conté todos los sucesos de San Luis con relación al envío de los presos de la Baja California para que trabajaran en la construcción de la vía de ferrocarril.

Conté al licenciado Alemán todo lo que aquí he relatado de aquellos sucesos y el licenciado Alemán me dio todo su apoyo y me dijo que era amigo del presidente de la Suprema Corte y que no tuviera cuidado.

Pedí al licenciado Alemán que hablara con el presidente de la Suprema Corte para que me mandara un juez de distrito de toda confianza. Alemán me lo prometió y me lo cumplió pues el juez de distrito que mandaron a sustituir al que yo le ordené salir a paso "veloz" de San Luis, fue un señor licenciado muy respetable, muy caballero, con quien nunca tuve dificultades de ninguna especie durante mis largos años de mandato. El nombre de este señor licenciado quiero olvidarlo para evitar que gente mal intencionada le dirija reproches injustos.

Para la feria de Aguascalientes, como ya dije, tenía "entablada" mi gallera con 100 gallos super seleccionados, de los cuales hice una nueva selección de 70 gallos y los mandé con mis galleros a Aguascalientes, donde empezaría a jugar el 18 de abril contra el partido de

Ciudad Juárez y un partido de San Antonio, Texas. Iba a jugar 30 peleas con navaja de filo de pulgada natural, moda que yo había impuesto para todos los palenques de la República, pues antes jugaban con pulgada y media navajas y botanas de aparato, lo que equivalía a jugar gallos con "machete", o sea, de medida libre, como se usaba todavía en los años diez. También iba a jugar cinco peleas de navaja redonda americana contra el partido de Texas. A la feria de Aguascalientes siempre me acompañaba mi querido y gran amigo don Artemio del Valle Arizpe. Cuando llegué a Aguascalientes, don Artemio ya me estaba esperando. Las peleas de navaja de filo me las amarró y soltó el gallero más completo de la época, Luis Torres, y las cinco peleas con navajas americanas redondas las amarré y solté yo, que según todos dicen en la República siempre fui el campeón con esta arma. Inclusive gané un campeonato mundial en un torneo que se celebró en Orlando, Florida, Estados Unidos. En esta gran "tapada" de Aguascalientes gané las cinco peleas de navaja redonda y de las treinta de filo sólo perdí cuatro y gané veintiséis. Don Artemio andaba muy feliz y después que terminó mi compromiso de las peleas de gallos, dedicamos un día a vida folklórica, es decir, yendo a la corrida de toros, a una carrera de caballos parejeros y luego en la noche a la serenata en el jardín de San Marcos y a comer enchiladas con los maricones. Después de cenar, nos fuimos don Artemio y yo, naturalmente seguido por mi grupo de ayudantes y acompañado de alguna dama de rebozo de Santa María, a dar vueltas en el el jardín de San Marcos, donde se estaba celebrando una lucida serenata. Don Artemio me dijo: "Esta es la mejor banda de música que hay en la República, pues ni las de México son tan buenas". "Es que aquí en Aguascalientes hay religión por la feria y el público siempre ha exigido una magnífica banda de música para que le dé más lucidez a la feria". Cuando yo ocupé el puesto de gobernador en San Luis Potosí había una banda que daba lástima. Eran 18 músicos vestidos con vergonzosos y viejos uniformes y su director, el capitán Godínez, era un gran director y compositor, pero lo tenían los gobiernos lamentablemente olvidado. Antes de que yo ocupara el gobierno del estado, esta triste banda de música iba a tocar los domingos al quiosco de la plaza de armas, pero sólo se paraba en la plaza alguno que otro bolero y alguno que otro limosnero, pues las familias en la ciudad de San Luis Potosí, de la alta sociedad, clase media y pueblo, que en otras épocas solían ir a dar vueltas escuchando la serenata hacía muchos años que habían dejado de asistir. Yo le hice ver todo esto a don Artemio mientras dábamos vueltas en el jardín de San Marcos, escuchando la música y le dije: "Estamos en abril, para el veinte de noviembre próximo, lo invito a usted a la ciudad de San Luis a un concurso de bandas de toda la República, a que voy a convocar, para celebrar las fiestas de la Revolución y usted va a presidir el jurado calificador a

ver qué banda va a obtener el primer lugar". Don Artemio del Valle Arizpe hizo toda su carrera, desde la preparatoria hasta recibir su título de abogado, en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí; fue compañero de estudios de mis hermanos Samuel y Pedro Antonio, de allí su gran amistad conmigo.

Don Artemio era de Saltillo, hijo del último gobernador porfirista. El, a los 25 años de edad fue diputado de la última legislatura porfirista, era muy amigo personal de don Francisco I. Madero, con quien se hablaba de tú. Pero don Artemio nunca tomó en serio la política y ese puesto de diputado porfirista fue el primero y último que ocupó. No era ni revolucionario ni reaccionario, era escritor erudito y dado a la bohemia. Cuando ya me iba a retirar a mi hotel, al despedirme de don Artemio, éste me preguntó: "¿Esto de lo del concurso de bandas en San Luis Potosí para el 20 de noviembre es cosa seria, don Gonzalo?" Le contesté: "Sí, y la banda de San Luis Potosí va a obtener el primer lugar, si el jurado que usted va a presidir obra en justicia". Don Artemio me dijo: "Yo tengo más cariño por San Luis Potosí que por mi nativo Saltillo y me daría mucho gusto que usted quedara bien y que levantara en ese evento muy alto la bandera de San Luis". "*Va mi pistola en prenda*", le contesté y la desenfundé y se la entregué a Don Artemio y le dije: "Guárdela y si la banda de San Luis Potosí no queda en primer lugar, venda esa pistola", pues yo sabía que don Artemio tenía horror por las armas. El se negó a recibir la pistola y me dijo: "Simbólicamente queda en prenda su pistola, pero yo no puedo tocar una arma".

Regresé a San Luis Potosí triunfante de mi gallada, pues un gobernador también tiene derecho a divertirse, cuando menos los de mi tiempo teníamos ese derecho, los de ahora parece que no. Una vez en San Luis Potosí llamé al capitán Godínez a mi domicilio y al tesorero del estado, Ismael Salas, y les dije: "Vamos agavillándonos los tres para organizar esta 'murga' que le llaman Banda de Música del Estado; tú —le dije al tesorero Salas— desde hoy me empiezas a hacer un fondo especial para organizar una gran banda, traeré los mejores instrumentos de los Estados Unidos y mandaré hacer uniformes a la Internacional de México", casa que se dedica a hacer uniformes militares (y de banda de música), en la que me hicieron mi primer uniforme de teniente y que me ha hecho los últimos uniformes de general y que hasta la fecha existe y dirige su dueño Julio Ramírez. "Usted —le dije al capitán Godínez —tiene presupuesto ilimitado para empezar a sonsacar a los mejores músicos de todas las mejores bandas de la República, naturalmente aumentándoles muy considerablemente el chivo [illegible] que ahora disfrutan; de los 18 changos que tiene usted sólo deje a los muy buenos y a los demás aquí el tesorero Salas los va a indemnizar para que se retiren", y así lo hicimos. Godínez me dijo que sólo a tres elementos iba a retirar y que se iba a quedar con quince. "De cuántos músicos se va a componer la

Esta es la columna del 4° regimiento de caballería que organicé en la Huasteca potosina y Río Verde para combatir a los cristeros; tuvimos la satisfacción mis compañeros de armas y yo de no perder un solo combate contra los fanáticos cristeros, ni dejarnos abordar ningún tren de pasajeros de la vía Laredo-México y del ramal de Río Laja a San Luis de la Paz, en territorio de Guanajuato. Señalado con la flecha blanca, el ese día ascendido a general Gonzalo N. Santos, a su izquierda el general Bartolo Díaz, detrás del número 2 montado en caballo frontino (frente blanca), y con casco de corcho el ayudante del general Santos, Julián B. Lafont.

Me daba mis escapadas para ir de cacería, aquí con algunos amigos en el rancho Gargaleote.

PARTIDO NACIONAL REVOLUCIONARIO

ESTADO DE San Luis Potosí.

PNR

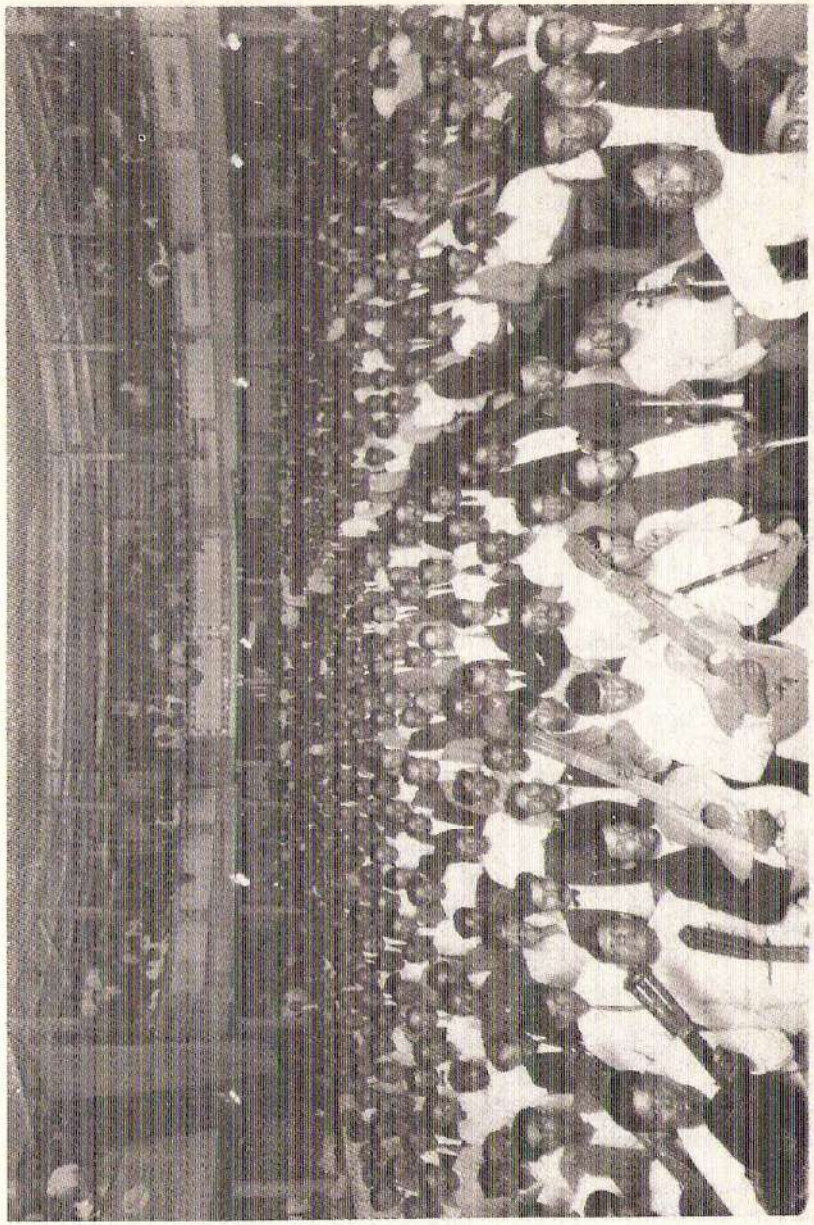
Esta Tarjeta acredita la personalidad del C. Gonzalo N. Santos.

como miembro de este Partido

México, D.F. a 10. de Marzo 1929

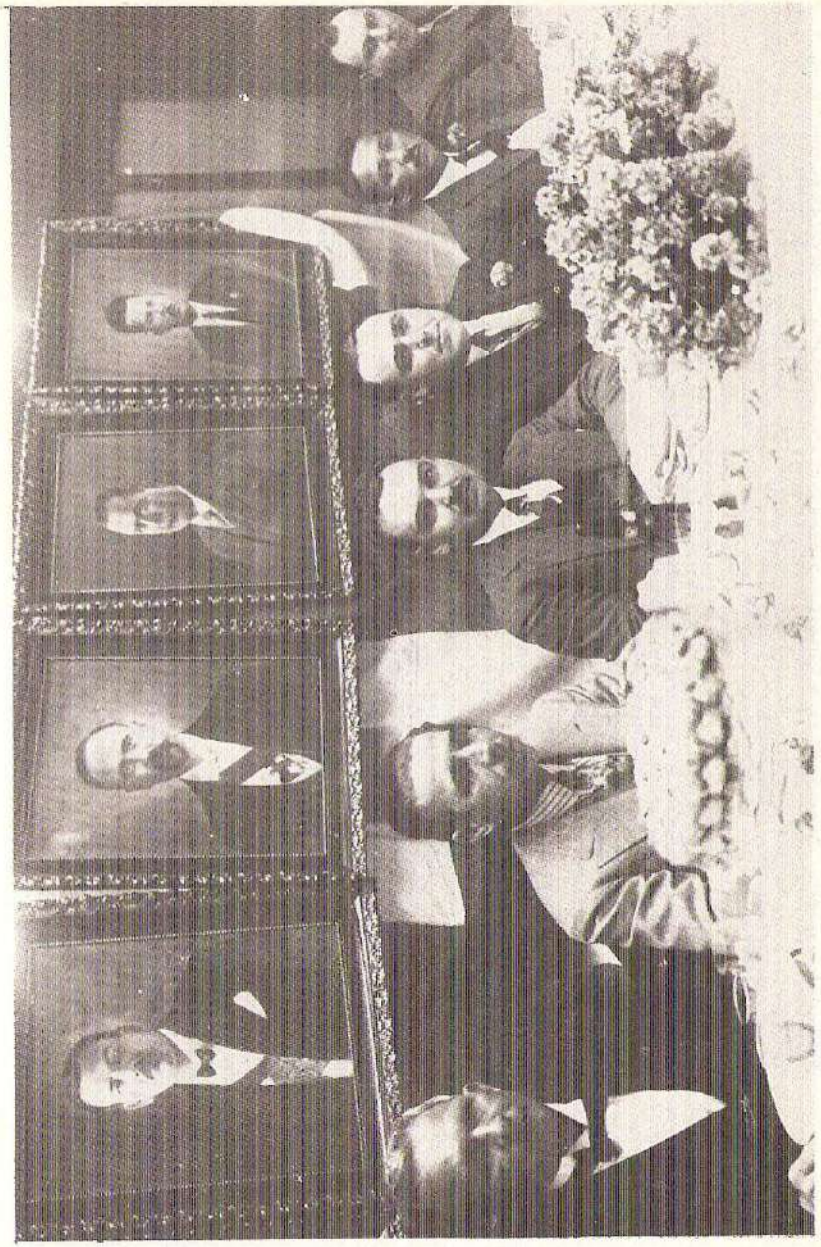
Fui miembro fundador del PNR con la credencial número 6.

El general Plutarco Elías Calles, flanqueado por el senador Gonzalo N. Santos y un diputado del cual he olvidado su nombre.

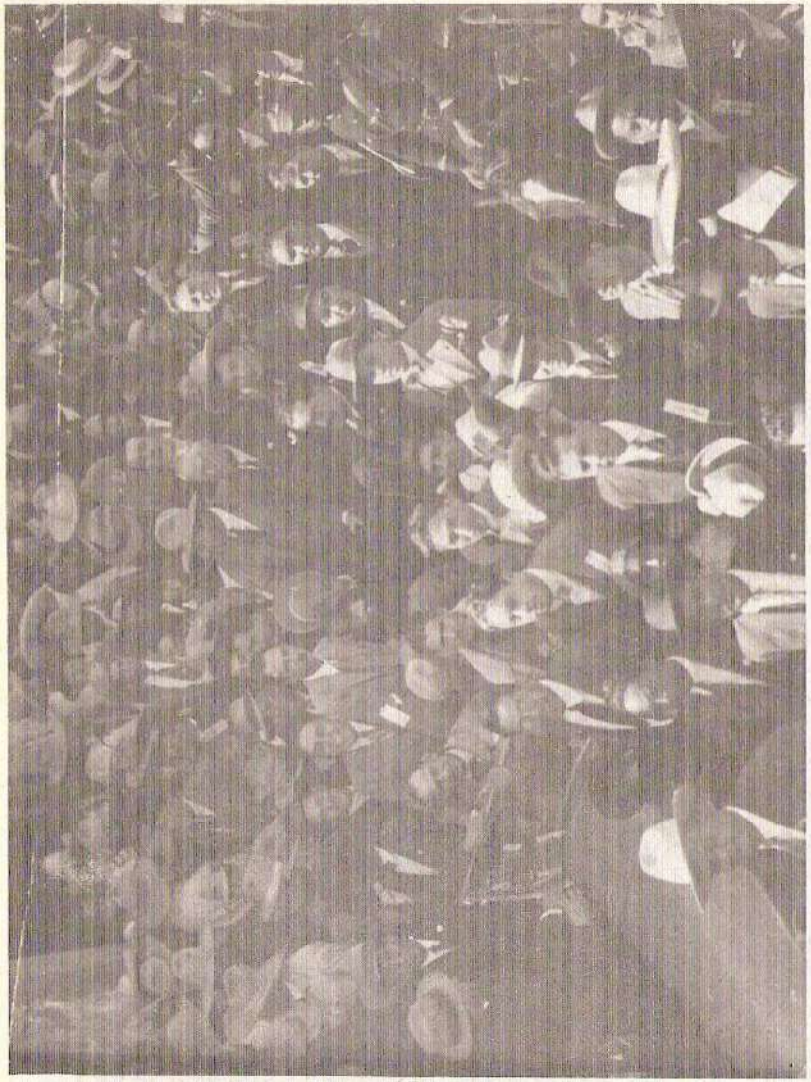


Asamblea del Partido Socialista Fronterizo, convocada por el licenciado Emilio Portes Gil, gobernador de Tamaulipas; él y su partido se adhirieron a la Alianza de Partidos Socialistas de la República que organizó y presidió el diputado Gonzalo N. Santos y la directiva del Partido Socialista Tamaulipeco.

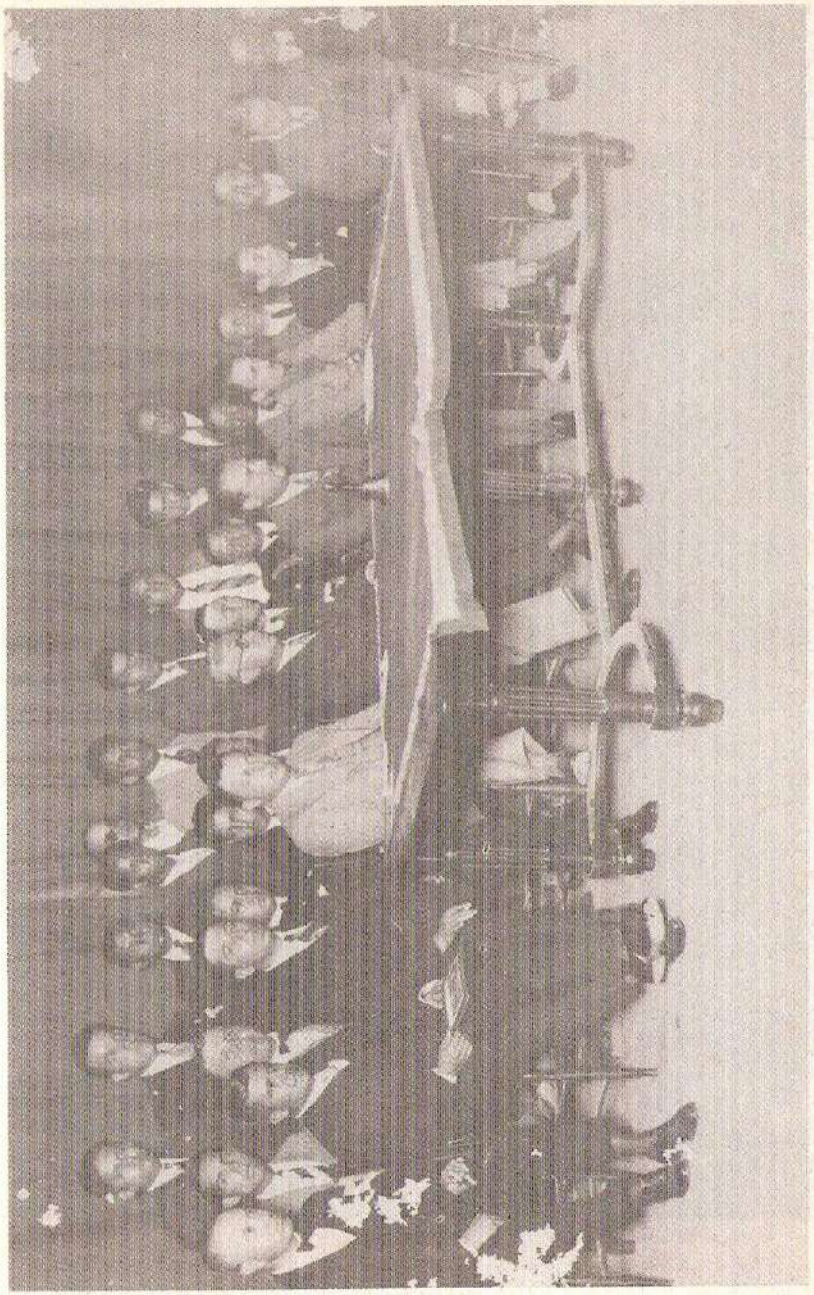
Durante la celebración de la asamblea de adhesión del Partido Socialista Fronterizo a la Alianza de Partidos Socialistas de la República, de izquierda a derecha: el exteniente coronel federal Ramón Fusco; Juan Ibarra ("El Prieto"), líder del Partido Fronterizo de Tamaulipas); diputado Gonzalo N. Santos, presidente de la Alianza; diputado Rafael Melgar; atrás de "El Prieto" Ibarra aparece Guillermo García, cuñado de Portes Gil, rodeados de líderes del Partido Socialista Fronterizo y de jóvenes periodistas.



Durante la comida de "destape" de Aarón Sáenz, quien ya se sentía seguro presidente de la República, al grado de haber colgado su fotografía al lado derecho del general Obregón.



Mitin durante la campaña política electoral del ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

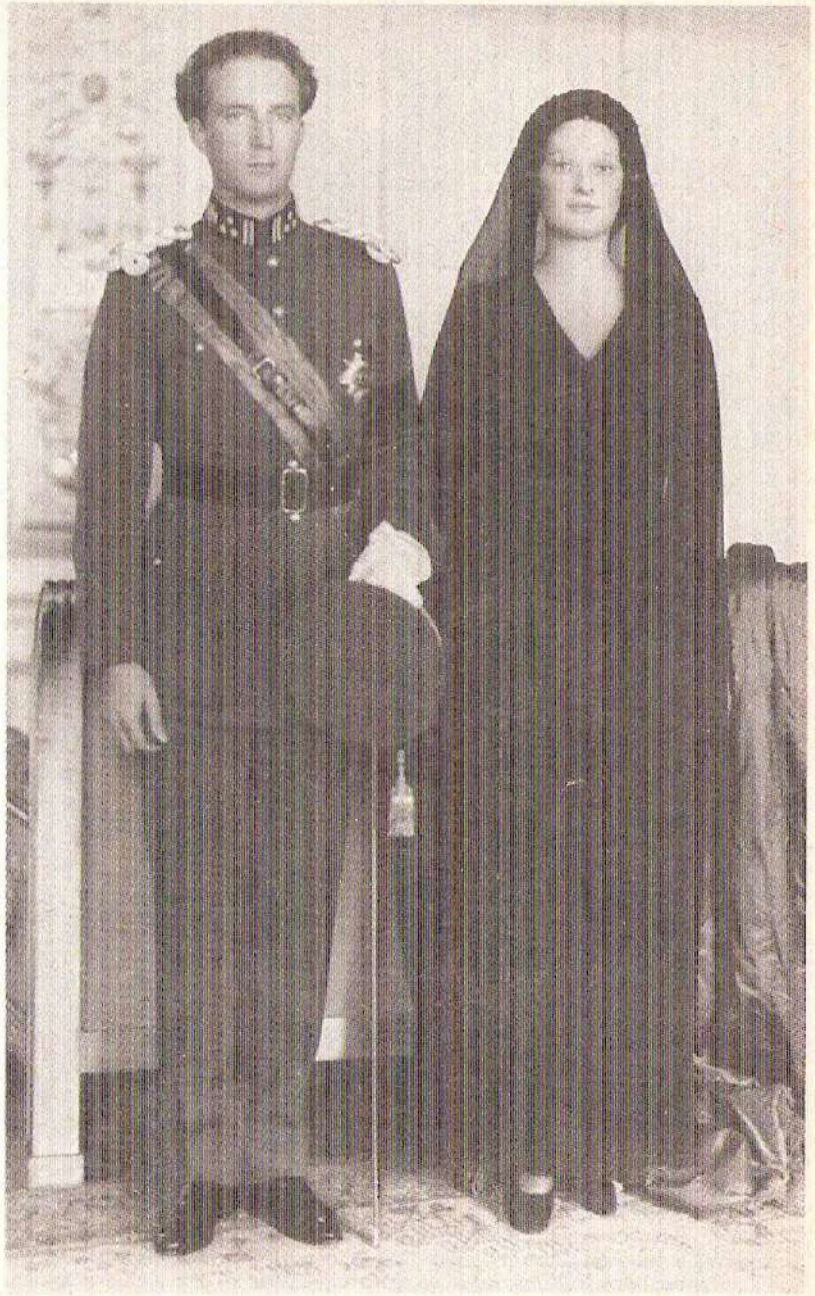


Acto político para apoyar la candidatura del ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

Toma de protesta del ingeniero Pascual Ortiz Rubio a la Presidencia de la República, sentado el presidente de la Cámara de Diputados, Melchor Ortega, a su derecha de pie, el líder de ambas Cámaras, diputado general Gonzalo N. Santos, en seguida el presidente saliente, licenciado Emilio Portes Gil.

Gonzalo N. Santos embajador de México en Bélgica y Luxemburgo, en las afueras del Palacio Real antes de entrar a presentar sus cartas credenciales ante su majestad el rey Alberto I. Bruselas, Bélgica, 1934.

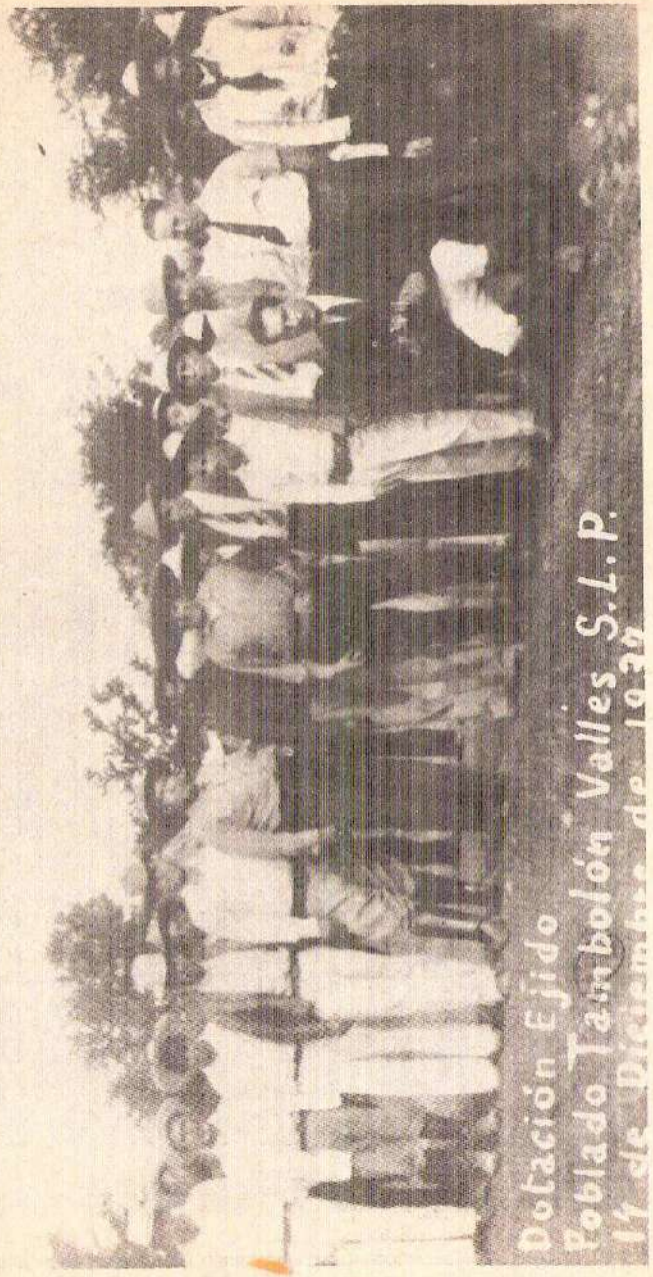
Como embajador de México en Bélgica (don Gonzalo N. Santos) recibí una condecoración que me otorgó el rey de los belgas Alberto I. La imposición de la banda me la hace el embajador de Bélgica monsieur Stalder.



Los reyes de Bélgica, el rey Alberto I y la reina Isabel.

El regreso a la patria. A la derecha, de bufanda, traje claro y sombrero en la mano, el embajador de México en Dinamarca Gonzalo N. Santos a su llegada a San Luis Potosí; al centro vestido de oscuro, el general de división Saturnino Cedillo, a la izquierda el general Francisco Carrera Torres, comandante militar del estado de San Luis Potosí, entre los demás se encuentra la totalidad de los diputados a la legislatura local en la bienvenida al embajador Santos ya electo senador de la República por el Partido de la Revolución Mexicana.

Congreso Constitutivo de la Confederación Campesina Mexicana presidido por el senador Gonzalo N. Santos, celebrado el 28 de julio de 1933 en el Teatro de la Paz, San Luis Potosí. Los miembros de la mesa directiva saludan e informan al general Saturnino Cedillo en su domicilio que ha quedado organizada la Confederación.



Con campesinos de Valles, San Luis Potosí, el 14 de diciembre de 1937, después de una dotación de ejidos.

Con el presidente Lázaro Cárdenas solidarizándonos en el acto de expropiación petrolera en Palacio Nacional. De izquierda a derecha: senador Nazario S. Ortiz Garza; senador Bartolomé García Corre; senador Gonzalo N. Santos; senador Antonio Romero; senador Gualberto Carrillo Puerto; general Lázaro Cárdenas con el Decreto de Expropiación en la mano, el cual tuvo la gentileza de leernos; el senador Ernesto Soto Reyes y senador Guillermo Flores Muñoz.

A su regreso de Europa acudí a saludar, en su casa, al expresidente general Plutarco Elías Calles, flanqueado por sus hijas Hortensia Calles de Torreblanca y Artemisa Calles.

Correspondencia Particular de los CC. Senadores

México, D. F.
Abril 4 de 1938.

Sr. Gral. SATURNINO CEDILLO.
Palomas, S.L.P.

Muy estimado y fino amigo:

Empezaré por decir a Usted que me creo con el derecho de llamarle mi amigo, a pesar de las peripecias de la política, porque hasta la fecha yo no he confundido a mis amistades personales, a las que he consagrado mi estimación y mi sinceridad, con las amistades muy circunstanciales de nuestra política.

En forma inesperada y violenta recibí aviso por conducto del Sr. Mayor Rosas, del Estado Mayor Presidencial, para que me presentara al despacho del Sr. Presidente de la República. Ahí me encontré con el Sr. Corl. y Dip. Don Josué Escobedo, con el Sr. Lic. y Dip. Víctor Alfonso Maldonado y con el Sr. Lic. y Dip. José Santos-Alonso, en conferencia con el Primer Magistrado. Tenía la palabra el Sr. Corl. y Dip. Escobedo y explicaba la enfermedad de Usted. Después de algún rato de haber estado en uso de la palabra el Corl. Escobedo, me permití interrumpirlo para preguntar de qué se trataba, dado que lo violento del llamamiento me hacía suponer que algo grave acontecía e inmediatamente asocié ideas con nuestro Estado, pensando que era allá donde algo sucedía. El Sr. Presidente pidió que me explicaran lo que acontecía y entonces me enteré que Usted había puesto un mensaje a la Secretaría de la Defensa Nacional, aduciendo razones de salud para no aceptar la elevada comisión militar que la Secretaría de la Defensa Nacional, por acuerdo del Primer Magistrado, ha conferido a Usted en el estado de Michoacán.

Yo no debo ser quién me auto-nombre su Consejero, puesto que cuando Usted encabezaba el grupo a que tanto tiempo pertenecí en nuestro Estado, daba yo mi opinión y no se oía mi consejo, pero de todas maneras, quiero recordarle que he sido un verdadero amigo y un hombre de palabra y de principios y de entereza para cumplir con los míos en las buenas y en las malas y si no lo he seguido a Usted por el actual camino a que lo han llevado falsos amigos, que nada son ni nada significan en nuestra tierra, ha sido por cuestión de principios, y si Usted quiere, hasta por cuestión cerebral, pero no porque yo reniegue de mis amigos; hago todo este preámbulo, para rogarle a Usted que me haga caso siquiera en esta ocasión:

Acepte la Comisión Militar que le han designado. Un puesto militar siempre es honroso, pero más honroso todavía para Usted en los actuales momentos. El sol no se puede tapar con un dedo. Es público y notorio, dentro y fuera del país, que Usted está distanciado del Sr. Presidente de la República, y en estas condiciones, el Pri-

Carta enviada por el senador Gonzalo N. Santos al general Saturnino Cedillo, pidiéndole que reconsidere su actitud para aceptar el nombramiento que le hacía el presidente Cárdenas.

mer Magistrado lo nombra Jefe de Operaciones Militares en su Estado natal, donde, a mayor abundamiento, es Usted amigo íntimo del Sr. Gobernador del Estado, Gral. Gildardo Magaña. - Se ha dicho que este nombramiento es para eliminarlo a Usted en alguna forma, pero quienes tal dicen no piensan con la cabeza, pues no comprenden que quién eliminó a Francisco Villa, quien quiera que haya sido, no le nombró antes Jefe de Operaciones; quién eliminó a Zapata, tampoco lo nombró Comandante Militar de ningún Estado, y así sucesivamente, podíamos tener ejemplos desde principios de nuestra era independiente, - y no es ese el camino que se emplea para eliminar a un enemigo. Esto, descontando que el actual Presidente de la República no se ha significado como asesino de nadie.

No le hablo en "adulador", le hablo en "mexicano". Usted es hombre de basta experiencia en las luchas y sabe -- muy bien que el Presidente de la República se haría más daño a sí mismo si lo llevara a su Estado natal de Jefe de Operaciones para ponerle un "cuatro", que el daño que podría ocasionarle a Usted.

El Sr. Presidente nos pedía que fuésemos todos a - verlo a Usted para hacerle ver el error en que incurría. Yo- ví en la cara del Presidente una huella de angustia ocasionada seguramente por el pesar que sentía al ver que un amigo a quién todavía estima, iba a rodar al abismo por su falta de- serenidad.

Créame General, que todavía le deseo todo bien, -- que soy más amigo de Usted que las dos docenas de falderi--- llos que lo ensalzan en forma grosera y torpe y que si yo me he negado a ir, más bien dicho, que si he puesto objeciones- a ir a ver a Usted, es para evitar el pretexto de que los -- del Grupo de aduladores que lo rodean, ésto sin ofender a Usted, no le vayan a hacer creer que voy a insistir en que salga Usted del Estado para comerme el mandado. Esto no se lo - expresé al Sr. Presidente en forma tan clara como a Usted, - porque llegué muy retardado al citatorio, pero a Usted no se oculta que le estoy diciendo la verdad.

Le voy a recordar un pasaje de nuestra vida de amigos y compañeros: En cierta ocasión, allá por el año de 1926 ó 1927 y con motivo de la Campaña Presidencial, serví de --- "tré de unión" entre Usted y el Sr. Gral. Lucero, nuestro infortunado coterráneo. Como Usted recordará, Lucero era Gomizta y Usted y yo éramos Obregonistas. Recordará Usted que hice convenir a Lucero, en presencia de Usted, que se retirara de todo asunto político y que se dedicara a su carrera militar. Recordará Usted también las palabras de Lucero, cuando me dijo: "Yo ya juré bandera, tiene Usted razón, me andaban metiendo en un atolladero; yo le ofrezco ser leal al Gobierno." Y después, cuando el fracaso de Lucero, precisamente cuando Usted y yo leímos su fusilamiento, comentábamos -- aquél incidente y decíamos que tal vez Lucero se ha de haber acordado de nosotros.

No vea Usted en mis palabras amenaza alguna, de la cual soy incapaz y no estoy autorizado en ningún sentido para hacerla a Usted, pero para hablar del futuro, necesitamos recordar el pasado. #

Correspondencia Particular de los CC Senadores

Si Usted todavía me considera su amigo, si Usted - quiere que lo sigamos siendo, si Usted estima que tengo alguna experiencia en la vida política de México, oiga mi consejo: Acepte esta comisión, rechace todohalago de las sirenas- que lo rodena, sea Usted enérgico con los suyos y sea enérgico con Usted mismo; sea hombre para salvar a su grupo, pues- la mayor muestra de hombría que un individuo puede dar, es - sacrificar su amor propio por los suyos. En Usted solo hay- amor propio herido, yo lo sé bien y es más grande, o por lomenos, deberá ser más grande, el amor que uno le debe a los- suyos, cuando tiene espíritu de grupo, que el amor propio.

Por último, General, la política es lucha de toda- una vida y no de un día. Sálgase de San Luis, reuna a su grupo y en lugar de envenenarlo más, dígales que permanezcan -- unidos, apoyando al actual Gobierno, puesto que sería inconsecuente que Usted vaya a servirle en un puesto de confianza y por otro lado siembren los suyos la desconfianza.

Comprenda Usted, Sr. Gral. Cedillo, que muchos solo se han servido de su buena fé, de su prestigio y de su -- falta de malicia, para subir y medrar. Usted es hombre de - lucha y sabe, por lo tanto, que de cada mil que le dicen que van a donde Usted los lleve, irán diez, si el momento es difícil y eminentemente peligroso, y para terminar: ¿Con qué - derecho, con qué razón puede Usted, General de División, esquivar una orden de la Secretaría de la Defensa Nacional o - del Presidente de la República? ¿Qué camino le quedaría a Usted? ¿La rebelión? Y, ¿Quién seguiría a Usted en los actuales momentos en que todo mundo lo señalaría a Usted mezclado a la situación internacional que actualmente se debate entre México y las Compañías Petroleras? Escuche Usted la voz de- sus amigos, de los pocos verdaderos amigos que tiene, que -- por no haber sido sus incondicionales nunca, seguramente que lo somos de verdad.

El Sr. Corl. Escobedo y el Dip. Arnulfo Hernández, llevan la representación de la Diputación, incluyendo la mía y el encargo de hacer ver a Usted la realidad de las cosas - con cruda franqueza, para llevar a su ánimo el espíritu de - la serenidad.

Lo saludo con el afecto de siempre.

G. N. Santos

Senador GONZALO N. SANTOS.

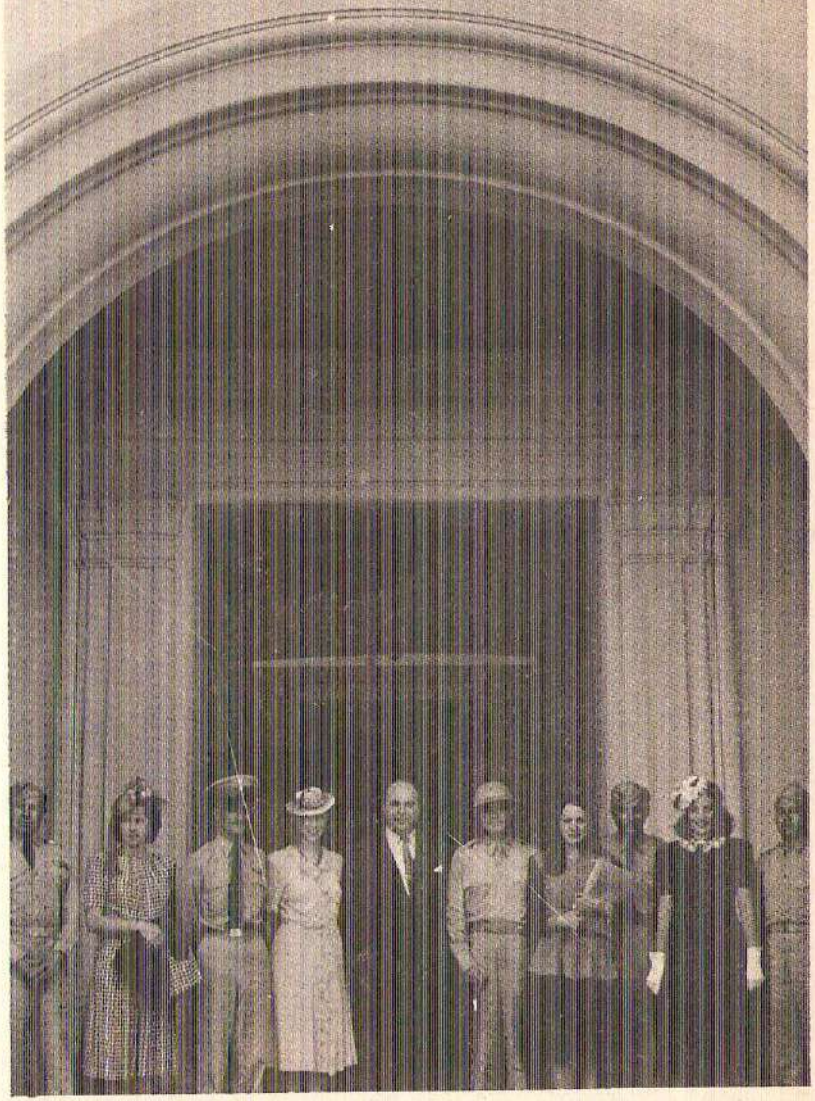
GNS/mcm

Comité de la campaña política Pro Avila Camacho. Sentados de izquierda a derecha: licenciado Miguel Alemán, secretario general del Comité Pro Avila Camacho; al centro general Manuel Avila Camacho, candidato a la Presidencia de la República; a la derecha el entonces coronel Gabriel Leyva Velázquez; de pie en el mismo orden: diputado Adolfo Ruiz Cortines, tesorero del Comité; el de la derecha no lo recuerdo; sigue el senador José María Dávila (Chema), secretario de Prensa y Propaganda; diputado Adán Ramírez López (Sagrado Corazón), secretario de Acción Campesina; senador Gonzalo N. Santos, secretario de Acción Parlamentaria y del México de Afuera; senador J. Jesús González Gallo, secretario de Planeación.

En Palacio Nacional con el presidente Manuel Avila Camacho.

Aquí abrazando al vicepresidente Wallace; de la mano del vicepresidente, mi esposa Leola Pue de Santos, del brazo de la señora Santos el embajador Daniels; sentado el diputado Maverick, líder de la Cámara de Diputados de los Estados Unidos ante la estatua del Padre de la Patria, Miguel Hidalgo y Costilla, que fue donada por el gobierno de México a la ciudad de San Antonio, Texas, en donde representé al presidente Manuel Avila Camacho.

ADMINISTRATION



En Randolf Field, San Antonio, Texas, cuando la donación de la estatua del cura Hidalgo a aquella ciudad. Me acompañan el general Radamés Gaxiola (tercero de izquierda a derecha), quien posteriormente fue comandante de la Fuerza Aérea Mexicana, algunos subalternos y hermosas texanas.

El general Genovevo Rivas Guillén en charla con los senadores antes de rendir su protesta a la gubernatura de San Luis Potosí. A su derecha el senador Gonzalo N. Santos; un senador no identificado, agarrado de la solapa del senador Santos; diputado Armando Arroyo a la izquierda del general Rivas Guillén; de traje claro coronel senador Vicente Benítez; de pie un diputado y dos ayudantes de Rivas Guillén.

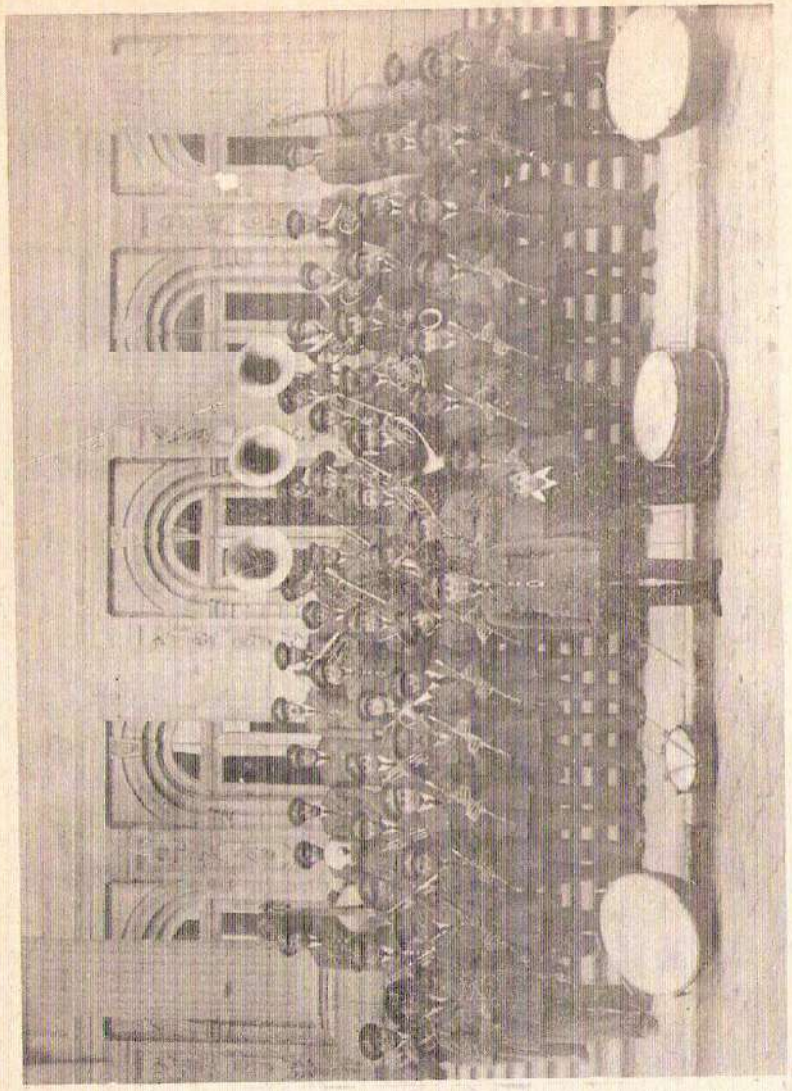
La Comisión Permanente del Congreso de la Unión despide al general Genovevo Rivas Guillén, gobernador electo de San Luis Potosí, de izquierda a derecha con sombrero el senador Guillermo Flores Muñoz (hermano de Gilberto), un diputado con sombrero de carrete en la mano; el senador coronel Antonio Romero; el general Rivas Guillén; senador Gonzalo N. Santos, secretario de la comisión Permanente y líder del Senado; senador Vicente Benítez; diputado Armando Arroyo, le sigue un diputado del cual he olvidado su nombre.

En la toma de posesión de la gubernatura de San Luis Potosí con mis amigos el licenciado Miguel Alemán y el doctor Francisco Castillo Nájera, atestiguando el acto.

Rindiendo protesta como gobernador constitucional de San Luis Potosí, a mi costado izquierdo el doctor Francisco Castillo Nájera.

En la toma de protesta a los magistrados de San Luis Potosí.

Como gobernador de mi estado natal inaugurando obras. Me acompañan los generales Juan Soto Lara, Heriberto Jara y Anacleto Guerrero.



Banda Sinfónica de San Luis Potosí, dirigida por el mayor Ramón Fernández (al frente).

banda?", me preguntó. "Quiero que tenga —le dije— cinco músicos más que la más numerosa de la República". "Eso va a costar un pico", me dijo. "Pero no lo va a pagar usted", le contesté. "Salas —le dije al tesorero—, no toques el presupuesto actual y ponte de acuerdo, después de que hagas números con el capitán Godínez, para que saques el dinero que va a costar vestir y sostener esta gran banda de nuevos arbitrios". Salas, para esto, era "garganta" y el subtesorero Luis Serrano del Pino era un sabio para sacar dinero y yo un sabio para invertirlo. Más adelante relataré el resultado de este asunto pues ahora voy a seguir dando cuenta de lo que pasaba en el estado.

Un día me habló por teléfono el entonces joven José Vilet junior y me dijo que los obreros de la España Industrial tenían secuestrado a ¡su padre, don José Vilet Sr! ¿En dónde lo tienen? "le pregunté. "En nuestra casa", me contestó. Resulta que don Pepe Vilet tenía su domicilio dentro de la fábrica, una magnífica casa en la que habitaba con toda su familia. Yo era muy amigo de los obreros de la fábrica de la España Industrial, 1700 trabajadores, y muy amigo también del propietario, don Pepe Vilet. Me trasladé a la fábrica sin un solo ayudante, solamente mi chofer. Llegué a la puerta de la fábrica y di unos toques en el aldabón de la puerta y ésta la abrieron muy estrechamente y unos ojos de adentro me miraron y le dije: "¿Sabes quién soy?" y el individuo que estaba adentro sin franquearme la entrada me contestó: "Sí". "¿Quién soy?" le volví a preguntar. "El ciudadano gobernador", me dijo, pues yo siempre prohibí que me dijeran señor gobernador y exigí que se me llamara ciudadano gobernador. Naturalmente que este tratamiento nunca lo puede controlar en forma absoluta. Le dije: "Abreme la puerta, que voy a pasar". Me contestó: "Un momento", y atrancó. A los pocos instantes me abrieron y me encontré con los líderes obreros. "Pase, ciudadano gobernador", me dijeron, entré y les dije: "Vengo a ver qué pasa aquí, me han dicho que don Pepe Vilet y su familia están en su casa encerrados sin poder salir porque ustedes se lo impiden". El líder principal, que no me acuerdo como se llamaba pero que era regidor del ayuntamiento, me dijo: "No es verdad, la familia puede entrar y salir; al que no dejamos salir es al Señor Vilet". "¿Por qué razón y con qué derecho lo hacen?" No hemos podido llegar a un arreglo en cuestión de los salarios y lo tenemos detenido hasta que se resuelva este asunto". "Hombre —les dije—, esas son muy pocas dificultades para un hombre de carácter, vámonos reuniendo ustedes los líderes, don Pepe y yo, y hablando se entiende la gente, pero primero póngalo libre, que vaya a donde le dé su gana y que esté aquí a las doce del día". Entonces eran las diez de la mañana y luego me fui a la casa de don Pepe Vilet y le dije que saliera y que se fuera a dar una vuelta a donde él quisiera y que a las doce en punto estaría allí yo de regreso y él también y nos reuniríamos con los líderes obreros a solucionar este asunto.

Don Pepe Vilet salió en su automóvil, yo me quedé con los líderes y visité los talleres de la fábrica, que estaban en pleno trabajo. Cuando un obrero está trabajando en su máquina lo más que puede hacer cuando uno le saluda, es contestar el saludo con la cabeza, así lo fueron haciendo los obreros cuando yo pasé. A las 12 en punto, como ya teníamos convenido, regreso don José Vilet a la fábrica y juntos los líderes obreros, el Señor Vilet y yo nos encerramos en las oficinas de la fábrica y les dije yo a los obreros: "Propongan sus condiciones aquí al Señor Vilet". Se trataba de un ligero aumento de sueldo y yo le dije al Señor Vilet: "Creo que usted debe acceder a estas moderadas peticiones de los obreros sin regatear", y el Sr. Vilet aceptó las demandas efectivamente sin haber regateado nada.

Todos salimos muy contentos y por la tarde, acompañado de mi esposa, hice una visita a todos los rincones de la fábrica y otro día Leola y yo fuimos a una comida a la casa de la familia Vilet, atendiendo una invitación de ellos. Aquello quedó totalmente en paz obreros y patrones, no volvieron a tener más dificultad durante mi gobierno.

Esta fábrica había sido propiedad del coronel revolucionario don Jerónimo Elizondo, pero antes de que yo llegara al gobierno tuvo Elizondo un gran conflicto con los obreros y el gobierno del general Cárdenas expropió la fábrica habiéndole pagado a su propietario cuatrocientos mil pesos en efectivo, yo no sé si esta fábrica valía más o valía menos.

Cuando el gobierno la expropió, el general Cárdenas dispuso que se formara una cooperativa de los obreros y les entregó la fábrica, poniendo como su director al licenciado González Aparicio, de color comunista.

Después, ya en el gobierno del general Avila Camacho, fue nombrado director de esta fábrica el licenciado Emilio Riva Palacio, que era medio hermano de mi amigo y compañero de lucha política el ya para entonces finado Carlos Riva Palacio, quien fuera gobernador del Estado de México durante el gobierno del general Calles y ministro de Gobernación con Ortiz Rubio. Este Emilio Riva Palacio me conocía muy bien y sabía la estrecha amistad que tuve con su hermano mayor y me fue a ver al Palacio de Gobierno para invitarme a que le hiciera una visita a la fábrica una noche, después que las labores hubieran terminado. Yo acepté y le dije: "He ido a Rusia, que son más comunistas que ustedes, porqué no he de ir a visitarlos". El me dijo: "Te haremos una muy cariñosa recepción". Como le dijera yo que me iba a hacer acompañar de mi esposa a esa visita, él me dijo que nos recibirían los obreros con sus familias. Dos o tres días después de la invitación y previo aviso al director de la fábrica, Riva Palacio, llegamos Leola y yo de noche y, efectivamente, desde la entrada a los terrenos de la fábrica nos recibió la totalidad de los obreros con sus mujeres y sus hijos. Hasta niños pequeños nos recibieron con mucho entusiasmo, alegría y cariño. Después de recibir sus saludos y sus vítores, confeti y flores, entramos a visitar la fábrica, empezando por la gerencia, a cargo de Riva Palacio. En esta oficina, en la pared, lucía una gran imagen de la Virgen de Guadalupe y un gallo de pelea amarrado de la pata del escritorio. Entramos acompañados de los líderes obreros, quienes al entrar a la oficina todos se quitaron el sombrero y les pregunté: "¿Por qué se descubren?, ¿por la presencia del gobernador o por la Virgen de Guadalupe?". "Por las dos cosas", me contestaron ellos. Entonces yo les dije: "Con la Virgen de Guadalupe y con gallo de pelea que demuestra la afición de ustedes, así yo también soy comunista". Ellos se rieron, visitamos toda la fábrica y terminamos bebiéndonos una copa todos y brindando mutuamente, yo a la salud de los trabajadores y ellos a mi salud. Después de esto nos retiramos. Durante mi gobierno nunca hubo el menor conflicto en esta fábrica. Lo mismo sucedió otro día en que mi esposa y yo visitamos, atendiendo una invitación de los obreros, la metalúrgica, que era propiedad entonces de la *American-Smelting*. También estos obreros metalúrgicos tenían un regidor en el ayuntamiento de la capital y con ellos siempre llevé buena amistad y no se presentó ningún conflicto. Durante mi gobierno siempre visité a los ferrocarrileros, que eran mis amigos, desde los superintendentes, conductores, hasta los garroteros, fogoneros, despachadores, paileros, etcétera. Poco tiempo después de haberme hecho cargo del gobierno fui nombrado presidente honorario del casino La Lonja, el más popof y apretado de la República, aunque además de los ricos llamados aristócratas, sus principales miembros, también eran socios, y creo que todavía siguen esa costumbre, algunos miembros de la clase media alta. Fui nombrado presidente honorario de los Clubes de Leones, Rotarios, "sembradores de la amistad" y del casino Español. El casino de La Lonja iba a cumplir 75 años y prepararon un baile para esta celebración al estilo 1910. Los potosinos y las potosinas vistieron sus mejores galas y yo, que asistí con Leola por primera vez y que íbamos como invitados de honor, me presenté vistiendo smoking. La mayoría de los curros potosinos iban de frac. Leola, que junto conmigo había hecho cinco años de vida en las cortes europeas, sobre todo en los reinos de Bélgica y Dinamarca, estaba muy preparada para estos eventos sociales y yo le aconsejé que se pusiera sus mejores alhajas, para cuando saliéramos del gobierno nadie dijera que las habíamos comprado con producto del gobierno del estado. Mi esposa se distinguió por su belleza y sus finas maneras en las cortes europeas y siempre ha sabido vestir muy bien y llevaba un vestido de Christian Dior de París. Leola llamó la atención de potosinos y potosinas y desde entonces las damas de San Luis Potosí la distinguieron mucho, unas por hipocresía, otras sinceramente. El presidente de La Lonja entonces era mi amigo don Edgardo Mead, con quien yo había cultivado estrecha amistad desde muy jóvenes, pues no obstante que él era aristócrata era empedernido jugador de gallos y nuestra amistad se inició en los palenques como hermanos de la pluma.

Un día se presentó conmigo en Palacio un grupo de campesinos y campesinas del cercano pueblo de Mezquitic y me dijeron que venían a quejarse de un grupo de individuos que constantemente asaltaban a sus hijas en las bardas del Saucito, que así se llama el panteón de la ciudad de San Luis Potosí. Que ellos tenían necesidad de trabajar, hombres y mujeres y jóvenes, y por lo tanto tenía necesidad de mandar con las hijas más jovencitas el aguamiel para que las grandes les ayudaran a trabajar y que las chicas conducían en burros a la ciudad de San Luis Potosí para su venta el producto. Ya que me enteré bien de la queja de los campesinos y campesinas de Mezquitic, les dije: "Durante tres días dejen de mandar a las chicas con el aguamiel; no raspen los magueyes esos tres días para que no pierdan su producto, pero pasando los tres días mándenlas con sus burros y su aguamiel a ver qué pasa". Mientras, personalmente me dediqué a investigar quiénes podían ser los bribones que tan crudamente atropellaban a esas pobres muchachitas y ya que tuvimos una pista los mandé vigilar y fueron identificados como los que asaltaban a las muchachas en El Saucito. Antes del tercer día mandé decir a los padres de las muchachas que las mandaran con sus burros y su aguamiel, calculando que llegaran a las bardas del Saucito a las seis de la tarde y me contestaron que las mandarían y previamente mandé emboscar dentro del panteón al coronel Jesús Gómez Vizcarra (extinto general) acompañado del capitán Ojeda (Mano Prieta), del capitán Petriz Toledo, de Fidel Garza y del capitán Manuel Gómez, que era un medio hermano menor del extinto general Arnulfo R. Gómez, que también era mi ayudante y muy soldado. Les ordené que estuvieran pendientes cuando las muchachas llegaran y que no hicieran nada hasta no ver que los pillos se les echaran encima a las muchachas, y así sucedió. Las muchachas venían arreando sus burritos pegadas a la barda y los pillos estaban escondidos en un chaparral. Al llegar las muchachas cerca de donde estaban los pillos, éstos se les echaron encima, pero con toda rapidez mis ayudantes salieron del panteón, los rodearon y agarraron a todos, que eran siete. Mandé que a distancia estuviera viendo lo que iba a suceder un agente del ministerio público y que les tomara declaración allí mismo, en el terreno de los hechos y ya que se declararon culpables y el cabecilla se jactó que había violado a seis muchachas y el ministerio público les hizo firmar su declaración, el coronel Vizcarra y mis ayudantes les pegaron un tiro en la cabeza a cada uno y otro en el pecho y allí quedaron tirados. Ese mismo día mandé llamar a mi domicilio, la quinta Tamuín, a Vicente Villasana, gerente, director y propietario del periódico *El Heraldo*, al Güero Zúñiga, que era corresponsal de no recuerdo bien si del *Universal* o *Excélsior*, pero era el "capitán" de todos los reporteros de la prensa de México en San Luis Potosí, llamé también a todas las Cámaras de Comercio, la grande y la chica, a los comerciantes en pequeño, a los líderes de los mercados, a los líderes de las fábricas, a los líderes ferrocarrileros, a

los directivos de los clubes sociales, al reverendo canónigo don Ricardo Anaya, al reverendo canónigo don Pedro Moctezuma, al padre Arreola, que era el vicario del Santuario de Guadalupe, a los veteranos de la Revolución, a la Asociación de Charros, a los directores de los bancos y, en fin, a todos aquellos que en San Luis Potosí llamaban las fuerzas vivas y también al rector de la Universidad, doctor Juan H. Sánchez, al director del Hospital Civil, doctor Ignacio Morones Prieto, y al presidente del Pentatlón Universitario. Hice que estuvieran presentes las muchachas que iban a ser asaltadas. Me dirigí a todos contándoles exactamente todo lo que aquí estoy relatando y sólo les agregué que los granujas habían sido muertos por órdenes mías y que yo me hacía responsable de estos hechos y luego les fui preguntando a los que formaban aquella numerosa reunión: "¿Tienen ustedes hijas?", y todos los casados me fueron contestando: "Sí", y yo les volví a preguntar: "¿Y que pedirían para una cuadrilla de bribones que les asaltaran a sus hijas y las violaran?", y todos fueron contestando: "Pediríamos pena de muerte". "Pues me doy por enterado y por satisfecho de que aprueban ustedes mi actitud, ya tomo nota para el día que desgraciadamente a alguno de ustedes les violaran una hija les pasará a los delincuentes lo mismo que les ha pasado a estos granujas".

El periódico, al otro día, a ocho columnas relató los hechos con toda veracidad y comentaba que la pena había sido muy severa, pero justificada. No recibí ninguna crítica de nadie por este acto que nunca oculté y que toda la ciudad de San Luis Potosí conoció. A los únicos que por discreción no les pregunté si tenían hijas fue a los canónigos y a los curas, pero ellos me siguieron brindando su amistad y su apoyo.

Los vecinos del barrio llamado del Montesillo, uno de los barrios más pobres de San Luis, me pidieron que les construyera una escuela en su barriada y la construí el primer año de mi gobierno. Cuando la fui a inaugurar, les dije: "Ahora voy a construir un paso a desnivel bajo las vías del ferrocarril". Este barrio, para comunicarse con la ciudad, tenía la gente que pasar sobre dieciséis vías de ferrocarril y desembocaba esta comunicación con la ciudad en el lado norte de la Alameda, y la barriada de la plaza de toros también estaba expuesta a los mismos riesgos que corrían los vecinos de Montesillo, pues para comunicarse con el lado sur de la Alameda, tenían los vecinos que pasar por sobre dieciséis vías de ferrocarril. Desde que yo era muy joven me di cuenta de cuántos mutilados había en esos barrios sin contar los muertos que había habido por los accidentes que causaban los trenes del ferrocarril a esta pobre gente, que diariamente tenía que ir a la ciudad para proveerse de sus necesidades. Cuando inauguré la escuela del Saucito, les dije a los vecinos: "Voy a hacer un subterráneo para que ni ustedes ni los de la barriada de la plaza de toros ni sus familias estén expuestos diariamente a la muerte o a la mutilación. Yo no me explico —seguí diciéndoles— cómo ningún gobernador se ocupaba de este problema

tan grave, pero yo voy a hacer este túnel a como dé lugar". Le hablé a Manuel Chavero, superintendente de la División de San Luis y le dije la promesa que se había hecho a los vecinos de los barrios. "Ayúdame como los hombres —le dije—, el estado pondrá algo, pero los ferrocarriles son los directamente responsables de esta gran irregularidad y tú habrás visto que esos barrios están llenos de mutilados". Chavero me brindó su apoyo incondicional y en menos de un año habíamos inaugurado ese túnel, y desde entonces acá, se han salvado muchas vidas y muchos seres de la muerte y la mutilación. Que estas vidas salvadas sirvan de contrapeso a las muertes de bandidos, asesinos y forajidos que mi gobierno tuvo que eliminar durante mi mandato. Un gobernante, si se precia de serlo, debe cuidar la vida, la tranquilidad y la seguridad de sus gobernados de ambas maneras, previniendo las desgracias a la gente honrada y castigando severamente a los malvados. Hay quien afirma que el castigo severo no inhibe el crimen pero en San Luis vimos que sí, hasta se acaba.

El primer gobernador sexenal

Hace muchos años que existen en San Luis Potosí muchos colegios particulares católicos, pero los principales son el de Maristas, para jóvenes, y el de El Sagrado Corazón, para señoritas. Un día, llegó a San Luis Potosí el subdirector de Bienes Nacionales, que equivalía en categoría a lo que ahora es subsecretario del Patrimonio Nacional. Este señor era de Cerritos, San Luis Potosí, y hermano de un amigo mío y adicto compañero en la política, que se llamaba el doctor Pedro Martínez Noriega, pero al subdirector de Bienes Nacionales, Martínez Noriega, yo no lo conocía. Se presentó en Palacio a saludarme y ofrecerme sus respetos y a decirme que andaba de vacaciones en San Luis Potosí. Yo lo recibí cordialmente y le di las gracias por su atención al irme a saludar. Otro día, por la mañana se presentó en mi domicilio, que se llamaba la quinta Tamuín, un numeroso grupo de monjas encabezadas por una dama muy alta y de voz hombruna y me dijo que ella era la directora del colegio para señoritas llamado El Sagrado Corazón, y que las demás monjas que la acompañaban eran el cuerpo docente de profesoras del colegio. "Venimos, señor gobernador —dijeron—, a poner en conocimiento de usted que el señor Martínez Noriega, subdirector de Bienes Nacionales nos ha puesto de plazo hasta mañana por la mañana para que le entreguemos diez mil pesos, de lo contrario nos cerrará el colegio porque dice que estamos violando la Constitución". Ya que las escuché y que les dije que se enjugaran el llanto, pues estaban llorando, que el asunto lo íbamos a arreglar de buena manera. "No tenemos los diez mil pesos, señor gobernador, si no, se los daríamos a este señor". "No tengan cuidado", les repetí, y llamé a Leola, la presenté con las monjas y le dije: "Hazme favor de prestarme diez mil pesos". Mi esposa fue a la recámara y me trajo diez billetes de mil pesos. Yo le dije a la madre superiora, que así le llamaban las monjas a su directora: "Tenga estos diez mil pesos; va usted a llamar por teléfono al señor Martínez Noriega, que esté en el colegio a las diez de la mañana en punto a recoger el dinero, pero me van ustedes a permitir que yo introduzca dos hombres al colegio aunque yo sé que su reglamento lo prohíbe, pero de la conducta de estos dos señores yo respondo y además los necesito de testigos; ¿tienen ustedes algún salón donde mis hombres se puedan ocultar detrás

de las cortinas?" "Sí —me dijo la directora—, y como es por nuestro bien, no tenemos inconveniente en que entren al colegio estos dos señores". "Esto que mi esposa y yo estamos haciendo por ustedes —les dije— considérenlo como secreto de confesión". Hizo la madre superiora la señal de la cruz y dijo: "Por Dios le juramos que guardaremos el secreto". Llamé al coronel Vizcarra y al capitán Mano Prieta y les dije: "Mañana desde las nueve de la mañana van ustedes a ponerse a las órdenes de la directora del colegio de El Sagrado Corazón; como las monjas los van a pasar a ustedes, se van a ocultar detrás de unas cortinas o donde ustedes lo crean conveniente, hasta que llegue un señor al colegio, que será a las diez de la mañana. No intervengan ustedes en nada absolutamente hasta que este señor llegue y la monja le entregue diez billetes de mil pesos, entonces se le echan encima, lo agarran y le quitan el dinero y me lo traen preso aquí a la quinta Tamuín". Todo salió como lo había planeado; la madre superiora habló por teléfono con Martínez Noriega al hotel donde estaba alojado. "Lo llamo para arreglar el asunto", le dijo, y Martínez Noriega fue puntual a la cita de las diez de la mañana, conforme se lo había pedido la monja. Entró, saludó a la madre superiora y le dijo: "Vamos a alguna pieza y que nadie se dé cuenta, ¿tiene el dinero?", le preguntó. "Sí, señor, lo tengo". La astuta madre lo pasó a un salón, que según me contaron después Vizcarra y Mano Prieta tenía muy poca luz y había grandes cortinajes. Cuando estuvieron la monja y Martínez Noriega a unos cuantos pasos de donde estaban apostados mis ayudantes, sacó el dinero de su bolso y se lo entregó a Martínez Noriega. En ese instante saltaron Vizcarra y Mano Prieta y lo sacaron del colegio ante la expectación de todas las profesoras y centenares de alumnas. Como yo quería un poco de escándalo en este asunto, porque por razones obvias me convenía, llegaron a la quinta Tamuín mis enviados conduciendo a Martínez Noriega. Ya todos en mi despacho de la quinta, después de haber recibido los billetes que me entregó Vizcarra, le dije a Martínez Noriega: "Cabrón, hijo de la chingada, si tiene usted tantas ganas de robar, váyase al Cantil de la Mona (barrancas y acantilados en la carretera nacional entre Jacala, Hidalgo, y Tamazunchale, San Luis Potosí) a asaltar turistas gringos, que será menos deshonroso para usted, que venir a atracar monjas amparando su latrocinio en la Constitución de la República". Martínez Noriega, más amarillo que un limón, me empezó a hacer señas con la mano y yo le pregunté: "¿Qué chingados me quiere decir con esos 'violines' que me está usted pintando?". El me dijo con voz temblorosa: "Soy masón del grado treinta y dos y creo que usted ha de ser hermano". "Qué hermano ni qué la chingada —le contesté—, yo no soy ni nunca he sido masón y, aunque lo fuera, yo no protegería a ningún bandido como usted, pues entiendo que la masonería, aunque está muy desacreditada, tiene ciertos principios". Luego les ordené a Vizcarra y a Mano Prieta: "Llévense a este

cabrón y me lo embarcan en el primer tren, sea de carga, sea mixto o de pasajeros que pase rumbo al norte o para el sur y mientras yo sea gobernador del estado —le dije al subdirector de Bienes Nacionales— no se me vuelva a parar en el estado, porque esta vez lo destierro y la próxima vez lo entierro". No tardaron mucho tiempo en regresar Vizcarra y el capitán Ojeda a darme cuenta de que habían embarcado a Martínez Noriega para el sur, en un tren de carga, y ese mismo día por la tarde recibí un telegrama de los masones de Querétaro, protestando por el "atropello" que había cometido yo en la persona de un alto maestro de la masonería. No les contesté el telegrama porque el telégrafo no acepta mentadas de madre y nadie volvió a hablar de este asunto, pero en la ciudad de San Luis Potosí la noticia se regó como pólvora y, desde ese día, nunca dejaron las monjas de El Sagrado Corazón, encabezadas por su superiora, de visitarnos una vez por semana a Leola y a mí y llevarnos tamales, "gaznates" y otras confituras que, por cierto, nunca después he probado tan buenas y cuando teníamos algún personaje de visita, bastaba un telefonazo de Leola para que las madres personalmente nos trajeran toda clase de finas gollerías. Recuerdo que a la madre gigantona las otras monjas le llamaban madre Panchita y Leola le puso Pancho y Medio por la voz hombruna y su gigantesca estatura.

Yo pude haber mandado a la cárcel a Martínez Noriega, pero no lo hice por dos razones: porque su hermano, el ya extinto doctor Pedro Martínez Noriega, me fue fiel en la borrascosa política de San Luis Potosí cuando yo era líder de esa Cámara y él era diputado por Cerritos. El diputado Martínez Noriega fue uno de los catorce diputados que, de un total de quince, desaforamos al gobernador Rafael Nieto. Y la otra razón, por mi estrecha y casi fraternal amistad con el ministro de Hacienda, licenciado Eduardo Suárez (nunca le conté el incidente), amistad que nunca hemos dejado de cultivar a pesar de la ausencia, pues siendo él ya muchos años después embajador de México en Londres, con alguna frecuencia lo iba a visitar.

Llegó el mes de noviembre y el capitán Godínez, de la banda en reorganización, se me presentó a rendirme parte de novedades. Me dijo: "Ciudadano gobernador, con muchos trabajos, afanes y esfuerzos hemos logrado reunir cincuenta elementos para nuestra banda; unos los hemos sacado de la banda de Pachuca, otros de la de Morelia, otros de la compañía de chicles *Canel's* de Salamanca. Para este caso, no hemos podido traer elementos de México, no quieren venir a provincia, aunque se les aumente el sueldo". "Bueno —le dije al capitán Godínez—, te faltan veinticinco músicos, adquirirlos es poca dificultad para un hombre de carácter, ¿cuántos días antes del 20 de noviembre necesitas estos elementos para que coordinen bajo tu batuta?" El me contestó: "Si son muy experimentados, en ocho días". Le dije: "Los tendrás cuando menos 20 días antes". Invité a las festividades del 20 de noviembre

para celebrar la gran fecha de nuestra Revolución Mexicana a todo lo más granado que quedaba de los viejos auténticos revolucionarios. Invité a los generales Emilio y Raúl Madero, Ramón F. Iturbe, quien varias veces fue gobernador de Sinaloa y desde 1910, cuando tenía sólo 22 años, fue jefe de la Revolución en ese estado con el grado de general; al teniente coronel Macario Balderas, precursor de la Revolución, viejo compañero de luchas revolucionarias de mis hermanos y mío; al general Alfredo Breceda, al general Raúl Gárate, que era gobernador del estado de Tamaulipas, al general Marciano González, al general Pánfilo Natera, gobernador del estado de Zacatecas y viejo caudillo del movimiento revolucionario en ese estado, al general Samuel M. Santos (mi hermano), al general José E. Santos, exgobernador de Nuevo León (alias el Cabezón), al general Alberto Fuentes D., exgobernador maderista de Aguascalientes, al general Tiburcio Garza Zamora, al general Jacinto B. Treviño, al coronel y veterano Eugenio Quintero, al general Matías Ramos Santos, al general y senador Domingo Arrieta, caudillo de la Revolución de Durango, al ameritado general coahuilense Jesús Sánchez Dávila, viejo precursor de la Revolución, al licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, a Lauro G. Caloca, a la heroína Carmen Serdán, hermana de Aquiles y compañera de combate en el 18 de noviembre de 1910 en su casa de las calles de Santa Clara, Puebla, a la señorita Sarita Serdán, hija póstuma del protomártir Aquiles Serdán, al general Juan Barragán, paisano mío; al general José Alvarez, que había sido diputado constituyente, a Secundino Reyes, asistente del presidente don Venustiano Carranza desde que éste era gobernador de Coahuila hasta que murió asesinado en Tlaxcalaltongo por el traidor Rodolfo Herrero; y al general Fernando Vázquez, subjefe de la artillería de los combates de Ebano y de hecho el jefe. De San Luis Potosí fueron invitados viejos revolucionarios: el general Bartolo Díaz, el coronel Gómez Pedraza, el coronel Braulio M. Romero, viejo compañero de luchas revolucionarias de mis hermanos y mío, al teniente coronel de la milicia del estado, Luciano Eraña, doña Elena Cedillo, auténtica veterana, hermana del extinto general Saturnino Cedillo y oficiales veteranos de diferentes estados y sobre todo a los potosinos que concentré, no acarreados, cinco mil campesinos de caballería y se organizaron debidamente los desfiles de las escuelas superiores; de las escuelas del estado, entre los que figuraron el Pentatlón Universitario, que yo había organizado militarmente con el apoyo del doctor Ignacio Morones Prieto y a quienes había hecho entrega de armas auténticas, máuseres de siete milímetros, con su respectiva dotación.

Traje un indio de Tamazunchale que era sabio en juegos pirotécnicos y varios danzantes de la Huasteca y un grupo de "chicaches" auténticas y con sus atuendos, venidas de la Huasteca. Trajeron los de esa tribu a la ciudad de San Luis Potosí unas 25 chirimías y el auténtico tepo-

naxtle precortesiano, o sea, el tambor de guerra de los huastecos, con todos esos preparativos. Acompañado del capitán Ramón Hernández Godínez, de la Banda de San Luis, me trasladé a la ciudad de Aguascalientes y al terminar una serenata el día 11 de noviembre por la noche y acompañado de mi escolta de ayudantes, le ordené al coronel Jesús Gómez Vizcarra (muerto general) que capturara a 25 elementos de esa banda de música que previamente le iba a señalar el capitán Hernández Godínez y en dos camionetas que llevábamos al efecto subieran a los músicos, con orden mía de que en el quiosco dejaran previamente sus instrumentos todos. Estos pertenecían al estado de Aguascalientes y yo estaba dispuesto a contestar cualquier acusación que no fuera por robo de instrumentos de música de otro estado. Mi agente estaba muy entrenada y antes de una hora vinieron el coronel Vizcarra y el capitán Hernández Godínez a darme parte al automóvil en que estaba yo oculto en una callejuela sombría: "Están cumplidas sus respetables órdenes", me dijo. Entonces yo le dije a Vizcarra: "Trote y galope a San Luis Potosí". Yo no me había visto con nadie en Aguascalientes, esa misma noche fueron alojados los músicos hidrocálidos con el núcleo de la banda que tenía formada el capitán Hernández Godínez y alojada muy decorosamente en el edificio que en otro tiempo había sido la Escuela Industrial Militar. Al día siguiente, el capitán Hernández Godínez les explicaba, cuando todos estaban disfrutando de una suculenta barbacoa, que se les daría un sueldo doble del que recibían en Aguascalientes, que sus familias no sufrirían lo más mínimo pues de Aguascalientes a San Luis Potosí sólo se hacía una hora en automóvil, que podrían dejar sus domicilios intactos, que tendrían promesa de visitar una vez por semana a sus familias a Aguascalientes, tendrían promesa de hablarles por teléfono una vez por semana gratuitamente y que cuando cada miembro de la familia del músico quisiera venir a visitarlos, tendrían el pasaje gratuito de ida y vuelta. A la barbacoa le revolvieron pulque del bueno de Mezquitic y hubo muchos abrazos entre los músicos que ya estaban y los recién incorporados.

Les dio Ramón Hernádez Godínez tres uniformes flamantes de músico a los de Aguascalientes como ya los tenían los demás. Como no se trataba de uniformes de "sardo" sino de uniformes hechos por el proveedor militar de México Julio Ramírez, propietario del negocio, y ya estaba ahí un comisionado de la sastrería para ajustarles los nuevos uniformes a los músicos incorporados. En 48 horas quedaron todos los uniformes confeccionados a la talla de cada filarmónico, un uniforme de campaña, otro de guarnición y otro de gala. El capitán Ramón Hernández Godínez, a nombre del gobierno del estado, había invitado a celebrar un concurso de bandas en la ciudad de San Luis Potosí el día 20 de noviembre en que el gobierno del estado había mandado hacer un nuevo quiosco de

cantera, después de haber mandado desarmar el viejo quiosco belga que se inauguró en las fiestas del Centenario de 1910, bajo el gobierno porfiriano presidido en San Luis Potosí por el gobernador José María Espinosa y Cuevas. Este quiosco, ya desarmado, lo mandé almacenar y después diré el uso que de él hice. La plaza Hidalgo de San Luis Potosí, llamada de Armas, había quedado transformada; en lugar de las desvencijadas bancas de reja de palo que había, se colocaron firmes y artísticas bancas de fierro colado hechas en Parral, Chihuahua; el piso de la plaza de vulgar mosaico se había mandado cambiar por la piedra llamada cantera de sangre de pichón, de Tierra Nueva, y en los lados del quiosco de la parte superior se habían puesto los nombres en bronce de los maestros más eminentes de la música mexicana: Manuel M. Ponce, Godínez, autor de la *Marcha Zacatecas* y tío del director de mi banda, Miguel Lerdo de Tejada, Ignacio Fernández Esperón (Tata Nacho), José Esparza Oteo y Mario Talavera. El día 15 de noviembre le hablé por teléfono al Chapo Rodríguez, ingeniero Jesús Rodríguez, gobernador del estado de Aguascalientes y le dije: "Oye, Chapo, ya está listo aquí tu alojamiento; tu banda, sería conveniente que viniera desde el 19 para que tomen su sitio en el concurso". El me contestó: "Eres un gran cabrón, ¿cómo quieres que vaya una banda desvencijada a competir con esa banda que has reclutado por toda la República Mexicana y que, por último, te llevaste a huevo a los mejores músicos de Aguascalientes?" Yo le contesté: "Se trata de celebrar en grande la fecha de nuestra Revolución, no te pongas melindroso y tú serás mi huésped de honor". El soltó una carcajada y me repitió: "Eres un grandísimo cabrón, lo único que siento es que no te hayas llevado a todos estos pinches changos, pues le cuestan mucho dinero al estado y no sirven para nada, siempre andan pidiendo aumento y sólo están contentos cuando hay feria, en que los de la 'partida' (la banca) del juego les dan gratificaciones, pero yo no puedo ir, pues no me conviene. A los de Aguascalientes no les va a gustar esto, y esto que te estoy diciendo de que siento que no te los hayas llevado a todos, resérvatelo, pues si lo supieran los hidrocálidos me harían picadillo". "Bueno, Chapo —le dije—, no te enojes, pronto nos veremos en México, en el bloque, para tratar asuntos más importantes". Me refería al bloque futurista de gobernadores, que empezaba bajo mi presidencia la campaña política en favor de Alemán y el Chapo Rodríguez era uno de los más entusiastas de mis seguidores.

Ya con los 25 elementos de la banda de música de Aguascalientes, incorporados a los 50 que el capitán Hernández Godínez tenía perfectamente organizados y uniformados, quedó formada la Banda de Música del estado de San Luis Potosí en alta fuerza y le ordené al coronel Jesús Vizcarra (muerto general) que la banda entrara a la plaza de armas con su comandante Hernández Godínez al frente, todos uniformados de ga-

la marcando el paso alemán y el coronel Vizcarra fue en la noche a la quinta Tamuín muy preocupado a rendirme parte de que la banda no podía entrar marchando a paso de "ganso" porque los de las tamboras, los de los timbales y los de los tololoches no podían llevar ese ritmo con instrumentos tan pesados y estorbosos. "Bueno —le dije al coronel Vizcarra—, que marchen lo más marcialmente posible". Así lo hicieron, entrando hasta el quiosco de la plaza en medio de atronadores aplausos del pueblo.

Una vez instalados los de la banda potosina, teniendo a su alrededor debajo del quiosco las demás bandas de música que fueron a competir de diferentes partes de la República, llamé a don Artemio de Valle Arizpe a mi lado y le dije: "Don Artemio, va a empezar el concurso y usted va a presidir el jurado". "No, don Gonzalo —me dijo don Artemio—, está aquí presente el mundialmente famoso director de música don Julián Carrillo, que además es potosino y a él es a quien le corresponde este alto cometido". "Bueno, don Artemio —le dije—, usted la hace algo así como de segundo", a lo que don Artemio asintió.

Le hablé al profesor don Julián Carrillo, le expliqué el asunto y me dijo: "De mil amores, señor gobernador, acepto esta honrosa encomienda y aunque voy a ser imparcial en mi juicio, deseo que gane la banda potosina, lo que será una honra para nuestro estado".

La primera pieza con la que se inició el concurso la ejecutó la flamante banda potosina y, según me acaba de recordar mi hijo Gastón ahora que estoy escribiendo estos apuntes, fue *La Macarena* y la tocaron tan bien que arrancó el delirio de las multitudes que se apiñaban en la plaza. Luego siguieron tocando todas las bandas y para la una o dos de la mañana había terminado el concurso, con el triunfo completo de nuestra banda, hecho que reconocieron todos los directores de las otras bandas que concursaron y felicitaron efusivamente al capitán Hernández Godínez y a los músicos "potosinos". Allí mismo, después del concurso, ascendí a comandante al capitán Godínez. El presidente municipal de Tampico, que lo era entonces por primera vez, el señor Fernando San Pedro, alias el Pich, vino muy compungido a felicitarme, pues me dijo que esta banda se las había yo jugado de tapado, cosa que era cierta, pues yo no había alardeado ni pública ni privadamente los progresos de nuestra banda. Durante varios días me dediqué, acompañado por las autoridades del estado y del municipio, de gobernadores de los estados y de viejos y ameritados revolucionarios que ya he mencionado, a inaugurar las obras que se habían hecho y a presidir el desfile cívico militar en el que desfilaron todos los sindicatos con sus estandartes rojinegros, pero con una gran bandera mexicana cada agrupación, cosa que hacía mucho tiempo estaba desterrada en los desfiles pues nuestra bandera brillaba por su ausencia y sólo ondeaban los estandartes rojinegros desde el gobierno del general Lázaro Cárdenas (sin duda yo diría

que por influencia del general Francisco Mújica). Desfilaron también cinco mil hombres de caballería, no todos agraristas, pues desfilaron numerosos rancheros de todo el estado, especialmente ganaderos.

Se celebró un gran baile popular en la plaza de armas donde nos revolvimos autoridades y pueblo acompañados de nuestras respectivas esposas, los que las teníamos, y con quien la suerte les deparó a los que iban solos.

Al día siguiente, 21 de noviembre, acompañado de todos los generales y demás veteranos de la Revolución y autoridades del estado y municipales, así como invitados, fuimos a develar la estatua del presidente mártir don Francisco I. Madero, a inaugurar el parque Niños Héroes en la calzada de Guadalupe y a visitar en la penitenciaría del estado la celda donde estuvo preso don Francisco I. Madero, en donde develamos la placa. Ahí en la penitenciaría puse "presos" simbólicamente por diez minutos al general Samuel M. Santos, al coronel Braulio M. Romero, al teniente coronel Macario Balderas y después invité a que fueran pasando a "prisión" dentro de la celda a los generales Emilio y Raúl Madero, al general Alberto Fuentes D., al general Juan Barragán y a todos los demás generales y veteranos de la Revolución que nos habían honrado con su presencia en estas celebraciones.

Estas prisiones simbólicas las dicté yo como homenaje al presidente Madero y a la Revolución y entre los que invité a pasar diez minutos presos en esa celda estaba nada menos que el licenciado Roque Estrada, compañero del señor Madero en su peregrinación de la campaña antirreeleccionista contra el general Porfirio Díaz y también compañero de prisión del señor Madero en esa misma penitenciaría. Como ya lo ha dicho la historia, los señores Madero y Roque Estrada fueron defendidos por el entonces pasante de derecho y después licenciado, diputado y general Pedro Antonio Santos y al último de esta ceremonia, los generales presentes me "decretaron prisión" a mí en la misma celda y guardé los diez minutos de reclusión, que tomé como un gran honor para mí. Debo decir que estos diez minutos de prisión simbólica han sido los únicos en mi vida que he estado en una cárcel, pues los arrestos militares durante la Revolución nunca fueron en un penal.

Después que pasaron las fiestas de la Revolución en la ciudad de San Luis Potosí, llamé un día al tesorero Ismael Salas, a quien le dije: "¿Dónde está el quiosco que desarmamos en la plaza?" "Aquí en las bodegas de Palacio —me contestó—, bien empacado pieza por pieza y listo para lo que tú ordenes". "Bueno —le dije—, con tiempo manda preparar las bases para colocar este quiosco en la plaza de Tampamolón Corona, mi pueblo natal, y enfrente precisamente de la casa donde yo nací (que ahora es la Escuela Primaria General Pedro Antonio Santos), Allí en esa casa ahora convertida en escuela y adaptada —seguí diciendo a Salas— se inició la Revolución en el estado de San Luis Potosí el 18 de

noviembre de 1910, todos a las órdenes de mi hermano Pedro Antonio Santos, en ese entonces pasante de derecho. En ese quiosco presidían la serenata el 16 de septiembre los gobernadores porfiristas y yo lo mando arrancar de esta ciudad de San Luis Potosí y lo voy a colocar en la plaza de Tampamolón como homenaje a la Revolución Mexicana".

El tesorero Ismael Salas cumplió mis órdenes al pie de la letra, mandó colocar el quiosco, que ya he dicho antes que había sido fabricado en Bélgica para las celebraciones porfiristas del Centenario de nuestra independencia en septiembre de 1910. Este pescozón que le di a la más ultramontana reacción de la ciudad de San Luis Potosí es una de las "cuentas de mi rosario" revolucionario que nunca me perdonará, ni perdón les pido a los curros reaccionarios de la capital tunera, son gajes del oficio y declaro ante la historia ser responsable de esta represión ideológica contra los oscurantistas de la ciudad de San Luis Potosí.

Cuando llegó el 31 de julio, fecha en que fue sacrificado mi hermano el general Pedro Antonio Santos, jefe de la Revolución Constitucionalista en el estado de San Luis Potosí y las Huastecas, me trasladé al ya mencionado pueblo de Tampamolón Corona habiéndome hecho acompañar por la legislatura en pleno y distinguidos precursores veteranos de la Revolución, de líderes obreros y campesinos, de militares de alta graduación y de todos los presidentes municipales del estado, sin excepción de uno solo, y naturalmente de la Banda del Estado, jefaturada y dirigida por el comandante Hernández Godínez, quien empezó sus ejecuciones como ya se había hecho costumbre con *La Macarena* y continuó ejecutando música revolucionaria.

Ahí en la Escuela Pedro Antonio Santos, que había sido nuestra casa, la legislatura del estado se instaló en sesión solemne y decretó que ese día, 31 de julio, y por sólo ese día se declaraba a la Villa de Tampamolón Corona, capital del estado libre y soberano de San Luis Potosí. A mí se me ha llamado cacique, porque el estado de San Luis Potosí cuando yo lo goberné fue libre y soberano en el más absoluto sentido de la palabra. En este viaje a Tampamolón Corona también me acompañó mi gran amigo don Artemio de Valle Arizpe, con quien además de la personal y estrecha amistad que con él me ligó durante toda su vida, lo invitaba yo siempre a estas ceremonias en honor de haber sido compañero de estudios de mis hermanos Samuel (Samuel era el mayor) y Pedro Antonio, y del gran valer y gran condición de mexicano del licenciado don Artemio de Valle Arizpe, verdadero intelectual no licenciado en economía, como ahora abundan. Además de todos estos valores revolucionarios, políticos y militares fueron mis invitados los hombres más distinguidos del estado y otras valiosas personalidades de diferentes partes del país y un núcleo bastante considerable de los más representativos de los "curros" reaccionarios de la ciudad de San Luis Potosí. ¿Sutil venganza?, yo diría que fueron resabios revolucionarios.

Desde que los españoles conquistaron la Huasteca al mando directo de Hernán Cortés y de Gonzalo de Sandoval, impusieron santos patronos y vírgenes y santas patronas a todos los pueblos y a Tampamolón le tocó por patrón o caudillo a Santo Santiago Matamoros, quien según narran las escrituras cristianas siempre se destacó como un gran combatiente. Los indios de Tampamolón reconocieron incondicionalmente después de la batalla del Arroyo de los Carrizos, municipio de Coaxcatlán, en que Cortés quedó vencedor de los huastecos, la tribu de Tampamolón, que era la más fuerte y numerosa, acató como patrón al referido Santo Santiago y desde aquella época los españoles entregaron a los indios un Santo Santiago de bulto, montado en un caballo blanco, espada en mano, acometiendo a un moro.

Durante la Revolución Constitucionalista el santo se quemó y cuando yo llegué al gobierno del Estado los indios huastecos de Tampamolón, encabezados por su gobernador, en mi primera visita que hice al pueblo, me pidieron que les repusiera el santo.

Una vez en la ciudad de San Luis Potosí, platicando con mi dilecto amigo, el canónigo señor Ricardo Anaya, le platiqué la tradición de mi pueblo y como yo sabía que iba a hacer un viaje a Europa, le supliqué que pasara a la ciudad de Barcelona, España, en donde según la tradición habían fabricado el santo original y le pedí que sin reparar en gastos me hiciera favor de traerme uno. A su regreso, el canónigo Anaya me visitó en la quinta Tamuín y me dijo que traía el Santiago Apóstol que compró, cumpliendo con mi encargo, en la ciudad de Barcelona.

Le rogué al padre Anaya, que en mi carro se trasladara a su domicilio para que me trajera lo antes posible el Santiago, pues yo sabía el alto significado político que para mí tenía llevarles otra vez a su patrono a los indios y explicarles que aunque ellos lo vieron arder no se había quemado, pues era santo, y las cenizas volaron y cayeron al otro lado del mar, donde estaba ya otra vez montado en su caballo muy disgustado con los huertistas y que venía a ponerse al frente de la tribu para darle todo el apoyo a Gonzalo, es decir, a mí. Regresó el canónigo doctor Anaya y traía con él un santo en miniatura, una pincherada de santo y yo iba a quedar en ridículo con los indios si les entregaba ese minisanto, en lugar del grande que ellos desde que nacieron conocían. Le di las gracias al padre Anaya, que por cierto no me cobró ni un centavo por esta molestia que le inferí y mandé llamar a un gran artista de la ebanistería que se llama (pues todavía vive) Francisco Hidalgo, alias el Llorón. Mandé traer al artista a quinta Tamuín y le entregué el pequeño santo catalán y le dije: "Maistro, aquí le entrego este santito que le va servir a usted de modelo para hacerme uno grande, muy grande, en escultura, de una madera que yo le entregaré". Había en la estancia de Ganal perteneciente al rancho Gargaleote, que era de mi propiedad y que ahora es de mi hijo Gastón, un gigantesco árbol de los que

llaman orejón que tenía dos enormes y gruesas ramas. Ordené que cortaran el brazo izquierdo principal del árbol y que me lo mandaran a la ciudad de San Luis Potosí.

El administrador de Gargaleote, Cipriano Martínez, cumplió mis órdenes. Me mando el trozo de árbol de la quinta Tamuín a la ciudad de San Luis Potosí. Una vez en mi poder aquel madero, volví a llamar al maistro Hidalgo, quien además era como ya dije un gran artista especializado en la talla de maderas preciosas. Le entregué el "trozo" de madera y le entregué el santito catalán que me había traído el padre Anaya. Le dije: "Maistro, en esta casa cabe un regimiento con toda su caballada de modo que será muy grato para mí tenerlo como huésped de esta quinta mientras usted hace su trabajo y me elabora el santo, pero quiero un Santiago con cara de maldito, un Santiago chingón". Al maistro Hidalgo le llamábamos el Llorón, porque para cada trabajo que yo le mandaba hacer primero ponía muchas dificultades para llevarlo a cabo y, al final de cuentas, apremiado por mí enérgicamente siempre terminaba por decir: "Pues lo haré. . . como usted manda, don Gonzalo", y se ponía a llorar. Entonces mandaba yo traer una botella de mezcal de San Luis, que era su néctar favorito y se lo iba yo sirviendo poco a poco en un vaso y, ya una vez "pando", el maistro Hidalgo me decía: "Cuente conmigo, señor gobernador, nomás no me carrereé mucho". En esta ocasión le dije: "Maistro, tome usted el tiempo que necesite para hacer el santo, pero usted va a vivir conmigo y de aquí no sale hasta que salgamos juntos los tres, el santo, usted y yo, y ahi tiene el segundo patio de la quinta donde están los garages, los perros, los caballos y muchos cuartos bien amueblados a su disposición y otros para que ponga su taller". Me rogaba el maistro Hidalgo hacer el santo en su casa, pero yo le exigí que lo hiciera en mi domicilio y le dije que su familia podía venirlo a ver cuantas veces él quisiera, pero que él no saldría de la quinta, donde él tendría todo lo que pudiera necesitar sin ningún límite. Los indios me estaban apremiando mucho con su santo patrón y yo les decía que, como estaba al otro lado del mar, tenía que venir nadando por el agua y esto llevaba mucho tiempo, que para el otro mes de julio, el día 24 víspera del día de Santiago, que ellos celebraban, yo les tendría a Santo Santiago patrón en la Plaza de Tampamolón. Volvió a llorar el maistro Hidalgo, como era su costumbre, pero al fin se conformó pues allí no había más que los "huevos o te capo". Abreviaré lo posible esta relación para no hacerla tan larga; en el árbol a que me estoy refiriendo colgué en 1913, precisamente desde la rama principal del que ahora iba a servir para hacer el santo, en plena Revolución, al bandido Julián Arteaga, revolucionario que se nos había desertado y se había convertido en bandido crudo. Entre sus tropelías se dedicaba muy principalmente a violar niñas menores. Bueno, pensé yo, este orejón ha dado muy buenos servicios a la Revolución y a la humanidad y

justo es que lo consagremos santo, aunque sea en parte. Encerrado el maistro Hidalgo en el segundo patio de la quinta Tamuín con toda clase de comidas exquisitas que un artesano mexicano pueda desear, muy bien atendido y bien pagado cada sábado, que el tesorero Salas entregaba a su familia (y todas las marcas de mezcal que el maistro Llorón apetecía, especialmente el de San Luis, que era su favorito), la pasó bastante bien, pues ahí cada vez que iba yo a visitar el trabajo que estaba haciendo, llevaba comerciantes de la ciudad, industriales, políticos etcétera a visitar al maistro Llorón y a ver cómo iba progresando su formidable obra de arte, la que llevó a cabo a pura mano. A los ocho meses de haber comenzado la obra fue terminado el santo y como me sobraron cuatro meses para irlo a entregar el día de Santiago a Tampamolón, hubo tiempo para que el alto y bajo clero de San Luis Potosí desfilara por la quinta Tamuín hasta el segundo patio a ver al Santiago Chingón y desde el señor obispo para abajo todos me pidieron que fuera exhibido el santo en uno de los principales aparadores de la calle de Hidalgo, que es la principal calle de comercio en la ciudad de San Luis Potosí, y así lo hicimos con un cartel explicando que esa escultura de Santo Santiago había sido hecha por el maestro ebanista potosino Francisco Hidalgo. Me lo pidió el clero para andarlo paseando por todos los barrios de la ciudad donde lo recibían con cohetes, música y repique de campanas, etcétera. Ya muy "crudo" y parrandeado Santiago Chingón, lo mandé con todo cuidado en una camioneta hasta Tampamolón Corona y aquel día 24 de julio después de la declaratoria de Tampamolón como capital del estado durante ese día, decretado por la legislatura, nos trasladamos todos a la plaza en donde hizo su entrada Santiago Chingón escoltado por Leola, quien a su vez iba flanqueada por las seudoaristócratas de la ciudad de San Luis y por el gobernador y demás altos dignatarios de la tribu huasteca, naturalmente al son de numerosas chirimías, tamborcillos y el repique de campanas y danzas de toda la Huasteca y el gran teponaztle de guerra de la tribu. Después de haber dado vueltas a la plaza aquella comitiva religioso-pagana y de haber hecho alto frente al quiosco porfirista, el comandante Hernández Godínez y su formidable banda, vestidos de gran gala, se "reventaron" *La Macarena* por todo lo alto y acercándome yo a mi esposa, le dije: "Güerita, te veo emocionada por la ceremonia". Ella me contestó: "¡Por respeto a los indios!, pues tú sabes que yo no soy muy religiosa". A mi hijo Gastón que nos acompañaba le pregunté: "¿Qué te ha parecido todo esto?" "Una muy bonita farsa", me contestó. Varios de mis amigos oyeron la contestación de Gastón y se rieron y yo le dije. "Sí, hijo, muy bonita farsa y además necesaria. La superstición sólo se combate con educación; queriéndola desaparecer por la fuerza es muy peligroso para los fanáticos y para el gobierno, tú sabes —le dije a Gastón— que yo nací y he vivido con estos indios, cuyo idioma hablo y cuyas costumbres conozco.

Si hubiera un plebiscito en que tuvieran que tomar partido estos indios entre Dios y Santiago votarían por el jinete del caballo blanco. Voy apenas llegando al gobierno del estado. Vamos a sembrar de escuelas toda la entidad, especialmente la Huasteca y eso y el tiempo harán cambiar las cosas; pero a puro huevo, no. Estos curros y curras del altiplano creen que me van a dormir, pero cuando ellos van por la leche yo ya vengo con el requesón. La educación y las comunicaciones —seguí diciendo a mi hijo Gastón en presencia de las personas que nos acompañaban— serán lo único que pueda acabar con los naguales, duendes, tepas, mal de ojo, brujos y demás supersticiones". Me ha tocado en suerte ver la evolución de la Huasteca llena de carreteras que hicimos, escuelas que construimos y comunicaciones hasta nivel de aeropuerto (como el de Tamuín) y escuelas hasta preparatorias y secundarias. Ahí están los hechos que hablan.

Fungía como gobernador de la tribu huasteca un indio de mi edad, que le dijo a su "mayul" (su segundo): "*Ashé-peli* Gonzalo". Esto significaba en huasteco ese es Gonzalo. En voz baja le pregunté: "¿De quién eres hijo?", y me dijo: "De Manos Pintas". Al padre lo ahorcó el jefe de los voluntarios huertistas Conrado Cruz, a quien a su vez oportunamente le dimos su merecido. El Santo Santiago que esculpió el maistro Llorón está en la iglesia de Tampamolón desde aquel día. Los indios no lo mueven y llevan en peregrinación por los cerros en su representación, al santito catalán en pasta que me trajo el padre Anaya. De la otra rama que quedó del gran orejón donde cortamos el tronco para que se hiciera el Santiago Chingón, hablaré más adelante.

Al llegar a la puerta del templo, la señora que encabezaba a los curros y curras del altiplano me invitó a pasar con la procesión y yo me negué. Entonces, el licenciado José Vasconcelos y el ingeniero y general don José Rodríguez Cavo, que nos acompañó en aquella expedición y estuvo en todas las ceremonias acompañado de un intelectual sudamericano cuyo nombre no recuerdo, uno de esos señores que son doctores en todo menos en medicina y que viven del "espíritu de la América Latina", dijo dirigiéndose a mí: "¿Por qué no entra al templo, Gonzalo?; para cerrar con broche de oro esta acción suya, debe pasar al templo hasta dejar colocado en el altar a 'nuestro Señor Santiago'". Yo le contesté: "No, don Pepe, yo no puedo pasar porque el templo es chico, no cabemos los dos, o 'vuestro Señor Santiago' o yo. Yo no ando aquí para salvar mi alma, ando en otro asunto y ya lo dejé realizado". El doctor latinoamericano y el licenciado Vasconcelos nomás se quedaron viendo uno al otro y no dijeron nada.

Al día siguiente inauguramos la primera fase de la carretera, o sea, la brecha engravada que dio entrada por primera vez a automóviles a Tampamolón Corona hasta Tamuín, que es su punto final, pasando por Tanquián Escobedo y San Vicente Tancuayalab.

Cuando íbamos todavía a caballo de Ciudad Santos a Tampamolón, Braulio Romero le dijo a Macario Balderas: "¿Conoces a ese que va allí adelante?" "¿Cuál?", le preguntó Macario. "Ese", le repitió Braulio, señalándole con el dedo al licenciado José Vasconcelos, que iba adelante. "¿Vasconcelos?", preguntó Macario. "Sí —le reiteró Braulio—, ese del caballo tordillo". Macario mostró asombro y le dijo a Braulio: "Pero si ese es enemigo de Gonzalo y de todos nosotros. En Tampico, cuando lo de Ortiz Rubio, le hicimos un buen despanzurradero". "Bueno —le dijo Braulio—, ahora es amigo y viene invitado por Gonzalo, como quiera, adelántate y dale una 'balconeada'" (balconear, ver el juego del adversario). Picó espuelas Macario y "emparejó" su caballo con el de Vasconcelos, lo saludó y le dijo: "Cómo te va, Chaparrito, ¿qué tal te pinta el viaje?" Vasconcelos lo saludó y le dijo, expresando una sonrisa muy amable: "Bien, la región es muy bella, las selvas imponentes y la gente muy cariñosa". Macario, que era un tipo muy taimado, le dijo a Vasconcelos: "Chaparrito, ¿por qué te 'horquetaste' en ese caballo?". Vasconcelos le contestó: "Pues este me dieron y voy contento en él, es muy manso y camina bien, ¿por qué? —preguntó Vasconcelos—, ¿le ve algún defecto a mi caballo?". "Nomás uno, Chaparrito", le contestó Macario. "¿Cuál?". Macario contestó: "Los caballos tordillos y los pendejos se conocen desde lejos". Picó espuelas Balderas y se alejó de Vasconcelos, pero todos los que íbamos atrás soltamos la carcajada, inclusive Vasconcelos, que no paraba de reír y volteando sin interrumpir la marcha, preguntó dirigiéndose a mí: "¿Quién es este gigantón, acaso es el hombre abominable de las selvas?". Yo le contesté: "No, nada de abominable, don Pepe, es un hombre muy simpático, muy agudo y muy sagaz". "¿Entonces, eso de pendejo lo dijo por mí?". "Pues tal vez lo dijo por su caballo —le contesté—, porque efectivamente los caballos tordillos se conocen desde lejos y no les gusta usarlos a los buenos guerrilleros, a los hombres que traen la 'reata' arrastrando valen los caballos tordillos para desfiles, paradas y cabalgatas y en estos casos son muy lucidores, pero no son prácticos para campaña". "Bueno, ¿pero quién es?", me preguntó Vasconcelos, yo le dije: "Macario Balderas, un precursor de la Revolución, que fue maderista junto con nosotros, pero él se levantó en armas antes que el señor Madero". "¿Antes que Madero?", preguntó Vasconcelos. "Sí —le dije—, anduvo con Santanón". "¿Y qué bandera peleaba este señor Balderas antes de Madero?". "Pues su bandera era el abigeato, era y sigue siendo tahúr; al abigeato ya le hace muy poco, pues ahora es el comandante de las fuerzas armadas de Ebano, es hombre de 'corrido', estimado y temido en la Huasteca, teniente coronel de la Revolución y muy adicto y fiel a nosotros, peleó contra los rurales porfiristas muchas veces". "¿Por qué me tuteó?", me preguntó Vasconcelos. "Don Pepe —le contesté—, en la Huasteca todos nos hablamos de tú, lo mismo que en Cuba dicen mis paisanos que

si a Dios se le habla de tú, con más razón a cualquier hombre, por grande que sea". Vasconcelos se mostró conforme con la explicación, no muy sincera de mi parte. Con lo que no se mostró conforme Vasconcelos es que Macario Balderas lo llamó "chaparrito". "¿Cómo pudo ver este selvático —me dijo— que soy bajo de estatura?". "Muy sencillo, don Pepe —le contesté—, por el 'estribeo'; los arzones de su silla son muy cortos y, además, los hombres como Macario Balderas conocen a un 'cristiano' (en la Huasteca a todo individuo se le llama cristiano) de un vistazo, sobre todo si van a caballo, pues ellos miden más a un jinete que a un hombre de infantería, están tan habituados al caballo que casi son la misma persona". "¿Y lo de que los pendejos se conocen desde lejos?", me siguió preguntando. "Mire, don Pepe —le dije—, seguro que Macario Balderas se refirió al caballo tordillo". Luego Vasconcelos, que se mostraba picado con Macario, me dijo: "¿Cómo es que esta clase de hombres se les colaron a ustedes en la Revolución?" "Esta pregunta —le dije— debió usted empezar por hacérsela al señor Madero, pero yo le contestaré que sin estos hombres, sin el concurso de ellos, la Revolución todavía no empezara, pues los honrados son muy precavidos y muy inútiles para afrontar el peligro". "Me interesa mucho el tipo —me dijo Vasconcelos—, me gustaría platicar con él". "No creo que él le haga confianza —le contesté—, hombres así sólo se entienden con hombres como yo". "¿Y qué beneficios le aporta su colaboración al gobierno de usted?", me preguntó. "Muchos —le dije—; por lo pronto, todo el bandidaje del río Tamesí del lado de Tamaulipas no se acerca a la Huasteca Potosina". "¿Tiene usted muchos como él colaborando en su gobierno?". "Algunos —le dije—, muchos no porque no hay muchos; mire usted, aquel flaco que va adelante de nosotros montando un caballo bayo mapano, es otro hombre útil, nada más que no es tan pintoresco como Macario Balderas, es el teniente coronel Joaquín Canto, oriundo del estado de Tlaxcala, operó en los volcanes también como precursor de la Revolución mandando una gavilla que arreaba ganado y caballada y una vez asaltó la feria de Huamantla, llevándose el dinero de la partida. Este teniente coronel Joaquín Canto fue el pie veterano y alma de la Brigada Rojas en la Revolución Constitucionalista al mando del general Máximo Rojas y con él se refugió un tiempo el señor doctor Samuel Espinosa de los Monteros una vez que estaba de malas con el gobierno. Esta clase de hombres son muy útiles y muy subordinados y leales cuando se les sabe mandar". "No cabe duda —me dijo Vasconcelos—, usted conoce más a la humanidad que yo y esto se lo digo sin halago". "A 'la humanidad revolucionaria' indudablemente que la conozco más que usted, a la 'humanidad humana' tal vez usted la conozca más que yo, aunque ¿quién sabe?". Este incidente trascendió a toda la comitiva y fue recogido por el notable periodista don Francisco Martínez de la Vega (Paco).

CORRIDO DE MACARIO BALDERAS*

Papá ahí viene Macario
Con el sombrero de lado
Desde a leguas se conoce
En su caballo melado.

Hija, qué bien lo conoces
Por su color de mamey
A ese Macario Balderas
Lo anda buscando la ley

. . . . . .

Ese mentado Macario
Qué buenas pruebas les dio
Peleando en la acordada
Cuatro rurales mató.

* "Corrido de Macario Balderas". San Vicente Tancuayalab, S.L.P., 1907

"Picando piedra" con el licenciado Alemán

Un día llegó el licenciado Alemán a la ciudad de San Luis Potosí en una camioneta, acompañado solamente de unos cuantos ayudantes. Por teléfono me había dicho el licenciado Alemán que llegaría directamente a mi casa y que no se le hiciera ningún recibimiento oficial, que iba de paso para el norte. Me preparé a recibirlo en forma discreta, pero organizada y cuando llegó Alemán a mi residencia lo esperaba yo acompañado de todos los miembros de la legislatura del estado, del Supremo Tribunal de Justicia, del procurador del estado y de todos los altos funcionarios que colaboraban conmigo. De allí nos trasladamos al palacio municipal, donde se celebró una sesión de cabildo en honor del C. secretario de Gobernación, señor licenciado Miguel Alemán, sesión que yo presidí, pues conforme a la Constitución del estado, que yo hice con la colaboración de mi secretario particular, el inteligente Martínez de la Vega, yo tenía derecho a presidir las sesiones de todos y cada uno de los ayuntamientos del estado cada vez que el C. gobernador lo creyera "conveniente". Es decir, prácticamente y conforme a esta Constitución, que está en vigor, el gobernador del estado es presidente de todos los ayuntamientos de la entidad. En el palacio municipal ya estaban reunidos, además de los miembors del H. cabildo, los directivos de las Cámaras de Comercio, industria, líderes obreros, campesinos, etcétera, etcétera. Y empezó la sesión, como ya digo, presidida por mí y dirigiéndome al licenciado Miguel Alemán, le dije más o menos: "La sesión de este H. ayuntamiento de la capital del estado de San Luis Potosí, se va a celebrar en honor de usted, C. secretario de Gobernación, como homenaje por la breve visita a esta ciudad con que usted nos está honrando y quiero comunicar a los presentes que este homenaje que le hacemos al licenciado Alemán no es una cortesía simplemente al ministro de Gobernación, es una demostración palpable, franca y clara de que, llegado el momento, el estado de San Luis Potosí pugnará dentro de nuestro Partido porque el licenciado Miguel Alemán recoja de manos del presidente Avila Camacho el estandarte de la Revolución y continúe la obra patriótica del actual presidente, que con tanto acierto ha sabido conducir la nave de nuestra patria".

Alemán contestó breve y muy discretamente mi alocución y después

de declarar el ayuntamiento, a moción mía, huésped de honor de la capital del estado al licenciado Alemán, se levantó la sesión. Yo aventé este "cañonazo" sin habérselo consultado a Alemán, como contestación a sus dudas, pues me había manifestado celos del doctor y general Francisco Castillo Nájera, con quien me ligaba una vieja, fuerte y estrecha amistad, y así se lo dije a Alemán: "He sabido que usted ha tenido algunas dudas de cuál vaya a ser mi actitud en la futura campaña presidencial por la fraternal amistad que me une con el doctor Castillo Nájera y aunque es cierto que Pancho y yo nos queremos mucho, yo nunca confundo 'las paridas con las preñadas", usted y yo formamos parte de un grupo político muy estrecho que encabeza el actual presidente de la República, general Avila Camacho. Este grupo —seguí diciéndole a Alemán— lo formé yo con la ayuda de usted y otros amigos, el más obligado a guardarle lealtad al grupo soy yo por haber sido su primer cabecilla. Si con el acto que acabamos de celebrar no está usted satisfecho tadavía, dígame para aventarme más adelante, aunque yo no lo considero conveniente pues podríamos lastimar al general Avila Camacho si obramos con avorazamiento". Alemán me dijo que no, que no le siguiéramos, que él nunca había tenido duda de mí y si había comentado con algunos amigos mi estrecha amistad con el doctor Castillo Nájera, había sido sólo en plan de plática y no de celos. Ni Alemán ni yo le dimos vuelo publicitario a aquel acto, pero sí se supo de inmediato en todos los centros políticos de toda la República y se interpretó como el principio de la campaña presidencial.

La primera vez que fui a la ciudad de México a entrevistarme con el presidente Avila Camacho y al preguntarme él cómo habían estado los hechos se los platiqué con toda lealtad y veracidad, sin ocultarle nada, incluso le dije con toda franqueza que yo iba a trabajar, cuando llegara el caso, con todo entusiasmo por la candidatura de Alemán, y don Manuel, después de oírme con toda calma, me preguntó: "¿No cree usted, compadre, que Alemancito tiene muy tierno el espolón?" "No, señor —le conteste—, Alemán es político desde la cuna, pues se la meció su padre, el finado general Miguel Alemán, que no fue un gran político, por cierto, era un idealista quien en política sufrió muchos fracasos hasta encontrar la muerte, pero desde la adversidad se aprende mucho y Alemán por sí mismo ha llegado a magistrado del Tribunal de Justicia del Distrito Federal, a senador por Veracruz y, 'doblando año', gobernador del estado de Veracruz, fue el presidente del comité pro Avila Camacho, que dirigió su campaña, aunque este nombramiento fue por decisión de usted, él supo estar a la altura de la campaña, fue hábil, coordinó intereses y evitó choque entre nosotros". "¿Qué opina usted del licenciado Javier Rojo Gómez?", me preguntó. "Que es un hombre valioso, político nato, soberbio y que a usted lo pondría, si llegara a la presidencia de la República, en un avión más pronto de lo que lo hizo

Cárdenas con Calles". El general Avila Camacho me escuchó con toda tranquilidad y no se le movió un músculo de la cara y me siguió preguntando: "¿Y del doctor Castillo Nájera?". "Mire usted, compadre —le dije—, personalmente es el que más me convendría, pues Pancho Castillo Nájera y yo nos queremos como hermanos y nos admiramos mutuamente, cada quien en lo suyo. Pancho admira en mí mi acción intrépida revolucionaria, mi larga lucha política y todo lo que yo tengo de positivo, y olvida mis defectos y yo admiro en él su talento excepcional, su ilimitada cultura y su incomparable bohemia, pero fue reyista y de refilón, por su amistad y ligas con Rodolfo Reyes, fue felicista, aunque después se incorporó a la Revolución y estuvo en las batallas de Celaya con el general Obregón. A mí en esto de los antecedentes revolucionarios de los hombres, cuando no han sido puros, me queda un gusanillo que siempre me pica. Los otros defectos de Castillo Nájera, borrachera, faldas, farra, yo los veo como cualidades". Hizo otra pausa el general Avila Camcho y yo que lo conocía mucho me puse en guardia pensando: mi compadre me va a aventar un tapado, y me lo aventó. . . "¿Y qué opina usted —me dijo— del viejo Suárez?" (refiriéndose al licenciado Eduardo Suárez, ministro de hacienda). Y yo le contesté: "Es mi gran amigo, usted sabe que más que inteligente es un genio, a pesar de todo el 'jarabe' que el general Cárdenas bailó en las finanzas nacionales cuando fue presidente de la República. Suárez, como ministro de hacienda, sacó la nave con bien de todas las tempestades en que la metió don Lázaro. Es un viejo muy reata —le dije—. A mí en el gobierno de San Luis me ha ayudado más allá de sus instrucciones y es un gran aficionado a las peleas de gallos; de tiempo en tiempo me traigo un grupo de amigos de San Luis y otros de aquí, entre los cuales figura el ingeniero Marte R. Gómez, secretario de Agricultura y Ganadería, y nos vamos al rancho de Lalo Suárez a jugar peleas, acompañados de nuestras señoras, y allí echamos albures con la baraja, algo de póker y muchas peleas de gallos y para el coñac él es mi 'general de división', pero vamos hablando claro, se trata de que quede en la presidencia después de usted un avilacamachista cien por ciento y Suárez, aunque sería todo un caballero con usted y todos nosotros sus amigos, ante todo es cardenista".

Don Manuel no dio por terminada su auscultación a mi primera contestación como lo hizo con todos los demás y, volviendo a la carga, me dijo: "El licenciado Suárez es, como usted lo ha dicho, un genio y un viejo muy reata, sería muy parejo con todos nosotros". "Sí, señor —le contesté—, así lo creo yo también". "Pero no es propiamente hombre de nuestra 'gavilla' —siguió diciéndome el general Avila Camacho—, Suárez es hijo de un ranchero y él se crió antes de estudiar de abogado como un ranchero y hasta viste de charro al estilo pachuqueño, no como los apretados de México. Tiene una gran cultura, pues lo mismo es una

potencia en finanzas que en relaciones exteriores" (don Manuel quiso decir en Derecho Internacional). "Sí, señor, todo eso es cierto, pero necesitamos uno de los nuestros". "¿Usted está definitivamente inclinado por el licenciado Alemán?", me preguntó. "Sí, señor —le dije—, y ahora me va a tocar torear el toro más difícil, pues terminando de hablar con usted me voy a comer con Maximino" (me refería al general Maximino Avila Camacho, ministro de Comunicaciones y Obras Públicas y hermano del presidente). "Bueno, compadre —me dijo—, no le platique nada a Maximino de nuestra conversación y le ruego no vaya a pelear con mi hermano, usted sabrá torearlo, él es completamente contrario a la candidatura del licenciado Alemán". "No tenga cuidado, compadre —le contesté—, ni yo peleo con Maximino ni Maximino pelea conmigo, no espero traerle malas cuentas de esta entrevista". Y acudí a la cita con Maximino, que se verificó en San Angel Inn. Empezamos hablando muy tranquila, afectuosa y hasta cariñosamente, como siempre lo hacíamos, pero cuando le entramos a la cuestión presidencial, los dos nos fuimos acalorando un poco primero y al final ambos nos excitamos. Maximino me dijo: "Tú andas capitaneando la candidatura del bandolero Miguel Alemán". Yo le contesté: "No ando capitaneando ninguna candidatura. Como presidente del bloque de gobernadores, tú comprenderás —le dije—, no puedo ni debo ni quiero quedar al margen de la sucesión presidencial y estoy hablando con los gobernadores para que todos unidos presentemos un solo frente, unidos en una sola candidatura". Maximino me dijo: "Tú debes apoyarme a mí, tienes un gran ascendiente con mi hermano Manuel y tu opinión va a ser definitiva". "Así lo creo yo también —le dije—, pero no por mi ascendiente personal con don Manuel, sino porque mi opinión va a condensar la opinión de todos los gobernadores y yo con nadie debo ni puedo comprometerme antes de haber oído la opinión de la mayoría de los ejecutivos de los estados, pues mi posición como presidente del bloque me obliga a llevarlos directamente al éxito, pues es la forma de corresponder a la confianza que ellos en mí han depositado". Maximino me dijo: "Todo eso que me estás diciendo es pura música celestial, Pelón Tenebroso, tú andas tramando con todo empeño la candidatura del forajido Miguel Alemán". "No ha de ser más forajido que tú y yo, somos los mismos, sólo que con diferente modo de cantar; lo de pelón lo acepto por ser cierta mi calvicie y no poderlo negar, pero lo de tenebroso lo acepto como opinión de un loco que tiene derecho a ver visiones". Como luego los dos nos reímos, nos abrazamos y nos despedimos con una mutua y moderada mentada de madre. "Adiós, hijo de la chingada". "Adiós". Después hable con Alemán, a quien no le platiqué mi conversación con el presidente Avila Camacho, pero sí le comente mi conversación con Maximino y le di mi opinión de que él ignorara esa plática, que yo seguiría tratando de suavizar las cosas. Luego Alemán hizo pasar al despacho al

oficial mayor de Gobernación mi viejo amigo Adolfo Ruiz Cortines y el licenciado Alemán me dijo: "Queremos que don Adolfo vaya como gobernador a Veracruz, pero Maximino se opone ferozmente; a su tacto y astucia encomendamos que ablande usted a Maximino y no vayamos a romper abiertamente por este asunto". "Este negocio déjemelo a mí —le dije a Alemán—, y tú —le dije a Ruiz Cortines— acompáñame mañana en la mañana a visitar a Maximino a la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas". Esa misma tarde visité nuevamente al presidente Avila Camacho, le conté mi conversación con Maximino y mi plática con Alemán, en la que me encomendó "pavimentarle" el camino a Ruiz Cortines para el gobierno de Veracruz y don Manuel me dijo: "Don Adolfo es un buen hombre, ojalá usted convenza a Maximino". Al día siguiente, como habíamo quedado Ruiz Cortines y yo, nos reunimos en mi casa y nos fuimos a ver al fiero Maximino.

Ya en la Secretaría de Comunicaciones, en la secretaría particular, que era por donde yo entraba a ver a Maximino, dejé a Ruiz Cortines y entré yo solo. Le llevaba un tigre chiquito, pero ya muy bravo, que me habían regalado en Gargaleote y hasta la secretaría particular el tigre estuvo manso, pero cuando entré al despacho de Maximino y lo puse en un enorme escritorio que el ministro tenía lleno de papeles, el tigre se empezó a enojar y a darle zarpazos a los expedientes y Maximino me dijo: "Está muy bonito, pero aplácalo". "Si lo aplaco, a ti también te voy a aplacar, hijo de la chingada, pues traigo un asunto que no me lo vas a negar". "¿Cuál es?", me preguntó Maximino. "Tengo aquí en tu secretaría particular a mi viejo amigo y compañero de Revolución (le mentí a Maximino) Adolfo Ruiz Cortines, quien combatió junto con nosotros en Ebano (le seguí mintiendo a Maximino), que aspira al gobierno de Veracruz y que cuenta con la mayoría en el estado (afirmación dudosa). Estuve con el presidente y me dio su opinión de que Adolfo era idóneo para gobernar en Veracruz, que era un hombre sereno, experimentado y juicioso y que no tenía compromisos futuristas con nadie (seguí mintiendo a Maximino). Aunque te parezca extraño —seguí diciendo—, no tiene compromiso con nadie para la cuestión futura". Maximino me dijo: "¿No va a ser instrumento de fascineroso Miguel Alemán y su gavilla?". "No va a ser instrumento de nadie —le contesté—, yo estoy comprometido a irle a ayudar a Veracruz a Adolfo, voy con él a la Huasteca veracruzana, donde tengo muchos amigos y donde está como comandante militar de la zona mi compadre y querido amigo el general Juan Soto Lara, que también aspiraba a la gubernatura de Veracruz, pero quedó convencido para que apoye a Adolfo".

Agarré a Maximino esa mañana de muy buen genio, muy cariñoso conmigo. Le hizo muy buena impresión el regalo del tigre que le llevé y me dijo: "¿Me dijiste que Ruiz Cortines está aquí en mi secretaría particular?" "Sí —le dije—, allí está". Me dijo Maximino: "Puedes pasarlo".

"Lo voy a pasar —le dije—, pero hazme el favor de contenerte y de tratarlo con decencia". "Así lo haré", me dijo. Pasé a Ruiz Cortines. Este iba sumamente nervioso, mordiéndose las uñas, pero con la cordial recepción que le hizo Maximino y con dos o tres bromas que yo le hice, aquella entrevista fue cordial y le dijo Maximino: "El hecho de que un amigo mío tan querido como don Gonzalo lo apoye como candidato al gobierno de Veracruz, que lo vaya a acompañar en su gira y que cuente con la anuencia de mi hermano Manuel, me obliga a decirle a usted que yo no le pondré ningún obstáculo, nada más le pido que no se deje influenciar de maleantes". Ruiz Cortines era un gran cobero, precisamente en el bloque de gobernadores lo habíamos apodado Tío Coba. Dirigió tres o cuatro halagos seguidos a Maximino, muy cortesanos de buen gusto y salimos airosos de aquella entrevista y de allí me fui con Ruiz Cortines a darle cuenta al presidente Avila Camacho del éxito de nuestra entrevista. Don Manuel quedó muy complacido y me autorizó para que yo acompañara a Ruiz Cortines en su gira por la Huasteca veracruzana, ya en calidad de candidato al gobierno por ese Estado.

Salí de la ciudad de San Luis Potosí por tren acompañado de Adolfo Ruiz Cortines, quien se alojó en mi domicilio, la quinta Tamuín. De allí organizamos viaje por automóvil a Tampico, en donde cité a mi compadre el general Juan Soto Lara, comandante de la zona militar en la Huasteca (veracruzana), con cuartel general en Villa Cuauhtémoc, Veracruz; al principio, mi compadre Soto Lara le hizo el feo a Adolfo Ruiz Cortines, pero yo lo amansé y quedamos bien entendidos que el general Soto Lara apoyaría a Adolfo Ruiz Cortines como candidato al gobierno de Veracruz, y al triunfar Ruiz Cortines, nombraría tesorero general del estado a un primo hermano de Soto Lara, que ya antes había desempeñado ese puesto y del cual su nombre no recuerdo.

Nos trasladamos los tres, Ruiz Cortines, Soto Lara y yo, en lancha a Villa Cuauhtémoc, donde para festejar el acontecimiento se celebró una gran pelea de gallos y en plenas peleas se desató un torrencial aguacero, de esos que se usan en la región huasteca y yo andaba soltando mi gallo contra el contrario en el improvisado palenque convertido en laguna, pero traía calzadas fuertes botas tejanas y calado ancho sombrero tejano y la lluvia no nos interrumpió las peleas, pero lo curioso es que Ruiz Cortines iba vestido de blanco y sin sombrero, muy catrín (entonces no era obligatoria la guayabera, que después impusieron los chilangos). Durante las peleas bajo la lluvia torrencial y en el lodo, Ruiz Cortines no se quiso guarecer bajo techo para hacerse simpático a los huastecos, como efectivamente se hizo. El general Soto Lara estuvo contemplando las peleas bien cubierto debajo de un tejadillo y cuando terminamos la jugada y nos fuimos a comer a la casa del presidente municipal, que era descendiente de italianos, llamado Ferro, Soto Lara estrechó la mano de Ruiz Cortines y le dijo: "Yo creía que era usted un

currito chilango, pero veo que no lo asustan ni el lodo ni la lluvia". Ruiz Cortines, viéndome a mí, le contestó a Soto Lara: "Soy del mismo fierro que mi hermano Gonzalo, nos han quemado los mismos soles y nos han mojado las mismas lluvias", mientras que yo aprobé.

Después del éxito con Soto Lara, quería decir el triunfo completo de Ruiz Cortines en la Huasteca veracruzana, nos trasladamos en lancha de Villa Cuauhtémoc (antes Pueblo Viejo) a Tamiahua, Veracruz. Íbamos en la lancha sólo Ruiz Cortines, el mayor Sulaica, actual coronel, el mayor Zarolanga, muerto general, y yo. En Tamiahua nos esperaba un grupo de amigos que yo había convocado, entre ellos, el general Agustín Galindo (el Negro), antiguo camaronero de Tamiahua que llegó a ser general de brigada en el Ejército Constitucionalista, y el general expelaecista Leopoldo Ravate. La reunión la tuvimos en un restaurante de Tamiahua que se llamaba *Don Antonio* y del que era propietario y director el simpático italiano don Antonio Negresco. Este restaurante era de los que ya no quedan, allí se comía el marisco recién sacado de la laguna y guisado bajo la sabia dirección de don Antonio Negresco.

Una vez que les expuse a los generales Galindo y Ravate que nuestra visita obedecía al hecho de lanzar a Ruiz Cortines para gobernador del estado de Veracruz y pedirles su apoyo y ellos haberlo ofrecido incondicionalmente, se rompió el fuego del whisky y coñac y mientras el general Galindo decía en su media lengua veracruzana, más bien tuxpeña: "Don Adolfo, yo le 'paro' diez mil hombres, de los cuales mil están bien armados", Ravate, con el vaso de Whisky en la mano, gritaba: "Yo sólo le paro tres mil hombres, don Adolfo, pero todos bien montados y la mayoría armados". Como todos aquellos ofrecimientos de fuerza eran exagerados, irrumpió don Antonio Negresco en la conversación que se llevaba a cabo a gritos y, gritando él también, dijo: "No se crea, don Adolfo, *tutus tutus per cuder*". Me preguntó Ruiz Cortines qué decía el italiano y yo, que lo conocía muy bien y le entendía su lenguaje, le traduje: "Don Antonio quiere decir 'todos todos por joder'". Esto le hizo mucha gracia a Ruiz Cortines y el resto de su vida siguió empleando cada vez que se ofrecía, la frase de Negresco, sobre todo cuando ya presidente de la República le pedían algo, él volteaba y me decía cuando yo estaba presente: "*Tutus tutus per cuder*". El general Galindo y Ravate cuando le ofrecían sus imaginarios dragones montados y armados a Ruiz Cortines, le querían sacar dinero para los "gastos de movimiento", por lo que Negresco sabía que no contaban con tales contingentes, decía "*Tutus tutus per cuder*", es decir que todos querían joder, sacándole dinero a Ruiz Cortines que, por cierto, mi amigo Adolfo en esto de la "fierrada" era más duro que una cantera de Chiluca.

De Tamiahua me regresé para San Luis Potosí y Ruiz Cortines siguió su gira muy callada, pero muy triunfal para Tuxpan y el resto del esta-

do. En lugar de celebrar mitines, se iba agarrando a los cabecillas más influyentes de la política, esos que ahora la prensa cursi ha dado en llamar caciques.

Ruiz Cortines triunfó como gobernador del estado de Veracruz. Naturalmente no le cumplió al general Soto Lara el pacto de poner a su primo como tesorero general del estado, violó el pacto, como debe hacerlo en estos casos todo político que se precie de serlo.

Los pequeños gastos de esta gira de Tampico a Tamiahua, icluyendo las remuneraciones a los generales Galindo y Ravate, fueron de mi peculio; bueno, salieron de mi bolsa, pero procedían naturalmente del erario del estado libre y soberano de San Luis Potosí.

Tan luego ocupó la gubernatura de Veracruz, con mi apoyo, Ruiz Cortines fue designado secretario del bloque de gobernadores, que yo presidía y del cual era el otro secretario el gobernador del Estado de México, don Isidro Fabela.

Ya en la ciudad de San Luis Potosí, me llegó la denuncia de que en la congregación de Tepemiche, municipio de San Martín Chalchicuautla, se había cometido un crimen. Sucedió que estando dormidos en su lecho un matrimonio acompañado de una hijita de once años, entró un individuo como a las cuatro de la mañana y asesinó a puñaladas al marido y a la señora. La niña, que fue perseguida por el asesino para matarla, logró escapar herida de una puñalada que sufrió en un brazo. El crimen causó horror en la región, tanto que tuve que trasladarme yo mismo por carretera desde la ciudad de San Luis Potosí hasta Tamuín donde era mi base para toda esta clase de operaciones que se verificaban en la Huasteca Potosina.

Le ordené a mi ayudante el capitán Agustín Ojeda Altamirano que se trasladara violentamente con una partida de cinco hombres a Tepemiche, pues se trataba de un solo criminal y en estos casos, mi larga experiencia me había enseñado que el alarde de fuerza es perjudicial y sólo sirve para poner sobre aviso a los delincuentes.

Le di instrucciones a Mano Prieta, pues yo la región de Tepemiche la conocía más que él. Le dije con quiénes hablara y que su grupo lo dividiera en tres parejas. El acompañado del elemento de su mayor confianza y las otras dos parejas en contacto con él que se echaran a pie al monte en persecución del asesino, pues por la niña herida sabía yo que se trataba de un solo bandido. Mano Prieta habló con los familiares de la huérfana, estuvo en el lugar del crimen, él y los suyos llevaban buenas reatas de lazar con órdenes mías de emplearlas, si era necesario, para sacar la verdad y pronto averiguó quién era el asesino. El nombre no lo recuerdo ahora, pero en Tepemiche todos deben saber de quién se trataba.

Una vez que Mano Prieta capturó al malhechor y lo colgó de la gruesa rama de un árbol, lo hizo hablar y declaró que una mujer cam-

pesina, llamada fulana de tal, le había pagado una novillona de treinta meses porque asesinara al matrimonio, pues el marido y la mujer "la tenían embrujada". Al preguntarle Mano Prieta por qué quiso matar a la niña, el asesino le contestó: "Mi capitán, para que no cantara, pero la muchacha se me fue como ardilla y no la pude asegurar". La mujer fue enviada a las Islas Marías, pues quiero dejar asentado aquí que yo nunca, ni durante la Revolución ni después en mi gobierno ni durante mi largo mandato, maté ni mandé matar a ningún menor ni a ninguna mujer, jamás.

Con un propio me rindió este parte Mano Prieta y me pidió instrucciones. Yo le ordené que se presentara en Tamuín con el asesino bien amarrado y custodiado. Hablé personalmente con éste y me declaró lo mismo que le había declarado a Mano Prieta. Entonces yo pregunté qué fecha era y me dijeron que ocho de diciembre, día de "Nuestra Purísima Concepción" y yo le dije a Mano Prieta: "Mi hermana Conchita nada tiene que ver en estos mengues, pues no sería propio que en su onomástico fusiláramos a este cabrón, lléveselo usted para Tepemiche y en la madrugada del día doce de este mes de diciembre, que por fortuna cae en domingo, lo conduce usted hasta el atrio del templo de San Martín Chalchicuautla y a las meras seis de la mañana, cuando ya la gente empiece a entrar a misa, allí en el atrio, pero fuera del templo , le vacía usted el cargador de su pistola (ocho cartuchos) y le dice usted a los curiosos que se acerquen que es una ofrenda que le hacemos a la Virgen de Guadalupe en desagravio del espantoso crimen que el bandido había cometido en aquel matrimonio, estando a punto de asesinar a la inocente niña, allí lo deja tirado y que los sanmartineses, que son tan católicos, nos juzguen". Este acto fue unánimemente aprobado y aplaudido, no sólo en San Martín Chachicuautla, sino en toda la Huasteca.

El "santo párroco" colectó una limosna entre los fieles para darle a este bandido cristiana sepultura.

Volví a la Ciudad de México y seguí mi costumbre. Primero que nada visité al presidente Avila Camacho y seguimos tratando la cuestión futurista presidencial. El presidente Avila Camacho me dijo: "Compadre, he recibido una carta de *Mr.* Stetinios, secretario de Estado del gobierno de los Estados Unidos, en que me recomienda en forma descarada al licenciado Ezequiel Padilla para que sea el próximo presidente de la República y yo —siguió diciéndome don Manuel— no le he contestado esa carta, ¿qué opina usted?", me preguntó. "Que la publique —le dije—, y que mande usted a chingar a su madre al señor, Stetinios". "No —me dijo—, ya usted me contó el incidente del general Alvaro Obregón, cuando era presidente de la República, con el general Antonio I. Villarreal, ministro de Agricultura y Fomento y, de ese incidente que usted me relató, he aprendido que el presidente de la República no tiene derecho a enojarse. Yo voy a guardar la carta para la historia, pero

no le voy a contestar nada a Stetinios. Vamos acelerando la resolución de la cuestión presidencial —siguió diciéndome don Manuel— para no darles tiempo a los gringos de intervenir en este asunto que sólo a nosotros los mexicanos corresponde resolver. Váyase a ver a mi hermano Maximino y convénzalo usted de que él no debe aspirar a la presidencia de la República porque es mi hermano. Dórele usted muy bien la píldora para que no se ofenda y arránquele la seguridad de que él no se lanzará como candidato a la presidencia de la República". "Sí, señor —le contesté al presidente—, así lo haré tan luego salga de aquí".

"No se vaya usted a ir a San Luis ni a ninguna parte —me dijo el presidente Avila Camacho—, hasta que no haya agotado este tema con Maximino y me traiga usted buenas noticias. Maximinio —siguió diciéndome don Manuel— no es para mí sólo mi hermano, él es mi padre, pero cuando se ocupa una responsabilidad tan grande como es el puesto de presidente de la República se tiene obligación de conocer los defectos del propio padre. Mi hermano es enfermo desde chico (no me dijo de qué), convénzalo usted que tan estrecha amistad tiene con él y le habrá usted hecho un gran servicio al país, a la Revolución y a mí". Y don Manuel lloró, pues ya se sabe que era muy emotivo. "No pelee con mi hermano —me dijo—, usted tiene más capacidad que él y en usted confío que me ayude a resolver este gravísimo asunto". Me trasladé a la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, entré, como de costumbre, por la secretaría particular. La secretaria era una mujer en sus primeros treinta y tantos años, muy agradable, muy simpática, muy inteligente y muy capaz. Tenía un gran don de gentes, se llamaba Trini y a mí me distinguía sobremanera. Siempre le llevaba a Trini uno o dos rebozos de Santa María del Río, hechos especiales para ella con su nombre tejido en el fleco y con estuche especial de finísimas maderas. Creo que Trini era la única mujer a quien Maximino respetaba y ella, aunque muy gentil y muy amable con todos, se daba a respetar. Le pregunté a Trini: "¿Con quién está Maximino?" Ella me contestó: "Con el general Antonio Ríos Zertuche, comandante militar del estado de Chiapas, con el general Aguirre Fuentes y con un señor de Nueva York llamado Cecilio Ocón". Entré como tromba; Maximino estaba de muy buen humor y como saludo me dijo: "¿Cómo te va, Pelón Tenebroso?" Yo le contesté muy serio, luego saludé a mi amigo el general Ríos Zertuche de mano y con una ligera reverencia saludé al pinche generalillo Aguirre Fuentes, cuya águila y comandancia militar se las debía a una hija artista de furibundas piernas, y al otro tipo, que ya por Trini sabía yo quién era. Sólo me le quedé mirado sin saludarle. Maximino me preguntó: "¿Se conocen?" "No", le contesté secamente y él procedió a hacer las presentaciones: "Mi muy querido amigo Gonzalo N. Santos, gobernador de San Luis Potosí, de quien usted ya habrá oído hablar; don Cecilio Ocón", me dijo, señalando al otro. Ocón dibujó una sonrisa y me tendió

la mano, diciendo: "¿Quién no sabe quién es don Gonzalo?" Yo le dejé la mano tendida y, sin pronunciar palabra, me fui a sentar a un sofá frente al escritorio de Maximino, donde se sentó conmigo el general Antonio Ríos Zertuche. Le pregunté a Ríos Zertuche: "¿Sabes tú quién es ese hijo de gran puta que está con Maximino?" "Sí —me contestó—, es don Cecilio Ocón, lo dejaste con la mano tendida, creo que fue felicista". "Sí —le dije—, pero no lo dejé con la mano tendida por felicista y huertista, saludo a algunos muy prominentes reaccionarios, como el licenciado Nemesio García Naranjo, con el que cultivo buena amistad, pero a este hijo de la chingada lo dejé con la meno tendida porque fue el que instigó y dirigió el linchamiento de don Gustavo Madero y él, este cabrón que está allí con Maximino, organizó el grupo de canallas que fueron a simular un ataque a la escolta de rurales que conducían prisioneros a los señores Madero y Pino Suárez a la penitenciaría, simulando un asalto a la escolta de acuerdo con Blanquet y Félix Díaz, para que los rurales al mando de Francisco Cárdenas, de Pimienta y del mayor Villegas asesinaran a nuestros mandatarios, aplicándoles la llamada Ley Fuga. Yo me voy —le dije a Ríos Zertuche—, pues si me quedo, no me voy a poder controlar".

Maximino sospechó lo que estaba hablando con Ríos Zertuche y desde su escritorio me dijo: "Ahorita estoy contigo, Gonzalo", y yo parándome le dije: "Mejor vuelvo después". "No —me dijo Maximino—, ahorita termino con los señores y quiero platicar contigo". "Nos vemos después —le dije—, tengo algo urgente". Al despedirme de Maximino, me quedé viendo al tal Ocón, que era un hombre de mediana estatura, muy blanco, de ojos azules muy saltones y no sé si por sugestión, pero a mí me pareció que se parecía mucho a su víctima, don Gustavo Madero. Al despedirme de mano de Maximino me dijo: "Te espero a cenar en mi casa a la noche, como a las ocho, no hagas compromiso porque posiblemente nos vamos a amanecer platicando". Esto sucedía entre dos y tres de la tarde y le dije yo a Maximino: "Allí estaré en tu quinta Batán a las ocho en punto, dispuesto a amanecerme contigo si así lo crees conveniente". Nos estrechamos la mano y el cabrón de Ocón me dirigió algunos halagos verbales, a los que yo no puse atención ni contesté y salí como un toro cimarrón. Al estarme despidiendo de Trini en la secretaría particular, descubrí una joven morena, más bien dicho moruna, como de veinte años, muy bella, de grandes y hermosos ojos negros, de pelo negro azabache, recogido en un gran chongo y con un largo sobrante de "cola de caballo", que le colgaba en la espalda. "Preséntame a esta virgen", le dije a Trini. Ella sonrió y Trini nos presentó. El nombre no lo recuerdo y el apellido menos, pues era inglés. Parece que se llamaba Myrna, tenía en las manos uno de los rebozos que le había llevado a Trini y estaba mirándolo. Yo le dije: "¿Le gusta, señorita?" "Mucho —me dijo—, ya conocía los rebozos, pero nunca había vis-

to una preciosidad como ésta". "Me va usted a escribir su nombre y yo le voy a traer algunos. Dígame qué colores prefiere". Ella consultó con Trini y ésta le dijo que un blanco y un buganvilla. "Aproximadamente dentro de un mes los tendrá usted, señorita —le dije—, pues vamos a hacer que trabajen en doble turno para que se los terminen en ese plazo". Ella me dio las gracias con una amable sonrisa y luego le pregunté que de allí para dónde iba y me dijo: "No sé, está mi papá dentro con el general y no sé a dónde iremos después". En eso dalió un ayudante de Maximino y le dijo a la muchacha que decía su papá que se podía retirar, que no lo esperara. Ella le dijo al ayudante: "Dígale que aquí lo esperaré, pues no conozco México". El ayudante entró y volvió a salir, diciéndole: "Me dijo su papá que ya no lo esperara, que tuvo que salir urgentemente y se retiró por otra salida". Yo le dije a la muchacha: "Señorita, éstas son muy pocas dificultades para un hombre de carácter, aquí abajo en el patio de la Secretaría y junto al elevador privado del ministro está mi chofer esperándome con mi carro y yo la llevaré a donde usted me diga". Trini le dijo: "Más vale que la lleve el señor gobernador y no que se vaya en un taxi". Ella, dibujando otra sonrisa, me preguntó: "¿Es usted gobernador?, ¿de dónde?" Yo le contesté: "De todas partes, menos de mi casa, pero constitucionalmente soy gobernador de San Luis Potosí". La muchacha aceptó que yo la llevara a su domicilio y bajamos juntos. Para entonces yo ya había averiguado que era hija del cabrón de Cecilio Ocón y divorciada. Con un graciosísimo acento extranjero me dijo que su madre era árabe. Bajamos juntos por el elevador del ministro, tomamos mi carro, le pregunté si ya había comido y me dijo que no, la invité al Café Colón (ya cambiado a la calle Antonio Caso), lugar que nunca debió haber desaparecido de México, ni ha tenido sustituto. Allí tomamos copas, comimos, platicamos y me di cuenta que la muchacha no conocía nada de México, ni siquiera a su padre, pues no sabía qué clase de bandido era. Después de la comida, las copas y los muchos halagos de mi parte para ella y haberle hecho una fina lidia, la convencí que me acompañara y me la llevé a mi "bramadero" y tan recia fue la "afrontillada" que le di, que sin ella darse cuenta se le safó una esmeralda de la pulsera, que yo recogí sin que ella lo notara y me la eché a la bolsa. Cuando terminamos el "duelo", me ofrecí llevarla a su domicilio. Ella sacó una libretita, me mostró su domicilio, su teléfono y yo los copié y la conduje. Pareció que esta bella estatua moruna quedó muy complacida y simpatizó conmigo, y yo, ¡no se diga! Ella era llena de gracia "como el Ave María". A las ocho en punto de la noche estaba en la quinta Batán, que era el domicilio de Maximino y aunque él ya estaba en su enorme mansión, dilató como cinco o diez minutos en llegar al salón donde yo lo esperaba y la plática empieza a iniciativa de él, diciéndome: "Dejaste a don Cecilio Ocón con la mano tendida". Yo le dije: "Sí, y si lo hubiera conocido en otro si-

tio que no hubiera sido tu oficina, le hubiera dejado tendida el alma al cabrón, pues tú sabes lo maderistas que fuimos mis hermanos y yo y toda mi familia, pero todavía respetábamos y admirábamos y queríamos más a don Gustavo A. Madero que al propio don Pancho y este cabrón dirigió el licenciamiento y después comandó el grupo de truhanes que tirotearon con tiros de salva los carros, en que los traidores llevaban prisioneros a los señores Madero y Pino Suárez, asalto simulado para encubrir sus asesinatos, y a ti, Maximino —le dije—, te han acusado que, siendo cadete de la Escuela de Aspirantes cuando el Cuartelazo, te uniste al felicismo y aunque tú me has contado que en esa época ya tú habías desertado de la Escuela de Aspirantes y don Manuel, en quien tanta fe tengo, me lo ha corroborado. El hecho de que tú recibas en tu despacho a Cecilio Ocón me hace renacer con más fuerza las sospechas que en ti tenía de este asunto". Maximino, pálido tal vez por su enfermedad, me dijo: "Te voy a confesar la verdad: yo a Cecilio Ocón no lo conocía, pero unos amigos mexicanos y americanos me lo trajeron diciéndome que es el dueño de una patente para producir alto octanaje en la gasolina y que la nuestra, que lo tiene muy bajo, podrá ganar mucho en potencia con ese producto. Se trata francamente de negocios y me lo han pintado muy bueno para Petróleos Mexicanos y, naturalmente, también para mí". Yo le dije: "Mira, Maximino, yo convengo en que si tú y yo vamos al infierno y lo podamos hacer, nos robemos una llama cada uno, pero negocios con estos traidores cabrones es indigno hacerlo a todo revolucionario, hay que tener límite". (Sin embargo yo aproveché a la moruna).

Mi plática con Maximino se prolongó por casi toda la noche y pude sacar en limpio que su enemistad y odio irreconciliable con el licenciado Miguel Alemán tenía su origen en que, siendo Maximino gobernador absoluto de Puebla (como yo de San Luis) y el licenciado Alemán gobernador constitucional de Veracruz, Maximino tuvo varias injerencias en asuntos de Veracruz y Alemán lo rechazó. Ya a las altas horas de la noche, Maximino me dijo: "Vamos 'pelándole al albur' y abajo 'caretas', yo te ofrezco la jefatura de mi campaña política y que ocupes en mi gobierno, cuando yo sea presidente, el puesto que tú elijas".

Yo, que estaba más que fatigado, fastidiado de machacar el mismo tema, hice lo que en los parlamentos se llama una "moción suspensiva" y le dije a Maximino: "Mañana vengo a verte a las cuatro de la tarde, más tarde no porque son las horas en que tú y yo ejercemos nuestras más dulces actividades". "Te espero a las cuatro", me dijo. Nos dimos un abrazo y me retiré honestamente a mi casa. Iba yo pensando; bonita la iba yo hacer de jefe de la campaña de Maximino cuando mi compadre el presidente me había encomendado que lo convenciera, a como "diera lugar", para que no lanzara su candidatura, pero eso yo no se lo po-

día decir a Maximino y él estaba terco conmigo para que yo me ligara a su loca aventura con él.

Otro día ya a las once de la mañana estaba yo listo para todo servicio, pues éramos "madera de chijol": no importaba desvelarnos toda la noche, a la mañana siguiente amanecíamos enteros y llamé al teléfono de la moruna encartada de mexicana. Se me ha pasado decir que esta dulzura hablaba un español graciosísimo con varios acentos. Me contestó la camarera; preguntó quién llamaba y le di mi nombre. "Un momento", me dijo, y pasados unos minutos me contestó informándome que la señorita estaba bañándose. Dejé que pasara media hora y volví a llamar. Me pidió la camarera otra vez mi nombre y se lo volví a dar. Me dijo: "La señorita salió a la calle", y toda esa mañana la pasé dando llamadas y recibiendo siempre respuestas negativas y como tenía una cita con Maximino a las cuatro, opté por ir al domicilio de la "bella encartada" y me apersoné con la gobernante y le dije: "Aquí he tenido una persona vigilando y la señorita está en la casa, por lo que quiero que le diga que no me retiraré hasta que no hable con ella". "Un momento —me dijo la sirvienta, a la cual había yo ablandado un poco mediante un papiro de 'mil cañas' que le puse en la mano—, voy a hablar con ella". No dilató mucho en regresar la camarera y me dijo: "Pase usted". Pasé y no tardó en bajar de su recámara aquella "Dalila". Me saludó muy amable y yo me paré usando mis mejores recursos de *gentleman*. "Antes que nada, aquí traigo una piedra que a usted se le desprendió en la entrevista que tuve el gusto y el honor de tener con usted". "¡Oh —me dijo—, muchas gracias, es usted muy gentil y muy caballero". Yo me incliné ante ella y le dije: "Yo quiero robar algo de usted, no una alhaja, quiero robarle una joya, quiero robarle su cariño". Con su graciosísimo acento inglés oriental, si cabe la palabra, me dijo: "Señor gobernador, cuánto lo siento yo también, hubiera querido una larga y grata amistad con usted, pero no es posible. Le ruego que no me pregunte la causa, tenga usted la fineza de olvidar nuestra entrevista". "Y ¿también los rebozos los olvido?", le pregunté. "Sí —me dijo—, olvídelos y olvide también toda intención que tenga usted de contacto conmigo, créame que lo siento y me es usted muy simpático", y sin más se paró, me dio un beso, me dijo adiós y se subió a su alcoba. Yo luego pensé: "Este hijo de la gran puta asesino y traidor de Cecilio Ocón trae a esta muchacha como parte del negocio para Maximino; la muchacha le contó su breve aventura conmigo y el muy cabrón y alcahuete la condenó a no verse más conmigo". El traía a esta beldad reforzando el embute del negocio y no lo iba a chotear. La gobernante, que se dio cuenta que mi gestión había fracasado, quiso regresarme el papiro de a mil que le había regalado y yo me rehusé: "Bien ganado se lo tiene usted —le dije—, siquiera por haberme recibi-

do esta princesa y por el beso casi fraternal que me dio", y salí del apartamento.

En la tarde a las cuatro estaba con Maximino en la quinta Batán, pero ahora me recibió en su recámara, que era una gigantesca alcoba llena de tapices persas y las paredes y el techo completamente cubiertos de espejos. Lo encontré muy pálido y manifiestamente enfermo, hablando con dificultad. "¿Trajiste los rebozos?" me preguntó. "Sí, —le dije—, aquí los tienes". Como se oyeron taconazos de mujer acercándose a la recámara, Maximino escondió los rebozos debajo de unos enormes cojines que tenía en la cama, segundos antes de que entrara Margarita, su mujer. Entró ella, me saludó muy cariñosa como siempre, hablaron algo de la casa que estaban haciendo en Acapulco y Maximino le dijo: "Tienes libertad absoluta de decoración y de presupuesto". La entrevista fue muy breve, Margarita se despidió de Maximino y de mí y ya que nos quedamos solos le dije yo a Maximino, refiriéndome a los enormes y finísimos tapetes persas que adornaban el piso de su alcoba: "Cuando un revolucionario cambia su silla de montar por tapetes persas está perdido". "¿Por qué me dices eso, Pelón Tenebroso?" me dijo Maximino. "Porque es verdad —le dije—, un revolucionario con tapetes persas no está capacitado para llevar a cabo ninguna acción como lo estaba cuando montaba su silla en su caballo". "Tú también tienes tapetes persas", me dijo. "Sí —le contesté—, pero muy chicos comparados con los tuyos y además no los he cambiado por mi silla de montar, tengo mi silla, mis botas y mis espuelas". "Ya no me estés hablando en metáfora —me dijo Maximino—, vamos al grano. ¿Vas a encabezar mi campaña?" "No —le dije—, por una sencilla razón". "¿Por cuál?", me preguntó "Porque tú no vas a hacer ninguna campaña; tus amigos, tus verdaderos amigos no te lo permitiremos". "Bueno —me dijo Maximino—, yo no soy ningún pendejo, tu firmeza en este asunto me hace comprender que esto de Alemán es un 'cochupo' hecho, pero te voy a decir una cosa, vas a decirle a mi hermano Manuel y sábetelo tú también que no voy a lanzar mi candidatura, pero que el fascineroso Miguel Alemán no llegará a la presidencia de la República, porque yo le juro a Manuel por la leche que ambos mamamos él y yo de doña Eufrocina (que era la señora madre de los Avila Camacho) que tan luego lancen la candidatura oficial del forajido Miguel Alemán, yo, personalmente yo, lo voy a dejar muerto a los pies de Manuel y voy a dar un gran sainetón mundial, lo sé muy bien que va a ser un gran sainetón mundial —repitió Maximino—, pero Miguel Alemán, repito, lo juro por la leche que mamé de mi madre, que no llegará a presidente de la República porque lo voy a matar".

Para esto, Maximino estaba mortalmente pálido y tembloroso y yo opté por hacer la entrevista lo más corta posible y por no hablar. Maximino me dijo: "Yo sé que todo lo que tú me estás diciendo y me has

dicho en este asunto es de acuerdo con mi hermano Manuel; nada más voy a Puebla a arreglar algunos asuntos que es indispensable que los deje arreglados y regreso a México y yo, personalmente yo, voy a resolver este asunto". El presidente Avila Camacho me había reiterado muchas veces la recomendación de que yo no peleara con Maximino por ningún motivo y comprendí que si seguíamos hablando de ese asunto, íbamos a chocar y como pude abrevié la entrevista. Maximino se sentó en la cama, metió una mano debajo del gran cojín en el que reposaba y sacó los rebozos, los extendió y me dijo: "Muy bonitos, muchas gracias, Gonzalo; quiero que tú y yo seamos amigos hasta el fin de nuestras vidas, cualquiera que sea el resultado del asunto que hemos estado tratando (que yo ya te juré cuál va a ser) y cualesquiera que sean las circunstancias que la vida nos depare". Me puse de pie y le dije a Maximino: "Nuestra amistad es verdadera, por ahora no hablemos más de este asunto; cámbiate de recámara, esta alcoba llena de espejos te está matando, pues tú mismo te estás viendo desde todos los ángulos cómo te estás jodiendo y eso te será fatal". "No —me dijo—, ya no seguiré aquí, mañana me voy a Puebla y después quién sabe". El sentado y yo parado nos dimos un abrazo y de allí salí muy preocupado a ver al presidente Avila Camacho.

Otro día me trasladé a la casa del presidente Avila Camacho. Le conté toda mi entrevista con Maximino, sin quitarle ni ponerle nada, y don Manuel, muy preocupado y con los ojos llorosos, me dijo: "Compadre, yo convenceré a mi hermano de que no prosiga por el camino que está pensando, usted considere, compadre, después de semejante Revolución que hemos tenido, un presidente de la República entregándole el poder a un hermano; en México eso nunca se ha visto ni antes ni después de la Revolución". Yo le dije al presidente Avila Camacho: "Compadre, yo estoy a sus órdenes para seguir viendo a Maximino y hablar con él, si usted así lo considera conveniente". "Sí —me dijo—, de aquí váyase a buscarlo y a ver si comen juntos hoy antes de que se vaya a Puebla, pues ya se despidió de mí por teléfono y me dijo que en la tarde se va".

Me fui a la casa de Maximino sin previo aviso. El no había ido a su despacho y lo encontré vestido con un traje que no puedo describir bien, pero su vestido era muy extravagante, sobre todo sus zapatos, que eran de charol de una pieza, de tacón muy alto y de varios colores. "¿Ya estuviste con Manuel?", me preguntó Maximino a mi llegada. "No —le dije—, lo veo en la tarde o mañana". "Bueno —me dijo—, vente a comer conmigo". Me dio las señas de un nuevo "leonero" que acababan de construir para él; como no entendí la dirección mandó que me hicieran un plano y se lo di a mi chofer. "Te espero sin comer hasta la hora que llegues". "Yo llegaré como a las tres", le contesté. Entregué el plano a mi chofer y entramos a un fraccionamiento nuevo, que a la fecha

debe ser una colonia cuyo nombre ignoro. Había en las calles en construcción mucha maquinaria y allí me encontré a José Ramón Valdez, político durangueño adicto a mí desde siempre y que me estaba haciendo las obras de agua y drenaje en San Luis Potosí y también construyendo la presa que ahora lleva mi nombre. Después de saludar a José Ramón, le enseñé el plano que Maximino me había dado y le pregunté si me podía ayudar a localizar la casa y él me dijo: "Es muy sencillo, es la única en este fraccionamiento, me dicen que es regalo del licenciado Rojo Gómez". "¿Y tú qué haces aquí?", le pregunté. "Pues soy el contratista del Departamento Central en este fraccionamiento", me contestó. José Ramón llamó a su hijo, que es ingeniero y le andaba ayudando a sus trabajos, y le indicó que me ayudara a localizar la casa de Maximino, lo que fue muy fácil pues, como me había dicho José Ramón, era la única en aquel fraccionamiento.

Llegué como a las tres de la tarde y sólo estaba en la flamante casa Maximino acompañado de la tonadillera española y bailarina de flamenco Conchita Martínez, una guapa mujer. Maximino se había encaprichado de ella y como el marido de Conchita había dado algunas muestras de "incomprensión", Maximino le mandó dar una paliza y lo expulsó del país, quedándose con la guapa española. Empezó a platicarme Maximino del fraccionamiento y, según su conversación, pude comprender que él estaba interesado, pues hasta me ofreció regalarme un solar. Al poco rato fueron llegando otros invitados, ingeniero Fernando Flogio Miramontes, que era jefe del Departamento Agrario; el profesor Isidro Candia, que había sido gobernador de Tlaxcala y ahora era jefe del Departamento Indígena; Wenceslao Labra, exgobernador del Estado de México y ahora director de la Lotería Nacional; mi tocayo Gonzalo Bautista, gobernador de Puebla; Mario Moreno, Cantinflas, y al último llegó el senador José María, Chema, Dávila, acompañado de dos mariposas muy jóvenes que portaban una guitarra. En la casa, que estaba arreglada de mal gusto, todos los muebles eran nuevos y mal acomodados. Había un piano, al que se sentó Chema Dávila y ejecutó algunas piezas. Después, Chema y las muchachas interpretaron con la guitarra una canción llamada *El indio y la india,* que Chema cantaba con mucha gracia. El era el autor de la canción, pues Chema era muy inteligente, buen poeta, orador muy irónico y buen músico de guitarra y piano. En un rato de relativa calma, Maximino empezó a hablar de política sin cuidarse de nada por la presencia de las falenas. En un momento dado me dijo: "Yo no permitiré al fascineroso Miguel Alemán llegar a la presidencia de la República. Yo no jugaré, pero estoy dispuesto a ayudar a cualquier revolucionario; a usted —dijo dirigiéndose al licenciado Rojo Gómez— o a ti —dijo dirigiéndose a mí—. Soy capaz de besarles los huevos y disciplinarme, pero a Alemán, ¡nunca!" Entonces el licenciado Rojo Gómez, que era aspirante, dijo: "Si a mí me toca la

suerte de llegar con el apoyo de ustedes —y nos señaló a Maximino y a mí—, yo seré su subalterno". El gobernador Gonzalo Bautista, dirigiéndose a mí, me dijo: "Tocayo, estamos dispuestos a apoyar al licenciado Rojo Gómez o a ti, con mayor razón, pues juntos hemos luchado en las Cámaras y te sobran merecimientos". Entonces Cantinflas empezó a hablar y, como lo quiso hacer en serio, su intervención salió fatal. Habló repetidamente del pueblo, para terminar diciendo: "Aquí todos ustedes son políticos menos el licenciado Rojo Gómez y yo". Todos soltamos una carcajada y yo le dije a Cantinflas: "Tú no tienes idea de estas cosas, el licenciado Rojo Gómez es un político nato; tan político como yo y todos los demás que estamos aquí presentes". Cantinflas, dirigiéndose a Rojo Gómez, le preguntó: "¿Es cierto, licenciado?" "No tan buen político como el general Santos —dijo el licenciado Rojo Gómez—, pero no soy otra cosa que un político". Como Cantinflas, en la borrachera, quisiera seguir hablando del pueblo, le dije: "Tú cállate y háblanos en tu idioma, tú no conoces al pueblo, tú conoces al público". Aquel barullo terminó en risas y en canciones y allí me despedí de Maximino, ahora definitivamente; ya nunca lo volví a ver. Antes de salir me abordaron Bautista y Labra. Bautista me dijo: "Tocayo, ésta es nuestra oportunidad, todos los que estamos con Maximino te apoyamos a ti". Labra me dijo: "Pero tú por qué apoyas a ese carita de 'santo' de Miguel Alemán, si es un recién llegado". "No —le dije—, no es un recién llegado y lo de carita de santo no es un defecto, lo que sí es un defecto —seguía diciéndole a Baustita y a Labra— es ser pendejo y yo no lo soy, pues bonito papel iba a hacer yo al presentarme a don Manuel, que me había comisionado para desalentar a Maximino en sus pretensiones y decirle: 'Pues ya Maximino está decidido a no jugar, pero quiere que juegue yo'. Además de traidor hubiera aparecido a los ojos del presidente Avila Camacho como pendejo, que es peor". Por la noche de ese mismo día, Maximino se fue a Puebla. Al día siguiente se celebró en aquella ciudad un banquete de más de cinco mil cubiertos en honor de Maximino donde hubo brindis políticos afirmativos y negativos y calurosas protestas de adhesión incondicional a Maximino "para lo que él mandara". De allí del banquete se llevaron a Maximino moribundo a su casa, en donde luego falleció.

Los generales al servicio del partido

Con la muerte de Maximino aceleré la campaña en favor de la candidatura de Alemán de acuerdo con el presidente Avila Camacho. En sesión del bloque de gobernadores, que yo presidía y del cual eran secretarios don Isidro Fabela, gobernador del Estado de México, y Adolfo Ruiz Cortines, gobernador de Veracruz, lanzamos a Alemán dizque de pre-

candidato, pero la verdad es que ya se trataba de un candidato en toda forma, al que sólo le faltaba protestar en la convención del Partido.

El licenciado Alemán emprendió su campaña por los diferentes estados de la República a donde, atendiendo la invitación de él, lo acompañé. Empezamos por las ciudades de Río Verde, San Luis Potosí, y la de San Luis Potosí. Se lanzó como candidato contrario a Alemán el licenciado Ezequiel Padilla, quien para hacerlo renunció al puesto de secretario de Relaciones Exteriores y formó un partido encabezado por el ex callista y exalmazanista Melchor Ortega y a su alrededor se reunieron varios descontentos, entre otros el senador León García, y aquel partido dio color francamente reaccionarió y entreguista (ya se sabe de quién). En todas partes la candidatura de Alemán estaba muy bien dirigida por él mismo, fue arrolladora.

El general Miguel Henríquez Guzmán, ya desde entonces, tuvo la intención de lanzarse como candidato presidencial, según él, apoyado por el general Lázaro Cárdenas, pero bien sea que esto era "volido" de Henríquez Guzmán, o sea que Cárdenas sintió que el presidente Avila Camacho sostenía muy firmemente a Alemán, Henríquez no contó en esta vez con la ayuda de Cárdenas y se desinfló su candidatura antes de ser lanzada.

El estado que más fuerza política demostró en la campaña alemanista fue el estado de San Luis Potosí, bajo mi gobierno, pues yo desde el principio encabecé la campaña, no tan sólo en el estado de San Luis Potosí, sino en casi todos los estados de la República. Con mi carácter de presidente del bloque de gobernadores, atrajimos para la candidatura del licenciado Alemán, además de lo que el fuerte bloque de gobernadores representaba, a un importante grupo de militares de alta graduación; algunos de ellos habían sido simpatizadores de Rojo Gómez y nosotros los conquistamos. Recuerdo los principales: general de división Rodrigo Quevedo, ex gobernador del estado de Chihuahua; general Bonifacio Salinas Leal, gobernador del estado de Nuevo León; general Eulogio Ortiz, comandante que había sido en muchas zonas militares y entonces comandante militar del estado de Nuevo León; general Anacleto Guerrero, exgobernador del estado de Nuevo León y comandante militar del estado de Tamaulipas; general Elpidio Rodríguez, gobernador del estado de Durango; general Raúl Gárate, gobernador del estado de Tamaulipas; general Pánfilo Natera, gobernador y caudillo revolucionario del estado de Zacatecas; general Donato Bravo Izquierdo, exgobernador del estado de Puebla; general Venecio López Padilla, gobernador del estado de Coahuila. A los generales Emilio y Raúl Madero los conquisté yo en lo personal, valido de la estrecha y fraternal amistad que nos unía. Al más ameritado de todos, al general de división Miguel M. Acosta, excomandante militar de la plaza de México, excomandante militar del estado de Veracruz, ex secretario de Comunicaciones y Obras Públicas y jefe de más de cien

campañas gloriosas, lo menciono al último de esta lista de generales porque para esta reunión política con Alemán tuve que "tantear vado" primero con el candidato licenciado Miguel Alemán pues el general Miguel M. Acosta, cuando en 1929 derrotó al infidente general Jesús M. Aguirre, batió y dio muerte en combate al general Miguel Alemán, que hacía tiempo andaba levantado en armas y se unió a los infidentes de Aguirre. Pero, para mi sorpresa, el licenciado Alemán recibió mi proposición de conquistar al general Miguel M. Acosta con gran beneplácito, aunque el general Acosta, por natural desconfianza, se resistía. Al fin logré que el general Acosta me acompañara a ver al licenciado Alemán a la casa de éste. Allí vi con gran satisfacción cómo Alemán y Acosta se estrechaban la mano y se daban un abrazo en ese acto. Dije yo, dirigiéndome a Alemán y a Acosta: "Total, la guerra ha sido entre hermanos y los infortunados acontecimientos en que murió el general Miguel Alemán se verificaron en buena lid y su padre murió combatiendo —le dije a Alemán— y los generales Acosta y Samuel M. Santos (mi hermano) lo enterraron con honores militares y no como a un cabecilla rebelde".

Salí yo muy contento de haber logrado que Acosta se nos incorporara, pues de otra manera hubiera quedado en muy difícil situación, ya que no podía ser padillista, pues Miguel M. Acosta fue uno de los precursores de la Revolución y en noviembre de 1910 nos levantamos juntos en armas al grito de viva Madero y en cambio el licenciado Ezequiel Padilla había sido partidario de Francisco León de la Barra en las elecciones contra el señor Madero y después huertista pensionado a estudiar a Europa ayudado por el entonces ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes de Victoriano Huerta, licenciado don Nemesio García Naranjo.

Después de Río Verde, la emprendimos con el licenciado Alemán en franca campaña por el estado de Tamaulipas y llevaba yo para animar el cotarro una música de huapango huasteco y otra de walona, de Río Verde ambos grupos, muy buenos improvisadores y naturalmente todas sus improvisaciones y cantos eran alusivos a la campaña alemanista. Estos grupos gustaron tanto al licenciado Alemán que me pidió que lo siguieran acompañando por toda la República, y así fue.

No voy a seguir esta campaña paso a paso pues no tiene mucho interés ya que la candidatura de Alemán fue arrolladora en todas partes, pero voy a referir lo relativo al estado de San Luis Potosí.

Después de la gira del candidato, licenciado Miguel Alemán, por toda la República en la que lo acompañé, quedamos él y yo de acuerdo en que la penúltima manifestación sería en la ciudad de San Luis Potosí y la última, naturalmente, en la capital de la República. Desde el principio de mi periodo de gobernador le había ordenado yo al tesorero Ismael Salas que me hiciera un fondo para la campaña presidencial sin

pedirle un solo centavo ni a industriales ni a comerciantes ni a ganaderos ni a ningunas otras fuerzas de la iniciativa privada y que este dinero lo tuviéramos a nuestra disposición para cuando llegara la campaña presidencial sin saber yo y mucho menos el tesorero Salas quién iba a ser el candidato; pero yo como presidente del bloque de gobernadores me sentía obligado a que el estado de San Luis Potosí hiciera el mejor papel en esa campaña, como efectivamente lo hizo.

Desde que se empezó a hablar del futurismo yo estuve inclinado por la precandidatura de Alemán y cuando llegó el caso, la lucha nos encontró muy bien preparados, pero me voy a referir a la llegada del licenciado Alemán como candidato a la capital potosina.

Con el antiguo maderista y amigo personal mío don Alfonso Tarasena, mandé hacer una galería de retratos al óleo gigantescos de todos los héroes de la Revolución y de los presidentes de la República que hasta el general Manuel Avila Camacho habían sido. Estos cuadros los almacenamos en la antigua Escuela Normal para exhibirlos, como los exhibimos, en la manifestación alemanista.

Tomé todos los cuartos de todos los hoteles de la ciudad por cuenta del gobierno, poniéndolos a mi disposición personal. Invité a todos los eminentes veteranos de la Revolución, militares y civiles que ya he nombrado y a otros más. Personalmente elegí las mejores habitaciones para estos hombres y también para los gobernadores de los estados que acudirían casi en su totalidad a esta demostración de fuerza política, ordené concentrar caballerías desde todos los rincones del estado y las regimenté y nombré un estado mayor de puros hombres de campaña y de prestigio en el estado. Cada regimiento debería traer al frente de sus jefes, rodeados por un estado mayor cada uno y una escolta y nombre como vanguardia de ese gran desfile de caballerías, al teniente coronel de las milicias del estado, don Luciano Eraña, con el regimiento de Tamuín fuerte en quinientos dragones. A don Luciano Eraña lo acompañaban mis hijos Gonzalo y Gastón montados en briosos corceles y todo lo más selecto de mis gargaleotes supervivientes. Las organizaciones obreras fueron formadas a modo de batallones de infantería y las organizaciones populares con escuelas y todo lo demás en masa ordenada, Cámaras de comercio grandes y pequeñas, industriales, etcétera, etcétera. Estábamos construyendo la presa Gonzalo N. Santos en El Peaje y los drenajes de la ciudad de San Luis Potosí, con que nunca había contado San Luis, y dos mil quinientos obreros que trabajaban en estas obras muy bien pagados desfilaron organizados en cinco batallones con una pala al hombro vestidos con iguales especie de uniformes, eso sí, las palas bien afiladas para cualquier emergencia y a su frente el comandante de esta brigada, el contratista, diputado, gargaleote y exgobernador de Durango de la extinta Alianza de Partidos Socialistas de la República, José Ramón Valdez y futuro gobernador de Durango por segunda vez con mi apoyo y el de Miguel Alemán.

Ya las banderas rojinegras estaban minimizadas, pero las ostentaban los sindicatos bajo las banderas tricolores que en el estado de San Luis Potosí imperaron durante todo mi largo mandato.

También invité en calidad de "amnistiados" al general Juan Barragán que había sido mujiquista, había coqueteado con el licenciado Padilla y lo incorporé a los auténticos revolucionarios y auténticos generales que ya he mencionado.

La víspera de la llegada de Alemán vinieron a quejarse conmigo los propietarios del hotel Colonial, diciéndome que Gurrola, ayudante del coronel Carlos I. Serrano, les había quitado por la fuerza las llaves de los cuartos que yo tenía destinados para los gobernadores y que las ocupó con gente de él, habiendo impedido instalarse en su habitación al gobernador de Veracruz, Adolfo Ruiz Cortines, que ya había llegado a la ciudad. Mandé llamar yo a Gurrola, al que yo no conocía, y al presentárseme me dijo que era *el jefe de ayudantes del coronel Serrano* y que en esos cuartos había instalado a gentes de su confianza. Inmediatamente le ordené a mi ayudante el capitán Agustín Ojeda Altamirano, alias Mano Prieta, y ya en presencia de él, le dije que lo desarmara y lo condujera a una celda de la penitenciaría del estado, a mi disposición. Me presenté personalmente en el hotel Colonial y ordené a todos los ayudantes que encabezaba Gurrola que sacaran sus maletas inmediatamente y al que no lo hiciera que lo condujeran así mismo a la penitenciaría del estado, todos obedecieron mi orden y evacuaron los cuartos, que como ya dije tenía yo destinados a los señores gobernadores.

Al día siguiente se celebró la manifestación en honor del candidato Alemán, la que no había tenido precedente en ninguna campaña política ni creo que a la fecha haya sido igualada. Desfilaron primero las danzas de la Huasteca, bailando sus sones y con sus vestidos de carácter, hombres y mujeres de las dos tribus, la tribu mexicana y la tribu huasteca, con todos los gobernadores a la cabeza empuñando sus bastones de mando. Después le seguían carros alegóricos con muchachas y muchachos vestidos a la usanza de cada región, con músicas típicas bailando en los camiones enflorados. Luego siguieron los cuadros alusivos de los héroes de la Revolución y los presidentes de México, de don Francisco I. Madero hasta el general don Manuel Avila Camacho y, naturalmente que ocupando cada cuadro su camión plataforma enflorado, desfilaron también los generales Francisco Villa y Emiliano Zapata. Escoltando estos retratos iban auténticos y conocidos villistas y zapatitas y después la gran manifestación de ciudadanos y ciudadanas en el orden que he dicho y al final ¡un cuerpo de ejército de caballería de campesinos compuesto por catorce mil jinetes! De estos jinetes, tres mil que fueron de la huasteca totalmente armados, los demás parcialmente armados; pero no se crea que todos eran agraristas, en esa columna desfilaron junto con los campesinos del agro todos los

rancheros y vaqueros potosinos. También desfiló el 19 batallón de línea portando sus máuseres y muchos con pistola además y dotación de cartuchos sin sus bayonetas, vestidos de atletas y haciendo ejercicios gimnásticos. Este batallón lo mandaba el coronel Cipriano Izquierdo Vivanco, alias el Bigotón, a quien el gobernador del estado tenía debidamente remunerado. El general Miguel Molinar, comandante de la zona, se oponía a que el batallón concurriera al desfile, pero yo me le impuse y los sardos desfilaron con bandera alemanista. El general Miguel Molinar era muy gallina haciéndole favor. Fue de los prisioneros que junto con los coroneles Manuel Avila Camacho y Maximino Avila Camacho, siendo Molinar también coronel, cayeron prisioneros de los infidentes delahuertistas Manuel M. Diéguez, Enrique Estrada y Samuel M. Santos en Morelia y cuando estos jefes rebeldes les exigieron a estos tres coroneles y a otros oficiales más que firmaran su compromiso bajo palabra de honor de no volver a tomar las armas en esa lucha en favor del gobierno, los coroneles Maximino y Manuel Avila Camacho se negaron rotundamente a firmar ese compromiso, pero el coronel Miguel Molinar, hecho un mar de llanto, firmó el humillante compromiso. Esto me lo contaron primero los ya generales Manuel Avila Camacho y Maximino Avila Camacho con quienes, como se sabe, siempre sostuve íntima y estrecha amistad y me lo confirmó mi hermano el general Samuel M. Santos, que fue uno de los jefes infidentes que los hizo prisioneros en Morelia. Mi hermano Samuel me contó estos hechos con todo detalle muchas veces y cuando lanzamos la candidatura de don Manuel para la presidencia de la República me dijo: "Yo sé que tú eres muy amigo de los Avila Camacho, los dos se portaron muy hombres cuando los hicimos prisioneros en Morelia, se negaron rotundamente a firmar el compromiso que les exigíamos y luego el coronel infidente Miguel Arnáis los amenazó de muerte si no firmaban y el entonces coronel Manuel Avila Camacho, dirigiéndose a su hermano, el también coronel Maximino, le dijo: 'Hermano, se nos presenta esta buena ocasión de morir con honor y digo que es buena ocasión porque es más satisfactorio morir honrosamente y cumpliendo con nuestro deber que morir vulgarmente". Maximino le contestó: "Vamos juntos al patíbulo, hermano, pero yo tampoco firmaré nunca ese papel'. "El infidente Arnaís los quiso maltratar de palabra y mi hermano el general Samuel M. Santos se le impuso y lo echó fuera del cuartel donde estaban los prisioneros. Me relataron varias veces estos hechos los generales Avila Camacho y el general Samuel M. Santos y siempre cuando ellos, los Avila Camacho y mi hermano Samuel, recordaban este hecho de Arnáis se reían mucho de la actitud que guardó Molinar, pues me decían: "Nunca dejó de llorar llegando hasta los sollozos, pero firmó el indigno compromiso por miedo a que lo matara el coronel Arnáis, que ya había ido al hospital militar a asesinar al general Chato López, de-

fensor de Morelia contra de los delahuertistas en donde se encontraba herido y así villanamente Arnáis lo asesinó personalmente y esto infundió pánico al semillón coronel Molinar y se le doblaron las corvas y firmó cobardemente el documento que le presentaron los jefes infidentes". Molinar era de origen exfederal y cuando yo le pedí al presidente que al muy ameritado valiente soldado de la Revolución, divisionario Matías Ramos Santos, le diera una comisión mejor que la comandancia militar de San Luis Potosí, porque como Matías era mi pariente y había sido mi jefe en las campañas contra Villa en Chihuahua no me sentía muy a gusto con él, pues aunque el general Matías Ramos Santos era discreto y muy respetuoso de mi autoridad y de mi persona yo prefería como comandante militar en el estado un jefe que hiciera menos bulto, pues para hacer bulto en San Luis Potosí era suficiente conmigo, el presidente Avila Camacho me dijo: "Compadre, ¿usted conoce al general Miguel Molinar que está en Veracruz?" "No compadre —le contesté—, personalmente no lo conozco, pero ya mi hermano Samuel, Maximino y usted me lo han pintado y a través de ustedes lo conozco, ¿por qué?", le pregunté. "Bueno —me dijo—, que para su estrategia política es el comandante militar que le conviene". "Sí, señor compadre —le contesté—, pero solamente hasta que se verifiquen las elecciones presidenciales, después necesito un jefe militar macizo". "Bueno, compadre —me dijo el presidente Avila Camacho—, allá le mando a Molinar en pocos días", y así fue. Molinar, como ya dije, se oponía a que el 19 batallón desfilara en la manifestación alemanista como parte del sector popular, pero ya dejé asentado también que me le impuse y el coronel Cipriano Izquierdo Vivanco, comandante de ese cuerpo, me dijo: "Si el general Molinar nos pone obstáculos para desfilar yo desfilaré con todo el contingente del 19 batallón; présteme un cuarto aquí en Palacio de Gobierno. Allí lo dejamos con una opípara comida y con una botella de buen vino y dos ayudantes de usted vigilándolo para que no se entrometa en nuestras cosas". Pero no hubo necesidad, Molinar vino y me dijo: "Si me levantan un acta y usted me ayuda, señor gobernador, no hay ningún inconveniente que el batallón desfile como contingente atlético deportivo". Yo le dije: "Le ayudo a usted hasta para falsificar el acta de la Independencia, si eso fuera necesario, no sea usted culo, mi general". Todo se verificó conforme a los planes previamente establecidos, aquel "contingente atlético" desfiló con fusiles máuser de infantería al brazo, haciendo vistosas evoluciones mejores y con más bizarría que las que hicieron los "Halcones" de Echeverría el jueves de Corpus en junio 10 de 1970 entre las calles de Ocampo y el centro de la Ciudad de México, con la diferencia que los "atletas" del 19 batallón no golpearon ni arañaron a nadie.

Tras este contingente desfiló el Pentatlón Universitario, organizado por el rector de la Universidad, doctor Ignacio Morones Prieto, después

secretario de Salubridad y Asistencia, gobernador de Nuevo León y director general del Seguro Social, con fusiles máuser que yo les proporcioné y ellos sí llevaban bayoneta calada. El general Molinar, comandante de la zona militar, me acompañó al balcón del Palacio de Gobierno acompañado de su Estado Mayor compuesto de oficiales muy brillantes y gallardos procedentes del Colegio Militar, entre los que destacaba principalmente por su porte militar el joven capitán Daniel Gutiérrez Santos, general y jefe de la Policía del Distrito Federal. Con Gutiérrez Santos hice estrecha y grata amistad que hasta le fecha conservamos ambos, nacida de un curioso incidente acaecido en una fiesta campestre en la quinta del coronel Godínez (el coronel Godínez era entonces jefe de la Policía Auxiliar del Distrito Federal y fue también jefe de la Policía Bancaria).

El licenciado Alemán con un grupo muy numeroso de gobernadores y las personas de su séquito, por cierto pocas como entonces se acostumbraba, ocupó un balcón que le teníamos preparado en un hotel muy cercano a Palacio de Gobierno, pero cuando vio que la manifestación se desarrollaba tan entusiasta, tan brillante y bien organizada y llena de colorido, bajó del hotel, se encaminó a Palacio y con sus acompañantes, ocupó sitio en el balcón en que yo estaba, sin importarnos a él ni a mí ni a ninguno de los demás que nos acompañaban, las críticas que nos pudieran hacer los adversarios, pues realmente ni al licenciado Alemán como candidato ni a mí como gobernador nos importaba nada hacer farsa de neutralidad cuando la República entera sabía que el estado de San Luis Potosí, conmigo a la cabeza, estábamos metidos en la campaña hasta las "cachas" en favor del candidato de nuestro partido.

Terminada la manifestación nos retiramos a mi domicilio de la quinta Tamuín, donde después de breve descanso presenté a los miembros del alto clero que, encabezados por monseñor doctor don Gerardo B. Anaya y Díez de Bonilla, nos estaban esperando. Allí en mi casa le presentaron su adhesión a Alemán el obispo, los canónigos y los más distinguidos curas católicos de la ciudad y aquí debo hacer una aclaración, yo nunca he asistido a ninguna ceremonia religiosa, en mi niñez me llevaron y bautizaron: pero como perdí a mi madre cuando tenía cuatro años de edad, mi padre jamás se preocupó de inculcarme ninguna creencia religiosa que no fuera la creencia en Dios que siempre he conservado; pero yo ya para entonces muy fogueado y veterano de la política y conocedor de la historia y siendo gobernador de un estado donde en la ciudad capital abunda y domina la "mochería" y donde las clases altas son tan beatas y la clase media profundamente religiosa y el pueblo totalmente creyente, nunca estuve dispuesto a cometer exageraciones y me supe atraer sin yo buscarlos a los sacerdotes católicos más prestigiados y que repudiaban al sinarquismo y a los curas sinar-

quistas aliados a los "curros" de la ciudad. Esta política me facilitó gobernar el estado, eso sí, en mis relaciones personales y las de mi esposa con esas gentes jamás permití que se violara la Constitución ni tuve que hacer grandes esfuerzos para que se cumpliera con la ley, pues desde un principio me di a respetar y fui respetado.

Durante el desfile y después de él, fui muy felicitado por el candidato, licenciado Miguel Alemán y por sus acompañantes, entre los cuales por cierto iban muy pocos de los que después habían de ser miembros de su gabinete (el licenciado Ramón Beteta y el doctor Pascacio Gamboa, presidente del PRI).

También invité como amnistiado al profesor Graciano Sánchez que había sido secretario general de la Confederación Nacional Campesina durante el gobierno del general Cárdenas, pues Graciano desde entonces era henriquista, solamente que como el general Henríquez Guzmán no se lanzó como candidato, Graciano se quedó colgando de la brocha y se replegó a mis banderas, aunque de mala gana y gesto agrio. Yo sabía que no era sincero, pero esa vez lo controlé.

Como dije también invité al profesor Graciano Sánchez, de origen porfirista, huertista y dizque villista, y al general Juan Barragán, en calidad de amnistiados muy amigo personal mío y que fue en un tiempo subalterno de mis hermanos Pedro Antonio y Samuel, de lejano origen porfirista, pero que se afilió a la Revolución en 1913 y a "su modo" sirvió al constitucionalismo y digo que en calidad de amnistiados porque Graciano Sánchez había dado color henriquista, y Juanito Barragán había sido discreto padillista, sin haberse definido públicamente.

Después de esta manifestación de fuerza revolucionaria, quedaron admirados el candidato Alemán y todos mis invitados de la República, de que aunque después del gran desfile y formidable manifestación se dispararon millares de cohetes, centenares de cohetones, toneladas de serpentinas y confetis, muchos costales de flores y lo que dejan a su paso catorce mil caballos marchando a paso de desfile, la ciudad de San Luis Potosí lucía sus calles y plazas *limpias como un espejo*. Habíamos tenido la precaución de preverlo todo y quinientos barrenderos bien pagados y el cuerpo de trabajadores de las obras de la presa en construcción Gonzalo N. Santos y de las obras del drenaje de San Luis Potosí, convertidos en brigada y a las órdenes del diputado José Ramón Valdez (contratista de las obras) haciendo el papel de zapadores y conforme iba terminando el desfile fueron barriendo plazas y calles y candidato y visitantes quedaron maravillados de que la ciudad quedara al día siguiente, como ya lo dije, limpia como espejo.

El candidato, licenciado Miguel Alemán, su esposa, doña Beatriz Velasco de Alemán y su hijo Miguel, fueron nuestros huéspedes en mi domicilio quinta Tamuín durante todo el tiempo que permanecimos en la ciudad. Ya habíamos dado una demostración de fuerza popular, ahora

llevamos al candidato y su familia a una hacienda en las cercanías de la capital, de esas haciendas en que antes de mi mandato había tienda de raya y misa, no sé si muy seguido, pero por los menos todos los domingos, con el cura alojado en la casa de la hacienda y que ahora tenían que pagar el salario mínimo en dinero efectivo y no en vales, ni con tunas como antes lo acostumbraban. En esa hacienda se festejó al candidato y a su familia y naturalmente a mí y a la mía. A ese festejo, los dueños de la hacienda, por petición mía, invitaron a las familias más reaccionarias y seudoaristrocráticas de la ciudad de San Luis Potosí y allí bailaron bambas y bebieron tequila con sangre (de borrego pues no conocían la sangre tequilera) y vieron bailar huapango a mis huastecos y huastecas que desde mi tierra y acompañados por nuestras músicas regionales habían venido a pisarles el fleco a sus prejuicios seudoaristocráticos; y demostraron servilismo, pero yo, coyote baleado en muchas "majadas", permanecí como el venado correteado: con una oreja parada hacia adelante y la otra oreja hacia atrás.

En esa fiesta la dama más archirreaccionaria del estado, señora Cucú Cabrera Ipiña de Corsi, descendiente en línea directa de la potosina doña María de Gándara, que fue esposa del sanguinario general realista Félix María Calleja y única virreina mexicana, recitó dos odas muy malas y cursis de su propia cosecha, una dedicada al licenciado Alemán y a su esposa Beatricita y la otra a mí y a Leola, también mala y cursi y también hipócrita; por allí la conservo.

Otro día después de esta fiesta en que creímos el licenciado Alemán y yo que le habíamos tapado a Padilla este portillo de la reacción, invité al candidato a que fuéramos el y yo sin escolta y sin acompañantes a recorrer los mercados de la ciudad, pero cuando íbamos en camino a los mercados una parvada de guaruras de los del coronel Serrano se subieron al carro que ocupábamos el licenciado Alemán y yo. Unos se treparon al cofre, otros a las salpicaderas y otros agarrados de las puertas. Me pareció bochornoso el espectáculo, ordené al chofer que parara el carro, que era el mío, y les ordené a los "moscas" que se bajaran, uno de ellos de apellido Blanco, me dijo: "Señor gobernador, nuestra obligación es cuidar a nuestro candidato". Yo les dije: "La obligación de ustedes es cobrar la nómina y bájense luego; aquí en San Luis Potosí yo con mi vida respondo de la vida del licenciado Alemán, pero aunque sufriera un atentado y perdiera la vida es una de las obligaciones de los candidatos de la Revolución, saberse morir antes que hacer el ridículo". Estos individuos se quedaron viendo al licenciado Alemán, que les ordenó que se bajaran y así seguimos Alemán y yo solos. Antes de llegar a cada uno de los mercados nos fuimos bajando Alemán y yo solos y caminando a pie, aunque sobraron lambiscones que se apresuraron a acompañarnos en este recorrido. Mi idea era que Alemán hablara con los puesteros y las puesteras de los mercados,

que nunca han tenido pelos en la lengua y personalmente pudiera captar si el verdadero pueblo estaba con nosotros o no estaba. A Alemán y a mí nos regalaron frutas y flores los locatarios y puesteras en los tres mercados que entonces había en la capital potosina y que se habían construido durante mi gobierno.

Durante la noche cité a todos los elementos del clero, encabezados por monseñor obispo don Gerardo Díez de Bonilla y los canónigos don Pedro Moctezuma, don Ricardo B. Anaya y el popularísimo padre Arreola que estaba al frente nada menos que del Santuario de Guadalupe de aquella ciudad y del distinguido jesuita padre Cabral (mártir Cabralito).

Pasaron los días y una de las más "aristócratas" damas de la ciudad y estrellas de La Lonja me dijo que próximamente iría a la Ciudad de México y que allá le gustaría platicar conmigo completamente en privado y yo le dije que tendría mucho gusto en recibirla y en forma privada como ella lo deseaba o en mi casa, que le ofrecía como suya. Después de la gira de la Huasteca, acudí en la capital a esa cita singular, sin saber yo de qué se iba a tratar, imaginándome que iría a pedirme algo en beneficio de su marido, pero no fue así, me equivoqué. La rubia dama, que sí se parecía mucho en modales y hasta en figura a las damas que yo había tratado de la aristocracia en Bruselas (también trate a las de Copenhague, pero éstas no son sofisticadas), me dijo sin preámbulos: "Gonzalo, te están traicionando". " ¿Quiénes?", le pregunté. "Los y las de La Lonja; la sociedad de San Luis te va a dar una sorpresa pues ya has visto cómo les han bailado bambas al licenciado Alemán y a ti y a sus esposas les han compuesto odas y los han festejado en días de campo y les han dado bailes de gala en La Lonja y banquetes en la misma Lonja y en la Cámara de Comercio, parecen entregados en masa a la candidatura de Alemán, pero, te repito, los están traicionando a él y a ti. Llegó a San Luis Manuel Herrera y Lasso que es primo hermano de José Perogordo, que es uno de tus más aduladores y están organizando una especie de masonería blanca para aplaudirlos a ustedes y gritarles vivas, pero también están organizados para votar en favor del licenciado Ezequiel Padilla".

Yo oí a la señora con toda atención, con toda calma. Con esta dama yo sostenía relaciones platónicas (me la echaba al plato) y le dije: "Mira, yo a esta gente la conozco como si los acabara de desensillar; la reacción de San Luis Potosí es la más taimada y siniestra de la República. Ellos festejaron en la ciudad de San Luis, cuando las guerras de Reforma, a los generales reaccionarios Luis Osoyo y Miguel Miramón, pero como se dieron cuenta de que Osoyo, aunque andaba peleando en favor del Partido Conservador, no era un reaccionario y sólo los utilizaba para lograr sus ambiciones, resolvieron eliminarlo y así lo hicieron envenenándolo para que no se proclamara lógicamente jefe del partido reaccionario

y una vez muerto Osoyo proclamaron los reaccionarios y clericales de San Luis como jefe al general Miguel Miramón, que desde entonces llamaron los potosinos y después todos los reaccionarios del país, Miguel Siervo del Señor, como nosotros en nuestra época llamamos al general Plutarco Elías Calles Jefe Máximo de la Revolución. Toda la discreción que me estás pidiendo a mí que guarde yo de esta visita, te pido yo que la guardes tú; ellos creen que se van a burlar de mí y vas a ver cómo el que se va a burlar de ellos soy yo, y me voy a reír mucho en la cara de ellos". Regresé a la ciudad de San Luis Potosí y seguí haciéndome la "gatita mansa" tolerando a la reacción, papel que había hecho con toda conciencia y conocimiento de causa, pues a la señora Cucú Cabrera Ipiña, que era la estrella más refulgente de aquella seudoaristocracia reaccionaria, antes la hice primera regidora del ayuntamiento de la capital y hasta la dejé probar algunos días la presidencia municipal de la capital del estado para que se engolosinara y después la hice diputada local. En ambos puestos, la Cucú Cabrera Ipiña de Corsi fue un cero a la izquierda, pues el ayuntamiento estaba compuesto de regidores obreros de la clase media con una gran representación de ferrocarrileros, CTM, obreros de España Industrial, obreros metalúrgicos, etcétera, etcétera, con el secretario del ayuntamiento, señor licenciado José Quijano, hombre muy adicto a mi gobierno y a mi persona, de mucha calidad y de gran prestigio en la Universidad de San Luis, como tesorero del municipio Pedro Angel Mendoza, antiguo capitán primero del 16 regimiento auxiliar que yo comandé contra los cristeros y uno de mis más valientes, brillantes y adictos gargaleotes. Para facilitar más la labor de la Virreina, como le llaman los curros de San Luis a Cucú, el jefe de la Policía era el entonces coronel sonorense, muerto general, Jesús Vizcarra Gómez (sobrino del extinto general Arnulfo R. Gómez) que venía militando conmigo desde capitán, hombre muy enérgico, muy leal, muy adicto y también distinguido gargaleote y para adornar más la corona de la virreina, primera regidora que a veces fungía de presidente municipal; en la prisión preventiva, llamada El Charco Verde, siempre turnaba como director a uno de mis gargaleotes. Lo único que no nombré en este ayuntamiento fue al confesor de Cucú y de su inefable marido, el mocho rezandero Pedro Corsi, por no estar interesado en los pecados de la virreina y su consorte. Naturalmente todo esto no se lo dije a mi dama amiga confidente.

Regresé a San Luis Potosí, reuní a la legislatura y acordamos que a Cucú, que ya para entonces era diputada local, le llevara personalmente el tesorero Ismael Salas todos los emolumentos que le correspondían (dietas) hasta el último día de su periodo "legislativo" y los diputados la invitaron a que no asistiera más a una sesión. Pero este acuerdo mío con los diputados se guardó en secreto y se verificó hasta el día siguiente de las elecciones presidenciales. Llamé a mi domicilio a la

quinta Tamuín a mi amigo, compañero de la Revolución, teniente coronel Macario Balderas que fungía como secretario de honor y justicia del sindicato petrolero de Ebano y también llamé a mi amigo y protegido Enrique Saldaña, que residía y hasta la fecha reside en Tampico. Me encerré con estos dos amigos en el despacho y allí en mi casa en otra pieza tenía al jefe del padrón electoral y a todo el cuerpo de "sabios" entendidos en achaques de elecciones. Al del padrón lo presenté con Macario Balderas y con Enrique Saldaña, alias Kikirikí. Estos dos hombres eran ante todo dos eminentes y sagaces tahúres, para ninguno de los dos tenía secretos la baraja ni había juego que no conocieran, ni trampa que no supieran hacer. Le dije al del padrón electoral que se pusiera a las órdenes de Macario y Enriquito incondicionalmente. Al coronel Vizcarra le ordené que los apoyara también incondicionalmente y a Salas, el tesorero, le ordené que los remunerara liberalmente cuando terminaran su trabajo.

No voy a entrar en muchos detalles, sólo quiero dejar asentado aquí que al del padrón le señalé con mi pluma en una lista a todos aquellos de quienes tenía yo sospechas de que iban a votar por el licenciado Ezequiel Padilla para la presidencia, que les entregara a Macario y Enriquito sus boletas de elector y a Salas le ordené que se entregara a estos dos hijos predilectos de Birján las boletas en que iban a votar todos los curros de San Luis. Macario Balderas y Enrique Saldaña traían, como siempre acostumbraban, una tinta muy fina para marcar barajas y lupas especiales para que este trabajo no pudiera descubrirlo ni un lince. El del padrón no se dio cuenta del objeto específico de aquellas órdenes mías, pero por las dudas le dije: "La lengua guarda el cuello". "No tenga cuidado, señor gobernador", me contestó.

Recibí en Palacio la visita de don Manuel Herrera y Lasso que iba, según él, solamente como candidato a diputado por Acción Nacional sin ninguna "conexión con Padilla y el padillismo". Al recibir yo la visita de este caballero, saqué a relucir mis más finas maneras aprendidas en la corte de Bruselas. Lo hice que se sentara antes que yo lo hiciera, le quité personalmente la gabardina que portaba y el sombrero y los coloqué en su lugar. El llevaba la impresión de que iba a tratar "con el monstruo" y yo, sin esforzarme, imité lo más finamente que pude al conde de Brocqueville, presidente del Partido Católico Belga y presidente del Consejo de Ministros del reino. Lo escuché. Me dijo él que su interés de ser diputado al Congreso de la Unión por la capital del estado tenía mucho de romántico, pues su posición como abogado en México lo haría perder dinero si entraba a la Cámara, pero no perdería el tiempo pues iba a poner su inteligencia (que era grande) al servicio de nuestro estado y de su ciudad natal y del país que, aun cuando éramos el y yo de diferente ideología política y diferente filosofía religiosa, él sabía, porque se lo habían informado todos sus amigos potosinos, que

yo estaba haciendo un gran gobierno civilizado y una administración brillante. Yo le di las gracias con muchas frases en francés y parte en español con intención de hacerle ver que yo no era el monstruo que le habían contado o había leído; le platiqué de los partidos políticos que yo había conocido y frecuentado en Francia y en Bélgica, le hablé de mis relaciones como *monsiour* E. Herriot, con León Blum en Francia y de mi amistad y trato con el conde de Brocqueville, con *monsieur* Vandervelde, presidente del Partido Socialista Belga y de la Tercera Internacional, con el diputado Pierard, líder parlamentario socialista belga, con *monsieur* Hoysman, presidente del Partido Socialista Flamenco y burgomaestre de Amberes, así como el honor que tuve de tratar a *monsieur* Raymond Pocairé, presidente de Francia. Le platiqué de mi experiencia en el plebiscito del Sarre, en el cual estuve presente, y de la vida social que había llevado a cabo en París y en Bruselas, mis relaciones con Von Pappen en Alemania, al que yo había conocido a través de mi hermano Samuel M. Santos en Tampico. Tamaulipas, durante la Primera Guerra y, después de un rato de charla, el señor licenciado don Manuel Herrera y Lasso, me dijo: "Señor gobernador, es una honra para mí estarlo conociendo y esto se lo digo como intelectual, como mexicano y como potosino; a usted no lo conoce la prensa". Le contesté: "Sí, me conocen todos, los grandes periodistas y los que se arman de una libreta y de un lápiz y consiguen una chamba en un periódico y por ese hecho se dicen periodistas". "Entonces, ¿por qué le han hecho la leyenda negra?", me preguntó. Yo le contesté rápidamente: "Por dos razones: la primera, porque casi con todas las luchas políticas nacionales revolucionarias les he pegado duro y la segunda, y principal, es porque no les pago. Algunas veces lo hice y me elogiaron; pero al 'levantarles el zarzo' me volvían a atacar con más saña y opté por gastarme el dinero que en eso empleaba en otras cosas".

Le platiqué también al señor Herrera y Lasso de mi experiencia al concurrir a una convención del Partido Socialista Radical presidido por *monsieur* Herriot en Lyon, Francia, de cuya ciudad *monsieur* Edouard Herriot era burgomaestre (presidente municipal) a la vez que primer ministro.

"Me han dicho, señor gobernador —me dijo—, que a usted le gustan mucho los galllos". Yo le contesté: "Sí, señor licenciado, pero más me gustan las gallinas y sobre todo las pollas". Eso se lo dije en francés, idioma que el muy culto y eminente licenciado Herrera y Lasso entendía, pero no hablaba. Antes de que se retirara el licenciado Herrera y Lasso le ofrecí toda clase de garantías y que las elecciones serían enteramente libres y cumplí mi oferta, solamente no le dije al eminente jurisperito potosino que las elecciones iban a ser enteramente libres, pero que el cómputo lo iba a hacer yo. Salió muy complacido el señor licenciado Herrera y Lasso y yo salí a despedirlo hasta la escalera de

Palacio y allí hice que lo acompañara hasta la calle mi secretaria. Le ofrecí carro para que lo llevara a donde él quisiera, pero me dijo que estaba tan cerca La Lonja, a donde él se dirigía a comer, que no valía la pena, que regresaría a pie, que además quería embriagarse de provincia.

En la noche, acompañado del tesorero Salas fui a La Lonja a tomar unas copas y poco faltó para que los curros me levantaran en peso. Se arrebataban la palabra unos a los otros para elogiarme y decirme los grandes conceptos que de mí les había expresado el señor licenciado Herrera y Lasso.

Antes de que se verificaran las elecciones se suscitó un incidente grotesco y vergonzoso: se organizó una pequeña manifestación en favor del licenciado Padilla, encabezada por un ferrocarrilero que había mandado Melchor Ortega, jefe del partido padillista, a San Luis. El licenciado y diputado Fernando Moctezuma, ya candidato a senador declarado por el Partido, seleccionado y apoyado por mí y que no peleaba ni con gallinas, se le ocurrió o *tal vez se le antojó* meterse a "valiente" y acompañado de un borrachín que era mi secretario particular y a quien yo había hecho diputado, organizó una pequeña banda de borrachales, gorrones y *amanerados*, y atacaron a pedradas y garrotazos la pequeña y débil "manifestación" padillista a la altura del teatro O'Farril, Moctezuma y mi secretario, Miguel Romero Ibarra, iban al frente de sus ebrios y *amanerados*.

Los padillistas se defendieron; el tal Miguel Ibarra sacó la pistola y la disparó contra los padillistas, no así el "valiente" diputado licenciado Moctezuma que sacó la pistola y la disparó al aire, la que se le cayó de la mano y los mismos vagos que lo acompañaban se la robaron. Yo creo que el diputado Moctezuma ésta fue la primera y última vez que empuñó un arma, *pues él no era para el caso*.

Como el joven licenciado Antonio Rocha figuraba como suplente a senador, Moctezuma, que era candidato a propietario, se creyó con derecho a enrolar a Rocha en su pantomima, pero Rocha lo mandó a paseo y no le hizo caso. Cuando tuve yo conocimiento de estos ridículos y vergonzosos hechos, reuní a todos los principales líderes políticos y funcionarios del Partido y del gobierno en el salón principal de Palacio, incluyendo al diputado Moctezuma y a Romero y en presencia de todos les di una señora puteada a Moctezuma y a Romero, habiendo cesado allí mismo a Romero como mi secretario y habiéndole "cantado allí mismo las cuarenta" le dije: "Usted, pendejo borrachín y mal conseguidor, no vuelve a ser diputado, ni regidor ni gendarme por el estado de San Luis Potosí". A Moctezuma la putiza que le di fue más larga al grado de él agachar la cabeza hasta casi pegarla al suelo (pues era encorvado). Entre otras cosas le dije: "Tú, pedazo de pendejo, que no has visto nunca un choque de hombres y menos de mujeres porque nunca te les has encarado, ¿de dónde me saliste pantera?, ¿acaso te crees un

gargaleote? Tú eres güizachero y te utilizo en eso, en cosas de güizache como te utilizó el general Cedillo, pero conmigo te equivocas, yo tengo más cerebro que tú y sé lo que estoy haciendo". Después de este incidente Moctezuma fue a mi domicilio, a la quinta Tamuín, a pedirme perdón y yo consideré que a esas alturas ya era ridículo borrarlo de la candidatura, aunque ganas me sobraban de hacerlo y que Rocha fuera el propietario, como con posterioridad fue. Rocha en otro periodo fue senador y muy inteligente director del Senado.

Llegó el día de las elecciones. Yo estaba sobre aviso, como ya he dejado explicado, que los curros me tenían tendida una emboscada. Frente al licenciado Herrera y Lasso, candidato de Acción Nacional y hasta entonces candidato disfrazado de Padilla, el PRI postuló al profesor Florencio Salazar, un hombre menos que mediocre, cariñoso y leal conmigo, menos borracho que Herrera y Lasso, pero más visible en cantinas y piqueras, buen hombre, abúlico, pero para acabarla de joder lo metió la CTM como candidato por el primer distrito de la capital donde esa organización entonces era muy débil y aún a la fecha, con toda la fuerza que le di durante mi mandato, no ha llegado a ser mayoría en la ciudad ni puede serlo, pero los de la CTM se encapricharon que por ese distrito tenía que ser un diputado de la CTM, creyendo que con mi fuerza política y de la candidatura de Alemán saldría triunfante; pero yo no me confié.

Había dos hermanos carpinteros en la ciudad de San Luis Potosí, José Hidalgo, el Llorón, y su hermano Francisco Hidalgo. Los llamé y les entregué una ánfora y les mandé hacer tantas ánforas como casillas se iban a instalar en el primer distrito de la capital. "Estas ánforas —les dije a los Hidalgo— me las hacen todas con apariencia de usadas, como éstas que les estoy entregando con barniz un poco descascarado". Por abajo del ánfora los hice que abrieran un hoyo, les dije cómo deberían ponerles tornillos y en la cabeza de los tornillos una ligera cascarita de madera pegada para hacerlos invisibles. Ya provistos de las ánforas que yo mandé hacer, se las entregué a Ismael Salas, que era bien experto en estos achaques desde los tiempos en que luchábamos contra los delahuertistas y de antes también. No tuve que explicarle nada a Salas, pues él de estas cosas sabía casi tanto como yo.

Reuní en la quinta Tamuín a todos los líderes políticos que iban a tomar parte en la elección, inclusive el profesor Salazar, candidato a diputado, y les dije: "Ya vieron lo que pasó con los diputados Moctezuma y Romero y cómo les salió la estúpida pendejada que hicieron. No quiero ningún escándalo el día de las elecciones en ninguna parte y mucho menos en las casillas, a nadie se obstruccionará para votar y yo personalmente con mis ayudantes voy a andar vigilando las casillas y cualquier atropello que se cometa lo castigaré muy severamente como yo lo sé hacer. A los representantes de los partidos adversarios se les

deberá tratar con toda decencia y cordura, se les hará partícipes de las tortas, *coca-colas* y demás refrescos que el gobierno del estado les va a mandar".

Se verificaron las elecciones en orden y paz. Frente a las casillas vi formado en cola al licenciado Herrera y Lasso y toda la currada. El licenciado Ezequiel Padilla, candidato a la presidencia de la República, adversario del licenciado Alemán, era ducho en triquiñuelas electorales, pues muchas veces había andado en los grupos que yo encabezaba y con esta experiencia se dirigió al presidente de la República, C. general don Manuel Avila Camacho, pidiéndole que las ánforas que iban a contener las boletas de la elección fueran entregadas por los presidentes de casilla selladas.y lacradas en la jefatura de Hacienda bajo la custodia de las fuerzas federales y el presidente Avila Camacho dispuso que así se verificara. La votación estuvo muy ordenada y entusiasta, los curros muy alegres, la clase media de la ciudad de San Luis Potosí, que en su gran mayoría era nuestra, no concurrió a votar, pues hablando con franqueza diré que se sentían muy disgustados porque el diputado iba a ser un representante de la CTM, es decir, de los pocos obreros organizados que entonces había en la ciudad. Ya en la noche cuando todos los presidentes de casillas, acatando la orden del C. presidente de la República dada al comandante militar del estado, general Miguel Molinar Savoney, habían hecho entrega de las ánforas en la jefatura de Hacienda, edificio que quedó cerrado y custodiado por las fuerzas federales, mandé al tesorero Salas, que era casi gargaleote, que con dos o tres hombres de confianza se introdujera a la jefatura de Hacienda y eligiera al azar cuatro o cinco ánforas. Le di los diminutos desarmadores para que las abrieran por abajo y me trajera las ánforas ya abiertas para examinarlas yo personalmente acompañado de mis dos colaboradores tahúres, el teniente coronel Macario Balderas, alias Macarito, y Enrique Saldaña, alias Kikirikí. Salas vino y me dijo que no pudo entrar a la jefatura de Hacienda porque el oficial que estaba al frente del retén federal se negó terminantemente a permitirle la entrada. "¿Y no llevabas dinero?", le pregunté. "Le di a entender —me dijo— que sería gratificado y hasta me agarré la cartera para que la viera y el oficial se indignó, dijo que eran órdenes superiores y que a nadie dejaría entrar a ese recinto". Llamé al general Molinar por teléfono para que viniera a mi domicilio y le conté el incidente y Molinar me dijo: "Pues son órdenes presidenciales, señor gobernador". Yo le contesté: "¿Se está haciendo usted pendejo, mi general o de veras es pendejo?" Molinar palideció: "Yo estoy cumpliendo con una orden superior directa del presidente". "¿Pues qué no estuvo usted en el balcón conmigo y el licenciado Alemán cuando la manifestación alemanista? ¿No vio usted que el 19 batallón encabezado por su jefe el coronel bigotón Vivanco ¿desfilaron dizque de atletas pero con los fusiles en la mano? No la chingue

mi general —le dije—, no embarre al presidente, que sabe hacer las cosas suavemente y no con brusquedad, ¿pues para qué cree que me tiene a mí en San Luis Potosí?, ¿para qué cree que me tienen como presidente del bloque de gobernadores en toda la República? En verdad que aquí está demostrando usted claramente su origén de pelón" (exfederal). Seguí diciéndole a Molinar: "Cuando el señor Madero, presidente de la República, les ordenó a ustedes atacar La Ciudadela, en vez de hacerlo se unieron a Félix Díaz y defeccionaron y entonces no acataron órdenes superiores".

Molinar aguantó mi torrente con serenidad y me dijo: "Señor gobernador, el oficial que está allí es un capitán del Colegio Militar. A mí el presidente me ordenó que pusiera un oficial honorable y digno de toda confianza". "Pues usted —le dije— debió haber puesto a un oficial honorable, que no dudo que abunden en la guarnición, y de toda confianza de nosotros. Esto es muy poca dificultad para un hombre de carácter. Mire usted, mi general —le dije—, pocos tiros y a la plata (le dije una frase más grosera), llame usted a ese oficial y ordénele que en vista de que en el tren *Estrella* (el que corría de México a Laredo) van grandes valores para la frontera, se haga cargo él de la escolta del tren y que pone ese tren bajo su responsabilidad, pues además va una valija diplomática muy importante para el país destinada a nuestra Embajada en Washington y le dice usted, además, que lo felicita por su digna actitud, cuando elementos políticos quisieron penetrar a la jefatura de Hacienda y nombre usted al capitán Martínez, el Grandote (gargaleote), para que custodie la jefatura de Hacienda y de aquí mismo dé la orden por teléfono para que se verifique el relevo. Chingado —le dije—, yo no creo que se haya uniformado de opereta en la manifestación para quedarse de jefe de la zona en San Luis Potosí, hablando francamente bajo mi mando. Yo creo tiene usted otras aspiraciones, y en estas cosas de la política, mi general, lo único que vale 'es toma para que me des'".

Se hizo el movimiento del capitán que comandaba el retén de la jefatura de Hacienda y siento no poner su nombre en honor de él, pues creo que le hubiera valido en su tiempo para su hoja de servicios, aunque tal vez ahora sea un respetable y digno general de división, esto lo ignoro, pues aunque tengo una privilegiada memoria, no puedo recordar el nombre de este capitán porque nunca lo supe.

Una vez que el capitán Martínez, con clases escogidas por él mismo, guarneció la jefatura de Hacienda, le dije a Salas: "Por docenas es más barato, tráete de una chingada vez las ciento y pico de urnas y aquí, con Macario y Enriquito, el Llorón Hidalgo y su hermano José, tú y yo y mi grupo de gargaleotes vamos a examinar a conciencia la votación", y así fue. Salas, de una sola camionetada, se trajo todas las urnas a la quinta Tamuín y allí nos amanecimos, como dice el verso del fandanguito. Lupa en mano, examinando cómo había votado cada ciuda-

dano (entonces no había ciudadanas) en las elecciones presidenciales, me refiero naturalmente al distrito de la capital y para no alargar este relato diré que el Llorón y su hermano abrieron las ánforas sin ocasionarles ningún rasguño y nosotros nos dimos a la tarea de examinarlas y sin sorpresa de mi parte pude darme cuenta de que toda la currada había votado por Padilla y por Herrera Lasso, excepción de unos cuantos que votaron por nuestro partido, Edgardo y Federico Mead y todos sus hijos, Antonio Garfias, que era presidente municipal puesto por mí, pues era primer regidor cuando el presidente municipal, un tal Gómez del Campo, alias Iscariote se sintió valiente como Fernando Moctezuma y, no obstante ser el alcalde de la capital, la emprendió a balazos contra los focos del burdel de una tal Gloria Risso y por ese acto cochino lo corrí del ayuntamiento.

Votaron también por nuestra planilla los ricos comerciantes Urbano Pérez, originario de Monterrey y compadre mío, don Constantino Villalobos, de Ojuelos, Jalisco, don Filiberto Herrera, también compadre mío y originario de Monterrey, y los hijos de estos señores. Alfonso Miramontes, que aunque le hacía a puro y a cachimba también votó por nuestro Partido. Este señor, por influencia mía era el representante de Petróleos Mexicanos en San Luis Potosí. Los demás reaccionarios, incluyendo a un tal doctor Martí que me limpio los dientes un día antes de las elecciones, y me vino a dejar servilmente hasta el automóvil, del que me abrió la puerta para que yo entrara, ése y su padre, Arturo Martí, un protegido mío, que era algo así como el agente diplomático de la reacción potosina ante el gobierno del estado y que siempre que llegábamos a La Lonja mi esposa y yo hacía una genuflexión inclinando su gran calva hacia el suelo y entregándole a mi mujer un ramo de flores, ése también voto en contra. Se llamaba Blas Heros, aunque antes de la Revolución se llamaba Blas de los Heros.

Vi con gran satisfacción y sin extrañeza que la boleta electoral de mi viejo y querido amigo Manuel Labastida y Peña había sido depositada en favor de nuestro Partido para la presidencia de la República y la diputación sin reserva alguna. Este señor, aunque era rico hacendado propietario de la hacienda Santo Domingo en Santa María del Río en San Luis Potosí y residente del aristocrático barrio de Tequisquiapan en la ciudad de San Luis Potosí y muy considerado en la sociedad tunera, no era un curro, era un señor charro, un verdadero ranchero y un auténtico caballero, católico sincero que rechazó a una fuerte banda de cristeros que trataron de apoderarse de su hacienda, defendiéndose en nutrido combate contra los fanáticos de Guanajuato. En esa acción, Manuel Labastida recibió un balazo en un brazo. Este arrogante charro que tanto amó a los caballos, murió por ironía del destino al recibir una patada de su caballo consentido. El revolucionario periodista Deódoro Batalla dijo: "Ni son todos los que están, ni están todos los que son". Me

ocurre decir esto del ranchero Manuel Labastida y Peña que los curros potosinos para adornarse lo consideraban erróneamente uno de los suyos. Presento a Manuel Labastida y Peña como un charro legítimo, hombre esclavo de su palabra, compositor de canciones sentimentales, las que él mismo se acompañaba con su guitarra, serio, enamorado, valiente y buen amigo; además, padre de sus trabajadores. Cuando yo llegué al gobierno de San Luis lo obligué por amistad a que fuera presidente municipal de Santa María del Río en donde lo veían ricos y pobres como un ídolo, lástima que ya no haya de estos hombres.

Como a las once de la noche se presentó en mi domicilio de la quinta Tamuín el señor licenciado don Luis Noyola, secretario general de gobierno. El licenciado don Luis Noyola era de familia reaccionaria, hijo del licenciado don Francisco Noyola, que fue secretario de gobierno en el estado de San Luis Potosí durante toda la dictadura del general Porfirio Díaz, primero con el gobernador general don Carlos Díez Gutiérrez, después con el gobernador ingeniero don Blas Escontria y al final con el último gobernador porfirista, ingeniero José María Espinosa y Cuevas; pero el licenciado don Luis Noyola no era reaccionario, siempre fue un liberal clásico, hombre muy pulcro, de buenas maneras, de muy refinada educación y de firmes principios morales y bien nacido.

Se me preguntará por qué lo puse yo como secretario de gobierno, y mi contestación es, porque así le convenía a mi política y ¡así le convino! Toda la reacción de San Luis Potosí pensaba que yo iba a poner de secretario de gobierno al licenciado Antonino M. García, huasteco, hechura política mía, revolucionario, compañero de colegio de mis hermanos Samuel y Pedro Antonio y adicto a mí hasta más allá de la lealtad y pariente mío, pero por todas estas razones precisamente no lo puse y lo coloqué como presidente del supremo del Tribunal de Justicia del estado. Pues bien, llegó el licenciado Noyola a mi domicilio cuando estaba yo trabajando con mis "pintores" (así se llamaba en mi tiempo a los falsificadores de documentación electoral). Le dije al licenciado Noyola, al que yo respetaba mucho y que él también me respetaba profundamente: "¿A qué se debe el honor de esta visita, licenciado?" Me contestó: "Tengo noticias dignas de crédito, señor gobernador, de que de la jefatura de Hacienda se han robado las ánforas electorales y 'eso es muy grave'". "¿Para quién es grave, señor licenciado —le pregunté—, para las ánforas o para la jefatura de Hacienda?" El licenciado Noyola se destanteó todo y se puso rojo: "Para todos", me contestó. "Bueno —le dije— mal de muchos, consuelo de pendejos, pero, mire, licenciado, para terminar con su angustia pase al salón". Lo introduje donde mis "pintores" estaban "laborando" y el licenciado Noyola vio con asombro todas las ánforas naturalmente abiertas y le dije con una lista en la mano: "Mire, licenciado, estos cabrones curros tuneros

creían que me iban a ver a mí el pelo de pendejo, 'yo no me quito el freno para beber agua', ni me dejo curar parado; ellos me pusieron una emboscada en esta elección en el primer distrito, donde yo les dejé votar libremente; pero no hay un artículo en la ley de Dios ni en los santos evangelios que me prohíba a mí hacer el recuento de las boletas electorales que ellos depositaron por Padilla y por el jesuita Herrera y Lasso, aquí se las estamos cambiando en favor de Alemán y del candidato de la CTM, profesor Florencio Salazar, pues mi compromiso es con la Revolución y no con una pinche ley electoral que nosotros mismos hemos hecho y por lo tanto no tiene nada de sagrada". Enrojeció el licenciado Luis Noyola por segunda vez y con toda cautela me preguntó: "¿Esto no es inmoral, señor gobernador?" Yo le contesté rápidamente: "*En política y en el juego, la moral es un árbol que da moras.* Con el mismo derecho que se creyeron autorizados a engañarme y a traicionarme los curros reaccionarios, con ese mismo derecho les estoy 'echando su baraja al lomo' y sacando nuestra carta 'viejo y en la puerta'."

El licenciado Noyola me dijo: "Señor gobernador, con todo respeto le digo que Pedro Antonio y el mismo Samuel (mis hermanos) no creo que hubieran aprobado este procedimiento". "Estoy seguro de ello —le contesté—, pero que cada quien responda en esta vida de sus propios actos; en esto, como en las peleas de gallos, que cada quien cobre a como haya casado sus apuestas, y yo estoy dispuesto a responder de los míos y estoy absolutamente seguro de que mi manera de luchar por la Revolución sería ciegamente aprobado por Carranza, por Obregón, por Calles, por Luis Cabrera y por Cárdenas y hasta por Villa y por Zapata, que nunca votaron ni les importó jamás papeles electorales. La ley electoral, señor licenciado, es como el juego de 'mochitanga': de un vivo y muchos pendejos; ni don Francisco I. Madero ni don Sebastián Lerdo de Tejada ni el Gandhi lo hubieran aprobado".

Se retiró el licenciado Noyola después de haber aceptado una copa de whisky y haber brindado conmigo, lo acompañé hasta la puerta y le dije: "Señor licenciando, de esto que acaba usted de ver y oír no le recomiendo reserva; por el contrario, me gustaría que todo el mundo lo supiera, muy especialmente los curros pendejos que creyeron que nos iban a poner en evidencia a mí y a la Revolución".

El jueves, día en que se verificaron las juntas computadoras, todo sucedió con el mayor orden. No hubo ninguna protesta formal de los padillistas ni de Herrera y Lasso. El cómputo en la quinta Tamuín lo hicimos como las propias rosas; a Ezequiel Padilla le dejamos una ridícula votación y a Herrera y Lasso le computamos un ochenta por ciento de los votos, con lo que los curros si no quedaron contentos, por lo menos los dejamos muy desorientados y comentaban entre ellos: "Pues a Padilla ni lo conocemos ni nos entusiasmó, pero al licenciado Manuel

Herrera y Lasso lo consideramos un futuro candidato a la presidencia de la República por su capacidad y su gran fuerza en la opinión sensata de la nación". Yo los oía pero mandé llamar a Blas Heros que, con mi apoyo, era el representante del capital en la Junta de Conciliación y Arbitraje. Yo lo apoyaba a él en ese puesto porque le hacía a puro y a cachimba. Cuando yo lo creía conveniente le daba consigna y él tenía que aceptarla, pues antes que todo cuidaba su chamba. Una vez en mi presencia Blas Heros, considerando que era el "heraldo" que llevaba las noticias a La Lonja y que era un santón de los curros, le dije: "Aquí está tu voto en el que cruzaste el círculo padillista y de Acción Nacional, aquí está tu credencial de elector, lo que comprueba que todas tus reverencias y genuflexiones para Alemán y para mí fueron falsas y así como tengo esta credencial y esta boleta tuyas, tengo todas las de los cabrones curros que nos traicionaron; pero su conspiración y traición valieron tres puñetas, pues aquí tienes el resultado oficial de la votación que verificó la junta computadora hoy por la mañana, por la que puedes ver que el licenciado Herrera y Lasso se fue a la mierda y que Padilla no llegó ni a cagada. Debes saber tú —continué diciéndole— y todos los cabrones curros tuneros que con el Alazán Tostado no se juega y no merecieron ustedes ni siquiera el honor de que les hubiera mandado dar una paliza con pretexto de las elecciones". Blas Heros cambiaba de color, del rojo al amarillo, y cuando terminé mi filípica, él me dijo, muy compungido: "Gonzalo, yo en ese medio nací, en ese medio me he criado y en ese medio vivo social y económicamente, créeme que soy tu amigo, te estimo y te respeto y estoy muy agradecido de ti, pero hay presiones sociales, morales y de familia que a veces no se pueden superar; créeme que si yo me hubiera dado cuenta de que tu vida corría algún peligro, hubiera venido a decírtelo aunque peligrara la mía; pero esto de las elecciones, sabiendo lo fuerte que tú eres en política, no lo tomé a pecho y sabía que el grupo al que pertenezco no llegaría a ninguna parte, que nada te perjudicaría y además no tengo fuerzas ni espíritu para divorciarme de la gente a que pertenecieron todos mis antepasados. Dispénsame, puedes retirarme tu protección, pero no me retires tu amistad". Yo le dije: "A la 'visconversa', desde este momento te retiro mi amistad, pero no te retiro mi protección, seguirás en la junta y cuando tengas un asunto que tratar con el gobierno, ya no me busques a mí porque no te recibiré, voy a darle instrucciones al licenciado Noyola Barragán para que él te atienda y al tesorero Salas para que te siga pasando la 'piltrafa' y diles a los curros de La Lonja que a mí 'me echan tres en el furgón' y dos en la plataforma". Di por terminada la entrevista, después llamé a mi secretario de gobierno, licenciado Luis Noyola Barragán y le dije: "Licenciado, quiero platicar con usted lo relativo a estas elecciones que acaban de pasar y explicarle mi conducta; mire usted —le dije—, la reacción de toda la

República mexicana en connivencia con Padilla le 'amarraron navaja al licenciado Herrera y Lasso para que viniera a San Luis Potosí y llegara a la Cámara, donde después de protestar como diputado automáticamente se convertiría en el líder de la reacción mexicana y principalmente del clero y los clericales; mi deber de revolucionario era impedir eso. La reacción potosina me estuvo dando la 'suave' y el propio Herrera y Lasso me vino a decir personalmente que su candidatura nada tenía que ver con Padilla y el padillismo, que todos sus amigos y partidarios naturalmente iban a votar por él, pero también por el licenciado Alemán, yo no lo creí y me hice la 'gatita mansa' y cuando ellos tenían bien afilado el puñal para herirnos a traición, yo los hice pendejos en la forma más decente que se puede hacer en la política mexicana, pues yo pude hablarles hecho una lucida 'sacualtipana' matanza antes de las elecciones, de tal forma que ningún reaccionario se hubiera atrevido a votar ni por correo, pues a la hora de los chingadazos yo siempre he sido y hasta la fecha soy campeón nacional. Les di a tragar el anzuelo hasta el 'cordel' y los pesqué como bagres, pero ninguno fue golpeado y ellos ejercieron sus derechos en las casillas electorales y yo ejercí los míos en el cuartel revolucionario de la quinta Tamuín. No estamos en tiempos del señor Madero y debe usted saber porque usted vivió ese tiempo, aunque del otro lado de la cerca, que esos ensayos idealistas le costaron a la nación mucha sangre y que hace poco, como a usted le consta, nosotros con nuestras fuerzas de soldados campesinos fuimos a apachurrar y a barrer a los cristeros levantados en armas en Jalisco y Guanajuato; estos hechos, que costaron mucha sangre y destrucción, no los debemos dejar resucitar los revolucionarios y a Herrera y Lasso lo quiere la reacción para líder de una restauración reaccionaria y en el poder Herrera y Lasso sería más peligroso que Victoriano Huerta, pues aunque es tan borracho como el Chacal, es mucho más inteligente y en lugar de pelearse con los americanos como se peleó Huerta, él buscaría la manera de entenderse con ellos, aun cuando en cambio tuviera que darles de regalo la Basílica de Guadalupe. Tocante a Padilla quiero decirle: nadie lo conoce tanto como yo, pues ha militado bajo mi liderazgo muchos años en las Cámaras de Diputados y Senadores, es mucho más inteligente que Herrera y Lasso, se ha sabido colar en nuestras filas, ha hecho muchos méritos en las tribunas de las Cámaras en favor de la Revolución de 1923 para acá, pero fue delabarrista y huertista; a la caída de Huerta emigró. Del destierro, regresó en 1920 y, convencido de que la reacción había muerto, por muchos años ingresó al callismo y se definió callista contra De la Huerta cuando cualquier diputado valía oro, mucho más un diputado de la calidad de Padilla, que era el mejor orador de la época. No se ha vuelto a enchuecar y hemos olvidado su huertismo, pero no para hacerlo presidente de la República, pues si Herrera y Lasso les regalaría la Basílica

de Guadalupe a los americanos, Padilla les obsequiaría gustoso el Zócalo con todo y Palacio Nacional. Es mi íntimo amigo personal, la esposa de él y Leola son muy amigas, pero *ésa es harina de otro costal*. Esas son mis razones señor licenciado Noyola; mi deber revolucionario es 'descrestar" a la reacción en San Luis Potosí. Bájese usted de las nubes color de rosa de su fantasía y colabore usted conmigo sin escrúpulos, pues yo no lo meto a usted ni lo embarro en mi acción contra el bandidaje, que ésa es cosa mía de la cual yo respondo ante la historia y ante Dios".

El licenciado Noyola era, como ya dije, liberal clásico de familias porfiristas, ateo y masón y empezó preguntándome: "¿Usted cree en Dios, señor gobernador?" Yo le contesté: "No sólo creo, sino que lo he visto muchas veces; pero no lo he visto como el licenciado José Vasconcelos, que dice que platica con él, yo lo he palpado muchas veces cuando solamente la intervención de Dios pudo haberme salvado la vida, pero nunca he tenido ninguna religión". Luego siguió diciéndome el licenciado Noyola: "Señor gobernador, me ha convencido usted; de política confieso que sabe usted mucho más que yo. Yo podría en esta ciencia que usted domina ser su discípulo, pero ya no estoy en edad de aprender. Traigo aquí en la bolsa mi renuncia, pero ya no se la presentaré a usted, seguiré trabajando a su lado y a sus órdenes con la misma lealtad que lo he hecho hasta ahora, si usted me ratifica su confianza". "Tiene usted, licenciado, no sólo mi confianza, sino también mi estimación y toda mi amistad". El se puso rojo y se paró y me estrechó fuertemente la mano, y me dijo: "Además de mi lealtad, cuente usted con mi admiración, don Gonzalo". ¡El licenciado Luis Noyola Barragán era un santo varón!

Contaba la sociedad "dorada" de San Luis Potosí, además de la virreina, con una "emperatriz" que así le llamaban por ser descendienta en línea directa de un emperador, pero las dos "realezas" eran diferencia, la virreina, baja de estatura, entre blanca y apiñonada, muy rica y enjoyada y la joven emperatriz, sin más riqueza que su elevada alcurnia y su delicada belleza, pero sin grandes bienes de fortuna ni joyas espectaculares, era alta y rubia, no era politiquera ni poetisa y además se bañaba. Estas dos damas aún existen, aunque la emperatriz ya alejada de la provincia; a las dos les deseo todo género de dichas y una larga vida: no así a sus inefables maridos, que me es indiferente que permanezcan en este planeta o que hagan viaje al cuarto mundo que, de emprenderlo, les recomiendo hagan alto en el tercero y saluden hipócritamente, como suelen hacerlo, al excompañero Echeverría y le presenten adhesión a su Carta de derechos chuecos.

Esta elección presidencial en la ciudad de San Luis Potosí, estuvo como el "gallo de Rovirosa". Rovirosa, cuyo primer nombre no recuerdo, era un gallero muy completo, un hombre blanco, de ojos borrados,

muy agradable en su trato; se decía doctor y ejercía la medicina con éxito económico en la Piedad de Cabadas, Michoacán, donde era muy estimado. Iba a Inglaterra a lo mismo que yo, a comprar gallos sementales muy finos y gallinas para su criadero. Era pariente cercano del ingeniero Leandro Rovirosa Wade, exsecretario de Recursos Hidráulicos y gobernador de Tabasco. Se celebró la feria de La Piedad de Cabadas, Michoacán, a donde fui yo a jugar gallos de compañero con Rovirosa en el año de 1939, siendo yo senador de la República y líder del Senado. Mi partido de Tamuín color rojo junto con el partido de La Piedad que representaba Rovirosa con la misma divisa. Jugábamos contra el partido de Colima y Rovirosa se apalabró con el juez de arena y lo cohechó mediante "diez de los grandes" (diez mil pesos). Al juez se le apodaba el Zarco porque de ese color tenía los ojos; gozaba de fama de muy enérgico y honrado; lo primero era cierto, lo segundo dependía del precio. El Zarco estuvo fallando las peleas inclinado a Rovirosa muy discretamente, luego convenimos con los del partido de Colima en jugar una pelea "extraordinaria" con cincuenta mil pesos. Llamé al juez y le dije: "Zarco, lo cazado, cazado". Eso quería decir que se olvidara del "adelanto" que le había hecho Rovirosa de los diez papiros. "En esta pelea —le dije— voy jugando por fuera trescientos de los grandes (trescientos mil pesos) 'en cada misterio un cohete' (que quería decir que a cada pelea trabajosa fallada en nuestro favor, el juez tendría nuevo 'embute'), el buen juez por su casa empieza —seguí diciéndole al Zarco—, si la ganamos son veinte 'grandes' para ti" (veinte mil pesos). El Zarco se viró y me dijo: "Jefe, al gallo de Colima no lo salvará ni el alabado viejo". Cuando estos gallos estaban peleando se desató una tempestad muy violenta, voló el techo del palenque y destruyó toda la instalación eléctrica y los gallos siguieron combatiendo en las tinieblas y los soltadores, confundidos en la oscuridad, no sabían a qué gallo atender; en esto estábamos cuando cayó un rayo si no precisamente en el palenque, muy cerca, pues todas las gradas de madera se cimbraron y muchos espectadores cayeron al suelo. Cuando la confusión era mayor, el Zarco falló con voz tonante: "Ganó Rovirosa y perdió usted". Al poco rato se prendieron las luces, nuestro gallo, o sea, el de Rovirosa, estaba muerto y el gallo "vencido" del partido de Colima estaba vivo y cantando. Macario Balderas y Enrique Saldaña, que estuvieron presentes en esta pelea de gallos acompañándome, se rieron mucho cuando les recordé el incidente y les dije: "Estas elecciones en la ciudad de San Luis Potosí terminaron como el gallo de Rovirosa, ganó Alemán y perdió Padilla. Y a los curros —seguí diciéndoles— les queda el recurso del gallo de Colima: seguir cantando". A los reaccionarios de San Luis los dejé rezar libremente en los templos y en sus casas, pero el cómputo de sus rezos nunca lo hice yo, de esto seguramente se encargó el diablo, quien ha de haber hecho de sus hipócri-

tas plegarias lo mismo que hice yo con sus boletas electorales: nulificarlas.

Actualmente los reglamentos de peleas de gallos han cambiado mucho y el fallo se da a favor de la divisa que porta el soltador del gallo ganador, sin mencionar partido ni persona, y evita piques. Eso sí, el fallo del juez sigue siendo inapelable en todo el mundo gallístico; de otro modo, estas lides terminarían en "sacualtipanas" (balaceras). Rovirosa murió años después de muerte natural: balaceado en un palenque. Fue muy sentido por la hermandad gallística. Macario Balderas murió en su cama, de 94 años de edad; se casó por última vez a los 86 años y tuvo de su mujer de 19 años un hijo sin "falsificación de firma" y de la "mano derecha"; Enrique Saldaña tiene 79 años, es rico ganadero de la Huasteca y próspero armador de barcos camaroneros, vive en Tampico, sigue cantando canciones, jugando gallos y baraja y ahora le llaman don Enrique.

Yo acompañé al licenciado Alemán en su gira como candidato a la presidencia de la República por todo el país y en Reynosa, Tamaulipas, cuando vio que le arrimaba yo tantos amigos de ambos lados de la frontera me dijo: "Yo gobernaré con mis amigos, pero amigos como usted, que sirven para todo. Usted se va a México conmigo". Yo le di las gracias. La misma promesa espontánea me hizo en la fiesta que en su honor dieron las Cámaras de Comercio en la ciudad de San Luis Potosí, en presencia de nuestro mutuo amigo el doctor Pascacio Gamboa, que era el presidente de nuestro Partido y como el licenciado Alemán me dijera, dirigiéndose a Leola y a mí: "Ustedes son muy fiesteros, nos vamos a México". Yo que tal vez pequé de malicioso, creí que con eso el candidato, licenciado Alemán, me estaba ofreciendo la Secretaría de Relaciones y yo le contesté: "Aclarando amanece, si con eso me quiere decir que me va a llevar a la Secretaría de Relaciones, desde ahora le digo que no iré, pues como decía Pancho Villa, 'ésa no es la ruta de mis armas'".

Días antes de tomar posesión de la presidencia de la República, el licenciado Alemán nos hizo una invitación a Leola y a mí para que fuéramos a pasar unos días a su casa en Cuernavaca, invitación que aceptamos y fuimos huéspedes de Alemán y su esposa Beatricita, quienes nos trataron con toda gentileza y allí, una noche, el licenciado Alemán me dijo: "No lo voy a poder traer al gabinete luego luego, pues tengo muchas presiones para que lo integre con universitarios, pero pasado un año estos no van a dar la medida y entonces me lo traigo a usted". Yo le contesté a Alemán: "En política lo que se aplaza no se verifica, demos los dos por olvidado el ofrecimiento". Sin darle muchas vueltas al asunto, pronto encontré el motivo que dejo aquí aclarado en un verso de *Martin Fierro*:

En su ley está el de arriba
hacer lo que le aproveche,
de sus favores sospeche
hasta el mismo que lo nombra.

¡Siempre es dañosa la sombra/
del árbol que tiene leche!

En el régimen del licenciado Alemán no fui hostilizado por él, pero sí por su camarilla de insolventes morales. Me regresé a San Luis Potosí donde me faltaban tres años para terminar mi periodo de gobernador. No recibió el estado ningún beneficio del régimen alemanista. Al año de estar el licenciado Miguel Alemán ocupando la presidencia de la República tuvo una crisis económica y política y salió el presidente Alemán a visitar los estados que él consideraba le eran adictos. En Jalisco lo recibió el gobernador González Gallo con una buena manifestación. Yo traía en la gira del presidente Alemán "ojos y orejas" y en San Luis Potosí le hice una manifestación tan fuerte y entusiasta como la que le habíamos hecho en su gira de candidato. Volví a hacer desfilar a más de doce mil hombres de caballería. Alemán regresó a México muy contento y fortalecido.

En su secretaría particular, el licenciado nicarangüense Rogelio de la Selva era muy amigo mío, hasta donde lo podía ser el secretario del presidente de la República, que además era en política su consejero aúlico y años después cuando De la Selva me habló de prolongar el periodo de Alemán en la presidencia o de su reelección, invitándome a cooperar, yo le dije: "No cuentes conmigo ni para lo uno ni para lo otro". "Pero si tú fuiste —me dijo De la Selva— el líder de la reelección del general Alvaro Obregón en la Cámara de Diputados, ¿por qué estás en contra ahora de esta medida?" Yo le contesté: "Porque digan lo que quieran los amargados de la Revolución y los reaccionarios, Obregón no fue reelecto, fue nuevamente electo, después de cuatro años de haber dejado el poder sin desempeñar ningún cargo público ni militar ni civil; porque eran otros tiempos y otros hombres y porque Obregón era un caudillo que tenía mucho imán con el pueblo, la clase media y el ejército, porque salvó la Revolución cuando Francisco Villa fue arrastrado a la reacción por Felipe Angeles sin él darse cuenta y Obregón nunca pretendió prolongar su periodo, lo lanzamos de candidato y las masas lo siguieron delirantemente, fue traicionado vivo y muerto, vivo cuando tramaron su crimen y muerto cuando otros regímenes enanistas que vinieron después trataron de echar una cortina de niebla sobre sus glorias". "Bueno —me dijo De la Selva—, yo no discuto la grandeza del general Obregón, pero se trata de que continúe en la presidencia de la República el licenciado Alemán, que es tu amigo". "Bueno —le dije—, yo también soy amigo de él y se lo he demostrado,

como tú bien lo sabes, pero no hay nada que me obligue a adherirme a ese movimiento que tú estás iniciando, pues yo no he perdido mi amistad con el licenciado Alemán ni un solo día; pero a él y a su régimen *no les debo ni un servicio, ni un peso* y mi estado tampoco le debe nada, pues no obstante que me ofreció hacer la carretera central por San Luis Potosí que uniera al norte con la capital, también me ofreció, a petición mía, hacer las obras de electricidad de la cascada Del Salto, municipio de Ciudad del Maíz, San Luis Potosí, y ninguna de las dos cosas me ha cumplido (estas dos obras las hicieron, a petición mía, la carretera, Ruiz Cortines cuando me hice acompañar de 14 gobernadores, y las obras Del Salto las hizo el presidente López Mateos *también a petición mía y del gobernador Francisco Martínez de la Vega.*

Después de esta plática con el licenciado Rogelio de la Selva se empezó a mover la camarilla del licenciado Alemán para llevar al gobierno del estado de San Luis Potosí al licenciado Enrique Parra Hernández, íntimo amigo y condiscípulo del licenciado Alemán y que en ese tiempo no había alcanzado "papa".

Vine a la Ciudad de México. Inmediatamente fui a visitar a mi compadre el expresidente de la República general Manuel Avila Camacho, que tenía el control del ejército. Después de platicarle mi conversación con De la Selva, el general Manuel Avila Camacho me dijo: "Compadre, estos pillos son muy capaces de meter al licenciado Alemán en esa torpe aventura, ¿a quién más le ha platicado usted esto?", me preguntó y yo le dije: "A nadie, pero ahí andan *sus infrasusirimiquis* (cuistres de cuistres) pegando carteles con esa propaganda. Nada menos que el administrador de la aduana de Nuevo Laredo, que se hace llamar Jesús Vidales Marroquín, lo de Jesús y lo de Marroquín no lo discuto, pero Vidales no se llama así, pues es hijo adulterino del licenciado Joaquín Argüelles, de Ciudad Victoria, Tamaulipas, usted comprende, compadre, si en este periodo el licenciado Alemán se dejó rodear de tanto pillo, ¿qué sería en el otro?"

"Vaya usted a contarle todo esto a mi general Cárdenas —me dijo el expresidente Manuel Avila Camacho— y dígale que no necesito preguntarle cómo piensa él, pues lo conozco demasiado y sé que estamos unidos los dos para rechazar este torpe intento de los falsos amigos del licenciado Alemán". Yo le dije: "Compadre, si llevan a cabo esta barrabasada en las Cámaras, ordénele usted al general Gilberto Limón, ministro de la Defensa, que me entregue veinte mil armas y que el ejército se ponga completamente al margen de este asunto, pues no necesitamos seducirlo. Esta bribonada la evitaremos, si usted me autoriza, puros ciudadanos armados". Me fui a ver inmediatamente al general Lázaro Cárdenas en su domicilio en Las Lomas de Chapultepec. Me recibió con el afecto de siempre, sin preámbulos le conté mi conversación con De la Selva y mi plática con el general Avila Camacho y el ge-

neral Cárdenas, cuando le acabé de contar lo que me propuso De la Selva, me dijo: "Pobre licenciado Alemán, rodeado de tanto indeseable. Te autorizo para que digas *tú donde quieras y ante quienes sean que el general Avila Camacho y yo estamos completamente unidos* y que nos opondremos tenazmente a la pretendida prolongación del periodo y a la reelección". Cárdenas me dijo antes de retirarme—: "Pobre licenciado Alemán, no va a saber qué hacer con tanto dinero".

Yo seguí gobernando normalmente el estado de San Luis Potosí, que había quedado totalmente pacificado de bandidos, especialmente en la Huasteca, después de haber recibido yo el gobierno en estado anárquico, había seguridad en el campo y en los pueblos, no se perdía ni un pollo y voy a relatar un hecho que lo demuestra: estando yo en mi rancho La Jarrilla en Tamuín, se me presentó uno de los españoles, de apellido Castrillón, que eran fuertes comerciantes y ganaderos en el pueblo y me dijo: "Vengo a verlo, ciudadano gobernador (pues yo nunca permití que me dijeran señor gobernador), para un asunto penoso". "Bien —le dije—, de qué se trata". Entonces me contó que nuestro mutuo amigo, el súbdito español Gonzalo Zorrilla, fuerte comerciante de Tampico había llegado a la tienda de los Castrillón muy excitado y casi insolado. Me platicó que mi tocayo Zorrilla había perdido la razón y que su tema era lanzar graves insultos a su señora esposa. Todos nos conocemos en la región; la señora Zorrilla era una gran dama. Me hice acompañar de Castrillón para ir al pueblo a hablar con Zorrilla que, como ya dejo dicho, era mi amigo. Lo encontré un poco calmado y naturalmente no le toqué el punto de su señora esposa para no excitarlo. Ya Castrillón me había dicho que Gonzalo Zorrilla había llegado a pie soportando un sol canicular. Le dije: "Tocayo, ¿llegaste a pie?" El me contestó: "Porque el carro se me atascó en el carril del Huiche y tuve que 'caminar a pata'; por cierto —me dijo— que en el carro se quedaron treinta mil pesos plata que como pesaban mucho y el sol estaba muy fuerte no quise cargar con ello". Ese día era domingo y entonces todos los rancheros y vaqueros hacían ese camino a caballo y la peonada a pie. Zorrilla abandonó su carro a las once de la mañana y cuando yo estaba hablando con él eran las seis de la tarde, hora en que ya no quedaba ni un ranchero en el pueblo, pues todos acostumbraban regresarse antes de anochecer por aquello de las víboras, que todavía hay muchas pero no se puede comparar ni remotamente con la abundancia de entonces; es decir, por el carril del Huiche habían pasado de venir al pueblo y regreso al campo no menos de mil personas, a caballo, en burro y a pie. Me fui personalmente a donde estaba el carro atascado llevando yo una camioneta con cables para desatascarlo; las distancias entonces eran muy diferentes de las de ahora, pues íbamos en la camioneta con cadenas para no atascarnos en el lodo. Llegamos donde estaba el carro *Dodge* de mi tocayo Zorrilla atascado hasta los ejes. Yo

usaba botas muy altas en tiempo de aguas, de las llamadas verijeras; me metí al lodo seguido del capitán Mano Prieta y de otro de mis ayudantes llamado Fidel Garza. Abrimos la puerta del carro y efectivamente, allí había varias bolsas de lona con monedas de plata. Según sabía yo por mi tocayo Zorrilla. Trasladamos las bolsas a mi camioneta, regresamos a la tienda de Castrillón, e hice yo que contaran el dinero en presencia de todos, no faltaba ni una sola moneda. A Fidel Garza se le iban los ojos viendo los "pesos", después invité a mi tocayo Zorrilla a cenar a mi rancho, pero previamente le había dicho a Leola que no le preguntara por su esposa para no excitarlo. Cuando el pobre mi tocayo se sentó a cenar me pidió un coñac doble, que yo le mandé servir, y después de la copa perdió toda compostura, lanzando gritos e improperios contra su esposa. Yo lo regresé a la tienda de Castrillón y con un amigo de todos, el español don Miguel Guerra, lo mandamos a México a una casa de salud, habiéndole dado previo aviso a su familia y habiéndole entregado los treinta mil pesos a su señora. Poco tiempo después murió el pobre Gonzalo Zorilla.

Quiero decir que los vaqueros de la Huasteca, muy especialmente los de Tamuín son muy vivos y tienen mucha malicia y nadie se acercó al carro a ver qué cosa había adentro para llevárselo. En esta situación de garantías y respeto dejé yo el gobierno del estado. En el último informe presidencial del licenciado Miguel Alemán, el licenciado Rogelio de la Selva le impuso a cada gobernador que levantara un arco triunfal en honor del presidente con el escudo de cada estado y pancartas que el propio De la Selva les repartió, que resumidas todas ellas se concretaban a decir: *Ave César.*

El gobernador salas, que me había substituido, me fue a consultar y yo le dije: "Pon el arco y el escudo para que no crea Alemán que porque ya se va tú no le haces caso". Salas me dijo: "Si lo que quiere no es que le pongamos los arcos, es que no quiere irse". Yo le contesté: "Pues como en los gallos, que cada quien cobre a como haya casado su dinero', tú no le pongas nada". Los arcos estuvieron sin novedad en el día, pero en la noche no quedó ninguno parado. Todos fueron derribados y destruidos con el escándalo respectivo que de este feo incidente hizo la prensa.

Cuando ya se acercaba el fin de mi periodo como gobernador, como es natural, empezaron a surgir los aspirantes y a asediarme para que yo les ayudara. El primero que se me presentó es el ahora llamado "coronel" Jesús Vidales Marroquín y le pongo comillas a lo de coronel porque este sujeto nunca ha sido ni soldado ni cabo ni ordenanza, ni siquiera "carnita". Este individuo sólo había sido porrista en los grupos políticos que yo encabecé en la Cámara de Diputados, en calidad de infantería. Ahora les dicen porros en estas actividades; llegó a ser presidente municipal de la Villa de Guadalupe, ahora delegación Gustavo A. Madero y cuando la campaña presidencial de 1929, cuando surgieron las precandidaturas, que más bien eran candidaturas, del licenciado general Aarón Sáenz y del ingeniero general don Pascual Ortiz Rubio, este "Vidales" era activo partidario del licenciado Sáenz y yo encabezaba el grupo ortizrubista en la Cámara de Diputados, cuando se celebró la convención y formación del Partido Nacional Revolucionario (hoy PRI) en Querétaro.

"Vidales" iba acompañando al licenciado Sáenz y cuando Sáenz se negó a entrar a la convención y se regresó del pórtico del Teatro de la República en Querétaro, fue de los pocos que lo acompañaron en su rebeldía a negarse a entrar a la convención y responsabilizarse de la formación del partido, que todos consideramos como una deserción de Sáenz y sus seguidores *frente al enemigo*, pues se acababan de sublevar los generales José Gonzalo Escobar, Francisco R. Manzo, Fausto Topete, Roberto Cruz, Jesús M. Aguirre, Marcelo Caraveo, Francisco Urbalejo, Juan Gualberto Amaya y socios. Además, Sáenz y los suyos no quisieron entrar a la convención porque de antemano se vieron derrotados. Después de estos acontecimientos y ya con el partido formado y ocupando yo el puesto de secretario del Distrito Federal en el Comité Ejecutivo Nacional del PNR, poseyendo la credencial número 6 de los fundadores del partido y líder de la Cámara de Diputados. Se presentó "Vidales" conmigo pidiendo muchas disculpas y pidiendo asimismo que lo ayudara en las elecciones que se avecinaban para entrar como diputado a la Cámara. Yo lo ayudé y también lo ayudaron el general Manuel Pérez Treviño, presidente del PNR y el ingeniero Luis L.

León, pues creímos que no era conveniente rechazar a algunos partidarios del licenciado Sáenz que podrían ser útiles en la campaña ya "volteados" en favor de Ortiz Rubio.

Digo que el primero que se me presentó como aspirante a gobernador de San Luis Potosí para sucederme en el cargo fue este "Vidales". Me dijo: "Gonzalo, tú has sido el jefe de todos nosotros en muchas luchas y yo al sucederte en el puesto te seré *absolutamente incondicional*, y como tu apoyo me hará ahorrarme mucho dinero en la campaña, aquí te traigo medio millón de pesos como obsequio". Yo procuré contestar con serenidad, pues me acordé que ante todo era el gobernador del estado y le dije: "Mira, Jesús, cómo te atreves a querer ser gobernador del estado de San Luis Potosí, si tú no eres potosino ni has vivido un solo día en el estado ni te conoce nadie aquí; tú no puedes presentarte de candidato, pues el que juega para gobernador tiene que tener la ropa limpia y tú no la tienes. Lo primero que te echarían en cara es que no te llamas Vidales. Tú te llamas Jesús Argüelles y eres hijo de la 'extrema mano izquierda' (hijo adulterino) del doctor don Joaquín Argüelles, que es amigo mío, y esos quinientos mil pesos que traes allí me vienen a demostrar dos cosas: primero, que eres un ladrón y que los traes como producto de tus tropelías como administrador de la aduana de Nuevo Laredo y, segundo, y más grave, que *eres un pendejo*, pues si yo quisiera o necesitara en estos momentos quinientos mil pesos, no tendría más trabajo que sonar el timbre y llamar al tesorero Salas y decirle: 'Consígueme este dinero'; pero yo que soy un político y no politiquillo como tú, cuando salga del gobierno espero muchos ataques, pero creo que nadie se va a atrever a decirme que en el gobierno fui ladrón y menos un pequeño ratero que vendió el puesto de gobernador por una pinche bagatela". "Vidales" me dijo: "Vieras que poca gente sabe que soy hijo natural del doctor Argüelles (adulterino le dije yo); además esto pertenece a la vida privada". "¿Desde cuándo —le dije yo— se detienen los políticos para atacar la vida privada de sus enemigos? No, Vidales —le digo— en estos días voy a hacer una gira por el estado, si quieres te invito y a cada lugar que lleguemos me presentas a tus partidarios; en la inteligencia de que irás como invitado y acompañante mío, yo cuidaré que todos te tengan consideración y respeto y si veo que hay un gran ambiente a tu favor, no te pondré obstáculos en tus aspiraciones y si veo que no tienes amigos ni partidarios, tampoco te pondré obstáculos, pues los hechos se encargarán de desengañarte". Jesús Argüelles, llamado "Vidales", se negó en redondo, argumentando rotundamente que tenía que regresarse luego a Laredo porque tenía mucho trabajo en la aduana. "Pues si tienes mucho trabajo en la aduana —le dije yo—, vete, no lo desatiendas ni dejes 'carne de filete por zancarrón de hueso'".

Vine a México y le platiqué al presidente Alemán la conversación que tuvo "Vidales" conmigo y Alemán, muy molesto, me dijo: "Yo no

quiero que se peleen dos amigos míos, los quiero ver unidos, Vidales siempre ha sido nuestro". Yo le dije: "Perdone usted, no siempre ha sido nuestro, cuando la división de rojos y blancos en la Cámara de Diputados, siendo presidente Ortiz Rubio, pertenecía al grupo de los Rojos que yo encabezaba y nos chaqueteó influido por el Flaco Hernández Cházaro y yo no quise que lo desaforaran, pero lo maté con 'cuchillito de palo', pues le ordené al tesorero que no le pagara ni un solo centavo de sus dietas y así Vidales Marroquín se pasó hasta el fin de su periodo expulsado del bloque y detrás de mí, que recibía muy seguido recomendación del presidente Ortiz Rubio para que se le pagara y yo le decía a don Pascual: 'En el Poder Legislativo no hay dinero para cubrir las dietas de Vidales, pero el Ejecutivo tiene muchas partidas donde le puedan pagar'. Tampoco en Querétaro fue nuestro pues desertó del Partido antes de la convención; pero usted —seguí diciendo a Alemán— no tiene obligación de saber esto. Pues usted entonces no formaba en nuestras filas. He visto en los periódicos de estos días que este 'coronel de caballería marina' es *factotum* en el actual PRI y que se hace llamar 'secretario general de los fundadores del Partido' y hasta dice, según he leído, que él fue coordinador para su organización. Estos elementos desprestigian al Partido más de lo que está, pero no creo responsables a los actuales directores, pues ellos no están enterados de lo que pasó si Vidales se da maña para engañarlos y no hay quien lo desmienta, porque creo que nadie que se respete quiera ocuparse de él, él seguirá pasando por 'coronel de caballería del aire' y 'fundador del partido'".

Para acabar de pintar a este "líder" diré que fue expulsado del Partido de la Revolución Mexicana junto con otro grupo de callistas quemados, cuando el Partido expulsó al general Plutarco Elías Calles, al ingeniero Luis L. León, a Melchor Ortega, a Manuel Riva Palacio y otros más, fueron desaforados los que eran diputados como diputados y los que eran senadores como senadores.

Quedaron como aspirantes muy significados a la gubernatura del estado el licenciado Enrique Parra Hernández, íntimo amigo y socio de negocios del presidente Alemán; el licenciado Fernando Moctezuma, senador por San Luis y que militaba en mi grupo político, pero que ya para esas fechas era incondicional del senador Carlos I. Serrano, "sombra" del licenciado Alemán, presidente de la República, y el tesorero del estado, diputado al Congreso de la Unión, Ismael Salas (mi candidato).

Llegaron a San Luis unos oficiales del Estado Mayor del presidente de la República, uniformados y con los cordones del Estado Mayor Presidencial. Iban tomando el nombre del presidente Alemán, diciendo a los hombres más significados de la banca, del comercio, de la industria y de la política de San Luis Potosí, que los había enviado el presidente de la República a comunicar a todos que el futuro gobernador del estado sería el licenciado Enrique Parra Henández. Como no me fueron a ver

a mí yo los mandé llamar a Palacio y acudieron. Les dije: "Al tener conocimiento que dos oficiales del Estado Mayor Presidencial andaban en la ciudad y uniformados me supuse que a alguna comisión debía haberlos enviado el C. presidente y que yo estaba para servirles y auxiliarlos en cualquier cosa que se les ofreciera, siempre y cuando la comisión que traían no fuera secreta, pues en ese caso no quería yo ser indiscreto, aunque de todas maneras me tenían a sus órdenes". Me contestaron los oficiales que no traían ninguna comisión del presidente, ni pública ni secreta, que habían venido a una comisión personal del general Piña Soria, jefe del Estado Mayor Presidencial. "Bueno —les dije—, si la comisión de ustedes es personal de Piña Soria no tengo nada que agregar, pueden ustedes retirarse". Llamé después a Palacio a todas las personas que estos oficiales habían entrevistado e hice que mi secretaria tomara notas taquigráficas de lo que ellos iban diciendo. No eran menos de diez personas de todos los sectores a las que habían entrevistado los militares y todos declararon y firmaron en forma uniforme que esos dos capitanes los habían ido a ver tomando el nombre del presidente de la República para decirles que el futuro gobernador del estado sería el licenciado Enrique Parra Hernández y que por él deberían trabajar. Me fui a México con las declaraciones de estas personas y fui a ver primero al licenciado. De la Selva, secretario único de la presidencia de la República en aquel tiempo, le di a leer el pliego de las declaraciones de los potosinos y De la Selva me dijo: "Esto no puede ser". Yo le contesté a De la Selva: "Estoy absolutamente seguro que Rapiña Escoria (así le decía yo a Piña Soria) es el que ha hecho esta jugarreta". De la Selva me dijo: "Tienes toda la razón, el general Piña Soria anda muy metido en negocios con Parra Hernández, yo le voy a comunicar esto al presidente". "Te agradeceré que lo hagas —le dije—, pero antes introdúceme con él". Yo estaba seguro de que era una torpe maniobra de Parra Hernández auxiliado por su socio Rapiña Escoria, pues conociendo tan bien como conocía y conozco al licenciado Alemán y juzgándolo como siempre lo he juzgado, un político muy hábil, no iba a hacer una cosa tan burda con procedimientos tan groseros, aun cuando en el caso de que tuviera deseos de imponer como gobernador a Parra Hernández. Me introdujo De la Selva con Alemán, pero él se quedó dentro. Yo le dije a Alemán, después de saludarlo: "Vengo a poner en conocimiento de usted un asunto penoso que, aunque yo sé que es falso, mi deber como gobernador y como amigo personal de usted es venírselo a comunicar; le reitero que se trata de una falsedad", y le conté al presidente Alemán todo lo que llevo dicho y Alemán me dijo: "Es que Enrique no tiene trabajo obligatorio y es peligroso dejar a los amigos sin trabajo. Mañana le voy a dar una comisión en que él va a estar muy a gusto, le agradezco —me dijo Alemán— que usted no crea nada de eso, efectivamente no hay nada serio. Lo que sí —siguió diciéndome Alemán— es

que el paso más difícil de un gobernante es la sucesión, y tenga usted mucho cuidado en escoger su sucesor". Yo le dije: "Gracias por el consejo, pero tengo demasiada experiencia y yo le aseguro a usted que la sucesión en San Luis Potosí se va a hacer sin problema y el candidato que surja tendrá el arrastre popular para llegar y sostenerse en el puesto". Alemán me volvió a decir que tuviera mucho cuidado en la sucesión, que era el paso más difícil de un gobernante. Di las gracias y me fui.

De la Selva habló un poco más con Alemán y me alcanzó en su despacho. Me dijo cuando entró: "Estuviste muy bien, Gonzalo, el presidente quedó muy satisfecho porque tú no creíste en ningún momento que él te estuviera jugando chueco. Me recomendó que si no te habías ido te dijera que regresaras a platicar un poco más con él". Regresé inmediatamente y le dije a Alemán: "Estoy a sus órdenes". Me preguntó: "¿Está aquí su señora?" "Sí", le contesté. "Los invito a que vayan a Acapulco y tomen el yate presidencial (que se llamaba el *Sotavento*) para que lo disfruten y vayan en él a donde ustedes quieran". Le di las gracias al presidente aceptando su gentileza y al otro día Leola y yo, con nuestros hijos, nos fuimos a Acapulco, donde me fue a saludar y a ponerse a mis órdenes al hotel un contraalmirante cuyo nombre no recuerdo, pues he tenido muy poco trato con los marinos. El iba cumpliendo órdenes del presidente de la República. Yo hice que esta invitación se publicara ampliamente en los periódicos de México. El yate lo usé tres días sin separarnos mucho de la costa y cuando regresé me fui a ver a Rapiña Escoria al Estado Mayor Presidencial. Me recibió muy afable, me preguntó que si no había ido lejos en el yate a algún otro puerto. Le contesté que no, que como yo era de caballería no era muy afecto a la navegación por mar, que en el caballo como quiera me agarrraba aunque fuera de la argolla del cincho, "pero el agua no tiene agarraderas —le dije—. Vengo a platicar con usted —seguí diciendo a Rapiña Escoria— con respecto a dos oficiales del Estado Mayor Presidencial que fueron a San Luis Potosí, tomando el nombre del presidente de la República y haciendo propaganda en favor de la candidatura de su amigo el licenciado Enrique Parra Hernández; vengo a decirle a usted que si el señor Parra Hernández va a San Luis Potosí con pretensiones de candidato al gobierno y sabiendo yo que usted es el que lo patrocina, dígame usted cómo quiere que se lo devuelva, si esposado de las muñecas o en ataúd, estoy para complacerlo", terminé diciéndole. El general me contestó que no tenía conocimiento de eso y que no tenía ninguna participación política ni en San Luis Potosí ni en ninguna otra parte. Yo le dije: "Es muy triste que un jefe de Estado Mayor no sepa qué andan haciendo los ayudantes que de él dependen". "Voy a investigar", me dijo. "No investigue —le contesté—, contra los oficiales no quiero nada, ellos no tienen la culpa, pero le reitero antes de retirarme que si su amigo va a hacer campaña política en San Luis Potosí, se

lo regresaré de cualquiera de las dos formas que le acabo de decir a usted: esposado o en ataúd", y me retiré. Como habían corrido muchos rumores y salido muchas noticias en la prensa de México de que Parra Hernández iba a ser mi sucesor, yo hice publicar en lugares muy destacados en los periódicos la noticia de mi paseo en el yate presidencial a invitación del presidente y teniendo como acompañante al jefe de esa zona marítima.

Me fueron a pedir los periodistas declaraciones sobre la política de San Luis Potosí. Yo les hice unas muy breves y con ironía diciéndoles que los últimos días no sabía nada de San Luis, porque andaba en alta mar en el yate *Sotavento*. En esos días nombró el presidente Alemán al licenciado Enrique Parra Hernández gerente del Banco de Comercio Exterior en donde se hinchó de robar dinero y a su hermano, ingeniero agrónomo Fulano Parra Hernández, gerente del Banco de Crédito Ejidal, de donde se llevó hasta los "barzones" de los arados de los agraristas. Aquí terminó el intento de Parra Hernández para sucederme en el gobierno de San Luis Potosí. Yo supe aprovechar la división profunda que había entre De la Selva y Parra Hernández, pues los allegados de Alemán todos estaban terriblemente divididos entre sí; que supimos aprovechar también cuando le llegó a Alemán su turno de su sucesión. Quedaban pues como pretendientes de la silla "nopalera" el licenciado Fernando Moctezuma y el diputado y tesorero del estado Ismael Salas. Serrano le había dado mucho barniz al licenciado Moctezuma en el Senado. Como Serrano nunca iba al senado hizo saber a los senadores que su segundo en la Cámara Alta era el licenciado Moctezuma; entre los periódicos de México y los políticos "beduinos" que había fuera del estado, Moctezuma hizo prosélitos, pero en San Luis nadie se movía en ningún sentido. En otro viaje que hice a México, Moctezuma me fue a ver estando yo en un elegante ladys bar en las calles de Madero y me dijo que iba mandado por el coronel Serrano que quería hablar conmigo lo antes posible. Yo le dije a Moctezuma: "A la hora que quiera Serrano y donde él guste". "Si esperas aquí —me dijo— luego lo traigo". "Aquí los espero a los dos", le contesté. Llegó Serrano y después de los saludos de rigor y "habiendo roto el fuego" con sendos vasos de whisky al frente, me dijo Serrano: "Yo no estuve con las pretensiones de mi compadre Enrique Parra Hernández para gobernador de San Luis Potosí y lo regañé fuertemente por andar tomando el nombre del presidente. Yo soy su amigo, Gonzalo —me dijo— y desde que mi compadre Parra Hernández empezó con esa pretensión le dije: "Es desleal de tu parte que quieras madrugarle a Gonzalo, pues él puede creer que es cosa del presidente y tu obligación es no retirarle amigos". Le dije yo a Serrano: "Le agradezco esta intervención juiciosa y leal ante el presidente". Nos echamos otras dos copas y yo estaba "emboscado" esperando el ataque y por fin Serrano empezó el "tiroteo": "Quise hablar con usted, Gonzalo

—me dijo—, para decirle que Fernando (refiriéndose al senador Moctezuma), que está presente, es un amigo leal de usted y que a usted le conviene apoyarlo para el gobierno de San Luis, pues su posición aquí en el Senado es muy fuerte y contaría con todo nuestro apoyo para llegar al gobierno como para ayudarle cuando ya fuera gobernador". Cerca de la mesa que ocupábamos estaban dos extranjeras jóvenes con vestidos muy sexy y con las que yo desde antes que llegara Serrano estaba coqueteando con bastante éxito. Las muchachas eran canadienses y hablamos en francés; al terminar de hablar Serrano mandé al mesero a decirles a las "mademoisellas" que las invitaba a nuestra mesa, lo que aceptaron en el acto. Una vez sentadas, le dije yo a Serrano: "Ahora sí estamos completos, usted atiende a una señorita y yo atiendo a la otra y Fernando se va a su casa, pues *él no gusta de esta clase de combates*". "¿Para qué las llamó? —me dijo Serrano—, delante de ellas no podremos seguir hablando del asunto que estamos tratando". "Bueno —le dije yo—, ¿a quién se le ocurre venir a tratar en un ladys bar un asunto tan serio como es el del gobierno de San Luis Potosí? Realmente yo aquí me niego a darle ninguna contestación, pero si nos vemos en mi casa yo le resuelvo a usted en menos que canta un gallo". Serrano me invitó que nos fuéramos al *hall* para que siguiéramos platicando y yo le dije: "Si usted deserta, yo tendré que atender a las dos, vamos al *hall*". Ya en el *hall* y siempre con Moctezuma al lado, Serrano siguió diciéndome que Moctezuma era un amigo leal mío y que seguiría reconociéndome como jefe si llegaba al gobierno. Yo le dije a Serrano, ya en plan serio: "No es correcto que me vengan a tratar el asunto del gobierno a un bar, si va a mi casa o va Fernando o van los dos juntos a tratarme este asunto yo no eludiré la respuesta, les diré francamente lo que pienso y eso de que Fernando, aquí presente, me es muy leal, vamos a estudiarlo, pues si bien es cierto que su carrera política me la debe a mí de diputado varias veces y de senador, ahora ha recurrido a usted para llegar al gobierno de San Luis Potosí y a mí en segunda instancia; voy a estar tres días en México y el día que quieran los recibo juntos o separados". Serrano, muy aprisa y ya parado, me siguió hablando que Fernando era el que convenía al estado. "Eso sí está en veremos —le contesté—, el que conoce más la política de San Luis Potosí soy yo y no usted que nunca ha vivido allí, ni es de San Luis". "¿Lo tomo como una negativa?", me preguntó Serrano. "En un bar me niego a contestarle —le dije—, en mi despacho o en el suyo, si usted gusta, nos podemos reunir y allí le resuelvo definitivamente". Se despidió Serrano y no me volvió a hablar nunca del asunto, pero Moctezuma siguió intrigando y me fue a ver a mi casa. Iba muy jodido, con cara de náufrago y empezó diciéndome: "Yo sé que en la política de San Luis tú eres el amo y yo quise que fuera el coronel Serrano a acompañarme dada su alta posición para que vieras tú que mi elección para gobernador no te dará tra-

bajo, pero sospecho que no te soy grato". Yo le contesté: "En política no hay gratos ni no gratos, ni simpáticos ni antipáticos, no se trata de la 'reina del carnaval' se trata del gobernador del estado políticamente más fuerte en estos momentos y antes que me preguntes te voy a decir que así como Carlos I. Serrano, que no es potosino, se cree con derecho de intervenir en la sucesión de San Luis y tiene su candidato, que eres tú, yo como potosino y como gobernador del estado, tengo mucho más derecho que él en inmiscuirme y también a tener candidato, como ya lo tengo; pero ese candidato no eres tú; creo que fue una falta de consideración de Serrano irme a tratar este asunto a un bar y muy poco inteligente de tu parte, pues tienes muchos años de conocerme y militar en mi grupo político y debías haber sabido que a mí nadie me "tuerce el brazo". Palideció Moctezuma con palidez mortal y tembloroso, tartamudeando y agarrándose la cabeza con las dos manos salió sin despedirse y murmurando en voz alta y ronca: "Tú apoyas a Salas, tú apoyas a Salas". En eso llegó mi compadre el general Rafael E. Melgar, que se iba a despedir de mí pues había sido nombrado embajador en Holanda. Mi compadre Melgar era muy guasón y se encontró con Moctezuma en el pórtico de mi despacho y cuando entró Melgar me dijo: "Compadre, ¿qué le has hecho a Moctezuma que va hablando solo y agarrándose la cabeza?" "Nada importante, compadre —le dije—, Moctezuma quería 'licenciarme' del mando en el estado de San Luis Potosí y le di un golpe 'moza' (en las peleas de gallos es golpe mortal). El que quiera quitarme el mando de San Luis Potosí, compadre, que se inyecte vitaminas porque va a durar un rato más, y si el padrino de Moctezuma, que es Carlos I. Serrano, se cree con derechos a tener en San Luis Potosí a un gobernador lacayo, yo como potosino y gobernador del estado, me creo con más derecho a dejar en el puesto al hombre que yo considere más idóneo de mi grupo y 'vamos a despellejarle', a ver de cuál cuero salen más correas".

El paso más difícil de un gobernante

Pasó algo de tiempo; en la prensa de México, por conducto de "la fuente" del Senado, me estuvieron dirigiendo algunos ataques, que yo no me ocupé en contestar nunca. El doctor Ignacio Morones Prieto, que era subsecretario de Salubridad y Asistencia en el gabinete del licenciado Alemán por influencia mía y como "cortesía" de Alemán al gobierno de San Luis Potosí, se alborotó también y fue a la ciudad de San Luis Potosí, lo que no era extraño, pues allí había vivido desde los once años de edad, había hecho allí sus estudios desde la primaria hasta recibirse de doctor en medicina. Morones era miembro de La Lonja y formaba socialmente en el grupo de los curros (reaccionarios) aunque él era liberal. Los curros de La Lonja le cantaron al oído a Morones

diciéndole: "Tú serás rey", como lady Macbeth y el doctor Morones estando yo en la Ciudad de México me habló por teléfono desde San Luis y me dijo que como iba a ser su cumpleaños sus amigos le habían ofrecido una comida en el hotel del Progreso, y si permitía yo que la banda del estado le fuera a tocar en su onomástico. Yo le contesté: "No, doctor, no lo permito, lo ordeno, la banda estará con usted y a su disposición hasta la hora que usted lo crea conveniente". Celebraron el banquete en honor de Morones, aunque lo pagó la Secretaría de Salubridad y Asistencia, como el dueño del hotel me lo dijo después; pero el propietario, señor Infante no necesitaba habérmelo dicho, yo sé que los curros son muy "gorrones" y no pagan ni una manda a su "Señor del Saucito".

Regresé yo a San Luis y el tesorero Ismael Salas me entrevistó inmediatamente. Un poco dolido me dijo: "Morones regresó a México muy inflado, diciendo que él es el bueno y la verdad es que tú lo barnizaste demasiado mandándole la banda del estado a su banquete en el hotel del Progreso". "Mira, Ismael —le dije yo—, no seas pendejo, el futuro gobernador de San Luis Potosí no se hará en banquetes, pues los banquetes son de mal agüero; tú estate quieto y déjame a mí cazarlos a uno por uno. Como Morones es nuestro, bueno; más claramente mío, no va a ser ningún problema, es natural que tenga sus aspiraciones, pero eso déjamelo a mí. No quiero que ninguno de mis amigos hostilice a Morones". Ya Salas con mi explicación quedó casi tranquilo, *pero nada más casi,* pues era muy nervioso. Lo del doctor Morones no pasó de La Lonja y de los curros, pero él no intrigó ni en México ni en San Luis Potosí; era hombre decente y todo me lo debía a mí. Ya muerto políticamente el licenciado Parra Hernández, apagado el licenciado Fernando Moctezuma, lo de Morones se marchitó solo.

Fui a la Ciudad de México a tratar en definitiva el asunto de la sucesión local. Lo primero que hice fue visitar a mi compadre, el expresidente general don Manuel Avila Camacho y le di una explicación de cómo andaba lo relativo para la sucesión. Después de oírme, el general Avila Camacho me preguntó: "¿Cuál es el suyo, compadre?" Yo le contesté: "Aquí está en la antesala, es Ismael Salas, el tesorero general del estado". "¿El Grandote?", me preguntó. "Sí, señor, el Grandote es el único de los aspirantes que no tiene título, pues al llamado Vidales nadie lo ha tomado en cuenta". "¿Ya habló con Alemán?", me preguntó. "No señor —le conteste—, como yo soy gallero y soy buen soltador, mi gallo se lo voy a soltar, como decimos los galleros, de 'ventaja', es decir, se lo voy a soltar tan cerca que si no saca las manos se las puede cortar mi gallo". Se rió mi compadre y me dijo: "Me gustan sus 'figuras', compadre". Me fui a ver al secretario de Gobernación, Adolfo Ruiz Cortines, y le dije: "Aquí tengo mi gallo listo". "Apóyalo con decisión —me dijo Ruiz Cortines— y no des paso atrás". "Gracias por el consejo —le dije—, pero yo no acostumbro retroceder en estas cosas"

Me fui a ver al licenciado Rogelio de la Selva, secretario particular del licenciado Alemán, quien al verme llegar acompañado de Ismael Salas, me preguntó: "¿Vienes a consultar lo de Salas?". Yo le contesté: "No vengo a consultar nada, vengo a informar".

Me introdujo De la Selva al salón de espera de los secretarios de estado y de los gobernadores y al anunciarme con el presidente Alemán inmediatamente vino el ayudante a decirme que pasara (esta atención la tuvo Alemán conmigo siempre, nunca me hizo esperar). Ya junto al presidente, le "pelé el albur": "Aquí viene acompañándome el tesorero Ismael Salas, al que acabo de aceptarle su renuncia como tesorero del estado, pues se va a lanzar como candidato al gobierno de San Luis Potosí, apoyado por mí. Viene Salas a darle las gracias por la ayuda que usted le va a prestar y yo también se las vengo a dar junto con él, por la misma razón". El licenciado Alemán se paró y con un semblante muy frío me contestó: "Tenga usted mucho cuidado porque la sucesión es el paso más difícil de un gobernante". "Sí, señor —le contesté—, así es, por eso venimos Salas y yo a darle las gracias por su apoyo y 'por eso ya nos tiramos al agua'". El licenciado Alemán me volvió a decir: "La sucesión es el paso más difícil de un gobernante". Yo le contesté: "Permítame que pase Salas a darle a usted las gracias", y sin consultarlo abrí la puerta y le dije al ayudante, en presencia de Alemán: "Dice el presidente que pase el señor Salas". Y sin haber alcanzado a sentarnos nuevamente, el presidente Alemán y yo, Salas se introdujo al despacho. Después que se saludó con el presidente, le dije yo a Salas: "Dale las gracias al C. presidente por la benevolencia con que ha visto tu determinación de lanzarte como candidato al gobierno de San Luis Potosí y dale también las gracias por su apoyo". Salas se puso rojo como un tomate, y tembloroso como un "asogado" le dio las gracias al presidente. El presidente habló una o dos palabras que no querían decir nada y sin que nos hubiera invitado ni a Salas ni a mí a sentarnos salió con toda atención a despedirnos a la puerta. Dejé a Salas en mi casa, donde estaba alojado, y me fui a ver al general Avila Camacho y le conté mi entrevista con Alemán y cómo hice "aparecido" a Salas en el despacho presidencial.

El general Avila Camacho me dijo: "Pues ya está usted montado en la burra, compadre, ahora cuente conmigo". "Gracias, compadre —le contesté—, ya vendrá Salas a agradecérselo cuando usted me lo indique". Me quedé a esperar acontecimientos y pensé: "Ni al presidente Alemán ni al expresidente Avila Camacho vuelvo a ver hasta que no me llamen. Dos días exactamente después de mi entrevista con Alemán y la aparición de Salas en Los Pinos, me llamó el general Avila Camacho y me dijo: "Compadre, ya estuvo Alemán platicando conmigo. Me contó que usted le había llevado a Salas y me dijo que Salas es un buen hombre, es idóneo para gobernador, 'Gonzalo llevó este asunto con rapidez innecesaria, pero Salas lo va a hacer bien'". Después co-

mentamos mi entrevista con Alemán y me hizo que se la recontara tres o cuatro veces y cada vez que yo se la relataba tiraba una sonora carcajada. "Dicen, compadre, que usted es muy violento, pero yo digo que usted es calculadamente violento nada más cuando le conviene". "Así es, compadre —le contesté—, pero en estos casos siempre ha sido mi norma 'pocos tiros y a la plata'". Quien lea estas memorias se podrá preguntar por qué siempre hago símiles de las peleas de gallos, voy a explicarlo, desde niño estoy influido por los gallos de pelea, por los caballos de "alma" y por los toros cimarrones. Desde muy joven estoy bastante influido por los toros cimarrones, pues con estos animales he convivido y los conozco mucho, ¡no cabe duda que me han influido!

Fui a darle cuenta al secretario de Gobernación, mi viejo amigo Adolfo Ruiz Cortines, de mi entrevista con Alemán y le conté ligeramente mi conversación con el general Avila Camacho sin entrar en detalles, pues ésta era "mi arma secreta". Cuando le relaté a Ruiz Cortines detalladamente mi entrevista con Alemán, se agarraba la cabeza con las dos manos y me decía: "¡Torrente, torrente! río Tamuín". Nos sentamos y le dije: "Vamos quitándonos las caretas, tú quieres ser presidente y yo quiero ayudarte; pero refuérzame para que esta ayuda te la dé con toda eficacia, ya lo de Salas está hecho, pero ahora me queda Morones que es hombre muy preparado y que le 'picó el gusanillo de San Luis y aunque por mí está ocupando el puesto de subsecretario de Salubridad y Asistencia, este favor se le va a olvidar y va a recordar que no lo hice gobernador de San Luis, vamos haciendo una jugada maestra, vamos metiendo al doctor Morones como gobernador de Nuevo León". "Pero si es potosino", me dijo Ruiz Cortines. "Si hubiéramos querido sería potosino —le dije—, pero como no quisimos va a ser de Nuevo León. Pues es cuestión de recordar que el doctor Ignacio Morones Prieto nació en Linares". "¿Es verdad lo que me estás diciendo, Torrente?", me preguntó Ruiz Cortines. "Tan verdad como que tú eres de Veracruz", le contesté. "Bueno —me dijo—, ese sí es un gran descubrimiento, déjame tratar este asunto 'a mi modo' con el 'magistrado'" (así le decía Ruiz Cortines al presidente Alemán). Yo no quité el dedo del renglón tratando todos los días con Ruiz Cortines el asunto de Morones, hasta que un día me dijo: "Le planteé al magistrado el asunto de Morones por Nuevo León y se mostró encantado". "Así el doctor Morones, —le dijo Alemán a Ruiz Cortines—, no quedará lastimado", y que él, Alemán , ya sabía que Morones era de Nuevo León, pues era el único pero que le había puesto Gonzalo "para que jugara como gobernador por San Luis". Y así un día sin previo aviso a Ruiz Cortines, reuní a Ismael Salas y al doctor Ignacio Morones Prieto en mi casa y les dije: "Acompáñenme a Gobernación, vamos a visitar al ministro Ruiz Cortines". Entramos los tres al despacho de Adolfo sin antesala, pues nunca hice antesala con él y ya que estábamos los cuatro

reunidos, Ruiz Cortines, Salas, Morones y yo, les dije a mis "ahijados" sin previo aviso: "Denle ustedes las gracias a don Adolfo por la ayuda tan eficaz que nos ha prestado para que lleguen ustedes dos a gobernadores". Salas se puso rojo y le entró la temblorina; Morones, con el único ojo que tenía, echó una mirada; bueno, media mirada de asombro y una sonrisa de duda y como yo insistiera que le diera las gracias, Salas rompió el silencio y dijo: "Muy agradecido, don Adolfo". Morones no se atrevió a decir nada, pero Ruiz Cortines les dijo: "El Río Tamuín trae una gran creciente y viene arrollándolo todo, usted —le dijo a Salas— que va para gobernador por San Luis y usted —dijo dirigiéndose a Morones— que va como gobernador a Nuevo León". Salas volvió a tener su color natural y a dejar un poco de temblar; Morones dibujó una sonrisa en la que se le veía la duda. "Bueno —les dije yo—, mañana vengan ustedes separadamente a recibir instrucciones del ministro de Gobernación". Di por teminada la entrevista y me retiré con mi "mancuerna". En la noche me habló Ruiz Cortines diciéndome que me esperaba en su casa a las siete de la mañana, pero que no fuera por enfrente que fuera por la puerta de atrás y así lo hice. Cuando llegué me preguntó Adolfo si ya había desayunado y yo le dije no, "pero muchas gracias, porque en mi casa desayuno mejor y prácticamente es la única comida que hago al día" (Ruiz Cortines desayunaba jugo de naranja, papaya, un biscocho blanco y café sin leche) y yo tengo por costumbre almorzar estilo huasteco: jugo, café, huevos con chorizo, cecina, enchiladas, bocoles, frijoles, empanadas de calabaza y queso y chocolate, es decir, "la comida del tigre". Me dijo Ruiz Cortines muy sereno: "La jugada es maestra, pero aquí nos vamos jugando todo, pues si el 'magistrado' nos desautoriza no me queda más remedio que presentar mi renuncia". Yo le dije: "Lo siento por ti, porque realmente yo no voy jugando nada, yo solamente soy un lector de periódicos. En lo de San Luis yo me siento seguro y lo de Nuevo León, si lo ganamos, tendremos un gran refuerzo con ese gobernador para tu futura campaña presidencial". "Pero si yo no aspiro a la presidencia", me dijo Ruiz Cortines. Yo le dije; "Puedes hacer pendejo a un universitario, pero a mí no que conozco todas tus mañas y zorrerías y además eres mi carta". Ruiz Cortines se dejó querer y me dijo: "Ya tengo trabajado al 'magistrado' para lo de Morones y lo ve con muy buenos ojos, pero de este asunto nos ponemos *ziper* tú y yo y tú te encargas de ponerles *ziper* a Salas y a Morones para que este asunto no trascienda". Y Salas fue gobernador de San Luis Potosí y Morones gobernador de Nuevo León. Pero Salas era muy conocido en San Luis, no solamente porque era potosino y tesorero general del estado sino porque era político viejo y bien jugado, de los más destacados santistas desde mucho tiempo antes que yo fuera gobernador. A Morones tuve que acompañarlo a Nuevo León, pero me confesó que no conocía a nadie y nadie lo conocía a él, a excepción de un amigo que tenía

en Linares que se llamaba Alfredo Garza Ríos y que entonces ni siquiera era político.

Una vez ya estando en Monterrey con el doctor Ignacio Morones Prieto, subsecretario de Salubridad y Asistencia, uno de nuestros acompañantes salió a dar la vuelta por la ciudad en un autobús y junto a él iba un pasajero bigotón con sombrero tejano con "fachas" de pistolero y un gran distintivo en la solapa con las letras IMP y uno de los regiomontanos que iban en el autobús y que había leído en el periódico local que el doctor Ignacio Morones Prieto había llegado a la ciudad para ponerse al frente de sus partidarios como candidato al gobierno del estado y que iba cerca del bigotón, leyó en el distintivo que el sujeto ostentaba las letras IMP, se le acercó curioso y le preguntó: "Perdone, señor, ¿es usted el doctor Ignacio Morones Prieto?" "No", le contestó secamente el bigotón. "¿Entonces qué quiere decir esas letras de su distintivo?" "IMP —volvió a contestar el sujeto de los bigotes arriscándose el sombrero texano—, inspector de la *mosca prieta*".

Yo empecé presentando a Morones con mis amigos personales. El primero de ellos, el industrial, banquero, gran comerciante, Jaime Garza y con su familia. Hice que Jaime nos diera una fiesta en su casa y reunió en ella a lo más granado de lo que ahora llaman la iniciativa privada de Monterrey. Después de este agasajo en que presenté a Morones con los capitanes de la industria de Monterrey, lo anduve paseando por restaurantes, hoteles y bares y después de haber hablado yo por teléfono con Ruiz Cortines lo llevé a la sede del PRI local, donde yo era muy conocido, no tan sólo por ser gobernador del estado de San Luis Potosí y presidente del bloque de gobernadores, sino porque la mayor parte del año de 1915 hice la campaña contra Villa como oficial del Ejército Constitucionalista en el Estado Mayor del cuerpo de ejército del Noreste a las órdenes del valiente y tonto general Jacinto B. Treviño y como mi posición en el Estado Mayor del cuerpo de ejército era muy destacada, constantemente me frecuentaban los ricos, muchos de clase media y directivos obreros. Uno de ellos, ferrocarrilero apellidado Reyna, que llegó a coronel, salió de la penitenciaría a donde lo había mandado el general Treviño por un discurso que Reyna pronunció y que Treviño consideró disolvente, salió libre por intervención del jefe del Estado Mayor de Treviño, mi hermano el general Samuel M. Santos y mía y Reyna nos agradeció a Samuel y a mí esa intervención y siempre fue mi amigo. El discurso de Reyna no tuvo nada de subversivo ni disolvente, era de tinte socialista igualitario y lo había dirigido al gremio ferrocarrilero, que él dirigía.

Pero volvamos al año de 1949 en que ya el Ejército Constitucionalista no existía y yo estaba dedicado a la política nacional. Después de una breve estancia en Monterrey, Morones se puso sombrero tejano, habló por teléfono a Linares con don Alfredo Garza Ríos, que era her-

mano de un doctor Anastacio Garza Ríos muy eminente que residía y ejercía en la capital de la República y por el cual Morones había conocido a su hermano Alfredo, que era ranchero de Linares. Morones tenía el propósito de ir a conocer su pueblo natal y yo le pregunté: "¿Tiene usted algún grupo de amigos de Linares?" Me contestó: "Ni en Linares ni en ninguna otra parte de Nuevo León; tengo conocidos, menos amigos, el único que he tratado es a don Alfredo Garza Ríos y él nos puede acompañar en Linares". Yo le dije: "Es una pendejada de usted salir de gira a ninguna parte; ya que el Partido le haya dado su bendición aquí y en México se va usted de gira por el estado acompañado de los líderes del Partido. Por lo pronto ya conoció usted a toda la crema y nata de los industriales, banqueros y comerciantes de Monterrey. Ya hablé con el gobernador, licenciado Arturo de la Garza y hasta ahora he sido yo el oráculo político de Arturo y de su esposa Morena Salinas de De la Garza que vale más que el propio Arturo. Ella ya aceptó como buena la candidatura de usted y lo que dice Morena, Arturo lo sostiene; pero Arturo tiene fuertes compromisos políticos y personales con mi amigo, el general Bonifacio Salinas Leal, que fue el que le entregó el gobierno de Nuevo León y sepa usted que el general Salinas no lo puede ver a usted ni en "pintura", pues lo considera un intruso y a mí, que tantas pruebas de amistad en momentos difíciles me ha dado Bonifacio Salinas, también me ve como intruso y me lo dijo con franqueza, pero Bonifacio y yo no vamos a perder amistad nunca ni por éste ni por ningún otro motivo. Cuando mi altercado con el general Eulogio Ortiz, que era comandante militar de la plaza de México y yo líder absoluto del Senado de la República y el general Plutarco Elías Calles aprovechó el incidente para suspenderme del Partido (ya que no pudo expulsarme), Bonifacio, ante el general Calles, ante el Partido, ante el Senado de la República sostuvo la verdad de los hechos, que eran totalmente a mi favor y yo que soy hombre bien nacido y sé lo que es gratitud, jamás dejaré de ser amigo de Bonifacio; pero esto que estamos viviendo usted y yo, doctor Morones, en estos momentos es una fase de la política revolucionaria mexicana y en estos casos que cada quien corra con la suerte que Dios le dé. A Bonifacio Salinas ni yo ni nadie lo va a hacer partidario de usted, lo más que vamos a poder hacer el presidente Alemán y yo es neutralizarlo, pero el gobernador, licenciado Arturo B. de la Garza tiene que irse con tiento a tratar este asunto con Bonifacio, pues además del respeto que le tiene y la amistad que le profesa, Bonifacio hasta ahora representa la fuerza política revolucionaria más fuerte de Nuevo León". Volví a hablar con Arturo y accedió que le presentara al doctor Morones, pero en el hotel en que estábamos alojados, no en el Palacio de Gobierno. Regresamos Morones y yo primero a San Luis Potosí y después a México. Para entonces, ya Morones estaba muy entusiasmado por su precandidatura, no se apeaba su sombero

tejano y en sus visitas a La Lonja potosina entre copa y copa, a las que era muy afecto, les decía a los curros, sus amigos de siempre: "Nosotros los del norte somos muy francos", y arrastraba las palabras en el tono que lo hacen los de Monterrey.

En San Luis Potosí el doctor Morones me propuso que le nombrara yo una "cuadrilla de jilgueros" y yo le dije: "No, eso no le va a parecer a los neoleoneses, vamos a buscar, con la ayuda de nuestros amigos de Nuevo León, un jilguero que lo acompañe en su gira de los mismos pueblos del estado. Algunos pocos jilgueros de la gran industria, otros de la clase media, los obreros que nombran los propios 'castelares', pero potosinos no, pues eso 'encabronaría' a los 'monterreyenos'".

Llegamos a la Ciudad de México, di cuenta primero a Ruiz Cortines el resultado de nuestra visita a Monterrey. Después al licenciado Alemán. El presidente me dijo: "Estoy amansando poco a poco a Bonifacio, mándeme a Morones a que hable conmigo". Yo le dije: "Aquí está en la antesala". "Bueno, pues dígale que pase". Antes de retirarme le dije al presidente Alemán: "Dele a Bonifacio buenos contratos y con eso se le quita el coraje". Alemán se rió y se los dio tan buenos y durante los años posteriores ha obtenido tenerlos tan jugosos que yo quisiera ser sobrino de Bonifacio, pues, como no tiene hijos, si yo fuera su sobrino me las ingeniaría para ser si no su albacea, uno de sus herederos. Alemán me dijo: "Dígale a Morones que pase y déjeme solo", y así lo hice. Una vez guisada por el PRI en México la candidatura de Morones, yo le dije: "No vuelvo a verlo a usted en Monterrey hasta que ya esté actuando como gobernador; en San Luis Potosí y aquí cada vez que usted quiera, en su casa o en la mía o en cualquiera de los bares que usted y yo acostumbramos frecuentar con el Chile Relleno" (licenciado José Aguilar y Maya, gobernador de Guanajuato).

Una vez postulado el doctor Morones a gobernador del estado de Nuevo León, se dispuso a salir a ponerse al frente de su campaña; me volvió a pedir oradores y se los volví a negar. "Le voy a poner —le dije— un ayudante, hombre de armas y valiente, decente y tranquilo que es amigo de usted y usted lo conoce bien: el teniente coronel Epifanio Castillo". Este había sido mi suplente a senador.

Había sido diputado a la legislatura local y varias veces diputado propietario al Congreso de la Unión, apoyado por el general Cedillo y por mí. Su origen era cedillista, pues siendo un muchacho ricachón del pueblo de Cerritos, emparentado con las mejores familias de ese lugar, se unió con don Saturnino desde el principio que los hermanos Cedillo se levantaron contra Carranza. Es Castillo, pues todavía vive, un hombre ponderado, indolente, bien vestido y de buen trato y con Cedillo se unió en la Revolución por puro espíritu de aventura, cuando yo surgí al primer plano de la política nacional y fui líder de las Cámaras, siempre apoyaba, unido con

Cedillo la candidatura de Castillo por Cerritos. El no comulgaba con la camarilla de pames barbajanes que rodeaban a Cedillo, por lo que lo comenzaron a acusar de santista y efectivamente era las dos cosas: cedillista y santista; pero poco a poco se fue transformando en santista-cedillista y cuando el general Saturnino Cedillo resolvió lanzarse a su torpe aventura revolucionaria contra el presidente Cárdenas, el teniente coronel Epifanio Castillo rompió con Cedillo y se hizo definitivamente santista. Le dije a Morones: "Lleva usted un ayudante de valor comprobado, de armas tomar y que no lo comprometerá a usted ni con escándalos ni con borracheras ni con abusos". Morones lo agradeció y se llevó al teniente coronel Castillo para Nuevo León como su ayudante. Una vez Morones al frente del gobierno nombró a Castillo jefe de la Policía del estado.

Retrato hablado de Ruiz Cortines

Desde los primeros días de nuestra llegada a Monterrey, presenté al doctor Morones al general Anacleto Guerrero, viejo compañero mío de la Revolución y compañero en las trincheras de Ebano. Don Cleto, como hasta la fecha le decimos sus amigos, había sido gobernador de Nuevo León y fue el que entregó el poder al general Bonifacio Salinas. Conservaba el general Guerrero fuerza política en el estado y prestigio revolucionario, pues Guerrero, a diferencia de Bonifacio, se hizo espléndido y eso cuenta mucho en política; por lo demás, Morones cayó bien a los regiomontanos, hizo buena labor. Los tres años que gobernó, les cayó bien sobre todo a los ricos, porque esperaban que al gobernarlos un desconocido fuera a saquear las arcas del estado. El doctor Morones era tan tacaño que no le daba ni siquiera un cigarro a nadie. Cuando yo lo visitaba en México o en Monterrey, tenía cuidado de llevar mi propio whisky, mi propio hielo y mi propia agua mineral, pues él a lo más me ofrecía un tequila o un ron del país. Así llegó el año de 1950 en que empezó a agitar la cuestión futurista presidencial y un grupo numeroso de gobernadores, encabezados por mí, nos inclinamos por la precandidatura de Adolfo Ruiz Cortines. El aspirante más cercano al presidente Miguel Alemán era el licenciado Fernando Casas Alemán, que era jefe del Departamento del Distrito Federal. Veracruzano, colaborador de Alemán desde sus primeros tiempos de político en Veracruz, hombre bueno y por lo tanto muy tonto; parece que no eran parientes Alemán y el licenciado Fernando Casas Alemán, pero como si lo hubieran sido se querían entrañablemente, y cada grupo hizo labor para su candidato. También aspiraba a la presidencia el licenciado Raúl López Sánchez, gobernador de Coahuila y que había sido secretario de Marina en el gabinete de Alemán, puesto que dejó para ir a ocupar el go-

bierno de Coahuila. El licenciado Raúl López Sánchez hacía viajes frecuentes de Saltillo a San Luis Potosí, donde yo ya no era gobernador, pero era el líder de la política en el estado (por esta razón me han nombrado cacique). López Sánchez era hijo del muy valiente y muy inculto general Mariano López Ortiz, que había militado en las filas del cuerpo de ejército del Noreste, en el que ya he dejado anotado que yo era primer ayudante del Estado Mayor y con este motivo tenía trato y amistad con todos los generales. Don Mariano había sido administrador de una de las haciendas del señor don Francisco I. Madero y se levantó en armas por el maderismo en 1910. Era el general López Ortiz jefe de la guarnición de la plaza en Chihuahua cuando Villa tomó por sorpresa el Palacio de Gobierno y el Palacio Federal. Estuvo el general Treviño a punto de abrirle proceso por su torpeza, que no era mayor que la de Treviño, pero, en fin, el señor Carranza intervino en su favor. Los antecedentes de amistad del general López Ortiz y yo los conocían sus hijos y el licenciado Raúl López Sánchez, los usaba de argumento conmigo para que lo apoyara, pero López Sánchez estaba muy influido por el senador Carlos Serrano, que se había declarado mi gratuito enemigo, seguramente por celos mal fundados. El hombre de mi preferencia desde un principio fue Adolfo Ruiz Cortines, del que aquí voy a hablar: ya he dicho que yo entré a la capital de la República el 14 de agosto de 1914 con una escolta de 16 soldados y un subteniente que se llamaba Tito Acosta y era primo mío. Mi entrada fue un día antes de la entrada triunfal del Ejército Constitucionalista al mando del general Obregón. Por una información equivocada que me dio un oficial yaqui en Tlalnepantla cuando le pregunté: "¿Dónde está acampada la División del Centro?" Me contestó: "Esos ya están en México desde ayer". Y con mi escolta me dirigí a la capital, buscando el edificio propiedad de la señora doña Adelita Gutiérrez de Carrillo, suegra del general Jacinto B. Treviño. En ese edificio había habitado yo junto con el general Pedro Antonio cuando él me llevó al Colegio Militar, pero vamos a hablar de Adolfo Ruiz Cortines. A mi llegada a Reforma 77 me recibió con ardoroso cariño toda la familia Carrillo, más la viuda de don José María Pino Suárez, una hija del ingeniero Manuel Bonilla, que se llamaba Chayo y de la cual me hice novio ese mismo día, y otra joven muy hermosa, hija del licenciado Vázquez Tagle, quien había sido ministro del señor Madero. De Piedad Vázquez Tagle me hice novio hasta los dos o tres días (yo tenía 16 años y era capitán). Estaba allí también alojado don Santiago González Canabantes, hermano del asesinado gobernador de Chihuahua, don Abraham González. Aquella casa era una colonia revolucionaria; todos y todas no cesaban de hacerme preguntas de la Revolución y de los combates. Portaba yo, además de mi rifle, una pistola 44'40 marcha *Colt* del caballito con una canana en al cintura

de balas expansivas, portaba también en la bota derecha "encajada" una larga daga, aquellas familias desbordaban cariño para mí. Todas habían llorado por la muerte de Pedro Antonio.

Frente a la casa se paseaba un catrín moreno, de ojos negros muy grandes y ceja negra poblada, con pulcro traje de verano y sombrero carrete (estábamos en agosto). Yo, que me había criado en la malicia y desconfianza, al ver pasar aquel roto dos o tres veces echando su mirada para adentro de la casa, puse mano a la pistola. A Piedad Vázquez Tagle, que estaba cerca de mí, le pregunté: "¿Quién es ese roto hijo de la tal por cual?" Piedad me contestó: "Es el novio de Lucía". "¿Entonces por qué no entra?", le seguí preguntando. "Porque no lo dejan pasar a la casa", me contestó Piedad. Luego me siguió contando que doña Adelita veía con buenos ojos el noviazgo, pero María, la esposa de Jacinto, se oponía al noviazgo, porque según decía a grito herido que ese catrín había servido a los americanos en Veracruz y que no entraría a la casa hasta que no llegara Jacinto, que era el jefe de la familia. Como los primeros días de nuestra entrada a México no me dejaba la familia Carrillo comer afuera, siempre ocupaba un lugar en la mesa y me pude enterar, sin que yo tuviera que averiguarlo, que el novio de Lucía se llamaba Adolfo Ruiz, que era de Veracruz, que había servido a los americanos como empleado inferior en la aduana, que cuando la invasión de Veracruz, Lucía andaba de paseo por Europa, que cuando se embarcó Adolfo Ruiz, la acompañó hasta el barco y la atendió y cuando regresó hizo lo mismo con Lucía, atendiéndola esmeradamente. Lucía era muy rica y Adolfo Ruiz muy jodido y con su señora madre que mantener, de la que era su único sostén. Después de estar Lucía dos días en el hotel Diligencias en Veracruz, tomó boletos en el pullman para México y Adolfo Ruiz le arregló los boletos del ferrocarril y la fue a dejar a la estación. Cuando el tren iba a salir y se quiso despedir de Adolfo Ruiz, éste le dijo: "No, Lucía, no nos despedimos, me voy contigo a México y hasta el fin del mundo, pero yo ya no te dejo". Y así fue. Llegó el general Jacinto B. Treviño y le contaron el chisme del noviazgo de Lucía. Para entonces ya tenían departamentos en el edificio de la familia Carrillo, los generales Samuel M. Santos y Francisco de P. Mariel, Samuel de 27 años y Mariel de 25 años, y María Carrillo de Treviño, la hermana que mandaba en la familia. Sin preocuparse de que la oyéramos todos, le decía a Lucía en voz alta: "Tú no te puedes casar con un traidor, cásate con un general, aquí están Samuel y Mariel, que son solteros, escoge a cualquiera de los dos, que además son guapos". Y Lucía hizo su lucha, pero ni Samuel ni Mariel le "entraron al toro", querían seguir siendo solteros. Samuel dejó de serlo al año, que se casó en San Luis Potosí y Mariel nunca se casó, aunque fue polígamo y dejó muchos hijos. Cuando había bronca en la mesa por el noviazgo de Lucía, doña Adelita, la madre de las Carrillo, defendía a Adolfo Ruiz y decía como argumento

que era un muchacho muy pobre que tenía una madre que atender y que por eso siguió en el puesto que tenía desde el tiempo de Victoriano Huerta sin renunciar a él, que lo había hecho por hambre.

Adolfo, el futuro político, "adelantó primicias" a Lucía. Ya estando la novia "bien servida", se acostó en su cama y mandó suplicarle a mi hermano el general Samuel M. Santos que lo fuera a ver. Samuel acudió y "el enfermo" le dijo: "Samuel, el sexo se impuso y Lucía está embarazada, yo probablemente me muera, pues tengo un ataque de tifo y me quiero casar con ella, pues si me muero no quiero dejar al huérfano sin nombre legítimo". Samuel transmitió a Treviño y a la familia los deseos de Adolfo Ruiz y después de un alboroto grande en la sala de la casa y de una bronca, dijo Treviño dirigiéndose a María, su mujer: "Que se case Lucía, pues ya está grande y es preferible que no se quede a vestir santos". Adolfo Ruiz tenía 24 años y Lucía 30, pero mucha "lana". Llevó mi hermano Samuel M. Santos a un juez civil y se hizo acompañar de nuestro fraternal amigo Francisco de P. Mariel y otro testigo que no sé quién sería. Se celebró el acto del matrimonio; después de terminada la ceremonia del entonces Adolfo Ruiz y Lucía Carrillo se despidieron los presentes y los generales Samuel M. Santos y Pancho Mariel se fueron al Café Colón. Allí estaba yo y nos juntamos a tomar las copas; me platicaron de dónde venían y todo lo que había sucedido y en eso estábamos cuando llegó Fito Ruiz, muy bien bañado, muy bien rasurado y muy bien trajeado, no tenía ni catarro. Mariel se paró y en voz muy alta le gritó: "Adolfito, Adolfito, bienvenido, entre nosotros el hombre resucitado, no te invitamos a comer por no interrumpir tu romance, pero vamos brindando por tu felicidad". Adolfo Ruiz se echó un farolazo de tequila como de tres pisos, dio las gracias, porque siempre fue muy cortés, y se retiró. Entonces el general Mariel le dijo a mi hermano Samuel: "Compadre, por qué me hiciste cómplice de esta farsa, este Fito Ruiz es un gran actor, yo llegué a creer que estaba moribundo". Samuel le contestó: "Lo hice por Lucía y por la familia Carrillo que tanto nos han querido a mis hermanos y a mí, para eso son los amigos".

Tiempo después cuando el todavía Adolfo Ruiz era pagador y mayor asimilado de la Brigada Mariel y no inflaba la nómina todo lo que Mariel quería, Pancho se ponía furioso y le gritaba: "Adolfo, Adolfito, Adolfititito". Era la forma que Mariel tenía de mentarle la madre con toda consideración. Cuando la división de Villa y Carranza y Treviño llegó derrotado al puerto de Tampico junto con don Pablo González, Adolfo Ruiz llegó con Lucía, que ya llevaba el "rebocito por delante" y Treviño encargó a su cuñado Lauro Carrillo del abastecimiento de sus tropas (la fayuca), pero Lauro Carrillo era un bohemio que había sido cuatro o cinco veces rico por herencias y todo lo había tirado y sabía más de la vida de Europa que de México, era un simpático disipado y comisionó a su cuñado Adolfo Ruiz que se encargara de la "fayuca".

"Pues yo —decía Lauro— qué sé de comprar arroz ni chile ni garbanzo ni zapatos para la tropa ni nada de eso, bonito me vería yo tratando con soldados, a mí comisiónenme a administrar los burdeles de la Plaza de la Unión (que es donde vivían las muchachas alegres), pero tratar yo con sargentos y soldaderas no es mi elemento, que se encargue de eso Fito". Y Adolfo Ruiz se encargó de la fayuca y lo hizo muy bien. No estorbaba a los oficiales ni a las soldaderas, tenía mucho sentido comercial y mucha práctica administrativa. Había sido dependiente de una tienda de españoles y conocía el teje y maneje de la compra y venta de mercancías y naturalmente la mayor tajada de la fayuca era para Lauro Carrillo, su cuñado, y para Jacinto B. Treviño. Adolfo Ruiz se sujetaba estrictamente al sueldo que él mismo se había impuesto. Era Adolfo Ruiz un gran bailador de rumba y de danzón y pronto fue el "castigador" de Blanca la Cacariza. Adolfo Ruiz era muy simpático, tenía mucho partido con las putas del burdel, que le llamaban el Faquir, seguramente que por sus ojos tan grandes y tan negros, era en su juventud Fito Ruiz lo que llaman los franceses *an tree bon joan tree bien portee*. Ya de ministro de Gobernación se hizo muy austero y el coñac lo tomaba a escondidas, aunque sólo le gustaba beber coñac del país. Blanca la Cacariza tenía un burdel de lujo en la Plaza de la Unión llamado Sansuci. Blanca la madrota "peleaba en dos frentes", con el coronel Adalberto Tejeda, quien era el del gasto, y con Adolfo Ruiz, quien era el del gusto (el castigador).

Reuní a un grupo numeroso de gobernadores en mi casa, entre ellos al nuevo gobernador de Nayarit, que hasta entonces había sido diputado y senador por San Luis Potosí, para lo cual contó con mi apoyo y simpatía y decidido respaldo del presidente, general don Manuel Avila Camacho. Al dejar yo el puesto de presidente del bloque de gobernadores propuse y apoyé para que me sustituyera el gobernador Gilberto Flores Muñoz, pero yo seguí lidereando en el bloque. Les hablé a los gobernadores francamente de mis simpatías por Adolfo Ruiz Cortines (desde que triunfó como diputado por el distrito de Tuxpan "Fito Ruiz" se convirtió en don Adolfo Ruiz Cortines) en que nadie se comprometió definitivamente a sostenerlo en esa junta, nadie objetó su candidatura. Yo me quise dar prisa en estos trabajos, porque el licenciado Fernando Casas Alemán había mandado imprimir doscientas mil fotografías de él, con el pie de imprenta bajo el retrato que decía: *Candidato a la Presidencia de la República.* Esto sucedía cuando no había ningún candidato apoyado por el Partido y muchos políticos y no políticos se adhirieron a Casas Alemán, pues creían que él estaba dando pasos en firme apoyado por el presidente de la República, licenciado Miguel Alemán, y además lo que más me preocupaba, era que sabía que mi compadre, jefe y amigo, el expresidente de la República, general don Manuel Avila Camacho se inclinaba resueltamente por la candidatura de Casas Alemán. Pocos días después de

esa junta en mi casa me personé con el general Avila Camacho en su domicilio que ya para entonces estaba en La Herradura. Llegué y me pasé de rondón al salón y con una pared de cristal de por medio en un cuarto contiguo al salón donde estaban sentados el general Avila Camacho y Gilberto Flores Muñoz, Don Manuel me hizo una seña con la mano de que me sentara y tomé asiento. Poco rato después me hizo una seña el general Avila Camacho de que pasara, busqué la puerta, que estaba a un lado, y entré al pequeño saloncito y don Manuel, sin darme tiempo de nada y en presencia de Flores Muñoz, me dijo: "Compadre, estoy hablando aquí con don Gilberto de la futura campaña presidencial". Hizo una pequeña pausa y en eso apareció del otro lado de la pared de cristal, en el mismo lugar que yo había ocupado hacía unos minutos, el licenciado Fernando Casas Alemán, jefe del Departamento del Distrito Federal. Saludó con la mano y en la misma forma le contestamos los reunidos y don Manuel le hizo una seña para que se sentara y Casas Alemán tomó asiento. Entonces yo, un poco impaciente, le dije a don Manuel: "Sígale, compadre". Siguió diciendo don Manuel: "Bueno, yo lo que quiero es que mis amigos queden bien colocados, yo no tengo ningún interés personal, pero quiero que ustedes —dijo dirigiéndose a Flores Muñoz y a mí—, quiero que ustedes y mis demás amigos queden bien situados; el licenciado Fernando Casas Alemán está presente..." Yo lo interrumpí y dije: "Está casi presente, compadre". "Pues sí —siguió diciendo don Manuel—, nos divide una pared de cristal". "Que yo la conceptúo de acero", le dije a don Manuel. Se puso rojo el general. "Yo lo hago por ustedes, compadre —siguió diciendo dirigiéndose a mí, porque Flores Muñoz no habló ni una palabra mientras don Manuel y yo estábamos hablando—, el licenciado Fernando Casas Alemán es amigo de ustedes y los tratará bien, es muy buen hombre". Yo le contesté: "Compadre, usted es ranchero como yo y sabe muy bien la regla charra que dice: caballo manso tira a penco, hombre bueno tira a pendejo, mujer coqueta tira a puta". Don Manuel y Flores Muñoz se rieron y voltearon a ver a Casas Alemán, que podía ver nuestros gestos, pero no oía una palabra de lo que estábamos hablando, "Mire, compadre —le dije a don Manuel—, siento mucho contrariarlo, pero francamente en este asunto yo no lo sigo, nunca creí que habría una ocasión en que yo tuviera que decirle esto, porque lo quiero mucho y en la actualidad es al hombre que más respeto y admiro. Ese pobre señor que está encasillado frente a nosotros fue a la ciudad de San Luis Potosí, donde no se dignó ni siquiera a mandarme decir que estaba y se dedicó a quererme sonsacar a mis amigos sin mi consentimiento para que apoyaran su candidatura, iba tomando el nombre del presidente Alemán, pero yo estoy curado de espanto. Lo mismo hizo Parra Hernández cuando quiso ser gobernador del estado, pero entonces tuve una aclaración con Alemán, pero ahora no necesito aclaraciones, yo estaré contra la candidatura de Casas Alemán y para

que vea usted, mi jefe y compadre muy querido, que yo soy hombre leal y que sólo lazo por una punta, de aquí me voy a Gobernación a ver a Adolfo Ruiz Cortines, no para chismearle esta plática, sino para reiterarle mi adhesión y participarle que mañana salgo a San Luis, donde lanzaremos su candidatura por conducto del Partido local y con todas las organizaciones del estado y a decirle a Adolfo que si se raja, se acuerde de don Bernardo Reyes". Don Manuel se paró y dijo, dirigiéndose a los dos, a Flores Muñoz y a mí; "Vayan ustedes a ver a don Adolfo, díganle que yo no me opongo a su candidatura, que ustedes, que son mis mejores amigos dentro de la política, están con él y por lo tanto yo no podré estar contra mis amigos. Eso sí —dijo dirigiéndose a mí—, dígale a don Adolfo que si se deja 'injertar' a Carlos Serrano y otros bandidos yo le daré contra, unido con mi general Cárdenas, pues en este asunto estamos unidos los dos y lo que uno haga lo sostendrá el otro". "Con todo gusto le daré su recado a Adolfo —le contesté—, pero Serrano y él no están abiertamente enemistados, pero no tiene ningún punto de coincidencia ni con Serrano, ni con Parra Hernández, ni con ningún otro latrofaccioso de la camarilla de Alemán", le contesté. Ya de buen humor, don Manuel me dijo: "Ni con Ramón Beteta, ni Antonio Díaz Lombardo, el fascineroso". "Sí, señor —le dije—, le pasaré a Adolfo una lista de maleantes". Salimos Flores Muñoz y yo y en la puerta ya estaba para entrar el licenciado Casas Alemán, seguramente atendiendo a una seña que debe haberle hecho Avila Camacho. Nos saludamos de boca muy brevemente, pues él tenía prisa por entrar y nosotros teníamos prisa por salir. A Bucareli nos fuimos el mazacuate Flores Muñoz y yo. Yo que siempre he sido muy dado a poner apodos, apodé a Flores Muñoz desde que era senador con el nombre de Mazacuate, nombre de un gran viborón que habita en la Huasteca y tal vez en otros trópicos.

Fuimos encubridores de Ruiz Cortines el general Heriberto Jara, el general Jacinto B. Treviño y el general Samuel M. Santos, el licenciado Miguel Alemán y el gobernador de San Luis Potosí, Gonzalo N. Santos. Los generales Treviño y Santos lo encubrieron porque habían sido jefes y protectores de Adolfo y creían que con él tendrían una posición privilegiada, que no alcanzaron. El general Raúl Gárate, gobernador de Tamaulipas también había sido jefe de Adolfo y lo encubrió; pues creía que Adolfo lo iba a nombrar secretario de la Defensa, pues a Ruiz Cortines, siendo Gárate inspector general de la Policía del Distrito Federal, Gárate le protegió la fuga cuando lo iba a fusilar el general Murguía.

El general Heriberto Jara fue encubridor de Adolfo por bondadoso y por sentimiento veracruzano; también había sido jefe de Adolfo cuando a nuestra entrada a la Ciudad de México el general Jara recibió el go-

bierno del Distrito que le entregó el ingeniero Alfredo Robles Domínguez y que Adolfo Ruiz ocupaba el modesto puesto de ayudante civil del gobernador Robles Domínguez (abre puertas) y Adolfo se le coló fácil al general Jara, haciendo valer lo veracruzano.

El gobernador Gonzalo N. Santos lo encubrió, primero, porque eran muy amigos Adolfo y él, pues Adolfo Ruiz, al primer revolucionario que conoció fue al capitán constitucionalista Gonzalo Santos que todavía no era N., perteneciente a la división del Centro a las órdenes del general Jesús Carranza, y de Santos se valió Adolfo Ruiz para conocer y tratar a varios generales de la Revolución; segundo, lo encubrió Santos porque ni siquiera era un colaborador de los invasores, desde el gobierno del usurpador Victoriano Huerta ocupaba un humilde puesto en la aduana de Veracruz, mismo que siguió cobrando en la nómina de los invasores para mantener a su madre y, por último, Gonzalo encubrió al entonces Adolfo Ruiz porque consideró ventajoso para él tenerle pisada la cola al presidente; esto se convirtió, cuando Ruiz Cortines ocupaba el puesto de la Presidencia, en arma de dos filos y aún antes de ocupar el puesto. Cuando Adolfo ya era presidente electo le comenzó a tirar mordidas al gobernador Santos. Así es la vida y así es la política mexicana. Pero hay algo más para pintar a este personaje: cuando ya Adolfo era Ruiz Cortines y ministro de Gobernación y hubo necesidad de detener a sus enemigos políticos del puerto de Tuxpan que combatieron su candidatura de diputado al Congreso de la Unión cuando se lanzó por aquel distrito veracruzano, señores licenciado Enrique Rodríguez Cano e ingeniero Carlos Barón Obregón, que le publicaron en aquella oportunidad las pruebas de haber servido a los invasores americanos en Veracruz (olvidando ellos que antes había servido a Victoriano Huerta) y habiéndome manifestado Adolfo sus temores por este motivo y ya estando Adolfo jugando como precandidato, a sugerencia mía necesitaba callar al ingeniero Barón Obregón, que era mi amigo, le sugerí que le diera dos "costales" (dos millones de pesos). Y con eso estaría arreglado. Adolfo se alarmó y me dijo: "¿De dónde los saco?" Más adelante explico más ampliamente este asunto, pero adelantando "vísperas" contaré, antes que me vaya a fallar mi fiel memoria, lo que entonces sucedió: el ya señor don Adolfo Ruiz Cortines, ministro de Gobernación y precandidato a la Presidencia de la República, llamó a uno de los hombres que más ayudé en la política, y que más leal me fue hasta su muerte, el inteligente, valiente y culto José María, Chema, Dávila, que a la sasón y por influencia directa mía ocupaba el puesto de gerente del Banco Agrícola y le dijo Adolfo a Chema: "Chema querido, para una batalla estratégica de la Revolución se necesitan dos millones de pesos al riguroso contado, ¿la Revolución podría contar con este dinero con la ayuda de usted y por mi conducto?" Y Chema, el bohemio revolucionario, le contestó: "Don Adolfo desde hoy en la tarde están a su disposición los dos millo-

nes de pesos y si usted lo dispone, mando arrancar las escaleras del edificio del banco y se las envío a usted y también puede disponer de mi persona; yo soy gente de Gonzalo y con él iría hasta el infierno". Adolfo aceptó y recibió la oferta, no ese mismo día, pero sí tres o cuatro días después, cuando yo le traje al ingeniero Carlos Barón Obregón a su casa.

El día que Adolfo Ruiz Cortines recibió la presidencia de la República, después de haber protestado en la Cámara de Diputados, llamó a Chema (que esperaba que le nombraran director del Banco de México) a su casa y le dijo (se hablaban de usted), "Chema querido, lo llamé para darle las gracias por la ayuda tan eficaz que me prestó durante mi campaña". Chema le contestó: "No tiene usted de qué dármelas, don Adolfo, usted me habló de la Revolución y por la Revolución lo hice". Desde el día que Adolfo Ruiz Cortines ocupó la presidencia de la República se dedicó a hostilizar a Chema Dávila y lo estuvo amenazando constantemente con auditorías al banco que había dirigido y en desprestigiarlo por la prensa. Chema Dávila emigró a Los Angeles, California, y desde allá nos habló por teléfono a todos sus amigos diciéndonos que estaba a la expectativa, que cualquier acusación legal que le hicieran no le asustaría, *pues él cantaría claro y recio*. Allí pararon las cosas y Chema volvió al país sin que nadie lo incomodara.

La primera reunión de gobernadores antes de la junta en el bloque se hizo a iniciativa mía, en el templo de San Juan de los Lagos, dentro del templo y cerca del altar mayor, cuando miles de fieles hincados ante la Virgen de San Juan celebraban el rito religioso que encabezaba un sacerdote y los pocos gobernadores que allí estábamos pasábamos inadvertidos, que es lo que pretendíamos para que no se molestara el presidente Miguel Alemán, pues a ningún presidente de los últimos tiempos le ha gustado que grupos o personas tomen la iniciativa de la sucesión presidencial antes que ellos.

Adolfo Ruiz Cortines desde la presidencia de la República, hizo un buen gobierno, no dilapidó ni los dineros ni el crédito del país, hizo una administración juiciosa y ponderada. Era enemigo desde su juventud de toda ostentación y pecaba de austero. Un político comparable al doctor Francia de Paraguay. Sabía engañar hasta al lucero del alba, no robó ni hizo fortuna personal, pues nunca le interesó el dinero. No formó gavilla y la debilidad que tuvo con su mujer y con sus entenados puede considerarse como un mirlo blanco, en comparación con los fascinerosos que saquearon el gobierno y al país en el gobierno de Luis Echeverría, en que los saqueadores y defraudadores formaron legiones encabezados por dos bandas más grandes y desvergonzadas de fascinerosos que ha habido en la historia en los gobiernos de México: los Echeverría y los Zuno capitaneados por el matrimonio Echeverría Zuno, seguido muy de cerca por los insolventes morales de una y otra tribu y que el pueblo acertadamente apellidó: los Zunos y los Otros, pero bien secundados en sus latrocinios por sus colaboradores, que mientras hacían demagogia, dizque en favor del pueblo, robaron sin piedad a la nación, comprometieron al país con deudas estratosféricas y acabaron con su crédito moral y político ante el mundo civilizado. Luis Echeverría es hasta la fecha un burócrata vulgar y a pesar de los billones que robó, no se ha llevado jamás a los labios un bocado de comida que no proceda de las arcas de la nación, de esta nación que tantos males le debe. Fue Ruiz Cortines muy débil con su segunda mujer, la señora María Izaguirre de Ruiz Cortines y con sus hijastros, Mauricio Loken y Rafael Loken, hijos de judío, que como buenos hebreos y válidos de la influencia de su madre y en connivencia con ella sí le entraron muy duro a los trinquetes, entre ellos, el de una supuesta catedral que iban a hacer en Toluca y que nunca llegaron a construir. Este trinquete fue muy escandaloso y lo llevó a cabo la señora Ruiz Cortines en connivencia con el obispo de esa diócesis cuyo nombre no recuerdo.

Tocante a asesinatos en su gobierno, sólo hubo uno: el de un mayor henriquista cuyo nombre no recuerdo. Parece que se apellidaba Piña y que fue muerto por el Negro Pulido, que fue protegido de Ruiz Cortines. Pulido fue su suplente cuando era diputado por Tuxpan. Ruiz Cortines tenía un solo amigo en Tuxpan (el Negro Pulido) y muchos enemigos que combatieron su candidatura, en ese entonces encabezados por el ingeniero Carlos Barón Obregón y licenciado Enrique Rodríguez Cano, quien murió siendo secretario del presidente Ruiz Cortines. Cuando ya era muy viable candidato a la presidencia de la República, Barón Obregón y Rodríguez Cano depusieron sus armas contra Ruiz Cortines por diferentes razones: Barón Obregón porque recibió de Adolfo dos "costalazos grandes" y Rodríguez Cano porque se conquistaron apoyo y amistad mutuamente con Adolfo Ruiz Cortines. Pero volviendo al innecesario asesinato del mayor henriquista en Cuautla, Morelos. Cuando salió la noticia de la muerte de este mayor en los periódicos, Ruiz Cortines se espantó mucho y me decía, agarrándose la cabeza con las manos: "Estamos manchados, estamos manchados". Yo le dije: "Adolfo, para mandar matar a un enemigo nunca debe valerse el hombre de pendejos y Pulido es un alcohólico que no tiene ninguna experiencia de estas cosas y sólo se amparó por el apoyo que tú le das y de su fuero de diputado que tú le has dado. Otra vez que se te ofrezca mandar chingar a un cabrón, consúltalo primero con los hombres que sabemos de estas cosas y no te valgas de pendejos". Adolfo, como ya tengo dicho, ante mí negaba su participación en este crimen innecesario, pero el hecho es que Pulido continuó como director de la Policía de Ferrocarriles donde él lo había puesto y también continuó el Negro Pulido como su ayudante personal de más confianza. Digo que este crimen fue tonto y completamente innecesario pues se trataba de un pobre mayor del ejército que no tenía ninguna fuerza política ni militar y no era peligro para nadie y su único delito fue ser un apasionado partida-

rio del general Miguel Henríquez Guzmán que figuró como contrincante de Ruiz Cortines en las elecciones. La segunda mujer de Adolfo Ruiz Cortines era hija del almirante Izaguirre, porfirista y huertista dado de baja al triunfo del constitucionalismo. Este almirante volvió a ingresar a la armada cuando la división con Villa y fue dado de baja por infidente delahuertista por el general Alvaro Obregón. Reingresó a la armada en tiempo de Calles y por tercera vez fue dado de baja de la Marina de guerra por el presidente Portes Gil, pues se adhirió con numeroso grupo de jefes de la Marina al movimiento escobarista encabezado en Veracruz por el general Jesús M. Aguirre. Izaguirre fue el segundo suegro de Ruiz Cortines. La primera esposa de Adolfo fue la señora Lucía Carrillo de Ruiz, pues entonces no usaba el Cortines. Procrearon tres hijos, un varón llamado Adolfo, apodado la Gallina, buena persona y alcohólico; dos hijas, buenas mujeres, una llamada Lucía, como la madre que vive aún casada con un señor De la Lama y la otra hija de Adolfo murió antes que él llegara a la presidencia de la República. Adolfo se negó a visitar el cadáver de su hija, por no disgustar a su segunda mujer, María Izaguirre de Ruiz Cortines, quien era muy brava con él y a la que temía. De su primera esposa, Lucía Carrillo, se divorció Ruiz Cortines cuando cayó en la política y en lo militar. Su concuño y protector, general Jacinto B. Treviño, del que Ruiz Cortines fue secretario particular cuando Treviño era ministro de Industria Comercio y Trabajo.

Que la historia nos juzgue a los hombres públicos que estoy pintando en mis memorias.

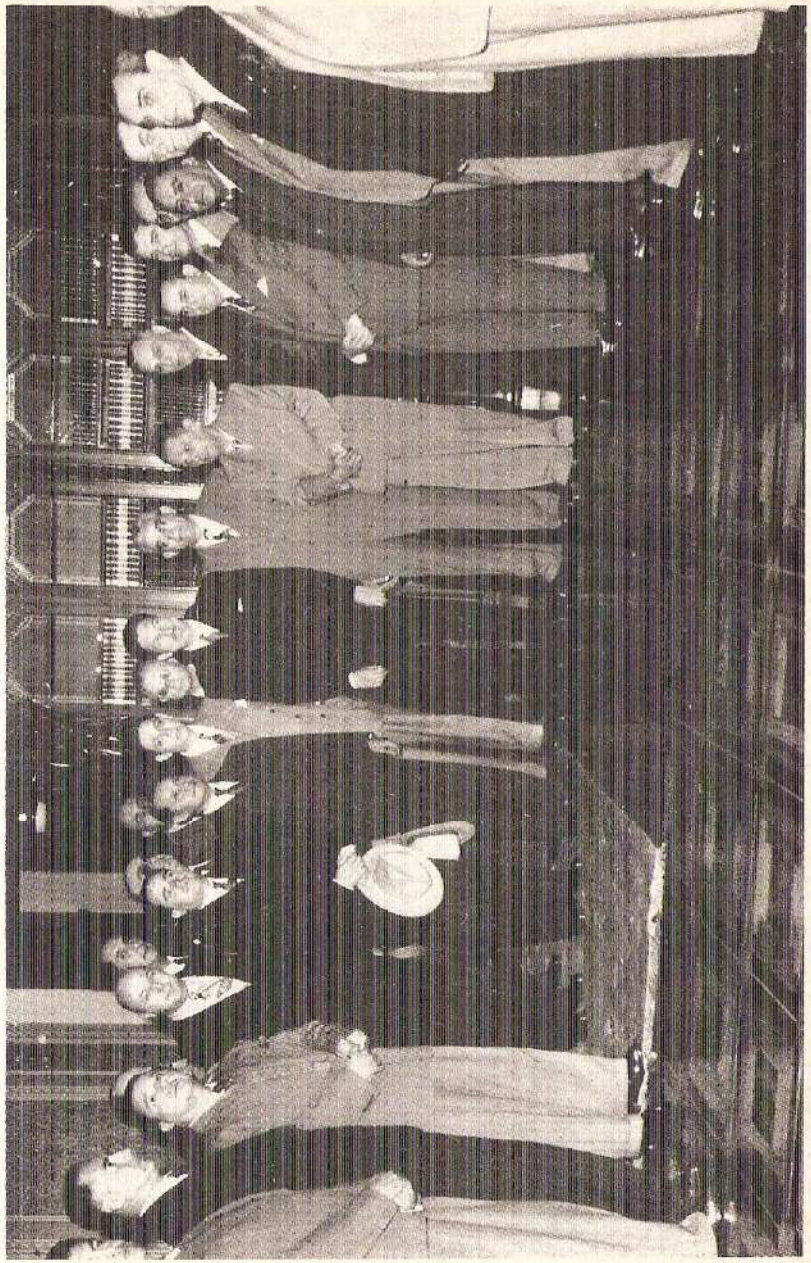
Presidencia del tío Coba

La campaña presidencial en favor de Ruiz Cortines fue muy fácil, pues el contrincante que se le enfrentó, general Miguel Henríquez Guzmán, era muy débil y muy tonto en política. Los principales partidarios de Ruiz Cortines nos dedicamos a lanzarle constantes ataques a Henríquez por haber servido en el ejército federal, a las órdenes de Victoriano Huerta. Con esos ataques se adormeció la oponión pública respecto a Ruiz Cortines y su colaboración ínfima con los invasores americanos. Además, Ruiz Cortines aprovechó en su favor el apoyo que le daba el presidente de la República, licenciado Miguel Alemán, y organizó en el puerto de Veracruz una comedia en el ayuntamiento, que él llamó "cabildo abierto", a donde fueron a declarar ciudadanos de todas las clases sociales previamente seleccionados por Ruiz Cortines, quienes unánimemente declararon que Ruiz Cortines ni siquiera estaba en el puerto de Veracruz cuando la invasión. El general Francisco J. Mújica, que fue administrador de la aduana de Veracruz, nombrado por el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, para que se hiciera cargo de la aduana al evacuar los

Miguel Alemán y Gonzalo N. Santos flanqueados por hermosas mujeres en su gira electoral por la provincia.

También estuve cerca de Miguel Alemán cuando fue candidato a la presidencia.

Apoyando la candidatura de Miguel Alemán a la Presidencia de la República.



Como presidente del Bloque de Gobernadores en visita a Miguel Alemán en Palacio Nacional.

Gonzalo N. Santos y Miguel Alemán comentando anécdotas, cuando éste ya había dejado la presidencia.

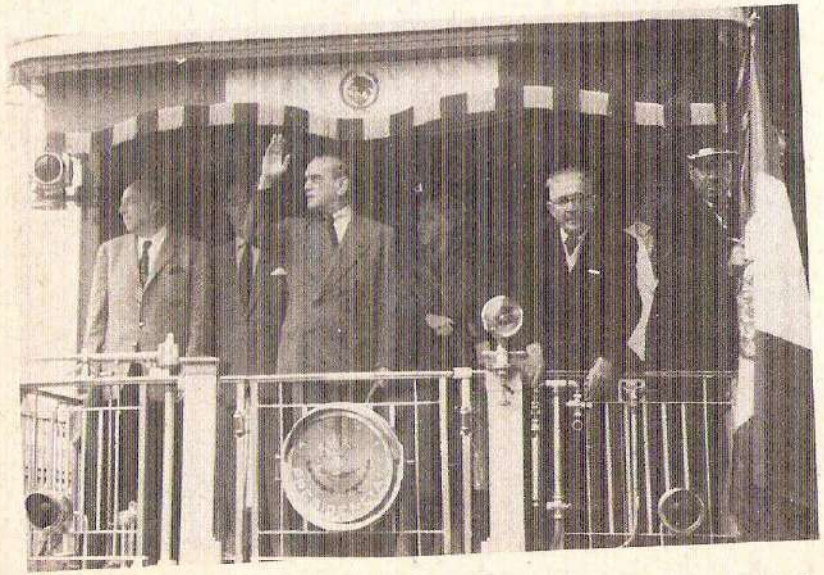
Fui vitoreado y metido en hombros a la Universidad de San Luis Potosí por los estudiantes.

En el orden habitual: Bonifacio Salinas Leal; Gonzalo N. Santos; Leobardo Reynoso y Anacleto Guerrero; el individuo que asoma sobre nuestras cabezas es un camarada del cual he olvidado su nombre.

Con el doctor Ignacio Morones Prieto, candidato a gobernador del estado de Nuevo León, quien saluda a un campesino.

Con el presidente Adolfo Ruiz Cortines.

Con el presidente Adolfo Ruiz Cortines trabé muy buena amistad, recuerdo que en esta ocasión lo invité a una exposición avícola y lo llevé a un palenque a presenciar peleas de gallos, motivo por el cual aquí aparece serio al sentirse engañado, y yo, le sigo haciendo bromas.



Acompañando al presidente Adolfo Ruiz Cortines en su comitiva en el tren "Olivo".

Acompañé a Adolfo López Mateos en su gira electoral por la República.

Con Adoldo López Mateos en San Luis Potosí, en un banquete organizado en honor del candidato a la Presidencia de la República.

Condecorado por Adolfo López Mateos en la celebración de mis "bodas de plata"

A mis costados, mi hermana Gertrudiz y mi viejo amigo Macario Balderas.

En la quinta El Alazán Tostado, en Cuernavaca, durante el festejo de mis 25 años de matrimonio. Aparecen de izquierda a derecha el licenciado Gustavo Díaz Ordaz; el expresidente Emilio Portes Gil; el entonces presidente de la República Adolfo López Mateos, Gonzalo N. Santos; Humberto Romero; mi hijo Gastón Santos y José María Dávila.

En Cuernavaca, soltando al "Tapado"

En el rancho El Gargaleote con el general Lázaro Cárdenas, como viejos camaradas.

GRAL. DE DIV.
ABELARDO L. RODRIGUEZ
APARTADO POSTAL 27
ENSENADA, B. CFA.

lo. de abril de 1965.

Sr. Gonzalo N. Santos,
Mexicali # 90, Colonia Condesa,
MEXICO. D. F.

Muy estimado y viejo amigo:

Recibí tu muy atenta y grata carta fechada el 18 de marzo ppdo., habiéndome enterado de su contenido con el detenimiento que siempre me han merecido las comunicaciones de tan buen y viejo amigo, como has sido tú conmigo.

Efectivamente, estuve sumamente grave, la operación que me hicieron fué muy delicada e imponente. Se puede decir que mi corazón ha seguido trabajando - gracias al aparato llamado "marcapaso" que me instalaron en el pecho. Es un aparato electrónico que funciona con baterías y que sirve para impulsar los latidos del corazón.

La convalecencia ha sido larga; pero estoy en vías de una recuperación completa de mi salud. La sincronización del aparato electrónico con mi corazón ha resultado perfecta, según los últimos exámenes que me han hecho los cardiólogos que me atienden. Seguiré aquí en Ensenada casi todo el año porque tengo que ir a la Clínica una vez mensualmente para que se me examine y permaneceré aquí precisamente por indicaciones de los doctores que me - atienden.

Con gusto me he enterado que estás por empezar a escribir tus memorias. Indiscutiblemente que serán muy importantes por la larga actuación que tú has tenido en la cosa pública nacional y porque conoces perfectamente bien la actitud de todos los hombres de la Revolución.

En el libro que escribió el Lic. Gaxiola y que se intitula "El Presidente Rodríguez", habla de la Comisión de Diputados que fué a invitarme para que aceptara la Presidencia y, naturalmente, él indica que tú fuiste al frente de esa Comisión. Confirmando lo que Gaxiola ha dicho, añadiré que en realidad el Congreso de la Unión, que se puede decir que tú encabezabas en aquel entonces, no aceptó consignas de hombres prominentes y que actuando con verdadera independencia y facultades legales me nombró a mí Presidente Substituto.

Efectivamente, les mandé al señor Presidente Lic. Gustavo Díaz Ordaz y al Lic. Ortiz Mena una viejas cajas de vino que me quedaban y que si no hubiera hecho desde luego se perderían, porque yo no estoy ya en condiciones de probar el licor y era todo lo que me quedaba de vino en casa.

Como te digo antes, tendré que permanecer aquí todo el año por indicación médica. Así es que no nos será posible a mi esposa y a mí estar presentes y acompañarlos en su 36o. aniversario de bodas; pero ya sabes que estemos aquí o donde quiera, espiritualmente nosotros estaremos con ustedes ese día, dándoles nuestras cariñosas felicitaciones, deseándoles todo género de venturas y que sigan muchos años celebrando su aniversario de matrimonio.

Con la vieja amistad y afecto que siempre te he tenido te envío un fraternal abrazo, repitiéndome tu compañero y amigo.

A. L. Rodríguez

GRAL. ABELARDO L. RODRIGUEZ.

Carta enviada por el general de división Abelardo L. Rodríguez a Gonzalo N. Santos.

norteamericanos el puerto y que en aquella ocasión publicó una lista de los que habían colaborado con los invasores incluyó a Adolfo Ruiz en esa lista; y ahora con motivo de la campaña presidencial en que Adolfo jugaba como candidato, el general Mújica repitió el cargo al ya para entonces Adolfo Ruiz Cortines. Nadie hizo caso de los ataques que Mújica lanzó en un teatro de la Ciudad de México y Ruiz Cortines llegó fácilmente a la presidencia. El general Lázaro Cárdenas negó a Henríquez Guzmán con más énfasis que el que puso San Pedro cuando negó a Cristo. Los dos por la misma razón: ni San Pedro ni Cárdenas querían ir a ninguna causa perdida y me parece que los dos tuvieron razón. El general Lázaro Cárdenas y Adolfo Ruiz Cortines han sido los dos políticos más astutos de la Revolución para acá, aunque diferentes: Cárdenas sabía usar el disimulo, pero no fingía y no era comediante, pero sí armaba farsas cuando le convenía, por ejemplo: cuando indujo al bondadoso presidente Avila Camacho a que reuniera en el Zócalo en un tablado a todos los expresidentes, rodeados por una multitud de trabajadores de la CTM en que naturalmente Cárdenas fue la estrella y todos los demás concurrieron en calidad de perdonados. Allí, entre otras cosas, logró Cárdenas humillar a Calles igualándolo con Adolfo de la Huerta, que era un pobre diablo al que Cárdenas despreciaba, pero Cárdenas, repito, no era farsante habitual como Ruiz Cortines.

Ruiz Cortines me invitó a que lo acompañara a su gira por toda la República y lo acompañé a casi todas partes. Voy a contar algunas anécdotas de esta gira sucedidas en Monterrey. Cuando íbamos desfilando con el candidato en un camión más o menos adornado con banderas mexicanas, y Ruiz Cortines contestando a los saludos entusiastas y agradeciendo con las manos los aplausos, frente al hotel Iturbide salió una viejita al portón de su vivienda y, aplaudiéndolo con calor, gritó: "Viva Ruiz Cortines que será nuestra salvación", Adolfo saludó con toda cortesía a la viejita, pero con toda austeridad y luego me dijo al oído a mí: "Pobrecita, nos vitorea y nos aplaude porque cree que le vamos a abaratar la vida". Como a una cuadra adelante estaba un grupo que lanzó vivas calurosas y entre el grupo distinguí yo a mi amigo y compañero de la Revolución el general José E. Santos, caído en la desgracia política por sus muchos yerros, pero éramos amigos y viejos compañeros y yo le grité: "Cabezón, súbete al camión", y pidiéndole permiso a Ruiz Cortines, ordené al chofer que parara. El Cabezón Santos corrió hacia el camión y con mi ayuda y la de otros amigos que íbamos acompañando al candidato, subió al vehículo con muchos trabajos, pues era chaparro y muy gordo. Una vez arriba le hice camino entre los acompañantes para situarlo en la segunda línea, precisamente atrás de mí. Lo presenté con Adolfo y se saludaron de mano y como Ruiz Cortines era tan cobero le dijo al Cabezón Santos: "Quién no conoce al famoso general Santos de Nuevo León" (no se conocían). Le estrechó la mano y siguió el candidato aten-

diendo los saludos de las multitudes sin hacer más caso del Cabezón Santos, pero éste fue empujando a los que estaban delante de él hasta llegar a mi lugar y cuando yo menos lo pensaba ya me había desplazado y se había instalado firme junto al candidato en el lugar que yo ocupaba. Entonces, en presencia de Ruiz Cortines, le dije: "Cabrón Cabezón, vienes llegando del destierro donde estabas por infidente, te brindo la oportunidad de que te acerques al candidato, que muy pronto será presidente de la República, y lo primero que haces es quitarme el lugar a punta de codazos y empujones; ponte atrás o te bajo de cabeza del camión". Todos rieron, inclusive el Cabezón, que lo tomó a chunga, pero yo me hice la deducción de que así es la humanidad y así es la política mexicana. *Nunca se deben resucitar muertos.* Después del recorrido triunfal, pues todo estaba hecho, llegamos a Palacio de Gobierno, donde nos esperaba el gobernador Morones, hechura nuestra (de Ruiz Cortines y mía), pero principalmente mía. Después de los discursos nos fuimos a alojar al hotel Ancira, donde nos esperaba un numeroso grupo de generales de la Revolución, todos amigos míos. Allí, después en la comida, me dijo el doctor Morones: "Yo quisiera llevar a don Adolfo a Doctor Arroyo que es el distrito más abandonado y pobre del estado y que usted nos acompañara también". Yo le conteste al doctor Morones: "Yo le 'pongo en suerte' al candidato para que vaya con usted a Doctor Arroyo, pero yo sólo iré en esta gira por el norte a las poblaciones de la frontera, pues ya he tragado mucha tierra en pueblos polvorientos en centenares de giras y ahora, sin enemigo al frente, voy a permitirme el lujo de sólo ir a lugares civilizados. Si Doctor Arroyo —le dije al doctor Morones— merece ser visitado por el candidato que puede remediar, cuando llegue a la presidencia, sus carencias, pero yo no puedo remediar nada ni acompañándolo ni no acompañándolo, lo espero en la frontera". Al día siguiente en una avioneta tipo "guajolota" emprendieron el viaje Ruiz Cortines y Morones a Doctor Arroyo, eno donde estuvieron unas cuantas horas y luego regresaron a Monterrey. Al regreso del viaje de Doctor Arroyo, Ruiz Cortines me invitó a encerrarnos en su cuarto, donde tuvimos una larga plática. Me dijo Adolfo, fingiendo una gran emoción: "He hecho un gran descubrimiento". "¿Cuál?", le pregunté. "*Que el doctor Morones es otro Juárez.* Habla con él —me siguió diciendo— y dile que tan luego proteste yo como presidente pida licencia como gobernador porque me lo voy a llevar al gabinete. *Este hombre es otro Juárez*", me volvió a decir. Yo, que conocía a Morones como si lo hubiera parido y a Ruiz Cortines como si lo acabara de desensillar, me preguntaba qué maniobra traía este viejo de Tío Coba, que Morones no tenía cualidades políticas para compararlo ni siquiera con el licenciado Génaro Vázquez, oaxaqueño como Juárez, pero muy distante. "¿Qué le habrá hecho el Benemérito a Ruiz Cortinez para que comparara a Morones con él"? Hablé con Morones diciendo que Adolfo tan luego llegara a la presidencia de la Re-

pública se lo quería llevar al gabinete. Morones no lo esperaba, pues ya he dicho cómo llegó al gobierno de Nuevo León, en el que tenía menos de dos años, pero naturalmente se alegró de la noticia y me dijo que estaba preparado y que no tenía interés en Nuevo León, lo que comuniqué a Ruiz Cortines y me volvió a repetir: "Estamos trabajando para otro Juárez". Pasaré por alto el resto de la gira, que no tuvo interés salvo en Iguala, Guerrero, donde Ruiz Cortines me pidió que le dijera al licenciado Lauro G. Caloca, de Zacatecas, que hablara en el banquete y que dirigiera duros ataques al licenciado Alejandro Gómez Maganda, gobernador del estado. Yo le había metido a Ruiz Cortines a Caloca, que había sido compañero en las Cámaras tanto de Diputados como Senadores, siempre de adversarios políticos él y yo, y que cuando el movimiento escobarista lo desaforé como senador, pero que éramos amigos y era Mole de Olla, como le decíamos a Caloca, muy cariñoso conmigo; siempre se mostró mi admirador. Le zumbé al Mole de Olla Caloca la consigna y muy enfermo como estaba dijo un discurso burlesco y con mucha gracia contra el gobernador Gómez Maganda. Este gobernador Gómez Maganda era y sigue siendo partidario acérrimo del licenciado Miguel Alemán y Ruiz Cortines allí le empezaba a "pagar" a Alemán el fuerte apoyo que le brindó para llegar a la presidencia. Cuando Ruiz Cortines llegó a la presidencia de la República cayó Gómez Maganda como gobernador de Guerrero y Caloca entró al senado por Zacatecas, confirmándose el verso de Antonio Plaza: *"Un brindis vale más que el humo de mil batallas".*

La elección de Ruiz Cortines fue fácil, ganó en toda la República menos en El Mante, Tamaulipas, y Matamoros, Tamaulipas donde los agraristas explotados y robados por el agrónomo Mariano Parra Hernández, hermano de otro latrofaccioso licenciado Enrique Parra Hernández, se adhirieron a la causa henriquista y ganaron la votación de esas dos ciudades, aunque naturalmente perdieron la elección por obra y gracia de la fuerza democrática de nuestro Partido.

Una vez llegado a la presidencia de la República, Ruiz Cortines me mandó llamar a su domicilio al día siguiente de haber tomado posesión. Lo acompañaba solamente su jefe de Estado Mayor, general Hernández Bermúdez a quien yo casi no conocía. Supe por Adolfo después que este general era exfederal de los que jugaban polo con Amaro y con ese motivo obtuvo su reingreso al ejército. Yo nunca lo había tratado. Empezó a hablar Adolfo, diciéndome: "Te he mandado llamar para que colabores conmigo, pues eres tú de los responsables de que yo me encuentre instalado aquí". Yo no contesté nada, esperando que el flamante presidente continuara hablando. "Te voy a mandar —me dijo— como embajador a Guatemala, pues allí tenemos actualmente serios problemas que tú sabrás solucionar con tu conocida y vasta experiencia y tu gran talento". "¿Tú me vas a mandar a mí como embajador de México a Guatemala?", le pregunté. "Sí", me contestó. "Pues yo te voy

a mandar a ti a la chingada, yo no soy Don Cualquier Pendejo que se deje desterrar tan fácilmente; yo fui embajador en Bélgica y en Dinamarca a petición mía. A Bélgica, nombrado por el presidente general Abelardo L. Rodríguez, y a Dinamarca, nombrado por el presidente general Lázaro Cárdenas. Fui embajador cuando tenía 34 años y pedí el puesto porque no soportaba a los hijos del general Plutarco Elías Calles y su camarilla de lambiscones. Los hijos de Calles ya para entonces tenían mucha fuerza, habían crecido en edad y habían crecido en política y si no me salgo yo a tiempo lo menos que me podía haber sucedido era que me hubieran corrido, *eso hubiera sido lo menos*; también fui con el fin de cultivarme, pues un muchacho que a los 16 años era capitán primero de la Revolución, ¿qué tiempo pudo haber tenido para estudiar? Siempre fui un autodidacta y había desarrollado mucho mi inteligencia en las Cámaras de Diputados y Senadores contendiendo en la tribuna con verdaderos talentos; pero yo mismo 'me sentía muy verde'. Mi actuación a favor de tu candidatura no te la voy a refregar en la cara ni mi ayuda para que llegaras a diputado por Tuxpan y a gobernador del estado de Veracruz, pero no tengas cuidado, yo me voy a desterrar solo, pero no para Guatemala sino para mi rancho Gargaleote y desde allí te veré gobernar sin meterme en nada ni menos a estorbarte". Luego Ruiz Cortines me preguntó: "Bueno, ¿y de embajador en Estados Unidos?". "Tampoco voy —le dije—, este nuevo ofrecimiento tuyo me hace ver claramente que tú quieres correrme y veo que eres el mismo falso y mal agradecido de siempre, *eres un hijo de la chingada*". Esto último se lo grité en voz muy alta al presidente Ruiz Cortines, él se agarró la cabeza con las manos y me empezó a decir: "Torrente, Torrente, Río Tamuín, detente". En eso entró precipitadamente el general Hernández Bermúdez, que como ya dije era el jefe del Estado Mayor Presidencial y le preguntó al presidente cuadrándose: "¿Alguna orden, señor presidente?" Y yo antes de que contestara Ruiz Cortines le dije: "Corre a la chingada a este gendarme o lo saco a punta de pistola". Ruiz Cortines, con mucha calma, se dirigió al general Hernández Bermúdez, diciéndole: "No, mi general, ninguna orden, déjeme sólo seguir platicando con mi hermano Gonzalo". Dio media vuelta el general y salió, pero permaneció cerca. Ya con toda la furia de mi cuerpo adentro no me pude contener y le dije a Ruiz Cortines en voz tan alta que lo podía oír perfectamente el general: "Protesto de que me llames hermano, pues soy un bien nacido y tú eres un hijo de la chingada". Volvió a entrar el general: "¿Tiene alguna orden que dar, señor presidente?", preguntó de nuevo. Yo no le perdí la mirada a Ruiz Cortines, pues conociéndolo como lo conocía temía que le cerrara un ojo al general, yo le dije a Ruiz Cortines: "Corre a este genízaro o te hago una 'sacualtipana' (matazón)". Volvió a salir el general y descargué toda mi cólera sobre Ruiz Cortines, llenándolo de improperios. "¿Está aquí mi

amiga Leola?" (mi esposa). "Sí está —le dije—, pero ahorita no me la menciones, no me cambies de conversación, todo lo que te he dicho está dicho y lo sostengo". Me paré y le dije a Ruiz Cortines: "Te deseo que hagas un buen gobierno y por la maltratada que le diste ayer que tomaste posesión a tu protector, Miguel Alemán, creo que vas a hacer un buen gobierno". Luego le agregué una "posdata" a mi peroración, seguí insultando a Ruiz Cortines, a quien lo menos que lo llamé fue comediante, impostor y logrero de la Revolución. Le habló al general Hernández Bermúdez y le dijo: "Acompañe a mi hermano Gonzalo hasta su carro", y dirigiéndose Ruiz Cortines a mí me dijo: "Vete a seguir gobernando tu califato". (Yo ya no era gobernador del estado desde hacía tres años, pero Tío Coba, me nombró califa.) Me despedí sin darle la mano, el general Bermúdez me acompañó sin comentar nada de lo sucedido, pero yo lo hice pasar a mi lado sin perderlo de vista ni darle la espalda un solo momento, ni dejarle de ver las manos por si hacía algún movimiento. Con mucha corrección, el general Hernández Bermúdez se cuadró cuando yo me subí al carro y me dijo: "A sus órdenes, mi general". Mis precauciones eran instintivas, pues el general Hernández Bermúdez era un polista y yo un "garganta".

En la puerta, cuando ya había salido del despacho de Ruiz Cortines y me encaminaba al portón de la casa, nos encontramos el general Bermúdez y yo al licenciado Luis Padilla Nervo, que un día antes había sido nombrado por Ruiz Cortines ministro de Relaciones. Nos saludamos los dos muy cordialmente y Padilla Nervo me dijo: "Lo espero en la Secretaría de Relaciones mañana, señor embajador". Yo le contesté: "Hace nueve años que dejé de ser embajador, señor ministro, no tengo ningún asunto con qué ir a molestar a usted". Padilla Nervo hizo un gesto de asombro y me dijo: "¿No le ha dicho a usted nada todavía el señor presidente?" "Hágame favor, señor ministro, de preguntárselo a él ahora que entre a su despacho". Saludé de mano a Padilla Nervo y me retiré flanqueado por el general Bermúdez. Bueno, los dos nos íbamos flanqueando. Llegué a mi casa y me preguntó Leola (mi esposa): "¿Cómo te fue con Ruiz Cortines?". "Bastante bien —le contesté—, no me dejé desterrar". "Van como diez veces que te ha hablado el doctor Morones". Apenas me acababa de decir Leola esto, cuando sonó el teléfono, fui a contestar y era el doctor Morones. Con voz angustiada me pidió que le hiciera favor de pasar a su apartamento en el edificio Altamira, pues todavía no tenía casa. Acudí al llamado del doctor Morones y me encontré afuera de las habitaciones del doctor a mi viejo y compañero de la Revolución y de las trincheras de Ebano, general Anacleto Guerrero. Me pasé a las habitaciones del doctor Morones, quien sin ningún preámbulo me empezó a platicar que ese día muy temprano lo llamó Ruiz Cortines a su casa y le dijo que no era conveniente que ningún miembro del gabinete tuviera dos puestos en el gobierno, que por

lo tanto enviara enseguida su renuncia al gobierno de Nuevo León y que recomendara a la legislatura local que nombrara gobernador sustituto al señor José, Pepe, Vivanco. "¿Qué va a pasar?", le pregunté a Morones. "Para eso lo llamé, para que me aconseje qué debo hacer en este caso". "Doctor —le dije—, no estoy muy sereno para darle a usted un consejo, pues he tenido una entrevista bastante violenta con Ruiz Cortines, lo más que puedo hacer, doctor, es decirle lo que yo haría en su lugar". "¿Qué haría usted en este caso?", me preguntó el doctor Morones. "Yo —le contesté— enviaría mi renuncia a Ruiz Cortines como ministro de Salubridad y Asistencia, en la que le diría que no hay ningún precepto constitucional que le impida a un gobernador servir en el gabinete y que regresaría a mi puesto de gobernador, que es más honroso para mí que ser miembro del gabinete presidencial y que mi compromiso con el pueblo del estado era terminar mi periodo de gobernador, le daría las gracias al presidente Ruiz Cortines por la confianza que había depositado en mí durante 24 horas. Esta renuncia la enviaría yo simultáneamente al presidente de la República y a toda la prensa de la capital, pero usted obre como mejor le parezca, doctor. Si usted quiere seguir siendo político regrese al gobierno de su estado, si usted quiere ser simplemente un burócrata quédese de ministro". "Voy a hablar en este sentido con el presidente", me dijo el doctor sin tomar ninguna resolución. "Aquí está afuera —le dije— el general Anacleto Guerrero, que fue gobernador de Nuevo León y partidario de usted, me gustaría que lo pasara y le platicáramos este asunto, a ver qué opina". "Si lo cree conveniente usted —me dijo Morones—, páselo". Hice pasar al general Guerrero. Le platicamos Morones y yo la situación que le había planteado el presidente. "¿Y qué ha pensado, doctor?", le preguntó el general Guerrero. "Voy a hablar hoy mismo con el presidente para aclarar este asunto", contestó el doctor Morones. "¿Qué piensa usted, Gonzalo?", me preguntó el general Guerrero. Yo le dije: "No hay nada qué aclarar, mi general, el presidente se trajo al doctor Morones al gabinete para quebrantar al grupo revolucionario que lo llevó a él a la presidencia y empezó por quererme correr a mí del país a una embajada y darle una patada al doctor Morones, que pertenece a nuestro grupo. Yo no me dejé desterrar y el doctor Morones sabrá si se deja dar esta patada o se va a Nuevo León a ponerse al frente de su gobierno, aunque después lo tumbe Ruiz Cortines atropellando la soberanía del estado de Nuevo León. Morones se paró con la clara intención de dar por terminada la entrevista y salimos juntos el general Anacleto y yo. Al despedirme me dijo Guerrero: "Si el doctor Morones no se va inmediatamente a poner al frente del gobierno de Nuevo León, que no se vuelva a parar en el estado, porque lo vamos a correr a pedradas". "Esa es cosa del doctor Morones", le contesté al general Guerrero y nos despedimos. Morones, al día siguiente, envió su renuncia como gobernador de Nuevo León y

fue nombrado sustituto mi amigo Pepe Vivanco, que era contrario a Morones y adicto y fiel a mi también amigo general Bonifacio Salinas Leal. Yo nunca supe si el doctor Morones volvió a Nuevo León, pero creo que no, tarde, muy tarde he venido a saber que *la dignidad en política no conviene.* Pasaron seis o siete días de estos hechos, a Leola, mi esposa, se le volvió a zafar un hombro, que ya se le había zafado en París tiempo antes y donde le hicieron una malísima operación y la puse en manos del eminente doctor general Rafael Moreno Valle, quien le hizo una operación de emergencia que la dejó perfectamente curada. Lo supo Ruiz Cortines y un día que andaba yo fuera de mi casa se presentó en mi domicilio sin que lo acompañara nadie, pues momentos antes de anunciarse con Leola entró un ayudante con un ramo de flores e inmediatamente se retiró y acto seguido entró Ruiz Cortines, pasando por la cocina, pues mi despacho estaba cerrado. "Vengo a ver a mi querida amiga Leola", le dijo el Tío Coba a mi esposa. "Muchas gracias, don Adolfo —contestó Leola—, están muy bonitas las flores que me mandó". "No, mi querida Leola, yo no le he mandado flores, yo se las traje personalmente y personalmente las fui a comprar a una florería, pues se trata no de un cumplimiento sino de un deber de amistad, pues usted sabe cuánto la estimamos y queremos". Aceptó una copa de coñac que le ofreció Leola, charló con ella un largo rato en forma muy cordial y le dijo al despedirse: "Dejo un abrazo con usted para mi querido y entrañable amigo el Río Tamuín" (ya he dicho que así me llamaba Adolfo), y se retiró. Cuando yo llegué a mi casa vi las flores y Leola me dijo: "Me las trajo don Adolfo". "Te las mandaría", le dije. "No, me las trajo personalmente; estuvo aquí como cuarenta minutos platicando conmigo, te dejó un saludo y un abrazo". "Se lo agradezco —le dije— y le voy hablar por teléfono para darle las gracias". No lo hice inmediatamente como pensaba hacerlo y al día siguiente por la mañana me habló el presidente Ruiz Cortines a mí, preguntándome: "¿Cómo sigue mi amiga Leola?". Así llamaba él a mi esposa. "Muy bien —le contesté—, muchas gracias por tu fina atención, te la agradecemos tanto ella como yo". Esa misma tarde se presentó otra vez Ruiz Cortines a mi domicilio y personalmente le entregó a Leola una caja de chocolates cuando yo estaba fuera de mi casa; me supongo que me mandaba vigilar cuando salía, para presentarse a visitar a mi esposa. Le volví a hablar por teléfono dándole nuevamente las gracias y diciéndole: "Esas atenciones tuyas no las puedo olvidar". Me contestó: "¿Cuándo vienes a platicar, Torrente?". "Cuando tú lo dispongas", le contesté. "Vente mañana a las once", me contestó Ruiz Cortines. Acudí; tenía un sombrero italiano de la marca *Borsalino*, nuevo, envuelto en una bolsa de fina piel. Lo sacó de la funda y me dijo: "A ver si te gusta". "Está muy fino y bonito", le dije. "Es una lambisconeada que me trajo el bandolero Beteta" (Ramón Beteta). Este era exministro de Hacienda, pretendiente a la presidencia de la República y estaba apoyado por los más cercanos amigos y colaboradores del expresiden-

te Alemán, pero que con Ruiz Cortines lo derrotamos, antes de empezar la lucha. Agarró el sombrero y lo volvió a meter a la funda y me lo entregó. "Este sombrero —me dijo— no es para que lo use un viejo deshilachado como yo (mentira que Ruiz Cortines fuera deshilachado, vestía bien), este sombrero le queda a un hombre elegante como tú, llévatelo". Lo acepté sin dar las gracias. Platicamos como una hora de muchas cosas. Pero ni él ni yo tocamos el incidente que se suscitó cuando me quería mandar de embajador a Guatemala o a Washington, salió a dejarme hasta la puerta de su casa, pero ya estando casi en la puerta del jardín me preguntó: "¿No has hablado con el doctor Morones?". "Desde que tomó posesión como ministro de Salubridad y Asistencia no lo he visto". "El te va a buscar, ayúdalo", me dijo el presidente, y, efectivamente, al día siguiente el doctor Ignacio Morones Prieto estaba en mi casa, lo que no era extraño, durante años todos los días me visitaba. Me dijo el doctor que el presidente le había recomendado que no perdiera contacto conmigo, que yo entendía mucho de política y que él necesitaba que yo estuviera cerca de Morones, que él tenía planes a largo plazo para el doctor Morones. "Y no se vaya usted a envanecer —le dijo Ruiz Cortines a Morones—, pero en usted vemos otro Juárez". "¿Y usted lo creyó?", le pregunté al doctor Morones. "Lo de que sea otro Juárez no lo he creído —me respondió Morones—, pero lo de que trae intenciones a largo plazo con nosotros no me cabe duda, porque el presidente me explicó que me hizo renunciar como gobernador para quitarme de la política provinciana y para que entrara de lleno a la política nacional". "De modo es —le dije a Morones— que el presidente en la primera semana de su gobierno ya anda buscando candidato a la presidencia para que le suceda. Esto no es lógico, doctor, es un viejo muy astuto y muy tortuoso y quiere que yo lo aconseje y permanezca a su lado porque nos quiere joder a los dos juntos y considera que todavía no ha terminado su obra". Mi amistad con Morones y su familia era muy estrecha y nos seguimos viendo con mucha frecuencia y constante contacto.

Platiqué al licenciado Antonio Rocha, que era senador por San Luis Potosí y fiel amigo mío, la oferta que me hizo el presidente Ruiz Cortines de las embajadas de Guatemala y Washington y le conté también que en forma violenta había rehusado. El licenciado Rocha me dijo "¿Por qué no estudia lo de Washington?, eso es interesante". Yo le contesté al licenciado Rocha: "A cualquier puesto que me lleve Ruiz Cortines será para nulificarme y para deshacer nuestro grupo político, lo que seguramente va a lograr, pero mi deber es defender al grupo político nacional que encabezo y a nuestro grupo de San Luis, si yo hubiera aceptado ir a Washington él en el momento que le conviniera me 'renunciaría', pues bien sabía Ruiz Cortines que mi esposa es norteamericana de nacimiento, aunque nacionalizada mexicana desde los 17 años de edad, pero la Ley de Servicio Exterior prescribe que un ciudadano mexicano casado con extranjera no puede ser embajador en el país de origen de la esposa".

Un servicio bien cobrado

En el año de 1954, Petróleos Mexicanos y la Secretaría de Industria acordaron un alza en el precio de los carburantes y con ese motivo Tampico y Ciudad Madero sufrieron un severo bloqueo de parte de la Unión de Choferes que no tan sólo se declararon en huelga sino que acordaron no dejar transitar un solo vehículo y pusieron fuertes núcleos de huelguistas en las entradas de estas ciudades para que ningún carro ni camión pudiera entrar ni salir del puerto de Tampico ni de la ya mencionada Ciudad Madero. El líder máximo de este movimiento fue el secretario general y dirigente Juan Gutiérrez del gremio de choferes financiados por el judío americano Herman H. Fleishman, que fue secundado por un judío argentino llamado Mauricio Bercum que la hacía de director del periódico de su mujer, titulado *El Mundo*. Estos dos judíos fueron los cerebros de este movimiento. No he podido averiguar el fin que perseguía Fleishman, pero me supongo que estaba manipulado por las compañías petroleras expropiadas y Bercum por el dinero que Fleishman le pagaba. Este movimiento amenazó con extenderse a toda la República y ya había sido secundado en Saltillo y me parece que también en Puebla y en Veracruz, o por lo menos en algunas ciudades de esas entidades. Y estaba a punto de ser secundado en la capital de la República. El movimiento perseguía que el gobierno reconsiderara los acuerdos de Petróleos y la Secretaría de Industria y tenía intención marcadamente política contra el gobierno de la federación. Cuando ya había gran agitación y todos los gremios de choferes del país dispuestos a secundar el movimiento. Una noche como a la media noche, me habló por teléfono a mi casa en México don Enrique Rodríguez Cano, secretario de la presidencia de la República. Me dijo que el presidente Ruiz Cortines estaba en el puerto de Veracruz y que por teléfono le dio la orden de que se comunicara conmigo y que en mis manos ponía la solución de este asunto. Le contesté a Rodríguez Cano con alguna ironía: "Anúncieles que con mi carácter de 'ciudadano de la República' yo pondré fin a ese conflicto antes de que amanezca el día" (textual). Hablé por teléfono inmediatamente a Ciudad Valles, San Luis Potosí, le ordené al jefe de la Policía Judicial de la Huasteca, comandante Modesto Zermeño, que se trasladara a Ebano con 25 hombres escogidos, que allí lo esperarían Macario Balderas, jefe de los veladores de Petróleos en Ebano y que lo reforzaría también don Ruperto (Rupertito) García, líder del comisariado del único ejido que entonces había en Ebano; le ordené también al comandante Zermeño que encerrara en una habitación al secretario general del Sindicato Petrolero, que lo encañonara

personalmente con su pistola y lo obligara a hablar con Juan Gutiérrez, líder ya no de los choferes, sino líder del movimiento que se había hecho grande y al cual se había adherido mucha gente de la clase media y del comercio, y le dijera que los obreros petroleros de Ebano se adherían al movimiento de bloqueo; que se viniera con todos los líderes del Tampico a Ebano para levantar una acta y hacer un mitin celebrando la adhesión de los obreros petroleros al movimiento, que allí estaban en sesión plena los obreros petroleros esperándolo. Juan Gutiérrez comunicó a sus segundos esta sensacional noticia y los invitó a que inmediatamente salieran para Ebano. "Como ganamos todos vamos", se organizó una columna encabezada por Juan Gutiérrez y sus allegados. Lo siguieron 24 automóviles más cargados de "bloquistas". Le ordené a Zermeño que tan luego hubiera hablado el líder petrolero con Juan Gutiérrez, emboscara a su gente y pusiera en la entrada de Tampico, en la carretera, los vehículos que pudiera requisar y que estos vehículos estuvieran prendiendo y apagando las luces frente a la columna que se esperaba de Tampico en señal de adhesión. Me habló Zermeño a los pocos minutos, aproximadamente un cuarto de hora, y me comunicó que Gutiérrez le había dicho por teléfono al líder petrolero que inmediatamente salía con 25 automóviles para Ebano, que estuvieran listos para el mitin que se iba a celebrar. Los felicitó Gutiérrez, diciendo: "Ese sí va a ser un gran golpe". Le dije yo a Zermeño: "Que tu gente obre muy rápidamente, que aprehenda a todos los huelguistas y te los llevas tú a todos vigilados en esos mismos automóviles a donde pondrás gente de la tuya con ellos vigilándolos, tus hombres con pistola en mano. A los que pretendan fugarse, 'los enrodillas'" (quiere decir pegarles un balazo en la rodilla).

De Tampico a Ebano por carretera se hace como una hora aproximadamente. Como los bloqueadores llevaban prisa por celebrar el "triunfo" llegaron puntuales a la cita, donde Zermeño les cayó de improviso con su gente y a todos los agarró. Inmediatamente se comunicó a mi casa Zermeño dándome la noticia. Rodríguez Cano desde su oficina de Palacio Nacional había ordenado a Teléfonos de México que toda comunicación que yo hiciera o que me hicieran a mí le diera prioridad sobre cualquier otro servicio. Con este motivo, mi comunicación con Zermeño fue perfecta y rapidísima. Una vez que Zermeño me dio parte de que a todos los había capturado, me preguntó: "¿Qué hago con ellos?" Le dije: "Te reitero la orden de que te los lleves a todos a Valles, pero antes de pasar por las primeras casas de Valles, a todos los bajas, los encañonan con sus fusiles y te los llevas a pie desde la entrada de la población hasta la cárcel. No hagas ninguna declaración a nadie, menos a la prensa. Enciérralos y vigílalos hasta que te dé yo nuevas órdenes". "¿Y con el líder petrolero qué hago?" Me preguntó Zermeño. "A ese ponlo libre y le das las más expresivas gracias por su eficaz colabo-

ración y rompe la marcha para Valles 'tan pronto que el aire'". Volvió a hablarme Zermeño: "Ya todos están en los carros, ¿rompo la marcha inmediatamente?". Yo le contesté: "De frente, marchen".

Vi mi reloj, faltaban 15 minutos para las cuatro de la mañana. Le hablé a Rodríguez Cano, que estaba en su despacho esperando mis noticias. Le di cuenta detallada y le dije que le volvería a hablar cuando los huelguistas estuvieran en la cárcel de Valles. Me contestó Rodríguez Cano: "De aquí no me muevo". Me habló Zermeño, de Valles, que había llegado sin novedad con los prisioneros y que los habían encerrado a todos juntos con chapa en la puerta y con doble candado con cadena. "Dales el mismo 'rancho' (comida) que les dan a todos los presos comunes. Lo que siento —le dije— es que no hayan venido los meros azuzadores de este movimiento, que son un par de judíos cabrones". Hablé nuevamente a Rodríguez Cano dándole cuenta de que todos estaban bajo buen seguro en la cárcel de Valles. "Ahora usted —le dije a Enrique—, cuídeme de la prensa". "Lo haré", me dijo Rodríguez Cano. Como a los 20 minutos me habló Rodríguez Cano de su oficina de Palacio diciéndome que había dado cuenta al presidente Ruiz Cortines a Veracruz que todo estaba terminado, efectivamente, como yo le prometí. Había acabado con todo el movimiento antes de que amaneciera el día. Rodríguez Cano era muy diferente de Ruiz Cortines. Era todo un caballero, con todas las cualidades que adornan a un verdadero caballero. No se movió de su despacho hasta que se entendió con la prensa. Echándose él toda la culpa, pero no podíamos tapar el sol con un dedo y menos *El Mundo* de Tampico, que a ocho columnas y con letras grandes denunció los hechos. Dormí un rato, pues yo siempre he dormido muy poco. Sonó el teléfono en mi recámara. El que hablaba era Rodríguez Cano, que no había dormido. Me dijo que de parte del presidente Ruiz Cortines me felicitaba y que él "sabía en qué manos había puesto la resolución de este conflicto", que no fuera a moverme hasta que él viniera. Le prometí a Rodríguez Cano no moverme de México hasta que no llegara el presidente, al que tenía tiempo de no ver. Al poco rato de hablar con Rodríguez Cano sonó otra vez el teléfono, contesté yo mismo y era el gobernador Salas de San Luis Potosí. Los periódicos de la capital y los de provincia hicieron gran escándalo, pero no me atacaban a mí. Salas me hablaba con motivo de que llegaron a su domicilio muy temprano muchos periodistas a pedir declaración y Salas les contestó la verdad: "No sé nada de este asunto". "¿Pero cómo no sabe usted nada, si en la cárcel de Ciudad Valles, en el estado que usted gobierna, hay como cien detenidos de los que encabezaban el bloqueo de Tampico y Ciudad Madero?" "No sé nada todavía", repitió Salas. De México le hablaron de los grandes periódicos preguntando el mismo asunto y Salas les contestó: "Ya llamé a las autoridades de Valles para que me informen". Y me preguntó a mí Salas: "¿Qué hay de eso?" "Pues

no los he contado a los presos y no sé cuántos son —le contesté— y no te quise molestar a ti por lo avanzado de la hora, pero tuve conocimiento a tiempo de que los bloqueadores de Tampico y Ciudad Madero habían invadido nuestro estado por Ebano y como colaborador tuyo los mandé aprehender y encerrar a la cárcel de Valles, que es la cabecera del distrito judicial; ahora, si te vuelven a preguntar los periódicos diles que tú estás al frente del gobierno del estado y por lo tanto obligado a defender su soberanía". Así fue el final de este mayúsculo escándalo que estuvo a punto de extenderse por toda la República. Pronto llegó Fleishman a la Ciudad de México, ya le tenía expediente Gobernación para expulsarlo del país aplicándole el Artículo 33. Se encontró conmigo en Gobernación y llorando, "con lágrimas en los ojos", se dirigió a mí, diciendo: "Chalo, Chalito, por mi madre te juro que yo no tengo nada que ver en ese asunto, pues al contrario, fui perjudicado con la paralización de mis vehículos". Entre otros negocios, Fleishman tenía la agencia *Coca Cola* de Tampico. Yo le dije: "No sé si tengas que ver o no, yo no te he acusado de nada". Al poco tiempo el H. Ayuntamiento en sesión solemne nombró al judío Fleishman hijo predilecto de Tampico; *poderoso caballero es don dinero.* Tampico carece en su historia de algún héroe, tal vez por eso el ayuntamiento echó mano del judío Herman H. Fleishman nombrado hijo predilecto de Tampico. No sé si ese mismo ayuntamiento u otro cabildo declaró héroe a un alijador llamado Isauro Alfaro, muerto en una huelga accidentalmente. Tampico durante nuestras guerras y durante nuestra revolución no tuvo un héroe ni tan siquiera un general común y corriente y cuando tomamos el puerto el día 14 de mayo de 1914 y desalojamos a los huertistas, sólo se nos incorporaron tres personas, el alijador Samuel Kelly, que burló la vigilancia de las líneas federales. Ya dije que Kelly fue el que nos llevó la noticia del desembarco americano en Veracruz y llegó a general, y los otros dos fueron el entonces locatario del mercado, que tenía un puesto de pan, se llamaba Genovevo Rivas, después cuando Amaro, influenciado por los federales que los rodeaban impuso en el ejército la modalidad de que todos los jefes y oficiales se pusieran los dos apellidos, con ese motivo, Genovevo Rivas se convirtió en Genovevo Rivas Guillén. Era muy valiente y muy escaso de cerebro, llegó a general de división. En el combate que sostuvo con las fuerzas norteamericanas de la expedición punitiva en Carrizal, Rivas derrotó a los invasores. Llegó a gobernador de San Luis Potosí y fue comandante militar de muchas zonas. Siempre salía herido en los combates porque se olvidaba de su rango y peleaba como soldado raso. El tercero que se nos incorporó en Tampico era un muchacho de Ciudad Valles, San Luis Potosí, se llamaba Gustavo González, amigo mío de la escuela, llegó a capitán, murió en Miñaca, Chihuahua, peleando contra Villa. Y el periódico del otro judío, *El Mundo*, amparado por el licenciado Manuel Lanz Duret junior,

se dedicó a hacerme una campaña virulenta, la que me vino guanga. Llegó Ruiz Cortines de Veracruz y me mandó llamar. Me dijo muy calmado: "Torrente, Torrente, Río Tamuín, te voy a dar una explicación por si me tienes algún rencor. Yo te nombraba embajador en Guatemala o en Washington, que son dos países limítrofes con el nuestro con el objeto de que estuvieras cerca de nosotros para cualquier emergencia". "No tengo ningún rencor —le contesté—, pero más cerca estuve cuando se te presentó esta emergencia y aquí pude servir mejor". "Si quieres ir de embajador a Washington debes saber que conservarás tu 'califato' como si tú estuvieras aquí". "No, Adolfo —le dije—, San Luis Potosí no es un califato, está lleno de gente culta, aunque en la capital la mayoría es gente reaccionaria; San Luis es un prebostazgo y yo soy el preboste, no el califa. Los periodistas venales sin imaginación me llaman cacique". Estos dos judíos, Fleishman y Bercum, eran diferentes. Fleishman era un voraz y tiburón de los negocios; pero era hombre decente y sabía hacer amigos; ayudaba espléndidamente a la iglesia católica, no obstante ser judío, y Bercum con su calidad de mala yerba, todavía vive, es un hijo de la gran puta, padrote de oficio, braguetero de profesión; se casó con la viuda de Villasana, dueña del periódico *El Mundo* de Tampico, a la que dejó cuando la había acabado de robar. Judío argentino, vino como cónsul a Tampico como protegido de Evita Perón y desde que llegó se dedicó a buscar una viuda hasta que pescó a la viuda de Villasana, a la que le redituaban mucho sus negocios. Fleishman y su padre fueron compañeros míos de contrabando cuando yo era agente aduanal y tanto ellos, los Fleishman, como yo, cumplimos siempre nuestros compromisos en el reparto. Si alguien se asombra de que confiese yo haber hecho contrabando le preguntaré: ¿Habrá a gente aduanal que no se dedique al contrabando? Yo no conozco a ninguno; y en esta actividad gané buen dinero. Tal vez la única excepción hayan sido los hermanitos Pasquel que por hacerlo por convoyes completos de camiones y trenes de ferrocarril enteros apoyados por su "socio principal" no se deberán considerar contrabandos porque eran públicos y yo considero como una concesión "de arriba". A consecuencia de este movimiento fueron removidos el jefe de la región militar, general Alejo González, y cesado en el mando el comandante de la zona, general Cueto Ramírez, y "congelado" el gobernador del estado, Horacio Terán, a quien no volvió a recibir nunca Ruiz Cortines. Cuando ya el escándalo de Tampico y Ciudad Madero estaba reducido a los 105 presos en la cárcel de Ciudad Valles, San Luis Potosí, llamé por teléfono al judío Bercum. Me preguntó: "¿Quién habla?" "Gonzalo N. Santos", le contesté. "A sus órdenes, don Gonzalo", me dijo. Yo le dije a Bercum: "Su salud me importa una chingada, pero como tengo muchos enemigos, lo van a mandar matar a usted para que me echen la culpa a mí y perjudicarme. Su salud, le repito, me importa madre, pero

sí me importa mucho que me achaquen a mí la muerte de un pendejo como usted, usted sepa cómo cuidarse", y le colgué el teléfono. Estaba yo hablándole de México y ese mismo día recibí llamada telefónica del licenciado Miguel Lanz Duret, no del viejo, que era muy inteligente y ya había muerto, sino del hijo que era muy pendejo, pero que había heredado la fuerza del periódico *El Universal*, que en aquel tiempo era "la catedral de la prensa". 'Lo llamo —me dijo Lanz Duret— para invitarlo a comer mañana". Yo acepté y al día siguiente me reuní con él en un restaurante. "Aquí está afuera Mauricio Bercum que viene a pedirle mil perdones". Yo le contesté: "El me viene a pedir mil perdones y yo lo mando mil veces a chingar a su madre". Lanz Duret me dijo: "Bueno, entre usted y yo, de militar a militar, le pido que lo perdone". Yo me paré de la mesa donde ya estábamos sentados y le dije a Lanz Duret: "Mire, cabrón, bastante se ha calumniado al ejército para que usted en mi presencia se llame general, usted es un payaso que se divierte jugando a los conscriptos y yo soy verdadero soldado de la Revolución que huelo a pólvora desde los zapatos hasta el sombrero y le ruego que no me llame compañero porque *le puedo dar un mal golpe*". Entonces Lanz Duret me dijo: "Hágalo por piedad, se trata de un periodista". Yo le contesté: "Primero calumnia al ejército diciendo que usted es militar y ahora calumnia a los periodistas llamando periodista a un hijo de puta aventurero y *macro* (en francés super padrote). Este judío argentino —seguí diciendo a Lanz Duret— llegó a 'periodista' por la vía vaginal".

Bercum se salvó de expulsión cuando ya estaba acordada por la Secretaría de Gobernación, por el apoyo decidido que le dieron Lanz Duret y *El Universal*, que entonces era el periódico más importante de la prensa nacional; pero huyó de Tampico por mucho tiempo, temeroso de que "mis enemigos" "lo quemaran".

Al poco tiempo, cuando ya se acercaba el cambio de gobernador en el estado de San Luis Potosí, convoqué a una junta al rancho Gargaleote, a la que fueron el gobernador y todos los aspirantes al gobierno, que lo eran Arturo Medina, huasteco y presidente municipal de la ciudad de San Luis Potosí, hombre muy íntegro y amigo muy cabal, el licenciado y senador Antonio Rocha, joven muy inteligente y prestigiado, Manuel Alvarez, alias el Gallo Tuerto, apodo que se ganó porque además de ser tuerto era vicioso gallero (yo soy amante a las peleas de gallos, pero no soy vicioso), el tesorero general del estado, que era el candidato del gobernador Salas, el licenciado Nicolás Pérez Cerillo, hombre muy resbaloso y veleidoso, el que siempre trataba de hacerme creer que me sería fiel "hasta la muerte" y al que yo nunca le creí. Invité además de los presidentes municipales a todos los diputados federales y locales, también invité a esta junta a Jorge Ferretis, individuo que me había metido Ruiz Cortines para que yo lo apoyara para diputado y lo

mandé a Río Verde, donde no conocía a nadie y nadie lo conocía a él, y con la facilidad con que Ruiz Cortines me lo había metido de diputado creía que con esa misma facilidad lo pondría de gobernador. Todos los pretendientes eran amigos entre sí, pero nadie era amigo de Ferretis, el que llegó solo y al que nadie le dirigió la palabra. Parecía "perro en barrio ajeno". Este Ferretis se casó con dos hijas de mi amigo el coronel don Jerónimo Elizondo, que tenía hijas muy guapas y muy inteligentes, entre ellas, la amiga de Leola y mía, Aída Elizondo de Gil Preciado, esposa del profesor don Juan Gil Preciado, que fue gobernador de Jalisco y ministro de Agricultura y Ganadería; pero antes que con ellas, Ferretis se casó con la Chata Nieto, muchacha muy popular en San Luis Potosí. De las tres enviudó, pues Ferretis tenía jetatura. No sé en verdad cuál de las tres esposas le hacía sus libros, porque en San Luis Potosí tenía la fama de que una de ellas se los escribía.

Asistieron atendiendo mi invitación los líderes, obreros y campesinos. Como los directivos de la Cámara de Comercio de San Luis Potosí y de Ciudad Valles y el secretario de gobierno, señor licenciado Luis Noyola, que llevaba ya doce años en ese puesto bajo mi gobierno y el gobierno de Salas también, el licenciado Noyola tenía ligeras esperanzas de ser "el bueno". Sirvieron la comida, naturalmente huasteca, y nadie despegaba los labios para tratar el asunto por el cual nos encontrábamos reunidos. El licenciado y senador Antonio Rocha no asistió, aun cuando lo invité reiteradamente, pues es muy inteligente y somos muy amigos y yo no acostumbro engañar a mis amigos por lo que él sabía que no iba a ser el elegido. También invité a representantes de la prensa nacional y de la prensa de Tampico y de los periódicos de San Luis. A la hora de los postres me paré y me dirigí a los allí reunidos y les dije, más o menos: "Compañeros y amigos, los he reunido aquí para tratar un asunto muy importante, se trata del futuro gobernador del estado". Se hizo tal silencio que se podía escuchar el vuelo de un zancudo. "Yo he estado escuchando la opinión de todos los sectores del estado (mentiras), estoy en condiciones como jefe del grupo revolucionario potosino de conocer las aspiraciones de todos los sectores, no me refiero nada más a los que forman el Partido, sino también a los abogados, a los médicos, a los ingenieros, a los maestros y a los estudiantes y hay una corriente arrolladora en favor de un solo candidato, lo que es muy satisfactorio para nosotros porque esto es una garantía para continuar todos unidos y para que nadie interprete mal o equivocadamente lo que les voy a decir. Les comunico claramente que ese hombre que se ha atraído todas las voluntades, inclusive la mía, es el senador don Manuel Alvarez". De todos los que aspiraban, el Gallo Tuerto era el más nulo, muy flojo y muy cobarde, y si se me pregunta por qué me fijé en él contestaré francamente, por esas tres razones: por nulo, por flojo y por cobarde. Todos los demás aspirantes palidecieron, se sentaron,

permanecieron callados y ninguno aplaudió; luego, dirigiéndome yo al Gallo Tuerto, le dije: "Cuñado (el tratamiento de cuñado nos lo damos los huastecos como en otras partes del país se llaman 'cuates' a los amigos), quédate a recibir orientación (instrucciones). Nadie me aplaudió mi breve peroración; esto lo atribuyo a que no sé decir discursos floridos; pero ahora les pido un viva a Manuel Alvarez". Hubo un viva muy anémico de alguien de la reunión y después se pararon todos y gritaron con calor: "Viva Gonzalo N. Santos, viva el Alazán Tostado, viva nuestro jefe". Yo me paré a mi vez, di las gracias por los vítores. Continué diciendo: "Todos los aspirantes son personas idóneas (en política hay que mentir) con excepción de un parche mal pegado que llegó a nosotros en calidad de beduino" (les llamaba yo y les sigo llamando beduinos a los políticos que habían nacido en el territorio del estado, que habían salido a diferentes partes y que sólo alegaban su calidad de potosinos en vísperas de elecciones). Se rieron los presentes, pero el diputado Ferretis no se rió. Muy pálido, se paró, dirigiéndose a mí, dijo: "Pido la palabra". Le contesté yo: "En esta honorable asamblea sólo yo hago uso de la palabra; usted, señor Ferretis, no nació para vivir en la Huasteca", y luego dirigiéndome a él le dije—: "Siéntese, señor Ferretis —y mirando a todos los concurrentes les dije—: Rompan filas". Así fue la elección del Tuerto Alvarez y así terminó la "convención" en Gargaleote. Todos rieron y empezaron a despedirse, sólo se quedó el Tuerto Alvarez a recibir instrucciones. La prensa nacional, la de Tampico y la de San Luis Potosí publicaron las cosas tal como fueron; en ningún periódico se me atacaba. Días después me trasladé a México, visité al presidente Ruiz Cortines y le participé los hechos. Cuando terminé de relatárselos, él me dijo: "En tu califato haz lo que quieras". Yo le contesté: "Ya te he dicho que San Luis no es califato, es prebostazgo.

Más sabe el tigre por viejo. . .

El Partido, que ya era el PRI, apoyó la candidatura del Tuerto Alvarez y entró al gobierno sin contrincante. Salas quedó resentido porque no llegó al gobierno el licenciado Nicolás Pérez Cerillo que era su candidato y su cómplice, pues era tesorero general del estado. Tres años después vinieron las elecciones presidenciales y Ruiz Cortines había estado engañando al doctor Ignacio Morones Prieto, a Flores Muñoz, a mí, al licenciado José Aguilar y Maya, que ya para entonces lo había sacado de Guanajuato donde había sido gobernador y lo había puesto de procurador general de la República. Ruiz Cortines nos seguía diciendo que Morones era otro Juárez y un día le dije yo: "Para que tú obres con más libertad en este asunto voy a disolver la 'gavilla'" (el grupo que yo encabezaba). Agarrándose la cabeza, me dijo: "No, Torrente,

no disuelvas nada, al contrario, vamos a reforzarla, ¿qué no ves que la 'gavilla' es mi mejor apoyo político?" "Pues cuando menos —le dije— me voy al rancho para que los otros aspirantes a la presidencia no me vean como estorbo, pues francamente a Morones no le veo 'patas de gallo'". "Tampoco Juárez las tenía —me dijo—, y al parecer era una medianía". "Pero ya vio la historia lo grande que resultó". "No te vayas a tu rancho, vete por aquí cerca que en estos días va a reventar ese asunto y yo tampoco quiero que te echen la culpa a ti. En 18 días a más tardar se resuelve el caso de la sucesión presidencial y yo te llamaré un día antes". Me fui a Cuernavaca a esperar el resultado, pero antes hablé con Morones y le dije: "Aquí hay un 'gato encerrado' muy grande, la vieja de Ruiz Cortines y sus dos entenados andan desatados en favor de la precandidatura del Mazacuate (Gilberto Flores Muñoz). A la esposa de Gilberto la conozco desde chica, pues es mi paisana y su padre, el español don Pancho Izquierdo, fue mi amigo. La mamá también es mi amiga (todavía vivía, y ellos todos dan por hecho que el futuro presidente va a ser Gilberto, que es ministro de Agricultura y Ganadería y que es bastante vivo. La mujer de Ruiz Cortines, María Izaguirre de Ruiz Cortines, anda presentando a la Nena Izquierdo como la futura primera dama de la República y yo no le creo a este viejo zorro (Ruiz Cortines) ni 'el bendito', como dicen en la Huasteca". Morones, muy optimista, me dijo: "Ayer estuve con el presidente y me estuvo dando consejos de cómo debía llevarse la campaña presidencial". Así le dijo a su ministro de Gobernación, licenciado don Angel Carvajal, paisano de Ruiz Cortines. Ayer mismo le estuvo diciendo qué elementos deberían ocupar las secretarías de Estado en el próximo gobierno y don Angel, ingenuo y de buena fe, le abrió una maleta que contenía miles de telegramas de adhesión a su candidatura. Ruiz Cortines le dijo a Carvajal: "¿Ya los leyó todos?" "Sí, señor presidente, ya todos los he leído". "Guárdelos —le dijo Ruiz Cortines—, antes de 15 días resolveremos este asunto. No se le vayan a perder los telegramas". "No hay cuidado —le contestó don Angel—, los tengo bajo llave". Pero los candidatos que más partidarios tenían eran el doctor Morones y Gilberto Flores Muñoz. Caso curioso, yo por mi amistad personal con Morones y el engaño de Ruiz Cortines, era partidario de su candidato; mi hijo Gonzalo, que había sido su discípulo en la Universidad de San Luis Potosí, en la Escuela de Medicina, no era partidario de Morones, pero por respeto a mí, no dio ningún color positivo. Eso sí, Morones no le entraba a mi hijo Gastón, que tomó resueltamente partido en favor de Flores Muñoz. Ya se podrá suponer el poco entusiasmo que yo tenía por la candidatura de Morones. En esos días hubo una fiesta social y la señora Ruiz Cortines llegó acompañada de la esposa de Flores Muñoz y con voz estridente y chillona se dirigió a la reunión. Gritó: "Aquí tienen ustedes a la futura primera dama de México", y señaló a la seño-

ra de Flores Muñoz. Hubo un tumulto, los y las presentes se abalanzaron a felicitar a la futura primera dama. Yo me fui a Cuernavaca y como allí me aburro mucho hice maletas para seguir hasta Acapulco en automóvil y ya las tenía hechas y el motor del carro encendido para ponerme en camino cuando sono el teléfono. Me hablaba el Tuerto Alvarez, tenía tres años de gobernador en San Luis Potosí: "Ya reventó el cohete", me dijo. "¿Tan pronto? —le pregunté—, ¿y qué resultó?" "López Mateos", me dijo. López Mateos no sonaba para nada, era ministro de Trabajo y tenía sólo cuatro partidarios políticos: Humberto Romero, secretario privado de Ruiz Cortines; el periodista libanés Alfredo Caguache Pamia, Alfredo del Mazo, no recuerdo si era senador o gobernador del Estado de México y el periodista y escritor potosino Francisco Martínez de la Vega (Paco). Le contesté yo a Manuel Alvarez: "¿Cómo supiste la noticia?" "Me lo dijo personalmente el presidente". Me trasladé a México y antes de llegar a mi casa llegué a Los Pinos. Me anuncié con Ruiz Cortines, salió su ayudante y me dijo: "Dice el señor presidente que pase usted, mi general". Y pasé. "Me acaba de hablar el gobernador Alvarez a Cuernavaca y me comunicó que ya resolviste el caso presidencial". "Sí —me dijo muy calmado Ruiz Cortines—, la Revolución se iba a dividir, pues Morones adquirió mucha fuerza y Flores Muñoz también ha arrastrado contingentes muy importantes para su candidatura y entonces 'optamos por salvar primero la unidad de la revolución'". "Y lanzaremos a la presidencia a un hombre descolorido, ¿y poderlo manejar tú?, le dije. Pero te vas a equivocar, López Mateos es hombre muy inteligente, muy capaz y en la gira se va a echar al pueblo en la bolsa, pues es un brillante orador y mucho muy simpático". "Entonces, ¿estás de acuerdo con la designación? Torrente" —me dijo— "¿Y si no estoy de acuerdo, qué?" "Yo esperaba que te pusieras furioso, si no lo esperabas cuando menos lo deseabas". "Pero ya ves que no". Llegué a mi casa y allí me estaban esperando el gobernador Alvarez y el licenciado Juan Enrique Azuara, que era magistrado en el Supremo Tribunal de Justicia en el Distrito Federal, muy amigo de López Mateos y también mío pues fue mi hechura política. Cuando yo era diputado, jugaba por dos distritos; entonces San Luis Potosí daba 12 diputados y 14 del Distrito Federal. Yo me lanzaba por el octavo de San Luis Potosí con cabecera en Ciudad Valles y por el octavo del Distrito Federal que era la colonia Roma. En ninguno de los dos distritos tenía contrincante. Optaba por el Distrito Federal con el objeto de que mi curul por Valles la ocupara un huasteco amigo mío. Una vez llevé como suplente al licenciado Leopoldino J. Ortiz, que era mi cuñado, y las otras veces llevé como suplente a Juan Enrique Azuara para ocupar mi curul. Doy estos antecedentes para que se vea los lazos de amistad que teníamos Azuara y yo. Me dijo: "Vengo en nombre de don Adolfo López Mateos para que te diga dónde desayunan mañana. Si aquí en tu casa o en la de él". "Ni

en la mía, ni en la de él, porque a estas horas ya los partidarios de López Mateos no son cuatro, ya ahora son muchos miles y si me ven llegar sus partidarios a su casa voy a tener que dar y recibir codazos para poder entrar y aquí a mi casa tampoco lo invito porque Morones y sus partidarios, que todavía no se disuelven, van a pensar que los traicioné. Dile a López Mateos que primero invite a Morones y después a mí y desayunamos en otro sitio". Ese mismo día regresó a verme Azuara y me dijo: "Dice López Mateos que él no se hace pendejo, que el jefe del moronismo eres tú y sabe lo que tú vales, que Morones no le interesa nada". "Pero a mí sí me interesa cuidar mi dignidad" (ya he dicho en estas memorias *que aprendí muy tarde a saber que la dignidad no conviene en política*).

Llegó el doctor Morones a mi casa y le conté de la invitación de López Mateos y Morones me dijo: "Hizo usted muy bien en no ir pues vamos a seguirle por nuestra cuenta y le vamos a ganar a López Mateos". Yo le contesté: "Hasta aquí lo seguí, pero ya no cuente conmigo. Yo no fui a la primera invitación de López Mateos por atención a usted y por mi propio decoro (parece que el decoro tampoco es bueno en política). Yo soy hombre de Partido, soy el número 6 de los fundadores del actual. Usted no tiene ni fuerza, ni prestigio, ni dinero para hacer una campaña a la que no lo seguiría ni 'el muerto Carrizales'" (el coyote de Morones y que se decía que erar. medios hermanos, lo que yo no creo porque Morones tuvo dos hermanos a los que jamás ayudó ni con un jarro de agua, ni un vestido viejo). Morones me dijo que continuaría la campaña. "Eso en política, doctor —le dije—, se llama espejismo. Reitero terminantemente que yo no lo sigo, pues no quiero hacer el ridículo. Ni papel de pendejo". Volvió Azuara esa noche. "Dile a López Mateos que dónde quiere que desayunemos mañana, que no sea en su casa ni en la mía". Azuara regresó pronto, como a las 10 de la noche, y me dijo: "Dice López Mateos que te va a hablar por teléfono en unos minutos y te va a proponer el lugar donde desayunen mañana". Efectivamente, López Mateos me habló y me dijo: "¿Qué le parece que desayunemos mañana en la casa del licenciado Juan Enrique Azuara, que es amigo de usted y mío?" Yo le contesté: "Con mucho gusto, y allí estaré puntual a la cita". "A las nueve de la mañana", me dijo López Mateos. Yo le contesté: "Estaré desde las ocho y media, pues soy amigo de la familia y mientras platicaré con Lupe". La mujer de Azuara se llamaba Lupe Salas. Era hermana de Ismael Salas y amiga de mis hermanas desde chica. A las nueve llegaron Azuara y López Mateos cuando yo ya había entrado a la cocina a ver qué nos iban a dar de desayunar. Nos sentamos a la mesa Azuara, yo y López Mateos (que no era licenciado, como le dicen). Nos sirvieron el desayuno. La cocinera era una señora llamada doña Pancha, que me cargó desde que nací hasta que cumplí cuatro años y no la había vuelto a ver. Doña Pancha lloró copiosamente y Ló-

pez Mateos, que era un hombre de gran corazón, se conmovió de que mi nana nos había hecho el almuerzo, casi huasteco. Hablamos sin preámbulo. Le dije: "No crea que yo me estaba haciendo del rogar para venir con usted, lo que pasa es que Adolfo Ruiz Cortines se mostraba, cuando menos conmigo, muy partidario de Morones y yo, aunque no le creía, no quería 'hacerle al insurgente'. Esto no es rajarme, pues de nada estoy arrepentido". López Mateos me dijo: "Yo lo estimo a usted en todo lo que vale y le ofrezco mi mano de amigo y mi corazón". Me paré y le tendí la mano a López Mateos. "Esta mano es de hombre y amigo, se la doy a usted y aquí queda sellada nuestra amistad, por mi parte para siempre". Y él me dijo: "También la mía, 'mi tigre'", y me dio un abrazo muy conmovido. Los dos cumplimos, fui su amigo hasta el día de su muerte y *lo sigo siendo*. Era un hombre muy valioso y muy generoso. He dicho ya que no era licenciado y he dicho que sabía más que un licenciado. Era hijo natural de un español asturiano llamado don Mariano Gerardo López, cargo que nunca le hice, aunque le convenía a Morones, no obstante, saberlo, pues el artículo constitucional que prohíbe a los mexicanos de nacimiento ser presidente de la República por ser hijo de padre o de madre extranjeros, es sencillamente estúpido y no tiene espíritu revolucionario. Éste artículo lo aprobó el constituyente, porque los carrancistas querían incapacitar a los generales Benjamín Hill y Eduardo Hey y los obregonistas secundaron el proyecto para incapacitar al ingeniero Félix F. Palavicini y a otros carrancistas.

He leído en algunas revistas que dicen que yo pasé mi época más amarga en el gobierno del señor Adolfo López Mateos, esto es sencillamente absurdo, pues pocos presidentes de la República me han tratado mejor, con tantas atenciones y tanta amistad como el señor don Adolfo López Mateos. Cuando Ruiz Cortines había prendido la mecha del sinarquismo en San Luis Potosí para atacarme, López Mateos me llamó y me nombró director general de Pesca en la República, con el privilegio de no tener que acordar con nadie sino directamente con él, y los acuerdos que yo llevaba me los aprobaba en "barbecho" (firmaba sin leerlos).

El licenciado don Emilio Portes Gil estuvo en las mismas condiciones que López Mateos, pues Portes Gil era hijo de un dominicano, licenciado muy ilustre desterrado de su país por una dictadura, y de una mexicana muy virtuosa, que fue la que formó a Portes Gil, pues quedó huérfano de padre muy chico, doña Adelita Gil viuda de Portes, con la que tuve el honor de cultivar amistad. También en esas mismas condiciones estuvo Adolfo Ruiz Cortines, hijo de un español y de una veracruzana según él mismo me contó cuando no soñaba con ser presidente de la República.

Por todos estos antecedentes que yo conocía, nunca le hice a Adolfo

López Mateos ese tonto cargo y él me lo supo agradecer. Desde luego, también era hijo de extranjero don Plutón.

Estos son los hechos reales y verídicos, tal como sucedieron. Yo comprendo que muchos me van a criticar por mis procedimientos, pero yo era el jefe de la política en el estado y de los grupos revolucionarios y durante mi mandato como gobernador y mi largo liderato político en el estado no permití nunca la intromisión del centro en los asuntos locales supe defender la soberanía del estado.

Voy a poner dos ejemplos: cuando los amigos del licenciado Miguel Alemán querían imponer como gobernador del estado al licenciado Enrique Parra Hernández me opuse resuelta, decidida y victoriosamente a ese atropello del Estado y también cuando el valido del licenciado Alemán, Carlos Serrano, quiso imponer para gobernador al senador Fernando Moctezuma y en otro caso entre muchos que pongo de ejemplo es el de Jorge Ferretis a quien Adolfo Ruiz Cortines quería imponer mañosamente y también lo hicimos bailar en la cuerda del ridículo. El licenciado Miguel Alemán, ya candidato electo a la presidencia de la República, me pidió que apoyara para diputado al mismo Parra Hernández y lo más que le concedimos fue una suplencia por Salinas. Este Parra Hernández era el más claro ejemplo de "beduino político".

También me recomendó el licenciado Alemán que sacáramos como diputado, nada menos que por el distrito de Valles (mi distrito) a Ignacio Morales (Compa Nacho), que era una especie de *valet* de Alemán, amigo personal mío y cuando me lo mandó con toda clase de recomendaciones, confirmando las que personalmente me había hecho, le dije: "Compa Nacho, tú serás diputado por el distrito de Valles, pero vas a entrar como suplente y ocupar la curul todo el periodo. El propietario va a ser Ismael Salas, tesorero general del estado, pues yo necesito que él tenga fuerza suficiente para que todos los causantes lo respeten, pero sólo protestará y te dejará la curul, regresando él a su puesto de tesorero". Compa Nacho quedó conforme y Alemán también.

Me puse a las órdenes de López Mateos y tan luego como fue designado por el PRI como candidato del Partido, me invitó a que lo acompañara a su gira. En Matamoros, Tamaulipas, me pidió, antes de pronunciar su discurso, que le relatara algo referente a la Revolución relacionado con Matamoros. Yo le conté quién era el general Lucio Blanco, que fue el que tomó la plaza de Matamoros en mayo de 1913, que al general Lucio Blanco le decíamos los revolucionarios el Mosquitero de la Revolución y que era muy querido de los revolucionarios y cómo su figura creció mucho. Cuando la toma de Matamoros su prestigio se hizo nacional. Don Venustiano Carranza se puso muy celoso de él y le quitó el

mando con el pretexto de llevárselo a Sonora y a todos los revolucionarios que dependíamos de él nos puso Carranza a las órdenes del general Pablo González, que era muy popular entre nosotros y no tenía ninguna calidad de soldado. Yo era favorito de Carranza y él nos lo impuso como jefe. El general Blanco era socialista y fue miembro del Partido Liberal Mexicano, que actuaba en San Luis Misouri, USA, contra el dictador don Porfirio Díaz; pero cuando el señor Madero escribió su libro llamado *La sucesión presidencial*, Blanco, que era coahuilense como Madero, se adhirió a su candidatura rompiendo con los Flores Magón por considerarlos anarquistas. Lo mismo hizo el después general don Antonio I. Villarreal, Miguel Alemán, que también fue general, y otros muchos quedándose Flores Magón con muy pocos partidarios, pues todos se adhirieron al maderismo. En el discurso que pronunció el licenciado López Mateos esa tarde extractó los datos que yo le di y se refirió en forma muy elogiosa al ya finado general Lucio Blanco.

Lo que le dije a Ruiz Cortines que iba a pasar desde el primer día que López Mateos saliera de su gira se confirmó luego en Matamoros. López Mateos fue delirantemente aplaudido, era uno de los hombres más simpáticos que he conocido y muy brillante orador. En Matamoros seguimos la gira a Ciudad Victoria, a el Mante, por último a Tampico. Siempre me colocó a su derecha durante la gira. Me alojaba en el mismo hotel que él, muy cerca de su habitación, y algunas veces en su mismo cuarto. Me sentó, durante la gira que hicimos por Tamaulipas, Veracruz, San Luis Potosí, Nuevo León y Coahuila, junto a él en todos los banquetes y sería alargar mucho esta obra si refiriera esta gira detalladamente, sólo voy a referir en detalle nuestra gira por el estado de San Luis Potosí, especialmente a la ciudad capital.

Una vez que comenzó la gira política en favor del candidato don Adolfo López Mateos, a invitación expresa de él me incorporé para acompañarlo a diversos estados de la República. Muy señaladamente, entre otros estados, me invitó a que lo acompañara a San Luis Potosí, a Tamaulipas y a Veracruz, y cuando llegamos a la ciudad de San Luis Potosí y bajábamos juntos del camión que nos conducía, alguien gritó: "Viva López Mateos y muera el cacique". Yo comprendí que era una emboscada. Se trataba de unos cuantos estudiantes de la familia Nava y otros sinarquistas "sonreídos" muy de cerca por los ayudantes del Tuerto, Manuel Alvarez, que era gobernador del estado. Subimos al camión que nos iba a conducir al centro. López Mateos y yo en primer término y uno de los insignificantes que empezaban a rodear al Tuerto Alvarez, personándose con el candidato López Mateos le dijo: "El señor gobernador quedó aquí abajo". "Pues que se nos incorpore en palacio", le contestó López Mateos y así fue. Llegó el Tuerto Alvarez cuando estábamos instalados en palacio, recibiendo el licenciado López Mateos entusiastas vítores y como en política no cuenta la modestia ni la vanidad diré con toda verdad que también a mí se me estaba vitoreando mucho, sobre todo por parte de los miembros de la CTM, que siempre me fueron leales y yo les fui leal. El Gallo Tuerto, acompañado por un cuñado, licenciado Homero Acosta, quedó pegado a él hablándole constantemente al oído. El incidente era muy chico y yo no lo quería hacer grande con alguna violencia, pero le dije al licenciado López Mateos: "Para demostrarle a usted que toda esta pequeña grita es espuma, permítame que yo me baje personalmente a requerir qué es lo que quieren de mí". López Mateos me contestó: "No baje, si baja usted, bajo yo también pues venimos juntos". Le di las gracias a López Mateos por su valentía y generosidad y le dije: "Este es un chisme de cuarto patio que usted debe ignorar". De la plaza pasamos a la Universidad, donde se supondría que los reaccionarios navistas y sinarquistas habían formado núcleo, azuzados por Jorge Ferretis, el enviado secreto de Ruiz Cortines. Llegamos a la Universidad y todo se produjo en más o menos calma hasta que al fin del mitin los hijos y sobrinos de Nava mostraron unos garrotes dirigiéndose a mí y gritando: "Muera el cacique". Como esos individuos lo menos que querían era que yo les mentara la madre, solo me acerqué al grupúsculo y delante de López Mateos les dije: "Aquí estoy, qué quieren de mí". Los ayudantes de López Mateos los corrieron y aquel grupillo se dispersó para reorganizarse más tarde bajo los auspicios de Adolfo Ruiz Cortines, agonizante presidente de la República, representado en aquel "barullo" de San Luis Potosí por su agente confidencial, Jorge Ferretis, quien fue comisionado para ir a San Luis a agitar en mi contra. En San Luis Potosí me dijo don Adolfo López Mateos: "Yo he sido estudiante, mi Tigre, y sé cómo se mueven, no tengan precaución por este incidente que no vale nada". Yo le dije a López Mateos: "Si mi presencia en su gira le va a causar alguna molestia, me ausentaré sin ningún despecho por el contrario, muy agradecido por la invitación que me ha hecho". Esta actitud mía no la tome usted como arrogancia de mi parte y menos como rebeldía. Pero yo sé que el candidato no deberá hacer nada que moleste al presidente 'agónico'". Aquel gran hombre me contestó: "Usted no me conoce, mi Tigre, usted me va a acompañar a los estados de Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y Veracruz, sin que tenga usted que pensar a quién le guste o no le guste su compañía". "A sus órdenes mi superior", le dije y seguimos la gira. En el camión del candidato, siempre me llevó a su derecha en los estados que dejo mencionados. En el mitin de Matamoros me preguntó datos de Lucio Blanco y de Pedro Antonio Santos, que tomaron esa plaza cuando Victoriano Huerta usurpaba el cargo del presidente. En Orizaba no tuve que hablarle de los obreros sacrificados por la dictadura porfiriana, pues eso lo saben hasta los niños de las escuelas, si es que en la actualidad les enseñan hechos de la Revolución. Le recordé a López Mateos, para que hi-

ciera mención de ello, cómo en 1913 el general maderista Camerino Z. Mendoza fue asesinado por los federales habiéndole quemado antes su casa y cómo Camerino salió de las llamas disparando su carabina contra los esbirros, muriendo heroicamente. Don Adolfo López Mateos hizo mención en su discurso de estos hechos de la Revolución que él desconocía.

Ya en su gobierno, López Mateos, y cuando más arreciaba, como ya dejé dicho, la ofensiva de sinarquistas y mochos reaccionarios de San Luis Potosí que era más fuerte contra mí, me nombró director general de Pesca de la República con carácter autónomo. A este puesto tuve que renunciar más tarde por la dura campaña que el ministro de Industria y Comercio, que se suponía mi superior, desató en mi contra en el periódico escupidera, el que recibe todas las imundicias contra aquellos que no lo subvencionan: *Excélsior*. Renuncié cuatro veces sin que el presidente me aceptara mi renuncia y a la quinta le dije: "Mi superior, no hay quinto malo, aquí le traigo mi quinta renuncia y si no me la acepta abandono el puesto, pues yo no tengo dinero para acallar periódicos venales y, aunque lo tuviera, mejor lo gastaría en un par de choclos que con estos cabrones". López Mateos me contestó: "En esas condiciones ya no puedo detenerlo, pero sepa usted que nunca le ha faltado mi confianza, usted seguirá siendo uno de los hombres más cercanos a mí y las puertas de la presidencia están abiertas para usted cuando quiera, nomás le dice al ayudante: 'Voy a pasar'". Aquel hombre me compró para toda mi vida con esa actitud tan decente y tan gentil, pero yo no quería que entrara en dificultades, por mi persona, con aquel que le había entregado el poder, Adolfo Ruiz Cortines. En el gobierno del licenciado López Mateos muchos de sus ministros me veían como igual, pero algunos más arriba. Esto dijo el licenciado Ernesto P. Uruchurtu, jefe del Departamento del Distrito Federal, en una comida en mi casa en la que estuvo presente el expresidente de la República general Abelardo L. Rodríguez. Cuando ya se acercaba la renovación de poderes, hice una fiesta campestre en el Alazán Tostado, mi quinta en Cuernavaca, a la que asistió todo el gabinete, excepto el señor licenciado don Donato Miranda Fonseca, al que no invité por ser el que se perfilaba contrincante de mi amigo el licenciado don Gustavo Díaz Ordaz, del que era yo decidido partidario. Esta fiesta fue presidida por el presidente López Mateos y la primera dama doña Eva Sámano de López Mateos, *ésa sí primera dama*. Cumplimos Leola y yo 25 años de casados, o sea, las llamadas "bodas de plata" y el presidente López Mateos me impuso una condecoración. Y la señora López Mateos le impuso una condecoración a Leola. Ambas condecoraciones, incrustadas de brillantes.

En esa fiesta no podían faltar las peleas de gallos y yo estuve amarrando y soltando los míos y cuando salió un gallo de mi predilección de peso libre con él en mis manos me acerqué a donde estaba sentado el licenciado Díaz Ordaz, ministro de Gobernación y dirigiéndome a los presentes, en primer lugar el C. presidente y no señor, como ahora les llaman, le dije en voz clara y recia: "Damas y caballeros: este gallo que dentro de breves minutos voy a soltar a pelear es el tapado", y puse el gallo frente al licenciado Gustavo Díaz Ordaz y lo invité a que lo agarrara, lo que don Gustavo hizo con el valor que le caracteriza. Hice una rueda en el piso del palenque y dije: "Aquí caen todos los que vayan contra este gallo y les voy a pagar, si ganan, los pesos a doce reales". La mayor parte de los ministros apostaron contra mi gallo, el presidente no, parece que se abstuvo de apostar, pero habiendo sacado yo una botella de coñac *Napoleón* antiquísima, le serví una copa al presidente y otra me serví yo. "Vamos a brindar", le dije, y López Mateos me contestó: "Sí, pero no solos, sírvale una copa a Gustavito para brindar por los tres", y así lo hice. Le serví una copa al licenciado Díaz Ordaz en presencia de todos los presuntos candidatos.

Soltamos la pelea, yo naturalmente el mío y uno de los Chapa el gallo contrario y mi galló mató al otro sin haber sufrido ni un piquete. Como yo ya traía algunas copas con el pretexto de mi boda de plata, me dirigí a todos los presentes y les dije como en broma: "Perdieron, hijitos, 'en la otra váyanse con cuidado' porque va a pasar lo mismo". Entre los políticos se opinó que el tapado ya estaba despatado. Como así fue.

Postscriptum

Hasta este punto dejó mi padre sus memorias en forma continuada. Pero aún quedaron muchos apuntes y anécdotas, pues en la candidatura y gobierno de Díaz Ordaz intervino activamente. Ejecutó muchos encargos de don Gustavo, quien se asesoraba de la experiencia de mi padre y hasta lo reingresó al Ejército después de 1968, cuando ya éste había con mucho, rebasado la edad límite.

El empleo de mi padre fue calmar al Ejército en su deseo de intervenir en la sucesión presidencial, pues empezando por mi general Marcelino García Barragán, ninguno quería a Echeverría, ya que tenían su propio candidato. Después, ambos admitieron haberse equivocado, pues según decían le afloró la locura, que tan bien disimulaba Echeverría.

En el sexenio de éste, mi padre paseó mucho; jugó gallos, su gran afición y "picó piedra" a favor de Hugo Cervantes del Río, quien no llegó.

A finales del sexenio de Echeverría, se desató una virulenta campaña de prensa en contra de papá, en la modalidad de acusarlo de latifundista, por nuestro rancho Gargaleote; campaña de prensa originada en Los Pinos y motivada por la oposición de mi padre a las obras de riego de El Pujal y Coy que al final se hicieron y que fueron un gran fracaso.

Quiero incluir la carta que mi padre dio a Hugo Cervantes del Río para entregársela a Echeverría, pues creo que ésta ayudará a pintarlo mejor. (Véanse pp. 921-927).

No tardó Echeverría en citar a papá, para decirle que no aceptaba su ofrecimiento porque estimaba que no era equitativo. Yo acompañé a papá a Los Pinos a esta entrevista y como dato curioso, se verificó a las dos de la mañana; ante mi extrañeza, mi padre me aclaró que Carranza hasta siesta dormía, pero que a Echeverría no le alcanzaba el día para hacer pendejadas.

Fue grande la desilusión de mi padre al salir candidato José López Portillo. Algo por no haber salido el suyo, pero más, por haber salido López Portillo.

Me mostró el periódico anunciando la candidatura de éste, en que un funcionario importante catalogaba a José López Portillo como "el mejor hombre de la Revolución" y me dijo: "Este cabrón puede, efectivamente, ser el mejor hombre de México, o el que mejor toreó al loco de Echeve-

rría, pero no el mejor hombre de la Revolución. Su bisabuelo fue Comisario del Imperio de Maximiliano; su abuelo cacique de Jalisco con don Porfirio y después ministro de Relaciones con Victoriano Huerta y su padre coronel huertista. ¿En qué sobremesa familiar escuchó hablar bien de la Revolución?... para que hubiera un paralelo, en Cuba, dentro de algunos años, el mejor hombre de la Revolución cubana tendría que ser Fulgencio Batista III. Prepárate a 'tragar sapo'". Y así fue.

Al poco tiempo llegó esta carta de López Portillo. (Véase p. 928).

Papá se negó a ir; pero hipócritamente le contestó de esta forma, pues se encontraba perfectamente. (Véase p. 929).

Posteriormente López Portillo expropió Gargaleote con gran bombo y platillos. Pero para esas fechas papá agonizaba víctima de un derrame cerebral.

Al "Tigre" le entraron por derecho, cuando ya estaba viejo y "escopeteado".

Papá vivió hasta los ochenta y tres años; vestía como un dandy a la moda; se perfumaba, como Obregón; no fumaba, gran bebedor de whisky y rendía homenaje a la cocina huasteca en la casa; muy madrugador, nos despertaba a mi hermano, a mis primos y a mí, a la voz de: "Ya tocaron diana; ya hay caldo en las fondas. A levantarse todos a darle gracias a Dios por haberlos hecho mexicanos sin merecerlo, pues si fueran suecos, hablarían ocho idiomas, serían ingenieros químicos y estarían de meseros en un café."

GASTÓN SANTOS

General

Gonzalo N. Santos

Ciudadano Presidente:

El año de 1917, después de haber participado en campañas contra las fuerzas Villistas desde Ebano, San Luis Potosí, hasta Chihuahua, campañas hechas -- todas a caballo, y perteneciendo primero a la Brigada Santos, despues a la- Brigada Matiel y por último al Estado mayor del Cuerpo de Ejercito del ---- Noreste, pedí y obtuve mi retiro por primera vez cuando ya habia sido ----- ascendido, por el Primer Jefe, a Mayor, por méritos en campaña y me fuí a - radicar al Puerto de Tampico, donde en compañía de mi amigo de la Juventud- Carlos F. Osuna, abrí una agencia Aduanal y de Vapores en la que Osuna y yo obtuvimos muy rapidamente grandes ganancias, ya que el Puerto de Tampico en aquel entonces tenía un tráfico marítimo de fantástica intensidad. Además- de que contaba yo con muy buenas relaciones en el Gobierno emanado del ---- constitucionalismo por mi actuación revolucionaria y mis muchos contactos - y relaciones personales, tanto Osuna como yo trabajamos con ahínco estimulados por nuestro rápido éxito así como por nuestra juventud.

Nacido en el campo y descendiente de rancheros, ese mismo año de 1917, al - tener dinero, le compré a mi tia política, Doña Maria Lavin viuda de mi mitio Don José de laVega, una selva virgen en $ 21,000.00 Pesos oro al ------ riguroso contado, esta selva en la que no había ni un jacal, ni siquiera -- una vereda de "picadero" la llamaban Tanleón.

el número de hectáreas que me iba a adjudicar mi tia Doña Maria sería el -- mismo que yo eligiera, pues ni ella ni su finado marido conocieron jamás --- esta selva. Pasó el tiempo y elegí solamente la quinta parte de la selva - que me había vendido mi tia y animé a un grupo de mexicanos y españoles --- residentes de la región a que le comprarán terrenos a Doña Maria y fundaran ranchos.

Lo primero que hice en ese mismo año de 1917 fue hacer un camino suficiente para poder pasar a caballo y después trabajé el rancho poco a poco según me dejaban tiempo mis negocios o las veces que acompañaba en calidad de amigo y como conocedor de las Tres Huastecas y Tamaulipas, al General Miguel M. Acosta, jefe de la Zona Militar de las Huastecas, con cuartel general en Tampico, a combatir a los rebeldes Felicistas.

A mi Rancho le puse Gargaleote, palabra de origen Francés que significa Soldado de Fortuna. Gargaleote es el nombre que daba El Coronel Frances Dulpin a su cuerpo de contraguerrilleros compuesto de Suabos, Moros, Austriacos, Belgas, Franceses y Traidores Mexicanos. Fue este Coronel Dulpin con sus Gargaleotes quien combatió con ferocidad a los liberales Huastecos y Tamaulipecos muy especialmente al General Chinaco Don Pedro José Méndez a quien acompañaba mi abuelo Don José Antonio de los Santos, rico ranchero de la Huasteca Potosina y que puso su persona, sus hijos y su fortuna al servicio de la causa nacional. Dupin sorprendió a Méndez y a Don José Antonio en su sitio llamado Tantoyuquita en las márgenes del Río Guayalejo donde dió muerte al Valiente Méndez y donde salió herido Don José Antonio de los Santos.

Yo, Ciudadano Presidente no compre un latifundio, compré una selva la que trabaje 45 años yo mismo y los últimos 14 mi hijo Gastón.

Yo nunca crei acabar de desmontar estos bosques porque comenzamos los trabajos con hacha y machete y nadie sospechaba en aquella época que iban a venir los tractores que al rancho introdujo mi hijo Gastón que ha dedicado su trabajo, esfuerzo y cariño a este rancho que ha logrado terminar hasta este año de 1972. Este esfuerzo y trabajo, que llevé a cabo yo,

fueron sin perjuicio de mis luchas revolucionarias, con las armas en la mano, en las tribunas de las Cámaras de Diputados y Senadores, combatiendo en todos los terrenos a la traición de la Huertista, a la imposición que se pretendió llevar a cabo en 1928 contra el pueblo y el ejercito Obregonistas, contra el intento de cuartelada de los Generales Serrano y Gómez, contra la infidencia Escobarista, contra los fanaticos Cristeros en el Estado de Guanajuato, contra el revisionismo Callista y con mi intervención personal y activa acompañado a mis amigos de juventud y compañeros de armas Generales Lazaro Cárdenas, Presidente de la República y Manuel Avila Camacho, Secretario de la Defensa Nacional en la torpe intentona de rebelión del General Saturnino Cedillo, quien fue obnubilado por la reacción y los clericales. En este abortado intento mi principal papel fue convencer a mis compañeros los revolucionarios potosinos de que no secundaran la loca aventura de Cedillo. Cosa que logramos totalmente por lo que recibí efusivas felicitaciones de los Generales Lazaro Cárdenas y Manuel Avila Camacho.

Como dato satisfactorio para mi, quiero dejar apuntado que dos de mis cuatro ayudantes con una flitilla de aviones de guerra fueron los entonces Capitan Antonio Cardenas Rodriguez muerto divisionario y jefe del Escuadron 201 y el Teniente Roberto Salido Beltran hoy General de División y jefe de la Fuerza Aerea Mexicana. Pero en este caso Ciudadano Presidente no se trata de mi historia revolucionaria. Politica-militar, se trata del Rancho Gargaleote: reitero que yo nunca he tenido un latifundio, sino una selva convertida en floreciente rancho ganadero completamente cultivado de zacates guinea, para, y pangola con aguajes

naturales y otros muchos hechos por la mano del hombre estrategicamente -- distribuidos y suficientes y baños insecticidas que han reducido la plaga- de la garrapata a casi cero. En concepto de numerosos visitantes nacionales y extranjeros, Técnicos y rancheros este rancho es ejemplo en su ----- Clase y orgullo de México, todo esto ha sido posible con la colaboración - de muchos y muy buenos caporales, vaqueros, rancheros, macheteros, tractoristas, boteros, chalaneros, etc., que al fin de cuentas, todos ellos son- mis amigos y nosotros lo somos deellos. Jamás ha habido una petición de- tierras para afectar Gargaleote; los ejidos que hay cerca del rancho ----- fueron fundados por mi, con campesinos que convertidos en soldados fueron- bajo mis ordenes a combatir a los Cristeros, Ejido Manuel Avila Camacho, - Ejido El Palmar, Ejido el Caracol, Ejido el Choyal, Ejido Antiguo Tamuín,- Ejido La Primavera, Ejido El Aserradero, hoy Adolfo Ruiz Cortines, Ejido - Estación Guerrero, Ejido la Reforma, Ejido Vichinchijol, Ejido La Fortaleza y Ejido las Palmas, que formé en el año de 1922 siendo yo Presidente -- de la Legislatura del Estado y entregué personalmente a los campesinos. Estos hombres jamás habiín oido hablar de ejidos, yo los desperté a este-- anelo social. Quedan unos cuantos de los soldados que me acompañaron a -- los campos de Guanajuato, quedan muchos hijos, nietos y bisnietos.

Tengo la satisfacción de ir a cualquiera de estos ejidos o cualquier ----- punto de la Huasteca Potosina, a la casa de un rico, de un pobre, de un -- nacional o de un extranjero y en todas partes encuentro hospitalidad, ----- comida, cariño para mi esposa, mi hijo y para mi, de hombres, mujeres y -- niños. Mi esposa, mi hijo y yo podemos viajar por cualquier carretera o - vericueto aunque nos es muy dificil porque tenemos muchos sinceros y -----

verdaderos amigos que siempre nos quieren acompañar. Cuando se fundó ----- Gargaleote la población de esa región, que en la actualidad sigue siendo -- escasa, era minima; pero la población de la República ha crecido en forma - gigantezca, creo, que para bien del país. Sin embargo, hay muchos miles de mexicanos que carecen de tierra y el Gobierno de la Revolución está obligado a darselas. Usted, Ciudadano Presidente, desde el primer dia de sus --- funciones, demostró haber renunciado a todo reposo y se ha dedicado a ----- afrontar los problemas con todo valor y decisión. Brevemente he hecho la - silueta de algunas de mis actividades revolucionarias; pero no se puede pintar la silueta de las convicciones de un hombre y menos la de un revolucionario de acción y de raza. Yo tengo las mismas desde el 19 de noviembre de 1910 que bajo las ordenes de mis hermanos Pedro Antonio de los Santos y --- Samuel M. Santos empuñé una modesta carabina 32-20 y los pocos disparos que hice contra los rurales Porfiristas del Séptimo Cuerpo , mismos que en 1913 asesinaron a Madero y Pino Suarez, los hice al grito de Muera Porfirio ---- Diaz, Viva la Revolución. Estas mismas convicciones revolucionarias son -- las que he sostenido siempre, sostengo ahora y seguiré sosteniendo aún ---- después de muerto porque soy absolutamente seguro de que mis hijos -------- mantendrán esas convicciones como herencia de nuestros antepasados y mias y tambien por suyas propias.

Ciudadano Presidente: Aclarando que mi hijo Gaston y yo no somos --------- latifundistas ni lo hemos sido nunca, entregamos el rancho Gargaleote en su totalidad sin reservarnos pequeña propiedad, ni casco, ni ganado vacuno, ni caballar. Por separado damos mi hijo Gaston y yo un inventario de lo que - tiene Gargaleote, hacemos constar que este año quedó totalmente cultivado,-

excepción hecha de 430 hectáreas de selva virgen, que mi hijo Gaston y yo,- de común acuerdo dejamos como reserva forestal, razon por la que Gargaleote no ha tenido mosca pinta ni otras plagas, pues en esa reserva forestal se - han concentrado los predatores que no permiten la prolificación de esas -- plagas. Además esta reserva sirve de refugio para la fauna que en -------- Gargaleote se ha conservado y aún estimulado su proliferación siendo el --- último reducto de la Huasteca para el venado, el jabalí, el tejón, el ----- guajolote, etc.

Hacemos entrega formal Gaston y yo además de Gargaleote, el Hotel Taninul - con 14,000 arboles de naranjos en plena producción con todo su equipo en -- perfecto estado y sin duda alguna para que en el se construya un centro --- educativo agropecuario de la mas alta categoria.

El Rancho la Jarrilla: Lo adquirió mi esposa Doña Leola Pue de Santos a -- instancias mias en el año de 1942 con su propio Peculio, ha puesto junto -- conmigo y la cooperación de Gaston todo su cariño hasta donde puede una --- mujer en la construcción de ese rancho que no tenia ni una mata de Zacate - ni un arbol frutal ni nada de provecho; solamente terreno y el Rio Choy.

Ahora la Jarrilla es un vergel, ha sido escuela de ganaderia como --------- Gargaleote para todos los rancheros y técnicos no solo de la región sino de muchas partes de la República y del extranjero.

Tiene la Jarrilla Decreto de inafectabilidad permanente . Sin embargo, -- hemos acordado mi esposa, la señora Santos, mi hijo Gaston y yo, ponerlo a- disposición del Ciudadano Presidente de la República para que le ayuda a -- resolver sus problemas sociales.

Cedemos tambien el predio denominado los Sabinos, Municipio de Valles, ----

San Luis Potosí, que mi hijo Gaston obtuvo en pago de una transacción ---- comercial y que se proponía dedicarlo a fraccionamiento.

Ciudadano Presidente: Mi hijo, mi esposa y yo esperamos y deseamos que --- estos ranchos sean utilizados por VERDADEROS Y AUTENTICOS CAMPESINOS, -- pues al hacer nosotros entrega de nuestros bienes, entregamos también al - Gobierno de la Revolución una gran responsabilidad moral, económica y ---- politica.

EL QUE ES GAVILAN NO CHILLA

Muy respetuosamente.

G. N. SANTOS.
México, D. F. Julio 1972

G. N. Santos

José López Portillo

México, D.F., 2 de Abril de 1976.

C. GRAL. GONZALO N. SANTOS.
P R E S E N T E .

Distinguido y fino amigo:

Durante los días del 7 al 11 de abril, inclusive, realizaré una gira de trabajo por el Estado de San Luis Potosí en mi carácter de Candidato a la Presidencia de la República, postulado por el Partido Revolucionario Institucional.

Como estimo que su contribución personal ha sido importante para el desarrollo y el prestigio de dicha entidad, me sentiría muy honrado en contar con su compañía en esta jornada cívica.

Quiero aprovechar esta oportunidad para hacerle llegar mi saludo cordial.

Rancho la jarrilla
GONZALO N. SANTOS

TAMUIN, S. L. P.

TELEFONO No. 3
APARTADO POSTAL No. 9

Abril 7 de 1976.

C. LIC. DON JOSE LOPEZ PORTILLO.
P R E S E N T E.

Distinguido Sr. Lic. y Estimado amigo:

Hoy me fué leída por teléfono la amable carta de usted fechada el 2 del presente mes, por medio de la cual me hace usted la alta distinción de invitarme a su gira por el Estado de San Luis Potosí, que se verificará del día 7 al 11 del presente mes, en su carácter de candidato a la presidencia de la República, por nuestro partido Revolucionario Institucional.

Estimado Sr. Licenciado: Es alto el honor que usted me hace con esta invitación, pero estoy en la actualidad padeciendo un agudo ataque de Lumbo - Sacra, que me esta ocasionando intensos dolores y molestias y no me creo apto para acompañarlo en esta gira, sin embargo, si fuera preciso y usted me ordenara, me incorporaría a la gira he iría inclusive a donde quiera que usted como candidato de nuestro partido me comisionara.

Como estimo que no estamos pasando por ninguna crisis que amerite esfuerzos extraordinarios, quiero Sr. Licenciado pedirle escusa al no acompañarlo en esta gira.

El C. Lic. Porfirio Muñoz Ledo presidente del comite ejecutivo nacional del P.R.I., me hablo por teléfono de la Cd. de México, participandome que es el propósito de usted hacerme el elevado honor de una visita en este Rancho el próximo día 10, yo tendré a mucho honor recibirlo en esta su casa, acompañado de mi esposa, ojala Sr. Licenciado nos haga extensivo el honor de su visita aceptando una merienda huasteca con las personas que lo acompañen.

Sea usted Sr. Licenciado bienvenido al estado de San Luis Potosí, donde seguramente será usted recibido por el pueblo y por todas las clases sociales con entusiasmo y cariño.

Quedo de usted Sr. Licenciado en espera de sus órdenes, como su amigo y correligionario que lo estima.

GRAL.
G. N. SANTOS.

Indice de fotografías

Pliego A, entre las páginas 220-221

Foto 1

Año de 1910. De izquierda a derecha en la penitenciaría de San Luis Potosí, licenciado Roque Estrada; don Francisco I. Madero, el pasante de Derecho; Pedro Antonio Santos, defensor de los señores Francisco I. Madero y Roque Estrada; a la extrema izquierda de traje claro Julio Peña, ayudante del señor Madero en la celda que ocupó en la penitenciaría de San Luis Potosí, en otra celda estaba preso Roque Estrada.

Foto 2

Pedro Antonio Santos (al centro), en la promulgación del Plan de San Luis, con otros revolucionarios.

Foto 3

En 1910 en el orden acostumbrado aparecen el teniente coronel Miguel M. Acosta; al centro el teniente coronel Samuel M. Santos y el general Pedro Antonio Santos.

Foto 4

Fotografía de mi hermano Pedro Antonio. Quiero hacer notar cómo usaban la corbata los jóvenes revolucionarios de la época, nótese que la lleva al revés, lo que significaba una forma de protesta contra el régimen y la sociedad porfirista. Fue tomada en 1910.

Foto 5

En México, D. F., 1912, sentado don Gustavo A. Madero, pararrayos del gobierno del Presidente Madero asesinado por Huerta el 19 de febrero de 1913. De pie de izquierda a derecha los generales Pedro Antonio Santos, fusilado por los huertistas el 31 de julio de 1913; Francisco Cossío Robelo, fallecido general de división el 21 de diciembre de 1948 en esta capital; Arturo Lazo de la Vega, fusilado en Pachuca, Hgo., en octubre de 1927 por órdenes del general Joaquín Amaro, ministro de Guerra y Marina por haber sostenido sus viejas convicciones antirreeleccionistas. Amaro no respetó nunca los viejos méritos de los hombres de la Revolución.

Foto 6

Jefes y oficiales de la columna que comandaba el general maderista Pedro Antonio Santos, a las órdenes directas del coronel Pedro Montoya quien celebró su onomástico después de la entrada triunfal a San Luis Potosí. Sentados de izquierda a derecha el mayor Antonio Rivera (tío mío, era muy católico); el coronel Pedro Montoya, segundo jefe de la columna del general Pedro Antonio Santos; a la derecha el mayor don Jesús Terrazas. Los demás oficiales que acompañan a Montoya, los conocí a todos, pero no recuerdo sus nombres.

Foto 7

En mayo de 1911 a la entrada de las fuerzas maderistas a San Luis Potosí, al centro el coronel Pedro Montoya, segundo jefe de la columna que comandaba el general Pedro Antonio Santos, lo acompañan el mayor don Antonio Rivera (mi tío), a la izquierda y el mayor don Jesús Terrazas, padre de los generales Alfredo y Severino Terrazas, tenía especial afecto por mí.

Foto 8

Coronel Pedro Montoya, de los maderistas que comandaba el general Pedro Antonio Santos, traicionado y asesinado en la hacienda Santa Catarina, municipio de Río Verde, San Luis Potosí, por el comandante de los rurales huertistas, un tal Zúñiga, en los primeros días de marzo de 1913. El asesino intelectual fue el dueño de la hacienda Arturo Martí en connivencia con el administrador de la hacienda un tal Pérez, padre del que después fue general Reynaldo Pérez Gallardo y gobernador de San Luis Potosí.

Foto 9

Marcelino Zimarrón, estudiante del Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, hoy Universidad, fue secretario particular del general Pedro Antonio Santos, muertos ambos en Tampamolón Corona, el día 31 de julio de 1913. Sus restos fueron trasladados de Tampamolón a la ciudad de San Luis Potosí donde actualmente descansan.

Foto 10

Año de 1913. Segundo regimiento Pedro Antonio Santos. Sentado empuñando espada y marcado con el número 4 el general Higinio Olivo, nacido en La Labor, municipio de Cárdenas, San Luis Potosí. El general Olivo fue gañán y compadre de mi señor padre en el rancho de Barrón, municipio de Tampamolón. Mi padre lo indujo a la Revolución y siguió a mis hermanos Pedro Antonio y Samuel desde 1910. Esta fotografía fue tomada en la ciudad de San Luis Potosí a nuestra entrada a fines de julio de 1914.

Foto 11

General Higinio Olivo con su Estado Mayor, es el número 3; a todos los demás los conocí pero no recuerdo sus nombres. Serritos, San Luis Potosí, principios de Julio de 1914, cuando avanzábamos en la División del Centro a las órdenes del general don Jesús Carranza.

Foto 12

En Santa Engracia, Tamaulipas. Después de la batalla, de izquierda a derecha de barbas el coronel Samuel M. Santos (muerto general de división), el mayor Raúl Gárate actual general de división con cuatro muchachas revolucionarias de Jiménez, de la misma entidad.

Foto 13

En el orden acostumbrado aparecen el valiente y culto teniente coronel Luciano Decuir, el mayor Heriberto Jara, muerto general de división y el mayor Raúl Gárate actual general de división. El teniente coronel Decuir fue muerto en una confusión al final de la batalla en Santa Engracia, Tamaulipas en 1913.

Foto 14

Sentados de izquierda a derecha: general Lucio Blanco; general Luis Caballero; general Andrés Saucedo; doctor mayor Andrés de la Fuente y el mayor Heriberto Jara. De pie en el mismo orden: mayor Raúl Gárate; capitán Alfredo Terrazas; capitán Julio de la Llata; capitán José García (alias El Gachupín) y teniente coronel Luciano Decuir.

Foto 15

El cañón "sacapapas". Este cañón estaba en la plaza de armas de un pueblo y uno de los soldados le acondicionó un disparador de máuser, que, aunque no disparaba las balas que se improvisaban, sí provocaba un efecto psicológico en el enemigo.

Foto 16

Teniente Gonzalo N. Santos.

Foto 17

Coronel Samuel M. Santos (sentado) y capitán segundo Gonzalo N. Santos (de pie) a la entrada en la capital de la república en agosto de 1914.

Foto 18

Sentados de izquierda a derecha: capitán primero Gonzalo N. Santos; mayor Crisóstomo Nájera; coronel Fulgencio M. Santos; mayor Tomás Millán; mayor Navarro; capitán primero Valente C. Salazar. De pie, grupo de en medio, de izquierda a derecha: capitán primero Miguel Rivera; teniente Brígido Lira; teniente Juan Arenas; subteniente nativo de San Juan Euayalab, no recuerdo su nombre. Atrás en el mismo orden: Hilario Rivera (alias Hilario Espada); teniente Felícitos Villarreal; teniente Enrique Ahumada (alias Chuso); teniente Zenón Sánchez (alias El Pame); capitán primero Severino Terrazas; teniente Juan Herberth y teniente Gregorio García en Salina Cruz, Oaxaca, después de haber desarmado al Estado Mayor del general federal Joaquín Téllez, en septiembre de 1914. Este grupo de jefes y oficiales componían el Estado Mayor de la brigada Santos comandada por el general Samuel M. Santos.

Foto 19

En Mazatlán, Sinaloa, en febrero de 1915 jefes y oficiales fueron convocados por el general Luis Herrera (sentado al centro) con objeto de que se alistaran para cumplir las órdenes dictadas por el general Jacinto B. Treviño, en el sentido de que Herrera debería marchar inmediatamente a Parral, Chihuahua, para incorporarse a la avanzada que caería sobre Chihuahua, en poder de Villa. Por órdenes del general Jacinto B. Treviño salí de Monterrey con pliego cerrado y escrito en clave, a cumplir mi comisión de entregarlo en manos del general Luis Herrera, tenía instrucciones específicas de no dejarme ver.

Foto 20

El general Jacinto B. Treviño (sentado al centro), con miembros de su Estado Mayor; detrás de él, a la derecha, Gonzalo N. Santos.

Foto 21

El general Samuel M. Santos (sentado al centro) jefe del Estado Mayor del cuerpo del Ejército del Noreste, con oficiales y jefes; a la extrema derecha (también sentado) el mayor Gonzalo N. Santos.

Foto 22

Oficiales del Estado Mayor del cuerpo del Ejército del Noreste, sentados de derecha a izquierda mayor Gonzalo N. Santos, capitán Cícero; parados de derecha a izquierda capitán segundo José Cantú; capitán primero Ricardo Díaz Monterrubio, periodista agregado al Estado Mayor Luis Cerda; Elpidio Garza. Los dos oficiales de los extremos y con sombrero fueron muertos en Chihuahua, los demás todos salimos con vida.

Foto 23
Cuartel general en Monterrey, Nuevo León, después de una fiesta de izquierda a derecha: teniente Noé Orta, capitán segundo Joaquín Cícero, capitán primero Federico R. Treviño, mayor Rivielo, de procedencia federal, general Samuel M. Santos, jefe del estado mayor del cuerpo de Ejército del Noreste; mayor Aldegundo Pérez López; mayor Gonzalo N. Santos; capitán primero Ricardo Díaz Monterrubio; oficial del Estado Mayor no recuerdo su nombre; mayor Leopoldo Treviño de las fuerzas de su hermano general Apolonio Treviño.

Foto 24
Sentados cónsul Hana, de Estados Unidos; general Jacinto B. Treviño. De pie Gonzalo N. Santos; general Samuel M. Santos. 1916.

Foto 25
Mayor Gonzalo N. Santos, convaleciente de una herida recibida en Icamole, en el Hospital Bruno Gloria, de pie un amigo de Monterrey.

Foto 26
General de División Francisco Murguía. Los últimos combates en que participé en la campaña contra Francisco Villa, tuve el honor de militar a las órdenes directas del general Francisco Murguía en noviembre de 1916 en Mapula y Orcasitas, del estado de Chihuahua.

Foto 27
Enero de 1917. El primer jefe don Venustiano Carranza, a su derecha los generales Alvaro Obregón, ministro de Guerra y Marina; Benjamín Hill, comandante militar de la plaza de México y de las operaciones del valle; adelante el mayor Gonzalo N. Santos; al fondo a la izquierda, de civil el general Federico Montes, gobernador y comandante militar de Guanajuato, entrando al palacio de gobierno de Guadalajara.

Foto 28
Don Venustiano Carranza durmiendo la siesta sobre el fuste de su caballo.

Foto 29
General Franciso P. Mariel.

Foto 30
Para su excelencia el señor gobernador de San Luis Potosí, general Gonzalo N. Santos estadista eminente, distinguido y altruista amigo. Su viejo compañero de la Revolución mexicana. Coronel Dr. Krumm Heller.

Foto 31
En mi época de aduanal.

Foto 32
Campaña política del coronel Gonzalo N. Santos para diputado a la legislatura local (hecha a caballo y sin discursos). De izquierda a derecha, de pie: el coronel Gonzalo N. Santos; Atanacio Jonguitud, ranchero muy valiente y muy trabajador, dueño del rancho "Palo de Rosa", municipio de Coxcatlán, amigo íntimo mío quien me acompañó desinteresadamente en múltiples ocasiones, en situaciones de peligro; el mayor médico militar de la brigada Santos Samuel Vázquez; con las manos en la bolsa mi asistente "El Tigrillo"; encuclillados: el bravo coronel José Castillo "El Oso de la Sille-

ta", fiel santista hasta su muerte; Brígido Meléndez, presidente municipal de Xilitla y Emilio Castro, secretario del ayuntamiento.

Pliego B, entre las páginas 380-381

Foto 33
General Francisco Villa en su hacienda de Canutillo, Durango, donde nada tenía que ver ningún agrarista ni ningún ingeniero de la Comisión Nacional Agraria, ni de cerca ni de lejos, montado en la silla que se mandó hacer al triunfo de la Revolución maderista, representando la cabeza del fuste la mascarilla del comandante de rurales, Claro Reza al que Villa mató en 1910 cuando el comandante Reza intentó aprehenderlo en Chihuahua. Esta fotografía, como puede verse se la dedicó a su vencedor el general Alvaro Obregón quien no se dignó acusarle recibo a Villa del retrato ni le puso cuadro ni lo colgó en ninguna parte; yo le pregunté al general Obregón que por qué tenía este retrato por ahí suelto y me contestó: "porque no tengo dónde poner a este cabrón"; pero yo sí mi general, —le dije—; el "manco" me contestó: "llévatelo".

Foto 34
En San Luis Potosí en 1921. De izquierda a derecha: un interfecto; de saco, chaleco, cuello alto, sombrero y puro en la mano, el gobernador Rafael Nieto; general Plutarco Elías Calles, ministro de Gobernación; general Alvaro Obregón, Presidente de la República; general Enrique Estrada, ministro de Guerra y Marina; general Joaquín Amaro, jefe de la región militar; entre Amaro y Estrada, general Francisco Urbalejo, jefe de la guarnición de la plaza (analfabeto) Esta foto fue tomada en el domicilio del gobernador del estado Rafael Nieto. Por ahí cerca andábamos nosotros.

Foto 35
General Severino Terrazas, originario de Axtla, San Luis Potosí, (hoy Villa Terrazas, hermano del coronel Alfredo M. Terrazas quien murió en los combates de Tampico el 13 de mayo de 1914 luchando contra las fuerzas federales de Victoriano Huerta). Ingresó a la Revolución mexicana en 1910 cuando no cumplía aún los 14 años, era dos meses menor que yo, fue soldado razo y clarín de órdenes del general Pedro Antonio Santos, mi compañero en toda la Revolución contra Victoriano Huerta, combatimos juntos en Tampico contra los federales huertistas y en Ebano contra los villistas éramos él y yo fraternales amigos, nos siguió a Samuel y a mí al obregonismo en 1920 y cuando el movimiento infidente delahuertista de 1923 el ya entonces teniente coronel Severino Terrazas permaneció junto conmigo leal al gobierno del general Alvaro Obregón. Cuando estaba jugando polo con el presidente municipal de Ciudad Juárez, Chihuahua, cayó muerto de su caballo de un ataque cardiaco.

Foto 36
Jugando a los gallos en un palenque improvisado en la plaza de Xilitla, San Luis Potosí, amenizado por músicos de la localidad.

Foto 37
Diputación de San Luis Potosí de la XXXII legislatura del Congreso de la Unión. De izquierda a derecha: diputado Ernesto Martínez Macías (El Sabio); diputado José Santos Alonso; diputado Juan Enrique Azuara; diputado Fernando Moctezuma; diputado Ignacio Galván; diputado teniente coronel Epifanio Castillo; diputado Leopoldino J. Ortiz; diputado Arnulfo Portales; diputado Manuel Horta. Sentados de derecha a izquierda: diputado Antonino M. García, secretario de Gonzalo N. Santos; diputado Gonzalo N. Santos, presidente del Bloque Socialista de la Cámara de Diputados; diputado Antonio Díaz Soto y Gama; el siguiente me era muy conocido pero no recuerdo su nombre, el último de la izquierda fue un relleno que metí para que no salieran 13

en la fotografía. La diputación de San Luis Potosí en esa época se componía de 12 diputados, el licenciado Soto y Gama era diputado por Xochimilco.

Foto 38
Mi hermano el general Samuel M. Santos a su ascenso.

Foto 39
General Samuel M. Santos en su retiro a la vida privada.

Foto 40
En la tribuna del Congreso de la Unión como líder del Bloque Socialista Parlamentario.

Foto 41
En el Congreso de la Unión con diputados del Bloque Socialista Parlamentario, al frente el diputado Alfredo Romo.

Foto 42
En la estación Colonia, el presidente Plutarco Elías Calles con algunos miembros de su gabinete entre los cuales aparecen el secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Luis N. Morones, el ingeniero Luis L. León, secretario de Agricultura y Fomento, el diputado Gonzalo N. Santos, presidente de la Alianza de Partidos Socialistas de la República; Alberto Mascoreñas, presidente del Banco de México, el gobernador del Estado de México, Carlos Riva Palacio y el capitán Vega, del Estado Mayor Presidencial, esperando la llegada del general Alvaro Obregón procedente de Sonora.

Foto 43
Elegantemente ataviados, Gonzalo N. Santos y el presidente Plutarco Elías Calles después de la lectura de su informe a la salida de la Cámara de Diputados.

Foto 44
Sesión del Congreso de la legislatura local de Tamaulipas en donde con un diputado desaforamos al resto de la legislatura y metimos los suplentes pues los diputados propietarios se habían declarado en sesión permanente para desaforar al gobernador Emilio Portes Gil; la maniobra la dirigieron personalmente el diputado Gonzalo N. Santos, presidente de la Alianza de Partidos Socialistas de la República; el propio Emilio Portes Gil y el general de brigada, comandante militar del estado de Tamaulipas Guillermo Nelson, apoyados por una masa de tres mil agraristas, encabezados por su líder el campesino Magdaleno Aguilar, posteriormente gobernador de Tamaulipas y senador de la República. Esta sesión en que con un diputado desaforamos diez diputados no tiene nada qué pedirle a lo que hizo Cristo cuando con cinco panes les dio de comer a cinco mil personas. En este acto de malabarismo del nazareno nos inspiramos para que Portes Gil siguiera al frente del gobierno de Tamaulipas y no quebrara su carrera política habiendo llegado a presidente de la República.

Foto 45
General Plutarco Elías Calles, Presidente de la República rindiendo su segundo Informe ante el Congreso de la Unión. En la tribuna dirigiendo la sesión el diputado Gonzalo N. Santos, de pechera blanca y frac, presidente de la Alianza de Partidos Socialistas de la República, adelante de él los diputados secretarios doctor Alejandro Cerizola, a la derecha Alfredo Romo, atrás el diputado Antonio Valadez Ramírez comunicándole algo al diputado Santos y el oficial mayor de la Cámara; a la izquierda de Calles, el diputado Zavaleta de Oaxaca, otro diputado que no recuerdo, a la derecha del Presidente, el diputado que contestó el Informe cuyo nombre no recuerdo. Sentados los diputados Luis Torregrosa, de Yucatán y José García Ramos, de Oaxaca, a la derecha el general José Alvarez jefe del Estado Mayor Presidencial, capitán Vega, hoy general de división y otro oficial cuyo nombre no recuerdo.

Foto 46
Homenaje organizado al general Alvaro Obregón para apoyar su reelección.

Foto 47
Con Alvaro Obregón y el diputado Alfredo Romo miembro activo de la Alianza de Partidos Socialistas.

Foto 48
Rumbo al lugar donde se celebraba el juicio de León Toral y la madre Conchita, presuntos autores material e intelectual del asesinato del general Alvaro Obregón.

Foto 49
Aspecto de la convención de la Alianza de Partidos Socialistas de la República celebrada en el Tívoli del Liceo, 1925.

Foto 50
Banquete efectuado por el Bloque Liberal Parlamentario del Congreso Local, en honor de los diputados Gonzalo N. Santos y Rafaael Melgar, presidentedel Bloque Socialista Parlamentario del Congreso de la Unión, y vicepresidente de la Comisión Instaladora de la XXXI Legislatura, respectivamente. Chihuahua, abril 15 de 1926.

Foto 51
Banquete ofrecido por la Alianza de Partidos Socialistas de la República, a su digno presidente, Gonzalo N. Santos, con motivo del Primer Aniversario de su toma de posesión. Viveros de Coyoacán, México, D. F., 1o. de enero de 1927.

Foto 52
Con el general Campillo Zeyde, diputado de la Alianza de Partidos Socialistas de la República que presidía el diputado Gonzalo N. Santos.

Foto 53
En gira política por Yucatán, de izquierda a derecha: senador general Jesús Azuara; diputado Melchor Ortega, vicepresidente del Bloque Socialista Parlamentario de la Cámara de Diputados; general diputado Arturo Campillo Zeyde; diputado Gonzalo N. Santos, presidente del Bloque Socialista de la Cámara de Diputados. El diputado Santos fue comisionado a Yucatán por el presidente Calles para reorganizar el Partido Socialista del Sureste después de haber sido asesinado su líder el gobernador Felipe Carrillo Puerto.

Foto 54
Regimiento de caballería al mando del coronel Gonzalo N. Santos saliendo de su cuartel en la hacienda de La Laja, Guanajuato a batir a los cristeros de la hacienda de Lourdes. La foto captó sólo una parte de la columna.

Foto 55
En el Fortín esperando a los cristeros de izquierda a derecha: teniente Proto Santos; mayor Cipriano Martínez; coronel Gonzalo N. Santos; Angelina Pequiare (La Cativa). capitán primero Alberto López y un soldado. Puede apreciarse que nuestras fortificaciones no eran de concreto. 1929, San Miguel de Allende, Guanajuato.

Foto 56
Campaña contra los cristeros. Visita del general Samuel M. Santos al coronel Gonzalo N. Santos en su cuartel general en Río Laja, Guanajuato, de derecha a izquierda: capitán primero forrajista Julián B. Lafont; capitán primero Pedro Angel Mendoza, comandante del tercer escuadrón; teniente coronel José Zataray; segundo jefe del tercer regimiento, general Samuel M. Santos; coronel instructor de la columna Santos "Orejitas", su nombre no lo recuerdo, debía su apodo a que Villa le cortó las orejas cuando lo hizo prisionero en Chihuahua; el coronel Gonzalo N. Santos jefe de la columna Santos y del 16°. regimiento; "El Cubano" de sombrero carrete, espía del coronel Santos ante los cristeros, el telegrafista Luna, "El Siniestro " de sombrero texano, también espía ante los cristeros.

Foto 57
El coronel Gonzalo N. Santos con un grupo de oficiales de su Estado Mayor en campaña contra los cristeros en Rincón, Guanajuato.

Foto 58
Un respiro en la campaña contra los cristeros, parado el teniente coronel diputado José Zataray; de izquierda a derecha sentados: coronel Gonzalo N. Santos; coronel "Orejitas" no recuerdo su nombre, instructor del 16°. regimiento al mando del coronel Santos (no supe su fin); teniente coronel Enrique Méndez de origen portorriqueño (muerto general de brigada); mayor diputado José García Chávez; capitán ayudante Julián B. Lafont, en Río Laja, Guanajuato, 1929.

Foto 59
Palenque organizado en honor del general Samuel M. Santos quien visitaba al coronel Gonzalo N. Santos en su cuartel general en Guanajuato, durante su campaña contra los cristeros.

Foto 60
Coronel y diputado Gonzalo N. Santos, a la izquierda; a la extrema derecha el teniente coronel y diputado José Zataray, escoltando a un grupo de cristeros hechos prisioneros en combate en Lourdes, Guanajuato. Estos rebeldes fanáticos un día antes le habían cortado las orejas al profesor de la escuela, el coronel Santos hizo extensiva la ley de cinco de enero de 1862 reimplantada en 1913 por don Venustiano Carranza, el coronel Santos no discriminó de esta sabia ley a ninguno de los cristeros capturados.

Foto 61
Oficiales del 16o. regimiento al mando del coronel Gonzalo N. Santos. De izquierda a derecha: teniente Nicolás Salazar; capitán Evaristo García; subteniente Salazar, hermano de Nicolás, tres verdaderos leones; después del licenciamiento del 16o. regimiento, Nicolás Salazar tuvo a bien declararse bandido por lo que sufrió persecución y los otros 2 también emigraron a la Huasteca veracruzana; Evaristo fue asesinado en una emboscada por cuestión de faldas. Entre otras hazañas de Nicolás Salazar fue muy sonada en la Huasteca la de haberse casado a la fuerza con una cuñada del ganadero Reyes García.

Foto 62
Campaña contra los cristeros en Guanajuato, oficiales del 16° regimiento al mando del coronel Gonzalo N. Santos, batiendo a los Cristeros de la Sierra Gorda, de izquierda a derecha: capitán primero Ernesto López, jefe del primer escuadrón; capitán segundo Gustavo Rodríguez, subjefe del escuadrón. Estos dos oficiales eran magníficos

combatientes, el capitán López fue por muchos años el ayudante predilecto y más allegado a Gonzalo N. Santos.

Foto 63
Impartiendo órdenes a uno de los oficiales de mi regimiento.

Foto 64
El coronel Gonzalo N. Santos.

Pliego C, entre las páginas 796-797

Foto 65
Esta es la columna del 4o. regimiento de caballería que organicé en la Huasteca potosina y Río Verde para combatir a los cristeros; tuvimos la satisfacción mis compañeros de armas y yo de no perder un solo combate contra los fanáticos cristeros, ni dejarnos abordar ningún tren de pasajeros de la vía Laredo-México y del ramal de Río Laja a San Luis de la Paz, en territorio de Guanajuato. Señalado con la flecha blanca, el ese día ascendido a general Gonzalo N. Santos, a su izquierda el general Bartolo Díaz, detrás del número 2 montado en caballo frontino (frente blanca), y con casco de corcho el ayudante del general Santos, Julián B. Lafont.

Foto 66
Me daba mis escapadas para ir de cacería, aquí con algunos amigos en el rancho Gargaleote.

Foto 67
Fui miembro fundador del PNR con la credencial número 6.

Foto 68
El general Plutarco Elías Calles, flanqueado por el senador Gonzalo N. Santos y un diputado del cual he olvidado su nombre.

Foto 69
Asamblea del Partido Socialista Fronterizo, convocada por el licenciado Emilio Portes Gil, gobernador de Tamaulipas; él y su partido se adhirieron a la Alianza de Partidos Socialistas de la República que organizó y presidió el diputado Gonzalo N. Santos y la directiva del Partido Socialista Tamaulipeco.

Foto 70
Durante la celebración de la asamblea de adhesión del Partido Socialista Fronterizo a la Alianza de Partidos Socialistas de la República, de izquierda a derecha: el exteniente coronel federal Ramón Fusco; Juan Ibarra ("El Prieto"), líder del Partido Fronterizo de Tamaulipas); diputado Gonzalo N. Santos, presidente de la Alianza; diputado Rafael Melgar; atrás de "El Prieto" Ibarra aparece Guillermo García, cuñado de Portes Gil, rodeados de líderes del Partido Socialista Fronterizo y de jóvenes periodistas.

Foto 71
Durante la comida de "destape" de Aarón Saénz, quien ya se sentía seguro presidente de la República, al grado de haber colgado su fotografía al lado derecho del general Obregón.

Foto 72
Mitin durante la campaña política electoral del ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

Foto 73
Acto político para apoyar la candidatura del ingeniero Pascual Ortiz Rubio.

Foto 74
Toma de protesta del ingeniero Pascual Ortiz Rubio a la Presidencia de la República, sentado el presidente de la Cámara de Diputados, Melchor Ortega, a su derecha de pie, el líder de ambas Cámaras, diputado general Gonzalo N. Santos, en seguida el presidente saliente, licenciado Emilio Portes Gil.

Foto 75
Gonzalo N. Santos embajador de México en Bélgica y Luxemburgo, en las afueras del Palacio Real antes de entrar a presentar sus cartas credenciales ante su majestad el rey Alberto I. Bruselas, Bélgica, 1934.

Foto 76
Como embajador de México en Bélgica (don Gonzalo N. Santos) recibí una condecoración que me otorgó el rey de los belgas Alberto I. La imposición de la banda me la hace el embajador de Bélgica Monsieur Stalder, atrás, a la derecha de mí, Madame Stalder.

Foto 77
Los reyes de Bélgica, el rey Alberto I y la reina Isabel.

Foto 78
El regreso a la patria. A la derecha, de bufanda, traje claro y sombrero en la mano, el embajador de México en Dinamarca Gonzalo N. Santos a su llegada a San Luis Potosí; al centro vestido de oscuro, el general de división Saturnino Cedillo, a la izquierda el general Francisco Carrera Torres, comandante militar del estado de San Luis Potosí, entre los demás se encuentra la totalidad de los diputados a la legislatura local en la bienvenida al embajador Santos ya electo senador de la República por el Partido de la Revolución Mexicana.

Foto 79
Congreso Constitutivo de la Confederación Campesina Mexicana presidido por el senador Gonzalo N. Santos, celebrado el 28 de julio de 1933 en el Teatro de la Paz, San Luis Potosí. Los miembros de la mesa directiva saludan e informan al general Saturnino Cedillo en su domicilio que ha quedado organizada la Confederación.

Foto 80
Con campesinos de Valles, San Luis Potosí, el 14 de diciembre de 1937, después de una dotación de ejidos.

Foto 81
Con el Presidente Lázaro Cárdenas solidarizándonos en el acto de expropiación petrolera en Palacio Nacional. De izquierda a derecha: senador Nazario S. Ortiz Garza; senador Bartolomé García Corre; senador Gonzalo N. Santos; senador Antonio Romero; senador Gualberto Carrillo Puerto; general Lázaro Cárdenas con el Decreto de Expropiación en la mano, el cual tuvo la gentileza de leernos; el senador Ernesto Soto Reyes y senador Guillermo Flores Muñoz.

Foto 82
A su regreso de Europa acudí a saludar, en su casa, al expresidente general Plutarco

Elías Calles, flanqueado por sus hijas Hortensia Calles de Torreblanca y Artemisa Calles.

Foto 83, 84 y 85
Carta enviada por el senador Gonzalo N. Santos, al general Saturnino Cedillo; pidiéndole que reconsidere su actitud para aceptar el nombramiento que le hacía el presidente Cárdenas.

Foto 86
Comité de la campaña política Pro Avila Camacho. Sentados de izquierda a derecha: licenciado Miguel Alemán, secretario general del Comité Pro Avila Camacho; al centro general Manuel Avila Camacho, candidato a la Presidencia de la República; a la derecha el entonces coronel Gabriel Leyva Velázquez; de pie en el mismo orden: diputado Adolfo Ruiz Cortines, tesorero del Comité; el de la derecha no lo recuerdo; sigue el senador José María Dávila (Chema), secretario de Prensa y Propaganda; diputado Adán Ramírez López (Sagrado Corazón), secretario de Acción Campesina; senador Gonzalo N. Santos, secretario de Acción Parlamentaria y del México de Afuera; senador J. Jesús González Gallo, secretario de Planeación; el camarada que le sigue no recuerdo su nombre pero era secretario de Acción Cooperativa.

Foto 87
En Palacio Nacional con el presidente Manuel Avila Camacho.

Foto 88
Aquí abrazando al vicepresidente Wallace; de la mano del vicepresidente, mi esposa Leola Pue de Santos, del brazo de la señora Santos el embajador Daniels; sentado el diputado Maverick, líder de la Cámara de Diputados de los Estados Unidos ante la estatua del Padre de la Patria, Miguel Hidalgo y Costilla, que fue donada por el gobierno de México a la ciudad de San Antonio, Texas, en donde representé al presidente Manuel Avila Camacho.

Foto 89
En Randolf Field, San Antonio, Texas, cuando la donación de la estatua del cura Hidalgo a aquella ciudad. Me acompañan el general Radamés Gaxiola (tercero de izquierda a derecha), quien posteriormente fue comandante de la Fuerza Aérea Mexicana, algunos subalternos y hermosas texanas.

Foto 90
El general Genovevo Rivas Guillén en charla con los senadores antes de rendir su protesta a la gubernatura de San Luis Potosí. A su derecha el senador Gonzalo N. Santos; un senador no identificado, agarrado de la solapa del senador Santos; diputado Armando Arroyo a la izquierda del general Rivas Guillén; de traje claro coronel senador Vicente Benítez; de pie un diputado y dos ayudantes de Rivas Guillén.

Foto 91
La Comisión Permanente del Congreso de la Unión despide al general Genovevo Rivas Guillén, gobernador electo de San Luis Potosí, de izquierda a derecha con sombrero el senador Guillermo Flores Muñoz (hermano de Gilberto), un diputado con sombrero de carrete en la mano; el senador coronel Antonio Romero; el general Rivas Guillén; senador Gonzalo N. Santos, secretario de la comisión Permanente y líder del Senado; senador Vicente Benítez; diputado Armando Arroyo, le sigue un diputado del cual he olvidado su nombre.

Foto 92
En la toma de posesión de la gubernatura de San Luis Potosí con mis amigos el licenciado Miguel Alemán y el doctor Francisco Castillo Nájera, atestiguando el acto.

Foto 93
Rindiendo protesta como gobernador constitucional de San Luis Potosí, a mi costado izquierdo el doctor Francisco Castillo Nájera.

Foto 94
En la toma de protesta a los magistrados de San Luis Potosí.

Foto 95
Como gobernador de mi estado natal inaugurando obras. Me acompañan los generales Juan Soto Lara, Heriberto Jara y Anacleto Guerrero.

Foto 96
Banda Sinfónica de San Luis Potosí, dirigida por el mayor Ramón Gernández (al frente).

Pliego D, entre las páginas 892-893

Foto 97A
Miguel Alemán y Gonzalo N. Santos flanqueados por hermosas mujeres en su gira electoral por la provincia.

Foto 97B
También estuve cerca de Miguel Alemán cuando fue candidato a la presidencia.

Foto 98
Apoyando la candidatura de Miguel Alemán a la Presidencia de la República.

Foto 99
Como presidente del Bloque de Gobernadores en visita a Miguel Alemán en Palacio Nacional.

Foto 100
Gonzalo N. Santos y Miguel Alemán comentando anécdotas, cuando éste ya había dejado la presidencia.

Foto 101A
Fui vitoreado y metido en hombros a la Universidad de San Luis Potosí por los estudiantes.

Foto 101B
En el orden habitual: Bonifacio Salinas Leal; Gonzalo N. Santos; Leobardo Reynoso y Anacleto Guerrero; el individuo que asoma sobre nuestras cabezas es un camarada del cual he olvidado su nombre.

Foto 102
Con el doctor Ignacio Morones Prieto, candidato a gobernador del estado de Nuevo León, quien saluda a un campesino.

Foto 103
Con el presidente Adolfo Ruiz Cortines.

Foto 104A
Con el presidente Adolfo Ruiz Cortines trabé muy buena amistad, recuerdo que en esta ocasión lo invité a una exposición avícola y lo llevé a un palenque a presenciar peleas de gallos, motivo por el cual aquí aparece serio al sentirse engañado, y yo, le sigo haciendo bromas.

Foto 104B
Acompañando al presidente Adolfo Ruiz Cortines en su comitiva en el tren "Olivo".

Foto 105
Acompañé a Adolfo López Mateos en su gira electoral por la República.

Foto 106
Con Adoldo López Mateos en San Luis Potosí, en un banquete organizado en honor del candidato a la Presidencia de la República.

Foto 107
Condecorado por Adolfo López Mateos en la celebración de mis "bodas de plata".

Foto 108
A mis costados, mi hermana Gertrudiz y mi viejo amigo Macario Balderas.

Foto 109
En la quinta El Alazán Tostado, en Cuernavaca, durante el festejo de mis 25 años de matrimonio. Aparecen de izquierda a derecha el licenciado Gustavo Díaz Ordaz; el expresidente Emilio Portes Gil; el entonces presidente de la República Adolfo López Mateos, Gonzalo N. Santos; Humberto Romero; mi hijo Gastón Santos y José María Dávila.

Foto 110
En Cuernavaca, soltando el "Tapado".

Foto 111
En el rancho El Gargaleote con el general Lázaro Cárdenas, como viejos camaradas.

Foto 112
Carta enviada por el general de división, Abelardo L. Rodríguez a Gonzalo N. Santos.

Indice onomástico

A

Abraham, Nazario, 26
Aceves, Francisca, (*primera esposa de Pascual Ortiz Rubio*), 352-353
Aceves, Homobono, 426
Acosta, Emilio N., 78, 431
Acosta, Homero, (*licenciado*), 547, 568-569, 625, 628
Acosta, Lorenzo, (*tío de Gonzalo N. Santos*), 137
Acosta, Lorenzo, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 175
Acosta, Malaquías, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20, 29, 550
Acosta, Manuel, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20
Acosta, Maximino, (*sobrino de Gonzalo N. Santos*), 29, 550
Acosta, Miguel M., (*maderista*), 43-46, 48-50, 52-53, 55-57, 63, 101, 116-118, 122-123, 125-126, 128-142, 144-148, 177, 183, 192, 201-204, 209, 217, 227, 271, 273, 275-277, 295, 341, 370, 378-379, 415-416, 424-426, 428-431, 433, 479, 481, 494-497, 499-500, 516, 520, 585, 648-649, 651-652, 660, 666-667, 670-672, 676, 837-838
Acosta, Ramón, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20, 28, 44
Acosta, Tito, (*subteniente revolucionario*), 94, 96, 99, 100, 111, 125-126, 137, 147-148, 175, 883
Acosta Zanata, Lorenzo, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 175
Adelita, 674
Adriana, (*nombre falso de Elena Arizmendi*), 141
Adriana, 408
Aguayo, José, (*delahuertista*), 257
Aguilar, 626
Aguilar, (*director de Excélsior*), 301
Aguilar, Cándido, (*general*), 78-79, 84, 649, 656, 660, 667
Aguilar, Eleno, 59
Aguilar, Francisco, (*general*), 751
Aguilar, Higinio, (*huertista*), 84, 86, 88, 107
Aguilar, Magdaleno, (*gobernador*), 299-300, 406
Aguilar y Maya, José, (*procurador*), 450-451, 478, 481, 656, 660, 662, 666-670, 682, 685, 691, 760-763, 766, 881, 908
Aguilera, Luis, 785
Aguirre, Jesús M., (*general*), 322, 330-331, 337, 341, 363, 370, 372, 378-379, 415, 429, 431, 494, 691, 838, 867
Aguirre Benavides, Eugenio, (*general*), 114, 116-117, 122-123, 126, 131, 134
Aguirre Berlanga, Manuel, (*licenciado*), 615
Aguirre Fuentes, (*coronel*), 595-597, 600, 656-657, 828
Agustín, (*Manitas, indio larraguista*), 245, 251-253
Ahumada, Enrique, (*preso*), 44
Ahumada, Enrique, (*subteniente revolucionario*), 154
Ahumada, Ezequiel, (*villista*), 245, 251
Ahumada, Jesús, 153-154
Ahumada, Sra. Vasconcelos de, (*hija de José Vasconcelos*), 398
Alarcón, Alfonso G., (*científico y político*), 534-536
Alarcón, Ricardo, (*comerciante*), 44
Alatorre, (*capitán revolucionario*), 162, 189

Alberto I., (*rey de Bélgica*), 526-528, 532, 534, 537-539, 543, 545, 548, 550
Aldama, Héctor Ignacio, (*general*), 467
Aldrete, Pablo, 772
Alejandro I, Karageorgevich, (*rey de Yugoslavia*), 534
Alemán, Beatriz Velasco de, 844-845, 861
Alemán, Miguel, 307, 326, 370, 379
Alemán Valdés, Miguel, (*presidente de México*), 290, 307, 326, 337, 379, 409, 434, 436, 649-652, 655, 665, 672, 688, 704, 707, 711, 743-745, 756, 768-770, 772-775, 787, 794, 808, 819-820, 822-823, 831, 833 835-840, 843-846, 851-852, 855, 857-858, 860-865, 868-872, 874-877, 880-883, 886-888, 890, 892, 895, 897, 900, 913-914
Alemán Velasco, Miguel, 844
Alessio Robles, Miguel, (*secretario de Estado*), 215
Alessio Robles, Vito, (*escritor y político*), 141, 144-145, 318, 413-414
Alfaro, Isauro, 904
Almada, Ignacio J., (*general*), 318
Almada, Pedro J., (*general*), 724
Almanza, (*cónsul*), 594, 551
Almanza, Paulino, 277-278, 620-621
Almazán, Juan Andrew, (*huertista*), 107-108, 332-333, 341, 343-344, 350, 377-379, 381, 383, 411-414, 429-430. 448, 470-471, 490, 525, 548, 572, 592, 603-604, 648, 653, 655-656, 658-666, 668-676, 679, 683-688, 694-698, 702, 705-706, 708-711, 713, 717, 720-721, 723, 725, 727-733, 738, 738, 740-741, 767
Almazán, Leónides A. (*gobernador de Puebla*), 333, 413-414, 428-430, 525, 728
Almazán, Miguel, 414
Almeida, Casimiro, 290
Almeida, Jesús, (*gobernador de Chihuahua*), 290
Alonso, Antonio F., (*maderista*), 53
Altamirano, Adolfo, 263
Altamirano, Leopoldo, 635
Altamirano, Manlio Favio, (*diputado*), 210-211, 213, 363, 368-370, 414-415, 468, 476, 483, 549, 590, 650
Alvarado, Salvador, (*general*), 102, 163
Alvarez, (*capitán porfirista*), 38
Alvarez, (*coronel, jefe de Estado Mayor*), 238, 431
Alvarez, (*diputado*), 280
Alvarez, Arturo, (*mayor porfirista*), 40
Alvarez, Herminio, (*gobernador de San Luis Potosí*), 122-126, 136, 218, 221
Alvarez, José, 266, 269, 287-288, 304, 308-312, 314-315, 319-320, 330, 477, 806
Alvarez, Juan, (*diputado*), 564, 567-568, 601, 614-615, 632
Alvarez, Julián, 59
Alvarez, Manuel, (*gobernador de San Luis Potosí*), 246, 786-787, 906-908, 910, 914
Alvarez Acosta, Miguel, (*licenciado*), 547, 568-569, 625, 628
Alvarez y Alvarez, Rafael, (*diputado*), 287-320
Allende, Sebastián, (*gobernador de Jalisco*), 376, 455, 460-462, 483, 509, 515, 518, 654
Amado, 146
Amado, (*chofer*), 656, 722-723
Amaro, Joaquín, (*general*), 255, 266, 302, 307, 322, 332, 343-344, 349, 378, 382, 385, 389-392, 449, 458, 463, 466-468, 470, 472, 483, 490, 494-497, 566, 574, 589-590, 592, 688, 747, 749-750, 895, 904
Amaya, Juan Gualberto, (*gobernador de Durango*), 331, 334, 363, 435, 867
Amézquita, (*capitán*), 741-742
Amézquita, (*señorita, secretaria*), 256
Amilpa, Fernando, 595
Anaya, Ricardo B., (*sacerdote*), 780, 801, 812-813, 815, 846
Anaya y Diez de Bonilla, Gerardo B., (*obispo*), 83, 770-772, 843, 845
Ancona, (*Zonito, diputado*), 289, 456, 493
Anda, Chendo de, 479
Anderson, Paul, (*jefe de policía de San Antonio, Texas*), 327, 729, 737, 748
Angeles, Felipe, (*general*), 139, 169, 323, 862
Angulo, Mauro, (*senador*), 759-760, 768-769
Anitúa, Fanny, (*cantante*), 532

Arachandieta, Amado L., 91-93, 155, 157, 409
Aragón, Enrique, 409, 660
Aranda Díaz, Miguel, 490, 567
Arango, Doroteo, (*Francisco Villa, caudillo revolucionario*), 10, 15, 45, 93, 98, 103, 112, 114-117, 121-122, 131-132, 144, 150-151, 160, 167-169, 172-187, 192, 200, 202, 280, 323, 328, 470, 472, 484, 547, 580, 582-583, 597, 637-638, 669, 673, 702, 767, 773, 784, 790-791, 840, 842, 856, 861-862, 879, 883, 885, 892, 904
Arellano, Carlos, (*general*), 268-269, 462
Arellano, (*Chilte*), 410
Arellano Belloc, Francisco, (*diputado*), 608-611, 625
Arenas, Manuel, (*coronel revolucionario*), 218, 221, 222, 257-258
Arévalo, Juan, 633, 636
Argüelles, (*doctor*), 354
Argüelles, Carpóforo, (*bandido revolucionario*), 78
Argüelles, Fortunato, 74
Argüelles, Joaquín, 863, 868
Arguinzones, Antonio, (*porfirista*), 783
Argumedo, Benjamín, (*huertista*), 107
Arizmendi, Elena, (*presidenta de la Cruz Blanca*), 141
Arnáis, Miguel, 841-842
Arreola, (*sacerdote*), 771, 801, 846
Arriaga, Canuto, 255
Arriaga, Jesús, 758
Arriaga, Ponciano, (*liberal*), 195
Arrieta, Domingo, 244, 672-677, 680, 696, 806
Arrieta, Mariano, (*general*), 675-676
Arrieta, Tacho, (*coronel*), 673
Arroyo, Armando, 335
Arroyo Ch., Agustín, (*gobernador de Guanajuato*), 283, 292-293, 350, 353, 450, 453, 712-713, 715-716, 760
Arteaga, Julián, (*bandido revolucionario*), 82-84, 813
Asemat, Pedro, 409
Astrid, (*princesa sueca, esposa de Leopoldo III*), 528-530
Ateca, (*español*), 509
Audifred, (*agente de coches*), 459
Aureliano, 456
Avidal, Carlos, (*villista*), 163
Avila, Adalberto de, (*maderista y villista*), 46, 97, 159
Avila, Alejandro de, (*maderista*), 46
Avila, Celestino de, 252, 262, 267, 274, 709
Avila, Eufracina Camacho de, (*madre de Manuel Avila Camacho*), 681-682, 833
Avila, Florencio de, (*maderista*), 46
Avila Camacho, Gabriel, 682
Avila Camacho, Manuel, (*presidente de México*), 79, 85, 100, 108, 213-214, 218, 222, 337, 354, 378, 409, 531, 582-589, 593-601, 603, 613-614, 621-628, 643-694, 696-701, 705, 707-708, 710-713, 715-717, 719-732, 734-736, 738-763, 765-767, 769, 772-775, 784-789, 794, 798, 819-824, 827-828, 831, 833-834, 836-837, 839-842, 852, 863-864, 875-877, 886-888, 893
Avila Camacho, Margarita Richardi de, (*esposa de Maximino Avila Camacho*), 745, 747, 833
Avila Camacho, Maximino, 585, 646-651, 658, 665, 677, 678-683, 688-689, 735-736, 745-748, 753-755, 757, 769, 822-824, 828-836, 841-842
Avila Camacho, Rafael, 682
Avila Camacho, Soledad Orozco de, 643, 679-680, 723-724
Ayala, David, (*diputado*), 504, 646
Azcárate, Cuauhtémoc, (*ayudante de Gonzalo N. Santos*), 312, 315-316
Azcárate, Francisco, 312
Azcárate, José Ignacio, (*coronel maderista*), 52, 65
Aztaburuaga, (*señora*), 409
Azúa, Anselmo, 781
Azuara, Hermanos, 101
Azuara, Antonio, (*general*), 382
Azuara, Jesús, (*general*), 382
Azuara, Juan Enrique, (*licenciado*), 766, 785, 910-911

B

Baca Calderón, Esteban, (*gobernador de Nayarit*), 435-436
Baco, (*divinidad romana*), 33-351
Badillo, Basilio, (*profesor*), 461-463

Badillo, Román, (*licenciado*), 687
Bailón, (*coronel revolucionario*), 136-137
Balboa, (*capitán huertista*), 68
Balderas, Benjamín, (*revolucionario*), 72, 76, 153-155, 243, 245, 251, 598
Balderas, Macario, (*revolucionario*), 72, 82, 108, 243, 245, 251, 597, 806, 810, 816-818, 848, 852-853, 860-861, 901
Ballina, 676
Balls, Juan, (*juez de distrito de Webb*), 432-433
Bañuelos, (*general revolucionario*), 159
Bañuelos, Félix, (*gobernador de Zacatecas*), 630, 633, 638, 641-642
Barbas González, Silvano, (*licenciado*), 489, 688, 715
Barberena, Adelaida, (*prima de Leola Pué de Santos*), 395-396
Barberena, Rosa, (*prima de Leola Pué de Santos*), 396
Barceló, Juanita, 376, 431
Barón Obregón, Carlos, (*ingeniero*), 889-891
Barrabás, (*judío condenado a muerte en los mismos días que Cristo*), 597
Barragán, Juan, (*jefe de Estado Mayor*), 180, 191, 193-198, 209, 215, 225-227, 305, 650, 741, 775, 806, 810, 840, 844
Barrañón, (*mayor*), 182
Barrera, Atilano, 223
Barrera, Elpidio, 223-225
Barrera, Pedro, (*alias de Pedro Angel Mendoza, ayudante de Gonzalo N. Santos*), 327
Barrios, 368
Bassols, Narciso, 492
Basurto Limón, (*diputado*), 689
Batalla, Deódoro, 854
Bátiz, Juan de Dios, (*diputado*), 290-291, 455, 493, 570-571
Batres, (*guatemalteco*), 231, 234, 236
Bautista, Carmen, 77
Bautista, Gonzalo, (*diputado*), 284, 366, 413, 427, 493, 499, 509, 571-572, 575-579, 593, 646-647, 678-680, 736, 755, 766, 775, 835-836
Bautista, Melquiades, 623
Beker, Nuquen, (*estadounidense*), 625
Beldaque, Francisco, (*obregonista*), 210
Beltrán, (*general, director del Colegio Militar*), 64
Beltrán, (*El Hueso, general*), 627, 633-635
Benavente, (*maderista*), 52-53
Benignos, Josué, (*capitán revolucionario*), 77-78, 85
Benítez, (*licenciado*), 291
Benvenutti, Luis, 296, 329
Bercum, Mauricio, 901, 905-906
Bermúdez, Antonio J., (*director de PEMEX*), 741
Bernal, Benito, (*teniente coronel*), 294
Bertha, 157
Betancourt, Fiacro, 91, 93
Beteta, Ignacio,(*general*), 633
Beteta, Ramón, *licenciado*), 844, 888, 899
Bettenitas, (*chofer*), 117, 119
Bey, Ricardo, 290
Bey, Tomás, (*gobernador de Sonora,*) 290, 293, 296, 312, 316
Biguri, doctor, 587
Birjan, 33, 352, 503, 848
Black, (*Mister*), 781
Blanca, (*La Cacariza, prostituta*), 886
Blanco, 845
Blanco, Argentina, 757
Blanco, Lucio, (*carrancista*), 65, 101, 116, 351, 432, 434, 757, 913-915
Blanquet, Aureliano, (*huertista*), 335, 373, 411, 829
Blum, León, (*político y escritor francés*), 525, 849
Bobadilla, Luis, (*teniente coronel*), 277
Boeta, Carlos, 409
Boeta, Ciro, 409
Bojóquez, Juan de Dios, 306, 549, 589
Bokley, Claudio, 521
Bonilla, Manuel, (*ministro de Comunicaciones*), 100, 883
Bonilla, Rosario, 100, 883
Bonillas, Ignacio, (*carrancista*), 108, 204, 227, 441, 591
Book, (*periodista*), 242
Bordes Mangel, Enrique, (*diputado*), 65
Borgia, César, (*príncipe, cardenal y duque en Roma*), 426
Borochiloff, (*mariscal ruso*), 558, 560-562

Bórquez, Francisco, 162, 176
Borunda, (*general villista*), 173
Boulangé, (*violinista ruso*), 531, 542, 565
Bow, Clara, (*artista de cine*), 187-188
Branniff, Alberto J., 473-475, 652
Braniff, Thomas, 473-474
Bravo Izquierdo, Donato, (*general*), 322, 663, 719, 837
Breceda, Alfredo, (*gobernador de San Luis Potosí*), 195, 197-198, 775, 806
Brian, (*Mister, jefe de Distrito en Estados Unidos*), 551
Brian Owen, Mrs. Ruth, (*embajadora de Estados Unidos*), 551, 563-564
Briones, (*ingeniero*), 383
Brocha, la, (*prostituta*), 372
Brocqueville, (*conde*), 526, 848-849
Buckley, James, (*senador estadounidense*), 244
Buckley, William F., 244
Buelna, Rafael, (*general*), 102, 266, 270
(*Búfalo Bill*), William Frederick Cody, (*aventurero y explorador estadounidense*), 253
Burgos, (*diputado*), 317
Busqueta, Antonio, (*industrial*), 579
Bustamante, Luis F., (*periodista*), 678
Bustamante, Rosalío, (*diputado*), 243, 255

C

Caballero, Luis, (*general*), 76, 85-86, 89, 91-93, 99, 101, 104, 114, 116-117, 119-121, 123, 134, 153, 162, 167-168, 170, 192, 206, 212, 214-215, 217, 219, 337
Cabezut, Alberto, 301, 409
Cabral, (*sacerdote*), 771, 846
Cabrera, Luis, (*carrancista*), 46, 63, 65, 107, 193, 253, 347, 534, 603, 856
Cabrera, Rafael, 107
Cabrera, Ramón, 107
Cabrera Ipiña de Corsi, (*Cucú*), 845, 847
Cadena, Porfirio, (*villista*), 178
Calderón, Esteban B., 496
Calígula, (*emperador romano*), 440
Caloca, Lauro G., (*diputado*), 317, 467-468, 677-678, 806, 895
Caguache Pamia, Alfredo, 910
Calleja, Félix María, (*virrey de México*), 14, 845
Calles, Alfredo Elías, (*hijo de Plutarco E. Calles*), 511, 513
Calles, Arturo Elías, (*hermano de Plutarco E. Calles*), 356, 375-376, 453
Calles, Leonardo, (*hijo de Plutarco E. Calles*), 428
Calles, Plutarco, (*hijo de Plutarco E. Calles*), 428
Calles, Plutarco Elías, (*hijo de Plutarco E. Calles*), 329, 333, 353, 356, 373-374, 429, 476-477, 503-504, 509-510, 513, 518
Calles, Plutarco Elías, (*presidente de México*), 165, 213, 216, 225, 242, 254, 256-257, 259-270, 276, 282-293, 295-298, 301-309, 311-315, 317-324, 329-342, 344-345, 347-349, 351-354, 356, 358, 360-361, 363, 372-376, 378-383, 385, 389-391, 394, 397, 411, 413-414, 423, 425-434, 440-443, 445, 448-450, 452-453, 455, 458-463, 465, 467-468, 470-472, 476-477, 479-482, 484-505, 507-515, 517-522, 525-527, 533, 543-544, 546-547, 549, 560, 570, 574-576, 582, 584, 588-593, 604, 636, 663, 691-692, 698-699, 733-734, 744, 785, 798, 821, 847, 856, 869, 880, 892-893, 896
Calles, Rodolfo Elías, (*hijo de Plutarco E. Calles*), 333, 353, 356, 373-374, 476-477, 503-504, 507, 509-510, 513, 518, 550, 589, 699
Calles, Titina, (*hija de Plutarco E. Calles*), 567
Camacho, (*profesor*), 281-282, 303
Camacho, Serafín, (*mayor*), 380, 616-619
Camargo, Merced, 20
Campillo Zeide, Arturo, (*diputado*), 290, 306, 370, 376, 379, 412, 414, 431
Campo, Brígido del, 150
Campo, Germán del, (*estudiante*), 354-355, 397-399, 412
Campo, Juan de Dios del, (*condiscípulo de Gonzalo N. Santos*), 150
Campo, Romualdo del, 150

Campos, señorita, (*novia de Samuel Santos*), 278
Campos, Francisco, 278
Candia, Isidro, (*gobernador de Tlaxcala*), 745, 835
Cano, Abel, (*doctor*), 232-234, 238, 240, 303-304
Canseco, Carlos, (*doctor*), 223, 225
Canto, Joaquín, (*teniente coronel*), 252, 709, 817
Caparroso, Alcides, (*diputado*), 421
Capdeville, 326
Capdeville, Fernando, (*estudiante*), 326-327
Capilla, Pedro, 81
Caraveo, Marcelo, (*orozquista*), 179, 363, 381-382, 436, 867
Cárdenas, Alberto, 633-635, 642
Cárdenas, Arnulfo, (*coronel*), 119, 121
Cárdenas, Dámaso, 635, 704
Cárdenas, Francisco, 223, 683, 707, 829
Cárdenas, Lázaro, (*presidente de México*), 79, 213-214, 218, 221-222, 278, 287, 302, 349, 354, 382-383, 391, 411-413, 432, 444-445, 458, 487-490, 492, 505, 509-519, 521, 543-544, 546-549, 568, 570-575, 577-584, 586-598, 600-609, 611-613, 616-619, 621-638, 641-642, 644-646, 648-649, 651, 657, 659, 661, 663, 671-672, 674, 686-687, 689, 691-692, 694, 698, 704-705, 708, 713, 715-716, 721, 723, 725-726, 729, 731-732, 736, 738, 742-743, 745-747, 751-755, 765, 767-769, 772-774, 779, 785, 798, 809, 821, 837, 844, 856, 863, 882, 888, 893, 896
Cárdenas, Rafael, (*coronel*), 114, 208
Cárdenas, Rafael, (*huertista*), 114-115
Cárdenas Rodríguez, Antonio, (*capitán*), 597-598
Cardona, (*general*), 180-183
Careta, Doña, (*bisabuela materna de Gonzalo N. Santos*), 14
Careta, (*huertista*), 88
Careta, Arturo, (*coronel*), 158-160
Careta, Francisco, (*revolucionario*), 77, 159
Carlos IV, (*rey de España*), 219, 323, 695, 720
Carola, (*mujer de Saturnino Cedillo*), 604-605, 608
Carranza, Abelardo, 112
Carranza, Jesús, (*general*), 96-99, 101, 107, 109, 111-113, 120, 421, 889
Carranza, Juan, (*rebelde*), 381
Carranza, Venustiano, (*presidente de México*), 46, 56-57, 63, 65, 79-80, 96-99, 101, 103-104, 107-108, 112-113, 116-117, 120-122, 132-133, 139, 144, 152, 156-157, 169-171, 173-175, 177-180, 184, 187, 190-198, 201, 204, 206-210, 212, 214-218, 221, 223, 226-227, 231, 238, 244, 253, 262, 267-268, 272, 280, 285, 314, 335, 343, 376, 390, 400, 440, 452, 471-472, 527, 541, 591, 613, 615, 617, 619, 649, 663, 666-667, 670, 673, 722, 741, 752-753, 806, 856, 881, 883, 885, 892, 913-914
Carreño, Ermilo, (*diputado*), 243, 253, 260-261
Carreño, Franco, (*licenciado*), 645
Carreño, Fulano, (*huertista y villista*), 645
Carreño, Juan, (*cristero*), 468
Carrera Torres, Alberto, (*general*), 97-98, 107, 122, 131, 138, 145-146, 207
Carrera Torres, Fausto, (*coronel*), 299, 302, 311, 380, 429, 619
Carrera Torres, Francisco, (*revolucionario*), 98, 145-146, 166, 266-267, 299, 302, 305, 310-311, 336, 376, 380, 548, 603-604, 614, 619
Carreto, (*diputado*), 141
Carrillo, Familia, 100, 884
Carrillo, (*general*), 382
Carrillo, Adelita Gutiérrez viuda de, 63, 100-101, 883-884
Carrillo, Alejandro, (*licenciado*), 712, 719
Carrillo, José, 280
Carrillo, Julián, (*compositor*), 809
Carrillo, Lauro, (*gobernador de Chihuahua*), 172, 885-886
Carrillo, Lucía, 100-101, 174, 883-885
Carrillo Puerto, Felipe, 284, 288, 363, 457-458, 477, 620
Carrillo Puerto, Gualberto, (*senador*), 509, 577-578, 620, 646
Carrizales, 911
Carvajal, Angel, 909
Casas Alemán, Fernando, 744, 768, 881, 886-888

Castellanos, Riostos, 289
Castellot, Familia, 448
Castellot, José, (*licenciado*), 473
Castillo, Epifanio, (*diputado*), 567, 570, 611, 613-615, 618-621, 881-882
Castillo, Felipe, 657-658
Castillo, José, (*coronel*), 246-251, 257-258, 264, 380, 401-405, 567, 613, 656-657, 661-662
Castillo Lanz, Angel, (*gobernador de Campeche*), 303, 346
Castillo Nájera, Francisco, (*embajador*), 525, 532, 730-733, 738, 766, 775, 820-821
Castrejón, Adrián, (*gobernador de Guerrero*), 272-273, 276, 350, 353, 356-357, 374-375, 444, 514
Castrillón, (*español*), 864-865
Castro, (*diputado*), 300
Castro, Cesáreo, (*general*), 90, 163, 172
Castro, Emilio G., 247-250
Castro, Evodio, (*cacique porfirista*), 60-61
Castro, Fidel, (*presidente de Cuba*), 426, 735
Castro, José Agustín, (*general*), 90, 99, 106-108, 112, 163, 290, 302, 380-381, 682, 689
Castro, Ranulfo, (*cacique porfirista*), 33, 35-36, 40, 60-61, 67
Castro y López, Luis, (*licenciado*), 194, 196, 242
Cataño, Elena Carrillo, viuda de, 326
Cathron, 77
Cativa, La, 530
Cavazos, José, (*coronel*), 119, 168, 171, 175-176, 637
Cavazos, Marcial, (*mayor*), 171
Cecilia 233
Cecilio, (*el Negro*), 84
Cedillo, Cleofas, 161
Cedillo, Elena, 806
Cedillo, Higinia, 728, 758, 769
Cedillo, Magdalena, 758
Cedillo, Magdaleno, (*villista*), 68, 117-119, 121-122, 146, 195, 390
Cedillo, Saturnino, (*gobernador de San Luis Potosí*), 118, 121-122, 133, 135, 145-146, 195, 166, 197, 207, 212-213, 241, 243, 256, 259-263, 266-267, 269, 277, 296-299, 302-305, 310-311, 320-322, 325-326, 328-332, 334, 336, 343, 349, 363-365, 375-383, 385-386, 389-391, 400, 429, 444, 463-464, 481, 485, 487, 490-492, 506, 510-513, 517-519, 522, 547-548, 564, 566-571, 575, 581, 583, 585-589, 592-594, 600-605, 607-620, 621-625, 627-629, 632, 635-636, 645, 661, 692, 728, 751, 758, 760, 774, 806, 851, 881-882
Cejudo, (*general carrancista*), 215
Celis, Alfredo, (*vasconcelista*), 402-403, 405-407, 410
Celis, Juan José, 406
Celis, Salvador, (*vasconcelista*), 406
Centella Sánchez, Mármol Zebadúa Amílcar, (*diputado*), 289, 292
Cepeda, Rafael, (*maderista*), 32, 52-53, 57, 60
Cequera, Marciano, 68-70
Cerda, José de la Luz, 630, 633, 636, 657-658
Cerecedo Estrada, Daniel, (*revolucionario*), 85
Cerizola, Alejandro, (*diputado*), 320, 348, 370, 412-414, 431, 455, 493, 498-499
Cervantes, (*doctor*), 158, 161
Cervantes, Piedad, 158
César, (*emperador romano*), 865
Céspedes, Eliseo L., (*licenciado*), 522
Cícero, (*profesor del Colegio Militar*), 64
Cícero, Joaquín, 409
Cirgüelo, el, (*coronel*), 271, 273, 276
Claudel, Paul, (*poeta y diplomático francés*), 528
Coca, (*líder obrero*), 679
Colina, Rafael de la, (*cónsul*), 701
Colorado, Pedro C., (*general*), 637, 639-640
Colunga, Enrique C., (*gobernador de Guanajuato*), 292, 294, 664
Collins, Erick, (*concuño de Gonzalo N. Santos*), 543
Comonfort, Ignacio, (*presidente de México*), 121, 506
Conchita, madre, (*presunta autora intelectual del asesinato de Obregón*), 329
Conesa, María, (*cupletista*), 324
Contreras, María, (*nana*), 523, 530
Coolidge, Calvin, (*presidente de Estados Unidos*), 500

Corbalá, (*ingeniero*), 602, 604
Cordero, (*coronel*), 691
Corona, (*general federal*), 77, 94
Corona, (*capitán revolucionario*), 190-191
Corona del Rosal, Alfonso, 191, 701
Corral, Blas, (*subsecretario de Estado*), 90, 583, 585, 587, 787
Correa, Jesús, (*procurador*), 461
Corsi, Pedro, 847
Cortés, Fidel, (*líder cetemista*), 782
Cortés, Hernán, (*conquistador de México*), 745, 812
Cosío Robelo, Francisco, (*general revolucionario*), 103-105
Coss, Francisco, (*general revolucionario*), 107-108, 557, 682-683
Cots, 266
Courtade, Armando B., (*juez*), 728, 758, 778-779
Covarrubias, (*porfirista*), 464
Covarrubias, Ricardo, (*diputado*), 280-281
Cravioto, Alfonso, (*embajador*), 520
Cristián x, (*rey de Dinamarca*), 550
Crixal, Teófilo, 278
Cruz, Ausencio, (*gobernador de Tabasco*), 415, 418-421
Cruz, Ciriaco, (*profesor*), 243
Cruz, Conrado, (*huertista*), 815
Cruz, Luz Anchondo de, 694-696, 698
Cruz, Ranulfo, (*maderista y villista*), 45, 49, 159, 160-161
Cruz, Roberto, (*general*), 271, 273, 276, 318, 322-323, 329-330, 363, 372, 376, 382, 691-698, 867
Cruz, Urbano, (*vaquero*), 28, 38
Cuéllar, (*sacerdote*), 94
Cuéllar, José María, (*diputado*), 291, 356, 435-436, 493
Cuenca, Mario, 157
Cuervo, Carlos, 291
Culás, Nicolás, (*amigo de Gonzalo N. Santos*), 20-22, 43
Cura, Félix, (*teniente coronel*), 389
Curiel, Rafael, (*gobernador de San Luis Potosí*), 226, 228, 230-231, 280-281
Cutiño, José, 577-578, 646
Cuy, 545-546, 565

CH

Chao, Manuel, (*general*), 114, 158-159, 162, 637-638, 641
Chapa, (*gallero*), 917
Chapital, (*general*), 682
Chapoy, Federico, (*gobernador de San Luis Potosí*), 192-195
Charifas, (*torero*), 747
Charis, Heliodoro, (*general*), 322, 464-469
Chavero, Manuel, 785, 788-791, 802
Chico Pérez, (*revolucionario*), 78
Chory, 217
Choncado, El, 755
Chumacero, Blas, 595

D

Dalcowitz, Concepción, 450-451
Dalcowitz, Leonel, 451-456
Dalila, (*personaje bíblico*), 832
Daniels, Joseph, (*embajador de Estados Unidos en México*), 738, 742
Dante Alighieri, (*poeta italiano*), 687
Danton, Georges Jacques, (*político y orador de la Revolución Francesa*), 352
D'Artagnan, (*héroe de la obra Los tres mosqueteros, de Alejandro Dumas*), 255
Dávila, Fernando, (*general revolucionario*), 158
Dávila, José María, (*diputado*), 493, 499, 510, 531, 571, 646, 653, 689-691, 835, 889
Dávila, Vicente, (*obregonista*), 168, 174
Delgado, (*periodista*), 178
Delgado, José, (*gobernador de Sinaloa*), 531, 689
Delgado, Roque, (*panista*), 782-783
Díaz, Bartolo, (*general*), 264, 380-381, 401, 806
Díaz, Calcáneo, (*capitán*), 156, 452, 454
Díaz, Carmen Romero Rubio de, (*esposa de Porfirio Díaz*), 448, 473
Díaz, Félix, 171, 191, 513, 666, 706, 829, 853
Díaz, Luis, (*mayor*), 711, 767
Díaz, Porfirio, (*presidente dictador de México*), 14, 18-19, 34, 36-37, 39, 42, 44, 53-54, 149, 162, 166, 172, 190, 208, 280, 286, 298, 302, 317, 410, 432, 438-439, 464, 473-475, 554, 560, 606, 617, 671, 752, 783, 810, 855, 914
Díaz Arias, Julián, (*licenciado*), 399, 411
Díaz de León, (*senador*), 468
Díaz del Castillo, Bernal, (*cronista y conquistador de México*), 149
Díaz Lombardo, Antonio, (*líder camionero*), 444, 888
Díaz Mirón, Salvador, (*escritor*), 437
Díaz Monterrubio, Ricardo, (*capitán*), 178, 181
Díaz Ordaz, Gustavo, (*presidente de México*), 399, 678, 701, 775, 778, 916-917
Díaz Soto y Gama, Antonio, (*diputado*), 195, 242, 255-256, 259-261, 266, 281-285, 292, 303, 314-315, 317-318, 337, 344, 363, 375, 467, 677, 687, 728, 775, 806
Díaz y Mondragón, Félix, 65
Diéguez, Alvarado, (*general revolucionario*), 172, 174
Diéguez, Manuel M., (*general*), 204, 206-207, 266, 270-272, 276, 285, 372, 461, 496, 841
Diez de Bonilla, 771
Diez Gutiérrez, Carlos, (*general*), 855
Dior, Christian, (*modisto europeo*), 799
Doheni, Míster, (*petrolero*), 636
Domínguez, Belisario, (*senador maderista*), 332, 470, 603, 612, 621, 659, 687
Domínguez, Juan, (*general*), 322, 421, 719
Domínguez, Salustino, (*guitarrista*), 240
Domitila, (*cocinera de Gonzalo N. Santos*), 233-234, 610-611, 628 630-631
Donovan, (*general estadounidense*), 749-750
Doria, Felipe, 216-217, 231
Dupin, (*coronel*), 205
Durazo, (*coronel*), 309

E

Eça de Queiroz, José María, (*escritor y diplomático portugués*), 693
Echeverría Alvarez, Luis, (*presidente de México*), 506, 842, 859, 890-891
Eduardo VII, (*rey de Gran Bretaña*), 474
Eduardo VIII, (rey de Gran Bretaña), 529
Eisenhower, Dwight David, (*presidente de Estados Unidos*), 748-750
Elena, 48
Elías, Arturo, 269, 452
Elías, Francisco, (*secretario de Estado*), 475
Elizondo, 144
Elizondo, Gustavo, (*general revolucionario*), 131-133, 139
Elizondo, Jerónimo, (*coronel*), 789, 907
Elizondo, Ramón, (*general*), 395
Enríquez, Manuel, (*general*), 271, 273, 692
Enríquez, Margarito, (*huertista*), 76
Enríquez, Miguel, 271, 692
Epaminondas, (*general tebano*), 400
Epifanio, 790
Eraña, Familia, 409
Eraña, Luciano, (*teniente coronel*), 401, 531, 543, 611, 629-630, 642, 806, 839
Ernestina, 235, 237
Escandón, Pablo, (*gobernador del D.F.*), 474
Escobar, José Gonzalo, 291, 322, 330-331, 333-335, 336, 343-344, 363, 370, 372, 377-379, 381-382, 429, 436, 677, 691, 867
Escobedo, Josué, (*general*), 379, 505, 517, 605, 611-613
Escontra, Blas, (*ingeniero*), 855
Escudero, Lino, (*huertista*), 109-111
Esparza, Felipe, 53
Esparza Oteo, José, (*compositor*), 325, 327, 734, 808
Espinosa, (*diputado*), 282
Espinosa, Daniel, (*teniente revolucionario*), 77
Espinosa, Francisco, 162
Espinosa de los Monteros, Samuel, doctor, 817
Espinosa Mireles, Gustavo, (*secretario*), 192
Espinosa y Cuevas, José María, (*porfirista*), 50, 55, 808, 855
Espinosa Yglesias Manuel, (*industrial*), 533
Esponda, Juan, (*diputado*), 646

Esther, 63
Estrada, Agustín, (*general revolucionario*), 123, 131-132
Estrada, Enrique, (*constitucionalista*), 123, 131, 259, 265-266, 268, 270-272, 276, 372, 445, 466, 653, 692, 785, 787-789, 793, 841
Estrada, Luis Esther, (*senador*), 290
Estrada, Roque, (*licenciado*), 810
Estrada Cabrera, Manuel, (*dictador de Guatemala*), 91
Estrada Cajigal, Vicente, (*gobernador de Morelos*), 460, 484, 503-504
Estrada Verg, (*presidente de la Compañía, Telefónica de México*), 433
Eva, (*la primera mujer*), 239

F

Fabela, (*villista*), 185
Fabela, Isidro, (*gobernador del Edo. de México*), 241, 752-753, 775, 826, 836
Fábregas, (*capitán*), 156
Fallito, 58
Federico *el Grande*, (*rey de Prusia*), 352
Felipe de Jesús, San, 503
Fleishman, Herman H., 231
Fleishman, Herman H., junior, 231, 901, 903, 905
Flogio Miramontes, Fernando, 835
Flores, Adolfo, (*porfirista*), 45-46
Flores, Angel, (*general*), 290, 580
Flores, Daniel, 449-451
Flores, Urbano, (*carrancista*), 376-377
Flores Magón, Hermanos, (*liberales*), 195, 255, 914
Flores Muñoz, Gilberto, (*gobernador de San Luis Potosí*), 614, 656-657, 728, 758, 766-768, 770, 772, 776, 886-888, 908-910
Fernández, Limbania, (*esposa de Samuel M. Santos*), 164
Fernández Esperón, Ignacio, *Tata Nacho*, (*compositor*), 325, 327, 532, 734, 808
Fernández Manero, Víctor, (*gobernador de Tabasco*), 354, 375, 745
Fernández Martínez, Enrique, (*diputado*), 450, 493, 499, 760-761
Ferreira, J. Jesús, (*general*), 330-331
Ferreiro, (*mayor porfirista*), 38
Ferrer y Tovar, Tito, (*porfirista*), 38
Ferretis, Jorge, 906-908, 913, 915
Ferro, 824
Figueroa, (*doctor*), 587
Figueroa, Ambrosio, (*general maderista*), 547
Figueroa, Andrés, (*ministro de Guerra*), 380, 385, 430, 531, 547, 582-588, 603
Figueroa, Francisco, (*gobernador de Guerrero*), 271-272
Figueroa, Rómulo, (*general*), 216, 271-272, 274, 372, 547, 582
Fierro, Rodolfo, (*villista*), 216
Francis, (*gobernanta*), 546, 553, 555, 563, 565, 567
Fraga, Manuel, (*diputado*), 243
Francia, (*doctor, dictador del Paraguay*), 890
Francisca, (*nana de Gonzalo N. Santos*), 911
Francisco de Asís, San, 511, 592
Franco, Mercedes, (*cocinera de Gonzalo N. Santos*), 758
Frías, Alfonso, (*coronel*), 274, 277-278
Frías, Genaro B., (*teniente huertista*), 77
Fuentes D., Alberto, (*gobernador de Aguascalientes*), 806, 810
Fusco, Antonio, 409
Fusco, Ramón, (*ingeniero*), 199, 409, 660-661

G

Gabay, Pedro, (*general*), 373
Galán, (*coronel*), 252
Galdina, Doña, 26
Galindo, Agustín, (*general*), 825-826
Galván, (*duque*), 312
Galván, Jesús, (*capitán*), 87
Galván, Narciso, 263
Gallegos, (*general obregonista*), 308-309, 311
Gamboa, Pascasio, (*presidente del PRI*), 844, 861
Gámiz, Gabriel, (*escritor*), 193
Gándara, María de, 845
Gandhi, Mahatma, (*político indio*), 417, 856
Gaona, Rodolfo, 342, 410, 428, 680-681, 736

Gárate, Raúl, 104, 214, 219-220, 766, 806, 837, 888
Garatuza, Martín, 455
García, (*licenciado, intérprete*), 749
García, Antonino M., (*licenciado*), 117, 142, 204, 234, 237, 277, 281-282, 567, 776-777, 855
García, Cristóbal, 23
García, Chago, (*presidente del Casino*), 190
García, Esteban, 666, 668, 731, 733
García, Feliciano, (*coronel*), 395
García, Gertrudiz, (*teniente coronel*), 260-261
García, Gilberto, (*senador*), 646
García, Gina, 758
García, León, 257, 281, 375, 467, 665, 728, 758, 766-768, 770-772, 776, 837
García, Macedonio, 23, 84
García, Pedro R., (*capitán maderista*), 53
García, Ruperto, 597, 901
García, Silvino M., 89-90
García Barragán, Marcelino, (*general*), 688
García Carranza, Francisco, 289-290, 292
García Correa, Bartolomé, (*senador*), 288-289, 333
García de Alba, Esteban, (*diputado*), 460-461
García, Lugo, (*huertista*), 86, 669
García Naranjo, Nemesio, (*licenciado*), 345, 603-604, 678, 687, 753, 829, 838
García Pedraza, (*coronel*), 608
García Rubio, Isauro, (*chofer*), 518-519
García Téllez, Ignacio, (*senador*), 510
García Vigil, Manuel, (*coronel*), 155, 158, 163, 168, 260, 265-266, 372, 476, 638
García Zamora, (*mayor*), 608
Garfias, Antonio, 854
Garmendia, Gustavo, (*diputado*), 63-64
Garrido Canaval, Tomás, (*gobernador de Tabasco*), 289, 331, 350, 353, 415-423, 444, 509, 511, 531
Garizurieta, César, (*licenciado*), 326
Garza, Arturo V. de la, (*licenciado*), 49, 880
Garza, Fernando de la, (*jefe de Servicios Secretos*), 327-328, 351, 395, 433-434, 445, 678, 729-730, 732-733, 748-749
Garza, Fidel, (*coronel*), 390, 709, 789-790, 792, 800, 865
Garza, Jesús M., (*obregonista*), 209, 211-213
Garza, Morena Salinas de la, 880
Garza, Jaime, 879
Garza, Jesús de la, (*general*), 746, 753
Garza, Pablo A. de la, (*general*), 119-120
Garza Mar, (*profesora*), 701-702
Garza Ríos, Alfredo, 879-880
Garza Ríos, Anastasio, 880
Garza Tijerina, José, (*diputado*), 476-477, 649
Garza Zamora, Manuel, (*senador*), 572, 666, 668, 733
Garza Zamora, Tiburcio, (*general*), 733, 806
Gaulle, Charles de, (*presidente de Francia*), 530
Gavira, Gabriel, (*gobernador de San Luis Potosí*), 164-166, 172
Gaxiola, Ignacio, 293-294, 316, 321
Gaxiola, Radamés, 751
Gelacio, 497
Gerardo, Pascual, 615-619, 627
Gestas 106, 376
Gil, Hermanos, 408
Gil Preciado, Aída Elizondo de, 907
Gil Preciado, Juan, 370, 907
Godínez, (*compositor*), 808
Godínez, (*general*), 843
Goering, Hermann, Wilhelm, (*militar y político nazi*), 435
Gómez, Abundio, 280, 335, 355
Gómez, Arnulfo, general, 218-219, 221-223, 228, 382, 722, 800, 847
Gómez, Carmela, 758
Gómez, Félix U., (*general*), 168, 200, 309, 626
Gómez, Filiberto, (*gobernador del Edo. de México*), 280-282, 286, 295, 308, 322, 331, 333-335, 342, 355, 357, 415-416, 418-419, 422-423, 462-463, 485
Gómez, Ignacio, 287
Gómez, Manuel, (*capitán*), 800
Gómez, Margarito, 335
Gómez, Marte R., (*ingeniero*), 333, 345-346, 448-449, 487-488, 501, 509, 544, 628-633, 636, 746, 757, 821

Gómez, Rodrigo, (*diputado*), 317
Gómez, Vicente, (*notario*), 205
Gómez Maganda, Alejandro, 895
Gómez Maqueo, Roberto, (*coronel villista*), 637-638, 710
Gómez Pedraza, (*coronel*), 806
Gómez Velasco, (*general*), 695
González, 280
González, (*novia de Plutarco E. Calles*), 343
González, Abraham, (*gobernador de Chihuahua*), 100, 883
González, Abraham, (*senador*), 622
González, Alejo C., (*obregonista*), 173, 670, 905
González, Aparicio, (*licenciado*), 798
González, Arnulfo, 224
González, Aurelio, (*porfirista*), 783
González, Braulio, 251
González, Félix, (*secretario*), 194
González, Francisco, (*mayor*), 85, 88, 162, 188-189, 414, 669, 674
González, Gonzalo, 293, 317
González, Gustavo, 93, 904
González, José, 134
González, Lucas, 218-223, 226
González, *Manco*, 87
González, Marciano, (*general*), 775, 806
González, Mauricio, 176, 181, 183-184, 190
González, Neftalí, 134
González, Nicolás, 711
González, Pedro Pablo, (*licenciado*), 778
González, Pablo, (*mayor*), 82, 90-91, 98-99, 101, 117, 119-121, 123, 139, 146, 153, 155-156, 158, 160-161, 170-171, 208, 216-222, 226-229, 231, 382, 638-640, 703, 885, 914
González, Rosendo, 251
González, Soledad, (*secretaria*), 266, 283, 356, 375, 453, 495, 514, 519
González, Trinidad, 236-237
González, Valeriana Treviño de, 190
González, Vicente, (*general*), 704
González, Bustamante, Juan José, (*villista*), 162, 194
González Canabantes, Santiago, 883
González Casanova, Santiago, 100
González Cossío, Ramón, (*notario*), 713, 720-722
González Cuéllar, Gabriel, 183, 637
González Gallo, Jesús, (*senador*), 427, 577-578, 646, 648, 653-655, 673, 689, 792, 794, 862
González Hinojosa, Manuel, (*panista*), 783-784
González Madrid, *el Ronco*, 285-286
González Ortega, Jesús, (*general*), 506
González Villarreal, Francisco, (*general*), 696
Gonzalo, (*subtesorero*), 579
Gordoa, Felipe, (*diputado*), 243
Gorordo, (*novia de Gonzalo N. Santos*), 343
Gorostieta, (*general*), 380
Gorozabe, José, (*pelaecista*), 247-250, 253
Graciela, (*prostituta*), 479
Green, Mister, (*gerente de Petroleum Co.*), 161, 204, 216
Green, (*senador de Estados Unidos*), 737
Guadalupe, (*capitán*), 615, 619-620
Guajardo, Jesús, (*asesino de Zapata*), 222, 228, 426
Gudiño, Manuel R., (*senador*), 768
Guerra, Alfonso, (*embajador*), 542, 565
Guerra, Juan N., (*mayor*), 85, 88, 92, 168
Guerra, Miguel, (*español*), 865
Guerra Alvarado, José, 463-464, 466-467
Guerrero, (*diputado*), 285
Guerrero, Anacleto, (*gobernador de Nuevo León*), 648, 666, 670,837, 881, 897-898
Guerrero, Antonio, (*gobernador de Nuevo León*), 278, 676
Guerrero, Federico, (*aristócrata*), 233, 599
Guerrero, Gilberto, 78
Guerrero, Jesús, 78
Guerrero, Pablo, 78, 83
Guerrero, Silvestre, (*senador*), 510
Guerrero, Vicente, (*presidente de México*), 191
Guerrero Briones, (*licenciado*), 771
Guerrero Briones, Javier, (*sacerdote*), 771
Guevara, Ernesto, *Che*, (*guerrillero argentino*), 426
Guevara, Gabriel, (*general*), 648
Guizar, 287
Gurrola, 840

Gurza, Señora de, 551-552
Gurza, (*secretario*), 550-552, 564-565
Gutiérrez, Eulalio, (*presidente de México*), 55-57, 98-99, 104, 114, 116, 118, 121-126, 131-132, 140-142, 144-145, 150-151, 192, 268, 395, 557
Gutiérrez Hermenegildo, (*español*), 605, 607
Gutiérrez, Hermenegildo, (*hijo*), 607
Gutiérrez, Juan, 901-902
Gutiérrez, Luis, (*general*), 192, 268
Gutiérrez Santos, Daniel, (*jefe de Policía del D.F.*), 843
Guzmán, Ciriaco, 231, 233, 246
Guzmán, Joaquín, (*padre*), 632-633, 635
Guzmán, Joaquín, 630, 632-633, 635
Guzmán Willis, Carlos, 408
Guzmán Willis, Manuel, 408

H

Habsburgo, Carlota de, 469-470, 663, 693
Hai, Eduardo, (*cónsul*), 532, 536, 544
Hambriado, el, 701, 703
Hasmick, 545
Helguero, Francisco, 282
Heller, Krum, (*doctor*), 90
Herníquez Guzmán, Jorge, 704
Henríquez Guzmán, Miguel, 703-707, 837, 844, 892-893
Herzog, Señora, 166
Hermosillo, Luis M., (*orozquista*), 179, 184
Hernández, Amalia, (*artista*), 133
Hernández, Arnulfo, (*general*), 133, 611
Hernández, Bernabé, (*el Chato*), 372-373, 442
Hernández, Conrado, (*villista*), 152
Hernández, Eduardo, 184
Hernández, Horacio, 176
Hernández, Lindoro, (*general*), 170, 379
Hernández Lamberto, (*jefe del Departamento Central del D.F.*), 133
Hernández, Rosalío, (*general*), 162, 670
Hernández, Tirso, (*capitán*), 133
Hernández Barragán, Jacinto, 409
Hernández Bermúdez, 895-897
Hernández Camargo, José, (*general*), 117, 142, 144
Hernández Cházaro, Eduardo, 342, 351, 354-355, 376, 392, 397-399, 402, 412, 419, 422-423, 428, 431, 443-444, 446, 448-449, 452-453, 455-457, 458, 460, 463, 484-487, 491-492, 496, 869
Hernández Godínez, Ramón, 795-797, 805, 807-809, 811, 814
Hernández Guevara, Santos, (*director del Instituto Morelos*), 47-49, 63-64
Hernández Netro, Mateo, (*gobernador de San Luis Potosí*), 619, 624-626, 765
Hernández y Hernández, Agustín, (*huertista*), 123-124, 126
Heros, Blas, 854, 856
Herrera, Estuardo H., 218, 409
Herrera, Filiberto, 782, 854
Herrera, Maclovio, (*general*), 192, 195, 390
Herrera y Lasso, Manuel, (*panista*), 846, 848-852, 854-858
Herrero, Rodolfo, 615, 806
Herriot, Edouard, (*primer ministro francés*), 514, 533-534, 849
Hey, Eduardo, 912
Hidalgo, Francisco, (*el Llorón, escultor*), 812-813, 851, 853-854
Hidalgo, José, 851, 853
Hidalgo y Costilla, Miguel, (*iniciador de la Independencia de México*), 144, 309, 734, 739, 742, 748-749, 771
Hill, Benjamín G., (*general*), 99, 102, 207, 225, 260, 585, 912
Hindenburg, Paul Ludwig Hans von Beneckendorf von, (*presidente de Alemania*), 529, 542
Hinojosa, Diego Alonso, (*cajero*), 277 282, 409
Hinojosa, Tomás, 408
Hitler, Adolfo, (*jefe del Tercer Reich*), 18, 209, 529, 542, 561, 661, 751
Hoffman, 514, 530, 532, 537
Hoover, Herbert C., (*presidente de Estados Unidos*), 445
Horta, Manuel, 238-240
Hoysman, 849
Huerta, Adolfo de la, (*presidente de México*), 216, 221, 225, 228, 238, 242, 254, 256-257, 260, 263-266, 285, 287, 289, 296, 310, 313, 315, 347, 372, 411, 506, 611, 640, 704, 858
Huerta, Victoriano, (*presidente de México*), 60, 65, 67-68, 87, 92-93, 100, 108, 111, 115, 118, 124,

129-130, 145, 151-152, 157, 159, 162, 164-165, 167, 169, 202, 233, 250, 280, 332, 335, 373, 400, 440-441, 447, 474, 475, 486, 585, 604, 622, 626, 656, 659, 663, 669, 703, 706, 709-710, 728, 741, 752-753, 838, 858, 885, 889, 892, 915
Hugo, Víctor, (*escritor francés*), 437
Hulla, 545, 565
Huits, Mister, (*candidato a la presidencia de Estados Unidos*), 197
Hurtado, Clarita, (*secretaria*), 498
Hurtado, Elías F., (*diputado*), 498

I

Ibarra, Juan, (*jefe de policía*), 278
Iglesias, José María, 506
Infante, (*restaurantero*), 875
Iscariote, Judas, 67, 102, 263, 363, 603
Islas Bravo, Antonio, (*diputado*), 318, 522
Iturbe, Ramón F., (*gobernador de Sinaloa*), 806
Iturbidé, Agustín de, (*autoproclamado emperador de México*), 14, 191, 284, 306, 785
Iturbide, Eduardo, (*gobernador del D.F.*), 786
Izaguirre, Jesús M., 892
Izaguirre, Lauro, (*cónsul*), 432
Izaguirre, Pedro, 661
Izaguirre Bustamante, Manuel, (*doctor*), 137
Izquierdo, Francisco, 909
Izquierdo Vivanco, Cipriano, (*coronel*), 841-842

J

Jaimes, Juan, teniente (*coronel*), 323
Jara, Heriberto, (*mayor*), 79, 286, 477, 665, 688, 710, 712-713, 716, 722, 789, 888-889
Jauja, el, 280
Jencho, (*la Güera*), 282
Jencho, Enrique, 282, 303
Jerónimo, (*indio*), 116
Jerónimo Bonaparte, (*hermano de Napoléon*), 530
Jiménez, 381
Jiménez, (*sacerdote*), 329, 331
Jiménez, Eugenio, (*senador*), 611
Jiménez Delgado, Ramón, (*coronel*), 759-760, 768-770
Jiménez Méndez, Juan, 90, 775
Johns, Mister, (*jefe del FBI*), 740-742
Johnson, Lyndon B., (*presidente de Estados Unidos*), 736-737
Jonguitud, Atanasio, 246-251
Jonguitud, Cristóbal, (*huertista*), 95
Jonguitud, Gabriel, 115
Jonguitud, Jesús, 234, 236, 238, 250-251
Jonguitud, Leobardo, (*huertista*), 95, 115, 123
Jonguitud, Tula, 22, 25-26
Jonguitud Barrios, Carlos, 251
Jorge V, (*rey de Inglaterra*), 534
Jorge VI, (*rey de Inglaterra*), 528
Juárez, Antonio, (*mayor, ayudante de Calles*), 308, 374, 427-429, 431, 433, 495
Juárez, Benito, (*presidente de México*), 18, 140, 145, 205, 432, 439, 506, 894-895, 900, 908-909
Juan, (*sirviente de Cedillo*), 604, 618
Juan Tenorio, Don, (*personaje literario*), 543
Julio, 790
Julio X, (*intérprete*), 552
Jurado Fiel, (*senador*), 425

K

Kaganovich, Lazar, (*político ruso revolucionario*), 552, 558
Kamenev, Lev Borisovich, (*político bolchevique ruso*), 558-560
Kelly, Samuel, 93, 904
Kemal Atatürk, (*presidente de Turquía*), 540
Kleberg, Henriete, 735
Kleberg, Richard, (*diputado estadounidense*), 732-733, 735-739
Kleberg, Robert, 735
Kleberg, Mrs. Sara, 739
Kollontai, Alexandra, (*revolucionaria, diplomática y escritora rusa*), 548, 552-553, 558
Kruguer, (*general estadounidense*), 748

L

Labastida y Peña, Manuel, 854-855
Laborde, Hernán P., (*diputado*), 375-376, 509, 595, 677
Labra, Wenceslao, (*diputado*), 493, 649, 665, 746, 835-836
Lachica, Federico, 501
Lafont, Julián B., 393, 623, 657, 709, 724, 737, 745
Lagarde Vigil, Fernando, (*secretario de Gonzalo N. Santos*), 526-527, 529-530, 537, 539-540
Lama de la, 892
Lanz Duret, Manuel, (*licenciado*), 904, 906
Lárraga, (*el Patán, huertista*), 76
Lárraga, Leopoldo, (*coronel*), 32-33, 72, 108, 199-200
Lárraga, Lucio M., (*coronel*), 234, 238, 240, 243, 245, 251, 253, 259, 264, 380-381, 401
Lárraga, Manuel C., (*general*), 32, 80, 108, 119-121, 130-131, 144, 151-152, 155-156, 159-160, 197, 199-200, 218, 229-230, 245, 268-270, 598-599, 637-640, 662
Lárraga, Manuela Orta viuda de, 229
Lárraga, Marcial, 245
Lascuráin, Pedro, 663, 710
Lastra, Agapito, (*coronel obregonista*), 212, 217-219, 221-222
Lavanzat, Lolo, (José Dolores), (*ayudante de Gonzalo N. Santos*), 324, 326, 338
Lavín, (*gobernador interino de Guerrero*), 271-274
Leal, Gregoria, (*cocinera de Gonzalo N. Santos*), 758
Leal, Ignacio, (*general*), 666-667, 669 676
Lecona, Noé, (*senador*), 648
Ledezma, Juan, (*mayor*), 207, 218
Legía, (*dictador chileno*), 533
Lemus, (*teniente federal*), 69, 151
Lenin, Vladimir Ilich Ulianov, (*estadista ruso*), 558-560, 562
Leñero, Agustín, (*licenciado*), 445, 514
León, Luis L., (*diputado*), 266-268, 285, 295, 297, 306, 311, 321, 330-331, 333, 336-338, 340-343, 345-349, 353-358, 360, 371-374, 392, 394, 400-406, 412-413, 415-420, 422-423, 425, 427-428, 435-436, 444, 448, 458, 461-463, 476-477, 482, 490, 492-494, 497-505, 510, 513, 515, 518, 522, 574, 589-590, 592, 867-869
León, Manuel de, (*diputado porfirista*), 39
León, Martín de, (*coronel*), 185, 409
León de la Barra, Francisco, 838
León Peña, Salvador, 384-385
León Toral, José de, (*presunto asesino de Alvaro Obregón*), 329, 331, 336-337, 411, 449, 522
Leonarda, 233-234
Leopoldo II, (*rey de Bélgica*), 538
Leopoldo III, (*rey de Bélgica*), 528-529, 548
Lerdo de Tejada, Miguel, 288, 298, 325, 327, 399, 734, 748, 808
Lerdo de Tejada, Sebastián, (*presidente interino de México*), 18, 506, 856
Leyva Velázquez, Gabriel, (*coronel*), 268, 653
Liera, Guillermo, (*ingeniero*), 689-691, 694
Lilia, 545
Lima, Salustio, 178
Limantour, José Ives, 55
Limón, Gilberto R., (*general*), 378, 381, 383, 863
Lindbergh, Charles A., (*aviador estadounidense*), 449
Loaíza, Rodolfo T., (*senador*), 509, 646, 689-691, 694
Loken, Mauricio, 891
Loken, Rafael, 891
Lombardo Toledano, Vicente, (*líder cetemista*), 293, 306-307, 314, 317-318, 584, 595, 603, 663-665, 679-681, 689, 708, 712, 755
Lomelí, José, (*panista*), 782-783
Lona, (*agente de Ferrocarriles Nacionales de México en Nueva York*), 433
Loor, Ruth de, (*prostituta*), 478-482
Loret de Mola, Carlos, (*periodista y político*), 355, 398, 410
López, (*el Chato*), 841
López, Anacleto, 381, 383
López, Aniano, (*carnicero*), 41-42
López, Ernesto, (*ayudante de Gonzalo N. Santos*), 278, 338, 478-479

López, Eugenio, (*mayor*), 85, 99, 168
López, Mariano Gerardo, 912
López Martín, (*villista*), 177-178
López, Pablo, (*villista*), 484
López Contreras, Alfredo, 758
López Cortés, Francisco, 293, 317, 509, 681
López de Lara, César, 86, 92-93, 107, 112, 117, 121, 161, 192, 206-207, 217, 337, 395, 682
López Flores, Tomás, (*licenciado*), 781
López Iglesias, José, (*mayor*), 207, 324-326, 342, 393, 623, 728
López Mateos, Adolfo, (*presidente de México*), 165, 699, 863, 910-917
López Mateos, Eva Sámano de, 916
López Ortiz, Mariano, (*general*), 117, 883
López Padilla, Venecio, (*general*), 648, 721-722, 724-726, 837
López Portillo, (*juez militar*), 215
López Quintanilla, Ernesto, (*capitán*), 324-326, 342, 393, 403
López Sánchez, Raúl, (*gobernador de Coahuila*), 882-883
Lorenza, 233-234
Loyo, Rodrigo de, 724
Lozada, (*cónsul*), 537
Lozano, Ismael, (*diputado*), 493, 499
Lubiano, Daniel, 542
Lubian, Daniel, (*bandido revolucionario*), 78
Lucero, Horacio, (*general*), 207, 212, 229, 232-236, 238, 710
Lugo, (*coronel*), 134-137
Luis XIV, (*rey de Francia*), 437, 438

LL

Llano, Rodrigo del, (*jefe de redacción de Excélsior*), 301
Llerena, (*teniente porfirista*), 5
Llorente, 428-429

M

Mac Arthur, Douglas, (*general estadounidense*), 750
Macbeth, Lady, (*personaje literario*), 875
Macías, Anselmo, (*general*), 648
Macías, Gabriel, (*periodista*), 243, 255-256
Macías, Juan Pablo, (*general*), 268, 648
Maciel, Agustín, (*gobernador de Campeche*), 88
Maclovia, (*cocinera*), 209
Machado, (*general cubano*), 474
Madero, Emilio, (*general*), 663, 709-710, 775, 806, 810, 837
Madero, Francisco I., (*presidente de México*), 15, 31-33, 35-36, 38-39, 44, 45-46, 49-59, 60, 63-65, 67, 69, 78, 102, 108, 112, 114-115, 117, 120, 124, 126-127, 129, 131, 133-134, 164, 166, 175, 180, 191, 193, 223, 254, 286, 340, 352, 400, 410, 439-441, 445, 447, 474, 516, 527, 534, 591, 626, 655, 663, 706-707, 710, 721, 751-752, 796, 810, 816-817, 829, 831, 838, 840, 853, 856, 858, 883, 914
Madero, Gustavo A., 63, 65-66, 141, 164, 193, 283, 340, 347, 534, 584, 707, 829, 831
Madero, Raúl, (*general*), 114, 162-163, 395, 670, 775, 806, 810, 837
Madrigal, Jesús, 728, 758
Magaña, Gildardo, (*gobernador de Michoacán*), 583-584, 600-601, 603, 656
Maicott, Fortunato, (*general*), 216, 265-266, 363, 368, 372
Maldonado, Porfirio, (*maderista*), 50-51
Maldonado, Víctor Alfonso, (*diputado*), 547, 611, 719
Manolo, (*restaurantero*), 644
Manrique, Aurelio, (*obregonista*), 97, 209-211, 213-214, 221, 232, 241, 255-257, 259-264, 266-267, 277, 282, 294, 297, 302-305, 315, 318, 332, 344-345, 363-364, 467
Manríquez, (*gobernador de San Luis Potosí*), 135
Manuela, (*mujer de Gonzalo N. Santos*), 137
Manzanero, (*maitre*), 325
Manzo, Francisco R., (*general*), 275-276, 313, 330-331, 333, 363, 372, 691, 694, 867
Maples Arce, (*secretario de Gonzalo N. Santos*), 544
Maquiavelo, Nicolás, (*político y escritor italiano*), 320

Marcha, Pío, 306
Margáin, Luis, (*diputado porfirista*), 61, 63-64
María, (*reina de Dinamarca*), 550-551
María Luisa, 107
Mariel, Blas, 77
Mariel, Francisco de P., 33, 44, 46, 56, 77, 79-80, 85, 88, 101, 114, 117, 121, 155-159, 161, 163, 171-172, 175, 190-191, 219, 227, 452, 554, 637, 884-885
Mariel, Nicolás de P., (*maderista*), 33, 77
Marín, (*comandante*), 734, 748-749
Márquez, Homobono, (*chofer*), 294
Márquez, Leonardo, 130, 308, 705
Márquez, Luis, (*diputado*), 414
Marrero, Juan Pablo, (*general obregonista*), 168-171
Martell, Crisóforo, (*porfirista*), 19, 25, 33, 75-76
Martell, Jesús,(*porfirista*), 18-19, 25, 75-76, 111, 258
Martí, (*doctor*), 854
Martí, Arturo, 854
Martí, Arturo, (*porfirista*), 67
Martín Angel, (*maderista*), 31, 73, 75 160
Martínez, (*almazanista*), 726
Martínez, 355, 399
Martínez, (*coronel porfirista*), 190
Martínez, (*el Grandote, capitán*), 853
Martínez, Cipriano, 393, 597 623-624, 628, 813
Martínez, Concepción, (*artista*), 835
Martínez, Eladio, 160
Martínez, Eugenio, (*general*), 318-319, 322
Martínez, Gabriel, (*profesor*), 243
Martínez, Ignacio, (*general*), 295
Martínez, Jerjes, (*coronel*), 300-301, 439
Martínez, León, (*coronel*), 158-159, 213, 270, 637
Martínez, Miguel Z., (*general*), 663, 666-667, 669, 676, 711-712, 714-717, 722, 766
Martínez, Severino, 225
Martínez, Teodoro, (*Tololo*), 408
Martínez Escobar, Rafael, (*diputado*), 210-211, 213, 222
Martínez Macías, Ernesto, (*diputado*), 242
Martínez Noriega, 803-805
Martínez Noriega, Pedro, (*doctor*), 803, 805
Martínez Rojas, Francisco, (*obregonista*), 206-207, 222
Martínez de la Vega, Francisco, (*gobernador de San Luis Potosí, escritor*), 164, 767-768, 770, 772, 776, 793, 817-818, 863, 910
Martínez Vértiz, Luis, 385
Marroquín, (*el Negro*), 77
Mass, Joaquín, 473-474
Matienso, Antonio, 408
Maverick, Maurice, (*diputado estadounidense*), 729-733, 737-740, 742
Maximiliano de Habsburgo, Fernando José, (*archiduque de Austria y emperador de México*), 15, 18, 81, 467, 663, 677, 693, 771
Mayés, Navarro, Antonio, (*diputado*), 444, 510, 514
Maytorena, José María 580
Mazo, Alfredo del, 910
Mazo, Benigno, (*huertista*), 96
Mead, Edgardo, 760, 799, 854
Mead, Federico, 854
Medellín, (*el Mechudo*), 233
Medellín, Telésforo, 233
Medellín Reyes, 232-233
Medina, (*general*), 467
Medina, Antonio, (*general revolucionario*), 115
Medina, Antonio, (*huertista*), 115, 683
Medina, Arturo, 906
Medina, Elías, 236-237
Medina, Federico, 35, 45, 115
Medina, Francisco, 236-237
Medina, Inocencio, (*general*), 630-631 642
Medina, José María, 236-237
Medina, Lidio, 236-237
Medina, Luciano, 236-237
Medina Barrón, Luis, (*general porfirista y huertista*), 471-473
Medina Veytia, Miguel, (*general*), 589-590
Medrano V., Federico, (*diputado*), 292-293, 384, 453-458, 577-579
Mejía, Tomás, 42
Meléndrez, Brígido, 247-248, 250
Melesio, 790-791
Melesio, (*rebelde revolucionario*), 233-234

Melgar, Rafael, 289, 379, 296, 423, 455, 493, 499, 510, 570, 874
Meléndez, Enrique, (*teniente coronel*), 380, 385
Mena, Jesús, 790
Méndez, Cidronio (*general carrancista*), 193
Méndez, Juan José, (*delahuertista*), 256, 261
Méndez, Pedro José, (*liberal*), 148, 205
Mendívil, Lorenzo, 596
Mendoza, (*sargento*), 105-106
Mendoza, Camerino Z., 916
Mendoza, Pedro Angel, (*ayudante de Gonzalo N. Santos*), 327-328, 381, 385, 691, 776, 780, 847
Mendoza, Santana, (*maderista*), 43
Mendoza González, (*licenciado, ministro de gobernación*), 384, 455
Menéndez, Miguel Angel, (*periodista*), 419-420, 422-426
Meraz, Procopio, (*huertista*), 88
Mercado, Gonzalo, (*senador*), 577, 579-580
Merla, Pedro, (*diputado*), 282
Miguel Alejandrovich, (*duque ruso*), 556
Mikara, (*cardenal monseñor*), 533-534
Mijares Palencia, José, (*gobernador de Puebla*), 525, 663, 728, 733-734
Millán, Agustín, (*mayor*), 109-110
Millán, Tomás, (*mayor*), 79, 184
Miramón, Miguel, (*presidente de México*), 121, 364, 378, 604, 615, 686, 846-847
Miramontes, Alfonso, 780, 854
Miranda, Eladio, 90
Miranda, Vicente, 521
Miranda Fonseca, Donato, 177, 916
Moctezuma, Fernando, (*senador*), 491, 850-851, 854, 869, 873-875, 913
Moctezuma, Pedro, (*canónigo*), 771, 801, 846
Modesto Ramírez, Francisco, (*licenciado*), 766
Moisés, (*profeta hebreo*), 154
Molinar Savoney, Miguel, (*general*), 841-843, 852-853
Mónaco, (*príncipe de*), 529
Monsiváis, (*sastre*), 53
Montalbán, Celia, (*artista*), 532
Monteagudo, 106
Montejano, (*sacerdote*), 771-772
Montes, Federico, (*coronel*), 120, 225, 227, 368
Montes de Oca, David, (*el Hermano Meco, diputado*), 334-335, 337-341, 351, 457, 493
Montes de Oca, Luis, (*ministro de Hacienda*), 375, 471, 475, 483-484
Montoya, Gonzalo, (*obregonista*), 211
Montoya, Pedro, 33, 43-46, 50, 52-56, 65-67, 136, 147-148, 211
Monty Mike, (*bandido estadounidense*), 244-245, 252-253
Mora, Ignacio de la, (*gobernador de Jalisco*), 376, 455, 458-461, 483
Mora, Odilón de la, 355, 399, 460
Mora Tovar, (*diputado*), 573
Morales, (*coronel villista*), 640-641
Morales, Familia, 891
Morales, Agustín, (*maderista*), 45
Morales, Francisco, 236-237
Morales, Genaro, (*licenciado*), 547
Morales, Ignacio, (*maderista*), 45, 237, 258, 263, 913
Morales, Othón, (*maderista*), 45
Morales, Salomón, (*maderista*), 45, 236-237
Morán, Eugenio, (*comerciante*), 234
Morán, Gregorio, (*huertista*), 73, 75
Morelos Zaragoza, Ignacio, (*general federal*), 626
Moreno, Mario, (*Cantinflas*), 835-836
Moreno Torres, Manuel, (*ingeniero*), 399-411
Moreno Valle, Rafael, (*doctor*), 899
Mori, (*capitán*), 700
Morín, Freisinier, 319, 339-340, 376
Morones, Luis N., 257, 259, 283-286, 291, 293, 295, 297-298, 306, 308, 314-315, 317-321, 323, 329, 331-332, 345, 425, 498, 574, 589-590, 592, 664, 893
Morones Prieto, Ignacio, (*gobernador de Nuevo León*), 127, 399, 760, 801, 806, 842, 874-875, 877-882, 894-895, 897-900, 908-912
Morrow Dwigit, 499-501
Moya, César Felipe, (*general*), 229-230
Mújica, Francisco J., (*gobernador de Michoacán*), 287, 477, 570, 572-573, 575-576, 578, 581-582, 584, 586, 588, 592-594, 598, 602-603, 646-649, 656, 810, 892

Muñoz, Feliciano, (*teniente*), 270
Muñoz, Lorenzo, (*general*), 767, 784
Murguía, Francisco, (*carrancista*), 15, 90, 163, 172, 183-187, 207, 209-210, 214, 219, 227, 582, 888
Muriel, (*los aristócratas porfiristas*), 52-53, 254
Mussolini, Benito, (*estadista italiano fascista*), 561, 751
Mustieles, Agustín, 683, 689, 700
Myrna, (*hija de Cecilio Ocón*), 829

N

Nafarrate, Emiliano P., (*coronel revolucionario*), 85-89, 92-93, 99, 117, 134, 162-163, 168, 217
Nájera, (*gobernador de Durango*), 290, 302
Nájera, Crisóstomo, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 38-39, 85, 88, 109, 111, 116-117, 125-126, 129, 132, 140, 147-149
Napoleón Bonaparte, (*emperador de Francia*), 46, 163, 172, 174, 190, 530
Narciso, (*personaje mitológico*), 337
Natera, Pánfilo, 114, 677, 766, 775, 806, 837
Nathan, (*madame, diseñadora*), 526, 528
Nava, Familia, 914
Nava, (*doctor*), 164
Nava, Manuel, (*diputado*), 243, 915
Navarrete, Miguel M., 90
Navarro, Cándido, (*maderista*), 47
Navarro, Paulino, (*obregonista*), 218, 221-222
Navarro, Ponciano, (*indio pame maderista*), 33
Navarro Cortina, Rafael, (*general*), 592
Nelson, Guillermo, (*general*), 299-300
Negra, la, (*sirvienta*), 446, 702
Negresco, Antonio, (*restaurantero*), 825
Nésbit, Guillermo, (*seudónimo de Pedro Antonio Santos*), 39
Netro, Hernán, (*gobernador de San Luis Potosí*), 547
Nicolás II Romanof, (*último zar de Rusia*), 531, 542, 557
Nieto, (*la Chata*), 907
Nieto, Pascual, (*maderista*), 46
Nieto, Rafael, 45-46, 201, 222, 225-226, 228, 231, 238, 241, 253-256, 259-262, 303, 785, 805
Nixon, Richard, (*presidente de Estados Unidos*), 498
Novelo, José Inés, (*maderista y obregonista*), 207-208
Novoa, Gonzalo, (*general*), 116, 122-123
Novoa, Jesús, (*general*), 116, 122-123
Noyola, Francisco, (*licenciado*), 855
Noyola, Ignacio, (*senador*), 399
Noyola, Jesús, (*senador*), 127
Noyola, Luis, 776, 778-779, 792, 855-857, 859, 907
Nuncio, (*general*), 285
Núñez, José, (*general*), 573, 608, 622
Núñez, Manuel, (*general*), 546

O

Obregón, Alvaro, (*presidente de México*), 98-99, 101, 113-114, 144, 164-173, 180, 191-192, 197-198, 202, 204, 206-212, 214-219, 221-223, 226-228, 230-231, 233, 237, 242, 253-263, 266-268, 270-273, 275-277, 284, 290-291, 293-299, 302, 306-308, 311-323, 328-333, 335-336, 345, 347, 353, 361, 363, 373-374, 383, 411, 417, 427, 434, 440, 446-447, 450, 452, 461, 463, 467, 472, 474, 498, 500-502, 509-510, 527, 588, 591, 604, 617, 619, 623, 635, 650, 692, 695, 699, 718, 821, 827, 856, 862, 883, 892
Obregón, Mariquita de, (*esposa de Obregón*), 294, 313, 699
Obregón, Nicho, (*revolucionario*), 71-72
Obregón Santacilia, Carlos, 140, 142
Obregón Santacilia, Javier, (*arquitecto*), 140, 142
Ocampo, Crisóforo, (*general*), 272, 276
Ocejo, Aurelia, 44, 758
Ocón, Cecilio, 707, 828-832
Octaviano, (*conserje*), 775
Odriozola, Antonieta, 22, 43
O. Genovevo de la, (*zapatista*), 273

Ojeda, Carlos Darío, (*diputado*), 413
Ojeda Altamirano, Agustín, (*Mano Prieta*), 758, 781, 788, 790, 800, 804-805, 826-827, 840, 865
Olivares, Tomás, 160
Oliver, Carlos, 245, 251
Olivo, Higinio, (*revolucionario*), 78, 84 212, 733-734
Orozco, Carlos, (*general federal*), 207, 209-211, 218-221, 228
Orozco, David, (*diputado*), 356, 434-436, 455, 457, 460, 493, 702-703
Orozco, Elena de, 702
Orozco, Pascual, 129, 189, 373, 411, 741
Ortega, Magdalena Lomelí de, 446
Ortega, Melchor, 287, 289-290, 299, 301-302, 305-306, 320-321, 341, 346, 348-349, 365, 412, 419-420, 423-426, 445-447, 456, 457-458, 480, 492-493, 497-501, 502-505, 510-511, 513, 515, 517-518, 574, 589-592, 663, 728, 733-734, 837, 850, 869
Ortega, Romeo, 266
Ortiz, Eulogio, (*general*), 172, 176, 378, 381, 383, 443, 450-451, 478-481, 574, 587, 648-649, 660, 837, 880
Ortiz, Leopoldino J., (*licenciado*), 267, 567, 910
Ortiz Garza, Nazario, 290, 356, 400, 509, 787
Ortiz Rubio, Josefina Ortiz de, (*esposa de Pascual Ortiz Rubio*), 352-353, 411, 443
Ortiz Rubio, Pascual, (*presidente de México*), 121, 133, 144, 216, 298, 302, 305-306, 342, 347, 349-358, 368-373, 375-376, 384, 391-392, 395, 397-402, 404-410, 412-415, 418-425, 431, 435-436, 441-464, 467-469, 471-473, 474, 483-495, 497-499, 501, 515, 517, 560, 589, 604, 650, 653, 677, 701, 708, 798, 816, 867-869
Orzí, (*licenciado*), 323, 353
Osornio, Fidencio, 465-466, 468
Osornio, Saturnino, 380, 382, 463-468, 531, 557
Ostos, Alberto, 409
Otero, Ignacio, (*general*), 323
Oyarvide, Otoniel, (*maderista*), 66
Azoyo, Luis, (*general*), 846-847
Ozuna, Carlos, 163, 168, 176, 179-183, 198, 206, 208, 228, 637
Ozuna, Carlos Félix, 198-199, 227-228, 277, 282, 329, 350, 356-358, 375, 386, 509
Ozuna, Gregorio, (*gobernador de Tamaulipas*), 198, 210
Ozuna, Gregorio, (*vicepresidente de Mexicana de Aviación*), 198, 208, 227, 330

P

Padilla, Ezequiel, (*diputado*), 290, 292, 337-338, 417, 427, 510, 521-522, 571, 577-579, 593, 646, 648, 656, 660, 662, 666, 670, 679, 681-682, 685, 691, 752-753, 755-757, 766, 827, 837-838, 840, 845-846, 848, 850-852, 854-860
Padilla, Florencio R., (*licenciado*), 770
Padilla, Guadalupe, (*secretario municipal*), 234, 236, 238-239
Padilla Nervo, Luis, (*licenciado*), 897
Palacios, Antonio, (*general*), 79
Palavicini, Félix F., (*diputado*), 65, 507, 912
Palazuelos, Pedro, (*diputado*), 414, 451-452
Palomo, 196
Panchita, (*madre*), 805
Pani, Alberto J., 292, 307, 319, 484, 496-498, 500, 664
Pani, Arturo, (*cónsul*), 408
Papen, Franz von, (*estadista, diplomático y militar alemán nazi*), 541, 848
Parra Hernández Enrique, (*licenciado*), 863, 869-872, 875, 887-888, 895, 913
Parra Hernández, Mariano, 895
Parres, (*doctor*), 586
Pascualón, (*chofer*), 755
Pasquel, Hermanos, 905
Pasquel, Jorge, 395
Paz, Ventura, (*líder obrero*), 597
Pedro, (*el Pando*), 75, 542
Pedro, San, (*apóstol*), 146, 261, 508
Pedroza, (*sacerdote*), 380
Peláez, Manuel, (*general*), 198, 201, 208, 223, 225, 247

Peña, de la, (*coronel federal*), 113, 120
Peña León, Salvador, (*hacendado*), 284
Perches, (*general*), 134
Pérez, 67
Pérez, Eufresio, (*preso*), 44
Pérez, Eva, 107
Pérez, Urbano, (*diputado*), 242, 255, 782, 854
Pérez Cerillo, Nicolás, (*licenciado*), 776, 906, 908
Pérez Gallardo, Reynaldo, (*gobernador de San Luis Potosí*), 67, 657, 665, 758-760, 769, 778-779
Pérez Gil y Ortiz, José, (*diputado*), 351-353, 552, 569
Pérez Rulfo, David, (*diputado*), 657-658, 696, 711
Pérez Taylor, Rafael, (*periodista*), 506
Pérez Treviño, Esther de, 394, 412
Pérez Treviño, Manuel, (*general callista*), 216, 289-290, 299, 316, 330, 333, 337, 341-343, 348-349, 353-358, 362, 371-374, 392, 394, 400-406, 412-413, 414-419, 421-423, 425, 427-428, 430-436, 442-444, 447-448, 458, 476-477, 480-483, 489-501, 503-505, 509-511, 513-515, 518, 574, 589-590, 592, 653, 688, 867
Perkins, (*estadounidense*), 179
Perogordo, José, 846
Perón, Eva, (*esposa de Juan Domingo Perón, presidente de Argentina*), 905
Pershing, (*general estadounidense*), 187, 200, 294
Pesqueira, Alfonso, (*cónsul*), 436, 445-446, 701-702
Pesqueira, Roberto V., (*maderista*), 436, 701
Pétain, Henri Philippe, (*militar y político francés*), 530
Pétriz Toledo, Faustino, (*director del penal de San Luis Potosí*), 758, 788-789, 791, 800
Petroff, 552, 558, 562
Pier, Francisco, 409
Pier, Manuel, 409
Pier, Rogelio, 409
Pierard, (*líder minero socialista belga*), 514, 530, 894
Pimienta, Rafael, (*general*), 335, 707, 829
Pino Suárez, Jose María, (*escritor, periodista y político*), 35, 52, 59, 64, 100, 112, 124, 166, 175, 191, 335, 447, 534, 707, 829, 831, 883
Piña, (*mayor*), 891
Piña, Arturo, (*tahúr*), 280
Piña, Encarnación I., (*gobernador de San Luis Potosí*), 47
Piña, Nicanor, 108
Piña Soria, (*general*), 870-871
Pío Mendoza, (*diputado*), 243
Plancarte, Alfonso E., (*diputado*), 785 788
Platt y Llantada, Juan, 287-288
Plaza, Antonio, 895
Pliego, Jesús, (*hacendado porfirista*), 397
Poincaré, Raymond, (*presidente de Francia*), 514, 534, 849
Ponce, Alfredo, 325-326
Ponce, Juanita, 68-70
Ponce, Manuel M., 808
Ponce, Margarita, 199, 283
Ponzanelli, (*escultor*), 734-735, 739, 742
Portales, Arnulfo, 282
Portas, Antonio, (*general*), 79
Portes, Domingo, (*padre de Portes Gil*), 681
Portes Gil, Adela, viuda de, 912
Portes Gil, Emilio, (*presidente de México*), 135, 206-209, 211, 213, 263-265, 278, 283-285, 299-302, 311, 331, 333, 335-338, 340-341, 343, 345-346, 348, 359, 366, 371-373, 375, 385, 389-392, 394-396, 405-406, 412, 428, 441, 448-449, 463-464, 474-475, 477, 486-488, 499, 507, 510, 513, 515-517, 544, 572, 667, 670, 681, 692, 892, 912
Portilla, Manuel, 95
Pozos, Francisco, (*mayor revolucionario*), 127
Pozos, Modesto, (*cacique porfirista*), 38, 129-130
Prado, Rafael, (*teniente coronel*), 304, 668-669, 709
Prebe, (*coronel*), 425
Prieto, Carlos, (*maderista*), 131
Prieto, Ernesto, (*diputado*), 339, 493
Prieto Laurence, Antonio, 198
Prieto Laurence, Jorge, 198, 209-210,

225, 234, 237, 242, 256-259, 262-265
Pro Juárez, Humberto, 323, 695
Pro Juárez, Miguel Agustín, (*sacerdote*), 323, 695
Prometeo, (*personaje mitológico*), 437
Pué, Dulce, (*cuñada de Gonzalo N. Santos*), 523-524, 545-546
Pué, Lucille, (*cuñada de Gonzalo N. Santos*), 543
Pué, Mercedes Cavazos de, (*madre de Leola Pué de Santos*), 395
Pué, William H., (*padre de Leola Pué de Santos*), 395
Puente, Ambrosio, (*gobernador de Morelos*), 509
Puig, Eva, 447-448
Puig, Nena Reyes Spíndola de, 446
Puig Casauranc, Carlos, 285, 506
Puig Casauranc, José Manuel, (*doctor*), 223-225, 266, 285, 296, 444, 446, 448, 472-473, 487, 493, 506-507, 514, 519, 544, 549, 654
Pulido, (*el Negro*), 891
Purata, Ciro P., (*diputado*), 243
Purata, Francisco, 610-611

Q

Querol, (*coronel huertista*), 249
Quevedo, Rodrigo M., (*general*), 378, 381, 383, 480, 583, 585, 587-589, 648, 650-652, 656-657, 666, 676, 679, 681-683, 691, 736, 766, 837
Quijano, José, licenciado, 847
Quijano Pitman, Eduardo, (*dentista*), 785
Quijote, Don, (*personaje de la novela El Quijote de la Mancha*), de Miguel de Cervantes Saavedra, 86, 456, 611
Quintanilla, Luis, 525
Quintero, Eugenio, (*coronel*), 608, 806
Quintana, Valente, 274, 323
Quiroga, Pablo, 496, 508

R

Ramírez, Aarón, (*coronel*), 733
Ramírez, Donaciano, (*comandante de policía*), 21
Ramírez, Enrique, (*gobernador de Michoacán*), 294, 664
Ramírez, Erón, (*coronel*), 666-668
Ramírez, Francisco Modesto, (*diputado*), 666-668, 682
Ramírez, Julio, 796, 807
Ramírez, Margarito, (*gobernador de Jalisco*), 215-216, 291-292, 430-431, 434-435, 589, 603, 653, 688-689
Ramírez, Porfirio, *el Shínguere*, (*porfirista*), 36, 75
Ramírez de Alva, Luis, (*diputado*), 455
Ramírez Cueto, 905
Ramírez López, Adán, (*ingeniero*), 653
Ramonet, (*el Chivo*), 231
Ramos, (*el Cabezón, diputado*), 477
Ramos, Ignacio, (*general obregonista*), 168, 171, 176
Ramos Santos, Matías, (*general obregonista*), 168, 177-178, 267, 273, 784, 789-790, 806, 842
Rangel, José, 608-610
Rangel, Juan, 609
Ravate, Leopoldo, (*general*), 825-826
Ravisé, Manuel E., 409
Real, Carlos, (*general*), 414, 648-649, 660
Remigio, 42
Reyes, 65
Reyes, Bernardo, 525, 888
Reyes, Elfego, (*profesor*), 243
Reyes, Rodolfo, 821
Reyes, Secundino, 670, 806
Reyes Heroles, Jesús, (*secretario de Estado*), 568, 663, 782
Reyes Márquez, 368
Reyna, (*ferrocarrilero*), 879
Riaño, 256
Ricarday, (*coronel*), 390, 392
Rincón Gallardo, Familia, 677
Río, José del, (*español*), 605
Río Cañedo, Francisco del, (*doctor*), 434, 704-705
Ríos, Alonso y Elías de los, (*secretario*), 54-56
Ríos, Juan José, (*general*), 495-496
Ríos Zertuche, Antonio, (*general*), 330, 334, 339, 344, 363, 828-829
Riva Palacio, Agustín, 296, 307, 485
Riva Palacio, Carlos, (*callista*), 165, 285, 287, 296, 307-308, 314, 318, 334-335, 342, 345-348, 415, 430, 448, 463, 477, 484-485, 502-505, 508-511, 518-519, 549, 590, 734, 798

Riva Palacio, Emilio, 798-799
Riva Palacio, Manuel, 296, 307, 314, 318, 320, 397-398, 428-431, 451-453, 459, 589-590, 869
Riva Palacio, Vicente, (*general*), 508
Rivas Guillén, Genovevo, (*gobernador de San Luis Potosí*), 93, 200, 309-310, 321, 380, 383, 567, 626-627, 643-645, 662, 765, 767, 769, 773, 785-786, 904
Rivas Mercado, Antonieta, 408
Rivera, Andrés, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 15, 175
Rivera, Antonio, (*bisabuelo paterno de Gonzalo N. Santos*), 14
Rivera, Antonio, (*tío materno de Gonzalo N. Santos*), 14-15, 33, 50, 53, 55
Rivera, Concepción, (*tía materna de Gonzalo N. Santos*), 14
Rivera, Diego, (*pintor muralista*), 417
Rivera, Epigmenio, (*tío materno de Gonzalo N. Santos*), 14
Rivera, Esperanza, 152
Rivera, Francisco, (*tío de Gonzalo N. Santos*), 182
Rivera, Guadalupe, (*tío materno de Gonzalo N. Santos*), 14, 33
Rivera, Guadalupe, (*prima de Gonzalo N. Santos*), 212
Rivera, Hilario, 72
Rivera, Inocente, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 15, 20, 22, 24, 73-78, 80-82, 84, 93, 116, 123, 150-151, 167, 175, 205, 637
Rivera, Isabel, (*madre de Gonzalo N. Santos*), 14, 17
Rivera, José, (*tío materno de Gonzalo N. Santos*), 14, 77
Rivera, Librado, (*liberal*), 195, 255
Rivera, María, (*tía materna de Gonzalo N. Santos*), 14
Rivera, Miguel, (*abuelo materno de Gonzalo N. Santos*), 14-15
Rivera, Miguel, (*tío materno de Gonzalo N. Santos*), 14
Rivera, Nicasio, 599
Rivera, Tula, (*prima de Gonzalo N. Santos*), 212
Rivera, Vicente, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 174
Rivera Hernández, Miguel, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 14-15, 184
Rivera de San Vicente, 68
Rivera Zavala, Porfirio, 582, 584
Rivera Zavala, Rafael, (*villista*), 160
Risso, Gloria, 854
Robelo, Cosío, (*maderista*), 38
Robinson, Carlos T., (*obregonista*), 202-203, 209, 466
Robledo, Celso, 68, 70
Robledo, Juan de Dios, (*senador*), 344-345, 356
Robles, José Isabel, 114, 140-142
Robles Domínguez, Alfredo, 889
Robles Domínguez, Belisario, (*maderista*), 38
Rockefeller, John Davison, (*industrial estadounidense*), 533
Rocha, Cosme, (*diputado*), 242
Rocha, Sóstenes, (*general*), 772
Rocha Cordero, Antonio, (*licenciado*), 777-779, 850-851, 900, 906-907
Rochín, (*director de Ferrocarriles Nacionales de México*), 433
Rodríguez, Abelardo L., (*presidente de México*), 85, 216, 382, 494-502, 507, 509, 511-514, 519-521, 591, 604, 701, 896, 916
Rodríguez, Aída Viderique, de, (*esposa de Abelardo L. Rodríguez*), 495, 509
Rodríguez, Alberto, 409
Rodríguez, Bartolo, 91-93, 23-224, 408
Rodríguez, Blas E., (*porfirista*), 58, 61, 96, 410
Rodríguez, Elpidio, (*gobernador de Durango*), 672, 837
Rodríguez, Félix, (*senador*), 576-577
Rodríguez, Guillermo, (*diputado*), 413
Rodríguez, Gustavo, (*ranchero*), 214, 381
Rodríguez, Jesús, (*gobernador de Aguascalientes*), 808
Rodríguez, Matías, (*gobernador de Hidalgo*), 270, 462-463
Rodríguez, Maurilio, (*coronel*), 722
Rodríguez, Melitón, 409
Rodríguez, Pedro, (*diputado*), 413, 570
Rodríguez, Samuel, (*villista*), 182
Rodríguez, Simón, (*profesor de Gonzalo N. Santos*), 47-48, 63
Rodríguez Cano, Enrique, (*licenciado*), 889, 891, 901-903
Rodríguez Cavo, José, 71, 82, 144, 152, 580, 605, 815
Rodríguez Cavo, Rómulo, 152, 605

Rodríguez Familiar, Ramón, (*general*), 495
Rodríguez Martínez, Manuel, (*diputado*), 243
Rogaciano, (*nombre falso de Salustino Domínguez*), 240
Rogers, Will, (*cómico estadounidense*), 499
Rojas, Luis Manuel, (*diputado maderista*), 65
Rojas, Máximo, (*general*), 817
Rojo Gómez, Javier, (*gobernador de Hidalgo*), 649, 651, 665, 745, 748, 759, 774, 820, 835-837
Roldán, Adolfo, (*secretario*), 755
Romero, (*fotógrafo*), 273
Romero, Antonio, (*senador*), 644-645, 649, 724-726
Romero, Braulio M., (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20, 27, 34-36, 39-41, 43, 48-50, 52-53, 55, 63, 76, 78, 84, 90, 102-103, 105-106, 150-151, 153-155, 200, 229, 231, 233-236, 238, 240, 243, 245, 262, 264, 269, 401-402, 521, 543, 580-581, 596-599, 724-725, 727, 806, 810, 816
Romero, Fernando, 340, 343
Romero, Francisco, (*gobernador de San Luis Potosí*), 166
Romero, Gabriel, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20, 27, 75, 81-82, 88, 153-155
Romero, Gudelia, (*prima de Gonzalo N. Santos*), 20, 27
Romero, Humberto, 910
Romero, Ignacio, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 27
Romero, Pablo, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20, 27
Romero, Tula, (*abuela materna de Gonzalo N. Santos*), 14
Romero Courtade Monavé, Enrique, (*licenciado*), 384, 455
Romero Ibarra, Miguel, (*secretario de Gonzalo N. Santos*), 850-851
Romo, (*sacerdote*), 449
Romo, Alfredo, (*diputado*), 280, 282, 291, 320, 324, 334
Romo Castro, Waldo, (*secretario*), 621, 664-665, 689, 707-708, 711
Roosevelt, Eliot, 729, 731
Roosevelt, Franklin D., (*presidente de Estados Unidos*), 729-730, 732, 738-741, 749
Roosevelt, Teodoro, (*presidente de Estados Unidos*), 133
Roque, Justo, 596
Roque, Narciso, (*huertista*), 75
Rosario, 107
Rosas, (*juez*), 352
Rosas, Ignacio, (*capitán*), 611
Rottschild, 533
Rovirosa, (*gallero*), 859-861
Rovirosa Wade, Leandro, (*ingeniero*), 860
Rubio, Isauro, 294, 305
Rubio, Porfirio, (*cacique*), 249, 662
Rueda Quijano, Miguel, (*villista*), 134
Ruiz, (*mayor*), 710
Ruiz, Celestino, (*empleado de Gonzalo N. Santos*), 198-199
Ruiz, Enrique C., (*cónsul*), 520, 523, 566
Ruiz Cortines, Adolfo, (*presidente de México*), 33, 101, 162, 165, 219-220, 241, 326, 399, 536, 638, 640, 653, 676, 751, 766, 768, 775, 823-826, 836, 840, 863, 875, 877-879, 881-886,, 888-901, 903, 905-910, 912-916
Ruiz Cortines, Adolfo, (*hijo*), 892
Ruiz Cortines, Lucía Carrillo de, 174, 892
Ruiz Cortines, Lucía, hija, 892
Ruiz Cortines, María Izaguirre de, 891-892, 909
Ruiz H., (*diputado*), 460-461
Ruz, Velasco, (*general*), 272, 274

S

Sacasa, 425
Sáenz, Aarón, 289, 321, 329, 333, 335-336, 341-351, 353-354, 356-360, 366, 368-371, 373-375, 377, 400, 414, 422, 448, 453-454, 475, 501, 503, 507, 509, 604, 867-868
Sáenz, Juan, 329
Sáenz, Moisés, 329
Salas, Alejandro, 65, 98-99
Salas, Guadalupe, 911
Salas, Herminio, 630, 633, 636, 656-658
Salas, Ismael, (*gobernador de San Luis Potosí*), 166, 768, 787, 790, 796-797, 810-811, 814, 838-839, 847-848, 850-853, 857, 865, 868-869, 872, 874-878, 903, 906-908, 911-912
Salas, Margarita Chavarri viuda de, 66
Salas Barraza, Jesús, (*villista*), 673
Salazar, Florencio, (*profesor*), 851, 856
Salazar, Ismael, 106
Salazar, José Inés, (*orozquista*), 179, 184
Salazar, Luciano, 78
Salazar, Marciano C., (*obregonista*), 167, 264, 380-381, 401
Salazar, Valente, (*maderista*), 35-36
Salazar, Vicente C., 33, 68, 77-80, 82-83, 85, 101, 111, 114
Saldaña, 569, 848
Saldaña, Enrique, (*Kikiriki*), 852-853, 860-861
Saldaña, Servando, 409
Salido, Francisco, 296
Salido Beltrán, Conrado, (*general*), 623
Salido Beltrán, Roberto, (*general*), 623-624, 628, 751
Salinas Leal, Bonifacio, (*general*), 378, 381, 478-482, 589, 648, 660, 666-668, 703-707, 766, 837, 880-882, 899, 913
Salvador, Carlos, 152
Salvador, Joel, (*cacique*), 69-70, 151
Salvador, Rómulo, (*cacique*), 69, 152
San Pedro, Eduardo, (*tesorero*), 340, 342
San Pedro, Fernando, (*gobernador de Tampico*), 809
Sánchez, (*juez*), 235
Sánchez, Benito, 20, 25, 80, 96
Sánchez, Eraclio, 20, 43, 80-81
Sánchez, Eusebio, (*villista*), 129-131, 134
Sánchez, Gertrudiz, (*maderista*), 55-57
Sánchez, Graciano, 129-131, 134-135, 242, 256, 261, 303, 404-407, 476, 515-517, 519, 651, 655, 660, 667, 745, 844
Sánchez, Guadalupe, (*capitán*), 79, 265, 270, 372
Sánchez, José María, (*diputado*), 284-285, 353, 356-357, 375
Sánchez, Juan H., (*rector de la Universidad de San Luis Potosí*), 760, 801
Sánchez, Odón, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20
Sánchez, Pedro, 20, 43
Sánchez, Platón, (*coronel*), 81, 615
Sánchez, Policarpo, (*maderista*), 33, 46, 56
Sánchez, Simón, 72
Sánchez, Wulfrano, 20, 80
Sánchez, Zenón, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20
Sánchez Azcona, (*secretario de Madero*), 64
Sánchez Curiel, H., (*Chicho, diputado*), 337-340
Sánchez Dávila, Jesús, 806
Sánchez Herrera, (*coronel*), 90, 670-672
Sánchez Madariaga, 595
Sánchez Medina, Miguel, (*coronel*), 77-78, 85
Sánchez Mejorada, (*secretario de Estado*), 457
Sánchez Rojas, Dolores, (*tía de Gonzalo N. Santos*), 81
Sánchez Salazar, Leandro, (*general*), 676
Sánchez Salazar, Nicasio, 120
Sánchez y Sánchez, Rafael, (*tío de Gonzalo N. Santos*), 81
Sánchez Taboada, Rodolfo, (*gobernador de Baja California*), 218, 220-223, 226, 474
Sánchez Tapia, Rafael, (*ministro de Estado*), 583-584, 588, 593-594, 601, 603, 646, 656
Sandino, César Augusto, (*guerrillero nicaragüense*), 425-426
Sandoval, Gonzalo de, 745, 812
Sanginez, Agustín, (*general*), 411
Santana, (*compositor*), 389
Santa Anna, Antonio López de, (*presidente de México*), 574
Santibáñez, Agustín, (*carrancista*), 112, 120, 421
Santanón, 816
Santos, Anselmo, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 60-61, 115
Santos, Bruna Jonguitud de, (*tía de Gonzalo N. Santos*), 39-40
Santos, Carmela, (*sobrina de Gonzalo N. Santos*), 246
Santos, Concepción, (*hermana de Gonzalo N. Santos*), 17, 128, 170,

254-255, 267, 567, 776, 827
Santos, Epigmenia de los, (*tía de Gonzalo N. Santos*), 13, 17, 23
Santos, Francisco de los, 13
Santos, Francisco de los, (*tío abuelo de Gonzalo N. Santos*), 13
Santos, Francisco de los, (*tío de Gonzalo N. Santos*), 13, 18
Santos, Francisco C., (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20, 23, 34-36, 77, 82-83, 159, 200-201, 229-230, 269-270, 598
Santos, Fulgencio M., (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20, 22-23, 25-27, 34-36, 39-40, 48-50, 52-53, 55, 63, 68, 71-74, 76, 78-82, 86, 88-89, 93-94, 96, 102, 109-111, 115-116, 123, 148, 150-152, 154, 158-160, 200, 205, 637
Santos, Gastón, (*hijo de Gonzalo N. Santos*), 9-10, 49, 249, 460, 523, 524, 546, 549, 553, 555, 563-565, 567, 643, 724, 750, 776, 783, 809, 812, 814, 839, 909
Santos, Gonzalo N., 48, 66, 69-70, 72, 110-111, 129, 136, 144-145, 180, 182, 201-202, 212, 224, 231-233, 238, 243, 267, 274, 281-282, 288, 293, 299, 304-306, 311, 314, 326, 328, 336-337, 339-340, 346, 350, 352, 363, 365, 369, 374-376, 378, 391, 394-396, 400-401, 404, 407, 413-415, 416, 417, 422, 425-426, 436, 443, 448-450, 453, 456-458, 465, 480-483, 488, 490, 493, 495, 497-498, 504, 515, 519-521, 526, 531, 535, 550, 556, 565, 568-569, 574, 576-577, 588, 590, 593, 595, 603, 607-608, 612, 615-619, 621, 626-627, 631-632, 635, 644, 653, 657, 671, 683, 686-688, 693-695, 699-700, 710, 716, 731, 735, 744, 755-756, 759, 767-770, 778, 786, 792, 809, 812-813, 815-816, 824-825, 828-829, 834, 846, 857, 859, 868, 871-872, 876-877, 888-890, 896-898, 905, 908
Santos, Joan de los, (*tatarabuelo de Gonzalo N. Santos*), 13-14
Santos, Joana de los, (*tía de Gonzalo N. Santos*), 13
Santos, José Antonio de los, (*abuelo de Gonzalo N. Santos*), 13-14, 148, 205
Santos, José E., 99, 168, 775, 806, 893
Santos, José María de los, (*tío de Gonzalo N. Santos*), 13, 18, 39-40, 130
Santos, José Trinidad de los, 13
Santos, José Trinidad, (*tío de Gonzalo N. Santos*), 13, 18, 111, 130
Santos, Josefa Santos de De los, (*abuela de Gonzalo N. Santos*), 13
Santos, Juan, (*tío de Gonzalo N. Santos*), 20, 23
Santos, Juan de Dios, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 218-219, 244-245, 252
Santos, Leola Pué Cavazos de, (*esposa de Gonzalo N. Santos*), 171, 352, 393-396, 412, 446, 460, 522-524, 526-529, 532-535, 538-540, 543, 545-546, 548, 550-559, 561-567, 613, 643, 652, 724-725, 737-740, 742-743, 748-751, 772, 776, 790, 798-799, 803, 805, 814, 859, 861, 865, 871, 897, 899, 907, 916
Santos, Luciano, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 34-35, 40
Santos, Miguel, (*hermano de Gonzalo N. Santos*), 17, 24-25, 27-28, 31-33, 35-36, 50, 66-67, 129-130, 202-203, 254-255
Santos, Nemesio, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 23, 175
Santos, Pedro Antonio de los, (*bisabuelo de Gonzalo N. Santos*), 13-14
Santos, Pedro Antonio, (*padre de Gonzalo N. Santos*), 13-14, 17, 120, 128, 232
Santos, Pedro Antonio, (*maderista, hermano de Gonzalo N. Santos*), 13-14, 17, 20, 24-27, 32-39, 41, 43, 46-50, 52-67, 70, 73-75, 78-80, 85, 97-98, 100-104, 108, 110-112, 114, 120, 122-123, 125-126, 128, 130, 136-137, 147-148, 155, 157, 159-160, 164-165, 174, 180, 193, 201, 204, 208, 233, 254, 276, 283-284, 286, 307, 347, 352, 373, 399, 409-410, 421, 436, 485, 534, 573, 575-576, 582, 584, 598, 670, 683, 701, 719, 752-753, 796,

810-811, 844, 855-856, 883-884, 915
Santos, Rafael I. de los, (*tío de Gonzalo N. Santos*), 13, 18-19, 40, 58-59, 66-67, 148, 232, 770-771
Santos, Samuel, (*hermano de Gonzalo N. Santos*), 13-14, 17, 20, 24-27, 31-37, 39-41, 43-45, 48-50, 52-53, 55, 57-58, 61-62, 65, 67, 70, 76, 78-79, 84-94, 96-98, 100-105, 107, 110-123, 125-126, 128-133, 135-142, 144-153, 155-156, 159, 161, 164-166, 168, 170, 174, 180, 191-201, 204, 206, 216-217, 219, 221, 225-231, 238, 241-242, 244, 250, 253-257, 259-260, 262-263, 266, 268, 270, 272-278, 304-305, 316, 347, 370, 379, 415, 424-426, 436, 485, 541, 573, 575, 598, 621, 637, 640-641, 668, 677, 682-683, 692, 701, 709, 719, 724-725, 733, 753, 775, 796, 806, 810-811, 838, 841-842, 844, 849, 855, 858, 879, 884-885, 888
Santos, Teodoro, (*hermano de Gonzalo N. Santos*), 27
Santos, Tula, (*hermana de Gonzalo N. Santos*), 17, 128, 170, 254-255, 567, 776
Santos Alonso, José, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 222, 226, 228, 243, 253, 303-305, 455, 460, 493, 499, 517, 522, 570-571, 581, 611, 626-627, 644, 711-712
Santos Alonso, Manuel, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 36
Santos Alonso, Rafael, 49, 50, 53, 58, 60-61
Santos Coy, Ernesto, (*coronel*), 70
Santos Mendiola, Jesús, (*general*), 290
Santos Pérez, (*porfirista*), 45
Santos Pérez, (*hijo*), 45
Santos Priggs, Gonzalo, (*hijo de Gonzalo N. Santos*), 204, 327-328, 460, 523, 535, 546, 566-567, 750, 776, 839, 909
Santos y Santos, Manuel, (*primo de Gonzalo N. Santos*), 20, 23, 34-35, 44, 58-59
Santoyo, (*el Pato, abogado*), 384, 455
Sara, (*madre religiosa*), 164
Sarabia, Juan, 191, 193-197, 255
Sarabia Vega, Genaro, (*mayor*), 196
Saracho, Arturo de, 314, 351
Saucedo, Andrés, (*coronel*), 90, 134
Savonarola, Girolamo, (*dominico italiano*), 210
Segura, Donato, (*mayor*), 203, 212, 217-219, 221-222
Segura, Vicente, (*gobernador de Hidalgo*), 84, 474
Selva, Rogelio de la, (*licenciado*), 768-770, 862-865, 870-872, 876
Serdán, Aquiles, (*político maderista*), 38, 167, 286, 366-368, 503, 534, 806
Serdán, Carmen, 806
Serdán, Sara, 806
Serrano, Carlos I., (*coronel*), 840, 845, 869, 872-874, 883, 888, 913
Serrano, Francisco R., (*general obregonista*), 275, 280, 295, 297, 308, 318-320, 322, 467
Serrano del Pino, Luis, 797
Serratos, Benigno, (*gobernador de Michoacán*), 287, 509, 511, 514, 518, 579, 606
Shaeffild, (*embajador de Estados Unidos*), 499
Shauer, señora de, (*la Soldada*), 634
Sahuer, Alejandro, (*administrador de Gonzalo N. Santos*), 633-635, 642-643
Shiade, Carlos, 778-779
Sierra, Valentín de la, (*cristero*), 381, 384-385
(*Siete, el*), 280
Sileno, 351-352.
Silva, (*profesor*), 256
Silva, Federico, (*mayor*), 82
Silva, Miguel, 115
Silva Herzog, Jesús, (*economista, ensayista y político*), 165-167, 192
Silva Sánchez, José, (*mayor*), 158, 177-178, 182, 638
Simbad, el Marino, (*personaje de Las mil y una noches*), 717
Siourob, José, (*gobernador de Guanajuato*), 120
Solano, Concepción, (*mayor maderista*), 55
Soledad Díaz Gutiérrez, Alderete, 772
Solís, Modesto, (*diputado*), 379
Solórzano, José Luis, (*gobernador del Estado de México*), 518
Somoza, Anastasio, (*dictador de Nicaragua*), 426
Sosa, Pedro, (*general*), 585

Soto, Francisco, 289
Soto Lara, Juan, (*general*), 268, 648, 823-826
Soto Reyes, Ignacio, (*diputado*), 414, 444, 510, 514, 571-580, 586, 590, 593, 603, 646
Sottil, Ramón, 91, 93
Spaak, Paul Henri, (*primer ministro belga*), 530, 544
Stadler, (*embajador de Bélgica*), 521-522
Stalin, Iosif Vissarionovich Dzhugashvili, (*estadista ruso*), 558-563, 568
Stetinios, (*jefe de Estado estadounidense*), 753, 827-828
Steve, Mister, (*estadounidense*), 243, 596-597, 657
Suárez, Eduardo, (*licenciado*), 642, 805, 821
Suárez, Gabriel, 409
Suárez, Zenón, (*diputado*), 461-462
Sulaica, (*coronel*), 825

T

Talamantes, Manuel o Miguel, (*coronel*), 218, 222, 676
Talavera, Mario, (*compositor*), 325, 327, 734, 808
Tamayo, (*el Negro, teniente coronel*), 711
Tántalo, (*personaje mitológico*), 604
Tapia, Tomás, (*diputado*), 465, 608
Taracena, Alfonso, (*maderista*), 839
Tavera, Hermanos, (*mayordomos*), 387
Tavera, Darío, 42, 44, 387
Tejeda, Adalberto, (*gobernador de Veracruz*), 307, 318, 332, 349, 414, 423-426, 428, 444, 484, 487, 505 508-509, 510, 886
Téllez, Joaquín, (*general federal*), 112
Tello, Gregorio, (*diputado*), 194
Tello, Manuel, (*profesor de Gonzalo N. Santos*), 31
Tello, Manuel, (*diplomático*), 31
Terán, Horacio, 905
Terán, José Concepción, (*capitán*), 599
Terrazas, Alfredo M., (*maderista*), 32, 43-44, 46, 48, 50, 52-55, 63, 65, 76, 78, 84-90, 93, 147-148, 203, 217
Terrazas, Celedonio E., (*maderista*), 50, 85, 89-90, 148, 203-204
Terrazas, Jesús, (*maderista*), 43, 50, 58-59, 85, 90, 148-149, 203
Terrazas, Luis, 172
Terrazas, Severino, (*maderista*), 50, 85, 89, 148, 203, 531
Tigrillo el, (*asistente de Gonzalo N. Santos*), 246-250
Topete, Fausto, (*general, gobernador de Sonora*), 290, 330-331, 334, 363, 372, 382, 695, 867
Topete, Ricardo, (*diputado*), 293, 320-321, 329-331, 333, 337-338, 375, 467, 677, 691, 694-695
Toribia, (*cocinera*), 150
Toripiedi, (*restaurantero italiano*), 584
Torre Díaz, (*doctor*), 288
Torreblanca, Enrique, 314
Torreblanca, Fernando, 293, 297, 312 314, 321-322, 338, 356, 373, 375, 453, 476, 519-520
Torreblanca, Hortensia Elías Calles de, 338, 341
Torregrosa, Luis, (*diputado*), 286, 289, 456-458, 493
Torres, Antonio, (*maderista*), 50
Torres, Luis, (*gallero*), 795
Torres, Victoriano, (*maderista*), 43
Torres Bodet, Jaime, (*escritor, diplomático y político*), 525, 536
Torres H., José, (*diputado*), 493, 499, 510, 571, 608, 646
Torres H., Juan, 608-611
Tracy Hubert, Antonio, 111-112
Treviño, (*diputado*), 515, 651, 667
Treviño, Apolonio, (*huertista*), 102-103, 126, 130, 637, 641
Treviño, Casimiro, (*capitán*), 342
Treviño, Federico R., 162, 174, 177, 188, 190, 641
Treviño, Francisco Z., 190
Treviño, Isidro, 179, 181, 188
Treviño, Jacinto, (*general*), 139, 582, 637-641
Treviño, Jacinto Blas, (*general*), 63, 100, 146, 155-156, 158, 161-165, 168-190, 200, 219-221, 231, 381-382, 582, 663, 703, 709-710, 721, 775, 806, 879, 883-886, 888, 892
Treviño, María Carrillo de, 163, 170, 172-173, 175, 180, 190, 884-885

Treviño, Ricardo, 293, 317
Trini, (*secretaria*), 755, 828-830
Trotsky, León, (*político y escritor ruso*), 562
Trujillo Gurría, Francisco, (*gobernador de Tabasco*), 417-419
Truman, Harry S., (*presidente de Estados Unidos*), 736
Turrubiartes, Ildefonso, (*teniente coronel*), 269, 336, 415

U

Ulloa, Pablo, (*bandido pre-revolucionario*), 34
Urbalejo, Francisco L., (*general*), 331, 334, 867
Urbina, Tomás, (*general villista*), 96, 114, 139, 150-151, 162, 186, 637-641, 734, 747
Uribe, Melitón, 238
Urquizo, Francisco, L., (*subsecretario de Estado*), 194, 215, 227
Uruchurtu, Ernesto P., (*regente de la ciudad de México*), 375, 916
Uruchurtu, Gustavo, (*doctor*), 375, 467
Urrutia, Aureliano, (*huertista*), 395, 603, 687

V

Valadez Ramírez, Antonio, (*senador*), 468
Valdez, José Ramón, (*gobernador de Nayarit*), 290, 435, 786-787, 835 839, 844
Valdez Leal, Jesús, (*coronel*), 184-185
Valdez de Mendeville, (*embajador de Chile*), 533, 539
Valdiosera, (*general pelaecista*), 201
Valenzuela, Gilberto, (*ministro de Gobernación*), 334-335, 344-345, 348, 363-365, 372, 677
Valle, Eleazar del, (*senador*), 483
Valle Arizpe, Artemio del, (*escritor*), 795-796, 809, 811
Valle Arizpe, Francisco de, (*capitán*), 185
Vancelán, *monsieur*, 533
Vandervelde, Emile, (*jefe del Partido Socialista Belga*), 514, 526, 530, 849
Vandervilt, Cornelius, 740-742
Vargas 632
Vargas Huerta, Arnaldo, (*huertista*), 102-104, 111, 115, 123-128, 221, 399, 411
Vasconcelos, José, (*ensayista y político*), 141, 144, 151, 164, 216, 284, 355, 365, 392, 398, 401-402, 406-412, 417, 434, 442-443, 445, 450, 653, 660, 705, 708, 815-818, 859
Vázquez, Gabino, (*diputado*), 444, 510, 514-515, 605-609, 613, 616-617, 622
Vázquez, Genaro B., (*senador*), 280, 282, 464, 466, 468, 681, 894
Vázquez, Samuel, (*doctor*), 246-250, 257-258
Vázquez Avila, Fernando, (*general*), 638, 806
Vázquez Gómez, Emilio, (*maderista*), 33, 39, 286
Vázquez Gómez, Francisco, (*maderista*), 33, 39, 286
Vázquez Tagle, (*licenciado*), 883
Vázquez Tagle, Piedad, 100, 883-884
Vega, sacerdote (*cristero*), 380-381
Vega, Carlos, 287
Vega, José, (*tío de Gonzalo N. Santos*), 18, 205
Vega, María Lavín viuda de, (*tía de Gonzalo N. Santos*), 204-205, 255
Velarde, Arturo, 232, 234, 236, 238-240
Velarde, Enrique, (*coronel*), 445
Velarde, Ismael, 232, 234-236, 240, 297
Velázquez, Fidel, (*líder de la CTM*), 595
Velázquez, Víctor, 513, 517
Velázquez Primo, Feliciano, (*periodista*), 149
Velazco, José Refugio, (*general*), 702
Vélez, Lupe, (*artista de cine*), 63
Veneytias, Vicente, (*diputado*), 571, 577-578, 646, 648
Verástegui, Isauro, (*maderista y villista*), 43, 50, 53, 87, 147-148
Verne, Julio, (*escritor francés*), 552
Veytia, Juan L., 206-207, 222
Victoria, Guadalupe, (*presidente de México*), 400
Víctor Manuel III, (*rey de Italia*), 534
Vidal, Carlos A., (*general*), 637

Vidales, Agustín, (*diputado*), 234, 236-240
Vidales, Rómulo, (*diputado porfirista*), 236-237
Vidales, Santiago, (*violinista*), 240
Vidales Marroquín, Jesús, (*diputado*), 354, 356, 374, 711-713, 863, 867-869, 875
Vidaurri, 144
Vidaurri, (*mayor*), 126, 128, 133, 139-141
Viejo Moro, el, (*asistente de Gonzalo N. Santos*), 384
Vigil, José María, (*escritor y político*), 323, 695
Vilchis, Guillermo, (*ingeniero*), 323, 695
Vilet, José, 797-798
Vilet, José, (*junior*), 797
Villa, Octavio, (*capitán*), 673
Villalobos, Antonio, (*senador*), 63-64, 510, 767, 769-770, 775
Villalobos, Constantino, 782, 854
Villalobos, Guadalupe, (*nombre verdadero de Lupe Vélez*), 63
Villanueva, (*diputado*), 243
Villanueva, (*telegrafista*), 177
Villarreal, (*boticario*), 93
Villarreal, Antonio I., (*general*), 101, 114, 237, 242, 254-256, 260, 266, 557, 677, 827, 914
Villarreal, Felícitos, 141-142, 144, 326-327
Villarreal, Irineo, (*coronel*), 228
Villarreal y Labra, Samuel, (*diputado*), 493-494, 499
Villasana, Vicente, (*director de El Heraldo*), 793, 800, 905
Villegas, (*mayor*), 829
Villegas, Teodoro, (*diputado*), 399, 414
Vite, Jacinto, 409
Vivanco, el *Bigotes*, (*coronel*), 852
Vivanco, José, 898-899
Viviano, (*Tres calzones*), 203-204
Vizcaíno, (*teniente coronel*), 161
Vizcarra Gómez, Jesús, 776, 788, 792, 800, 804-805, 807-809, 847-848

W

Walterio, 463
Wallace, Henry, (*vicepresidente*), 729-733, 738-739, 742
Watts, Mister, (*estadounidense*), 243-245, 252-253
Whitney Morrow, Dwight, (*embajador de Estados Unidos*), 308, 328, 330, 377, 426, 500, 502
Wilson, Woodrow, (*presidente de Estados Unidos*), 197

Y

Yáñez Maya, (*gobernador de Guanajuato*), 590-591
Yocupicio, Román, (*gobernador de Sonora*), 583, 585, 603, 648, 698-699
Yúdico, Samuel, 266

Z

Zamora, 596
Zamora, (*el Chueco*), 128, 135, 139
Zamudio, (*Chato*), 300
Zapata, Emiliano, (*caudillo revolucionario*), 103, 116, 122, 150-151, 222, 315, 363-364, 390, 426, 604, 608, 840, 856
Zaragoza, Morelos, (*mayor*), 91-92
Zárate, Albarrán, 752
Zárate Sánchez, Andrés, (*diputado*), 651
Zarazúa, Nicolás, (*maderista*), 50-51, 129-130
Zarolanga, (*general*), 825
Zarzoza Berástegui, Andrés, (*general*), 706-707
Zaruba, (*conde*), 297, 445-446, 702-703
Zaruba, (*condesa de*), 446
Zárraga, Guillermo, (*intérprete*), 409, 501
Zataray, José, (*teniente*), 128, 134-135, 139, 146, 202-203, 455, 460, 507, 522, 708-709, 717-718
Zavala, Dionisio, (*diputado*), 197
Zavala, Liborio, *el Bolero*, (*villista*), 151, 202
Zenobia, (*cocinera*), 618
Zermeño, Epigmenio, 758
Zermeño, Modesto, 758, 901-903
Zorrilla, Gonzalo, (*comerciante español*), 864
Zorrilla, señora, 864-865

Zorrilla, Vicente, (*cuñado de Gonzalo N. Santos*), 247, 249, 258
Zuazua, Fortunato, (*carrancista*), 116, 122-123, 133, 139
Zubarán, (*licenciado*), 752
Zuloaga, Félix, (*presidente de México*), 121
Zumaya, Juan, (*mayor*), 211
Zuno, Familia, 890-891
Zuno J. Guadalupe, 276, 291, 664
Zúñiga, (*Chico*), 245, 251-252
Zúñiga, (*huertista*), 67
Zúñiga, Fulgencio, 68
Zúñiga, (*el Güero, periodista*), 793, 800
Zuñiga, Marcelino, (*diputado*), 567-568, 570, 610-611, 613, 615, 619
Zuriaga, (*general huertista*), 333, 377
Zurita, 724